

LA ILUSTRACION CATOLICA

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR

D. ANGEL SALCEDO Y RUIZ

AUTORES

SEÑORAS

Orrco (doña Esperanza), Valencia (doña Carolina).

SEÑORES

*Aguilar (Francisco), Alonso (Bachiller), Balbin de Unquera (Antonio), Cáceres (Acacio),
Calatayud (Vicente), Calvo (Leandro),
Campoamor (Ramón de), Cesaldo, Coll (P. José), Cubas (Marqués de), Caballero (Fernán), Dominguez Berrueta (J.),
Echegaray (Carmelo), Ferrándiz (José), Gayanges (J.), Garay (Blasco de),
García Bravo (Enrique),
Gómez (Valentín), J. F., Jiménez Campaña (P. Francisco), Lasso de la Vega (Ángel), Liniers (Santiago),
Lonfellow, Martí Bertanet (Jacobus), Martín (P.),
Mir (P. Miguel), Montalvo (Luis), Olmedo (Antonio), Polo y Peyrolón (Manuel) Ragine, Rivas (Duque de),
Rodríguez (Felipe), Salcedo Ruiz (Ángel),
Salcedo (Francisco de Paula), Valdesflores (Marqués de), Valdenebro (Jesús), Vega Carpio (Lope de),
Verdaguer (Jacinto), W. Querol (Vicente), Zubizarreta (E.).*

TOMO XV

CORRESPONDIENTE AL AÑO DE 1892

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL (GRANADA)	
Sala	_____
Sección	_____
Serie	_____
Libro n.º	_____

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE FELIPE PINTO Y OROVIO
CALLE DE LA BOLA, NÚMERO 8

1892



ÍNDICE GENERAL DE MATERIAS

TEXTO

A

- Alonso (Bachiller)*.—Un libro notable; págs. 7, 8 y 10.—Revista literaria; 26 y 27.—Poesía notable; 74 y 75.—Revista literaria; 89, 90, 220, 221, 222.
Aguilar y Biosca (D. Francisco).—Desde Filipinas; 38, 39, 42, 53, 54 y 55.—Perspectivas de viaje; 110, 111, 140 y 141.—La Semana Santa en Manila; 171, 172 y 174.—Perspectivas de viaje: Desde Manila; 188, 189, 222, 247, 280, 281, 282, 348 y 349.
Amer (D. Carlos).—Las madres «fin de siglo»; 380, 381 y 382.

B

- Balbán de Unquera (D. Antonio)*.—San Juan Crisóstomo; pág. 35.—El Padre Mathew; 01 y 92.—Las mujeres de los sectarios; 238, 239, 245, 246, 247, 269, 270, 286, 287.—Nuestro nuevo Prelado; 338 y 339.—Las mujeres de los sectarios; 359, 362 y 380.

C

- Cesaldeo*.—Los Reyes Magos; págs. 11, 12 y 13.
Civildad Católica.—Bibliografía del R. P. Antonio María Andesledy; 44, 45 y 46.
Calatayud (D. Vicente).—Estudios bíblicos; 170 y 171.
Caballero (Fernán).—Estar demás; 262, 263, 277, 278, 279, 364, 365, 382 y 383.—Magdalena (obra póstuma); 230, 231, 233, 234.
Cell (P. José).—La despedida de Colón; 185, 186 y 187.
Cáceres Prat (D. Acacio).—La flor del carmelito; 237 y 238.
Calvo (D. Leandro).—La Exposición general de Bellas Artes; 326 y 327.
Campoamor (D. Ramón de).—Salida de Palos; 297 y 298.
Cubas (Marqués de).—Nuevo Asilo de Santa María; 343.

D

- Dominguez Berrueta (D. J.)*.—La Semana Santa en Salamanca; págs. 108 y 109.—Revista de revistas; 349 y 350.

E

- Enclética de Su Santidad acerca de Cristóbal Colón; págs. 210 y 211.
Echegaray (D. Carmelo).—San Vicente de Paul; 219.

F

- Ferrándiz (P. José)*.—Nuestro arte religioso; págs. 6, 23, 26, 35, 38, 58, 59, 72, 73, 74, 87, 88, 123, 124, 138, 139, 140, 155, 156, 187, 188, 198, 199, 218, 219, 234, 235, 253, 254, 266, 279, 280, 317, 318, 333, 334, 335, 341, 342, 343, 362 y 363.

G

- García Bravo (D. Enrique)*.—Poesía al P. Jiménez Campaña; pág. 23.
Garay (Blasco de).—Un artículo de «La Controversia»; 90 y 91.
Gómez (D. Valentín).—Comunión en el campo; 167 y 170.
Gayanges (D. J.).—Carta que escribe Colón el Almirante a un su amigo afectuoso conferenciante; 299 y 300.

J

- J. F.*—Boletín religioso; págs. 3, 5, 6, 34, 35, 52, 71, 85, 107, 108, 118, 119, 132, 133, 148, 150, 163, 164, 180, 181, 195, 196, 214, 215, 228, 243, 244, 245, 261, 262, 275, 276, 310, 311, 326, 340, 341 y 355.
Jiménez Campaña (P. Francisco).—Arte cristiano; 6 y 7.—El trabajo (poesía); 38.—Colón y los Pinzones, romance histórico; 301 y 302.—Cantos a la Biblia, (sonetos); 379 y 380.

L

- Lasso de la Vega (D. Angel)*.—Fr. Fernando de Zárate y Fr. Juan Márquez, páginas 42, 43 y 44.
Liniers (D. Santiago de).—El reloj del abuelo; 119, 120, 121, 122 y 123.
Longfellow traducción de Carlos María Vicuña: Evangelina; 189, 190, 205, 206, 207, 210, 220, 252, 253, 268, 269, 363 y 364.

M

- Martín (P.)*.—La cuestión social; págs. 86 y 87.
Mir (P.).—Principios de la persecución contra Jesucristo; 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 124, 125, 126, 133, 134, 135, 138, 150, 151, 152, 154, 155, 164, 165, 166, 167, 181, 182, 183, 185, 199, 200, 202, 203, 204, 205, 250, 251, 252, 282, 283, 284, 285, 286, 314, 315, 316, 317, 328, 330, 331, 332, 333, 343, 346, 347, 348, 355, 356, 357, 358, 359, 373, 374, 375, 378 y 379.
Montalvo (D. Luis).—A Cristóbal Colón (poesía); 327 y 328.
Martí Bertanet (Jacobus).—In Columbum Novae Indiae; 298 y 299.

O

- Olmedo (D. Antonio)*.—Explicación de grabados en todos los números.
Orrea (Doña Esperanza).—San Antonio Abad; págs. 23 y 34.—Alarcos; 74.

P

- Polo y Peyrolón (D. Manuel)*.—La oratoria del porvenir; págs. 22 y 23.—El vanidoso; 70, 71, 98 y 99.—Tradiciones de Tierra Santa; 109 y 110.—Como verdura de las eras; 215 y 218.—Pedrejales de mi vida; 235 y 236.—Nochebuena; 371 y 373.

R

- Rodríguez (D. Felipe)*.—Reseña de una ascensión al pico de Tenerife (Canarias); págs. 10 y 11.
Ragone.—Traducción de Víctor Suárez Capalleja: Atalía; 13, 14, 15, 27, 29, 30, 46, 47, 59, 60, 61, 62, 75, 76, 77, 78, 79, 92, 93 y 94.
Rivas (Duque de).—A la puerta de la Rábida; 296.

S

- Salcedo Ruiz (D. Angel)*.—Don Celedonio, pág. 7.—Preparativos de Carnaval; 53.—Literatura?... al uso; 88 y 89.—La primavera en Valencia; 126, 127 y 140.—Una poetisa cristiana; 157 y 158.—Don Vicente Calatayud Bonmati; 171.—Crítica literaria; 196, 197 y 198.—3 de Agosto de 1492; 219.—Acacio Cáceres Prat; 236 y 237.—Las cercanías de Madrid; 267 y 268.—Don Fernando Martínez Pedrosa; 270.—Cristóbal Colón; 290, 291, 292, 293, 294 y 295.—Congreso católico de Sevilla; 306, 307, 308 y 310.—Revista literaria colombiana; 311, 312, 314 y 327.
Salcedo (D. Francisco de Paula).—Quincena; págs. 50, 51, 66, 67, 82, 83, 84, 114, 115, 117, 129, 130, 131, 146, 147, 162, 163, 178, 179, 194, 211, 212, 226, 227, 242, 243, 258, 259, 274, 275, 322, 323, 338, 354, 370.—Revista internacional; 55 y 56.

V

- Valdeflores (Marqués de)*.—Quincena; págs. 2, 18 y 34.
Valdenebro (D. Jesús).—El día del Santo; 158.
Vega Carpio (Fr. Lope de).—El motín a bordo; 295.
Verdaguer (D. Jacinto).—Conclusión de la Atlántida; 298.
Valencia (Doña Carolina).—Colón, poema; 300 y 301.

W

- W. Querol (D. Vicente)*.—Colón; págs. 302 y 303.

X

- X.*—Boletín religioso.—Una velada literaria; pág. 199.

Z

- Zuvisarreta (D. E.)*.—Los bailes (A la duquesa de...); págs. 56 y 58.



GRABADOS

RETRATOS

Monseñor Freppel; pág. 1.
D. Leopoldo Cano; 13.
Su Santidad León XIII; 17.
D. Alvaro de Bazán; 20.
Excmo. Sr. Cardenal Benavides; 20.
Elena Rofstok; 33.
Romeo y Julieta; 40.
El cosaco Atchirof y María, Rey de los Sendacs; 41.
Tipo aragonés; 141.
Doña Antonia Díaz Lamarque; 148.
D. Vicente Calatayud; 164.
V. P. Diego Luis de Sanvitores; 229.
D. Vicente Santiago Sánchez, Obispo de Santander; 276.
Hernán Cortés; 292.
D. Eduardo Barrón; 293.
Cristóbal Colón; 297.
Excmo. é Ilmo. Sr. D. Benito Sanz y Forés, Arzobispo de Sevilla; 305.
Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Martín Herrera, Arzobispo de Santiago de Compostela; 307.
Ilmo. y Rvdmo. P. Fr. Gregorio María Aguirre, Obispo de Lugo; 308.
Excmo. é Ilmo. Sr. D. Ciriaco Sancha, Arzobispo de Valencia; 307.
Ilmo. Sr. D. Sebastián Herrero, Obispo de Córdoba; 308.
Ilmo. Sr. D. Marcelo Spinola, Obispo de Málaga; 308.
Ilmo. Sr. Ruiz Cabal, Obispo de Pamplona; 308.
Excmo. Sr. D. José María Cos, Obispo de Madrid-Alcalá; 338.
D. Carlos Camilo Saint Saens; 360.
D. Francisco Jiménez Campaña; 379.

ARTE

Contemplando su retrato; pág. 9.
Monje pintor; 21.
Exposición de Chicago; 22 y 23.
La invasión de los bárbaros; 36.
El canto del Fénix; 37.
Jarrón morisco; 52.
Alegoría del Genio del Cristianismo; 53.
Apuntes y recuerdos de Bilbao; 56.
Monjes en oración; 60.
Vista de las Palmas, Gran Canaria; 65.
El monte Tabor; 81.
Recuerdo de Toledo; 84.
Ventana de San Juan de los Reyes; 85.
Ferrocarril funicular en el Vesubio; 88.
Flores y aves; 92.
Bajamar; 93.
El Gólgota; 97.
La coronación de espinas; 100.
Puerto de Fernando Póo; 105.
Ecce homo; 113.
El Papa Sixto V bendiciendo al pueblo; 130.
Ventas de Alcorcón; 133.
Vista de la ciudad de Dantzing; 152.
Vista de Canchi en Rusia; 153.
Lord Strafford marchando al cadalso; 168.
Guillermo Tell; 169.
La cruz de la catedral de Cádiz; 177.
Custodia del Corpus en Toledo; 184.
Vista de la bahía de Río Janeiro; 194.
El primer discípulo de Galileo; 209.
Dama veneciana del siglo XVI; 213.
Últimos momentos de un sentenciado a muerte; 216 y 217.
Vista de Chanelaz en Suiza; 225.
Josué para el sol en su carrera; 228.
Licurgo consultando el oráculo; 232.
La Asunción; 233.
Vista de Colombia; 237.
Meditando; 245.
Puente internacional sobre el Miño; 248.
Esperanza en Dios; 249.
La instrucción; 253.
Cervantes redimido del cautiverio; 260.
Ofrenda de las damas de Bélgica a Santa Teresa de Jesús; 269.
Sublevación a bordo de la Naos; 289.
Posición respectiva de las diferentes partes del mundo; 291.
Paisaje americano; 300.
El río Paraná; 312.
Jardín botánico de la Universidad de Coimbra; 313.
Cascaídas del Tivoli; 325.
Camino de hierro eléctrico; 332.
Una alameda de Aranjuez; 333.
Testamento de Isabel la Católica; 341.
Entrada del nuevo Prelado en Madrid; 344.

Pendón del Cardenal Mendoza; 349.
Galerías subterráneas en la boca de Hood Bood; 357.
Vista de Bermeo; 364.
Mojado hasta los huesos; 369.
En el templo; 373.
Paisaje de las Amazonas (Brasil); 376.
El portal de Belén; 377.
La Sacra Familia; 381.

COSTUMBRES

En el campo; 4.
Pescadores de anclas; 5.
Un memorialista en Roma; 8.
La Reina de Madagascar; 28.
Carmen; 44.
Cuadro de costumbres; 45.
Tipo árabe; 61.
Regreso de una cacería; 116.
Peligros de una cacería; 132.
A la lista; 136.
Regreso a la aldea; 137.
La cuna vacía; 145.
Triste cena; 161.
Madre é hija; 165.
El fraile mendicante; 200.
La fiesta de San Juan en Rusia; 201.
Damas europeas en el Serralio del Cairo; 205.
Vendedora de flores italiana; 241.
El gran mundo; 265.
El Madhi y sus huéspedes; 285.
Descanso de una caravana en México; 299.

MONUMENTOS

Iglesia de Amandi; pág. 12.
Cementerio de Génova; 49.
Futura Catedral de Madrid; 57.
Vista exterior de San Miguel de Escalada; 68.
Ermita de Nuestra Señora de Alarcos; 69.
Santuario de Nuestra Señora de la Salceda; 72.
Portada de la iglesia del derruido Monasterio de Dominicos de Toro; 73.
Iglesia de San Marcos en Famaguetta; 76.
Columna de la Victoria en Nápoles; 77.
Palacio de Justicia en París; 89.
Las pirámides de Egipto; 101.
Montserrat visto desde Casa Mesana; 105.
Casino de la Reina; 108.
Catedral de Santiago; 117.
Hornillo de Santa Eulalia; 120.
Catedral de Bamberg; 121.
Convento de Santa Catalina; 124.
Puerta de bronce en la plaza de San Marcos; 149.
Puerta en la provincia de Guadalajara; 157.
Patio del palacio arzobispal de Alcalá de Henares; 173.
Interior de la capilla de San Zoilo, de Córdoba; 180.
Portada de la capilla de San Zoilo, de Córdoba; 181.
Colombia: Catedral de Panamá; 185.
Capilla de San Isidro en la iglesia de San Andrés; 189.
Capilla de San Ulbrico en el palacio de Goslar; 197.
La Cartuja de Vail de Cristi; 212.
Vista interior de San Miguel de Escalada; 221.
Convento de Monjas Capuchinas, en Manresa; 224.
Monasterio de Nuestra Señora de la Vid; 261.
Sepulcro del infante D. Alfonso en la Cartuja de Miraflores (Burgos); 274.
Nuestra Señora de Aranzazu; 275.
Iglesia de las Siervas de María; 277.
Convento de P.P. Franciscanos en Roma; 280.
Santuario de Nuestra Señora de la Gleva; 281.
Casa en que habitó Colón; 296.
Torre del Homenaje en Santo Domingo, en que estuvo preso Cristóbal Colón; 301.
Torre del Gallo: Catedral vieja de Salamanca; 317.
Interior de la iglesia de San Juan Bautista en Hildesheim; 321.
Iglesia de San José en Claveland; 324.
Monumento levantado en Nantes al general Lamoriciere; 328.
Basílica franciscana en Asís; 329.
Nuevo asilo de Santa María en Ninphenburg; 345.
La santa casa de Loreto; 353.
Convento de Loyola; 356.
Monumento a Colón en Santo Domingo; 361.
Palacio Petrópolis en Río Janeiro; 365.
Base de la Torre Eiffel; 372.





ÉPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV

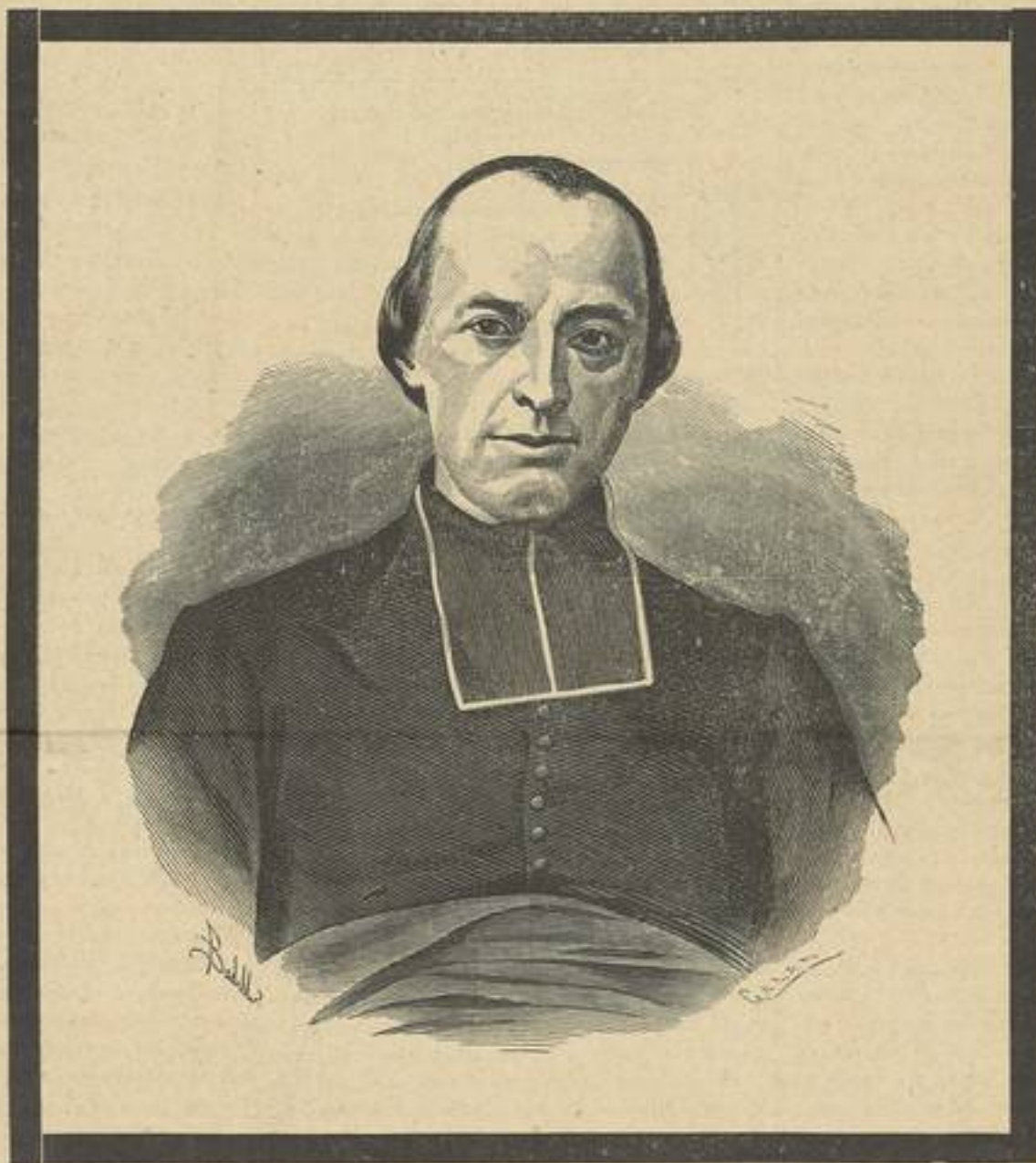
REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	1,50 pts.
Tres meses.....	4 " "
Seis meses.....	7,50 " "
Un año.....	15 " "
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 " "

NÚMERO 1.^o—Madrid 15 de Enero de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 francos.
Un año.....	21 " "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 " "



MONSEÑOR FREPPEL † el 22 de Diciembre de 1891.



SUMARIO

TEXTO

La quincena, por el Marqués de Valdeflores.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—Nuestro arte religioso, por José Ferradás.—El arte cristiano, por el P. Jiménez Campaña.—Don Colón, por Angel Salcedo Ruiz.—Un libro notable, por Bachiller Alonso.—Reseña de una excursión al pico de Tenerife (Canarias), por Felipe Rodríguez.—Los Reyes Magos, por Cesáreo.—Atalaya, tragedia en cinco actos, por Racine, traducción de Victoria Suárez Capaveja.

GRABADOS

Monseñor Freppel.—En el campo.—Pescadores de anclas.—Un memorialista en Roma.—Contemplando su retrato.—Iglesia de Amaldi.—Leopoldo Cano.

LA QUINCENA

Los cronistas de salones, ilustres colegas de aquel famoso revistero que dió cuenta de las tribulaciones políticas de los marqueses de Villamelón (según refiere el P. Coloma, *Pequeñeces*), andan cariacontecidos y mohinos este año, destilando lágrimas perfumadas sobre el satinado papel en que escriben sus crónicas del gran mundo, para darnos a los profanos, a los que no somos parte del todo Madrid, alguna idea, siquiera sea remota, de la vida elegante en los altos círculos de la corte. Y no es para menos que para el llanto lo que ocurre en dichos altos círculos durante la actual temporada invernal... No aceptamos tampoco nosotros a decirlo de modo que no se conmuevan nuestros lectores... Pero en fin, allá va de sopetón, que las malas noticias deben tragarse pronto como las medicinas amargas... ¡Este año no hay bailes! Ninguna marquesa, condesa, duquesa, ni baronesa se ha dignado anunciar a sus amigos la celebración de alguna de esas grandes fiestas que hacen época en los anales de la corte....

¡Qué desgracia, exclaman en el tono más compungido, esos cronistas espirituales, sobre todo para la brillante juventud que sintiendo latir dentro del pecho un corazón noble, aristocrático, digno de ilustrísimos antepasados, queriendo emular antiguas glorias heredadas, no puede bailar como quisiera! Los salones amplios y lujosamente paramentados, aquellos recintos mágicos que en días más venturosos resplandecieron con la luz de mil bujías, cerrados, oscuros, tristes ahora, parecen lamentarse con su mismo silencio, voz elocuente del abandono, de la soledad en que yacen, y del olvido que les aflige.... El vil cañamazo cubre los muebles, y el mismo piano, mudo en un rincón, y también tapado, recuerda el arpa de que habló Bocquer, silenciosa y cubierta de polvo, en espera de la linda mano que arranque de sus cuerdas las notas dormidas.... También duermen las arañas de cristal limpio y refulgente, vestidas de lienzo crudo, como mujeres pobres, y los balcones no están entornados para formar el coquetón *pétit jour*, sino cerrado herméticamente como troneras de castillo en espera de próximo asalto.... ¡Tristeza, silencio, abandono por todas partes!

Verdad es que si no se dan grandes bailes hay todas las noches, todas las tardes, y hasta pudiéramos añadir que todas las mañanas, pequeñas reuniones íntimas en que se charla, se toca música, se canta y se baila, y además se toma té con ricas pastas y otras golosinas... Pero ¿qué vale eso?... Verdad es que queda el recurso del *Real*, buen sitio para lucir las desnudeces de la rúbrica mundana, todas las desonestidades a la moda, y en el que, por otra parte, cabe murmurar de lo lindo... Pero, ¿eso qué significa? El *Real* es un recurso, ya lo hemos dicho, y con esa frase se dice todo... En-

tre quedarse en casa ó ir al *Real*, preferible es lo último; pero, ¡qué diablo! El *Real* no tiene nada de extraordinario; es ya tan propio, tan natural, tan obligado en la vida cortesana, como el aire atmosférico en la fisiológica... El palco no es más que una prolongación del comedor, como la ópera es el complemento de la cena... ¡La Tetraxini es el último postre!... Tabuyo es el palillo de los dientes... Nada de eso distrae, nada divierte: todo es monótono, fastidioso, como para los empleados el ir a la oficina, como para los obreros el zambullirse en la fábrica. Para el hombre elegante, el *Real* no es un placer; es una obligación.

¡Pobrecitos ricos! ¡No encuentran los infelices en dónde ni cómo distraerse!... Sus bostezos interminables serían capaces de resolver la cuestión social, si pudiesen oírlos los socialistas... Sus caras compungidas, atribuladas, moverían a lástima al más feroz anarquista, si pudiese contemplarlas. Si ellos visitasen el interior de esos perfumados gabinetitos, de esos salones espléndidos, en que la fantasía de los desheredados de la suerte finge el paraíso terrestre, quizás preferirían su pan moreno, y su ensalada de patatas, y sus miserables bohardillas a todos los ficticios goces de la opulencia... Por lo menos, ellos se apuraron porque no tienen que comer, y ese quebranto y esa aflicción son propios de seres racionales... Pero no lloran como los otros... porque no se den este año grandes bailes de sociedad.

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES

Nuestros grabados.

Monseñor Freppel (pág. 1.^a)



ONRAMOS hoy las columnas de LA ILUSTRACIÓN, con el retrato del insigne Obispo de Angers, monseñor Freppel, una de las más esclarecidas lumbreras del episcopado francés y gloria legítima, por sus talentos, sus virtudes y sus obras, de la Iglesia Católica.

La fama de este insigne Prelado es universal y no necesitamos, por tanto, extendernos en detalles de su larga y laboriosa existencia, contentándonos con recordar algunos de sus principales datos biográficos, que bastan y sobran para que nuestros lectores se formen idea de lo que ha sido esa vida que acaba de extinguirse, vida consagrada toda ella a la defensa de la verdad católica y de los principios que son fundamento del orden social y político de las naciones.

En la ciudad de Obernay (Bajo Rin), vió la luz por vez primera monseñor Carlos Emilio Freppel, naciendo en el seno de una honrada y modestísima familia; su padre era un distinguido magistrado de dicha ciudad.

Bachiller a los diez y seis años, ingresó en el gran Seminario de Strasburgo para seguir la carrera eclesiástica. De tal modo logró distinguirse en sus estudios, que monseñor Libour, arzobispo de París, lo llamó en 1850 para confiarle la cátedra de filosofía en la célebre escuela de Cannes; pero el señor Obispo de Strasburgo hizo valer sus derechos sobre el joven profesor, y no dejándolo salir de su diócesis lo nombró director del colegio de San Arbogasto. Apenas posesionado de su nuevo cargo empezó a trabajar con ahínco en la reorganización del establecimiento colocado bajo su dirección y no es posible reducir a breve espacio la relación de cuanto hizo y proyectó en favor de la prosperidad y del esplendor de aquel célebre colegio.

Cuarenta años han transcurrido desde aquella fecha, y todavía el espíritu de monseñor Freppel, puede decirse que vive en la doctísima casa, y continúa produciendo, como en los felices años de su dirección personal, abundantes frutos de ciencia y de piedad.

Pero Strasburgo era teatro pequeño para la portentosa actividad de su espíritu, y habiendo obtenido una Capellanía en la Iglesia de Santa Genoveva de París, se trasladó a la gran capital, donde la Providencia le tenía reservados tantos triunfos y lo había destinado para reñir tan fieras batallas con los enemigos de la verdad.

En la propia Iglesia de Santa Genoveva predicó una serie de conferencias que empezaron a atraer sobre el joven presbítero la atención de las gentes; y doctorado, a poco, en la facultad de Teología, obtuvo en la Lorboua, la Cátedra de Elocuencia Sagrada.

Pero estos cargos no le impidieron consagrarse al púlpito, en el que logró adquirir sólida reputación, acudiendo a escuchar sus magníficas oraciones hombres de todos los partidos políticos y representantes de las distintas escuelas filosóficas, que quedaban verdaderamente asombrados de la dialéctica y del ardor de las convicciones del joven sacerdote; la prensa periódica se ocupó algunas veces de monseñor Freppel y de sus sermones, colocando algunos periódicos su nombre al lado de los del Padre Félix y del inmortal Lacerdaire.

Todas las conferencias que pronunció en aquella época, y entre ellas, los célebres sermones de Cuaresma que predicó ante la corte imperial, en la capilla del Palacio de las Tullerías, fueron luego coleccionadas en un tomo á que puso por título *La Vida Cristiana*.

Por este tiempo publicó Renán la *Vida de Jesús*; monseñor Freppel fué uno de los que bajaron a la arena a controvertir con el nuevo y audaz sectario y su *Examen crítico*, libro del que se hicieron en poco tiempo numerosas ediciones, vive todavía con la lozanía y la frescura con que salió de las manos de su autor y vivirá en lo porvenir como uno de los más gloriosos monumentos de la elocuencia francesa contemporánea.

Dean en 1867 de la propia Iglesia de Santa Genoveva, fué designado dos años después por la Santa Sede para tomar parte en Roma en los trabajos preparatorios del Concilio Vaticano, en clase de Consultor, siendo monseñor Freppel uno de los más decididos campeones del dogma de la Infalibilidad pontificia.

Nombrado, por último, Obispo de Angers en 1869, fué preconizado el 21 de Marzo siguiente y consagrado en el mes de Abril.

Durante la guerra franco-prusiana, se exaltó su ardiente patriotismo; envió á Alemania á algunos sacerdotes de su diócesis con socorros para los heridos y prisioneros franceses, y escribió una carta al rey Guillermo, protestando contra la anexión de la Alsacia, su país natal.

En 1880 fué elegido Diputado por el distrito de Brest, al que ha venido representando constantemente, desde entonces. Sus trabajos en la Asamblea, no hay necesidad de recordarlos, porque están en la memoria de todos.

Su muerte ha sido la del justo que abandona este valle de lágrimas con la conciencia tranquila por haber cumplido todos sus deberes. Monseñor Freppel ha cumplido todos los que le imponía su alto ministerio, como hombre, como ciudadano y como Pastor.

La noticia de su inesperado fallecimiento ha conmovido á toda Francia. La triste nueva

emocionó profundamente á la Asamblea de los Diputados, incluso á aquellos que lo combatían en todas las ocasiones y que en su furor sectario hubieran querido apagar para siempre aquella voz poderosa, por cuyo conducto hablaba en la tribuna toda la Francia tradicional y católica. El discurso pronunciado por Mr. Floquet en la Cámara, basta á demostrar el altísimo aprecio en que se tenía á monseñor Freppel y el sentimiento universal que su muerte ha causado en la vecina república.

La muerte del insigne Obispo de Angers, deja un vacío muy difícil de llenar, y los católicos franceses se preguntan hoy si habrá otro Prelado en Francia que pueda defender en el Parlamento las libertades religiosas y los derechos de la Iglesia con la autoridad, la elocuencia y el vigor que eran dotes característicos de monseñor Freppel. Sí, lo habrá; porque Dios no abandona á su Iglesia, y allí donde esta es atacada, allí produce su Providencia hombres poderosos en obras y en palabras que defiendan su honor y sus imprescriptibles derechos! Pero esto no quita para que sintamos la extinción de esa vida gloriosa y la caída del atleta que después de haber luchado como bueno, ha ido á recibir el premio debido á sus grandes talentos y á sus eximias virtudes.

El nombre de monseñor Freppel pasará á las edades vanideras, como el de una de las más puras glorias que la moderna Francia puede presentar á la admiración de la posteridad.

En el campo (pág. 4.)

Siempre fué la naturaleza veneno inagotable de dulcísimos placeres; y pocas horas presenta la vida de tan grato esparcimiento como las transcurridas en el campo durante la hermosa estación estival. A la hora del medio día, cuando centellea el sol en medio de un cielo sin nubes y se escucha el soñoliento cantar de la cigarra, convidando á la siesta, tenderse con un libro en la mano á la sombra de una espesa arboleda, constituye un verdadero placer del que no gustarán acaso las naturalezas gastadas ó corrompidas, pero que inunda de un delicioso encanto á las almas sencillas y á los espíritus superiores. Bien lo demuestra el adolescente de nuestro grabado, que por su traje y por el aire aristocrático que se desprende de su persona, revela pertenecer á las clases elevadas de la sociedad. ¡Qué bienestar experimenta tendido en la fresca hierba, á la sombra de los verdes álamos, y qué placentera sonrisa se dibuja en sus labios, inspirada por el magnífico espectáculo de la naturaleza estival, y quizás también por las ideas de su libro favorito!

Hermosa, sobre toda ponderación, es la vida del campo, deslizándose entre luces, fragancias y armonías. La vista del grabado que ofrecemos á nuestros lectores, trae involuntariamente á la memoria la magnífica oda del maestro León.

¡Qué descansada vida

La del que huye el mundanal ruido!

Ahora, que al lado de la chimenea ó del modesto brasero, se siente deslizarse tristes y monotonas las horas, viendo á través de los cristales como caen silenciosos los copos de la nieve y escuchando el melancólico quejido del ábrego, constituye un encanto fijar la vista y espaciar el pensamiento en estos espectáculos de pasadas venturas que evocan en nosotros indelebles recuerdos de horas transcurridas en íntimo consorcio con la madre naturaleza. Nuestros lectores nos agradecerán, sin duda, que les ofrezcamos hoy este hermoso grabado.

Pescadores de anclas (pág. 5.)

Nada tan fatigoso como la vida de la gente de mar, y más que la de ninguno de ellos, la de los pescadores de anclas.

Las anclas son elementos indispensables en un buque; cada uno de alto bordo lleva cuatro, y pocas hay tan asombrosas como las potentes máquinas con que son lanzadas al agua y levantadas á su vez: las áncoras de esos poderosos organismos flotante de hierro, que llamamos hoy grandes acorazados. Estas anclas cuestan mucho dinero, y no obstante los fortísimos cables y gruesas cadenas que las sujetan, los embates del mar quiebran éstas en ocasiones, como si fueran hilos delgadísimos y las áncoras naturalmente, quedan clavadas en las arenas del fondo y perdidas por consecuencia. De aquí la necesidad de dichos pescadores, y nuestro grabado los representa en el instante en que consiguen dar cima á su trabajosísima faena.

Un memorialista en Roma (pág. 8.)

El hermoso cuadro, cuya reproducción ofrecemos hoy á nuestros lectores, se halla en el Museo Real de Londres y ha figurado con honor en varias Exposiciones. El lugar no puede estar mejor elegido: en cualquier rincón de la Ciudad Eterna es fácil encontrar una imagen de la Santísima Virgen, un trozo de columna, un fraile que atravesase en aquel momento la calle; es decir, unidos inseparablemente la religión y el arte; coronado todo por el espléndido dosel de un cielo constantemente azul.

Nuestro grabado representa á una linda aldeana que está dictando una carta para sus padres. El viejo memorialista, después de haberla escrito, se la lee, y en el rostro de la muchacha se pinta la satisfacción que experimenta al ver cuán fielmente han sido interpretados sus sentimientos filiales.

Contemplando su retrato (pág. 9.)

Precioso cuadro de costumbres al que ha sabido prestar el autor un encanto inexplicable. Aprovechando cortos momentos de soledad, ha cogido el álbum la preciosa niña y contempla estática su propio retrato. ¿Qué ideas bullirán en su mente? Dios lo sabe; pero seguramente que encuentra la fotografía pálido reflejo no más de la realidad.

Iglesia de Amandi (pág. 12.)

Galicia abunda más que ninguna otra región de España, en hermosos monumentos religiosos. El aislamiento en que Galicia se ha encontrado, hasta ahora, respecto de las restantes provincias españolas, ha sido la causa de que tanto sus bellezas naturales, como sus monumentos artísticos, sean desconocidos para la generalidad de las gentes. Este estado de cosas va desapareciendo afortunadamente y dentro de pocos años será Galicia tan conocida como lo son, por ejemplo, hoy, las Provincias Vascongadas, sin tantos títulos como las gallegas para atraer á los *touristes* del arte y de la naturaleza.

Amandi, aldea de la provincia de Pontevedra, próxima á la ciudad de Vigo, posee una Iglesia románica que ya quisieran poseer dentro de sus muros, ciudades de mayor fuste. Los monumentos románicos abundan en Galicia y en todas nuestras comarcas septentrionales, como que por dichas regiones comenzó en España la predicación del Evangelio y el arte románico fué la primera expresión arquitectónica del sentimiento católico, apenas la Iglesia pudo abandonar la obscuridad de las catacumbas. El arte cristiano ha marchado en una pro-

gresión ascendente, buscando siempre el camino del cielo. Tras de las catacumbas, la Iglesia románica; tras de la Iglesia románica, la Basílica bizantina; tras de ésta, la Catedral gótica, cuya aguja se pierde en las nubes.

Hoy ofrecemos á nuestros lectores, la vista general, la portada y el ábside de la Iglesia románica de Amandi; y no dejaremos de hacer lo mismo con algunos otros monumentos religiosos, dignos de ser conocidos, siempre que tengamos ocasión para ello.

Leopoldo Cano (pág. 13.)

La personalidad de D. Leopoldo Cano y Cueto, es de las que aparecen hoy con mayor relieve en el campo de nuestra literatura. Por más que lamentemos profundamente la torcida dirección de sus facultades intelectuales y no podamos aplaudir la funestísima tendencia que palpita en todas las producciones dramáticas del autor de *La Pasionaria*, es indiscutible su talento y acaso su buena fe; lo que hay de censurable en sus dramas, procede de su entendimiento nutrido, quizás en malas lecturas, pero no de su corazón que es sano y palpita siempre á impulsos de nobles y generosos sentimientos. Leopoldo Cano es, en toda la extensión de la palabra, una buena persona; y si acertara á infundir en sus producciones literarias, el espíritu de la verdad católica, acaso quedaría en la historia literaria como uno de los más ilustres entre los autores dramáticos contemporáneos.

ANTONIO DE OLMEDO

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (segunda quincena de Enero).

15. Viern.—Stos. Efsio, mr.; Bonifacio, ob. y conesor; Pablo, primer erm., cf.; Mauro y Macario, abades; Habacuc y Miqueas, profetas.—Sta. Secundina, virg. y mr., y Ntra. Sra. de Passanant en Cataluña.

16. Sáb.—Stos. Marcelo, Papa y mr.; Berardo, Pedro, Acursio, Adjuto y Otón, mrs.; Fulgencio, obispo, cf. y dr.; Ticiano, Melas y Honorato, obispos y cfs.; Furseo, cf.—Stas. Estefanía y Priscila, y Nuestra Señora de la Nieva.

17. ✠ Dom. II DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.—EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS.—Stos. Diodoro, presbítero y mr.; Mariano, diác. y comps. mrs.; Fortunato y comps. mrs.; Espeusipo, Eleusipo y Meleusipo, hermanos gemelos, mrs.; Sulpicio, ob.; Antonio, ab.; Juan, Merulo y Antonio, monjes.—Santas Leonila, mr.; Rosalina, cartujana, y Ntra. Sra. de los Remedios en Mondoñedo.—*Abolición general en la Merced.*

18. Lun.—La Cátedra de San Pedro en Roma. Santos Mosco, Amónio y Atenógenes, mrs.; Volusiano, ob.; Décola, ab., y Leobardo el Emparedado.—Stas. Prisca, virg. y mr.; Margarita de Hungría, y Nuestra Señora de la Buena Esperanza en Dijón.

19. Mart.—Stos. Germánico, Ponciano, Pablo, Geroncio, Jenaro, Saturnino, Suceso, Julio, Cato y Canuto, rey, mrs.; Mario, Marta su esposa, y sus hijos Abaco y Audifacio, mrs.; Baziano y Vestano, obispos.—Stas. Pia y Germana, mrs., y Nuestra Señora de Belén en Lisboa.

20. Miér.—Stos. Fabián, Papa y mr.; Sebastián y Neófito, mrs.; Mauro, ob.; Eutimio, ab., y Nuestra Señora de los Ciegos en Murcia.

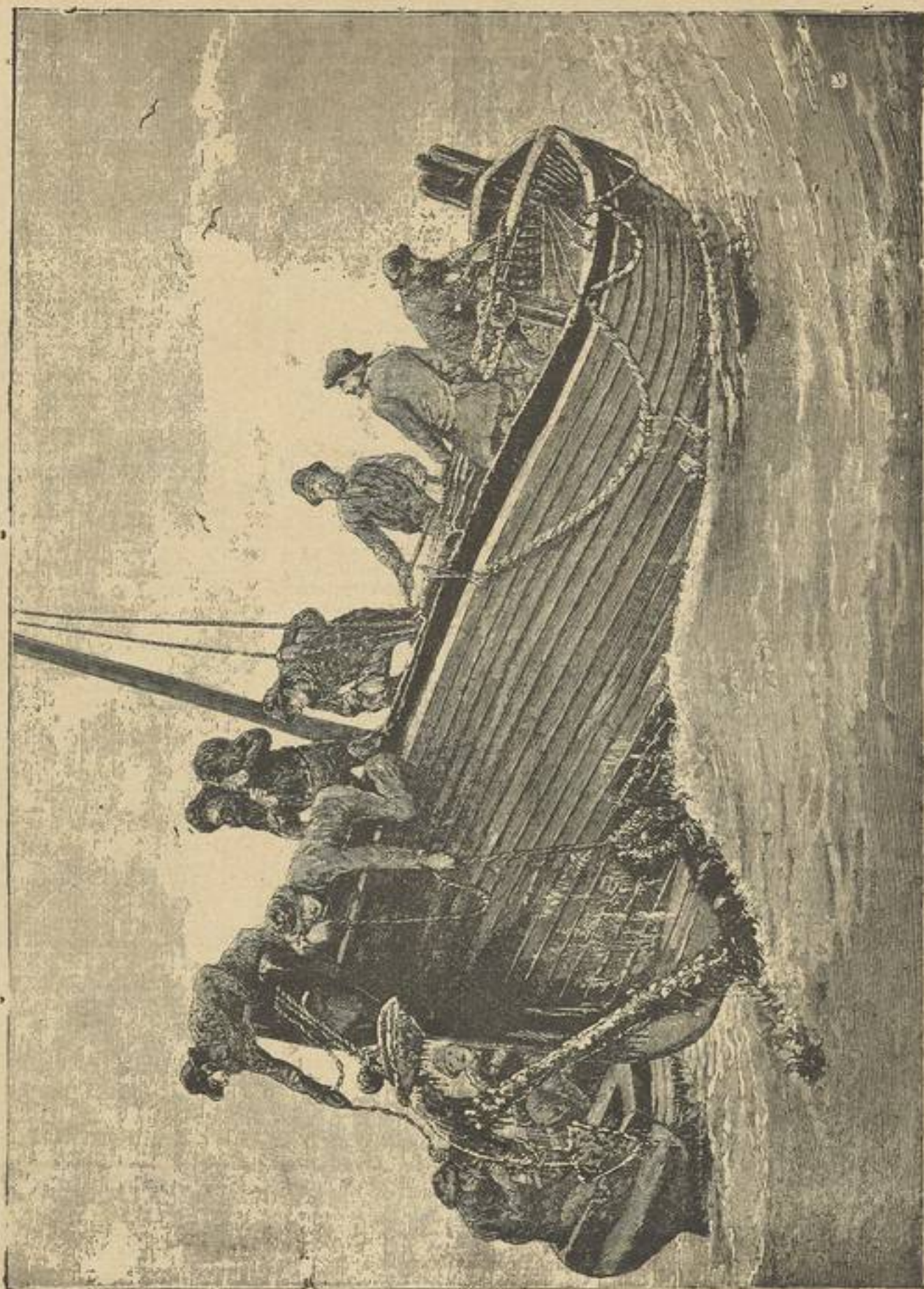
21. Juev.—Stos. Fructoso, ob. y mr.; Augurio, Eulogio y Patroclio, mrs.; Epifanio, ob. y cf.; Publio, obispo; Meinardo, ab., y Ntra. Sra. de Altigracia de Higües en Santo Domingo.

22. Viern.—Stos. Vicente, diác. y mr.; Anastasio, monje y mr.; Víctor, Vicente y Oroncio, mrs.; Gaudencio, ob. y cf.; Domingo, ab., y Ntra. Sra. de la Cruz en Ervodia.

23. Sáb.—San Ildefonso, arz. de Toledo. ✠ en



EN EL CAMPO



PESCADORES DE ANCLAS

el Arzobispado de Toledo y en el Obispado de Madrid. Alcald, como patrón de los mismos). Stos. Pármenas, Severiano, Asclás y Agatángelo, mrs.; Clemente y Juan el Limosnero, obs.; Raimundo de Peñafort, confesor, y Martirio, monje.—Stas. Emerenciana, virgen y mr.; Aquila, mr., y Ntra. Sra. del Claustro en Tarragona.—Indulgencia plenaria que se puede ganar confesando, comulgando y visitando una iglesia de la Orden de Santo Domingo.

24. ✠ Dom. III DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.—LA DESCENSIÓN DE LA B. V. MARÍA.—Stos. Timoteo y Feliciano, obs. y mrs.; Tirso, Proyecto, Mardonio,

Musenio, Eusebio y Metelo, mrs.; Zamas y Babilón, obispos; Surano, ab., y Ntra. Sra. de la Paz en Tarragona.

25. Lun.—La Conversión de San Pablo, apostol. Santos Proyecto, ob. y mr.; Agapito, Juventino, Máximo, Marino, Donato, Sabino y Agape, mrs.; Bretanión, ob., y Popón, ab.—Sta. Elvira, virg., y Nuestra Señora de las Victorias en París.

26. Mart.—Stos. Policarpo y Teógenes, obs. y mártires.—Stas. Paula, vda., Batilde, reina, y Nuestra Señora de Bobera en Guimerá.

27. Miérc.—Stos. Julián, Avito, Dacio y Reatro,

mártires; Vitalino, Papa; Juan Crisóstomo, ob. cf. y doctor; Emerito y Mauro, abs., y Ntra. Sra. de la Isla del Danubio.

28. Juev.—Stos. Flaviano, Tirso y comps. mrs.; Leónides y comps. mrs.; Julián, ob. de Cuenca; Cirilo, ob. y cf.; Juan presb., y Santiago el Ermitaño, penitente.—La Aparición de Santa Inés, y Nuestra Señora de los Remedios en Madrid.

29. Viern.—Stos. Constancio, ob. y mr.; Aquilino, presbítero y mr.; Papias, Mauro, Sarbelio y Sabiniario, mrs.; Francisco de Sales, ob., cf., dr., y fdr.; Valero y Sulpicio Severo, obs. y cfs.—Sta. Bar-

bea, mártir, y Ntra. Sra. de Ujué en Navarra.
30. Sáb.—Stos. Barsimeo, ob. y mr.; Hipólito, presbítero y mr.; Alejandro y Filipiano, mrs., Félix I, Papa y cf.; Armentario, ob. y cf.; Barsen y Matías, obs., y Lesmes, ab.—Stas. Martina, virg. y mártir; Jacinta de Mariscotis y Aldegunda, vírgenes; Sabina y Ntra. Sra. de la Corona en Jaén.

31. ✠ Dom. IV DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.—Santos Cirio, Juan, Metrano, Saturnino, Víctor, Tirso, Tarasio, Ciriaco, Zótico, Trifenes, mrs.; Geminiano, obispo; Pedro Nolasco, cf. y fdr.; Julio, presb. y cf.—Sta. Marcela, vda.; la Bta. Luisa de Albertona, viuda, y Ntra. Sra. del Tallat en Cataluña.—*Abolición general en la Merced.*

CUARENTA HORAS

16, 17. Escuelas Pías de San Antonio Abad, Hortaleza.

18, 19, 20. Parroquia de San Sebastián, Atocha.

21, 22, 23. Parroquia de San Ildefonso, plaza del mismo nombre.

24, 25. Colegio de niñas de la Paz, Embajadores.

26, 27. Religiosas Jerónimas de la Concepción, Lista.

28, 29. Religiosas Salesas, San Bernardo.

30, 31. Religiosas de Góngora, calle del mismo nombre.

Nuestro arte religioso

Sería inútil negarlo, y es más conveniente confesar con absoluta franqueza que nuestros días pertenecen a la ya larguísima época de extravío, desconcierto y falta de ideales que tanta confusión introdujo en el hermoso campo del Arte Cristiano.

Se puede también decir, sin miedo a errar, que no se ve tan cercano como algunos afectan creer el fin de esa triste anarquía, y que si un movimiento vigoroso y en lo posible rápido no encauza las corrientes artísticas, la misma reacción que se está verificando resultará estéril, si no acaba por lanzarnos en otros abismos tan negros como los que nos tienen sumidos en la oscuridad y la atonía.

No es necesario ser muy lince para conocer que las ideas que han imperado en cada época, buenas o malas, han logrado modificar y aun transformar el arte religioso, introduciendo en el templo los gustos y las modas corrientes, con detrimento, las más de las veces, del ideal cristiano; y (es evidente, aunque no todos quieran confesarlo), con su tanto de perjuicio para la devoción y asimismo para la seriedad del culto.

Si todo esto es verdad, no podemos asombrarnos del caos artístico que vemos y lamentamos. El siglo presente, que soñó en sus albores con un arte que le fuese propio, y en sus postrimerías acaba por no saber lo que fue el ageno, el de otras edades, y por quedarse muy ufano sin arte alguno, tenía que añadir su parte de sombra que ennegreciera más lo que empezó a emborronar el Renacimiento y fueron estropeando y deformando sus hijos, lo que llegó al delirio con Bernini y Churriguera, lo que no pudieron purificar los pseudo restauradores que tan bien pagaban Fernando VI y Carlos III, lo que al fin no era ya sino una mezcla informe, la ausencia de todo ideal puro.

No es posible, siquiera teniendo la voluntad más optimista, ser indulgente con las obras que debemos a nuestro siglo. Aparte de muy raras excepciones en cada rama del arte, sólo censuras acres, sólo tristísimos lamentos puede arrancar a las almas rectas e ilustradas el espectáculo de lo que durante él se ha perpetrado en el templo.

Y ahora en estos momentos, es necesario hacer lo que no ha muchos días nos decía un artista célebre y muy piadoso: «No mirar en la Iglesia en que uno asiste a la Santa Misa, ni las paredes, ni los techos, ni los altares, y salirse en cuanto empiezan a cantar.»

No creemos que el inspirado artista ni nadie se atreva a sostener que tan graves palabras sean elevadas a regla general de conducta; pero no hay duda que, no solamente los verdaderos conocedores del arte, sino todos los que tienen de él alguna idea, o siquiera buen instinto y mediano gusto,

miran con profundo pesar el estado de cosas presente, lo reprobaban en voz alta y ansian la restauración del verdadero y genuino Arte Cristiano.

Lo más triste es, y tampoco hay para qué ocultarlo, que el número de todos estos no es grande, y es en cambio incalculable el de los bien avenidos con lo existente, como se dice en política, ó tan apáticos en esta cuestión, que no han parado mientes en ella, ni se han apercibido bien ni mal de lo que sucede.

Otros que se han dejado inficionar por la atmósfera mal sana que nos rodea, ó que no han reflexionado lo bastante ni estudiado con buen orden, profesan, y a veces defienden, errores de mucho bulto, que son parte, y no pequeña, en la general confusión; y no faltan, por último, quienes, diciéndose fervorosos amantes de cuanto concierne a la Iglesia y al culto, sostienen sin rebozo que no es posible cerrar el paso al modernismo que todo lo invade, pues tiene grandes bellezas que, excediendo mucho a las del arte antiguo, darán al culto y al templo nuevos e irresistibles encantos.

Esta es la disposición de los ánimos, este el estado de las personas. Nosotros, para que estas se enteren de la situación de las cosas, haremos como Dios nos dé a entender, primeramente una descripción a grandes rasgos para no ser prolijos de ese estado lastimoso de confusión y anarquía artística, y luego la enunciación y juicio que merecen algunos, los más notables errores que nos han ido invadiendo.

Del remedio que hacen necesario tantos males, y de la extirpación urgente de esas herejías estéticas, también hemos de apuntar algo para coronar la serie de trabajos cortos y lijeros que ahora emprendemos, y que, con la ayuda de Dios, nos hemos propuesto que comprendan todo el campo del arte, desde la Arquitectura hasta la Música, sin olvidar las disciplinas secundarias ó auxiliares, ni desdeñar el examen de los más menudos detalles, pues que nada hay despreciable de cuanto pueda servir en cosa tan grande y excelente como es el servicio de Dios y su gloria, fin a que se encamina el hombre cuando se vale de lo que es ó cree ser bello para honrar a la Divinidad y hacer amable y atractivo su culto.

La crítica, sana y todo, tiene su peligro, y más si versa sobre cosa relacionada con la religión; lo sabemos y no ignoramos que la censura si es mordaz no cumple con su fin que es edificar, pues destruye porque irrita y ofende en vez de excitar a la reflexión y abrir el sentido a las ideas sanas que preceden a toda enmienda.

Con todas las precauciones imaginables, sus juicios no agradan a todos, pero qué se ha de hacer; esa misma discordancia de pareceres y gustos es la señal de su bondad; porque si agradase a los más, no podría dudarse que había halagado sus errores y preocupaciones. Los enfermos no suelen recibir con placer la amarga poción que ha de curarlos ni mirar con buenos ojos al cirujano; pero alguien ha de encargarse de mirar por el que no está bueno.

De todas maneras, hoy son pocos los que no saben leer entre líneas las buenas ó malas intenciones de los que escriben; y porque es difícil ya engañar a nadie, podremos estar más libres de que nos interpreten erróneamente.

Todas las cosas que se refieren a la religión, tienen suma importancia; por eso la tiene el Arte Cristiano. En la actualidad, autores competentes tratan magistralmente las cuestiones más intrincadas, allí donde es necesario. Dios sea bendito por ello; más acerca del arte, son entre nosotros muy pocos los que tienen tiempo de escribir aunque les sobre ciencia, y creyendo sería conveniente secundar a esos pocos, allá van las observaciones que una afición decidida y por largos años cultivada nos ha seguido. Si de nada sirven, será un trabajo más entre los muchos estériles (y ojalá ser fueran más que estériles) que hoy salen a luz; si algo útil se pudiera sacar de ellos por poco que fuera, ya podríamos bendecir al Señor; pues no hay mayor gloria que haber contribuido en algo a que sea como debe honrado y glorificado por los hombres.

JOSÉ FERRÁNDIZ

El Arte Cristiano

ODA

¡Oh Cruz, signo divino,
Que las santas basílicas coronas!
¡Melancólica luz, que te difundes,
Envolviendo en tu lánguido misterio
El lienzo a que dió vida
La esperanza en amar entretenida!
¡Suspirante salterio,
Cuya continua y vigorosa nota
Es el llanto del alma,
Que a impulsos del dolor candente brota!
¡Oh poderosa Cruz! deja un momento
Al errabundo y triste peregrino
Posar en ti la frente,
Porque huyan del loco pensamiento
Las ideas y sombras del camino,
Y, arrebatado el corazón humano,
Cante las artes con ardor cristiano.
Pecó Adam y ardió el rayo
En las manos de Dios; al ronco trueno
El pecador huyó despavorido
Del Eden, y al tornar de su desmayo
Miró muy lejos el Eden perdido,
Mansión de las delicias inocentes,
Selva que embalsamaban los jardines
Y arrullaban los pájaros y fuentes.
De entonces el hombre con tenaz porfía
Allí do el pie detiene en su carrera,
Dando forma a su vago pensamiento,
Remeda la hechicera
Morada del Eden; y es vano intento;
Que como solo su placer ansia
Y el placer de la sombra siempre inquieta,
Jamás a sus deseos la sujeta.
¡Jamás! Los aromáticos pensiles
Do reclina la frente Babilonia,
Hambrienta de placer, son el hastío
De su estragado corazón impuro.
En vano Tebas a la dicha abierta
De su robusto muro
Tiene cien anchas y elevadas puertas;
Que en numerosa y luenga caravana
Entran los vicios locos ó rastros
De su manto en los pliegues ocultando
Las negras penas que el placer no doma;
Y en su tropel el paso embarazando
A la dicha, que el rostro, pudorosa,
Por una y otra puerta muda asoma.
En vano andaz Nerón busca la dicha
En su *Casa de oro*,
En donde la ambición, siempre sedienta,
Reina de un hemisferio,
Con pupila gozosa, mira y cuenta
Reunidas las delicias de su imperio;
Que cansados los ojos
Y ansiando el corazón nuevos placeres,
Que lo diviertan con febril halago,
A la imperial ciudad la prende fuego,
Porque le arrulle su violento estrago.
Solo en las naves hondas y sombrías
De las santas basílicas cristianas
Llenas de majestad y de misterios,
Do se eleva la Cruz y roncacas suenan
De salmos las rotundas armonías,
Que a las locas pasiones encadenan,
El arte imitar pudo
La sublime helleza
De aquel Eden dichoso,
De la inocencia nido pudoroso.
Que el genio, descendiendo
De la cima del Gólgota, en que espira
Desnudo el Redentor, entre la aleve
Saña del pueblo, que hasta a Dios se atreve,
Aquella desnudez contrito llora,
Y mientras rueda el llanto de sus ojos,
Nacido de su amor, que siente y crea,
Surge la nave altiva y gigantea
Y la atrevida cúpula corona
Un templo, en que al Señor que nos redime,
En vez de los ultrajes y silbidos,
Cerque la inspiración santa y sublime,
Por las notas del órgano rompiendo

En un raudal hirviente de gemidos.
Y buscando no más la gloria augusta
Del Dios, que en una Cruz espirar quiso,
Creó el arte el perdido Paraíso.
Vedlo: las anchas bóvedas se enlazan
Como las ramas de la hojosa selva;
Reina la soledad; el aire fresco
En la nave murmura,
Transportando los ecos resonantes;
Y la lumbre del sol, en mil cambiantes
Descompuesta en la gótica ventana,
Por los vidrios el paso se procura.
El ambiente se mira perfumado
De flores con que el templo se engalana
Por los ricos aromas;
Y como cuelgan de la torre el nido,
Se deleita el oído
Con el dulce arrullar de las palomas.
Envuelto entre la sombra, arrodillado
Delante del altar, en donde fijo
Tiene los tristes ojos,
El justo habla con Dios y penitente
Halla en las hondas lágrimas la dicha,
Que Adam en el Eden, siendo inocente,
Y porque más en la virtud se afane
Y más profunda su ventura sea,
Debajo de su planta,
En la cripta sombría,
Do el vicio teme y la pasión se arredra,
El martir duerme el sueño de los siglos.
Mientras su imagen santa
Dibujada en el lienzo ó en la piedra,
Ceñida del laurel de la victoria,
Señala con el dedo la alta cúpula,
Do audaz el genio retrató la gloria.
Y como descendiendo de la altura
A iluminar el gótico recinto
De la añosa basilica sagrada,
Envuelta en manto azul como los cielos.
De fulgidas estrellas coronada
Y surgiendo del seno esplendoroso
De las candidas nubes,
Donde aligeros vuelan los querubes,
Las manos de azucena
Cruzada sobre el pecho,
Y la mirada estática y serena,
Donde brilla el amor divino y puro,
Contemplando en lejanos horizontes
El inmortal seguro,
Lucero de bonanza
De este encrespado mar de negras olas;
Ancora de esperanza;
Espanto del infierno;
Del alcázar eterno
Resplandeciente brillo,
Está la Inmaculada de Murillo,
Tornando la basilica sombría
En claro, hermoso y sonriente día.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA
de las Escuelas Pías

Don Celedonio

El ingenioso escritor Luis Taboada lo ha puesto en escena (1). D. Celedonio, según el festivo articulista, *se levanta temprano, la víspera de Navidad, y sin cuidarse del personal asno, arrolla al cuello una bufanda destechada, se encasqueta el hongo, envuélvese en la capa, y se va á la plazuela de Santa Cruz en busca del ramaje necesario para el Nacimiento.* Y mientras tanto, la mujer de D. Celedonio, y madre de los rapaces para quienes es el Nacimiento preparado por el buen hombre, grita: *¡Qué casa! ¡Qué infierno de casa! Pero nadie tiene la culpa más que tu padre, que es más chiquillo que vosotros;*... Todo esto, y lo demás que en el artículo de Taboada se contiene, es rigurosamente exacto y cómico de buena ley; las cosas de la vida tienen siempre un lado más ó menos ridículo; y la burla, cuando no degenera en sar-

casmo, á nadie ofende y á todos regocija, es legítima y puede ser bella manifestación del ingenio humano, y sirve al espíritu de algo parecido á los atemperantes y refrescantes al cuerpo; impide *la irritación del alma* y modera los excesos del entusiasmo, que son enfermedades morales de la peor especie.

Pero de que las cosas tengan un lado cómico, no se deduce, por cierto, que sean cómicas por todos los lados que se las mire. Al revés; sucede con harta frecuencia que á un reverso ridículo, corresponde un anverso que hace verter lágrimas de verdadera y sublime ternura. Mal haría D. Celedonio enfadándose con las regocijadas burlas de Taboada; él es, por el contrario, el primero que debe reírlos. Pero peor aún que enfadarse sería que, tomando la lección por lo serio, sintiendo picado su amor propio, dejase de poner al año que viene el Nacimiento á los niños de su alma.

¡Pobres chicos! ¿Qué entienden ellos de sátiras, ni de *humorismo*, ni de las ridiculeces de la sociedad en que viven? Lo cómico no es nada real; es un prisma á través del que se ven las cosas de cierta manera. Es á modo de espejuelos que solo gastan los que tienen cansada la vista; para los niños no hay nada ridículo: todo es igualmente serio y alegre. Todo merece del mismo modo su consideración más formal y sus carcajadas más sonoras. En todo creen y de todo se ríen. ¡Se ríen hasta de la calva de D. Celedonio, de esa calva luciente que besan todas las mañanas y todas las noches con tanto respeto y tanto cariño!... ¡Y qué felices son cuando su padre les pone el Nacimiento!... ¡Cómo les hace pensar, sentir y reír el monte de corcho, la selva de lentiscos, la Belén de carton y los pastores y pastorcitas de barro! Ya dijo un crítico insigne (2) que ningún hombre goza leyendo á Homero lo que un niño cuando alguien le cuenta la historia de Volichinela: delante del Nacimiento, construido por D. Celedonio, sus chicos gozan mucho más que gozarán de hombres al contemplar los más imponentes ó bellos paisajes: aquellos bosquecillos, aquellas sendas mal trazadas entre formidables rocas de papel de estraza, aquella lumbre que arde á la entrada de las oscuras cuevas, y en que se calientan en amigable consorcio un pastor poco más corpulento que un pavo, y un camello tan diminuto que podría pasar cómodamente por el ojo de una aguja, todo en fin, lo que hay en el Nacimiento sugiere á los rapaces de D. Celedonio las más profundas y tiernas ideas de la naturaleza, al paso que el *Misterio augustó* espuesto en el Portal, les inspira los más elevados y eficaces sentimientos religiosos....

Si un día volviera D. Celedonio á casa, y les dijese:—(Hijos míos, acaban de hacerme Presidente del Consejo de Ministros, de seguro no les proporcionaría alegría ninguna; y ¿cuánta les proporciona en cambio, cuando en la mañana del 24 de Diciembre les enseña el ramaje que trae oculto bajo la capa, y les dice:—Ea, chicos, aquí tenemos ya la hierba para el Nacimiento!)

Valle de lágrimas es la vida, y quieran ó no los optimistas, abrojos hemos de encontrar en nuestra vida de peregrinos. No es el menos espinoso, sobre todo para los caracteres demasiado serios, esa ley fatal que nos hace aparecer tantas veces ridículos, y precisamente cuando quisiéramos ser más sublimes. «Con todo transijo,—nos decía en cierta ocasión un predicador de fama— menos con que cuando se me ocurre una bonita imagen ó un párrafo de efecto, me salga la voz gangosa ó estornude una vieja en el templo.» Pero si el camino es un erial, no lo es hasta el punto de que no broten flores en sus márgenes. Y la familia no es una flor; es todo un jardín delicioso, para el que sabe considerarla y apreciarla en lo que vale.

Los espíritus delicados, las almas superiores, no conocen en este mundo goces semejantes á los que proporciona la vida de familia; conjunto admirable de cosas sublimes y cómicas, de ternuras y risas, de sublimidades atemperadas á la realidad y de

vulgaridades sublimadas por el amor. Dentro de la familia se llora sin amargura y se ríe sin quebranto del respeto debido á las personas y á las cosas. Cada familia es un mundo pequeño, un Estado independiente, y cualquier D. Celedonio, oficial cuarto de Administración es, dentro de las paredes de su hogar, un rey legítimo, y lo que vale más, un rey querido y de imperio más dilatado que el de los príncipes de la tierra; porque lo que pierde en extensión material su soberanía, gánalo superabundantemente en intensidad de autoridad y de afectos, que es la extensión moral.

¡Cuántas veces el jefe de D. Celedonio, hombre elegante, y aunque viejo, soltero, ha envidiado á su modesto subordinado esa soberanía insustituible. ¡Cuántas veces se habrá dicho el poderoso señor! «te cedería, oh pobre hombre, mi sueldo de 50,000 reales, mi gabán de pieles, mi amistad con el Ministro, mi cuarto lujoso de la fonda, todo lo que soy, en una palabra, por esa capita raída, debajo de la cual escondes el manojo de hierba para el Nacimiento de tus chicos!... ¡Oh, si yo los tuviera!... ¡Oh, si yo hoy en vez de pasar el día haciendo la corte á la mujer del jefe de mi partido, pudiera pasarlo en lo alto de una escalera, con el cacharro de engrudo en una mano y con la otra pegando la estrella de los Reyes Magos, entre las risas de cinco ó seis ángeles que me llamaran su padre!...

¡Y cómo unen los corazones y los regocijan esas poéticas al par que sencillas festividades del hogar! Dejad que crezcan los niños de D. Celedonio; las necesidades de la vida los arrojarán del hogar; quizás alguno de ellos tenga reservada en la tierra una peregrinación trabajosa y llena de vicisitudes; quizás á otro le aguarde la opulencia; quizás la Providencia quiera colocar al más pequeño, á ese mismo que hoy, según cuenta Taboada, se chupa las cabezas de los Reyes Magos como si fueran caramelos de la Pajarita, en los grandes escenarios de la Historia; pero sea el que quiera el destino futuro de esas ahora inocentes criaturas, tened entendido que han de llevar adonde quiera que vayan, como el más dulce de sus recuerdos, esas escenas del interior doméstico, y que ya, aunque vivan cien años, no se apagará nunca para ellos aquella estrellita de talco y papel dorado que su padre pegó con engrudo sobre el bosque de retamas que corona la tradicional montaña de Belén, y que han de gustar siempre de representarse á su padre como lo vieron en aquella ocasión memorable, como un ser bondadoso que derramó en sus corazones de niño las primeras alegrías que disfrutaron y también las más puras... ¡Bendito D. Celedonio! No te importe, no, que Taboada se burle de ti... Sigue, sigue poniendo el Nacimiento á tus chicos!...

ANGEI, SALCEDO RUIZ

Un libro notable

El calificativo creemos que merece el que recientemente ha publicado el conocido periodista Sr. D. Damián Isern, director de *La Unión Católica*, con el título *De las formas de gobierno ante la ciencia jurídica y los hechos. —Primera parte.—De la Monarquía.* Podrán discutirse las opiniones sustentadas en dicha obra, y hasta cabrá, como en todas las del humano ingenio, encontrar abundante materia para la censura científica ó literaria; pero lo que sólo á la ruña envidia podría ocurrirse es negar los méritos que ha contraído el Sr. Isern ante la cultura española, componiendo en esta época superficial una obra seria, de copiosa erudición y fundamentales doctrinas. Y aún se esfuerzan más estas consideraciones recordando que el que ha acometido y está llevando á cabo tan árdua é ingrata empresa, es un periodista diario, obligado por la índole de su oficio á pasar todas las mañanas en la redacción, escribiendo artículos y sueltos de polémica religiosa, social y política, y leyendo y corrigiendo los trabajos de sus subordinados y auxiliares; y que por las tardes tiene que ir al Congreso para enterarse de las mil incidencias diarias de la política menuda, y que por las noches

(1) En capítulo publicado en *El Imparcial* del día 26 de Diciembre último.

(2) *Manuel de Maza*—Estudio de Maza.



UN MEMORIALISTA EN ROMA]

ha de volver á la imprenta á dar la última mano á los originales que han de salir en el periódico. Y todavía con tan ruda é inacabable labor no están terminadas las cotidianas del Sr. Isern, pues como conservador influyente en su tierra natal, tiene que leer innumerables cartas que le escriben correligionarios, amigos y devotos, y que contestarlas, y que hacer recomendaciones en todos los ministerios, etcétera. Que un hombre que así emplea su tiempo aún le tenga para leer despacio las obras de los filósofos antiguos y modernos, y para coordinar tan varias doctrinas, é ir lentamente elaborando la pro-

pia, es maravilloso en verdad, y sólo cabe explicarlo por la tensión extraordinaria de nervios en que solemos vivir los hombres modernos, con detrimento grave de nuestra salud física, y no poco peligro para nuestras facultades intelectuales.

Todos en España entendemos, ó afectamos entender, de política; y la verdad es, hablando en plata, que ni en lo de gobernarnos, que es la política práctica, ni en las especulaciones científicas sobre Derecho público, que es la política teórica, nos hemos distinguido hasta ahora á punto de poder con justicia envanecernos. En otra época, en nues-

tro siglo de oro, sí que sobresalimos, y mucho, prácticamente sabiendo gobernar dilatados imperios con muy cortos recursos; y teóricamente, escribiendo obras maestras sobre política, que hicieron inmortales los nombres de Quevedo, Saavedra, Mariana y otros muchos. Pero lo que es hoy, á la vista está lo que sabemos gobernar; y en cuanto á buenos escritores políticos, exceptuando á Cánovas, Sánchez Toca, Azcárate y algún otro, no contamos más que con periodistas más ó menos listos é instruidos.

Entre los escritores verdaderos habrá que enu-



CONTEMPLANDO SU RETRATO

merar de aquí en adelante al Sr. Isern. Bastaría para clasificarle con justicia entre ellos, el copiosísimo bagaje científico que sigue á su obra. El señor Isern ha revuelto todos los autores antiguos y modernos; asusta pensar en la pirámide de libros que habrá tenido á mano mientras que componía el suyo. Desde Aristóteles hasta el P. Mendive, autor de un apreciable compendio de Derecho Natural, y hasta los Sres. Santamaría de Paredes y Mellado, no queda en la obra del Sr. Isern doctor, licenciado, ni aun bachiller en Derecho político, cuyo nombre no se cite y cuyas opiniones no se aduzcan, ya para refutarlas, ya en comprobación y testimonio autorizado de las que el autor expone.

Es lástima que siendo como es escolástico de buena cepa el Sr. Isern, no haya rendido á su escuela el tributo de definir científicamente los conceptos objeto de su estudio. En las disciplinas morales y políticas son tanto más necesarias las definiciones, cuanto que los mismos términos suelen significar cosas muy distintas en unas y otras épocas, en unas y otras escuelas y hasta en unos y otros autores. Para Aristóteles y Santo Tomás, v. gr., la palabra *aristocracia* significaba otra cosa que en el uso moderno. De no definir y de barajar tantos autores, creemos nosotros que resulta alguna confusión en la lectura de la obra del Sr. Isern, sobre todo en ciertos pasajes.

Comienza la obra por un capítulo consagrado al examen del concepto de forma de gobierno, y entra enseguida (cap. II) en el estudio de la forma monárquica. Falta, indudablemente, entre uno y otro capítulo un enlace indispensable para que resulte método riguroso y para la claridad debida; falta el estudio de cuanto es común á todas las formas de gobierno, única manera posible de señalar después perfectamente las diferencias que separan á unas de otras. Y es esto tanto más de sentir, cuanto que origina, como todo defecto en el cimiento, otros en el proceso de la obra; así es que dentro ya de la parte especial dedicada á la monarquía, tiene el Sr. Isern que volver á subir á las fuentes y tratar materias como la constitución del Estado (cap. V), la división de poderes (cap. VI), el poder legislativo (cap. VII), el poder ejecutivo (cap. VIII), y las garantías constitucionales (cap. X), que no son propias ó peculiares de la monarquía, sino comunes á todas las formas de Gobierno. También se echa de ver esta falta en el estudio concreto de la monarquía. ¿Por qué antes de explicarnos las diferentes clases de monarquía, no decimos algo de lo que es común á todas ellas, de lo que constituye, según diría un escolástico, el género *monárquico*, el tipo fundamental de la realeza, diversificado luego en especies distintas?

Distingue el Sr. Isern tres clases de monarquía: absoluta, templada y mixta. A nuestro humilde juicio, á esta clasificación es preferible la que se hace de la monarquía atendiendo á su combinación con el elemento representativo; son absolutas cuando no existe dicho elemento, y siendo absolutas pueden ser templadas, ya por la ley fundamental, como, v. gr., en los países mahometanos, en que el Korán obliga al rey y al súbdito, ya por la ley y por organismos políticos, cuerpos deliberantes, aunque no representativos, como en la monarquía española de los últimos Austrias y de los primeros Borbones, en que no había Cortes, eso no; pero sí Consejo de Castilla, privilegio de nobleza y Clero, fueros regionales y municipales, y otra porción de contrarrestos eficaces, demasiado eficaces en ocasiones, al poder real. La monarquía española, en sus tiempos peores, no fué jamás absoluta en el sentido que indica el Sr. Isern en el capítulo II de su obra; fué una monarquía templada, por más que Carlos III expulsara á los jesuitas, lo cual, después de todo, fué en Carlos III un acto de debilidad, más que un acto de imperio.

Para expulsar á los jesuitas no se necesita, por desgracia, ser rey absoluto; Romero Ortiz lo hizo en España y Ferry en Francia, sin ninguno ser rey absoluto ni constitucional tampoco. Monarquía representativa, segundo término de la clasificación usual, es aquella en que la representación nacional está considerada como institución permanente y

esencial del Estado, y no cabe aumentar los gastos ni los ingresos del Tesoro sin su aquiescencia, estándole además reconocido el derecho de criticar públicamente los actos del Gobierno del rey; esta fué la monarquía de casi todos los pueblos cristianos durante la Edad Media; la de Inglaterra hasta Guillermo de Orange y hoy la del reino de Prusia. En este género de gobierno, el monarca conserva la plenitud de la soberanía; él da la ley, ya *motu proprio*, ya á petición de los procuradores del Reino, pero tiene que contar con los estados generales ó Cortes para aumentar el tributo, y tiene que oír con paciencia la crítica que los procuradores hagan de los actos de su Gobierno.

Finalmente, en la monarquía parlamentaria, el elemento representativo adquiere tal importancia, que en el orden legal es igual al rey, y en el orden de los hechos, superior á él casi siempre. Consiguense tal igualdad y supremacía mediante la votación anual, no sólo de los nuevos gastos é ingresos, sino de todo el presupuesto, no pudiendo, en virtud de esto, ningún Monarca sometido á tan duras trabas, cobrar un solo real á sus súbditos, ni autorizar ningún pago á sus empleados sin estar autorizado todos los años por el Parlamento; de aquí que para gobernar haya menester de elegir sus ministros entre aquellos varones que cuenten con la confianza de todo ó por lo menos de la mayoría del Parlamento, ó lo que es igual, que tenga que compartir con la Asamblea de representantes hasta aquella facultad que es la más preciosa y la esencial de su soberanía, cual es la de elegir libremente sus ministros.

Creemos, sinceramente, que sobre este plano la obra del Sr. Isern hubiera resultado más sólida y gallarda. Pero después de todo, tales reparos no pasan de ser meras apreciaciones individuales que en nada disminuyen el mérito del libro. En las ciencias políticas todos son pleitos, nada es seguro; y lo que á unos les parece óptimo, encuéntranlo otros censurable. Lo que no cabe discutir es que, D. Damián Isern ha escrito una obra de mérito, digna corona de tantos trabajos periodísticos que le habían conseguido ya justa y muy extendida fama. Nosotros deseamos leer los tomos que han de salir aún de la obra, y entre tanto felicitamos calurosamente al escritor.

BACHILLER ALONSO.

Roseña de una ascensión

AL PICO DE TENERIFE (Canarias.)

(Conclusión.)

En la estación de las flores, estos arbustos se llenan de multitud de ellas, hasta el punto de parecer que las cubre una sábana blanca; á ellas acuden las abejas de todos los contornos y elaboran con sus jugos una deliciosa miel competitiva de la de la Alcarria.

Lo más notable es el agradable olor que despiden aquellas flores, que cuando el viento sopla favorable embalsama la población de la Villa, á pesar de la gran distancia; y cuentan muchos viajeros haber percibido su olor desde el mar á muchas millas de la costa.

En medio de este jardín natural, que si no de las Hespérides, como llamaban en la antigüedad á las Canarias, no por eso es menos encantador, hicimos nuestra tercera estación, acampando junto al llamado *Risco del Peral*, al pie de una retama á los 16.340 metros de camino, á las 3 de la tarde y con una temperatura de 20° centígrados.

Aquí pasó un cómico incidente, que no quiero dejar de contar. Al hacer los preparativos para la cena, nos encontramos con que los barriles que llevábamos llenos de agua, estaban vacíos; y la dificultad para hacer la comida era grandísima.

No nos explicábamos cómo podía haber desaparecido el agua, cuando poca se había bebido

durante el día. Interrogados nuestros arrieros, confesaron que la habían dado á las bestias sin que nosotros nos aperciéramos. El jefe de nuestra expedición les impuso la pena de marchar á buscar agua al sitio más próximo en que creía que la hubiera, ó despedirlos en el acto sin pagarlos. Todos aprobamos tal resolución, pues desde que supimos que el agua faltaba sentíamos una sed devoradora.

En el mismo instante partieron con sus barriles al hombro tres de aquellos hombres, y ya bien entrada la noche, favorecidos por la clara luna que á la sazón había, regresaron con los barriles... vacíos también; pero conduciendo sobre sus espaldas grandes masas de hielo, que en este estado es como pudieron encontrar el agua entre las grietas de las montañas más próximas. Al fin teníamos agua, y ya con este elemento pudimos cenar tranquilos y esperar á que llegase el nuevo día, que era el en que habíamos de comenzar la subida al segundo cono de los tres que escalonados constituyen la gigantesca montaña; pues todo lo que hasta ahora habíamos subido no era más que un enorme cono truncado que tiene por base inferior la superficie que limita la costa de la isla y por base superior el cerco de las cañadas. En el centro de éste se eleva el segundo cono, á cuyo pie acampamos, y al día siguiente á las 5 y 15 de la mañana ya marchábamos en dirección á *Montaña Blanca*, que es una primera eminencia formada de pómez de color, de crema claro y que á esto debe el nombre que lleva, pues á distancia y cuando la hieren los rayos del sol, brilla como mancha blanca que se destaca sobre el fondo oscuro del Pico.

La vegetación aquí ya es bastante raquítica; las retamas, únicos seres que allí vegetan, tienden sus ramas por el suelo agarrándose á él como si las guiara el instinto para salvarse en la terrible lucha por la existencia que allí tienen que entablar con el medio ambiente.

Poco á poco van desapareciendo á medida que se asciende, y cuando se llega á los 20.340 metros de camino y 2.750 de altura, sitio llamado *Estancia de los ingleses*, ya no se ve sino alguna que otra retama al abrigo de algún grupo de rocas, pero languideciendo y formando los últimos elementos de la transición entre la fértil zona de allá abajo y la región de las nieves que va á comenzar ahora.

La Estación de los ingleses no tiene nada de notable; no existe allí sino un pequeño escalón donde se han detenido en su caída unas enormes masas de *obsidiana*, de forma esférica, y tan grandes como una casa de dos pisos. A la sombra de estos monolitos descansamos un momento para aliviar la fatiga de la subida del *Lomo tiezo*, que así se llama el camino que une este sitio con *Montaña Blanca*, y por estar formado de menudas escorias volcánicas, y ser el terreno por lo tanto muy movedizo, cansa sobremanera haciendo á pié la ascensión.

Bien pronto seguimos nuestra marcha para detenernos un poco más arriba en donde llaman *Alta vista*: eran las cuatro y media, y determinamos pasar allí la noche para poder llegar temprano al día siguiente á lo más alto de la cima.

En aquel paraje existen aún las ruinas de dos habitaciones construidas por el inglés Smit para vivir en ellas y hacer sus observaciones astronómicas.

En la buena estación pudo el Sr. Smit vivir perfectamente en aquella altura; pero al llegar el invierno y con él las heladas consiguientes, tuvieron que sacarle de aquel sitio, en el cual,

á no ser por esto, hubiera perecido por las malas condiciones de aquellas raquíticas viviendas. Allí podría situarse muy bien un Observatorio astronómico, pues se domina una gran extensión del cielo y con una transparencia tan grande en la atmósfera, constantemente limpia, que difícilmente haya en el mundo lugar que le aventaje.

Entre estas ruinas, que aún son mudo testigo del atrevimiento de aquel inglés, levantamos nuestra tienda y pasamos una agradable aunque fría noche, pues la mínima temperatura en la madrugada llegó á 0°. centígrados.

21.440 metros separa este sitio de la Orotava, y se eleva 300 metros sobre el nivel del mar.

El terreno que sigue ya no es movedizo, como el que hemos dejado, sino de una lava firme, negra y áspera por la que hay que ir trepando con detrimento del calzado particularmente, pues es muy fácil dejar las botas hechas pedazos á la mitad del camino, si no se anda con precaución. Ya no hay senda alguna marcada pues no puede hacerse huella, ni el tránsito por aquí es tan grande para que se desgaste el duro suelo. Los guías tienen marcada la dirección que debe seguirse, por la extraña forma de algunos peñascos que se destacan de entre los demás.

Eran las ocho de la mañana cuando comenzamos á subir; á los 370 metros de *Alta vista* torcimos hacia el N. 22°. O y á los pocos pasos dimos con la célebre *Cueva del hielo*.

Es esta una especie de cámara de más de 40 metros de longitud por 14 ó 16 de ancho y 5 ó 6 de profundidad, no dejando al descubierto más que un boquete abierto en el techo y por él puede ingresar en su interior, descolgándose por una cuerda.

El suelo de esta preciosa cueva está cubierto de hielo constantemente y sobre el hay una capa líquida como de 0.20 de profundidad, la cual agua es muy potable y tiene 1°. de temperatura.

La seguridad de encontrar siempre agua en esta cueva y á tan gran altura, es motivo para que la ascensión al Pico resulte poco penosa, pues el llevarla en hombros hasta aquel sitio adonde no pueden llegar las bestias, sería sumamente difícil y molesto.

Por todos estos sitios no se vé ni la más pequeña planta; un poco más alto, y al abrigo de unas piedras, tuve la suerte de encontrar el último representante de la flora canaria, es decir, la última flor que se encuentra subiendo á lo más alto del archipiélago; es esta un bonito pensamiento exclusivo de aquella reducida zona y al que los hombres de ciencia llaman *viola chey-rantifolia*.

A las once próximamente, llegamos á la base superior de este segundo cono truncado, que es lo que se llama la *Ramblota*. Aquí determinamos acampar, para hacer estación varios días; nadie, que sepamos, ha pernoctado en este lugar, antes que nosotros, y por eso bautizamos este sitio con el nombre de *Estancia de los españoles*.

Sumamente cansados por el peso de los instrumentos que llevábamos, dejamos todo en el suelo y emprendimos de nuevo la subida al último cono llamado *Pan de azúcar*, que no es más que un montón de escoria de 370 metros de altura y con una pendiente lateral de 45°, ya se comprenderá por esto la fatiga que causa su ascensión; pero animados por ser el fin de la jornada, pronto le dimos cima y pudimos todos llegar á los 3.716 metros sobre el Océano.

Ninguno se quedó rezagado, y sin ningún malestar llegamos arriba, pues es muy frecuen-

te que muchas personas no pueden pasar de *Alta vista* porque efecto de la poca presión atmosférica, sufren mareos y hemorragias por las narices.

En el vértice del Teide donde nos hallamos, hay una cavidad de unos 100 metros de diámetro y 40 de profundidad que es la caldera ó solatasa del volcan apagado.

Puede descenderse á su fondo por una garganta que existe en la parte N. O. y se nota al descender gran aumento de temperatura en el suelo blando y húmedo á causa de la gran cantidad de vapor de agua que con intervalos rítmicos, como una respiración sale por diferentes cavidades que comunican con la chimenea central del volcan; por eso se les ha dado á aquellos agujeros el apropiado nombre de *Narices del Teide*. La temperatura de algunas de estas solatasas es hasta de 80°.

En el fondo, y por todo el suelo hay gran cantidad de azufre cristalizado y los vapores sulfurosos que brotan por todas partes, son causa que impide permanecer mucho tiempo allí dentro, tanto por ser impropios para la respiración como porque en combinación con el oxígeno del aire pasan á ácido sulfúrico, y destruyen la ropa completamente.

A las cinco de la tarde ya estábamos en nuestra casa de campaña para guarecernos del frío que se dejaba sentir bastante; aquella noche llegó el termómetro á 3°. bajo cero.

Nos levantamos cuando apenas se veía, ya por que la luz crepuscular era aún muy débil, ya por que la gran masa de nubes que bajo nuestros pies se habían formado, impedían que llegase á nosotros la luz reflejada por el mar y por la tierra.

Parecía que nos hallábamos suspendidos sobre aquel inmenso montón de balas de algodón, donde se apoyaba la parte de cono que quedaba al descubierto, y sobre el cual estábamos nosotros.

La claridad aumentaba por momentos, multitud de amarillos y divergentes rayos señalaban el sitio por donde el sol había de aparecer en el horizonte. No se hizo esperar, una chispa luminosa vino á herir nuestra pupila; poco á poco el disco fué surgiendo de entre las aguas, y cuando ya había brotado por completo, nuestra sorpresa fué grande, no sólo por las dimensiones con que el astro aparecía, sino más aún por la gran deformación que la refracción había operado en su disco aparente, dibujándolo de forma elíptica irregular con los bordes sinuosos.

Al calor de aquellos rayos, las nieves iban desapareciendo y griciéndose, y por entre esas grietas, como por los agujeros de un velo hecho girones aparecían trozos de hierro bañados en los más puros colores que el prisma puede pintar. No tardó mucho en desgarrarse por completo aquella gasa de agua, y el panorama es indescriptible.

La primera impresión es como si nos encontráramos en lo más alto de un enorme monstruo marino; repil gigantesco de los pasados tiempos, que es lo que parece la alargada isla de Tenerife tendida sobre los mares.

A su alrededor le acompañan las otras seis islas del archipiélago, caprichosamente diseminadas, cubriendo todo aquel círculo de horizonte que abraza 40 leguas de radio.

Desde allí es imposible distinguir los pueblos más lejanos de la isla; los más próximos se muestran por brillantes manchas blancas, y la región donde se hallan los frondosos bosques aparecen con un verde oscuro, propio de una

vegetación, potentes como es la de las zonas tropicales.

Todo esto contrasta con la aridez del sitio donde nos hallamos, la lava lo invade todo, el muro de montañas que rodean las cañadas parece las ruinas de un inmenso circo romano, gigantesco coliseo construido por la naturaleza en la primera época de la formación de la isla, y desde donde los espectadores del mundo orgánico vegetal, único que entonces podía ocupar aquellos asientos de piedra, presenciaron el cataclismo horrendo que más tarde dió por resultado el sucesivo amontonamiento de materiales, que saliendo del conducto central, fueron formando los dos conos donde nos hallamos.

Por el lado que mira á Icod faltan las montañas del circo y parece que las laderas del Teide van derechamente á morir sobre el pueblo de Garachico, que está medio cubierto por la lava que arrojó la erupción de 1706. También por los años de 1704 y 1705 dió el Teide señales de vida con la erupción de Guinar y últimamente con la de Chajorra en 1798.

Desde entonces no han habido más que unos ligeros temblores de tierra ó débiles ruidos subterráneos. Nada de esto pudimos nosotros apreciar; sino por el contrario, el silencio más profundo en aquellos conornos solamente turbado algunas veces por los chirridos del viento y los gritos de algún ave de rapiña de las que levantan su vuelo muchos kilómetros más alto que aquella cima.

Volvimos de nuevo á nuestra casa de campaña, y aunque teníamos pensado pasar allí más días. Ignacio, el guía nos aconsejó marcharnos, pues unos *cirrus* que flotaban á gran altura en la atmósfera, decían ser indicio de cambio de tiempo, por estar muy avanzada la estación.

Nos marchamos más que de prisa, y la bajada se hace tan rápidamente, que el mismo día llegamos á la villa; pero cumpliéndose la profecía del guía, á la mitad del camino comenzó á flover copiosamente y entramos en el pueblo hechos unas sopas.

FELIPE RODRÍGUEZ

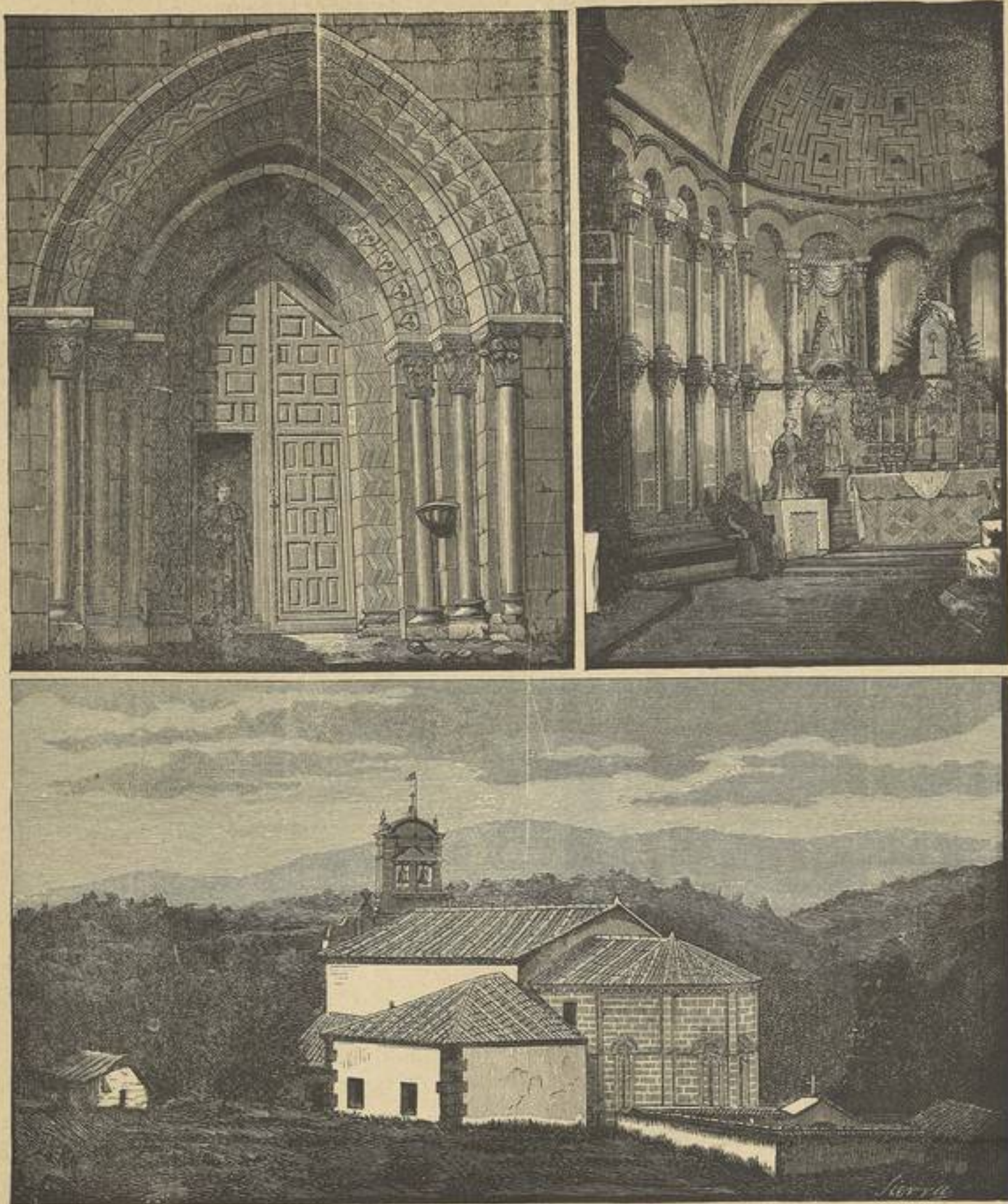
Madrid 24 Enero 1891.

La fiesta de los Santos Reyes

Es una de las más solemnes del Cristianismo, de las más venerables por su antigüedad, de las más poéticas por el recuerdo que evoca, por las costumbres que á su sombra se han desarrollado; la que quizás esperan los niños con más ansiedad; la que ha servido maravillosamente á los maestros y escritores místicos para explicar por medio de la estrella prodigiosa que guió á los Magos en su viaje, las apariciones y desapariciones de la estrella de la gracia en el firmamento interior del alma humana; la que los astrónomos han utilizado para fijar el principio de la Era cristiana, ó sea la fecha exacta del nacimiento del Redentor de los hombres; la que finalmente ha recordado todos los años, durante siglos, á los reyes cristianos sus grandes deberes para con Dios, Rey de Reyes, y para con sus súbditos, hermanos suyos por la naturaleza y por la gracia.

En nuestra edad democrática, sembrada de ruinas y desengaños mezclados con algunas ilusiones en lo porvenir, que el tiempo se encargará ó de realizar ó de disipar, apenas si podemos formarnos idea de lo que fué la institución real para nuestros católicos antepasados.

No determinaban sus límites de autoridad, leyes escritas, ni la definían Constituciones, ni la defendían poderosos ejércitos, ni aun necesitaba de pompas externas, ni de ritualismos cancellerescos, para



IGLESIA DE AMANDI

imponerse al corazón de las muchedumbres: vivía vida propia y lozana en medio de la sociedad, que la había producido tan espontáneamente como los campos fértiles las flores de que se adornan en primavera: era una magistratura que tenía de lo divino la sanción suprema, el esplendor de lo tradicional, de la juventud los bríos, de la ancianidad lo venerable, la irresponsabilidad augusta de la infancia, y el consejo de la edad madura. Miles de instituciones ya desvanecidas se animaban para prestar á la realeza algún rasgo, el más simpático que tuvieron cada una de ellas en la vida histórica; el Rey era, como Josué, caudillo de su pueblo, como Samuel le administraba justicia, como David per-

sonificaba todas las aspiraciones y todas las energías nacionales, como Salomón erigía magníficos templos... Era el gran Patriarca como en los pueblos orientales; el general en jefe, como un emperador romano; el primer guerrero como en las tribus germánicas, y el primer caballero de su reino. El Rey no mentía nunca; su palabra era para las promesas infalible. El reino se sometía á su voluntad, á cambio de que él no tuviese otra voluntad que la de beneficiar á su reino. Vivía sobre todos, y entre todos; era á la vez símbolo y persona, bandera y padre, y los pueblos le querían como quieren los hijos buenos á los buenos padres; no como los siervos á sus amos.

En los países monárquicos la fiesta de los Reyes era esencialmente popular, una verdadera fiesta política en la genuina acepción de la frase. Así como en la colación de Nochebuena hay lágrimas para el difunto abuelo y para el hijo ausente, en la comida del día de Reyes, el militar, el noble, el mayorazgo, el industrial, hasta el más modesto padre de familia, levantaban su copa y brindaban *á la salud del Rey, nuestro señor*, á la salud del padre universal, símbolo augusto y bandera personificada de aquello entonces tan confuso que siglos adelante había de llamarse la patria.

Hoy los Santos Reyes, al volver todos los años con la grave y solemne periodicidad de las fiestas

religiosas, no encuentran ya en pie los viejos tronos, ni en el corazón de las muchedumbres los antiguos sentimientos de amor á los soberanos. Todo ha cambiado en Europa; el hacha que ha herido el árbol santo de Guernica, tronchó también la encina sagrada de Reims; por ninguna parte se hallan el jubón agujereado de Enrique IV ni las mangas remendadas de Fernando el Católico; el palacio de Pau es una curiosidad arqueológica y el Louvre un Musco. Los monarcas de que se conserva mejor memoria, son los que murieron en el cadalso.

Pero si los reyes no encuentran ya pueblos realistas, ni reyes populares, hallan en cambio cristianos y niños; los unos que les adoran como á bienaventurados; los otros que les esperan como nuncios de alegrías purísimas, como portadores de regalos venidos de misteriosas y sublimes regiones... Encuentran los balcones y las ventanas orlados de zapatitos nuevos, padres de familia con los bolsillos repletos de ricas golosinas, caras infantiles en el paroxismo del contento, y un coro universal de voces cristalinas gritando: «Hemos sido buenos durante el año, y por eso nos traen tantas cosas los Reyes Magos... ¡Vivan los Reyes Magos!!!»

En el hermoso episodio bíblico de la Adoración de los Reyes, mézclase maravillosamente la historia y la leyenda, la tradición y la poesía. El texto de los Evangelistas es muy conciso; lo han completado el estudio de las profecías y la tradición. No aparecen en el Evangelio los Magos más que nu instante, y sin embargo, son personajes de primera magnitud y de superior importancia en la historia eclesiástica, en la mística cristiana, en la política católica y en las bellas artes. Poco sabemos de los Reyes Magos; pero aquí de lo que dijo Schiller en una obra célebre acerca de los personajes que había puesto en acción: «¿Preguntáis por los ruiseñores cuyos cantos os embelesaban en la primavera? No vivieron sino mientras amaron.» Los Reyes Magos no han vivido en la historia sino mientras adoraron á Jesús; pero esa vida no es fugaz... Ese momento es la vida eterna.

CESALDO

ATALIA
TRAGEDIA EN CINCO ACTOS
(TOMADA DE LA SAGRADA ESCRITURA)
por RACINE

Traducción de VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA
(Continuación.)

JOAD

Tu llanto, Jesabeth, no es criminoso;
Mas quiere Dios que en su paterno celo
Se espere solamente. No, no busca,
Arrastrado de cólera, en el hijo
Que le obedece, la maldad del padre.
Cuanto hebreos fieles aún alientan,
Hoy le vendrán á renovar sus votos;
Que como de David la estirpe se ama,
De Jezabel la hija se aborrece.
Joas, en quien parece que relumbra
El brillo de su sangre, moverálos
Con su noble pudor; y Dios, viniendo
En nuestra ayuda, con su acento mismo
Al corazón les hablará más cerca
En su sagrado templo. Dos monarcas,
Infieles á su vez, le han insultado.
Al trono un rey es fuerza que se encumbre,
Y que recuerde un día que en el solio
De nuestros padres el Señor le ha puesto
Con ayuda eficaz de sus ministros;
Que le ha arrancado por la mano de ellos
Al olvido de muerte, y que la antorcha
De extinguido David ha reencendido.
¡Oh, Dios Omnipotente! si conoces
Que, indigno, de su raza, debe, un día,
La senda abandonar del noble abuelo,
Sea arrancado cual naciente fruto,
O marchito cual flor á impuro soplo.

Mas si este mismo infante, á tus promesas
Docil, habrá de ser un instrumento
A tus designios útil, haz que obtenga
El cetro que por ley le corresponde.
A mis débiles manos Tú me entrega
Sus fuertes adversarios; Tú confunde
De esa malvada reina los consejos,
¡Oh, Dios! dignate, sí, tender sobre ella
Y Matham ese espíritu de errores
Y de imprudencias, precursor funesto
De la caída de infelices reyes!
Mas urge el tiempo: adios. Y á tí las jóvenes
De las familias de Judá más santas
Conducen Salomith y Zacarías.

ESCENA III

JOSABETH, ZACARÍAS, SALOMIT, el CORO

JOSABETH

Querido Zacarías, corre al punto,
Y de tu noble padre el paso sigue.
Virgenes de Leví, grey fiel y joven
Que ya el Señor abraza con su celo,
Que acudís tantas veces mis suspiros
A conllevar; oh, niñas, que en mis grandes
Disgustos sois mi única alegría,
En otro tiempo, cuán, cuán oportunas
Eran en nuestras fiestas majestuosas



LEOPOLDO CANO

Los ramos que traéis en vuestras manos
Y las flores que alegran vuestras sienes;
Mas ¡ay! en estos días de dolores
Y oprobios, ¿qué otra ofrenda nos atañe
Mejor que la de nuestro ardiente lloro?
Ya escucho, sí, el clamor de la trompeta
Sagrada, y pronto ya daré acceso
Al templo. En tanto que á marchar me apronto
Cantad, load al Dios á quien buscades.

ESCENA IV

EL CORO

TODO EL CORO CANTA

Todos los orbes hallanse
Henchidos de tu gloria;
Y aqúeste Dios adórese,
Y siempre en la memoria
Esté su nombre espléndido,
E invóquelo el mortal.

Su imperio potentísimo
Era antes de la aurora
De tiempos ya pretéritos;
Canción encomiadora
Cantemos, santas virgenes:
Loando su bondad.

UNA VOZ SOLA

En vano de los réprobos

La violencia injusta,
Sellar el lábio empuñase
Del que á tu ley se ajusta;
Tu nombre, tu nombre ínclito,
Nunca ha de perecer.

El día al día anúnciale
Su gloria y su potencia;
El universo llénase
De su magnificencia;
Heraldos nuestros cánticos
Sean de tanto bien.

TODO EL CORO REPITE

El universo llénase
De su magnificencia;
Heraldos nuestros cánticos
Sean de tanto bien.

UNA VOZ SOLA

Él da á la flor purísima
Hermoso colorido;
El en los campos fértiles
El fruto bendecido
Brotó, madura y brindales
Con justa exactitud.

De día el vapor cálido,
De noche la frescura;
Y el campo, que recibelos
Con ávida premura,
Devuelve tales préstamos
En grande multitud.

OTRA

Él dice al sol espléndido
Que á la natura aliente,
Y el sol es don magnífico
De su vigor potente;
Pero su ley santísima
Es de más alta prez.

OTRA

Guarda, Siná, la célebre
Memoria de aquel día,
Cuando el Señor, recóndito
En nube espesa, hacía.
Desde tu ardiente cúspide,
Su gloria al hombre ver.

¿Por qué, por qué, respóndenos.
Los fuegos esplendentes,
Los cárdenos relámpagos,
Fumíferos torrentes,
Del éter el estrépito,
Las trompas y el tronar?

¿Venís terrorífico
A perturbar el orden
Que á la materia impúsole?
¿Tal vez en el desorden
La base vetustísima
Sumir de tierra y mar!

OTRA

Magnífico llegábase
A la nación judía,
A revelarles célicos
Preceptos de orden pía,
Y a dar la ley que amárale
Con sempiterno amor.

TODO EL CORO

¡Oh, ley divina, espléndida!
¡Oh, gran bondad, justicial
¡Cuántas razones válidas!
¡Qué máxima delicia!
¡Rendir tributo fervido
De fe y amor á Dios!

UNA VOZ SOLA

A nuestros padres míseros
Salvó de yugo odioso;
En el desierto tétrico
Les dió maná sabroso;
Su ley nos da, y entrégase
¡Oh, amor! á sí también.

Por dones tan innúmeros,
De amor impone el yugo.

EL CORO

¡Bondad, justicia célicas!

LA MISMA VOZ

El mar abríles plugo,
Y de un peñasco árido
Fuentes hizo correr.

Nos da sus santas órdenes,
Y darse á sí le plugo;
Por dones tan innúmeros,
De amor impone el yugo.

EL CORO

¡Oh, ley divina, espléndida!
¡Oh, inmensidad de amor!
¡Cuántas razones válidas
Y de dulzura cuánto,
Para que el hombre mísero
A un Dios tan grande y santo
Humilde fe tribútele
Y amor y adoración!

OTRA VOZ SOLA

Vosotros los que tímidos
Sentís el pecho opreso,
Como el esclavo mísero,
De miedo bajo el peso.
¡Ingratos! Dios munífico,
¿Jamás os placirá?

¿Tal vez á vuestras vísceras
Será dilacerante,
Tal vez penoso fuérais
Haberle pecho amante?
Teme el esclavo al déspota
Que ultrajes sólo há.

Más propio es de hijos dóciles
Arder sus corazones
De amor ¡Queréisle pródigo
Vertiendo bendiciones.
Pero vosotros, ¡pérfidos!
¡Oh! ¡nunca le amareis!

TODO EL CORO

¡Oh, ley divina, espléndida!
¡Oh, gran bondad, justicial
¡Cuántas razones válidas!
¡Qué máxima delicia!
¡Rendir tributo fervido
A Dios de amor y fe!

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

JOSABETH, SALOMITH, CORO

JOSABETH

Hijas, ya basta; suspended los himnos:
Es tiempo ya de unir las nuestras preces
A las de todo el pueblo; vamos pronto
A celebrar un día tan augusto,
Y ante el Señor humildes á ofrecernos.

ESCENA II

ZACARIAS y dichos

JOSABETH

Pero, ¿qué veo? ¿por qué vuelves, hijo,
Pálido el rostro y respirando apenas?

ZACARIAS

¡Oh, madre!

JOSABETH

¿Qué?

ZACARIAS

¡Se ha profanado el templo!

JOSABETH

¿Cómo?

ZACARIAS

¡Y de Dios está desierto el ara!

JOSABETH

Temblando estoy: dí pronto, qué sucede.

ZACARIAS

Ya, según ley, el sumo Sacerdote
Mi padre, luego que al Señor brindara
De la nueva cosecha las primicias,
Aún le ofrecía en sus sangrientas manos
De pías hostias las humeantes vísceras.
Con Eliacim me hallaba yo á su lado
En hábito talar de puro lino,
En tanto que al altar y á la asamblea
Rociaban los ministros con la sangre
De bestias inmoladas; de repente
Rumor confuso se alza, que del pueblo
En su sorpresa arrastra las miradas,
Una mujer... ¿Se puede sin blasfemia
Nombrarla? Una mujer... Era Atalia.

JOSABETH

¡Oh, Dios!

ZACARIAS

En una cuadra reservada
A los varones, entra la orgullosa
Mujer con frente erguida, y disponíase
Hasta á invadir las lindes del recinto
Sagrado abierto á los levitas solos.
Se aterra el pueblo, y huye por do quiera.
Mi padre... ¡Ah! ¡qué miradas centelleantes
De cólera lanzaban sus pupilas!
No tan terrible el Faraón soberbio
Vió á Moisés: «¡Oh, reina! dijo entonces
«Mi padre; sal de este lugar temible,
«Del que te alejan tu impiedad y sexo.
«Vienes de Dios á provocar altiva
«La excelsa majestad?» Entonces ella,
Clavando en él sus ojos furibundos,
Por blasfemar tal vez ya el labio abrió;
Ignoro si del cielo un ángel vino
Blandiendo vengador ardiente acero;
Pero su lengua helóse en un instante,
Y al parecer, toda su inmensa audacia
Quedó aterrada: cual si presa fueran
De espanto sus pupilas, no podía
Dejar de contemplar en donde estábamos,
Eliacim, sobre todo, la asombraba.

JOSABETH

¿Pues qué? ¿Eliacim ante ella presentóse?

ZACARIAS

A la reina feroz los dos miramos,
É igual horror sentían nuestros pechos.
Mas los ministros del altar, al punto
Nos cubren con su cuerpo y nos alejan.
Ignoro lo demás, y aquí he venido
Tan súbito desorden á contarte.

JOSABETH

¡Oh! viene la malvada á arrebatárnoslo,
Y su furor en el altar lo busca.
Tal vez en este instante el que es objeto
De tan fervientes lágrimas... Dios mío,
Que ves mi afán, ¡oh, de David te acuerdas!

SALOMITH

¿Quién es el que te causa tanto lloro?

ZACARIAS

¿Los días de Eliacim peligro corren?

SALOMITH

¿El furor de la reina habrá encendido?

ZACARIAS

¿Temerá á un niño sin sesión ni padre?

JOSABETH

¡Ah! ¡Viene! ¡Huyamos! No debemos verla.

ESCENA III

ATALIA, ABNER, AGAR, acompañamiento de
ATALIA

AGAR

¿Por qué, señora, aquí fijar la planta?

Aquí te daña todo y enfierece.
Aqueste templo deja á sus ministros,
Evita este tumulto, y en tu alcázar
Tu pecho airado encontrará reposo.

ATALIA

No puedo, no; ¡no adviertes mi flaqueza
Y mi terror? ¡Oh! vuela en el instante
A decir á Mathan que venga al punto.
Dichosa si su auxilio me encontrase
La paz que busco siempre, pero en vano.
(Se sienta).

ESCENA IV

Dichos menos AGAR

ABNER

Señora, perdonadme si me atrevo
A defenderle, porque no ha debido
El celo de Joad causar sorpresa.
Tal es de nuestro Dios la eterna orden;
El mismo nos trazó su altar y templo,
Y entregó los piadosos sacrificios
De Aarón á la progenie solamente;
Marcó al levita su deber y puesto,
Y sobre todo, prohibió á sus hijos
Todo comercio con cualquiera númen.
¡Mas qué! ¿de nuestros reyes hija y madre
Igno as de tal modo nuestros usos
Y nuestras leyes? Y hoy será preciso...
Mas viene aquí Mathan: con él te dejo.

ATALIA

Abner, aquí reclamo tu presencia.
Dejemos de Jead la temeraria
Audacia y todo ese montón supérfluo
De necias ceremonias, que prohíbe
Entrar en vuestro templo á extrañas gentes.
Asunto más urgente me ha alarmado:
No ignoro que, educado desde niño
En medio de las armas, pecho noble
abrigas; que á la vez el culto rindes
Que te obligan tu Dios y tus monarcas.
Quédate aquí.

(Continuad)

¿Cómo obra la espuela sobre el caballo?

El caballo de Ud. está endeble después de una larga jornada. Le ha estado Ud. montando desde por la mañana temprano, e impacientemente por llegar á un asilo donde pasar la noche, pica Ud. las espuelas contra sus jadeantes ijares. El animal se lanza adelante y trota con rapidez por algún tiempo. ¿Cómo ha obrado la espuela sobre él? ¿Es que le ha comunicado fuerzas? Si en caso afirmativo, ¿por qué alimentarle? Si en caso negativo, ¿qué es lo que ha podido hacerle caminar más deprisa? He aquí un razonamiento que puede el hombre hacerse á sí mismo. Trátese de ver qué semejanza existe entre ambos casos.

Dice el que suscribe lo siguiente: «Hasta el mes de Agosto de 1885 me encontré fuerte y saludable, pero en dicha época empecé á sentirme cansado, triste y pesado, con cierta sensación de languidez y vértigo como si fuese á caerme de un momento á otro. Jamás pude imaginarme lo que estaba punto de sobrevenirme. Mi paladar era malo, como también mi aliento, y la boca se me llenaba con frecuencia de cierta sustancia viscosa y ofensiva. Mi apetito era poco, después de comer sufría mucho dolor, y el flato se apoderaba de mí. Me sentía dolores en el estómago y todas las mañanas padecía náuseas y vomitaba mucha flema.

«Me sentía además un dolor como el que produce un cuchillo al herirme entre los homoplatos y aún más abajo sobre los riñones. Hallándome trabajando, cinco minutos bastaban para cansarme, y en tal caso me veía obligado á tenerme de pie y reposarme así.

«Seguí, sin embargo, trabajando por algún tiempo como mejor pude, pues tenía á mi mujer y á mi familia que dependían de mí, pero era esta para mí

una tarea pesada y molesta, pues tan solo el inclinarme me hacía gritar de dolor. Después de algún tiempo me quede tan débil que apenas podía arrastrarme de un lado al otro, y por fin me ví obligado á dejar mis ocupaciones. Cuando me aventuraba á salir á la calle, solía sentirme tan vertiginoso, que me veía obligado á pararme con frecuencia y descansar por temor de caerme. Tan mal me hallaba, que cualquiera me hubiera creído ebrio y á menudo me veía precisado á acudir á la farmacia y tomar alguna medicina que me pusiese en condición de llegar á casa. Probé curarme con hierbas y otras medicinas y me hice visitar por el médico, pero sin hallar mejora. Seguí arrastrando mi existencia en este estado de postración hasta el mes de Abril de 1890, cuando mi mujer trajo de la farmacia un Almanaque en el que leí un caso de un guarda de tren, en Manchester, que había sido curado por la medicina llamada «Jarabe Curativo de la Madre Seigel», después de haberse visto desahuciado por los médicos. Escribí, pues, á dicho guarda, y me contestó que, en efecto, le había curado el citado jarabe, y que también á mí me haría bien.

«En vista de esto, compré una botella, y después de algunas tomas me sentí mejor, y habiendo seguido tomándolo, pronto se restableció mi salud y pude volver á mis ocupaciones, y desde entonces me encuentro bien.

«Cuando siento indicios de algún desarreglo en el estómago, varias tomas me restablecen de seguida.

«Quedo muy agradecido del inmenso beneficio que he conseguido, y deseo que otros enfermos lo sepan, pues si yo hubiese conocido desde principio el Jarabe de la Madre Seigel, me hubiera ahorrado cuatro años de padecimientos. He vivido en Birkdale quince años, y si alguien desea dirigirse á mí, tendré mucho gusto en contestarle.

(Firma) THOMAS SPERRIN,
Colocador de fogones

«28, Stamford Road, Brickdale,
«Southport, Inglaterra.»

Ahora bien, ¿dónde está la semejanza entre lo ocurrido al Sr. Sperrin y el ejemplo que hemos citado acerca del caballo? He aquí: El caballo no cobra fuerza nueva alguna con la aplicación de las espuelas de su ginete, es sabido que no; pero el dolor le estimula y excita su fuerza nerviosa de reserva, lo que, como consecuencia, produce el correspondiente grado de abatimiento. Así obra siempre la naturaleza. Esta no da nada gratis; todo ha de pagarsele. Véase lo que dice el Sr. Sperrin en su relato, á saber: «Continué mis ocupaciones, puesto que mi mujer y mi familia dependían de mí.» He aquí su espuela.

En su estado, de igual modo que en el de muchos de nosotros, era cuestión de trabajar ó perjudicar sus intereses, pero tuvo que pagar caro por trabajar cuando no se hallaba en condición de hacerle, viéndose obligado á abandonar sus quehaceres por completo, y nadie sabe cuál hubiera sido el desenlace, si el Jarabe de Seigel no hubiera llegado á tiempo oportuno. Quizás el desenlace hubiera sido el más funesto. Sea como fuere, esta medicina triunfante le salvó, y hoy se encuentra en condición de poder trabajar sin el estímulo de la espuela.

Dado caso que el lector padeciese también de indigestión y dispepsia, con sus consecuencias y síntomas penosos y alarmantes, ó si supiese de alguna otra persona que se encontrase en este estado, podrá curarse él mismo ó hacer la indicación á su amigo á ese efecto.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Un buen consejo á nuestros lectores.

Cuando se os presente un jabón de tocador que exhale un perfume poderoso, exquisito, suave, deli-

ciosamente agradable y que lleve esta inscripción: **Jabón de los Príncipes del Congo, VICTOR VAISSIER, PARIS**, tomadlo con toda confianza: es el verdadero jabón del Congo, el mejor y más puro que se conoce.

CREME DE LA MECQUE

Importante receta para blanquear el cutis.
Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 8

1892

COLÓN Y LA RÁBIDA

POR EL

M. R. P. Fr. José Cell

FRANCISCANO

Las noticias que atesora este libro hacen muy agradable su lectura, y es indispensable para todos los que se interesan por el Centenario del descubrimiento de América.

Consta de un volumen en 8.º de 368 páginas, y se vende en casa de D. Gregorio del Amo, Paz, 6, á 2,50 pesetas.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.º FRANCK



Querido enfermo, — Fíjate Ud. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipación, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así estará Ud. mucho más á gusto, disfrutando siempre de una buena salud.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte ó incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, use el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

El VINO de PEPTONA CATHILON restablece las fuerzas, la digestión, el apetito. Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el cretinismo, las enfermedades.

Dr. ESTOMAGO
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.

Si grandioso éxito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma CATHILON.

3, Boulevard Saint-Martin, París
y en las buenas farmacias

— MICHALLA EN BARCELONA, 1892 —

LA PAJARITA
6, Puerta del Sol, 6

Lo más original en caprichos para regalos. Pastisiers rellenos de Fruits Coûtes Marrons y bombona. Casa especial en chocolates elaborados á brazo, confites y lés.

CARAMELOS DE LA PAJARITA
6, Puerta del Sol, 6

LA ARTÍSTICA

ESTAMPERÍA

S. CABALLERO DE GRACIA, 8

Grabados, facsimiles de acuarelas, oleografías, litografías, fotografías, etc.

Surtido en asuntos religiosos.

IMAGENES TALLA

Se hacen de encargo.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA
JORGE G. GIROD
Sucesor de Losada.

GRANJA DEL ATANOR

Paseo de Melancólicos, 4 (Ronda de Segovia) y calle de Moreno Nieto, 1 (izqda. de la calzada del Puente de Segovia) Madrid

Grandes y escogidas colecciones, á la vista y á elección de los compradores, de árboles frutales, de sombra y de adorno, y coníferas de todas clases, variedades y tamaños. Arbustos de hoja persistente y caduca. Especialidad en rosales ingertos. Construcción y arreglo de jardines, parques y paseos. Plantaciones en grande y pequeña escala dentro y fuera de Madrid. Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141) y en la oficina central, calle de San Miguel, 27. primero izquierdo (teléfono 1.149).

SEÑORAS

Si queréis Sombreros elegantes y más baratos que en parte alguna, ver la gran colección de esta casa. Precioso surtido de tocas y sombreros redondos de mañana á 70 y 80 reales. Para vestir, elegantes modelos de capotas y sombreros desde 6 duros. Precios fijos.

Mad. Pernette, BARQUILLO, 27

HIERRO QUEVENNE 50 AÑOS de ÉXITO
Único aprobado por la ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS para curar Anemia, Pobreza de la Sangre, Dolores de Estómago. Exigir la firma QUEVENNE y el Sello de "UNION des FABRICANTS".— París, 14, r. Brasserie-Arts

ES DIGNA DE SER VISITADA LA NOTABLE
EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS

Y
coronas.

DE

G. KUHN SEIS SALONES Pisos principales. CRUZ, 42

Sección 1.^a—Flores para vestir. 2.^a—Ornato de salón.—3.^a Flor para iglesia.—4.^a Flor para cementerio.—5.^a Material para flores.—6.^a Plumas y azabache para sombreros.

Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar,—y modelos de cristalería, mayólica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

Establecimiento de la Casa real de Baviera para Vidrieras de Colores

F. X. Zettler, Munich, Baviera

Se recomienda por la ejecución de pinturas sobre vidrio de todos géneros y estilo. Entre otros muchos trabajos se han hecho en España:

Siete ventanas para la Catedral de Burgos (en la principal pintada la Asunción de la Santísima Virgen), en la Catedral de Oviedo, en las iglesias de los P. P. Jesuitas de Santander, Bilbao, en Osuna, Barcelona, Madrid, etc.

Premiado con Medalla de oro en la Exposición de Barcelona, además 10 Medallas, 9 Ordes.

Dibujos y presupuestos de gastos á disposición de los solicitantes. Precios módicos.



Entre los trabajos salidos recientemente de los talleres de este Instituto, se encuentran dos grandes pinturas sobre vidrios destinadas á reemplazar en la caja de la escalera del Papa en el Vaticano, las ventanas, con las figuras coloradas de los Santos Pedro y Pablo, recientemente destruidas por la explosión de pólvora á Roma. Su Santidad el Papa León XIII confió á dicho Instituto la reposición de estas ventanas.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes, novedad en piel caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza y lana.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

ESPECIALIDAD EN GUANTES Á LA MEDIDA

7, Fuencarral, 7

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el Culto católico, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias, Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

Estearicas y transparentes, blancas y colores

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones estearicos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar. Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona,

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.



ÉPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV

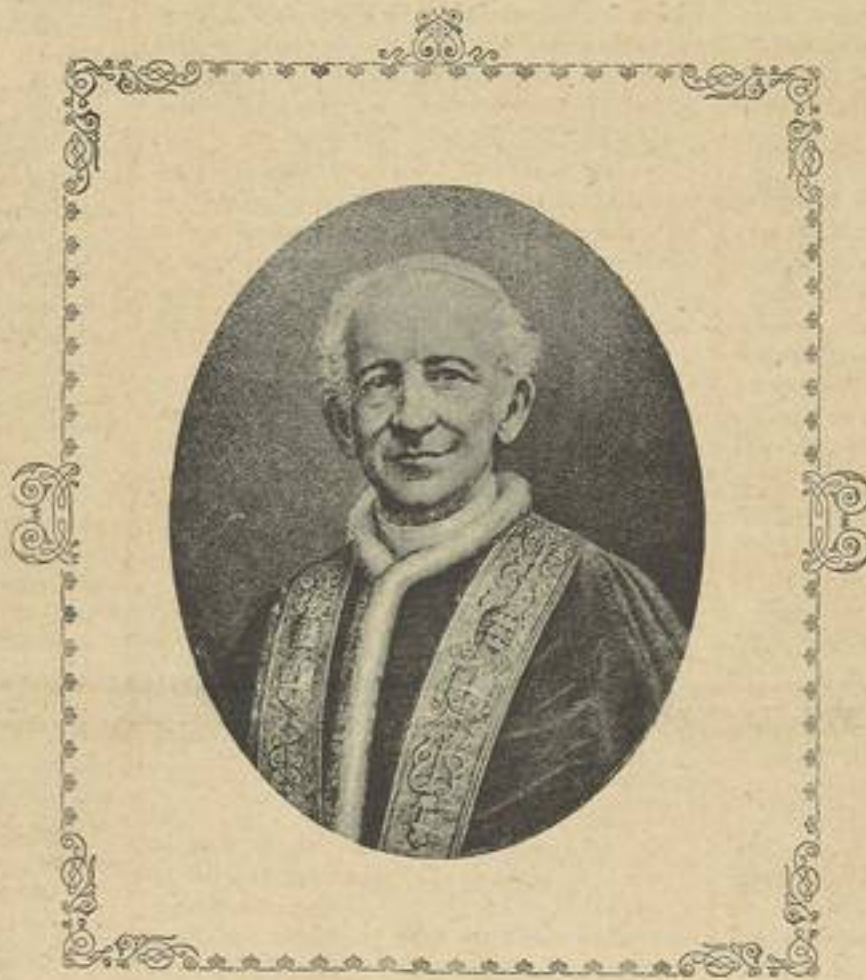
REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	1,30 pts.
Tres meses.....	4 " "
Seis meses.....	7,50 " "
Un año.....	15 " "
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 " "

NÚMERO 2.—Madrid 31 de Enero de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 francos.
Un año.....	21 " "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 " "



SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII



SUMARIO

TEXTO

La quincena, por el Marqués de Valdelella.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por X.—La oratoria del porvenir, por Manuel Polo y Peyrolón.—Poesía al P. Financas Compañero, por Enrique García Bravo.—San Antonio, Abad, por Esperanza Orca.—Nuestro arte religioso, por José Fernández, Presbítero.—Reseña literaria, por el Bachiller Alonso.—Atalia, tragedia en cinco actos, por Racine, traducción de Victor Solera Capalleja.

GRABADOS

S. S. Leta XIII.—D. Alvaró de Basán.—Monje, pintor.—Exposición de Chicago.—La reina de Madagascar.—El Inamo, Cardinal Benavides.

LA QUINCENA

Cuestiones políticas.—El hispanismo antiguo y moderno.—Una conversación de Caprivi.—(Nuestros pobrecitos legisladores).—La cuestión de Marruecos.—Una proposición inadmisible.—Por qué Marruecos es un país bárbaro.—Muebles y animales.—La sensibilidad y la caridad.—Cómo deben tratarse á las personas y á las bestias.

DISPUTARON los teólogos de Constantinopla durante siglos, sobre si la luz que brilló en el monte Tabor, cuando la Transfiguración del Señor, era luz creada ó increada. La disputa trascendió al vulgo en tales términos, que según cuenta un historiador, hasta en las zapaterías de viejo de la reina del Bósforo no había asunto que solicitase más poderosamente la atención de todos. Unos decían que aquella luz había sido creada por Dios como las demás; otros que era una luz eterna, parte de los resplandores divinos.... Jamás pudieron ponerse de acuerdo; y cuando más enfrascados estaban en la discusión, llegó Mohamet, y á unos y á otros hizo callar con los golpes de su implacable cimitarra. El viejo Esopo había presentado ya en una de sus fábulas tan triste historia. Cayó Constantinopla; la que era reina de las naciones se vió hecha esclava, y la frase *cuestiones bizantinas* quedó como expresión proverbial de disputas ociosas y ridículas.

Y, sin embargo, siglos después de la muerte de Constantinopla, vemos y oímos cosas que rehabilitan á nuestros ojos á los desgraciados griegos del bajo imperio.

Al fin y al cabo, la cuestión de la luz del Tabor se relaciona con la gran cuestión del comentario á las Sagradas Escrituras. No hay letra, ni tilde en éstas que no merezca un examen detenido y profundo. Cierta que el problema era insoluble sin una especial revelación de Dios; pero con todo, los que á él se consagraron con tanto afán, demostraban que reconocían la importancia en que todos deben poner la recta interpretación del divino Testamento.

Compárese esa cuestión con la que actualmente han traído á vueltas nuestros legisladores, después de siete meses de no haber estado reunidos. Nuestros legisladores preocupan de averiguar, quién fué el primero que propuso la vuelta del Sr. Romero Robledo al partido conservador: si fué el Sr. Cánovas del Castillo, ó si fué D. Francisco Silvela.

Suponemos que á estas horas en todos los círculos diplomáticos y políticos de Europa, habrán estado intrigadísimo por conocer el resultado de tan fundamental cuestión. Nos parece estar viendo á Caprivi, canceller del imperio de Alemania, no prestar atención al despacho ordinario de la cancillería, y decir al oficial que le presenta los papeles: «Por Dios, déjeme Ud. en paz... No tengo cabeza para nada, ni la tendré hasta que no lleguen los últimos telegramas de España...»

—Pero, señor, canceller (observará respetuosamente el oficial) ¿qué ocurre en España? ¿Es que se adhiere por fin aquel Gobierno á la

triple alianza? ¿O es que han decidido al cabo enviar 40.000 hombres á Marruecos?

—Calle Ud. por Dios, buen hombre. Es Ud. indigno de pertenecer á esta cancillería, de tan gloriosas tradiciones, y de tan indiscutible influencia en Europa.... ¿Acaso no sabe Ud. que en España se está discutiendo en estos momentos si fué Cánovas ó si fué Silvela el que tomó la iniciativa en el asunto magnó de la entrada de Romero Robledo en el actual Gabinete?

El oficial, en efecto, nada sabía; ni aun de Romero, ni de Silvela tenía sino una idea muy confusa.

Cierto es, sin embargo, que pueden nuestros legisladores permitirse el lujo de ir empleando su tiempo en estas cosas, porque los pobrecitos si no hicieran eso, se aburrirían... ¿No tienen asuntos mejores en qué ocuparse!

* *

No há muchas noches que en uno de nuestros más importantes centros científicos, se defendieron por ilustre orador las proposiciones siguientes:

1.^a España debe abandonar su apatía tradicional en los asuntos de Marruecos, y procurar adquirir allí una influencia predominante.

2.^a Para conseguir este resultado, conviene ante todo que no tenga la idea de propagar, al par que su poderío político, la Religión cristiana.

3.^a Para dominar en Marruecos debe servirse de la misma religión de los naturales, que es la mahometana.

* *

La idea del extraviado conferenciante no es nueva. Túvola antes que él Napoleón Bonaparte. Sabido es que tan insigne conquistador creyó posible dominar el Egipto por el mismo procedimiento que ahora se nos propone como medio infalible de subyugar á Marruecos.

Bonaparte anunció á los egipcios que desembarcaba en su país para restaurar la religión de Mahoma; que los franceses eran correligionarios de los mahometanos, toda vez que unos y otros hacían la guerra al Papa, y otras lindexas por el estilo. Se agotaron en aquellas proclamas las frases de adulación; se juró que se creía en el zancarrón del Profeta, y ¿qué sucedió? Que la dominación francesa en Egipto fué efímera y siempre violenta: una ocupación militar más bien que una dominación. El sucesor de Bonaparte, Kleber, murió asesinado á manos de un musulmán fanático, y el que reemplazó á Kleber, Menou, se hizo mahometano, consintió que le circuncidasen, y en efecto, tuvo que recoger los bártulos de la naciente colonia, y volverse á Europa. De nada le aprovecharon sus protestas á favor del mahometismo, ni la sacrilega baja de la circuncisión.

Lo que sucedió á Napoleón, en Egipto, nos acontecería á nosotros en Marruecos, siguiendo los mismos procedimientos.

No hay que olvidar, cuando se trate de la cuestión marroquí, un punto importantísimo, quizás el más importante de todos. Marruecos está poblado por una raza, si no idéntica, muy semejante á la nuestra. Con esa raza, Marruecos ha sido región muy civilizada. Cuando Roma era dueña de ambas orillas del Estrecho, la misma cultura reinaba en una y otra. Tánger era tan culto como Cádiz. Cuando San Agustín ejercía en Hipona su ministerio episcopal, el Norte de África era un foco de vivísima luz intelectual. Desde Alejandría hasta la costa occidental de la entonces provincia Tingitana, enlazábanse unos con otros los centros del saber, las Academias, los liceos, los presbiterios

en que se estudiaba la más sutil y elevada Teología. La tierra estaba cultivadísima, los caminos abundaban, las ciudades eran opulentas y hermosas.

¿Por qué Africa ha decaído y Europa ha progresado? Mientras que aquí cada nuevo siglo ha traído adelantos nuevos, allí cada año transcurrido parece haber depositado sobre la tierra y sobre la sociedad una nueva capa de barbarie. Y no se diga que allá fueron los vándalos. Es verdad; pero cuando fueron habían ya pasado por aquí. Y los suevos, alanos, hunnos, sajones y normados que en Europa se establecieron definitivamente, poco tenían que envidiar á los bárbaros conquistadores de Africa en punto á salvajismo.

No; la causa del atraso inconcebible de Africa no fueron los vándalos; es pura y simplemente la religión mahometana. Esta religión es absolutamente incompatible con todo progreso, con toda vida civilizada. Principios de fatalismo, tiranía civil, poligamia y esclavitud, no pueden producir otra cosa que las que han producido en Turquía, Persia, India, Egipto, Túnez y Marruecos, en todos los países mahometanos, en una palabra.

Cierto es que durante algún tiempo los mahometanos mantuvieron una cultura brillante, de que Balad en Oriente y Córdoba en Occidente dieron testimonio, y que algunos historiadores modernos han exagerado creyendo que con eso hacían un gran agravio á la Religión cristiana. Pero para apreciar debidamente dicho fenómeno, conviene observar: 1.^o que la cultura de los árabes se produjo á la raíz misma de sus conquistas en el Asia griega y en España, y que fué debida, si no en todo, en su parte principal, á las razas vencidas, bizantinos en Oriente y mozárabes en España; 2.^o que fué un período transitorio y excepcional; y 3.^o que desapareció, no por el esfuerzo de ningún elemento extraño, sino corrompida y arrollada por los mismos gérmenes que existían dentro del mahometismo, lo cual, lejos de destruir, corrobora nuestra tesis.

Si Marruecos no fuera país mahometano, no habría *cuestión de Marruecos*. Marruecos sería una nación más ó menos ilustrada, rica y poderosa, y nadie pensaría en quitarle ni en amenazar su independencia. Pero es mahometana, y por lo mismo bárbara, y porque es bárbara está declarada *buen presa*; y si aún subsiste, es porque no pueden todavía ponerse de acuerdo los que están decididos á devorarla; no porque ella pueda oponer ninguna clase de resistencia á su destino.

Todo el que quiera edificar en Marruecos algo sólido, algo que no sea una simple factoría mercantil protegida por una guarnición numerosa, tiene que empezar por ver de destruir la religión mahometana. Lo que no sea esto, será edificar sobre arena. Se dirá: «es que destruir la religión mahometana es muy difícil.» No lo negamos; pero por eso es tan difícil la cuestión de Marruecos.

* *

La fiesta de San Antonio, Abad, celebrada durante la última quincena, enlázase con la antigua costumbre de bendecir á los animales útiles al hombre, y que ayudan á éste en las rudas faenas de la agricultura y del tráfico.

En los países cristianos, la exposición de animales á que tal costumbre da lugar, ha sido beneficiosa por extremo al desarrollo y fomento de la cría de esos preciosos auxiliares de la especie humana, y no se conocían en ciertas épocas otras exposiciones de esa clase. Hoy hemos

inventado las sociedades protectoras de animales; y graves filósofos y tiernos filántropos nos hablan muy serios de los derechos de las bestias, y en Inglaterra se predica la abstinencia de la carne, no por mortificación y amor á Cristo, sino por amor á los pobrecitos cuadrúpedos y á las infelices avecillas, que no deben ser sacrificados inhumanamente por saciar la glotonería del hombre.

Mientras que tales cosas se predicán, no falta quien construye magníficos palacios para sus caballos, y lindos gabinetes para sus perros y doradas jaulas para sus pájaros, y no puede ni ver, ni oír á esos haraganes y borrachines de pobres que tienen la desfachatez de pedir limosna, ¿que cometen la inconveniencia de morir de hambre.

¡Cuántos hombres, cuántas familias, desearían para ser felices lo que sobra á ciertos caballos, á ciertos perros y á ciertos pájaros!

Los gatos no suelen disfrutar de posiciones tan ostentosas; pero los hay que las tienen más sólidas, que son más queridos y mimados. Las solteronas se distinguen por su amor á los gatos, en cuya arisquez y aparente disgusto de la vida, parece como que encuentran retratado algo de lo que á ellas realmente les pasa.

El que esto escribe conoce á un gato, cuidado por solterona, para el que todos los días se pone cocido con un cuarterón de carne, chorizo, tocino y demás ingredientes, amén del chocolate con pan por la mañana y su ración de bizcochos antes de acostarse. ¡A cuántos seres racionales conoce también el que esto escribe para los que semejante trato sería hasta un medio de reconciliarlos con la humanidad y aun con cosas más altas!

Maltratar á los animales, es una crueldad que no admite justificación. Demuestra en el que lo hace una dureza de alma incompatible con todas las virtudes. Yo no dormiría tranquilo al lado de una persona que se complaciera en maltratar á los animales.

Pero si esto es cierto, no lo es menos que ese cariño excesivo y esos mimos extraordinarios á que antes hacemos referencia, además de ser ridículos, son criminales. Es un amor mentecato que trastorna profundamente el orden de la caridad, y que se opone á la fe, pues según ella, sólo el hombre está criado á la imagen y semejanza de Dios; es, pues, anticristiano, contra naturaleza y antisocial. El que así ama á las bestias, se pone al nivel de ellas, y no merece de toda persona sensata otras consideraciones, sino las que á las bestias se guardan.

Fernán Caballero, el insigne novelista cristiano, no podía soportar que en su presencia se maltratase á un animal. No quería subir á un coche para evitar que por su causa se apalease á las mulas ó caballos. En Fernán Caballero era esto delicadeza profunda de sentimientos, y nada tenía que ver con la sensiblería de las damas inglesas y norteamericanas que quieren igualar á personas y bestias. A los animales se les debe tratar como á animales; á las personas como á prójimos, esto es, como á hermanos.

EL MARQUÉS DE VALDEFLORES

GRABADOS

Su Santidad el Papa León XIII. (Pág. 17.)

Todos los años viene siendo costumbre de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA publicar un retrato de Su Santidad, el augusto y sapientísimo Pontífice que con tanta piedad como prudencia rige la Iglesia de Dios.

No vamos á reproducir la biografía del augusto

Vicario de Jesucristo, que tantas veces han insertado todos los periódicos del mundo y cuyos principales hechos están en la memoria de todos los fieles.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA ruega á Dios que conserve la vida del gran Pontífice dilatados años para bien de la Iglesia y de la sociedad.

Retrato de D. Álvaro de Bazán. (Pág. 20.)

Reproducimos hoy en nuestras páginas el retrato auténtico que se conserva del insigne marqués de Santa Cruz, por más que no hemos de reproducir los rasgos biográficos de personaje tan ilustre, perfectamente conocidos de nuestros lectores.

Nacido en Granada un año después de la batalla de Pavia (1526) y muerto en 1588, pocos años antes de la paz de Verwins y algunos meses con anterioridad al desastre de la *Invencible*, pertenece de lleno esta gran figura á la época de Felipe II, á la generación brillantísima y genialmente española del siglo XVI, siglo el más español de todos, por sus cualidades como por sus defectos.

Conoció, por consecuencia, D. Alvaro la época de mayor grandeza que ha disfrutado hasta ahora nuestra patria, é igualmente pudo columbrar en un no muy lejano horizonte, los primeros síntomas de la irremediable decadencia á que iba siendo conducida por el desarrollo anormal, no nacido del crecimiento de las energías nacionales, sino de la tensión violenta en que las condiciones del mundo, las ambiciones de algunos monarcas, la fiebre caballeresca del espíritu nacional y la necesidad de conservar la posición adquirida, impusieron de consuno á la monarquía y á los pueblos.

El marqués de Santa Cruz no fué, á semejanza de muchos hombres eminentes de aquella centuria, consumado político, ni literato insigne, ni hombre hábil en las artes del Gobierno; fué, sobre todo, hombre de guerra: la personificación de nuestro poderío naval en la segunda mitad de aquel siglo. A los dieciséis años recibió el bautismo de fuego peleando á las órdenes de su padre contra los franceses, y á los setenta y dos le sorprendió la muerte preparando contra Isabel de Inglaterra la célebre *Invencible*.

Durante estos cincuenta y seis años jamás estuvo ocioso; su vida fué una serie continuada de expediciones, batallas, combates, hazañas y servicios prestados á la causa de su Dios, de su patria y de su rey.

Los timbres más gloriosos de su fama, timbres que sólo morirán con la nación española, son la batalla de Lepanto, la conquista de las islas Terceras y la organización de la *Invencible*, por él aconsejada y preparada.

Esta última quedó con la muerte del marqués como cuerpo sin alma, según dice un ilustre historiador; en vano, afirma otro historiador insigne, sustituyó Felipe II á un general de hierro con otro de oro. La *Invencible* fué aniquilada; España dejó de ser la primera potencia naval del mundo y perdió con D. Alvaro de Bazán al más grande de sus marinos y al marino más ilustre de su época.

Pocos hombres han sido más ensalzados por sus contemporáneos y por la posteridad. Ercilla, Cervantes, Lope de Vega, Herrera, Lasso de la Vega, Espinel, Illescas, Juan Padilla, Venegas, Liaño, el maestro Francisco Sánchez y otros muchos, han escrito en prosa y versos inmortales las alabanzas del vencedor de Lepanto, Malta, Tunez, Orán y las Terceras; obras todas bien conocidas del público para insistir más sobre ellas.

Hace dos meses que se ostenta en la plaza de la Villa de esta corte la estatua del marqués. El monumento es una obra digna de Benlliure, que lo ha concebido y ejecutado.

La estatua revela perfectamente el carácter del gran almirante español; el pedestal, de marmol gris, lleva en las esquinas delínes de bronce, y en la cara anterior la inscripción en letras también de bronce contenidas en una corona del mismo metal:

Á D. ALVARO DE BAZÁN.

En la parte posterior se leen los siguientes versos de Lope de Vega, que constituyen el mejor

elogio que puede hacerse del invicto marqués de Santa Cruz:

El fiero tucó en Lepanto,
en la Tercera el francés
y en todo el mar el inglés,
tuvieron de verme espanto.
Rey servido y patria honrada
diría mejor quién le alzó,
por la Cruz de mi apellido
y con la Cruz de mi espada.

Monje pintor. (Pág. 21.)

Hermoso cuadro de costumbres religiosas que verán con gusto nuestros lectores. El autor ha sabido prestarle inexplicable encanto; el monje artista, absorto en su faena, es una figura magistralmente ejecutada; y no lo es menos la del otro monje que, colocada detrás, sigue con asombro y satisfacción los rasgos que va trazando en el lienzo el pincel de su compañero.

Exposición de Chicago. (Págs. 24 y 25.)

Hace relativamente pocos años que un fuertecillo y varias cabafias de madera, acá y allá esparcidas, señalaban el sitio que ocupa hoy la espléndida ciudad de Chicago. En 1833 estaban ya trazadas las calles de la ciudad, pero no se había realizado ningún trabajo ni abierto ningún camino; pero tal ha sido su prosperidad, que en 1838 se hubiera podido comprar todo el terreno que la ciudad ocupa por la suma que en 1846 se pedía por una fachada de tres metros.

En 1840, Chicago contaba 4.500 habitantes; en 1850, 50.000; en 1860, 112.000. Su población llega hoy á 1.250.000 habitantes.

Esta magnífica ciudad, la «Reina del Oeste» es el primer mercado de maderas de fabricación y el centro de construcción de los rails de acero. Recibe más de 70 millones de hectolitros de granos por año. En 1885 recibió Chicago dos millones de cabezas de ganado vacuno, un millón de carneros y cinco millones de cerdos, que se elaboraron para la exportación de carnes de conserva. El año pasado se beneficiaron 5.750.000 carneros; esto es, 19.000 por día.

Chicago posee cuatro fundiciones para la fabricación de rails de acero; la producción anual de las mismas pasa de 500.000 toneladas, cantidad suficiente para rodear de rails de acero dos veces el globo terráqueo.

La ciudad ocupa una hermosa y pintoresca posición á la orilla del lago Michigan. Su puerto, formado por la desembocadura del río de su nombre, tiene un movimiento anual de más de 20.000 buques, y es el primer mercado de los Estados Unidos en trigos y harinas. Destruída la ciudad en 1871 por un terrible incendio, ha renacido de sus cenizas, gracias al carácter activo y emprendedor de sus habitantes, más hermosa que antes, y es hoy una de las metrópolis más vastas, espléndidas y ricas de las Unión americana.

La Exposición universal con que la ciudad de Chicago se propone conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América, promete ser un acontecimiento que ha de asombrar al mundo, aun después de haber admirado este espectáculo tan maravillosos como las Exposiciones universales de Londres, París y Viena. Sabido es que el presupuesto para este gran certamen se ha calculado en ochenta millones de pesetas, cantidad doble de la gastada en la Exposición de París del año 1889.

El público ha entregado ya una suma de quince millones de pesetas, y la ciudad ha emitido un empréstito de veinticinco millones; y el Congreso de los Estados Unidos votará pronto un crédito de otros veinticinco millones para atender á la terminación de las obras.

El arquitecto jefe, que es Mr. Burnham, no cesa un momento de inspeccionar los trabajos emprendidos para construir los edificios de la futura Exposición. En la actualidad están ocupados cuatro mil obreros, y hay varias brigadas que trabajan de noche.

Ya está terminada la cimentación de casi todos los palacios; el de las Mujeres quedará terminado muy pronto; la armazón del de las Minas revela ya las vastas proporciones que ha de alcanzar el edi-



RETRATO DE D. ÁLVARO DE BAZÁN

ficio, y los andamiajes del de la Industria hablan también muy alto en pró de las futuras proporciones de esta instalación.

Los trabajos arquitectónicos estarán terminados en el mes de Octubre próximo, y la ornamentación podrá completarse durante el invierno; es decir, al mismo tiempo que se hagan las instalaciones.

El hermoso grabado que ofrecemos hoy á los lectores de LA ILUSTRACIÓN, representa una vista general de la futura Exposición de Chicago, que tanto por la grandeza de las instalaciones, como por los útiles inventos que han de exhibirse en ella, so-

bre todo en lo referente á las aplicaciones de la electricidad, ha de ser uno de los espectáculos más asombrosos que ofrezca nuestro siglo á la admiración de las futuras generaciones.

La Reina de Madagascar. (Pág. 28.)

Es sabido que la isla de Madagascar es una de las mayores del mundo, y su territorio interesantísimo y digno de estudio por la variedad de objetos curiosos que encierra, por su extensión y por la importancia que podría adquirir en manos de una nación activa. Tiene Madagascar 1.400 kilómetros de largo, 340—y

en algunos parajes 480—de ancho; entre todo unos 600.000 kilómetros cuadrados de superficie. Aunque comprendida, casi en su totalidad, en la zona tórrida, tiene, gracias á la elevación del terreno, la más agradable variedad de estaciones, y goza, en parte, de todas las ventajas de los climas templados. En general, la posición de Madagascar, á la entrada del Océano Indico y frente á las costas del Sudeste de Africa, la fertilidad, la elevación progresiva y exposición variada del terreno, las diferentes modificaciones del aire que en una extensión de 14 grados del Norte al Sur, permiten el cul-



MONJE (PINTOR)

tivo de todos los vegetales propios de las zonas calientes y templadas; todo, en una palabra, hace de esta magnífica isla uno de los parajes más importantes de la tierra, desde el punto de vista colonial y comercial: pues domina el camino de la India por el Cabo y abunda en cómodos fondeaderos, en madera de construcción y en toda clase de víveres.

Tananerivo, que es la capital, vendrá á tener de 80 á 90.000 habitantes, incluyendo los alrededores.

Es una reunión de villorrios y aldehuelas, separados por grupos de árboles, que constituyen lindos verjeles, y está situada sobre una montaña cónica muy alta, á cuyo pie corre un riachuelo llamado Kiupia. Presenta desde lejos el aspecto de un laberinto, rodeado de fosos y de empalizadas; reductos, contruidos según las reglas del arte y guarnecidos con cañones, fundidos en Inglaterra, defienden la ciudad.

El palacio que habita el Rey está situado en el

centro de la ciudad, sobre la más alta plataforma de la montaña; es una casa muy grande, y aunque ha sido exagerada su magnificencia, diremos, sin embargo, que el interior está pintado de todos los colores, y adornado con clavos de plata y pesos duros de España, lo cual le ha valido el nombre de *Thram-oula* ó *Travola*, es decir, palacio de plata.

Existe otro palacio mayor llamado Revakana. El rey Radama edificó un palacio que ha termina-

do su viuda, actual soberana de la Isla; le llaman *Suano-Kanu*, del nombre del terreno en el cual lo construyó M. Le Gros, arquitecto francés. Este palacio es de piedra y tiene 40 metros cuadrados. El primer piso, adornado de una hermosa galería de hierro, que lo circuye, descansa sobre columnas de aspecto severo; tiene 45 habitaciones completas y una sala del trono de 20 metros cuadrados de superficie.

Además de estos palacios urbanos posee la reina de Madagascar dos magníficas casas de campo, situadas en las cercanías de la ciudad, que son verdaderos verjeles por la abundancia de los árboles y la profusión de raras y odoríferas flores que las adornan. Casi todos los días, cuando han terminado las tareas propias del Gobierno, la reina se traslada, en palanquín, a alguna de ellas, y en esos maravillosos jardines pasa la tarde y parte de la noche, lejos del bullicio de la capital y libre de las exigencias de la etiqueta cortesana.

En una de esas excursiones la representa el grabado que ofrecemos hoy a la contemplación de nuestros lectores.

Emmo. Sr. Cardenal Benavides. (Pág. 20.)

Ofrecemos hoy a nuestros lectores el retrato del eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Zaragoza. Su biografía es tan conocida de todos, que nos dispensa de insertarla nuevamente. Obispo de Sigüenza, Procapellán mayor de Palacio, Patriarca de las Indias y últimamente Arzobispo de Zaragoza, en todas partes ha dejado recuerdos impercederos de su profunda sabiduría, de su altísima prudencia y de su ardentísima caridad.

Orador elocuentísimo, aún se recuerdan con satisfacción y encomio algunos de sus sermones, como el que predicó un año en la iglesia de las Trinitarias de esta corte en las honras fúnebres celebradas por el alma de Cervantes y demás ingenios españoles, sermón que lo acreditó de hablista distinguido y de orador de altos vuelos, y por el que la Academia española lo nombró individuo correspondiente de la misma.

El nombre del Cardenal Benavides está íntimamente ligado con la historia de los Congresos católicos españoles. Fue presidente del primero, que se celebró en la iglesia de San Jerónimo de esta corte, y del segundo, que tuvo lugar en la ciudad de Zaragoza, y la prudencia y energía que supo desplegar en ocasiones difíciles le granjearon universales simpatías y el aplauso de todos los católicos.

Dios conserve por dilatados años la vida del insigne Purpurado, para bien de la Iglesia y de esta patria española, tan necesitada de hombres poderosos en obras y en palabras.

ANTONIO DE OLMEDO

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (primera quincena de Febrero).

1. Lun. Stos. Ignacio y Cecilio, obs. mrs. Pionio, presb. y mr.; Severo y Pablo obs., y Efrén, diác.—Sta. Brigida, virg.; la Bta. Veridiana, virg., y Nuestra Sra. del Buen Socorro en Rouen.

2. Mart. LA PURIFICACIÓN DE LA B. V. MARÍA.—Stos. Cándido, Fortunato, Feliciano, Aproniano y Firmo, mrs.; Flósculo, Lorenzo y Cornelio Centurión, obs.—Sta. Feliciano, virg. y mr.—*Hoy, después de Tercia, se hace la bendición, distribución y procesión de candelas.—Bendición papal en San Juan de Dios y Mínimos.*

3. Miérc. Stos. Blas, ob. y mr.; Laurentino, Ignacio, Hipólito y comps. mrs.; Tigido, Remedio, Lupicino, Félix y Anscario, obs.; Celerino, diác., y el Bto. Nicolás de Longobardo.—Sta. Celerina, mr., y Ntra. Sra. de la Buena Estrella en Murcia.

4. Juev. Stos. Fileas, ob. y mr.; Eutiquio, Filóromo, Aquilino y comps. mrs.; Andrés Corsino y Remberto, obs.; José de Leonisa, Aventino y Gilberto, cfs.; Isidoro, monje, y Ntra. Sra. de Marsella en Francia.

5. Viern. Los Santos Veintiséis mrs. del Japón;

Isidoro, mr.; Avito, Genuino y Albino, obs.—Santas Agueda y Calamanda, virgs. y mrs., y Ntra. Sra. del Mar en Barcelona.

6. Sáb. Stos. Silvano, ob. y mr.; Saturnino, Teófilo y Antoliano, mrs.; Tito, ob. y cf.; Amando, Vedasto y Guarino, obs.—Stas. Dorotea, virg. y mr.; Revocata, mr.; la Bta. Arcángela Gurlani, virg., y Nuestra Señora de Lladó en Valls.

7. Dom. V DESPUÉS DE LA EPIFANÍA. Stos. Angulo, ob. y mr.; Aduco y Teodoro, mrs.; Moisés, ob.; Romualdo, ab., y Ricardo, rey de Inglaterra.—Santa Juliana, vda., y Ntra. Sra. de la Dalbada en Tolosa.

8. Lun. Santos Dionisio, Emiliano, Sebastián, Paulo, Lucio y Ciriaco, mrs.; Juvencio, Dubricio, Pablo y el Bto. Pedro, obs., y Juan de Mata, confesor y fdr.—Sta. Coimta, mr., y Ntra. Sra. del Tura en Olot.—*Abolución general en la Trinidad.*

El cuerpo de San Juan de Mata se venera en el convento de Trinitarias de Madrid.

9. Mart. Stos. Nicéforo, Primo, Donato, Alejandro y Anonio, mrs.; Cirilo, Alejandrino, ob., cf. y doctor; Fructuoso, arz.; Anberto y Sabino, obs.—Santa Apolonia, virg. mr., y Ntra. Sra. de Liesa en León.

10. Miérc. Stos. Caralampio, presb. y mr.; Sabino, ob.; Guillermo, ermit.—Stas. Sotera, virg. y mr.; Escolástica y Austreberta, virgs., y Ntra. Sra. de la Pifa en Alfajarín.

11. Juev. Stos. Lucio, ob. y mr.; Dativo, Félix y 44 comps. mrs.; el Bto. Juan de Britto, mr.; Desiderio, Lázaro, Calocero y Castrense, obs.; Saturnino, presbítero; Severino, ab.; Jonás, monje; los Siete Santos Siervos de María, funds., y Ntra. Sra. de Lourdes en Francia.

12. Viern. Stos. Modesto, diác. y mr.; Damián y Julián, mrs.; Melecio el Grande; Antonio y Gaudencio, obs., y la primera Traslación de San Eugenio; Sta. Eulalia, virg. y mr., y Ntra. Sra. de la Aldea en Tolosa.

13. Sáb. Stos. Benigno, Julián y Polieuto, mrs.; Gregorio II, Papa; Luciano y Esteban, obs.—Santas Fusca, virg. y mr.; Maura, mr.; Catalina de Rizzis, virgen, y Ntra. Sra. de San Apolinar en Roma.

14. Dom. DE SEPTUAGESIMA. Stos. Valentín, presbítero y mr.; Próculo, Efebo, Apolonio, Protólico, Cirión, Basiano, Agatón y Moisés, mrs.; Eleucadio, obispo; Auxencio y Antonino, abs.; el Bto. Juan Bautista de la Concepción, cf. y fund., y Nuestra Señora de la Victoria en Málaga.—*Anima.—Abolución en la Trinidad.—Indulgencia plenaria.*

15. Lun. Stos. Faustino y Jovita, hermanos mártires; Cratón, Saturnino, Cástulo, Magno y Lucio, mártires; Bto. Juan Bautista Machado y compañeros mártires; Quindio y Decoroso, obs.; Severo, presbítero, y José, diác.—Sta. Georgia, virg., y Nuestra Señora de la Carrodilla en Aragón.

CUARENTA HORAS

1, 2, 3, 4, 5, 6. Religiosas Maravillas, paseo del Obelisco.

7, 8. Religiosas Trinitarias, Lope de Vega.

9, 10. Religiosas de San Plácido, San Roque.

11, 12. Iglesia de la V. O. T. de Servitas, plaza de San Nicolás.

13, 14. Religiosas Trinitarias, Lope de Vega.

15. Parroquia de San Martín, Desengaño.

La oratoria del porvenir.

Se priva exclusivamente la novela entre los chicos aprovechados y alumnos sobresalientes de nuestros Institutos, Academias, Universidades y Ateneos. Es género literario de su predilección, me consta, y hasta he sido víctima de alguno de esos precoces novelistas con chichonera, que padecemos.

—Ha dicho mi papá que aquí tiene usted *esto*.

—¿Y qué es *eso*?

—Una novela.

—¿Obra del papá de usted?

—No, señor; de un servidor.

—¿Y quién es un servidor?

—Pues... yo mismo.

—¡Ah!... ¿Es usted autor de la novela?

—Para servir a usted.

—Gracias; ¿cuántos años tiene usted?

—Trece nada más.

—Bien, niño, bien; adelante con las novelas y no arruine usted a su papá.

La novela era, en efecto, de aquella criatura, de su padre, de su ama de cría, de su institutrix ó de quien fuese; pero el nombre del precoz novelador figuraba en la portada del libro.

Dedicáse otros a la historia; tanto, que no ha mucho topé en cierta tipografía de esta ciudad con 700 ejemplares de cierta voluminosa *Historia de España*, compuesta por un colegial y editada por el padre de la criatura. Los restantes, hasta 1.000, que componían la edición, los regaló, sin duda, la familia del historiador con chichonera a los amigos y conocidos de la casa y del colegio.

Síntomas son estos, indudablemente, de la precocidad literaria de la presente edad; pero al fin y al cabo, puede intervenir la mano oculta en estos gatupeos literarios.

Por ejemplo: cierto padre compone una obra científica, y al imprimirla, pone en la portada el nombre y apellido de su hijo, sobre el cual tiene puestos los ojos de su vanidad; pero como nadie tan necio como el hombre que se tiene a sí mismo por sabio, el verdadero actor anda diciendo a todo el mundo:

—Cuando yo me muera publicará mi hijo una obra sobrexcelentísima; pero no crean ustedes que es suya: es de este tío.

Todo esto cabe; pero lo extraordinario y verdaderamente alarmante, es que haya chicos aprovechados que pierdan miserablemente el tiempo hincándole el diente a cualquier racionalismo trasnochado y consumando nefando contubernio entre el filosofismo y la oratoria; se descuelguen después en una tribuna cualquiera con campanuda oración, pura algarabía de jerigonza ininteligible que hace dormir ó estallar de risa al auditorio.

¿Dices, lector pío, que exagero? Sígueme, pues, y recibe con paraguas abierto el descomunal chaparrón de palabras y de frases hechas con que Joaquinito Rodajas nos obsequia esta noche en el Ateneo lírico-filosófico-literario-pedagógico de Cumbresaltas.

Abí le tienes; apenas le apunta el bozo, gasta quevedos, aunque ve perfectamente, y está tan anémico como pálido. Las noches, pasadas de claro en claro sobre... los libros; y los días, de turbio en turbio entre las sábanas, le han puesto en tal estado, que parece puro espíritu, algo superfino é impalpable casi, que se cierne, concentra, pone y dáse únicamente con toda su realidad sustantiva é insuperable perspicuidad, según el mismo dice, «en mí, dentro de mí y bajo la unidad indivisa de *mi mismo Yo*: Soy, pues, Yo, Yo propio, de una vez y enteramente, el término superior, unitario, de esa relación interior de mi conciencia».

Y de tal manera es el propio, enteramente y unitario, que cierto vecino me pregunta:

—¿Sabe usted de qué trata el orador? porque hace media hora que le escucho con la boca abierta y no he podido entender palabra.

—Trata de la opinión pública.

—¡Pobre señora! Se habrá quedado en casa, pues yo no la he oído nombrar en toda la noche.

—Hombre, sí; nos ha dicho que la opinión pública es el *parecer* formado mediante ciertas operaciones intelectuales.

—¿Y ese parecer ó opinión, que es lo mismo, ¿cuándo es privado y cuándo es público?

—Hombre, usted es exigente en demasía; pero oiga usted...

«Hay en toda idea tesis, antítesis y síntesis; y para determinar si la opinión pública, como afirma un preclaro varón y catedrático de la escuela valenciana, es resultado del conocer, sentir y querer colectivos, ó simplemente del conocer, como sostenemos nosotros, preciso es distinguir profunda y claramente las triples relaciones del sujeto al objeto. No nos conoceríamos, ni conociéramos nada, sino en razón de la *objetividad* presente de lo cognoscible; cuya objetivación descansa en la *sustan-*

tividad real de los seres, ó al menos, así nos lo revela *autoránimamente* la conciencia. Tampoco sentiríamos, sin aquella nota primarísima de nuestra *omneidad*, que nos permite unimos de un solo toque ó de todo en todo con el objeto previamente conocido. Por último, mi actividad central, plena, unitaria, no se concibe sino en razón de fin y bajo ley de causalidad. Claro es que *todo Yo soy el mismo* al conocer. Todo Yo, pues, me sustantivo en el conocimiento. Otro tanto decimos de la omneidad y del sentir. *Yo propio, Yo el mismo, Yo de mí y por mí* me totalizo en el sentimiento. La intimidad de mi sustantividad: he aquí el conocer; la intimidad de mi omneidad: he aquí el sentir; la intimidad de mi causalidad: he aquí el querer. No, no tiene, pues, razón alguna el preclaro maestro antes citado, y demostrado queda que nuestro concepto de la opinión pública es el único aceptable.

Aquí el orador se pasó las manos, que tenía juntas como en actitud de decir *Dominus vobiscum*, irguió la derecha amenazando con el índice al público á semejanza de San Vicente Ferrer cuando amonestaba á su auditorio diciendo *Timeat Deum*, etcétera, y arrojó los siguientes apóstrofes sobre el público:

«Pasaron ya los tiempos del absolutismo de un hombre que podía decir, *el Estado soy yo*. Las leyes de Manú, del Cristo y de Lutero, garantizan á la sociedad la ejecución de sus dictados. La opinión pública sólo es eficaz cuando se encarna en el derecho ingénito á la naturaleza humana, y une á los hombres en ley de amor y de libertad. La sociedad es regida por ideas y no por sentimientos, y el entendimiento colectivo, encarnándose en el espíritu público, ha concluido para siempre con los antiguos moldes del absolutismo, atand sin forma ni fondo, sepultado en la negra noche de la Edad Media.»

—¡Bravo, bravo!—clamaron algunos.
—Mi curioso vecino se limitó á decirme:
—Con franqueza ¿usted ha entendido algo?
—No, señor; ¿y usted?
—Menos todavía; no comprendo esta oratoria.
—Claro, como que se parece á la música de Wagner: es la oratoria del porvenir.

M. POLO Y PEYROLÓN

Doble vista.

AL INSPIRADO POETA P. JIMÉNEZ CAMPAÑA

Del mar tranquilo allá en el horizonte
Veó cruzar embarcación latina,
Cuya vela el sol dora suavemente
Al par de caprichosa nubecilla;
Veó también á la gaviota blanca
Cómo sus alas sin cesar agita
Rozándolas á veces con la espuma
De olas que el viento suspirando riza;
Veó cómo el pez salta y sus escamas
En cambiantes mil preciosas brillan,
Y cómo de la playa en las arenas
Dejan las olas blondas sutilísimas.
En la cumbre más alta de la sierra
Alcanza á ver la solitaria ermita,
Que á San Miguel la devoción de un monje
Alzó en el peñasal donde vivía,
Y veó más abajo escalonadas
Y de árboles frondosos protegidas,
A su sombra tranquilas y dichosas
Cual hombre sin cuidados, cien masías.
Pero el sol se guarece tras la sierra
Dando al mar su amorosa despedida,
Llenándose la tierra de rumores
Al último fulgor que al hombre envía.
Luego todo ya en calma, reina solo
La negra noche, y en la mar vecina
Del faro que en el cabo se levanta
La débil luz apenas se divisa,
Brumosa niebla ha encapotado el cielo
Y ni una estrella en el espacio brilla.
Nada se ve que al ánimo distraiga,
Y suena solo de la mar tranquila
El monótono arrullo de las olas,

Que al blando sueño con amor incita.
Y ciérranse los ojos suavemente;
Pero el alma, anhelante de la dicha,
Vuela á buscarla por do quier, ansiosa
De perfumes, de luz y de armonías.
Y atraviesa el espacio en que la bruma,
A tierra y mar envuelve obscura y fría,
Tendiendo hacia el camino que otras almas
Atraviesan radiantes y purísimas,
Para gozar de un bien que nunca pudo
Soñar la más ardiente fantasía.
Y vé como al llegar á un mundo ignoto,
Por fuerzas infinitas atraídas,
Las reciben espíritus angélicos
De hermosura ideal y nunca vista,
Que alegres las conducen á regiones
Donde un sol tan potente y claro brilla,
Que si hiriese uno sólo de sus rayos
A cuantos mundos hay los fundiría.
Y vé... pero otra vez vuelve la aurora
La tierra á acariciar cual buena amiga,
Deshaciendo en cenizas primorosos
La densa niebla que antes la envolvía,
Apareciendo el mismo paisaje
A los ojos absortos, que no miran,
Porque aún el espíritu recrean
Visiones de la ardiente fantasía.
No falta quien á esa hada misteriosa,
Que enlazada á la fe dá al alma vida,
Quisiera aniquilar en esta época
Cual ninguna realista y positiva;
Pero mientras exista en este mundo
Quien tenga esa dichosa doble vista,
Para consuelo de quien ame y crea
Alentará la dulce poesía.

ENRIQUE GARCÍA BRAVO.

San Antonio, Abad.

No sólo merece San Antonio, Abad, las consideraciones y homenajes de la posteridad por sus extraordinarias virtudes, sino también por su importancia histórica, por su influencia decisiva en los destinos de la humanidad durante un período larguísimo, que cuenta ya más de mil años de duración, y que probablemente no se cerrará hasta que terminen los siglos.

La importancia de los personajes históricos no se mide por su mérito personal, sino por el rastro que dejan en las generaciones que después de ellos vienen á la vida. Es probable que hayan existido muchos marinos tan hábiles y audaces como Cristóbal Colón, y quizás más que él; pero ninguno puede disputar á Colón el honor de ser el primer marino de todos los tiempos, porque ninguno consiguió en sus navegaciones un premio tan extraordinario, un resultado tan decisivo y beneficioso para todos los hombres y países. Al que Dios concede uno de esos éxitos maravillosos que superan á las previsiones y deseos humanos, otorga también el seguro de la inmortalidad terrena en esos hombres privilegiados que descubren todos el signo de una cierta y divina predestinación.

San Antonio, Abad, fué el inventor, por decirlo así, de la vida monástica. Antes de él, muchos cristianos habían practicado en el interior del hogar doméstico los consejos evangélicos.

Habían oído y seguido aquella voz del Evangelio que dice: *si quieres ser perfecto, ve y vende todo lo que posees, y hallarás un tesoro en el cielo*. Habían cumplido los tres votos de castidad, obediencia y pobreza. Otros cristianos, como San Pablo, primer ermitaño, se habían internado en los desiertos buscando á Cristo en la soledad imponente y majestuosa de la naturaleza. Pero San Antonio fué el primero que ordenó comunidades de cristianos, aspirantes á la perfección evangélica; el primero que fundó monasterios y dió reglas para la vida en común. La historia narra con poética sencillez aquel primer paso del monacato, que tantos había de dar en el mundo; huyendo de las riquezas y sus peligros, huyendo de sus propias riquezas y del amor de los suyos, buscando á Cristo tan sólo en lo interior de su alma, y no queriendo que nadie ni nada le dis-

trajesen de su contemplación sublime, San Antonio sale de Heraclea, pasa el Nilo, y reparando que sobre una montaña se alzaban las ruinas de un antiguo edificio, escogió aquel lugar para su morada. Allí se mantuvo veinte años, haciendo vida de ángel, y allí fueron á buscarle, transcurrido ese plazo, millares de discípulos que construyeron alrededor de la de San Antonio otras tantas celdillas ó chozas, primer monasterio que hubo en el mundo.

Concluyen entonces las persecuciones. Mientras que San Antonio instruíó á sus hermanos, Constantino triunfaba de Maxencio, se publicaba el edicto de Milán y se fundaba la ciudad de Constantinopla. El mundo antiguo desaparecía, y alboreaban los tiempos modernos. Durante la edad heroica del Cristianismo, cristiano y héroe eran palabras sinónimas. En la época que entonces se inauguraba iban á mostrarse en la vida privada y en la pública esas muchedumbres de cristianos tibios, que lo son, porque lo es todo el mundo que cree en Cristo; porque han nacido después del edicto de Milán, como hubieran creído en Júpiter de nacer antes. Las almas perfectas en los tiempos de las persecuciones tenían la seguridad de hallar almas gemelas en las de todos sus compañeros de Catacumbas; después la multitud de cristianos carnales había de abundar en el templo, y en todas partes, y los que aman á Cristo, según el espíritu, tendrían necesidad de buscar más lejanos é inexpugnables asilos.

Huyendo del mundo, que al sellar paces con la Iglesia, la había llenado, muchos cristianos hubieron de pedir á la vida en común, iniciada por San Antonio, la sencillez inocente y el heroísmo evangélico de los primeros días; y aquellas celdillas, construídas alrededor de unas ruinas, sobre la montaña de Heraclea, fueron el germen de innumerables edificios levantados en todas partes, en el Occidente como en el Oriente, habitados por familias espirituales, regidas por diferentes reglas, pero todas ellas basadas en la primitiva de San Antonio.

La caída del imperio romano es para la vida monástica principio de nueva y más gloriosa carrera. En los monasterios se refugian las ciencias, las letras y las artes. Toda la civilización se condensa allí. Y de allí sale más hermosa y completa, entre los esplendores del siglo XIII, para iluminar de nuevo á las naciones. Estos triunfos y glorias de la vida monacal, aun en el orden humano, deben referirse principalmente á su insigne iniciador, al Patriarca de todos los monjes, al primer fundador y Abad primero que ha conocido la historia.

En la época moderna, en vano ha pretendido la impiedad dispersar á los monjes y poner un término violento á la vida monástica. Muchas ruinas ha sembrado la revolución á su paso; muchas víctimas ha inmolado; pero de las ruinas ha brotado de nuevo con más fuerza la vida monástica, y la sangre de los mártires ha sido, como fué siempre, semilla de cristianos valerosos que han restaurado en nuestra edad materialista los prodigios de los hermosos días matutinos de la Iglesia, cuando San Antonio Abad lo dejaba todo, bienes, familia, amor á los hombres, por el amor de Cristo, nuestro Salvador.

ESPERANZA ORREA.

Nuestro arte religioso.

II

Sólo por la variedad apreciáramos las obras de arte, no hay duda que los modernos, y entre ellos los españoles en primer término, podríamos decir, que nuestros monumentos religiosos constituyen la más grande suma de belleza apetecible; pues tenemos desde las antiquísimas iglesias de estilo Latino, esto es, Romano degenerado, edificadas en Asturias por D. Alonso el Casto en el siglo IX como San Julián (antes de Santullano); Santa María de Naranco, San Miguel de Lino y San Salvador de Valdedios, hasta la de Santo Domingo del Barrio de Salamanca, obra indefinible de un arquitecto vulgar, que probablemente no se atrevió con el gótico, aunque es trabajo que á todos parece facilísimo, como lo



EXPOSICIÓN DE CHICAGO

prueba la flamante iglesita de San Martín en Chamberí.

Esta serie inmensa de templos comprende el citado estilo Romano desnaturalizado, el Romano Bizantino en sus dos períodos, el Árabe, el Ojival, el Renacimiento, la restauración primera del Greco-romano, el Borrominesco ó Churrigueresco, la segunda restauración de Romano, y por último, el neo Bizantino y el neo-Gótico que ahora privan; además, la multitud de iglesias sin estilo ni arte alguno, los caprichos de imaginaciones extraviadas, las amalgamas absurdas y las aberraciones que han inspirado á muchos pseudo artistas las ideas confusas y laberínticas de nuestro siglo en su último tercio sobre todo.

Y en cada uno de todos estos edificios podemos admirar la más variada mezcla de géneros y estilos de todas épocas, no sólo en Arquitectura sino en las demás artes; de manera, que son rarísimas excepciones los templos en que todo es uniforme sin monotonía, y responde á un pensamiento único y primordial que informa tanto la fábrica del edificio, como el más pequeño detalle, ó haya sí, variedad pero sin desorden y anarquía.

Lo más ordinario es ver la catedral gótica profanada con el trasero Greco-romano, del Renacimiento ó Churrigueresco, estilo este último de casi todos los retablos y de las cajas de los órganos. Las capillas cerradas por buenas verjas del siglo XV, conteniendo altares monstruosos que sirven de marco á cuadros de escuelas que florecieron ó mucho tiempo antes ó en nuestros días.

Ya vemos el templo clásico de verdad, ó solo con pretensiones, ostentando un tabernáculo gótico moderno que es un crimen, rodeado de candeleros que el broncista llama bizantinos, todo esto sobre un altar medio árabe de mármol y ante un retablo del Renacimiento cuando no es pseudo romano con adornos y detalles borrosos sustentado por antigua sillera del orden Dórico.

Si volvemos á fijarnos en las capillas, vemos que cada una es un templo distinto y cada altar un aparcador de objetos que representan ó recuerdan cada uno su época y su estilo, como cada puerta su arquitecto y cada parte del todo, en fin, el paso de una moda, de un gusto predominante que, sin idea acabada del arte, sin conocimiento justo de la verdadera expresión de la belleza y atento sólo al momento presente, dejó allí su huella, sin respeto al pasado y sin preocupación por lo futuro.

Enormes volúmenes serían necesarios para enumerar las profanaciones que han sufrido nuestras iglesias, muchas veces mutiladas bárbaramente ó disfrazadas de lo que nunca fueron. Aquí es una mano criminal que embadurnó de ocre ó blanqueó los muros venerables, las piedras oscurecidas por el tiempo; allí el artista de pésimo gusto que llenó de adornos dorados ó de pinturas inoportunas la obra sencilla, que hicieran manos piadosas en tiempos más puros y bonancibles para el arte; más allá viles artefactos de trapo, de papel, de flores contrahechas y lienzos pintarrajeados ocultan una magnífica obra de cincelado en piedra; y en esa otra parte, los chafarrinones que hemos convenido en aceptar como imitación á mármoles, cubren de ignominia trabajos y materiales purísimos ó manchando el blanco pino en forma de tabernáculo, sagrario, altar ó retablo sin estilo ni gusto, ocupan sitio preferente robado á más altas y verdaderas producciones artísticas.

El papel pintado de las habitaciones ha concluído por invadir el templo en compañía de los listones hechos y dorados á máquina, de los adornos de azófar y de cartón piedra ó yeso, y, en una palabra, unido á toda esa abundancia de falsedades efímeras, risibles y de mal gusto que en menguada hora inventó la industria moderna.

Pero mucho antes, hubo una época, que yo llamo de odio al Gótico, época en que se sofaba con una restauración poco sensata del arte Greco romano y nada gustaba, nada parecía aceptable ni digno de respeto si no presentaba las formas clásicas. Bajo este impulso, si bien algunos produjeron obras de bastante mérito, la generalidad dió en serviles imitaciones, y lo que es para llorarlo por una eternidad

llegó á revestir con ellos los monumentos más venerandos. Ahí está Valencia, la hermosa perla del Turia, que no me dejará mentir. Ahí está con su catedral gótica del siglo XIV, forrada sacrilegamente de yeso, que afecta las formas corintias, si mal no recuerdo, adornadas de filetes dorados como las cajas de dulces, sobre un blanco ya sucio y manchado como los adornos. Un magnífico cimborrio ojival como no hay muchos, no ha podido ser así disfrazado, pero sí pintado, haciéndole sufrir la presencia en sus pechinas de unos relieves que debieran estar muy lejos de allí.

Da compasión adivinar las ojivas, las aristas é intersecciones del gótico más puro, suplantadas por los arcos de medio punto que no concuerdan con la obra, que no han podido de manera alguna ocultarla sino á medias en algunos sitios. Así presenta todo aquello un conjunto lastimoso, el mismo que ofrecen, igualmente maltratadas, las iglesias de San Martín, Santa Catalina, San Andrés... casi todas las de la ciudad, invariablemente estropeadas con columnas, cornisas, arquivadas y demás elementos arquitectónicos de mal estilo, postizos, hechos con ripio jabelgado con cal, estriado y modelado inicuamente; y ya se sabe, adornado con profusión de oro falso, y á trechos con sus colorines más ó menos acentuados. ¡Esto es lo que cubre en Valencia y en otras partes á la apuntada ojiva y al esbelto haz de la arquitectura gótica, tan digna de respeto; ¡como que es el estilo sagrado por excelencia!

Aquí, en la corte, no tenemos más templos ojivales, que así puedan propiamente llamarse, que San Jerónimo y la Capilla del Obispo, ambos no muy sobresalientes que digamos; restaurado hace poco el primero, como todos sabemos, estropeado el último que es una compasión, se puede decir que no tenemos templo alguno de verdadero mérito, porque la Encarnación, que brilla por los adornos postizos de Ventura Rodríguez, la Visitación, bien proporcionada, juzgando con benevolencia, y no mal ornamentada, y San Isidro, que solo tiene de bueno el tamaño, el cimborrio y el altar mayor, no sin graves defectos, son obras muy de segundo orden, buenas donde no hay otras.

Las demás son obras de esas que retratan una época de gran decadencia y una sociedad más frívola que amiga del verdadero arte. Iglesias de ladrillo revestido de yeso blanco, tan perjudicial para la vista y tan monótono, sin formas arquitectónicas, sin estilo ni adorno; conatos de imitaciones de arte romano, todas iguales, pequeñas en su mayoría, mal pensado su plan y deficientes á todas luces. Parecen indicar que fueron hechas provisionalmente por un pueblo que estaba más atento á los negocios de la tierra que á los del cielo, y que gustaba más de lo aparente que de lo real, más de lo agradable, según su gusto ya corrompido, que de lo sólido. Esto es indiscutible.

Todas las restauraciones que estos edificios han sufrido, se reducen al jabelgado, á cuatro adornos de purpurina y algún fondo de brocha gorda en los entrepaños... luego los retablos de siempre, y no hay que pedir otra cosa.

De las nuevas capillitas que hemos convenido en llamar góticas, también de ladrillo y yeso revocado, como las fachadas de las casas y hasta dorado como las iglesias de Valencia, no hay para qué hablar ahora; basta con lo dicho, para que pueda formar el lector una idea aproximada de la arquitectura sacra de nuestros días; de las demás artes, podrá juzgar si tiene la paciencia de seguirme en los artículos sucesivos.

JOSÉ FERRANDIZ

Revista literaria.

Q ue la obra de arte no debe ser tendenciosa, esto es, que debe carecer de finalidad moral, es para los modernos preceptistas, un axioma de crítica. Y, ¡poco que acusan esos preceptistas á la dernière á los literatos católicos cuando descubren en sus obras algo que les

parece encaminado á la propaganda de las buenas ideas ó al elogio de los buenos sentimientos!

Pero tal axioma de crítica sólo será, por lo visto, con, ó mejor dicho, contra los católicos. Para los racionalistas hay bula. Los literatos racionalistas pueden ser impunemente tendenciosos. La tendencia, por lo visto, se tolera y aun se aplaude cuando es contra la doctrina y moral católica.

Es el caso que los literatos racionalistas, que van abundando por desgracia en España, no escriben libros de los llamados de entretenimiento que no sea un ataque más ó menos hábil, pero siempre igualmente violento y sañudo, ya contra los dogmas de la Iglesia romana, ya contra la moral de Cristo, ya contra la influencia que el dogma y la moral han ejercido, ejercen ó pueden ejercer en las sociedades.

Octavio Picón francamente declaró en el mismo título de una de sus obras, que *el enemigo* á quien hay que combatir en España es el clericalismo, ó sea el Catolicismo, según había dicho ya en Francia el tribuno materialista Gambetta. Y basta leer por encima los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós, para convencerse de que ese es también *el enemigo* á quien se apunta en aquella colección de novelitas. Contra la influencia de la Iglesia en el carácter moral de las personas y en el social de las poblaciones, escribió el mismo Galdós su *Dona Perfecta*; y contra la santa intransigencia católica su *Gloria*.

Armando Palacio Valdés, otro novelista de la laya de Picón y Galdós, tampoco desperdicia ocasión para hacer de su retórica un ariete contra las creencias y moral católicas. Dijo Jesucristo terminantemente, que la obra de María era superior á la de Marta, sin que por esto quisiera dar á entender que la de Marta dejase de ser meritoria y aun santa.

Pues bien; vino Palacio Valdés y corrigió la plana á Nuestro Señor Jesucristo, escribiendo su novelita *Marta y María*, en que trató de probar que lo que vale es ser una buena Marta; esto es, una mujer cariñosa con su marido y para con sus hijos, y que ser María, ó lo que es igual, virgen consagrada al Señor, no sólo no vale una higa, sino que sólo puede admitirse como refugio de fanáticos, cobertera mística de histerismo, y otras lindezas del propio jaez. Ahora Palacio Valdés ha escrito otra novela tendenciosa, *La Fe*, que ponen por ahí en los cuernos de la luna los sectarios, atribuyéndole todos grandes bellezas literarias, y muy especialmente una gran imparcialidad artística.... ¡Ya sabemos lo que esas gentes llaman imparcialidad!

La nueva novela de Palacio Valdés quiere ser un estudio de la fe, considerada, no como virtud teológica, sino como estado psicológico de un pobre Sacerdote de aldea que, por virtud de múltiples circunstancias que se refieren al pormenor en la obra, pierde su fe en Dios, y cae en pensar en una porción de tonterías que también en la novela se especifican. Lo primero que salta á los ojos, es que Palacio Valdés no cree, y sin embargo, analiza psicológicamente un estado de ánimo que no puede conocer, toda vez que no es el de su espíritu. Si no hay buen literato que, sin haber estado en París, se atreva á componer una descripción de los boulevares, ¿cómo ha de atreverse ningún buen literato á intentar el análisis psicológico de estados del alma que no conoce? Sólo canten el amor, dijo un gran poeta, los que han amado; sólo intenten describir las maravillas de la fe, decimos nosotros, los que no han perdido esa gracia de Dios.

La Fe de Palacio Valdés no es la fe del creyente; es la fe tal como se la figura un escéptico, ó como si dijéramos, la luz descrita por un ciego de nacimiento. Decía un médico materialista: «Por más que busco el alma en los cadáveres, no la encuentro.» Y le repuso otro médico: «¿Pero no sabes que el cadáver es un cuerpo sin alma?» La inteligencia del escéptico, en punto á la fe, es un cadáver. Y en su propio cadáver ha querido Palacio Valdés sorprender el alma que ya por desgracia no existía allí...

Pero sea lo que quiera, el hecho es que Palacio Valdés ataca el dogma, y sin embargo pasa por imparcial á los ojos de la crítica al uso. Lo cual de-

muestra que esa crítica es esencialmente racionalista, y que los católicos no debemos hacerle ningún caso.

El infatigable escritor católico Sr. D. Carmelo Echegaray, ha publicado una excelente *Memoria sobre organización de archivos*, fruto de copiosos y meritorios trabajos. El Sr. Echegaray ordenó los documentos del Archivo de Villafranca, entre los que hay un fuero de población concedido por Alfonso X el Sabio en Sevilla, a 30 de Junio de 1268, y otro del monasterio de Roncesvalles respecto a ciertos derechos en la tierra de Aralar de 23 de Septiembre de 1452, la expedición paleográfica-histórica tomó la vía de Ormaiztegui, donde se halló un buen inventario, hecho a los comienzos del presente siglo. Después reconoció el Sr. Echegaray los documentos existentes en Ichaso, y entre ellos muy curiosas leyes civiles y penales de los pobladores de aquella región, algunos recordados por el P. Moret en sus *Anales de Navarra*, y otros completamente desconocidos hasta el reconocimiento paleográfico-histórico de que tratamos. Reconoció el Sr. Carmelo en Ezquiaga cuentas concejiles del siglo XVII, en las cuales hay lagunas; ¿y en qué cuentas municipales no se observan? Y en Cestona logró reunir curiosos antecedentes para formar la monografía histórica de esta población.

Después de narrar el resultado de sus exploraciones, dice con mucha razón el Sr. Echegaray: «Un trabajo serio de organización de archivos municipales es de la mayor importancia para el desarrollo de los estudios históricos en nuestro país. Las dificultades para llevarlo a cabo no son tan áridas como a primera vista parece, ni la empresa, con ser en alto grado utilísima, deja de ser fácilmente realizable, si el cuerpo provincial organiza los medios conducentes a la ejecución de este proyecto. El señor Fernández Guerra, maestro en toda erudición, ha indicado la suma conveniencia de que la Diputación extienda sus cuidados a los archivos de muchas de las villas de Guipúzcoa, que, por cualquier evento, pudieran perecer ó desmembrarse.» La historia de Francia se está rehaciendo, merced a las pacientísimas investigaciones del ilustrado cuerpo de Archiveros-Bibliotecarios de la nación vecina. Las cosas pasadas darán luz a las futuras, como decía Guicciardini. Cita después en comprobación de esta tesis las palabras del P. Jerónimo de San José en el *Genio de la Historia*; tan bellas son éstas, que no podemos menos de reproducirlas para deleite y enseñanza de nuestros lectores; con ellas terminaremos la exposición sumaria del opúsculo, por el que felicitamos a su laborioso y discreto autor:

«Yacen como en sepulcros, gastados ya y deshechos, en los monumentos de la venerable antigüedad, vestigios de sus cosas. Consérvanse allí polvo y cenizas, ó cuando menos huesos secos de cuerpos enterrados; esto es, indicios de acaecimientos, cuya memoria casi del todo pereció; a los cuales, para restituirles vida, el historiador há menester, como otro Ezequiel, vaticinando sobre ellos, juntarlos, unirlos, engarzarlos, dándoles a cada uno su encaje, lugar y propio asiento en la disposición y cuerpo de la historia; añadirles, para su enlazamiento y fortaleza, nervios de bien trabadas conjeturas; vestirlos de carne, con raras y notables apoyos; extender sobre todo este cuerpo, así dispuesto, una hermosa piel de varia y bien seguida narración, y últimamente, infundirle un soplo de vida con la energía de un tan vivo decir, que parezcan bullir y menearse las cosas de que se trata, en medio de la pluma y el papel.»

Debido a la bien cortada pluma del celoso é ilustrado Sacerdote D. Juan Fernández Loredó, director de la Catequesis de San Andrés de Madrid, acaba de publicar un hermoso librito, que lleva por título *Apuntes sobre la enseñanza catequística*, importantísimo para los que se dedican a esta recomendable tarea.

Comprende esta obrilla todo lo referente a la ins-

trucción religiosa de los niños, las asociaciones a que se les pueda agregar y modo de establecerlas en las parroquias; y como apéndice, lleva una colección de cánticos fáciles con acompañamiento de piano, que son aplicables, no sólo a los catequistas, sino también a muchas funciones parroquiales, a los Colegios, Patronatos y fiestas de Congregaciones.

Se hacen muchos y merecidos elogios del discurso pronunciado en Sevilla por el joven catedrático de aquella Universidad, D. Manuel Sánchez de Castro, con motivo de las fiestas del centenario de San Luis Gonzaga. No conocemos de este discurso más que algunos trozos, por cierto bellísimos, que han visto la luz en algunos periódicos. El Sr. Balbín de Unquera, autoridad indiscutible en puntos de crítica, juzga así el discurso del Sr. Sánchez de Castro.

En una palabra; el discurso del Sr. Sánchez de Castro, digno de la solemnidad en que se pronunció, es una obra tan valientemente emprendida como bien terminada, y merece nuestra completa enhorabuena.

BACHILLER ALONSO

ATALIA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS
(TOMADA DE LA SAGRADA ESCRITURA)
POR RACINE

Traducción de VICTOR SUÁREZ CAPALLEJA

(Continuación.)

ESCENA V

Dichos y MATHAN

MATHAN

Gran reina, ¿será aqueste

Digno lugar de tí? ¿Qué te perturba
Y qué terror te hiela? ¿Qué has venido
A buscar entre fieros adversarios?
¿Pisar te atreves tan profano templo?
¿Has ya extinguido el odio furibundo?.....

ATALIA

Atendedme los dos. Aquí no quiero
Recordar lo pasado, ni decirlo
La razón de la sangre derramada.
Abner, cumplí lo que un deber creía
Y no es mi juez el temerario pueblo:
A pesar de que audaz osó decirlo,
El cielo mismo me ha justificado.
Ya firme mi poder con grandes triunfos,
Hasta dos mares rindenme respeto.
Jerusalén por mí de calma goza;
No ve el Jordán al vagabundo árabe,
Ni al filisteo altivo, sus riberas
Desolar con perpetuas irrupciones,
Cual sucedía en tiempo de otros reyes:
De hermana y reina tratame el asirio,
Y el pérfido opresor de mi familia,
Jehú, feroz Jehú, tiembla en Samaría;
Do quiera acometido por potente
Vecino, que excitar he conseguido
En contra suya, al fin ya no me impide
Ser en Judá la soberana reina.

Gozaba en paz de mi prudencia el fruto,
Pero importuna turbación me acosa
Desde hace días, é interrumpe el curso
De toda mi fortuna. Triste sueño
(¿Pero de un sueño deberé inquietarme?),
Nutre en mi pecho roedor cuidado;
De él huyo, mas do quiera me persigue.

Era una noche tétrica y profunda:
Mi madre Jezabel á mí mostróse
De espléndidos arreos adornada,
Como en el día de su triste muerte;
Su altivez no abatieran sus desdichas,
Y hasta aún conservaba el falso afeitado
Con que su faz pintaba, reparando
Del tiempo los insultos imborrables.
«Hija, digna de mí, me dijo, tiembla:
«El implacable Dios de los judíos

«También te vence á tí. Te compadezco
«De que, hija, caigas en sus fieras manos.»
Al terminar tan espantosas frases,
Me pareció que hacía mi triste lecho
Su sombra se abatía; yo, anhelante,
Para abrazarla le tendí las manos;
Pero tan sólo hallé tremenda mezcla
De carne y osamenta magulladas,
Revueltas entre el fango, trozos llenos
De sangre, horribles miembros, que voraces
Los perros entre sí se disputaban.

ABNER

[Gran Dios!

ATALIA

En tal desorden, á mi vista

Un niño se presenta, revestido
De brilladora veste, semejante
A la que en el altar de los hebreos
Revisten los ministros. Al mirarle,
Mi espíritu abatido reanimóse;
Mas cuando, ya repuesta del espanto
Funesto, me asombraba su dulzura,
Su modesto y augusto continente,
De súbito sentí que un homicida
Acero sepultara, y hasta el pomo,
El traidor en mi pecho. La confusa
Mezcla de tanto y tan variado objeto,
Tal vez la juzgareis ser fortuita;
Yo misma, algo de tiempo, avergonzada
De mi terror, toméla como efecto
De téticos vapores. Mas el alma,
En tal recuerdo abincada, por dos veces
Durmiendo volvió á ver el mismo objeto;
Ya por dos veces mis pupilas tristes
Han visto presentarse el mismo niño
Aparejado siempre á traspasarme.
Cansada al fin del cúmulo de horrores
Que me acosaban, iba diligente
A suplicar á Baal que protegiera
Mis días, y á buscar reposo dulce
En sus altares. ¡Oh! ¿Qué no podría
El terror en el ánimo del hombre!
Mas un instinto me ha espoleado á que entre
Del Dios de los judíos en el templo,
Y tuve el pensamiento de calmarle.
Cref ablandar su cólera con dádivas,
Y, no importa quien fuere, hacerle pío.
Pontífice de Baal, mi falta excusa;
Penetro; el pueblo corre; el sacrificio
De pronto cesa: el sumo Sacerdote
Colérico hacia mí su planta mueve;
En tanto que me hablaba, ¡oh, qué sorpresa!
¡Oh, cuanto de terror! he descubierto
Al mismo niño, tan mináz con migo,
Y como el sueño horrible lo pintara.
Yo misma, sí, yo misma, yo le he visto;
Yo contemplé su noble continente,
Su misma veste fúlgida de lino,
Sus ojos, su actitud y sus facciones;
El era, sí, Marchaba cabe el sumo
Pontífice; mas luego de mis ojos
Desaparecer le hicieron. Tal la causa
Es del terror que hallarme aquí me obliga,
Y por la cual dispuse consultaros.
Mathan, ¿qué puede presagiar aqueste
Insólito prodigio?

MATHAN

Aquese sueño

Y ese relato horrendos, me parecen.....

ATALIA

Abner, ¿has visto á tan horrendo niño?
¿Quién es? ¿y de qué sangre? ¿y de qué tribu?

ABNER

En el altar dos niños ministraban;
El uno es hijo de Joad, su madre
Es Josabeth; al otro no conozco.

MATHAN

¿A qué deliberar? Los dos, señora,
A buen recaudo deberán ponerse.
¿Sabes lo mucho que á Joad distingo
Y considero, y que jamás procuro
Mis injurias vengar, y que justicia
Tan solamente dicta mis consejos;



LA REINA DE MADAGASCAR

Pero, a pesar de todo, Joad mismo,
Aunque de su hijo propio se tratara,
A un criminal aliento prestaría?

ABNER

¿De qué crimen será capaz un niño?

MATHAN

Puñal en mano el cielo nos lo ofrece,
Y el cielo es justo y sabio, y no obra en vano.
¿Qué más pruebas pretendes?

ABNER

Y creyendo

En sueños, ¿quieres derramar la sangre
De un niño? Tú no sabes todavía
De quién es hijo, ni quién es tampoco.

MATHAN

Temor excita; ¿para qué más pruebas?
Si debe el ser a ilustres genitores,
De su fortuna la opulencia debe
Su ruina apresurar; mas si el destino
Entre anónimo vulgo le ha engendrado,
¿Qué importa que al acaso se derrame
Villana sangre? ¿Qué! ¿los reyes deben
Haber respeto a la justicia lenta?
¡Oh, cuántas veces de veloz suplicio
¡Penden su paz y dicha! No intentemos
Les torpecer con mínimos cuidados.
Ya es criminal cualquiera sospechoso.

ABNER

Y qué, Matham, ¿son esos los acentos
De un Sacerdote? ¡Yo, que me he criado
Entre el horror de sanguinosas guerras;
Yo, que soy el ministro vigoroso
De las venganzas regias; yo, prestando
Aquí mi voz del misero en defensa!
¡Y tú, que entrañas debesle de padre;
Tú, ministro de paz, en tiempos de ira,
Cubrir con falso celo tus rencores!
¡Muy lenta corre para ti la sangre!
Señora, me has mandado que me espere
Con toda claridad; ¿qué causa es esa
Tan grave de temor? ¡Un sueño, un niño
Débil, que vuestros prevenidos ojos
Reconocen quizá sin pruebas claras!

ATALIA

Abner, así creerlo quiero; puedo
Haberme yo engañado; quizá fútil
Soñar me perturbara en demasía.
Pues bien; preciso ver de muy más cerca
A aquele niño, y ésmo necesario
Examinar despacio sus facciones.
Haz que los dos a mi presencia acudan.

ABNER

Me temo....

ATALIA

¿Dejarán de complacerme?

¿Por qué razón tan rara negativa,
Que en extrañas sospechas me sumiera?
Que Josabeth, te digo, aquí los guíe,
O bien Joad. Yo puedo, si me place,
Hablar cual soberana. Mas me digno,
Abner, a ti decir que a mis favores
Debieran tus ministros ser más gratos.
Conozco sus discursos atrevidos
Acerca de mi porte y mi gobierno;
Y sin embargo viven, y se encuentra
En pie su templo aún. Mas; me parece
Que pronto ha de acabar mi dulcedumbre;
Joad refrene su salvaje celo,
Y no me irrite con segunda afrenta.
Marcha.

ESCENA VI

ATALIA, MATHAN, acompañamiento
de ATALIA

MATHAN

Por fin hablar ya puedo libre,
Y decir la verdad sin sombra alguna.
Señora, es indudable que en el templo
Está creciendo algún infame monstruo;
No aguardes, no, que el huracán estalle.
El sumo Sacerdote ya con Abner
El día ha anticipado, y ya conoces

El celo de Abner a la regia stirpe.
Y ¿quién sabe además si no pretende
Joad en su sitio poner al niño,
Con que te aterra el cielo, ya bien sea
Su hijo, ya bien otro?....

ATALIA

Si; tú me abres

Los ojos; ya comienzo a ver muy claro
En este aviso que me dan los cielos.
Mas quiero libertarme de mis dudas:
Jamás un niño esconde sus ideas,
Y una palabra sola muchas veces
Descubre un gran designio. Matham, déjame
Le ver y sonsacar con mis preguntas.
Más, sin embargo, corre, y en secreto,
Manten mi tropa tiria apare'ada.



EMMO. SR. CARDENAL BENAVIDES
Arzobispo de Zaragoza.

ESCENA VII

JOAS, JOSABETH, ATALIA, ZACARÍAS,
ABNER, SALOMIT, DOS LEVITAS, el CORO,
acompañamiento de ATALIA

JOSABETH (a los dos levitas)

Ministros del Señor, estad alerta;
Velad por estos tan preciosos niños.

ABNER (a Josabeth)

Princesa, no te inquietes; yo los tomo
Bajo mi amparo y protección.

ATALIA

¡Oh, cielos!

¡Es él! De horror aún me siento presa.

(Señalando a Joas)

Esposa de Joad, ¿es hijo tuyo?

JOSABETH

¿Quién? ¿Ese, oh, reina?

ATALIA

Sí.

JOSABETH

No soy su madre.

(Señalando a Zacarías)

Este es el hijo mío.

ATALIA (a Joas)

Dime, niño,

¿Quién es tu padre?

JOSABETH

El cielo hasta el momento....

ATALIA (a Josabeth)

¿Por qué por el respondes presurosa?
Déjale hablar.

JOSABETH

Tan joven, ¿cómo puedes

Esperar que conteste a tus preguntas?

ATALIA

Esta edad candorosa todavía
De ocultar la verdad ignora el modo:
Deja que explique cuanto a él le atañe.

JOSABETH (aparte)

¡Gran Dios; pon en sus labios tu prudencia!

ATALIA

¿Cómo te llamas?

JOAS

Eliacim me llaman.

ATALIA

¿Tu padre?

JOAS

Según dicen soy un huérfano
Recojido al nacer de Dios en brazos,
Sin nunca haber sabido de mis padres.

ATALIA

¿Y no tienes parientes?

JOAS

Me han dejado.

ATALIA

¿Cómo? ¿En qué tiempo?

JOAS

Desde que he nacido.

ATALIA

¿Se sabe al menos el país de que eres?

JOAS

El templo es mi país; no conozco otro.

ATALIA

¿En dónde por acaso te encontraron?

JOAS

Entre voraces lobos ya dispuestos
A devorarme.

ATALIA

¿Quién te trajo al templo?

JOAS

Mujer desconocida, que no dijo
Su nombre, y que no han vuelto a ver mis ojos.

ATALIA

Y ¿quién cuidó de tus primeros años?

JOAS

¿Dios dejó alguna vez a sus hijuelos
Sufrir necesidad? Al pajarillo
El cebo dá, y extiende sus bondades
Por toda la natura. Diariamente
Le invoco, y con paterno afán me nutre
Con las ofertas que en su altar se ponen.

ATALIA

¡Oh! ¿Qué nuevo prodigio me perturba
Y me embaraza? Sus acentos dulces,
Su infancia, su candor, ya sin sentirlo,
A mi rencor obligan... ¿Qué sería
A la piedad sensible?

ABNER

¡Ved, señora,

Lo que es ese enemigo tan terrible!
Es clara la impostura de tus sueños
Falaces, a no ser que la clemencia
Que al parecer ¡oh reina! te conmueve
Sea el golpe fatal que retemblabas.

ATALIA (a Joas y a Josabeth)

¿Os váis?

JOSABETH

Ya has escuchado su fortuna
Y el niño aquí pudiera importunarte.

ATALIA (a Joas)

No: vuelve. ¿En qué te empleas diariamente?

JOAS

Adoro a Dios, y aprendo su ley santa:
Enseñanme a leer su santo libro;

Y empiezo ya á escribirlo con mi mano.

ATALIA

¿Qué te dice esa ley?

JOAS

Que Dios desea

Amado ser: que venga pronto ó tarde
Su santísimo nombre blasfemado;
Que *El* es el defensor del débil huérfano;
Que reviste al soberbio, y que castiga
Al asesino.

ATALIA

Entiendo. Pero todo

Ese pueblo encerrado en ese templo,
¿En qué se ocupa?

JOAS

A Dios bendice y loa.

ATALIA

¿Dios quiere ser rogado á cada instante
Y qué se le contemple?

JOAS

De sus aras

Lejos están profanos ejercicios.

ATALIA

Y ¿cuáles son tus goces?

JOAS

A menudo

En el altar al sumo sacerdote
Le presento la sal ó los aromas:
Oigo cantar de Dios las infinitas
Grandezas, y contemplo el soberano
Orden de sus augustas ceremonias.

ATALIA

¿Pues qué? ¿no tienes diversión más grata?
De un niño como tú, la suerte apéname,
Ven á mi alcazar, y verás mi gloria.

JOAS

¡Yo! ¡y olvidar de Dios los beneficios!

ATALIA

No, niño, ¡no te obligo á que le olvides

JOAS

¡Tú no le ruegas!

ATALIA

Tú podrás rogarle.

JOAS

Pero veré que á un ídolo se invoca.

ATALIA

Yo serviré á mi Dios; tu sirve al tuyo:
Los dos son poderosos.

JOAS

Es preciso

Temer al ídolo; que *El*, señora, sólo
Es Dios, y vuestro Dios es pura nada.

ATALIA

Conmigo gozarás de mil placeres.

JOAS

La dicha de los réprobos dispase
Como la nieve.

ATALIA

¿Y quiénes son los réprobos

JOSABETH

Señora, á un niño...

ATALIA (*á Josabeth*)

Examinar me place

Como le educas. Niño, tú has hallado
Ante mis ojos gracia: tú no eres
Niño vulgar. Ya ves que soy la reina,
Y no tengo heredero: arroja ahora
Ese vestido; deja ese liviano
Empleo; toma parte en mis riquezas,
Y mis promesas goza desde hoy mismo.
Sentado tú en mi mesa y á mi lado,
Tratarte quiero como á un hijo propio.

JOAS

¡Cómo á un hijo!

ATALIA

Si... ¿Por qué te callas?

JOAS

¡Qué padre yo dejara! y por...

ATALIA

Concluye!

JOAS

¡... por qué madre!

ATALIA (*á Josabeth*)

Firme es su memoria,

Y en todo lo que dice reconozco
De tí y de tu marido el genio astuto.
Y así, infestando á la niñez sencilla
Usais los dos la calma que os concedo!
Ya cultivais su cólera y sus odios,
Y con horror le pronunciais mi nombre!

JOSABETH

¿De nuestros irfortunios es posible
Ocultarle la historia? Todo el mundo
La sabe, y de ello tú también te engríes.

ATALIA

Si mi justo furor—y me envanezco—
En mi posteridad vengó á mis padres.
Hubiera contemplado asesinados
A mi padre y hermano; y á mi madre
De lo alto de su alcázar arrojada,
Y á la vez degollados en un día,
¡Qué horror; ochenta vástagos de reyes!
Y ¡por qué? por vengar no sé qué necios
Profetas cuya cólera indiscreta
Había castigado; y yo, indolente
Hija, yo, reina sin entrañas, sierva
Dé compasión inútil y cobarde,
No devolver al menos á esta estirpe
Legada, afrenta por afrenta, sangre
Por sangre, y no tratar á los sobrinos
De tu David, del modo que han tratado
A las de Achab misérrimas reliquias!
¿En dónde hoy me hallaría si, venciendo
Mi sexo débil, yo no hubiere abogado
De maternal afecto la ternura?
Si de mi propia sangre con mi mano
Olas vertiendo, yo no reprimiera
Vuestros complots con tan osado golpe?
En fin; de vuestro Dios la inexorable
Venganza ya ha quebrado todo pacto
Que celebrar pudieran nuestras razas;
Aborrezco á David y sus retoños,
Aunque son de mi sangre, sónme estraños.

JOSABETH

Triunfaste en todo. Qué Dios vea y juzgue!

ATALIA

El Dios, há tiempo, vuestro solo amparo,
¿Empezará á cumplir sus predicciones?
Que os dé ese rey al mundo prometido,
Ese hijo de David, vuestra esperanza,
Vuestro consuelo... A vemos volveremos;
Adios, voy satisfecha; he deseado
Yo misma ver: ya he visto.

ABNER (*á Josabeth*)

Mi promesa

Te di: yo te devuelvo mi depósito.

ESCENA VIII

JOAS, JOAD, JOSABETH, ZACARIAS,
SALOMITH, ABNER, LEVITAS, el CORO

JOSABETH (*á Joad*)

¿Has escuchado á esa orgullosa reina?

JOAD

Todo lo he oído y compartí tus ansias.
Conmigo los levitas preparados
A socorrerte, estábamos resueltos
A perecer contigo.

(*Á Joad abrazándole*)

Que Dios vele,

¡Oh, niño! por tus días: tú has sabido
Con gran valor rendir á su alto nombre
Egregio testimonio. Reconozco,
Abner, el gran servicio que prestaste:
Recuerda la hora en que Joad te espera.
Y nosotros, á quienes esta impía

Y asesina mujer ha maculado
Los ojos, y turbado el sacrificio,
Vamos al templo, é inmaculada sangre
Vertida por mi mano, purifique
Hasta el marmol hollado por su planta.

ESCENA IX

EL CORO

UNA DE LAS NIÑAS DEL CORO

¿Qué estrella hermosa y fúlgida
Su lumbré nos envía?
Un niño tan mirífico
¿Qué habrá de ser un día?
Desdeña el brillo tímido
Y su fatal placer.

OTRA NIÑA

A de Atalia el ídolo
Van todos con incienso,
Mientras que un niño impávido
Proclama á un Dios inmenso,
Y, nuevo Elías, háblale
A nueva Jezabel.

OTRA

¡Oh! quien nos fuera intérprete
De tu secreta aurora,
Oh! niño queridísimo?
¿Quién nos dijera ahora,
Si arrancas, noble vástago,
De algún profeta fiel

OTRA

Así en el tabernáculo
Creció Samuel amable;
Y fué del pueblo mísero
Voz, gozo deleitable.
¡Oh! quiero Dios que séanos,
Consolación, como él.

OTRA (*canta*)

Mil veces beatísimo
El niño á quien Dios ama,
Y en hora felicísima
Su voz oye y proclama,
Y á quien Dios mismo dignase
Adoctrinar por sí.
Lejos del mundo educase,
Y desde que ha nacido
En exornarle espléndido
El cielo se ha placido:
No logra, no, el malévolo
Su santa paz herir.

TODO EL CORO

¡Infancia dichosísima
Que Dios instruye, ampara!

LA MISMA VOZ SOLA

Cual crece en valle incógnito,
Al margen de onda clara,
Un lirio, sin el abrego,
De la natura amor.
Lejos del mundo educase
Y desde que ha nacido,
En exornarle espléndido
El cielo se ha placido,
Y no consigue el réprobo
Privarle de candor.

TODO EL CORO

¡Mil veces beatísimo
El niño á quien Dios hace
Que á su ley santa ríndase!

UNA VOZ SOLA

¡Oh Dios virtud que nace,
¿Con qué pisadas débiles
Entre mil riesgos vá!
Una alma que á tí búscate
Y ser quiere inocente,
¡Oh cuánto, cuánto obstáculo
A sus designios siente!
Cuánto enemigo acérrimo
Le bate sin cesar!
¿En dónde ocultarianse
Señor tus escogidos?
Toda la tierra cúbrese
de tus aborrecidos.

(Continuará)

Depositad en el Banco vuestras horas desocupadas

¿Habeis oído hablar jamás del «Banco de Tiempo de Australia» para depósitos, no ya de dinero, sino de tiempo? ¿No? Pues os vais á enterar de ello de seguida.

Un autor inglés hace una descripción de él. La idea es esta, á saber: que no empleais todo vuestro tiempo ventajosamente, sino que desperdiciáis la mayor parte. Con frecuencia disponéis del tiempo sin que se os ofrezca la oportunidad de invertirlo con provecho. Sucede pues, que el tiempo se os escapa, de igual modo que el agua derramada penetra la tierra y desaparece.

Suponed que os fuera posible colocar en un Banco vuestros ratos de ocio, de la misma manera que suele hacerse con el dinero, y que pudiérais retirarlo por medio de libranzas á medida que lo fuérais necesitando. ¿Comprendéis bien? ¿No sería esto lo que los americanos del Norte llaman «A big thing» ó «una gran cosa»?

«¡Patraña! ¡Bobería!» direis, «es imposible. Si pudiéramos hacer tal cosa depositaríamos en el Banco el tiempo suficiente para regresar á nuestra infancia.»

Es muy verdad; así sucedería, pero, como decís, no es posible. Sin embargo. ¿No es cierto que la idea tiene su moral? Examinadla bien. Tan patente está, que salta á la vista: «Si no podéis recuperar nuestro tiempo desperdiciado, no lo desperdiciéis.»

Ahora bien: ¿No está un hombre enfermo desperdiciando su tiempo? «Ya; pero no puede remediarlo» contestaréis, pero esta es mayor bobería que el «Banco de Tiempo.» Sí, puede remediarlo, nueve veces en las diez.

Ved por ejemplo. Hé aquí un hombre que dice lo siguiente: «Jamás hubo en Inglaterra hombre más fuerte que yo hasta Diciembre de 1884. Soy guarda de coto, y en esa época nos dió mucho que hacer una partida de cazadores furtivos. Me veía obligado á vigilar durante toda la noche, á penas me acostaba en mi cama y con frecuencia dormía con la ropa húmeda. Por fin cogimos á los cazadores y los mandamos á la cárcel. Poco después de esto caí enfermo. De principio solo me sentía cansado y triste, tenía mal paladar y cubría mi lengua y mis dientes cierta sustancia viscosa, comía poco ó nada, y lo que comía me causaba mucho dolor. Me sentía como si estuviese atado, mi respiración era difícil y entrecortada, y solía esputar mucha flema. Una terrible tos seca me atormentaba, y me era imposible dormir en la noche; pues después de un sueño de diez minutos solía despertarme y los golpes de tos me duraban dos ó tres horas seguidas. Noche tras noche oía el reloj dar todas las horas.

«Cuando los malos accesos me sobrevenían, me sentía como si me ahogase y me veía precisado á elevar las almohadas sobre que me apoyaba. Toda la noche la pasaba tosiendo y esputando pús y flema, y finalmente llegó á tanto mi endebles que me era imposible andar, y si me aventuraba á salir á la calle, mi respiración era tan fatigosa, que me veía obligado á pararme para descansar á los pocos pasos.

«Por supuesto, tuve que abandonar mis ocupaciones y por espacio de ocho meses no pude efectuar trabajo alguno. El médico me asistía todo este tiempo, y desde principio dijo que mi caso era de mala índole. Poco después dijo á mi mujer: «Su marido está tísico y no mejorará.»

«Perdí pues toda esperanza y todo el mundo que me veía me creía perdido. A esa época leí en un diario de Liverpool acerca de una medicina llamada el Jarabe Curativo de la Madre Seigel y se me ocurrió probarla. Mi hijo que vive en Liverpool me compró pues dos botellas, y antes de haber concluido la segunda mi tos había desaparecido, mi respiración se me hizo fácil y podía comer de todo. Poco después volví á mi trabajo y desde entonces he gozado de perfecta salud.

«Cuando empecé á tomar el Jarabe me hallaba tan abatido que no creo hubiese podido resistir mucho más tiempo.

«He pasado toda mi vida en este distrito, y cuarenta años en mi residencia actual.

(Firma) «THOMAS BATEMAN.

»Marbury Locks,

»Near Whitechurch, Salop, Inglaterra.

«Marzo 23 de 1891.»

¿Qué es lo que debemos aprender de lo ocurrido al Sr. Bateman? Primeramente, que no era la tisis lo que le aquejaba. Su tos, y el esputo de pús eran síntomas de un completo desorden de los órganos digestivos, que le ocasionara el haberse expuesto á las inclemencias del tiempo, juntamente con su falta de descanso, y el quebrantamiento de toda regularidad en sus habituales diarias. Esto resultó de sus salidas en busca de los cazadores y de su imprudencia en dormir con la ropa húmeda una indigestión y dispepsia aguda fué la consecuencia, acompañada de los padecimientos que tan acertadamente detalla. Pero ¿fué su culpa el haber contraído la enfermedad? No diremos que lo fuere, porque tal vez su ocupación le obligaran á correr tales riesgos, pero contra un caso que se presenta de esta índole hay cien en los cuales es fácil evitar el mal.

Para terminar pues diremos que la prevención es mejor que la cura, pero cuando es la cura lo que se busca, el remedio fidedigno es el Jarabe de la Madre Seigel. El Sr. Bateman dijo esto al Sr. Wilkinson, y la relación de este último saldrá impresa muy en breve.

Si el lector se dirige á los Señores A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 Reales. Frasco, 8 Reales.

A LOS PROFESORES Y PROFESORAS

Con objeto de contribuir al desarrollo de los conocimientos industriales, la casa VICTOR VALSSIÉRE de París, Madrid, Barcelona y Roubaix, pone, GRATUITAMENTE, á disposición de los Señores Profesores y Profesoras de enseñanza, las primeras materias del jabón de tocador, acompañadas de un folleto, que les permite dar á sus discípulos lecciones de cosas útiles é interesantes.

Los pedidos deben dirigirse con preferencia á la Fábrica de Roubaix, (Francia).

CREME DE LA MECQUE

Importante receta para blanquear el cutis. Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

Correspondencia con los señores suscriptores

Reus.—M. A. M. Recibida libranza.
Bribiesca.—A. M. Id. id.
Dos Torres.—M. C. V. Id. id.
Jaén.—M. G. R. Id. id.
Plasencia.—J. M. B. Id. id.
Alcalá la Real.—Casino. Id. id.
Soria.—L. M. Id. id.
Vitoria.—A. de G. Id. id.
Granada.—F. C. C. Id. id.
Valdelaguna.—C. G. Id. id.
Iruña.—F. A. Id. id.
Segovia.—R. A. R. Id. id.
Valencia.—J. R. O. Id. id.
Córdoba.—C. P. Id. id.
Tuy.—V. G. Id. id.
Villanueva de los Caballeros.—P. B. Id. id.
Castellón.—J. G. Id. id.
Monteagudo.—G. R. Id. id.
Gerona.—A. P. Id. id.
Pamplona.—R. B. Id. id.
Pamplona.—P. I. Id. id.
Rivadeo.—E. M. Id. id.
Mahón.—P. P. Id. id.
Ferrol.—E. A. Id. id.
Pamplona.—A. P. Id. id.
Cabuérniga.—L. C. Id. id.
Palma de Mallorca.—A. M. Id. id.
Moraleja del Vino.—A. F. Id. id.
Valladolid.—I. A. Recibidos sellos.
Cerpónzanos.—F. F. de P. Recibida libranza y entregada limosna al Asilo.

BANCO DE ESPAÑA

Los interesados que tengan en depósito en este Banco Obligaciones del Tesoro al 5 por 100, 2.ª serie, pueden presentarse en las Cajas del mismo, desde el día 30 del actual, á percibir los intereses que vencen en 31 del corriente.

Madrid 28 de Enero de 1892.—El Vicesecretario, Gabriel Miranda.

BANCO DE ESPAÑA

Los tenedores de Obligaciones del Tesoro al 5 por 100 de vencimiento de 31 del corriente, pueden presentarlas en las Cajas de este Banco desde el día de mañana, á fin de que los interesados puedan hacer efectivo el importe de las mismas, á partir del 30 de dicho mes.

Madrid 28 de Enero de 1892.—El Vicesecretario, Gabriel Miranda.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 1
1892

OBRAS COMPLETAS

DE

DON MANUEL POLO Y PEYROLÓN

Lujosamente encuadernadas en tela, con plancha dorada del mejor gusto, todas del mismo tamaño y al módico precio de tres pesetas volumen, se han puesto á la venta, en todas las librerías católicas, las siguientes:

Seis novelas cortas.
Páginas edificantes.
Quien mal anda...
Discursos académicos.
Vida de León XIII.
Sacramento y concubinato.

Poco á poco se dispondrán de la misma manera todas las demás. Para las suscripciones, dirigirse al autor en Valencia, calle de En-Bou, 7.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.º FRANCK

Estreñimiento,
Jaqueca,
Malestar, Posada gástrica,
Congestiones,
cara tos ó orovenidos,
(Etiqueta ajustada en 4 colores)

PARIS: Farmacia EROY
91, rue des Petits-Champs.
En todas las Farmacias de España.

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

LA ARTÍSTICA

ESTAMPERÍA

8, CABALLERO DE GRACIA, 8

Grabados, facsimiles de acuarelas, oleografías, litografías, fotografías, etc.

Surtido en asuntos religiosos.

IMAGENES TALLA

Se hacen de encargo.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA
JORGE G.º GIROD
Sucesor de Losada.

GRANJA DEL ATANOR

Paseo de Melancólicos, 4 (Ronda de Segovia) y calle de Moreno Nieto, 1 (izqda. de la calzada del Puente de Segovia) Madrid

Grandes y escogidas colecciones, á la vista y á elección de los compradores, de árboles frutales, de sombra y de adorno, y coníferas de todas clases, variedades y tamaños. Arbustos de hoja persistente y caediza. Especialidad en rosales inertos. Construcción y arreglo de jardines, parques y paseos. Plantaciones en grande y pequeña escala dentro y fuera de Madrid. Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141) y en la oficina central, calle de San Miguel, 27, primero izquierda (teléfono 1.149).

SEÑORAS

Si queréis Sombreros elegantes y más baratos que en parte alguna, ver la gran colección de esta casa. Precioso surtido de tocás y sombreros redondos de mañana á 70 y 80 reales. Para vestir, elegantes modelos de capotas y sombreros desde 6 duros. Precios fijos.

Mad. Pernetto, BARQUILLO, 27

ES DIGNA DE SER VISITADA LA NOTABLE EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS Y CORONAS.

G. KUHN SEIS SALONES Pisos principales. CRUZ, 42

Sección 1.ª—Flores para vestir. 2.ª—Ornato de salón.—3.ª Flor para iglesia.—4.ª Flor para cementerio.—5.ª Material para flores.—6.ª Plumas y azabache para sombreros.

Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar,—y modelos de cristalería, mayolica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes, novedad en piel caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza y lana.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

ESPECIALIDAD EN GUANTES Á LA MEDIDA
7, Fuencarral, 7

RECEPTA EN
LENGUA
SINPLI

EL VINO de
PEPTONA CATILLON
restablece las fuerzas,
la digestión, el apetito.
Es el mejor reconstituyente de
las personas debilitadas por
la edad, el crecimiento, las enfermedades

DR. ESTOMAGO
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.

Se granioso éxito ha dado origen á
muchas imitaciones; debe, poro, exigirse
la firma CATILLON.

3, Boulevard Saint-Martin, Paris
y en las buenas farmacias

MEALLA EN BARCELONA, 1888

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cereria; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el Culto católico, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.
CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FÁBRICA DE BUJIAS

Estearicas y transparentes, blancas y colores

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones estearicos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1856. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar
Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona,
Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

COLÓN Y LA RÁBIDA

POR EL

M. R. P. Fr. José Coll

FRANCISCANO

Las noticias que atesora este libro hacen muy agradable su lectura, y es indispensable para todos los que se interesan por el Centenario del descubrimiento de América.

Consta de un volumen en 8.º de 368 páginas, y se vende en casa de D. Gregorio del Amo, Paz, 6, á 2,50 pesetas.



ÉPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAL	
Un mes.....	2,50 pts.
Tres meses.....	4 " "
Six meses.....	7,50 " "
Un año.....	15 " "
CURA Y FUERTE RICO	
Six meses.....	3 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 " "

NÚMERO 3.—Madrid 15 de Febrero de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	22 francos.
Un año.....	41 " "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 " "



ELENA ROYSTOK (novelista rusa.)

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por el Marqués de Valdefflores.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—San Juan Crisóstomo, por D. Antonio Bailín de Unzueta.—Nuestro arte religioso, (III) por D. José Ferrández.—El Trabajo (poesía) por F. Jiménez Campaña.—Desde Filipinas, por Francisco Aguilas y Bisco.—Fray Fernando de Zárate y Fray Juan Márquez, por Angel Lasso de la Vega.—Necrología (de La Ciudad Católica).—Atalia, (tragedia) traducción de Víctor Suárez Capalleja.

GRABADOS

Elena Rofskok (novelista rusa).—La invasión de los bárbaros (cuadro de Chueca).—El canto del Fénix.—Romeo y Julieta.—El cosaco Atchínof.—María I, rey de los Soudagos.—Carmen.—Costumbr.

LA QUINCENA

TEMPO primaveral. Madrid en el apogeo de su animación de invierno. La política, agitada por el proyecto de ley de clases pasivas de Ultramar, presentado por el Sr. Romero Robledo. Mucho; pero mucho escándalo... (escándalo al estilo de los famosos escándalos farisáicos) por una pregunta que el Sr. Duque de la Roca tuvo á bien hacer en el Senado; en la Princesa, el estruendo de *Thermidor*; en el Real, una buena ración de canto fino; la publicación del segundo tomo de la *Literatura Castellana* en el siglo XIX del Padre Blanco; la llegada á Madrid de otro ilustre Sacerdote, el P. Mir: unos cuantos capítulos más de la biografía de la Duquesa de Vista-hermosa; algunas muertes de personas conocidas... y ¿qué se yo cuántas cosas más?, forman los materiales para la presente crónica quincenal, materiales que por su cantidad y heterogeneidad, es imposible presentar con el debido desarrollo.

La abundancia de otros originales nos obliga á retirar de este número la *Revista literaria* en que dábamos cuenta de la nueva y bellísima poesía de nuestro colaborador, el P. Jiménez Campaña, titulada *El Juicio Universal*, y del segundo tomo de la obra del P. Blanco. En este período del año es cuando nuestra literatura dá muestras de alguna actividad. Pero ahora, como siempre, lucha con la escasez de público que aprecie sus trabajos y aliente á sus cultivadores.

Los repugnantes sucesos de Jerez han tenido un desenlace, justo sin duda alguna, pero tristísimo. El cadalso se ha levantado, y cuatro anarquistas han pagado con sus vidas los excesos cometidos en la población en la infausta noche de la algarada. Pidamos á Dios por las almas de los reos, y no olvidemos que más que de sus criminales instintos, han sido víctimas los ajusticiados en Jerez de las doctrinas disolventes que á ciencia y paciencia de las autoridades constituidas se predicaban por campos y ciudades. Si son crímenes los cometidos en Jerez, crímenes son también esas infernales propagandas de que aquellos sucesos no son más que el natural desarrollo.

El P. Teodoro Rodríguez, agustiniano, ha inventado un aparato, el teledikto eléctrico ferroviario, para evitar los choques de trenes. En el último número de *La Ciudad de Dios*, explica el estudioso fraile su invento, en un bien escrito artículo, del que copiamos el primer párrafo:

«Bien dicho está que no hay carne sin hueso, ni flores sin espinas; y ciertamente que tan antiguo aforismo no ha sido hasta la fecha desmentido en lo más mínimo por el moderno pro-

greso; porque, efectivamente, si hermosas son las flores con que nos brinda, en cambio ¡desgraciado del que en sus espinas se clave! ¿Qué cosa más útil y halagüeña que el viajar en un *expreso ó rápido*, como transportado de una región á otra en alas del viento? Más á esta bellísima flor del progreso no le falta su correspondiente espina: la posibilidad y el hecho de los choques con sus terroríficas consecuencias, por desgracia harto frecuentes, hasta tal punto, que ya no es fácil traer á la memoria el número de los acaecidos en el pasado verano.

«Esta espina es tan dolorosa que impide á no pocos el usar, á no ser en casos de necesidad absoluta, de los indiscutibles beneficios del ferrocarril, y al que más y al que menos causa en todas ocasiones cierta inquietud nada agradable, que llega hasta el pánico, el oír pitar extemporáneamente y con insistencia la máquina, y correr de boca en boca la aterradora palabra de ¡choque! Y gracias si al fin no hay que percibir tan fatídica palabra entre los escombros de los choques despedazados y los estertores de la muerte. Digalo si no el nunca bien lamentado y tristemente célebre choque de Burgos, que ha dejado en pos de sí un río de lágrimas que todavía no se han secado.»

Describe luego el aparato, al que deseamos, en bien de la humanidad, un éxito completo.

Y ya que se habla de *La Ciudad de Dios*, bueno será advertir que en el mismo número á que nos referimos, vé la luz el primer artículo de los que se propone publicar el P. Eustasio Esteban, acerca de la historia de la Biblioteca del Escorial.

EL MARQUÉS DE VALDEFFLORES

GRABADOS

Elena Rofskok.—*Novelista rusa*. (Pág. 33.)

La literatura rusa se encuentra á la orden del día. Tras de muchos siglos de aislamiento intelectual, el imperio moscovita ha entrado de lleno en las corrientes del movimiento intelectual contemporáneo, y sus literatos, gracias principalmente á nuestros vecinos, son conocidos ya y apreciados en su justo valor, por todo el resto de Europa. Las conferencias pronunciadas en el Ateneo de Madrid por la señora Pardo Bazán, han contribuido igualmente, en nuestra patria, á lo que podemos llamar revelación de un nuevo mundo literario que hasta ahora permanecía desconocido al resto de los hombres. Hoy damos á nuestros lectores el retrato de una de las novelistas que gozan en el imperio ruso de renombre más merecido. Elena Rofskok, cuyas obras, traducidas al alemán y al francés, han contribuido, al par de las de Tolstoy, á popularizar la literatura moscovita entre las naciones occidentales.

La invasión de los bárbaros.—*Cuadro de Chueca*. (Pág. 36.)

El cuadro de Chueca es tan conocido de todo el mundo, que nos dispensa de entrar en explicaciones detalladas. Muchos defectos encontró la crítica en el cuadro del ilustre pintor; pero su vigorosa inspiración y el arranque de su genio artístico fueron reconocidos por todos, y desde la aparición de aquel célebre cuadro, figura Chueca, con razón sobrada, entre los *Primates* del arte contemporáneo español.

El canto del Fénix.—*Dibujo de Mérida*. (Pág. 37.)

Con razón está considerado Arturo Mérida como uno de los espíritus más cultos y demás delicada inspiración, entre los cultivadores del arte español. Cuando el ilustre Zorrilla, al cabo de treinta años de ausencia, apareció en Es-

paña y saludó con *El canto del Fénix* á su querida patria, se hizo por suscripción entre sus admiradores una edición especial de los versos del gran poeta. Para esa edición pintó Mérida la portada que ofrecemos hoy á la consideración de nuestros lectores y en la cual admirarán éstos deseguro los delicados matices y primores que el lápiz de Mérida sabe hacer en el papel.

Romeo y Julieta. (Pág. 40.)

La escena es conocidísima; y sobre el drama del gran poeta inglés se ha escrito tanto, que fuera ocioso insistir sobre ello.

El cosaco Atchínof.—*María I, Rey de los Soudagos*. (Pág. 41.)

Los acontecimientos políticos dieron á conocer, hará un año, los nombres de las dos personalidades cuyos retratos incluimos hoy en las páginas de LA ILUSTRACIÓN. Ambos han combatido contra el poderío de Rusia y de la Gran Bretaña en pró de la independencia y de los derechos de su patria. Los dos sucumbieron en la lucha, como era natural que sucediera; pero alcanzando de sus enemigos el respeto que jamás se niega á los que pelean por una justa y honrada causa. El cosaco Atchínof es hombre que con una sola palabra podría mover millares de soldados, razón por la cual el gabinete de San Petersburgo procura tenerlo contento y satisfecho; y el rey María, con su uniforme de general británico, es objeto de envidia por parte de los reyes, sus vecinos, y gobierna en paz y tranquilidad á sus súbditos, seguro de que el protectorado que la Gran Bretaña ejerce en su territorio, no ha de amenazar en un punto su indiscutible autoridad.

Carmen. (Pág. 44.)

Es un precioso estudio del natural, en el que se hallan trazados magistralmente todos los rasgos característicos del tipo que representa. La actitud melancólica del cuerpo y la vaga expresión de sus ojos soñadores, prestan á la figura encanto inexplicable.

Cuadro de costumbres. (Pág. 45.)

Es uno de esos interiores modestos, teatro de apacibles escenas que los pintores ingleses saben trazar con pincel á un tiempo tan vigoroso y tan dulce. Fijense nuestros lectores en el rostro de la madre y en la placentera risa que ilumina su semblante, viendo al niño, siendo objeto de la admiración y de las caricias de la amiga que acaba de llegar; y se extasiarán de seguro en la contemplación del cuadro con que embellecemos hoy las páginas de LA ILUSTRACIÓN.

ANTONIO DE OLMEDO

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (segunda quincena de Febrero).

16 Mart. LA ORACIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.—Stos. Julián y 5.000 comps. mrs.; Elías, Isaías, Jeremías, Samuel, Daniel y Seleuco de Capadocia, mrs.; Gregorio X, Papa y cf.: Onésimo y Faustino, obs., y Ntra. Sra. de la Caridad en Cartagena.

17. Miérc. *La Huida de Nuestro Señor Jesucristo á Egipto*.—Stos. Julián de Capadocia y Teódulo, mártires; Claudio, Silvino y Policronio, obs.; Fintano, presb., y Alejo Falconeri, cf.—Sta. Constanza, mártir, y Ntra. Sra. del Remedio en Barcelona.

18. Juev. Stos. Simeón, ob. y mr.; Máximo, Claudio, Alejandro Rútulo, Clásico y Fructulo, mártires; Eladio, arz. de Toledo, y Flaviano, obispo.—Stas. Prepedigna y Cucía, mrs.; la bta. Cristina, virg., y Ntra. Sra. del Coll del Alba en Tortosa.

19. Viern. Stos. Gabino, Publio, Julián y Marcelo, mrs.; Auvilio, Zambdas, Barbato y Mansueto,

obispos; Conrado y Alvaro de Córdoba, cfs.—Santas Eadburga y Absa, y Ntra. Sra. del Campanar en Valencia.

20. Sáb. Stos. Zenobio, presb. y mr.; Potamio y Nemesio, mrs.; León, Eleuterio, Sadot y Euquerio, obispos.—Sta. Paula Barbada, virg., y Ntra. Sra. de Casals en la gran Cartuja.

21. Dom. DE SEXAGÉSIMA. Stos. Severino, obispo y mr.; Félix, Maximiano y Paterio, obs.—Santa Irene, virg., y Ntra. Sra. de las Lágrimas en Murcia.

22. Lun. La Catedral de S. Pedro en Antioquia.—Stos. Pascasio, Abilio y Papias, obs., y Aristión.—Santas Eleonor, virg.; Margarita de Cortona, penitente, y Ntra. Sra. del Socorro en Rennes.

23. Mart. LA CONMEMORACIÓN DE LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.—Stos. Sireno, monje y mártir; Pedro Damiano, ob., cf. y dr.; Ordoño y Félix, sbs.; Policarpo, presb.; Lázaro, monje, y Florencio, cf.—Stas. Marta, virg. y mr.; Romana y Milburga, virgs., y Ntra. Sra. de la Gracia en Arlés.

24. Miérc. Stos. Pretextato, ob. y mr.; Sergio, Montano, Lucio, Julián, Victorico y Flaviano, mártires; Modesto, ob. y cf., y Edilberto, rey.—Santa Primitiva, virg., y Ntra. Sra. de los Reyes en Sevilla.

25. Juev. Stos. Matías, apóst.; Diosdado, Donato, Justo, Victorino, Nicéforo, Claudiano, Víctor, Dióscoro, Serapión y Papias, mrs.; Cesáreo y Averiano, obs., y el lto. Sebastián de Aparicio, confesor.—Sta. Elena, mr., y Ntra. Sra. del Espino en Alcalá de la Selva.

26. Viern. Stos. Nestor, ob. y mr.; Fortunato y Félix, mrs.; Alejandro, Faustiniano, Porfirio, Andrés y Justiniano, obs.—Sta. Ebra, virg. y mr., y Nuestra Sra. de Guadalupe en Méjico.

27. Sáb. Stos. Alejandro, Abundio, Antígono, Fortunato y Julián, mrs.; Baldomero, Basilio y Procopio, cfs.—Sta. Besa, mr., y Ntra. Sra. de la Caridad en Roma.

28. Dom. DE QUINCUAGÉSIMA. Stos. Cayo, Serapión, Cereál y Púpulo, mrs.; Román y Lupicino, confesores.—Sta. Ela, virg., y Ntra. Sra. de los Milagros en Palermo.

29. Lun. Stos. Macario, Justo, Rufino y Teófilo, mártires.

CUARENTA HORAS

17, 18, 19. Religiosas Salesas, San Bernardo.

20, 21. Parroquia de San Lorenzo, Salitre.

22, 23, 24. Iglesia de San Pedro de los Naturales, Torrecilla del Leal.

25, 26, 27. Religiosas del Corpus (vulgo Carboneras), plaza del Conde de Miranda.

28, 29. Oratorio del Caballero de Gracia, calle del mismo nombre.

J. F.

San Juan Crisóstomo

Como el nombre de Demóstenes equivale al más alto desarrollo de la elocuencia gentílica, el del Santo Patriarca de Constantinopla representa el de la elocuencia cristiana. Oratoria de cosas, no de palabras; de verdadera franqueza, y no de adulación; de no vendidos elogios, de no compradas censuras. Elocuencia que habla a los reyes como a los súbditos, a los sabios como a los ignorantes; que produce oradores que pueden, como los poetas, ser llamados *videntes*, porque con la fuerza del ingenio parecen adivinar lo porvenir. Y lo decimos, porque el Crisóstomo parecía contemplar el mismo problema socias de nuestra época en sus exhortaciones a la caridad y a la limosna.

Dedicóse en su juventud a la tareas del foro, para que las cosas seculares, como las sagradas, participasen de aquella incomparable elocuencia, que tenía por columna *rostral* la basílica cristiana. Pero un día la madre del joven abogado le rogó que abandonase una profesión que ponía en grandes riesgos su conciencia; y posponiendo al bien de su alma y al bien de la de sus prójimos la celebridad de que ya gozaba, dejó el foro el joven orador, y consagró desde entonces sus privilegiadas facultades a los intereses del cielo. Roma había terminado

su misión temporal y comenzaba la de Constantinopla. En todos los puestos y dignidades de la Iglesia se vió al Sacerdote, no sólo cumplir con los deberes que en una obra especial había de trazar más tarde, sino también excederse a sí mismo en el servicio de los altares y en el púlpito. Temblaban los cortesanos al eco de aquella voz, y acudía el pueblo sediento, como el ciervo de que nos hablan los Salmos, a la fuente de cristiana elocuencia que había surgido en las orillas del Bósforo. El nombre de *Boca de oro* ha perpetuado en la historia de la Iglesia aquellos días que han de servir a la Iglesia de Oriente, no solamente de glorioso recuerdo, sino también de consoladora esperanza.

La persecución se cebó en el Santo Patriarca, y más de una vez le sirvió de corona. Con tanta serenidad caminaba hacia el destierro, como tomaba de nuevo posesión de su cátedra. El Imperio de Oriente, heredero de los sofistas, y no de los filósofos griegos, no permitía buenos Césares ni buenos Patriarcas. El Prelado encontraba en los Monasterios y en la contemplación de las virtudes que en el desierto florecían, la fuerza necesaria para vencer todo género de contrariedades. Nunca más digna de aplauso la elocuencia que al salir de los labios de un ilustre perseguido; nada tan bello, había dicho Platón, como el espectáculo del Justo, en quien se ceban las persecuciones. Entre San Atanasio y San Juan Crisóstomo hay, en cuanto a las desgracias que sufrieron, asombroso parecido, con esta diferencia: el Patriarca alejandrino se doblaba sin romperse, como la caña de las márgenes del Nilo, al viento de la persecución suscitada por los herejes; el bizantino luchó contra los emperadores y sus esposas, y permaneció siempre firme en su puesto, ya fuese el trono episcopal, ya el destierro, como en las columnas de los régios alcázares.

Aunque otra cosa no hubiese escrito San Juan que su obra magistral sobre el *Sacerdocio cristiano*, tendría asegurada su celebridad como uno de los mayores Doctores de la Iglesia. Ya no existen los templos donde predicó, ó sólo quedan sus ruinas iluminadas por el funesto resplandor de la media luna; aquel pueblo que le escuchó embelesado, ya duerme en tumbas cubiertas por otros sepulcros de infieles; pero el sacerdocio cristiano vive, y a él se dirige en aquel libro, cuyo interés de actualidad no pasa nunca. Y tanto menos pasará en Oriente, donde se atreven a llamarse sucesores del Crisóstomo que tronaba contra los Césares, los que apenas son hoy criados de los sultanes; porque la barquilla de aquella Iglesia, confiada un día a manos de Focio, cuando los mismos emperadores herejes no tomaban el timón, se ha separado de la nave de Pedro para ser juguete de toda clase de tempestades.

La Iglesia cismática de Constantinopla no puede hacer oír sus gemidos en los países de Occidente; ella misma se ha puesto la mordaza. Sin la fe del Crisóstomo no puede renovarse su elocuencia; al grito de no hay más Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta, se ha extendido el predominio del Korán; pero la libertad y el progreso de las naciones han muerto; para que algo sea Constantinopla en la historia de los siglos futuros, es preciso que vuelva a Roma, donde reside Aquel a quien se dijo: «Confirma en la fe a tus hermanos y apacienta igualmente a mis ovejas y a mis corderos.»

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA

Nuestro arte religioso

III

Juzgo necesaria, antes de proseguir, una advertencia.

No soy, ni he sido nunca pesimista; no me inspiro en el fatalismo tétrico tan corriente que todo lo encuentra negro y nada le satisface, y creo de todo punto nociva esa crítica huraña y despiadada, a veces también burlona hasta el escarnio, que ha hecho célebres y temibles a tantos censores de oficio en el último tercio de este siglo. No me llama el Señor por ese camino, como pudiera figurarse, y lo sentiría yo mucho, cualquier

que hubiese leído los dos artículos que anteceden. No es culpa de nadie que vayan las cosas de tal modo en el mundo del arte, y que sea tal la impedimenta que sobre él pesa, heredada año tras año de sus mayores, que con solo juzgar con alguna rectitud, sin pararse en minucias ni meterse en honduras, ya parece crítico atrabillario el escritor más complaciente y benévolo.

Por más doloroso que sea, es preciso afirmar que, con pocas excepciones, la Arquitectura en general, y muy especialmente la sagrada, con sus pujos de restauración ojival y todo, ha caído en nuestros días en la más lastimosa postración, en la atonía del ideal, en el atolondramiento del que va sin saber a dónde ni por qué camino, y sin poder explicarse bien lo que hace y lo que quiere.

Por desgracia, no es la Arquitectura sola, ni puede serlo, porque el arte es uno, vive del ideal, y perdido éste, no es posible que realice su fin cumplidamente. Si desdichada es, pues, la marcha del arte de construir, no lo es menos la de la Pintura, y claro es que la Escultura, y por lo tanto la Iconografía toda yace tan mal parada, que bien puede decirse que no existe.

Conservamos, es cierto, lienzos y tablas antiguas y no pocas relativamente modernas de inapreciable valor, ejecutadas por los grandes maestros de todas las escuelas. Propios y extraños reconocen la grandeza de nuestra gloria artística en este punto, y más aún los extraños que los de casa, como lo prueban el afán con que los extranjeros se dieron a rebuscar en nuestros dominios cuadros con que enriquecer sus colecciones, y la candidez, por no llamarle otra cosa, con que los españoles hemos estado por espacio de muchos años vendiendo casi tirados lienzos que creíamos inútiles, estropeados y de ningún mérito, y creyendo hacer una gran cosa; matar, como decía en una ocasión delante de mí cierto señor muy respetable, dos pájaros de un tiro, al librar la pared de un estorbo y obtener con su venta el precio de dos ternos muy bonitos, de telas malísimas adornadas con oro falso....

Por fortuna, hemos caído al fin en la cuenta de nuestra torpeza y negligencia, ó nos han hecho caer, que es lo más seguro. Ya no tiramos a la calle con tanta facilidad las obras de arte; pero muchísimas de las que nos quedan están ¡ay! muy desdichadamente consideradas, y viven en malísima compañía; ésta infuamente restaurada y dentro de un marco a la moderna ó de un retablo ignominioso; aquella en el rincón de una capilla y cubierta siempre de polvo; la de más allá rota ó quemada por una vela que cayó ardiendo sobre el lienzo, si no está casi perdida por la humedad, ó se halla, como la mayor parte, medio oculta por un Santo moderno de pobrísima escultura, ó por una virgen vestida como es aquí costumbre.

Porque los trastornos políticos y sociales por que hemos atravesado, han influido también dentro del templo, disolviendo antiguas corporaciones, malversando los bienes de legados piadosos, y extragando también el gusto artístico; por donde las imágenes, antes muy veneradas por sus cofradías, ó esmeradamente atendidas por las familias cuyos descendientes se transmitían el cuidado religioso de su culto, quedaron al fin abandonadas en el olvido, y nuevas necesidades, cuando no caprichos nuevos, que también suele haberlos entre personas religiosas, y no pocas veces el hacinamiento en los templos sobrevivientes, de las imágenes y hermandades que la revolución arrojó de los que quiso demoler, convirtieron los altares en aparadores y las capillas en almacenes de objetos varios de distintas épocas, estilos, escuelas y tendencias. Y perdió casi siempre en este juego lo bueno en beneficio de lo bonito, que es su más mortal enemigo, y quedó arrinconada la obra monumental, ya no comprendida ni apreciada por el mal gusto reinante, para dejar el primer lugar al trabajo de pacotilla que solían hacer pseudo artistas sin ideas, y acaso, y sin acaso también, faltos de religión y de cultura.

Y cundiendo tan absurdas ideas, y predominando cada día más el espíritu de libre examen y el apartamiento de la verdadera religión; desnaturalizados todos los principios que dieron vida a las



LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS (cuadro de Chueca.)



antiguas sociedades cristianas, ¿qué tiene de extraño que el vulgo (y así llamo á todos los no inteligentes y á los rutinarios, aunque sean nobles patriotas, ricos ó letrados) prefiera la imagen mal vestida ó mal tallada, y que las mujeres se extasien ante la virgen que ellas mismas vistieron sacrilegamente, y miren con desdén la pintura de valor inapreciable, que bien pagado por el Cabildo sabio, por el noble piadoso ó por la congregación ilustrada, hiciera un día feliz para el arte cualquiera de los grandes artistas que alimentó la España católica para gloria de la Religión y de la Iglesia?

Es, pues, evidente, lo estamos viendo, no podemos negarlo, y vale más decirlo á ver si se apresura el remedio, es ciertísimo, digo, y un mal muy grande, que el cuadro no inspira devoción á nuestro pueblo, sino desdén por regla general, ó al menos indiferencia.

Esta misma es también la disposición de los artistas respecto de la pintura religiosa, la indiferencia y el desdén. Educados fuera de la Iglesia, bebiendo en las escuelas ideas emponzoñadas que casi todos profesan, ninguno *siente lo sagrado*, como se dice en el caló artístico; ninguno por lo tanto es capaz de ejecutarlo. Si alguno pasa de esta raya, bien puede ser tenido como *rara avis*, excepción y nada más que excepción, que es como sabemos todos, prueba palmaria de la regla general.

No es esta ocasión de hacer aquí aunque sea á grandes rasgos, la historia de la decadencia de nuestra pintura religiosa, porque es tarea por otros emprendida, que no me incumbe ni cuadra ahora á mi propósito. Me basta hacer constar que con Vicente López, que ya vivió en las postrimerías de una larga época de abatimiento progresivo, que caracterizaron Bayen y Maella, que no pudo parar, sino que aceleró Goya, refractario al sentimiento cristiano; Vicente López con su amaneramiento, su desgraciada elección de modelos y su naturalismo deslabazado, fué el último que pudo llamarse á ratos pintor cristiano aunque inferior en demasía. Después de él no ha aparecido ninguno ¿por qué? Oigamos á Caveda, crítico bastante acreditado y nada sospechoso, que pueda ser voto en la materia:

«En el cambio, dice, del gusto literario y de las afecciones morales que ha experimentado nuestra sociedad (escribe en 1866) no puede ya la fe robusta y pura de nuestros padres influir en la inspiración del pintor. Cuando la indiferencia sustituye al misticismo y á los consuelos del cielo se quiere anteponer los de la tierra, ¿cómo alcanzaremos á expresar el santo pudor, la celestial belleza, la resignación consoladora, el sufrimiento sublime, la esperanza mística, el poderío de la fe, que supieron eternizar nuestros pintores de los siglos XVI y XVII?»

.....El razonador filósofo del siglo XIX, el discípulo de Kant y Hegel son impotentes para concebir.....»

«Ya lo hemos dicho, añade, ni las circunstancias especiales de esta sociedad, ni el espíritu del siglo y la tendencia general de las ideas, primero encaminadas á los intereses materiales que á la perfección moral del individuo, permiten devolver al arte religioso la gratitud de sus mejores tiempos..... Y es que el pincel obedece á la cabeza, no al corazón; es que antes era más poderosa la fe que la ciencia, se creía y se adoraba. Hoy vemos el progreso del arte, no el móvil poderoso que ha constituido en otros días su idealismo.....»

Si esto decía Caveda hace veinticuatro años, ¿qué diremos ahora de los pintores que leen á Demófilo y á Chfés en el café; que pensionados en Roma se afilian á las sectas masónicas, y que carecen hasta de los más rudimentarios conocimientos religiosos? ¿qué esperar de los que antes de emprender un asunto bíblico se enteran en un cuarto de hora del pasaje que van á pintar, leyendo sólo un trozo de historia sagrada, que jamás habían conocido?

Ya se ha visto en la asendereada iglesia de San Francisco, donde un criterio en extremo absurdo y secular ó láico, ha querido reunir con las principales firmas, las tendencias y maneras todas del modernismo pictórico, y donde ha resultado la más incoherente amalgama de composiciones malas, algunas de ellas bien ejecutadas, pero ninguna, ab-

solutamente ninguna, que merezca el nombre de obra religiosa, de concepción cristiana.

Balart, que tan duramente ha juzgado y con tanta justicia las obras de esa iglesia, que no lo parece, nos ha dicho que el café, el Casino, la lógia, las intrigas políticas y la vida moderna no son preparación conveniente para pintar asuntos religiosos. Él, aunque católico, escribía en un diario que fué amigo de la democracia masónica.

Yo puedo aquí decir más libremente la verdad; y esta es, que no tenemos un solo pintor cristiano de nota, á quien confiar un asunto, por fácil que sea, y que en nuestros templos son contados los cuadros modernos aceptables siquiera: en una palabra, que la pintura religiosa no existe ya entre nosotros.

JOSÉ FERRANDEZ

El trabajo. (1).

De los vientos azotado
Y hostigado por las fieras
Deja el hombre las riberas
Del río, en mar transformado;
Ciudades levanta osado,
Donde el aire no le ultraja,
Y al río invasor ataja;
Mas cuando busca el placer,
Vé las ciudades caer,
y Dios le dice:—trabaja.

Y en vano quiere altanero
Soltar la cruz que le abruma;
Porque es el trabajo en suma
El aire en que vive fiero;
De la vida el rufn sendero,
La mar que cruza rugiente,
Su inteligencia indigente,
Su memoria expuesta á error,
Y la gota de sudor,
Que resbala de su frente.

Esclavo en prisión obscura,
Que inutilmente forceja
Por romper la dura reja
Que lo rinde y lo asegura,
Es cuando el placer apura;
Mas, si en humildad profundo
Se da al trabajo fecundo,
Quebranta sereno y bravo
La cadena del esclavo,
Y es dominador del mundo.

Miradlo allí con afán
Abriendo el surco en la tierra,
Donde el rubio grano encierra,
Que de un pueblo será el pan;
Los aires besando están
Sus canas de blanca plata;
Las aves que amor desata,
Le cantan como querubés,
Y el sol le forma con nubes
Ancho dosel de escarlata.

Mirad allá: un mar remoto
Mece orgulloso en sus olas
Carabelas españolas,
Que dan vista á un mundo ignoto:
Ruge el bronce y brama el noto,
Y allá en la arenosa orilla
Dobla el indio la rodilla,
Cual prestando adoración
Al gran Cristóbal Colón,
Que une aquel mundo á Castilla.

Miradlo acá: dulce arranca
Al arpa notas divinas;
Por regiones peregrinas
Su inspiración vuela franca;
Y la luz radiosa y blanca,
Que va esparciendo constante,
Será corona brillante
Con que en la mansión feliz
Cifra augusta Beatriz
Las castas sienas del Dante.

(1) Leída por su autor en la inauguración del Círculo Católico de Obreros, verificada en Granada el 27 de Enero de 1892.

Miradlo aquí: de la altura
Celeste visión le inspira;
Su vista vaga delira
Mirando tanta hermosura;
Brotan de su frente pura
Gotas de ardiente sudor;
Gotas que son el fulgor
De los ojos de almo brillo,
Que la Virgen de Murillo
Alza arrobada al Señor.

Hombre, que en el viento ves
Al águila alzar el vuelo,
La nube que toca al cielo
Sirviéndole de pavés;
Rinde el ocio ya á tus piés,
Agita las blancas alas
Del alma, y presto resbala,
Libre del pesado hastío,
Por el espacio vacío
A admirar del sol las galas.

Trabaja, aunque el mundo insano
Llene tu senda de abrojos;
Porque el llanto de los ojos
Acaba en el mundo vano;
Lleva á las Artes tu grano
De arena entre las gigantes
Obras de genios brillantes,
Sin miedo al vulgo rastrero,
Aunque vivas como Homero
Y mueras como Cervantes.

Trabaja, aunque la fatiga
Muestre de rendirte empeño;
Que no hay más sabroso sueño,
Que el que al cansancio se liga.
Y si la tierra enemiga
No paga rica tu anhelo,
No importa; lo que el desvelo
Cristiano en el campo encierra,
Si no brota aquí en la tierra
Debe nacer en el cielo.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA
de las Escuelas Pías

Desde Filipinas

PASEO DEL PENDÓN DE CASTILLA

Manila, 28 de Diciembre de 1891.

ENTRE la grata variedad de festejos públicos que esta muy noble y siempre leal ciudad de Manila celebra en esta época del año, favorecida por la apacibilidad de la temperatura y la bonanza de la atmósfera, merece llamar muy especialmente la atención la fiesta cívico-religiosa, fúnebre y halagüeña al mismo tiempo, que conocen estos habitantes con el significativo nombre de *Paseo del Pendón de Castilla*, la cual por su origen y circunstancias recuerda perfectamente la del *Dos de Mayo* de la Metrópoli.

Corría el año de gracia de 1574, cuando Manila, «la predilecta del poderoso Felipe II», como la llama un historiador del país, apenas nacida sobre las frondosas márgenes del Pasig, sin más defensa que una estacada y el castillo de Santiago, que alza sus denegridas almenas sobre las turbias é inquietas ondas del río, vióse amenazada de muerte en su existencia, y á buen seguro que España hubiera perdido en la memorable jornada del 30 de Noviembre de aquel año una de su más bellas provincias, si no hubiera contado, como siempre que peligra la independencia de su territorio, con el ingente entusiasmo y el indomable valor de sus hijos.

Manila no era la poderosa ciudad de hoy, con el casco de la población sólidamente amurallado, con sus gruesos cañones en las troneras y en las baterías descubiertas, con su parque bien surtido de municiones, con su ejército respetable, con su fuerte escuadra de guerra en Cavite y con su numerosa flota mercante en el Pasig. No existían entonces los buques de vapor, que permiten mandar refuerzos en breve tiempo; no se había abierto el canal de Suez, que ha reducido á la sexta parte la distancia entre la Península y el Archipiélago, ni funcionaban los maravillosos telégrafos submarinos que salvan

en un instante millares de leguas para poner en conocimiento de la madre patria los peligros que amenazan á sus más remotas provincias; y he aquí dónde estriba la mayor heroicidad de aquel puñado de españoles que en el día de San Andrés de 1574 se cubrieron de inmarcesible gloria en estas playas, peleando contra los enemigos de nuestra independencia.

Asolaba por entonces estas costas el pirata chino Li-Ma-Hong, cuyas hordas no perdonaban tampoco ni los puertos ni las naves de su nación. Perseguido por las escuadras del emperador, concibió la idea de apoderarse de Manila y proclamarse rey de estas islas, á cuyo fin reunió á su gente y fondeó en la isla del Corregidor con una escuadra de sesenta y dos champanes, ó embarcaciones, dos mil hombres de guerra, sin contar los marineros, mil quinientas mujeres, numerosa artillería y abundante provisión de armas blancas y de fuego. En esa isla, que con el tiempo ha de transformarse en fortaleza inexpugnable, en tremendo baluarte de Manila y su comarca, estableció su campamento el terrible bandolero, y desde allí destacó seiscientos hombres al mando del japonés Sioco, su lugarteniente, el cual desembarcó al anochecer de la víspera de San Andrés en el próximo pueblito de Parañaque, hacia el Mediodía de esta capital.

Entonces ocurrió uno de esos fenómenos tan frecuentes en nuestra patria, que tantos sinsabores y descalabros nos han acarreado, y que deben servirnos eternamente de saludable escarmiento. Aferrarnos á nuestras propias conjeturas y prevenciones, y despreciar los hechos que no se amoldan á ellos, es achaque muy común del carácter español, y á este achaque debemos un sin fin de gloriosos desastres, que una regular previsión podría haber trocado fácilmente en golpes contundentes y en pingüe prestigio.

Sucedió que algunos indígenas de las afueras, habiendo espiado el desembarco de las tropas de Sioco, lograron escurrirse y penetrar en la ciudad, y dieron parte de lo que sucedía al Maestro de Campo; mas como quiera que los indios denunciadores dijeron que los invasores eran moros, y la estación aquella no era la en que estos enemigos acostumbraban realizar sus algaradas navales, no se dió crédito á la noticia, y nadie se cuidó de comprobarla ni de adoptar las más ligeras precauciones. A las pocas horas los piratas chinos entraban por sorpresa en Manila, dispuestos á pasarlo todo á sangre y fuego: el Maestro de Campo murió á las puertas de su casa peleando como un héroe, y enmendando con este valeroso comportamiento su primitivo descuido.

Cundió instantáneamente la alarma por la población, y sus habitantes sobrecogidos, aterrorizados por el estampido de los cañones y el entrecrocarse de los alfanjes y las espadas, se retiraron hacia el Norte, dando alas á los feroces soldados de Sioco, que avanzan tras ellos en busca de un triunfo que juzgaban seguro. Setenta españoles, émulos de aquellos compatriotas que en México y en el Perú habían consumado las más grandes proezas que registra la historia, se interpusieron entre fugitivos y perseguidores decididos á vender caras sus vidas, y contuvieron de este modo el ímpetu arrollador del enemigo. Pero las fuerzas del caudillo japonés eran muy superiores en número, se habían envalentonado con las ventajas obtenidas desde el primer momento, se hallaban posesionadas de la ciudad, y ciegos aquellos chinos con la esperanza de la victoria y la perspectiva del botín, formaron rápidamente un círculo de hierro y de fuego que se estrechaba á cada instante alrededor de nuestros denodados mosqueteros.

En tan apurado trance llegaron al sitio de la refriega el capitán Velázquez y los alféreces Arriarán y Ramírez con algunos soldados de refresco, y cargando de improviso sobre la hueste enemiga, no solo rompieron el círculo que envolvía á los nuestros, sino que, unidos á ellos, se revolvieron contra las turbas chinas, las pusieron en fuga, y obligaron á Sioco á reembarcarse y á tornar á la isla del Corregidor, de donde había salido, la tarde anterior. Visto el mal éxito de esta primera tentativa, Li-

Ma-Hong mandó prepararlo todo para emprender un ataque general dentro de tres días, y fué á acampar á Cavite. El aspecto de las cosas era de todo punto amenazador, porque á pesar de las pérdidas experimentadas por el enemigo, contaba aún este con una inmensa superioridad numérica, érale fácil además reponerse rápidamente, y su numerosa flota le daba grandes ventajas sobre los españoles, reducidos en número, insuficientes para cubrir los puntos estratégicos, y fatigados no solo á consecuencia de la jornada anterior, sino de la multitud de aprestos que se vieron obligados á improvisar y llevar á cabo precipitadamente.

Parecía que la única esperanza de los nuestros no podía cifrarse ya más que en morir con honra; pero en esto, como en todo, el hombre propone y Dios dispone.

El ilustre general Salcedo, sobrino del no menos glorioso Legaspi, que se hallaba por aquel entonces al Norte de esta isla de Luzón, fundando en la región de Ilocos el pueblo de Fernandina, había visto cruzar cerca de las playas de Véga, hoy capital ó *cabecera* de aquella provincia, la escuadra pirática, y habiendo conseguido apresar una embarcación de la misma, pudo venir en conocimiento de lo que tramaba Li-Ma-Hong; veloz como el rayo reunió á los españoles que tenía esparcidos por aquellos contornos, á los cuales se agregaron algunos indígenas ilocanos, y voló en auxilio de la ciudad del Delfín, que su tío había emplazado pocos años antes sobre las riberas de esta magnífica bahía del Pasig. Verificó su entrada en Manila al día siguiente de la retirada de Sioco, y desplegó en ella gran aparato y ostentación para deslumbrar al enemigo, que acechaba desde Cavite, y demostrarle el poco temor que le infundía.

No se hizo esperar la acometida de los piratas. Aquella misma noche Li-Ma-Hong fondeó en las playas de Manila, y desembarcó Sioco jurando á su señor ó morir en la demanda ó aposentarle en el término de breves horas en el palacio del Virey.

Dividió sus tropas en tres columnas, obedeciendo á un plan extratético no mal combinado, y que ha surtido buen éxito en más de cuatro ocasiones. Una debía avanzar hasta la plaza y simular un asalto por la parte de Mediodía, á fin de que los españoles abandonasen el fuerte para acudir á los puntos amenazados: la segunda columna debía bordear el río, espiar el momento de hallarse el castillo desguarnecido, y apoderarse de él; mientras que la tercera, al mando del mismo Sioco, permanecería á la expectativa situada en el promedio de las otras dos, ya para apoyar á los que se dirigían al fuerte, ya para impedir que retrocediesen los españoles para defenderlo. Pero Salcedo, nombrado ya Maestro de Campo á los 25 años por la actividad que había desplegado en acudir en auxilio de la capital, adivinó la estratagema del japonés, y en lugar de abandonar el fuerte, se encerró en él con todos los pertrechos, y desde sus troneras se dedicó á ametrallar al enemigo con mosquetes y cañones, haciendo en sus filas sangriento destrozo. Rabioso Sioco, apresura un ataque general, y sus soldados logran por un momento atravesar la estacada; pero los españoles se multiplican; el refuerzo recibido, la presencia del intrépido Salcedo los anima, la victoria del 30 les da esperanza, y caen sobre el enemigo con ímpetu irresistible, desalojándolo de todas partes, arrollándolo sin compasión y diezmandolo sin tasa. Muere Sioco, y los chinos desalentados sólo tratan de retirarse y buscar refugio en sus naves; pero Li-Ma-Hong para obligarles á pelear con el valor ciego de la desesperación, se alejó de la playa. La carnicería fué entonces espantosa: en campo abierto, los pelotones chinos son arrasados por las descargas mortíferas de los nuestros. Li-Ma-Hong intenta un supremo esfuerzo, desembarcando cuatrocientos hombres de refresco: todo es inútil: los españoles los ponen en precipitada fuga, y apenas les dan tiempo para refugiarse en la escuadra. Los piratas comprenden la imposibilidad de renovar la lucha con los españoles y de apoderarse de Manila: se vengán cometiendo algunos asesinatos en el pueblo ribereño de Parañaque, y tratando de incendiar una galera y un navío que teníamos anclados en la playa,

lo cual les valió el que de nuevo el joven Maestro de Campo saliese en su persecución con 50 hombres, y les hiciese sufrir nuevos escarmientos.

Desalentado por completo, Li-Ma-Hong levó anclas y zarpó para Lingayen, hoy cabecera de la provincia de Pangasinan, al Norte de la isla. Pero no pudo gozar por mucho tiempo de su nueva posesión: el mismo ínclito Salcedo, que había de morir, víctima del clima, dos años más tarde, salió de Manila con 250 españoles y 1,500 indios en 22 de Marzo de 1575, llegó el 29 á Lingayen, y anonadó para siempre al feroz bandido, aventando por los mares los míseros restos de su antes temible ejército.

He aquí sucintamente reseñada la serie de triunfos iniciada el 30 de Noviembre de 1574, que todos los años conmemora Manila con el *paseo del Pendón de Castilla*.

La fiesta, en medio de su sencillez, es por todo extremo conmovedora, como todo aquello que recuerda los grandes hechos de nuestros antepasados, sobre todo en estos remotos países, cuando presenciemos la cordialidad y orgullo patrio con que se unen á nuestras manifestaciones conmemorativas los indígenas, que las consideran como glorias propias, y yerguen la cabeza en ademán altivo, si por casualidad tropiezan con algún chino durante el paseo ó procesión cívica. Verdad es que el carácter de estos indios tiene muchos puntos de contacto con el nuestro: las ostentosas solemnidades del culto católico, los marciales pasos dobles de las músicas militares, las corridas ó peleas de gallos, las carreras de caballos, ó mejor dicho, á caballo, las danzas cadenciosas, las malagueñas y peteneras, el ejercicio de autoridad, la arrogancia y la agilidad, les seducen en gran manera, les hacen entusiastas de nuestras condiciones de carácter y vanagloriarse de ser hijos de una provincia española.

El día 30 de Noviembre de cada año, el pendón de Castilla, la misma enseña morada, bajo cuyos pliegues tantos lauros conquistó un puñado de españoles el día de San Andrés de 1574, amanece ondeando en el balcón principal de las Casas Consistoriales, que son á la vez Gobierno civil de la provincia. Es de damasco, con el escudo de Castilla bordado de realce en el medio, y termina en dos puntas, ó farpas: se halla muy bien conservado, y en este día se le adorna con corbata de seda blanca, floqueada de oro.

A las cinco de la tarde, cuando el sol tropical de estas islas se columpia sobre las altas cumbres de los empinados montes de Mariveles, desecando trasponerlas é ir á espaciarse por el inseguro mar de la China, principia la ceremonia del paseo. El *alferez real*, que es el regidor ó concejal más joven, es el encargado de llevar el pendón; simbolismo que indica la necesidad de que la juventud se instruya en las grandes lecciones de valeroso patriotismo que nos legaron nuestros padres. Sale, pues, al balcón de la Casa Ayuntamiento el *alferez real*, toma el glorioso pendón en sus manos, y mientras los robustos acordes de la marcha real atruenan los aires, saluda con él al pueblo, bajándolo y subiéndolo sucesivamente tres veces. Después sale la procesión, precedida de cinco batidores á caballo, y se dirige á la catedral, rodeando la plaza de Palacio, á la que dan frente los dos edificios, el cívico y el religioso.

Dentro del templo, que al punto se hincha de pueblo insular y peninsular, una nueva ceremonia, desconocida en la Metrópoli, conmueve el ánimo, y evoca aquellos tiempos de arrogancia castellana que canta el *Romanero del Cid*, y que acata asombrada la historia.

El *alferez real* sale al presbiterio por la puerta de la izquierda, y con el pendón de Castilla descansando erguido en la cuja, pero sin descubrirse; el sombrero de copa permanece impassible en la cabeza del paladín, frente á la imagen de San Andrés colocada en lo alto y en el centro del retablo del altar mayor. Al poco rato, el *alferez real* saluda al Santo destacándose: se cubre de nuevo, y vuelve á saludar al patrón de Manila con tres inclinaciones del pendón glorioso. Iguales saluciones dirige después al pueblo, entrega la enseña á un Ministro del altar, que la fija en una peana de plata al lado



ROMEO Y JULIETA



MARÍA I, REY DE LOS SENDAGS



EL COSACO ATCHINOF

derecho, y se descubre entonces hasta que termina el canto del *Te Deum*, tocado á gran orquesta, y vuelve á tomar el estandarte para sacarlo en procesión.

El trayecto que ésta recorre es relativamente corto, limitándose á la barriada más próxima á la Catedral. Van en ella representaciones de todas las clases, descolando vigorosa y brillantemente la del ejército y de la marina. Ciérrala un batallón de artillería con su numerosa música á la cabeza, la cual alterna en sus tocatas con las demás bandas que esmaltan y amenizan tan grata solemnidad.

El pendón, siempre en manos del *alferez real*, va en el promedio de la procesión, custodiado por un piquete de artilleros: muchos peninsulares é indios se descubren á su paso. Su color morado nos recuerda la sangre vertida por aquellos héroes, que en momentos tan angustiosos supieron demostrar bravamente al mundo que con el valor español no se juega impunemente, y un vago sobrecogimiento se apodera del espectador, la admiración le embarga, y al fin un mudo entusiasmo le obliga á verter furtivas lágrimas. Tal vez pulule entre la regocijada muchedumbre algún puntillo negro, que una vista patriótica y perspicaz espía al momento; pero ¿qué sería del mundo sin puntos negros? ¡Desgraciado, tarde ó temprano, de aquel que ose herir en lo más mínimo la valentía ibérica!

Desfila la procesión majestuosamente por las calles prefijadas: los balcones ó miradores aparecen todos revestidos con colores nacionales, de que aquí se hace amorosa profusión, y no hay peninsular ni indio puro que deje de asomarse. Si aquí las casas tuvieran ó pudieran tener cuatro ó cinco pisos, como en Madrid, así como no pueden tener más que el bajo y el principal, ó como decimos nosotros, el *entresuelo* y los *altos*, ¡qué espectáculo se nos ofrecería en días como éste! *El Dos de Mayo* sería una pálida sombra de la solemnidad manifiesta por excelencia.

Las autoridades indígenas, más sensatas y cuerdas de lo que á primera vista pudiera creerse, flanquean gravemente el pendón de Castilla, vestidos á la europea, y con sus colores de ocre y sus facciones aún extraviadas, inspiran respeto. Van convencidos del papel que desempeñan: esto puede llegar á ser un gran pueblo, porque existe el sentimiento del arte. Los *gobernadorcillos* y los *cabezas de barangay* acuden con especial patriotismo de las provincias cercanas á esta solemnidad, y se les vé poseídos no solo de los compromisos de su rango, sino de la alteza de la raza española: ellos son los primeros que se enfadan si algún mestizo manifiesto se distrae é intenta deslizar alguna chirigota, que desde luego falla, ó *palla*, como dicen algunos *pillones* insulares.

La procesión cívica regresa á la Catedral: se repite la ceremonia del principio, y el *pendón de Castilla* es devuelto á las Casas Consistoriales, donde, previas todas las formalidades de costumbre, vuelve á quedar ondeado en el balcón principal. La plaza de Palacio, con su estatua de Carlos IV, con sus fuentes y macizos de flores perennes, con su chiquillería abigarrada y con su pomposa vegetación, permanece iluminada á la veneciana hasta la madrugada, mientras que una música militar repite sus alegres tocatas á cada cinco minutos. Lo mismo que en Madrid, á cada vuelta hay un aguaducho portátil, regentado por una india asesorada de varias comadres, en el cual se expenden confituras del país á granel, frutas incógnitas y artículos para todos los gustos. Si no fuera por el color de las personas, por el dialecto *tagalog* que usan entre sí, como los vascos y los catalanes el suyo en la metrópoli, creería uno hallarse sumido en plena verbena madrileña.

¡Con qué indecible complacencia, sentado en uno de los bancos de piedra de esa plaza, se fantasea sobre motivos de la festividad del día, arrullados por los chorros del agua, por los ecos de la música y por el intenso rumor de la concurrencia!

Concluyamos, sí, concluyamos con el grito de ¡Viva España!

F. AGUILAR Y BIOSCA

Fray Fernando de Zárate y Fray Juan Márquez (1)

Su influencia en la literatura española

I

Uno de los ilustres escritores agustinianos que ejerció evidente influencia como clásico en nuestro idioma, fué Fray Fernando de Zárate, que floreció á fines del reinado de Felipe II. Era natural de Madrid, y ejerció el cargo religioso de su Orden en Andalucía, de catedrático de sagrada teología en la Universidad de Osuna. El duque de este título le nombró vice-patrono y reformador de aquellos estudios y Colegio.

El estilo característico de este autor, que parece poseído del deseo de hacerse comprensible á todas las inteligencias al excitar á la conformidad en los infortunios y contratiempos á que tan sujeta se halla la humanidad, difiere del tono empleado por otros sabios varones al tratar análogos asuntos. Tal propósito le hizo ofrecerse á veces en extremo vulgar en su expresión, y familiar en su estilo, sin que por esta naturalidad excesiva llegase á privar de belleza y atractivo sus pensamientos. En cambio es el escritor místico, castizo y fácil en su decir que, si no dado á las poéticas imágenes ó á remontar su vuelo como Juan de la Cruz á misteriosas regiones, ni á la sublimidad de un Malon de Chaide, prefiere acomodar su erudición y su ciencia á un lenguaje sin pretensión que se distinga por lo claro y comprensible. Hásele censurado el exceso de citas y el apoyo que busca con frecuencia en ajenas autoridades y ejemplos; pero esto mismo lo hace con tal tino y acierto, que le es perdonable en gracia á esa misma erudición que le distingue, cuantos pudieran hacer menor el mérito de su originalidad. Tal circunstancia es la que en ocasiones privó de vivacidad á su pluma, guiada siempre por un espíritu laudable. En su excesiva modestia, se adelanta á explicar las faltas de estilo y método que pudieran señalársele; faltas que en manera alguna pueden amonorar el mérito evidente que le adornaba como escritor. Refiriéndose á su obra *Los discursos de la paciencia cristiana*, dice: «Este libro va desnudo de la elegancia y primor que el mundo suele buscar, porque así como son generales á todo género de gentes las adversidades, lo debe ser el consuelo de ellas y la doctrina de paciencia para sufrirlas; esta es la razón porque escribo en estilo tan ordinario y vulgar. Así hago yo esta cuenta de los trabajos, que si ellos escogiesen gente particular á quien afligir, acomodaría á ellos el estilo y lenguaje de este libro. Pero como la jurisdicción de los trabajos alcanza á todos, pareceme buen consejo escribir para todos.»

El libro á que así se refiere, y cuyo título hemos dado, dividido en dos partes, dió á su autor uno de los primeros lugares en nuestros clásicos, porque, en efecto, demuestra los progresos de nuestra literatura sagrada en el siglo en que vivió, así como las bellezas del habla castellana, cuando el buen gusto y el estudio procuran su mayor realce con el auxilio de la inspiración y el talento.

Así como Malon de Chaide se desatendió en beneficio de las letras patrias de la innecesaria costumbre de escribir sobre asuntos sagrados en el idioma latino, prefiriendo interrumpirla por no privar á lo menos doctos de la lectura de esta clase de obras, Fray Fernando de Zárate adoptó igual sistema en la suya. Es indudable el influjo que tal innovación planteada y seguida por otros sabios escritores de materias religiosas ejerció en nuestras letras en gloria del hermoso lenguaje castellano.

La profundidad de los estudios, el acierto en los juicios del autor de los *Discursos de la paciencia cristiana*, se advierte con sólo recorrer las páginas de este libro, que tan bien ganado puesto le dió entre nuestros buenos hablantes. Aquellos *Discursos* «muy provechosos para el consuelo de afligidos en cualquier adversidad y para la predicación de la palabra de Dios,» están llenos de excelente doctrina,

(1) Capítulo de la obra inédita titulada *Influencia de los Agustinos en la literatura española*.

y demuestran la suma de conocimientos teológicos que su autor poseía, y que hacían parecer exuberantes rasgos de erudición lo que era fruto copioso de detenidas lecturas y constantes estudios.

Pudieran citarse en gran número los felices pensamientos de este sagrado escritor, sembrados en el curso de su obra, así como su facilidad en el decir, con tantos párrafos de la misma que probarían los vuelos de su inspiración en determinadas ocasiones, y siempre su espíritu piadoso. Sólo sirva de muestra de su estilo el siguiente pasaje en que se explica cómo son breves las penalidades de la vida por la suma brevedad de ésta.

«Para averiguar, dice, cuán corta es nuestra vida y cuán sin pensarse pasa, ni son menester libros, ni mirar lo que los autores dellos de esto sintieron, ni preguntar en qué pararon los príncipes y reyes que más larga se la prometían y procuraban; ni qué se hicieron los filósofos, los sabios, los poetas famosos, los capitanes y soldados que tantas batallas ganaron, allanaron los montes, abrieron los caminos, sujetaron las gentes; ni qué se hicieron las armas, municiones y letras. Ninguna cosa es necesaria sino después de haber considerado sobre la mudanza que nuestra propia muerte ha hecho en tan breve tiempo en nuestras mismas personas, las cuales ví desde el principio comiendo y acabando, remitiendo la virtud y alojando las fuerzas... Otros dicen que nuestra vida es humo; otros sombra. Los males que causa reirse de esta sentencia, por parecerles que tienen experiencia de lo contrario, la vienen á confesar en el infierno: allí la comparan á sombra que en un instante nace y en otro muere, y su vida y ser es no ser. Compararla los mismos á correo que pasa con gran priesa, y aun á decir las nuevas no quiere parar; á águila que no deja rastro en el aire, á navío que no le deja en el agua. Al fin vienen á decir que aun antes se vieron muertos que nacidos; así juzgan no haber vivido, por la brevedad en que vivieron... Al fin la Sagrada Escritura dice á los mártires que claman pidiendo venganza de la sangre: esperad un poquito hasta que el número de vuestros hermanos esté completo. Pues si lo que hay desde entones al día del Juicio es poquito, ¿qué será la miserable vida del hombre? Así que, por una parte la experiencia, por otra la confesión de los males, por otra la de los filósofos, por otra la de los Santos y escrituras, convienen en que la vida del hombre es brevísima y miserable... Pues sin tan corta y breve es la vida, y tan presto se pasa y desaparece, ¿cuántos más cortos y breves serán los trabajos, pues son más breves que ella? Que no toda la vida está en el alma afligida, ni siempre en el uso de la paciencia necesaria, aunque siempre lo es andar apercebidos de ella. Pues por cosa que tan poco dura, no hay necesidad de fatigar el corazón cuando la padecié, sabiendo cuán presto saldría de aquel aprieto; y para tener en el consuelo sin mucha dificultad, se dijo aquella sentencia: instantáneo es lo que atormenta y eterno lo que deleita.»

Dos ediciones se hicieron del libro de la *Pacencia cristiana*, la una en Alcalá en 1593, y la otra en Madrid en 1597. En nuestros tiempos se ha incluido en la excelente colección de clásicos españoles que lleva el título de *Biblioteca de autores españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días*, como justo tributo al mérito de su autor, que lo es también de un escrito que trata de la *Imagen llamada de la Oliva*, impreso en 1634. Fray Fernando de Zárate figuró asimismo en un certamen celebrado en Valencia en 1586 en honra á la *Concepción de Nuestra Señora*.

II

Otra de las glorias literarias de la Orden de San Agustín es sin duda el Padre Maestro Fray Juan Márquez. Este docto varón fué natural de Madrid, y nació el año 1564. Ingresó muy joven en dicha Religión en el convento de San Felipe. Tanto éste como el de San Agustín, de Salamanca, donde se consagró más tarde al estudio y cultivo de las letras, se disputaron la gloria de haberle tenido por huésped, porque la que á ambos daba su sabiduría é ingenio como piadoso y elegante escritor, era

ciertamente para codiciada. Fué catedrático de Teología en la Universidad de Salamanca desde el año 1607, Calificador del Santo Oficio, Definidor de la provincia de Castilla, y Prior del convento de San Agustín en la misma ciudad desde 1619 hasta el 17 de Enero de 1621, en que falleció.

La mejor de las obras de este ilustre agustiniano, es la titulada *Los dos estados de la espiritual Jerusalem sobre los salmos CXXXVI y CXXXV*. El influjo que debió ejercer en el adelanto de las letras es indudable, porque está escrita con verdadera maestría en el manejo del habla castellana, y es de admirar por la elegancia y belleza de su elocución. El himno del rey penitente sobre el pueblo de Dios cautivo en Babilonia, y su júbilo al regresar á su patria, son el tema del inspirado escritor religioso. Dividió ésta en dos partes, considerando á la ciudad solemita en dos estados, *militante* primero, para llegar á ser *triumfante* después. Mostró en la primera toda la elevación, limpio estilo y pura frase que caracterizan los escritos que pueden calificarse de excelentes. Rasgos vigorosos inspirados por la vehemencia del sentimiento y la profundidad de su saber, esmaltan la Jerusalem militante. Si es hermosa su forma, no lo es menos la mística interpretación que en aquella tienen los salmos del cantor egregio, al discurrir sobre el pecado y demostrar la lección que tan inspirados himnos encierran; siendo siempre sentencioso, profundo y enérgico. Es de adivinar la fuerza de expresión empleada en esta obra en determinados pasajes, y muestra de ello puede ser aquel en que ofrece al Hacedor, sentido en Jeremías, dirigiendo á su pueblo estas palabras:

«¿Parécete que desde cerca soy bueno para Dios tuyo, y desde lejos no? ¿O que desviado de tí, no puedo socorrer ó castigar como cuando me tienes al lado? Pues engañaste neciamente; que aunque no me ves, tan cerca de tí estoy, que á no llevar vendados los ojos, casi me tocarías con las manos. ¿Qué criatura hay donde yo no esté, cuyo ser no ocupe mi majestad? ¿Sóbrame por ventura algo del cielo ó de la tierra? ¿No está todo lleno de mi inmensidad? ¿Pues por qué teniéndome tan cerca de tí y llamándote hacia mí la vocería de los cielos y el ruido de todas mis criaturas, no me tocas ni me sientes, sino porque llevas una venda espesa de ceguedad sobre los ojos del alma?»

Nuestro docto escritor es siempre en la expresión de sus pensamientos discreto y sentencioso. Gran número de pasajes del libro á que hacemos referencia pudiéramos reproducir en confirmación de este aserto; y hemos aún de permitirnos hacerlo de algunos, no todos los que quisiéramos, para no dar una extensión inconveniente al estudio á que nos consagramos.

«Los bienes del siglo, exclama, son como los ríos que en su abundancia tienen ménos firmeza, y cuanto más salen de madre, llevan más arrebatado el curso: así es necesario para desviar de ellos el corazón, no nos lo trabuquen con su inconstancia apresurada. Río es la riqueza del mundo, la hermosura y todo cuanto el hombre apetece y porque aventura sus vidas; y á veces les cojen debajo las corrientes, y gimen miserablemente en ellas anegados sus antojos.»

«Piensa el hombre, dice en otra ocasión, que todo lo que se promete de deleite lo ha de hallar como lo trazó en la vida ancha del vicio, y no ha dado cuatro pasos, cuando echa de ver los cansancios, las costas, los peligros. ¡Qué grandes y ciertas son las pasiones! ¡Qué pocos y mal tratados los frutos!»

A cada paso se encuentran en la *Jerusalem espiritual* profundas máximas expresadas fielmente. Pruébalo las que siguen:

«La paciencia obra probanza; esto es, de la paciencia queda un hombre probado para Dios. ¡Qué de virtudes vemos en el mundo, conservadas á poca costa!»

«¡Oh verdaderamente peligrosa tentación de la lisonja, que al sabor del paladar del adulado halla siempre cómo rehusar lo que de muy lejos teme que pueda ser menos bien recibido!»

«Todos los bienes que pasaron por sus males,

vienen á ser de mayor gusto cuando llegan, y recompensan en la ventaja del gozo las pesadumbres de la dilación que se padeció en contrario estado. Suave cosa es la paz; pero nunca lo parece tanto que cuando le precedió sangrienta guerra. Amable por extremo es la salud, y mucho más cuando se sigue tan desconfiada enfermedad. De muchas maneras se alegra en la bonanza el navegante, mas ninguna levanta la alegría al punto que la tormenta, á quien sucede.»

«Decidle al hombre carnal que en el recojimiento hay buenos ratos, y que se goza en el paz de conciencia y quietud de espíritu, y reírse de vos. Prometedle al ambicioso honra en el olvido de sí mismo, y escupiros há en el rostro. Persuadidle al avariento que hacer limosna es dar á loyo, y dirá que sois un charlatan.»

«Todos los pasos que el hombre dá en la senda de la virtud, se encaminan á ganar de Dios en el último día de esta bendición: *Venite benedicite*: luego es necesario andar aprisa.»

«Tan grande ha de ser la constancia de los justos, que cuando todo se turbare, han de asegurarse ellos; y en medio de las ruinas del mundo se han de sacudir la capa del polvo, por el testimonio de la buena conciencia.»

Digno de ser notado es el párrafo siguiente, que se refiere á las gradaciones que tienen las virtudes:

«Tienen sus grados las virtudes, dice, y súbese muy bien de uno en otro: bien se camina por la liberalidad para la magnificencia y para la castidad por los pasos del recato. Nadie, por acabado que sea, adquiere la perfección, ni ganó la cumbre de la virtud en una hora: ni con ser la materia de los vicios tan grata á la inclinación de nuestra carne; que dijo bien Juvenal, que se vá en ella cuesta abajo, ninguno llegó en ellas en un punto á lo profundo de sus heces, y en la parábola de las vírgenes leemos que comenzaron todas á dormitar antes que se quedaran dormidas; con esto se dá á entender que raras veces comienza de golpe nuestra perdición.»

¡Cuán discretamente define el maestro Márquez el poder de las lágrimas del arrepentimiento!

«La ira, la majestad de Dios que cuando se enoja hace temblar los montes, desencaja las piedras y arranca de cuajo los cedros del Libano, una sola lágrima hace volver atrás, y al que es por su naturaleza invencible, el llanto del pecador vence.»

Con razón añade el sabio Agustino: «¡Bienaventurado el que llora!»

«¡Oh qué gran favor hace Dios, prosigue después, al alma que halla descanso en los rigores de la penitencia, y no sólo la tiene por necesaria, sino por llevadera y sabrosa! Pocos son los que experimentan este favor: aquellos solos que arden en caridad. Donde se atraviesa amor de Dios, no hay contento mayor que padecer por él. Pues si estos efectos hace en el corazón del hombre el amor á las cosas terrenas que se gozan con tantos sobresaltos, ¿qué será haber llegado con Dios á aquella perfección de amor á que llegaron los que se regalaban con el martirio, y en fe de que padecían con quien amaban, se paseaban por las áscuas como por un jardín, y se hallaban sobre los cuchillos como sobre camas de rosas? Estos son los que ganaron la cumbre del monte y bebieron las olas saladas del mar como leche dulce y sabrosa, y en la arena estéril y desaprovechada descubrieron riquísimos tesoros, escondidos á los que no saben del arte y guardados para quien sigue con codicia la ruta de la virtud.»

Fuera interminable tarea pretender citar aquellos trozos que, tanto por su pensamiento como por su lenguaje, son galana muestra de estilo de tan notable autor. Sólo, por último, nos permitiremos transcribir, por su poética ternura, las palabras que, después de haber pedido el Verbo humanado á las hijas de Salén que no á El le lloren, sino á su desgracia, van dirigidas al Altísimo. Y vistiendo á las aves de plumas, los cielos de estrellas, los ángeles de gloria y los hombres de gracia, y tiñendo las estolas de los bienaventurados en púrpura de vuestra sangre, ¿no queréis que lloren la vuestra?»

Lugar preferente han dado por lo común los historiadores de nuestras letras á otra obra del maes-

tro Márquez, titulada *El gobernador cristiano, deducido de las vidas de Moisés y Josué, príncipes del pueblo de Dios*, dada á luz en Salamanca en 1612, y reimpresa después repetidas veces. Tal apreciación no nos parece muy justificada. La *Jerusalem espiritual* aventaja á aquella por su elegante estilo y galas del lenguaje. Semejante preferencia ha provenido tal vez del carácter de aquel libro, escrito á petición del duque de Feria, virey á la sazón de Sicilia, quien, condecorador del saber del piadoso agustino, se prometía que éste había de salir airoso en el empeño de refutar en el el de Maquiavelo *El príncipe*; deseo que antes tuvo el duque de Sesa, y que seguramente se hubiera cumplido con brillantez por el insigne maestro Fray Luis de León, á quien el expresado procer lo había confiado, á no haberle sorprendido la muerte.

Fray Juan Márquez llevó á cabo tal propósito en su *Gobernador cristiano*, obra como se vé, encaminada á muy distinto objeto que su *Jerusalem*, siendo siempre el prosista castizo y elocuente, y por ello, ejerciendo también notoria influencia en los adelantos de la lengua castellana. «Márquez no tenía menos gusto que ingenio, ni menos arte que talento.» Así califica sus brillantes cualidades de escritor quien á su vez también las posea (1). «El maestro Márquez, añade el mismo, es uno de los primeros escritores del escogido y elegante estilo castellano; nunca seco ni cortado, sino jugoso y fluido, conducido siempre por el buen gusto y el sentimiento, en especial en su *Jerusalem*, cuyo argumento es patético y sublime.» Por lo demás, nuestro erudito agustino llenó en su obra *El gobernador* el fin que se había propuesto, cual era oponerse con la doctrina del Evangelio á las máximas peligrosas sentadas por autores cuyos principios se desviaban del camino por donde iban los firmes perseguidores de la verdad cristiana.

Todas las máximas contenidas en esta eruditísima producción, se hallan esmaltadas de oportunas imágenes, y en toda ella domina el tono sentencioso y dogmático. Habríamos de ser prolijos con exceso si trasladásemos también á este paraje algunos pensamientos de los del libro del religioso de San Agustín. Prometemos ser parcos al hacerlo, demandando dispensa á nuestro inmoderado deseo de dar á conocer los elocuentes rasgos de tan fácil pluma.

«La seguridad del mando—dice Márquez—pide obediencia en el súbdito y confianza en el superior. Si el rector de la muchedumbre viviese en perpetuo cuidado de cómo se reciben sus órdenes, no podría guiar al pueblo ni encaminarle á sus fines, y sería más guarda de forzados, de quienes no se puede fiar á vuelta de cabeza, que gobernador de libres ó padre de hijos, como lo deben ser el príncipe y ministros cristianos.»

«El corazón del hombre—así se expresa en otro lugar—nunca supo estar contento de lo que tiene; y medrando por sus pasos contados, va estudiando dulcemente esta condición con la esperanza continua de buscar paestos y mejorar de lugares, que si desde el principio le dieran el Supremo, no le dejarían que esperar. Por otra parte, no cansar lo que se posee y contentarse los deseos humanos con cosa cierta, por grande y levantada que se finja, es imposible.»

Tan profundo conocedor del corazón humano y de sus flaquezas es el verdadero filósofo cristiano, á la vez que el escritor de escogido lenguaje. En otra ocasión dice:

«Dura cosa es, no se puede negar, perderlo todo, y amarga ley para la carne aventurar la vida por no desamparar la verdad; pero como dijo Séneca, las obras heroicas de virtud no han de llevar menos los ojos porque los trate el mundo con mayor esperanza. No se acaba todo con el cuerpo; esperemos después de la muerte otra vida.»

Para terminar las citas del libro de que tratamos, sólo copiaremos el párrafo siguiente:

«Aquella república se debe tener por dichosa, que el rey es obediente á la ley de Dios, los magis-

(1) D. Antonio de Capmany y Mompalao.

trados al rey, los particulares á entrambos, los hijos á los padres, los esclavos á los señores; y entrelazados todos entre sí con vínculos de buena amistad, gozan de las dulzuras de la paz y tranquilidad de espíritu, sin temores ni sobresaltos. Por donde es tan alabado en la Escritura el estado del pueblo hebreo en tiempo de Salomón, en que cada uno sólo se salía confiadamente á tomar el sol debajo de su viña y de su higuera.»

Hemos creído al transcribir los fragmentos anteriores, que no de otra manera podríamos evidenciar mejor el mérito de los escritos de tan sabio maestro.

Para resumir las cualidades expresadas que como escritor le distinguan, y no parecer de ellas apasionados con exceso, hemos de apelar al ajeno juicio, que por la autoridad de quien lo escribe, ha de tenerse por acertado. Pertenece al docto Capmany, ya citado anteriormente. «Aunque no afecte Márquez, dice, la sencillez tan majestuosa y aquel aire tan armonioso que se nota en algunos buenos autores de los anteriores reinados, á ninguno cede en lo castizo y enérgico de las voces, en la valentía y novedad agradable de los pensamientos; y seguramente sobrepuja á todos ellos y á sus contemporáneos, que trataron asuntos tan serios y severos, en la riqueza de hermosas imágenes y en la feliz elección de frases elegantes y de locuciones las más lindas, galanas y gratas de la lengua castellana. La expresión, por lo general, es varonil y pulida al mismo tiempo, sin dureza ni afectación en los términos, en los perfodos, ni en los epítetos. Cuando no toca á ablandar el corazón, porque la materia no lo pide, eleva y engrandece el espíritu, sin caer jamás en el estilo declamatorio en un caso, ni en el poético en otro.»

Distinto género de alabanzas debió Márquez cuando ya no existía el Fénix de los ingenios, Lope de Vega, quien, en su *Laurel del Apolo*, le consagró los versos siguientes:

Para loar á Márquez dignamente
Sus mismas obras son la voz más alta;
Tórnes su eterna ausencia
Llora con turbia fuente,
Y á su piedra inmortal las ondas puras
En feudo de respeto y reverencia:
Que varones tan claros
Ni los reitera siglos, ó son raros.

Márquez fué también autor de otras obras, tales como la titulada *Origen de los frailes ermitaños de San Agustín y su verdadera situación antes del gran Concilio Lateranense*, impresa en Salamanca en 1621; *Vida del Padre Fray Alonso Orozco*, publicada por Fray Tomás de Herrera; 1648. Compuso asimismo un tratado sobre el *Modo de predicar á los príncipes*, que no se dió á la prensa, y se supone desapareció en el incendio de la Biblioteca de San Agustín de Salamanca, ocurrido al comenzar el pasado siglo, siguiendo la suerte de otros tantos estudios literarios de insignes escritores ascéticos de su Orden, que permanecían inéditos. Tampoco los sermones del maestro Márquez llegaron á imprimirse, privándonos este sensible vacío de conocer la elocuencia en el púlpito de quien tanta tuvo en sus escritos. Cita D. Nicolás Antonio como de este mismo autor una comedia sacra titulada *Del misterio de la Inmaculada Concepción*, que sentimos no conocer, porque habríamos de considerar bajo un punto tan distinto, como cultivador del género dramático, á aquel á que consagró constantemente su pluma.

Digno es de ser conocido el epitafio en la losa sepulcral del Maestro Márquez, porque en él se resumen las cualidades que le adornaban como escritor, teólogo y orador sagrado, y tan notable le hicieron en la época en que floreció. Es como sigue:

M. FRAT. JOANNES MÁRQUEZ
H. S. C.
CORPORIS ET ANIMI SPECIE INSI-
GNI, ELEGANTICE FLUMEN
ET FULMEN,
REGIUS ECCLESIASTES,
KERUN FIDES CAUSA, VESPERTI-
NUS APUD SALAMANT, TEOL.
PRIMUS ANTECESSOR
ADMIRACULUM DOCTUS,
HUYUS CENOBI PRIOR, LITERA-



CARMEN

TUM DANNO RAPTUS,
JANNARI XVII. MDCXX METAT TUI
NEN QUI NON ABITIT
SIC HUI OBIT.

Los Religiosos Agustinos Luis de León, Malón de Chaide, Zárate y Márquez son considerados como los escritores sagrados de su Orden que han ejercido, en primer término, influencia eficaz y provechosa en los adelantos de la literatura patria, por el esmero con que manejaron el lenguaje, produciendo obras que dan cabal idea de la elevación á que llegaron en su época los estudios ascéticos. No fueron éstos solos los que contribuyeron á las glorias de nuestras letras entre los que también vestían el hábito de su Religión. Difícil es designar por su gran número los que coadyuvaron á tan noble fin, sobresaliendo á su vez entre los demás. No todos llegaron á igual altura por la índole varia de los asuntos que trataron, y porque no á todos les fué concedida la superioridad que á aquellos insignes maestros del lenguaje.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

Bibliografía.

†
EL MUY REVERENDO PADRE
ANTONIO MARÍA ANDERLEDY
PREPÓSITO GENERAL
DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

El padre Antonio María Anderledy nació en Berisal; cantón del Valais, en Suiza, el 3 de Junio de 1810, hizo sus primeros estudios en Brieg, bajo la dirección de los Padres jesuitas, y allí mismo entró en la Compañía, el 5 de Octubre de 1838.

Después del noviciado y de haber estudiado Retórica, fué enviado á estudiar Filosofía á Friburgo, donde también la enseñó, y de donde en 1844 pasó á Roma á cursar Teología. En todo el tiempo que duraron sus estudios, dió admirables muestras de virtud, de infatigable aplicación y de rápido progreso en las varias materias que se enseñaban en la Universidad gregoriana.



CUADRO DE COSTUMBRES

Regresó á su patria por razón de salud, y al poco tiempo fué expulsado de ella con los demás Padres de la Compañía por la revolución de 1874, que siguió á la guerra del Sonderbund; y bien de jover en aquel trance el temple de su alma y el amor que profesaba á la vocación religiosa. Porque habiendo caído prisionero de los radicales y hallándose amenazado de muerte si no renunciaba á pertenecer á la Compañía de Jesús, no perdió ánimo, sino que permaneció firme y constante en su vocación, resuelto á morir antes que quebrantar la fidelidad jurada á Cristo. Libre del poder de sus perseguidores, emigró á Bélgica donde fué ordenado de Presbítero; después á los Estados-Unidos; y, terminados sus estudios en San Luis de Missouri, fué destinado á las misiones de Green Bay, en el Estado de Wisconsin. En aquel campo abierto á las energías de su celo se empleó en dar cultivo espiritual á los colonos alemanes, ingleses, irlandeses y franceses, con tanto fruto en las almas y tanta satisfacción de aquellos emigrantes que, á pesar de los cuarenta y cua-

tro años transcurridos desde entonces, aún se conserva en aquella comarca la memoria de tan celoso misionero.

Restablecido el orden en Europa, en 1850 los Superiores llamaron al Padre Anderledy á Tronchiennes, Bélgica, para que hiciera, como es costumbre en la Compañía, el tercer año de probación, terminado el cual emprendió una excursión apostólica á Malmedy, y después, en 1851, pasó, invitado, á la ciudad de Friburgo; en Baden, donde recogió copiosa cosecha de méritos para sí y de almas para Dios. En 1853 predicó con mucho éxito en Paderbón, y después en las provincias de Prusia y en las de la Polonia prusiana, en las cuales combatió contra la peste de intemperancia, convirtió á Dios muchos corazones y confirmó en la fe á los católicos de aquellas comarcas. Admitidos nuevamente en Alemania los jesuitas, el Padre Anderledy fué nombrado Rector del Colegio de Colonia, cargo que desempeñó con elogios desde 1853 á 1856, con más el de Catedrático de derecho canónico para los es-

tudiantes de la Compañía y el cumplimiento de la obligaciones del ministerio apostólico. Sobre esto último, baste decir que predicó 32 veces los ejercicios espirituales de San Ignacio. Durante esta época, el 26 de Marzo de 1855, hizo la solemne profesión religiosa de cuatro votos. En 1857 se le encargó la regencia del Colegio de Paderbón, y dos años después la de toda la provincia de Alemania. Ilustró su gobierno con los ejemplos de su virtud y de su incansable laboriosidad, á la cual se debe la fundación del Colegio más importante de cuantos la Compañía ha tenido en Alemania el de María Laach, cerca de Coblenza.

Concluido el provincialato, regentó en dicho Colegio durante tres años la Cátedra de Teología, hasta que en 1860 fué nombrado Rector y Catedrático al mismo tiempo. Pero duró poco en estos oficios, porque conociendo el Padre Pedro Beckx, general de la Compañía, la virtud y las obras de este ilustre hijo de San Ignacio, le llamó á su lado para que desempeñara el cargo de Asistente por la pro-

vincia alemana, indicándole poco después a los Padres de la Congregación general como la persona a quien estimaba más apta para combatir con el gobierno de la Compañía, que por la mucha edad del Padre Beckx era superior a sus fuerzas. Así fue que el 24 de Septiembre de 1883 quedó elegido por la Congregación Vicario General de la Compañía con derecho de futura sucesión, nombramiento que gustosamente ratificó Su Santidad el Papa León XIII, que ya lo presagiaba y lo deseaba íntimamente.

Habiendo desaparecido de entre los vivos cuatro años después el Padre Beckx, el 4 de Marzo de 1887 le sucedió su Vicario, el Padre Anderledy, en el cargo de Preósito general. Vicisitudes que de todos son conocidas le hicieron establecerse lejos de Roma, en la solitaria quinta de San Jerónimo, en Fiesole, donde permaneció hasta su muerte.

Desde allí extendía a toda la Compañía, dispersa por el mundo entero, su paternal vigilancia; daba impulso a los estudios y nuevo vigor a la disciplina religiosa; promovía la beatificación de los Mártires Jesuitas; fomentaba la publicación de nuevas ediciones del *Institutum*, de las Cartas de San Ignacio y de otras obras de suma utilidad; y con sus memorables circulares amonestaba, exhortaba y vivamente excitaba a sus hijos a adelantar con actividad y perseverancia en los caminos de la cristiana perfección. Amantísimo de su Instituto, exigía con firme voluntad, superior a toda consideración humana, la observancia exactísima; celosísimo de la gloria de Dios, fundó nuevas casas y nuevas misiones en América, Egipto, Armenia, Siria, Mesopotamia, Anatolia, y aún en la misma Africa central; y a las que ya existían mandaba, siempre que podía, el auxilio de nuevos y jóvenes misioneros, los cuales trabajan con felicísimo éxito en la viña del Señor. Obsequioso y adicto como el que más a la Santa Sede, tenía por orden cualquier deseo de Su Santidad, quien por esta razón y por las virtudes que veía resplandecer en él, le honraba con su estimación y benevolencia. De lo cual dá hermoso testimonio la reverente y afectuosa carta que el Padre Anderledy dictó en su lecho de muerte y que puede llamarse el testamento de su inquebrantable fidelidad y de su grande amor a la Santa Sede y a la persona del Sumo Pontífice León XIII.

Humildísimo y ajeno a cuanto podía parecer cosa del mundo, el Padre Anderledy huía de los honores, desdeñaba los elogios, aborrecía de toda singularidad, y quería, aunque débil y enfermo, seguir en todo el común régimen de vida. Amador sincerísimo de la pobreza religiosa, nada tomaba con tanto empeño como conservar intacta esta preciosa herencia de Jesucristo, proponiéndola en sí mismo como ejemplo a sus súbditos. Animado de tal espíritu de penitencia, que parecía exceder de toda medida, gobernaba ásperamente a su propio cuerpo, de modo que los Padres Asistentes se vieron obligados muchas veces a censurárselo. Pero cuando se trata de sus penitencias, los santos no suelen ser fáciles al ajeno consejo, porque los creen inspirados por un afecto excesivo. Dormía muy pocas horas, era parquísimo en la comida, repetía frecuentemente los ayunos y otras austeridades, entre las cuales no era la menor el no salir casi jamás de su aposento, ni aún para tomar el sol y respirar aire puro en el jardín de la quinta.

Estos rigores, dignos de los más austeros cenobitas, unidos a un padecimiento crónico y a las fatigas de las misiones y gobiernos que había tenido a su cargo, consumieronle tan por completo las fuerzas, que su vida era una continua agonía; pero ni se puso en manos de los médicos hasta que sintió que se apagaba del todo su existencia, ni guardó cama hasta pocos días antes de morir. Por lo cual su enfermedad no tuvo remedio; como que se apoderaba de un cuerpo ya gastado, que sólo se sostenía por el esfuerzo sobrehumano de la voluntad.

Cuando el Padre Anderledy se halló ya próximo a su última hora, se pidió por telégrafo la bendición Pontificia, que no tardó en ser benignamente concedida, con lo cual el enfermo se llenó de consuelo. Poco rato después recibió los últimos Sacramentos

con profunda y tiernísima piedad; a todos pidió perdón humildísimamente; protestó de su gran amor a la Compañía, y levantando la mirada y las manos al cielo, bendijo a todos sus hijos esparcidos por el mundo. Sin perder el conocimiento y sin agonía, con la paz en el corazón y la sonrisa del justo en los labios, a las once de la noche del 18 de Enero, festividad de la Cátedra de San Pedro en Roma, en medio de las oraciones y el llanto de cuantos se hallaban presentes, entregó a Dios su hermosísima alma.

Su cadáver, expuesto en una sala convertida en Capilla, fue visitado por muchísimas personas que daban señales de respeto y emoción. La conducción fue modestísima, como el difunto lo tenía dispuesto, pero vióse honrada con la asistencia de todos los canónigos y clérigos del Seminario, de una numerosa representación de los Padres Franciscanos y Escolapios, y de muchísimos Hermanos de la Misericordia. También iban en el entierro los Padres Asistentes que, a pesar de la crudeza del tiempo, quisieron dar a su amadísimo Padre esta última y triste prueba de su afecto.

Los restos del Padre Anderledy yacen en el cementerio de Tiesole, y cuando haya transcurrido el espacio de tiempo que disponen las leyes, serán trasladados a Roma y enterrados junto a los de los demás Generales.

R. I. P.

(La Civiltà Cattolica.)

ATALIA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

(TOMADA DE LA SAGRADA ESCRITURA)

por RACINE

Traducción de VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA

(Continúa.)

OTRA VOZ

¡Oh de David alcázares!
¡Oh pueblo de su amor!
¡Oh monte celeberrimo,
En donde a Dios, un día,
Por largo tiempo plúgole
Fijar su estancia plal
¿Cómo celeste cólera
En vos fatal cayó?
¡Sión, del pecho férvido,
Sión, tan adorada!
¿Qué dices presa hallándote
De exótica malvada,
Y al ver que impía ¡ay! siéntase
En trono de David?

TODO EL CORO

¡Sión! del pecho férvido,
Sión, tan adorada,
¿Qué dices presa hallándote
De exótica malvada,
Y al ver que impía ¡ay! siéntase
En trono de David?

LA MISMA VOZ (CONTINÚA)

En el lugar, dó cánticos
Hermosos te entonaba
David y santos ímpetus
Ansioso te espresaba,
Y en armoniosa cítara
Loaba a su alma Dios;
¡Sión, del pecho férvido,
Sión, tan adorada!
¿Qué dices cuando al ídolo
De exótica malvada
Maldicen y el nombre inclito
Veneran del Señor?

UNA VOZ SOLA

Por cuánto tiempo, ¡oh Altísimo!
Por cuánto todavía
Veremos a los réprobos
Alzarse en rebeldía?
¡Hasta en Tu altar terrífico
Te vienen a insultar!
Y tratan como a imbéciles
A quienes Te aman tanto.

Por cuánto tiempo, ¡oh Altísimo!
Por cuánto ¡oh Dios! por cuánto
Veremos a los réprobos
Te nombre blasfemar?

UNA VOZ SOLA

De que vos sirve, dícnos,
Esa virtud salvaje?
¿Por qué al placer dulcísimo
Hacéis tamaño ultraje?
En nada de vos duelese
Vuestro dormido Dios.

OTRA VOZ

Cantemos, divirtámonos,
Clama esa tropa impía;
En flores, goces vívidos
Saciemos la ardentía.
¡Cuán necio aquel que plácese
En porvenir traidor!
De nuestras horas rápidas
El número es incierto:
Hoy, hoy apresurémonos
En pos de goce cierto:
¿Quién de un mañana incógnito
Verá lucir el sol?

TODO EL CORO

Que viertan, ¡oh Dios! lágrimas
Que túrbense de espanto,
Aquellos hombres míseros,
Que de Te pueblo santo
Jamás verán el fúlgido
Y eterno resplandor.

A nos, a nos, de cánticos,
Señor, derecho asiste;
A nos, a quien Te célicas,
Eternas lumbres diste;
A nos, a Ti, munífico,
Y excelso enaltecer.

UNA VOZ SOLA

De todo aqueso frívolo
Gozar con tanto empeño,
¿Qué restará por último?
Lo que de vano sueño,
Que, al despertar, conócese
Que sombra solo fué.
Cuando despierte el réprobo,
¡Qué despertar de horrores!
Mientras el justo sáciase
En célicos dulzores,
El beberá en la tétrica
Copa de inmenso horror,
Que en día de tu cólera
Darás al ímpio humano.

TODO EL CORO

¡Que despertar tan hórrido!
¡Que sueño tan liviano!
¡Oh que fatal y mísero
Y peligroso error!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

MATHAN, NABAL, el CORO

MATHAN

A Josabeth, (d.), vírgenes: decidla
Que Mathan en secreto quiere hablarle.

UNA DE LAS NIÑAS DEL CORO

¡Mathan! ¡Oh Dios! ¿por qué no le confundes?

NABAL

Oh ¡todas sin hablarte, de ti huyeron!

MATHAN

Acerquémonos,

ESCENA II

ZACARIAS, MATHAN, NABAL,
ZACARIAS

Donde, temerario,

¿Donde intentas pasar? No: tu no puedes.

Invadir más allá de este recinto;
Porque la ley prohíbe á los profanos
La morada del sumo Sacerdote.
¿A quién, di, buscas? En tan almo día
Mi padre evita el criminal aspecto
Del ídolo impuro; y prosternada
Mi madre ahora ante el Señor potente,
No gusta que en sus preces la perturben.

MATHAN

Esperaremos, niño: no molestes:
Deseo hablar á tu preclara madre
Acerca de un mandante de la reina.

ESCUENA III

MATHAN, NABAL,

NABAL

Ya su misma altivez sus hijos tienen:
Mas ahora la reina ¿que medita?
¿Por qué tal confusión en sus consejos?
De insolente Joad hoy ofendida
Y de un niño fatal amenazada,
En sueños iba ya, á su ardiente cólera
A inmolar á Joad, y en este templo
Por fin poner á Baal y á ti. Tú mismo
Me habías confiado tu alegría,
Y en tan rico botín ansiaba parte,
¿Por qué de parecer cambió la reina?

MATHAN

Dos días ha que me es desconocida.
En ella ya no veo aquella augusta
Intrepida, ilustrada soberana,
Tan superior á su cobarde sexo,
Que al principio aplastaba por sorpresa
A sus contrarios, y sabía todo
El valor de momentos que se pierden:
Su magnánimo pecho está turbado
Por frívolo aguijón: vacila, duda:
Mujer al fin. De hieles y amargores
Yo llenara su pecho ya temblante
A la celeste cólera: ella misma,
Fiando á mi cuidado su venganza,
Me había dicho que, con gran secreto,
Su guardia preparase: pero sea
Que el niño á su presencia conducido,
(Desecho, según dicen, de sus padres.)
Haya menguado las alarmas tristes,
De su sueño terrífico, ora sea
Que descubriese en él no sé qué encantos,
Su cólera he encontrado vacilante,
Incierta, y demorando su venganza
Para mañana. Todos sus proyectos
Bregan al parecer, en brava lucha.
«De aquese niño ya he tomado informes,
»Le he dicho yo: se elogian sus abuelos:
»Joad de vez en cuando lo presenta
»A los facciosos: hace que le esperen
»Como otro Moisés, y se autoriza,
»Y apoya sobre oráculos falaces.»
Vergüenza le han causado tales voces:
No habrá mentira con tan pronto efecto.
«En tal vaivén languidecer debiera?
»Salgamos, exclamó, de incertidumbres.
»Tú mismo á Josabeth di lo siguiente:
»Se va á encender la llama, y el acero
»Está ya preparado: nada puede
»Las ruinas impedir de vuestras aras,
»Si en rehenes no me dais á aquese niño.»

NABAL

¡Qué! por un niño que ellos no conocen,
Que tal vez á sus brazos fué por suerte,
Consentirán que sepultado el templo
Bajo la hierba....

MATHAN

¡Oh! no: tú no comprendes

Al hombre más soberbio de este mundo
Antes que á mí Joad me entregue un niño
Que á su Dios consagró, verásle impávido
Desafiar la muerte más terrible.
Además se conoce que le tiene
Amor profundo. Porque si he entendido
Lo que la reina me contó, conoce
Joad del nacimiento de ese infante
Muy más de lo que dice. Pero sea

Quien fuere, me parece que funesto
Les ha de ser: se negarán á darle:
Las consecuencias corren por mi cuenta:
Y espero que por fin del templo odiado
Me librarán la espada y el incendio.

(Continuara)

El príncipe de Gales habla sobre la salud.

En sus hábiles y oportunas observaciones con motivo de la apertura del Congreso Internacional de Higiene en St. James's Hall, en Londres, el 10 de Agosto de 1891, el Presidente ó sea el Príncipe de Gales, dijo: «El mayor grado de prosperidad posible es cuando tanto el rico como el pobre pueden hacer tales obras de utilidad que gocen la mejor salud y vigor posible.»

Muy verdad: pero ¿cómo puede desarrollarse mejor la salud pública? Evidentemente por medio de tales medidas preventivas como el Congreso se reúne para considerar y por medio de remedios fidedignos mientras ciertas enfermedades sigan prevaleciendo.

Nos permitimos someter á continuación un ejemplo de esta última necesidad en forma de relato, el cual no podrá por menos que convencer á cuantos la lean.

(ES COPIA)

«Yo, Margarita Morland, de Thastle Nest Farm, Haya Park, cerca de Knaresboro, Yorkshire, Inglaterra, declaro solemnemente lo siguiente:

«He sufrido toda mi vida de endebles en el estómago, de indigestión y enfermedad del hígado. Jamás me hallé enteramente bien sino que siempre he estado padeciendo y nunca parecía recuperar fuerzas. Mi paladar era malo, sintiéndome una sensación extraña de abatimiento en la boca del estómago. Siempre me sentía dolor después de comer, por más sencillo que fuese el alimento. Mi apetito era poco, y lo poco que comía no parecía darme fuerza. Experimentaba mucho dolor en el pecho y en los costados y me sentía como si me estuviese sujetando ó como si estuviese atada por la cintura. Amenudo padecía de náuseas, y con frecuencia no me hallaba bien hasta después de vomitar todo el alimento que hubiera tomado. Me sentía abatida, endeble y acongojada como si algo pendiese sobre mí. Me era imposible dormir de noche y llegué á ponerme tan mal, que aun temía el irme á acostar, pues solía quedarme despierta por horas enteras, y al levantarme por la mañana me hallaba más cansada que cuando me iba á la cama. Tra-curriendo los años me puse de mal color; mi piel, y especialmente el blanco de los ojos estaban teñidos de un color amarillento, y en ocasiones me hallaba tan pálida como la cera. En Agosto 1880, mi estómago mostró estar muy irritado y todo cuanto comía se agriaba en él; así es que vomitaba de continuo un fluido feo y amargo ó bien gas. Tomaba poco ó ningún alimento, y después de cada porción de alimento, ya fuese líquido, me violentaba y vomitaba como si mi interior quisiese salir también. El dolor en el corazón llegó entonces á tal severidad, que me alarmé y mandé llamar al médico, el cual me asistió durante diez ó doce semanas, pero las medicinas que me recetó, no me hicieron ningún bien. El médico no parecía poder acertar con mi enfermedad y cambiaba la medicina una y otra vez, pero á pesar de todo, mi salud empeoraba en vez de mejorar. Por último perdí toda fe en medicinas y las abandoné. Ya me jor, ya peor, continúe así hasta Julio 1888, cuando se afectaron mis riñones. Experimentaba fuertes dolores en la espalda y me hallaba imposibilitada evacuar mis orines. Mi piel estaba seca y caliente, mis labios quemados y calenturientos.

«Después de cierto tiempo mis orines se reuvieron de tan mala manera, que creí morir. Mi debilidad aumentaba de día en día y sentía que de no producirse un cambio sin más demora, mi condición se haría crítica, pues el dolor era más fuerte de lo que yo podía soportar. Ni aun tampoco podía sufrir el acostarme, y me veía precisada á abandonar mi cama y pasearme en mi habitación. Tomé toda clase de medicinas, pero nada me facilitaba más que un

alivio momentáneo y seguí arrastrando mi existencia en este estado hasta Diciembre 1888, cuando el Sr. Day, el farmacéutico, en Knaresboro, me mandó un libro en el que se hablaba de una medicina llamada el «Jarabe Curativo de la Madre Seigel» y leí en él de un caso semejante al mío, en el que el enfermo fué curado por esta medicina. Determiné probarla y mandé á casa del Sr. Day por una botella grande del Jarabe y empecé á tomarlo. Pronto comencé á encontrar alivio, y el alimento se digería mejor y me daba más fuerzas y los dolores en la espalda y los costados me abandonaron. Ya podía dormir mejor y recuperaba gradualmente mis fuerzas cada día, y cuando hube tomado una botella de las de 4 chelines y 6 dineros, me encontré mejor que nunca lo estuve durante mi vida, y tomando una dosis de cuando en cuando me he conservado en buena salud desde entonces. Mencionaré que pagué seis libras á un médico sin recibir alivio ninguno. Estoy muy agradecida con motivo del mucho beneficio que he experimentado de tomar el «Jarabe Seigel» y deseo que otros lo sepan.

«He recomendado la medicina á muchos en este distrito con gran ventaja. Mi hija, la señora Ware, que reside en York, fué curada de una severa dispepsia después de haber fallado todos los demás remedios. Si publicando esta declaración puedo hacer algún bien á los demás, tendré verdadera satisfacción, y desde luego doy autorización á los dueños del «Jarabe Seigel» para que hagan de este testimonio el uso que crean conveniente, y hago esta declaración en conciencia y en la inteligencia que es verídico.

«En virtud de lo que provee el La Ley acerca Declaraciones Judiciales de 1835 (Guillermo IV, c. 62).

(Firma)

MARGARET MORLAND

«Declarado ante mí en Leeds en el Condado de York por dicha Margarita Morland el lunes 10 de Agosto 1891.

«(Firma) ALF COOKE, Corregidor de Leeds.»

El Sr. D. Guillermo Morland, esposo de esta señora, es un labrador bien conocido y muy respetado. Ha vivido en su actual hacienda en Throstle Nest Haya Park diez y siete años, y toda su vida en ese distrito. Este señor se hallaba presente cuando la precedente declaración hecha por su señora fué leída y atestiguó su veracidad. La enfermedad de la señora Morland, la indigestión y la dispepsia, es bastante común y fatal para que se imponga uno el deber de dar la mayor publicidad á un remedio que la cura.

De ahí que hayamos hecho mención del citado caso en conexión con el trabajo de la sociedad, de la que es presidente Su Alteza Real.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

«El Jarabe Curativo de la Madre Seigel» está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

A los profesores y profesoras

Con objeto de contribuir al desarrollo de los conocimientos industriales, la casa VICTOR VAISSEIER de París, Madrid, Barcelona y Roubaix, pone, GRATUITAMENTE, á disposición de los Señores Profesores y Profesoras de enseñanza, las primeras materias del jabon de tocador, acompañadas de un folleto, que les permite dar á sus discípulos lecciones de cosas útiles é interesantes.

Los pedidos deben dirigirse con preferencia á la Fábrica de Roubaix, (Francia).

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis.

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 8

1892

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
 DE
ZOZAYA, (Editor).
 PROVEEDOR DE LA REAL CASA
 Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34
 Especialidad en música religiosa
 Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles
 y extranjeros.
 OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23
 RELOJES
 DE PRECISIÓN Y CONFIANZA
JORGE G.º GIROD
 Sucesor de Losada.

GRANJA DEL ATANOR

Paseo de Melancólicos, 4 (Ronda de Segovia) y calle de Moreno
 Nieto, 1 (izqda. de la calzada del Puente de Segovia) Madrid

Grandes y escogidas colecciones, á la vista y á elección de los compradores, de árboles frutales, de sombra y de adorno, y coníferas de todas clases, variedades y tamaños. Arbustos de hoja persistente y caediza. Especialidad en rosales ingertos. Construcción y arreglo de jardines, parques y paseos. Plantaciones en grande y pequeña escala dentro y fuera de Madrid. Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141) y en la oficina central, calle de San Miguel, 27, primero izquierda (teléfono 1.149).

SEÑORAS

Si queréis Sombreros elegantes y más baratos que en parte alguna, ver la gran colección de esta casa. Precioso surtido de tocas y sombreros redondos de mañana á 70 y 80 reales. Para vestir, elegantes modelos de capotas y sombreros desde 6 duros. Precios fijos.

Mad. Fernetto, BARQUILLO, 27

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.º FRANCK



Cuando enfermo, — Fíjese Ud. á un largo espejamiento, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, para ellos le curarán de su constipación, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Ud. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

ES DIGNA DE SER VISITADA LA NOTABLE EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS

Y
coronas.

DE
G. KUHN SEIS SALONES Pisos principales. CRUZ, 42

Sección 1.ª—Flores para vestir. 2.ª—Ornato de salón.—3.ª Flor para iglesia.—4.ª Flor para cementerio.—5.ª Material para flores.—6.ª Plumas y azabache para sombreros.

Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar,—y modelos de cristalería, mayolica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes, novedad en piel caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza y lana.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

ESPECIALIDAD EN GUANTES Á LA MEDIDA
7, Fuencarral, 7

EL VINO de PEPTONA CATILLON
 restablece las fuerzas,
 las digestiones, el apetito.
 Es el mejor reconstituyente de
 las personas debilitadas por
 la edad, el crecimiento, las enfermedades

DEL ESTOMAGO
 LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
 Su grandioso éxito ha dado origen á
 muchas imitaciones; debe, pues, exigirse
 la firma CATILLON.
 3, Boulevard Saint-Martin, París
 y en las buenas farmacias

MEDALLA EN BARCELONA, 1889

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cereria; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **CERAS PURAS DE ABEJAS** para el **Culto católico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.
CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecín, Parafina, Estearina, etc., etc.

FÁBRICA DE BUJIAS

Estearicas y transparentes, blancas y colores

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones estearicos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar
Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LOS QUE TENGAN TOS
 va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
 sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, use el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento. — Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID Y PROVINCIAS

Un mes.....	1,50	pta.
Tres meses.....	4	"
Seis meses.....	7,50	"
Un año.....	15	"

CUBA Y PUERTO RICO

Seis meses.....	2 1/2	ps. fr.
Un año.....	4	"

NÚMERO 4.—Madrid 29 de Febrero de 1892

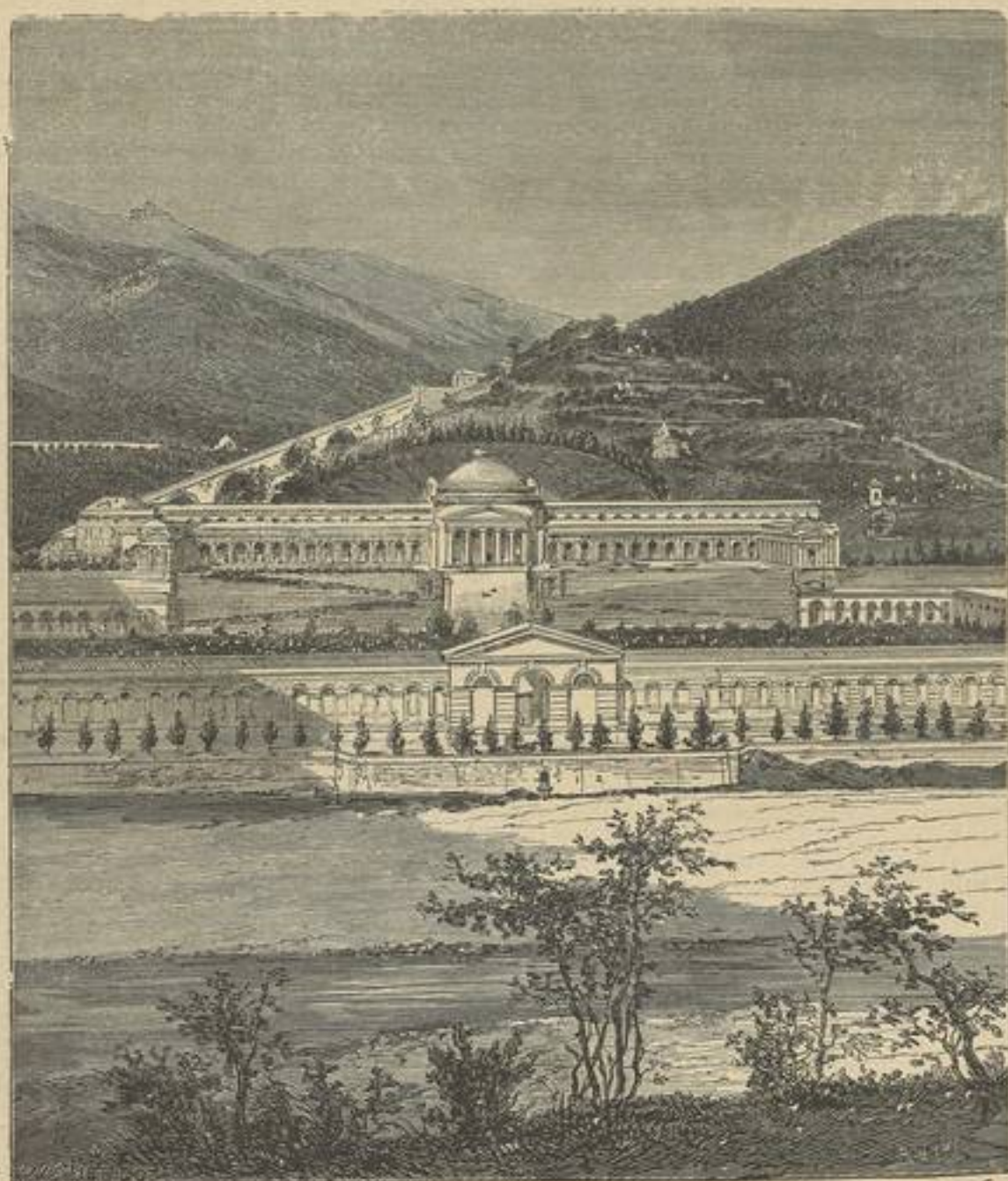
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EXTRANJERO

Seis meses.....	11	francos.
Un año.....	21	"

FILIPINAS Y AMÉRICA

Seis meses.....	3	ps. fr.
Un año.....	5	"



CEMENTERIO DE GÉNOVA

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—Preparativos de Carnaval, por Angel Salcedo y Ruiz.—Desde Filipinas, por Francisco Aguilár y Blanca.—Revista Internacional, por Francisco de Paula Salcedo.—Los halles (a la diquesa de...), por E. Xivizarreta.—Nuevo arte religioso, (III) por José Fernández.—Atalia, (tragedia) traducción de Victor Suárez Capollega.

GRABADOS

Cementerio de Génova.—Jurón morisco.—Alegoría de El Grulo del Cristianismo.—Apuntes y recuerdos de Bilbao.—Fuentes Catedral de Madrid.—Mujeres en acción.—Tipo árabe.

LA QUINCENA

Como el mundo conoce ya en España y se sabe de memoria, como si se tratara de una indiscutible gloria nacional, los hechos culminantes de la breve y gloriosísima existencia de Menéndez Pelayo. Apenas hace dos lustros que desde las gacetillas de los periódicos que se titulan órganos indiscutibles de la opinión pública y directores del pensamiento nacional, se llamaba el doctor recién salido de las aulas universitarias ratón de biblioteca y rebuscador inútil de papeles viejos. Pocos hombres han sabido elevarse en menos tiempo a las alturas inaccesibles, a las que no pueden alcanzar los tiros de la envidia. Porque tan por encima del resto de sus contemporáneos se encuentra colocado, que todos, sin excepción, se ven obligados a reconocer su talla de gigante que, a la simple vista, descuella, no ya como *inter viburna cupressum*, sino como un ciprés de raza extraordinaria, ante cuya soberana grandeza rinden las frentes, mudos de admiración y de asombro, árboles robustos y lozanos que son gala y orgullo de la selva.

La ciencia que brota siempre a raudales de su pluma, su erudición portentosa, aquel original y personalísimo criterio con que sabe dar vida a los materiales allegados por su incansable actividad, sus condiciones de polemista, de crítico sin rival, de poeta, de bibliógrafo, de historiador digno de los tiempos clásicos, de estilista inimitable; y la serie de publicaciones estupendas que ha dado a luz demostrando que en él no se cumplen las leyes de relación entre el tiempo y el trabajo, lo colocan en la esfera superior del genio, y hacen de él, como dice con razón sobrada el P. Blanco García, «una representación viva de la España tradicional, cuyo espíritu parece haber resucitado en el suyo, dejando aún espacio libre donde caben desahogadamente el ideal clásico y el del mundo moderno, y le han inmortalizado en vida, dándole derecho, si alguna vez puede tenerlo un mortal, a la apoteosis que hoy se emplea y se prostituye en los aduladores del error triunfante.»

Entre el número increíble de sus libros sobresale la *Historia de las ideas estéticas en España*, obra originalísima, en la que campean todas las dotes que adornan a su egregio autor, y bastante a inmortalizar, no ya el nombre de un individuo, sino el del pueblo afortunado donde ve la luz. España, con el libro de Menéndez Pelayo en las manos, bien puede mirar con altivez a las extrañas naciones y a los pueblos noveleros que la acusaron mil veces de rémora de los adelantos y de enemiga del movimiento progresivo de la humanidad; y esos pueblos, a su vez, han de sentir en sus corazones, aunque no lo confiesen, un respeto profundo hacia esta amadísima patria nuestra, que si hoy no da vida a preclaros capitanes que inmortalicen su nombre con legendarias hazañas, todavía sabe engendrar hijos que la enaltezcan y conquistaron para ella inmarcescibles laureles en las luchas del pensamiento y en las lides de la palabra.

Un crítico de tan subido valor y de ideas tan extrañas a las nuestras como Mariano Cavia, dice en *El Liberal* que para la obra de Menéndez Pelayo parece haberse inventado el adjetivo de *monumen-*

tal, que tan sápidamente se prodiga; y analizando el volumen que acaba de aparecer, afirma que es un volumen de tan alto precio, y forma por sí solo un cuadro tan admirable del romanticismo francés, estudiado desde todo género de puntos de vista, que el silencio del cronista español ya no podría achacarse sino a estupidez ó malquerencia.

Y mas adelante añade:

«Obra maestra es el cuadro en que Menéndez Pelayo enumera, analiza, define y pinta—porque en aquellas quinientas y pico de páginas la línea y el color responden con expresión exactísima a la idea y al dato—todas las figuras, todas las obras, todas las evoluciones, todo el temperamento del genio literario y artístico francés, desde la remota época de las *canciones de gesta* hasta la aparición de Balzac en la novela, de Bainte-Beuve en la crítica, y de los grupos posteriores a Musset y Gautier en la lírica.»

Todas estas frases de encomio son honrosas para el autor que las recibe, por más que le correspondan de justísimo derecho; pero también para el crítico que tiene el valor de estamparlas, demostrando de esta manera que su espíritu sabe hacerse superior a preocupaciones sectarias y a intransigencias de escuela, cuando se trata de reconocer la verdad y de rendir tributo al mérito verdadero.

Y para terminar este punto, citamos las siguientes palabras que escribe Menéndez Pelayo en la advertencia preliminar del volumen que acaba de salir a luz:

«El silencio y la indiferencia de la crítica son tales, que, si no nos alienta ni nos estimula, tampoco nos molesta ni perturba imponiéndonos modas y preocupaciones del momento, ni sujetándonos a la tiranía del mayor número, como en otras partes suele acontecer.»

Indiferencia de la crítica; indiferencia del público. Esta es la suerte que cabe en España a los que como Menéndez Pelayo trabajan de verdad por engrandecer el nombre de su patria. Los españoles de ahora andamos muy atareados en cosas de mayor fuste. Y sin embargo, gracias al libro de Menéndez Pelayo, y a algún otro parecido, no será una tristísima realidad en nuestros días aquella afirmación injuriosa y ridícula de Guizot, de que «sin tener en cuenta para nada a España, podría perfectamente escribirse la historia de la civilización europea.»

Una triste noticia tenemos que comunicar a nuestros lectores. El día 23 del corriente ha fallecido en Roma el Cardenal Mermillod, a quien dieron tan universal notoriedad las luchas que se vió precisado a sostener con los poderes políticos de su patria. Era en 1870, y Mons. Mermillod acababa de regresar a su diócesis, de vuelta del Concilio Vaticano, en cuya augusta Asamblea había resplandecido la sabiduría del entusiasta Prelado suizo como estrella de primera magnitud del firmamento de la Iglesia. El Consejo de Estado de Ginebra le mandó que abandonara el Obispado, no reconociendo más autoridad que la del Obispo de Lausana. Monseñor Mermillod, siempre tan sumiso a las leyes patrias, desconoció entonces la autoridad del Consejo de Estado; éste, a su vez, suprimió el Obispado de Ginebra, separando definitivamente a Mons. Mermillod. El Prelado, tan incuamente desposeído, acudió a la Santa Sede, y ésta dió inmediatamente un Breve separando del Obispado de Lausana el territorio de Ginebra, y nombrando a Mermillod Vicario del mismo. Pero el Consejo de Ginebra y el Consejo federal desconocieron la autoridad Pontificia, y después de muchos y ruidosos incidentes, Mons. Mermillod fué expulsado del territorio de Suiza. Hicieronse en su favor imponentes manifestaciones populares, y Mons. Mermillod excomulgó poco después al Vicario intruso de Ginebra, nombrado por el Gobierno suizo.

Había nacido en Caronge, pueblecillo próximo a Ginebra, en 1824. Desde su promoción al sacerdocio se había consagrado con alma y vida al ministerio de la predicación, distinguiéndose por su fogosa oratoria, por una elocuencia originalísima, salpicada de imágenes brillantes y de frases pin-

torescas, que mereció de un crítico afamado el calificativo de oratoria *romántica*. Aún se recuerdan en París los sermones que predicó durante la Cuaresma de 1862 y 1863; y poco después pronunció en Orleans su famoso panegrico de Juana de Arco, que le valió ser colocado en el número de los grandes oradores contemporáneos. Lo fogoso de su elocuencia y las maravillosas dotes de polemista que plugo al cielo concederle, se encontraban, sin embargo, templadas, como en San Francisco de Sales, su antecesor en la Sede ginebrina, por un gran espíritu de caridad y de compasión hacia sus semejantes.

Vestía la sagrada púrpura desde el año 1890. Su nombre era conocidísimo en Suiza, Italia, Francia y Bélgica, y perdurablemente irá unido a la grande obra de los Congresos Católicos, de los que fué promovedor infatigable, habiendo resonado en algunos de ellos aquella su voz poderosísima, en la que parecían vibrar los acentos de los primeros Apóstoles del Cristianismo.

El ilustre Prelado deja escritos bastantes libros de polémica religiosa unos y de mera erudición los otros; libros en los que resplandecen, asimismo, algunas de las dotes que abrillantaban su oratoria, y por los que vivirá seguramente su nombre en las generaciones venideras.

Su fortaleza era verdaderamente apostólica, y ardentísimo su celo en defensa de los intereses religiosos; y a estas virtudes, practicadas en grado heroico, debió las persecuciones de fué víctima, su injustísimo destierro, y el haber espirado en Roma, a la sombra del Vaticano, es cierto, y casi bajo las miradas del Supremo é infalible Pastor; pero lejos de la amada patria, y pudiendo solo con el pensamiento mirar por vez postrera los libres y hermosísimos valles nativos que presenciaron los juegos de su infancia, que lo vieron luego irse por grados elevando en el camino de la iniciación sacerdotal, y que recogieron, por último, los más regalados y sabrosos frutos de su largo y fecundo apostolado.

Sobre el sepulcro de Monseñor Mermillod, bien pueden escribirse las palabras del gran Pontífice:

Amavi justitiam; odivi iniquitatem, propterea morior in exilio.

Las letras españolas también están de luto con la muerte del poeta D. José Velarde, ocurrida en esta corte el día 23 del corriente, cuando más risueños horizontes le presentaba la existencia y más briosa sentía en su alma latir la inspiración, aquella inspiración que había cantado las magnificencias de la naturaleza andaluza en versos hermosísimos, escritos muchos de ellos con la misma pluma del insigne autor de *Granada* y de los *Cantos del trovador*.

Porque, como poeta descriptivo, pocos superarán a Velarde. En sus versos ha sabido condensar, en efecto, como nadie, los rayos del espléndido sol de Andalucía, las magnificencias de aquel cielo que, según Fernán Caballero, tiene el encanto de una sonrisa y el embeleso de una mirada de amor; el aroma de sus brisas, impregnadas del olor de los claveles y de las rosas, del aliento de los azahares y de las madrevelas, y de la fragancia exquisita de las hierbas que tapizan con manto de esmeralda las abruptas peñas de sus agrestes serranías; la soemne majestad de sus vastísimas dehesas; la alegría de sus viñedos y sus campos, inundados por las oleadas de aquella luz meridional, deslumbradora y ardientísima, que pinta con el color de la púrpura las cimas de los montes y arrebola los horizontes lejanos con resplandores de incendio; la mansa placidez con que el tranquilo Bétis besa los pies de la soberbia sultana, que se complace en mirarse en sus aguas y en contemplar cómo se reflejan en éstas aquellos naranjos, que son su manto, y aquella Giralda, que es su espléndida corona; y la terrible furia con que se encrespan las olas de los mares gaditanos, y se estrellan en incansable afán contra los peñascos de la costa; de aquella costa brava y temible, que se avecina al Cabo de Trafalgar, y en la cual, como una banda cansada de gaviotas, se alzan las humildes casas de Conil, que fué la

patria de Velarde, y el medio, como ahora se dice, en que se formó su espíritu y comenzó a ensayar sus primeros vuelos la fantasía del poeta.

Lo que Velarde era como paisajista demuéstralo sólo la siguiente décima, que el Sr. Ruiz Martínez ha exhumado en las columnas de *La Correspondencia*, recordando de paso que el rey D. Alfonso XII la recitaba muchas veces de memoria:

«De los campos de esmeralda
no queda ya ni el rastrojo,
y seco el pámpano rojo
pierde la vid su guirnalda.
Con su haz de leña á la espalda
vuelve el rústico al hogar,
y hay sólo por cosechar
la aceituna que negrea,
y que el mirlo picotea
silbando en el olivar.»

Las aficiones de Velarde coincidieron con las de casi todos los poetas de la llamada escuela sevillana, pero con tendencias muy pronunciadas al romanticismo; y aun quiso meterse en honduras filosóficas y trascendentales, que no se habían hecho para él; así que no salió bien librado de estas tentativas. En este concepto casi le fué perjudicial el prurito de imitar á Núñez de Arce; afán que lo llevó á publicar, á compás que iban apareciendo los poemas del autor de los *Gritos del combate*, otros semejantes en la factura y en el pensamiento, tales como *La velada*, *Fray Juan*, *Fernando de Laredo*, *La niña de Gómez Arias*, *A orillas del mar* y algunos otros.

En nuestro concepto, no pasaron éstos de ensayos más ó menos felices.

Cuando abandonaba este camino, que no era el suyo, y volvía á seguir la senda que le trazaba el impulso de su propia y genial inspiración, era cuando aparecía como verdadero poeta digno de que su nombre figuré al lado de los nombres más ilustres que abrilantan la historia del Parnaso español.

En Velarde valía el hombre tanto como el poeta. Su carácter era dulce y bondadoso, y su sensible espíritu imponía el cariño á cuantos le trataban, que no podían por menos de enamorarse de su exquisita modestia; porque Velarde era hasta tal punto modesto, que jamás buscó ni solicitó á los que hubieran podido favorecerle, y hasta rehuía hablar de sus estrecheces, que en algunos momentos eran bien graves, con aquellas personas que, como el Rey Alfonso XII y algunos personajes de nuestra aristocracia, sinceramente lo querían, y repetidamente le habían ofrecido su protección y ayuda.

Un detalle tristísimo ha venido á aumentar en la casa de Velarde la negrura de esas horas terribles que preceden á la última y fatal separación. Cuando en la mañana del pasado miércoles llegaron á aquel hogar enlutado los amigos que iban á rendir al cadáver del poeta el último tributo, supieron que de los siete hijos que ha tenido Velarde, el último, niña de cuatro ó cinco meses, había muerto también aquella madrugada. ¡Qué lúgubre y desconsolador espectáculo, el de la deliberación que sostenían los allegados de la familia, para decidir si se conduciría ó no el cadáver de la hija juntamente con el del padre!

El Sr. Ruiz Martínez, en el precioso artículo á que más arriba hemos hecho referencia, después de lamentar su temprana muerte y de sentir que tan pronto se haya desvanecido una tan brillante esperanza, termina diciendo:

«Un sentimiento de caridad nos hace volver la vista á su desolada familia.

Una mujer, joven y hermosa aún, llorando por un marido á quien idolatraba, se encuentra rodeada de seis huérfanos, con el cadáver presente de su último hijo y sin ningunos medios de fortuna. Ya que el desinterés y la modestia del que fué su esposo no encontró la recompensa que merecía, ¿no sería justo honrar la memoria del muerto aliviando la viudez y orfandad de los vivos?

Hay en Madrid almas bastante nobles y generosas, para que no hagamos inútilmente esta pregunta.»

Que las palabras del Sr. Ruiz Martínez encuentren eco en los corazones generosos, son nuestros deseos; y al par rogamos á nuestros lectores ten-

gan presente á Velarde en sus oraciones, para que Dios nuestro Señor se digne recibir al alma del poeta en el seno de su infinita misericordia.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO

GRABADOS

Cementerio de Génova.—(Pág. 49).

Con Barcelona y Marsella, constituye Génova el triunvirato de ciudades directoras del golfo Mediterráneo. En otro tiempo cabeza de república, sirva de Francia después, teatro de la heroica resistencia de Massena, incorporada al Piemonte por el tratado de Viena, Génova es hoy capital de la provincia de su nombre, plaza fuerte, ciudad mercantil, famosa en todo el mundo por su opulencia, hermosura, abundancia de mármoles, magnificencia de monumentos públicos y por el carácter activo y emprendedor de sus hijos. Como en otras muchas ciudades de Italia, el cementerio es uno de los más notables monumentos públicos, digno de la población que Mad. Stael llamó *ciudad regia*. El mármol, tan copioso y rico en la región liguriana, ha servido para que los escultores, siempre originales é inspirados en Italia, llenen aquel augusto y sagrado recinto de soberbios mausoleos, columnas y estatuas, que son primorosas obras de arte, al par que tiernos recuerdos de los que viven á los que fueron. Y como Génova ha sido patria de innumerables hombres celeberrimos y asiento de familias nobilísimas, las inscripciones que decoran los sepulcros del cementerio de Génova evocan memorias de pasadas grandezas militares, artísticas, científicas y políticas. Allí se leen apellidos que la guerra ó las artes de la paz hicieron por siempre ilustres y famosos. Así pasa la gloria del mundo. Del hombre más notable sólo queda eso, por lo común: un epitafio, que los venideros suelen leer con más curiosidad que interés. Y de otros ¡¡ni eso sobrevive!!!

Jarrón morisco (pág. 52.)

En todas épocas el ánfora, jarrón, cántaro ó vasija de algún tamaño, han sido muy del uso entre las gentes de alta y mediana posición.

Griegos, romanos y árabes tuvieron en esta clase de objetos un esmero verdaderamente artístico, y más de un ejemplar de jarrón morisco atestigua la habilidad y buen gusto de la raza que habitó la Alhambra granadina.

Pero en todos tiempos también los jarrones destinados al adorno de patios y habitaciones, han sido adornados con labores primorosos en las cuales se han inspirado para reproducirlas nuestros artistas contemporáneos.

Y aun ha habido artistas de genio que en riquísimas ánforas han dejado huella indeleble de su talento. Recuérdese el jarrón hermosísimo de Mariano Benlliure, comprado por cuantiosa suma por el conde de Valdelagrana.

La moda del día exige, en cualquier sala de mediano adorno, jarrones que decoran bien y manifiestan cierto gusto en los dueños. Los hay japoneses, alemanes y de otros países, siendo muchos de ellos verdaderos cacharros de pésimo arte y de labores charras y vulgares.

En cambio cualquier reproducción, mejor ó peor hecha, de cualquiera de los jarrones árabes ó moriscos que se conocen, tiene un sabor de época y una atracción por artes de intimidad y de temperamento, que las hace siempre apreciables.

Nuestro grabado representa una reproducción, muy linda por cierto, hecha por el Sr. Avecilla.

Alegoría á: «El Genio del Cristianismo...».—(Pág. 53).

La alegoría que reproducimos, fué ideada y dibujada por el artista Sr. Barnet, para decorar y simbolizar una edición de *El Genio del Cristianismo* de Chateaubriand. La base de la composición es un fragmento arquitectónico, de género ojival, campeando en el hueco de la ojiva como si se viese á gran distancia la simpática masa de San Pedro del Vaticano. Los Padres de la Iglesia flanquean la com-

posición, en cuyo remate está representada la Santísima Trinidad coronando á la Virgen María. Para simbolizar perfectamente *El Genio del Cristianismo* falta quizás algo que recuerde el arte griego, pues, como es sabido, la obra de Chateaubriand se funda en la comparación entre la Mitología humana y la Religión cristiana, para demostrar que es esta última más bella que la primera, á pesar de haber sido forjada por poetas de tan alto vuelo como el gran Homero y otros, dignos de llamarse sucesores del autor de la *Iliada*.

Apuntes y recuerdos de Bilbao.—(Pág. 56).

Lo más triste que se ocurre al viajero por España es la decadencia en que encuentra la mayor parte de nuestras ciudades. En todas partes oye decir: «Hace tanto ó cuanto tiempo era esta población mucho mayor, más rica y más bella que es hoy.» De esta regla exceptuábase pocas ciudades españolas; pero ninguna en tanto grado como la capital de Vizcaya. Ayer era casi nada; hoy es un emporio de riqueza. La explotación de las minas de hierro, han causado la maravillosa transformación. Desde el famoso sitio que la puso Zumalacárregui, hasta el sitio de 1873, Bilbao adelantó un siglo; y desde 1873 hasta hoy, Bilbao ha recorrido el camino en que otros pueblos invierten muchos centenares de años. ¡Quiera Dios que tanta prosperidad no sea causa de ruina moral y material! ¡Quiera Dios que lo que ahora acaba de ser chispazo de anarquismo no se convierta en incendio devorador, que consuma las riquezas de la opulenta reina del Nervión, de la noble ciudad vizcaína!

La primera de las vistas que ofrecemos á nuestros lectores, es la de la estación del ferrocarril, una de las mejores de España, situada en la orilla izquierda del Nervión, en la antigua jurisdicción de Aloia, hoy centro del barrio del ensanche de más seguro y lisonjero porvenir.

Saliendo de la estación, por la ancha y hermosa calle de este nombre, el viajero cruza la ría por el puente del Arenal, cuyo grabado damos también, y se encuentra en el antiguo, en el verdadero Bilbao.

La primera impresión que la invicta villa produce, es ya agradable. Nótese desde luego que aquella población es una población activa, laboriosa y rica. En el aspecto de los individuos de las diversas clases sociales, y sobre todo en el de la clase obrera, se revela el bienestar. En las mujeres esto es aún más notable. Las criadas de servicio y las vendedoras, como no lo sean de pescado, visten con extremada pulcritud; las modistas y oficiales de toda suerte de talleres, parecen señoritas de casas acomodadas; las señoritas de tales casas gastan tanto lujo y elegancia como las altas damas de Madrid ó de París.

En los comercios de telas, en los bazares, en los establecimientos de géneros coloniales, en toda clase de tiendas, adviértese una abundancia de surtido, que indica ser aquel un pueblo que consume mucho y bueno.

Los numerosos buques que cargan y descargan en los muelles, los carros, carretas y narias que cruzan, llevando de un lado para otro las mercancías, los trenes que desde la estación bajan al muelle á trasladar efectos desde el barco al vagón, los coches de los tres tranvías, que pasean la gente por el interior de la población ó la conducen por ambas orillas de la ría hasta el mar, todo manifiesta verdadera exuberancia de vida y animación.

La Plaza Nueva es un vasto cuadrado formado por edificios de fachada uniforme; está cerrada por todos sus frentes, teniendo entrada sólo por cuatro arcos. Esto le da un aspecto, más que de plaza, de patio de un palacio gigantesco, y le quita ambiente. En el centro hay jardinillos y una fuente muy hermosa. En los soportales hay muchas y elegantes tiendas. En uno de sus frentes está el edificio destinado á la Diputación provincial de Vizcaya.

Pero lo que hoy constituye el principal orgullo de los bilbaínos son las obras de su ría.

Para conocer toda la importancia de esas obras, necesitase haber visto lo que era en otro tiempo ese cauce tortuoso del Nervión, por donde el mar sube y baja, según las mareas, arrastrando arenas y gui-

arros, y donde había multitud de peñas, de escabrosidades, de bancos, que hacían arriesgado y difícilísimo el recorrido aun para buques de escaso porte. Y cual si esto no fuese bastante, ya en el Abra la formidable barra oponía un nuevo y peligroso obstáculo al barco que acometía tal empresa.

Hoy la barra puede ser salvada por vapores de 22 pies y más de calado, y naves de 1.500 toneladas llegan hasta Bilbao mismo, con sólo esperar las horas próximas a la pleamar para remontar la ría. Digamos brevemente cómo se ha hecho esto.

A principio del siglo XIII Bilbao no era más que una pobre barriada de la anteiglesia de Begoña. La carta puebla creándola villa independiente, fué dada en 1300 por D. Diego López de Haro. La ría entonces, lejos de estar encauzada, extendiase en los pleamares por las vegas que se hallan a una y otra de sus orillas. Así y todo, por transportar un poco al interior mediante ella los géneros de comercio, esta ría dió al de Bilbao cierta vida desde la época mencionada.

A principios del siglo XVI, cuando las fuerzas sociales de nuestra España mostraban vigor y expansión por todas partes, el comercio bilbaino sintió el impulso; y los señores del Regimiento de la noble villa y el prior y cónsules de comercio de la ciudad de Burgos encargaron á dos maestros, uno francés y otro español, el estudio de las obras convenientes á facilitar la navegación de la ría.

Indicadas algunas obras, tales como la de cerrar una de las dos bocas que por entonces tenía, colocar boyas, etc., no parece que se llevaran á cabo hasta la segunda mitad de dicho siglo. Hízose entonces, además de lo indicado, una parte de muelle en Portugalete y unas 400 brazas en el lado de las Arenas.

En el siglo XVII se construyó la gran escollera de este lado, que hoy se llama la Mojijonera, se balizó el bajo llamado del Fraile, y se levantaron nuevos muelles en el campo grande de Bilbao y en Portugalete.

Mas esas y otras muchas obras parciales que se edificaron en ese tiempo, como otras construídas en el siglo XVIII, si mejoraron la navegación de la ría, no cambiaron radicalmente las condiciones de ésta, sin duda por no estar atenuadas á un plan total.

En nuestro siglo, y después de multitud de proyectos y de tentativas, se llegó á constituir en 1872 la junta especial de Obras del Puerto de Bilbao, la cual, sin embargo, por los entorpecimientos y dificultades de la guerra civil, no actuó verdaderamente hasta 1878.

De entonces acá data el extraordinario impulso dado á esas obras y la verdadera transformación de ese puerto.

Futura Catedral de Madrid.—(Pág. 57).

Siguiendo la costumbre de nuestra publicación, reproducimos en el presente año la vista de la futura Catedral de Madrid, con objeto de recordar constantemente á nuestros lectores el proyecto en que están interesados nuestro justo amor propio de católicos y de españoles. Es preciso que todos consideren las obras de la Catedral como empresa propia, y que la generosidad de los donantes no se amortigue, antes bien crezca y se desarrolle á medida que pasa el tiempo. Sería una vergüenza para nuestra generación que no concluyesen en sus días estas obras; en anteriores siglos la construcción de Catedrales duraba muchísimos años; pero entonces no se conocían los poderosos instrumentos de trabajo que hoy pueden utilizarse. Hoy todo es cuestión de dinero; habiéndolo abundante, en una docena de años podrían rematarse las obras de la Catedral. Y piensen los ricos que contribuyendo generosamente á esta empresa, no sólo coadyuvan á la edificación de un templo al Señor (obra tan agradable á los ojos de Dios), sino que dan trabajo á muchos obreros, protección á las artes, lustre y esplendor á la capital del reino. ¡Quiera Dios que alguna vez llegue LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA á publicar la consagración de este hermoso templo catedral!

Monjes en oración.—(Pág. 60.)

Bello cuadro de costumbres religiosas que de seguro agradará á nuestros lectores.

Tipo árabe.—(Pág. 61.)

El hábil lapiz de Villegas ha trazado este tipo de muchachuelo beduino, bien plantado y de expresión muy característica.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (primera quincena de Marzo).

1. Mart. El Santo Angel de la Guarda.—Santos Herculano é Hiscio, obispos y mártires; Adriano y



JARRÓN MORISCO

Hermetes, mártires; Rosendo, Albino y Suitberto, obispos, y Siviardo, abad.—Santas Antonina y Eudoxia, mártires, y Nuestra Señora del Castillo en Tarrascón de Francia.—*Cierranse las velaciones.*

2. Miérc. de *Ceniza*.—Santos Lucio, Pablo y Heraclio, obispos y mártires; Absalón y Lorgio, mártires; Simplicio, Papa y confesor, y Ceadas, Obispo.—Santas Jenara y Secundina, mártires, y Nuestra Señora de Forli en Italia.—*Absolución general en la Trinidad y Merced.*

3. Juev. Santos Emeterio y Celedonio, hermanos mártires; Marino, Asterio, Cleónico, Eutropio y Basilisco, mártires, y Ticiano, obispo y confesor.—Santas Marcia, martir; Cunegunda, virgen, y Nuestra Señora del Olivar en Aragón.

Decimocuarto aniversario de la coronación de Su Santidad León XIII, que actual y felicemente gobierna la Iglesia.

4. Viern. *La Sacratísima Corona de Espinas de Nuestro Señor Jesucristo.*—Santos Lucio, Papa y martir; Basilio, Eugenio, Agatadoro, Elpidio, Eterio, Capitón, Efrén, Nestor y Arcadio, obispos y mártires; Adrián, Cayo, Arquelao, Cirilo y Focio,

mártires; Pío, arzobispo de Sevilla, y Casimiro, rey.—Santa Barta, virgen y martir, y Nuestra Señora del Pinar en Cañaveras.—*Abstinencia de carne.*

5. Sáb. Santos Adrián, Focas, Eusebio y nueve compañeros mártires; Teófilo, obispo y confesor; Juan José de la Cruz y el beato Nicolás Factor, confesor, y Gerásimo, anacoreta.—Santa Faina, virgen, y Nuestra Señora de Africa en Ceuta.

6. DOM. I DE CUARESMA. Santos Marciano, obispo y mártir; Víctor, Zenón, Victorino y Claudio, mártires; Basilio, Evagrio y Olegario, obispos y confesores, y Cirilo, confesor.—Santas Basa, mártir; Coleta, virgen, y Nuestra Señora del Puentelargo en Valois.

7. Lun. Santos Eubulo, mártir; Pablo y Gaudioso, obispos, y Tomás de Aquino, confesor, y doctor.—Santas Perpetua y Felicitas, mártires, y Nuestra Señora del Olvido en Guimarens.

8. Mart. Santos Apolonio y Poncio, diáconos y mártires; Filemón, Ariano y Teótico, mártires; Cirilo y Félix, obispos; Julián, arzobispo de Toledo; Veremundo, abad, y San Juan de Dios, confesor y fundador.—Santas Beata y Herenia, mártires, y Nuestra Señora de la Piedra en Ager.—*Bendición papal en San Juan de Dios.—Anima.*

9. Miérc. Santos Gregorio, Paciano, Cirilo y Metodio, obispos.—Santas Catalina de Bolonia, virgen; Francisca, viuda, y Nuestra Señora de Meyá.—*Témpora.—Indulgencia plenaria.*

10. Juev. Santos Melitón y 42 compañeros mártires de Sebaste; Víctor, Codrato, Dionisio, Cipriano, Anecto, Pablo y Crescente, mártires; Macario, obispo; Droctoveo y Atalo, abades.—Santa Berenice, mártir, y Nuestra Señora de la Gleva en el Obispado de Vich.

11. Vier. *La Lanza y Clavos de Nuestro Señor Jesucristo.*—Santos Eulogio y Eutimio, mártires; Sofronio y Benito, obispos; Constantino y Pedro, confesores, y Fermín, abad.—Santa Aurea, virgen, y Nuestra Señora de la Guardia en Marsella.—*Abstinencia de carne.—Témpora.—Indulgencia Plenaria.*

12. Sáb. Santos Egduno, presbítero y mártir; Pedro y Maximiliano, mártires; Gregorio I el Magno, Papa, confesor y doctor; Bernardo, obispo y confesor, y Teófanos, confesor.—Santas Sancha y Josefina, mártires, y Nuestra Señora de la Misericordia en Reus.—*Ordens.—Témpora.—Indulgencia Plenaria.*

13. Dom. II DE CUARESMA.—Santos Rodrigo, Salomón, Macedonio, Teusetas, Horres, Marco y Sabino, mártires; Leandro, arzobispo de Sevilla, confesor y doctor; Niceforo y Ausovino, obispos.—Santa Cristina, virgen y mártir; Patricia, Modesta, Teodora, Nifódora y Arabia, mártires; Eufrasia, virgen, y Nuestra Señora de Livrón en Cailus.

14. Lun. Santos León, obispo y mártir; Pedro, Afrosidio y Eutiquio, mártires.—Santas Florentina y Matilde, reina, vírgenes, y Nuestra Señora de Vallecilla en Roma.

15. Mart. Santos Aristóbulo, Menigno, Nicandro, Mesitón y Longinos, soldado, mártires; Zacarías, Papa; Probo, obispo; Raimundo de Fitero, abad y fundador, y Especioso, monje.—Santas Leocricia, virgen y mártir; Matrona, virgen, y Nuestra Señora de la Brecha en Chartres.

Las reliquias de San Raimundo de Fitero se veneran en la santa iglesia catedral de Toledo, y parte de ellas en las Calatrava de Madrid.

CUARENTA HORAS

1. Oratorio del Caballero de Gracia.
- 2, 3. Iglesia del Buen Suceso, Princesa.
- 4, 5. Capilla del Santísimo Cristo de San Ginés, Arenal.
- 6, 7. Religiosas de Santo Domingo, Claudio Coello.
- 8, 9. Iglesia de San Juan de Dios, plaza de Antón Martín.
- 10, 11. Iglesia de Jesús, plaza del mismo nombre.
- 12, 13. Parroquia de San Ginés, Arenal.
- 14, 15. Iglesia de Calatravas, Alcalá.

J. F.

Preparativos de Carnaval

Se aproxima Carnaval, y Madrid es un baile perpetuo. Se baila en las moradas aristocráticas y en los teatros. A las últimas horas de la noche, que se confunden con las primeras de la mañana, las calles están llenas de gente, que vuelve de las grandes reuniones nocturnas, en que con más ó menos decoro y compostura se toca, se canta y se baila por todo lo alto y por todo lo bajo. Cuando las pálidas luces del alba bajan desde los tejados hasta el pavimento de las calles, á través de las fachadas; cuando empiezan á repiquetear las campanillas de las burras de leche, y tocan á Misa primera en algunos templos, véanse por las calles extraños tipos, vestidos de frac, la camisa sucia y ajada, el sombrero un poquito ladeado á lo macareno, el hastío de la fiesta y el cansancio del vicio pintados en los rostros macilentos... Son los *señoritos* que vuelven de la orgía en que suelen rematar las fiestas de Carnaval; que vienen de consumir en las innobles lides de la crápula un caudal de salud, de vigor físico y de dinero capaz de mantener honradamente á muchas familias; son los *popes* de una generación venidera que aterra al pensador, y los *gallos*, restos despreciables, repugnantísimos, de una generación que se va, dejando á su patria y al mundo entero en condiciones morales de vida peores que las que recibió ella de la generación precedente. Unos y otros, y unas y otras (*las ellas de esos ellos*), constituyen lo que en lenguaje cristiano se llama *el mundo*, el que con la carne y el demonio forma el triunvirato de la perdición: la espuma de la sociedad; la podredumbre de la vida; la gangrena social...

No fué un asceta; fué Alarcón el novelista el que dijo que durante el Carnaval da Satanás á las almas una gran batalla. Por lo menos, es cuando despliega con mayor ostentación sus estandartes de guerra; cuando alardea más de sí y de su poder, y cuando multiplica las ocasiones y las trampas para coger á los espíritus sencillos.

Y mire usted lo que son las cosas. Muchos padres de familia cristianos, no ven peligro en que sus hijos y hasta sus hijas se diviertan un poquito en Carnaval. A cada edad, dicen, hay que darle lo suyo. Estos tiempos no son como los antiguos. No conviene tirar demasiado de la cuerda. Un baile, después de todo, no es más que un baile. Que vayan los chicos no tiene nada de particular. Y si van, hay que darles algún dinero para que no hagan un papel ridículo. Así piensa el padre; pone unos cuantos duros en el bolsillo del mozalbeta; se complace viendo al hijo de sus entrañas tan guapo, con el pelo rizado, y la barba, todavía naciente, rigurosamente atusada; se complace contemplando la maestría y desembarazo con que lleva el frac, y luego, sonriente, satisfecho, gira sobre sus talones, se mete en su cuarto, reza sus oraciones nocturnas, se encasqueta el gorro de dormir, y á roncar hasta el otro día como un bienaventurado.

Mientras tanto el hijo de aquel cristiano, perdido en el proceloso golfo, entre sírtes, no de piedras, sino de cintas, sedas, joyas, perfumes, espaldas y brazos desnudos, adormecido por la música voluptuosa, empujado á la hijuria por la vanidad, es víctima de todas las maquinaciones de Satán... ¡Pobre joven! Y para eso le enseñaron la doctrina cristiana! Y para eso le llevaron hace años con tanta solemnidad exterior é interior á la primera Comunión! Y luego han de extrañarse de la violencia de las tempestades recogidas después de haber sembrado tales vientos en los corazones?

Si el mundo está perdido, tienen de ello más culpa, que los malos con sus audacias, los buenos con sus necesidades. En todos los órdenes de la vida, en la política, en la ciencia, en el hogar, en las costumbres, se tropieza con la necesidad de los buenos, como con un obstáculo insuperable. Han oído hablar de las condiciones de los tiempos, de lo que piden las circunstancias, etc. etc., y aplican sin ton, ni son, tales palabras que no entienden, y que suelen ser para ellos tapadera de verdaderos crímenes por compli-



ALEGORÍA DE EL GENIO DEL CRISTIANISMO

cidad, de torpísimas transigencias, de vergonzosas abdicaciones del deber... Y lo que decía Selgas: «Mire usted, señora, que ahí en ese salón un hombre está abrazando á su hija de usted...» «¿Qué me dice usted? ¡Habría insolente!... Pero, hombre, ¿qué abrazo ni qué niño muerto?... ¡Si lo que hacen es bailar!»

ANGEL SALCEDO RUIZ

Desde Filipinas

Manila 11 de Enero de 1892.

PROCURARÉ hoy dar una pálida idea de lo que son aquí las Navidades, tan pálida por lo menos como resulta la festividad en estas latitudes; festividad que en la Península y en la mayor parte de los países europeos tiene tanto realce, se exorna con tantos atractivos y se celebra de tan abigarradas maneras. Ya hablaremos más adelante de las impresiones, sensaciones y sentimientos que despiertan en el ánimo del viajero marítimo los cambios de decoración que mudean de consuno la naturaleza y el hombre

durante las treinta mortales singladuras que necesitan nuestros *trasatlánticos*, ó mejor dicho, nuestros *transíndicos*, para conducirnos á estas posesiones, á esta tierra de los baguños y de los terremotos.

Y si ni ahora ni más adelante hablamos de tan interesante materia, conste desde este momento que no será por culpa del infrascrito, sino por la de la prisa con que se suceden en la capital de la Oceanía y en todo el archipiélago sujeto á su jurisdicción los fenómenos de nuevo cuño, las cosas que no se hallan en nuestros mapas. Hay quien asegura que aquí no se goza de la gran variedad de fases que ofrece la vida en Europa; que la circulación de ávidas noticias es nula; que lo único que sucede es que no sucede nada; en una palabra, que la más avasalladora monotonía es la aplastante batuta que acompaña y armoniza los mudos acordes de una orquesta baldía. ¡Patarata!

Precisamente lo que más nos abruma es la variedad: una variedad vivaz, inagotable, bullidora, insolente, que se agita en todas partes, que se multiplica siempre, que nos acosa á todos hasta el punto de obligarnos á permane-

cer recluidos en nuestros respectivos domicilios, por temor de morir asfixiados. Esto sí que tal vez resulte monótono: el fastidio con que miramos tanta variedad, así estática como dinámica, y la pertinacia con que nos obstinamos en cultivar la vida cenobítica los que no hemos hecho votos solemnes para ello.

Llevo poco tiempo aún en el país para poder apreciar con exactitud la importancia que para nuestro organismo y nuestras costumbres representa la variación de las estaciones zodiacales, y si bien he averiguado, por los datos que he podido suministrarme, que la diferencia entre la temperatura máxima y la mínima apenas pasa de dos grados centígrados en el transcurso de un año, y que el día más largo no dura sino un par de horas más que el más corto, careciendo todos de crepúsculo, y por tanto de poesía, no juzgo que esto sea bastante para tomarme la libertad de asegurar que aquí no existen las cuatro estaciones, de que nos hablan con cierta guasa los Calendarios que del viejo mundo se nos remiten, y que usamos, á mi juicio, sin fundamento.

Pero si puedo asegurar, que si existen aquí estaciones, no presentan el intenso contraste que en Europa; afirmación de Perogrullo, puesto que cualquier Geografía nos lo enseña desde que balbuceamos en los Institutos las primeras verdades científicas, con más ó menos petulancia.

Ello, sin embargo, es cierto que no puede graduarse ni imaginarse la influencia que en todas las manifestaciones de la vida ejerce un clima de esta índole, hasta que se le palpa, se le siente y se le respira. He visto persona que, al salir de la Metrópoli, se despepitaba hablando, se descoyuntaba gesticulando, y contraía las facciones cuando las palabras no saltaban con la rapidez que él deseaba ó se amoldaban puntualmente á la idea que quería expresar; y después, á los cuatro meses de comer plátanos, de aguantar la canícula, de alternar con filipinos, de sudar, de batallar con mosquitos y otras alimañas, de aspirar los aromas de cien mil materias orgánicas en perenne dilatación, apenas acertaba á pronunciar un vocablo, silabizando con un reposo y una medida que me hizo sospechar si padecía de parálisis gutural.

Ahora bien; ¿qué podrán ser unas Navidades en un país al que favorecen tales circunstancias? Quitadles á nuestras Navidades madrileñas el frío, y las habréis suprimido. Abi se comprende y se considera el sacrificio del Hijo de Dios naciendo á las doce de la noche junto á un pesebre, sin abrigo y sin amparo, cuando tiritando de frío vamos á la misa del gallo, ó nos asomamos á la ventana con mil precauciones para avizorar las cumbres de Guadarrama, inundadas de nieve, ó cruzamos alguna plazuela azotados por el cierzo y acibillados por proyectiles de hielo; pero, ¿aquí? Precisamente las doce de la noche es la mejor de las veinticuatro horas que posee el día natural. Lo crudo, lo insuportable, son aquí las doce del día, lo mismo en Diciembre que en Agosto.

Ved, pues, despojada á la festividad de las festividades de uno de sus principales encantos: del encanto que puede desde luego ser considerado como el fundamento de todas las complacencias y hechizos que para los europeos en general, y los españoles en particular, encierra el día inolvidable, la fecha monumental del 25 de Diciembre.

Claro es que no se conocen aquí los nacimientos. ¿Cómo se han de conocer? No tenemos más nieve ni más hielo que el que proporcionan

dos fábricas de estos artículos, y que lo venden á módicos precios, para sin duda aumentar el consumo; y ¿qué son las montañas sin hielos y sin nieves? Guardadas de salvajes. En este punto los países tropicales son y serán siempre inferiores á los comprendidos dentro de las zonas templadas y boreales; el frío tiene sus secretos, que algún día nos revelará la ciencia. Sin embargo, el frío es la muerte; no nos entusiasma con él.

Los niños en Manila no pueden ir con sus padres á las plazas ni plazuelas en busca del nacimiento más caprichoso, del que mejor sabe retratar las nevadas colinas de Palestina, ni de tambores, panderos, dulces propios de la estación, ni de las cincuenta mil chucherías que el ingenio europeo inventa para sortear la crudeza de estos días del año, y burlarla del mejor modo posible. La igualdad de estaciones lo prohíbe terminantemente.

¿Para qué preparar trajes felpudos y lanosos de gruesos paños; para qué revisar los caloríferos y braseros; para qué las poéticas camillas paramentadas, aquí de tela verde, allí de tela roja; para qué los burletes en las ajustaduras de las puertas; para qué los pesados portieres; para qué las alfombras pintarrajeadas; para qué los abrigos de moda; para qué tantísimo preparativo, tanto acopio, tanta previsión, desde los primeros días de otoño? Para nada.

Abi está la poesía de Europa. Abi realmente la monotonía, la prosa, el hastío, de esta parte de la Oceanía. Agosto apenas se diferencia de Diciembre, y ambos vienen confabulados para achicharrarnos; ambos enemigos acérrimos del menor asomo de pulmonía. Es una ventaja como otra cualquiera.

Es indudable, según mi propia experiencia, que los días que median entre el 20 de Diciembre y el 10 de Enero, por ejemplo, son los más fríos del año, allí donde se confeccionan los calendarios; y así se comprende que los poderosos extremen sus bondades para con los débiles, acto verdaderamente conmovedor y fuente de íntimo regocijo. La Iglesia ha establecido fiestas de precepto, á fin de que la gente pueda recogerse en casa y esquivar los rigores de la estación: el Estado anticipa las pagas á sus empleados, lo mismo que las casas particulares, para que ellos puedan precaverse contra la crudeza del tiempo, alegrando los estómagos y fortaleciendo los cerebros que, según probadas opiniones, son la base fundamental de toda sociedad bien organizada.

¿Y los aguinaldos? ¿Qué son los aguinaldos, aparte el abuso que de esto como de todas las cosas acostumbramos á hacer el que más y el que menos, sino la mano protectora del hermano al hermano, en evitación de que la inhumanidad de la temperatura se cobe en el desvalido, al par que proporcione singulares placeres al potentado?

Los aguinaldos, el anticipo de sueldo, la misa del gallo: he aquí las tres únicas notas que nos dan á conocer á los habitantes de Manila la llegada de Navidad, y bien sabe Dios que no las enumero por el orden de su importancia, sino por su orden rigurosamente cronológico. El aguinaldo es lo primero; el anticipo de sueldo lo segundo; la misa del gallo lo tercero, y no me atrevo á decir lo último, porque el aguinaldo y sus anejos suelen reanudarse después. El cambio de tarjetas es de estricta etiqueta, lo cual saben mejor que nadie los *fajnuantes* á ordenanzas de las oficinas del Estado.

Yo tomé un carruaje el día 24 por la tarde y dije al cochero que me llevara á donde le vi-

niere en talante; advertencia inútil, puesto que los cocheros tagalos van siempre á donde lo tienen por conveniente, aunque uno no se lo prevenga. Quería presenciar por mis propios ojos lo que era la Noche-Buena en la Perla de Oriente, y lo mismo me daba dirigirme al Oriente que al Poniente, ya que de todos modos no tenía tiempo de recorrer esta inmensa ciudad, que ni se sabe dónde empieza, ni dónde acaba, ni lo que tiene de europea, ni lo que tiene de asiática. El coche corrió dos horas, con sus dos caballos, herrados solamente los dos remos delanteros, según costumbre del país (ya explicaremos otro día el por qué), y dimos con nuestros huesos en un lugarcillo que, á juicio del automedonte, se denominaba *Altimisa*.

Altimisa eran una docena de casas de nipa, como las que aún conserva el Retiro de Madrid desde la Exposición Filipina, rodeadas de sementeras frondosas, salpicadas de árboles de toda índole: Manila se había perdido de vista, y sin embargo, en *Altimisa* se celebraba la *Noche Buena*. Aquellos pobres *Bahais* ó techados de nipa, se hallaban iluminados por sendas hileras de caprichosos farolitos de mil colores; y, ¡asombráos! una orquesta de guitarras amenizaba, con melancólicos acordes, la caída de la tarde, pronta á trocarse en tenebrosa noche. ¿Qué podrá sentir allí, en aquel rincón de la campiña de Manila, rodeado en primer término de sembrados; en segundo término de brumas marítimas, y en último de empinadísimos montes, el europeo que se arriesgue á tales excursiones? Allí se sentía algo de la poesía infinita; algo que sólo proporciona la nostalgia; algo que el frío no puede proporcionar.

No podíamos regresar á la capital sino por el camino que habíamos traído, camino muy bien pavimentado y casi todo él entoldado por la exuberante vegetación herbácea y arbórea que se destaca de todas partes: nos hallábamos á la derecha del río Pasig, y la Manila amurallada está situada á la izquierda: en *Altimisa* finalizaba la calzada, y no se podía circunvalar la vetusta ciudad atravesando el río, sino que era menester retrogradar por sus pasos contados, coger el *Puente de España* y agacharse bajo una de las puertas de la muralla para recobrar el domicilio, cuando éste, como el mío, se halla situado en *Intramuros*.

En el viaje de regreso aprecié mejor que en el de ida los efectos de la Noche-Buena en Manila. Sin la poesía del frío, con el tráfico incesante de los vapores del río Pasig, no puede ser gran cosa, según dejo dicho al principio. Muchos edificios ostentan faroles á la veneciana, con bastante más gusto que en Madrid, por cierto, y algunas músicas, que no por ir descalzos ellos dejan de portarse bien, recorren las calles de extramuros, mientras los templos todos se preparan á celebrar con solemnidad inusitada el suceso magno de aquella noche, memorable por todos los siglos de los siglos. Las campanas, abundantísimas aquí, tal vez más abundantes que concertadas, empieza á atronar los espacios y dilatan la alegría de la capital hasta los últimos confines de la provincia. La perspectiva de las calles á esta hora, cuando las tiendas tienen sus luces encendidas cuando los hoteles y edificios particulares cuelgan sus faroles multicolores; cuando los altos mástiles de los buques del Pasig enarbolan sus faros, y cuando los coches del tránsito muestran por delante el resplandor amarillo, y rojo por detrás, de sus dos pupilas, no tiene rival en Madrid. Me quedé verdaderamente asom-

brado, y me convencí de que Manila vale más de noche que de día, sobre todo, si la noche es *Noche-Buena*, como aquella que trato de describir; es decir, como la de 1891.

Nadie duerme en Manila la Noche-Buena: ni europeos, ni indígenas, y los próceres de ambas razas dan suntuosas reuniones, de todo dunto desconocidas desde los montes *urales* para allá. Pomposas plantas surgiendo de artísticos tientos cuelgan de los techos, y variedad infinita de luces centellean por todas partes. Los pianos no descansan, y se aprovecha tan bella ocasión para hacer sociedad aquí donde el calor las disuelve todas.

La *misá del gallo* de la Catedral se celebra á toda orquesta, y asisten á ella tantos europeos como indígenas, cosa raras veces vista. Una rústica cuna, con el Niño recostado, se ostenta en el templete central del retablo del altar mayor; las imágenes de San José y la Virgen á los bordes del templete, y alrededor abundante ramaje del eterno arbolado del país, custodiado, con hermosa seriedad, por una hilera semicircular de plátanos, adosados cada cual á una columna.

Allí se extasia el explorador hasta que el sueño le rinde, y allí me rindió á mí á la una de la noche; por lo cual, á pesar de los pesares, tuve que marcharme á casa á pedir auxilio al *petate*, ó cama, como lo llaman aún en España.

F. AGUILAR Y BIOSCA

Revista Internacional

La Encíclica de Su Santidad. — La crisis francesa

LA Encíclica dirigida por Su Santidad el Papa León XIII á los Obispos y á los católicos franceses ha sido el acontecimiento de la quincena; y no obstante nuestro vivir vertiginoso y el rápido movimiento con que pasan y se desvanecen ante nuestra vista los sucesos todos que van tejiendo la urdimbre de nuestra existencia, la Encíclica de Su Santidad será, durante mucho tiempo todavía, la nota culminante, el acontecimiento extraordinario, alrededor del cual han de agruparse todos los demás, relegados, desde que el Papa ha dejado de oír su poderosa voz, á lugar muy secundario; porque todos ellos han perdido su importancia ante la majestad de la palabra pontificia que, ahora como siempre, resuena en la cima del Vaticano, iluminando las inteligencias con raudales de purísima luz, y marcando á los hombres la senda de la justicia.

Es un documento interesantísimo, pues ocupa más de seis columnas en los periódicos que la han publicado; interesa, sin duda alguna, á todos los católicos; pero más particularmente á los de Francia, razón por la cual, y por su larga extensión, nos limitamos á extractarla.

Su Santidad exhorta á los católicos franceses á apartarse de las discusiones políticas, consagrándose exclusivamente á la pacificación de la patria; no recomienda, ni acepta, ni considera como definitiva ninguna forma de gobierno, porque todas son buenas con tal que todas se encaminen «al bien común, para el cual ha sido constituida la autoridad social.»

Recuerda que todo ciudadano está obligado á aceptar los Gobiernos constituidos y á no intentar nada para cambiar su forma, porque la Iglesia ha condenado siempre la rebeldía á la autoridad legítima. *Non est potestas nisi a Deo*. Y la insurrección, á más de promover el odio entre los ciudadanos, conduce derechamente á la anarquía.

Tratando luego concretamente de la República francesa, afirma que lo que produce tantas disidencias y las agrava, es el recelo de que sus actos estén inspirados en sentimientos anticristianos.

«Todas estas disidencias, añade Su Santidad, se hubieran evitado, si se hubiera tenido en cuenta la diferencia importante que existe entre los poderes constituidos y la legislación. Esta difiere á tal punto de los primeros y de su forma que, bajo el régimen cuya forma sea más excelente, la legislación puede ser detestable; mientras que, en un régimen de forma imperfecta, puede encontrarse una buena legislación.»

La calidad de las leyes depende más de los hombres que de la forma del poder. No cabe negar que en Francia, desde hace muchos años, los actos importantes de la legislación han sido dictados por tendencias hostiles á la Iglesia. Esas tendencias persisten, el mal se agrava, y no es de admirar que los miembros del Episcopado francés se hayan creído obligados á expresar públicamente su dolor por la situación que allí se crea á la Religión católica.

Todos los hombres rectos deben unirse para combatir esos abusos de la legislación; sin que lo vede el respeto á los poderes constituidos, no podrán aprobar puntos de legislación que sean hostiles á la Religión; por el contrario, deben reprobarlos.»

La Encíclica condena abiertamente la funesta separación de la Iglesia y del Estado. No porque en algunos Estados la Iglesia no viva bien bajo el derecho común, estado que no deja de ofrecer sus ventajas, no obstante sus inconvenientes, sobre todo cuando el legislador se inspira en los principios cristianos, sino porque en Francia, nación católica por sus tradiciones y por las creencias de la gran mayoría de sus hijos, la Iglesia no debe ser colocada en situación tan precaria. Los separatistas franceses no ocultan que persiguen la absoluta independencia de la legislación política respecto de la religiosa, la completa indiferencia del poder civil respecto de los intereses de la sociedad cristiana y la negación de la existencia de la Iglesia Católica.

Tal es, en su espíritu, la admirable Encíclica de Su Santidad León XIII á los católicos franceses. Como dice Valentín Gómez en un precioso artículo publicado en *El Movimiento Católico*, esa Encíclica sublime ha sido un verdadero asalto á la república, y bien puede asegurarse que la república ha caído en su poder. Y comentando el asombro que en algunos espíritus ha producido la palabra pontificia, añade el ilustre director de *El Movimiento Católico*:

«Los fariseos se escandalizan ahora, como siempre, de que el Papa trate fraternalmente á la corrompida república. Es una infame; es una adúltera; ¡debe ser apedreada! exclaman en el colmo de la indignación.»

Y ved aquí de nuevo á Cristo tomando de la mano á la adúltera y presentándola á sus acusadores. ¿Queréis apedrearla? Está bien. Pero aquel que esté exento de pecado que arroje la primera piedra. Veamos: monarquías, imperios; ahí la teneis. Su crimen es evidente; pero ¿no habeis vosotros cometido ninguno?

No se atreverán á hablar, porque su conciencia no está limpia. ¿Qué ha de estarlo? ¿No es una monarquía la que tiene á Pedro cargado de cadenas en el Vaticano?

Por eso el Papa se encara de nuevo con la república, con esa adúltera, y le dice: Ellos no se han atrevido á condenarte; tampoco yo te condeno: vé, y no quieras pecar más.»

¿Escuchará la nueva adúltera la voz de Cristo, y será sensible, como aquella del Evangelio, á los blandos llamamientos de su amor, ó cegada por su furor sectario, continuará despreciando á Cristo, que por la palabra de su Vicario le avisa para que se detenga en la funesta senda por donde corre precipitada á su ruina? El tiempo habrá de decirlo; pero nadie podrá negar que para la tercera república francesa ha llegado la hora más solemne de su existencia; la hora que, según todas las probabilidades, habrá de asegurar ó de hacer, por el contrario, ilusorio su porvenir.

•••

Desde el establecimiento de la república francesa, siempre se ha encontrado latente en ella la cuestión religiosa.

El ministerio presidido por el ingeniero Freycinet, que había conseguido sacar á salvo á la república de la gran conspiración boulangierista, y sortear, hasta cierto punto, el problema económico en las Cámaras, haciendo milagros de equilibrio entre proteccionistas y libre cambistas, ha caído á pesar de sus grandes servicios á la causa republicana; y ha caído en cuanto ha querido poner mano en el conflicto creado en la nación vecina por la Pastoral de los cinco Cardenales franceses.

Antes de la sesión del día 18, ya era á todas luces falsa la posición del Gabinete Freycinet, porque el proyecto de ley de asociaciones no había satisfecho á nadie; á los radicales, porque quieren, como se consigna en la proposición de M. Pichón, «la lucha del poder civil con el partido clerical», es decir, hablando con exactitud, con la Iglesia Católica; á los republicanos, porque verdaderamente no formula sus doctrinas ni está inspirada en sus principios; y á los católicos y á los monárquicos porque, en vez de derogar, como en el proyecto se dice, los artículos 291 y siguientes del Código penal, que afectan á las conciencias, los agrava sustituyendo á la acción de los tribunales el poder ministerial, á quien se habilita para disolver las asociaciones por decreto no motivado.

El proyecto de asociaciones va más lejos todavía, y podría llegar á convertirse, en manos de un Gobierno radical, en verdadero instrumento de persecución contra la Iglesia; pues al destruir la libertad del domicilio, hace á los católicos de peor condición que á los mismos judíos y protestantes, cuyas asociaciones no podrán ser disueltas sino por sentencia de tribunal competente; mientras que para proceder de igual modo con las católicas, bastará que, á juicio del poder civil, «estén relacionadas con otras análogas que funcionen en el extranjero.»

Al presentar el proyecto de ley en la Cámara de los diputados republicanos, radicales y monárquicos, ó católicos, izquierda y derecha, esta última en masa, se han unido, y, una tras otra, cuantas fórmulas han sido propuestas para hacer viable el primero, la admitida por el Gobierno, que formulaban MM. Trouillard y Lasserre, la propuesta por los radicales, y la urgencia, apoyada por el secretario M. Hubbard, todas han sido desechadas por inmensa mayoría. El Gabinete Freycinet abandonó la Cámara, y se fué al Elíseo á presentar su dimisión al presidente Carnot. Obró parlamentaria y discretamente; no había lugar á otra cosa.

Todas las combinaciones intentadas hasta ahora para constituir nuevo Ministerio, han fracasado por completo, y la república francesa continúa sin Gobierno á la hora en que escribimos estas líneas. Difícil ha de ser á M. Carnot salir del atolladero, porque la composición política de la Cámara francesa no lo consiente. Cualquier Gabinete que se forme, habrá de gobernar de igual suerte que lo ha venido haciendo el que acaba de abandonar el poder: á fuerza de equilibrios, ó no vivirá más tiempo que el que tarde en ladearse hacia la derecha ó hacia la izquierda.

Acaso no queda otro camino al presidente de la república que disolver la Cámara y apelar nuevamente á la voluntad de la nación; el sufragio diría entonces si la composición política del actual Parlamento es fiel reflejo del estado político del país; si no lo es, M. Carnot cumplirá siguiendo el camino que los colegios electorales le marquen; si lo es, el problema habrá adquirido para la república inmensa gravedad; adquirirá caracteres de insoluble; pues no sabemos cómo se las va á componer el presidente para dar gusto á tantas personas, que todas piden cosas radicalmente distintas.

La situación política de la vecina república, digan cuanto quieran sus optimistas defensores de aquende, es más difícil de lo que parece; suscitada la cuestión religiosa innecesaria é inoportunamente, no puede tener otro resultado que una gravísima agitación de los ánimos. Más bien parece que precisamente por la influencia de la misma cues-

APUNTES Y RECUERDOS DE BILBAO



LA PLAZA NUEVA



DETALLE DE LA RIBERA



ESTACIÓN DEL FERROCARRIL



LA RÍA

ción religiosa, lo que se prepara y viene, á más andar, en Francia, es una reorganización de los actuales partidos militantes. Ya el ilustre conde de Mun apareció en las votaciones del día 18 como *leader* de toda la derecha. Las calificaciones de legitimistas, orleanistas é imperialistas parecen llamadas á desaparecer, y se columbra en lo porvenir la silueta de un gran partido católico. Cuando llegue ese día, la república verá con espanto surgir ante ella, armado de todas armas, al formidable enemigo que le señalaba Gambetta. Entonces se demostrará si la república es ó no compatible con los derechos y la libertad de los católicos. Y planteado en este terreno y de esta manera el dilema, no quieran los republicanos franceses que sea resuelto en sentido negativo, si es que aman verdaderamente á su república.

FRANCISCO DE P. SALCEDO

Los bailes

A LA MARQUESA DE S... (1).

He recibido, Marquesa,
y la agradezco en el alma,
una esquelita muy mona,
que en una fórmula rara;
viene á decirme que el lunes
recibe Ud. en su casa
á los amigos y amigas

(1): Con mucho gusto publicamos esta poesía satírica, aunque advirtiendo que no nos hacemos solidarios de las ideas que expone en ella su autor. —(Nota de la I. C.).

que beben té, comen pastas,
y después muy formalotes
al son que les tocan bailan.

Yo sentiría, señora,
que por desaire tomara
mi no asistencia á ese baile
que Ud. llama de confianza
(y al cual es preciso ir
de frac y corbata blanca;
y también deploraría,
que si quisiera explicarla,
el por qué no asisto nunca
á esos centros de elegancia,
me tachase de incorrecto,
ó descortés me llamara:
Pero saltando por todo,
voy á decirle la causa,
pidiéndola mil perdonos
si algo aquí la desagrada;
y advirtiéndole desde luego
que á Ud. la tengo por santa,
que al hablar en general
haga excepción de su casa;
y que comprendo, Marquesa,
que las costumbres arrastran
y muchas veces obligan
en las posiciones altas.
No voy jamás á reuniones,
ni fiestas aristocráticas;
porque á los bailes no deben
ir nunca los que no bailan,
y yo no bailo, señora,
porque el dar vueltas me cansa,

y porque excita mi risa
ver dos faldones que danzan
á impulsos del movimiento
de un hombre sério que *walta*.
Dirá Ud., que hay otros bailes
que se ejecutan con calma;
por ejemplo, el *Rigodón*;
baile que aunque no se baila,
suele servir de pretexto
para alternar con las damas,
luciendo, los que la tienen,
su natural elegancia;
entre estudiados saludos,
ceremoniosas paradas,
combinaciones de manos,
y balanceos con gracia.
Pues bien, yo creo, Marquesa,
que para estarse de charla
y darse unos paseitos,
es mejor la Castellana;
porque allí al menos se puede,
cuando gusta una muchacha,
hablar sin interrupciones,
fumar si se tiene ganas;
y hasta distraerse un poco
sin que el *bis* venga con guasas.

Yo bien sé que en esas fiestas
hay otras mil zarandajas;
como saloncitos verdes
donde se juega á las cartas,
con damas, que desesperan
haciendo malas jugadas;



FUTURA CATEDRAL DE MADRID

y que cuando ganan cobran,
y cuando pierden no pagan:
que hay *buffets* muy bien servidos,
por criados de gran gala,
en comedores lujosos
con paredes tapizadas;
que hay abundancia de vinos,
muchos dulces, muchas pastas,
mucho trozo de fiambre,
mucho cubierto de plata,
copas de cristal muy fino,
mantelerías muy caras.
mucho luz y muchas flores
(donde estorban colocadas)
y en fin otras muchas cosas,
que aunque á nuestra vista agradan,
impiden cómodamente
comer al que tiene ganas.

Sé que también hay á veces
en esas brillantes salas
algún jugador de manos,
que juega vista la trampa;
hay lectores de poesías,
generalmente muy malas;
conciertos que desconciertan,
y señoritas que cantan
con una voz imposible
canciones muy mal cantadas.
Y á todos hay que aplaudir,
y hasta hay que darles las gracias,
y pedirles que repitan,
y ponerles buena cara
mientras se está deseando
que una centella los parta.

Cuando por pasar el rato,
quiera jugar á las cartas
y divertirme de veras,
buscaré amigos del alma;
y entre chistes, cuchufletas,
cigarros, bromas y charla,
(sin olvidar los refranes
que son del juego la salsa)
irán pasando las horas,
terminará la velada;
y al marchar, nos iremos
comentando las jugadas.
Si el vil interés del juego
estriba en pingüe ganancia,
es mejor irse á un Casino
donde, entre gentes extrañas,
se juega al treinta y cuarenta,
al bacarrat, á la banca,
ó á cualquiera de esos juegos
en que por miles se talla;
que donde mucho se pierde,
es donde mucho se gana.

Si soy un hombre de esos
á quien la música agrada,
iré al Real, á los conciertos,
ó á la Zarzuela ó á Esclava,
que Chapí, Valverde, Chueca,
Marqués, Brull y Taboada,
hacen música ligera,
que á veces alegra el alma;
y al menos tengo el derecho
de aplaudirla si me agrada,
de marcharme si me aburro,
y de silbar si es muy mala.

Hay personas que no juegan,
ni comen dulces, ni bailan;
que son antifilarmónicas,
y á quienes los versos cargan;
y que van á esas reuniones
sólo por miras privadas;
que suelen ser comunmente,
buscar relaciones altas
(para tener influencias,
y en su provecho explotarlas);
ó hacer rendido el amor
á una encopetada dama,
ó á alguna tierna chiquilla

no menos encopetada.
Pues bien, amiga Marquesa;
esas influencias altas
á mí me estorban, ó al menos,
no me sirven para nada;
que ni destinos ni honores
puede admitir, por desgracia,
el que nació defendiendo...
de Carlos siete la causa (1).
Si quiero mentir amores,
no los mentiré en su casa;
que los fáciles se encuentran
mejor en clases más bajas;
los deshonestos se oponen
de Dios á las leyes santas;
y los honestos los busca
sólo el que quiere *casaca*;
y la *casaca*, señora,
es una prenda, que azara.
No diré que no la busque,
mas no el lunes en su casa;
que las que bailes frecuentan,
y al baile van escotadas,
llevan mucho adelantado
para dejar de ser castas;
y yo quiero una mujer
que se ponga colorada,
no si miro á sus encantos,
sino si miro á su cara.
¿Que las que no se descotan
dan pruebas de recatadas?
Es verdad; pero yo creo
que con excepciones raras
suelen taparse el escote
sólo las que son delgadas;
las que son muy morenuchas,
que no hay polvos que le valgan;
las que tienen cicatrices
ó ropa interior barata;
ó las que tienen un novio,
y éste la manta rara
de que aquella á quien elige
para guardarle su fama
y entregarla con su honor,
lo que más estima el alma,
no luzca ciertos encantos
delante de gente extraña,
pues sabe que muchas veces
él en otras los profana.

Cuando pretenda casarme,
me buscaré una muchacha
que, sin ser del todo monja,
tenga un poco de beata;
que sea corta de genio,
por *rubor*, y no por *paivar*;
que sin huir de los hombres,
los tenga á cierta distancia;
que se divierta en la calle,
sin aburrirse en su casa;
que de equívocos no entienda;
que los chistes le hagan gracia;
que sin emperregilarse,
le guste parecer guapa;
que sea amable, instruida,
que no presuma de sabia,
y... que no se ponga seria
mas que cuando ve desgracias...
En fin, que quiero una cosa
buena, bonita y barata.
Si conoce usted alguna,
mandémela por mi casa,
advirtiéndome que lo mismo
me da morena que blanca,
porque en esto de colores
tengo la manga más ancha;
y sin rechazar las rubias,
soy débil por las castañas,
por las de pelo muy negro
y por las rojas doradas;
aunque de hablar francamente,
he de declarar que nada
me pone tan descompuesto

(1) Téngase en cuenta la nota anterior. — (N. de la I. C.).

como una joven con canas...
Y aquí hago punto, Marquesa,
que al hablar de peliblanca,
se me marcha el santo al cielo
y digo muchas tontadas.
Conque, adios; si me es posible
el martes iré á su casa
á ofrecerle mis respetos,
á repetirle las gracias,
y á pedirle mil perdones
por mi interminable *lata*.

E. ZUVIZARRETA.

Nuestro arte religioso

IV

ENTRE la Pintura y la Escultura existe la más íntima analogía, como de hermanas cuya labor tiene un mismo fin, copiar la naturaleza ennobleciéndola; y aunque son distintos sus medios, ambas son gráficas y plásticas, se dirigen por los mismos principios, y deben conocer, sobre todo, al hombre físico y moral á fuerza de estudiarle en la Filosofía y en la Historia. Por eso una misma es lógicamente la suerte de las dos en la prosperidad, como en la decadencia, en el acierto como en el extravío.

Extraviada, pues, y mucho vive la Escultura de nuestros días, débil para los grandes fines del arte, muerta para la gloria de Dios.

La pintura adolece de exageración en los caracteres, de continuo y forzado desvío del natural, aunque se llama naturalista, de extravagancia por demasiado afán de originalidad. Es desaforada cuando quiere ser grande, descuidada en los detalles unas veces, nimia otras en demasía, fuera de lo justo casi siempre, y sin ideal que la ilumine. Así escoge medios dudosos; es tantas veces dibujada, dura y falsa en los tonos, lo mismo cuando obedece á una ejecución tímida, que cuando es producto del más fresco desenfado; que lanza sobre el lienzo montones de color hasta que parezca la superficie un mapa de relieve; factura digna de composiciones efectistas en que hay más apariencia que arte y más ejecución que sentimiento.

La escultura sigue en su esfera el mismo camino; ya no es clásica ni deja de serlo, ni sabe tampoco lo que es; ha renunciado á las grandes concepciones, pareciéndole más cómodo y expedito convertirse en fabricante al por menor de *bibelots* y caprichos de esos que necesitan toda una leyenda, y no breve, para que el espectador sepa lo que son, exactamente lo mismo que es moda en los cuadros. También ha roto con las tradiciones, y se ha entregado á mil bastardías que la desnaturalizan. Hace relieves en que las figuras completamente separadas del fondo, á distancias que se miden ya por palmos, necesitan ser sostenidas con tornillos fijos en los pies, é inventa recursos extraños al arte con materiales y elementos de que jamás se había valido. Y todo ello ¿para qué? Perdidas las formas clásicas y olvidadas las buenas enseñanzas, quedó triunfante el naturalismo exagerado y apartada la escultura de su misión; ya no es solicitada sino para recreo, no siempre honesto, cuando no para satisfacción de vanidades, muchas veces culpables; y ni estímulo, ni ejemplo, ni premio, ni honor puede esperar en adelante del mundo en que vive muriendo, exánime. ¡Cosa más singular! Nunca tuvieron á mano los artistas una tan grande suma de medios como ahora. La ciencia que tanto ha adelantado ha puesto á su alcance inmensos recursos, increíbles facilidades. Ya no necesita el pintor moler él mismo los colores, ó estirar é imprimir el lienzo, porque todo se lo dan hecho. Las vías de comunicación ponen en su paleta los colores minerales y vegetales traídos aunque sea del último confin, y preparados como no pudo soñar pintor alguno de los antiguos. Y asimismo el escultor dispone de los mármoles preciosos, de las maderas y de los barroes lo mismo que de las más perfectas herramientas, que de todas partes le llevan pronto

y sin dispendio. A unos y otros las artes de reproducción a una con los descubrimientos de la Historia, les facilitan copiar modelos casi de balde y con asombrosa abundancia, y operarios diestros en la parte más ruda y mecánica de estas artes les dan hecho una gran parte del trabajo.

¿Quién ignora la facilidad con que hoy se vacía y se modela, y los muchos trabajadores hábiles en el cincel que producen las Escuelas de Artes y Oficios, amen de las mil ayudas que ofrecen los procedimientos inventados por la química y los adelantos que consiguió la industria?

Si levantara la cabeza Miguel Angel, pintor, escultor y arquitecto, quedaría atónito al contemplar todo ese arsenal; pero más se asombraría al ver lo poco y malo que se produce con tantos medios.

Sobra, pues, quien pinte y dibuje, quien fabrique los colores y los lienzos, quien prepare y desvaste las piedras, quien esculpa, vacíe y modele; sobran procedimientos expeditos de una exactitud inmejorable; abundan los modelos; todo sobra; no faltan más que artistas. Las manos serán largas, mas los cerebros están vacíos. Y no será porque no hay también escuelas, ¡vaya si las hay! ó porque falten Mecenas oficiales ó particulares que pensionen artistas y los mantengan en Roma y en París. ¡Inútil esfuerzo! el ideal que ilumina las inteligencias ha desaparecido.

No se cumplió por fin la profecía de David (Emeric), que esperaba para nuestro tiempo la resurrección del genio plástico de los griegos.

Pero dejemos a los escultores y pintores profanos rompiéndose la mollera por encontrar un medio de hacer estético el *frac* ó el *chaquet* sobre los pantalones, para que salgan presentables las estatuas hechas en vida de las celebridades contemporáneas y las masas de hombres con ropa negra que puedan figurar en los cuadros que perpetúan solemnidades civiles, y vengamos a la escultura religiosa, ó mejor dicho, a su sombra.

Ya no hay quien continúe entre nosotros, y creo que en ninguna parte, las glorias de Becerra, de Berruguete, de Cano, de Zarzillo y de Pereira, de Vergara y Silco, de Borgoña y Juni, ó siquiera de Castro, Mena Alvarez ó de Gregorio Hernández. Tan sólo dos ó tres escultores discretos, como ahora decimos, existen para servir los pocos pedidos que suele hacer la piedad: Alcoverro, tímido y un tanto amanerado; Bellver, demasiado naturalista, y algún otro inferior a éstos, que como ellos no podrá obtener lo necesario para vivir sólo con las obras religiosas, y tendrá que trabajar por necesidad en todo lo que se presente; así como los escultores profanos *atacan* también obras sagradas que, atraídos por su fama, les confían cándidamente los que no están en el secreto. Si hay algún artista más, por aquí no le conocemos.

A este estado hemos venido a parar, dando tumbos de decadencia en decadencia por diferentes fases artísticas a través de muchas restauraciones frustradas, pasando por todas las escuelas, reformas é imitaciones, y al fin... el caos. Caída la Iglesia en el estado de pobreza que hace un siglo lamentamos todos los creyentes y muchos que no lo son, no era posible que las artes floreciesen para el templo; perdida en gran parte la fe, tampoco era fácil que los artistas, aunque fueran solicitados por la piedad, supiesen cumplir un cometido elevadísimo que exige ante todo fe y... virtudes, aunque otra cosa crean algunos críticos.

Con las obras notables ó de segundo orden que han respetado la mano revolucionaria y la ignorancia, que también es muy temible, se mezclan todavía las que produjeron épocas tristes en que influyó el barroquismo, el falso clasicismo, el amaneramiento a la francesa, importado desde Felipe V, y todos los extravíos posteriores desde que el arte anduvo ya sin guía por el mundo, queriendo serlo todo y no consiguiendo nada, imitando todas las escuelas, mirando a un mismo tiempo al pasado y al porvenir, sin lograr un presente glorioso. Y de este modo, creciendo la pobreza de la Iglesia y el vigor de la revolución, mientras el gusto se iba pervirtiendo gradualmente, sobrevino, para que

todo fuera completo, la invasión de las imágenes de pacotilla.

No tiene, y eso que es muy rica nuestra lengua, palabras bastante duras para execrar esa invención estúpida que, Dios me perdone, no sé si la inspiró Satanás; pero sí estoy seguro que la produjo la maldita escasez, la miseria en que cayó también la Iglesia en países extranjeros.

Ab aequilone venit malum, dice el Profeta; y, en efecto, del Norte nos han venido a los españoles las más grandes calamidades, la Enciclopedia, la revolución, la filosofía alemana, el arte lascivo de Luis XIV, y, por fin, la escultura de cartón piedra. Y nosotros, tan mentecatos como siempre y tan malos patriotas, la hemos aceptado, y... es para desesperarse; nos embobamos ante esos Santos de aserrín molido y mezclado con escayola, que figuran formados como un ejército invasor, y en gradación descendente, por tamaños, como tubos de órganos, en los aparadores de todas las tiendas, librerías religiosas y almacenes de quincalla.

Preciso es que hayamos perdido hasta la más pequeña noción del buen gusto, hasta la última reminiscencia de la Historia Sagrada y de las vidas de los Santos, y por último, hasta la sombra de la *sinéresis*, para que no nos choque la expresión extraña de esas caras de imbécil ó de malvado, ya rechonchas, ya angulosas en extremo, rubias todas, con ojos azules y pelo amarillo, que nos vienen de Francia, de Alemania y de Suiza; y ahora, por último, de Barcelona, donde toda imitación ó falsificación del extranjero que produzca monedas, tiene su asiento. Esas estatuas de todas dimensiones, pero siempre malas, cuyo ropaje está plegado sin sombra de verdad ni de arte y coloreado al mate con medias tintas dulzarronas y lamidas, echadas a perder, si esto es ya posible, con toques de talleo y purpurinas, imágenes hechas a molde como los Santos de barro, pero inferiores ¡ya lo creo! a los de Granada y Murcia, que se vendían antes por dos pesetas los más caros; y no sólo a molde, sino dispuestas para serlo todo, lo mismo un San Blas que un San Agustín, los que tienen ropaje de Obispos; lo mismo Santa Eulalia que Santa Bibiana, las que están vestidas como mujeres a la romana; y que así, con descaro, se anuncian por tarifa de pulgadas ó centímetros frente a los precios, con las leyendas «un Santo Obispo,» «un Santo monje» «una Santa mártir.» Esto es, lo que bien os venga en mientes, lo que os agrade; nos tiene sin cuidado con tal que lo pagueis.

Y a tal extremo llega la frescura de esos comerciantes, que si no tienen, por ejemplo, un Judas Tadeo, le dan al comprador un San Pablo, que también es Apóstol, y a vivir, que luego si el Sacerote que ha de bendecir la imagen ve que no es lo que se pretende, vaya usted a reclamar, que todavía dirá el tendero: los Curas son unos ignorantes.

¿Hay razón alguna que justifique tan insensato extranjerismo? Nada más fácil que probar cuán absurdo es buscar fuera lo que tenemos en casa mejor y más barato; pero este artículo es ya demasiado extenso; quede, pues, este punto y otros para el próximo, en que será dilucidado como se merece.

JOSÉ FERRANDEZ.

ATALIA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

(TOMADA DE LA SAGRADA ESCRITURA)

por RACINE

Traducción de VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA

(Continuación.)

NABAL

¿Quién te puede inspirar rencor tan hondo?
¿Tal vez de Baal el celo te arrebató?
Ya sabes que yo soy Ismaelita,
Y que ni a Baal ni a Adonai venero.

MATHAN

¿Y puedes tú pensar que a mí me ciegue
Frívolo celo por un numen vano,

Por frágil leño, al que en su altar devoran,
A pesar de mi ayuda, los insectos?

Yo, prole de un levita, serviría
Al Dios de los Hebreos, si las ansias
De las grandezas, si la sed de mando
A su coyunda estrecha se amoldasen.
Nabal, ¿será preciso que te ayude
A recordar la célebre querrela
Entre Joad y yo, cuando atrevíme
A disputarle el sumo sacerdocio;
Mis luchas, mis intrigas, mis lamentos
Mi desesperación? Por el vencido,
Osado penetré por otra senda,
Y el alma mía uniéndose por completo
A nuestros soberanos: lentamente
Me aproximé a su oído, y en oráculo
Erigióse mi voz al poco tiempo.
He procurado a fondo conocerles,
He adulado sus fútiles antojos,
Los precipicios les sembré de flores,
Y solté a tus pasiones libre rienda.
Cambíe, según querían, de balanza,
Y de medida: cuanto la inflexible
Rigidez de Joad les ofendía
De su soberbia el delicado oído,
Tanto más les gustaba mi destreza,
Ora verdades tristes ocultándoles,
Ora pintando con matices bellos
Su furibunda rabia, y sobre todo
Pródigo siendo de infelice sangre.
Al fin un templo construyó Atalia
Al nuevo Dios, que había introducido.
Lloró Sión al verse profanada,
Y hasta a el cielo arrojó terribles gritos
La consternada turba de levitas.
Yo sólo, dando ejemplo a los cobardes,
Yo, tráfuga del templo, que abomino,
Yo la empresa aprobé y de tal manera
De Baal he conseguido el sacerdocio;
Y así terrible a mi rival me he hecho
Y fui su igual, ciñendo la tiara.
Confieso sin embargo, que en el colmo
De tanta gloria, asédiame é importuna
El recuerdo del Dios que he abandonado.
Y en algo de terror el alma me hunde,
Lo que redobla y nutre mis rencores.
Feliz, si coronando mi iracundia,
Sobre su mismo templo al fin consigo
Demostrar la impotencia de su cólera,
Y entre estragos, escombros y matanzas
Mi conciencia acallar con nuevos crímenes.
Más Josabeth se acerca.

ESCENA IV

JOSABETH, MATHAN, NABAL.

MATHAN

Por la reina

Enviado a fin de reponer la calma,
Y disipar los odios, no te asombres,
Dulce princesa, de que a tí me llegue.
Un rumor (y que creo pura fábula)
Apoyando el aviso de su sueño,
Iba a lanzar las olas de su furia
Sobre Joad, a quien se considera
Culpable de urdir planes peligrosos.
No quiero gala hacer de mis servicios
Y sé las injusticias que me ha hecho
Joad, pero es preciso a las ofensas
Bondades oponer. En fin, acudo
Con palabras de paz. Vivid tranquilos
Y celebrad los ritos sin recelo.
La reina no más pide que una prenda
De la obediencia vuestra: yo he luchado
Cuanto he podido a fin de separarla
De tal deseo: quiere que ese huérfano
Le deis, y que aquí mismo ha contemplado.

JOSABETH

¿Eliacin?

MATHAN

Un tantico de vergüenza
Me causa esta misión: a sueños fútiles
Quizá dé gran valor; pero vosotros
Os declarais sus fieros enemigos,



Si aqese niño no entregais al punto.
La reina aguarda ya con impaciencia
Vuestra contestación.

JOSABETH

Y de su parte
Esa es la paz que viene á anunciarnos?

MATHAN

¿Y podrias dudar en aceptarla?
¿No compras demasiado á poco precio?

JOSABETH

Me admiraba, Mathan, que tú, arrojando
El artificio, hubieras conseguido
Domeñar la injusticia de tu alma,
Y funesto inventor de tantos males
Que algún lijero bien te se debiese.

MATHAN

¿De que te quejas? ¿Con furor venimos
A arrancar de tu seno á Zacarías?
¿Quién es ese otro niño tan amado?
A mi vez me sorprende tal afecto.
¿Es tesoro tan raro y de tal monta
Para vosotros? ¿Dios os le prepara
Para libertador? Princesa, piensa
Que tus inoportunas negativas
Pudieran confirmarme los rumores
Que empiezan á cundir por todas partes.

JOSABETH

¿Qué rumores son esos?

MATHAN

Que ese niño
De ilustre cepa arranca; que tu esposo
Para algún gran proyecto le destina.

JOSABETH

Y Mathan lisonjeado en sus furoros
Por tales ecos....

MATHAN

Tú, princesa, debes
Sacarme del error. No se me oculta
Que, acérrima enemiga de patrañas,
La muerte sufrirías más horrenda,
Antes que á tu sinceridad se obligue
A decir la más mínima palabra
Contraria á la verdad. Así, pues, ¿huella
Ninguna existe acerca de ese niño?
¿Profunda noche envuelve su prosapia?
¿Tú misma ignoras quiénes son sus padres,
Y quiénes á Joad lo han entregado?
Habla: te escucho: prestaré crédito:
Tributa gloria al Dios á quien veneras.

JOSABETH

Malvado, y tú te atreves de ese modo
Nombrar á un Dios, que tu maldito labio
Enseña á blasfemar! ¿Por tí pudiera
Su espléndida verdad atestiguar;
Por tí, infeliz, sentado en apesada
Cátedra, donde reina la mentira
Y siembra su veneno; por tí, infame,
Nutrido en la traición y en las astucias?

ESCENA V

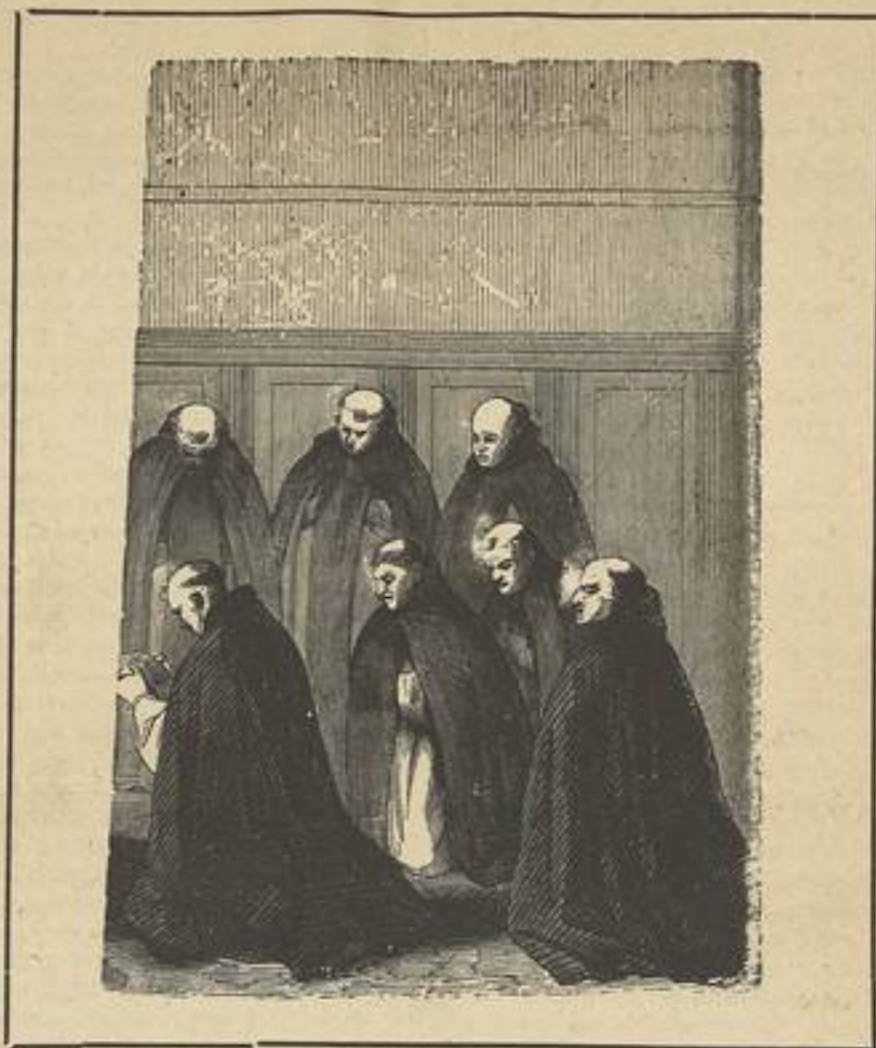
JOAD, JOSABETH, MATHAN, NABAL

JOAD

¿En dónde estoy? ¿De Baal al Sacerdote
Mis ojos no descubren? ¡Qué! princesa,
Tú, de David retoño, aquí pláticas
Con ese vil traidor? ¿Y tú permítesle
Hablar contigo? ¡Qué! no te espavece
El que del fondo del abismo abierto
Bajo tus plantas, surjan enseguida
Voraces llamaradas que te abrasen,
O que sobre el cayendo aquestos muros
Te aplasten? ¿Qué pretende? ¿Con qué rostro
El protervo Mathan al templo llega
A inficionar su immaculado ambiente?

MATHAN

Tal violencia de Joad es propia,
Y no obstante, debiera hacer más galas



MONJES EN ORACIÓN

De su medida, y respetar la reina,
Y no insultar al que ella se ha dignado
Encargarle sus órdenes.

JOAD

¿Qué viene
De siniestro á anunciar? Un tal ministro,
¿De qué horrible orden viene á darnos parte?

MATHAN

Ya á Josabeth se la he comunicado.

JOAD

Huye de mi presencia, monstruo horrendo:
De todos los horrores, vuela, colma
Ya la medida. Dios se apresta á unirme
A la pérfida raza de Abironio,
Architophel, Dathan, Doég impíos.
Los perros que han roído las entrañas
De Jezabel, esperan anhelantes
En tí su rabia desplegar; ya se hallan
Cabe tu puerta y por su presa aullan.

MATHAN (turbado)

Antes que acabe el día habrá de verse
Quién de los dos.... será.... Nabal, marchemos.

NABAL

¿Cómo así te extravías? ¿Qué desorden
De tus sentidos háse apoderado?
Por aquí.

ESCENA VI

JOAD, JOSABETH

JOSABETH

La borrasca se declara.
Colérica Atalia, no exiges
Que le entreguemos á Eliacim. Se empieza
A descorder el velo del misterio
Que encubre su nacer y tus designios.
Mathan, por poco no nombró á su padre.

JOAD

Al pérfido Mathan, ¿quién lo diría?
¿Tu agitación habrâte descubierto?

JOSABETH

Hice por dominarme lo que pude.
Mas, créeme, señor, urge el peligro.
El niño reservemos para días
Más prósperos. En tanto que los réprobos
Están deliberando, antes que asedien
El templo, y antes de que nos lo arranquen,
Permite que otra vez le guarde oculto;
Hay puertas y caminos aún abiertos,
Y estoy dispuesta, si preciso fuese,
A conducirlo á tétricos eriales.
Conozco una salida reservada,
Por donde sin ser vista ni sentida,
A través del Cedrón con él marchando,
Iré al desierto, en donde, en otro tiempo,
Fugitivo David, hallóse á salvo
De las pesquisas del rebelde hijo.
Menos temor por él me infundirían
Leones y chacales.... Mas ¿qué causa
Hay para no aceptar el poderoso
Auxilio de Jehú? Quizá te pueda
Servir mi parecer: depositario
Hagamos á Jehú de tal tesoro.
Hoy se puede llevarle á sus dominios
Que distan poco. Ese monarca tiene
Benigno corazón, al ruego fácil,
Y en mucho aprecia de David el nombre.
¿Existiría un rey tan duro y fiero,
A no haberle abrigado las entrañas
De nueva Jezabel, que no sintiese
Los infortunios de este debil niño?
¿Su causa no es de todos los monarcas?

JOAD

¿Qué tímidos consejos tú te atreves,
Princesa, á proponerme? ¡Qué! ¿pudieras
Esperar que Jehú nos apoyase?

JOSABETH

¿Prohibe Dios la previsión y medios

Al hombre? Aquel que mucho en sí se fia,
¿No le ofende también? A sus celestes
Designios adhiriendo los humanos,
¿Las manos de Jehú no ha armado el mismo?

JOAD

Jehú, selecto por su inmensa ciencia;
Jehú, en quien cifras toda tu esperanza,
Pagó sus dones con ingrato olvido.
Jehú deja tranquila á la horrorosa
Hija de Achab, emula los profanos
Ejemplos de monarcas israelitas;
Jehú, del Dios infame del Egipto
Los templos ha guardado; y atreviéndose
A ofrecer en la cumbre de los montes
Audaz incienso, á Dios insoportable,
No tiene, no, para servir su causa
Y vengar sus injurias, harto justo
El corazón, ni asaz immaculadas
Las manos. No; tan sólo en Dios fíemos;
Mostremos á Eliacim, y antes que haberle
Oculto, ciña la diadema regia
Su noble sien. Y quiero que el instante
Fijado se anticipe al sanguinoso
Complot urdido por Mathan perverso.

ESCENA VII

Dichos y AZARÍAS seguido del CORO y de
muchos LEVITAS

JOAD

¿Y qué, Azarías, se ha cerrado el templo?

AZARÍAS

Ya sus dinteles ante mí cerrados,
Señor, ya fueron.

JOAD

¿Dentro de él no quedan
Mas que tú con tus santos compañeros?

AZARÍAS

Ya su recinto sacro por dos veces
He recorrido. Nada, nada resta,
Y todos, cual rebaño miserable,
De pavor para siempre están dispersos,
Y á Dios la tribu santa solo sirve.
Igual espanto el pueblo no sintiera
Desde que huyó de Egipto á la coyunda.

JOAD

¡Pueblo cobarde, al yugo aparejado,
Contra Dios sólo audaz! Mas nuestra empresa
Sigamos. ¿Qué detiene todavía
Entre nosotros á estas puras vírgenes?

UNA DE LAS NIÑAS DEL CORO

Pues qué, señor, ¿pudieramos dejaros?
¿En donde mora Dios extrañas somos?
Nuestros hermanos y los padres nuestros
Se encuentran cabe el sumo Sacerdote.

OTRA

Ay, Israel! Si por vengar tu oprobio
Taladrar no podemos, cual un tiempo
Jahel, la sien málvada del impío,
Podremos por lo menos inmolarte
Nuestros alientos. Cuando vuestros brazos
Hayan de defender su altar augusto,
Con nuestro llanto á Dios invocaremos.

JOAD

¡Y aquestos ¡oh, eternal sabiduría!
Aquestos Sacerdotes y estos niños
De tu querrela son los vengadores!
Mas si *Tú* les sostienes, ¿quién contra ellos?
Cuando *Tú* quieres, sabes arrancarnos
Del polvo del sepulcro: Tú nos hieres
Y curas; Tú nos pierdes y resurges.
Seguros no se encuentran de sus méritos,
Y si en *Tú* nombre augusto tantas veces
Sobre ellos invocado; en *Tus* promesas,
Juradas al más santo de sus príncipes,
En el sagrado templo donde moras,
Y que debe igualar del sol los días.
¿Pero de do procede, que mi pecho
De santa convulsión se sienta presa?



TIPO ÁRABE

¿A mí vendrá el Espíritu divino?
Desciende, sí; ya me caldea; me habla;
Mis ojos se abren; los remotos tiempos
Ante mí se descubren. ¡Oh! prestadme,
Levitas, vuestra cítara armoniosa
Y ayudad los arrobos que me agitan.
(El coro canta al sonido de toda la sinfonia de los ins-
trumentos).

La voz solemne de Dios retumbe,
Y á nuestro pecho dé fuerza igual,
Que da al herbaje de primavera
Puro rocío matutinal.

JOAD

Cielos, oid mi voz: ¡oh tierra! escucha.
¿No digas, no, Jacob que tu Dios duermel
Huid, malvados; el Señor despierta.
(Aquí vuelve á empezar la sinfonia y Joad vuelve en
seguida á hablar.)
¡Oh! Cómo en vil metal se ha convertido
El oro puro. ¿Quién es el Pontífice
Cabe el altar de Dios asesinado?
Jerusalen, Jerusalen perjura,
Derrama, sí, derrama acerbo llanto,
Misérrima homicida de profetas;
Tu Dios se ha despojado del carifto
Con que te amaba tanto, y á sus ojos
Impuro está el incienso que tributas.
¿A dó llevais los niños y mujeres?
Dios destruyó la reina de los pueblos;
Sus sacerdotes hallanse cautivos,
Y son vilipendiados sus monarcas.
¡No quiere Dios que acudan á tus fiestas!
¡Oh templo, te hunde: cedros, inflamaos!
Sión, objeto de mis dolores,
¿Qué mano al punto te arrebató

Todas tus gracias? ¡Oh! ¡Quién me diera
Trocar mis ojos ¡oh dulce amor!
En dos arroyos de acerbo llanto
Para llorarle tu inmenso afán.

AZARÍAS

¡Oh templo santo!

JOSABETH

¡David augusto!

EL CORO

¡Oh Dios! recuerda la gran bondad
Que en otro tiempo le has dispensado.
(La sinfonia empieza de nuevo, y Joad, un momento
después, la interrumpe.)

JOAD

¡Oh! ¿Qué otra nueva Jerusalen
Del fondo surge de los desiertos
Llena de gracias y esplendidez?
Lleva en la frente señal eterna;
Pueblos del mundo, cantad, cantad;
Salén renace más refulgente,
Y más hermosa brilla su faz.
¿De dó le vienen por todas partes
Los hijos que ella nunca llevó
En sus entrañas? Salén, presenta,
Presenta altiva tu faz al sol.
Mira á los reyes de las naciones
Que con asombro tu gloria ven,
Cómo se humillan á tu presencia,
Y el polvo adoran que huelan tus piés.
Todas las gentes van á porfia
En pos siguiendo de tu almo sol.
¡Feliz quien sienta su alma abrasada
En fervor santo por ti, Sión!



Abríos, cielos; vuestro rocío
Sobre la tierra llueva veloz,
Y que los orbes, que tanto aguardan,
Por fin consigan su Salvador!

JOSABETH

¡Ay! De dónde vendría tan excelso
Favor, si los monarcas de quien debe
Nacer el Salvador...

JOAD

Dispón, princesa,
La brillante diadema que ceñía
Del rey David la consagrada frente.
(A los levitas.)

Y vosotros, levitas, para armaros,
Seguidme á los lugares do se oculta,
Lejos de los profanos, el terrible
Montón de lanzas y de espadas fieras
Que en otro tiempo fueron empapadas
En sangre del imperio filisteo,
Y que David, volviendo victorioso,
Y cargado de méritos y días,
Dispuso que al Señor se consagrasen.
¿A uso más noble dedicarse pueden?
Venid, yo mismo repartirla quiero.

ESCENA VIII

SALOMITH, el CORO.

SALOMITH

¡Hermanas mías, qué de temores!
¡Cuánto de angustia y ansia mortal!
¡Señor, debían tales primicias
Serte ofrecidas hoy en tu altar!

UNA NIÑA DEL CORO

Al pecho tímido ¡oh, qué teatro!
¡Oh! ¿quién pensara que alguna vez
Brillar se vieran chuzos y aceros
Donde se escucha la santa prez?

OTRA.

¿Por qué en tal cuita Salém se calla
Indiferente con su alma Dios?
¿Por qué el bravo Abner, hermanas mías,
No nos ofrece su protección?

SALOMITH

¡Ay! en la corte donde no existe
Más ley que fuerza, ira brutal,
Do los honores y los empleos
A vil bajeza siempre se dan,
Hermana mía, ¿quién sus acentos
Por la inocencia quiere elevar?

OTRA NIÑA.

En tal peligro y en tal tumulto,
¿A quién el cetro se apresta ya?

SALOMITH.

A su profeta Dios hablar plugo:
Mas lo que dijo su augusta voz,
¿Quién lo sabría? ¿Viene á ampararnos?
¿Tal vez á herirnos en su furor?

TODO EL CORO CANTA.

¡Oh promesa, amenaza, misterio!
¡Cuántos bienes y males al par
Predichos! ¿Y cómo se adunan
Amor tanto en cólera tal?

UNA VOZ SOLA

Sión perece: crueles llamas
Todas sus gracias van á abatir.

OTRA VOZ

No; Dios la ayuda, que sus cimientos
Son su palabra, que no habrá fin.

LA PRIMERA.

Todo su brillo ya desaparece.

LA SEGUNDA.

Do quiera cunden su gloria y prez.

LA PRIMERA.

En hondo abismo Sión se encuentra.

LA SEGUNDA.

Sión al éter alza su sien.

LA PRIMERA.

¡Qué inmensa ruina!

LA SEGUNDA.

¡Qué eterna gloria!

LA PRIMERA.

¡Qué roncós gritos de tanto horror!

LA SEGUNDA.

¡Oh! ¡qué de cantos de hermosos triunfos!

UNA TERCERA.

¡Oh! Desechemos tal turbación.
Tanto misterio vendrá el Eterno
En otros días á descórrer.

TODAS TRES.

¡Oh! respetemos su ardiente cólera,
Y en su amor fiese el alma fiel.

OTRA.

¡Mi Dios! de un pecho que te venera,
¿quién lograría turbar la paz?
En todo anhela tu ley augusta
Sin que en pos vaya de sí jamás.
Sobre la tierra y hasta en los cielos,
¿Qué otra fortuna se halla mejor,
Que la paz dulce del pecho santo
Que a tí, Dios mío rinde su amor?

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

JOAS, JOSABETH, ZACARÍAS, SALOMITH,
un levita; el CORO.

SALOMITH

Con paso augusto al lado de mi madre
Viene Eliacin con el hermano mio.
Hermanas, en los velos que conducen,
¿Qué espada brilladora ante ellos marcha?

JOSABETH (á Zacarías.)

Pon, hijo, con respeto en esta mesa,
De nuestra ley el venerable libro,
Y tú, amable Eliacin, también coloca
Esa diadema cabe el libro santo.
Levita, pon, así Joad lo ordena,
La espada de David con su corona.

JOAS

¡Oh! ¿qué nuevo espectáculo es aqueste,
Princesa? ¿Díme, por qué el santo libro,
La espada y la diadema? Desde el día
En que Dios me ha acogido en su morada,
No he visto un aparato semejante.

JOSABETH

Hijo, muy pronto aclararás tus dudas.

JOAS

¿Vas, princesa, á ensayar sobre mis sienes
Esta corona? Guarda, no profanes
Su brillo immaculado: del monarca
Que la ciñó respeta la memoria:
Un desgraciado niño á los chacales
Abandonado....

JOSABETH (poniéndole la diadema.)

Déjame, hijo mio,
Deja que cumpla lo que me han mandado.

JOAS

Te oigo gemir, princesa; ¿por qué lloras?
¿Qué sentimiento el pecho te conmueve?
Tal vez en holocausto hoy ofrecido,
Cual hija de Jephthé, yo debería
Con mi muerte calmar de Dios la cólera?
Un hijo todo débelo á su padre.

JOSABETH

Aquí se acerca quien podrá decirte
La voluntad del cielo. Nada temas.
Y nosotras salgamos de este sitio.

ESCENA II

JOAS, JOAD.

JOAS (corriendo á los brazos del sumo sacerdote.)
¡Oh, padre mio!

JOAD

¡Qué! ¡Oh, amado hijo!

JOAS

¿Qué se prepara?

JOAD

Oh, hijo mio, es justo

Que te prevenga, porque tú precisas
Antes que nadie, conocer los altos
Designios del Señor sobre su pueblo
Y sobre tí. Prevente de fe nueva
Y de valor: es tiempo que demuestres
Aquel ardor y celo que en el fondo
De tu pecho infantil he cultivado,
Y que á Dios pagues lo que le es debido.
¿Sientes tan nobles, generosas ansias?

JOAS

Mi vida le daría, si El la quiere.

(Continuad)

No nos preocupemos de los habitantes de la luna

No calentaos el cerebro con respecto á los habitantes de la luna, sino estudiad al habitante de la tierra ó sea el hombre que cubre vuestra propia ropa.

Si cada persona tuviese cuidado de sí misma del mejor modo posible, los institutos de caridad no endrían razón de ser. Hay mucha significancia en el dicho de que la caridad empieza por uno mismo. Cuando un hombre tiene las dos alternativas, de nadar ó ahogarse, por lo menos hará un laudable esfuerzo para nadar. Quizá sea porque nos socorremos mucho unos á los otros.

Como en el ejército, así pasa en la sociedad; dependemos individualmente sobre el general y sobre la multitud. Es mala cosa ésta, porque induce al hombre á confiar en su suerte y en el número, y no en su propio valor é ingenio. Por consiguiente, cuando la calamidad nos visita, no nos encontramos preparados, ignorando cómo pelear y combatirla.

Por ejemplo, hé aquí á nuestro buen amigo el señor John Wilkinson, de Norbury, Whitchurch, Salop, quien no hace mucho dijo á un conocido suyo: «Amigo, estoy perdido.» ¿Por qué se expresó así? Porque los médicos le habían desahuciado creyéndole víctima de la tisis; lo bastante para amedrentarle si en realidad era tisis su enfermedad. Pero, ¿es este el caso? Hé aquí la cuestión.

Dicho señor se explica del modo siguiente:

«Pertenezco, dice, á una familia fuerte, y hasta la primavera de 1885 me hallé siempre bien. Podía competir con cualquiera en levantar peso, correr, saltar, y fácilmente cubría treinta millas en un día. Hacia Abril de ese año sentí algo apoderarse de mí, que gradualmente se fué arraigando. De principio me sentí triste, pesado y cansado, con sensación de abatimiento y pesadez en la boca del estómago y dolor en el costado y entre los omoplatos. Mi piel se puso descolorida y el blanco de los ojos se tiñó de un color amarillento. Mi paladar era malo, especialmente por la mañana. Cubría mi boca y mis dientes una sustancia espesa, y un fluido claro y acuoso me subía á la boca, procedente del estómago.

«Me faltó el apetito, y el poco alimento que podía tomar me causaba mucho dolor. Una sensación de tirantez me oprimía el pecho y ambos costados como si me encontrase cogido en una prensa, é iba poniéndome cada vez más endeble y muy acongojado. No parecía sino que la vida ó el alma me había abandonado.

«Luego empezó á atormentarme una tos seca que me hacía perder mucho sueño. En efecto; me era imposible descansar de noche á causa de la misma, sino que solía estar despierto toda la noche tosiendo y esputando. Trascorriendo el tiempo me encontré tan extenuado que apenas podía andar, y

cuando me aventuraba á salir á la calle, me veía obligado á pararme á cada momento para descansar, mientras me paseaba á lo largo de las callejuelas temiendo caerme.

»Probé todas clases de medicinas y estuve en manos del médico, pero sin conseguir alivio. En este lamentable estado seguí arrastrándome durante seis meses. Mis parientes y vecinos creían que mi fin no estaba muy lejano, y que pronto cesaría de pertenecer á este mundo.

Un día un amigo mío, Sr. Thomas Bateman, guarda de coto en Marbury, viéndome tan enfermo, me preguntó cómo me había sobrevenido mi enfermedad. Mi contestación fué: «Estoy perdido; jamás me restableceré, amigo mío.» A lo que él á su vez contestó: «No digas eso, hasta que hayas probado el Jarabe Curativo de la Madre Seigel» y continuó contándome cómo le había curado éste, después de haberse hallado á las puertas de la muerte y haber sido desahuciado de los médicos como víctima de la tisis. En vista de esto, por no dejar nada por hacer hacia mi restablecimiento, mandé á Whitchurch por el remedio. Después de haber consumido tres botellas, todo dolor y malestar me abandonó, comía de todo, y la tos y la expectoración, como también el dolor en el pecho, desaparecieron, y de nuevo recuperé mi salud.

»Digo á todos cómo el Jarabe de la Madre Seigel me salvó la vida, y está usted en completa libertad de publicar mi relación, á fin de que otros enfermos sepan lo que hacer.

(Firma).

»JOHN WILKINSON,
»Zapatero.

»Norbury, Whitchurch, Salop.»

Los casos de estos dos hombres Bateman y Wilkinson, eran casi idénticos en síntomas y carácter. Ambos padecían de indigestión y dispepsia; ambos recelaban la tisis, y ambos fueron oportunamente curados por la misma medicina. ¿Cuántos hay en este país en las mismas condiciones? ¡Centenares de miles! ¡Ah! los días tristes y terribles que han de pasar en dirección á la sepultura; pues de faltarles el remedio, morirán seguramente de una muerte prematura.

¿Eres tú acaso, lector, uno de esta multitud doliente, ó sabes de alguno que pertenezca á la misma? Permítenos te hagamos una observación, y es: que no debes esperar ponerte bueno aguardando y esperando indecisamente.

Estudia al hombre que cubren sus propias ropas, ó de diferente modo, pon en juego tu propio criterio y obra según él y según la reputación de que goza un remedio que posee tal evidencia para probar su virtud.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado, que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

BANCO DE ESPAÑA

Desde el lunes 22 del corriente, se pagará por el Banco y sus sucursales, con la bonificación de catorce por ciento, el importe de los cupones del vencimiento de 1.º de Abril próximo venidero, correspondientes á los títulos de Deuda perpetua al cuatro por ciento exterior y á los billetes hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba depositados en sus Cajas, que no se hayan retirado ó pedido que se conserven unidos á los títulos en virtud del anuncio de 19 de Enero último, debiendo los interesados presentar los res-

pectivos resguardos de depósito ó pólizas de préstamo ó de crédito con garantía.

Desde el mismo día 22 se admitirán los expresados cupones del vencimiento próximo y de los anteriores que se presenten á negociación con la bonificación que diariamente se fijará en las respectivas oficinas.

Madrid 17 de Febrero de 1892.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

Banco Hispano-Colonial

ANUNCIO

BILLETES HIPOTECARIOS DE LA ISLA DE CUBA
EMISIÓN DE 1886.

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886, tendrá lugar el vigésimotercer sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, el día 1.º de Marzo, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 1.181.940 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 1.181.940 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 11.820 lotes de 4 cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo trece bolas en representación de las trece centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.240.000 títulos emitidos y los 1.181.940 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de 9 del actual expedida por el ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlos en el globo destinado al efecto se expondrán al público las 11.600 bolas sorteables deducidas ya las 220 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo además la comisión ejecutiva, director gerente, contador y secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Abril próximo.

Barcelona 15 de Febrero de 1892.—El secretario general, *Aristides de Artihano*.

Banco Hispano-Colonial.

ANUNCIO

EMISIÓN DE 1890

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba.

QUINTO SORTEO DE AMORTIZACIÓN

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del real decreto de 27 de Septiembre de 1890, tendrá lugar el quinto sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1890, el

día 10 de Marzo, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 340.000 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 340 billetes hipotecarios en circulación se dividirán para el acto del sorteo en 3.400 lotes de 4 100 billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo cuatro bolas en representación de las cuatro centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.750.000 títulos emitidos, y los 340.000 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la real orden de 9 del actual, expedida por el ministerio de Ultramar.

Antes de introducirse en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 3.384 bolas sorteables, deducidas ya las 16 amortizadas en los cuatro sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el presidente del Banco ó quien haga sus veces, asistiendo además la comisión ejecutiva, director gerente, contador y secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Abril próximo.

Barcelona 25 de Febrero de 1892.—El Secretario general, *Aristides de Artihano*.

OBRAS COMPLETAS

DE

DON MANUEL POLO Y PEYROLÓN

Lujosamente encuadernadas en tela, con plancha dorada del mejor gusto, todas del mismo tamaño y al módico precio de **tres pesetas** volumen, se han puesto á la venta, en todas las librerías católicas, las siguientes:

Seis novelas cortas.

Páginas edificantes.

Quien mal anda...

Discursos académicos.

Vida de León XIII

Sacramento y concubinato.

Poco á poco se dispondrán de la misma manera todas las demás. Para las suscripciones, dirigirse al autor en Valencia, calle de En-Bou, 7.

LA JABONERIA DEL CONGO Á SUS CLIENTES

La casa VICTOR VAISSIER, de PARIS, informa á su elegante y numerosa clientela que su famoso jabón de tocador tan fino y deliciosamente perfumado lleva este título: **Jabón de los Principes del Congo** y el nombre VICTOR VAISSIER. Se venden productos similares, pero que no son sino groseras imitaciones del verdadero Congo.

Depositario en España, M. BOLDÚ, Rambla de Cataluña, 71, Barcelona.

CREMA DE LA MEÇA

Importante receta para blanquear el cutis.

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 1
1892



GN ALMRCEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA
JORGE G.º GIROD
Sucesor de Losada.

SEÑORAS

Si queréis Sombreros elegantes y más baratos que en parte alguna, ver la gran colección de esta casa. Precioso surtido de tocas y sombreros redondos de mañana á 70 y 80 reales. Para vestir, elegantes modelos de capotas y sombreros desde 6 duros. Precios fijos.

Mad. Pernette, BARQUILLO, 27



Establecimiento de la Casa real de Baviera para Vidrieras de Colores

F. X. Zettler, Munich, Baviera

Se recomienda por la ejecución de pinturas sobre vidrio de todos géneros y estilo.

Entre otros muchos trabajos se han hecho en España:

Siete ventanas para la Catedral de Burgos (en la principal pintada la Asunción de la Santísima Virgen), en la Catedral de Oviedo, en las iglesias de los P. P. Jesuitas de Santander, Bilbao, en Osuna, Barcelona, Madrid, etc.

Premiado con Medalla de oro en la Exposición de Barcelona, además 10 Medallas, 9 Orden.

Dibujos y presupuestos de gastos á disposición de los solicitantes. Precios módicos.

Entre los trabajos salidos recientemente de los talleres de este Instituto, se encuentran dos grandes pinturas sobre vidrios destinadas á reemplazar en la caja de la escalera del Papa en el Vaticano, las ventanas, con las figuras coloradas de los Santos Pedro y Pablo, recientemente destruidas por la explosión de pólvora á Roma.

Su Santidad el Papa León XIII confió á dicho Instituto la reposición de estas ventanas.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes, novedad en piel caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza y lana.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

ESPECIALIDAD EN GUANTES Á LA MEDIDA

7, Fuencarral, 7

ES DIGNA DE SER VISITADA LA NOTABLE
EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS
Y
coronas.

DE
G. KUHN SEIS SALONES CRUZ, 42
Pisos principales.

Sección 1.ª—Flores para vestir. 2.ª—Ornato de salón.—3.ª Flor para iglesia.—4.ª Flor para cementerio.—5.ª Material para flores.—6.ª Plumasy azabache para sombreros.

Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar,—y modelos de cristalería, mayolica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país. en **CERAS PURAS DE ABEJAS** para el Culto católico, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS

en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

Esteáricas y transparentes, blancas y colores

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar

Princesa, 40 **SALVADO Y SALA** Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte ó incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas; usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

R. BONIQUET

MEDICO-CIRUJANO

dentista

Especialista en las enfermedades de la boca y colocación de dentaduras.

Premiado en la Exposición Universal de Barcelona.

ESPOZ Y MINA, 9, PRAL.—MADRID

Consulta ordinaria: Todos los días laborables de **10 á 6.**

Gratis á los pobres: los martes, jueves y sábados, de **8 á 10.**



LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO CERVANTES BALMES CISNEROS

ÉPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	1,50 pes.
Tres meses.....	4 "
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	2 pes. 50 cts.
Un año.....	4 "

NÚMERO 5.—Madrid 15 de Marzo de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 francos.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 pes. 50 cts.
Un año.....	7 "



VISTA DE LAS PALMAS (GRAN CANARIA)

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—El vanidoso, por Manuel Póla y Peyrolin.—Boletín religioso, por J. F.—Nuestro arte religioso (IV), por José Ferrándiz.—Alarcos, por Esperanza Ovea.—Una poesía notable, por el Bachiller Alonso.—Atalia, (tragedia) traducción de Víctor Suárez Capalleja.

GRABADOS

Vista de Las Palmas (Gran Canaria).—Vista exterior de San Miguel de Escalada.—Ermita de N. S. de Alarcos.—Santuario de N. S. de La Salta.—Portada de la iglesia del desfiladero monasterio de Toro.—Iglesia de San Marcos en Famagusta (hoy mezquita de los turcos).—Columna de la Victoria en Nápoles.

LA QUINCENA

Ha sido resuelta la crisis francesa después de grandes esfuerzos; y aunque ya nadie se acuerda de ella, porque quince días son muchos años para nosotros, es preciso hablar algunas palabras acerca de la misma, si el hecho ha de quedar consignado en las páginas de LA ILUSTRACION. Mr. Loubet ha sido el encargado por Mr. Carnot de conducir a buen puerto la asendereada nave que lleva en su seno las esperanzas de los republicanos franceses. El nuevo presidente del Consejo es persona agradable, simpática y de finísimos modales. Su instrucción en asuntos financieros es vastísima y ha demostrado en las discusiones parlamentarias su competencia rentística. Ya ha sido ministro, y aunque se le echa en cara el no haber sido antes presidente del Consejo, como dice con mucha razón Julio Simon en *Le Temps*, alguna vez han de empezar a serlo los personajes llamados a ocupar dichos puestos.

Algunos periódicos han tratado de poner en solfa al nuevo presidente, y entre otros *Le Gaulois* relataba la siguiente escena, ocurrida, según el citado periódico, al emprender Mr. Loubet, que se hallaba ausente de París, su viaje a la capital para encargarse de su nuevo cargo. Un caballero elegantemente vestido se acerca a Mr. Loubet y le dice: «Señor presidente, aquí tiene V. E. el coche.» Loubet sube, y al observar que el caballero elegante cierra la portezuela del vehículo y se dispone a retirarse, baja apresuradamente uno de los cristales, y con aire de extrañeza:—Pero qué, ¿no sabe usted conmigo?—Señor ministro, yo voy en el pescante.—¿Cómo? ¿En el pescante y con el aguacero que está cayendo? Hombre de Dios, se va usted a mojar; suba, suba enseguida.—Y quiera que no, obliga al lacayo a entrar en el coche y a hacer el viaje en su compañía. Esta anécdota, verdadera ó falsa, que habrá hecho desternillarse de risa hasta a las piedras del boulevard, sólo vendría, después de todo, a demostrar que Mr. Loubet es hombre afable y cariñoso con sus inferiores, y que reúne a sus vastos conocimientos políticos y financieros las virtudes de un sencillo y austero republicano.

El nuevo Ministerio, en su programa, ha manifestado su firme propósito de conservar a toda costa el orden interior y de mantener el concordato con la Santa Sede, observando fielmente el cumplimiento de los tratados comerciales y procurando el engrandecimiento del país por medio del desarrollo militar y de una nueva política diplomática. Estos últimos propósitos, en los que quizás podíamos nosotros fundar alguna esperanza, no creemos que pasen de vanas palabras; porque Mr. Ribot sigue ocupando en la nueva situación su puesto de Ministro de Estado, como decimos nosotros, ó de Negocios Extranjeros, como dicen ellos, y claro está que un personaje de su importancia no cambia radicalmente de opinión por el solo afán de conservar una cartera. La política diplomática del nuevo Ministerio, será, pues, una continuación de la seguida por el Gabinete Freycinet, y poco podemos esperar nosotros de la resolución de la crisis francesa que sea beneficioso para los intereses de nuestra industria y nuestro comercio.

El atentado cometido por el cadete de la escuela militar de Toledo, D. Julián Rodríguez, contra el capitán de la misma, Sr. Riera, ha tenido el triste desenlace que todos esperaban: el Sr. Rodríguez ha sido condenado por el Consejo de Guerra celebrado en Toledo a veinte años de reclusión, pena que ha considerado pequeña el Consejo Supremo de la Guerra, condenando, en su consecuencia, al desgraciado joven Rodríguez a la de reclusión perpétua.

La sentencia del Tribunal no puede por menos que obtener de nosotros, como de cuantas personas consideren serenamente el asunto, el más profundo acatamiento. La misión de los tribunales que juzgan y sentencian es augusta y venerable; y nunca como ahora se hace preciso que, a más de los prestigios de que ha procurado rodearlos la ley, obtengan sus decisiones el asentimiento unánime de la opinión pública, porque nunca como ahora han sido tan grandes la indisciplina y el espíritu de rebelión que se observan en todos los órdenes de la vida social; y si la sociedad ha de ser eficazmente defendida, preciso es que la defensa sea proporcionada a lo formidable del ataque.

El asunto ha conmovido durante algunos días hondamente a la opinión; pues aparte el respeto que merece a todos la decisión del Consejo Supremo de Guerra y Marina, la corta edad del sentenciado, el motivo que ha producido la condena y la angustia de la familia del alumno, hacen que aun los más indiferentes se sientan movidos a compasión a la vista de ese gran infortunio, y experimenten profundísima lástima ante esa vida, tan llena de esperanzas, cortada en flor y amenazada de extinguirse ante las amarguras y lobregueces de un presidio.

El padre del desventurado alumno ha venido a Madrid, desde Ceuta, donde se hallaba desempeñando el cargo de subdirector del Penal de dicha ciudad. El afligido padre ha recogido en todas partes unánimes testimonios de la participación que todos toman en el dolor que lo destroza, y de la amargura que a todos causa la imposibilidad de remediar tan gran desdicha. Muchas personas lo ayudan en su nobilísima tarea, y Madrid entero aguarda, fijos sus ojos en las alturas del Trono, uno de esos actos de clemencia a que nos tiene acostumbrados el hermoso corazón de nuestra egregia Soberana. Nosotros unimos también nuestra voz a la de los que piden perdón para el alumno Rodríguez; perdón para él y perdón para sus padres, pues la sentencia de presidio acaso fuera una sentencia de muerte para los honrados progenitores del desdichado cadete de Toledo.

*••

Según dicen varios periódicos, el ministerio de la Guerra no se opone a ceder al Ayuntamiento de esta corte aquella porción del jardín de Buenavista que ésta necesita para llevar a cabo su proyecto de construir una plaza circular en la intersección de la calle de Alcalá con los paseos del Prado y de Recoletos. El proyecto será, pues, una realidad, y, a decir verdad, una realidad magnífica, pues esta plaza, limitada por el ministerio de la Guerra, el Banco de España, el palacio de los marqueses de Linares y la portada (que suponemos se reformará) de los Jardines del Buen Retiro, y en la cual van a desembocar cuatro grandes avenidas, será, sin duda alguna, el sitio privilegiado de la corte y el lugar que más admiración ha de infundir en los viajeros que acudan a visitar nuestra capital. Creemos sinceramente que pocas ciudades extranjeras, y lo decimos bajo la fe de personas que han viajado mucho, y cuyo buen sentido les hace inaccesibles a los estragos que el entusiasmo por todo lo extraño produce en algunos cerebros nacionales, podrá presentar sitio tan

bello, dotado de tan grandes atractivos y de tan lindas perspectivas como éste. Algunos años más, y la plaza de la Cibeles (como sin ningún motivo para ello parece la va a rotular el Ayuntamiento), será la futura Puerta del Sol, el futuro centro de la animación, del movimiento y del bullicio de la vida cortesana. Todo esto nos parece muy bien, y aun de las personas más descontentadizas y gruñonas ha de merecer, sin duda, entusiastas aplausos. Madrid necesita reformarse, y ya que no podamos aspirar a una reforma general y basada en un plan uniforme, cual la del barón Haussman, en París, para la cual se necesitaría muchísimo dinero que no tenemos, y que por ahora no se ve manera de que en mucho tiempo lo tengamos, hemos de contentarnos con estas reformas parciales que van, poco a poco, transformando la fisonomía de este lugarejo de Castilla, feo, destartado y destempladísimo, que mereció, sin que hasta ahora haya podido explicarse la causa, ser la capital de España y la corte de dos mundos.

En lo que ya no estamos conformes con nuestro Municipio es con el proyecto, ya comenzado a realizar, de trasladar al centro de la futura plaza la fuente de la Cibeles.

La fuente de la Cibeles, construída bajo la dirección del insigne D. Ventura Rodríguez, con su magnífica estatua de la diosa, esculpida por don Francisco Gutiérrez, sentada en elevado carro tirado por los dos hermosos leones, debidos al cincel de D. Roberto Michel, con sus graciosos saltos de agua, y el extenso pilón que la circunda, es sin duda uno de los más bellos adornos de los paseos de Madrid; pero por lo pequeño de sus proporciones, que, en lugar tan amplio y al lado de construcciones tan soberbias, han de resultar exiguas, no creemos que reune condiciones bastantes para campear en el centro de la magnífica plaza proyectada. Aquello está pidiendo a voces una estatua elevadísima, semejante a la de Colón ó a la de Felipe IV, que luciendo sus gallardas proporciones en aquel sitio privilegiado, contribuya a dar a la futura plaza el aspecto monumental que se propone nuestro Ayuntamiento.

La fuente de la Cibeles puede ser trasladada al principio del Salón del Prado, haciendo con la de Neptuno otro tanto en el otro extremo del paseo, y trasladando al medio de éste la bellísima de Apolo, hoy escondida entre los árboles de una de las alamedas laterales, lo que contribuiría al hermosamiento del magnífico Salón; y en el centro de la futura plaza debe erigirse una estatua al gran rey Carlos III. Madrid tiene que pagar dos deudas de gratitud: una a Felipe II, que la eligió para capital del reino, despreciando a Lisboa, Barcelona, Valladolid y Sevilla, que tan grandes condiciones reunían para ello; otra a Carlos III, que la hermoseó y la hizo digna de ser el centro de la vida nacional y la morada de los reyes.

Todo cuanto de bello se divisa desde el centro de la futura plaza es obra del tercer Borbón; el Salón del Prado, el Museo, la Platería de Martínez, el Jardín Botánico, la Puerta de Alcalá, el Ministerio de Hacienda, el Hospital general, el Observatorio astronómico, obras son de aquel gran monarca, que así como en su reino de Nápoles supo desenterrar de sus ruinas seculares a Herculano y erigir un paraíso en Caserta, hizo también salir a Madrid del letargo en que yacía, y trabajó sin descanso por el bien de su pueblo, y lo hizo todo, como dice la inscripción de la portada del Botánico, debida a la pluma de D. Juan de Iriarte: *Civium salute et oblectamento.*

*••

Una noticia inesperada conmueve en estos momentos al mundo artístico de París: Alejandro Dumas ha anunciado la venta de su magnífica galería

de cuadros. El célebre y discutido autor de *Divorçons* se ha cansado de la vida de París, de su eterno bullicio y su incesante movimiento, y abandonando su hermosa residencia de la Avenida Villier, se decide, como Juan Jacobo Rousseau, a vivir en el seno de la naturaleza, si no precisamente en «una casita blanca con persianas verdes», como el autor del *Emilio*, en una deliciosa villa que se ha hecho construir en *Masly-le-Roy*, y en la que es tan grande el número de ventanas que ha hecho abrir, que no queda en los muros sitio bastante para colocar los cuadros de su vasta colección.

Conocida es la afición de Dumas, mejor diríamos, su pasión por las obras artísticas; durante cuarenta años ha ido acumulando en su palacio cuadros y dibujos de inestimable valor. A cada uno de sus éxitos teatrales, y bien podemos decir a la representación de cada una de sus obras, ó a la publicación de cada uno de sus libros, seguía indefectiblemente la adquisición de varios de los lienzos de los más famosos maestros de la pintura contemporánea. Así ha logrado constituir la colección que es el adorno más bello de su palacio, y que, vendida ahora en el Hotel Dronot, será, durante algunos días, la *great attraction* del mundo parisiense.

Dumas fué el primero en comprender el genio de Tassaert; cuando nadie paraba mientes en el autor de la *Magdalena*, se atrevió a comprar los cuadros de aquel pobre y desconocido pintor, que hasta después de su muerte no ha merecido los honores del triunfo, y cuyos menores estudios consiguen hoy un precio superior a todo el dinero que logró ganar el artista durante su larga y miserable existencia.

El autor de *Demi Monde* se reserva únicamente aquellos cuadros que le han sido regalados por sus admiradores, y que son en bastante número, para que no queden sin adorno las paredes de la villa de Marly. A la venta saldrán 21 cuadros de Tassaert, entre ellos, la incomparable *Magdalena*; 12 de Meissonnier, entre los que puede admirarse el célebre *Lector*; 10 de Volland, y muchos de Delacroix, Dufré, Corot, Troyon, Prud'hon, Jacque y Lefebvre. Frómentin figura en la galería con su celebradísimo cuadro *Los centauros y los toros*.

Comprendemos la amargura que inundará el alma de Dumas al contemplar la dispersión de una galería a tanta costa y con tan enormes dispendios formada; pero es irrevocable, a lo que parece, su decisión de abandonar el mundo y pasar en Marly-le-Roy el resto de sus días. Del autor de *Divorçons* puede decirse lo que de otro literato no menos célebre dijo Paul Yeral: «Hermoso talento, al que solo falta Dios; es decir, todo.» Nosotros deseamos que Dumas encuentre a Dios ahora que, lejos del bullicio que embriaga, se propone vivir solo, en íntima comunicación con sus libros y con la naturaleza, y también deseamos que lejos de ser para él esta soledad como lo fué para Juan Jacobo, fuente de desesperación y engendradora de malas pasiones, le sirva para reconcentrarse en sí propio y buscar y hallar la verdad, de la que ha andado, durante su vida literaria, tan lejos, y de cuya posesión es tan digna su hermosa inteligencia.

•••

Una triste noticia tenemos también hoy que comunicar a nuestros lectores. En León ha fallecido el insigne Arquitecto D. Demetrio de los Ríos, que se encontraba encargado de las obras de reconstrucción y restauración de aquella insigne Catedral, fundación del gran rey San Fernando.

El Sr. D. Demetrio de los Ríos había nacido en Baena el 27 de Junio de 1827; obtuvo por concurso la plaza de Arquitecto provincial de Sevilla y por oposición la cátedra de Topografía en la Es-

cuela de Bellas Artes de la misma ciudad; nombrado Vicepresidente de la Comisión provincial de Monumentos, dirigió muchas de las excavaciones practicadas en las ruinas de Itálica, excavaciones que, gracias a su hábil e inteligente dirección, produjeron felicísimos resultados; ordenó y catalogó el Museo Arqueológico provincial sevillano, establecido en el Convento de la Merced, y en 1880 fué nombrado, por fallecimiento de don Juan de Madrazo, Director de las obras de la Catedral de León. Como muestra de sus valiosos trabajos en la restauración de la gran Basílica leonesa, copiamos los siguientes párrafos del artículo necrológico que ha dedicado a su memoria el ilustre Arquitecto D. Vicente Carrasco:

«Dió comienzo a sus trabajos por la terminación del hastial del Sur, desde la imposta sobre el triforio, ciñéndose al bello proyecto original de su digno antecesor; procedió seguidamente a la reconstrucción del brazo Sur y crucero en la zona de la nave alta, y proyectó y ejecutó la restauración del presbiterio en la misma zona, así como las restauraciones parciales en las tres naves, en el interior y exterior de las capillas absidales y en otras partes del templo, y por último, el encimbrado y construcción de la bóveda del abside; a fin de prevenir la inmensa catástrofe de un incendio, estudió y colocó un completo sistema de pararrayos; emprendió después la construcción de las ventanas y bóvedas laterales y la de las bóvedas y parte de las ventanas del trozo Sur del crucero, según el proyecto del Sr. Madrazo; y muy adelantadas ya las obras, realizó con acierto y seguridad admirables el proyecto magno de reconstrucción total de los grandes pilares torales Noreste del crucero, la lateral Sudeste y la parcial de otras varias pilas secundarias, y proyectó y reconstruyó también las bóvedas de toda la nave central (Oeste), incluso la grande del crucero, ventanas altas, auditos, balaustrada exterior del abside, pináculos, etc.

De tan excepcional importancia era la obra de las grandes pilas y bóvedas del crucero, y tales desconfianzas y temores despertó su ejecución, que el gobierno de su Majestad, alarmado por infundados rumores de inminentes siniestros, envió a León una Comisión facultativa que, después de examinar el estado de las obras, emitió un informe pericial que devolvió la tranquilidad a los ánimos, y así lo demostró poco tiempo después el señor Ríos; contraviniendo expresa orden de la autoridad, llevó a cabo el total descimbramiento de la nave, plenamente convencido de la solidez de una obra que era resultado de sus concienzudos estudios, y tan completo fué su éxito, que ni aun los movimientos que en tales casos suelen sobrevenir, se produjeron.»

Por estas palabras del Sr. Carrasco, comprenderán nuestros lectores la importancia de los trabajos realizados en León por el Sr. Ríos, y merced a los cuales, la hermosa catedral gótica erigida por San Fernando continuará siendo orgullo de nuestra patria y envidia de los extranjeros, y no se convertirá en un montón informe de ruinas como tantos otros insignes monumentos.

El arte cristiano tiene para con el ilustre arquitecto que acaba de morir, motivos de gratitud eterna; cuando en los funestos días de la revolución de Septiembre la piqueta demoledora se alzaba como espada de Damocles sobre tantos monumentos gloriosos que nos legaron la piedad y munificencia de nuestros mayores, el Sr. Ríos salvó de la destrucción, merced a sus esfuerzos y gestiones, nada menos que veinticinco iglesias, cuya demolición estaba acordada por la Junta revolucionaria de Sevilla, entre ellas la de San Marcos, Santa Catalina y la hermosa de *Omnium Sanctorum*; contribuyó asimismo a la conservación de la fa-

mosa Torre del Oro, y en estos últimos tiempos presentó dos proyectos de reconstrucción de las portadas Norte y Sur de la insigne Basílica sevillana; proyectos que fueron premiados en concurso público, pero que desgraciadamente, y por circunstancias que no son de este lugar, no se han llevado a la práctica.

El Sr. Ríos era Arquitecto de Fomento de la zona del Norte, Catedrático excedente de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, Académico de la de San Fernando, de la de la Historia y de la Sevillana de Buenas Letras, correspondiente del Instituto prusiano de Arqueología en Roma, Director de las obras de restauración de la Catedral de León, Vicepresidente de la Comisión de Monumentos de la misma provincia, y Caballero y comendador de Carlos III.

El Sr. Ríos se encontraba ahora encargado también de las obras de restauración del glorioso monasterio de San Miguel de Escalada, del cual precisamente ofrecemos hoy una muestra a nuestros lectores. Justo era que LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA consagrara un recuerdo al arquitecto ilustre, uno de los pocos que conservaban todavía entre nosotros las verdaderas tradiciones del arte cristiano y español, digno de haber vivido en tiempos de más fé ó de mayor entusiasmo artístico, circunstancia que le hubiera permitido dejar unido su nombre a algunas obras de esas que alcanzan el aplauso de los siglos y la admiración de la posteridad.

Rueguen nuestros lectores a Dios por el eterno descanso del alma del Sr. D. Demetrio de los Ríos.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

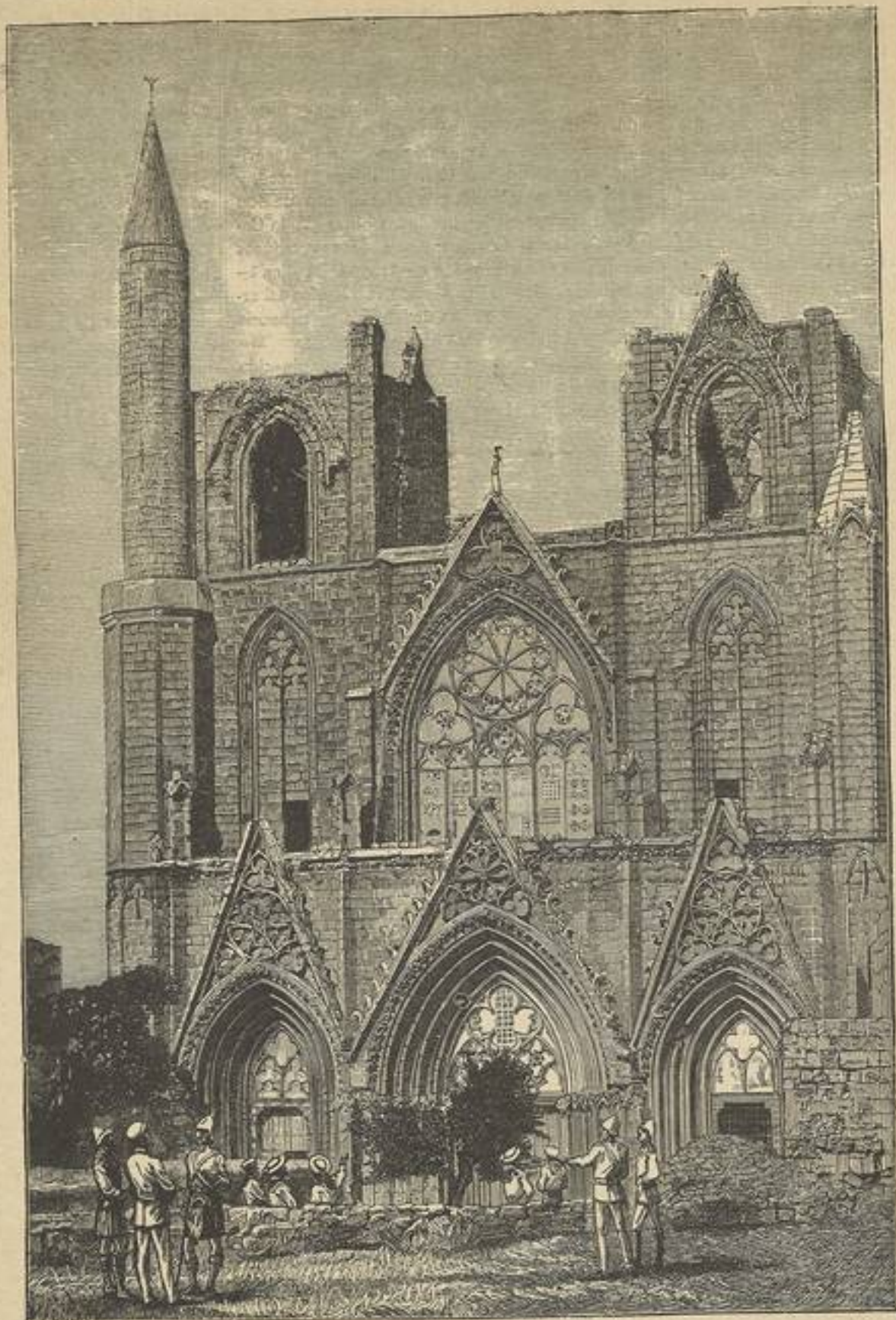
GRABADOS

Vista de Las Palmas (Gran Canaria).—(Pág. 65.)

Ofrecemos hoy a nuestros lectores la vista panorámica de la ciudad de Las Palmas, capital que fué de las Islas Canarias hasta el año 1833, en que la arrancó este privilegio Santa Cruz de Tenerife. Bañada por las aguas del mar, asentada en un ameno y fértilísimo valle y cruzada por el río Guiniguada, es la ciudad más populosa de las islas afortunadas, y al par la más bella por la limpieza de sus calles, la hermosura de sus casas y la suntuosidad de sus edificios públicos; siendo también dulce, y, sobre toda ponderación, benigno su clima, y contribuyendo a su importancia el movimiento y animación que en ella se nota, debidos a la riqueza, industria y espíritu comercial de sus habitantes.

La población se halla dividida en siete populosos barrios, dos de los cuales, el de Vegueta y el de Triana, se hallan separados del resto de la ciudad por la corriente del Guiniguada, y puestos en comunicación con los demás por un magnífico y elegante puente de sillería de tres arcos, adornados con cuatro colosales estatuas, cuya construcción que, como tantas otras, recuerda días de grandeza para nuestra patria, fué debida a la munificencia del célebre Obispo de la diócesis D. Manuel Verdugo y Machado, hijo de la ciudad. Existen en Las Palmas cuatro paseos: uno en el interior de la ciudad, construido en 1842, en el sitio que ocupaba el convento de Santa Clara; los otros tres, situados extramuros, se llaman de los Reyes, de San José y del Puerto, y son hermosos por la profusión y variedad de árboles que los adornan y la multitud de flores que pueblan sus pintorescos jardines.

La Catedral, comenzada a construirse en el siglo XVI, poco después de la conquista de la isla por los españoles, es un templo suntuoso, cuya descripción nos llevaría muy lejos. La ciudad contiene, además, tres parroquias y seis conventos, dos hospitales, de antigua fundación, un hospicio, una cuna de expósitos, una casa de recogidas, un asilo de mendigos, un Seminario conciliar, un Instituto de segunda enseñanza y otras varias instituciones dignas de encomio.



VISTA EXTERIOR DE SAN MIGUEL DE ESCALADA

Las Casas Consistoriales, reedificadas en 1842, son un edificio digno de la ciudad; y el teatro, uno de los mejores de Europa.

Varios son los productos que en las huertas y campos que rodean á esta bellísima ciudad se recolectan; pero la principal cosecha es la de maíz y de patatas, de cuyos productos se exportan grandes cantidades á América. La industria y el comercio están bastante reducidos, sacándose, empero, buenos productos de la pesca.

La ciudad de Las Palmas, preciado adorno de esos magníficos restos de la antigua Atlántida, que se llaman las islas Canarias, es una de las más valiosas joyas que adornan todavía la corona de la que fué poderosa reina de dos mundos.

Vista exterior de San Miguel de Escalada.—(Pág. 68.)

A orillas del Esla, sobre un recuesto, á cinco leguas Sudeste de León, alzáse la pequeña iglesia del

antiguo priorato de San Miguel de Escalada. Unos monjes cordobeses, obligados á huir de su patria, ora por las guerras, ora por el hambre y la peste que en tiempos del intrépido Abdallah asolaban el imperio musulmán en España, se refugiaron al amparo del Rey de Asturias Alfonso III, y resueltos á continuar su vida cenobítica, levantaron en este sitio una pequeña iglesia donde pudieran continuar dirigiendo á Dios sus plegarias y entregándose á la meditación y á la penitencia. Pronto echaron de ver que eran demasiado exiguas sus dimensiones, pero dotados, tanto los monjes como el Rey Alfonso, de esa fe que allana las montañas y arrolla todos los obstáculos, emprendieron con resolución la fábrica de un nuevo, más suntuoso y más holgado templo; y tal fué el celo que desplegaron, que en el corto espacio de doce meses pusieron feliz término á la obra; lo cual tuvo lugar en el año 913, en tiempos de D. García, primer rey de León.

Arquitectos y escultores los mismos monjes, y educados en la brillante escuela cordobesa, imprimieron al nuevo edificio el sello de las construcciones árabes, bien que modificándolo con las indispensables variaciones que imponía la severidad del culto cristiano. Esta extraña combinación produjo un estilo singular, propio de España, á que se ha dado el nombre de *mudéjar* ó *muzárabe*, y á este estilo pertenece San Miguel de Escalada. Entiéndase esto del templo con su pórtico; no de la torre ni del panteón que, construídos posteriormente, en 1050, reinando en León y Castilla D. Fernando I y D.^a Sancha, son en todas sus partes de gusto románico. El material de construcción empleado en la iglesia, fuera de sus arcos, es tierra, mampostería y ladrillos, lo cual hace su fábrica muy endeble; los arcos, tanto interiores como exteriores, la torre y el panteón son de sillería. No es posible concluir estas líneas sin llamar la atención de los amantes de las



ERMITA DE N. S. DE ALARCOS

artes, para que procuren evitar por todos los medios la total ruina de este hermoso monumento que revelará á las generaciones venideras la cultura de nuestros mayores en una edad que ha sido generalmente, bien que con marcada ligereza, calificada de bárbara.

Ermita de N. S. de Alarcos.—(Pág. 69.)

(Véase el artículo pág. 74.)

Santuario de N. S. de La Saleta.—(Pág. 72.)

La aparición de N. S. de la Saleta es casi tan popular como la de Lourdes. Ocurrió el día 19 de Septiembre de 1846. Desde esta fecha, la solitaria aldea del cantón de Corps, del arzobispado de Grenoble, se ha hecho célebre en la Cristiandad, y numerosos peregrinos acuden al suntuoso santuario allí edificado; sobre todo, el día en que se celebra la fiesta de la aparición. Nuestros lectores habrán de gozarse seguramente con la vista de este célebre santuario.

Portada de la Iglesia del derruido monasterio de Dominicos de Toro.—(Pág. 73.)

Corría el año de 1285, cuando la esclarecida doña María de Molina, que acababa de ocupar el trono de Castilla con su esposo D. Sancho IV el Bravo, inspirada por su mucha piedad, mandó edificar, junto á una ermita de Santa María la Blanca que existía en la ciudad de Toro, un monasterio que, á la vez que para morada de frailes dominicos, servía para palacio suyo, como los reyes de España en aquellos tiempos acostumbraban.

El edificio se construyó en poco tiempo, y aunque la parte destinada para palacio era modesta, tanto el convento como la iglesia ostentaban la regia magnificencia á que debían su origen. La ilustre D.^a María de Molina pasó en este edificio muchos de los años de su heroica y azarosa existencia; y en prueba del amor que le profesaba, puede citarse el hecho de haber dado sepultura en la capilla mayor de la iglesia al cadáver de su hijo, el infante don Enrique, muerto en 1299, á los once años de edad.

Cuando D.^a María de Molina pasó á mejor vida, el monasterio conservó la protección de su memoria, por lo que otras reinas de Castilla se gozaron en vivir allí; recuérdanse, entre otras, á D.^a María

de Portugal, viuda de Alfonso XI, empeñada, en esta casa, en la educación de su hijo D. Pedro, y á D.^a Catalina de Lancaster, que dió allí á luz á su hijo el rey D. Juan II.

Una piadosa tradición ha venido á realzar los méritos de esta insigne casa. Parece que en los turbulentos días de D. Enrique IV, orando este príncipe ante una imagen de la Santísima Virgen de la iglesia del monasterio, oyó salir de los labios de Nuestra Señora las palabras *paiz, paiz, paiz*; por lo que el rey mandó que se celebrase una misa todos los sábados, y que la Virgen llevase la advocación de *Nuestra Señora de las Paaces*. Se atribuye este milagro al año 1472.

El monasterio, como casi todos los de su clase, recibió con el tiempo varias reformas, siendo la más notable la debida á D. Fray García de Castro-Nuño, Obispo de Coria y confesor de la reina doña Catalina, terminada por el famosísimo Arzobispo Deza, gran protector de esta casa.

La iglesia era magnífica; podía competir con muchas catedrales; y obra del siglo XV la suntuosa portada que ofrecemos hoy á nuestros lectores.

Los soldados de Napoleón lo profanaron y lo dejaron casi destruido; destrucción que consumó años adelante la revolución. La portada gótica que representa nuestro grabado, y que había quedado en pie después de tantas devastaciones, también hubiera sido destruída, si el celoso Párroco de la iglesia de San Julián de la misma ciudad, D. Angel González, no la hubiera trasladado á su iglesia parroquial hace siete años, cuando emprendió la restauración de la misma.

En la iglesia de San Julián ha quedado, pues, incrustada, como perla riquísima, la venerable portada gótica del derruido monasterio de Doña María de Molina.

Iglesia de San Marcos en Famagusta (hoy mezquita de los turcos).—(Pág. 76.)

Como uno de los más preciosos restos del arte cristiano en Oriente, ofrecemos hoy á los lectores de LA ILUSTRACIÓN la vista exterior de la iglesia de Famagusta, erigida en el siglo XV en honor de San Marcos, patrono de los venecianos, dueños, durante algún tiempo, de la isla de Chipre. Es un

templo enteramente ojival, si bien ahora parece adicionado con minaretes y otras alteraciones que en él han hecho los turcos.

Por la gallardía de sus ojivas, la gracia de sus adornos y las proporciones de su plan, se comprende las analogías que guarda con los templos ojivales de Francia, cuyos artistas llevaron á Chipre, en tiempos de Lusignan, el gusto á la sazón reinante en su patria.

Cuando los turcos en 1871 se apoderaron de la isla, profanaron el templo, convirtiéndole en mezquita; la iglesia se va desmoronando, y el día menos pensado recibiremos la noticia de que la famosa iglesia de San Marcos de Famagusta no es más que un montón informe de ruinas.

Columna de la Victoria en Nápoles.—(Pág. 77.)

En la plaza de los Mártires, de Nápoles, proyectó el Rey Francisco II levantar un monumento á la Inmaculada, para perpetuar la memoria de la declaración dogmática de este sublime misterio. Hechos los planos por el arquitecto Enrique Alvino, se comenzaron inmediatamente los trabajos; y al invadir las tropas de Víctor Manuel el reino de las dos Sicilias, la columna sobre que había de erigirse la imagen de Nuestra Señora, se hallaba concluida.

El nuevo Gobierno no quiso rendir tributo á las creencias del pueblo napolitano, ni menos aún á la Madre de Dios. Con actividad prodigiosa, y desatendiendo otras reformas de más importancia para un Gobierno que acababa de constituirse, mandó colocar sobre la columna destinada á María Inmaculada una estatua de bronce de una Victoria antigua que se conservaba en el Museo, procedente de las excavaciones de Herculano. De este modo el paganismo venía á reemplazar al Cristianismo, malogrando diez y nueve siglos de civilización, y atrayendo de nuevo sobre Italia las abominaciones de la gentilidad.

ANTONIO DE OLMEDO.

El vanidoso

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.
Eclesiástico, c. I, v. 2.

I

La vanidad vive muy cerca del orgullo y no lejos de la soberbia.

El hombre vano está, pues, en peligro inminente de convertirse en orgulloso y soberbio.

Aunque diferentes en grado, los tres vicios dichos entrañan la misma esencia maliciosa, pues todos ellos proceden del amor propio exagerado y mal entendido.

No obstante, toleramos mejor al orgulloso y al soberbio que al vanidoso; porque el orgullo y la soberbia se levantan generalmente sobre ciertas condiciones reales de superioridad, de las cuales se abusa, al paso que la vanidad, semejante á los globos, se apoya en el aire y contiene sólo gases impalpables.

Las naderías, lo baladí, lo pequeño y despreciable, son los cimientos sobre los cuales construye el vano su castillo de finchazones insufribles. Al efecto, acopia cada uno materiales distintos y emplea estilos arquitectónicos diferentes; de aquí esa multitud variada de tipos, que componen el tipo del vanidoso, y cuyas debilidades y miserias no es fácil clasificar, ni reducir á número. Todos ellos, como Narciso, se contemplan en el espejo de sus propias perfecciones, y se enamoran unos de su cuerpo, de su espíritu otros, y algunos de sus bienes.

Vanidad de la hermosura, vanidad del talento y vanidad de la riqueza: tres grandes vanidades á las cuales pueden reducirse todas las demás, y que conviene sacar á la vergüenza pública para honesto solaz de todos y fraterna corrección de algunos.

II

EL VANIDOSO ELEGANTE

El más tonto y ridículo de los vanidosos es el elegante, ó sea aquel que tiene puestos sus sentidos y potencias en el vestido, tocado y condimento de su almiarada y repulsiva persona.

La elegancia es debilidad característica de esa innumerable caterva de jóvenes, más ó menos verdes, y de niños más ó menos hombres, que se tienen á sí mismos por buenas figuras, reales mozos, simpáticos, agraciados y hasta hermosos, y á quienes la gente del oficio (no el Diccionario de la Academia) llama *pollos*, *sietemesinos*, *pichones*, *lions*, *dandys*, *gomosos*, *pschutts*, etc., y el pueblo lechuguinos ó pisaverde.

Constantemente asomados á las ventanas de sus sentidos, ocupados y aun preocupados en la parte cortical del individuo, descuidan el meollo ó parte interna, que va poco á poco liquidándose, hasta que el seso se les vuelve agua. Lo serio, importante y digno es antipático á su naturaleza y superficial, y no es posible que arraigue en sus cabezas huecas.

Su cuerpo es el dios que adoran y contemplan sin cesar, de frente ó de soslayo, en las lunas de los espejos; en los cristales de los escaparates; en las copas, botellas y platillos de los cafés; en los brillantes gemelos de sus blanquísimas y acartonadas camisas; en toda superficie pulimentada que divisan sus ojos, y hasta en la sombra que proyectan.

Una arruga imprudente, una prenda *cursi* ó un color *fane* atacan sus nervios, los desvela y sume en desventura horrenda. Sus amigos íntimos son los sastres, camiseros, zapateros y peluqueros *comm' il faut*. Verdad es que estos *artistas* (menestrales es su verdadero nombre) los explotan primero,

y después se rien de ellos en sus barbas; pero, en cambio, los adoban admirablemente, y como ellos dicen, los ponen *presentables*.

No hay vanidoso elegante que no se tenga por Tenorio irresistible. Todas las mujeres se mueren por sus pedazos. Una mirada suya, como si sus ojos fuesen soles ardientes y de manteca el corazón de la mujer, basta para derretir los más empedernidos pechos. Verdad es que reservan tales miradas para casos extremos.

Ordinariamente se presentan en público perfumados, altivos y desdenosos. Abusan algunos de los quevedos, y poco á poco van afeminándose todos hasta lo inverosímil. Esto no obstante, cautivan las miradas de los tontos, y no falta quien, envidioso y extasiado, los contempla.

Si fuese pintor y se me pidiese un retrato de tipo semejante, lo pintaría enamorado de sí mismo, satisfecho, arrogante, vestido como el último figurín y contemplándose en los cristales de sus lentes, mientras aparenta mirar á una dama.

III

EL VANIDOSO POETA

De más levantados, aunque no menos ridículos pensamientos, otros vanidosos se enamoran de su propio espíritu, y como no pueden verle cara á cara, se extasían contemplando su talento, inspiración y fantasía, y, para martirio de sus semejantes, dedícanse con entusiasmo al cultivo de las letras y ciencias.

Entre estos tales, figuran en primera línea los malos poetas, que son los más vanos é insufribles de los escritores todos; *la idiotez y la arrogancia del mundo*, como los llama Cervantes por boca del *Licenciado Vidriera*. ¿Qué es ver á un poeta destos de la primera impresión (prosigue el Fénix de nuestros ingenios) cuando quiere decir un soneto á otros que le rodean, las salvas que les hace diciendo: vuestas mercedes escuchen un sonetillo que anoche á cierta ocasión hice, que á mi parecer, aunque no vale nada, tiene un nosequé de bonito? y en esto tuerce los labios, pone en arco las cejas, se rasca la faldriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dice con tono meliflúo y alfeñicado. Si acaso los que le escuchan, de socarrones ó de ignorantes no se le alaban, dice: ó vuestas mercedes no han entendido el soneto, ó yo no lo he sabido decir, y así será bien recitarle otra vez, y que vuestas mercedes le presten más atención, porque en verdad, en verdad que el soneto lo merece; y vuelve como primero á recitarle con nuevos ademanes y nuevas pausas. ¿Pues qué es verlos censurar los unos á los otros? ¿qué diré del ladrar que hacen los cachorros y modernos á los mastinazos antiguos y graves? y qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentes sujetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesía, que tomándola por alivio y entretenimiento de sus muchas y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus ingenios y la alteza de sus conceptos, á despecho y pesar del circunspecto ignorante que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende? y del que quiere que se sienta y tenga en precio la necedad que se encierra debajo de doseles, y la ignorancia que se arrima á los sitios? (1) No puede decirse más en menos palabras.

Este tipo, que ya Platon desterró de su república, viste entre nosotros trajes diversos, según su suerte, casi siempre negra, se lo pide. Los hay meliflúos y jeremiacos, que pasan la vida escribiendo *fantasías é impresiones*, salpicadas de tales ayes y suspiros, que parten el corazón..... de los que bos-

(1) *Novelas Exemplares* de Miguel de Cervantes Saavedra, t. I, p. 266. Madrid, 1783.

tezan y se rien en sus barbas. No están sordos, pero avezados á soñar despiertos, toman las risas por aplausos y los bostezos por signos inequívocos de la conmoción del auditorio. Gentes inofensivas, enamóranse de sus pecados literarios, y no hay silba, por ruidosa que sea, que los apee de su asno.

Refúgíanse otros en las redacciones de los periódicos, de esas modernas máquinas de corrupción, azote de la literatura, remedo de la ciencia y polilla de la sociedad. Nuestro héroe empieza, por lo común, pegando y llenando fajas, y si sobra en sus dedos el engrudo, falta en cambio ortografía en sus escritos. Desde aquel día se hace llamar á boca llena *redactor* de tal revista ó de cual periódico; se da lustre de escritor en las lunetas del teatro, que de tarde en tarde le regala el director del periódico, y sumándose con éste, habla en plural, como aquel lego que, porque llevaba los hábitos de cierto famoso orador de su convento, decía: Mañana *predicamos* en la Catedral. Ascíende luego á gacettillero, y si, merced á su nuevo encumbrado oficio, logra ver en letras de molde, interpolados con las gacetillas, los menos malos de sus versos pésimos, ya no hay cristiano que lo resista, ni que se vea libre de sus miradas olímpicas y protectoras. Imagínese lo que sucederá el día en que se le permita emborronar alguno que otro suelto de fondo y tome posesión de la sección bibliográfica, porque para esto de crítico todos los gacettilleros valen, y no se necesitan más estudios que los que se cursan pegando fajas. ¡San Antonio bendito! ¿Quién será osado á hombrearse entonces con el famoso escritor, muy conocido en su casa, pero que desde los zancos de sus bibliografías reparte reputaciones á manos llenas, y en menos que canta un gallo convierte á sus compañeros de engrudo y gacetillas en poetas inspiradísimos, literatos eminentísimos, teólogos profundísimos, filósofos sapientísimos, hablistas elegantísimos, escritores distinguidísimos, y tiene siempre en el bolsillo un almacén de soberbios superlativos con que alimentar la soberbia de sus cofrades? Pero ¡guárdeos el cielo de caer en sus manos no perteneciendo á la cofradía! Nada ha escrito, ni escribirá el ilustre Zoilo que valga un comino (si se exceptúan sus artículos y alguna que otra abigarrada traducción); y, sin embargo, desde la trípode de su vanidad calificará vuestro libro de *esperpento*, y lanzará miradas desdeñosas y olímpicas sobre las academias, que nunca le han de abrir sus puertas. ¿Cometéis la torpeza de ir á verle? Os recibirá desdeñosamente en el *sancta sanctorum* de la redacción, sin interrumpir sus gacetillas, ni siquiera levantar la cabeza, y no os devolverá la visita. ¿Teneis el atrevimiento de apartaros de sus opiniones, aunque sea en aquellas cosas que Dios entregó á las disputas de los hombres? ¡Infelices! ¿Se publican vuestros escritos con aprobación y licencia del Ordinario? No importa. El crítico-periodista, que quizás fué guardia civil ó teólogo en sus mocedades, y colgó el fusil ó el manto por puro amor, no á la mujer (¡Dios me libre de pensarlo!), sino al apostolado seglar, descolgará el colgado hábito, evocará recuerdos canónicos, y si no se atreve á pronunciar contra vosotros anatema solemne, cuando menos dirá lleno de ardiente caridad y de unción santa, por supuesto, en letras de molde para que nadie lo lea, que sabeis á... hereje.

IV

EL VANIDOSO SABIO

Tipejo semejante se disfraza otras veces de hombre de ciencia, de profesor eminente, y si por chripa logra cátedra donde lucir sus habilidades sabias, tened por seguro que hará las delicias de sus colegas y discípulos. Se le conoce á la legua: vedle. Marcha erguido como si llevase espaldas, cuello y

cabeza ensartados en un asador; por no doblar la cerviz, para mirar detrás ó á los lados, gira todo su cuerpo sobre los talones como un recluta; pisa firme y estrepitosamente; taconeá para anunciarse; estornuda recio y sin necesidad; abre y cierra las puertas desdeñosamente y pegando portazos sin tiento; los puros que en la calle gasta no son habanos, ni filipinos, sino del estanco, pero nadie los fuma como él; las boquillas que usa proceden de las últimas Exposiciones de Viena, Filadelfia y París, son de ámbar y su valor incalculable; escupe por el colmillo; habla sibílicamente, interrumpiendo siempre con su voz de sochantre á los que hacen uso de la palabra; no atiende nunca á los demás, y se permite mirar á todo el mundo por debajo del hombro y al través de las indispensables gafas de oro. Señas particulares: se dedica á los estudios filológicos, prehistóricos ó cráneos-cópicos (lo mismo da), materias acerca de las cuales ha publicado libros famosos; pero, en cambio, escribe de su puño y letra en documentos oficiales *ad-verbis*, *llebar*, *genitibo*, y otros excesos.

V

EL VANIDOSO RICO

Por último, los que fundan la vanidad en sus bienes son de dos clases, pues enamorados están unos de sus talegos y otros de sus pergaminos. Éstos son los menos, y su tiempo pasó á impulsos de las modernas democracias niveladoras y de la general convicción, que opina que la única verdadera nobleza es la del alma. Aquellos, en cambio, nacidos muchas veces del seno mismo de la hez social, improvisando fortunas colosales, cuyo origen y crecimiento nadie conoce, hacen tan continua como ridícula ostentación de sus riquezas, ante las cuales pretenden sin duda que todo el mundo se prosterne. Gruesas cadenas de oro, mejores para amarrar mastines que para sostener el reloj; brillantes como garbanzos en la pechera y puños de la camisa; tantos ricos anillos como dedos; bastones de valor, que nadie lleva; trajes de tanto coste como gusto pésimo; enormes sombreros de jipijapa; trenes deslumbradores; fiestas intempestivas; convites que no agradece nadie y todos aceptan; palacios, cargos de relumbrón, cruces y hasta títulos comprados á peso de oro, son las notas características de estos Cresos de la vanidad. Por lo común, no han tenido nunca otra ciencia que la de saber hacer dinero, Dios sabe cómo; pero, aunque degüellan el castellano, acerca de todo disputan, alegando como razón suprema de su sinrazón habitual la pregunta siguiente: ¿Cuántas onzas apuesta usted?

VI

Para concluir: ¿cuál es el más ridículo, el vanidoso enamorado de su cuerpo, el vanidoso enamorado de su espíritu, ó el vanidoso enamorado de sus bienes? Aunque hacen á veces las delicias de las personas sensatas, todos ellos son igualmente necios y despreciables. Es, sin embargo, la vanidad cosa tan ingeniosa y sutil, que con el más frívolo pretexto penetra en el humano corazón y se oculta en sus entretelas. ¿Quién sabe si esta sátira, con la que me he propuesto fustigar al vanidoso, no será también hija de alguna recóndita vanidad? Al que tal crea le diré lo de Temístocles: *pega, pero escucha*.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

(De su nuevo libro *Pepiñillos en vinagra*).

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (segunda quincena de Marzo).

16. Miérc.—Stos. Julián, Ciriaco, Largo, Esmaragdo y otros 20 mrs.; Heriberto, Agapito, Hilario y

Patricio, obs.; Abraham confesor, Taciano, diác., y Nuestra Señora de la Fuente en Constantinopla.

17. Juev.—Stos. Teodoro, Alejandro y Pablo, mártires; Patricio y Agrícola, obs., y José de Arimatea, cf.—Sta. Gertrudis, virg. y abadesa, y Ntra. Señora de Mongroy.

18. Viern.—*La Sacratísima Sábana de Nuestro Señor Jesucristo*.—Stos. Gabriel Arcángel, Alejandro y Narciso, obs. y mrs.; Cirilo de Jerusalén, obispo y doctor; Braulio, ob., y el Beato Salvador de Horta, cf.—Sta. Faustina, virg.—*Abstinencia de carne*.

19. Sáb.—Stos. José, esposo de la B. V. María, confesor y Patrón de la Iglesia universal. († en la *Diócesis de Madrid-Alcalá* y en otras muchas); Quinto, Marcos, Quintila, Pancario y Cuartila, mrs.; Apolonio, Leoncio, Landoaldo y Amancio, cfs.; Juan abad, y Ntra. Sra. de la Piedad.—*Anima*.

20. Dom. III de Cuaresma.—Stos. Pablo, Cirilo, Eugenio, y cuatro comp. mrs.; Nicetas, Cutberto y Wulfrano, obs., Ambrosio de Sena, cf.—Sta. Fotina, mártir, y Ntra. Sra. de la Viña en Viterbo.—*Anima*.

21. Lun.—Stos. Filemón y Domnino, mrs.; Serafión y Birilo, obs.; Benito, ab. y fdr., y Lupicino, abad.—Sta. Fabiola, penitente, y Ntra. Sra. de Cracovia.

22. Mart.—Stos. Basilio, presb. y mr.; Octaviano, mártir; Deogracias, Bienvenido y Epafrodito, obs.—Stas. Basilia y Calinita, mrs.; Catalina, virg.; I. ca, viuda, y Ntra. Sra. del Coro en Valldoncella.

23. Miérc.—Stos. Víctor, Fidel, Domicio, Eparquio, Victoriano y comp.; Nicón y 99 comp. mártires; Teódulo y el bto. José Oriol, cfs., y Benito, monje.—Stas. Pelagia, Aquila y Teodosia, mrs., y Ntra. Sra. de Grentana en Lérida.

24. Juev.—Stos. Agapito, ob. y mr.; Rómulo, Segundo, Timoteo, Marcos, Epigmenio, Simeón, Pigmenio, Timolao y Pausides, mrs.; Latino, ob., y Seleucio, cf.—Sta. Catalina de Suecia, virg., y Ntra. Señora de Pared Delgada en la Selva.

25. † Vier.—*La Anunciación de la B. V. María y Encarnación del Hijo de Dios*.—*Las cinco Sacratísimas Llagas de Nuestro Señor Jesucristo*.—Stos. Ireneo, ob. y mr.; Quirico, mr.; Pelagio ob.; Desiderio y Varoncio, cfs.; Ermelando, ab., y Dimas el Buen Ladrón.—Sta. Dula, virgen y mr., y Ntra. Sra. del Aguila en Ventas con Peña Aguilera.—*Bendición papal en San Juan de Dios, San Agustín y en el Carmen*.—*Abstinencia de carne*.

26. Sáb.—Stos. Teodosio y Cóstulo, mrs.; Braulio, arz. de Zaragoza; Félix y Ludgero, obs.—Santas Eugenia, virg. y mr.; Tecla y Máxima, mrs., y Nuestra Señora de las Virtudes en Lisboa.

27. Dom. IV de Cuaresma.—Stos. Alejandro, Anfiloquio, Zanitas, Lázaro, Morotas, Narsetes, Fileto, Macedón y Teopérides, mrs.; Ruperto, ob., y Juan, ermitaño.—Sta. Lidia, mr., y Ntra. Sra. de Masarubies en Terrasola.—*Anima*.

28. Lun.—Stos. Castor, Doroteo, Prisco, Malco y Alejandro, mrs.; Sixto III, Papa; Juan de Capistrano, cf.; Esperanza, ab., y Guntrano, rey.—Sta. Fortunata, virg. mr., y Ntra. Sra. de *Tréveris*.

29. Mart.—Stos. Cirilo, diác. y mr.; Siro, Segundo, Jonás, Baraquisio, Pastor, Armogastes, Mácula, Victorino, y comp. mrs.; Bertoldo, cf.; Eustasio, ab., y Ntra. Sra. de la Fuensanta en Córdoba.

30. Miérc.—Stos. Quirino, mr.; Régulo, Pastor y Zósimo, obs., y San Juan Climaco, ab.—Sta. Margarita, virg., y Ntra. Sra. de la Estrella en Enciso.

31. Juev.—Stos. Benjamín, diác. y mr.; Teodulo, Anesio y Félix, mrs.; Amós, prof., y Amadeo, duque de Saboya.—Stas. Bibiana, virg. y mr.; Cornelia, mártir, y Balbina, virg., y Ntra. Sra. de Treviño en Adahuesca.

CUARENTA HORAS

16, 17. Iglesia de los Irlandeses, Humilladero.

18, 19. Parroquia de San José, Alcalá.

20, 21. Religiosas de San Plácido, San Roque.

22, 23. Religiosas Concepcionistas de la Latina, plaza de la Cebada.

24, 25. Religiosas de San Plácido, San Roque.

26, 27. Iglesia de Nuestra Señora de Atocha, Paseo del mismo nombre.

28, 29, 30. Iglesia de la enfermería de la V. O. T. de San Francisco, San Bernabé.

31. Relig. Servitas (vulgo Arrepentidas), San Leonardo.

Dos festividades solemnísimas celebra en esta quincena nuestra Santa Madre la Iglesia: la de la Anunciación de Nuestra Señora y la del Santo Patriarca José.

Entre los grandes acontecimientos cuya memoria consagra nuestra Santa Religión, la Anunciación ocupa, sin duda alguna, el más preferente lugar, porque viene á ser el primer eslabón de la larga cadena de prodigios que forma la historia de la redención del hombre. Esta fiesta, que desde los tiempos apostólicos se celebraba en varios puntos, se fué generalizando rápidamente, y la vemos consignada en un antiguo martirologio de la Iglesia occidental, que se atribuye á San Jerónimo. La sucesiva conformidad de las Iglesias particulares, constituyó una costumbre que fué sancionada en el año 656 por el X Concilio de Toledo, que llama á la festividad de la Anunciación la fiesta por excelencia de la Madre de Dios. En el año 692, confirmó aquella fiesta el Concilio de Constantinopla, haciéndola extensiva al Oriente. Fijóse para su celebración el día 25 de Marzo, nueve meses antes, día por día, del nacimiento del Salvador, porque como dice San Agustín, es antigua tradición adoptada por la Iglesia que la Encarnación del Verbo se verificó el día 25 de Marzo. Así lo dice terminantemente el Santo Doctor en el tratado *De trinitate*: «*Sicut a majoribus traditum, suscipiens Ecclesia custodit auctoritas, octavo kalendas aprilis conceptus creditur*».

La fiesta de la Anunciación nos recuerda las memorables palabras del Arcángel Gabriel, que todas las generaciones han repetido y seguirán repitiendo hasta el fin de los siglos, como la fórmula más perfecta y acabada en que pueden encerrarse los sentimientos del alma cristiana al dirigirse á la Reina de las Virgenes: *Dios te salve, María; llena eres de gracia; bendita eres entre todas las mujeres*.

Con no menos solemnidad celebra la Iglesia la fiesta de aquel Santo Patriarca que tuvo la gloria, no concedida á ningún otro hombre en la tierra, de ser el esposo de la Santísima Virgen, y de ejercer los oficios de la paternidad cerca de la persona misma del Hijo de Dios. Es más; á ambas augustísimas personas las mantuvo con el trabajo de sus manos; todo lo cual eleva á este santísimo varón á grandeza tan sublime, que la mente vacila al querer sondear tales abismos de gloria. La fiesta de San José es la fiesta de los hogares cristianos; y hoy, en las circunstancias por que el mundo atraviesa, la fiesta social por excelencia. En el adorable taller de Nazareth fué para siempre santificado el trabajo; y un humilde carpintero, pobre de riquezas, de posición social, de letras humanas, rico solamente en virtudes, fué el padre estimativo de Jesús, y es hoy el Patrono universal de la Iglesia.

J. F.

Nuestro arte religioso

V

AUNQUE las causas que sucintamente hemos apuntado no hubieran sido bastantes á corromper la escultura sagrada, no es dudoso que la multitud de peticiones caprichosas y la no menos abundancia de artistas chirles é incompletos, que se creían escultores tan solo porque durante un aprendizaje más ó menos largo llegaran á conocer la parte que podríamos llamar mecánica del arte, vinieron á ser parte muy poderosa para conducirla al estado de confusión en que la hallaron nuestros padres á principios de este siglo.

Si por una parte el mal gusto y una piedad ignorante ó caprichosa y mal dirigida concebía ideas de estatuas y grupos extravagantes, por otra la necesidad que tenían de procurarse el sustento aquellos que siendo artistas llegaron á verse mendigando á las puertas de los conventos, donde ofrecían sus servicios sólo por el alimento diario,



SANTUARIO DE N.ª S. DE LA SALETA

esa necesidad que todo lo rebaja, se daba por muy contento poniendo el cincel al servicio de los antojos y hasta de los *sueños* de ricachones rurales, comadres, leguitos influyentes en las comunidades y patronos de cofradía.

El descuido en los estudios históricos fué cada vez oscureciendo más las inteligencias de los artistas, hasta hacerlas dar de nuevo en un convencionalismo indumentario, alegórico y de actitudes que aún dura y durará á pesar entonces de lo que clamó el nunca bien ponderado Interian de Ayala, y ahora, á despecho de lo que hemos adelantado en materia de indumentaria histórica y de orfebrería, de mobiliario y de otras muchas cosas que nos dan todos los medios para ser verídicos en la factura sin descuidar el menor detalle.

Pero es costumbre v. g. que los santos fundadores lleven sobre un libro todo un edificio gótico, iglesia inclusive, y allá va San Agustín, que no fundó nada en el sentido que San Juan de Mata, entre otros (que es lo que la gente se figura); allá va, pues, el Obispo de Hipona, vestido como un Prelado del siglo XVIII, y soportando sobre un libro abierto nada menos que un monasterio ojival con sus dos torrecitas parecidas á las de Burgos.

Esto es, sin embargo, tortas y pan pintado en comparación de esa multitud de crucifijos vestidos con alba, casulla y tiara, teniendo un caliz junto á la llaga del costado para que vaya cayendo en él la sangre; ó esos otros Salvadores no crucificados, desnudos, llenos de sangre y heridas, coronados de espigas y.... con una bola de gran diámetro en ambas manos, en actitud de ofrecerla á alguien que se supone será al Eterno Padre, pero semejando mucho el oferente al mitológico Atlas.

Nada digamos de las Vírgenes echadas al pié de la cruz, como presa de un desmayo ó congoja, ex-

presando en sus caras, de quince á veinte años, los síntomas de haberse tomado un veneno, que no del dolor grande, inmenso pero resignado, y sin descompostura, que la Religión nos enseña á considerar en la Augusta Madre del Salvador.

No nos acordemos siquiera de los Santos Juanes Evangelistas, de doce á catorce años, afeminados é invariablemente vestidos de encarnado, y verde algunas veces, con preseas y corleados; bien es verdad que también la cruz que sirve en el acto tremendo suele llevar sus remates plateados, y sus alhajas la Virgen, y no habrá de ser menos el discípulo amado....

Puede decirse, generalizando, que en la escultura que nuestros padres llegaron á conocer, que es la misma que aún vemos, las principales observaciones fueron: semblante duro, cejijunto, con el ojo hundido y la nariz aguileña, sobre todo en las figuras que representaban personajes bíblicos; pómulos salientes, facciones acentuadas, largas cabelleras y nada cortas divididas en guedejas turbulentas, agitadas por el viento que parecía como que les había hecho perder la vertical.

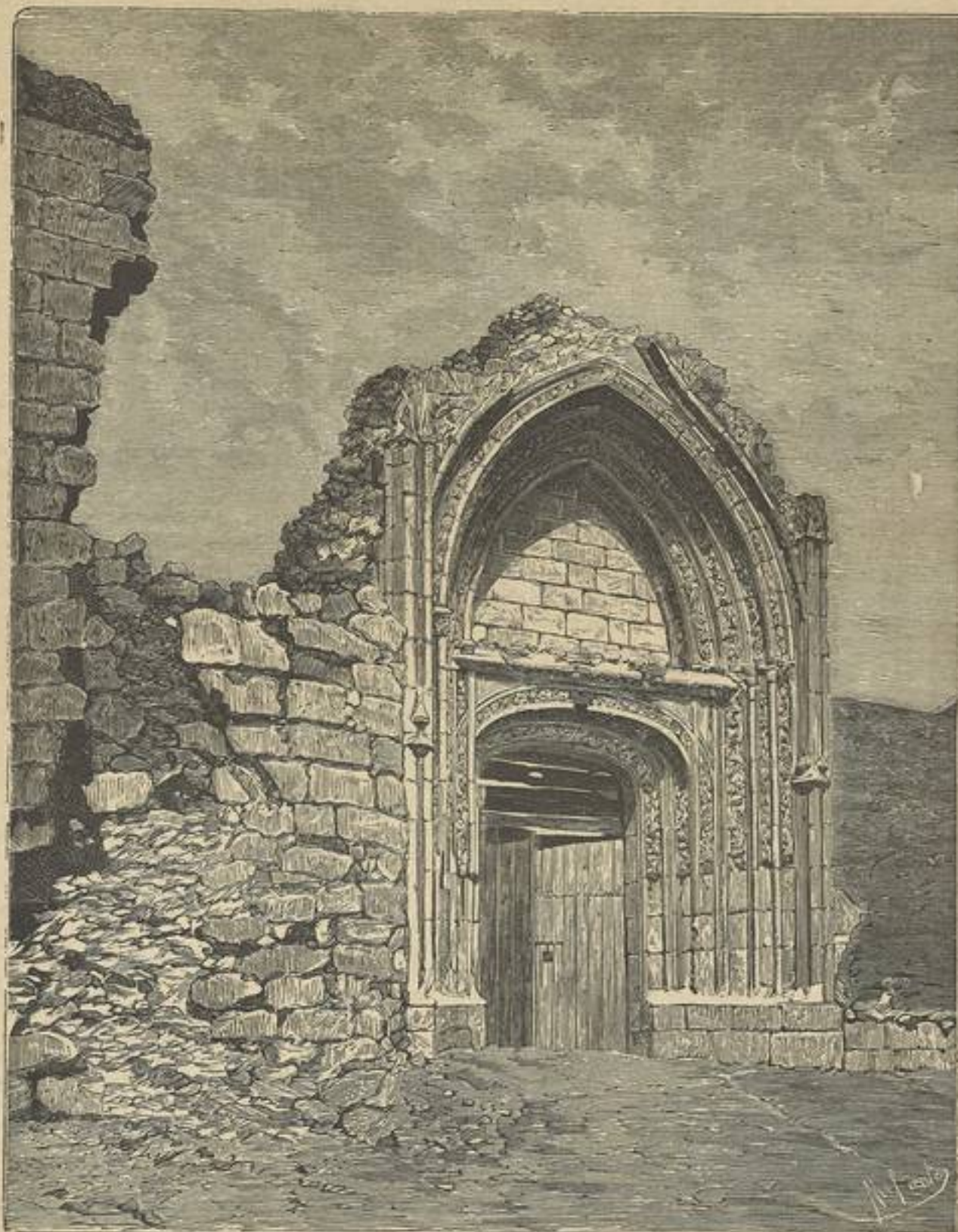
Para nada se fijaron los escultores en la idea que inevitablemente ha de surgir en el espectador á la vista de un entrecejo muy duro y pronunciado, de unos ojos cavernosos bajo pobladísimas cejas, y de una nariz de loro sobre mejillas angulosas y éstas sobre quijadas enormes. Ni se fijaron en lo que necesariamente hace pensar la frente deprimida, el labio grueso ó muy delgado; en una palabra, en las leyes de la expresión, en la teoría no del todo fuera de camino llamada del ángulo facial; y por eso vemos, sobre todo profetas, apóstoles y monjes ó solitarios, que parecen verdaderos facinerosos con expresión de perversos ó de necios, y con el odio, la fereza ó la estolidez, y á veces pa-

siones aún peores, retratadas en el semblante.

Cuanto á los ropajes, además de la falta de conocimientos en indumentaria, puede señalarse el pliegado excesivo y antinatural hasta en los casos de figurar telas duras que no se pliegan fácilmente, y la manía de poner todo el indumento bajo la influencia del huracán que se lleva de rebato hacia un lado los paños, dando á la actitud de la figura un sello de violencia é inestabilidad nada artístico; defecto de poco bulto siempre unido á otro no menos grande y frecuente, la colocación falsa, la postura ó vulgarísima, ó tan demasíadamente académica y rebuscada, que hace creer al espectador en contorsiones dolorosas, en comezones molestas ó movimientos extraños de enajenado, ya que no en los contoneos de la más estrambótica danza.

Mucho y muy severo pudiera decirse de los santos y santas que *pegan* blandiendo hachas, espadas y picas; del colorido, casi siempre impropio, y del exceso de barniz que charola y abrillanta lo mismo las carnes que los ropajes; y no habría poco que censurar en los corleados con que suelen aparecer hechos una lástima los santos á quienes menos pueden cuadrar, tales como San Camilo de Lelis ó San José de Calasanz, y todos los que vistieron en vida hábitos eclesiásticos ó monacales, tan contrarios al adorno, que ni aun mediante la sutil y peregrina salida de decir que ahora consideramos al santo ya glorioso, es posible cohonestarlos, como quiera que los más célebres pintores de glorias se han guardado muy bien de adornar con bordados las ropas, no sólo de los eclesiásticos y religiosos, pero ni aun de los apóstoles y otros bienaventurados de los primeros siglos.

Grandes son todos estos defectos, hijos de la ignorancia y el error; lástima es que con frecuencia ya uno solo, ya muchos, á veces todos juntos, man-



PORTADA DE LA IGLESIA DEL DERRUIDO MONASTERIO DE DOMINICOS DE TORO

ch en nuestras imágenes, sin exceptuar las buenas escultóricamente consideradas; pero no temo decir que con todo eso, la escultura peor entre las más malas, hecha por un artífice español de los siglos XVI al XVIII, y aunque sea en los cuarenta orimeros años del XIX, será siempre mejor, mucho mejor, más artística y escultural, más propia, mejor coloreada y más cristiana mil veces que el más excelente de los santos de pacotilla que nos puedan traer franceses, suizos, alemanes y catalanes aunque se rompan cien veces la mollera buscando modelos para hacer sus torpes vaciados, ó vaciedades, si hemos de hablar con propiedad.

Aunque se esfuerzen por hacernos creer que sus mejores artistas buscan obras antiguas de las más notables en cada comarca, y ya encontradas las copias y modelan, y que si no las hallan, las hacen originales después de largos estudios á fin de obtener modelos perfectos, nosotros debemos permanecer con los oídos sordos y la boca cerrada contra esas ruedas de molino con que se nos quiere hacer comulgar; y debemos decirnos, que será lo

que fuere de toda esa gestión, pero que el engendro no puede ser más abominable. Y ese camino que ellos dirán (ya lo han dicho alguna vez) que siguen, ese es el nuestro, ese el más español, el más cristiano y... el más barato. Buscar imágenes antiguas buenas, ó siquiera regulares, las mejores que podamos hallar, restaurarlas á la antigua también, si estaban abandonadas; imitarlas en factura nueva si otra cosa no es posible al artífice español; gastarnos así nuestro dinero en casa, con gran favor y protección de nuestro maltrecho arte, que si de algún modo ha de corregir sus caminos, será de ese no más; y renunciar á esas figuras incoloras é insípidas, sin arte ni expresión ni verdad, escuetas y chupadas, de ojos azules y rostro entontecido que vienen á carros para usurpar su sitio á nuestra antigua imaginaria. Abominar también de las tendencias exóticas que se notan ya en varios artífices españoles (uno conocemos de Madrid), que parece se han propuesto llenarnos las iglesias de tenores de ópera en forma de Jesús, ¡blasfemia artística espantable! y de damiselas escualidas y soñadoras

con trajes de santas, que han de acompañar á viejos pastores del Valle de Andorra en actitud de cantar una romanza, pero vestidos de Apóstoles, anacoretas ó sacerdotes, y todos ellos coloreados con medias tintas á la francesa y adornados con talcos y purpurinas de diversos tonos, cual nunca se habían visto en nuestros templos, que siempre fueron modelo de religiosa gravedad y sencillez.

Gracias estoy dando á Dios porque aun no hemos picado el anzuelo de la pintura de pacotilla, del cuadro cromo, del lienzo estarcido con que nos están brindando continuamente *empresas* extranjeras que *tratan* en cosas sagradas como pudieran hacerlo en medias y calcetines, porque el día que empecemos á encargar lienzos como encargamos ya estatuas y menaje, se habrá escrito la última página de nuestra perdición artística.

Un Viacrucis existe así pintado en cierta iglesia de esta corte, que es realmente una desdicha, y capaz el solo de poner en cuidado al más indiferente en estas materias.

¡Extranjerismo, siempre extranjerismo! ¡No era

bastante malo ya lo nuestro, si es que lo malo nos gusta, porque estamos fuera de camino y sin luz ni guía, no era bastante y había que deshonrarse pos-trándose ante el extranjero, que es mil veces peor y más feo?

Esto hemos hecho en la Arquitectura y la Pintura siendo imitadores, en la escultura importando los mamarrachos que nos quieren vender, y esto haremos mientras no nos inspiren ideales claros y definitivamente hispano-cristianos que nos hagan salir de este marasmo vergonzoso....

JOSÉ FERRANDIZ.

ALARCOS

No siempre hemos de recordar aquellas insignes victorias que han dejado impreso con rasgos de perdurable luz el nombre de la patria en los anales del linaje humano; antes por el contrario, conviene también traer de vez en cuando a la memoria aquellos otros días tristísimos en que la Providencia divina ha querido darnos a beber hasta las heces el cáliz de la amargura; porque si las primeras halagan nuestro orgullo de españoles é infunden quizás en nuestras almas el anhelo de emular aquellas glorias, los segundos nos ofrecen enseñanzas que debemos tener muy presentes y jamás relegarlas al olvido. La vista de la ermita de Nuestra Señora de Alarcos, que en este mismo número pueden contemplar los lectores de LA ILUSTRACIÓN, nos mueve a dedicar algunos ligeros apuntes al relato de aquella jornada infelicísima, en que sufrieron tan espantosa rota las armas de Castilla.

Aprovechando el Rey Alfonso VIII la ocasión de encontrarse ausente de España el emperador de los almohades Yacub Ben Yussuf, salió de Toledo con un regular ejército, y rompiendo por las tierras de los moros llegó a las playas de Algeciras. A la vista de aquellas olas que con su ir y venir incesante parecían invitarlo a atravesarlas y a tomar tierra en el africano continente, que servía de albergue a su más terrible enemigo, envió a éste un arrogante é imprudentísimo reto pidiéndole sus barcos, y prometiéndole que si accedía a su pretensión y lo esperaba a pie firme, había de destruir en campal batalla todo el poderío musulmánico. Ardió en ira Ben Yussuf al recibir la carta del castellano, y sacando, como dice el historiador árabe, la espada grande y el pabellón rojo, convocó al *alghed* ó guerra santa a todos sus vasallos. «Acudieron al llamamiento del emperador, dicen las crónicas árabes, los moradores de los altos montes y los que habitaban los profundos valles»; ordenáronse las taifas, y saliendo de Marruecos aquella innúmera muchedumbre, desembarcó entre Algeciras y Gibraltar; detuviéronse allí los moros tan solo un día, no queriendo el emperador que se enfriase el furor de que venían poseídos, y emprendiendo la marcha, siguieron tierra adelante, hasta que el numeroso ejército desembocó en las llanuras de la Mancha. El Rey de Castilla, al ver el nublado que se le venía encima, envió emisarios pidiendo auxilio, a los Reyes de Navarra, Aragón, León y Portugal, y empezó, por su parte, a reunir las tropas de que podía disponer; pero como en el entretanto avanzase la inmensa morisma, conducida por Aben Yussuf, viendo el Rey D. Alfonso que tardaban los esperados auxilios, no tuvo paciencia para aguardar más tiempo, y saliendo de Toledo, decidido a atajar el ímpetu de la invasión, se encontró con el ejército musulmán a la vista de Alarcos, población para siempre memorable, situada a una legua al Este de Ciudad Real, y en la cumbre de un cerro que señorea aquel inmenso llano, conocido de antiguo con el nombre de Campos Oretanos.

Apenas lució en el firmamento el ardiente sol del 19 de Julio de 1195, se dió por ambas partes la señal de la pelea. Los cristianos, como hemos dicho, ocupaban el altozano, en cuya cumbre se alzaba la fortaleza de Alarcos; los musulmanes la llanura. En vez de fortificarse en el cerro y aguardar en actitud puramente defensiva la acometida de los árabes, táctica que aconsejaban al Rey D. Alfonso las circunstancias del campo de batalla y la desproporción entre sus tropas y las del enemigo, decidió, por el contrario, acometer y ser el primero en lanzarse a la pelea. Un cuerpo de ocho mil caballos, cubiertos de hierro, se destacó de los Reales cristianos y se lanzó al galope sobre las huestes musulmicas. Tan rápido y furioso fué el ataque, que las lanzas marroquíes apenas pudieron resistir el empuje; y rotos y desbaratados los escuadrones de los valientes musulimes, éstos se desbandaron por el campo, y su mismo caudillo Yahya, cubierto de heridas, sucumbió peleando por su ley. Ben Yussuf, al contemplar el estrago de los suyos, manda a las kabilas de voluntarios árabes, algazanes y ballesteros, que constituían una formidable caballería, que avancen a contener el ímpetu de los castellanos, mientras que el Rey D. Alfonso no toma disposición alguna para asegurar la victoria, ya conseguida por sus huestes. Aquellas kabilas, hábilmente dirigidas, caen, en efecto, y de improviso, sobre la caballería castellana, ya cansada de tan largo pelear; la contienen, y tras de algunas furiosas cargas, la obligan a retroceder, abandonando el terreno conquistado a tanta costa. Entonces fué cuando comenzó a variar el aspecto de la terrible jornada. Senanid, segundo de Yussuf, al frente de una escogida legión, compuesta de zenetes, mazamudes y gomares, avanza hacia el collado que ocupaba D. Alfonso con el cuerpo de batalla. El Rey de Castilla no quiere esperarlo a pie quieto, arenga a los suyos, baja del cerro, y en el llano que se extiende al pie de éste, tiene lugar el formidable encuentro, donde combaten ya todos con el valor de la desesperación. Unas tres horas dura la pelea; pero llegan refuerzos a los árabes, y en una última y terrible acometida consiguen romper el baluarte que formaban los diez mil soldados escogidos, custodios del estandarte de Castilla. Alfonso, desamparado de los suyos, muerto su caballo, herido, destrozadas sus ropas, rota la espada, sintiendo alrededor de sí el universal desquiciamiento de la derrota, permanecía firme en aquellos campos empapados de sangre española, y sostenía con heroica constancia la horrorosa lid. Algunos soldados leales que le acompañaban y que veían ya inútiles todos los sacrificios, le obligaron a retirarse, y recogiendo las destrozadas reliquias de su ejército, emprendió triste y desalentado el camino de Toledo el que un año antes había querido nada menos que pasar al continente africano para derribar de un solo y formidable golpe todo el poderío musulmánico. Así burla la Divina Providencia los vanos designios de los hombres, y así abate el Omnipotente a los soberbios que olvidan en ocasiones que todo brazo es flaco y miserable si no está sostenido por su brazo todopoderoso.

Más de veinte mil cristianos quedaron en los campos de la Mancha para servir de pasto sus cuerpos a las aves de rapiña; las órdenes militares, que hicieron en aquel funesto día prodigios de valor, prestaron numeroso contingente a aquel vasto y triste cementerio. La jornada de Alarcos es una de las páginas más sombrías de la historia de nuestra patria.

Esta batalla memorable envalentonó a los moros almohades, que se apoderaron de varias plazas de guerra y de muchas ciudades, é hicieron vacilar el trono de Castilla, poniendo en inminente peligro la obra magna de la Reconquista; pero la

Providencia divina quería la corrección, no la muerte de sus hijos; éstos reconocieron humildes en aquella desgraciadísima batalla el castigo que sus pecados merecían, y volvieron sus ojos al Dios de los ejércitos, confesándose culpables y pidiendo misericordia; y diez y siete años más tarde, a las órdenes del propio Rey D. Alfonso, consiguieron el memorable triunfo de las Navas de Tolosa, que fué la derrota de la Media Luna y la victoria definitiva de la causa de España, porque fué, como canta desde entonces la Iglesia, el *Triunfo de la Santa Cruz*.

Nosotros, españoles de ahora, hijos degenerados de aquellos gigantes que con sus heroicos esfuerzos y con sus legendarias hazañas crearon esta amadísima patria en que hemos visto la luz, abatidos y humillados, desvanecida en nuestras almas hasta la esperanza de una posible regeneración, parece que nos complacemos en la idea de nuestra propia decadencia, y tenemos el convencimiento de que agotada ya la savia de nuestra vida nacional, no podemos dar nada nuevo a la humanidad ni a la historia. Más infelices tiempos fueron los que siguieron en Castilla a la jornada de Alarcos; pero nuestros padres conservaban incólume en sus corazones el tesoro inapreciable de la fe, y esta fe los hizo invencibles; y tras de Alarcos vinieron las Navas; y tras de las Navas, Sevilla; y tras de Sevilla, Granada; y en Granada, España fué una y rebasó sus fronteras, descubrió el Nuevo Mundo, conquistó la Italia y subió a ser la primera y la más grande de las naciones del orbe.

Porque la fe traslada las montañas, y a ella sola está en definitiva asegurado el triunfo. *Hæc est victoria que vincit mundum: fides nostra.*

ESPERANZA ORREA.

Una poesía notable

El P. Jiménez Campaña—ya lo saben nuestros lectores—es un poeta de verdad, de los pocos poetas que van quedando en esta edad prosaica. Su última producción, el *Canto al juicio universal*, bastaría para colocarle en primera línea, si no tuviera ya tan bien ganado el puesto. Invoca el poeta al

Aguila audaz de poderoso brío,

la musa cristiana del evangelista Juan, que cantó en el sublime Apocalipsis el último, tremendo día del mundo. Y verdaderamente algo hay en la poesía del P. Campaña que recuerda la terrible é imponderable belleza del libro que, como broche de oro, cierra la divina colección de las Sagradas Escrituras. En ocho cantos, además de la invocación, se derrama la inspiración del poeta. El primero refiérese a los signos espantables que precederán como relámpagos siniestros a la suprema tempestad, entre cuyas negras alas perecerán nuestra especie y el planeta que habitamos, al menos en su forma y naturaleza actuales. La descripción es concisa y majestuosa. Dios ve a la tierra llena de vicios, repleta de iniquidades,

Como estéril colmena
Donde zumban los zánganos inertes,

y entretanto,

.... allá en el antro cavernoso
Hace cabildo la tartárea gente.

Este canto (el segundo) recuerda las más bellas páginas de Milton. Luzbel, para dar la postrer batalla a la mísera humanidad, hace hervir en la tierra vicios innumerables (canto III). El canto IV es una admirable y terrorífica descripción de la lluvia de fuego que presagia el Apocalipsis como una de las señales espantosas del último día. En el canto V, el Tiempo, vagamente personificado como

conviene á su naturaleza, se hunde en las ondas de la nada,

Y la tierra, de crímenes manchada
Quedó medrosa, incierta,
Ante la muda eternidad sublime,
Como adúltera trémula que gime
Del ofendido cónyuge á la puerta.

El canto VI, de mucha grandeza y majestad, nos presenta á Luzbel en su último momento de poderío, recordando los tiempos, ya desvanecidos de gloria, cuando dominaba como señor á las naciones, cuando inspiraba poetas y animaba contra Dios el espíritu de las gentes. La descripción del valle de Josafat ocupa el canto VII.

Valle de sombras y sepulcros lleno.
Allí ni canta el ave vocinglera,
Ni murmura el arroyo, ni suspira,
Ni el céfiro delira
Meciéndose del cedro en la cimera.

.....
.....

Sólo el Cedrón audaz que se despeña
En espumoso y turbido torrente,
Y salta por la breña,
Y desbordado, busca la corriente,
Entra en el valle oscuro y silencioso
A romper con sus voces el reposo.

El poeta anuncia luego

Que del juicio final llegó la hora.

Y en hermosísimos versos reflexiona cómo pasaron los siglos como *aves fugaces*. Enumera luego algunos de los grandes criminales que admira el mundo, los personajes históricos más célebres que acuden al llamamiento del inexorable juez. El canto adquiere en estos pasajes extraordinaria grandeza.

Pero ¿qué vendaval se arremolina?
¿Qué hirviente río crece?
¿Qué monte cavernoso airado brama?
¿Qué montaña se inclina?
¿Qué mar se desparrama
Y entra en el valle y todo lo ensordece?
Son los persas y medos,
Los partos, los indómitos escitas,
Los sirios, los armenios, los sagdianos,
Los frigios, los de Tracia,
Cuantos pueblos beligeros é insanos
El fiero Histaspes sujetó á su audacia.

El canto VIII es el juicio universal. La visión de Jesús resulta llena de misterio y envuelta en nubes de poesía. El poeta, anonadado ante la grandeza de su asunto, balbucea más que canta. Pero luego descubre las apretadas falanges de los bienaventurados que van á participar eternamente de la gloria de Cristo, y su espíritu salta de gozo pintando de azul y oro la espléndida corte del Libertador Universal.

Tal es, en síntesis, el argumento de este poema, legítimo y muy bello triunfo de la musa cristiana, hermosísima página de la inagotable poesía religiosa que es de todos los tiempos, y que vivirá y brillará mientras que el mundo sea mundo. En este poema la inspiración, bebida directamente en el manantial bíblico, se desborda como un río sin riberas; no hay retórica ni poética; todo es sincero, sentido intimamente por el poeta, amado con entusiasmo de fe profunda y comunicativa. Y es tan alto este mérito, que bastaría á borrar tal cual defectillo de dición, tal cual consonante forzado, que encontraría de seguro en el poema después de mucho rebusco uno de esos Aristarcos á la moda que ni del sol quieren admirar el brillo, sino las manchas. Pero aun esos Aristarcos habrían de convenir en que el poema del P. Campaña está perfectamente escrito, muy bien ideado, y que lo avaloran un exquisito dibujo y un color sobrio y hermosísimo. En las anteriores composiciones del poeta escolapio la fantasía solía predominar sobre la razón; en este poema se advierte un raro, perfecto equilibrio que anuncia desde luego la entrada de un genio en su gloriosa madurez.

S.

ATALIA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

(TOMADA DE LA SAGRADA ESCRITURA)

por RACINE

Traducción de VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA

(Continúa.)

JOAD

A menudo la historia te han leído
De nuestros reyes; hijo, ¿tú recuerdas
Los estrechos deberes que se impone
Un rey que es digno de ceñir corona?

JOAS

Dios mismo ha dicho que un monarca sabio
No busque apoyo en oro, ni en riquezas,
Que á su Dios y Señor respete siempre,
Que sin cesar medite en sus preceptos,
En sus severos juicios, en sus leyes,
Y que jamás fatigue á sus hermanos
Con injusto gravámen.

JOAD

Mas si á alguno

De esos monarcas imitar quisieras,
¿A quién elegirías por modelo?

JOAS

David, de Dios adorador celoso,
Me parece el modelo más cumplido
De grandes reyes.

JOAD

¡Qué! ¿No imitarías

Al impío Ochozías, ni al perverso
Jorán en sus horrendos atentados?

JOAS

¡Oh, padre mío!

JOAD

Acaba: ¿qué respondes?

JOAS

Cual ellos muera aquel que les imite.

(Joad arrodillándose á sus pies.)

¿Mas cómo en mi presencia de ese modo?

JOAD

Tributo honores á mi rey debidos.
Joas, sé digno de David, tu abuelo.

JOAS

¡Yo! ¡Joas!

JOAD

Ya sabrás la gracia insigne
Que Dios, burlando los engaños fieros
De colérica madre, cuando estaba
Su puñal en tu seno, dispensóte,
Y te salvó de en medio de la sangre.
Todavía á su saña estás expuesto.
Con el mismo furor con que otros días
Quiso matar en tí su último nieto,
Hoy pretende cruel la muerte darte,
Y aun te persigue bajo el falso nombre
Con que te cubres. Pero ya he atraído
A tus banderas á obediente pueblo,
A defender tu causa aparejado.
Entrad, jefes intrépidos, de santas
Familias, que á la par honrais el templo.

ESCENA III

JOAS, JOAD, AZARIAS, ISMAEL y otros tres
jefes de LEVITAS

JOAD (continúa)

Mira, Señor, aquí tus vengadores:
Sacerdotes, el rey que os ha ofrecido.

AZARIAS

¡Qué! ¿Es Eliacin?

ISMAEL

¡Qué!... El niño tan amable...

JOAD

De reyes de Judá solo heredero,
Postrer pimpollo de Ochozías triste,
Como sabeis, de Joas lleva el nombre.
Todo Judá llorando, cual vosotros,
La triste suerte de esta flor tan tierna
Y tan pronto segada, le creía
Con sus hermanos míseros ya muerto;
Herido fué cual ellos por la espada;
Mas á Dios plugo separar el golpe
De muerte, conservando el casi extinto
Aliento de su pecho, y permitiendo
Que, burlados los ojos vigilantes
De los verdugos, en su seno oculto
Josabeth lo guardase ensangrentado,
Y solo yo sabiendo tal secuestro
Aquí ocultase el niño y la nodriza.

JOAS

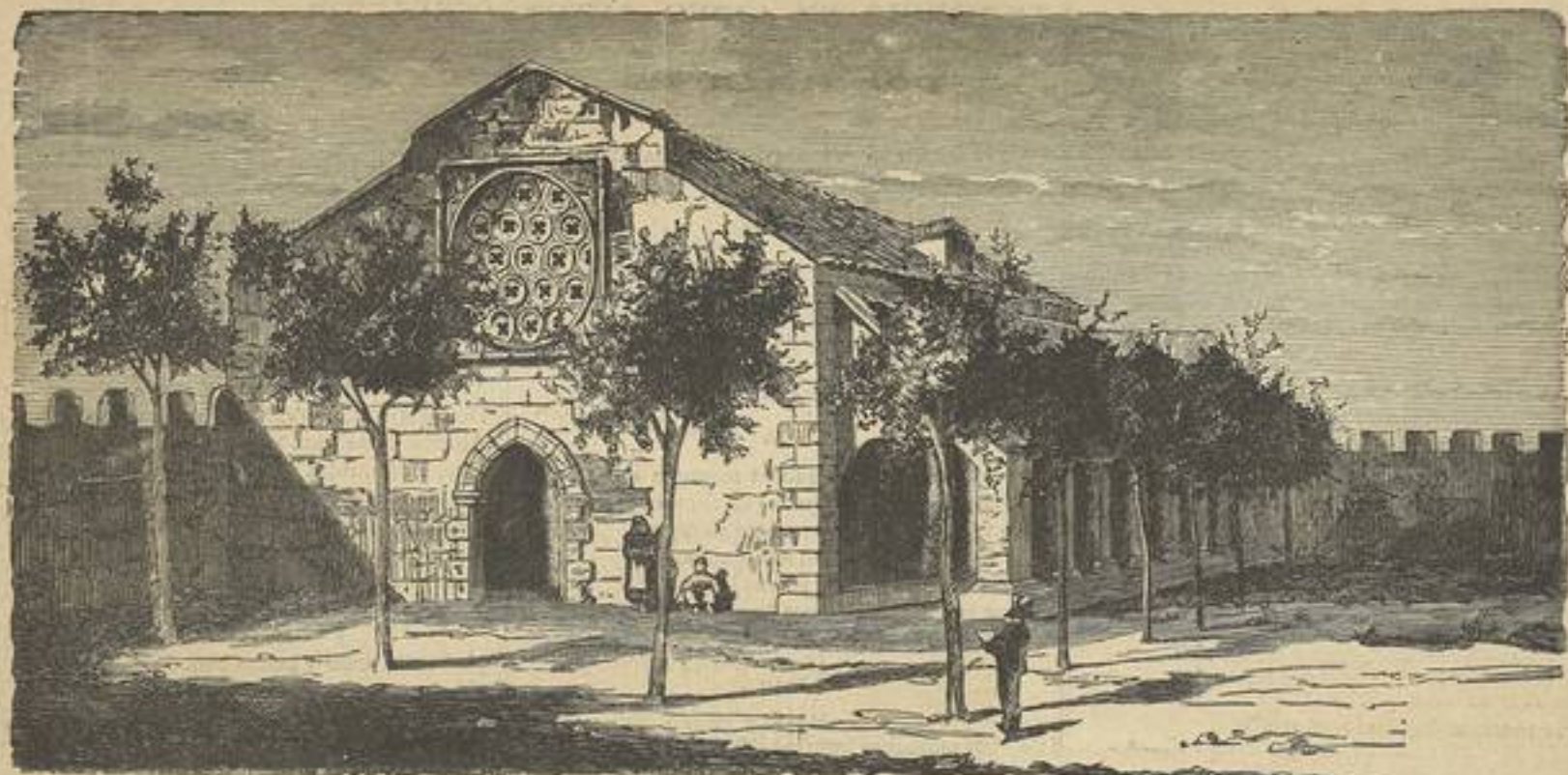
¡Ay! tanto amor y tantos beneficios,
¡Oh padre mío! ¿cómo yo pagarte?

JOAD

Tal gratitud para otros tiempos guarda.
Aquí tenéis vuestro monarca augusto,
Vuestra única esperanza: hasta el presente,
Celoso he procurado conservároslo:
Ministros del Señor, finid mi empresa.
De Jezabel la sanguinaria hija,
Al saber que aún alienta el niño Joas,
Vendrá muy pronto á hundirlo en el sepulcro:
Ya sin saber quién es matarle quiere.
Ministros santos, prevenid su saña:
Acabe de una vez la vergonzosa
Esclavitud de los hebreos míseros;
Venguemos, sí, venguemos nuestros príncipes
Vilmente asesinados: defendamos
Nuestra ley sacrosanta, y las dos tribus
A su monarca augusto reconozcan.
No se me oculta que la empresa es grande
Y llena de peligros, pues luchamos
Contra orgullosa reina entronizada,
Que cuenta en sus banderas numerosos
Extranjeros, y pérfidos hebreos.
Mas mi fuerza es del Dios por quien combato:
Pensad que en este niño todo el pueblo
Sus esperanzas cifra; que ya empieza
El Dios de las venganzas á turbarla.

Ya, burlando sus planes, he logrado
Aquí juntaros, donde, necia, juzgamos
Sin armas, ni defensa: coronemos,
Proclamemos á Joas en el acto,
E intrépidos soldados del reciente
Monarca volaremos desde el templo,
Invocando al Señor de las batallas,
Y la fe adormecida despertando,
Acosuremos en su mismo alcázar
A la malvada y pérfida Atalia.
¿Y qué cobarde habrá tan sumergido
En sueño vil, que al vernos como vamos
Con este santo arreo, no se apreste
A secundar nuestro valiente esfuerzo?
Un rey que el mismo Dios ha alimentado
En su sagrado templo, el heredero
De Aaron, de sus ministros en compañía,
Guiando á los levitas al combate,
Y en estas mismas manos, que respetan
Las gentes tanto, aquellas mismas armas
Que David victorioso á Dios un día
¡Piadoso consagrara! Dios entonces
Derramará el terror en sus contrarios;
Hartaos sin horror en sangre impura:
Herid á Tirios y hasta á Israelitas.

No descendéis vosotros de los célebres



IGLESIA DE SAN MARCOS EN FAMAGUSTA (HOY MEZQUITA DE LOS TURCOS)

Levitas, que al rendir en el desierto
 Voltario el pueblo criminales cultos
 Al Dios del Nilo, santos homicidas
 De sus queridos padres, consagraron
 Sus manos en la sangre de precitos.
 ¿Y con tan noble hazaña os consiguieron
 El honor de ser únicos ministros
 En los altares del Señor? Mas veo
 Que por seguirme ardeis en vivas ansias.
 Jurad, pues, y ante todo sobre aqueste
 Divino libro al rey que hoy nos devuelve
 Piadoso Adonai: jurad, ministros,
 Vivir, luchar por él, y dar la vida.

AZARIAS, *(desde un extremo de la mesa, colocando la mano sobre el libro santo).*

Sí, sí: todos nosotros, sí, juramos
 Por nosotros y nuestros compañeros
 A Joas devolver su egregio trono,
 Y de la mano no arrojar la espada
 Hasta después de haberle vindicado
 De todos sus crueles enemigos.
 Si alguno infringe aqueste juramento,
 Que sufra ¡oh Dios! tu vengadora furia;
 Que sus hijos con él desheredados
 De tu preciosa herencia, al punto sean
 Por siempre entre los muertos confundidos!

JOAD

Oh, rey! Fidelidad no jurarías
 A aquesta santa ley, tu regla eterna?

JOAS

¿Y cómo no jurarla, padre mío?

JOAD

Hijo querido, aún con este nombre
 Me atrevo á apellidarte todavía.
 Permite tal ternura, y me perdona
 El llanto que por tí verter me obligan
 Alarmas ¡ay! muy justas. Tú, espigado
 Lejos del trono, ignoras el maligno
 Encanto que acompaña á tanta gloria:
 Y la embriaguez del soberano mando,
 Y el acento de viles lisonjeros

¡Muy pronto te dirán que las más santas
 Leyes que ligan á villana plebe,
 Dependen de los reyes: que á un monarca
 Su misma voluntad de freno sirve;
 Que á su esplendor supremo debe todo
 Sacrificarlo; que á miseria y llanto
 El pueblo está sujeto, y que precisa
 Ser gobernado con broncoíneo cetro:
 Que si no se le oprime, pronto ó tarde
 El será el opresor: de aqueste modo
 De red en red, y de uno en otro abismo
 Tus costumbres purísimas manchando,
 Te harán que á la verdad profeses odio,
 Y á la virtud te pintarán horrenda;
 ¡Ay! al rey más prudente han extraviado.
 Oh! jura sobre aqueste santo libro,
 Y ante aquestos testigos, que el primero
 de tus cuidados Dios ha de ser siempre:
 Que severo serás con el malvado,
 Y protector del bueno, y que entre el pobre
 Y tú, Dios ha de ser tan solamente
 El juez, habiendo siempre en la memoria
 Que tú, hijo mío, oculto en este lino,
 Pobre fuiste como él, y como él huérfano.

JOAS

Juro cumplir cuanto la ley ordene:
 Dios mío, castigadme si te falto.

JOAD

Ven á que el óleo santo te consagre.
 Sal, Josabeth, y con nosotros te une.

ESCENA IV

JOAS, JOAD, JOSABETH, ZACARIAS, SALO-
 MITH, AZARIAS, ISMAEL, los tres JEFES DE
 LEVITAS, el CORO

JOSABETH *(Abrazando á Joas)*

¡Oh rey, de David hijo!

JOAS

¡Oh, madre mía!

Ven, Zacarias, á tu hermano abraza.

JOSABETH *(A Zacarias)*

Hijo, á las plantas de tu rey humíllate.

(Zacarias se arroja á los pies de Joas)

JOAD *(Mientras se abrazan)*

Hijos, así por siempre estéis unidos.

JOSABETH *(A Joas)*

¿Sabes á quién debes tú la vida?

JOAS

Y qué mano sin tí me la robara.

JOSABETH

Ya puedo, Joas, darte aqueste nombre.

EL CORO

¡Qué! es el....

JOSABETH

Es Joas.

JOAD

Al levita oigamos.

ESCENA V

DICHOS y un LEVITA

UN LEVITA

Ignoro qué proyecto se está urdiendo
 En contra del Señor; pero resuena
 Bronce amenazador por todas partes:
 Fogatas lucen en el campo tirio,
 Y sin duda, Atalía ya reúne
 Sus gruesos batallones: hasta juzgo
 Que ya no hay esperanza de socorro.
 Ya la montaña santa donde el templo
 Está asentado, por do quiera se halla
 De Tirios insolentes embestida;
 Enmedio de blasfemias, uno de ellos
 Nos ha anunciado que Abner en cadenas
 Se encuentra, y que no puede ya ampararnos.

JOSABETH *(A Joas)*

Amado mío, que piadoso el cielo

¡Ay! en vano nos diera: por salvarte
Hice lo que he podido: mas se olvida
El Señor de David tu ilustre abuelo!

JOAD (A Josabeth)

¡Calla! ¿No temes atraer su cólera
Sobre tí y este niño tan querido?
Y aun cuando Dios por siempre separándolo
De tus brazos, quisiera que la raza
De David para siempre se extinguiese,
¿No estás aquí, sobre la santa cumbre,
En donde humilde el patriarca hebreo
Alzó su brazo y colocó obediente
En medio de la hoguera el caro fruto
de su vejez, á Adonai dejando
El modo de cumplir lo prometido,
Y le inmoló con su adorada prole
Las esperanzas que en solo él cifraba?
Amigos, dividámonos: que guarde
Ismael con los suyos el Oriente;
Tú el Norte, tú el Ocaso, tú el que mira
Al Mediodía; que ninguno atrevase,
Bien sacerdote, bien levita sea,
Descubriendo mi plan, con imprudente
Celo, salir en tiempo inoportuno,
Y que todos al fin, cual si movidos
Fuesen de un mismo aliento, el puesto guarden
Al morir, en que yo les colocara.
Rabioso el enemigo nos contempla
Como rebaño vil aparejado
A la matanza, y juzga que aquí sólo
El pánico ha de hallar y gran tumulto.
Que Azarias al rey do quiera siga.

(A Joas)

Ven, querido retoño de valiente
Progenie; ven á dar audacia nueva
A tus soldados; ven á presentarte
Ante ellos con corona; y si es preciso
Morir, al menos muere cual monarca.

(A un levita)

Sígueme, Josabeth. Mis armas dadme.

(Al coro)

Hijos, brindad á Dios un llanto puro.

ESCENA VI

SALOMITH, el CORO

TODO EL CORO CANTA

Marchad de Aaron, ¡oh, vástagos!
¿Qué causa más brillante,
de vuestros padres ínclitos
el celo armó pujante?
Marchad de Aaron, ¡oh, vástagos!
Por Dios y el rey luchad.

UNA VOZ SOLA

¿En dónde, ¡oh, Dios! encuéntranse
Las flechas que T^u lanzas,
En T^u celeste cólera?
¿El Dios de las venganzas,
El Dios de celos fervidos
Dejaste de ser ya?

OTRA VOZ

¿En dónde están, Altísimo,
Tus con Jacob bondades?
En el horror que inundanos,
La voz de las maldades
Tan sólo escuchas ávido?
¿No eres de paz el Dios?

TODO EL CORO

¿En dónde están, Altísimo,
Tus con Jacob bondades?



COLUMNA DE LA VICTORIA EN NÁPOLES

UNA VOZ SOLA

En esta guerra bárbara
Los llenos de maldades,
A T^u sus flechas pérfidas
Arrojan con furor.

«Hagamos, claman rábidos,

•Que cesen por do quiera
•Las fiesta del Altísimo:
•De dura ley severa
•Libremos al terrícola,
•Y mueran al puñal
•Sus santos: derribémosle
•Su altar. Que de su gloria
•Y de su nombre invido
•Perezca la memoria;
•Que ni *El*, ni el Cristo puédannos
•Mandarnos ya jamás.»

TODO EL CORO

¿En dónde, oh Dios, encuéntranse
Las flechas que T^u lanzas
En T^u celeste cólera?
El Dios de las venganzas,
El Dios de celos fervidos
¿T^u no eres ya, Señor?

UNA VOZ SOLA

De nuestros reyes mísera

Reliquia, oh flor amada
De un tallo tan magnífico,
¿De madre despiadada,
Segunda vez verémoste
Caer ¡ay! al furor?

Dinos, amable príncipe,
Si á tí, en la cuna, vino
Un angel, defendiéndote
De bárbaro asesino,
O si en la tumba tétrica
La voz del Dios vivaz
A tus cenizas áridas
La vida les daría?

OTRA VOZ

¡Oh, Dios! los grandes crímenes
De su ascendencia impía,
A tu mandato indómita,
¿Podránsele imputar?

Tal vez por siempre, Altísimo
Del huyes T^u, clemencia?
¿En dónde, oh Dios, encuéntranse
T^u gran munificencia?

UNA DE LAS NIÑAS DEL CORO (SIN CANTAR)

¿No oís del Tirio bélico
la tropa resonar?

SALOMITH

V oigo el gritar terrífico
De soldadesca impía.
Huyamos: alejémonos,
Corramos á la pía
Sombra del ara pávida
En pos de abrigo y paz.

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

ZACARÍAS, SALOMITH, el CORO.

SALOMITH

¿Qué nuevas hay, amado Zacarías?

ZACARÍAS

Redoblad vuestras santas oraciones:
Tal vez llegamos al postrer momento,
Pues ya el combate horrible se ha ordenado.

SALOMITH

¿Y qué hace Joad?

ZACARÍAS

Coronado ha sido:
En este instante el sumo sacerdote
Ungió su frente con el óleo santo.
¡Oh Dios! ¡qué gozo en todas las miradas
Al verle rescatado de la tumba!
Hermana mía, aún su pecho ostenta
La cicatriz de la asesina espada:
También ha parecido su nodriza,
Que oculta en un rincón del vasto templo
El amado depósito guardaba,
Teniendo solamente por testigos
De su cuidado á Dios y á nuestra madre.
Lloraban de ternura y de alegría
Nuestros levitas, y á su tierno llanto,
sus gritos jubilosos se mezclaban.
Él, en medio de tales expansiones,
Afable y sin orgullo dirigía
La mano al uno, al otro la mirada,
Y con nombre de padres ó de hermanos,
Juraba sujetarse á sus consejos.

SALOMITH

¿Cundió también por fuera tal secreto?

ZACARÍAS

Del templo no ha salido todavía.
Los hijos de Leví con gran reserva
Divididos ocupan ya sus puertas,
Y deberán al par salir gritando:
¡Viva el rey Joad! pero nuestro padre
No quiere que el monarca se aventure,
Y mandó que Azarías le custodie.
Sin embargo Atalia, espada en mano,
Se burla de las débiles murallas
Que nos amparan, y tan solo espera
Para romperlas el fatal ariete,
Y así saciarse en sangre y en escombros.
Algunos sacerdotes han propuesto
Al menos esconder el arca santa
En lugar subterráneo y muy seguro,
Que en otro tiempo abrieran los abuelos.
Mi padre entonces dijo: «¡Oh miedo indigno,
•Miedo injurioso! el arca que á su vista
•Derribó tantos muros orgullosos,
•Y ha detenido del Jordán el curso;
•El arca tantas veces triunfadora
•De los frívolos dioses de otros pueblos,
•Huir de una mujer á la insolencia!

Mi madre, junto al rey, de espanto henchida,
Ora al altar mirando, ora al monarca,
Muda, y muriendo de su afán al peso,
Al más cruel arrancaría llanto.
El rey de cuando en cuando la acaricia,
Y oprime entre sus brazos... Mas seguidme,
Seguidme, hermanas mías muy amadas,
Y si hoy debe morir el rey augusto,
Marchemos á sufrir la misma suerte.

SALOMITH

¿Qué mano audaz con redoblados golpes
Las puertas hiera? ¿Quién con tal desorden
A los levitas á correr obliga?
¿Por qué ocultan sus armas? Han forzado
El templo?

ZACARÍAS

Desechad vuestras alarmas:
Es Abner, que el Eterno nos envía.

ESCENA II

JOAD, JOSABETH, ZACARÍAS, SALOMITH,
ABNER, ISMAEL, dos LEVITAS, el CORO

JOAD

Abner amado, ¿creeré á mis ojos?
¿Cómo á través de sitiadoras tropas
Has logrado llegar al santuario?
Me han dicho que sacrilega Atalia,
A fin de asegurar sus crueldades,
De hierros injuriosos te cargara.

ABNER

Sí, teme mi adhesión y mis alientos;
Y es lo menos que en su ira me esperaba.
Por ella hundido en cárcel horrorosa
Aguardaba que el templo, ya en pavesas,
Y no saciada aún de verter sangre,
Me libertase de importuna vida,
Y cortase los días que ha debido
Mil veces terminar la aguda pena
De ser superviviente á mis monarcas.

JOAD

¿Y qué milagro tu perdón obtuvo?

ABNER

En su bárbaro pecho, Dios tan sólo
Conoce lo que pasa. A su presencia
Llamóme, y dijo con furioso acento:
•Sitiado el templo ves por mis soldados;
•L: harán ceniza vengadoras llamas,
•Sin que tu Dios consiga libertarte
•De mi furor. No obstante, sus ministros,
•Y aquesto ha de ser pronto, todavía,
•So doble condición, librarse pueden;
•Que me den á Eliacin y aquel tesoro
•Que vuestro rey David ha reunido
•En otro tiempo, y que con gran secreto
•Al Pontífice sumo fué entregado.
•Marcha á decirles que les doy la vida
•Solamente á este precio.»

JOAD

¿Y qué consejo
Me ofrecerías en aqueste apuro?

ABNER

Que de David entregues el tesoro,
Si es que existe y á ti fué cometido,
Y todo lo más raro y más precioso
Que de las manos de esta reina avam
Hayas podido resguardar. Qué, ¿quieres
Que vengan insolentes asesinos
A romper el altar en mil pedazos,
A arder los querubines, y poniendo

Su mano temeraria sobre el arca.
Manchar el templo con tu propia sangre?

JOAD

¿Y es decoroso á nobles altos pechos
Entregar al suplicio á un niño mísero
Y librarnos á expensas de su vida?

ABNER

¡Ay! Dios conoce mi intención. Pluguiese
Que Atalia, olvidándose de un niño,
Y saciando en mi sangre su fiereza,
Calmar creyese con mi muerte al cielo
Que la atormenta. Mas, por él que puede
Tu vano afán? Cuando muriéscis todos,
¿No morirá también aquese niño?
¿Te ordena Dios que intentes lo imposible?
Moisés, en mantillas, fué entregado
Al Nilo por su madre, que obediente
Era á la ley de déspota implacable;
Mas Dios guardólo contra toda espera,
Y hasta le hizo educar por el tirano.
A tu Eliacin ¿quién sabe lo que guarda?
¿Quién sabe si ofreciéndole igual suerte
No ha ya apiadado el pecho de la fiera
Homicida de nuestros reyes tristes?
Al menos yo, con Josabeth la he visto
De Eliacin al aspecto conmovida.
Sí, yo he visto su cólera ablandada.

(A Josabeth)

¿Por qué guardas silencio en tal peligro?
¿Qué? Por un niño que no es hijo tuyo,
Vas á sufrir que sin ningún provecho
Joad consienta en que á cuchillo pasen
A ti, á tu hijo, á toda aquesta gente,
Y que devore abrasador incendio
El único lugar de todo el mundo
En donde quiere Dios ser adorado?
¿Qué más harías si de vuestros reyes
Precioso resto fuera aquese niño?

JOSABETH (Por lo bajo á Joad)

¿No ves su afecto por la régia estirpe?
¿Por qué no le hablas?

JOAD

Todavía es pronto.

ABNER

No, no: que los instantes son supremos.
Mientras en contestarme aquí vacilas,
Mathan junto á Atalia, ya rabioso
La orden pide y al degüello aprieta.
¿Debo arrojarme á tus sagradas plantas?
En nombre del sagrado tabernáculo,
Donde de Dios la majestad reposa,
¡Oh! por muy dura que tal orden sea
Golpe imprevisto en alejar pensemos.
Algún respiro dame solamente;
Yo adoptaré medidas esta noche
Para vengar y asegurar el templo.
Mas veo que mi llanto y mis discursos
No logran convencerte: que tu austera
Virtud no se conmueve; pues bien, dame
Una arma, la que quieras, una espada
Cualquiera; y Abner en las puertas mismas
Del templo, do le aguarda el enemigo,
Logre morir al menos cual valiente.

JOAD

Me has convencido. Adopto tu dictamen.
Tamaños males, Abner, evitemos.
De David un tesoro se halla oculto,
Y á mi fidelidad fué cometido.
Era del triste pueblo la esperanza
Postrera, que ocultara cuidadoso;
Mas ya que es necesario descubrirlo,
Satisfaré á la pérfida Atalia,

De par en par abriéndole las puertas
del templo santo. Que entre acompañada
De tus más principales cortesanos;
Pero que aleje del altar divino
El furor imprudente de sus tropas,
Y que al saqueo no se entregue el templo.
¿A niños y levitas temerá?
Que ella contigo escoja los que hayan
De formar su cortejo. En cuanto al niño
Que tal pavor infunde (reconozco
La equidad de tu pecho) ante ella misma
Yo te habré de explicar su nacimiento,
Y de él tú siendo juez y de Atalia,
Ya juzgarás si debo de entregárselo.

ARNER

Bajo mi protección, Señor, le tomo.
¡Oh! Nada temas. A la reina vuelvo.

(Continuad.)

La debilidad de nuestra fuerza.

Razonemos un instante juntos, tú y yo, lector. ¿Consideras tú un disparate la precitada frase de *La debilidad de nuestra fuerza*? Sea cual fuere tu parecer, y con permiso tuyo, digo que no es disparate. Veámoslo.

Hay dos clases de fuerzas en el cuerpo humano: la fuerza muscular y la vital. Esta última nace con nosotros, aquella puede recogerse ó cultivarse. La fuerza muscular pone al hombre en condiciones de emprender y efectuar grande trabajo manual; la vital le da vida larga y buena salud. He aquí por qué sucede con frecuencia que las mujeres que no pueden levantar un peso de veinte libras viven más tiempo, gozan más de la vida, soportan mejor las inclemencias del tiempo y las privaciones, y sobrellevan mejor el pesar y el dolor que los hombres que con facilidad levantan un bari de harina sobre los hombros. Si no has observado jamás este hecho, necesitas un par de gafas de seguida, y de mucho aumento.

He aquí un hombre que escribe una carta desde 147, Fesherron Musselburg, N. B. (Inglaterra), con fecha del 28 de Mayo, 1891, y en ella nos dice concisamente lo que le sucedió no há mucho. Nos dice que hasta Octubre, 1888, se encontró muy fuerte y vigoroso. En esa época tuvo que correr en unas carreras para ganar un premio, y según él cree, este ejercicio esforzó demasiado los músculos de los pulmones. Cuando se corre, todos sabemos que tanto los pulmones como el corazón trabajan mucho y con celeridad, de igual modo que una locomotora que marcha á razón de sesenta millas por hora ha de consumir mayor cantidad de carbón que marchando despacio.

Bien; nuestro amigo, el Sr. J. H. Jack, que es quien escribe la carta, se sintió entonces un dolor intenso, y fué á la enfermería de Edinburgo, y allí estuvo asistido por los médicos durante algún tiempo. Pero resultó que los médicos no pudieron aliviarle. Le aplicaron vejigatorios, practicaron frotaciones de fuertes unguentos, y le dieron varias medicinas para uso interno; pero el tratamiento, por científico que fuera, no consiguió dar con la causa del dolor. El hombre ha de trepar ó caer: esta es la ley de la naturaleza. No pudiendo trepar, el Sr. Jack empezó á caer—caer, según él dice—á un estado de abatimiento y de debilidad.

Empezó á experimentar cosas que son malas para un atleta; malas para toda persona. Mi paladar era malo, dice, «mi apetito apocado, y después de comer me sentía un dolor agudo en el pecho y cierta opresión, como si un hombre de fuerzas me abrazase y me estrechase de tal modo, que me faltaba la respiración. En efecto, sufría tanto, que me era imposible dormir de noche, y apenas me hallaba en condición de atender á mis quehaceres. Esta clase de vida me duró algunos meses, hasta Agosto de 1889. Entonces, como ninguna de las medicinas que había tomado me hizo bien alguno, me decidí á probar el muy alabado Jarabe de la Madre Seigel.

«Tomé esta decisión porque con frecuencia oía hablar á los parroquianos que llegaban á mi tienda del alivio que esta medicina les había procurado. Parecerá inverosímil; pero es la verdad que después de haber consumido una sola botella, todo el dolor del pecho y de los costados había desaparecido por completo. Luego mi apetito volvió gradualmente, comía y digería mi alimento, y así fui ganando fuerzas á medida que iba tomándolo, y en cuatro semanas sané. Tomando una dosis de cuando en cuando, gozo de la mejor salud, no obstante la severa contorsión que experimentaron mis pulmones.»

Ahora bien; ¿qué prueba lo ocurrido al Sr. Jack? Prueba que existía en alguna ó otra parte del sistema una debilidad orgánica en un hombre fuerte, que sus grandes esfuerzos para ganar la carrera desarrollaron en enfermedad activa. Toda fuerza di-

mana de poder digerir y asimilar el alimento, y de ninguna otra cosa debajo del sol; y cuando un hombre insiste en tener más fuerza física de la que realmente necesita, alguna otra parte del sistema ha de sufrir detrimento. Así sucedió en este caso. Se abatió el estómago, y muy pronto todo el cuerpo estuvo á punto de abatirse también. En otras palabras: el Sr. Jack se ocasionó él mismo un agudo ataque de indigestión y dispepsia, y todos los dolores y sufrimientos que tuvo que experimentar no eran sino consecuencias y síntomas de ello.

Un momento más y se concluye la lección. Inglaterra es un país en donde los ejercicios atléticos de todas clases se practican más que en ningún otro. Puede decirse, en efecto, que en ese concepto los demás países le van en zaga. Los jóvenes se afanan por desarrollar sus músculos, pero cuando se llega á un exceso, siempre es á costa de los pulmones, del corazón y de los órganos digestivos, estos últimos especialmente.

De esto se deduce que el Jarabe de la Madre Seigel es un gran beneficio, no solamente para el endeble y débil por naturaleza, sino también para el fuerte y vigoroso, el cual tan á menudo descubre á su sorpresa cuánto estrechamente aliados están los músculos con el alimento que los produce.

Al dirigirse el lector á los Sres. A. J. White, Ltd., de la calle de Caspe, núm. 155, Barcelona, estos señores tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado explicando las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está en venta en todas las farmacias. El precio del frasco es de 14 reales, y el del frasquito 8 reales.

BANCO DE ESPAÑA

Desde el día de mañana se admitirán á descuento por el Banco y sus sucursales, á razón de cinco por ciento anual, los cupones de la Deuda perpétua interior y los de la amortizable y títulos de ésta amortizados, del vencimiento de 1.º de Abril próximo venidero; siendo el mínimo de percepción por descuento el importe correspondiente á catorce días, que en ningún caso bajará de quince céntimos de peseta por cada factura.

También se admitirán á negociación los Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba que sean amortizados en los sorteos del mes de Marzo inmediato, con la bonificación que diariamente se fijará en las respectivas oficinas.

Madrid 29 de Febrero de 1892.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

BANCO DE ESPAÑA

Por acuerdo del Consejo de gobierno, se vende, libre de cargas, la casa calle de Atocha, núm. 32, y de la Magdalena, número 21, propiedad del Banco de España, que ocupa una superficie de 1.330,94 metros cuadrados, equivalentes á 17.143 piés cuadrados, con una fachada á la calle de Atocha de 28,30 metros lineales, y á la calle de la Magdalena de 16,50 metros.

Se admiten proposiciones de compra en la Secretaría del Banco hasta el día 31 del corriente, quedando este Establecimiento en libertad de admitir la que juzgue más conveniente, ó rechazarlas todas.

Los planos de la casa están de manifiesto en la misma Secretaría.

Madrid 8 de Marzo de 1892.—El Vice-secretario, *Gabriel Miranda*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

EMISIÓN DE 1890

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba. ANUNCIO

Venciendo en 1.º de Abril próximo el cupón número 6 de los Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1890, se procederá á su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, núm. 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los corresponsales designados ya en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres, en casa de los señores Baring Brothers and Company Limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse, asimismo, al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa, por medio de doble factura que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias, donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 2 al 19 de Abril, y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana á las horas expresadas.

Barcelona 10 de Marzo de 1892.—El Secretario general, *Aristides de Artihano*.

Banco Hispano-Colonial

ANUNCIO

EMISIÓN DE 1890

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba.

QUINTO SORTEO

Celebrado en este día, con asistencia del Notario D. Luis G. Soler y Pla, el quinto sorteo de los Billetes Hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1890, según lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 27 de Septiembre de 1890 y Real orden de 9 de Febrero de este año, han resultado favorecidas las cuatro bolas

Números 365—589—1.924 y 3.293.
En su consecuencia, quedan amortizados los cuatrocientos billetes

Números 36.401 al 36.500.—58.801 al 58.900.—192.301 al 192.400 y 329.301 al 329.300.
Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse desde el día 1.º de Abril próximo á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, más el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 10 de Marzo de 1892.—El Secretario general, *Aristides de Artihano*.

LA JABONERIA DEL CONGO A SUS CLIENTES

La casa VICTOR VAISSIER, de PARIS, informa á su elegante y numerosa clientela que su famoso jabon de tocador tan fino y deliciosamente perfumado lleva este título: **Jabon de los Principes del Congo** y el NOMBRE VICTOR VAISSIER. Se venden productos similares, pero que no son sino groseras imitaciones del verdadero Congo. Depositario en España, M. BOLDÚ, Rambla de Cataluña, 71, Barcelona.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis. Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dussor, 1, Rue J. J. Rousseau, París

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 1
1892

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA
JORGE G. GIROD
Sucesor de Losada.

SEÑORAS

Si queréis Sombreros elegantes y más baratos que en parte alguna, ver la gran colección de esta casa. Precioso surtido de tocás y sombreros redondos de mañana á 70 y 80 reales. Para vestir, elegantes modelos de capotas y sombreros desde 6 duros. Precios fijos.

Mad. Fernette, BARQUILLO, 27



Establecimiento de la Casa real de Baviera
para Vidrieras de Colores
F. X. Zettler, Munich, Baviera

Se recomienda por la ejecución de pinturas sobre vidrio de todos géneros y estilo. Entre otros muchos trabajos se han hecho en España:

Siete ventanas para la Catedral de Burgos (en la principal pintada la Asunción de la Santísima Virgen), en la Catedral de Oviedo, en las iglesias de los P. P. Jesuitas de Santander, Bilbao, en Osuna, Barcelona, Madrid, etc.

Premiado con Medalla de oro en la Exposición de Barcelona, además 10 Medallas, 9 Ordenes.

Dibujos y presupuestos de gastos á disposición de los solicitantes. Precios módicos.

Entre los trabajos salidos recientemente de los talleres de este Instituto, se encuentran dos grandes pinturas sobre vidrios destinadas á reemplazar en la caja de la escalera del Papa en el Vaticano, las ventanas, con las figuras coloradas de los Santos Pedro y Pablo, recientemente destruidas por la explosión de pólvora á Roma.

Su Santidad el Papa León XIII confió á dicho Instituto la reposición de estas ventanas.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes, novedad en piel caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza y lana.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

ESPECIALIDAD EN GUANTES Á LA MEDIDA

7, Fuencarral, 7

ES DIGNA DE SER VISITADA LA NOTABLE
EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS
Y
coronas.

DE
G. KUHN SEIS SALONES **CRUZ, 42**
Pisos principales.

Sección 1.^a—Flores para vestir. 2.^a—Ornato de salón.—3.^a Flor para iglesia.—4.^a Flor para cementerio.—5.^a Material para flores.—6.^a Plumas y azabache para sombreros.

Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar,—y modelos de cristalería, mayolica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **CERAS PURAS DE ABEJAS** para el Culto católico, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.
CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

Estearicas y transparentes, blancas y colores

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones estearicos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar
Princesa, 40 **SALVADO Y SALA** Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas; usen el **ELIXIR Y POLVOS MENTOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento. Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

COLÓN Y LA RÁBIDA

POR EL

M. R. P. Fr. José Coll

FRANCISCANO

Las noticias que atesora este libro hacen muy agradable su lectura, y es indispensable para todos los que se interesan por el Centenario del descubrimiento de América.

Consta de un volumen en 8.^o de 368 páginas, y se vende en casa de D. Gregorio del Amo, Paz, 6, á 2,50 pesetas.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO CERVANTES BALMES CISNEROS

ÉPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV

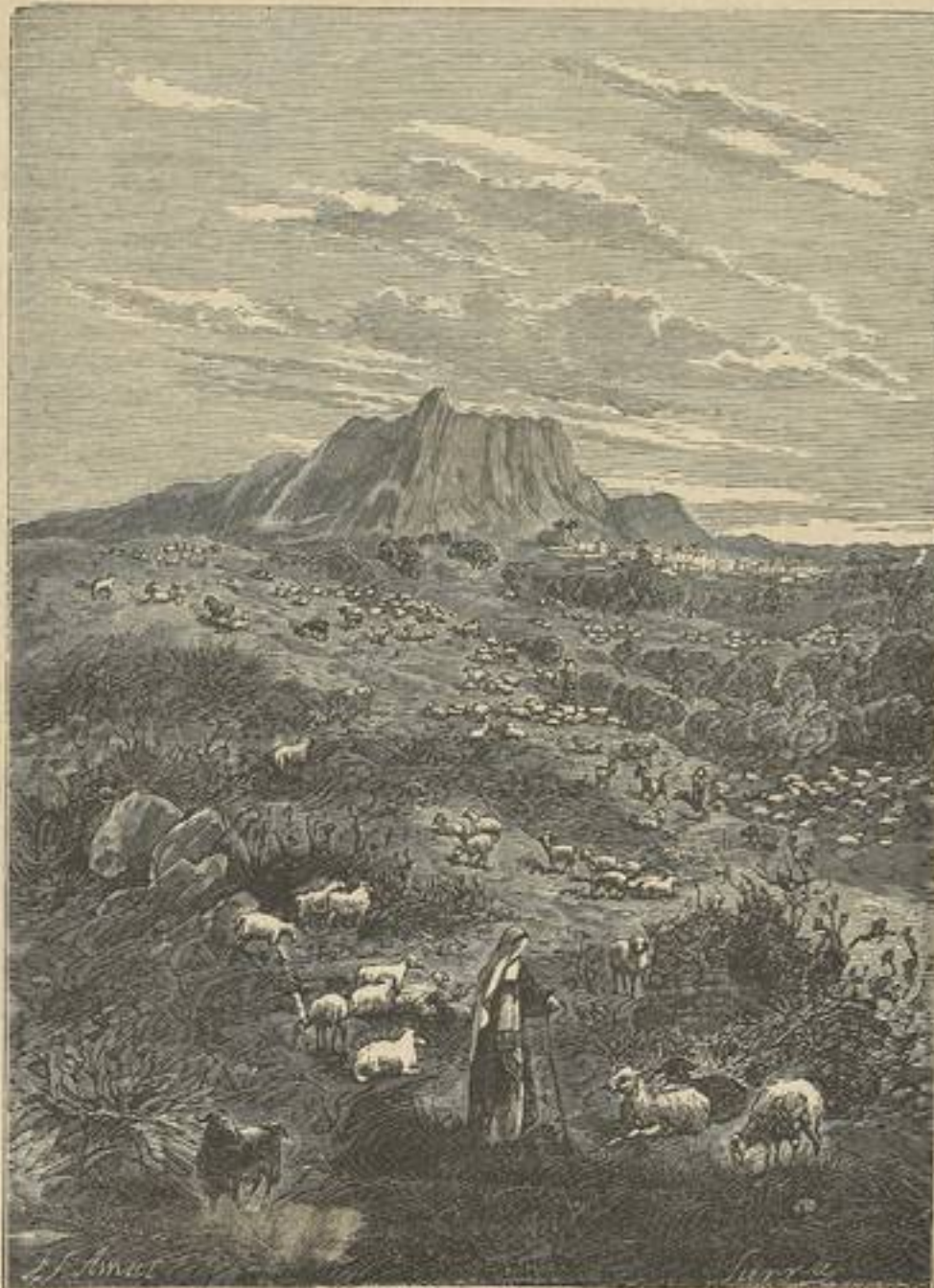
REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	1,50 pts.
Tres meses.....	4 "
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	13 "
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 "

NÚMERO 6.—Madrid 31 de Marzo de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 francos.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 "



EL MONTE THABOR

Advertencia

En el próximo número publicaremos un magnífico artículo del P. Miguel Mir (de la Academia Española), sobre la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

También tenemos preparado, y publicaremos a la mayor brevedad, un cuento original del célebre escritor D. Santiago Liniers, también de la Academia Española.

SUMARIO

TEXTOS

La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—La cuestión social, por P. Martín.—Nuestro arte religioso, por José Ferrándiz.—(Literatura)—al uso, por Ángel Salcedo.—Revista literaria, por el Bachiller Alonso.—Un artículo de *La Contemporánea*, por Ilasco de Garay.—El P. Matthew, por Antonio Balleín de Unquera.—Atalia (tragedia), traducción de Víctor Suárez Capalleja.

GRABADOS

El monte Thabor.—Recuerdo de Toledo (apunte de Eduardo Pelayo).—Ventana de San Juan de los Reyes.—Ferrocarril funicular en el Vesubio.—París (Palacio de Justicia).—Flores y aves (cuadro de Horacio Lengo).—Bajamar (dibujo de Mesera).

LA QUINCENA

SORPRENDIDA se ha visto Europa, durante los días que acaban de pasar, por la crisis del Gobierno alemán. Precisamente el jueves 17 del corriente, fué el segundo aniversario de la caída del príncipe de Bismarck, acontecimiento que tan hondamente preocupó al mundo y tanto dió que pensar á los políticos europeos. Hace un año que el ministro de Instrucción pública, De Gossler, cayó también con su proyecto de ley de instrucción primaria.

Llamado el conde de Zedlitz á sucederle, elaboró un nuevo proyecto, sometido á la Cámara de los diputados, y que contaba con el apoyo de una respetable mayoría compuesta de católicos y conservadores, cuyas principales disposiciones estaban ya aceptadas por la comisión; y he aquí que el conde de Zedlitz se ha visto obligado á presentar la dimisión de su cargo.

Las violentas frases pronunciadas por los ministros Miquel y Boetticher contra el proyecto de ley escolar, del cual llegaron á decir que era *la ruina del patriotismo alemán*, obligaron también á Caprivi á presentar la suya.

La súbita é inexplicable partida del emperador hizo desde luego imposible la inmediata solución de la crisis. Se comenta mucho la ausencia de Guillermo II en un momento en que tantas dificultades se presentan, y en que la situación es tal como pocas veces se ha presentado en Alemania.

El público está conmovido y seriamente preocupado ante una crisis ministerial, que puede fácilmente convertirse en una crisis gubernativa.

Reconoce ésta por causa el desacuerdo entre el emperador y sus ministros con motivo del proyecto de ley escolar. ¿Cuál es la trascendencia y gravedad de este desacuerdo? No se puede fijar de antemano. Desde luego, el emperador es de temer que no quiera darle á Bismarck la grandísima satisfacción de aceptar la dimisión de Caprivi, y en efecto, asegúrase que el canciller Caprivi seguirá desempeñando sus funciones, abandonando tan solo la presidencia del Consejo de Ministros de Prusia, cuyo cargo desempeñará Miquel.

Esta parece, efectivamente, que será la solución dada por el emperador Guillermo á la crisis de su Gobierno. El emperador parece decidido á no desprenderse de Caprivi, que es un ministro *según su corazón*, como decía un rey de España de uno de sus secretarios del despacho.

La presencia del Excmo. Sr. Arzobispo de Santiago de Cuba y del Presbítero D. Florencio Jardiel en la cátedra del Ateneo, ha sido uno de los acontecimientos culminantes de la quincena. El triunfo obtenido por el ilustre canónigo de Zaragoza en aquella tribuna, de tradiciones tan gloriosas, sólo ha podido sorprender á los que amamantados en los volterianos principios que han sido, durante la presente centuria, fundamento de nuestra educación universitaria, no han podido borrar de su mente absurdas preocupaciones, y creen todavía, como en artículos de fé, en aquellos tópicos que se llaman *ignorancia clerical, supersticiones religiosas, fanatismo de la Iglesia*, y demás lugares comunes puestos de moda por el antiguo progresismo que, en su crasa ignorancia, creyó, quizás de buena fé, prestar un servicio á la patria y á las nuevas instituciones políticas, inspirando en los corazones de los hombres de la clase media, más aún que en los de las masas populares, el odio al sacerdocio y á todas las instituciones del Catolicismo.

Los sacerdotes, por causas que no son de este lugar, han permanecido, en nuestra patria, alejados hasta ahora no del movimiento científico, que ellos han seguido y estudiado en sus Seminarios, y á cuyo exámen han consagrado particularmente no pocos de sus individuos esfuerzos dignos de alabanza, pero sí de aquellos lugares donde este movimiento se ha manifestado con mayor vitalidad, siendo causa, quizás, el apartamiento del Clero, de que este movimiento haya revestido un carácter racionalista y anti-católico que no ha podido por menos de influir desastrosamente en todas las esferas de la sociedad. Porque dígame cuanto se quiera, no cabe negar que el Ateneo de Madrid ha sido, durante los últimos cincuenta años, si no el más vivo foco de luz de la sociedad española, como ha dicho el Sr. Cánovas del Castillo, la tribuna de más resonancia que ha existido en nuestra patria, en la que se ha escuchado la voz de los más ilustres oradores contemporáneos, y en la que se han vertido las ideas que transformadas luego en leyes han venido á constituir el estado de derecho en que hoy vive nuestra patria.

Nosotros, sinceramente, creemos que la voz del sacerdocio ha debido resonar en aquella tribuna. El hábito sacerdotal posee todavía entre nosotros prestigio bastante á contener ciertos desahogos. La verdad hubiera disputado con ventaja la posesión de aquella cátedra al error que la hizo suya sólo por verla abandonada, y el público no hubiera atribuido á cobardía lo que tan solo era dictado de la prudencia, ni hubiera llegado á creer que en los Seminarios, fieles guardadores de las buenas tradiciones escolásticas, no se podían formar hombres á la altura de los tiempos, idóneos para defender la verdad católica contra todos los errores contemporáneos.

El recuerdo del inolvidable D. Miguel Sánchez se impone aquí necesariamente. Durante muchos años fué en el Ateneo el paladín de la Iglesia. La causa de la Religión le debe triunfos alcanzados por su palabra y por su vigorosa dialéctica en memorables luchas. Siempre en la brecha, todas las escuelas heterodoxas que entre nosotros han venido sucediéndose lo encontraron alerta, apercebido á la batalla, dispuesto á responder á la falsa erudición con la erudición verdadera, á los sofismas con razonamientos contundentes, á los chistes volterianos con la sátira finísima que desconcertaba al adversario y le obligaba en ocasiones á abandonar el campo. Soldado valeroso, nunca desmayó en la batalla, y pudo llevarse al morir la satisfacción indecible de que gracias á él no había quedado indefensa en el Ateneo, y durante el periodo más álgido de las luchas contemporáneas, la causa del Catolicismo. Si todo esto consiguió el P. Sánchez luchando solo, comprendase lo que se hubiera lo-

grado de tener aquel infatigable polemista auxiliares en su gloriosa tarea.

«Ciertamente el mundo, decía el inmortal Lacordaire al pronunciar el elogio fúnebre de O'Connell, es quien se ha apartado de nosotros, el que ha querido vivir y gobernarse sin nosotros; pero ¿qué importa de dónde haya venido el mal y en quién haya estado el orgullo de la separación? Hoy sentimos la necesidad que tenemos unos de otros; vamos á recibir al mundo, el cual también nos busca y nos aguarda.» Tenía razón el ilustre dominico. El mundo aguarda al sacerdote, porque siente, cada vez más, la necesidad de él. El sacerdote debe presentarse en los Ateneos, en las Academias, en las reuniones populares, en los Congresos, en todas partes; á llevarles la palabra de vida que él solo posee, y de la cual están hambrientas las sociedades modernas.



Antes de empezar el Sr. Jardiel su elocuentísimo discurso, consagrado á la memoria del venerable Palafox, el Excmo. Sr. Arzobispo de Santiago de Cuba, que presidía la reunión, pronunció las siguientes palabras:

«La Iglesia está aquí como estuvo con Cristóbal Colón, y con los capitanes, descubridores, conquistadores y civilizadores de América. La cruz va hasta donde va la espada, y mucho más allá, porque es mucho más dilatado su reino.»

Una salva de aplausos acogió las palabras del venerable Arzobispo, aplausos que se prolongaron durante largo rato, y por fin el Sr. Jardiel se levantó á hablar bajo esta impresión favorable.

La Iglesia era bien recibida en el Ateneo. Todas las preocupaciones habían desaparecido. Católicos, racionalistas, indiferentes, se unían en un sentimiento común de veneración y respeto hacia el sucesor de los Apóstoles. Digan cuanto gusten los prudentes: un público español siempre aplaudirá á un Obispo.

Fuera del elemento católico, y más que católico religioso, es decir, del que frecuenta los templos, pocos conocían en Madrid al Sr. Jardiel. El año pasado predicó en la iglesia del Carmen Calzado de esta corte una serie de sermones que hubieran bastado para acreditarlo de orador elocuentísimo. En la inauguración del Congreso Católico de Zaragoza pronunció una oración verdaderamente maravillosa, que vivirá como una de las páginas más brillantes de la oratoria sagrada contemporánea.

Pero ha sido necesario, y signo es este de los tiempos tan tristes que alcanzamos, que el señor Jardiel ocupe la cátedra del Ateneo, para que la prensa popular y callejera lleve á todas partes su nombre, y el pueblo español sepa hoy que el sabio y modesto Canónigo de la catedral de Zaragoza es un orador de altísimos vuelos y una gloria legítima de la Iglesia y de la patria.

Toda la prensa de Madrid, sin distinción de opiniones, ha manifestado verdadero asombro ante la elocuencia del sabio Sacerdote que durante hora y media supo mantener viva la atención del numerosísimo auditorio que lo escuchaba, relatando la biografía del venerable Obispo de la Puebla de los Angeles. Vamos á reproducir el juicio que mereció á *El Liberal*, periódico de los menos sospechosos en la materia, la conferencia del Sr. Jardiel:

«Qué presencia tan simpática y tan modesta; qué voz tan sonora, tan vibrante, tan dulce y tan enérgica; qué accionar tan sóbrio y expresivo, qué limpieza de frase y de concepto; qué dicción tan pura; qué discreción al tratar los asuntos más escabrosos, sin ofender ni al vecino ni al extraño; qué sentimiento tan nacional en la inspiración; qué amor á lo suyo, y qué espíritu tan transigente

y expansivo; qué grandeza al hablar de lo perecedero de las obras de la fuerza y de lo eterno del ideal; qué tacto político en las apreciaciones, y sobre todo al saludar a las naciones americanas, cuyos representantes se sentían emocionados! ¡Qué gran orador, en fin, el Sr. Jardiel!

Tiene la serenidad majestuosa y sencilla del que dirige el curso de su pensamiento sin que la palabra se precite ni se altere. El período de su discurso tiene sonoridad sin énfasis. La majestad sencilla de la lengua castellana se mantiene en sus labios sin decaer. Se mantiene con la sonoridad correspondiente a su ritmo. ¡Qué bien habla el enviado de la patria de los Argensolas!

Imposible decir cómo hizo el panegírico del venerable Palafox, porque no hay espacio para tanto; imposible contar las veces que los aplausos lo interrumpieron; imposible ponderar el acontecimiento de anoche.

Baste decir que fué un señalado triunfo para el Sr. Jardiel y un señalado triunfo para la Iglesia, que puede estar satisfecha de su elocuente representante, como lo estará Aragón de su ilustrado hijo.

Damos la más cordial enhorabuena al señor Magistral de la catedral de Zaragoza, y anhelamos que halle bien pronto ocasiones de alcanzar nuevos triunfos oratorios que acrecienten la fama ya ilustre de su nombre.

•••

En París ha sorprendido igualmente a la mayoría de las personas la presencia, muy frecuente de algunos meses a esta fecha, de algunos Sacerdotes católicos en las reuniones públicas, donde todos los problemas de la Religión, la moral y la política, se discuten delante de un público numeroso y excitado por las más ardientes pasiones. En estas polémicas vivísimas, y no pocas veces tumultuosas, toman activa parte los Sacerdotes, y allí exponen, ante un público no acostumbrado a ello, las doctrinas de Jesucristo; el amor al pobre y al menesteroso, la necesidad de la resignación en unos, de la caridad en otros, de la fe, de la humildad, de las demás virtudes en todos.

Cuando el traje sacerdotal se presentó por vez primera en una de estas Asambleas, fué universal el asombro que produjo. Pero este asombro fué desapareciendo paulatinamente, y hoy la presencia de un Presbítero en tales sitios se mira como la cosa más natural del mundo. La palabra sacerdotal no ha caído en tierra absolutamente estéril, y según vemos en varios periódicos, los esfuerzos de estos obreros de la verdad han comenzado a producir resultados satisfactorios; son menos virulentos los ataques que se dirigen a la Religión, se habla con más respeto de las cosas sagradas, y se advierte la asistencia de bastantes personas, de las que más figuran en las tales reuniones populares, a los actos del culto sagrado.

De aquí que el número de Sacerdotes deseosos de tomar parte en estos trabajos de polémica y propaganda vaya aumentando cada día. A treinta y dos asciende ya su número, individuos los unos del Clero diocesano y miembros los otros de varias Ordenes religiosas; y acaban ahora de constituirse en sociedad, a la que han puesto el nombre de *Asociación de Conferenciantes*, y de la que han elegido presidente al abate Delamaire, Cura párroco de Nuestra Señora de Berey.

Su corta experiencia en esta clase de discusiones, ha hecho ya conocer a los Sacerdotes asociados que las objeciones que se oponen a la verdad cristiana vienen a ser siempre las mismas, bajo distintas formas. Abundan en tales sitios los oradores insidiosos, muy duchos en la polémica, que arman a cada momento una celada a su adversa-

rio, y este es el escollo temible para el Sacerdote mal preparado ó no acostumbrado todavía a tal género de lucha.

Gracias a la Sociedad que acaba de constituirse, el Sacerdote católico podrá estar al tanto de las malicias de sus adversarios, conocerá los secretos del combate, y se armará de armas bien templadas para sacar siempre a salvo los fueros de la verdad, y responder con ventaja a cuantas objeciones puedan proponérsele.

Es más; gracias a la Asociación de Conferenciantes, las contestaciones de éstos podrán basarse sobre una doctrina segura, y que será la misma para todos; y unificados de esta manera sus esfuerzos, donde quiera que el error se presente encontrará levantado el valladar insuperable de la doctrina católica.

La Asociación constará asimismo de individuos correspondientes que la tengan al tanto de los progresos del movimiento católico en todos los puntos del globo. Sus miembros no se contentarán con acudir a las reuniones públicas, sino que organizarán a su vez conferencias, a las cuales invitarán a sus adversarios. En suma, que esta Sociedad, hija de las necesidades de los tiempos, constituirá un verdadero cuerpo de vanguardia en el ejército católico, armado con la ciencia, la palabra, la convicción y el amor a la Iglesia, de la que han de tomar la fuerza necesaria para que su acción sea fructífera y produzca frutos de bendición para la sociedad.

El abate Delamaire, hablando con un redactor de un periódico de París de los admirables progresos realizados por la Sociedad entre las masas populares, decía: «El parisiense no es enemigo del Sacerdote; es, por el contrario, su más cariñoso amigo cuando el Sacerdote se limita al cumplimiento de su misión, el amor a los humildes, el perdón de las injurias y el alivio de la miseria por la caridad.»

•••

La admirable carta dirigida por Su Santidad el Papa León XIII a los organizadores de la Exposición Universal de Chicago, ha inspirado a M. de Vogué, al espiritual historiador del *Roman Russe*, las siguientes palabras:

«Queda todavía la fuerza espiritual, cuyo depósito guarda fielmente la Iglesia. En muchas ocasiones se ha querido desprenderla, tan impalpables son sus elementos; pero ella ha conseguido sobreponerse, y hoy ha llegado a contrabalancear a las demás fuerzas que dominan al mundo, obligándolas, por lo menos, a que la tengan en cuenta y la traten como de potencia a potencia.

«Si nuestra política, añade el publicista francés, se compusiera de realidades, y no de ilusiones, nos hallaríamos hoy en condiciones muy favorables para unir la fuerza militar a la espiritual.

«Trasladémonos a la solemne inauguración de una Exposición internacional en el Campo de Marte. Imaginémosnos la solemne ceremonia realizada ante los ojos de los extranjeros por el concurso de los dignatarios de la Iglesia y por la presencia del Nuncio Romano.

«Tal resultado podría prepararse por medio de algunos años de amistosas relaciones, que quedarían firmadas con un *Te Deum* y la Marsellesa.

«Nada tiene esta hipótesis de quimérica; la hubieran realizado los republicanos de 1848 si hubiesen hecho alguna Exposición.»

Cierto es que a los republicanos de 1848, restauradores del poder temporal de la Santa Sede, fué posible la realización de esta idea, si en sus inteligencias hubiera podido germinar tan elevado y trascendental pensamiento. También al primer Bonaparte, tan aficionado a las sublimes ceremo-

nias, porque se armonizaban naturalmente con las aspiraciones de su alma grande, hubiera sido dado apacentar sus ojos en la contemplación de tan maravilloso espectáculo, que la mano que se alzó en el presbiterio de Nuestra Señora de París para consagrar la corona del nuevo imperio de los Francos, no se hubiera negado a bendecir en el campo de Marte los pacíficos progresos de la industria y las maravillas del trabajo humano. Pero con los hombres de la tercera república, ahitos de preocupaciones sectarias, habrá de comprender Mr. Vogué que su proyecto no pasa de una ilusión generosa, de una utopía verdadera, relegada por fuerza, como todas las utopías, a la región de los ensueños.

Pero ¡oh, misterios de la Providencia de Dios! ¡Oh, contraste maravilloso! Mientras que las naciones europeas desoyen la voz de Pontificado, los hijos de los puritanos, convertidos, se aprovechan de la primera ocasión que se les presenta para dirigir sus ojos hacia Roma, como al manantial fecundo de los grandes beneficios, de las sublimes grandezas, de las consoladoras bendiciones.

Joven, robusta, en la cumbre de su grandeza social, en el zenit esplendoroso de gloria, la democracia americana ha comprendido, a pesar de las divergencias religiosas que separan a sus hijos, lo mismo que la Europa antigua comprendió en la espléndida mañana de su historia, que en la alianza de la fuerza material con la más elevada fuerza moral del mundo estriba la paz, la tranquilidad y el bienestar de las sociedades. Digamos con *El Movimiento Católico*: «¡Palpita todavía el genio de Cristóbal Colón en las verdes riberas del Océano, ó es que los Estados Unidos, como todas las naciones progresivas y fuertes, han comprendido que es el Pontificado el propagador más activo y el defensor más ardiente de la verdadera vida de las naciones y de la luz del progreso?»

Regocijémonos nosotros, hijos fieles de la Iglesia; sí, regocijémonos nosotros, hijos de este mundo antiguo, caduco y arruinado ante la radiosa imagen que nos ofrece la colaboración de la más antigua y augusta de las dinastías con la más joven y más próspera de las modernas repúblicas.

•••

La falta de espacio nos impide hoy tratar en los escándalos producidos por los socialistas de París en la iglesia de Saint-Merry y en la sesión celebrada por la Cámara francesa con motivo de estos violentos desórdenes. La palabra de monseñor d'Hults, rector de la Universidad de París y sucesor de monseñor Freppel, ha resonado elocuentísima en la tribuna, reivindicando para la Iglesia el derecho de la predicación. Pero Mr. Loubet, que va resultando un progresista de *Himno de Riego y voluntad nacional*, declaró que el Gobierno no está dispuesto a consentir que el púlpito se convierta en tribuna política, y que llegará hasta disponer la clausura de las iglesias si continúan los escándalos; escándalos promovidos, no por los católicos, sino precisamente por los socialistas. A las palabras de Mr. Loubet ha respondido el eco siniestro de la explosión de la calle de Clichy. Pero está escrito que Dios ciega a los que quiere perder, y aunque el Evangelio no lo asegure, hemos de convenir en que también los castiga con incurable sordera. Vanos fueron los esfuerzos de los generales de Roma y de Constantinopla para detener los progresos de la barbarie antigua; vanos serán los de los guerreros de ahora para atajar los pasos de la nueva. ¡Ay de la moderna civilización si no se acoge al amantísimo regazo de la Iglesia, y no busca en ella el tesoro del amor que ella sólo posee, y que es la única fuerza capaz de vencer a las muchedumbres enardecidas por el odio!



RECUERDO DE TOLEDO (APUNTE DE EDUARDO PELAYO)

Porque nunca mejor ocasión para exclamar con nuestro gran Tassara:

No es menester que el Septentrión los lance;
Los bíabacos están dentro de Roma.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

El monte Thabor. — (Pág. 81.)

A dos leguas de Nazareth, por la parte oriental, hiérguese el monte Thabor, eternamente famoso en los fastos cristianos por haber sido teatro del estupendo milagro de la Transfiguración de Nuestro Señor. Los Evangelistas no precisan el lugar en que ocurrió tan memorable suceso: San Matheo (capítulo XVII, versículo 1.º) dice, que Jesús, tomando consigo á los Apóstoles Pedro, Santiago y Juan, *los llevó aparte á un monte alto*. De monte habla también San Lucas (cap. IX, versículos 28 y 37), y San Marcos (cap. IX, versículo 1.º). La tradición constante de la Iglesia ha designado al Thabor como el monte á que se refieren los Evangelistas, y en el lenguaje figurado de los místicos y poetas eclesiásticos el monte Thabor se contrapone al Calvario, como lugar aquel, de la gloria de Dios, y teatro éste de su incomprensible y sublime martirio. El Sinaí, en que reveló Dios su eterna ley; el Carmelo, residencia y cátedra de Elías, primer templo consagrado á María Santísima; el Thabor, en que Jesucristo dió á conocer á sus discípulos predilectos, y por medio de ellos á todos los hombres, algo de su gloria celestial; el Calvario, en que se consumó el cruento sacrificio de la redención, y la colina del Vaticano, asiento de los Vicarios de Jesucristo en la tierra, son verdaderamente las cimas del mundo moral, las imágenes que la naturaleza nos ofrece de aquel mundo sobrenatural al que nosotros pertenecemos por el espíritu; mundo que la inteligencia humana presiente, que la imaginación nos representa y que nuestro corazón desea, y que la fe nos revela de modo cumplido.

Los paisajes de Palestina son hoy tristes y yermos. La barbarie mahometana ha destrozado y agostado el paraíso de la antigua tierra de promisión. Rebaños de carneros y cabras consumen las yerbas crecidas sobre los mismos lugares que fueron en otro tiempo amensísimos vergeles, huertos

cultivados y hermosos campos de trigo ó cubiertos de vides. Esta desolación, sin embargo, no destruyó la hermosura de aquellas perspectivas que han ganado en severidad majestuosa y en melancólica poesía, lo que perdieron en encantos de otro género. No hablan ya los campos de Judea y Galilea á los sentidos; pero hablan, y muy elocuentemente, al corazón y á la inteligencia del hombre.

Recuerdo de Toledo (apunte de Eduardo Pelayo). — (Pág. 84.)

Si inagotable venero de saber y de inspiración es Toledo para el historiador y el literato, no lo es menos para el artista.

Cabalmente, desde hace algunos años, muchos pintores pasan largas temporadas en la imperial ciudad, y algunos, como Arredondo y Moreno, han sentado sus estudios en sitios pintorescos desde donde gozan de los dobles encantos de la feraz naturaleza y del templo artístico.

En cualquier calleja de la patria de Lobo, encuéntrase tonos, ambiente, relieves y recuerdos para tomar apuntes y esbozar un cuadro. Y no hay para qué decir de los templos maravillosos y de los alcázares y edificios que á porfía se elevan en las mesetas donde está trazada la vieja Toleitola.

Es tan rica en encantos aquella vetusta ciudad, que aun prescindiendo de sus riquezas arquitectónicas, todavía ofrece en la lozania de sus vegas vecinas, en el curso atropellado y rumoroso del Tajo al correr estruendoso por entre lechos de rocas, en el dulce horizonte de sus cigarales famosos y en la corona de montes que la cibe á lo largo, asuntos bien hermosos para reproducir é imitar.

Dándose un feliz consorcio de las dos riquezas, los puentes, la Virgen del Valle, San Juan de los Reyes y otros sitios igualmente famosos, presentan rico exterior, y se destacan sobre pedestal de paisajes por varios modos bellos.

Ejemplo evidente es el precioso apunte de Eduardo Pelayo, que hoy reproduce nuestro grabado, y en el cual el artista ha unido un fragmento de aquel suelo espléndido á un casuco viejo y artístico que á través del tiempo y de las generaciones ha venido sirviendo de encanto á los turistas y aficionados á los contrastes hermosos.

Ventana de San Juan de los Reyes. — (Pág. 85.)

Sabida es la historia de este convento, monumen-

to magnífico de las artes españolas. No es ahora ocasión de reproducirla. Así que nos limitamos á publicar el pormenor artístico de una de sus ventanas, encanto de los ojos y admiración de la inteligencia.

Ferrocarril funicular en el Vesubio. — (Pág. 88.)

El 6 de Junio de 1880 se inauguró el ferrocarril funicular del Vesubio, merced al cual puede hacerse hoy en ocho minutos y con toda comodidad la ascensión al cráter, que antes necesitaba una hora de penosa marcha, ya sobre un lecho de cenizas, ya sobre capas de escoria que dificultaban extraordinariamente la subida.

A fin de facilitar la excursión á la cumbre de la montaña, el espíritu emprendedor de nuestros tiempos ha imaginado el ferrocarril llamado *funicular*, que, como su nombre indica, opera por medio de cables que sostienen los trenes, cuyos movimientos de ascenso y de descenso se producen recíprocamente por la misma ley.

La vía férrea parte del pie del cerro, en cuya base están situadas la estación y las cisternas que sirven para alimentar la máquina de vapor, de una fuerza de 30 caballos, que tiene por objeto poner en movimiento los cables que remolcan los trenes.

Dada la inclinación del plano, surgieron desde luego graves dificultades para llevar á feliz término la obra y adoptar el sistema más conveniente, mediando muchas vacilaciones antes de decidirse por el método ideado por el ingeniero Olivieri, quien principió por cubrir la pendiente con un sólido pavimento continuo, sobre el cual fueron colocados los rails, destinados á sostener simultáneamente dos vagones, uno que sube y otro que baja, sirviéndose á la vez de mútuo contrapeso. La pendiente media es de cincuenta centímetros por metro, y cada rail está colocado sobre una pieza de madera un tanto elevada. Debajo del vagón se halla una rueda que gira sobre el rail, y para sostener en equilibrio el carruaje tiene además éste dos ruedas de menores dimensiones que giran oblicuamente á cada lado de la pieza de madera. La máquina que pone en movimiento por medio de cables de acero los dos vagones, el *Etna* y el *Vesubio*, destinados al servicio, está fija, y se halla colocada en la estación, hasta la que, desde Nápoles, se llega hoy día muy cómodamente en carruaje.

Para el caso improbable de que ambos cables

llegasen á faltar, los vagones van provistos de un freno automático de gran potencia que detendría inmediatamente el vehículo.

Por lo demás, el acto de la inauguración, al que asistieron las autoridades y gran número de invitados, entre los que figuraban cincuenta representantes de la prensa europea, fué solemnísimos. A ambos lados del camino que conduce del Observatorio á la estación, y de la vía férrea que parte de ésta para subir al cráter, veíanse numerosas banderas, detrás de las cuales se apiñaba la entusiasmada multitud.

El grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores, representa el momento en que uno de los vagones, el *Etna*, abandona por vez primera la estación para lanzarse á toda prisa al asalto de la formidable pendiente.

París (Palacio de Justicia).—(Pág. 89).

Entre los monumentos más notables de París merece contarse el Palacio de Justicia, en el que se encuentran amplia y cómodamente alojados la Corte de Casación (nuestro Tribunal Supremo), el Tribunal de Apelación (nuestra Audiencia) y los tribunales equivalentes á los nuestros de instrucción y de primera instancia. El palacio es un hermoso edificio con vastos patios y galerías, y una fachada monumental apoyada en una colosal escalinata y caracterizada por ocho enormes columnas y dos pilastras de iguales proporciones que aquellas. Una verja de hierro cierra todo el edificio; la puerta principal es grandiosa. Las salas están decoradas con suntuosidad. Entre ellas, llama la atención *La de los Pasos Perdidos*, en que los abogados, ya revestidos con las togas, esperan á que se les avise para entrar en estrados, como decimos en España. La biblioteca es muy completa. En Francia, todas las funciones de justicia son más solemnes ó aparatosas que en España.

Flores y aves (Cuadro de Horacio Lengo).—(Pág. 92).

El infortunado artista Horacio Lengo tenía el privilegio de pintar, con sencillez encantadora, todo cuanto se relacionaba con pájaros, y singularmente con palomas.

Mezclando pájaros y flores en sentida y artística combinación, resulta más delicado el conjunto y de mayor atracción su belleza.

Y eso, cabalmente, logró expresar el pintor Lengo en el apunte cuyo es el grabado que publicamos.

Sirvan estos renglones como recuerdo dedicado al pobre artista, á quien mató la opinión otorgándole glorias y talentos muy superiores á su mérito real y rodeándole de prestigios ilusorios.

Hubo una época, de 1881 á 1884, en que sus cuadros más artificiosos é incipientes eran comprados á peso de oro, y en que no le permitía un punto de reposo el excesivo número de los encargos. Dura poco lo que no tiene cimientos. Así ocurrió al que había sido pintor á la moda, de quien ya nadie se acordaba en los difíciles tiempos que precedieron al horrendo término de su carrera, y de cuyo funestísimo desenlace lo mejor que podemos pensar los católicos es que fué producto de un desequilibrio de sus facultades mentales. Así lo creemos nosotros sinceramente, y esperamos que Dios no habrá tomado en cuenta aquel último acto de la vida de Lengo. Volviendo á la obra artística del pintor aristocrático, diremos que Horacio Lengo ni mereció la reputación con que pudo ufanarse algunos años, ni el posterior é implacable olvido.

Perdió el afán de la distinción y el empeño de adaptar la inspiración artística al gusto vano é insustancial de los salones; pero tenía facultades para haber sido un pintor de los buenos.

Bajamar (Dibujo de Morera).—(Pág. 93).

Hermosísimo es el dibujo de Morera que hoy ofrecemos á nuestros lectores.

Baja la marea dejando al descubierto grande extensión de playa. Entre las rocas, cubiertas de líquenes, bullen los cangrejos de mar, se agitan otras innumerables familias de crustáceos, entreabren sus conchas los rosados percebes ó los mejillones color de pizarra, y nótese movimiento hasta en las lapas verdosas é impasibles. En la hendidura de la peña

cubierta de algas que aún gotean, el pólipo extiende sus tentáculos, como si se despegase al contacto de la atmósfera terrestre. Saltan en la parte seca de la arena multitud de insectos de su mismo color, y por todas partes parece que hierve la vida.

En uno de esos momentos ha sorprendido la orilla del Océano el lápiz de Morera.

Es una playa del Noroeste la que representa el dibujo.

Un hombre y una mujer de robusta traza vienen recogiendo, á favor del reflujo, esos apetitosos mariscos que los napolitanos designan con el expresivo nombre de *frutti di mare*. Ella, con la bien repleta cesta bajo el brazo, para caminar satisfecha. El, con la canasta á medio llenar en una mano y la red en la otra, muéstrase deseoso de aprovechar lo que aún resta de marea baja para aumentar la recolección del día.

Cerca de ellos, el ancla que un buque sorprendido por el viento hubo de dejar abandonada por no tener tiempo para recogerla, yace clavada en la arena, ofreciendo nuevo peligro á las embarcaciones que por allí crucen cuando llegue á estar cubierta por las olas.



VENTANA DE SAN JUAN DE LOS REYES

Otros pescadores se divisan al fondo, mientras en lontananza atraviesan dos buques, que acaban de imprimir al paisaje un sello especial de propiedad y belleza.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (primera quincena de Abril).

1.º Vier.—Santos Venancio, obispo y mártir; Ignacio Tesifón y compañeros mártires; Hugón, obispo; Walerico, abad, y Bonifacio.—La impresión de las llagas de Santa Catalina de Sena, y Nuestra Señora del Remedio en Flix.—*Abstinencia de carne*.

2.º Sáb.—Santos Anfano, mártir; Abundio, Urbano y Niccio, obispos, y Francisco de Paula, confesor y fundador.—Santas Teodosia, virgen y mártir; María Egipcíaca, penitente, y Nuestra Señora del Vico en el Obispado de Calahorra.—*Ordenes*.

3.º † Dom. de Pasión.—Santos Ulpiano, Pancracio, Evagrio y Benigno, mártires; Ricardo, obispo; Benito de Palermo, confesor; Nicetas, abad.—San-

tas Engracia, Agape y Quionia, vírgenes y mártires; Burgondófora, virgen; Absa, y Nuestra Señora de Tabet en Aragón.

4. Lun.—Santos Teódulo y Agapótodo, mártires; Isidoro, obispo, confesor y doctor; Ambrosio, obispo y confesor; Plácido, abad; Platón, monje; Zósimo, anacoreta.—Santa Flotilde, virgen, y Nuestra Señora de Roncesvalles en Navarra.

5. Mart.—Santos Zenón, mártir, y Vicente Ferrer, confesor.—Santas Irene, virgen y mártir; Emilia; la beata Juliana de Cornillón, virgen, y Nuestra Señora del Risco en Sevilla.

6. Miérc.—Santos Sixto I, Papa y mártir; Timoteo, Marcelino, Diógenes y Platónides, mártires; Celestino, Papa y confesor; Celso, obispo; Guillermo y Urbano, abades, y Nuestra Señora de la Sombra en Austria.

7. Juev.—Santos Epifanio, obispo y mártir; Peleusio, presbítero y mártir; Calispio, Ciriaco, y 10.000 compañeros mártires; Saturnino, obispo y confesor; Hegesipo; Afraates, anacoreta, el beato Hermán, y Nuestra Señora del Rey Casto en Oviedo.

8. Viern.—*Los Siete Dolores de la B. V. María*.—Santos Edesio, mártir; Dionisio, Perpetuo, Redento y Amancio, obispos; Alberto el Magno, Herodión, Asincrito y Flegontes.—Santas Máxima, Macaria y Concesa, mártires, y Nuestra Señora de Sopenrán en la Torre del Vulgo.—*Abstinencia de carne*.

9. Sáb.—Santos Demetrio, Eusiquio, Conceso, Hilario y compañeros mártires; Marcelo, Hugo y Acacio, obispos.—Santas Casilda, virgen; María Cleofé y Waldetrudis, y Nuestra Señora de Campo Sagrado en el Obispado de León.—*Anima*.

10. † Dom. de Ramos.—Santos Urbano, Apolonio, Terencio, Africano y Pompeyo, mártires; Macario, obispo y confesor; Daniel y Ezequel, profetas.—Santa Elvigia y Nuestra Señora de Condini en el Obispado de Trento.—*Bendición, distribución y procesión de Palmas*.

11. Lun. Santo.—Santos Domnión, obispo y mártir; Antipas, mártir; León I el Grande, Papa y doctor; Felipe, obispo; Isaac, confesor; Eustorgio, presbítero; Barsanufio, anacoreta.—Santa Florencia, virgen y mártir, y Nuestra Señora de la Barca en Galicia.

12. Mart. Santo.—Santos Constantino y Zenón, obispos y mártires; Víctor y Sabas, mártires, y Julio I, Papa.—Santas Visia, virgen y mártir; Susana, virgen, y Nuestra Señora de la Cárcel en Toscana.

13. Miérc. Santo.—Santos Carpo, obispo, y Papiolo, diácono, mártires; Máximo, Quintiliano, Dadas y Hermenegildo, rey de Sevilla, mártires, y Urso, obispo.—Santa Agatónica, mártir, y Nuestra Señora de la Fuencisla en Segovia.—*Abstinencia de carne*.

14. Juev. Santo.—Santos Próculo, obispo y mártir; Justino el Filósofo, Tiburcio, Valeriano, Máximo, Tomaidés y Ardalión, mártires; Lamberto, obispo y confesor; Pedro González de San Telmo, confesor; Frontón, abad, y Abundio.—Santa Liduvina, virgen, y Nuestra Señora de la Victoria en Villarejo de Salvanés.—*Abolución general en la Merced y San Agustín*.—*Abstinencia de carne*.

15. Viern. Santo.—Santos Máximo, Eutiquio, Olimpiades, Marón, Crescente, Eutiquetes, Victorino, Pausilipo y Teodoro, mártires, y el beato Lucio, confesor.—Santas Basilisa, Elena y Anastasia, vírgenes y mártires; Flavia, Domitila y Potenciana, mártires, y Nuestra Señora del Camino en Montegadudo.—*Hoy se descubren las Cruces*.—*Abstinencia de carne*.

CUARENTA HORAS

1. Religiosas Servitas.
- 2, 3. Escuelas Pías de San Fernando (Mesón de Paredes).
- 4, 5. Parroquia de San Ginés (Arenal).
- 6, 7. Parroquia de Nuestra Señora de las Angustias (paseo de las Delicias).
- 8, 9. Iglesia de la Pasión (calle del mismo nombre).

Semana Santa.—Se suspenden las Cuarenta Horas los días 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16.

Durante esta quincena se celebra la fiesta de Nuestra Señora de los Dolores. Esta festividad, con

sagrada a venerar los dolores de María, a quien la Iglesia llama Reina de los Mártires, se instituyó el año 1423, en el Concilio de Colonia, para reparar las blasfemias y ultrajes cometidos por los Husitas contra la bienaventurada Madre de Dios. Pero el origen de esta fiesta parece que asciende a una época mucho más remota. Según una antigua tradición extendida por todo el Oriente, el día de la Pasión, cuando reinaban la confusión y el tumulto por toda la ciudad de Jerusalén, la Santísima Virgen, separada momentáneamente de su Divino Hijo, lo encontró cuando iba ya cerca del monte Calvario.

El abate Orsini describe así aquella patética y conmovedora escena:

«María dirigió sus trémulos pasos hacia el Calvario, fijó sus miradas llenas de angustia sobre aquel cuerpo humillado que se arrastraba sangriento y casi desnudo bajo el peso de la Cruz, sobre aquel rostro imponente, misericordioso y dulce que antes hubiera temido manchar, rozándolo con sus castos labios, y que ahora, hinchado, amoratado, cubierto de inmundicias y de sangre, casi no era más que un bosquejo de la imagen del Criador. María pasó con tristeza una mano sobre su frente como para asegurarse de que no era juguete de un alucinamiento horrible; ningún gemido alivió su corazón, ningún gesto inició a los espectadores en los misterios de su agonía; creyó, sí, que iba a morir, y en efecto, hubiera muerto mil veces durante esta solemne y destrozadora pausa, si Aquel que *mide el viento a la lana de la oveja* no la hubiese sostenido con el poder de la Divinidad. Jesús observó bien pronto a algunos pasos de él aquella figura muda é inmóvil; é inclinándose ante ella su frente, encorvada bajo el peso de la Cruz, pronunció una sola palabra: *¡Madre!* Al escuchar esta voz, que resonó en los oídos de la Santísima Virgen como el eco de una campana fúnebre, viósele empalidecer y vacilar; un dolor agudísimo la traspasó el corazón, y, doblándose sobre sí misma, cayó sobre aquellas losas desiguales y enrojecidas, en las que Jesús había dejado estampadas las sangrientas huellas de su paso.

Este hecho no se menciona en los Evangelios; pero merece una fe general por la autoridad de San Bonifacio y de San Anselmo. El primero dice que la Santísima Virgen cayó como medio muerta, y que no pudo pronunciar ni una palabra: *Nec verbum dicere potuit*. El segundo asegura que Jesucristo la saludó con estas palabras: *Salve, Mater*. Como volvemos a encontrar a María al pie de la Cruz, la fe no se opone al relato de estos Padres, que muestra hasta qué punto se halla grabada en la memoria de los hombres la historia de la Pasión. «El transcurso de dieciocho siglos, dice Chateaubriand, interminables persecuciones, revoluciones eternas y ruinas siempre crecientes, no han podido borrar en la historia las huellas de una Madre que salió llorando al encuentro de su Hijo.»

En este mismo sitio, donde María encontró a Jesús arrastrando el leño ignominioso donde iba a ser crucificado, y en memoria del desmayo de la Santísima Virgen, se construyó una iglesia bajo la adoración de *Nuestra Señora del Pasmó*; iglesia de la que sólo quedaban ruinas en el siglo XVI, lo que prueba la antigüedad de la fiesta.

Sin embargo de todo lo dicho, estas circunstancias no autorizan de ningún modo a los pintores ni a los escultores para representar a María desmayada al pie de la Cruz. No, la Madre de Aquel que había dicho: *¡vamos, he aquí al que me ha de entregar!*, estuvo de pie sobre el Calvario, como terminantemente lo asegura San Juan en su Evangelio. Pero se la puede muy bien representar con el corazón traspasado por siete espadas, en significación de los siete grandes dolores que padeció durante su vida: la profecía de Simeón, la degollación de los inocentes, la pérdida del niño Jesús, el encuentro con el Salvador en la subida del monte Calvario, la Crucifixión, el descendimiento de la Cruz, y el enterramiento de Jesucristo. Los siete fundadores de la Orden de los *Servos de María* se encargaron de meditar respectivamente uno de los siete dolores, dando así origen a esta hermosa y consoladora devoción.

También se celebra en esta quincena la fiesta del gran San Francisco de Paula, el insigne taumaturgo del siglo XV; fundador de la Orden de los *Almizos*; Orden que se propagó con inaudita celeridad por todos los ámbitos de Europa, penetrando hasta los remotos confines del Asia y de América, y produciendo en todas partes abundantísimos frutos de santificación.

J. F.

La cuestión social.

Con este título acaba de aparecer en Bélgica un magnífico estudio, debido a la doctísima pluma del Reverendo Padre Martin. En obsequio a nuestros lectores vamos a traducir las conclusiones finales del libro en la parte que atañe a los obreros. Otro día publicaremos, Dios mediante, la parte referente a los patronos. Creemos que nuestros lectores verán con gusto que les demos a conocer este hermoso trabajo.

La cuestión social, más que económica, viene a ser una cuestión religiosa. Por esta razón, el Papa León XIII, no obstante reclamar la acción de los poderes públicos y de los ciudadanos todos en pro de la causa de los obreros, afirma con la mayor energía la esterilidad de todos los esfuerzos que se hagan en este sentido sin el concurso de la Iglesia. Esta, claro está que no tiene por fin inmediato proporcionar a sus hijos el bienestar material; pero como la observancia del Decálogo es condición ineludible para la consecución de éste, de aquí que sin el auxilio de la Iglesia, fiel guardadora de la ley, las aspiraciones de pacificación social y de bienestar individual no son más que vanos ensueños. He aquí lo que decía el Cardenal Manning en uno de sus comentarios a la Encíclica pontificia: «Una razón poderosísima en favor de la intervención de la Iglesia en la cuestión social... es esta: que ella sola es la que comprende cuáles son las necesidades de la vida del alma y las de la vida del cuerpo. A ningún hombre es dado ultrajar impunemente esta dignidad humana, que no es sino una preparación para la vida celestial y eterna. El hombre hace una cosa que está fuera de la órbita de sus atribuciones, cuando se somete a una dominación de naturaleza propia para separarlo del fin a que fué destinado por su Criador. El hombre no puede someter su alma a la servidumbre, porque no se trata aquí de sus derechos, sino de los derechos del mismo Dios. Por esta razón ningún hombre tiene derecho para obligarse por un contrato a trabajar durante un número tan crecido de horas que le sea imposible atender al cumplimiento de los fines de la vida cristiana y humana. De aquí procede la obligación de dar de mano a todo trabajo los días festivos. De aquí, que una labor de diez y seis ó diez y ocho horas diarias, sea contraria a los preceptos de la ley natural y de la ley cristiana. Tal estado de cosas es consecuencia de la ambición del obrero y de la avaricia del patrono. Y ésta es la razón de que sean dignas de severísimas censuras muchas de nuestras industrias, bajo cuya insostenible esclavitud han venido sufriendo hasta ahora en silencio tantos de nuestros hermanos.»

La Iglesia empieza por enseñar al obrero dos principios, de los que deben surgir, de una parte la resignación y de otra la armonía. El primero, es que el hombre está obligado a aceptar con paciencia la condición en que la Providencia divina lo haya colocado. El segundo es que los ricos y los pobres han sido destinados por Dios, no a combatir en guerra inacabable, sino a vivir en unión estrechísima. Esta doctrina implica la ley de las desigualdades, y entraña una concepción de la vida bastante más elevada que todas las enseñanzas de la pura filosofía y del libre pensamiento.

«Cuando abandonemos esta vida, dice la Encíclica de Su Santidad, es cuando verdaderamente empezaremos a vivir; esta verdad que la misma naturaleza nos enseña, es un dogma cristiano sobre el cual se basa toda la economía de la Religión. Dios

no nos ha criado para estas cosas frágiles y caducas, sino para la posesión de un bien celestial y eterno; este mundo es tan sólo un destierro pasajero. Que abundéis, pues, en medios de fortuna, ó que os veáis privados de ellos, poco importa para la eterna Bienaventuranza.» Esta es, podemos decir, la única igualdad verdaderamente necesaria.

La riqueza no constituye, pues, el objeto de la vida; y la pobreza no tiene en sí nada de deshonroso. El sufrimiento mismo entra en el plan providencial. Es la herencia de la humanidad decaída. En cuanto al trabajo particularmente considerado, claro está que el hombre, en el estado de inocencia, no había sido criado para vivir en la ociosidad; pero lo que entonces hubiera aceptado la voluntad como un agradable ejercicio, el pecado lo hizo necesario, añadiéndole el sentimiento del dolor, é imponiéndolo como una forzosa expiación. Por lo tanto, es engañar al pueblo que trabaja y sufre prometerle una existencia exenta de dolores y amarguras, y es tan sólo preparar para lo porvenir espantosas revoluciones; pues ninguna fuerza humana puede resistir a las pasiones populares cuando llegan a desencadenarse, y aquellos que las provocan son los primeros en experimentar cuánto tiene su poder de irresistible. Aquí viene como de molde aquel párrafo de la Encíclica en que el recuerdo del Evangelio corrobora elocuentemente la exposición de la doctrina cristiana: «Jesucristo, dice León XIII, no ha querido librar a nadie de aquellas pruebas que son las que forman casi toda la trama de nuestra vida mortal; antes por el contrario, quiere que ellas sean estímulos de la virtud y causas de merecimiento. Ningún hombre puede aspirar a las eternas recompensas, si no sigue las huellas sangrientas que dejó trazadas Jesucristo. Abrazando El mismo su Cruz y sometiéndose a los más crueles tormentos, endulzó singularmente el dolor, nos da su gracia para sobrellevar las amarguras de la vida, y nos muestra al fin de la jornada, como recompensa, una corona de gloria y de eterna felicidad. Que la esperanza de los bienes eternos se eleve de este modo hasta el amor de Jesucristo, y que este amor haga sentir a los obreros y a los pobres la dicha de imitar a su Dios, que quiso vivir como ellos y pasar a los ojos del mundo como el hijo de un pobre artesano.»

Las virtudes cristianas son las únicas que, practicadas sinceramente, pueden mejorar la condición del obrero. Discutiase un día en la Academia de Ciencias Morales de Bélgica acerca de las causas de la miseria. Después de manifestar su opinión cada uno de los académicos, Mr. Renouard resumió el debate con las siguientes palabras: «Según veo, por lo que acaba de decirse, la verdadera causa de la miseria se encuentra en aquel capítulo del Catecismo que trata de los pecados capitales.»

Gran verdad que vale ella sola por un tratado completo de economía política. El vicio, en efecto, es la más íntima y espantosa de las causas perturbadoras del salario. Patrono ó obrero, el trabajador vicioso que abandona sus deberes de esposo, de padre y de obrero, no encuentra en aquellas remuneraciones, que bastan a otros, recursos suficientes para alimentar sus vicios y sostener a su familia.

A más de la paciencia y de la resignación, son necesarias al obrero otras virtudes cristianas. El espíritu de justicia, que le hará cumplir con fidelidad las condiciones de sus contratos; la inmortal esperanza de los bienes ultraterrenales, el amor de Jesucristo, y como complemento de todas ellas, la Caridad. «No dejemos, dice Su Santidad en la Encíclica, de recordar a los hombres que todos son hijos del mismo Dios... que están unidos por un verdadero lazo de fraternidad, tanto ellos entre sí, como con Jesucristo, su Salvador, primogénito de una muchedumbre de hermanos.»

He aquí el único pensamiento capaz, si fuera comprendido y traducido en la práctica de hacer que desapareciera el antagonismo entre las clases sociales, que va siendo más profundo cada día; este antagonismo, que trae necesariamente consigo la inestabilidad del taller, la disminución del trabajo, las querrelas industriales y las huelgas.

La abnegación va desapareciendo; aquel obrero antiguo, fiel durante largos años al mismo patrono, así en los prósperos como en los adversos días, es

ya casi una figura legendaria. Nuestras costumbres contribuyen a acentuar esta división y a hacer más vivo en el corazón del pobre el sentimiento de la injusticia con que se le trata. Hace poco tiempo, en las grandes capitales, como sucede todavía en las ciudades de segundo orden, se hallaban más aproximados los diversos elementos sociales. Burgueses y obreros habitaban en los mismos barrios, en las mismas casas. Se encontraban con frecuencia en las escaleras, tenían por fuerza que saludarse, y este contacto continuo creaba entre ellos, por lo menos, relaciones de cortesía. Ya no hay nada de esto. Barrios lujosos y barrios de obreros. Al obrero y al pobre se les quiere relegar a lo lejos, como si su presencia turbara a los dichosos de la tierra y fuera una mancha en medio de los maravillosos esplendores de la civilización moderna. Se ha creado la ciudad obrera, para evitar a la ciudad burguesa la aglomeración del pueblo trabajador; y el contraste se ha hecho, naturalmente, más irritante y más cruel que lo era cuando el pobre, para subir a su humilde vivienda, tenía que pasar necesariamente por la puerta de la morada del rico.

De este modo, el alejamiento ha engendrado la desconfianza. Esta desconfianza se ha manifestado y sigue manifestándose en la tendencia a la constitución de sindicatos antagónicos; patronos de un lado, obreros de otro. Los sindicatos mixtos parecen repugnar a los trabajadores. En 1889, de 2.322 sindicatos establecidos en Francia, sólo eran mixtos 69. Sólo la caridad cristiana puede poner término a este horrible antagonismo. La justicia humana, la fraternidad, las aspiraciones filantrópicas, son impotentes para restablecer en el mundo moderno la perdida armonía; armonía a cuyo restablecimiento está íntimamente ligado el porvenir de la humanidad.

P. MARTÍN.

Nuestro arte religioso

VI

EXAMINADO aunque a grandes ojeadas el *maremagnum* de confusión y decaimiento en que yacen las tres grandes ramas del arte plástico, y antes que dirijamos nuestro objetivo a la música, será conveniente ver cómo se hallan las artes secundarias que dependen y toman fuerza o decadencia de las primeras, pues tienen por base el dibujo, y hablan primero que a todo, a la vista.

Podemos afirmar rotundamente sin el menor peligro de errar, que nuestros templos han perdido hace más de cuarenta años aquel angusto carácter, aquella majestuosa sencillez unida al más rico fausto, aquella imponente seriedad que ostentaron en tiempos más bonancibles para la fe cristiana. Las iglesias francesas no tuvieron siempre, es cierto, ese carácter amanerado y profano que distingue a la mayoría de ellas; pero cayeron en tan lastimoso extravío mucho antes que nosotros diéramos en la treta de copiarlas. Ello es que allá por el año 50, las iglesias españolas que habían perdido su fisonomía tradicional, y eran las más, afectaban o el descuido astroso y polvoriento, la confusión y desorden artístico propio de una prendería que vemos hoy por ejemplo en San Cayetano, San Ildefonso, San Pedro y otras muchas de Madrid, o las formas extremadamente profanas, el menaje de salón o de *budoir*, cuyo tipo fué aquí San Luis de los franceses, y algo también San Pedro de Italianos y el oratorio del Olivar, después de la insensata restauración que ambos sufrieron, como lo son ahora las ridículas capillitas neo-góticas de cartón piedra que todos sabemos.

Poco a poco el extranjerismo fué invadiendo el sagrado recinto, y si no varió el aspecto ordinario de todos los templos comprendidos aquí en la primera clasificación, los adornó a la moderna en las festividades, y así tuvimos, como todavía tenemos, lugares sagrados con apariencia de almacenes de objetos viejos y sucios, en los días de labor: reves-

tidos de trapos y moños a la francesa, iluminados con arañas de antecámara, y adornados con jarrones de rinconera en las fiestas solemnes. La cera fué cediendo paulatinamente sus candeleros a la estearina falsificada, vulgo sebo y grasas viles blanqueadas, como el exterior de los hipócritas, y los incensarios se vieron manchados con esa inmundicia negra, como conciencia de usurero, que conocimos con el nombre de estoraque.

En nuestros días crece la ola, crece sin cesar, y amenaza llenarlo todo. Cada iglesia que se levanta es un nuevo atentado a la tradición y alarde panible de extranjerismo; por eso el pueblo, aunque también tiene extragado el gusto, suele decir al mirar esas construcciones exóticas y profanas: «esto es una iglesia protestante.»

No existe un verdadero arte de adornar los templos; se ha escrito muy poco sobre este punto, en que reina una tan desenfadada libertad para todo capricho, que es ya completa anarquía. En otros tiempos, cada iglesia poseía ricos paños de terciopelo ó damasco galonados de oro, bordados ó recamados; tapices magníficos de gran valor, alfombras y frontales; los candeleros de plata, de bronce, y para las solemnidades fúnebres de hierro, los rellencarios de oro y plata, los jarrones, candelabros y lámparas, constituían el ornato de las fiestas más celebradas. Si una familia noble ejercía patronato sobre un altar, capilla ó toda una iglesia, contentábase con poner allí su escudo de armas, costear los objetos que el clero le indicaba como necesarios, ó que su propia piedad profunda, seria y generosa le sugería, frecuentaba el sacro lugar para orar en el humildemente, y esto era todo.

Los tiempos han cambiado. Hoy se necesitan doscientas familias de banqueros, industriales y comerciantes enriquecidos mezclados con los nobles arruinados, ó al menos oprimidos por la ostentación de la moda, una multitud de señoras sólo para convertir cualquiera capilla ó iglesia por el tiempo que dura una novena, un tríduo ó una sola mañana de fiesta, en un bazar de objetos profanos, sacados de los salones, a donde vuelven después de la función, y barajados con esa multitud de baratijas frágiles y fútiles que venden algunos traficantes en géneros que ellos dicen sagrados.

Todo es barato, débil, barnizado, chapeado, galvanizado... falso, y además exento de carácter religioso, aunque el fabricante haya copiado objetos antiguos realmente dignos del altar. Es que no hay espíritu en el que hace y en el que compra; es que falta religión y dinero: sólo abunda la vanidad.

Hubo en Madrid, donde siempre el arte religioso fué inferior y deficiente, algunos industriales dedicados a adornar templos. Estos *altareros*, que así se llaman todavía, sabiendo que toda iglesia madrileña es pobre y tiene más necesidades que recursos, por lo que no puede permitirse el lujo de poseer colgaduras y adornos de su propiedad, ni sabiendo suplirlos en las funciones con más sencillo y piadoso ornato que disimulase la fealdad de los enyesados muros, tenían y aún tienen cierto número de pañerías de terciopelo pana, damasco ó merino encarnado ó negro, con su acompañamiento de borlones, cordonería, guardamalletas y demás ringorringos casi siempre de mal gusto; estaban, y siguen estando provistos de candelabros, alfombras, balaustres, floreros y otros mil objetos, entre los que era, y aún es parte principal, la famosa *araña de iglesia*, compuesta de un aro de hoja de lata con radios, cuya intersección atraviesa una varilla que sostiene la corona de que penden varias ristas de almendra cristalina encadenada con alambre para formar el conjunto más insulso imaginable.

Toda esta balumba de objetos adaptables a pilstras y columnas de todas las dimensiones, a los arcos de cualquier diámetro, y a las paredes, altares, puertas ó donde se quiera, va y viene, la ponen y la quitan mediante un alquiler no del todo excesivo, si se atiende a su coste y al peligro de muerte que es inherente a su colocación, pero exorbitante si se tiene en cuenta que con diez ó doce posturas se gasta muy cerca de su valor, y que importa más la cuenta del altarero en una novena que diez veces los emolumentos de todos los Sacerdotes, er

doble de lo que gana la capilla de música, el triple ó más de la cera, y así respecto de otros muchos capítulos; y no cuento los indispensables desperfectos que al clavar y desclavar se ocasionan, ni la gran cantidad de polvo que remueven durante estas operaciones, polvo que queda en las paredes y en todas partes.

A los que no creen en milagros, pudiéramos oponerle uno muy repetido a la vista de todo el mundo, y que por lo frecuente le sucede lo que a las bellezas naturales: nadie las aprecia como se merecen. Me refiero al portento inexplicable de que no se quemé en todas las novenas ese inmenso colgajo de trapo viejísimo, generalmente blanco, alguna vez encarnado y siempre con motas de paño negro y vueltas de pana carmesí que, pendiente de una corona ducal ó de marqués tan grande como un carro de mudanzas y tan pesada como un pecado mortal en la conciencia de una monja, cae sin gracia ni arte desde lo más alto del presbiterio, se bifurca siempre haciendo pliegues, hasta dar en los muros laterales, donde es cogido por unos cordones como cables, y llega por fin muy cerca del suelo.

Cada vez que veo pasar por debajo, por delante y a veces por detrás de este enorme espantajo de malsísima tela un sabristán armado con la caña, en cuyo extremo se enrosca, a la manera de la serpiente mostica, la delgada é incendiaria candelilla, y veo que a pesar de tanto moverla casi rozando con el trapo medio deshilachado por el tiempo y el traqueo, no se inflama el ridículo adorno y prende fuego al retablo y a todo el templo, me afirmo en mi creencia de que Dios vela por los suyos, aunque le tienen a veces, porque tentarlo es adornar su casa con tan peligroso cortinón, que está deseando arder, y ponerlo junto al fuego.

Todo esto, lector amable, es bastante defectuoso y poco digno de la seriedad del culto; no es cosa muy antigua, pues apenas llegará a contar un siglo; procede de nuestra decadencia y del prurito que tuvo siempre todo español de aparentar lo que no tiene en un día dado, aunque no coma en los restantes; así aparece una iglesia demasiado engalanada durante esta ó la otra solemnidad, y luego el resto del año no hay quien mire sus paredes negruzcas y empolvadas y sus altares casi desmantelados, ni quien oiga el órgano estridente y el canto llano, tan llano que está por los suelos; pero malo y todo, es más serio, más artístico y menos afeminado que los adornos a la francesa, porque aún conserva sus reminiscencias de lo antiguo, que quiere, aunque en vano, imitar; porque al fin es español, y algo tiene todavía de nuestra piedad espléndida y amiga de toda grandeza.

Desgraciadamente, la pobreza en que hemos venido a parar, las épocas de lucha que se han ido sucediendo, y en las que apenas si hemos podido cuidarnos de las grandes cuestiones fundamentales, han sido causa de que no nos preocupemos desde hace ya mucho tiempo lo bastante de lo que concierne a las formas, y de aquí la anarquía en que yace sumido el adorno de los templos.

No son ya las colgaduras y los objetos alquilados; es el papel de las habitaciones, que adorna, y no transitoria sino perpetuamente, nuestras capillas; es el oropel y el cartón, la escayola y la flor de trapo, ó de oro falso pegado en cartulina; es la cinta barata, la percalina y el tul, la lentejuela y el cromo y el transparente, y todo lo que es bambolla y mentira, que por manos ignorantes se apodera del altar y de la imagen, mancha el muro profanándolo, y además de dar un espectáculo tristísimo que nos desprestigia, extraga el gusto; y con la frecuencia y continuidad de estos atentados legaliza por la costumbre la más monstruosa y horrenda aberración que hubiera inventado el diablo, si le fuera dado estropear la casa de Dios a falta de cristianos ignorantes que se encarguen de hacerlo, no sabiendo u olvidando que vale más gastar lo que se tiene en lo que es bueno y apropiado aunque no brille, que en falsedades frívolas indignas del culto divino.

Pero en eso de falsedades frívolas, amen de irreligiosas, ya veremos en el artículo siguiente hasta dónde nos ha llevado la moda extranjera, el *modernismo*, bajo cuyo dominio despótico gimen y gemirán largo tiempo las almas verdaderamente piado



FERROCARRIL FUNICULAR EN EL VESUBIO

sas, que esperan, si bien es triste que se contenten con sólo esperar, la hora de una restauración sabia que nos limpie las iglesias de tanta profanidad y amaneramiento.

JOSÉ FERRANDIZ.

¿Literatura?... al uso

¡Amigo Juan (no importa el apellido) disfruta hace años de una envidiable celebridad como periodista literario, esto es, como autor ó compositor de artículos críticos sobre novelas y dramas, de crónicas á lo Wolf, de relaciones rápidas de viaje, de notas de color (como ahora se dice); en suma, de todo aquello que constituye la parte más elevada ó amena del periodismo militante. Es un *chroniqueur*, un hombre de *sprit* que maneja la pluma como un pintor impresionista el pincel, que lo mismo sabe describir una corrida de toros que una gran parada, que hace llorar á los lectores sensibles cuando toma por argumento una ejecución, y

pensar á los lectores reflexivos cuando discreta sobre el proceso de moda comparando la rigidez de la justicia legal con la blandura de la social. No, no es mi amigo Juan un chico de la prensa de los flagelados por Pereda; es un académico presunto, al que solo falta cierta soltura en el manejo de los relativos y alguna mayor destreza en la estrategia de las oraciones incidentales para ser un clásico á la moderna, uno de esos escritores, siempre respetables y respetados, que remedan perfectamente á los escritores del siglo de oro en todo aquello que es externo y formal, y que nada tienen de lo que en los maestros del gran siglo es sustancial y de belleza eterna.

Pero mi amigo colabora en cuatro ó cinco publicaciones de las más importantes y acreditadas. Es corresponsal literario de *La Noche Triste*, revista ilustrada que ve la luz en México. Y la corresponsalía le vale cuarenta duros al mes, veinte por cada artículo. Es cronista de un periódico de Barcelona, revisero de otro de Madrid, crítico de otro de Barcelona y de otro de Madrid, etc., etc. Total, que entre crónicas, correspondencias, revistas y críticas, mi amigo se gana un dineral.

Ayer fué á visitarle.

Estaba de muy mal humor. Después que hubimos cambiado algunas frases de esas de pacotilla, que son al mismo tiempo inútiles é indispensables, como los preámbulos de las leyes, me dijo Juan:

—¿Qué aburrido estoy, amigo mío! ¡Y cómo me va cansando el oficio!

—¿Después de tantos años?

—Pues por eso precisamente. Me siento ya agotado. Es decir, agotado lo estoy hace más de seis años. Pero ahora es cuando empiezan á conocerme. Y lo que yo siento es que toman pretexto de ello para no pagarme. Preveo una espantosa catástrofe.

—¿Qué me dices?

—Figúrate que acaban de rechazarme un artículo en *El Laurel*, so pretexto de que es el mismo que les llevé el año pasado por este tiempo. Me he retirado con indignación afectada, porque si se hubieran alambicado las cosas, se hubiera visto que mi artículo de hoy no sólo es el que publiqué el año pasado, tal día como hoy, sino también el que publiqué hace dos años, y hace tres, y hace cuatro, y no sé cuántos más, y en cuántos periódicos, revistas y diarios.

—Pero, ¿qué artículo es ese?

—¡Tomal... Mi artículo de Carnaval. Como tú no eres del oficio, y no has de hacerme sombra, puedo impunemente abrirte mi pecho, y revelarte mis secretos. Hace ya cerca de quince años que yo exploto la literatura periodística; y para que te enteres, todo mi repertorio se reduce á una docena escasa de artículos... Aquí los tienes... (Juan abrió una cartera, y me mostró un rimero de cuartillas); este es mi artículo de Navidad, ó mejor dicho, mis dos artículos de Navidad, porque poseo dos sobre este asunto: uno en que se ponderan las delicias del hogar doméstico y lo bien que saben las tortas de masa con aceite frito, y otro que se habla de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, con algunas observaciones sobre los Evangelios apócrifos y las cuatro sectas de fariseos, saduceos, esenios... y no me acuerdo ahora de la otra... Este otro es mi artículo crítico sobre novelas... Para acomodarlo á cada novela que va saliendo, no hay más que añadir un parrafito con el nombre y apellido del autor y algunas otras meaudencias... Este otro es mi artículo para cuando alguna señora ó mujer pega desconsideradamente á la niña huérfana que tiene bajo su guarda... Este otro es para las revistas militares... Este para el día de San Isidro... Y este, finalmente, es de Carnaval, el que ya no quiere el director de *El Laurel*, á pesar de que es lo mejor que poseo, y de que encierra mucha, pero mucha filosofía casera acerca de la decadencia del Carnaval, y de que todo el año es Carnaval, y... y... en fin, ya lo sabes; porque ya debes haberlo leído varias veces...

—Sí, sí, ya recuerdo. Pero tú, ¿qué vas á hacer ahora?

—¡Tomal Procuraré defenderme echando medias sueltas á mis artículos, disfrazándolos cuanto pueda, y haciéndolos pasar por nuevos como botas remontadas. Y si aun así no pasan, intentaré... ¿qué sé yo lo que intentaré?... Lo que es para componer otros nuevos, no me siento con fuerzas. Dejaré la profesión, pediré un destino en el Banco ó en ferrocarriles, ó me haré diputado... No sé, no sé; á mí todo me importa lo mismo, con tal que me dé de comer... Soy escéptico en literatura, como en política y como en otras cosas más altas... Lo mismo me da del naturalismo, que del romanticismo de Daudet, que de Víctor Hugo... Mi fuerza en este mundo ha sido precisamente esta maldita facilidad de acomodarme á todo, no solo sin repugnancias, sino hasta con alegría... Pero, como suele suceder, lo que constituye mi fuerza es también mi debilidad. A todo me aco-



PARIS (PALACIO DE JUSTICIA)

modo; pero en nada me fijo con tenacidad. Y ya lo sabes; en la lucha por la vida *los pequeños existos*, las ventajas de escaramuzas, son para los hombres acomodaticios y fáciles; pero las victorias definitivas y supremas están reservadas para el hombre tenaz. Jamás, amigo mío, conseguiré yo una de esas; á todo lo que puedo aspirar en punto á grandeza es á coleccionar una porción considerable de pequeñeces. Y si mis pequeñeces literarias no bastan ya para mi sustento, romperé por otro camino buscando pequeñeces de otro género... Porque lo repito: lo mismo importan unas que otras.

ANGEL SALCEDO.

Revista Literaria.

Doña Carolina Valencia y su canto á San Juan de la Cruz.—El II tomo de la *Literatura Contemporánea*, por el P. Blanco.—En defensa propia: á D. Damián Isern.—Las letras en España.

VA nuestros lectores conocen de sobra á doña Carolina Valencia, poetisa religiosa de verdadera inspiración, mujer cristiana y modestísima. El P. Blanco, en su *Literatura Contemporánea*, elogia cumplidamente á la eximia escritora, en cuyos cantos vibra la inspiración de Zorrilla. Menéndez Pelayo, Fernández Guerra, Cafieta, Fasteurath, Valbuena, Balbín de Uruera y otros muchos críticos han sido de la misma opinión que el Padre Blanco, que no ha encontrado en este punto, como en otros muchos, otro contrincante que Leopoldo Alas (Clarín). No des-

conecemos, ni tratamos de negar, la competencia de Clarín en asuntos de Bellas Letras; á pesar de sus extravíos, de sus virulencias personalísimas de crítico y de sus excesos ultranaturalistas en la novela vemos siempre en Clarín un excelente ingenio y una erudición apropiada al oficio, muy extensa y variada; su discurso leído en la apertura del presente curso en la Universidad de Oviedo es una bella página filosófica y literaria. Pero á pesar de todo esto, Clarín tiene el gravísimo defecto como crítico, de dar sus impresiones particulares, subjetivas, como dirían los filósofos, por verdaderos juicios. No le gusta un literato, luego ese literato es malo. Con saña y crueldad ha tratado Clarín á doña Carolina Valencia; pero cuando un escritor ó poeta es aplaudido por Menéndez Pelayo, el P. Blanco y otros de los que citamos arriba, y es censurado acremente por Clarín, de seguro que no tiene motivos para quedar disgustado de la crítica. Bien se pueden recibir las censuras á cambio de los aplausos.

Doña Carolina Valencia es verdadera y, en ocasiones, sublime poetisa. Su poesía á San Juan de la Cruz, premiada por la Real Academia Española, bastaría á formar su reputación, si ésta no estuviese ya consolidada.

Es un hermosísimo canto, sincero, verdaderamente religioso, digno del gran poeta y Santo á quien está dedicado. Nosotros felicitamos con entusiasmo á la poetisa cristiana.

El tomo II de *La Literatura Contemporánea* del P. Blanco ha sido recibido por el público con mayor favor, si cabe, que el primero. Y vuelta á Clarín. Este crítico dice que se ha propuesto destruir la reputación de la obra del P. Blanco, y á tal efecto dispara bala rasa contra la obra y contra su autor desde las columnas de *El Imparcial*, Madrid Cóni-

co y otros periódicos. No conseguirá Clarín sus propósitos, aunque le ayude Cavia, que de admirador ferviente del P. Blanco se ha convertido en acre censor desde que Clarín levantó el dedo y señaló por blanco de su crítica al ilustre agustino. Lo que es lástima es que el P. Blanco haya perdido algo de serenidad en este combate, cuya pérdida se revela en ciertos desahogos contra Clarín, impresos en el segundo tomo de su obra, y que, según parece, se escribieron cuando ya era conocida la actitud del mordaz profesor de la Universidad de Oviedo. Y ese es el único lunar que la crítica imparcial ha encontrado en la obra del P. Blanco, que por lo demás es importantísima por todos conceptos; bien pensada y mejor escrita, una obra de sabio y de un crítico como hay pocos en España.

El que no aguanta tampoco que le critiquen, es el director de *La Unión Católica*, nuestro queridísimo amigo D. Damián Isern. Si D. Damián supiera cuánto le queremos en esta casa, y con qué complacencia vemos sus triunfos y con qué pena le acompañamos en sus sinsabores y quebrantos, á buen seguro que se enfadara con nosotros; porque en su obrita *De las formas de gobierno* hayamos encontrado algunos lunares, más que los que hemos dicho, pero no más graves que los que pueden hallarse en las obras maestras escritas por aquellos doctísimos varones que son luz, guía y ornamento de la humanidad. El mismo sol tiene manchas. ¿Y quiere D. Damián Isern no tenerlas? Ni las obras de Aristóteles son monedas de cinco duros; esto es, que ni los escritos del maestro por autonomasia, dejan de ofrecer asidero á la crítica; y pretende el de tal modo perfecto que no quepa delante de él otro instrumento que el incensario, ni otras palabras que las del himno ditirámico?

Desde que se publicó nuestro artículo crítico sobre *Las formas de gobierno*, supimos que el Sr. Isern se había enfadado con nosotros; y eso que en nuestro artículo procuramos dar al elogio todo el color y realce posibles, y á la censura un carácter polémico que le quitase todo dejo acre. Pero el Sr. Isern, que ha insertado en *La Unión Católica* todos los bombos periodísticos tributados á su obra, no concedió igual honor á nuestro artículo... Por mor de las censurillas que á vueltas de justos elogios se contentan en el mismo. Pasó algún tiempo; supo el Sr. Isern que nos habíamos extrañado de su silencio, y escribe una noche que por ser muy extenso no había reproducido ya el artículo de *La Ilustración Católica*, pero que ya lo reproduciría... ¿Cuándo? Cuando tuviera suficiente espacio. Aún no lo ha tenido, ni probablemente lo tendrá en mucho tiempo; porque todo el espacio disponible de *La Unión Católica*, es ocupado por artículos como uno de *El Diario de Galicia*, en que se lee:

«Isern es de los pocos sabios verdad que hay en nuestra patria; lee los libros alemanes, en alemán; los latinos, en latín; los griegos, en griego, y los ingleses, en inglés. Posee además una de las mejores bibliotecas de derecho político que hay en Madrid, y estudia sin descanso, por el placer del estudio, sin aspirar á distinciones oficiales ni puestos en las Academias.»

El Sr. Isern, que no se pone colorado al recortar este disparatadísimo y ridículo elogio, se va á *La Controversia*, y bajo el pseudónimo de *Blasco de Garay* escribe un artículo contra el nuestro y en defensa de su libro (como si nosotros lo atacáramos!); nos refuta, nos tritura, demuestra que desde que el mundo es mundo no salió de las prensas un mamotreto tan primoroso como *Las formas de gobierno*, y lo que más sentimos, nos señala como la única excepción ó voz discordante en el concierto universal de alabanzas tributadas á su obra. ¿Se puede sufrir todo esto con paciencia? Créanos, don Damián; aquí se le quiere de veras, aquí se le considera y respeta, aquí se le tiene por una persona de mérito, y ya que según dice *El Diario de Galicia*, él sabe leer los libros alemanes en alemán, los latinos en latín, los griegos en griego y los ingleses en inglés, ¿por qué no aprende también á leer en los corazones, y á distinguir entre el verdadero y cariñoso amigo que teme comprometer al amigo del alma con un elogio indiscreto, con alabanzas inoportunas y contraproducentes, del aludador truhán ó mentecato que, como el conserje de Hartzbusch, deshocica las estatuas so pretexto de quitarles el polvo? El Sr. Isern se juzga mal, y juzga mal de su obra; su obra no merece bombos; quédese eso para los infelices á los que sería crueldad no llamar eminentes y distinguidos, porque ellos no han de tener otra recompensa. D. Damián Isern es de los otros; de los que tienen derecho á la crítica. ¿Qué debilidad inconcebible es esa que prefiere el bombo, siempre indiscreto y ridículo, á la crítica seria, que puede equivocarse, y de hecho se equivoca muchas veces, pero que siempre honra al autor á quien se considera digno de ella? Casi sentimos ya haber dejado correr la pluma tratando este asunto; pero no hemos de abandonarla sin declarar: 1.º Que nuestro artículo crítico sobre el libro del señor Isern, no sólo no fué escrito con intención de mortificar á dicho señor, sino precisamente con la contraria, esto es, para honrarle y halagarle. 2.º Que sobre los puntos tocados por el Sr. Isern, bajo la firma de Blasco de Garay en *La Controversia*, estamos dispuestos, si el Sr. Isern lo desea, á sostener razonable polémica. 3.º Que creemos de mérito la obra del Sr. Isern, á quien apreciamos como escritor y político católico y queremos como amigo, y que por creer de mérito dicha obra no la juzgamos merecedora de bombos tan desatinados como los que ha reproducido *La Unión Católica*.

•••

Acaba de morir un poeta que gozaba de muy extendida celebridad. Sus versos gustaban á muchos. Tenía lectores en España y en América. Las principales revistas se disputaban su firma y sus com-

posiciones. Y sin embargo, no sólo ha muerto pobre, sino que el poema de sus desdichas ha sido el más profundamente real de cuantos compuso en su vida. Sus hijos carecían del necesario sustento; no era pobreza la suya, sino miseria.

Esta historia á nadie llamará la atención en España. Es una historia vulgar, corriente, de todos los días. Lo extraordinario, lo raro, lo inverosímil hubiera sido que las cosas sucedieran de otro modo. Que se gane dinero componiendo versos ó artículos literarios, suena á enormidad entre nosotros. Con una leyenda, romance ó poema, lo más que se puede ganar es una buria de Clarín y un reloj de sobremesa ó una escribanía de metal blanco regalados por la Junta de algunos juegos florales. Antes ciertas revistas solían pagar las composiciones á medio real el verso; un soneto sale por esta cuenta á siete reales. Ahora parece un despilfarro dar tanto dinero por la poesía. Ningún editor que se estime y que entienda su negocio, pasa del perro grande. ¡Y dicen que lo más bonito son las composiciones cortas! Una rima, v. g., á lo Becquer, de cuatro versos; total, cuarenta céntimos.

Todo lo ha invadido el mercantilismo. El afán de lucro es la enfermedad moral de nuestro siglo. Así será, sin duda; pero en la república literaria se disfruta por este concepto de una salud envidiable. Se vive aún como en los primitivos tiempos, y no hay más riqueza que la del aire diáfano, la de la serenidad del ambiente, la de la majestad de los cielos, la del susurro de las fuentes y arroyos y la del pjar de los pajarillos en las verdes enramadas. Tan pobres como los peregrinos trovadores, los poetas modernos cantan en las antecámaras de los grandes señores, del bufete y de la oficina, esperando en vano días y días la credencial que ponga término á su hambre y á la de sus hijos. Y ¡desdichados, ay, de los que no la consiguen!

Cuando en España se quiere premiar á un poeta, se le suele nombrar oficial cuarto ó quinto de un ministerio. Campoamor fué hace años director general de Beneficencia, y repartió cuantos destinos pudo entre jóvenes literatos y poetas. Como se trataba de Beneficencia, la cosa estaba en su lugar; la Dirección era un establecimiento más.

Mucho antes, San Luis colocó á Selgas de auxiliar en Hacienda. El día que tomó posesión le dió el jefe un estado numérico de contribuciones atrasadas para que lo comprobase. El gran poeta é infeliz empleado se turbó ante aquellas columnas cerradas, interminables, de cifras y más cifras. En vano probó á sumar: nada, se perdía. Por fin, hastiado, no sabiendo cómo escapar de aquella ratonera en que había caído, tuvo un feliz pensamiento. «Nadie, pensó, ha de leer esto.» Y fué, y puso al pie de aquellos innumerables sumandos la primera cantidad que se le ocurrió. En seguida entró su trabajo al jefe. Este, al poco rato, vuelve á llamar á Selgas. «¿Cómo ha sacado usted esta suma? le dice. A mí me resulta esta otra...» Selgas, sin inmutarse, respondió: «Tiene usted razón, y yo no; porque yo he sacado mi suma á ojo...»

Sabido es el fracaso de Becquer. También fué auxiliar de un ministerio. Y el jefe lo sorprendió un día pintando paladines de la Edad Media en el papel en que debía haber escrito minutas. Lo puso en la calle; al jefe no le faltaba razón, y Becquer vivió y murió en la miseria.

Ser empleado es la única manera que tiene para vivir en España un poeta ó literato. Ahora mismo las oficinas están llenas de literatos.

Que tales cosas constituyen para nuestra nación una vergüenza, no hay para qué decirlo. Demuestran que la vida intelectual es casi nula en nuestra patria; que no somos ni constituimos realmente un pueblo civilizado. Demuestran que la generalidad no siente aquí el deseo de leer, esa necesidad intensísima del hombre culto. Demuestran que tiene razón Cánovas, aunque lo deploremos, cuando no se le cae de los labios el tema triste de la decadencia española en todos los órdenes y manifestaciones de la vida nacional.

Y demuestran también por qué y cómo nuestra literatura decae visiblemente y de continuo. El literato español, ó acepta un destino, ó se dedica á los negocios, ó se mete en política, ó tiene que ba-

tirse cuerpo á cuerpo con la miseria. En todos estos casos se incapacita más ó menos para la producción artística.

Es un error grosero el creer que hambre é inspiración son hermanas; son enemigas. La dorada medianía de que habló Horacio es el ambiente puro en que gustan de vivir las musas; no hay obra maestra que se haya producido en otras condiciones. En la pobreza de Cervantes hubo mucho de relativo y hay mucho de leyenda. Cervantes, aparte de sus épicas desgracias en Argel y de sus aventuras que le llevaron á la cárcel de Argamasilla, vivió de ordinario en las fronteras del bienestar, y contó siempre con generosos y ricos protectores. Hoy falta todo eso á muchos, y ¡desgraciado del que intente vivir honradamente del producto de su trabajo literario! La infeliz suerte que acaba ahora de experimentar el poeta Velarde, es seguramente la que le aguarda.

BACHILLER ALONSO.

Un artículo de «La Controversia.»

En la «Revista Literaria» nos referimos al artículo publicado en *La Controversia* por D. Damián Isern (según nuestro leal saber y entender), aunque firmado Blasco de Garay. Un estudio detenido del estilo del artículo, y la frase más en defensa de nuestro dictamen que por interés de defensa personal, nos han persuadido de que nuestro queridísimo amigo el Sr. Isern ha escrito el artículo. Sea como quiera, LA ILUSTRACION CATÓLICA lo reproduce con sumo gusto. Títulase *Definiciones y definidos*, y dice así:

«En uno de los anteriores números se ocupó detenidamente nuestra revista en el primer tomo de la obra del Sr. Isern, rotulada *De las formas de gobierno ante la ciencia jurídica y los hechos*. Nuestro juicio ha sido confirmado y robustecido por numerosas publicaciones nacionales y extranjeras de diversas tendencias y partidos, debiendo observarse que no han sido los periódicos más afines al autor en política los que mayores elogios han hecho de la nueva producción, si bien todos han convenido en que ésta es verdaderamente notable y relevante en mérito. Sólo una excepción ha tenido la regla, y más en defensa de nuestro dictamen que por interés de defensa personal han de entenderse escritas estas líneas.

Después de dedicar al Sr. Isern repetidos elogios, dice su crítico ó censor lo que sigue: «Es lástima que siendo como es escolástico de buena cepa el Sr. Isern, no haya rendido á su escuela el tributo de definir científicamente en su obra los conceptos objeto de su estudio.»

En efecto, empezó su obra el Sr. Isern, exponiendo el concepto de forma de gobierno: «Resulta de aquí, dijo en la pág. 2, que forma de gobierno es el modo como la autoridad se actúa en la sociedad.» Recordó á continuación las diversas clasificaciones que hasta ahora se han hecho de las formas de gobierno, y optó por la de Haller. Con las palabras de este insigne publicista, definió, en general, la monarquía y la república, y aun ésta en varias de sus clases (pág. 9). En la página 38 definió al monarca absoluto diciendo, que «es aquel cuyo gobierno, por la razón, no tiene otros límites en su obrar que los que esta misma razón le señala.» Antes había definido al tirano, y á continuación definió la monarquía templada. En las páginas 68 y 69 definió de nuevo esta monarquía y sus notas esenciales que la distinguen de la absoluta y de la mixta. En la pág. 91 escribió: «Para fijar de una vez el concepto de la monarquía mixta, conviene no olvidar que decir monarquía equivale á decir gobierno de uno, y que la idea de mixto encierra la de suma y unión de varios ele-

mentos. Así podrá definirse la monarquía mixta, diciendo que es aquella en que uno gobierna en unión de otro ó de otros elementos; es decir, en unión de la aristocracia ó de la democracia ó de las dos á la vez. En las páginas 117, 118 y 119, estableció los conceptos de constitución y de derecho constitucional. Toda la teoría de la división de poderes está fundada en la definición del poder público, en la de división y en la de división de poderes (pág. 148). No se crea que son estas las únicas definiciones que existen en la obra del Sr. Isern. En ella están definidos todos los conceptos objeto de estudio, y bien fácil sería probarlo, si alguien tuviese interés en ello.

Añade el crítico ó censor de la obra del señor Isern: «En las disciplinas morales y políticas son tanto más necesarias las definiciones, cuanto que los mismos términos suelen significar cosas muy distintas en unos y otros autores. Para Aristóteles y Santo Tomás, v. gr., la palabra aristocracia significaba otra cosa que en el uso moderno.

En efecto, la palabra aristocracia significa, en las disciplinas morales y políticas, lo mismo hoy que en tiempos de Aristóteles y Santo Tomás. ¿Qué entendía Aristóteles por aristocracia? En los *Éticos* dice que «la aristocracia es *optimorum potestas*» (1), en la *Política* escribe que «al gobierno de la minoría, con tal que no esté limitado á un solo individuo, se le llama aristocracia, porque el poder está en manos de los mejores»; y dice también que «la aristocracia es *optimatum imperium*» (2); y por último, en la *Retórica* afirma que «la aristocracia es aquel gobierno en que la autoridad depende de la educación»; y añade: «entiendo hablar aquí de la educación regulada por la ley, porque á los que mejor han observado las leyes corresponde el poder en el gobierno aristocrático, toda vez que los que mejor observan las leyes deben ser los mejores ciudadanos» (3). Para comprender bien el pensamiento de Aristóteles, conviene recordar que la palabra aristocracia tiene su raíz y fundamento en *ἄριστος* que significa el mejor y también el principal. Así lo entendió Ginés Sepúlveda, y por esto tradujo admirablemente, es decir, con gran precisión el pensamiento de Aristóteles en este punto, como en otros muchos. Véase ahora qué entendía Santo Tomás por aristocracia: «*Aristocratia* dicitur, est potestas optimorum, in qua aliqui pauci principantur secundum virtutem» (4).

Entre los autores modernos ha de citarse, en primer término, á Blunschli, ya que su autoridad es casi universalmente reconocida. Para Blunschli «el principio intrínseco de la aristocracia es la superioridad moral é intelectual; pero la aristocracia sólo es una verdad, cuando los mejores gobiernan» (5). Conviene hacer constar que cabalmente Blunschli se apoya en Aristóteles para definir así la aristocracia. Le Play dice que la aristocracia es el gobierno de los prudentes, de los honestos, de los sabios, designados, sea por la naturaleza de las relaciones sociales, sea por la elección del monarca ó del pueblo (6). Guizot mismo, á pesar de que combatió rudamente el gobierno aristocrático y lo redujo al gobierno de una clase, perpetuándose en virtud del solo derecho del nacimiento, reconoció que el sentido histórico de la palabra aristocracia es el mismo hoy que en tiempos de Aristóteles, habiendo cambiado sólo antes del Estagirita, cuando en el origen de las sociedades la aristocracia se formaba únicamente por los

más fuertes y luego por los más ricos (1). Laveleye dice que «la clasificación de las formas de gobierno trazadas por Aristóteles, es considerada aún hoy por el mejor», y no sólo la acepta y sigue, sino que define la aristocracia con las propias palabras del citado filósofo (2). Aun los autores que, como Kant, Haller, Ahrens, Taparelli y otros, no aceptan la clasificación de las formas de gobierno de Aristóteles, de la cual ha dicho Buchez, que *est recte classique* (3) ven en la aristocracia, ó á los mejores (*optimi*) ó á los principales (*optimates*), como aquél veía. Escusado es manifestar, por los demás, que los modernos escolásticos siguen entendiendo por *aristocratia* que Santo Tomás distinguía perfectamente de *nobilitas*, *potestas optimorum*, in qua aliqui pauci principantur secundum virtutem, tomada la palabra virtud en sus diversos significados propios y naturales.

Claro está que pueden darse y se han dado diversas clases de aristocracias, además de la diferencia que se estableció entre «aristocracia» y «nobilitas». Así se explica que Le Play distinguiera entre la aristocracia, actuándose como único poder público en una sociedad, y la aristocracia formando parte de un gobierno, con arreglo, por ejemplo, al plan de monarquía mixta expuesto por Santo Tomás en su *Summa Theologica* (4), y así se explican también las diversas clases de aristocracias de que hablan, v. gr., Rousseau y Pages, divisiones y clases que tiene su raíz y fundamento en los dos significados de la palabra *ἄριστος* y en los diversos significados de las palabras *optimi* y *optimates*, empleadas universalmente por todos los traductores y comentaristas de Aristóteles y por cuantos en los siglos medios y modernos han tratado directa ó indirectamente esta materia.

El crítico ó censor que ha puesto al primer tomo de la obra del Sr. Isern el reparo de que se ha hecho mérito, dice muy seriamente en su crítica ó censura que «materias tales como la Constitución del Estado y la división de poderes, el poder legislativo (considerado como independiente del poder real), el poder ejecutivo y las garantías constitucionales, son comunes á todas las formas de gobierno,» y evidente es que, si son comunes á todas las formas de gobierno, existen en las democracias directas, por ejemplo, y en las monarquías absolutas; y por lo tanto, que hay constitución y división de poderes y garantías constitucionales en Rusia, y poderes legislativo y ejecutivo en las pequeñas democracias directas de Suiza. Verdad es que los rusos no se han enterado hasta ahora de este regalo que se les hace, y que les sucede lo mismo á los suizos. Ha de esperarse, sin embargo, que todo se andará con el tiempo, y podrá realizarse de algún modo el ideal de vestir, con un mismo traje, á todos los poderes públicos, lo mismo á los directos que á los representativos; lo mismo á los que se encarnan en una persona, que á los que se encarnan en muchas.

¡Bien falta de defectos anda el primer tomo de la obra del Sr. Isern, cuando sólo ha podido decirse de ella lo que queda indicado, confirmando así el juicio imparcial y meditado de *La Controversia!*

DR. BLASCO DE GARAY.

(1) Guizot, *Histoire des origines du gouvernement représentatif*, t. I, págs. 100 y 101.

(2) Laveleye, *Le gouvernement dans la démocratie*, t. I, lib. V, cap. I, págs. 193 y 194. Coincide esencialmente con Laveleye, el famoso Luigi Palmisani (*Corso di diritto costituzionale*, t. I, cap. VII), el recientemente John Burgess (*Political Science*, t. I, pág. 172), y el mismo Sillito en su *Elemento de droit constitutionnel*, págs. 183 y 184.

(3) Buchez, *Traité de politique*, t. II, pág. 100. Debe observarse aquí que Holtzendorf y otros alemanes consideran esta producción de Buchez como el mejor tratado de política que se ha escrito en Francia en todo este siglo.

(4) Santo Tomás, *Summa Theologica*, primera segunda parte, cuestión 105, art. 14.

(1) *Éticos*, lib. VIII, cap. X.

(2) *Política*, lib. III, cap. V.

(3) *Retórica*, lib. I, cap. VIII.

(4) *Summa Theologica*, primera segunda parte, c. 105, art. 1.

(5) Blunschli, *Algemeines Staatslehre*, lib. VI, cap. XIX y *Deutsches Staats-Wörterbuch*, t. I, pág. 112.

(6) Le Play, *Le Réforme sociale*, t. IV, cap. LXVII, pár. XVI, y *La Constitution de l'Angleterre*, t. I, pág. 45.

El Padre Mathew

Es aquí uno de los más bellos tipos del Catolicismo irlandés en el presente siglo, y cuya fama inmensa en todos los países de dominación inglesa, aunque y allende los mares, no se ha extendido mucho por las naciones extranjeras. Porque si la vida del P. Mathew fué eminentemente pública, su modestia excedía á todas las demás virtudes; y por otra parte, no existiendo tan desarrollados como en Inglaterra los vicios que combatió con extraordinaria fortuna, no se recordó tan frecuentemente su nombre. El hermoso dictado de *Apóstol de la Templanza* casi hizo que se olvidase el patronímico heredado de sus abuelos. Así como días pasados recordamos en el Hermano Toribio de Sevilla el tipo de un vigoroso combatiente contra los vicios harto extendidos por España de la mendicidad y vagancia, así hoy simbolizamos en el P. Mathew el campeón de una guerra á muerte contra la embriaguez, que por ventura es el vicio más característico de sus paisanos.

Nació este héroe cristiano en Thomastown en 1790, y murió transcurrida ya más de la mitad del presente siglo. Estudió lo preciso para recibir las Sagradas órdenes en el célebre Seminario católico de Maynooth, y concluida su carrera literaria obtuvo un Curato en uno de los condados meridionales de Irlanda. Allí, en incesante contacto con el pueblo, se compadeció de las miserias producidas, ya por la opresión inglesa, ya por los mismos vicios de los campesinos, agricultores y jornaleros, y les oyó decir que acudían á la embriaguez como á un remedio para olvidar sus desgracias. Excusado es decir que la templanza era el tema diario de sus sencillas pero elocuentes predicaciones. No se contentaba con predicar la moral; quería que los ejemplos viniesen siempre á robustecer las lecciones orales. Como irlandés creía que la asociación, ampliamente favorecida por las leyes inglesas, debía emplearse para el remedio deseado, y como hablaba con irlandeses, raza dispuesta á todo género de sacrificios, vió coronados del mejor éxito sus esfuerzos de muchos años.

En 1833 dió conferencias públicas en Cork acerca de los males de la patria, sin excusar los vicios de sus paisanos, pues creía que la adulación jamás era permitida, ni aun para lograr el triunfo de las mejores causas. Millares de hombres seguían sus pasos, como también los de su egregio colega O'Connell; igual entusiasmo excitaban aquellos dos hombres, por otra parte bien diferentes entre sí; pues O'Connell era un *leader* político, mientras el P. Mathew no pretendía más que calmar los ánimos. Hubiérase dicho que cada uno había tomado para sí la mitad de la antigua y célebre divisa: *Sustine et abstine*. Fácil es atraerse las muchedumbres, habiéndoles de sensuales placeres, como tal vez Epicuro, y sin duda Mahoma; pero predicar y hacer gustosa la templanza en pueblos intemperantes y viciosos, que se creen bien avenidos con la corrupción, empresa es digna de los caracteres más enérgicos descritos en la historia. La tenacidad del carácter inglés venía en ayuda de la predicación; podía encontrar Mathew quien no se alistase en las sociedades de templanza; pero no quien se burlase de ellas, como probablemente hubiera sucedido en los países meridionales. Los que hayan leído las descripciones de una bien cortada pluma, la de Castro y Serrano, dando cuenta de lo que son y lo que hacen las sociedades inglesas de templanza, comprenderán cuán grande fué la revolución moral producida por el nuevo apóstol de los irlandeses.

Hallándose un día en Nenagh, después de un



FLORES Y AVES (CUADRO DE HORACIO LENGÓ)

elocuente discurso, tuvo el placer de inscribir en su sociedad á 20.000 individuos ebrios, hasta entonces impenitentes; en dos días admitió 100.000 en Galloway, y en el camino de esta ciudad á Portumna se le agregaron como discípulos 200.000 personas, que hicieron voto solemne de no beber vino ni licor alguno fermentado. No contento el P. Mathew con sus predicaciones de Inglaterra, marchó á los Estados Unidos, y allí fué recibido con extraordinarias demostraciones de aprecio. Cuando regresó á las Islas británicas, el Gobierno de la reina, persuadido de lo mucho que habían ganado las clases obreras en salud y bienestar con el establecimiento de las sociedades de templanza, señaló al reverendo Sacerdote católico una pensión vitalicia de 300 libras esterlinas, 7.500 francos. Fundábase esta recompensa nacional en que el P. Mathew, para crear y sostener las sociedades referidas, había consumido todo su patrimonio, que no era insignificante. En 1863 apareció en Londres su biografía, escrita por Maquire, y al año siguiente se le erigió una estatua en Cork, donde primero había desplegado la bandera de la templanza.

Como el tipo del Hermano Toribio es eminentemente español, es inglés el del P. Mathew. Difícilmente se comprendería uno como éste en España; y no porque la embriaguez se desconozca entre nosotros, sino porque jamás ha llegado á ser vicio nacional, como entre los ingleses. Por cierto que no debieron ser así en pasados siglos, cuando se inventó el proverbio de que nos habla Walter Scott, *drunkard as a Templar*, borracho como un templario. No vamos á discutir si este cargo más sobre los muchos de todas clases que

á los templarios se dirigieron, era fundado; no es nuestro propósito hacerlo; pero si diremos que ningún pueblo combate sus propios vicios ni los arroja al rostro de nadie. Pero como quiera que sea, la embriaguez llegó en la Inglaterra de los últimos siglos á proporciones inmensas y brutales, y se vió en una taberna de Londres, citada por Hoggson en su libro *London as it is*, una inscripción como ésta: *Aquí se mata por tantos chelines*. Las tabernas se hermosearon hasta ser mejores que los cafés de Francia y tan buenas como los cafés españoles; y si un historiador inglés descendiese, como el famoso Michelet en su *Histoire de France*, á hablar de tales cosas, ocuparía bastantes páginas en los anales británicos el establecimiento de las grandes tabernas. Sea como quiera, la semilla arrojada por el Padre Mathew ha producido muchas y vigorosas plantas; y mientras el clero protestante, representado por Malthus, no ha hecho más que grabar en la cabaña del pobre las fatídicas inscripciones que conocemos todos, el Clero católico, tan bien representado por el Padre Mathew, ha logrado dar cima á una verdadera revolución moral de la mayor importancia.

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.



ATALIA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS
(TOMADA DE LA SAGRADA ESCRITURA)
POR RACINE

Traducción de VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA

(Conclusión.)

ESCENA III

JOAD, JOSABETH, SALOMITH, ZACARIAS
ISMAEL, dos LEVITAS, el CORO

JOAD

¡Gran Dios! Llegó tu día: ya Te traen
Tu presa! Oye, Ismael, una palabra.
(Le habla por lo bajo.)

JOSABETH

¡Poderoso Señor del firmamento!
Cubre sus ojos con aquel vendaje
Con que, ocultando el fruto de su crimen,
Escondiste en mi seno al triste niño.

JOAD

Vete Ismael; no pierdas un instante,
Y cumple con rigor mis graves órdenes;
Procura en especial que, cuando ingrese
Y aquí se acerque, todo le descubra
La imagen de la calma más perfecta.
Un trono, niños, preparad á Joas,
Y avance acompañado de levitas;
Que también venga su leal nodriza;
Y tú, princesa, enjuga ya tu llanto.

(A un levita.)

Tú, luego que Atalía, la malvada,
Ebria de loco orgullo, atravesare
Del templo los dinteles, haz de modo
Que ya no retroceda; que al momento
El bélico clarín arroje súbito
Espanto en el ejército enemigo:
Que todo el pueblo acuda á la defensa
De su monarca, y sepa el admirable
Prodigio que ha salvado al niño Joas.
Ya viene.

ESCENA IV

JOAS, JOAD, JOSABETH, ZACARIAS, SALO-
MITH, AZARIAS, tropas de SACERDOTES y
LEVITAS, el CORO

JOAD (continúa)

Sacerdotes del Altísimo,
Rodead por todas partes, sin mostraros,
Este recinto, y aguardad que os llame.
(Se vueltan todos.)

Ven, ¡oh Señor! yo creo que á tus votos
Se puede permitir tal espectáculo.
Ven á ver cómo caen á tus plantas
Tus enemigos. La sañuda fiera,
Que en tú misma niñez te ha perseguido,
Acude á asesinarte presurosa.
Mas no la temas, porque en torno tuyo
Y en pie junto á nosotros, ya se apresta
Un ángel vengador á exterminarla.
Sube á tu trono y... la puerta se abre;
Permite que este velo aquí te oculte.

(Corre un telón)

¿Por qué tu faz, princesa, palidece?

JOSABETH

Pues qué ¿podiera yo, sin inmutarme,
El ara ver henchida de sicarios?
¿No ves, no ves qué numerosa escolta?...
Ya veo que se cierra el sacro templo:
Ya todo está seguro.

JOAD



BAJAMAR (DIBUJO DE MORERA)

ESCENA V

JOAS, ATALIA, JOAD, JOSABETH, ABNER,
acompañamiento de ATALIA

(*Joas oculto tras del telón*)

ATALIA (*A Joad*)

Ya en mi mano.
Te encuentras, seductor, autor perverso
De tramas y de intrigas, que tan solo
En el motín pusieras tu esperanza;
Enemigo constante del gobierno,
Tú, que esperabas de tu Dios apoyo,
¿De tan frívola espera te convences?
Él me entrega tu templo con tu sangre;
Yo debería sobre el ara misma
En que tu mano ofrece... Mas me aplaca
El convenido precio: dame al punto
El niño y el tesoro: ¿dónde se encuentran?

JOAD

Satisfaré, señora, tus deseos.
Ya los dos á la vez voy á mostrarte.
¡Oh! preséntate, vástago querido,
De nuestros reyes noble descendiente.
*Se descubre el telón. Vése á Joas en el trono con su
nodriza á la derecha. Azarias espada, en mano, se
halla en pie á su izquierda, y cerca del Zacarias,
Salomith de rodillas en las gradas del trono. Mu-
chos levitas, espada en mano, se hallan á su lado.*
¿Conoces, di, conoces al augusto
Herederero del rey más santo y pío?
Al menos reconoce de tu acero
Las huellas: mira aquí, contempla, oh reina,
A tu monarca, al hijo de Ochozías.
Oh pueblos, Abner, aclamad á Joas.

ABNER

Oh Dios!

ATALIA (*á Joad*)

¡Malvadol

JOAD

Mira, sí; contempla
A esta judía fiel que—bien lo sabes—
Entonces le lactaba: fué robada
Por Josabeth á tus esbirros fieros:
El templo la acojió: Dios la ha guardado;
De las riquezas de David es lo último.

ATALIA

¡Traidor! Tu astucia habrá de ser funesta
A aquese niño misero. Soldados,
Venid, libradme de fantasma odioso.

JOAD

¡Sus! ¡por el rey! ¡Soldados del Dios vivo!
(*Se abre el fondo del teatro, y vése el interior del
templo: los levitas armados entran por todas par-
tes en la escena.*)

ATALIA

¿En dónde estoy? ¡Traición! ¡Oh reina infausta!
¡Rodeada de armas y enemigos fieros!

JOAD

En vano intentas escapar: no puedes:
Que Dios por todas partes te circunda.
El Dios que tú insultabas, ha logrado
Entregarte al poder de sus ministros:
Ebria de tanta sangre, cuentas ríndele.

ATALIA

¡Qué! ¿El miedo ha helado á mis indignas tropas?
Abner cobarde, ¿á dónde me has traído?

ABNER

Dios me es testigo, oh reina.....

ATALIA

¿Qué me dices,
Traidor, de ese tu Dios? Ven á vengarme.
ABNER (*arrojándose á los pies de Joas*).
¿De quién? ¿De Joas! ¿de mi rey augusto!

ATALIA

¡Él Joas! ¡él tu rey! Pensad, perversos,
Pensad en que mis tropas todavía
Os tienen asediados por doquiera.
Ya escucho el clamoreo de mi ejército,
Que aclamándose está, y que en mi auxilio
Ya corre: ¡oh, sí temblad, temblad, rebeldes.

ESCENA VI

JOAS, ATALIA, JOAD, ISMAEL y todos los de
la escena anterior.

ISMAEL (*á Joad*)

El templo ya, Señor, se encuentra libre
De fieros enemigos: por doquiera

El extranjero corre fugitivo,
Y de Israel el pueblo está obediente.
La voz del Poderoso ha disipado
El ejército tirio, como el viento
Disipa en el espacio la humareda.
Nuestros levitas, desde excelsa cumbre
Del templo, han anunciado á los hebreos
Que de Ochozías alentaba un hijo:
Le han dicho cómo niño, libértose
Del acero fatal, y que en el lazo
La malvada Atalía está ya presa.
Al mismo tiempo, por doquier la trompa
Ha resonado, y su clangor horrendo
En su atónico campo ha difundido
La turbación y el repentino pánico
Con que hirió Gedeón al Madianita.
Los tirios, arrojando los escudos,
Por diversos caminos los primeros
Han sido en emprender deshecha fuga:
Alguno que otro hebreo, pusilánime,
También huyó; la inmensa mayoría,
Admirando de Dios la Providencia,
Con Joas le ha aclamado á grandes voces.
En fin, todo Israel, como movido
De un espíritu igual, mujeres, viejos
Y niños, abrazándose con júbilo,
Bendicen al Señor y al que Él envía;
Entonan himnos de David al hijo
Que Dios resucitó: la ciudad santa
Detesta á Baal; de su profano templo
Las puertas han á polvo reducido
Y Mathan á cuchillo fué pasado.

ATALIA

¿Tú, Dios de los judíos, Tú le vences!
Es Joas, sí; quisiera yo engañarme,
Pero es inútil; veo, sí, la parte
En donde yo le he herido: en el descubro
El gesto y el talante de Ochozías;
Todo, por fin, ¡oh! todo me revela
Esa raza que tanto yo detesto.
¡Oh! triunfa, sí, David; Achab tan solo
Perece. Sí, Tú, Dios de las venganzas,
Tú solo todo aquesto has preparado;
Tú, que inspirando una venganza fácil,
Me has hecho vacilar en solo un día
Por más de veinte veces, ya excitando
Por débil niño el aguijón del pecho,
Ya turbando mis ojos con Tus ricos
Tesoros, que he dudado en hacer presa



Del pillaje y de llamas horrosas.
Que reine pues ese hijo que has cuidado,
Esa obra *Tuya*, y que su reino empiece
—Su madre moribunda lo desea—
Clavando su puñal en mis entrañas.
¡Qué digo desear! Me lisonjeo.
Espero sí, que indócil a *Tu* yugo,
Rendido de *Tu* ley al peso grave,
Fiel de Achab a la sangre que en sus venas
Corre por mí, conforme con su abuelo,
Y en todo igual a quien le ha dado vida,
Espero, sí, que un día, el detestable
Sucesor de David, *Tu* honor desprecie
Y profane *Tu* altar, y venga airado
A Jezabel, a Achab y a mí, Atalía.
(Atalía sale seguida de los levitas).

JOAS

Al punto conducida a las afueras;
No profaneis la santidad del templo.
Id, santos vengadores: con su sangre
Los gritos acallad de vuestros príncipes
Por ella cruelmente asesinados.
Si algún audaz osáre defenderla,
Caiga al furor de sanguinosa espada.

ESCENA VII

JOAS, JOAD, JOSABETH, ABNER, y todos los
de la escena anterior.

JOAS (descendiendo del trono)

¡Oh, Dios! que ves mi turbación y angustia,
Lejos de mí su maldición ahayenta.
¡Oh! no permitas nunca que se cumpla:
Y muera Jóas antes que te olvide.

JOAD (a los levitas)

Llamad al pueblo, y a su rey mostradle,
Y que en sus manos juramento preste.
Rey, sacerdotes, pueblo, vamos llenos
De gratitud a confirmar el pacto
Que Dios un tiempo con Jacob hiciera;
Y humildes deplorando nuestras culpas,
Con nuevos juramentos a Él unimos.
Abner, recobra junto al rey tu puesto.

ESCENA VIII

Dichos y un LEVITA

JOAD (al levita)

La audacia de esa impía halló castigo?

UN LEVITA

Al filo del acero ya su horrenda
Vida espío la pérdida Atalía.
Jerusalem, por mucho tiempo presa
De sus furoros, viéndose aliviada
De yugo tan odioso, ya con júbilo
La contempla en su sangre sumergida.

JOAD

Con este fin horrendo, que a sus culpas
Era debido, aprende, y nunca olvides
¡Oh rey de los judíos! que los reyes
Un juez severo tienen en los cielos;
Un vengador el justo, un padre el pobre!

FIN DE ATALIA.

JUICIO LITERARIO DE ATALIA

La concepción más extensa y más rica, en el asunto más sencillo, y que parecía el más estéril; el mérito único de interesar durante cinco actos con un sacerdote y un niño, sin emplear ninguna de las pasiones que son resorte ordinario del arte dramático, sin amor, sin episodios, sin confidentes; la verdad de los caracteres, la expresión de las costumbres manifiesta en cada verso, la magnificencia de un espectáculo augusto y religioso que

muestra la tragedia en toda la dignidad que le corresponde; la sublimidad de un estilo igualmente admirable en un pontífice que habla el lenguaje de los profetas, y en un niño que habla el de su edad; la belleza sostenida de una versificación en que Racine ha estado superior a sí mismo; un desenlace en acción, y que presenta uno de los más grandes cuadros que jamás se han visto en la escena, he aquí lo que ha colocado a *Atalía* en el primer lugar de las creaciones del genio poético.

Cuanto más se reflexiona en el asunto, plan y ejecución de *Atalía*, más asombro causan el número de dificultades que han debido asaltar a un autor que tan bien conocía el teatro, y el prodigioso talento que necesitaba para vencerlas. No hay pasión de ninguna especie; un asunto austero, y por decirlo así, escueto; el peligro de un niño, que en sí mismo nada tiene de muy urgente, a menos que no se le quiera unir el poderoso resorte de la naturaleza en el corazón de un padre ó de una madre.... Tantos obstáculos, nacidos del asunto, solamente estaban equilibrados por un solo recurso: la intervención divina, que en verdad por sí misma se ofrecía. Pero tal medio sólo tiene un valor proporcionado a la fuerza del que se sirve de él; empleado por manos más torpes, a lo más podía escusar a Joad, y entonces la tragedia era defectuosa.... Era preciso hacer oír la voz de Dios en cada verso, presentar el niño protegido del cielo, tan caro a los espectadores como a los israelitas, mostrárselo en la escena y conmover su corazón con el candor de la infancia, lo que era sin ejemplo, y lindante, si así puede decirse, entre lo ridículo y lo sublime. ¿Y qué otro más que un gran maestro, más aún, quién más que Racine podía llegar a la meta? Sin la magia de un estilo divino que se eleva hasta el entusiasmo de un pontífice con tanta facilidad como descende a la sencillez de un niño, el teatro francés no tendría a *Atalía*.

Desde la primera escena el poeta funde piadosamente todas las ideas que deben dirigir el espíritu del espectador, recuerda todos los hechos que deben influir en el resto de la pieza; prepara todo lo que debe suceder. Introduce ante el Sumo sacerdote un guerrero que ha servido con gloria a los reyes de Judá, igualmente afecto a su ley y al culto de sus padres. En cualquier otro asunto parecía que un personaje como Abner hubiera debido ser el vengador y apoyo de un rey huérfano, y procurar restaurarle. Pero aquí Dios es el que debe hacerlo todo.

....Dios, que ampara
La inocencia del huérfano, y que sabe
Demostrar su poder en la flaqueza.

De esta misma debilidad el autor ha sacado el interés que derrama en la causa del Sumo sacerdote y de Joas.

En la escena siguiente, Joad anuncia su resolución a Josabeh.

Al niño rey mostremos, que tus manos
Salvaron, y que aquí oculto ha sido
Bajo las alas del Señor. Los bríos
Tendrá de nuestros príncipes hebreos,
Y ya a sus años su talento excede.

Si Joad es intrépido, Josabeh es tímida; y esta diferencia, fundada en la naturaleza entre dos personajes que tienen la misma fe y el mismo fervor, les da el grado de interés que debe tener.

El peligro se aproxima en el segundo acto. El joven Zacarías, hijo del gran sacerdote y de Josabeh, viene a decir a su madre que la entrada de Atalía en el templo ha interrumpido el sacrificio. En seguida la reina viene a ocupar la escena con Abner y Mathan. El sueño que refiere es un trozo perfecto; jamás se ha sabido narrar y pintar tan diferentes objetos con rasgos más verdaderos, más variados, más enérgicos y expresivos, no solo de las cosas, sino también del carácter de los personajes. Además de tanta perfección, este sueño tiene un mérito único. Todos los demás sueños que se encuentran en nuestras tragedias son digresiones más ó menos brillantes; pero el de Atalía sólo es el principal móvil de la acción. Produce la venida de Atalía al templo el deseo que tiene de ver a Jóas y los terrores que después la excitan a pedir que se le entregue el niño; y motiva la discusión en que la bajeza feroz de Mathan se presenta opuesta a la bondad valerosa y compasiva de Abner. Por fin origina aquella escena tan nueva como tierna, en la que Atalía interroga a Jóas, escena que ha sido tan alabada y es tan universalmente sentida, que nuestras palabras serían frías ante la emoción que produce.

Al empezar el acto tercero se conoce todo lo que Mathan ha empleado para irritar a Atalía y hacerle adoptar las más violentas resoluciones. Viene Mathan a reclamar a Jóas, en nombre de la reina, y puede presumirse que se halla amenazada la vida del príncipe.

....La borrasca se declara.
Colérica Atalía nos exige
Que le entreguemos a Eliacim....

El Sumo sacerdote no tiene para defenderse más que una tropa de levitas y de mujeres que se resignan a morir.

Y aquestos, ¡oh Eternal sabiduría,
Aquestos sacerdotes y estos niños,
De tu querrela son los vengadores!

Esta especie de invocación origina el trozo famoso de las profecías en que el poeta anuncia los elevados destinos que penden de la salvación de Jóas.

En los dos últimos actos, el autor excede aún a todo lo anterior, y despliega más que nunca todos los recursos y toda la riqueza de su talento. La escena que va a venir no es una vana decoración que no habla más que a los ojos; habla al corazón: arranca de la acción, y la pompa religiosa del estilo responde a la de los objetos. Prepara la coronación de Jóas en el momento mismo en que sus enemigos traman su muerte: Josabeth intenta, llorando, poner la diadema de David en la frente de su joven heredero; al rescatado de la muerte le destinan la corona y la espada de David; y el libro es el de la ley de Dios, sobre el cual se va a jurar defender al último retoño de Judá, y sobre él va a jurar el mismo rey ser fiel a la ley. Solamente después de haber prestado tal juramento el pontífice cae a sus pies, le reconoce por rey, y le dice de qué peligro le ha salvado en la cuna, y qué nuevo peligro le amenaza.

Finalmente, la catástrofe nos muestra el justo castigo de una reina culpable, a quien la sed del oro y de la sangre precipita en el abismo. Parece que ella misma se arroja en él, como cegada por el Dios que la persigue, y Joad parece más bien que la deja caer en él, que no conducirla. En fin, la extrema desproporción de las fuerzas, la salvación del joven rey y de todo su pueblo, el interés que el poeta nos inspira, todas las ideas, todos los sentimientos de que nos ha henchido, tantos motivos reunidos y presentados en su valor por medio de un arte tanto más poderoso cuanto que nunca se revela, no dejan ver en este desenlace más que el cumplimiento de los deseos del espectador y el fin de todos sus temores.

¡Tú, Dios de los Judíos, Tú le vences! exclama Atalía, y esta expresión contiene todo el núcleo de la pieza y los últimos versos toda su moral.

Con este fin horrendo que a sus culpas
Era debido, aprende y nunca olvides
¡Oh rey de los judíos! que los reyes
Un juez severo tienen en los cielos,
Un vengador el justo, un padre el pobre!

No podía terminar mejor una obra en la que la tragedia se ha presentado con toda su majestad.

LA HARPE.

Por qué no volvió la cara atrás.

«Después de esto, nunca volví la cara atrás.» Esta es una expresión muy común en inglés. ¿Y cuál es su significado? La mujer de Lot volvió la cara atrás, y se convirtió en estatua de sal. Un maquinista de locomotora en América, un día del verano pasado, volvió la cara atrás, y esto le impidió ver un puente levadizo que se hallaba en el camino y levantado en ese momento, y de ahí un desastre con gran pérdida de vidas. Cierto hombre, en Londres, omitió volver la cara atrás, y fué cogido por un coche. ¿Cuál debe, pues, ser nuestra regla, volver la cara atrás ó no?

Presentamos a continuación un hombre que jamás volvió la cara atrás, después de cierto tiempo. ¿Cómo hemos de interpretar su dicho? Él mismo va a explicarlo.

Dice el aludido, que un día de Febrero de 1890 se vió sobrecogido de vahido y dolor de cabeza. Como sucede a toda persona saludable bajo idénticas circunstancias, no acertaba a explicarse lo que le aquejaba.

Dice experimentaba una sensación extraña y de malestar; tritaba como si el tiempo se hubiera puesto repentinamente frío, y luego le sofocaba el calor como si el tiempo se hubiese trocado en caluroso. ¿Qué es lo que le aquejaba?

Su médico decía que era un ataque de influenza, y le ordenó se estuviese en cama, y así lo hizo. Al-

gunos días después le abandonó la calentura, pero no la enfermedad, mostrándose ésta bajo diferente forma. Su lengua tenía la apariencia de un trozo de cuero obscuro, y su piel, y el blanco de los ojos, se tiñó de un color amarillento, como de viejo pergamino. Es evidente que nadie puede vivir sin comer; y cuando este hombre trataba de comer, el alimento le hacía daño, y después de haberlo tragado por fuerza, le causaba tales dolores en el pecho, en el costado y en el estómago, que se arrepentía de haberlo tomado. Entonces el corazón le empezaba á palpar fuertemente, y dice se hallaba abatido, lánguido y cansado. Experimentaba lo que él llama una sensación opresiva en la boca del estómago, y cierto deseo vehemente que nada satisfacía.

Siéndole imposible tomar otra cosa más que alimento líquido, llegó á ponerse tan endeble que apenas podía andar. Entonces el corazón volvía á molestarle, y empleando sus mismas palabras: *Estando sentado en la silla oía el corazón latir como si alguien me estuviese golpeando la espalda.*

Esto solo demostraba que el corazón tenía mucho trabajo que ejecutar, que le hacía luchar, como lucha el caballo que lleva dos ginetes.

Solia dormir muy poco de noche, dice, y permanecía horas enteras despierto y agitado en la cama. Esto es muy debilitante, y no nos sorprende nos diga que fué perdiendo carne hasta que solo le quedaba la piel y los huesos. Mis mejillas, dice, se ahuecaron hasta parecer venir en contacto una con la otra, y la gente que me veía solía mover la cabeza en señal de duda, y predecían mi próximo fin. A pesar de esto, yo tenía toda confianza en mi médico, y continuaba pidiéndole medicinas. Durante mi enfermedad consumí unas cuarenta ó cincuenta botellas de medicinas de todas clases, pero sin provecho.

Finalmente, el médico me auscultó los pulmones un día, y me preguntó si alguno de mi familia había muerto de tisis. Añadió que la palpitación del corazón era causada por la dispepsia. Dijo, además, que creía conveniente acudir á otro médico, pues que él no podía hacer más nada por mí. Esto fué á los nueve meses de haber seguido su tratamiento. Entonces perdí toda esperanza de mejorar, y en verdad, nadie esperaba que mejorase.

A esta época era ya invierno otra vez, y estábamos en Diciembre de 1890. Un día encontré en mi casa un librito ó folleto que no había visto antes. Trataba de una medicina llamada Jarabe de la Madre Seigel, y en él se hacía la descripción de un caso análogo al mío, en el que el enfermo fué curado por dicho Jarabe. Sin querer ocuparme en describir cuál fuera mi esperanza y mi temor sobre el particular, baste decir que compré una botella del Sr. Kirkman, farmacéutico de Ellerby Lane, y la consumí, después de lo cual me sentí seguramente mejor. Tomé una segunda, y empecé luego á comer alimento sólido, que me sentó bien.

Después de esto no volví más la cara atrás, y aunque mi restablecimiento fuese cuestión de tiempo, pues me hallaba muy endeble, seguí la medicina, con buenas razones para ello, y por último volví á mis ocupaciones, fuerte y bueno, y así he seguido desde entonces. Cuando fué á los talleres el capataz y los demás, me preguntaron á qué debía tan admirable cambio, y yo les contesté: Lo debo al Jarabe de la Madre Seigel. Queriendo yo empezar á trabajar me dijeron que antes debía examinarme un médico. Habiéndome examinado un médico me halló apto para el trabajo, y á la mañana siguiente empecé á trabajar sin que desde entonces haya faltado un instante á mis quehaceres.

Deseo que otros sepan lo que el Jarabe Seigel ha obrado en mí, y doy á los dueños del mismo permiso para que publiquen esta corta relación acerca de mi caso. Soy de oficio prensador de paños, y he trabajado en la casa de los señores Hepworth é hijos, de Clay Pit Lane, durante cuatro años.

HARVEY ASKEW,

2, Back Timber Place, Ellerby Lane (Inglaterra.)

El médico tenía razón en decir que el desorden aparente del corazón, en el caso del Sr. Askew provenía de la dispepsia, pues la dispepsia era su única enfermedad; y si hubiese empleado el Jarabe de la Madre Seigel en Febrero de 1890, no hubiera habido lugar á que ahora contase su caso, pues se hubiera restablecido de seguida. Así como así, celebramos que después de haberlo tomado no haya sufrido recaída alguna.

«No volvió más la cara atrás»

Si el lector se dirige á los señores A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

BANCO DE ESPAÑA

Desde el día 1.º de Abril próximo, de once de la mañana á tres de la tarde, se pagarán por

este Banco los intereses correspondientes al primer trimestre del corriente año de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100, y los de la Deuda perpetua al 4 por 100 interior, depositados en las cajas del mismo ó entregados en garantías de operaciones.

Los interesados pueden presentarse en la caja de este Banco á percibir el importe de los intereses, por el orden siguiente:

DEUDA AMORTIZABLE AL 4 POR 100

Viernes 1.º de Abril.—Garantías de operaciones, depósitos intrasmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos.

Lunes 4 de id.—Depósitos trasmisibles, resguardos números 170.223 á 245.000.

Miércoles 6 de id.—Id. id. 245.001 á 275.000.

Viernes 8 de id.—Id. id. 275.001 á 290.000.

Lunes 11 de id.—Id. id. 290.001 á 299.537.

DEUDA PERPETUA AL 4 POR 100 INTERIOR

Sábado 2 de Abril.—Garantías de operaciones, depósitos intrasmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos.

Martes 5 de id.—Depósitos trasmisibles, resguardos números 181.580 á 221.000.

Jueves 7 de id.—Id. id. 221.001 á 250.000.

Sábado 9 de id.—Id. id. 250.001 á 265.000.

Martes 12 de id.—Id. id. 265.001 á 276.000.

Miércoles 13 de id.—Id. id. 276.001 á 285.000.

Sábado 16 de id.—Id. id. 285.001 á 293.000.

Lunes 18 de id.—Id. id. 293.001 á 299.302.

Los depósitos en Deuda amortizable al 4 por 100, que por resultado del sorteo de 15 del actual contengan títulos amortizados, necesitan ser retirados por los depositantes, á fin de poder hacer efectivo el importe de aquéllos con el libramiento que se les entregará en equivalencia de los mismos.

Madrid 28 de Marzo de 1892.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

BANCO DE ESPAÑA

Habiéndose recibido de la Dirección general de la Deuda pública los talones de los resguardos hasta el número 1.600, expedidos por aquel Centro en representación de cupones de Deuda perpetua al 4 por 100 interior, vencimiento de 1.º de Abril próximo, presentados en aquella Dirección, los portadores de los citados resguardos pueden presentarlos al cobro en las cajas de este Banco en la forma siguiente:

Día 1.º de Abril.—Resguardos números 1 á 400.

Día 2 id.—Id. id. 401 á 800.

Día 4 id.—Id. id. 801 á 1.200.

Día 5 id.—Id. id. 1.201 á 1.600.

En los días sucesivos se pueden presentar al cobro en las mismas cajas, sin previo anuncio, los resguardos cuya numeración exceda de la última señalada, que serán satisfechos en el acto siempre que el Banco haya recibido de la Dirección general de la Deuda los talones correspondientes.

Madrid 28 de Marzo de 1892.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

BANCO DE ESPAÑA

El Consejo de gobierno ha acordado que se verifiquen oposiciones entre los empleados del Banco, para proveer treinta plazas de Interventores de Sucursales, á medida que ocurran vacantes, bajo las condiciones siguientes:

1.ª Los empleados del Banco y de sus Sucursales que deseen tomar parte en las oposiciones, deberán disfrutar, á la fecha de este anuncio, del sueldo mínimo de dos mil pesetas

anuales, ó contar con seis años, por lo menos, de antigüedad en el servicio del Banco.

2.ª Podrán también tomar parte en las oposiciones los actuales empleados de las oficinas liquidadoras de los contratos de recaudación de las contribuciones, y los que hayan dejado de servir al Banco en este ramo por reforma ó supresión de destino, siempre que cuenten los primeros en este día, ó contaran los últimos al cesar en sus cargos, con seis años de antigüedad en el servicio del Banco, y no excedan uno ni otros de la edad de treinta y cinco años.

3.ª Las solicitudes, escritas por los mismos opositores, se dirigirán á esta Secretaría general hasta el día 30 inclusive del próximo mes de Abril, por conducto de los respectivos Jefes.

4.ª Los ejercicios de oposición empezarán el día 16 de Mayo del corriente año, y versarán sobre las materias que se expresan á continuación:

- 1.º Cálculos mercantiles.
- 2.º Contabilidad por partida doble.
- 3.º Código de Comercio.
- 4.º Organización y Operaciones del Banco de España.

5.ª La oposición consistirá en contestar por escrito á una pregunta sacada á la suerte, de cada uno de los cuatro cuestionarios que oportunamente se formularán por el tribunal; pudiendo éste dirigir además á los opositores las preguntas ó observaciones que tenga por conveniente, como ampliación de los temas á que se refieran los ejercicios escritos.

6.ª Servirá de recomendación especial á los opositores, y como nota favorable á su calificación definitiva, el conocimiento de uno ó varios idiomas extranjeros, que demostrarán por medio de traducción correcta, versión ó escritura al dictado; y este efecto, en las solicitudes que presenten para tomar parte en la oposición, deberán expresar el idioma y la clase de ejercicio de que desean ser examinados.

Madrid 28 de Marzo de 1892.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

LOS QUE TENGAN TOS
 va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
 sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento. *Pídense estos medicamentos en todas las boticas.*

¡¡DESCONFIAD!! ¡¡DESCONFIAD!!

La casa VICTOR VAISSIER, de PARIS, ha hecho popular el nombre Congo aplicándolo á un jabón de tocador, incomparable y deliciosamente perfumado. Este maravilloso jabón tiene por título **Jabón de los Príncipes del Congo**, y lleva siempre el NOMBRE de su fabricante VICTOR VAISSIER. Ponerse en guardia contra las groseras imitaciones inspiradas por el inmoderado apego al lucro.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis. Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

MADRID
 TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA,
 8921



GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.º GIROD
Sucesor de Losada.

SEÑORAS

Si queréis Sombreros elegantes y más baratos que en parte alguna, ver la gran colección de esta casa. Precioso surtido de tocás y sombreros redondos de mañana á 70 y 80 reales. Para vestir, elegantes modelos de capotas y sombreros desde 6 duros. Precios fijos.

Mad. Pernette, **BARQUILLO, 27**

SEÑORAS

La perfumería
THOMAS
es la que vende la perfumería fina á precios reducidos.

La perfumería
THOMAS
es la que vende los perfumes sueltos para el pañuelo á 5 reales onza; el **Heliotropo blanco**, perfume fino, delicado y muy permanente, á 6 reales.

La perfumería
THOMAS
es la que presenta en sus anaqueles un millón de caprichosos objetos con perfumes ó sin ellos, para regalitos de poco precio.

La perfumería
THOMAS
está situada en la calle **MAYOR, 36**. Fijarse bien en las señas: número 36, entre las calles de Coloreros y Bordadores.
Los precios son fijos, marcados en los objetos.—Prohibido el regatear.

FÁBRICA DE GUANTES
J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes, novedad en piel caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza y lana.
Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.
ESPECIALIDAD EN GUANTES A LA MEDIDA
7, Fuencarral, 7

PERUJO-ANGULO
DICCIONARIO
DE
CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.—TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

ES DIGNA DE SER VISITADA LA NOTABLE
EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS
Y
CORONAS.

DE
G. KUHN SEIS SALONES CRUZ, 42
Fiscos principales.

Sección 1.ª—Flores para vestir. 2.ª—Ornato de salón.—3.ª Flor para iglesia.—4.ª Flor para cementerio.—5.ª Material para flores.—6.ª Plumas y azabache para sombreros.

Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar,—y modelos de cristalería, mayolica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

GRAN CERERIA

FABRICA DE BUJIAS

Esteáricas y transparentes, blancas y colores de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.
Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Peninsula y Ultramar
Princesa, 40 **SALVADO Y SALA** Barcelona
Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país. en **CERAS PURAS DE ABEJAS** para el **Culto católico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.
BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.
CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

El VINO de
PEPTONA CAILLON
restablece las fuerzas,
las digestiones, el apetito.
Es el mejor reconstituyente de
las personas debilitadas por
la edad, el crecimiento, las enfermedades

DEL ESTOMAGO
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
Su grandioso éxito ha dado origen á
muchas imitaciones; debe, pues, exigirse
la firma CAILLON.

3, Boulevard Saint-Martin, París
y en las buenas farmacias

* MEDALLA EN BARCELONA, 1888 *

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.º FRANCK

Estreñimiento,
Jaquica,
Malestar, Pesadez gástrica,
Congestionés,
curados ó prevenidos,
(Ellequia adjunta en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
91, rue des Petits-Champs.
En todas las Farmacias de España.

R. BONIQUET
MEDICO-CIRUJANO
dentista

Especialista en las enfermedades de la boca y colocación de dentaduras.
Premiado en la Exposición Universal de Barcelona.

ESPOZ Y MINA, 9, PRAL.—MADRID

Consulta ordinaria: Todos los días laborables de **10 á 6**.
Gratis á los pobres: los martes, jueves y sábados, de **8 á 10**.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO

CERVANTES

BALMES

CISNEROS

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVII.—TOMO XV

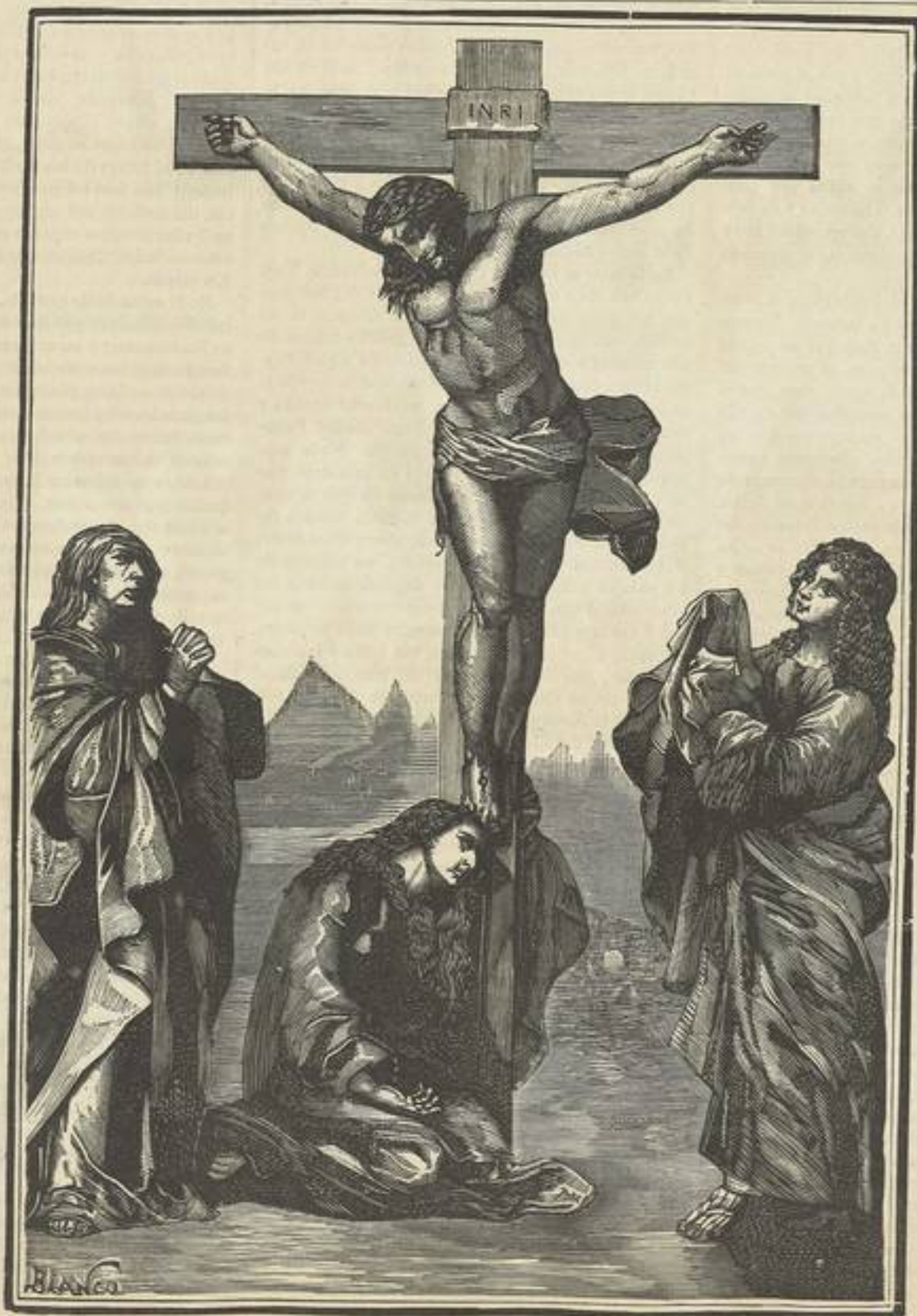
REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	1,50 pes.
Tres meses.....	4 " "
Seis meses.....	7,50 " "
Un año.....	15 " "
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 " "

NÚMERO 7.—Madrid 15 de Abril de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	15 francos.
Un año.....	28 " "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 " "



EL GÓLGOTA

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Capítulo primero: Principios de la persecución contra Jesucristo, por el P. Miguel Mir.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—La Semana Santa en Salamanca, por J. Domínguez Serrueta.—Tradiciones de Tierra Santa, por M. Polo y Poyrolon.—Perspectivas de viaje, por Francisco Aguilar y Bisca.—Advertencia.—Reclamación.—Anuncios.

GRABADOS

El Gólgota.—La coronación de espinas.—Las pirámides de Egipto.—Puerto de Fernando Pío.—Monasterio visto desde Casa Monaca.—Casino de la Reina.

LA QUINCENA

ANTES que vea la luz pública el próximo número de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA habrán comenzado a celebrarse las grandes festividades de Semana Santa. Todo cuanto no se relacione de algún modo con esta augusta conmemoración debe apartarse de la mente del cristiano, y los sucesos, los comentarios, las noticias deben ser relegados a secundario lugar, ante la magnitud del memorable acontecimiento que periódicamente nos recuerda la Iglesia. Días deben ser estos consagrados exclusivamente a la oración y al recogimiento; días de recordar y de sentir, de postrarse ante los altares del Dios vivo, de acompañar con el pensamiento y con el corazón a nuestro Redentor adorable en todos los instantes de aquellas amarguísimas horas que transcurrieron entre la tarde serena del Cenáculo y la tarde tempestuosa del Gólgota; días de escuchar tan solo la voz maternal de la Iglesia, que se afana por conducirnos, por medio de sublimes historias y de memorables ejemplos, del silencio, del recogimiento y de las austeridades de la penitencia, al sagrado camino del Calvario.

Esta semana, que empieza el domingo de Ramos y termina el sábado Santo, se ha llamado *Semana Mayor*. «No porque tenga más días que las demás semanas, dice San Juan Crisóstomo, ni porque sus días cuenten mayor número de horas, sino por el número y la magnitud de los misterios que en ella se celebran.» Porque, en efecto, en aquellos días fué destruída la tiranía del demonio, quedaron vencidas la muerte y el pecado, borrada la sentencia de maldición que pesaba sobre la triste raza de Adán, y fueron abiertas de par en par para el hombre las puertas de la celestial Jerusalén. También se la ha llamado semana *penosa*, aludiendo a las penas y sufrimientos del Salvador; semana de *indulgencia*, porque en ella recibían la absolución los penitentes; semana *Xerophagia*, porque durante ella sólo se comían viandas secas sin condimento de ninguna clase. Los primitivos cristianos no tomaban, en efecto, durante aquellos seis días más que pan y agua, y se consideraba como una falta de fervor añadir a aquella frugalísima comida algunas verduras silvestres. Pero a todas estas denominaciones ha venido a sobreponerse la de Semana Santa, con la cual es conocida y celebrada entre los pueblos cristianos.

Ya el sábado de Pasión nos recuerda la Iglesia en el Evangelio la comida del Salvador en casa de Lázaro, a quien acababa de resucitar; la acción de Magdalena ungiendo los pies del Divino Maestro con el bálsamo precioso, y las palabras tiernísimas con que Jesucristo preparó a sus discípulos para la postrera y dolorosa despedida. A la mañana siguiente, salió de Betania y se encaminó a Jerusalén. Cuando a la vuelta de un recodo del camino divisó a la ciudad, blanca, hermosa y rozagante, envuelta en los efluvios de la luz matutina, fué cuando sintió traspasado su corazón por aquel vehemente dolor que arrancó abundantes lágrimas de sus ojos. *Et videns civitatem flevit super eam.* «Al contemplar la ciudad, lloró sobre ella.» «Si al menos ahora, añadió suspirando, en medio de sus discípulos, que contemplaban absortos la escena conmovidos ante la manifestación de aquella pena tan hon-

da, si al menos ahora supieras aprovecharte de mi visita y quisieras ponerte en paz con el cielo... mas no; porque ahora todo está encubierto a tus ojos.» El pueblo de Jerusalén lo conoció; y al verlo llegar, montado en un pollino, a la manera de los antiguos Jueces de Israel, salió a recibirle, llevando ramos de oliva en sus manos y llenando el aire con alegres vítores y estruendosas aclamaciones. *Hosanna al Hijo de Dios! Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!*

La Iglesia nos recuerda el domingo de Ramos esta triunfal entrada de Jesucristo en Jerusalén. Antes de la misa se bendicen las palmas y luego se verifica la procesión. Nada más hermoso que esta procesión de las palmas. El templo semeja un bosque profundo. Las nubes de incienso se balancean en los aires, las palmas se cimbrean con gallardísima elegancia, y al juntarse las unas con las otras forman, bajo las altas bóvedas, otra bóveda florida bajo cuyas móviles arcadas parece que se vé pasar al Divino Salvador, risueño y complaciente, en su mansa cabalgadura. El coro repite las palabras de los habitantes de Jerusalén, y los ramos de olivo, de laurel, de romero, que el pueblo tiene en sus manos, perfuman el ambiente con los efluvios primaverales. La procesión llega a las puertas del templo, que se encuentran cerradas, porque la Iglesia quiere darnos una sublime enseñanza con el simbólico lenguaje de las ceremonias. Así se encontraban, en efecto, las puertas del cielo antes de la venida de Jesucristo; pero el Sacerdote, imagen de Cristo, llama con el cuento de la Cruz, porque la Cruz es la única que pudo abrirnos aquellas puertas, y recita las palabras del salmo XIII: «Alzad, oh príncipes, vuestras puertas, y levantaos vosotros, puertas eternas.» Las puertas se abren y el triunfal cortejo penetra en la iglesia, entonando el cántico de la victoria y agitando en sus maños las palmas de la inmortalidad.

En la misa se canta la Pasión del Salvador. Tres voces nos hace escuchar la iglesia: la del diácono que relata los hechos de la patética historia; la del subdiácono que representa la de todos cuantos de una manera ó de otra tomaron parte en aquel drama sangriento; y la del Sacerdote, que recuerda la de la Augusta Víctima, grave, profunda, serena y llena de solemne majestad. A éstas añadió Palestrina, una cuarta, que es la del pueblo. Nada más sublime que el canto de la Pasión en nuestras viejas catedrales y en aquellas iglesias en que se conservan las puras tradiciones de nuestra música religiosa. Las tres voces resonando alternativamente, ó reuniéndose en hermoso terceto, en algunos de los pasajes culminantes de la sagrada historia, los acentos con que interviene el coro, nutrido de voces y acompañado por las armonías de la orquesta, constituyen un todo tan triste, tan bello y tan conmovedor, que el alma se siente transportada al Huerto de las Olivas, al pretorio de Pilatos, a la calle de la Amargura, a la cumbre del Calvario, y cree asistir a todos los actos de la espantosa tragedia.

Durante la tarde del miércoles reinan la tristeza y el luto en lo interior de los templos. Cesa ya el clamor de las campanas; negros crespones cubren los altares; amontónanse en el augusto recinto misteriosas las sombras, con las que en vano quieren luchar las débiles luminarias del *Tenebrario*. El oficio de Tinieblas respira todo el profundísimo dolor; no hay jefe ni pastor que lo presida, porque escrito está: *Heriré al Pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño.* No hay Invitorios, ni himnos, ni *Gloria Patri*, ni bendiciones. Sólo turban el silencio del templo los sollozos del arpa de David llorando los ultrajes y la muerte del Redentor, y los nerviosos acentos de Jeremías cantando las ruinas de Jerusalén en estrofas inmortales:

«Faltó el gozo de nuestro corazón y convirtiéndose en luto nuestra danza.

«Cayó de nuestra cabeza la corona; ¡ay de nosotros! porque pecamos.

«Por esto nuestro corazón ha quedado triste y nuestros ojos se han cubierto de tinieblas.

«A causa de la desolación del monte Sión, raposas anduvieron en él.

«Mas tú, Señor, eternamente permaneces y tu solio por generación en generación.

«¿Por qué nos olvidaste para siempre? ¿Nos olvidarás por largura de días?

«Conviértenos, Señor, a Ti, y nos convertiremos. Renueva nuestros días como al principio.»

Y cuando todas las voces se hayan extinguido, cuando el eco de las últimas notas del *Miserere* se pierda en las altas bóvedas, lejano y doliente como el postrer pto de un ave moribunda; cuando las sombras se aglomeren espesas en el ámbito del templo, y la luz misteriosa que corona el *Tenebrario* haya desaparecido como un fuego fátuo en la oscuridad de la noche, entonces surgirá de las negras profundidades del santuario un clamoroso estruendo, que nos hará recordar aquel otro, sobre toda ponderación formidable, que se alzó como un coro extraño y gigantesco al tocar al momento de su consumación la tristísima tragedia del Calvario.

En la mañana del jueves deponen la Iglesia su tristeza y se viste con los ropajes de la alegría. Rómpanse las nubes que oscurecían el santuario, y por aquel rompimiento se precipita el sol, inundándolo todo de celeste gozo y de claridad sobrehumana. Las cruces continúan cubiertas, pero con blancos velos; blancos y recamados de oro son los ornamentos sacerdotales; en el coro resuenan de nuevo sublimes armonías; con los acentos del órgano mézclase el alegre repiqueteo de las campanillas de plata; el incienso se quema sobre las áscuas que arden en el fondo de los turbulos de oro; el aire está impregnado con los penetrantes aromas de la juncia, del romero, del espliego, del cantueso y del tomillo; los templos exhalan el perfume de las grandes solemnidades. Celébrase la institución de la Sagrada Eucaristía.

En la epístola de este día, San Pablo nos recuerda las disposiciones con que debemos recibir el agosto Sacramento; y en el Evangelio nos da a conocer San Juan el inmenso amor y la indecible humildad del Hijo de Dios, postrado delante de sus discípulos para lavarles los pies. Durante la Misa se celebra también en las catedrales, desde el siglo XVII, la magnífica ceremonia de la Bendición de los Oleos.

Luego se organiza la procesión. Elévanse, entonados por mil voces, solemnes y majestuosos, los acentos del *Pange Lingua*; y a través de la muchedumbre arrodillada atraviesa, como una visión de gloria, el brillante y triunfal cortejo que acompaña al Sacerdote, cuyas manos sostienen el velado cáliz donde va custodiado el Divino Cuerpo del que murió por salvarnos.

En seguida se desnudan los altares, y el magnífico oficio del Jueves Santo termina con la conmovedora ceremonia del Lavatorio. Todo, pues, rebosa en la mañana del jueves alegría y amor; a la tarde vuelve la Iglesia a su llanto y a sumirse en el desconsuelo y la tristeza.

El Viernes Santo se consideró y guardó como domingo, durante muchos siglos, en toda la cristiandad. Ningún cristiano, a excepción de los niños menores de siete años, estaba exceptuado de la vigilia y del ayuno extraordinario; y aun hoy, a pesar de la general debilitación de la fe, ¿quién habrá que no se imponga voluntariamente en este día alguna extraordinaria penitencia?

En los oficios de este día se celebra el sublime acto de la adoración de la Cruz, y se cantan los *Improperios*, ó sea aquellas dulces reconvenções y amargas quejas que el corazón de nuestro Divino Salvador dirigía a los judíos que lo llevaban al suplicio.

«Pueblo mío, ¿qué te he hecho yo, ó en que te he entristecido?

«Porque te saqué de la tierra de Egipto, preparaste una Cruz a tu Salvador.»

La soledad de la Santísima Virgen empieza a recordarse en este día, y el canto vespertino llega al colmo de la tristeza y de la desolación. Los altares

desnudos; mudas las campanas; en tinieblas los templos; la Iglesia es una viuda inconsolable que llora sobre el sepulcro de su esposo. Pero las cruces están ya descubiertas, porque son las banderas que nos han de guiar á la victoria.

La solemnidad del sábado tiene ya otro carácter. Se bendice el agua para las fuentes bautismales; se enciende el nuevo fuego, que sale de las entrañas del pedernal, como salió el Justo por excelencia de su sepulcro de piedra. Estas ceremonias, tanto en la Iglesia de Oriente como en la de Occidente, se celebraron siempre con gran pompa. El oficio reviste ya los caracteres de la Pascua; las campanas recobran su voz, tan conocida y amada de los fieles, y los templos resuenan con los ecos de la *Alleluia*. «Cristo ha resucitado» canta el diácono, y el pueblo responde *Alleluia*. Es la Pascua, la fiesta por excelencia. Ya han desaparecido las señales de duelo; los altares se muestran adornados con rica magnificencia; los ministros del santuario ostentan de nuevo vistosos y bordados ornamentos; los fieles acuden presurosos á los templos, y todos los semblantes respiran alegría.

La naturaleza se une á la Religión para solemnizar la gran fiesta. Todo renace á la vida, y el universo material, por la voz de todos los seres que lo pueblan, entona regocijado, el cántico de la Resurrección. La Pascua es el triunfo de la vida sobre la muerte, y por eso este día inspira una alegría indefinible que nuestro corazón no experimenta en ninguna otra fiesta del año. *Cristo ha resucitado*. ¡Oh muerte! ¿dónde está tu aguijón? ¡Oh sepulcro! ¿dónde está tu victoria?

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

CAPÍTULO PRIMERO

Principios de la persecución contra Jesucristo.

LA vida mortal de Jesucristo se iba acercando á su término. Poco más de tres años había durado su predicación; y en este espacio de tiempo la voz del gran Profeta de Nazaret, resonando por las provincias de Galilea, Judea y Samaria, había conmovido profundamente los corazones y despertado en los espíritus abatidos las más hermosas y placenteras esperanzas.

En aquellos días terribles en que el pueblo de Israel era llegado al extremo de su decaimiento y ruina; cuando víctima de durísima opresión veía á todas horas amenazadas de muerte su independencia y patria libertad; cuando las ceremonias del culto eran escandalosamente profanadas, y las águilas del Romano Imperio se erguían triunfadoras sobre las puertas del Templo, y lo que era asilo de la Religión y trasunto de la grandeza nacional estaba convertido en guarida de ladrones y en padrón de las mayores infamias y sacrilegios; cuando bajo el peso de tantas afrentas y desastres surgían de todos los pechos ayes de indignación y de vergüenza, y las lágrimas asomaban inconsolables á los ojos, y el furor armaba los brazos lanzándolos á lucha desesperada y cruelísima, una palabra se había oído en las graciosas orillas del lago de Genesaret, debiéndose poco á poco por las villas y aldeas de aquella región desventurada, había encendido en todos los pechos extraño aliento, é infundido en todos los corazones un nuevo y nunca visto entusiasmo. Era la voz de Dios, que acudía á la salvación de su pueblo; era la esperanza de Israel, que iba al fin á realizarse; era el Deseado de todos los tiempos, el Suspirado por todas las generaciones, el Mesías tantas veces prometido, que venía á libertar á la nación escogida, á sacarla de su oprobio y esclavitud y á trocar sus días de amargura en días de honor y de gloriosa bienaventuranza.

Por muchos siglos había Israel ansiado y voceado por el gran Profeta, por el Libertador de la na-

ción, por el grandioso Dominador, que salido de su seno había de señorear la tierra y sujetarla á la divina Ley, y colmarla de gloria y de prosperidad. Toda su historia había sido símbolo de este Redentor soberano; su culto y sus creencias, sus recuerdos y sus tradiciones habían dispuesto y preparado este milagroso advenimiento. La esperanza en *el que había de venir* había sido el mayor título de su gozo en los tiempos de su prosperidad, y el único alivio y consuelo en los de sus abatimientos y desastres. De día y de noche, en el Templo y en las sinagogas, en los oratorios de los campos y en los retiros de las casas particulares, entre los judíos *ortodoxos* y entre los *herejes* samaritanos y los *cismáticos* alejandrinos, en los términos sagrados de Palestina, y entre las abominaciones de la Gentilidad, donde quiera que se hallase un hijo de Israel, clamábase continuamente á Dios que enviase al que había de enviar, al Restaurador del trono de David, al Consolador de la nación escogida; y he aquí que cuando era más viva la expectación y la curiosidad, cuando con más afán se buscaba y discutía lo que habían dicho del futuro Mesías los sabios y profetas, apareció este Consolador divino, no rodeado de majestad y humana grandeza, ni pertrechado de fuerte armadura, capitaneando ejércitos poderosos y estendiendo por todos los pueblos de la tierra sus esclarecidas victorias, cual le esperaban los descaminados Hebreos, sino vestido de humildad y sencillez, sin más compañía que la de unos pobres y rudos pescadores, sin más aparato exterior que el de su pureza y santidad incomparables, sin más armas ni pertrechos de guerra que los atractivos de su bondad y las riquezas de su misericordia infinita.

Así convenía que viniese, y así estaba profetizado que había de venir, y así vino, extraño y oscurecido para el común de las gentes, desfigurado y desconocible para los que, degenerando de la antigua fe, se habían forjado un Mesías á la medida de sus ambiciones y concupiscencias, pero manifiesto y fácil de reconocer para los que, fieles á las tradiciones primitivas, habían conservado limpios los ojos de sus corazones y viva é inalterable en sus almas la idea de la verdadera salud y consolación de Israel.

Habiendo venido al mundo, conforme á lo que de él habían anunciado los profetas¹, á evangelizar á los pobres, á sanar á los contritos de corazón, á anunciar la liberación á los cautivos, á soltar y dar por libres á los aprisionados, á predicar el año del Señor y el día de la recompensa, jamás hubo profética palabra que inviese más cabal y maravilloso cumplimiento. Investido del espíritu de Dios y ungido con su gracia, pasó Jesús por este mundo haciendo bien, aliviando todas las flaquezas y enfermedades del cuerpo y remediando todas las miserias y necesidades del espíritu. Hecho guía y adalid de nuestra salvación, consagró todos sus pensamientos y afectos al bien de sus hermanos. Su corazón fué el más puro, el más benigno y compasivo que ha palpitado en pecho humano. No hubo lástima que no le conmoviese, ni dolor que no encontrase en él la más generosa simpatía. Grandes y pequeños, sabios é ignorantes, nadie fué defraudado en la confianza que depositó en sus amorosas entrañas. Sensible á todas las desgracias y miserias que pueden abatir á la naturaleza humana, todos encontraron en él alivio para sus penas y consuelo para sus amarguras. Al hechizo de la dulzura entrañable de su condición, toda voluntad se le rendía, toda obstinación, por áspera y rebelde que fuese, se enternecía y ablandaba. No era posible acercarse á él, ni escuchar el divino acento de su voz, ni contemplar la expresión del semblante, lleno de majestad y celeste hermosura, sin sentirse extrañamente conmovido y embelesado. Diríase que una virtud oculta manaba de la sagrada persona de Jesús, que esparcía en su contorno una como atmósfera de santidad y pureza, una manera de frescor divino que halagaba deliciosamente las almas.

La misma naturaleza física parecía revivir y cobrar maravilloso vigor y hermosura delante de su Criador soberano. A su presencia vestíase el am-

biente de más bella y vistosa claridad; avivábase la tierra con nuevos esplendores; todo se hermozeaba y reflorecía, y, acatando los elementos la majestad de su autor, acudían humildemente á prestarle obediencia y vasallaje. Al imperio de su voz el aire turbado se serenaba y esclarecía, el mar recogía sus ondas, el agua perdía su movilidad y liquidez, los árboles se secaban y aridecían, los miembros del cuerpo recobraban el perdido vigor, la enfermedad desamparaba sus víctimas, la muerte devolvía los despojos de su victoria.

Mas oculta su omnipotencia debajo del velo de la humanidad, en ninguna cosa se descubría más que en la virtud de sus palabras en las almas de los hombres. Nada ha habido en el mundo comparable á su enseñanza; antes ni después nadie habló jamás como él. Jamás se oyeron de labios humanos doctrinas más santas, ni preceptos más puros, ni consejos de más alta sabiduría que los que salieron de los labios de este Maestro divino; jamás brotó de corazón de hombre, para comunicarse á los demás, calor de vida semejable al que salta ardoroso del corazón de Jesucristo.

Su enseñanza no era como la de los Escribas y doctores que había entonces en Israel, muerta é ineficaz para convertir las almas, sino viva, poderosa, irresistible, como de quien tenía potestad recibida de lo alto para instruir y adoctrinar á los hombres. Su elocuencia, animada de ardor celeste, comunicaba á los razonamientos una virtud santamente transformadora de los afectos y sentimientos humanos. Su lenguaje, divinamente popular, era llano y desnudo de todo artificio; en él resplandecía la verdad con su augusta sencillez y con su claridad más expresiva y hermosa. Imagen perfectísima de su pensamiento, su palabra no era un testigo que decía ó comunicaba la verdad, sino que era la verdad misma que se ofrecía y revelaba á los hombres; era una forma prodigiosa que se adaptaba á todos los caracteres y á todas las circunstancias de la vida; era una luz que esclarecía con no imaginado resplandor los entendimientos de cuantos le escuchaban; un fuego del cielo que abrasaba los corazones en sobrenaturales ardores; una semilla divina, que depositada en la mente y en la voluntad, hacía brotar gérmenes de vida que henchían de vigor y de lozanía las almas.

Era encanto del cielo oírle ponderar los bienes y privilegios de la virtud, la fe en Dios, la santidad de la vida, la piedad y compasión con los pobres, el perdón de los enemigos, el amor y la caridad con todos. Gozabase en pintar con los más vivos colores la felicidad de los justos, la dicha de los limpios de corazón, la bienaventuranza de los pobres de espíritu, de los mansos, de los misericordiosos, de los amadores de la paz y de los perseguidos por causa de la justicia. Viendo degradada y corrompida la religión de Israel y reducida en la mayor parte de sus seguidores á serie interminable de ceremonias exteriores y rutinarias, proclamaba á boca llena la necesidad de adorar á Dios en espíritu y en verdad, la sinceridad y trato con él familiar y amigable, la confianza en su misericordia, la desnudez y desapego de los bienes de este mundo, el arrepentimiento de los pecados, la penitencia, no tanto la exterior, que se viene á los ojos y abate y mortifica el cuerpo, cuanto la interior del espíritu, humilde, sincera, dolorosa y que es acepta á la divina Majestad; advertía que el camino de la perdición era ancho, y que muchos andaban por él; que no todos los que decían *Padre, Padre*, entrarían en el reino de los cielos, puesto que las obras y no las palabras habían de prepararlo y franquearlo á los hombres; encargaba que hiciesen penitencia de sus pecados, porque este reino de Dios, tan ansiosamente deseado, estaba ya cerca; que estuviesen muy sobre sí, pues no había de venir de una manera visible y ruidosa, sino tranquila y apacible, y casi sin que se diesen cuenta de ello las gentes; que en lo general no estaba fuera, sino dentro del mismo hombre, y que consistía en la habitación de Dios en el alma humana por medio de la infusión de su gracia, en la renovación y santificación de los afectos, en la pureza de un corazón en quien reverbera la luz de Dios, y que arde y se consume en las llamas de la divina caridad.

¹ Este es el primer capítulo de la *Historia de la Pasión de Jesucristo*, obra inédita todavía, pero que no tardará mucho en publicarse.

¹ *Isai*, LXL. Véase el evangelio de San Lucas, c. IV, v. 16 y sig.



LA CORONACIÓN DE ESPINAS

Este ruego sagrado él lo había venido á traer á la tierra. Enviado al mundo para buscar y salvar lo que en él había perecido, á redimir á los hombres de toda maldad, á enseñarlos á renunciar á toda impiedad é injusticia y á los deseos del siglo para vivir sobria, justa y piadosamente en este mundo, á fin de formar de ellos un pueblo agradable á la Divina Majestad y seguidor de buenas acciones, nada más quería ni anhelaba que abrazar los corazones de los hombres con este fuego divino. Hecho camino, verdad y vida del linaje humano, convidaba á los que tenían hambre y sed de justicia á que se acercasen á él, que él les daría satisfacción y hartura; excitaba á que viniesen á él los trabajados y fatigados por el peso de sus culpas, que él los aliviara; exhortábalos á que tomasen sobre sí su yugo, pues era muy suave, y su carga muy blanda y ligera; destinado, en fin, por su Padre celestial á sacrificarse por los hombres, manifestábase dispuesto á inmolarse con un holocausto tan perfecto, que había de suplir por todos los sacrificios que hasta entonces se habían ofrecido á la Divina Majestad y por cuantos pudieran ofrecerse en adelante; que con él había de aplacarse la indignación divina y rescatarse de todo punto los pecados y maldades

de los hombres; que era llegado el tiempo en que, por efecto de este holocausto, todos los pueblos de la tierra habían de ser llamados á la gracia y amistad de Dios; que pronto las tiendas de Israel se ensancharían hasta cubrir toda redondez de la tierra, para abrigar debajo de sí á todas las naciones, sin diferencia de hebreo y gentil, de sabio é ignorante, de bárbaro y civilizado; que pronto, en fin, serían todos unos en Dios, sin más Padre que el que está en los cielos, ni más ley que la ley de la caridad, ni más distinción y diferencia que la diferencia de intensidad de este santo amor en las almas.

Al calor de estas predicaciones sublimes no había corazón que no se sintiese maravillosamente conmovido é inflamado.

Los ardores del celestial amor que traspiraban de la persona de Jesús se traspasaban á las almas de sus oyentes, y todos á una, grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios é ignorantes, santamente enardecidos, sentíanse arrebatados del fuego de sus divinas palabras. El entusiasmo por su persona era inmenso, universal. La gloria de Dios en las alturas y la paz á los hombres de buena voluntad, que habían sido anunciadas á los hombres en los

días del nacimiento del Mesías, se veían realizadas á todas horas donde quiera que se presentaba el soberano Maestro. Todas las clases de la sociedad festejaban al gran Profeta que se había levantado en medio de ellas, holgándose de las cosas egregias que eran hechas por él, engrandeciendo la divina misericordia y proclamando en alta voz que al fin Dios se había apiadado de su pueblo, que los había visitado y obrado con ellos misericordiosamente enviándoles al Mesías, al Hijo de David, al Libertador de Israel, al Salvador de los hombres.

El paso de Jesús por las tierras de Palestina era una serie no interrumpida de triunfos y aplausos. Toda la tierra de Israel resonaba en sus alabanzas. Donde quiera que se presentaba se despoblaban las villas y ciudades para recibirle. A la voz pregonera de sus predicaciones y obras maravillosas, vastas muchedumbres venidas de Galilea, de Judea, de Idumea y de la tierra allende el Jordán, corrían en su seguimiento, y olvidadas de sus penurias y cansancio, seguíanle por caminos y veredas, ora en medio de los encantos de aquella región de Galilea, incomparable jardín de Dios, en el cual, al decir de Josefo¹, parece que la naturaleza se hizo violencia para criar los árboles y plantas más distintas y desenvolver el admirable contraste de todas las estaciones, ora en alguno de los innumerables pueblecillos y alquerías que esmaltaban como preciosos joyeles las riberas del mar de Tiberiades, ora en las orillas de este mismo mar, sentado Jesús en una barca y agrupadas en su contorno las muchedumbres, cuando, pasado el resistero del día, el suave aliento de la brisa oreaba la dilatada marina, y las olas azuladas del lago ventaban á quebrarse con blando y sonoro rumor en las arenas de la argentada playa.

En medio de tan divinas escenas, embeleso de cuantos las contemplaban, ya desde los principios de la predicación de Jesús comenzaron á divisarse algunas sombras que oscurecían este cuadro, el más bello sin duda que se ha ofrecido jamás á las miradas de los hombres. Mezclados entre las muchedumbres que seguían á Jesús, advertíanse de vez en cuando ciertos personajes de mirada torva y suspicaz, de fisonomía inquieta, de ademán pesquisidor y receloso. Eran estos personajes los Escribas ó doctores de la Ley, casta de gente muy general en aquel tiempo en Palestina, que profesaban la ciencia de la Ley y se creían sus intérpretes autorizados. Su actitud para con Jesús fué siempre, extraña y singular. No huían de Jesús, antes le buscaban y requerían. No le despreciaban ni tenían en poco, sino más bien le temían y recelaban. Con deseo de conocer su enseñanza acerca de las prescripciones é interpretaciones de la Ley, hacíanle mil preguntas y le proponían mil casos y dificultades. A veces aprobaban la respuesta de Jesús; pero otras veces, al oír sus declaraciones, se les veía fruncir el ceño, murmurar y contradecir entre sí, y luego apartarse y formar corrillos para discutir lo que había enseñado el soberano Maestro. Rara vez se atrevían á decir en alta voz lo que sentían en lo interior de los corazones, y menos eran osados á contradecir públicamente á Jesús en lo que había dicho ó enseñado. Conocían que el pueblo estaba en su favor y temían que la contradicción que pudiesen poner á la doctrina del santo Maestro había de resultar en su propio perjuicio y descrédito; pero si alguna vez le ponían objeciones, la respuesta del Salvador era tan pronta, tan convincente y eficaz, que desbarataba y reducía al silencio á sus contradictores, si ya la misma contradicción no servía para acreditar más su doctrina y acrecentar el vivísimo entusiasmo que tenían por él las gentes que le seguían.

Esta contrariedad ó oposición á la enseñanza de Jesús, que había empezado en sus excursiones por los pueblos de Galilea y seguido por las ciudades de Idumea y Samaria, estalló más ruidosa y alborotada al alargarse hacia la Judea, y más especialmente en Jerusalén, centro de la vida religiosa y social del pueblo israelítico.

¹ Joseph. *Guerras de los judíos*, lib. III. n. 10. Sobre la fertilidad y belleza de Galilea puede verse, entre otras, el libro de Selah Merrill *Galilee in the time of Christ*.

Era por aquel tiempo la santa ciudad, en su aspecto religioso y social, trasunto horrible de la ignominia y abatimiento en que agonizaba el pueblo de Israel. El sagrado recinto donde había reinado David; donde Salomón había esparcido los rayos de su sabiduría y de su gloria; donde Isaías, Jeremías y los demás profetas de Israel habían dejado oír, ora los acentos sublimes de sus amenazas, ora los tremendos gemidos de sus tristezas; y donde parecían aún errar las sombras de Ezequías, de Judas Macabeo y de los Príncipes elegidos por Dios para regimiento y salvación de su pueblo, era víctima de la profanación más dolorosa que podía amargar el corazón de todo buen israelita. El gentil extranjero hollaba con su planta inmunda el suelo de la ciudad fundada sobre los santos collados, corona de la hermosura, reina de las naciones y regocijo de toda la tierra. La dominación romana, que había empezado por alianza y protectorado, había acabado por usurpar casi de todo punto el gobierno de la República. El Procurador imperial, aparentando respetar las costumbres e instituciones de Israel, las despreciaba y escarnecía á todas horas. Los tribunales donde se habían asentado los jueces representantes de la divina jurisdicción á que estaba sometida la tierra, que era herencia de la Divinidad, estaban ocupados por los representantes del más desenfadado paganismo y de la más abyecta idolatría. Soldados romanos recorrían á todas horas las calles sagradas de Jerusalén, amenazando con su torva mirada á sus legítimos poseedores; agentes y oficiales del pagano infiel ocupaban sus más espléndidas moradas, y sus ministros y alcabalesos sacaban á los míseros Israelitas el tributo que era debido á solo Dios. En manos del Gobernador gentil estaba, ya directa, ya indirectamente, la provisión de las dignidades sagradas. El Templo estaba dominado, más moral que física y materialmente, por la fortaleza Antonia. En esta fortaleza, propiedad del Gobernador romano, se custodiaban las vestiduras del Sumo Sacerdote, el manto, la tiara, el sagrado pectoral, prestándolas el poco tiempo, y no más, que duraban las grandes solemnidades; con lo cual podía decirse que el alma de la religión israelítica, el Mediador entre Dios y los hombres, el Urim y Thummin ¹ estaba cautivo y secuestrado.

Tal abatimiento e ignominia había irritado mil veces los ánimos de los Judíos y provocádolos á tumultos y rebeliones. La presencia de los Gentiles en la santa ciudad era insulto intolerable para todo corazón israelita. Si los Romanos despreciaban á los Judíos, mirándolos como hez de la humanidad y dignos de la malevolencia universal, los Judíos les pagaban con odio aún más entrañable, como á extranjeros conquistadores y como á ídólatras incorregibles. El volcán había mil veces estallado en vastos incendios. La sangre de los Israelitas había enrojecido los campos y las calles de Jerusalén y aun el sagrado recinto del Templo. Los Procuradores romanos habían muchas veces vencido á los insurrectos y levantiscos, pero nunca habían podido vencer las ideas y sentimientos de alta independencia que se fomentaba en los corazones. El odio al extranjero, el indomable amor á la libertad, el celo por la religión y por la conservación de sus tradiciones, exaltaba á cada momento el patriotismo de los Israelitas y los precipitaba á actos heroicos y á resoluciones desesperadas.

Pero más que la tiranía y crueldad de los Romanos, ofendía las conciencias de los sinceros amadores de la gloria de Israel la profanación y el escándalo de sus propios hijos. Debilitada la antigua fe, desaparecida la enseñanza de profetas, ocupada la cátedra de Moisés por hombres indignos, la ambición y el cohecho, que de tiempo atrás venían minando el gobierno de Israel, lo habían invadido todo, derramando á todas partes la corrupción y el escándalo. La abominación de la desolación estaba sentada en el Santuario. El Templo, que debía ser



LAS PIRÁMIDES DE EGIPTO

fuente de salud y de vida, era para gran parte de los Israelitas origen de perdición y de muerte. El sacerdocio, honor y gloria antigua de Israel, era su irrisión y su lepra. La venalidad y la intriga disponían de las dignidades más sagradas. El Sumo Pontificado estaba puesto al encante. Quien más daba, aquel lo obtenía. Habiendo por largos años turnado entre las principales familias de Jerusalén, como no fuese posible satisfacer las concupiscencias de tantos como lo pretendían, mudábase con frecuencia, cada año por lo menos, si ya influencias más inmorales no eran motivo de continuar por más tiempo una misma persona en aquella altísima dignidad. Sujetos vulgarísimos la ocupaban, sin más título para lograr aquel oficio que el que les daban sus riquezas, sus parentescos y sus amistades con tal ó cual personaje. Hubo veces en que la suprema dignidad de la Religión se confió á hombres afeminados y disolutos y aun á niños. Su ignorancia era tal, que algunos de ellos ni siquiera eran capaces de leer los textos de la Ley, de que ocurría hacer mención en el cumplimiento de sus deberes. Sus costumbres iban por el mismo camino. En las historias de Flavio Josefo aparecen como grandes señores, nadando en el fausto y en la opulencia, vistiendo con lujo insolente, banqueteeando opíparamente, y dando fiestas á sus amigos en las magníficas casas de campo que tenían en las cercanías de Jerusalén, mientras que sus criados y esbirros oprimen al pueblo con tributos exorbitantes, sacándoles á fuerza de golpes las contribuciones destinadas al Templo y los diezmos de los frutos de la tierra.

Si tal era el ejemplo que daban los que habían de ser luz de la sociedad, vigías de Israel y pastores del pueblo, juzguese cual estaría éste y á qué punto habría llegado en él la profanidad y corrupción de las costumbres. Habiendo desaparecido la fe en Dios pura y filial de los Patriarcas, enmudecido la voz de los Profetas y extinguiéndose el patriótico ardor de los valerosos Macabeos, la religión de Israel era mas bien exterior y de ceremonias que interior y del espíritu. Moisés les había dado la Ley, pero ninguno la cumplía. Infatuados con sus antiguas tradiciones y grandezas, gloriábanse los Israelitas de ser hijos y descendientes de Abraham y los predilectos de Jehová; pero ni tenían la fe de Abraham, ni hacían nada para ser los hijos y escogidos de Dios. Honraban á Dios con los labios, pero su corazón andaba muy lejos de él. Tenían celo por la Ley, pero no según ciencia. No adoraban á los ídolos, pero el culto que rendían á la

Divinidad estaba reducido en los más á prácticas y observancias exteriores que, no penetrando en el corazón, apenas tenían influencia en la norma y arreglo de la vida. Tenían á la Ley por regla de las costumbres, pero más como título de orgullo nacional y motivo para despreciar y aun odiar cordialmente á los extranjeros; y además, tal cúmulo de comentarios e interpretaciones le habían añadido, que en muchos casos había desaparecido debajo de ellos la forma de la verdad divina, no quedando más que las vanas y desautorizadas interpretaciones de los hombres. No hay duda que entre los Judíos del tiempo de Jesús había muchos hombres verdaderamente buenos, puros de corazón y que celaban el honor de la religión y el triunfo de la justicia; muchos que procedían rectamente delante de Dios y que andaban en su acatamiento atentos á sus preceptos y justificaciones, y no pocos también que, llenos del Espíritu Santo, esperaban la consolación de Israel; pero también es verdad que, hablando en general, más que de la justificación y santidad interior de las costumbres, cuidaban los Israelitas de las reglas y observancias exteriores, cifrando en ellas la perfección de la justicia; exaltaban y engrandecían á los que halagaban su orgullo y alimentaban su fanatismo, y escarnecían á los verdaderos servidores de Dios, y denostaban y apedreaban á los profetas, y mataban á los que Dios les enviaba para su salvación y remedio. Tenían, como advierte San Pablo ¹, á título de gloria el nombre de judío, y descansaban en la Ley y se gloriaban de Dios, pero deshonraban el nombre judaico y afrentaban á la Ley, y ofendían e irritaban á Dios; ufanábanse de ser guías de los ciegos e iluminadores de los que estaban en las tinieblas; proclamábanse maestros de los ignorantes, y enseñadores de los que no sabían hablar; envanecíanse de poseer en la Ley la forma de la ciencia y de la verdad, y al propio tiempo cometían los mismos y aun peores escándalos que los que cometían los demás; pretendían enseñar á otros, y no se enseñaban á sí mismos; declamaban contra el hurto, y hurtaban á todo ruego; escandalizábanse de las torpezas de los Gentiles, y se desenfadaban en ellas; abominaban de los ídolos, y perpetraban horribles sacrilegios; gloriábanse de la Ley, y deshonraban á todas horas á Dios por la prevaricación de la Ley. A tal punto de miseria y envilecimiento había llegado aquel pueblo heroico, cuya historia es la maravilla más grande del mundo antiguo; el que cumplió los más sublimes des-

¹ Llamábase así dos piedras preciosas engastadas en el pectoral que llevaba en la parte anterior el Sumo Sacerdote, y en cuyos misteriosos reflejos inspirábase éste y conocía la voluntad de Dios y anunciaba los secretos de lo porvenir. Al decir de Josefo, hacia docecientos años que estas piedras habían perdido su brillo, interrumpiéndose así los oráculos divinos, en castigo de la prevaricación y de los pecados de su pueblo.

(1) Rom. II, 17-23.

tinios á que ha sido llamado pueblo alguno en la tierra; aquél que mantuvo incólume la idea de Dios y de su Soberana Providencia, y á quien perteneció la adopción, la gloria, el testamento, la legislación, el culto y las promesas¹.

Esta aberración de ideas y corrupción de costumbres, aunque general en toda Palestina, alcanzaba mayor pujanza y extensión en la ciudad de Jerusalén. Si el natural de Judea, por morar en la tierra donde se reconcentró la historia del pueblo judaico, se creía noble y privilegiado entre los demás, teniéndose por más puro y ortodoxo, y mirando con no disimulado desprecio al rudo é indocto galileo, y más aún al hebreo de Alejandría y de Babilonia, el morador de Jerusalén considerábase singularmente aventajado entre los habitadores de todos los pueblos y ciudades del judaísmo. Él era el morador de la ciudad de Dios, de la cual se habían predicado cosas tan gloriosas; el oyente asiduo, el aprobador entusiasta, tal vez el intérprete é inspirador de los más famosos maestros que, venidos de todas las regiones á donde se había propagado el judaísmo, exponían los secretos de sus enseñanzas en las escuelas y sinagogas, y especialmente en los pórticos del Templo. Él tenía continuamente á su vista el santuario de la Divinidad, símbolo de la fe de Israel y asiento de la gloria de Jehová, cuya presencia parecía santificar todo lo que se asentaba á su sombra. Y como habitador de un sitio al cual miraba Dios con singulares complacencias, creía ser de familia más noble, pertenecer á tribu más privilegiada, participar hasta cierto punto de la nobleza y santidad de la tierra, en la cual moraba. Además, la viveza y prontitud de su ingenio, propias de los moradores de las grandes poblaciones; el trato con los extranjeros, y la vista y perpetuo contacto con los Príncipes del pueblo y con altos dignatarios de la religión, y con cuanto lucía y tenía influencia en la gobernación del Estado, había exaltado su orgullo é infatuado su vanidad. Sus costumbres, con la comunicación con los paganos y extranjeros, se habían tornado livianas y corrompidas, debilitándose, al paso de esta corrupción, la pureza de su fe, y creciendo en igual medida su falsedad é hipocresía. Pero si el fundamento de su fe había sufrido grandes menguas y embates, su amor á la observancia de las ceremonias del culto, no sólo no había degenerado, antes se había mantenido firme é inalterable, y aun acrecentádose extraordinariamente, en especial después de la consagración del nuevo Templo construido por Herodes, y con las cuatrocientas y ochenta sinagogas que había en la ciudad. Fanáticos por las formalidades de la liturgia, su intransigencia en este punto era indomable. La santidad de la creencia había sido sustituida por la exaltación de la pasión religiosa. Un viento de fanatismo corría sobre la ciudad de Jerusalén, que á la hora menos pensada podía transformarse en tempestad anunciadora de grandes estragos.

A causar y mantener este estado de cosas habían contribuido no poco las sectas, ó más bien tendencias y diversidades de opiniones religiosas que desde antiguo habían dividido y banderizado á los Israelitas, ensangrentando mil veces sus campos y ciudades, y que, aunque apaciguadas por el dominio extranjero, así apasionaban los ánimos y de tal manera trastornaban las cabezas de las gentes, que no había quien se librara de su influencia ni dejara de participar en los odios y rencores comunes.

Los más célebres y dignos de noticia y atención entre estos sectarios, eran los Fariseos. De los mil tipos, caracteres y clases de hombres que formaban la sociedad israelítica, el que más chocaba y atraía la mirada del observador era este singularísimo personaje, el más genuino representante del espíritu religioso de Israel en su deplorable decadencia. Su traje y ademán exterior, su manera de hablar y conversar con los demás, sus costumbres y hábitos religiosos le delataban á la legua. Si en medio de una muchedumbre irregular y abigarrada se veía algún individuo de continente devoto y reservado, ladeada la cabeza, los ojos entornados, ostentando en su frente y en los brazos anchas filacterias, ó sea rollos de pergamino en los cuales

estaban escritos algunos versos de la Ley, y en el ruedo de sus vestiduras pequeñas franjas de color azul, símbolo de la Alianza; si en el caso de haber llegado el momento de hacer sus oraciones se le veía interrumpir de pronto sus quehaceres y pararse en medio del camino, y componer el cuerpo y el vestido, y juntos los pies y vuelto el rostro hacia el Templo, inclinarse tan profundamente, que «todas las vértebras de la espada se separaban unas de otras», ó á lo menos «la piel que cubre el corazón se doblaba en pliegues»², aquél era legítimo fariseo.

El Talmud³ cuenta no menos que siete especies de Fariseos, cuyos nombres bastan para dar idea de la calidad y naturaleza del personaje: el encorvado bajo la carga de la Ley, que afecta llevar sobre sus espaldas; el que pide dinero por sus oraciones ó por cumplir un precepto; el de frente ensantada, que por no mirar á las mujeres anda con los ojos cerrados y da con la cabeza en las paredes; el fastuoso que gusta llevar anchas y flotantes vestiduras; el que saluda á todos buscando alguna obra buena en que ocuparse; el dominado por el miedo; el movido por el amor. El fariseísmo, no sólo era secta ó escuela, sino también tradición de familia. Si el padre era fariseo, el hijo y aun las hijas lo solían ser también. Entre ellos se había formado una hermandad que en tiempo de Jesucristo contaba unos seis mil asociados, para entrar en la cual se hacía una especie de noviciado, habiendo además en la hermandad varios grados y categorías. Era deber de todos el obligarse con voto á pagar los diezmos de todo lo que compraban ó vendían, á guardar las prescripciones de la pureza legal, absteniéndose de tocar lo que se consideraba como impuro, y á guardar con severidad la santidad del sábado. Este lazo de sociedad, su traje y vestido, sus usos y costumbres, les habían dado cierto aire de familia que había contribuido á formar su carácter moral y á exagerar sus hábitos y tendencias.

Pero más que la apariencia exterior, distinguían á los Fariseos la actitud y disposición de sus ánimos, su reserva y falsa modestia, la satisfacción que tenían de sí, el desprecio que hacían de los demás, en especial del gentil impuro ó del que ignoraba ó no cumplía la Ley. Sus costumbres, en general, eran suaves y morigeradas; pero cuando los exaltaba el fanatismo, el celo de la Ley ó el patriotismo religioso, solían propasarse á las mayores violencias. Teniéndose por los más hebreos entre los hebreos y por la flor de la nación y nervio de la Ley y del judaísmo, se creían purísimos é irreprochables en todo, nacidos hijos de la gracia y justificados en sus pensamientos y acciones. Patriotas exaltados, abominaban de toda novedad que pudiese atentar á las ideas é intereses del más puro judaísmo. Inspirados por el celo de la Ley, todo tomaba en ellos un viso y color religioso que frisaba en la superstición y en el fanatismo. Dios, sólo Dios, era el rey de Israel; él solo era el señor de la tierra de Palestina, y el único á quien debía rendirse obediencia y vasallaje; y alborotados con estas ideas, miraban la presencia de los Gentiles, sus dominadores, como el mayor insulto que podía inferirse á la divinidad; odiaban de muerte su dominación, y se negaban obstinadamente á pagarles tributo.

Siendo la Ley y la tradición de sus padres y las enseñanzas de sus doctores eco de la palabra misma de Dios, juzgaban á sagrada obligación sostener con tenacidad inquebrantable, no solamente las observancias mínimas de esta Ley, sino también lo que llamaban su *cercos* ó *valladar* (Gader) que eran las consecuencias que de ellas se derivaban y las prácticas que insensiblemente se les habían añadido, ora por la enseñanza de los doctores, ora por la rutina y uso común. Por tales tenían la recompensa de premios y castigos de la otra vida, la resurrección de los cuerpos de los muertos, la existencia de los espíritus como sustancias separadas, la transmigración de las almas, la actitud pasiva del hombre respecto de los acontecimientos ordenados por la Providencia, y ante todo y sobre todo las prescripciones

acerca de la pureza legal, de la guarda del sábado y del pago de los diezmos y primicias. Estas prescripciones eran objeto especialísimo de su celo. Todo en ellas estaba previsto y cautelado. No había fruto de la tierra, por despreciable que fuese, de que no hiciesen pagar el diezmo; en la observancia del sábado afectaban un rigorismo absoluto é inquebrantable; y respecto de la pureza legal, todo cuanto usaban ó de que se servían en la comida, en el vestido, en los alimentos, en el tiempo, forma y circunstancias de todas las prácticas de la vida, estaba sujeto á la purificación, hasta el punto de decirse de ellos que eran capaces de lavar el mismo globo del sol y sujetarle á los estatutos de la limpieza.

Esta formalismo exterior era para los Fariseos regla de santidad y norma y padrón de justicia. Quien lo guardaba era digno de su trato y conversación; el que no, era despreciado y maldecido. El que sabía la Ley, era santo y justo; el que la ignoraba, aunque llevase una vida purísima é irreprochable, era pecador y execrable.

Este era el yugo que todo buen Fariseo se gloria de llevar desde los días de su niñez; éste era el objeto de su ciencia y estudio, el asunto de sus conversaciones, lo que tenía continuamente en las manos, en los rollos de pergamino que llevaba atados á sus muñecas, y lo que tenía siempre á la vista en las franjas que llevaba pegadas al ruedo de su vestido.

Todo su empeño era que todos, grandes y pequeños, observasen las prácticas de la Ley tales como ellos las entendían, creyendo que en hacerlo así se alejarían de caer en los horrores del gentilismo, estaba librada la lealtad que debían á Dios y la esperanza de que éste, en virtud del pacto que tenía hecho con su pueblo, les cumpliría la promesa de hacerles felices en esta y en la otra vida, restableciendo el reino de Israel, y enviándoles el Mesías restaurador de la realeza de David.

Por desgracia, cuando más empeño ponían los Fariseos en cumplir la letra de la Ley, más se alejaba de ellos el espíritu que debía vivificarla. A fuerza de atenerse á la letra el Fariseo, se había hecho esclavo de ella. Disputando y sutilizando sobre el más ó menos de las observancias mosaicas, había perdido de vista la intención del legislador. En lugar de servir á Dios con sencillez y pureza de corazón, habíase formado una casuística ridícula, á la cual daban el carácter de divina verdad, y que era pura invención de los hombres, que secaba y empedernía sus conciencias y que hacía odioso é imposible la guarda de la misma Ley. Gozábanse en apellidarse maestros y doctores, y en sentarse en los primeros puestos en las sinagogas, y con esta profesión exterior de virtud creían haber cumplido con Dios y con su conciencia. Guardaban con gran cuidado las tradiciones humanas, pero no se cuidaban mucho de ver si estas tradiciones contravenían á las divinas. Ponían sobre los demás cargas pesadísimas, pero se guardaban muy bien de tocarlas ni aun con la punta de los dedos; en fin, toda la religión estaba reducida para los Fariseos: en el dogma á la letra de la Ley, en la moral á la obra exterior, en la liturgia á la ceremonia, todo ello realizado con una integridad y rigorismo de principios, que si no les daba la realidad de la virtud, les prestaba su apariencia, regalándoles de adhelela el derecho de censurar y fiscalizar despiadadamente las acciones de los demás, y darse el ridículo placer de pesquisar y descubrir errores de doctrina, que ellos creían herejías descomunales, y que no eran sino extravíos de sus conciencias pervertidas, y antojos y deslumbramientos de su insostenible vanidad.

Al lado de estos celadores de la Ley, pero no según ciencia, se levantaban los Saduceos, epicúreos y sensualistas, religiosos por conveniencia, cumplidores de los preceptos de Moisés, pero de la letra y no más, y esto menos por convicción que por el buen parecer, y por no ir contra la corriente del vulgo. Como se cuidaban poco de sutilizar sobre la Ley, sus tradiciones y creencias dogmáticas eran escasas en número y muy vagas é indefinibles. En general, en sus ideas religiosas eran más bien negativos que afirmativos, ateniéndose, en las continuas reyertas que tenían con los Fariseos, á contradecir y ridicu-

¹ A estos perteneciores desciende el Talmud en el tratado Berachot n.º 25 b. Véase Edmúndson en los Sketches of the Jewish life, cap. XIII.

² Berachot, 13.

lizar las opiniones de éstos antes que á afirmar y sostener las propias. Teníanse, sin duda, por Hebreos é hijos de Israel, acudían al Templo para adorar á la Divinidad, le ofrecían sacrificios y aun desempeñaban cargos sacerdotales; pero en realidad de verdad, no tenían más Dios que el dinero, ni más ley que la propia conveniencia, ni más fin que el de medrar y pasarlo grandemente en este mundo. La Ley era á sus ojos resto de siglos y costumbres pasadas, digna de veneración y respeto, pero en la cual se podían tomar grandes libertades. Siendo difícil al que quería gozar de este mundo cumplirla en todo su rigor, se atenían á lo estrictamente necesario, burlándose de los escrúpulos y nimiedades farisáicas. Con esta dosis mínima de judaísmo hallaban fácilmente razones para capitular con hechos y principios que severamente se oponían á la Ley y á las costumbres y tradiciones patrias.

Ambiciosos de honores y autoridad, buscaban todas las ocasiones de figurar y de intervenir en los negocios del Estado, asaltando los cargos públicos, en especial el Sumo Sacerdocio, que en los últimos años parecía hacerse vinculado en ellos como por juro hereditario, resultando de esto que por extraño contraste de las cosas, la más alta dignidad de la religión había venido á entronizarse en el partido de fe más equívoca y endeble. Eran poco amigos del pueblo, pero se acomodaban fácilmente á sus ideas y aun afectaban amparar su causa siempre que en ella no peligrase la suya. Aunque su odio á los Fariseos era inveterado, inmortal, no se recataban de invitarlos y servirse de sus ideas siempre que les viniese á cuento. Así como los Fariseos eran benignos en aplicación de las leyes, así los Saduceos eran duros é inexorables. Esto les había hecho odiosos á la generalidad de las gentes. Hacía tiempo que habían dado de mano á los proyectos de independencia y autonomía teocrática en que soñaban de continuo los Fariseos, pactando y aviniéndose muy bien con los Gentiles, sus conquistadores, y tolerando y aun fomentando su dominación, como pudiesen sacar de ellos sus provechos. En fin, mezcla de rigidez jerárquica y de religioso escepticismo, eran el tipo más acabado del orgullo tradicional de la raza hebrea y de la vaguedad y laxitud de principios de que estaba penetrado el judaísmo en los tiempos postreros de su historia.

Rama ó variedad de los Saduceos pudiera llamarse á los herodianos, dichos así por ser partidarios de la política de Herodes. Este partido ó bandera era más bien político que religioso, y político de la estofa más baja y ruin. Servidores sumisos de la dinastía Idumea, pagana de origen y hebrea por conveniencia, eran, en general, gente de conciencia rasgada, menos escrupulosa aún que los Saduceos respecto de las observancias legales, siempre dispuestos á aclamar al poderoso, y que por lo mismo que vetan que la causa de la nación iba de vencida y por el suelo, y la de los Romanos en auge, se acostaban á éstos y los adulaban y favorecían, aunque fuese á costa de la dignidad é independencia de la patria.¹

A los Fariseos pertenecía buena parte de los Escribas, á quienes incumbía explicar la Ley en las escuelas y sinagogas, no pocos doctores guardadores de la tradición y sus expositores oficiales, algunos, aunque pocos, del orden sacerdotal, y muchos que, aunque no tuviesen carácter sagrado, celaban el honor de la religión y la gloria del judaísmo. Tiene generalmente la idea de que los Fariseos, sin distinción de hombres y clases, eran todos ellos gente hipócrita y solapada, faltos de sinceridad y verdaderos mercaderes de las cosas santas; y esto no es verdad. Lo cierto es, y de todo ello hay mil testimonios en la historia, que, á pesar de lo absurdo que eran los principios de los Fariseos, había entre ellos hombres de costumbres puras, caritativos, celosos de la religión, y que anhelaban sin-

ceramente por la verdad y por el reino de Dios; hombres que habían arrostrado mil peligros y la pérdida de sus bienes temporales á trueque de salvar su fe y la lealtad que debían á sus conciencias. Como pasa en la mayor parte de los herejes ó sectarios, eran la encarnación de un principio bueno en sí, pero exagerado ó falseado por la pasión y fanatismo religioso; y en esta exageración ó falseamiento había sus grados. Muchos procedían de buena fe y eran sinceramente religiosos, aunque triste es confesar que no pocos también, en especial sus guías y maestros, eran, como les decía Jesucristo, sepulcros blanqueados, puros y limpios en lo exterior, pero por dentro llenos de corrupción é hipocresía, amalgamando la estrechez y rigor de los preceptos con la rotura de las costumbres, y juntando los principios del rigorismo más feroz con obras y máximas dignas del epicureísmo más desenfrenado.

Los Saduceos eran menos en número que los Fariseos, pero de mayor calidad y categoría. En ellos, más que la doctrina, estaba representado el poder y la influencia política. Su influencia, escasa siempre en las regiones apartadas de Jerusalén y aun en la misma ciudad en tiempos antiguos, había llegado á ser omnipotente en los últimos años. Así como los Fariseos dominaban entre los Escribas y doctores y en las escuelas y sinagogas, así los Saduceos triunfaban en el Sanhedrín y en el Templo. Contábase entre ellos muchos Principes de los sacerdotes y no pocos sujetos ricos y de cuenta, y, en general, la gente que más bullía en Jerusalén. En resolución, á esta secta se inclinaban los que, teniendo en desprecio á la vil muchedumbre, afectaban pasar plaza de ilustrados y de abrir sus inteligencias á la cultura de las naciones extranjeras.

Finalmente, á los herodianos pertenecía la gente que directa ó indirectamente apoyaba la dinastía de Herodes, y más especialmente algunas familias sacerdotales enlazadas con ella por vínculos de amistad ó por comunidad de ambiciones é intereses.

La muchedumbre del pueblo, tal como era en el período á que se refieren los acontecimientos de esta historia, se inclinaba al partido farisáico, á lo menos en Jerusalén y en sus contornos, pues en las provincias apartadas de la capital, en especial en Galilea, perseveraba profesando la fe de sus mayores con sinceridad y sencillez y sin la balumba de tradiciones amontonadas en los últimos tiempos por el partido farisáico. Esta inclinación y simpatía era natural. A fuerza de oír predicar á los Fariseos las excelencias de la Ley y de las tradiciones y la necesidad de practicarlas, so pena de eterna condenación, el pueblo había acabado por creer en ellos y entrar en el camino que á todas horas le enseñaban. Mirándolos como á expositores oficiales de la Ley y sus teólogos autorizados, había puesto en sus manos su formación intelectual y la dirección de sus conciencias. Con esto, las ideas y costumbres farisáicas triunfaban en todas partes. Además, el celo de la religión que afectaban, la rigidez aparente de sus costumbres, su trato con las clases populares, habían granjeado á los Fariseos la afición de éstas, en especial de las mujeres, que los miraban como los elegidos y predilectos de Jehová. En fin, el odio que profesaban á todo lo extranjero, su amor á la independencia y libertad, los sacrificios que habían hecho por ella, la glorificación de la Ley, que tanto exaltaban y encarecían, y el único título de gloria que le quedaba al judaísmo en el estado de abatimiento á que había llegado¹, les ganaba el afecto de los levantiscos y de los celosos defensores y entusiastas de la patria.

Éste era el estado de Jerusalén y la situación de los bandos y partidos y la confusión de ideas que reinaban en ella cuando fué Jesús á la santa ciudad á celebrar en ella la solemnidad de la Pascua.

Muchas veces había ido allá para la celebración de las principales solemnidades judaicas, y en tales casos no pudo menos de dejar en ella rastros de la virtud y santidad de costumbres que transpiraban de la Divina persona. Mas todos estos destellos de bondad y sabiduría habían quedado ocultos y sin

influencia notable en las personas con quienes había tratado, por no ser venida aún la hora decretada por la Providencia de Dios de manifestarse á cielo abierto los resplandores de la divina sabiduría encerrada en el que era Verbo del Padre y figura de su sustancia. Esta hora llegó cuando fué Jesús á Jerusalén en el primer año de su predicación y antepenúltimo de su vida. En aquella memorable ocasión fué cuando se descubrió en todo su grandioso esplendor la Majestad de que estaba revestido; entonces se cumplió la antigua profecía que indicaba que la Ley saldría de Sión y la palabra de Dios de Jerusalén, patentizándose la virtud milagrosa de Jesús tal y tan grande, que muchos se convirtieron á sus doctrinas, reconociéndole, no sólo como Maestro enviado por Dios, sino como gran Profeta y Mesías verdadero. Mas estas conversiones y este movimiento del pueblo, aunque puso evidentemente en alarma á los que ejercían la suprema autoridad en las cosas de la religión, no fué en tal manera que se propasasen á obras de violencia contra su sagrada persona.

Al año siguiente, no en la Pascua, sino en otra de las festividades judaicas, subió de nuevo Jesús á Jerusalén solo, al parecer, y sin la compañía de sus discípulos. Por este tiempo había cundido mucho el renombre del Salvador. La fama de sus milagros le había dado crédito universal. Su santa predicación, esparciendo por todo Israel la noticia del reino de Dios, había removido la curiosidad del pueblo, alimentando las esperanzas del advenimiento del Mesías, y excitando en unos la sospecha, y en otros la seguridad de ser el santo Predicador de Nazaret, aquél á quien por tantos siglos se había esperado; y estas ideas y esperanzas, confluyendo á Jerusalén, habían dispuesto á sus moradores á recibir á Jesús con muestras de respeto y reverencia. Estando, pues, los ánimos en esta disposición, acaeció que en uno de los días de aquella solemnidad se llegó Jesús á una piscina ó estanque que había cerca de Jerusalén, llamada por los Hebreos Betsaida; entre los muchos enfermos que cerca de ella estaban aguardando el movimiento ó hervor del agua, que, según ellos, tenía virtud curativa, había un parálítico de hacia treinta años, esperando el ansiado fenómeno; miróle Jesús con singular afecto de compasión, y después de preguntarle si quería sanar, le mandó en nombre de Dios que se levantara; y á la hora, los miembros paralizados empezaron á moverse, y el tullido echó á andar pregonando la gloria del que le había sanado.

La noticia de este acontecimiento causó los efectos más extraños: de alegría en los amigos de Jesús, y de escándalo en sus enemigos. Porque daba la casualidad de que la milagrosa curación se había obrado en sábado, y de que al levantarse el enfermo se había llevado consigo por orden de Jesús la cama ó esterilla en que estaba echado; y como según las tradiciones farisáicas no fuese lícito en tal día ocuparse en ningún trabajo servil, los Principes de los sacerdotes, y mayormente los que tenían asiento en el Sanhedrín y á quienes tocaba la observancia de las leyes religiosas, acusaron á Jesús de haber violado la Ley y de haberla hecho violar á otro, y pidieronle razón de la autoridad con que había obrado tal prodigio.

Cabalmente este punto de la observancia del sábado era uno de aquellos en que la enseñanza de Jesús se apartaba más de la de los Fariseos y Escribas de su tiempo; pues mientras éstos habían acumulado tales dificultades é inconvenientes para su observancia que realmente le habían hecho imposible, imponiendo un yugo que ni sus padres ni ellos eran capaces de llevar, Jesús había mostrado en esto grande amplitud y grandeza de ideas, escogiendo este día para ejecutar sus obras principales, como el curar á los enfermos, predicar en las sinagogas y enseñar en el templo. Este antagonismo entre la obra de Jesús y la de los Judíos era verdaderamente el ejemplo más palpable de su divina enseñanza, el símbolo de la contrariedad que venía á establecer entre la nueva religión del espíritu y de la verdad y la antigua de la letra y de la apariencia, la expresión más significativa de la ventaja que iba á darse en adelante á la ley moral, que radica en la conciencia, sobre la material, que se

¹ Pérdida la independencia de Israel é interrumpida la sucesión de Aarón, era máxima y sententia rabínica que «la corona de la realeza no tenía poseedor en Judá, y que la corona del sacerdocio no estaba en la descendencia de Aarón, pero que la corona de la Ley era común á todo Israel.»

¹ Döllinger, *Heldenthum und Judenthum*. Lib. 10, n. 14.



PUERTO DE FERNANDO PÓO

unda en las conveniencias y arbitrariedades de los hombres, la sanción, en fin, de aquella hermosa palabra de que el sábado se hizo para el bien y santificación del hombre, y no el hombre para la observancia del sábado. La respuesta de Jesús a las acusaciones de los príncipes de los Judíos pudo ser, por consiguiente, facilísima y concluyente; pero en aquella solemnisísima ocasión en que se presentaba a Jesús de parte de las autoridades de Jerusalén el punto de la controversia, como viese la necesidad de iluminar los entendimientos oscurecidos por la pasión y por la envidia, y sobre todo, estando ya determinado en los planes de la Divina Providencia el momento de realizar la obra de la redención humana, fué obligado a repetir las contestaciones que tantas veces había dado a los Fariseos. Y así, ya que le pedían las prendas y garantías de su autoridad, les citó los prodigios que había hecho, notorios a todo el mundo, é imposibles de ser ejecutados sin la intervención de lo alto; recordó el testimonio de Juan el Bautista, a quien todos, y ellos principalmente, habían tenido por gran profeta, y que había testificado en su favor, y apeló finalmente al testimonio de las sagradas Escrituras, que si lo cotejasen con sus propias obras, verían cómo hablaban de él y a él se referían como a Mesías verdadero.

La afirmación no podía ser más categórica; las pruebas tampoco podían ser más concluyentes. Todo ánimo apasionado se hubiera rendido a la evidencia; aun sin acudir a tales argumentos, el instinto de la buena conciencia, la luz de Dios, que ilumina a todo hombre que obra el bien, habría dispuesto en favor de Jesús; quien es de la verdad, oye mi voz, había dicho el Salvador; quien obra el bien, sabe de dónde soy. Mas como los enemigos de Jesús no eran de la verdad, ni obraban el bien, no solamente no se rindieron a la evidencia, tan claramente manifestada, pero ni aun se pararon a examinar las pruebas que les indicaba el divino Maestro. Así, vueltos furiosamente contra él, reiteraron sus acusaciones y trataron de formarle causa a fin de condenarle a muerte; y lo habrían ejecutado sin duda, como lo ejecutaron más adelante, si no se hubiese retirado Jesús de Jerusalén y vuelto a Galilea, donde había de proseguir su predicación y perfeccionar la educación de sus discípulos y dar el último asiento a la fundación del reino espiritual que había venido a establecer en la tierra.

Aunque desconcertados por la retirada de Jesús, no desistieron sus enemigos de su intento, antes enviaron en pos de él a Galilea Fariseos y Escribas,

que apalabrándose con los de la secta que había en aquella comarca, siguiesen la pista del Salvador y expiasen sus acciones y palabras, para ir preparando de esta manera el proceso que le querían entablar. Y entonces comenzó, ó más bien llegó a su colmo aquel espionaje vil é insidioso de que fué objeto Jesús en el último trecho de su vida y en el año postrero de predicación.

Al principio procedían sin plan y a la ventura, pero siempre con arteria y mala intención, con un corazón cerrado a la verdad y abierto a los más leves indicios de perversas sospechas. Lo que primero y principalmente excitó la obstinada malevolencia de los enemigos de Jesús, fué el gran número de milagros que obraba, y que ellos atribuían a obra del demonio. Más tarde, observando de cerca su proceder, censuraban su trato con pecadores y publicanos y su amistad con Gentiles y Samaritanos. A donde quiera que iba hormigueaban en torno suyo malsines y acechadores. A todas horas menudeaban las disputas y contiendas; y como la santa vida de Jesús no les daba asidero para la maledicencia, valiáanse de los pretextos más fútiles para levantarle mil calumnias, alborotando de tal manera las gentes, que pronto toda la tierra de Palestina se partió en dos bandos, uno contrario a Jesús y otro abiertamente favorable.

Esta conspiración, nacida en el corazón de aquellos que se habían dado a sí mismos el título de expositores oficiales de la Ley, fundábase en la espantosa aberración de sus entendimientos y en la no menor espantosa perversidad de sus corazones.

Infatuados con su piedad exterior y con el privilegio de la santidad esencial, que según ellos estaba vinculado en el pueblo escogido, los Israelitas del tiempo de Jesús tenían por judío degenerado y por una especie de apóstata de la fe al que dando de mano a las tradiciones humanas que ellos celaban con tanto empeño, ponía la renovación y purificación del hombre interior como base para la preparación del advenimiento del Reino de Dios, predicando la penitencia de los pecados y reprendiendo con inflamado celo las maldades é hipocresías de los grandes según el mundo, de los que se sentaban en la cátedra de Moisés y estaban llenos de vicios y pecados, y de los que querían pasar por ejemplares de virtud, siendo objeto de abominación y de escándalo.

Celosos de las observancias extrínsecas de la Ley, que exageraban hasta lo increíble, andaban a la mira de cuanto decía y obraba Jesús, y a cualquier falta que advertían en estas observancias, en

la guarda de los ayunos y en las tradiciones sobre la limpieza, maliciaban sobre ella y se la echaban en cara, como a pervertidor de las tradiciones de sus padres.

Ciegos y lazarillos de ciegos vituperabanle que acogiese a los alcabaleros y pecadores y aun a la gente ruda del pueblo, a quien todo buen fariseo miraba como despreciable y maldita, como si fuesen los sanos y no los enfermos los que tuviesen necesidad del médico, y como si la divina misericordia fuese aceptadora de personas y hecha para los que se tienen por justos, y no para los infelices pecadores.

Extrañábase de que tuviese facultad para perdonar los pecados quien la tenía para volver la salud a los enfermos y los muertos a la vida. Querían ver escrito en el cielo una señal que acreditase su doctrina al estilo de las que habían hecho Moisés, Elías y Samuel cuando se les presentaba a todas horas evidentes é irrefragables. En fin, hijos de las tinieblas y doctrineros de Belcebú, ponían tachas y dificultades al que era la luz por esencia, al que iba a destruir el imperio de Satanás y a iluminar a todo hombre que viene a este mundo.

Las reyertas que con motivo de estas acusaciones se entablaron entre Jesús y los Fariseos, tuvieron mil lances é incidentes. Al seguirlos, según constan en los Evangelios, no es posible dejar de admirar, al par de la dureza de corazón de los Fariseos, de su ignorancia y perversidad y de su amañada obstinación, la dulzura infinita de Jesús, su amabilidad entrañable y su paciencia invencible.

A veces, el entusiasmo del pueblo los contenía en sus odios, y ante la actitud de la muchedumbre, que aplaudía las enseñanzas del Salvador, se retiraban y escondían, si bien volvían pronto a sus arterias y emboscadas.

Otras veces, las respuestas de Jesús los confundían y desbarataban, y entonces, ciegos de cólera, se revolvían contra él atizando el pueblo contra su divina persona, llegando en ocasiones a enfurecerle de tal manera, que algunos atentaron contra su vida queriéndole echar por un precipicio y apredrearle.

Entre los que no daban crédito a las predicaciones de Jesús ni le tenían por Mesías, fuerza es confesar que no todos se dejaban llevar a tales extremos de malevolencia. Algunos le tenían por hombre bueno, pero extraviado, desconocedor del estado de los ánimos y de la imposibilidad de ejecutar sus quiméricos proyectos; otros le creían dominado por secreta ambición, y que siquiera fuese honrado en la apariencia, engañaba miserablemente al pueblo; y no faltaban quienes le juzgaban loco é insensato y aun instigado del demonio, precisamente cuando daba mayores muestras de la divinidad de su persona.

En cuanto a los que tenían fe en él, pocos fueron los que llegaron a penetrar el misterio que en él estaba escondido. Algunos, a pesar del afecto que le habían cobrado, no llegaron a tenerle más que por precursor del Mesías y por uno de los profetas que según las tradiciones, corrientes a la sazón en Israel, habían de precederle, al par que otros, ya que le tuviesen por el Mesías verdadero, equivocábase acerca de la naturaleza de su misión y en la forma en que ésta había de realizarse.

De estos últimos eran los discípulos, a quienes había escogido Jesús por compañeros y testigos de su vida. Nada puede concebirse más admirable ni hermoso que la impresión que hizo en estos verdaderos Israelitas la presencia y la conversación del santo Maestro. Hombres buenos y sencillos, poco afectos a los escrúpulos y quisquillas farisáicas, pero sinceros en la práctica de la Ley, humildes de corazón, y por lo mismo maravillosamente dispuestos a recibir la gracia de Dios a que estaban destinados, encontráronse con el gran Profeta que había salido de Nazaret, y al oír las dulcísimas palabras que brotaban de sus labios, fueron tan vivamente impresionados, que sus almas se sintieron removidas en sus más íntimas profundidades. La fe en Jesús que resultó de este movimiento, fué vivísima é incomparable, y tan ardoroso el entusiasmo que sintieron desde aquel momento por la persona de Jesús, que atraídos por fuerza divina, dejaron sus casas, fami-

lias y haciendas y le siguieron en sus predicaciones y correrías. Pero esta fe y este entusiasmo era más sensible que espiritual, y más debido al atractivo que tenía para ellos el carácter personal de Jesús, que a la persuasión de la verdad de la doctrina que enseñaba. Además tampoco estaba exento de interés y de miras egoístas. Porque aunque habían dejado sus casas y haciendas por seguir a Jesús, no lo habían hecho sólo por espíritu de pobreza y desasimiento de las cosas terrenas, sino con la idea de mejorar de fortuna y por afán de ganancias temporales. Había sido, en verdad, voz común de los antiguos profetas, que al venir el Mesías a este mundo había de establecer definitivamente en la tierra el reino de Dios, en el cual se había de servir a la divina Majestad con sinceridad de corazón y con rectitud y honestidad de costumbres. Este reino, anunciado como próximo venidero por Juan el Bautista, lo había predicado Jesús en el sermón de la montaña como principiado ya actualmente; pero los entendimientos rudos y materiales de los discípulos, no desemejantes en esto de los Israelitas de su tiempo, creían que el reino de que les hablaba el Salvador había de ser, no de virtud y grandeza moral, sino de bienes y grandezas temporales, restaurador de la realeza de David y renovador de la gloria y de la independencia de Israel; y como tenían fe vivísima en Jesús, creían que él era el destinado a establecer este reino; y como quiera que ellos habían sido los primeros en seguirle, tenían como cosa corriente que a ellos habían de pertenecer los primeros cargos y dignidades de él, como premio debido a su lealtad, a la prontitud y desinterés con que lo habían dejado todo, y a los trabajos y descomodidades que por su causa habían arrojado.

Inútilmente había querido Jesús sacarles de esta su ilusión y embaimiento. En vano les advertía que el reino que había venido a fundar en este mundo había de ser espiritual e invisible; en vano les decía que no a los grandes de la tierra, sino a los pobres de espíritu, a los mansos y humildes, a los perseguidos por la justicia, estaba reservada la felicidad en este mundo y en el otro; en vano le veían a él pobre, ajeno de fausto y ambición, despreciador del aura popular, y aun huyendo de ser aclamado por la muchedumbre; cuanto más el divino Maestro insistía en estas enseñanzas y en quitarles de la cabeza aquellas máquinas de viento que había levantado su vanidad, tanto más se aferraban ellos a sus ideas favoritas, urgiéndole con denuedo a que les cumpliera sus ambiciones de temporal dominio, y aun increpándole porque en lugar de ventajas y grandezas no pensaba sino en humillaciones y martirio.

Esta diferencia entre las ideas de los discípulos de Jesús y las de éste hubieron de ocasionar mil contiendas y contrastes. Fué tan grande esta lucha, que en muchas ocasiones sintieron los discípulos dudas y vacilaciones respecto de los propósitos de su Maestro; a veces se propusieron a murmurar contra él, criticando su enseñanza y manera de proceder, y aun mostraron intención de marcharse a sus casas dejándolo solo y a sus aventuras; pero a vueltas de este oleaje de desconfianzas y veleidades, cuando estaban en lo más recio de la lucha y en lo más crítico de su desaliento, el afecto que habían cobrado a Jesús y la fe y entusiasmo por su persona los ponían a flote de todos los naufragios y los sacaban victoriosos y triunfantes de todas las tentaciones y peligros.

Uno solo de los discípulos de Jesús fué destinado irremediamente a sucumbir en esta lucha: hombre ciertamente desventurado, elegido por Jesús para ser uno de sus amigos más íntimos y confidentes, pero que, por triste combinación de las cosas, vino a ser su más declarado enemigo, piedra de escándalo para los demás, y para sí mismo autor de su desventura e hijo de perdición.

Ignórase cuándo y en qué ocasión pudo juntarse a la compañía del Salvador; tal vez sería en Jerusalén, quizás en algunas de las correrías o excursiones que hizo Jesús a la tierra de Judea; cuando y como quiera que fuese, parece lo más probable no haber sido oriundo de Galilea, como la mayor parte de los otros discípulos, sino de Judea, de la región del Sur de Jerusalén y de la tribu de Judá; il-



MONSERRAT VISTO DESDE CASA MESANA

mábase Judas, nombre común entre los Hebreos, y para distinguirlo de otro del mismo nombre que había entre los discípulos de Jesús, era vulgarmente conocido por el apellido *Isariote* (hombre de Keriot), del nombre del pueblo de donde era natural.

Aunque los principios y móviles de su conversión a la doctrina de Jesús sean enteramente desconocidos, no hay motivo para suponer que sus intenciones y los primeros pasos de su vida al lado del santo Maestro no fuesen rectos y sinceros, y bueno y honrado el porte exterior de su vida, pues de lo contrario, ni Jesús le habría admitido en su compañía, ni habría hecho de él la confianza que hizo. Sin temeridad puede decirse que ni sería peor ni mejor que sus compañeros, que en él había la capacidad de un santo y la posibilidad de un pecador y precito. Siendo hombre de afectos vehementes y de pasiones arrebatadas, nacido en la tribu de Judá, baluarte de la independencia de Palestina, y donde parecían aún flotar las sombras de Abraham, de Samuel, de David, de Ezequías y de los antiguos reyes de Israel; llena la mente de las promesas hechas por Dios a su pueblo y de las esperanzas que despertaba en todo corazón israelita la idea de sus gloriosos destinos, había deplorado el abatimiento en que actualmente gemía su nación, y ansiado por su liberación y remedio; y al encontrarse con la sagrada persona de Jesús, al escuchar su santa doctrina y al ver sus obras maravillosas, no pudo menos de sentirse profundamente conmovido. Los rayos de la verdad divina que brotaban de los labios de Jesús esclarecieron su mente con no soñados resplandores; los ardores del celestial amor que salían del pecho divino encendieron su corazón, y llena su fantasía de las ilusiones y esperanzas que excitaba en todos los Israelitas la idea del reino de Dios, no tardó en saludar en Jesús al Mesías prometido, al restaurador de la casa de Jacob, y al Redentor y Salvador de su pueblo.

Con esta idea entró en la familia de Jesús, y con ella dió principio a su nueva vida. Los primeros pasos de su conversión fueron, sin duda, para él felices y dichosos. La enseñanza de Jesús, abriendo a su alma hermosos horizontes, había serenado su mente, ansiosa de pura y santa doctrina; la bondad y pureza de costumbres que se respiraba en la compañía del Salvador había purificado su corazón y llenádole de santos afectos; la paz y la tranquilidad reinaban en su alma; y tan contento estaba con el nuevo linaje de vida, y tan satisfechos estaban de él sus compañeros, que el mismo Jesús hubo de hacerle su especial confidente, encomendándole uno de los cargos de mayor confianza, cual era el cuidado de la hacienda de su pequeña familia.

Por su mala suerte, aquel estado de serenidad y

bienaventuranza no hubo de durar mucho tiempo. El mayor ardor de su fe, que tal vez le había sugerido mayores sacrificios que a los demás, corría peligro de no ser muy durable ni poder sobreponerse a los malos instintos que germinaban en su corazón. La viveza e impetuosidad de su carácter, que le habían ayudado a abrazar la causa de Jesús, le exponían a terribles incertidumbres y volubilidades. Tal vez había en el fondo de su carácter uno de aquellos instintos de perversidad que se ocultan la mayor parte de las veces a las miradas del más atento observador y aun a las del mismo hombre que es víctima de él, pero del cual brotan las acciones más graves y transcendentales de la vida. Este instinto encontró en el corazón de Judas auxiliar eficazísimo en una circunstancia que, aunque leve al parecer, pudo tener en la dirección de su vida grandísima transcendencia. Era Judas, como es dicho, natural de Judea¹, y el único tal vez de esta región que había en la banda y familia del Salvador. Así, no teniendo a su lado ningún amigo, pariente ó antiguo conocido, faltábale el lazo de familia que había unido a muchos al santo Maestro. Su orgullo judaico le había de hacer también más difícil la afinidad y durable asimilación con un orden de cosas originado en Galilea, país tenido en desprecio por los Judíos, por considerarle más accesible a las influencias extranjeras. En fin, la mayor exaltación de sus ideas respecto del reino temporal del Mesías había de engendrar en su pecho oposición más viva y difícil de vencer a las ideas y enseñanzas de Jesús y ocasionar en él mayores dudas, vacilaciones y contrastes que las que había ocasionado la misma exaltación en los entendimientos y en los corazones de los otros discípulos.

El alma no acostumbrada a amar está terriblemente expuesta a aborrecer, y la amistad ó compañía que no engendra confianza y simpatía, suele engendrar a la larga desconfianza y antipatía. Frío y desamorado el corazón de Judas, insensible al calor de la amistad de Jesús y de sus compañeros, y no acabando de conformarse con sus ideas y sentimientos, no tardó mucho en experimentar disgusto hacia ellos y contrariedad y repugnancia.

¹ La interpretación de *Isariotes* por *Isch' Kerioth*, hombre de Kerioth, sobre estar apoyada por algunos manuscritos griegos del Evangelio de San Juan, que en el v. 71 del cap. VI, en lugar de *Isariotes*, traen claramente de *Kerioth*, *Ἰσὴρ Κερυθίου* así confirmada por un caso análogo del historiador Flavio Josefo (*Antiquit.*, VII. 6. 1.); el cual, habiendo de hablar de un sujeto natural de la villa de Teb, y que en hebreo se le apellidaría *Isch-Tob*, hombre de Teb, copia esta fórmula hebrea, y dándole una terminación griega, le llama *Isobos*, *Ἰσὸβος*. En lo que puede haber duda es sobre cuál de las varias villas apellidadas *Keriot* que había en Judea pudo tener la triste suerte de ser patria del desventurado discípulo de Jesús.

Siendo de suyo egoísta y solapado, amigo de sus comodidades e intereses, y artero y cauteloso para procurárselas, había de vivir aislado de los demás y sentir en su trato con ellos cierta dificultad y embarazo. En fin, amigo de criticarlo y censurarlo todo, tenía que andar de continuo expuesto á mil encuentros, disgustos y desabrimientos.

Este cúmulo de pasiones y miserias que más ó menos tientan á todos los hombres en los azares de la vida, si hubiesen sido vencidos por Judas, en su vencimiento habría podido alcanzar glorioso triunfo para sí y paz y tranquilidad para su alma; pero en lugar de vencerlas y resistirlas, fué cediendo á ellas, y la pasión admitida y fomentada fué poco á poco embotando los buenos instintos, cegando poco á poco su entendimiento, y enconando su corazón hasta hacerle capaz de las mayores villanías e infamias. La malignidad de los afectos, una vez prendida en el corazón de Judas, creció y se agravó por momentos; la suspicacia contra Jesús degeneró en disgusto y enojo, el enojo en inquina y aversión, y la aversión en odio declarado. Como no amaba á Jesús, antes le tenía mala voluntad y antipatía, cualquier acción érale motivo de murmurarle y zaherirle. A medida que las enseñanzas del buen Maestro eran más admirables y sublimes, era mayor la oposición y contrariedad del discípulo rebelde. Cuanto el corazón de Jesús se abría más á la cariñosa amistad, tanto el de Judas se cerraba en un frío egoísmo. Pero hipócrita y doblado supo hallar en la rebeldía de su obstinada voluntad fuerza bastante para reprimir la perversidad de sus instintos y fingir por mucho tiempo una fe que no tenía y encubrir á los demás las aviesas intenciones que fomentaba en su corazón. Mas si logró engañar á sus compañeros y amigos, no á Jesús, que desde el principio conoció todo lo que podía dar de sí aquel espíritu maligno, y que conocedor de todo lo que hay en el hombre, sabía que aquel deudichado estaba entre sus discípulos como la cizaña entre el trigo y como Satanás entre los ángeles de Dios.

¡Triste sino el de aquel infeliz! El discípulo de quien tanto se había fiado Jesús era el que estaba destinado á hacerle traición; el especial amigo y confidente iba á ser el centro en torno del cual había de revolvérse la tempestad de miserables pasiones que habían de desencadenarse contra el santo Maestro; en el entendimiento y en el corazón del continuo y compañero había de concebirse la alevosía más atroz que se había concebido en pecho humano. ¡Pero disposición adorable de la Providencia divina! A vueltas de aquel torbellino de miserias y furibundas pasiones que se agitaba en el corazón del discípulo rebelde había de resplandecer la virtud más alta que se ha visto en el mundo, y en medio de aquel crimen y alevosía espantosa había de aparecer la majestad de Dios en la obra más grande de su misericordia infinita.

MIGUEL MIR.

De la Real Academia Española.

GRABADOS

El Gólgota (Pág. 97).

¡Qué corazón cristiano no se sentirá conmovido á la vista del monte Calvario en el cual se verificó, hace diez y nueve siglos, el acto más grande y de más trascendentales consecuencias de que hace mención la historia de la humanidad! Aquella cima augusta y venerable fué el lugar fatal y sagrado, como dice el Abate Orsini, en que el Cordero de Dios satisfizo á la justicia del cielo irritado, colocándose en lugar de todas las víctimas y cargando con todas nuestras miserias. Allí se ofreció el gran sacrificio, cuya eficacia se remonta, por una parte, hasta la culpa original, y se extiende, por otra, en la noche de las cosas futuras, hasta la consumación de los siglos.

Esa pequeña explanada peñascosa fué el altar renovado, desde el cual debía la sangre de Cristo

correr á torrentes para lavar los pecados del mundo y destruir para siempre el decreto de muerte y perdición que nos entregaba, al nacer, á los ángeles del abismo. Allí, por último, el Hijo de Dios triunfó del mundo, de la muerte, del infierno y de la justicia divina; allí se cumplieron los oráculos, quedaron abolidos los sacrificios, fué proclamada la libertad humana, santificado el verdadero progreso, y la humanidad, bañada en la sangre de Cristo, emprendió la marcha que había de conducirle al cumplimiento de sus inmortales destinos. El monte Calvario, que en la época de la Pasión y muerte de nuestro adorable Redentor se encontraba situado fuera del recinto de Jerusalén y á pocos pasos de la Puerta Judiciaria, forma hoy parte de la iglesia del Santo Sepulcro.

El Calvario era el lugar donde se ejecutaba á los sentenciados; y para que todo el pueblo pudiese asistir á la ejecución, había una gran plaza entre el monte y la muralla de la ciudad. El resto del monte estaba rodeado de jardines, uno de los cuales pertenecía á José de Arimatea, discípulo secreto de Jesucristo, donde había mandado hacer un sepulcro. Los judíos no acostumbraban dar sepultura á los cadáveres, como lo hacen los cristianos; cada uno hacía practicar, según sus medios, en algún peñasco una especie de pequeño gabinete donde se colocaba el cadáver, y después se cerraba este lugar con una piedra que se colocaba delante de la puerta, que por lo regular tenía cuatro pies de altura.

La parte de la Iglesia del Santo Sepulcro, en la que está hoy comprendido el monte Calvario, corre á cargo de los frailes franciscanos; al monte se sube por una escalera de veinte peldaños, de madera al principio y de piedra al fin; de modo que el Calvario es, en la actualidad, una capilla alta, encerrada en la espaciosa Iglesia del Santo Sepulcro; está cubierta interiormente de mármoles, y dividida en dos mitades por medio de una arcada. La parte que mira al septentrión es el lugar en que Nuestro Señor fué clavado en la Cruz; hay siempre treinta y dos lámparas á cargo de los frailes franciscanos, que celebran diariamente la Misa en este Santo Lugar.

En la otra parte, situada al Mediodía, fué colocada la Santa Cruz; aún se ve el agujero abierto en el peñasco, como de pie y medio de profundidad, sin contar la tierra que estaba encima. En el pavimento de esta capilla del Calvario, están las sepulturas de Godofredo de Bouillon y de su hermano Balduino, y en ellas se leen estas inscripciones:

Hic jacet inclitus dux Godofridus de Bullon, qui totam istam terram acquisivit cultui christiano, cujus anima regnet cum Christo, amen.

Rex Balduinus, judas alter machabeus, spes patria, vigor ecclesie, virtus utriusque, quem formidabant, cui dona tributa ferebant cedat et egyptus, dan ac homicida damascus, proh dolor! in modico clauditur hoc tumulo.

La Coronación de espinas.—(Pág. 100.)

Por su relación con los sacrosantos misterios que en estos días conmemora nuestra Madre la Iglesia, reproducimos hoy en las páginas de la ILUSTRACIÓN el admirable cuadro de la *Coronación de espinas* debido al pincel del inmortal Ticiano.

Ticiano Vecelli, conocido más vulgarmente con el nombre de El Ticiano, nació en Venecia, en 1477. Fué discípulo de Zuccato, de Bellini y de Giorgione, á los cuales aventajó en breve; pasó una gran parte de su vida viajando, siendo en todas partes colmado de honores, especialmente por el gran emperador Carlos V, del que hizo el mag-

nífico retrato que juntamente con el de su hijo Felipe II, y con los celebrados lienzos titulados *La Gloria, Venus y Adonis, y Ofrenda á la fecundidad* guarda nuestro incomparable Museo del Prado; y murió de la peste en Venecia, en 1576, á los noventa y nueve años de edad.

Se le considera con justicia como el primero de los coloristas y como verdadero fundador de la escuela veneciana. Entre los setenta y tantos cuadros á que dió vida su inimitable pincel, figura como uno de los más admirables el de la *Coronación de espinas*, cuya reproducción ofrecemos hoy á nuestros lectores, y que se conserva en el Museo del Louvre.

Las pirámides de Egipto.—(Pág. 101).

Pirámides han existido en diversos puntos del globo, y de ellas nos habla la historia, pero ninguna tan famosas como las de Egipto. Toda la antigüedad ha rendido tributo de admiración á las que se levantaron en las cercanías de Menfis. La mayor de ellas tenía una base cuyos lados medían 716 pies y medio de longitud; la altura vertical alcanzaba 428 pies.

Suponiendo completamente sólida esta mole, se ha calculado que con los materiales que contiene podría construirse una muralla de seis pies de altura y con espesor proporcionado, que rodease nuestra Península. Esto lo ha calculado un curioso: conste que no son cifras deducidas por nosotros.

Por espacio de mucho tiempo, se discutió cuál pudo ser el objeto á que se destinaban estas pirámides; hoy es ya evidente para todos que sirvieron para mansiones mortuorias. No habiendo en las inmediaciones de Menfis ni en las de Tebas grandes y elevadas montañas donde abrir los hipogeos y tumbas de los reyes, se edificaron esas otras montañas artificiales para llenar aquel vacío.

Algunas de las pirámides de Menfis, según el criterio de Manetheau, son los monumentos más antiguos que del viejo Egipto se conservan, puesto que data su construcción de los tiempos de la cuarta y quinta dinastía. Dentro de las pirámides, además de la estancia funeraria, se contienen galerías y pozos, en alguna de cuyas paredes suelen encontrarse inscripciones y grabados de raro mérito y de incalculable antigüedad.

Uno de los estudios más hermosos que se han hecho acerca de las pirámides de Egipto, y el único, quizás, en nuestra patria dedicado á este asunto, se publicó en *La Ciencia Cristiana*, y es debido á la doctísima pluma del R. P. Juan Mir, de la Compañía de Jesús.

Puerto de Fernando Póo.—(Pág. 104).

La Isla de Fernando Póo apenas si es apreciada por nuestros Gobiernos, á pesar de su situación geográfica y de su suelo virgen, exuberante y rico. Situada en el golfo de Biafra, á 50 kilómetros de la costa de África, tiene 60 kilómetros de largo, de Nordeste á Sudeste, por 12 de ancho. Es muy alta, poblada de bosques, y muy fértil en caña de azúcar, algodón, tabaco, boniatos, patatas, frutas y legumbres. Crecen allí el cedro, el ébano, el caobo y la palmera, apiñándose con tal abundancia en algunos puntos, que la entrada en los bosques es imposible. Todo es en esta isla gigantesco; yerbas, árboles, arbustos; y hasta el clima, con sus ardores y sus molestias, es extraordinario.

Los naranjos, limoneros, guayabos, mangos, tamarindos y plátanos de diversas especies, abundan mucho en el territorio; pero el producto vegetal más útil y de mayor consumo entre los isleños es el *ñame*, planta tuberculosa superior á la batata de Málaga. El ñame es la riqueza del país, su pan,

casi su alimento. Un puñado de arroz cocido y un par de fiamas, comido dos veces al día, basta a los trabajadores de la isla que se entregan a las rudas faenas del campo, para mantenerse en un estado de robustez y fortaleza envidiables.

Los ingleses fundaron en 1814, por concesión del Gobierno español, un establecimiento al que dieron el nombre de *Clarence*, y que fué la base de la población de *Santa Isabel*, capital de la isla, representada en el grabado que ofrecemos hoy a nuestros lectores. Fundada por el gobernador don Carlos Chacón, que arribó a la isla el 23 de Mayo de 1856, acompañado de una misión de la Compañía de Jesús, se halla situada sobre una plataforma elevada sobre el nivel del mar, por lo que recibe con ventaja los vientos reinantes del Sudoeste. El área de la ciudad es bien nivelada y plana, próxima a la base de la cadena de colinas que se destacan hacia el Oeste. Sus casas son todas de madera, y solo tres ó cuatro son de dos pisos. Sobresalen, entre ellas, la casa de Gobierno, que es la antigua casa-gerencia de la Compañía inglesa; el cuartel, construido por los oficiales del cuerpo de Ingenieros D. Manuel Pujol y D. Luis García Tejero; el hospital, el consulado inglés y la Casa de la Misión.

La Iglesia y la Aduana son los únicos edificios de piedra. La Iglesia es de una sola nave, de estilo griego, y bastante bella; los planos fueron del capitán de Ingenieros Don Luis García Tejero, que comenzó la obra; y fué terminada por el comandante del mismo cuerpo Don Francisco Osorio. A los Padres Jesuitas han sucedido los Misioneros del Inmaculado Corazón de María; y á estos obreros evangélicos, que han cultivado con esmero la semilla plantada por los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús, se deben los grandes progresos que va alcanzando nuestra santa Religión entre aquellos desgraciados indígenas. Los Padres Misioneros del Inmaculado Corazón de María, han aprendido perfectamente la lengua ubi; han establecido escuelas en las que educan á multitud de niños de ambos sexos, teniendo ya tan adelantada la educación de algunos de ellos, que piensan colocarlos al frente de otras escuelas que se proponen fundar en lo interior de la isla; enseñan las artes útiles á los indígenas, y son, en suma, acreedores á la gratitud nacional; porque á ellos se deberá, en definitiva, la civilización de aquella hermosa colonia, y el afianzamiento en ella del dominio de España.

El aspecto de la isla es bello sobre toda ponderación, y justifica el título que le dieron sus primeros descubridores, de *Isla Formosa*. Ante su magnífico panorama, dice un viajero, queda el hombre confundido, considerando su pequeñez y admirando el sublime espectáculo de la naturaleza. El capitán inglés Kelli, hablando de la bahía de *Santa Isabel*, dice:

«Excepto la bahía de Nápoles, no conozco ningún punto más propio para ser transformado en perfecto edén con la ayuda del arte y de la industria.»

Véase, pues, el brillante porvenir que aguarda á nuestra hermosa colonia del golfo de Guinea, á poco que nuestros Gobiernos fijen en ella su previsora atención.

Montserrat visto desde Casa-Masana (pág. 105).

Pocas montañas tan celebradas y decantadas como la de Montserrat. Desde luego, en España es la que ha dado motivo á escribir más á literatos, viajeros y poetas.

Quieren los geólogos que sea una derivación de la cadena pirenaica, no obstante hallarse interpuestas varias cuencas, siquiera sean de escasa importancia geográfica.

De todas suertes, preciso es convenir en que la naturaleza ha labrado en la montaña maravillas que sorprenden y admiran. Por su parte, la Religión, con la piedad de los siglos, ha santificado aquellas rocas, sobre las cuales se eleva la imagen de la Santísima Virgen, y ante cuyo altar se postran constantemente infinitos devotos.

Visto el Montserrat desde Casa-Masana, ofrece uno de sus buenos puntos de vista. Los picachos parecen escalar las nubes; la roca pelada de las crestas reverbera con fuerza increíble, y todo ello se alza sobre un inmenso zócalo de verdor, en el que alternan el olivo con la vid y el almendro con el arbusto.

Frecuentemente acuden al santuario procesiones de romeros, cuyo celo religioso es tan íntimo y ferviente como pudiera ser el de sus antepasados de hace tres ó cuatro siglos.

Por su parte, los amantes de la ciencia también acuden á la montaña buscando en las admirables estalactitas que engalanan las grutas de Collbató y en el cemento que une las porciones de rocas, algún nuevo dato para sus análisis y estudios.

Casino de la Reina (Pág. 108).

Al final de la calle de Embajadores se encontraba la casa y jardín de recreo conocido con el nombre de Casino de la Reina, á causa de haber sido comprado y regalado por la villa de Madrid á la Reina doña María Isabel de Braganza con motivo de las nupcias de esta señora con el Rey D. Fernando VII. El jardín es hermoso y bastante extenso, colocado en terreno desigual, lo que contribuye á hacer más variadas sus vistas; y en él hay frondosos paseos, cuadros primorosos de flores, un canal con su puentecito, una espaciosa estufa, varias estatuas de bronce y mármol y otros muchos adornos. La casa viene á ser un cuadro pequeño con una sencillísima portada; sus habitaciones son reducidas, pero adornadas con gusto; el salón principal es bastante capaz, y su techo está pintado por D. Vicente López.

Esta posesión regia fué convertida en Museo Arqueológico por los años de 1867, instalándose entonces en ella las antigüedades existentes en la Biblioteca Nacional y las colecciones de América que desde la época de Carlos III yacían entregadas á completo olvido en los sótanos del Museo de Ciencias Naturales. Ampliado y enriquecido posteriormente, llegó á tener verdadera importancia; pero si bien muy visitado por los extranjeros, nunca ha gozado del favor de los madrileños, para muchos de los cuales era, y aún es, completamente desconocido. En este concepto ganará mucho una vez trasladado al magnífico palacio que se está acabando de construir en Recoletos con destino á Biblioteca y Museos Nacionales.

Nuestro grabado representa el lindo pórtico que daba acceso al Casino por la parte del campo, compuesto de cuatro columnas agrupadas de dos en dos y en medio una verja de hierro; este pórtico ha sido trasladado al Retiro, donde repicado, puesto de limpio y muy bien aplicado á su nuevo objeto, sirve en la plaza de la Independencia de monumental ingreso á las magníficas alamedas del Parque.

Curiosísima es la transformación que en un período relativamente corto ha experimentado el que fué Casino de la Reina. No se ha necesitado siquiera un siglo para que en sus dos aspectos de Casino y Museo desapareciese de Madrid, y dentro de algunos meses el grabado que hoy publicamos tendrá todo el carácter de un recuerdo procedente de la antigüedad más remota.

La inmensa mayoría de los que hoy entran por la plaza de la Independencia en el Parque de Madrid ignoran la procedencia de la linda portada.

Y casi todos los que bajen á fines de la actual centuria por la cuesta de Embajadores, se habrán olvidado de que el modesto edificio situado á la extrema derecha, sirvió de lugar de recreo para una soberana, y de abrigo á multitud de riquísimas preceas históricas.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (segunda quincena de Abril).

16. Sáb. *Santo*.—Santos Calixto, Casirio, Cayo, Cremencio y Lamberto, mártires; Fructuoso, Toribio de Liébana y Paterno, obispos y confesores, y Drogón, confesor.—Santas Engracia, virgen y mártir; Julia, mártir, y Nuestra Señora de las Gracias en Normandía.—*Hoy se descubren las imágenes.—Ordenes.—Abstinencia de carne.*

17. † Dom. de *Pascua*.—*La Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo*.—Santos Aniceto, Papa y mártir; Fortunato, Marciano, Pedro, Mapalico, Hermógenes, Elías, Pablo é Isidoro, mártires; Inocencio y Pantágato, obispos; Estéban, abad, y Roberto, confesor, abad y fundador.—La beata María Ana de Jesús, virgen, y Nuestra Señora de Chinchén en Flandes.—*Absolución general en la Merced.*

18. Lun.—Santos Perfecto, Apolonio, Calocero y Corebo, mártires; Eleuterio y Galdino, obispos, y Andrés Hibernón, confesor.—Santa Antía, mártir, y Nuestra Señora de la Granada en Sevilla.

19. Mart.—Santos Elfego, obispo, y Timón, diácono, mártires; Vicente de Colibre, Sócrates, Dionisio, Pafnucio, Hermógenes y compañeros mártires; León IX, Papa y confesor; Jorge y Ursamaro, obispos, y Crescencio, confesor.—Santas Galata y Crédula, mártires, y Nuestra Señora del Milagro en Valencia.—*Bendición papal en el Carmen.*

20. Miérc.—Santos Antonino, Sulpicio, Sevillano y Crisóforo, mártires; Marcelino, obispo; Teótimo, presbítero y confesor, y Teodoro, confesor.—Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen, y Nuestra Señora de las Abejas en Rosellón.

21. Juev.—Santos Simeón, obispo y mártir; Apolino, Crotaso, Isacio, Pusicio, Ananías, Adécalas, Ustazanes y Ctesifontes, mártires; Anselmo, obispo, confesor y doctor, y Anastasio, confesor.—Santa Alejandra, mártir, y Nuestra Señora de Aguilar en Os.

22. Viern.—Santos Sotero y Cayo, Papas y mártires; Leónides, Epipodio, Miles, Aceptsimas, Mareas y Bico, obispos y mártires; Azadanes y Abdieso, diáconos y mártires; León, obispo y confesor, Parmenio, Elímenas y Crisotelo, presbíteros; Teodoro, confesor, Lucas y Mucio, diáconos.—Santa Tárabula, mártir; Senorina, virgen y Nuestra Señora del Cerro en Andájar.

23. Sáb.—Santos Adalberto, obispo y mártir; Félix, presbítero y mártir; Fortunato y Aquiles, diáconos y mártires; Jorge, mártir; Gerardo y Marolo, obispos.—Santa Victoria, virgen y mártir, y Nuestra Señora de las Batallas en Guadalajara.

24. † Dom. in *Albis ó de Cuasimodo*.—Santos Fidel de Sigmaringa, Alejandro, Sabas, Eusebio, Neón, Leoncio y Longino, mártires; Gregorio, ar-



CASINO DE LA REINA

zobispo y confesor; Honorio y Melito, obispos, y Egberto, presbíteros.—Santas Bona y Doda, vírgenes, y Nuestra Señora del Viridario en Sicilia.

25. Lun.—Santos Marcos, evangelista; Esteban, obispo y mártir; Evodio, Hermógenes y Calixto, mártires, Aniano y Ermíno, obispos; Filón y Agatópodes, diáconos.—Santa Francisca, vírgen, y Nuestra Señora de Chalamera en Aragón.—*Lecturas Mayores.*—*Indulgencia plenaria.*

ÁBRENSE LAS VELACIONES.

26. Mart.—Santos Cleto y Marcelino, Papas y mártires; Basileo, obispo y mártir; Pedro, mártir; Lucidio y Clorencio, obispos, y Ricario, presbítero y confesor.—Santa Exuprancia, vírgen, y Nuestra Señora del Buen Consejo en Cataluña.

27. Miérc.—Santos Antimo, obispo y mártir; Anastasio, Papa y confesor; Toribio de Mogrovejo, arzobispo y confesor; Tertuliano y Teófilo, obispos; Juan, abad; Pedro Armengol, y el beato Pedro Canisio, confesores.—Santa Zita, vírgen, y Nuestra Señora del Castañar en Béjar.

28. Juev.—Santos Patricio y Marcos, obispos y mártires; Vidal, Carolipo, Afrodísio, Eusebio, Agapio, Polión, Menandro, Acacio y Polieno, mártires; Prudencio y Pánfilo, obispos y confesores, y Juan de la Cruz, confesor.—Santas Valeria y Teodora, mártires; y Nuestra Señora de Monsalud en la Alcarria.

29. Viern.—Santos Secundino y Agapio, obispos y mártires; Pedro de Varona y Emiliano, mártires; Paulino, obispo; Roberto y Ugón, abades.—Santas Antonia y Tértula, vírgenes y mártires, y Nuestra Señora de Botharram en Bearne.

30. Sab.—Santos Eutropio, obispo y mártir; Lorenzo y Afrodísio, presbíteros y mártires; Máximo, Santiago, Mariano, Amador, Pedro y Luis, mártires; Indalecio, Severo, Donato y Erconvaldo, obispos, y Pelegrín, confesor.—Santa Sofía, vírgen y mártir, y Nuestra Señora de San Damasceno.

CUARENTA HORAS

17, 18, 19, 20, 21, 22 y 24. Iglesia del Carmen Calzado (calle del mismo nombre).

25 y 26. Parroquia de San Marcos (San Leonardo).

27 y 28. Religiosas de Don Juan de Alarcón (Puebla).

29 y 30. Religiosas de Santa Catalina (Mesón de Paredes).

La Semana Santa

EN SALAMANCA



LA tradicional ciudad, la que conserva quizá como ninguna otra de España, cual mudos testimonios de pasadas grandezas soberbios edificios, recintos venerandos que albergaron hombres ilustres, cuyos nombres inmortales grabados están con el cincel de la fama en las páginas de piedra de nuestros históricos monumentos, Salamanca, no podía pasar desapercibida en la época solemne del año en que se conmemoran los sublimes misterios de la Pasión y Muerte del Redentor del mundo.

Así es, en efecto; y desde la severa ceremonia de la bendición de las palmas del Domingo de Ramos hasta el alegre himno de gloria que se entona el Sábado Santo, la antigua ciudad parece que recuerda sus mejores tiempos, se reconcentra en sí misma y adquiere una grandeza moral que hace olvidar a sus amantes hijos la mezquindad presente, raquíca manifestación que allí tiene la mal llamada vida moderna.

¡Las tinieblas en la catedral! ¿Qué aficionado a la buena música deja de asistir en Salamanca las tardes del Miércoles, Jueves y Viernes Santo a la Iglesia Mayor?

Las grandiosas naves del templo parece que recogen mejor, como acostumbradas a ello, los armoniosos acordes de las obras clásicas que todos los años se repiten. Y los profesores salmantinos interpretan con verdadero *amore* las obras de su insigne paisano el inmortal Doyagüe.

Las notas del *Benedictus*, cantado ya de noche, llegan al alma. Las profundas voces de los sochantres, contestando con las penetrantes y agudas de los niños de coro, que se prolongan como tristes lamentos para perderse luego en el espacio después de haberles contestado las imponentes bóvedas del templo, producen un efecto indefinible.

Llega después el momento más solemne; un recogimiento religioso se advierte en el público, se va a entonar el sublime salmo *Miserere*. Los acentos enérgicos del arpa de David repercuten todavía, después de muchos siglos, en el corazón cristiano, y hoy, como entonces, el sentimiento del arrepentimiento que ennoblece al hombre, se traduce en el *Pecavi* del Real Profeta, y la virtud de la esperanza no se apoyará nunca mejor que en el *secundum magnam misericordiam tuam*. No es extraño que el arte, hermanado con la religión en un Doyagüe ó un Eslava, haya sabido interpretar en el lenguaje de la música sentimientos que con tanta intensidad habrá experimentado el alma del artista.



El Jueves Santo, digna es de presenciarse la solemne bendición de los óleos en la Catedral. Y más tarde el *Lavatorio*, tierna ceremonia en que el Obispo, á imitación del Divino Maestro, lava los pies á los pobres. ¡Ejemplo hermoso de humildad cristiana!

Durante el día, un gentío inmenso visita los Sagrarios.

También una de las pocas tradiciones que conserva la que fué famosa Universidad de Salamanca es celebrar en este día la comunión pascual de los doctores en la Capilla del Estudio.



El Viernes Santo, á las cuatro de la tarde, sale la procesión del *Santo Entierro* de la Capilla de la Cruz; pasa por los claustros de la Universidad, que cubren sus paredes con antiquísimos tapices; da la vuelta por dentro de la Catedral, pasando por delante del *Coro*, que canta entonces las *Lamentaciones*, y regresa al punto de partida al anochecer. Son notables algunos *pasos* que representan escenas de la *Pasión*; pero supera á todos el llamado de la *Dolorosa*: es una imagen admirable que representa á la Virgen en la sublime actitud en que exclamaba: *Vos qui transitis viam doloris, videte si est dolor sicut dolor meus*.

Merece párrafo aparte hablar de la traslación del *paso* de San Julián desde la Capilla de la Cruz hasta la iglesia citada, donde permanece todo el resto del año. Cerca de las nueve de la noche es condu-



cida la tradicional esgüe de Jesús Nazareno en hombros de una docena de robustos artesanos, y precedido por dos largas filas de nazarenos con hachas encendidas. Con gran recogimiento, la multitud abre paso á la imponente procesión. Va á terminarse todo, y como si Dios quisiera recordar la causa de las cruentas escenas del Calvario, se oyen los últimos ecos de los versículos del *Miserere*, y parece que es la voz de la humanidad que exclama diciendo: *Iniquitate mea!*

* *

Y por último, en la mañana del sábado, el toqueo majestuoso y armónico de las campanas de la Catedral, el severo y acompasado de las de la Clerería, y el bullicioso y alegre de las parroquias de la ciudad, anuncian que se ha cantado ya el himno de gloria, y el corazón cristiano renace á nueva vida en la esperanza de la resurrección futura que todos hemos de realizar.

J. DOMÍNGUEZ BERRUETA.

Madrid, Abril 1892.

Tradiciones de Tierra Santa

IGLESIA DE LA FLAGELACIÓN

Es uno de los santuarios más devotos y más lindos á la vez de la Ciudad Santa, y uno de los que mejor se prestan á provechosas meditaciones sobre la cruenta escena de los azotes que soportó en sus carnes santísimas Cristo, nuestro bien, con resignación heroica.

Se encuentra la Iglesia de la Flagelación en la parte más alta de la calle de la Amargura, frente al cuartel en donde estuvo el Pretorio, y á mano izquierda yendo hacia la puerta de San Esteban. Conduce al Santuario una puerta forrada de hierro, tan baja y estrecha que, al inclinarse para atravesarla, parece que penetramos en algún castillo. Un pequeño patio viene en seguida, rodeado de altos muros, en los que pueden leerse y meditarse las inscripciones siguientes:

Introibimus in tabernaculum ejus: adorabimus in loco ubi steterunt pedes ejus. Entraremos en su tabernáculo: le adoraremos en el lugar en donde estuvieron sus pies. (Psal. CXXXI, v. 7.)

Ego in flagella paratus sum: et dolor meus in conspectu meo semper. Aparejado estoy para los azotes, y mi dolor está siempre delante de mí. (Psal. XXXVII, v. 18.)

Apprehendit Pilatus Jesum et flagellavit. Pilato prendió á Jesús y le azotó. (Joan. c. XIX, v. 1.)

Comunica éste con otro segundo patio, dividido en dos compartimentos: el de la izquierda hace de vestíbulo y da acceso á la Iglesia, y el de la derecha está convertido en pequeño jardín, con un pozo en el centro que nunca se agota, y que permite cultivar allí las zarzas de que fabricaron la corona de espinas, según tradición devota, y los geranios, rosas y flores de lis, de los que sirven para adorno del altar. Entre la sacristía y el jardín, sombreada por una parra, está la escalera que conduce al convento en miniatura, sucursal del de San Salvador, y que se utiliza también para hospedaje de peregrinos cuando no caben en Casa-Nueva.

Este santo lugar, regado con la sangre preciosísima de Jesucristo, fué venerado por los primeros cristianos, que indudablemente construirían sobre él alguna capilla; los Cruzados la convertirían en

iglesia que, luchando con más ó menos dificultades, continuó en poder de los católicos y de los Franciscanos, hasta que el fanatismo musulmán se apoderó de ella en 1618. Amenazaba ruina, y Mustafá-Bey, hijo del entonces bajá de Jerusalén, mandó reedificarla, no para devolverla á sus legítimos dueños, ni para que fuese de nuevo consagrada al culto público, sino para convertirla, la parte inferior en caballeriza, y la superior en almacén de pienso y forrajes. Terminada la obra, se hundió una noche de repente, sin causa conocida que explicase el hundimiento; pero el hijo del gobernador de Jerusalén, insistiendo en su profanación sacrilega, mandó reconstruir de nuevo el edificio, y apenas terminado, instaló en él sus mejores caballos. ¡Cuán grande no sería su asombro cuando á la mañana siguiente aparecieron todos muertos! Consultado el caso por Mustafá con los ulemas, contestaron que indudablemente Mahoma se oponía á que se convirtiera en cuadra de animales un lugar destinado á la oración. No por eso eso restituyó el edificio á los Franciscanos ni al culto; antes bien, el P. Antonio del Castillo (1) asegura que en su tiempo causaba aquel lugar gran temor y espanto á los mismos turcos porque, según decían, se oía allí grandísimo ruido y se morían cuantos caballos entraban en aquellas cuerdas. Mediante una buena propina, logró visitarlas el P. Bonifacio de Ragusa, y encontró á una pobre anciana turca que le aseguró que nadie podía habitar aquel edificio por el desagradable ruido como de azotes descargados sobre una persona, que se oía todas las noches. Con el tiempo desplomóse la vetusta fábrica, y el P. Geramb (2) refiere que, cuando en 1833 estuvo en Jerusalén, quedaba únicamente solar inmundo, en el que casi no podía el peregrino arrodillarse.

Ya se daba por perdido para el orbe católico este santuario, cuando Ibrahim-Bajá pasó por Belén en 1836 pidiendo hospitalidad á los franciscanos, los cuales se apresuraron á concedérsela, obsequiándole como á todos, prescindiendo de la religión que profesa y del rango que ocupa en el mundo el demandante. Terminada la comida, el superior del convento de Belén dijo al príncipe:

—¿Quiere vino S. E.?

—Con mucho gusto—contestó Ibrahim;—pero que me lo sirvan en ánfora, para que mi séquito no lo note.

Bebió tan abundantemente el Bajá, sin temor alguno á las prohibiciones y castigos del Profeta, que se embriagó y cayó en profundo sueño. Al despertarse pidió perdón al padre guardián, y queriendo reparar de alguna manera su falta, se ofreció incondicionalmente á los Franciscanos. Aprovecharon éstos la generosidad de su huésped para pedir que se les restituyera la Iglesia de la Flagelación, é Ibrahim-Bajá lo concedió en el acto.

Dos años después, es decir, en 1838, merced á la generosidad de Maximiliano, duque de Baviera, el hermano Serafín de Rocascalegna supo vencer tanto las dificultades del terreno como de la proximidad al cuartel turco, que no permitió ser dominado por el nuevo templo, y de entre aquellas ruinas surgió como por encanto la pequeña y bonita iglesia actual de la Flagelación, que consta de una sola nave con cinco altares, el mayor construido precisamente sobre el lugar mismo en donde fué azotado Jesucristo Nuestro Señor, lugar marcado por un trozo de columna que se descubrió entre las ruinas, y que, como han hecho en todos los santuarios, colocaron allí los Franciscanos antes de verse forzados á abandonarle, para que no se interrumpiese nunca la tradición veneranda; de los menores, el primero representa la prisión del Señor en el Huerto de Getsemani, el segundo el su-

plicio de los azotes, el tercero la coronación de espinas, y el cuarto la crucifixión.

Detrás del altar mayor están la sacristía, el coro y un órgano, todo en pequeño, porque el local no permite otra cosa. En el retablo un grupo escultórico reproduce en mármol la escena horrible. Debajo de la mesa del altar, que forma un arco, para que los fieles puedan venerar con sus besos aquel santo sitio, en una piedra redonda de mármol blanco con cruz roja en el centro, colocada en el lugar mismo de la columna indicadora que se descubrió entre las ruinas, es decir, en el mismo santo suelo donde fué azotado, y que regó con su sangre Cristo Nuestro Señor, puede leerse la inscripción siguiente: *Fuó azotado todo el día, y en las mañanas era mi flagelación.* Detrás de la piedra, en el fondo del altar, hay un hermoso cuadro de la flagelación. Lámparas encendidas día y noche, y las flores naturales, que los Franciscanos renuevan con frecuencia, adornan constantemente aquel lugar venerando. Allí se celebra siempre la misa de la Sangre preciosísima de Cristo con ornamentos encarnados, y puede ganarse indulgencia plenaria. Allí he tenido yo la dicha de tomar la Sagrada Comunión. Es uno de los Santos Lugares que más imponen, que mueven á más intensa compunción, y que más se prestan para meditar con fruto en la sangrienta escena de los azotes.

Suplicio era éste bastante común entre los romanos, y los judíos sobre todo. El Talmud lo describe así (1): «Se atan á la columna las manos del condenado; entonces el verdugo le arranca los vestidos, desgarrándoselos ó desnudándole de manera que queden pecho y espalda al descubierto. Se coloca una piedra detrás del paciente. De pie el lictor sobre esta piedra, enarbola su látigo ó sus azotes de cuero, de manera que suban y bajen sobre el condenado.» Entre los romanos, el número de golpes no podía pasar de cuarenta. Jesucristo Nuestro Señor debió ser azotado con látigos de cordelillos delgados y nudosos, más terribles aún que los azotes de cuero y que las varas, porque fué tratado como vil esclavo. Las revelaciones de Santa Brígida, de Santa Magdalena de Pazzi y de la venerable María Águeda de Jesús, pueden suplir hasta cierto punto el laconismo del Evangelio acerca de este paso terrible. Entregado por Pilato á la soldadesca romana para que le azotasen en uno de los patios del Pretorio, el mansísimo Jesús desnudó por sí mismo sus espaldas y se abrazó amorosamente á la columna, á la cual iba á ser atado, para darnos este testimonio de que se inmolaba voluntariamente por salvarnos. Sabiendo los judíos que Pilato quería salvar á Jesús, y que si consentía en que se le azotase era con el fin de calmar su furor, sobornaron á los soldados romanos para que le matasen á fuerza de azotes. ¡Con qué fiera crueldad caerían éstos sobre la inocente Víctima! Armados de látigos, de azotes, de varas y de garfios en forma de escorpión, herían sin piedad y sin descanso, reemplazándose unos á otros cuando la fatiga no les dejaba proseguir; contundían y desgarraban aquellas carnes sacratísimas, y corría abundantemente la sangre por el pecho y la espalda del mansísimo Cordero, salpicando también de sangre los cordeles y la columna.

¡Qué corazón no se parte en pedazos cuando se medita este trance durísimo! Más de mil golpes descargaron los verdugos sobre el Divino Cuerpo de Jesús, el cual no murió en el acto, para que se cumpliesen las profecías, consumándose la redención en el Calvario y no en el Pretorio. Aquel era un suplicio, no solamente cruel, sino *afrentoso*, y Cristo lo sufrió, más que resignado, gozoso, sin protesta alguna, y para lavar con su preciosa sangre las manchas inmundas de nuestros pecados. Nosotros, en cambio, no toleramos la contradic-

(1) *El Devoto Peregrino*, lib. II, cap. V.
(2) *La Tierra Santa*, cap. V, part. VI.

(1) Cap. III, v. 12.

ción y sufrimiento más leves; somos, sobre todo, irascibles en sumo grado cuando de nuestro honor terreno se trata, y nunca estamos dispuestos a besar el látigo con que el mundo nos hiere, tal vez por medio de una sola palabra despreciativa ó humillante. Verdaderamente no hay escuela semejante á la de Cristo, ni escenas más ejemplares que las de su vida, pasión y muerte santísimas.

Entre otros poéticos adornos de la Iglesia de la Flagelación, merece citarse el cuadro y leyenda de la *Virgen de la Carta*. Cuentan que estando San Pablo en Sicilia, abrazaron la fe cristiana gran número de paganos. El Apóstol envió una comisión á María Santísima participándole tan grato suceso, y la Virgen escribió una carta en hebreo al Apóstol de los gentiles, felicitándole por sus triunfos y declarándose protectora de los nuevos cristianos.

Vertió San Pablo esta carta al griego, y los fieles de Mesina conservan aún dicha traducción como reliquia insigne, celebrando todos los años su fiesta el día 5 de Junio con grandes regocijos públicos. Hace veinte años próximamente, cierto devoto siciliano regaló á la Iglesia de la Flagelación un cuadro de la Virgen de Mesina, y un *fac-simile* de la preciosa carta, que literalmente traducida dice así:

«María Virgen, hija de Joaquín y Ana, muy humilde servidora de Dios, Madre de Jesucristo crucificado, de la tribu de Judá y de la casa de David, salud á todos vosotros, Mesinenses, y bendición del Dios Todopoderoso. Hemos sabido con certeza, que habiendo conocido la verdad por la predicación de Pablo, ese vaso de elección, nos habéis enviado una embajada para confesar que nuestro Hijo, el Hijo único de Dios, es Dios y hombre, y después de su resurrección subió á los cielos. Por esto os bendecimos, tanto á vosotros como á vuestra ciudad, de la que queremos ser para siempre protectora.»

Desde entonces, los trabajadores de la tipografía franciscana en Jerusalén acogieron al patronato de María bajo la advocación de *Virgen de la Carta*, título que con su oficio se relaciona, y todos los años, el día 20 de Septiembre, congregan en la Iglesia de la Flagelación y festejan á su Patrona, haciendo cantar una Misa solemne.

De la columna de la flagelación queremos decir también cuatro palabras, para que no quede incompleta la reseña de tan piadoso santuario. Esta columna fué arrancada del Pretorio y trasladada por los primeros cristianos á la Iglesia del Cenáculo. Allí la veneró Santa Paula, según refiere San Jerónimo (LXXXVI) en carta á San Eustaquio; allí la vieron también otros muchos que han escrito de Jerusalén, como Arculfo en el siglo VII, y allí permaneció indudablemente hasta que los canónigos de San Agustín, arrojados del Cenáculo, la entregaron á los Franciscanos. En 1551 rompiéronla los musulmanes, y el P. Bonifacio de Ragusa, Custodio general á la sazón, envió un pedazo al Papa Paulo IV, otro á Felipe II y otro á la República de Venecia, el cual se conserva todavía en la Basílica de San Marcos. El trozo mayor, que es de pórfito y mide unos 0,60 metros de alto, no quiso que saliese de Jerusalén, y para evitar profanaciones lo colocó en la Iglesia franciscana de la Basílica del Santo Sepulcro, detrás de una reja de hierro, en el altar del lado de la Epístola, que por lo mismo se llama *de la Santa Columna*. Una vez al año, el Miércoles Santo por la mañana, se abre la reja y se permite á los fieles que adoren la santa columna, tocándola y besándola. No se confunda esta columna con la que se venera en Roma en la Iglesia de Santa Práxedes, que mide unos 0,70 metros de alta, comprendiendo la base; es de mármol negro con venas blancas; su diámetro dismi-

nuye gradualmente de abajo arriba; tuvo una anilla de hierro en la parte superior, y fué trasladada á Roma desde Monte Sión por el Cardenal Juan Coloma por los años de 1223, en tiempo del Papa Honorio. No falta quien sostiene que ésta, y no la de Jerusalén, es la verdadera columna de la flagelación, fundándose en las inscripciones existentes en la antigua capilla donde se la custodia y en un fresco descubierto en la nave central de la Iglesia, reproducción exacta de la columna de Santa Práxedes, á la cual se encuentra atado Cristo Nuestro Señor, mientras le azotan los sayones; pero no pocos historiadores afirman que la columna es aquella á la cual fué atado el Redentor del mundo en casa de Caifás durante la noche del Jueves al Viernes Santo. Una y otra son dignas de veneración para las almas verdaderamente piadosas, que se alimentan más de tradiciones santas que de disquisiciones arqueológicas.

M. POLO Y PEYROLÓN.

Perspectivas de viaje.

Puerto Said (Manila) 22 Febrero 92.

I

ESCRIBO Puerto Said en vez de Port-Said, como, si mal no recuerdo, solíamos pronunciar en Madrid, no por pedante prurito de castizo, sino porque de esta manera ví puesto el nombre de la ciudad anglo-egipcia en el cartel donde el capitán del *Isla de Luzón* anunciaba á los pasajeros de primera el punto á donde llegábamos y la hora en que de él zarparíamos. Verdad es que las horas de salida de nuestros vapores correos de aquende el Mediterráneo, si se exceptúa la de las cuatro de la tarde de cada cuatro viernes en Barcelona, y las nueve de la mañana de cada cuatro martes en Manila, son las coplas de Calainos, pues siempre sobrevienen accidentes más ó menos imprevistos que obligan á retrasar la empalagosa maniobra de levar anclas y devanar jarcia. Esto, sin embargo, no hace gran cosa á nuestro propósito, ni sé si acontece lo mismo en las líneas transfitretanas extranjeras.

Serian las tres escasamente de la madrugada cuando nuestro barco abordó la barra del puerto bi-continental ó asiático-africano, puesto que tiene un pie en Arabia y otro en Egipto, siendo de notar que el *Isla de Luzón*, en su penúltimo viaje de venida á estas islas, verificó su entrada en las estaciones del tránsito casi siempre de noche; sólo á Colombo otorgó el privilegio de visitarla á las once de la mañana.

Como hacía ya seis días que no habíamos pisado tierra, ni habíamos visto más que los tostados promontorios de Túnez y los escalonados recuestos de la isla Pantelaria, á pesar de haber asegurado no sé qué chusco que divisaríamos la cúpula del Vaticano, no es extraño que todos anheláramos un momento de descanso para dejar la tersa cubierta del buque y lanzarnos á pisar polvorosos pavimentos ó duros empedrados.

El faro de Alejandría nos advirtió con sus vívidos destellos al anoecer la proximidad de Puerto-Said; así es que nadie pensó en acostarse formalmente, y bastó que la potente máquina suspendiese sus rudas palpaciones para que todo el pasaje se despertase y se apresurase á subir á toldilla. Profunda oscuridad reinaba sobre las aguas del puerto y sobre las arrasadas costas que la circundan; pero se entrevía el sordo rumor de un tráfico comercial desatado, y se columbraba una graniza-

da de luces de diversos tamaños y colores en la lejanía: raro paisaje dos veces nocturno, misterioso en su historia, inverosímil en la actualidad.

Todavía se deslizó un buen trecho el *Isla de Luzón* por la superficie del líquido y silencioso elemento á impulsos de la carrera adquirida, que avivaba de vez en cuando algún que otro aletazo de la hélice, hasta que al llegar frente á las primeras valizas se detuvo en espera de práctico, dando contravapor á la máquina, y arrancando tumultuosos gritos de protesta á las olas, poco dispuestas siempre á soportar con paciencia estos súbitos ataques por retaguardia.

De entre la infinidad de luminarias que tachonaban las espesas y rastreas sombras se destacó bien pronto la lancha conductora del práctico con su vistosa consigna de luces rojas y amarillas, reglamentariamente colocadas á lo largo de un mástil, y se aproximó hasta ponerse al habla con nosotros en un idioma que nos recordó bruscamente que sin remedio habíamos traspuesto las fronteras de la patria y nos internábamos decididamente en tierra extranjera, ó en aguas mostrencas, que podremos decir cuando se declare la neutralidad del canal de Suez.

Nuestro gigante de hierro se dejó guiar con docilidad, como un ciego por su lazarillo, por la diminuta lancha del práctico, y penetramos entre las flotantes valizas, empenachadas todas con mecheros encendidos. A la derecha, ó sea sobre la costa africana, y á la vuelta de las fantásticas siluetas de numerosos cascos y arboladuras, se alineaban en correcta formación algunas docenas de faroles izados sobre postes de madera, y tras de ellos corría una larga fila de someros edificios, de nada elegante trapío, con sus tiendas mejor ó peor iluminadas, surtidas de comestibles y alcoholes, y las cuales venían á constituir en definitiva, al tenor de lo que sucede en todos los puertos medianamente mercantiles, una amalgama, no muy seductora, de tabernas, botillerías, colmados, cafetines, salpimentada, sin duda, por algún hediondo lupanar, y severizada evidentemente por talleres y factorías en afanoso movimiento. Yo me entusiasmaría con las poblaciones de este jaez si no notase en ellas un *quid inexplicable* que me aturde y me espanta; pero reconozco humildemente que sólo así se pueble el mundo, y que se ha fundado una ciudad sobre unos desiertos donde sucumbieron tantas poderosas razas de la antigüedad, y donde ninguna potencia civilizada ha podido echar raíces más que la mercantilista Inglaterra, lo cual no quita para que Inglaterra resulte también una nación filósofa y artista, como toda aquella que se siente ahita de triunfos materiales.

Las playas arábicas, la península del Sinaí, el continente asiático, se mostraban más desaharrapados que las riberas africanas: una franja negruzca, recamada de irregulares bullones, que eran otros tantos montones de hulla de Cardiff, ceñía por aquella parte, describiendo alguna que otra ondulación, la ensenada donde se mezclan las aguas del Mediterráneo y las del canal de Suez: no se distinguía apenas el agua de la tierra, ni se podía adivinar si el elemento sólido sobresalía del elemento líquido, ó viceversa; ó si todo era fango sujeto á constantes transformaciones, tan pronto dispuesto á trocarse en sutil y maligno polvo, como en salobres y cenagosas aguas. También dormitaba alguna macilenta luz en los bordes de aquel desolado erial, que sólo servía para delatar la ausencia de la naturaleza y magnificar la porfía vencedora del hombre: no se distinguían árboles corpulentos, pero se oían los pródigos depósitos de carbón de piedra; eran imposibles las fuentes, pero se dibujaban agazapadas en la orilla las barcas-cisternas brindando á granel agua salubra y refrigerante hielo.

El *Isla de Luzón* seguía avanzando hacia el interior de la ensenada, y en el confín de ella, al parecer, divisamos un espectáculo tan extravagante y en cierto modo diabólico, que no supimos explicarnos si realmente nos hallábamos en el Mediterráneo, ó si durante el corto sueño que descabezamos á prima noche, nos habíamos metido en algún antro marítimo, de esos que cualquiera imaginación disparatada suele fingir en las entrañas de la tierra. En el medio mismo del canal valizado cuya trayectoria embestía nuestro buque, surgió algo así como una proyección de linterna mágica, desgarrando las sombras de medrosa manera; si aquello no eran las fraguas de Vulcano, poco les faltaría.

Sobre una indescriptible plataforma negra, desnivelada y escabrosa, triscaban seres de figura humana, gesticulando con brazos y piernas, retorciendo el cuerpo, atropellándose unos á otros, agachándose los de un lado para erguirse los de otro, entrecruzándose constantemente con agilidad de mono y movilidad de ardilla, desapareciendo en las alturas y reapareciendo con sucesión vertiginosa por cualquier repliegue de la plataforma, que para embrujar más el cuadro, sostenía unos cuantos postes patiestevados, bajos, tiesecillos como enanos, sobre cuyas manguadas cabezas ardían informes lámparas, atestadas de alquitrán, que levantaban fuliginosas espirales, mezcla de humo y resplandor, espesando la atmósfera, y macizando, por decirlo así, la oscuridad de encima. Parecía que una legión desenfrenada de demonios se disputaba una presa de las más apetitosas; y ello es que ninguno de los pasajeros del *Isla de Luzón* sabía explicarse satisfactoriamente ni la naturaleza ni el objeto de aquellas complicadas y febriles evoluciones, ejecutadas tan á deshora y proseguidas con tanto encarnecimiento. ¿Será que se está incendiando un buque, y que los pasajeros buscan salvación arrojándose por las bordas, hombres, mujeres y niños, y que los tripulantes se precipitan de proa á popa, de babor á estribor, de los masteleros á cubierta y de cubierta al mar, no tanto para atajar los progresos del incendio como para correr tras los naufragos y disputárselos á la voracidad de los escualos que rondan aquellas aguas?

Casi puede creerse que tal era el acontecimiento que se nos ofrecía, y no estará demás añadir que los poco avezados á la navegación, pero conocedores, por referencia, de lo que son ciertas poblaciones inglesas en las zonas cálidas, lamentábamos que el *Luzón* no variase de rumbo.

Pero ¡ah! no era más sino un buque francés que estaba haciendo carbón.

F. AGUILAR Y BOSCA.

Deseaba ver las ruedas dar vueltas

Hubo una vez un niño perspicaz que gustaba examinar la construcción interna del reloj de su tío á fin de poder «ver las ruedas dar vueltas.» He aquí un niño despierto é investigador. Acaso suceda que algún día pueda hacer un reloj que lleve mejor la hora que los que suelen seguir los días de la semana y mucho menos las horas y los minutos.

Pero para cien personas que saben cómo está construido un reloj, ¿cuántas hay entre ellas que conozcan la máquina que encierran sus cuerpos? Ni siquiera una.

Ahora bien, el corazón es la péndola humana. A veces late demasiado de prisa y otras demasiado despacio. ¿Qué es lo que lo hace funcionar de ese modo? ¿Puedes decirlo? Quizás nó. Cuando su

irregularidad te alarma, vas á ver al médico. ¿Por qué no estudias el asunto tú mismo y aprendes tanto acerca de él como el maquinista de la locomotora está obligado á saber con respecto á la máquina? ¿No puedes? Sí puedes.

He aquí por ejemplo. Cierta hombre escribe como sigue: «El corazón me latía y palpitaba como si quisiera saltar fuera de su lugar.» Las ruedas de su cuerpo giraban demasiado de prisa. «Ganaba tiempo» en terribles proporciones, y cuando eso sucede el hombre va aproximándose á su muerte más de lo que es grato creer. ¿Qué desperfecto tenía su maquinaria? Estudiemos el asunto y tratemos de averiguar.

Dice que hasta Abril de 1890 había gozado siempre de buena salud. A esa época tuvo un ataque de trancazo ó catarro pulmonar epidémico. Esto le dejó en un estado de endebles, como generalmente sucede tratándose de esta enfermedad. Una mañana del siguiente Julio observó sobre sus caderas una extensa erupción semejante á una herpes, la cual se extendió gradualmente hasta cubrir el abdomen y todas las partes inferiores del cuerpo. Después de esto, su apetito le faltó y el acto natural y necesario de tomar alimento le ocasionaba fuerte dolor en el pecho. Añade dicho hombre: «La flatulencia se paseaba alrededor del pecho y enviaba toda la sangre á la cabeza.»

Sin duda su descripción acerca de la sensación es correcta, pero el hecho era probablemente el haber demasiado poca sangre en la cabeza más bien que mucha, y la flatulencia ninguna relación tenía con ello. Su sistema se hallaba falto de alimento á causa de la enfermedad, y la máquina de su cuerpo iba demasiado deprisa de pura debilidad, y no por exceso de fuerzas, de igual modo que el buque se mece y mueve sobre las aguas por falta de lastre. «Solía entrar en un fuerte calor», dice, «y el dolor y vahido me molestaban tanto que me imaginaba me caería al suelo en un paroxismo. En ciertas ocasiones las manos y piés estaban fríos y pegajosos, y en otras solían arder como si hubieran sido picados por ortigas. Por más de tres meses continúe así, poniéndome cada día más endeble.»

En efecto, ¿qué otra cosa podía esperarse? «Sintiéndome muy inquieto á la sazón,—continúa,—ví á un médico, el cual me recetó medicinas y unciones, pero sin éxito, y me puse peor. En Agosto, 1890, leí en el *Freeman's Journal* sobre el Jarabe de la Madre Seigel, y pensé que quizás este me daría alivio. Compré una botella en el Medical Hall, Ballinamore (Irlanda), y á mi sorpresa, después de tomarla me encontré mejor. La continuación del Jarabe hizo desaparecer la erupción ó sarpullidos, y empecé á saborear el alimento. Dentro de poco me fué posible comer de cualquiera cosa. Quedé completamente sanado y pude trabajar de nuevo.

«Doy gracias á Dios que me dieron á conocer el Jarabe Seigel, y deseo informar al público de su eficacia á fin que otros pobres dolientes lo prueben.

(Firma) WILLIAM O'HARA,
Lannanarieugh, Bawnboy,
Burlough, Condado de Cavan, Irlanda.
Junio 5 de 1891.»

El Sr. O'Hara es un labrador y muy conocido y respetado en su distrito. La enfermedad que él describe fué la indigestión y dispepsia, la cual produce la palpitación del corazón ocasionada por la presión contra él del estómago, llenándose este de gas producido por el alimento fermentado. El veneno procedente del mismo origen también entró en la sangre, y puso al cerebro y al sistema nervioso en desorden, fomentando así el colapso general.

Quando el Jarabe Seigel hubo expelido el veneno, y puesto nuevamente en movimiento la maquinaria digestiva, las fuerzas volvieron como cosa natural, y el corazón llevó á efecto su funcionamiento con regularidad y con su fuerza natural.

Si el Sr. O'Hara hubiera comprendido que todos sus varias dolencias y dolores prevenían del mismo origen hubiera estado menos desconcertado.

La indiferencia pareciera que no hay nada como el Jarabe de la Madre Seigel para hacer guardar la hora al reloj humano y repararlo cuando no esté en orden.

Si el lector se dirige á los Señores A. J. White, Ltd., de la Calle de Caspe, núm. 155, Barcelona, estos señores tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado explicando las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está en venta en todas las farmacias. El precio del frasco es de 14 reales, y el del frasquito, 8.

ADVERTENCIA

La extensión de los originales, especialmente del magnífico capítulo de la obra del P. Mir, que por su importancia religiosa y literaria ha sido necesario publicar íntegro, nos han obligado á retirar algunos de los grabados preparados para este número.

SIGNOS SEGUROS DE AUTENTICIDAD

Todo jabón del Congo que no lleva el nombre de VICTOR VAISSIER, el ilustre fabricante parisiense, no es el VERDADERO Jabón de los Principes del Congo; es un producto que no tiene relación alguna con el célebre y delicioso cosmético, más que la usurpación del título.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis. Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 2
1892

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA
JORGE G.º GIROD
Sucesor de Losada.

SEÑORAS

Si queréis Sombreros elegantes y más baratos que en parte alguna, ver la gran colección de esta casa. Precioso surtido de tocas y sombreros redondos de mañana á 70 y 80 reales. Para vestir, elegantes modelos de capotas y sombreros desde 6 duros. Precios fijos.

Mad. Pernette, BARQUILLO, 27

SEÑORAS

La perfumería

THOMAS

es la que vende la perfumería fina á precios reducidos.

La perfumería

THOMAS

es la que vende los perfumes sueltos para el pañuelo á 5 reales onza; el Heliotropo blanco, perfume fino, delicado y muy permanente, á 6 reales.

La perfumería

THOMAS

es la que presenta en sus anaques un millón de caprichosos objetos con perfumes ó sin ellos, para regalitos de poco precio.

La perfumería

THOMAS

está situada en la calle MAYOR, 36. Fijarse bien en las señas: número 36, entre las calles de Coloreros y Bordadores.

Los precios son fijos, marcados en los objetos.—Prohibido el regatear.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes, novedad en piel caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza y lana.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

ESPECIALIDAD EN GUANTES Á LA MEDIDA

7, Fuencarral, 7

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO

DE

CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes en folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.—TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

EL VINO de PEPTONA CAILLON restablece las fuerzas, las digestiones, el apetito. Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades.

DEL ESTOMAGO
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
Su grandioso éxito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma CAILLON.

3, Boulevard Saint-Martin, París
y en las buenas farmacias

Medalla en BARCELONA, 1888

COLÓN Y LA RÁBIDA

POR EL

M. R. P. Fr. José Coll

FRANCISCANO

Las noticias que atesora este libro hacen muy agradable su lectura, y es indispensable para todos los que se interesan por el Centenario del descubrimiento de América.

Consta de un volumen en 8.º de 36 páginas, y se vende en casa de D. Gregorio del Amo, Paz, 6, á 2,50 pesetas.

ES DIGNA DE SER VISITADA LA NOTABLE
EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS
Y
coronas.

DE

G. KUHN SEIS SALONES CRUZ. 42

Sección 1.ª—Flores para vestir. 2.ª—Ornato de salón.—3.ª Flor para iglesia.—4.ª Flor para cementerio.—5.ª Material para flores.—6.ª Plumas y azabache para sombreros.

Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar,—y modelos de cristalería, mayolica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte ó incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR Y POLVOS MENTOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

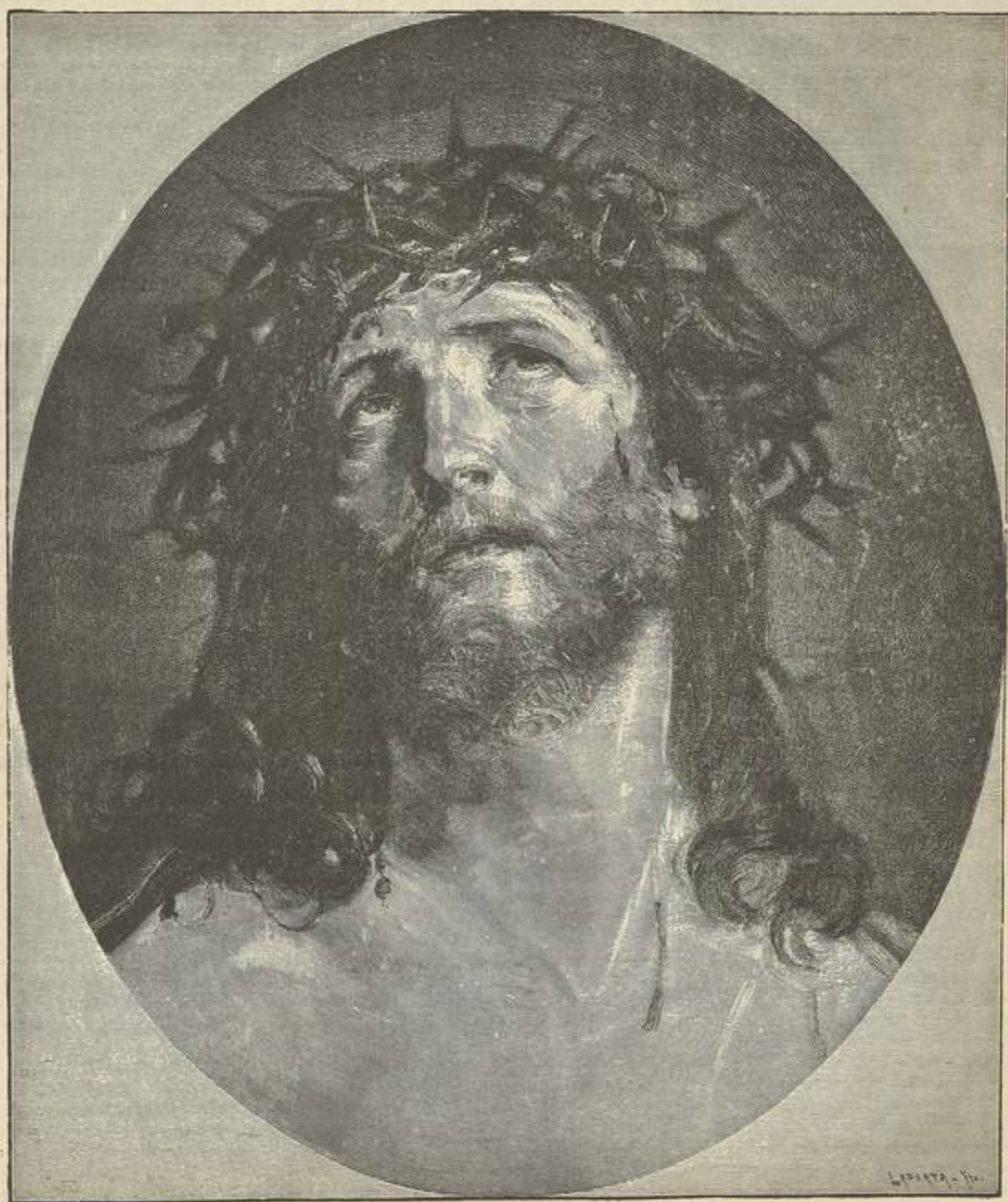
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.



ÉPOCA 6.ª—AÑO XVII—TOMO XV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA



¡ECCE-HOMO!



ADVERTENCIA

Gracias á la amabilidad del Sr. D. Miguel Mir (de la Academia Española) podemos ofrecer hoy á nuestros lectores el segundo capítulo de su magnífica historia de *La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*.

Igualmente publicamos hoy un precioso cuento, inédito, de D. Santiago de Liniers, también académico de la Española.

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmeda.—Boletín religioso, por J. F.—El reloj de la abuela, por Santiago de Liniers.—Nuestro arte religioso, por José Fernández.—La Pasión de Jesucristo, por el P. Miguel Mir.—La primavera en Valencia, por Angel Salcedo Ruiz.—Reclamaciones.—Anuncios.

GRABADOS

Ecce-Homo.—Regreso de una cacería.—Catedral de Santiago.—Hortillo de Santa Eulalia.—Catedral de Bamberg.—Convento de Santa Catalina.

LA QUINCENA



A Semana Santa se ha celebrado en Madrid con la solemnidad que corresponde á un pueblo de tan arraigadas convicciones y tan fervorosas creencias como el de la capital de España; pueblo que á veces se aparta del verdadero camino y corre enloquecido tras los culpables placeres del mundo, constreñido á ello por tentaciones del demonio y flaquezas de la carne, de esos grandes enemigos de los pueblos y de los hombres; pero que á la menor indicación vuelve dócil y sumiso á la buena senda; porque sus pasajeros delirios no son hijos de la rebeldía del entendimiento ni de la soberbia del corazón. El pueblo madrileño continúa siendo, á Dios gracias, profundamente católico, y ha sabido conservar vivas en su alma las grandes virtudes que lo empujaron á las cumbres de la gloria en horas muy solemnes para la patria, y con las que supo hacerse digno de su supremacía política en días trágicos de la historia nacional.

Todas sus verbenas se celebran en honor de

algún Santo; la principal de sus fiestas tiene por teatro la inmensa planicie que se extiende alrededor de la ermita de su Santo patrono; la Virgen de la Paloma es la confidente de sus pesares y el santuario de sus esperanzas; y cuando llegan estos días de Semana Santa, especialmente consagrados á la oración y al recogimiento, acude presuroso á los templos á contemplar la Pasión de Jesucristo y á juntar sus lágrimas con las de la Virgen Madre, acompañándola en la calle de la Amargura y subiendo con ella á la cima del Calvario. El grupo de los incrédulos y de los indiferentes, que parece de ordinario numeroso por lo mucho que bulle y por el ruido que arma, se ve obligado á retraerse ante esta formidable explosión de la fe de todo un pueblo; y el que por vez primera visitara á Madrid durante los días de Jueves y Viernes Santo, no podría figurarse que es el mismo Madrid en que se alzan de continuo tantas voces impías, y desde el cual una prensa sectaria se esfuerza por arrebatar á España el único bien que le resta: la fe religiosa que le legaron sus mayores.

Las solemnidades religiosas de la semana se han celebrado con gran pompa en todas las iglesias de la corte; en la santa iglesia catedral, en la Capilla Real, en San Francisco el Grande, en San José, en San Ginés y en las Calatravas, han sido verdaderamente suntuosas. S. M. la Reina celebró, acompañada de su corte, la conmovedora ceremonia del Lavatorio, é hizo uso, según costumbre, de su regia prerrogativa, indultando á seis reos de muerte en el acto de la adoración de la Cruz. Tampoco se ha verificado este año la visita regia á los Sagrarios, y es lástima que esta costumbre vaya cayendo en desuso; porque era un soberbio espectáculo el que ofrecían los reyes rodeados de todo el fausto y esplendor que han hecho célebre en el mundo á nuestra corte, yendo á visitar las Estaciones en la tarde del Jueves Santo; acto tradicional, y que se armoniza perfectamente con las ideas y sentimientos de nuestro pueblo. El Sr. Bosch y Fusteguerras, alcalde de esta villa, dejándose de ridículos miramientos, y recordando sólo que gobierna á un pueblo esencialmente católico, se hizo intérprete de los sentimientos de éste en el bando que es costumbre publicar en estos días; conducta que ha merecido universales alabanzas, y por la cual no hemos de escatimarle nuestros elogios.

Las noticias que del resto de España se han recibido anuncian que en todas partes se han celebrado las fiestas de Semana Santa con inusitado esplendor. Las tradicionales procesiones de Sevilla han resultado deslucidas este año, á causa de la no interrumpida lluvia; los numerosos forasteros que habían acudido á la capital de Andalucía á presenciar las históricas fiestas, se han visto defraudados en sus esperanzas de contemplar en las calles las famosas esculturas que guardan en sus recintos los suntuosos templos sevillanos. En cambio, Cádiz se ha llevado la palma este año en lo que á procesiones y fiestas religiosas se refiere; y de continuar el impulso dado este año á dichas festividades por hombres religiosos y amantes de los intereses de aquella población cultísima y linda cual ninguna, Cádiz ha de disputar con ventaja á Sevilla el cetro que la reina del Bétis ha empuñado sin oposición hasta ahora. La procesión de la *Vera Cruz*, la de *Jesús Nazareno* y la del *Santo Entierro*, han sido en Cádiz verdaderos acontecimientos religiosos y artísticos; en ellas se ha hecho, por primera vez en nuestra patria, aplicación de la electricidad á las solemnidades

del culto externo, y los pasos que en dichas procesiones lucían, iluminados con poderosísimos focos eléctricos, han causado un efecto sorprendente. Séanos permitido dirigir desde estas columnas un modesto aplauso al distinguido y sabio Clero gaditano y al ilustre Obispo de la diócesis, Ilmo. Sr. D. Vicente Calvo y Valero, que así sabe levantar suntuosos edificios para gloria de la Religión y de la ciudad que tiene la dicha de poseerlo y venerarlo como Pastor amantísimo, como sabe adoctrinar á su pueblo con Pastorales y sermones en los que resplandece la elocuencia del Crisóstomo, y se desvive porque el culto del Señor sea como debe ser, digno en un todo del altísimo objeto á que está consagrado.

El cuadro de desolación y de muerte que venimos hace seis meses contemplando se ha transformado por completo, ofreciendo al espíritu, sediento de sobrehumanas aspiraciones, mundos de embriagadora poesía.

Aquel viejo haraposo que escribe el epitafio de las flores con la tristísima nieve de los valles; el pálido invierno, siempre temblón y asustadizo, intenta en vano impetrar de la naturaleza el pingüe beneficio de un día más de vida y la inapreciable merced de un instante más de su tiránico imperio. El viejo invierno muere, y su despiadada hija, la Primavera, lo ve insensible partir, y lleva su crueldad hasta el punto de celebrar su partida vistiéndose de luz, perfumando el ambiente con el aroma purísimo de las flores y alegrando el espacio con el eco dulce y melódico de sus cantares de virgen.

El parricidio de la Primavera es perdonado en seguida por la impecable sabiduría del tiempo.

Apenas el viejo uraño y gruñón sucumbe, rompen sus cadenas, al compás de un himno de redención, los mártires del hambre y los esclavos del dolor; esa vil compañera del príncipe de la muerte, que se apellida la pulmonía, va á emprender larguísimo viaje, acompañada de su hermano el frío, abandonando por algunos meses el territorio de su dominación.

La primavera ha triunfado; su advenimiento al poder es aplaudido por los astros que brillan más intensamente en el cielo de la noche, por la brisa que entona á lo largo de las arboledas y en lo profundo de las cañadas el himno de la resurrección con el acento mágico de lo vago y de lo indefinible, por el éter del espacio inmenso, en cada una de cuyas ondas palpita una nota de amor, y en cada uno de cuyos átomos se encierra la sávia de un existir semidivino.

¡Cuán hermosa es la llegada de la primavera!

La madre de las flores, la que lleva en sus manos de color de rosa el cuerno de Amaltea, venero de riqueza inagotable, la que con sólo un vislumbre de sus hechizos despierta en el mundo la alegría, en el pobre el consuelo y en el enfermo la esperanza, se encuentra ya entre nosotros. La primavera reina con privilegio ilimitado. Es la predilecta de Dios, porque al alborear su plácida existencia viene á la tierra su divino Hijo para confirmar su doctrina incomparable y salvadora en la cima desolada del Calvario y en la resplandeciente cumbre del Thabor.

La primavera, como hermosa doncella que es, gusta de requiebros y de elogios. Pero ¡ay! que los que el arcángel Madrid le prodiga pecan, en verdad, de vulgares y prosaicos. Quizás por esto, herida la dama en lo más íntimo de su amor propio, exclamó alguna vez: «Jóvenes de

la corte, he ahí vuestros retratos algo mejor hechos que los de Alviach.»

Y con un golpe de su varita mágica pobló los jardines de *candorosas lilas*.

¡Qué monotonía la de la capital de España durante los días de primavera! Por la mañana el vetusto é imprescindible Retiro, atestado de madres casamenteras, de jóvenes pensativas y de estudiantes taciturnos; por la tarde, el consuetudinario reposo del aburrimiento en acción, y por la noche, ¡ah! por la noche se verifica en los circos hípicas la resurrección de Hércules, cuya respetable deidad no tiene inconveniente en vestir en ocasiones el frac rojo, temiendo, sin duda, que algún agente policiaco ose increparle por su conocida y un tanto libre indumentaria.

Sea de ello lo que quiera, la primavera ejerce ya sus funciones de soberana, y no son parte á debilitar su imperio ni la apatía de los hombres ni el prosaísmo dominante. Madre del bien, compañera del reposo, manantial inagotable del consuelo, vestal purísima de la poesía, nos trae las flores para recreo de nuestras almas, alarga los días para abrillantar el trabajo, mima al tiempo para alegrar el espíritu; todo bienestar, todo dicha, todo liberación de las sombras abominables. No puede, no, ser sino causa de vida la que trae impresas en su blanca frente los besos de los querubines.

Los días van transcurriendo, y la primavera, más hermosa que nunca, descansa sobre su lecho de púrpura y de oro. De súbito, sus sonrosados labios se contraen de espanto y dan salida á una sonora carcajada. Un jovenzuelo, que llega sudoroso y jadeante, que viste de blanco, y trae en la diestra un enorme botijo, exclama cayendo de hinojos ante la diosa del amor:

—Mira, hermosa mía, soy tu hijo el verano, y ha llegado el momento de que tomes el portante; no te extrañes, que lo mismo hiciste tú con mi abuelo el invierno; pero te aconsejo que vayas en globo, ó como gustes, nunca en ferrocarril, pues tales van las cosas en las líneas españolas, que de un par de descarrilamientos semanales no se escapa ni la misma primavera.

•••

La fatídica fecha del 1.º de Mayo trae inquietos á todos los Gobiernos europeos.

Los numerosos arrestos que se vienen llevando á cabo en la vecina República, demuestran que no es el Gobierno francés, á pesar de sus desplantes democráticos y de sus alardes de ateísmo, el que menos trata de precaverse para rechazar los asaltos de la fiera que él mismo ha amamantado á sus pechos, declarando guerra sin cuartel al Catolicismo y oponiéndose con todas sus fuerzas al porvenir de la enseñanza religiosa.

Cada vez son mas insistentes los rumores de que los anarquistas tratan de hacer algunas de las suyas en el mismo corazón de París, como una protesta contra la persecución, de la que se creen, ó fingen creerse, inocentes víctimas; y como hasta ahora no han resultado vanas las amenazas de estos nuevos *redentores*, de aquí que á los burgueses de la República no les llegue la camisa al cuerpo.

Desde luego, es claro que las prisiones realizadas estos días por la policía de París no pueden por menos de haber influido algo en la organización de las fuerzas anarquistas. Por torpe que se suponga á la policía, hemos de convenir en que ésta sabe ya á quién le echa la mano encima; y al obligar á algún individuo á retirarse á la vida privada durante algunos

días, le presta un servicio inapreciable, porque lo protege contra los malos pensamientos que pudieran impulsarle á cometer alguna travesura, enardecido por el calor de la manifestación. De seguro que las familias de esas oscuras víctimas de la arbitrariedad del poder, agradecen profundamente á los agentes el servicio que prestan á la tranquilidad del hogar, poniendo á sus esposos y á sus padres al abrigo de contingencias posibles.

Es cosa ya sabida, y que aunque no escrita todavía en nuestras Constituciones tardará poco en consignarse en ellas, porque forma ya parte integrante de nuestras costumbres públicas: cuando llegan estos días de la risueña primavera, en que todo convida á dormir al sereno, contemplando el estrellado cielo, es forzoso que duerman á la sombra algunos ciudadanos que sueñan despiertos con la realización de demasiado rápidas y trascendentales transformaciones. En París no ha querido aguardarse para ello á la víspera del festival obrero, porque se temía que instruidos ya por la experiencia los vates de la nueva palingenesis social, no aguardasen en casa la visita de la policía; y los agentes, tan instruidos como ellos, se han tomado con diez días de anticipación el trabajo de ir á saludarlos.

Henry Maret ha salido en *Le Radical* á la defensa de estos mártires de nuevo cuño, diciendo que se halla en peligro la libertad de los ciudadanos; pero esta es una opinión exclusivamente suya, que no encuentra eco en parte alguna; y por más que el escritor radical trate de libertar á los anarquistas de la nota de criminales, no podrá sincerarlos nunca de la culpa de haber constituido una sociedad de malhechores.

Las prisiones realizadas hasta ahora en Francia ascienden á 162, y además han sido conducidos á las fronteras de sus respectivos países varios anarquistas de acción residentes en París, y originarios de Italia y Bélgica.

Pero todos estos esfuerzos de los Gobiernos resultarán, á la postre, inútiles. El socialismo continuará su marcha, y ha de hacer todo su camino. Obedece á leyes fatales engendradas por la misma naturaleza de las cosas, y las medidas de los Gobiernos y sus conatos de resistencia son impotentes contra esa lógica fatal que rige con cetro inexorable el curso de las cosas humanas. Todo lo que vemos, y aquello otro más terrible todavía que, si Dios no lo remedia, han de ver nuestros hijos, no es otra cosa, como dijo Donoso, que la lucha formidable entablada por todos los que padecen hambre contra todos los que padecen hartura. Y añadía aquel pensador insigne: «Que los que padecen hambre no hubieran olvidado la virtud de la resignación, si los que padecen hartura no hubieran olvidado antes la virtud de la caridad».

Y esto es lo único que puede salvar al mundo moderno: la caridad hácia los pobres y menesterosos, el amor á los humildes y á los desheredados de la tierra. La Hermana de la Caridad que vela á la cabecera del enfermo, el hijo de San Vicente de Paúl que sube á las infectas behardillas, y deja en ellas, como recuerdo de su visita, socorros para el cuerpo y consuelos para el espíritu, hacen más en pró de la solución del pavoroso problema social, que el Gobierno francés con todas sus previsoras medidas, y que el poderoso emperador germánico con todos sus rescriptos y con todos sus formidables ejércitos.

•••

El Episcopado español acaba de experimentar una pérdida dolorosísima con la muerte del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Tomás Belestá y Cambeses, Obispo de Zamora, ocurrida en la capital de su diócesis el jueves 21 del corriente, de resultas de una terrible y rápida enfermedad.

Era el difunto Sr. Belestá Prelado de acendradas virtudes, de profundo saber, de singulares dotes de gobierno, digno en todos conceptos de sostener en sus venerables sienes el peso de la mitra, cuyas tremendas responsabilidades ha sabido arrostrar con inquebrantable firmeza durante los catorce años que ha tenido de duración su glorioso Pontificado. Su carrera literaria no pudo ser más brillante; terminados con honrosísimas calificaciones sus estudios, alcanzó por oposición la parroquia de Viana del Bollo, en la diócesis de Astorga, luego la de la catedral de Salamanca, y por último, la Canonía con el cargo de penitenciario en la propia basilica salmantina.

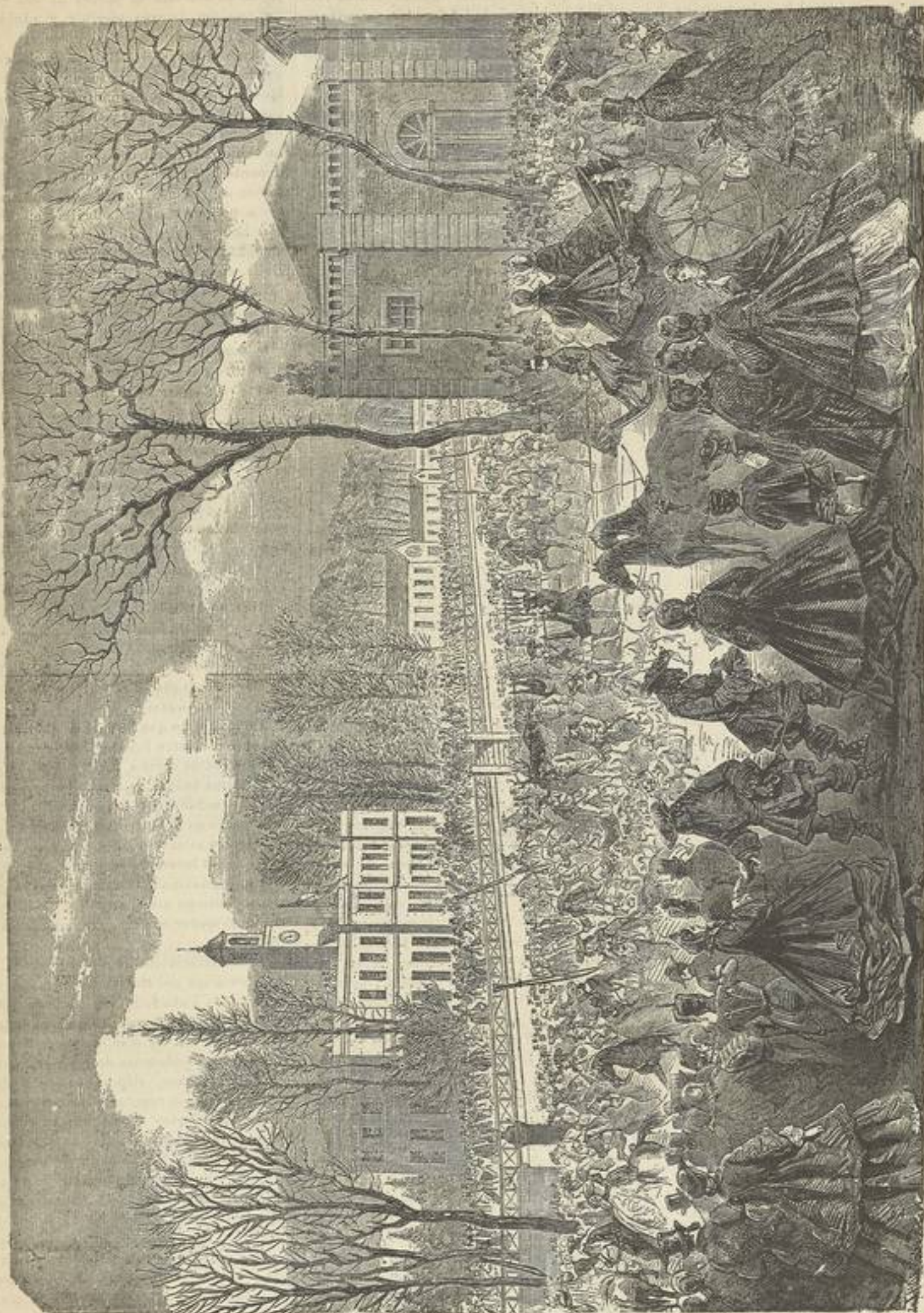
Desempeñando en Salamanca esta última prebenda, fué nombrado Rector de aquella por tantos títulos famosa Universidad, alto puesto que ocupó en dos distintas ocasiones, y de cuyo rectorado se conservan en aquella escuela recuerdos imperecederos. A él se debe la iniciativa y el impulso dado á la construcción del Colegio del Príncipe Alfonso, perteneciente á la junta de colegios universitarios, así como también la publicación de los utilísimos *Anuarios* (de 1859 al 65) y otras varias medidas de innegable oportunidad y sabio acierto.

Más tarde fué elegido para la dignidad de Arcediano en la misma Santa Basílica, prebenda que disfrutó hasta su promoción á la Sede episcopal de Zamora, para la que fué presentado por el Gobierno de S. M. el año de 1878, haciendo su entrada en la capital de la diócesis el día de la Anunciación en el año siguiente. El recibimiento que el pueblo de Zamora dispensó á su ilustre hijo fué una entusiasta manifestación de cariño, de la que conservan grata memoria todos los católicos moradores de aquella ciudad.

Durante su gobierno, el Sr. Belestá no escaseó medios ni sacrificios para procurar la defensa de los intereses encomendados á su solitud, promoviendo también cuantas piadosas obras pudieran establecerse, y no descuidando nunca el mayor esplendor y magnificencia del culto.

En la historia de su episcopado se registra la celebración del sínodo diocesano á raíz del Concilio de Valladolid, en cuyas sabias enseñanzas se inspiran sus estatutos, impresos en Salamanca. Merced á su apoyo se fundaron en Zamora las residencias de las Siervas de María y de las Josefinas, siéndole además deudoras de beneficios sin cuento todas las comunidades religiosas. Costeó el magnífico pavimento de mármol que ostenta hoy la santa iglesia catedral de Zamora, llevando á cabo otras obras de utilidad y de ornato en varios templos de su diócesis. Entre otras cosas, recuerda aún con agradecimiento y entusiasmo el pueblo zamorano el regalo de su Obispo á la Santísima Virgen del Tránsito, consistente en un magnífico pabellón de seda azul, de 700 varas de largo, adornado con 2.000 estrellas de oro, tiernísimo obsequio que el Sr. Belestá hizo á la reverenda imagen en gratitud por haberle sanado de una grave enfermedad, manifestando de este modo su amor á las tradiciones de su pueblo natal.

Por último, el Sr. Belestá, no obstante las dificultades de los viajes en la provincia de



REGRESO DE UNA CACERÍA

Zamora, llevó á cabo la visita pastoral de su diócesis.

Predicador de S. M. y elocuentísimo ora dor sagrado, su voz se levantó asimismo entre los senadores del reino, defendiendo la ley del descanso dominical, interpelando al Gobierno para conseguir la clausura de los comercios en los días festivos, y tratando con elevadísimo criterio de la organización de la enseñanza pública.

A la avanzada edad de ochenta años ha bajado al sepulcro el Sr. Ballestá. Sus diocesanos han sentido su muerte como la de un padre amante y bienhechor; y por mucho tiempo en la vieja ciudad de doña Urraca se conservará viva y bendecida su memoria. Descanse en paz el inolvidable Prelado, y rueguen nuestros lectores á Dios para que se digne recibir el alma del ilustrísimo señor Obispo de Zamora en el seno de su infinita misericordia.

La falta de espacio nos impide ya hablar de las notabilísimas conferencias pronunciadas por el Canónigo de Zaragoza Sr. Gómez Adanza, en la iglesia del Carmen de esta corte, con motivo de la novena al Santísimo Sacramento. Baste decir que el ilustre Canónigo de Zaragoza ha confirmado ante el público de la corte la fama de que venía precedido, y que sus discursos han sido modelos de cristiana y viril elocuencia.

También llaman la atención de los doctos las conferencias que ha empezado á pronunciar en la parroquia de San José con motivo de los cultos al Santísimo Cristo de la Misericordia, el ilustrísimo señor Obispo de Tarragona, Vicario general castrense.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

Ecce-Homo.—(Pág. 113).

El grabado que encabeza nuestro número de hoy es un estudio magistral que por sí solo dá renombre y gloria á un artista. Tal es la expresión de mansedumbre, tristeza y dulzura al mismo tiempo que supo dar el pintor al rostro de Nuestro Señor Jesucristo cuando sus crueles verdugos le presentaron al pueblo, que, no satisfecho aún con el castigo impuesto á la inocente víctima, pedía con furor que le crucificasen.

Pertenece Guido Reni á la escuela italiana, fué discípulo aprovechado de Ludovico Caracci, principió á conquistar laureles allá por los últimos años del siglo XVI, época en que era el arte italiano poco independiente, pues los pintores, esclavos de exaltadas concepciones, ejecutaban sus obras desprovistas de vida individual, y tan pronto se dejaban arrastrar por un naturalismo exagerado como se inclinaban á desvirtuar los efectos del natural, revistiendo sus producciones de exagerada sencillez.

Esclavo de todas estas corrientes de su época fué más que otro alguno Guido Reni, cuyas obras en el primer periodo de su vida artística se asemejan mucho á las de Caraxaggio por sus figuras grandes, majestuosas, reveladas por medio de densas sombras, de carácter imponente y casi violento; apareciendo en el segundo, que pudiéramos llamar de transición, con un estilo de mayor sencillez y naturalidad, y desarrollándose en el último tercio de su vida el insípido idealismo de que tanta gala hizo, y que



CATEDRAL DE SANTIAGO

concluyó con una lánguida é inanimada generalización, sin la menor sombra de carácter, por una especie de gracia convencional, sin persuasión y sin verdad.

Al segundo periodo de los enumerados pertenece la obra cuyo fotograbado, magnífico y nel reproducción hecha por el Sr. Laporta, ofrecemos hoy á nuestros lectores.

Aparte del sentimiento religioso con que vive y está animada la santa efigie de Nuestro Redentor, cosa que hoy apenas saben interpretar nuestros pintores modernos, se nota en este cuadro de Guido Reni su afición constante á estudiar la belleza de la forma en los mejores modelos de los antiguos mármoles del arte clásico.

Begreso de una cacería.—(Pág. 116).

En el brillante reinado del *Roy-Sol*, las fiestas sociales tuvieron un carácter de grandiosidad que no han alcanzado en otros reinados. Hasta para las cacerías y diversión de magnates y opulentos se gastaban sumas considerables.

El animado cuadro que representa el hermoso grabado que ofrecemos hoy á los lectores de LA ILUSTRACION, dá una ligera idea del esplendor de aquellas fiestas magníficas.

Catedral de Santiago.—(Pág. 117).

Esta insigne Basílica, célebre en todo el mundo cristiano, se halla construída sobre el sepulcro del glorioso Apóstol, en la cumbre de

una colina. Sobre la antigua catedral subterránea, álzase, llena de majestad, la fachada del *Obradoiro*, obra admirable, debida al arquitecto D. Fernando de Casas y Noben; los cuatro cuerpos de esta fachada, con sus adornos, estatuas y molduras, forman con las dos torres de 240 pies de elevación un maravilloso conjunto. Notables son también la fachada de la Platería, por su Concha, y la del Reloj, no por su gusto arquitectónico, sino por sostener la torre del gigantesco reloj, cuyas campanadas se oyen á una distancia de dos leguas. Delante de la puerta santa, abierta en la fachada del Reloj, hay un pequeño patio, de cuya portada, en la cual se conservan simétricamente colocados los 25 nichos de Santos y discípulos de Santiago, arranca la escalinata de la Quintana. La fachada de la Azabachería, construída en el pasado siglo, consta de tres cuerpos, con los cuales predominan respectivamente los gustos jónico, dórico y compuesto.

El interior del templo se compone de seis naves formando una cruz latina, y contiene 25 capillas. En la subterránea están enterrados los cuerpos del Apóstol y de sus dos discípulos Atanasio y Teodoro; cerrada interiormente por grandes vidrieras laterales, separadas por grupos de columnas salomónicas y exteriormente por una primorosa verja de bronce, contiene en su recinto un magnífico tabernáculo de jaspé y mármol con molduras de plata, en el que se halla colocada la efigie de Santiago, cubierta de piedras preciosas. Encima de este altar

se ven las estatuas de Felipe IV y de otros tres Reyes que sostienen en sus manos otra estatua del Apóstol. Son notables además en esta capilla los púlpitos; y en una columna hueca se conserva el bordón del santo.

También son obras magníficas el coro, la sacristía mayor y las capillas del Pilar, con un lindo retablo; la de la Inmaculada Concepción, con varias estatuas y reliquias; la de las Reliquias, con gran número de éstas y con los sepulcros de D. Ramón de Borgoña, doña Juana de Castro, D. Fernando de León, D. Alfonso VII y doña Berenguela; el altar de la Soledad, con preciosas estatuas del Salvador, de los Evangelistas y de los 24 Ancianos; y el de la Santa Paz, con un bellissimo retablo en cuyo centro campea el magnífico cuadro del Santo Sudario, sostenido por un ángel. Tales son, presentadas en conjunto y descritas sucintamente, las principales bellezas y curiosidades que encierra este templo, tan célebre en toda la cristiandad.

Hornillo de Santa Eulalia.—(Pág. 120).

Junto á la parroquia de Santa Eulalia, patrona de Mérida, se alza el antiquísimo monumento que representa nuestro grabado. Llámase el hornillo de Santa Eulalia, porque, según tradición, en este lugar fué martirizada la Santa con las llamas de un horno allí existente, horno que, como en otro tiempo el de Babilonia, respetó el cuerpo de la gloriosa virgen cristiana.

Aprovecháronse para construir la ermita las ruinas del antiguo templo de Marte, y á fines del siglo VII fué restaurado el edificio, merced á las limosnas de los fieles. A este hornillo acuden muchísimas personas á practicar la devoción de los trece días de oraciones y rogativas, en memoria de los trece martirios que sufrió aquella invicta virgen, por defender la fe de Jesucristo.

Catedral de Bamberg.—(Pág. 121).

La ciudad de Bamberg, bañada por el Regnitz, no es la antigua Bergium de que habla Ptolomeo, como han creído algunos autores; pues su fundación data solamente del siglo X, en cuya época fué residencia de los antiguos condes de este nombre. Su extensión, sus casas construidas con piedras de sillería, sus dos soberbios puentes que la dividen en tres partes, de las cuales la más alta se eleva majestuosamente en forma de anfiteatro, apoyándose sobre varias colinas, y su población, que asciende á 3.000 almas, sin contar la guarnición, hacen de Bamberg una de las ciudades más hermosas de la Baviera. Posee un magnífico castillo, llamado de Petersberg, la catedral, cuya reproducción ofrecemos hoy á los lectores de LA ILUSTRACIÓN, otras 23 iglesias, 15 capillas, tres hospitales, una casa-modelo de corrección. El Vetersberg contiene una biblioteca pública, un gabinete de historia natural y los archivos del país. En el sitio donde murió el príncipe Berthier el 1.º de Junio de 1815, han erigido una Cruz; sabido es que el constante compañero de Napoleón se arrojó por una ventana al saber los reveses del ejército francés. En Bamberg apenas se cuentan 1.000 protestantes. Son numerosos sus establecimientos de instrucción; posee un Liceo, un gimnasio, un Seminario eclesiástico, varias escuelas elementales, una de medicina y cirugía y un Instituto especial para el curso de obstetricia. Esta ciudad es la patria del célebre filósofo Joaquín Camerarius, y es nombrada por su huerta y por sus manufacturas.

La catedral, representada en nuestro graba-

do, comenzó á edificarse por Enrique II en 1004 y fué consagrada en 1012. En ella se conservan los restos mortales de dicho emperador y los de Cunegunda, su esposa. Destruída casi por un violento incendio, ha sido restaurada, gracias á cuantiosas sumas donadas por el Gobierno y por los fieles.

Convento de Santa Catalina.—(Pág. 124).

Nada más hermoso que el cuadro de Gomar que reproducimos en este grabado. Redúcese al estudio hecho en cuatro trazos de un rincón del convento de Santa Catalina de Granada.

Unas sencillas y altas tapias, por las cuales asoman las enredaderas; los huecos de un desván del edificio; algunos árboles que sacan sus ramas por las vetustas paredes, y un gigantesco ciprés que los preside con aire melancólico, forman encantador conjunto, impregnado de vaga poesía. Hay en él una expresión de solemne silencio, un algo de reposo y soledad que se apoderan del ánimo al mismo tiempo que de los ojos. Al decir esto, que cada lector comprobará por sí propio, queda hecho el mejor elogio del cuadro.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (primera quincena de Mayo.)

Este mes de Mayo está consagrado á la Bienaventurada Virgen María, Reina de todos los Santos y Madre del Amor Hermoso.

1. † Domingo II después de Pascua.—La fiesta de la B. V. María, con el título de la *Divina Pastora*. Santos Felipe y Santiago el Menor, apóstoles; Andeolo, subdiácono y martir; Oroncio y Segismundo, rey, mártires; Amador, Oroncio y Asafo, obispos; Peregrino, confesor, y Jeremías, profeta.—Santas Paciencia y Walburga, vírgenes; Grata, viuda, y Nuestra Señora de las Victorias en Jaca.

2. Lunes.—Santos Segismundo y Vinde-mial, obispos y mártires; Félix, diácono; Germano, Saturnino, Neópolo, Celestino y Exuperio, mártires; Atanasio, obispo, confesor y doctor, y Antonino, obispo.—Santa Zoes, martir, y Nuestra Señora de la Horta en Ibars de Urgel.

Fiesta nacional y luto de corte, por ser hoy el aniversario de los primeros mártires de la Independencia española en Madrid en el año 1808.

3. Martes.—La Invencción de la Santa Cruz. Santos Alejandro, Papa y martir; Teódulo y Evencio, presbítero y martir; Timoteo, Diodoro y Rodopiano, mártires; Juvenal, obispo y confesor; Sosteneo y Ugución, confesores.—Santas Maura, Pelagia y Antonina, mártires, y Nuestra Señora de la Liberación.

4. Miércoles.—Santos Ciriaco y Sirvano, obispos y mártires; Porfirio, Florián y Paulino, mártires; Godehardo, Sacerdote, y Venerio, obispos, y Euriódono, diácono.—Santas Antonia, martir, Pelagia virgen; Mónica, viuda, y Nuestra Señora de las Luces en San Severino.

5. Jueves.—Santos Pío V, Papa y confesor; Máximo, Eulogio, Hilario y Geroncio, obispos, y la Conversión de San Agustín.—Santa Crescenciana, martir, y Nuestra Señora del Sagrario en Pamplona.

6. Viernes.—Santos Juan Ante-Portam-Latinam; Eleodoro y Venusto, mártires; Evodio, Lucio, Teodoto, Protógenes y Eadberto, obispos, y Juan Damasceno, confesor y doctor.—Santa Benita, virgen, y Nuestra Señora del Aguila de Aragón.

7. Sábado.—Santos Estanislao, obispo y

martir; Juvenal, Augustino, Flavio, Augusto y Cuadrato, mártires; Benedicto II, Papa y confesor; Juan y Pedro, obispos, y Nuestra Señora de Valverde en Jaén.

8. Domingo III después de Pascua.—El Patrocinio del Patriarca San José.—Nuestra Señora de los Desamparados, patrona del reino de Valencia.—La Aparición de San Miguel Arcángel.—Santos Víctor y Acacio, mártires; Dionisio, Heladio, Besanzón y Wiron, obispos.—Santa Eumelia, virgen y martir, y Nuestra Señora del Camino en Pamplona.

9. Lunes.—Santos Gregorio Nacianzeno, obispo, confesor y doctor; Geroncio y Gregorio obispos y confesores.—Santa Nona, y Nuestra Señora de la Juradera en Logroño.

10. Martes.—Santos Gordiano, Epímaco, Martín de Loiaz, Cuarto, Alfio, Filadelfo, Quinto, Cirino y Dioscórides, mártires; Antonino, arzobispo de Florencia; Nicolás Albergato y Cataldo, obispos, y Job, profesor.—Santa Beatriz, virgen, y Nuestra Señora de Carrasumada en Torres de Segre.

11. Miércoles.—Santos Anastasio, Poncio, Eudaldo, Evelio, Antimo, Gangulpo, Diolecio, Sisinio y Florencio, mártires; Mamerto, obispo y confesor; Francisco de Jerónimo, confesor, y Mayo.

12. Jueves.—Santos Dionisio, Pancracio, Nereo y Aquileo, mártires; Epifanio, Germán y Modoaldo, obispos, y Domingo de la Calzada, confesor.—Santas Flavia Domitila, virgen y martir; Electa, y Nuestra Señora de la Blanca en Burgos.

13. Viernes.—Santos Segundo, obispo y martir; Lucio y Mucio, presbíteros y mártires; Servacio, obispo y confesor; Pedro Regalado, confesor, y Nuestra Señora de la Rotunda en Roma.

Primer centenario del nacimiento del gran Pontífice Pío IX.

14. Sábado.—Santos Bonifacio, Poncio y Víctor, mártires; Pascual I, Papa y confesor; Pomponio, obispo, y Pacomio, abad.—Santas Justa, Corona, Justina y Henedina, mártires, y Nuestra Señora de las Tablas en Montpellier.

15. † Domingo IV después de Pascua.—Santos Torcuato, Indalecio y cinco compañeros, obispos y mártires; Pedro, Mancio, Isidoro, Pablo y Andrés, mártires, é *Isidro Labrador*, confesor y patrón de Madrid.—Santas Dionisia y Dimpna, vírgenes y mártires, y Nuestra Señora de Aránzazu en Guipúzcoa.

La devoción á María Santísima nació, puede decirse, con el Cristianismo, y desde el comienzo de la ley de Gracia, la Iglesia acudió siempre á tan excelsa mediadora en todas sus tribuciones, convencida de que María quebrantó la cabeza de la antigua serpiente, triunfó de todas las heregias y de todos los escándalos y es la única esperanza del pueblo cristiano. En los primeros días de su existencia hizo de la salutación Angélica la oración por excelencia para rogar y pedir su protección de la virgen de las vírgenes; más adelante funda las Ordenes Religiosas, encargadas de orar continuamente para alcanzar las gracias de Aquella á la que nunca, según San Bernardo, se invocó en vano; en otros siglos tienen origen las devociones tan generales y tan célebres del Rosario y del Escapulario; sería interminable tarea la de enumerar todos los hechos con los cuales pudiera probarse que la Iglesia, en sus peligros y tribulaciones, ha puesto siempre en María su principal esperanza. El culto de la más dulce, amable y pura de las vírgenes esparce sobre el Catolicismo una especie de encanto y

de gracia indefinible que ensanchan el corazón y le inspiran confianza. Complácenos el pensar que tenemos al lado de Dios una medianera que es hermana nuestra, cuya sangre es la misma que circula por nuestras venas, cuya naturaleza, puramente humana, se asemeja en un todo á la nuestra, y cuya divina maternidad le dá una especie de imperio sobre el mismo Omnipotente; en una palabra, nos complacemos en ver á María estrechando contra su corazón de Madre á Dios y al hombre y diciendo á entrambos: Hijo mío.

En el mundo cristiano ha echado raíces de una manera maravillosa este pensamiento consolador. Diríase que el hombre ha sentido la necesidad de no perder de vista á María un solo instante, y ha querido encontrarla en todos sus pesos y bajo todas las formas. Sin mencionar los himnos, cánticos y letanías en que prodiga á la Madre del Salvador los más dulces títulos, contemplad esos millones de obras maestras inspiradas por el culto de la Reina de los Angeles, de la Madre de Dios y de los hombres. Recorred la Europa entera, deteneos ante los antiguos monumentos, interrogadlos, y preguntad qué fué lo que los hizo brotar del suelo con todas sus maravillas; y se alzará una voz de las piedras, de la tradición y de los anales de los pueblos para responderos: al culto de María, sí; este culto hermoso y consolador es el que ha adornado al mundo católico con tan magníficas iglesias, tan ricas abadías, tantos hospitales y tan poéticos recuerdos.

La devoción del mes de María tuvo principio en Italia en los últimos años del siglo anterior. Algunas almas piadosas, afligidas al contemplar los desórdenes que se repetían con mayor frecuencia y gravedad en la hermosa estación de la primavera, volvieron sus ojos á la Virgen de las Vírgenes; y mientras los secaces del mundo acudían á sus quintas, hermoseadas con todas las galas y atractivos del mes de Mayo, en busca de culpables goces, aquellas castas palomas, aquellas contristadas, postradas ante el altar de María, dirigían inefables oraciones. En tales circunstancias, esta piadosa y santa conducta, forma, sin duda, uno de los más tierros contrastes y una de las más bellas armonías del mundo religioso. La Iglesia, atenta siempre á fomentar las prácticas de verdadera piedad, ha colmado de gracias é indulgencias la devoción del mes de María. El Papa Pio VII, de santa memoria, en Rescripto de 21 de Marzo de 1815, concedió á los que hiciesen el mes de María trescientos días de indulgencia por cada día del mes, é indulgencia plenaria á los que confesaren y comulgaren en cualquier día del mismo.

También se celebra en esta primera quincena de Mayo la fiesta de la Invencción de la Santa Cruz, establecida en memoria del hallazgo de la verdadera Cruz en que murió Jesucristo, llevado á cabo por Santa Elena, madre del Emperador Constantino. Ya en el siglo IV, y en recuerdo de la milagrosa aparición del signo de la Cruz á Constantino, se estableció una fiesta que las Iglesias de Oriente y de Occidente celebraban con gran pomp. el 14 de Septiembre. Así lo asegura terminantemente Benedicto XIV. *Hupis festivitatis meminuit qui paulo post Constantinum vixit Chrysostomus, quam habuit quarto nonas octobris: «Nondum elapsi sunt dies vinginti, ex quo memoriam crucis celebravimus, et ecce martyrum memoriam celebramus.»*

Esta fiesta fué aún más solemne después del descubrimiento de la verdadera Cruz por Santa Elena, porque fueron objeto de la misma

solemnidad estos dos acontecimientos. El hallazgo de la verdadera Cruz dió lugar en el siglo VIII al establecimiento de una nueva fiesta que la Iglesia latina celebró el 14 de Septiembre, y desde esta institución ha fijado en el 3 de Mayo la fiesta de la Invencción de la Cruz, es decir, de su descubrimiento por Santa Elena.

La Iglesia celebra otra fiesta el 16 de Julio, llamada de la Exaltación de la Santa Cruz, en recuerdo del memorable triunfo de las Navas de Tolosa.

J. F.

El reloj de la abuela

I



Un vivísimo rayo de sol, filtrándose oblicuamente por la abertura de una ventana, iluminaba, tachonándolos de lentejuelas de oro, los muebles y objetos familiares del elegante tocador de Carmen Noya, en una de esas mañanas de Mayo en que la Naturaleza, después de prolongado letargo, parece como que despierta imprimiendo á cuanto toca ó acaricia el suave calor de la juventud y de la vida.

Todo era silencio en aquellas horas relativamente tempranas (aún no habían sonado las nueve), en las principales estancias del hotel de la calle de Antonio Pérez que, levantado pocos años hace en esta novísima arteria del Madrid moderno, pasa hoy, con justicia, como uno de los más aristocráticos y lujosos de la corte: y como si con tan discreto silencio se sintiera envalentonado el susodicho rayo, sin pedir más amplia licencia á la dueña de la casa, empezó á culebrear por la habitación, ora quebrándose en los cristales de los espejos, ya inflamando con estela refulgente los recamados de las cortinas, ya coronando con su encendida lumbre los artísticos copetes de los marcos, ya cerniéndose como impalpable polvo luminoso sobre todos los muebles de la estancia.

No contento con esto, y poseído además de esa indiscreta ofiosidad de todos los madrugadores, dióse á jugar en todas direcciones por el espacioso saloncillo, no dejando en paz con sus toques y fulgores ni los respaldos de los canapés, tapizados de caprichosas sederías, ni los chineros y rinconeras, atestados de porcelanas y estatuillas, ni las diminutas mesas de madera y concha, literalmente cubiertas de retratos, miniaturas y plata labrada, ni al anchurosa chimenea de riquísimo pórfido, herméticamente cerrada por unapantalla de cristal, cuya guarnición, de bronce cincelado, hubiera hecho honor á los pacienzudos artifices de cualquiera de las menudas maravillas del Petit Trianon, de Versailles.

Y tal andaba de retozón y de indiscreto, que hasta hubiera sido capaz de no respetar siquiera los secretos que debía guardar un cortinaje de seda rameada, que, cuidadosamente corrido en toda la extensión de un elegante intercolumnio, servía de fondo á toda la estancia, si al abrirse de par en par, con vigoroso impulso, las puertas y ventanas de la misma, no se hubiera visto obligado á batirse en retirada hacia el espacio etéreo, de donde se había permitido escaparse para andar aquella mañana de picos pardos.

Pero no salió con ello ganancioso (por lo menos en tranquilidad); el tocador de Carmen Noya, porque no sólo al abrirse la puerta dejáronse oír hasta en el interior de la alcoba los ruidos de la casa, ya entonces despierta, y de la calle que comenzaba á poblarse, sino que envuelta en aquel

torbellino de luz, y guiándolo hacia las oscuridades de la alcoba, en cuyos umbrales se detuvo, surgió también, cual luminosa aparición, la gentil figura de una niña como de doce años, de tan alegre semblante, tan fresca boca, tan abiertos y azules ojos, y tan abundantes y rubios cabellos, que no parecía sino que todos los rayos del sol de primavera, en amoroso consorcio con las brisas de Mayo, y en colaboración con cuantas flores esmaltan en esa estación las praderas y brotan en montón entre la espesura de los trigos, la habían nombrado su embajadora.

II

—¡Mamá, mamá,—gritó la niña medio arrimada á los cortinas—soy yo, no te asustes, no son ladrones. ¿Se puede entrar?... No tengas prisa, esperaré aquí fuera! ¡Ay qué rebonitísimo está el cuarto; yo no lo había visto desde que volvimos de Archón! ¿Abro? ¡Sí, no es verdad!... ¡Ay qué gusto haber podido venir á verte y á ver la casa! ¡cuidado que es preciosa!... ¿Que si estoy mala?... ¡qué he de estar mala; crecerás tú que en el colegio hay tiempo para ponerse una mala! ¡al contrario; todos dicen que he crecido mucho, y ya verás, ya verás; los delantales me están muy cortos y los vestidos muy anchos; porque me estiro, me estiro... y adelgazo que es un gusto; la chica de Bedia, ya sabes, Pilarita, cuando las Madres se descuidan, en el recreo, me hace rabiar llamándome ¡girafa!... á lo que yo le respondo llamándola ¡tortuga! porque es tan anchota, tan anchotal... ¡Ay mamita, mamita, bendito seas!—concluyó echándose en brazos de su madre, que en aquel momento, entre sonriente y adormilada, salió de la alcoba vestida con un elegante traje de mañana—no sabes tú el gusto que me da verte aquí, en nuestra casa, y no en la sala de visitas, y tenerte así agarrada, agarradita, sin solarte, y sin que nada nos interrumpa ni nos vea nadie!

Formaban madre é hija así abrazadas, en el desorden de su traje la una, y con el desordenado borbotón de su afecto y de su locuacidad la otra, el más delicioso grupo que imaginarse puede; y sólo la idea, que el observador hubiera podido formular en seguida, de que la hija estaba de visita y como de prestado en casa de la madre, venía á entristecer un poco el cuadro.

Carmen Noya,—como familiarmente la nombraba la sociedad elegante,—la Marquesa de Villariel y de Noya, Condesa de Albillas, de Guadaluza y del Humbroso, y de otros varios títulos y señoríos, como al pormenor era designada en la Guía Oficial y en el Anuario de la Nobleza, sin poder aspirar á la socorrida galantería de ser una *hermana mayor* de su hija, resistía, aun en aquella hora matinal, y en aquel improvisado atavío, la más exigente y rigurosa comparación con la encantadora colegiala.

Los veinte ó más años de diferencia que (á seguir el cómputo de sus más *carísimas* amigas) mediaba entre ambas, habíalos prodigamente colmado la naturaleza, dotando á la madre como en pleno dominio de todas las gracias y atractivos que como en bosquejo inacabado poesía la niña.

Esta no se cansaba de mirarla y de admirarla; y la madre, justo es decirlo, se complacía también en su hija, con una alegría, un abandono y una tan plena posesión de sí misma, como no acostumbraba por lo común á disfrutar nunca; aunque otra cosa muy diferente diera á entender la evaporada y enloquecedora vida que llevaba.

—Pero, á todo esto, no me has dicho cómo has salido del colegio, ni cómo te tengo aquí á estas horas.



HORNILLO DE SANTA EULALIA

—Pues ahí verás.

—¿Hay alguna epidemia en Santa Clotilde?—añadió sonriendo la marquesa, al par que desmentía con su gesto la gravedad que entrañaba la pregunta.

—¿Sí epidemia!... no fuera malo... ¡ay qué atrocidad tan grande! dispensa, dispensa; no, no, no hay nada, sino que hoy vamos al campo, de almuerzo, ya sabes, como otros años; pero este año vamos... *es decir, van...* más lejos, á la Alameda; todas en coche, y... por todo el día.

—¿Por todo el día?—preguntó Carmen dando, á su pesar, á esta pregunta un tono tan seco que su hija, con esa vivacidad de comprensión de las niñas, se sintió secretamente herida, y sin poderse contener respondió, en voz no muy segura:

—No, no creas que yo quiero quedarme aquí contigo *todo el día*—¡vaya!—dicen que nos vamos á divertir mucho, comiendo en el campo, con las Madres, y el profesor de canto, y el de dibujo, ya

sabes, aquellos dos viejecitos, el uno tan gordo, tan gordo, y el otro tan flaco y tan alto, que los llamamos la I y la O!... y es verdad que el uno se llama, Idígoras! Idígoras, ya ves, que se pronuncia así, como si fuera un cohete; y el otro el gordo, Ochando! que suena, como si dijéramos, á chaparrón ó cosa semejante.

También lo pasaría muy bien contigo... ¡ay qué bien lo pasaría!... mejor que en la Alameda, si se quiere... no... no, ya sé que eso no estaría bien; que no parecería bien; *"qu'il ne serait pas bien"*, como dice gangueando mucho la Madre superiora cuando nos enseña el francés... y los dientes ¡ay, otra atrocidad!... ¡y además en este traje, y además, y además... tú no quieres... ¡no es verdad que sí quieres?... dime que querrás, aunque no lo hagas luego; dímelo mamita, concluyó la niña con la voz turbada por el llanto, y poniendo término con un apretado abrazo á su atolondrada charla.

—¿Sí, hija mía, no había de querer! —le respon-

dió la madre, no sin cierta emoción, devolviéndola el abrazo y acariciando sus sedosos rizos. Si quisieras quedarte avisaríamos, pediríamos permiso y... pasaríamos el día juntas.

—¿Sí, mamá, sí!—exclamó gozosísima la colegiala;—pero, como arrepintiéndose en seguida de su primer impulso, continuó diciendo, con un aplomo y una serenidad que nadie hubiera sospechado en ella dos minutos antes.

—¿No, señor, no, señor! hay que ser formales; he prometido estar aquí sólo un rato, el tiempo de desayunarme contigo, mientras las Madres recojen en este barrio algunas otras niñas, digo señoritas, las mayores, que salieron el año pasado, y en seguida vengan á buscarme. ¡Un día aquí contigo! —añadió mirando á su madre, mientras tenía agarradas sus dos manos—*¡un solo día!*... ¿de qué me serviría, y de qué te serviría á tí... de estorbo.

—¿De estorbo?—exclamó Carmen, palideciendo á pesar suyo.

—Quiero decir que un día no es nada; los de los veranos son noventa y dos; los tengo bien contados, Julio y Agosto, los largos, y luego Septiembre, treinta. Justo y cabal: ya ves, noventa y dos días, y me parecen un minuto; ¡no, no quiero! me marcharía mucho más triste, mucho más.—Y luego añadió sin transición alguna.—¿Cuándo me sacas del colegio?

—Pronto.

—¿Qué es pronto?

—Dentro de dos años.

—¿Dos años! Dios mío, yo creía que ya no me faltaba más que uno; y ¿qué vas tú á hacer en esos dos años?

—¿Pues, lo mismo que ahora!

—¿Si anda, lo mismo! ¡en dos años te pones tú vieja!

—¿Cristina!

—¿Ay no, mamita, otra atrocidad! no sé lo que me digo; quiero decir que en estos dos años... tendrás dos años más.

—Eso no cabe duda.

—¿No te burles!

—A no ser que pretendas que concluya con dos años menos.

—¿No! si yo lo que pretendo, es decir, lo que yo quisiera, es que fueses siempre, siempre, joven como ahora, y serlo yo contigo, y vivir como tú vives, y divertirme como tú; pero siempre, siempre contigo, porque lo que es sola, ó con mi marido, si me caso, ya sé yo que maldito lo que voy á divertirme.

—Vaya, ¡no disparates!

—Tienes razón; soy una loca, y si me oyeran... Anda, que se pasa el tiempo; ¿no llamas para que traigan el chocolate?

—Llama tú, si quieres.

—¿Bien... haré de ama de casa... y ¡qué casa tan bonita; qué elegante está todo!... Has comprado muchas cosas, y tienes ahora más *antigüedades* que antes;—y mientras hablaba giraba por el cuarto, ya sobre la izquierda, ya sobre la derecha, con las manos detrás de la espalda, para no caer en la tentación de tocar las cosas, con la cabecita inclinada y la flexible y graciosa cintura encorbada, con un aplomo cómico que recordaba, aunque superándolo en un ciento por ciento, el del más consumado coleccionista.

—El tocador es nuevo; quiero decir, viejo; pero nuevo aquí.

—Está copiado del tocador de María Antonieta.

—¿De aquella pobre reina de Francia que degollaron los franceses el 93? Da ganas de llorar su historia, y ahora dá la moda en copiar sus tocadores... y dime, ¿este escritorio también es viejo? quiero decir... nuevo.

—Es un *auténtico* Luis XV.

—¡Anda, Luis XV! Un rey que era muy alegre de cascos.

—¡Niña!

—¡Si no lo digo yo! lo dice la profesora de historia, que pasa por ese reinado como sobre ascuas.

—¡Cristina... Cristina!

—Ya me callo; pero si ahora poneis las casas que parecen Museos, no hay más remedio que hablar de historia, y de historias, y de... ¡Ay! qué señora tan guapa... y qué descotadísima—añadió tomando en la mano una preciosa miniatura.

—¡Vaya, no mires eso!

—Pues, ¿para qué lo tienes si no puede mirarse?... Vaya, no te enfades... ¡y qué reloj antiguo! Eso sí que no lo conocía yo, ¡ay! qué raro es... y no me parece muy bonito... digo, el marco es muy historiado y muy solemne, parece la portada del Congreso.

—Por lo característico del marco lo traje este año de Navarra; es del Imperio, y muy curioso.

—¿Y era tuyo? el reloj, no el imperio.

—¡Sí, habladora! era de mi padre, ó, mejor dicho, de mi abuela.

—¿De la abuelita? ¡Pues ya me parece precioso!

—¡Si vieras qué recuerdos tiene para mí ese reloj!

—¡Ay, cuéntame, cuéntame!

—Se va a hacer muy tarde.

—No, anda, anda, mientras tomamos el chocolate... Buenos días, Dionisia—dijo, dirigiéndose a la criada, que entró la bandeja con el servicio.—¿Cómo vamos del reuma?

—Así, así, señorita—respondió la doncella, que era ya antigua en la casa y había visto nacer a la hija de la marquesa.

—No me llames señorita, que me parece que te burlas.

—Como la señorita quiera—replicó aquella, mirando a la niña con ojos cariñosos y semblante en que se retrataba un acendrado afecto no exento de compasiva tristeza.

—Voy a darte un abrazo y te marchas—añadió Cristina poniéndose bruscamente en pie y enlazando con sus brazos el arrugado cuello de la camarera—aprieta, aprieta bien, Dionisia, que no me haces daño—siguió diciendo, prolongando la caricia.

—¡Bendita seas, hija del alma!—exclamó la pobre mujer con voz entrecortada por las lágrimas—¡ay... que la señora marquesa me perdone!—prosiguió retrocediendo y haciendo una humilde reverencia.

—Puedes retirarte—dijole la marquesa con más sequedad de la que correspondía a tan inocentes demostraciones de afecto.

—Sí, vete, que tenemos que hablar mamá y yo de cosas muy importantes—añadió Cristina, templando ó tratando de templar con tal confianza lo imperioso de la intimación de su madre.

—Eso es, así, en esta mesita las dos—siguió diciendo mientras se instalaba frente a su madre para tomar el desayuno—¡bueno! retira todas esas chucherías para que no las estropee esta desmañadota hija tuya... bien está así... y ahora... ¡cuéntame!

—¿Pero el qué?—preguntó su madre, en cuyo semblante, y a impulsos sin duda de la contagiosa alegría de su hija, se habían ya borrado las señales de temor, de perturbación y hasta de impaciencia que momentos antes le obscurecían.

—¡Pues lo del reloj!

—¡Ya no me acordaba! Ni creas tú que tiene nada de extraordinaria esa historia.

—Pero cuéntamela de todos modos, que a mí siempre ha de parecerme interesantísima.

—Pues nada, la historia de ese reloj es... la historia de una niña... de una niña como tú: muy varacía, muy mimada y muy caprichosa.



CATEDRAL DE BAMBERG

—¡Pero muchísimo más bonita!

—¿Qué sabes tú?

—No he de saberlo: Sí, esa niña eras tú.

—Si me interrumpes...

—Ya no te interrumpo más, yo te lo prometo; anda, sigue tu historia, y qué hacía? dime, ¿qué hacía esa niña?

—Vivíamos entonces en Navarra.

—¿En Elizondo?... ¿En aquel palacio tan hermoso de la abuelita?...

—¡Justamente! En la sala en que dormíamos mi madre y yo, y que comunicaba con la alcoba principal donde dormía la abuelita, estaba colgado ese reloj, que aún me parece estar viéndolo, entre el retrato de mi pobre padre, a quien no conocí nunca...

—Como yo tampoco al mío.

—¡Es verdad; las dos hemos tenido esa desgracia!—prosiguió la marquesa, por cuyo rostro rodó una lágrima (no sabemos decir si era en recuerdo de su padre ó de su difunto marido).—Pues, como te decía, el tal reloj estaba entre el retrato de mi padre, vestido con su uniforme de maestrante de Sevilla, y el de mi abuelo, de oficial de la Guardia Real, con un cuello muy alto, muy alto, lleno el pecho de condecoraciones y el bastón de coronel en la mano.

—¿El abuelito que fué general carlista en la primera guerra?

—El mismo. El reloj era casi casi contemporáneo suyo, y lo compró su padre en Inglaterra,

cuando estuvo allí de embajador durante la guerra de la Independencia.

—Bueno, ¿pero tú qué hacías cuando eras niña?

—Pues, poco más ó menos, lo que tú; pero no había quehaceres, ni diversión, ni penitencia, ni castigo, que no se rigiera, en mi vida, por las campanadas de ese reloj, que entonces me parecían a mí unos sonidos muy extraños, y como si fueran así como voces de viejo; porque no podía separar de mi imaginación el timbre, algo cascado, de las campanadas, de la voz que suponía yo debía haber tenido mi bisabuelo el embajador, si hubiera vivido... ¡tonterías de chical!

—¡Claro; como la que he tenido yo al suponer que dentro de dos años ya sería vieja!

—¡Una cosa así!—exclamó la marquesa sonriéndose de esta inocente comparación de su hija.—Era, como te digo—añadió con creciente, pero al mismo tiempo casi imperceptible melancolía—el tal reloj el que sonaba, desde que yo abría los ojos, todas las horas de mi existencia. Antes de las siete ya estaba yo despierta, y momentos después sonaba esa hora en el reloj, y al oír aquellas campanadas secas y vibrantes, lo primero que se me ocurría era pensar: ¿y qué me sucederá hoy?... ¿qué ocurrirá hoy?... además de lo conocido, y por cierto algo fastidioso, que me ocurría todos los días... La primera hora nada tenía de trabajosa: no era ningún trabajo arrodillarme sobre la cama y recitar una oración con todo el fervor de mi alma, ni vestirme luego entre las cariñosas reconven-

nes de mi criada, la madre de Dionisia, y las presurosas y escrudñadoras entradas y salidas en la alcoba, de mi abuela, de mis tías, de mi madre y de casi todas las personas de la casa que se interesaban (¡ya ves tú si me mimaban!) en todos mis actos, como si se tratara de los del más encopetado personaje.

—Y vaya si hacían bien, porque para eso eras tú la niña de la casa.

—Ni tampoco era gran trabajo sentarme, una vez vestida, á tomar chocolate.

—¡Como ahora, por ejemplo, lo he estado yo tomando contigo!

—Y rodeada de toda mi familia...

—Yo no tengo más que á tí, pero no me hace falta nadie más.

—... Probar una sopa de todas las jicaras y un bizcocho de todos los platos.

—¡Y cuidado si serían buenos los bizcochos de Elizondo!

—Y partíroslos con el gato, mi protegido y compañero más querido.

—¡Ay Dios mío! y yo que no he tenido gato nunca... ¿por qué no tienes tú aquí un gato?... yo no comprendo una casa sin gato... ¡anda, compra un gatito, un gatito!... artístico, aunque sea del Imperio, ó de Luis XV... ¿no dices que le querías mucho al gato de casa de la abuelita?

—En aquella casa, lo quería todo, todo me sonreía, todo me era familiar, todo parece que estaba criado y puesto para servirme y protegerme... ¡aquellos sí que fueron buenos tiempos!

—¿Y el reloj?

—El reloj seguía sonando todas las horas, ya tristes, ya alegres, más alegres que tristes, de mi vida—prosiguió la marquesa con acento más melancólico cada vez;—y la primera campanada del domingo—añadió con exaltada vehemencia—¡jamás sinfonía de ópera, ni prelude de cotillón, ni andante de música clásica me han producido luego impresión más deleitosa y agradable, desde la primera campanada con que comenzaba aquel día en que todas las horas habían de ser alegres y todas las ocupaciones risueñas: risueño el sol que á torrentes penetraba en mi cuarto, y la ráfaga de viento que orea mi rostro con los ásperos perfumes de la montaña, y el tañido de las campanas de la iglesia, y las luces de cien cirios reflejándose en las vestiduras de los Sacerdotes, y las nubes de incienso que llenaban las bóvedas de lindos remolinos, que iban á perderse en los pintados vidrios de las ventanas; y el reloj de mi abuela sonando todas las horas con un timbre particular de alegría, de buen humor... ¡qué contento!...

—¿Cómo te acuerdas de todo!—exclamó Cristina con cierto aire de asombrada tristeza;—¡cualquiera diría que ahora no eras feliz, ó que te hacía falta alguna cosa, ó que echabas algo de menos!

—No, hija mía—respondió la marquesa abrazándola;—sólo echo de menos aquellos años en que fui lo que tú eres ahora, y en los que vivía rodeada de tantos y tan protectores afectos.

—¿Por qué vives sola?

—Tú estás en el colegio...

—¡Es verdad; yo estoy en el colegio! pero no he de estar allí siempre. Tú me sacarás, ¿no es verdad? tú me sacarás muy pronto; ¿cuándo? ¡vamos á ver!... no el *pronto* de antes; ese *pronto* de dos años, que es casi, casi como decir un *nunca* inacabable, y ya verás... entonces viviré contigo y jugaremos á la abuelita... yo seré la abuelita y tú la niña, ó al revés, como quieras; y pondremos al corriente el reloj del embajador!

—¡Sí, porque el pobre ya no suena!—contestó la marquesa, sonriendo tristemente ante el antiguo cuadro que figuraba una plaza de Londres, en cuyo centro se alzaba la torre en que aparecía el reloj del tamaño de una peseta.

—¿Quién sabe! acaso yo sepa componerlo. En el convento tenemos uno muy parecido; y una vez al mes nos toca darle cuerda á las mayores... déjame y verás;—y la traviesa niña, subiéndose encima de un lujoso canapé, y empujándose sobre los pies, sin hacer caso de las observaciones de su madre, levantó la tapa que formaba el cuadro, y sujetándolo en sentido horizontal con unas alobillas preparadas al efecto, sin cuidarse de la molesta postura que en aquella posición debían ocupar los edificios, la torre y los transeantes de la pintada plaza, empezó á recorrer con mano febril la maquinaria, descolgó de un clavo una mohosa llave, dió cuerda al aparato, tocó y retocó dos ó tres registros, paso en movimiento la péndola, y ya se disponía á observar sus movimientos para convencerse de que estaba en marcha y bien nivelado, cuando la voz de la doncella se dejó oír en el cuarto después de un—¿se puede?—discreto, y pronunció esta horrible sentencia:

—Señorita, abajo está el coche del colegio y esperan á la señorita!

—¡Qué fastidio, Dios mío!—exclamó Cristina saltando con agilidad al suelo—tener ahora que marcharme!

Un momento, pero un momento que pareció á Cristina un siglo, tardó su madre en responderla, y hubiérase dicho que le costaba singular esfuerzo hacerlo, en estos términos:

—Sí, Cristinita mía, no hay más remedio... ¿qué se diría?... márchate... pero dame antes un abrazo.

—Sí, sí, ya lo conozco que no estaría bien que me quedase—contestó la pobre muchacha cogiendo su sombrero y atándose al cuello las cintas con más apresuramiento que coquetería—pero... ¡prométeme que volveré pronto!

—Te lo prometo.

—Que volveré para siempre.

—¡Para siempre!

—¡Ay qué buena eres! júrame... no... ¡qué tonta soy! dame un beso y vuélvemelo á prometer...

—¿No te lo he dicho ya?... acaso este verano... antes acaso, he de sacarte definitivamente del colegio.

—¡Qué buenisima eres!... ¿antes del verano dices?

—He dicho que *acaso*.

—¿Pero no *seguro*?

—Acaso, es... acaso.

—¿Y cuándo sabré yo si el acaso es... ahora?

—Uno de estos días... tal vez mañana.

—¿Y hoy, por qué no?

—Hoy por la tarde tal vez—exclamó la marquesa con el rostro encendido, y dominada, á pesar suyo, por la generosa exaltación de su hija.

—Hoy, hoy!... Mira, se me ocurre una idea, un capricho, ¡no me lo niegues, por Dios, que me harías muy desgraciada! mira, yo pasaré por aquí esta tarde, de vuelta de la Alameda; no podré subir ya, pero me bastará con una seña... ya sé que tú no estarás en casa; pero basta con que hagas esto—y corriendo Cristina al mirador de cristales, levantó, recogiendo con un cordón á la mitad de su altura, una de las cortinas que le cubrían, bajando cuidadosamente las demás.

—¿Qué haces?

—Ya lo ves, una seña, como dicen que hacen los novios.

—¡No, por Dios; eso no!—exclamó la marquesa, corriendo sin poderse contener hacia el mirador, mientras la niña, á un segundo recado, corría á su vez á reunirse con sus compañeras; y mientras Carmen Noya, pálida aún de emoción, bajaba la cortina que levantó la niña, dejando el mirador en la misma disposición en que antes se hallaba, todavía pudo oír la voz de Cristina que desde el fondo de la galería la gritaba:

—¡La seña, mamá... la seña! ¡no te olvides de la cortina, y cuida mucho del reloj de la abuela!

Hacia mucho tiempo que Carmen Noya, la mujer más elegante y *correcta* de la sociedad aristocrática, la que desde su quinto año de viudez, después de un matrimonio que no le había ofrecido más satisfacción que la de hacerla madre de aquella encantadora criatura, había sabido rodearse de esos respetuosos homenajes, que suelen ser á veces los mejores centinelas de la buena fama hacia mucho tiempo, decimos, que tan singular ejemplar de elegancia, corrección y belleza, no se sentía tan profunda é intimamente conmovida como después de la escena que acabamos de referir.

Como esta es una historia verídica, no diremos que se dejó caer en un sofá y lloró amargamente ni que se arrojó (en su reclinatorio, por supuesto) pidiendo al cielo un rayo de luz y de esperanza para los rincones, acaso no muy luminosos, de su conciencia.

Quedóse grave, seria, tal vez triste, pero imperturbablemente serena, después de la marcha de Cristina, á la que, ó mejor dicho, al coche que la llevaba, siguió con la vista hasta que se perdió su bulto y su forma en el horizonte sensible de la calle de Antonio Pérez. Después corrió á su tocador, se peinó y atavió como siempre, sin auxilio de su doncella, luego se sentó á su escritorio, escribió precipitadamente una esquela, y llamando á un lacayo:—Al señor marqués de Altable—le dijo al entregársela—y venga usted á decirme si le ha encontrado en casa; si no estuviera, la dejará usted de todos modos.

Luego que se marchó el criado, cerró con cerrojo las dos puertas del cuarto, volvió á su escritorio, sacó un paquetito de papeles, y quedándose en la mano con uno solo, que era una esquela de pocas líneas, apartó la pantalla de la chimenea, y arrojando el paquete, y sobre él un fósforo, vió cómo se consumía lentamente.

Después leyó (más de una vez, sin duda) el billete que no formó parte de la primera hornada, echando á cada lectura, y como quien comprueba el terreno con un plano topográfico en la mano, una mirada entre risueña y severa al cortinaje del mirador; y después de repetir esta operación más de cuatro veces, rasgó el papel en varios pedazos y le echó también á las llamas.

Casi al mismo tiempo (pues en esta operación había necesitado alguno) tocó el criado discretamente la puerta de entrada, y al—No se puede—de la marquesa, respondió, como si importara la respuesta:

—El señor marqués no había salido todavía de casa.

—Está bien—respondió Carmen; y volviéndose con paso lento al silloncito que había colocado al lado de la chimenea, se puso á contemplar vagamente las pavesas que aún quedaban con vida entre aquel montoncillo de papeles, atizando la trémula y vacilante llama con las tenazas de bruñido acero.

Un momento, un momento tan solo (¡nadie sabe lo que tarda en quemarse un papel!) dió Carmen Noya alguna señal de impaciencia mientras duraba aquella importante ó ejemplar *cremación*; tanto, que en el impaciente revolver de aquellas pavesas, un trozo de elegante papel vitela, casi carcomido por las puntas, irguióse de pronto como acusador centinela entre las pavesas de sus compañeros, dejando leer otra vez á la incendiaria estas palabras:

primera vez...

once... cortinas del mirador...

Y mientras que el fuego consumía una por una aquellas palabras, que acaso, con la intención con que lo fueron, nunca debían haber sido escritas ni leídas, un sonido vibrante, aunque de modula-

ción lenta y severa, rompió el silencio de la estancia en que momentos antes pudieran hasta haberse contado uno á uno los latidos del corazón de *la hermosa Carmen*. ¡Era el reloj de la abuela, que impensada y casi milagrosamente compuesto por las aturdidas manos de la colegiala, por primera vez también después de muchos años, sonaba una á una las campanadas de aquella hora memorable!

Oyólas la marquesa como quien oye una voz del cielo, y con ella y entre las nubes del recuerdo, la voz de nuestros padres, de nuestros mayores, la voz del deber, en una palabra; enjugó en sus ojos una lágrima, fuese al sofá en que momentos antes se empujaba Cristina, y de pie, pero sin empujarse, porque era de gallarda estatura, agarró con las manos el marco dorado y besólo apasionadamente con sus pálidos labios.

Dejóse luego caer en el sofá, y desde el sofá cayó al suelo de rodillas, y juntando las manos dirigió al cielo esta corta plegaria: «¡Perdón, Dios mío! y á Cristina y al cielo también este saludo: «¡Hija de mi corazón, bendita seas!»

IV.

Al día siguiente ya estaba instalada Cristina en casa de su madre, para no volver jamás á salir de ella, y aunque huyó transportada en coche desde el convento por la marquesa misma muy de mañana, anochece ya, habiase pasado el día en cariñosas é inacabables pláticas, cuando, como quien se acuerda de cuestiones muy interesantes, preguntóle la excolegiala en tono de curiosidad no satisfecha:

—Pero dime, mamá, si ya estabas decidida á traerme hoy á casa, ¿á qué me has hecho pasar la noche tan triste que he pasado?... Yo mira que mira á ver si las cortinas estaban como te las dejé; y sí, que si quieres... muy cerraditas, como quien dice *no hay esperanza*. ¿Por qué, vamos, por qué no hiciste la señal? ¿en qué pasaste todo el día? No debiste divertirte mucho, porque tienes los ojos como los míos, *de haber llorado*.

—Sí que lloré mucho, pero fué de alegría y de gozo.

—¿De alegría?

—¡Sí, de alegría! porque sonaron para mí dulcemente, muy dulcemente, como *en mis buenos tiempos*, todas las horas del reloj de abuelita.

SANTIAGO DE LINIERS.

Nuestro arte religioso

VII

PENETREMOS en el templo saturado por completo de *modernismo*; en él podremos medir toda la extensión del mal presente y del peligro que éste encierra para el porvenir.

La iglesia en cuestión, lo mismo puede ser un edificio relativamente antiguo, esto es, ya entrado en años, como Las Calatravas de esta corte, de estilo indefinible entre neo-clásico y Renacimiento, con vistas á Bernini y Churriguera, la *manera*, en fin, predominante en los siglos XVII, XVIII y principios del presente, que una ridícula parodia del gótico hecha con ladrillos forrados de yeso imitando á piedra, con tanta propiedad como el revoque ordinario que ostentan las fachadas de nuestras casas de vecindad. Esta iglesia puede parecerse á las Salesas de Chambery, al Beato Orozco, á las dos que ocupan las Hermanas de los enfermos, francesas y españolas, á las del Sagrado Corazón (1), y á la miniatura que recientemente han dedicado á San Martín, adosándola á un colegio de huérfanos, etc., etc., pues el género abunda.

En estas pseudo iglesias neogóticas resalta más la plaga que pensamos analizar. Despreciemos la fa-

chada pobrísima de adorno de inventiva, estilo y genio; ahora no tratamos de arquitecturas: no leamos las pomposas y mal escritas inscripciones, cuyo contenido nos tiene sin cuidado; para empezar veamos las hojas de la puerta. Son de pino pintado, imitando más noble madera; ¡primer engaño en la casa de la verdad! y no son góticas, ni bizantinas, ni muzárabes, ni nada: un conjunto de peñazos y resaltes con los ángulos biselados, toques de encarnado y negro con barniz... *ma guarda é passa*, y veamos la pila del agua bendita. Es pequeñísima, como si apenas hubiera de usarse, ó estuviere destinada á esas damas que solo mojan la punta de los deditos de su guante: es, sencillamente, una taza de mármol blanco inferior, como el que adorna las mesas de los cafés, mal trabajada, como por contrata, y obediendo á un modelo francés que el marmolista, sin consultar á nadie, ha escogido en un álbum. ¡Cuidado! no derramemos el agua y manchemos la estera de cordelillo, que recuerda la antesala del hotel, y ha sustituido á la clásica estera blanca sencilla, sobre la cual oraban arrodillados nuestros padres, lo mismo en la Catedral más suntuosa que en la ermita más pobre y reducida.

Avancemos; pero con precaución, no tropecemos contra las sillas y reclinatorios, cuya forma nada tiene de gótica, y están colocadas en hileras como las butacas de un teatro, con sus pasadizos en el centro y los lados, para que la semejanza sea más completa. ¿Qué es para muchos modernistas el templo sino un teatro donde exhibirse? Además, si hemos de orar, que sea cómodamente; los antiguos no sabían vivir. ¿Y los pobres? ¡Ah! Sí, que estén de pie ahí detrás junto á la puerta de la calle ó arrimados á las paredes.

Adelante, pues, sin tropezar. Afortunadamente hay luz mucha, demasiada luz. Los templos genuinamente góticos no eran tan claros, tan descarados, como dice el vulgo que no entiende de atenuaciones; los cristales, además, velaban no poco los resplandores del día, dulcificándolos suavemente; hoy es otra cosa. Las ventanas se hacen para que luzcan las vidrieras de imitación que construyen los extranjeros, y en las que campean sobre fondos demasiado claros y con adornos chillones que quieren ser góticos ó del Renacimiento, figuras de Santos con ojos azules y barbas rubias, rostros sonrosados, cuya expresión fría ó estúpida hay quien cree que se parece algo á la dulce y tranquila beatitud de los pintados ó esculpidos por los artistas de la antigüedad.

—¿Qué es, preguntamos al sacristán, aquello negro que en forma de pirámide se eleva hasta el techo?

—Nada; el púlpito gótico de nogal traído de París ó de Bruselas por una *casa* que proporciona *menaje religioso*, y cuyos comisionistas recorren toda España repartiendo prospectos.

La obra no está del todo mal; pero ¡es claro! ¡estas empresas! se les pidió un púlpito gótico, y así va eso; no hay más sino que el templo quiere parecerse al estilo sencillo del siglo XII al XIV, porque es menos costoso, y el armatoste de madera es flamboyante de la época de decadencia. Además, resulta demasiado grande para este recinto mezquino. La cúpula piramidal de su tornavoz rebasa el arranque de la bóveda, y ha sido necesario mutilarle el florón de su extremo; no importa, las señoras no han de fijarse en eso. Más fácil es que reparen algo en ese confesonario que hay frente al púlpito, y, como él, es gótico, pero de otro estilo que no es el de éste ni el de la iglesia; como que es también otra la empresa que lo ha proporcionado, ó es la misma, y vendió lo que tenía sin andarse en reparos y pequeñeces. ¿Termina una cosa en punta? Pues gótica es sin apelación. ¿Qué importa el aspecto del lugar en que ha de estar? Cabañalmente no hay cosa más común que ver objetos de estos en iglesias de muy diferente estilo; pero... es la moda.

El mueble que miramos es enorme; parece más bien un edificio que un confesonario; los fieles de ambos sexos han de acercarse, mejor dicho, introducirse por los lados, ocultándose en una especie de celdillas que proyectan mucha sombra en medio de tanta luz. La celosía del centro oculta al Sacerdote para que no sea visto de los penitentes, y lo deja encerrado en aquella anaquelera. Si hubiera muchos *artefactos* de estos... adios iglesia; pero no, sólo hay otro más pequeño allá, junto al cancel, y no le habíamos visto; será el destinado á los pobres. En fin, antes había mucho confesonario en las iglesias; ahora, sin duda, parece que cada día habrá menos penitentes, aunque sea mayor el número de pecadores. Adelante.

Ya estamos en el presbiterio. Una barandilla exactamente igual que las que vemos en las escaleras de los palacios, lo separa del resto de la iglesia; la alfombra de salón, chillona y abigarrada, tapiza el suelo, y en vez del banco litúrgico para uso del Preste y los Diáconos, tres enormes butacas estilo Luis XV, doradas, con damasco rojo, que se están peleando con la barandilla, con la alfombra y con todo lo allí existente, demuestran muy bien el gusto y el talento que ha presidido en el meblaje de esta iglesia modelo... de anacronismos. La puerta de la sacristía y otra falsa que en el muro opuesto le hace *pendant*, como decía la fundadora al arquitecto, es-

tán cubiertas por dos *portieres*, también de salón ó de *boudoir*, de terciopelo carmesí con una franja en el centro, estilo Renacimiento cursi. Estas piezas las trajo de París el tapicero como una opariosa, y las colgó de sendas galerías de bronce, parecidas á la barandilla.

A un lado está la lámpara, obra detestable de cobre barnizado, que lo mismo puede ser extranjera que de Madrid; su dibujo es también gótico *sui generis* de lo más disparatado, sus adornos tocados y mal concluidos; todo su aspecto el de esos trabajos de pacotilla endeables y contrahechos, cuya vejez es peor que la de una bailarina, y que solamente la falta de sentido estético, de fe y de dinero que es propia de nuestro siglo, puede aceptar como buenos. Una cadena feísima, pero muy gruesa, tiene suspendida esta lámpara, no del techo, sino de esa percha extraña, también dorada y barnizada, que en forma de gancho está prendida al muro.

—Pero, Dios mío, ¿esta lucerna está apagada?

—Es que la encienden sólo en ciertos días; en los restantes hace sus veces aquella que se ve en el rincón sobre la repisa.

—¡Jesús mil veces! ¡Una lamparilla de alcohol! Un vaso encarnado de cristal en forma de corazón, sostenido por el pie de cobre, también barnizado... chisme de esos que vemos en las mesas de noche con su lamparilla que apenas da luz...

—Pero que consume poco aceite, y este el secreto. ¡Siempre la ruin mezquindad!

La mesa del altar, sus gradas y el Tabernáculo son verdaderamente un crimen. Las empresas extranjeras han rivalizado en esto de construir altares góticos y bizantinos, tarea en que han llegado á lo monstruoso. Los hacen de madera, de piedra, de bronce (bronce precisamente no, de cobre mal dorado), de hierro colado (¡!) y creo que hasta de papel comprimido. El que tenemos delante es mixto; la mesa, que recuerda formas semibizantinas, y en realidad no tiene traza artística alguna, es obra del referido marmolista español ignorante que se vale de modelos franceses... y mal copiados. La grada y el sagrario son del mismo autor, y peores que la mesa; el Tabernáculo es belga y gótico, pero tan malo, tan desproporcionado sus piezas unas con otras, y todo él con el altar y el presbiterio, que es verdaderamente una compasión. Seis candeleros tan malos como la lámpara, de la que son parientes y paisanos, y la cruz su compañera, que en vez de sobrepujarlos en tamaño, como es de rigor, no les llega á la mitad, forman el ornato sólido de este altar estrambótico. En los días de función, otros candeleros más pequeños y varios ramos y baratijas completan el menaje de ordenanza.

La sábanilla, de encaje falso de algodón, que cubre la mesa, luce en sus extremos las dos indispensables escarapelas ó moñas de torero, de color azul ó morado, con sus anchas cintas pendientes, irrisión diabólica, también de origen extranjero, pero ya pasada de moda fuera de España.

No hay credencias; una mesa dorada del mismo estilo de las butacas, y con tablero de piedra, hace sus veces arrimada á la pared. Tampoco hay retablo; esto es caro, y además no se estila. El último figurín es la forma cira, sola ó acompañada de otras dos más pequeñas, ó bien tres doscetes góticos ocupados por tres santos franceses de pasta de aserrín; también se estilan los trípticos de lienzo, ó tabla, groseramente imitados, ó simples pinturas en la misma pared, y no es raro ver el sitio del retablo ocupado por un cuadro más ó menos moderno con su marco de galería ó tallado á manera de cornucopia.

Volvamos ahora atrás, que no hemos examinado bien las paredes. Antes pecaban muchas iglesias de excesivo hacinamiento, hasta el extremo de parecer prenderías. Multitud de altares que llenaban hasta los rincones, imágenes por todas partes, cuadros, crucifijos, besabios, cepillos, lamparines y perchas atestadas de piernas, brazos y cabezas de cera y hasta de ataúdes y muletas, alternaban con los cuadros de indulgencias, con los *exvotos* y otras muchas menudencias. Hoy hemos dado en el extremo opuesto. Los muros, desnudos, sostienen el *Via crucis* al cromo ó de... barro cocido y pintado á lo arlequín; no es posible imaginar cosa más mala que esos relieves vaciados que nos vienen de Francia. Altares pocos, pequeños y pobres (tres *ppp*) que sólo constan de un cuadro rodeado ó no de molduras doradas muy malas y la mesa. A veces, los adornos de algún viejo retablo churrigueresco, son aprovechados para formar estos altaritos en que si hay algún Santo de bulto, es pequeño y malo. Candeleros, sacras, arandelas, candelabros (si los hay), lámparas y lamparines; lo mismo que esos arrumacos innominables que afectan la figura de M ó de media luna formada con brazos de candelero adornados de cristal y flores de barro, todo el metal, en fin, es falso, barnizado y de formas extravagantes, así proceda del extranjero como de Meneses ó de San Juan de Alcaráz, lo mismo que pretenda ser de estilo ogival, que clásico ó Renacimiento. Estos industriales jamás aciertan, y así son dignos de sus parroquianos.

—Pero, el coro ¿dónde está?

—¡El coro! ¿Y para qué sirve eso? En estas iglesias no hay coro ni es necesario; será bueno para

(1) Más de una vez hemos manifestado que LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA no se hace solidaria de los juicios que sus colaboradores emiten en los artículos que publicamos. Dentro del fogaio y moral católica, en materias de ciencia y arte los colaboradores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA tienen completa libertad de apreciación. De ella hace uso el Sr. Ferrnández citando obras artísticas que á otros escritores pueden parecer excelentes. Lo advertimos una vez más para evitar torcidas interpretaciones. (Nota de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.)



CONVENTO DE SANTA CATALINA

catedrales, colegiatas y algunas parroquias; pero ¿en iglesias de moda? ¿qué locura! Aquí el culto reviste otro carácter; no se quiere oír vísporas, laudes ni completas; esos latines son para los frailes. Gózos, villancicos, motetes y canciones, todo en castellano, alguna vez en italiano ó en francés, novena y triduos, eso es lo que gusta; cosa que entiendan las señoras. Si se ofrece un oficio fúnebre, se traen dos cantores y tres Sacerdotes, que pueden estar muy bien en el mismo presbiterio. Basta, pues, y sobra con esa tribuna alta en la que se colocan la orquesta y los (á veces las) cantantes.

—Bien; pero, ¿y el órgano?

—¡Otra vulgaridad! Se pensó en uno alemán, y estaba ya encargado á un artífice.... protestante, de allá; mas se acabó el dinero. Un artífice español se ofreció; ¡quita allá! sus órganos son muy ásperos y vulgares, una anticualla; nada mejor que ese *armonium* francés que está ahí, en el rincón; basta y sobra para acompañar á las voces; no pesa ni ocupa terreno; es barato, y lo mismo sirve para gloria que para difuntos; además, cualquier señorito puede usarlo mejor que un organista experto....

No escuchemos, lector, nuevas blasfemias modernistas, y pasemos á la sacristía. Aquí ya no es gótico el muro ni la bóveda; cesó la farsa arquitectónica. Esto es una salita ó gabinete blanqueado ó empapelado; el lavabo, las perchas, la mesa, el espejo, todo es láico, civil y muy chiquito. La antigua *cajonera* de roble ó nogal tallado, la gran mesa de los cálices, la lucerna, los bancos, el reloj de sonería, han sido reemplazados por la cómoda, el velador, la taquilla, el quinqué de petróleo, las sillas de antesala y la muestra, propia del café ó la tienda; todo es mezquino y profano. El modernismo se ha quitado aquí la careta; lo que ahora es la sacristía será mañana el templo mismo si esto continúa. Salgamos, pues, de aquí; ya hemos visto bastante.

¡Qué decadencia! El diablo debe estar muy contento.

JOSÉ FERRANDIZ.

CAPÍTULO II

Se encruelece la persecución y fórmase concilio contra Jesús.

«Habiéndose ya cumplido los días del prendimiento de Jesús,» dice el evangelista San Lucas, «él, de sí mismo, resolvió á cara descubierta ir á Jerusalén.»

Tres veces por lo menos subió el Salvador á la santa ciudad en el tiempo de su predicación y vida pública.

La primera fué á los pocos meses de haber recibido el bautismo de manos de San Juan Bautista, cuando fué á Jerusalén para la celebridad de la Pascua. La segunda al año siguiente en una de las festividades judías, cuando sanó al paralítico; y la tercera, la mencionada por San Lucas, acaecida el año postrero de la vida de Jesús, en la solemnidad de los Tabernáculos, cuando era ya público y notorio que los judíos le buscaban para prenderle. Esta última estancia no fué pasajera, como las anteriores, sino hasta cierto punto estable y definitiva, sup. esto que Jesús estuvo en Jerusalén y sus contornos gran parte de los ocho meses que corrieron hasta su muerte.

Antes de salir de los tranquilos confines de Galilea, había Jesús amaestrado á los que había escogido por testigos de sus obras y ministros de la palabra en la doctrina que habían de predicar y esparcir por el mundo. Habíales declarado la naturaleza

del reino de Dios, del cual era el fundador divino; los había instruido en la santidad de vida en que había de cimentarse este reino; había ordenado la jerarquía que había de presidir en él, y les había dado, en fin, las enseñanzas y consejos que habían menester para cumplir el destino que á cada cual tocaba desempeñar en este reino. Tal educación y amaestramiento era sin duda muy imperfecto, en especial por razón de la rudeza é inexperiencia de los discípulos, hombres de escasa ó ninguna instrucción, y sacados la mayor parte de entre las redes y barcos del mar de Galilea; pero como la semilla había caído sobre corazones sanos, y, sobre todo, como á la enseñanza extrínseca del Maestro había de juntarse la gracia é ilustración divina que interiormente y por más alta manera los había en adelante de enseñar y esclarecer, no hay duda que con los consejos oídos á Jesús y con los ejemplos de su vida tenían caudal suficiente para llevar á efecto la obra que les estaba confiada.

Faltábales solamente, para remate de esta enseñanza, abarcar en toda su amplitud la divina misión de su Maestro; persuadirse de que éste era, no solamente profeta y el Mesías que esperaban los judíos, sino el Hijo eterno de Dios, consustancial con el Padre, y que se había vestido de la naturaleza humana para enseñar y darse en ejemplo á los hombres, y satisfacer por sus culpas, y granjearles su salvación por medio del sacrificio que libremente había de ofrecer de su vida. Y esta parte, la más importante de su obra en este mundo, era la que Jesús iba á desempeñar en lo que le restaba de vida, y á ella se disponía con plena conciencia de su grandeza y conocimiento de los peligros y dificultades de que estaba cercada.

Hasta entonces pocas veces había hablado á sus discípulos del misterio de su Divinidad, y aun éstas de una manera ambigua y figurada. La misma confesión de Simón Pedro en la soledad de Cesarea cuando le reconoció por Hijo de Dios vivo, había pasado en la intimidad de la confianza y entre los discípulos más allegados, á quienes además había dado Jesús encargo de no revelar á nadie lo que había pasado entre ellos. Tal reserva y ambigüedad no sólo van á cesar en adelante, sino que todos los discursos del Salvador se encaminarán á demostrar la Divinidad de su persona; todos sus milagros serán obrados precisamente con el fin de hacer patente esta Divinidad, y todas sus contiendas con los escribas y doctores de la ley terminarán por poner esta Divinidad en luz tan brillante, que ó habrán de ser obligados á confesarla, ó instigados por la furia de sus corazones se revolverán destinados contra ella.

Tal es la disposición de la Divina Providencia; por tales pasos y caminos se va á desarrollar y descubrir el secreto de los siglos, y mostrarse á los hombres la luz de Dios, y caminar á su completo cumplimiento la obra más trágica, más grandiosa y más sabiamente ordenada que se vió ni se verá jamás en el mundo.

A fin de dar efecto á esta obra, salió Jesús de Cafarnaun hacia el fin del verano del año postrero de su predicación y vida pública. Habiendo atravesado las provincias meridionales de Galilea, traspasó sus confines para entrar en Samaria; mas como los samaritanos le pusiesen obstáculos en el camino, volvió atrás, dió la vuelta por Tiberíades y después de vadear el Jordán por la parte baja del lago de Genesaret, entró en Perea, y tomó la ruta de Jerusalén con intención de llegar allá hacia mediados de Septiembre para la solemnidad de las Tiendas ó Tabernáculos.

El viaje fué lento y lleno de mil lances é incidentes, deteniéndose Jesús ora en un pueblo, ora en otro, adocinando en las sinagogas y derramando en todas partes mercedes y beneficios. Según iba adelantando en su viaje, hacíanse más frecuentes los encuentros con los fariseos y escribas. Un día se le presentaba un doctor de la Ley haciéndole una pregunta insidiosa sobre lo que tenía que hacer para salvarse y sobre á quién debía considerar como á su prójimo. Otro día le veían otros pidiéndole una señal del cielo para creer en él, como si no fuesen bastantes las que hasta entonces había obrado. Otra vez le convidaban á comer, y observando que no se lavaba las manos antes de la comida, punto esencial de las tradiciones farisáticas, le denostaban por ello; á lo cual contestaba Jesús que no había que cuidar tanto de esas nimiedades exteriores, que lo que importaba era purificar el vaso por dentro, y no por fuera, que hiciesen buenas obras, que diesen limosnas á los pobres, que fuesen misericordiosos y caritativos, y con esto entrarían en el reino de los cielos.

Aunque tales respuestas confundían y desconcertaban á los enemigos de Jesús, no se daban éstos á partido, sino que á la primera ocasión segundaban las calumnias, poniéndole en todas partes tropiezos y deslizaderos y buscando algo de qué asirse para armarle acusación. Estas intrigas y asechanzas paraban á veces en alborotos, y aun hubo ocasión en que los discípulos de Jesús temieron que, pasando la cosa á mayores, se atentase contra la vida de su maestro. «Amigos míos, les decía éste para sosegarlos, no temáis á los que pueden matar el cuerpo, y no más; temed más bien al que puede arrojar el

alma al fuego eterno. Quien me confesare, añade, delante de los hombres, el Hijo del hombre le confesará delante de los ángeles.»

Dando de manos á estas contiendas con unos hombres que, llenos de hipocresía y de envidia, no sacaban ningún provecho de las palabras de Jesús, antes después de cerrar la puerta de los cielos á sí mismos, se la cerraban á los demás, el Salvador divino buscaba su descanso entre los pobres, entre los humildes y sencillos de corazón y entre los enfermos, en quienes ejercitaba su acción benéfica y curativa, como quien había venido á este mundo para tomar sobre sí nuestras miserias y quitar nuestras enfermedades.

Sus discípulos eran, sobre todo, el objeto de sus más cariñosos cuidados. En ellos derramaba los tesoros más preciosos de su caridad y las dulzuras más entrañables de su misericordia. Debajo de las hermosas parábolas del edificador imprudente, del mal administrador, y otras por el estilo, les enseñaba el buen uso de las riquezas, la prudencia, la fidelidad y desasimiento de los bienes de este mundo, la oración á Dios, la sencillez del corazón y la sinceridad de la vida. Con ocasión de unas muertes acaecidas en aquellos días, les exhortaba á la vigilancia, á la penitencia por sus pecados y á que estuviesen preparados para el día de la cuenta. Levantando sus ideas sobre las miserias de la presente vida, les persuadía á que no midiesen la malicia de los hombres por los efectos actuales de la divina justicia; que atendiesen más á los pecados propios que á los ajenos; que se guardasen de la levadura de los fariseos y saduceos, que era hipocresía; que velasen sobre sí y sobre los movimientos de sus pasiones; que confiasen en Dios, que El que los amaba cuidaría de ellos; que no se gozasen en ver que hacían obras grandes y maravillosas y de gran crédito delante de los hombres, sino de que sus nombres estuviesen escritos en el Reino de los cielos.

Sobre todo, preocupado su espíritu por la idea de los trabajos que habían de sucederle, iba preparando sus ánimos para que no les cogiesen de sorpresa, y así les decía: «Mirad que el Hijo del hombre será entregado á sus enemigos. Las zorras tienen sus madrigueras y los pájaros sus nidos, y el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza. Hoy echo á los demonios y sano á los enfermos, y mañana y al tercer día vendrá mi fin. A pesar de esto, cumple que yo ande hoy y mañana y en el día siguiente, porque no conviene que un Profeta pezezca fuera de Jerusalén.» Y al pronunciar esta palabra, representábasele con toda su espantosa terribilidad el crimen que en la santa ciudad iba á cometerse, la serie de infamias y villanías que habían de cometerse contra él y el castigo con que Dios había de castigarla por ello, y estallando su dolor en acentos amargos, exclamaba: «¡Oh Jerusalén, Jerusalén, que matas á los Profetas y apedreas á los que Dios te envía cuántas veces he querido reunir á tus hijos como el ave cobija á sus polluelos debajo de sus alas, y no has querido; hé aquí que tu casa será hecha desierta, y no me verás hasta que digas: «Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.»»

Entretenido con estas pláticas caminaba Jesús hacia Jerusalén. Conforme se iba acercando á la santa ciudad la conversación con sus discípulos se hacía más íntima, más familiar y comunicativa. En ella rebosaba el Salvador los enternecimientos de su corazón, revelando al paso los misterios más íntimos y escondidos de su doctrina. Aquí, después de explicar la divina constitución de la familia y la santidad del matrimonio, se adelantaba á ponderar el valor de la virginidad, flor del cielo que de allí en adelante había de hermopear la tierra con sus nunca imaginados resplandores. Allí encarecía el mérito de la inocencia y de la pureza, bendiciendo á los niños ternuzuelos, y diciendo que solamente los que fuesen puros como ellos entrarían en el reino de los cielos. Acá, ponderaba cuán agradable era á Dios la renunciación de todas las cosas por El, dejando padres y hermanos, bienes y familia para vacar únicamente al servicio divino. Allí, finalmente, ensalzaba el bien que hay en sufrir las persecuciones é injurias, en ser aborrecidos por el mundo, y en sacrificar su vida por hacer bien y salvar á los hombres. Y á estas palabras, enardecida su alma con la idea del holocausto que en cumplimiento de los decretos de la Providencia había de ofrecer de sí mismo, «fuego, decía, he venido á traer á la tierra, ¿y qué otra cosa quiero sino que arda? Con un bautismo tengo que ser bautizado, y ¿cómo estoy en ansias y congojas hasta recibirlo!»

Entre los peregrinos que se habían juntado á la caravana de que formaba parte Jesús, había muchos que participaban del entusiasmo que en todos despertaban sus palabras y acciones, y así, llenos de santo celo por la gloria de su maestro, mostraron deseos de que entrase en la santa ciudad acompañado del pueblo, y entre sus vítores y aclamaciones; mas Jesús, no sólo no quiso acceder á estos deseos, sino que hurtando el cuerpo á los aplausos, se desvió de la muchedumbre que le acompañaba, y se encaminó, con los pocos discípulos que siempre llevaba consigo, hacia Betania, aldea pacífica y tranquila, situada cerca del camino que iba de Je-

ricó á Jerusalén, á unos tres cuartos de hora de ésta, y al lado oriental y hacia la parte baja del monte del olivar. Gozaba esta aldea entre los judíos de fama por la hospitalidad con que agasajaba á los peregrinos; y á la sazón moraba en ella una familia amiga de Jesús, compuesta de Lázaro y de sus dos hermanas, por nombre Marta y María. En la casa de esta buena familia halló Jesús santa y generosa hospitalidad, deteniéndose en ella algunos días, después de los cuales se fué á Jerusalén acompañado de sus discípulos, á tiempo que ya se había dado principio á la fiesta de los Tabernáculos.

Era ésta una de las más bellas y populares entre los judíos. Celebrábase á principios de otoño, cuando acabadas las faenas del campo y recogidas las mieses en los graneros, se levantaban naturalmente los corazones á Dios para darle gracias por los beneficios recibidos. La misma fiesta en sí y los recuerdos que despertaba convidaban á la alegría y al esparcimiento. En los siete días que duraba, no dormían los israelitas dentro de sus casas, sino fuera, en las azoteas, en los jardines, en las calles ó en los contornos de la ciudad, en tiendas ó cabañas formadas por ramas de olivos, palmeras y otros árboles, entrelazadas á manera de cobertizos, en memoria de la vida errante que habían llevado sus padres por el desierto á su vuelta de Egipto. Enramábanse asimismo las márgenes de las calles, los terrados de las casas, las plazas públicas, y señaladamente la entrada del Templo y sus pórticos y corredores. Desde el romper del alba hasta la puesta del sol, mientras que los Sacerdotes, acompañados de arpas, címbalos y otros instrumentos músicos, cantaban en el Templo loores á Dios, y el humo de los sacrificios que en él se ofrecían, girando en vagarosas espirales, se esparcía por la colina de Sión y por los valles circunvecinos, larguísima procesiones de adoradores subían al mismo Templo, y daban vueltas por sus patios, llevando en las manos derechas ramas de palmas entreveradas con pequeños brotes de yedra y sauce y en las izquierdas el sagrado *aethrog* (así llamaban á una especie de citrón, el fruto supuesto del árbol del Paraíso), y cantando salmos y devotas plegarias en honor de Jehová, á una señal que les hacían los Sacerdotes con trompetas de plata. Por la noche iluminábase la ciudad con grandes hogueras, y en especial con unos enormes candelabros que, colocados á la entrada del Templo, esparcían por las calles y plazas torrentes de vivísima claridad, símbolo de la que en los días del Mesías había de iluminar las tinieblas del paginismo, corriendo las gentes á su luz y los reyes al resplandor de su oriente.

El pensamiento de la Divinidad ocupaba aquella piadosa muchedumbre. A todas horas se elevaban los corazones á Dios, dándole gracias por haber librado á sus padres de la cautividad de Egipto, suplicándole que llevase á delante la salvación y prosperidad de su pueblo, y acordándole sus promesas acerca del Divino Iluminador, por el cual había de obrarse la salud en las gentes y ser glorificado el nombre de Israel hasta los últimos confines de la tierra.

Siendo la fiesta de los Tabernáculos la destinada á pagarse en ella el tributo de medio siclo que todo israelita había de pagar al Templo, era entre todas las festividades judaicas, la más concurrida por los israelitas que moraban en las regiones apartadas de Jerusalén y en la dispersión entre la gentilidad. Con tal motivo habían acudido á Jerusalén gentes innumerables venidas de Galilea, de Idumea y de aquellas regiones donde había principalmente predicado Jesús. Muchos, por consiguiente, le conocían de vista ó habían oído hablar de él y de sus milagros y predicaciones; y como al llegar á Jerusalén se enterasen de las diversas opiniones que había entre la gente de la santa ciudad, en especial entre la más influyente y poderosa, acerca de su persona y de la mala voluntad que declaradamente le tenían los príncipes del pueblo, era muy grande la expectación y ansiedad en que estaban, mucho lo que se hablaba entre ellos de tal asunto y vivísimo el deseo de ver en qué paraba un negocio que á todas luces estaba lleno de dificultades y peligros.

A todo esto ya había empezado la fiesta, y Jesús no se había presentado en Jerusalén, detenido como estaba en Betania ó sus alrededores. Mas de pronto, el día segundo, cuando era mayor la expectación, vésele entrar por el Templo. No bien le vieron venir, acudieron apresuradamente hacia él gentes innumerables, y le cercaron por todos lados deseos de hablarle y más aún de oír de su boca aquellas palabras de vida que henchían de admiración á cuantos las escuchaban. Algo tardó en calmarse la agitación y tumulto que con tal ocasión se había movido; mas al fin, cuando se hubo calmado, desplegó Jesús sus labios, y habló con tal majestad, con tan soberana suavidad y dulcedumbre, con elocuencia tan arrebatadora, que al oírle estalló la muchedumbre en gritos de sorpresa y aplausos, diciendo: «¿Cómo conoce tan bien las Escrituras, no habiendo estudiado?» «Mi enseñanza, respondía Jesús, no procede de mí, sino del que me ha enviado.» Y repitiendo que entre los que le escuchaban había algunos que le eran enemigos, y aun no pocos de los jefes de los fariseos, de aquellos que habían

maquinado su muerte, se volvió súbitamente hacia ellos, y les dijo: «¿Por qué me buscáis para matarme? ¿Por haber hecho una obra buena el día del sábado os escandalizáis y me condenáis, cuando vosotros no reparáis en practicar la circuncisión en este día?» Aludía Jesús á la curación obrada por él en Jerusalén el año antecedente, milagro que estaba aún en la memoria de todos, y del cual habían tomado los judíos motivo para acusarle. Sorprendidos sus enemigos á las palabras del Salvador, no sabían qué contestar; y como por otro lado veían que el pueblo estaba manifiestamente en su favor, se ponían cada vez más irritados y furiosos. Así, temiendo que la cosa pasase adelante y tomase mayores creces, puestos de acuerdo con los príncipes de los Sacerdotes y autoridades del Templo, enviaron ministros ó alguaciles de los que hacían guardia en el mismo Templo á espiar á Jesús para asir de él alguna imprudencia ó descuido que tuviese. Fueron, en efecto, éstos á ejecutar la orden; pero antes de hacerlo paráronse á escuchar al divino Maestro, y al oír las palabras de maravillosa elocuencia que brotaban de sus labios, se sintieron tan penetrados de admiración, que no se atrevieron á echar mano de él, antes vueltos á los que les habían enviado, les dijeron sencillamente que ante la majestad de aquel hombre extraordinario se habían visto desarmados, ya que nadie habló jamás como él.

Fuera de sí de indignación, y echando fieros contra la maldita chusma del pueblo, como la llamaban, ignorante de la ley, y que seguía y vitoreaba á Jesús, dejándoles á ellos y á sus doctrinas, reuniéronse en consejo, sin duda en el Supremo del Sanhedrin, y determinaron que todos los que reconociesen á Jesús por Cristo y Mesías, fuesen echados de la Sinagoga, forma de excomunión tenida por los judíos como la mayor de las infamias, supuesto que equivalía á ser apartado de la descendencia de Abraham, privado de los beneficios y consuelos de la Religión, y entregado al desprecio y á las maldiciones del pueblo. Y no contentos con esto, y que riendo atajar el mal de su raíz, insinuaron la idea ya muchas veces indicada por algunos, de deshacerse violentamente de la persona de Jesús y quitarle de delante, siquiera fuese necesario usar de violencia y prescindir de los trámites legales.

Parece á primera vista inconcebible que se viniese á una resolución tan arrebatada por personas graves y que representaban la suprema autoridad de la Religión en Israel; pero á tal extremo había llegado la aberración de las ideas religiosas, y tal era el orgullo y el feroz apasionamiento de las sectas religiosas entre los israelitas, que para satisfacer á estas pasiones se propasaban á las mayores violencias y desafueros.

Para honor de Israel, hay que confesar que no todos los consejeros del Sanhedrin andaban tan ciegos y desatinados; antes, buena parte de ellos y de los más honrados y virtuosos tenían pensamientos más razonables, y se esforzaban por hacer prevalecer respecto de Jesús una forma de proceder más conforme á la ley y á la justicia. De ellos era un tal José, por sobrenombre Nicodemo, hombre que gozaba de grandiosa reputación en Jerusalén, miembro del Sanhedrin, y fariseo además, pero muy notable por su piedad y honradez. Este varón ilustre y piadoso, y príncipe de los judíos, como le llama expresamente San Juan, en la ocasión de la primera llegada de Jesús á Jerusalén, como hubiese oído hablar del Santo Maestro y de sus doctrinas y milagros, quiso tener con él una entrevista, y la tuvo, en efecto, si bien de noche, por miedo á sus amigos y compañeros; mas al fin, como buscaba sinceramente la verdad, logró la buena suerte de descubrirla, y descubierta, de hacerse discípulo de Jesús, aunque oculto, por no atreverse entonces á manifestar públicamente sus creencias. Con tales antecedentes, movido por la fuerza invencible de la justicia, apenas oyó decir en el Sanhedrin que se atentaba contra la vida de Jesús y de prenderle y quitarle de en medio á traición, se levantó indignado contra el desafuero que se intentaba cometer, diciendo: «¿Por ventura nuestra ley juzga y sentencia á ningún hombre sin oírle antes y saber de él lo que piensa y obra?» Pregunta que si no salía directamente en defensa de Jesús, defendía la ley y con ella la razón y la justicia. A lo cual le respondieron sus compañeros: «¿Eres por ventura tú de Galilea? Examina las Escrituras, y allí verás cómo de Galilea no sale ningún profeta.» Y con tal respuesta sofisticada, temeraria y abiertamente contraria á la palabra misma de la Escritura y á la realidad de la historia, pues, mal que pesase al orgullo judaico, era verdad que habían salido muchos profetas de Galilea, los sapientísimos doctores de la Ley creyeron haber deshecho la contestación de aquel ilustre varón, y tranquilos y satisfechos de sí y de su prudencia y sabiduría, se retiraron á sus casas á isiosos de llevar adelante sus malvados designios.

Mientras que duraba la gran solemnidad de los Tabernáculos, pasaba Jesús el día en Jerusalén enseñando y predicando en el Templo, y por la noche se retiraba á Betania á casa de su amigo Lázaro. Mas el último de la fiesta advierte expresamente San Juan que pasó Jesús la noche en el monte del Olivar, tal vez en una granja que allí había llamada Getsemaní, en oración tranquila y retirada.

A la siguiente mañana, luego como había empezado a esclarecer, subió Jesús a Jerusalén, y según su costumbre, se puso a enseñar en el Templo a las gentes que allí acudían. Estaba rodeado de gran muchedumbre, cuando los fariseos le presentaron una mujer á quien decían haber sorprendido en adulterio. «Según la ley, dijeron» á Jesús, debe ser apedreada. ¿Y tú qué dices? Era este un lazo que tendían á Jesús, porque si respondía que perdonasen á aquella mujer, le podrían acusar de atropellar la ley; y si dijese que la mandasen apedrear, perdía su opinión de benignidad y de mansedumbre. Adivinando Jesús su astucia, respondió con majestad y divina dulzura: «Quien de vosotros esté sin pecado, éste arroje la primera piedra.» No dijo más Jesús: mas sus adversarios, desconcertados con una respuesta que ciertamente no aguardaban, enmudecieron y confusos y avergonzados se fueron retirando uno tras otro, empezando por los más viejos. Escenas y encuentros semejantes á éste sucedían á cada paso, con lo cual se acrecentaba la admiración de las gentes hacia Jesús y el odio y enfurecimiento de sus enemigos.

Terminábase la solemnidad de los Tabernáculos con una magnífica iluminación de toda la ciudad, más grandiosa que la de los días anteriores, llamada desde tiempo inmemorial la *alegría de la fiesta*, y que era figura de la gran luz que había de alumbrar la tierra en los días del Mesías. Con motivo tal vez de aquella iluminación, estando Jesús cercado de gran muchedumbre del pueblo, le decía: «Yo soy la luz del mundo; quien me sigue no anda en tinieblas, antes tendrá la luz de la vida... Yo soy el principio, el mismo que os hablo... El que me ha enviado es veraz, y yo hablo en el mundo las cosas que de él he oído... Si guardáis mis palabras, verdaderamente seréis discípulos míos y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres... Si alguno guardare mis palabras, no verá la muerte para siempre.»

Estas afirmaciones de la divinidad de Jesús eran consecuencia de sus obras y milagros; lo que había de concluir toda inteligencia que examinase desapasionadamente la vida del Salvador, lo que estaba en la mente y en los labios de la muchedumbre del pueblo que le escuchaba y seguía. Sin embargo de esto, los fariseos no podían tolerar lo que Jesús afirmaba de sí, y le ponían mil objeciones y sofismas; á los cuales replicaba el Divino Maestro con tal copia de luz, con pruebas tan concluyentes, con tal sinceridad y elocuencia, que el pueblo que le oía se declaraba por Él, reduciéndose á sus doctrinas y desamparando las de sus adversarios.

Podríanse y deshacíanse éstos de rabia, moviendo grandes alborotos, hasta intentar echar mano de Jesús y apedrearle; mas como no había llegado la hora señalada en los consejos divinos, saltó el Señor libre de sus asechanzas.

En el punto á que había llegado la porfía de los enemigos del Salvador, era manifiesta insensatez pedir más pruebas y argumentos de la misión divina realizada por Jesús. Con todo, ya que la contumacia de los fariseos, no sólo no cesaba, sino que se enfurecía más, quiso Jesús, en medio de la agrupación inmensa de testigos que había á la sazón en Jerusalén, acreditar lo que aseveraba de su divinidad con un milagro tan ilustre, que ni el más exigente lo pudiese rehusar, ni el más apasionado desmentirlo. Fué así que un sábado, día siguiente á la octava de la fiesta, andando Jesús entre la muchedumbre, vió á caso á un pobre mendigo, ciego de nacimiento, y tal vez de aquellos que solían colocarse á la entrada del Templo á pedir limosna; acercósele, y después de escupir en el suelo y hacer un poco de barro con la saliva, ungióle con él los ojos y le mandó que se fuese á lavar en el manantial de Siloe; fué allá el ciego, y al lavarse cobró repentinamente la vista. El efecto de sorpresa y de estupor que sucedió á este milagro es imposible de ser descrito. Los aplausos á Jesús estallaron en la muchedumbre. Muchos de los presentes se convirtieron inmediatamente á su doctrina, y aun no pocos que habían sido antes sus enemigos, no pudiendo resistir á la evidencia, se pusieron de su parte y abrazaron sus enseñanzas, si bien los más poderosos é influyentes, los jefes de las sectas que prevalecían en Jerusalén, los que eran tenidos por guías y pastores de Israel, se embravecieron más enconadamente contra Jesús, excitando al pueblo á que le persiguiese y maltratase.

No pudo menos de afligirse profundamente el corazón del Salvador por tal obstinación y protervia. Veía además los peligros que corría la sencillez é inocencia de los ignorantes y la suerte de aquel rebaño confiado no á solícitos y celosos pastores, sino á lobos carnívoros, y así profundamente enternecido, empezó á dirigirles amorosísimas palabras para hacerles ver quién era su bienhechor verdadero y quién su seductor y enemigo. «Yo soy el buen pastor, les decía; el buen pastor da la vida por sus ovejas; el mercenario y asalariado que no es pastor, y de quien no son las ovejas, cuando ve venir al lobo las deja y dispersa el rebaño. Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y ellas me conocen á mí como yo conozco á mi Padre, y doy la vida por mis ovejas.» Y apartando por un momento la vista de lo que tenía entonces pre-

sente, y fijándola en las muchedumbres innumerables del gentilismo que yacían en las tinieblas de la maldad y de la ignorancia, y que habían de ser salvadas por el sacrificio de su muerte, añadía: «Tengo otras ovejas que no son de este rebaño y que es también necesario que las recoja; ellas oirán mi voz, y no habrá más que un rebaño y un pastor.»

La majestad que resplandecía en el rostro de Jesús al pronunciar estas palabras, la luz del cielo que centelleaba en su mirada, y la dulzura inefable de sus acentos, ponían en admiración á cuantos le escuchaban, de suerte que cada vez que se presentaba delante de las muchedumbres y les dirigía su palabra, obrábase nuevas conversiones á su doctrina. Provenían de aquí largas y acaloradas discusiones. Las calumnias contra Jesús ofan á todas horas de labios de sus enemigos. Mas el pueblo, guiado por sus buenos instintos, aunque acostumbrado á escuchar á sus guías y maestros, no podía menos de asombrarse de su terquedad y malevolencia respecto de Jesús, y cuando les veía atribuir los milagros de éste á la influencia del espíritu maligno, replicaba sencillamente que las palabras del santo Maestro no eran como de quien estaba poseído del demonio, sino de quien había autoridad divina para enseñar á los hombres, y que no podía ser sino que fuese santo y bueno quien obraba tales maravillas, y que hombre tan recto y justo había de tener comunicación con la divinidad y gozar de su agrado y su complacencia.

En este estado de cosas se retiró Jesús de Jerusalén para dar lugar á la ira de sus enemigos y prepararse á los trabajos que le aguardaban.

En la solemnidad del aniversario de la Dedicación del Templo, que se celebraba en el mes de Diciembre, volvió el santo Maestro á Jerusalén, renovándose con esta ocasión las escenas y violencias anteriores. Estando un día en el Templo, y en la parte que llamaban los *Pórticos de Salomón*, que era una gran galería situada al lado oriental y compuesta de tres órdenes de columnas, paseaba y enseñaba Jesús según su costumbre, cuando se le acercó de improviso gran golpe de pueblo y en él muchos de los principales entre los judíos. La ansiedad y perturbación de los ánimos, por lo que se decía de la persona de Jesús, habían llegado al extremo; hablábase muy variamente de él, alabando unos y condenando otros su persona y doctrina, y así le dijeron: «¿Hasta cuándo nos tendrás suspensos y en la incertidumbre? Si eres Cristo, dínoslo abierta y claramente...» Cien veces había el Salvador respondido á esta pregunta, y así les dijo: «Yo os lo digo, y no me creéis; por lo demás, las obras que hago en nombre de mi Padre, dan testimonio de mí.» E insinuándoles con delicada mansedumbre la razón de su incredulidad, añadía: «Vosotros no me creéis porque no sois mis ovejas; mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me conocen á mí; yo les doy la vida eterna, y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano; mi Padre, que me las ha dado, es más fuerte que todas las cosas, y nadie puede arrancárselas de manos de mi Padre; yo y mi Padre somos una misma cosa...»

Alborotados con estas palabras los enemigos de Jesús apellidaron escándalo y blasfemia, y aun cogieron piedras para arrojárselas. «¿Por qué me queréis apedrear?» les decía Jesús; «delante de vosotros he hecho muchas obras por la virtud de mi Padre; ¿por cuál de ellas queréis castigarme?...» «No queremos apedrearle por ninguna de tus obras, sino por tu blasfemia, porque siendo tú hombre, te haces Dios...» «Si no hago las obras de mi Padre, replicaba Jesús, no me creáis. En otro caso, si las hago, cuando á mí no me queráis dar crédito, creed á las obras, á fin de que conozcáis y creáis si el Padre está en mí, y yo en el Padre.» A estas divinas razones, que hubieran convencido á cualquiera que no estuviera completamente obcecado por la pasión, enfurecíanse desatinadamente sus enemigos, y encendidos más y más en envidia, le maldecían y denostaban, y aun trataban de obrar con él violentamente.

Con tales hombres era evidentemente inútil discutir. Teniendo ojos no veían, y teniendo oídos no escuchaban. Su actitud, más que de hombres racionales y sensatos, era de locos y frenéticos. Como sus obras eran malas, así lo eran sus juicios. Exigían á Jesús una señal del cielo que autorizase y diese testimonio de su misión, y cuando obraba esta señal desviaban de ella los ojos y se desataban en improperios y blasfemias contra su autor, cegándose á sí mismos, y poniéndose dificultades sobre lo que realmente no las tenía. Decíanle que los sacase de la duda en que estaban acerca de la naturaleza de su persona; y cuando Jesús les decía sencillamente la verdad y apelaba á sus obras como á argumentos de su afirmación, le llamaban pecador y samaritano. Pedíanle la razón y la prueba credencial de su divina enseñanza, y cuando se la daba auténtica é irrefragable querían apedrearle, intentando llevar por las vías de la pasión y de la violencia lo que había de resolverse con argumentos de la razón y buena fe.

Cansado Jesús de tanta hipocresía, salióse de Jerusalén, encaminando sus pasos hacia la parte de

Perea, que atraviesa el río Jordán. Sucedió esto cinco semanas antes de su muerte.

(Se continuará.)

MIGUEL MIR,
De la Real Academia Española.

La primavera en Valencia.



A Pascua de Resurrección es llamada en Valencia por el vulgo *Pascua de la mona*, aludiendo tan extravagante apellido al huevo cocido que, pintado de vivos colores, y más ó menos artísticamente colocado sobre una torta de masa y aceite, sirve de postre á la campesina merienda con que suelen celebrar tan solemne día los valencianos. Si no el huevo, ni la masa en que se engarza, lo de salir al campo por este tiempo es en la risueña Edetania costumbre gratísima y muy apropiada. ¡Qué campos los de Valencia en esta época de primavera!

Aquello es un verdadero paraíso terrenal en que ha querido Dios derramar á manos llenas tesoros de pompa vegetal, de luz y de colores, de sutiles armonías y de fragancias exquisitas. Ahora la primavera vistelo todo de nuevo, vierte perfumes más ricos y orea los paisajes con brisas más tibias y vivificantes. Chopos de variadas familias, acacias, tilos y cinamomos sombrean las orillitas de las acequias, que parecen ríos de juguete, y entoldan los caminos, cortados á veces por laberínticos bosques de rosales, claveles y magnolias. Desde las cimas de las pequeñas y graciosas colinas, abarca la vista los inmensos plantíos de naranjos y limoneros, á trechos cubiertos aún con su blanco velo de inocencia, á trechos ya cuajados de dorada fruta. Allá lejos se divisan las aldeas pintorescamente agrupadas alrededor de los elevados campanarios y de las cúpulas de las iglesias, revestidas de azulejos rojos, amarillos, celestes y blancos, decoración oriental que completan las higueras bravías de los setos, los pazos que abren sus brocales enjabelgados bajo las parras, las casitas blancas, la diaphanidad de la atmósfera, lo cálido de la brisa, el brillo del sol, lo ancho de la llanura, y, sobre todo, aquellas palmeras que se yerguen gentilísimas sobre el oceano de verdura como una partida de nacimiento de la raza, como el sello de todo el paisaje... Imposible que no se vaya la imaginación al Oriente, que no se sueñe con la Siria, con la Mesopotamia, con el Egipto; cualquier muchachuela, con su cántaro bajo el brazo, puede tomarse por la misma Rebeca ó por una Ruth posible que haga pensar con envidia en la felicidad de Botz, el patriarca...

La luz, el perfume y la armonía de la campiña penetran en la ciudad, hasta en sus lugares más lejanos y escondidos. No hay callejuela estrecha, ni plazuela herbosa y solitaria á donde no llegue el aliento juvenil de la Maga divina; el sol que desciende con trabajo hasta el pavimento, y que no puede inundarlo todo, al herir oblicuamente, con coquetería de crepúsculo, las blancas fachadas, encuentra en su camino balcones entoldados de lienzo crudo, por entre cuyas aberturas cuela sus rayos para que acaricien al rosal, puesto en la maceta pintada de rojo, y al vestido de color muy claro y alegre de la muchacha que cose junto al rosal, cantando bajito, más con el alma que con los labios, la eterna canción de sus amores... Balcón, cortina, rosal, jaula del canario, muchacha de ojos negros, cantimplora de agua fresca, forman un solo cuadro que abrillanta el sol, y algo así como el símbolo de la primavera en la misteriosa ciudad levantina...

Valencia no tiene una sola plaza digna de su importancia oficial. El Parterre es un hermoso patio; la plaza de San Francisco un espacio irregular, y no muy extenso; la de la Virgen de los Desamparados una Puerta del Sol pequeña y sin concluir. No busqueis por aquel dedalo de callejas un paisaje urbano al estilo de la Plaza de la Concordia, ó de la avenida de la Opera. Pero abrid el olfato y los pulmones, y aspirad: esas plazoletas son pebeteros; el azahar y la rosa, el magnolio y la dama de noche, la azucena y el jazmín se han dado cita en ellas, y embalsaman, formando una sola fragancia, y hasta pudiera decirse que una sola armonía con el canto

de los innumerables pajarillos que anidan en su neborosa floresta.

Las flores que por todas partes abrense, y en todas partes se ofrecen, agrúpanse también en cantidad inverosímil, y constituyendo caprichosos adornos de rara traza y vivos colores, en las gradillas de los altares, con especialidad en los consagrados á María, saludada por los valencianos con poéticos y dulcísimos nombres. En la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, el altar, que por la profusión de luces parece de oro hecho áscuas, por la profusión de flores semeja una sola flor de proporciones enormes, digna peana de la Rosa Mística, de la Flor del Cielo, en cuyo elogio han agotado los poetas antiguos y modernos todas las flores de la poesía y de la elocuencia.

Mide tres mil millas de largo.

Aludimos al gran río Mississippi en la América. Por centenares de millas de su curso sus aguas están amarillas á causa de la tierra que la corriente rápida ha arrastrado de sus orillas. Probablemente tiene siempre en movimiento el Mississippi tierra bastante de la que podrían producirse más de una rica hacienda, por más que la cantidad sea por supuesto mayor en épocas de inundaciones. Así es que para beberse, y aun para emplearse para lavar, las aguas del Mississippi deben antes purificarse.

Lo mismo sucede con toda otra cosa que ya por apariencia ó utilidad es apartada de su índole. Por ejemplo, la sangre de nuestro cuerpo es como un río. Desde el corazón hasta las extremidades es de color vivo rojo, pero á su regreso por las venas es oscura y pesada. La razón de esto es que cuando sale del corazón acaba de ser purificada, y cuando vuelve está cargada de toda clase de materias de desecho que ha recogido durante su viaje. En otras palabras, la sangre, que es solamente alimento digerido completamente, lleva la vida en su corriente roja y trae la enfermedad y muerte en la oscura.

Hablando de su propia condición hace unos seis años, cierta señora escribe que su piel se puso gradualmente amarilla y luego de color de azafrán. Juntamente con este experimentaba varios síntomas de enfermedad. Se sentía más ó menos dolor en los costados y dificultad considerable en respirar. Su apetito, antes bueno, empezó á faltarle, y después de comer relativamente poco, la región del estómago se encontraba muy afectada. Había una correspondiente pérdida de energía, tanto de la mente como del cuerpo, y se sentía cansada, lánguida y endeble.

Ahora bien, debemos observar que en caso de fatiga natural ocasionada por el trabajo ó otro esfuerzo, el reposo es un remedio que no falla. El sueño y el descanso renuevan nuestras fuerzas; pero hay una clase de fatiga que el descanso no alivia, y para la cual el ángel del sueño no trae cura en sus alas. ¿Qué vil artimaña es esta?

Añade dicha señora lo siguiente:

«Guardé cama finalmente, y me visitó un médico, el cual dijo que mi hígado estaba afectado, y que yo tenía la ictericia. Me dió medicinas, pero no teniendo éstas ningún buen éxito, me aconsejó fuese al hospital. Como yo me opusiera á esto, dijo que podría probar un cambio de aire y ver lo que este cambio hacía. En visto de esto abandoné mi colocación, y me fui á mi casa en Fairford, en Gloucestershire.

«No hallando mejora alguna con este cambio, consulté otro médico, el cual me asistió algún tiempo, pero mi salud no mejoraba. A pesar de todo lo que hice no me era posible recuperar mis fuerzas, y mi familia creyó me encontraba en estado de decadencia.

«Lo que comía no hubiera podido alimentar á un pájaro, y empecé á desesperar de recuperar jamás mi salud. Luchando entre el sentimiento, el temor y la esperanza, llevé esta existencia hasta Julio 1890, cuando una conocida me recomendó probase el Jarabe de la Madre Seigel. En efecto, quedé impresionada de tal modo de lo que se decía con respecto á esta medicina, que mandé á mi sobrina á una distancia de cuatro millas para que comprase una botella. Después de consumir el contenido me sentí mejor. Parecía que un peso se me había quitado

de sobre el pecho, mi paladar para alimentos volvió, y gradualmente me encontré en todos conceptos más fuerte. Terminaré diciendo que después de haber agotado dos botellas más del Jarabe pude volver á Birmingham completamente curada, y desde entonces no he tenido indicios de mi dolencia. Es solo justo menciono que hoy me encuentro mejor que lo que he estado durante muchos años, y si hubiese conocido antes el Jarabe de la Madre Seigel hubiera podido evitarme un buen por qué de sufrimientos y miserias que me entristecían el recordar.»

La señora á que nos referimos es la señorita doña Sarah Hawkes del «Lion Inn,» Longmore Street, Birmingham, Inglaterra. Ese color amarillo de azafrán de la sangre fué motivado por la falta del hígado en secretar ó retirar la bilis de la sangre. Ha iendo permanecido ésta en la sangre fué conducida á todas partes del cuerpo, y necesariamente se dejaba ver á través de la piel el matiz pálido que menciona.

Sírvanse comprender que la bilis, útil para ayudar y mover los intestinos, es un veneno cuando se encuentra en la sangre. Toda enfermedad biliosa en todas sus formas es un síntoma de indigestión y dispepsia, el origen de la mayoría de nuestros dolores y enfermedades.

No es nada nuevo decir que el buen éxito del Jarabe de la Madre Seigel en reanimar la digestión adormecida, estimular el hígado y purificar así la sangre, le dá preferencia sobre toda otra medicina como cosa de toda confianza cuando el empleo de las drogas ordinarias no ha dado resultado satisfactorio.

La sangre encierra en sí el secreto de la vida, y este remedio conserva ese río color de rubí, claro y limpio.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, estos señores tendrán mucho gusto en remitirle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

BANCO DE ESPAÑA

Los interesados que tengan en depósito en este Banco los valores que se expresan á continuación, pueden presentarse en la caja del mismo, desde el día 13 del corriente, de once de la mañana á tres de la tarde, á percibir los intereses vencidos en 1.º del actual.

Inscripciones de renta perpétua al 4 por 100 interior.

Obligaciones de la Sociedad del tranvía de Estaciones y Mercados al 5 y 6 por 100.

Cédulas Banco Hipotecario al 4 y 5 por 100.

Obligaciones ferrocarril de Córdoba á Málaga.

Idem id. de Alar á Santander.

Idem id. de Asturias, Galicia y León.

Idem id. Norte de España, primera y segunda serie.

Idem id. de Tudela á Bilbao, primera y segunda serie.

Idem id. de Linares á Almería.

Idem id. de la Compañía Trasatlántica.

Idem id. de la nueva Bolsa de Madrid.

Madrid, 12 de Abril de 1892.—El Secretario general, Juan de Morales y Serrano.

BANCO DE ESPAÑA

Debiéndose proceder á la corta de los cupones que vencerán en 1.º de Julio próximo venidero, correspondientes á los valores depositados en este establecimiento, se avisa á los interesados:

1.º Que podrán retirar los cupones en rama, previo pedido, así como avisar que se conserven unidos á los títulos:

Hasta el 8 de Mayo próximo los de Deuda perpétua al 4 por 100 interior.

Hasta el 21 del mismo mes los de Deuda amortizable al 4 por 100.

Hasta el 15 de Junio los de Deuda perpétua al 4 por 100 exterior y billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, y hasta el 18 del expresado Junio los de las demás clases de valores.

2.º Que transcurridos estos plazos, el Banco procederá á la presentación y cobro de los cupones de Deuda interior y amortizable que no hayan sido objeto de pedido ó aviso.

3.º Que no se admitirán en depósito los valores que contengan el indicado cupón de 1.º de Julio.

Desde el día 4 de Mayo los de Deuda perpétua al 4 por 100 interior.

Desde el día 22 del mismo los de Deuda amortizable al 4 por 100.

Desde el 16 de Junio los de Deuda perpétua al 4 por 100 exterior y billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, y desde el 19 del expresado mes de Junio los de las demás clases de valores.

4.º Que el Banco admitirá desde luego á descuento, á razón del tipo que rija, los cupones de 1.º de Julio próximo de la Deuda perpétua interior y de la amortizable al 4 por 100, estén ó no depositados.

5.º Que el mínimum de percepción por los descuentos será quince céntimos de peseta por cada factura.

6.º Que los cupones del vencimiento de primero de Julio próximo de la Deuda perpétua exterior y de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba se admitirán en negociación desde este día, estén ó no depositados, con la bonificación que diariamente se fijará en las oficinas del Banco.

7.º Que para el descuento ó la negociación de los cupones depositados bastará la presentación del resguardo de depósito respectivo.

Madrid 21 de Abril de 1892.—El Secretario general, Juan de Morales y Serrano.

Correspondencia con los señores suscriptores.

Coria.—E. E.—Recibida libranza.
Burgos.—G. L. M.—Idem id.
Olot.—P. B.—Idem id.
Aranda de Duero.—F. de la M.—Idem id.
Burgos.—F. B.—Idem id.
Totana.—R. R.—Idem id.
Segorbe.—C. S.—Idem id.
Alesanco.—A. U.—Idem id.
Santander.—R. de la V.—Idem id.
Alicante.—A. S. A.—Idem id.
Torrijo del Campo.—J. R.—Idem id.
Salamanca.—R. B. de C.—Idem id.
Pamplona.—R. B.—Idem id.
Vitoria.—Ilmo. Sr. Obispo.—Idem id.
Alcov.—C. V.—Idem id.
San Fernando.—J. de E.—Idem id.

EXIGIR EL TITULO Y EL NOMBRE

Todo jabón calificado de Congo que no lleva el nombre de VICTOR VAISSIER, el célebre perfumista parisién, no es el VERDADERO Jabón de los Príncipes del Congo, porque este fino jabón de tocador tan recomendado por la excelencia de su perfume va siempre revestido del nombre de su inventor VICTOR VAISSIER.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis. Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Bousseau, París

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 1
1892

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
 DE
ZOZAYA, (Editor).
 PROVEEDOR DE LA REAL CASA
 Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34
 Especialidad en música religiosa
 Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles
 y extranjeros.
 OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23
 RELOJES
 DE PRECISIÓN Y CONFIANZA
JORGE G. GIROD
 Sucesor de Losada.

PERUJO-ANGULO
 DICCIONARIO
 DE
CIENCIAS ECLESIASTICAS
 El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes
 casi folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.—
 TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA
 OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana,
 hermanos, editores.—Barcelona.



Establecimiento de la Casa real de Baviera
 para Vidrieras de Colores
F. X. Zettler, Munich, Baviera

Se recomienda por la ejecución de pinturas
 sobre vidrio de todos géneros y estilo.
 Entre otros muchos trabajos se han hecho
 en España:

Siete ventanas para la Catedral de
 Burgo (en la principal pintada la Asun-
 ción de la Santísima Virgen), en la Ca-
 tedral de Oviedo, en las iglesias de los
 P. P. Jesuitas de Santander, Bilbao, en
 Osuna, Barcelona, Madrid, etc.

Premiado con Medalla de oro en la Exposición
 de Barcelona, además 10 Medallas, 9 Orden.

Dibujos y presupuestos de gastos á disposici-
 ón de los solicitantes. Precios módicos.

Entre los trabajos salidos recientemente de los talleres
 de este Instituto, se encuentran dos grandes pinturas sobre
 vidrios destinados á reemplazar en la caja de la escalera
 del Papa en el Vaticano, las ventanas, con las figuras colo-
 sales de los Santos Pedro y Pablo, recientemente destrui-
 das por la explosión de pólvora á Roma.
 Su Santidad el Papa León XIII confió á dicho Instituto la
 reposición de estas ventanas.

FÁBRICA DE GUANTES
J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes, novedad en piel caballo, Rusia, cabrito, cor-
 dero, Suecia, gamuza y lana.
 Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

ESPECIALIDAD EN GUANTES Á LA MEDIDA
7, Fuencarral, 7

ES DIGNA DE SER VISITADA LA NOTABLE
EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS
 Y
CORONAS.

DE
G. KUHN SEIS SALONES CRUZ. 42
 Fiecos principales.

Sección 1.^a—Flores para vestir. 2.^a—Ornato de salón.—
 3.^a Flor para iglesia.—4.^a Flor para cementerio.—5.^a Mate-
 rial para flores.—6.^a Plumaz y azabache para sombreros.

Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos
 de altar,—y modelos de cristalería, mayolica y mimbre de
 alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

LOS QUE TENGAN TOS
 va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS**
 DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la qui-
 tarán pronto, por fuerte ó incómoda que sea.
 Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar
 la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
 sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de
 muelas, usen el **ELIXIR** y **POLVOS MENTHOLINA**
 que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca
 también la boca y aromatiza el aliento. —
 Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

SEÑORAS
 La perfumería
THOMAS
 es la que vende la perfumería fina á precios reducidos.

La perfumería
THOMAS
 es la que vende los perfumes sueltos para el pañuelo á 5 reales
 onza; el **Heliotropo blanco**, perfume fino, delicado y muy
 permanente, á 6 reales.

La perfumería
THOMAS
 es la que presenta en sus anaqueles un millón de caprichosos
 objetos con perfumes ó sin ellos, para regalitos de poco precio.

La perfumería
THOMAS
 está situada en la calle **MAYOR, 39**. Fijarse bien en las señas:
 número 36, entre las calles de Coloreros y Bordadores.
 Los precios son fijos, marcados en los objetos.—Prohibido el
 regatear.

SEÑORAS
 Si queréis Sombreros elegantes y más baratos
 que en parte alguna, ver la gran colección de esta
 casa. Precioso surtido de tocas y sombreros redon-
 dos de mañana á 70 y 80 reales. Para vestir, ele-
 gantes modelos de capotas y sombreros desde 6 du-
 rs. Precios fijos.
Mad. Pernette, BARQUILLO, 27



ÉPOCA 6.ª—AÑO XVII.—TOMO XV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	1,50 pta.
Tres meses.....	4 "
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 "

NÚMERO 9.—Madrid 15 de Mayo de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 francos.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 "

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—La Pasión de Jesucristo, por el P. Miguel Mir.—Nuestro arte religioso, por José Ferrándiz.—Perspectivas de viaje, por Francisco Aguilar y Rosca.—La primavera en Valencia, por Angel Salcedo Ruiz.—Reclamos.—Anuncios.

GRABADOS

El Papa Sixto V bendiciendo al pueblo.—Peligros de una cacería.—Ventas de Alcoacán.—A la lista.—Regreso á la aldea.—Tipo aragonés.

LA QUINCENA

PASÓ el 1.º de Mayo sin que tuvieran cumplimiento los desagradables anuncios que se venían haciendo en todos los tonos acerca de espeluznantes y terribles cosas que habían de verificarse en dicha fatídica fecha. Los obreros españoles dieron espléndida muestra de su cordura y sensatez. Las calles y las plazas de Madrid ofrecieron, durante todo el día, su ordinario aspecto, si se exceptúan las inmediaciones del Jardín del Retiro, donde había de celebrarse el anunciado *meeting*. Este se verificó, en efecto, con una asistencia de cinco á seis mil personas; en las puertas de entrada varios hombres vendían LAZOS rojos, que compraban los *compañeros* para colocárselos en el ojal de la americana ó de la blusa; en dichos lazos campeaba la siguiente inscripción: *1.º de Mayo.—Jornada legal de ocho horas*; también se vendían retratos de Carlos Marx, Engels, Guesde, Babal, Singer y otros socialistas extranjeros, números extraordinarios de *El Socialista* y de *La Anarquía* y otros cartelitos que los *compañeros* fijaban con un alfiler en su traje.

Abierta luego la sesión, hablaron representantes de los gremios de albañiles y zapateros, delegados de las diversas agrupaciones socialistas y el médico Vera; y con el imprescindible y consabido discurso del *compañero* Iglesias acabaron el *meeting* y la titulada fiesta del trabajo.

Las personas timoratas que no dormían ni descansaban hacía medio mes, respiraron libremente, y aprovechando lo hermoso del día, se



EL PAPA SIXTO V BENDICIENDO AL PUEBLO

marcharon de paseo, ó tomaron por asalto las mesas de los cafés, donde hablaron largo y tendido de los disparates anarquistas; asombrándose de que al cabo hubiera transcurrido sin desagradables sorpresas día que se anunciaba tan terrible y preñado de tan fieras amenazas. La sensatez de los obreros ha sido puesta por las nubes, porque no han linchado á ningún burgués ni volado ningún inmueble. La verdad es que si de todo este conjunto de cosas, que hemos convenido en llamar movimiento socialista, se descartaran, como ha asegurado un periódico, el miedo burgués y la propaganda periodística, quedaría reducido el asunto á la locura de algunos exaltados, que resultarían impotentes ante la indiferencia de la mayoría. Los verdaderos obreros están convencidos, ó acabarán por convencerse, de lo absurdo de ciertas predicaciones y de la imposibilidad de que lleguen á realizarse cosas que no pasan de la categoría de utopías más ó menos bellas y deslumbradoras. Si los Gobiernos entendieran la justicia que palpita en algunas peticiones de los obreros, y decididos á mejorar hasta donde fuera posible la situación de éstos, pusieran manos á la obra con decisión y entereza; si las clases elevadas, comprendiendo de una vez sus verdaderos intereses, ayudaran á los Gobiernos, y todos se convencieran de que sólo la Religión posee el secreto para curar estos males tan hondos, el movimiento socialista no pasaría quizás adelante, y el mundo moderno vería disiparse esa negrísima nube que amenaza llover piedra y fuego sobre nuestras cabezas y dar al traste con todos los esplendores y maravillas de la civilización.

.

En la vecina República aparece, más que en otras naciones, sombrío el porvenir de la sociedad; porque lo ocurrido en el juicio de Ravachol y sus cómplices, ha venido á demostrar la profunda disolución del Estado francés. La opinión pública empieza á mostrarse severa ante la conducta del Gobierno, que se ha abandonado en manos del anarquismo; y cuando la sociedad teme y todo los hombres son esclavos del miedo y del terror, entonces es cuando son posibles los más fieros desmanes. Poco antes de 1848 decía Lamartine: «Francia está conmovida». Hoy está desasosegada é inquieta; y Francia, excitada y nerviosa, es capaz de atreverse á todo.

¿Qué sucederá en Francia? Difícil es pronosticarlo; quizás sobrevenga una confusión más grande, más grande todavía; acaso la misma gravedad de los acontecimientos engendre un Gobierno fuerte y á la altura de las circunstancias. Pero de todos modos, lo que no puede negarse es la sabiduría de la política pontificia y la oportunidad de la Encíclica dirigida por León XIII á la nación francesa.

León XIII no será solamente el gran Papa amante de la paz y el hombre de las vigorosas iniciativas, sino el gran salvador de la nación francesa. Necesario y forzoso es infundir, cueste lo que cueste, nueva sangre al Estado francés. Cualquiera otra solución fuera incompleta é insuficiente.

Prolongar las bases del Estado republicano, limpiar el edificio, haciéndole más higiénico, convertirle en instrumento de concentración y de asimilación, en vez de hacer de él un sistema de dominación sectaria, corregir, organizar, sanear la democracia, este hecho triunfante del día: he aquí la única combinación posible y necesaria.

Sin el Papa no puede realizarse esto, y con el Papa es fácil llevarlo á cumplimiento.

Cuando vuelva Francia de su primera sorpresa, comprenderá que desde lo alto del sagrado monte, León XIII ha dominado mejor que todos sus políticos el conjunto y la armonía de los intereses del país.

Situado lejos del movimiento de las pasiones, ve el Papa las cosas en su justa medida. Todos los franceses de buena fe y de cierta independencia de alma y de carácter lo reconocen. Cuando se camina por el llano, parece como que aplasta el horizonte y se estrella y agobia el espíritu. Pero la vista percibe desde las alturas todos los lejanos peligros y todas las causas que pueden producir alegrías y esperanzas.

.

Ya que hablamos del Soberano Pontífice, no queremos privar á nuestros lectores de los detalles que ha publicado un periódico acerca de la salud de León XIII.

Por más que el Papa, llevado de su espíritu tolerante, ha relovado á los católicos de la obligación del ayuno cuadragésimo, no se ha aprovechado, á pesar de sus ochenta y dos años, del favor concedido á los fieles.

En tiempo de Semana Santa se ha levantado, como siempre, á las cuatro, y ha dicho cada mañana de Cuaresma la misa á las seis. Antes de subir al altar, un capuchino predicador del Vaticano comenta en latín cada versículo del Evangelio de la Pasión, según San Juan. León XIII, ayudado de dos Prelados, se arrodilla después en la primera grada del altar.

Después revisten los Cardenales al Papa de la casulla violeta, y comienza la misa.

La misa es muy larga; dura tres cuartos de hora. León XIII pronuncia lentamente las sagradas palabras.

En seguida celébrase por un Cardenal una segunda misa, llamada de acción de gracias. El Papa, á pesar de su fatiga, permanece arrodillado sobre un reclinatorio forrado de terciopelo blanco, desde el Ofertorio hasta la Comunión.

Su Santidad entra en seguida en sus habitaciones particulares.

Casi todos los días, antes del trabajo, toma una taza de caldo; pero en Cuaresma su desayuno consiste en chocolate con agua y una onza de pan.

Al medio día almuerza. A las tres de la tarde va á la capilla, donde hace sus estaciones, meditando un cuarto de hora en cada una de ellas.

Un Prelado lleva un reclinatorio, que va colocando sucesivamente enfrente de cada cuadro del *Via crucis*.

Cuando sube al altar mayor, un Cardenal le presenta el Crucifijo que contiene un pedazo de la verdadera Cruz.

El Cardenal dice en alta voz: *Ecce lignum crucis*. Y el Papa contesta abrazando la Cruz: *sobre la cual fué clavado Cristo para salvar al mundo*.

En Cuaresma, León XIII hace una ligera colación á las cinco y media. Se compone de una ensalada y de una taza de leche, en la cual echa trozos de pan seco.

A las siete va á la capilla, donde reza el Rosario, y oye los viernes y domingos el sermón llamado *Cuaresma del Papa*. Este sermón es predicado por un Capuchino.

El Papa, antes de abandonar la capilla, aproximase al Tabernáculo, se arrodilla, y tomando

el copón, saca una hostia y traza sobre su frente el signo de la Cruz.

El médico de León XIII ha puesto empeño en que el Papa siga con menos austeridad su Cuaresma.

—Mi querido amigo—le contestó Su Santidad.—casi todos los católicos han tenido la *influenza*, y deben cuidarse; pero yo no he tenido la *influenza*...

—Pero, Santísimo Padre, teneis ochenta y dos años.

—Es una *influenza* como otra cualquiera; pero usted es impotente para curarla.

.

En Madrid no se levantarán grandes edificios industriales, ni una Universidad digna de la capital del reino; las escuelas municipales estarán alojadas en miserables casuchas y las obras de la Catedral no adelantarán un paso; pero en cambio cada día se alzan nuevas construcciones destinadas á divertir á las gentes. Madrid posee ya en la Cuesta de Areneros un magnífico edificio dedicado á juego de pelota; el nuevo *sport* que ha venido á sustituir al antiguo de las corridas de toros, y al más moderno de las carreras de caballos.

Hace pocos años la diversión del juego de pelota estaba circunscrita en Madrid á la colonia de los vascongados y otros aficionados, relativamente escasos, de otras provincias. Algunos corrales de las afueras eran sus asilos. Conservaba en cambio sus primitivos simpáticos caracteres de diversión libre, de juego de agilidad y de fuerza; no se pagaba la entrada en los sencillos frontones, más ó menos improvisados, que existían en Chamberí y en las Peñuelas, y no se conocía la clase de *pelotaris* asalariados.

El juego de pelota, bueno en sí mismo como ejercicio gimnástico y de agilidad, y muy propio de razas varoniles, como la vascongada, empezó á corromperse en Buenos Aires, donde algunos de esos husmeadores de malos negocios dieron en la flor de alquilar *pelotaris* á precios subidos, y hé aquí cómo aquellos ejercicios sencillos y patriarcales empezaron á convertirse en un medio de ganarse la vida. El juego de pelota, colocado de este modo en el resbaladero, continuó descendiendo, hasta convertirse en el inmoral espectáculo que hoy presencia Madrid dos veces por semana. Ni á *Jai Alai*, ni á *Fiesta Alegre* (dos nombres que significan lo mismo) se va á jugar á la pelota, ni aun á ver jugar. Se asiste como á la sala del infierno en un Casino; á ganar y á perder dinero. El frontón es un garito al aire libre, con tendidos y palcos como una plaza de toros. Y observemos de paso que la fiesta de toros no ha degenerado nunca tanto; será bárbara, repulsiva, todo lo que se quiera; pero á nadie se le ha ocurrido jamás apostar al éxito de ninguna suerte. Cuando un torero es cogido por la fiera, le acompaña una universal simpatía. Ningún espectador gana nada con aquella desgracia. En cambio, cuando se desnuda un jockey ó cuando á un *pelotari* se le descoyunta la mano, son muchos los que hacen un buen negocio.

.

Tenemos una gran satisfacción en consignar que las producciones del R. P. Coloma, el insigne autor de *Pequeñeces*, continúan siendo disputadas por la prensa de todos los países. La revista inglesa *The Mouth* ha publicado últimamente todos los cuentos y novelas del P. Colo-

ma; en Viena se acaba de traducir al alemán *Pequeñeces*, siendo dedicada la obra á S. M. la Reina Regente; en Francia hay varias traducciones, y hasta en polaco hay una del cuento «Juan Miseria», en un libro elegantemente impreso.

Cuanto se diga de lo populares y leídas que son en América las obras del P. Coloma, es poco. Revistas y periódicos reproducen sus cuentos y novelas cortas, con gran satisfacción de sus lectores.

Todo esto constituye un espléndido triunfo para el P. Coloma, y para la insigne Orden á que pertenece. Todavía, y gracias á algunos escritores oscurantistas, como decíamos al dar cuenta de la aparición de un libro del insigne Menéndez Pelayo, es respetado en el mundo culto y civilizado el nombre de nuestra patria.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

El Papa Sixto V bendiciendo al pueblo.—(Pág. 129).

Sabiendo es que una de las más esplendorosas ceremonias que se verificaban en la capital del orbe católico era la bendición *urbí et orbí* dada al pueblo por el Soberano Pontífice. El grabado que ofrecemos hoy á nuestros lectores representa al Papa Sixto V en el momento de proceder á aquella augusta ceremonia.

Este gran Papa fué, como es sabido, hijo de un pastor, y él mismo apacentó los ganados paternos en las campiñas de Albano hasta el año 1537, en que profesó en la Orden Franciscana. Fué Profesor de Derecho canónico, Inquisidor general en Venecia, Procurador general de su Orden, Consultor del Santo Oficio, Vicario general de los franciscanos en 1566, Cardenal en 1568, Arzobispo de Fermo; llegando, por último, á ocupar la silla pontificia. Sucedió en el gobierno de la Iglesia á Gregorio XIII. Desplegó una inmensa capacidad administrativa y política; hermoseó la ciudad de Roma con magníficos monumentos; limpió los Estados de la Iglesia de los ladrones que los infestaban; defendió activamente á la Liga contra las pretensiones del rey de Nápoles; y á pesar de haber llevado á cabo tan grandes empresas, dejó, al morir, en el Tesoro Pontificio un capital de 5.000.000 de escudos de oro.

Su nombre es uno de los más ilustres entre tantos como abrilantan la gloriosa historia del Pontificado.

Polleros de una cacería.—(Pág. 132).

Representa nuestro grabado una cacería en las grandes sabanas ó praderas del Oeste, en los Estados Unidos. En estas sabanas se desarrolla, hasta perderse de vista un oceano de verdura, y crecen en ellas árboles gigantes que constituyen verdaderos bosques, casi impenetrables. La imponente magnificencia de estos bosques y la silvestre exhuberancia de los pantanos, cautivan los sentidos por el encanto de la forma, el aroma y el color. Allí crecen el palativiero, el magnífico *lobelia cardinalis* y el odorífero *pancratium* de la Carolina, cuyas flores son blancas como la nieve, y otra multitud de árboles, verdaderos gigantes del mundo vegetal. El cedro blanco es, entre todos los árboles de los bosques americanos, el que ofrece más singular aspecto; el tronco, al salir de la tierra, se compone de cuatro ó cinco enormes raíces, que reuniéndose á la altura de unos dos

metros, forman una especie de bóveda, de donde parte una columna recta de más de seis metros, sin rama alguna, pero que termina en un capitel plano, en forma de quitasol, guarnecido de hojas, agradablemente recortadas y del más hermoso color verde esmeralda. Las grullas y las águilas fijan sus nidos en estas plataformas aéreas, y los papagayos que revolotean incesantemente por las cercanías son atraídos por las semillas aceitosas encerradas en pequeños receptáculos suspendidos de las ramas. En los laberintos naturales que forman estas selvas, el viajero ó el cazador descubren algunas veces pequeños lagos y reducidos claros, que forman los más deliciosos retiros, desgraciadamente inhabitables, por el aire mal sano que reina en ellos durante el otoño. Se camina bajo una bóveda de zarzaparrillas y vides silvestres, entre las fareolas y las lianas rastreras que sujetan los pies en una malla de flores y raíces; pero el suelo tiembla; los incómodos insectos revolotean á nuestro alrededor; el enorme murciélago de la especie *vexpertilio* extiende sus asquerosas membranas; la serpiente de cascabel agita los anillos de su resonante piel; y el lobo, el tigre, el bisonte y el gato montés, pueblan el aire con sus aullidos discordantes y sus salvajes bramidos.

Calcúlese, pues, lo que será una cacería en tales sitios y en semejantes condiciones; pero los yankees se entregan á tales fiestas cinegéticas con temerario placer, y no pocos encuentran impensadamente su tumba en las misteriosas profundidades de la selva.

Ventas de Alcorcón.—(Pág. 133).

Alcorcón es un pueblecito de 100 vecinos situado á dos leguas de Madrid y á una Getafe, en una pequeña eminencia inmediata á la carretera que de Madrid conduce á Extremadura. Su terreno, como todos los que rodean á la capital, se compone de pequeñas cuevas y lomas, que por esta razón dificultan la vista de los lugares circunvecinos; es de varia calidad, y se siembra por lo regular, de trigo y cebada; hay algunas viñas y pocos árboles, á pesar de que el terreno es apropiado para ello; y esta monotonía, unida al aspecto de las peñas de yeso y á la falta de agua, hacen de Alcorcón, como de casi todos los pueblos que rodean á Madrid, un lugar destemplado y tristísimo, nada apropiado para ser, como los pueblecitos circunvecinos de otras capitales, sitio de recreo, donde descansar un momento de la agitación y bullicio de la vida diaria, entre árboles, flores y prados de verdor. La industria de la alfarería, en su más primitiva expresión, constituye la única riqueza de este pueblo y el trabajo á que se dedican casi todos sus moradores; y á pesar de la tosquedad de su fabricación no deja de producir á estos regulares ganancias.

El grabado que ofrecemos hoy á nuestros lectores dará á éstos una idea aproximada de la pobreza y ruindad de las renombradas ventas de Alcorcón.

A la lista.—(Pág. 136).

Precioso cuadro de la escuela inglesa que ha sabido, como ninguna otra, trasladar al lienzo las escenas de la realidad. Los hijos é hijas de los obreros de una fábrica acuden á la escuela fundada en la misma, y el viejo preceptor, que quizás sea el mismo dueño de la fábrica, les pasa lista antes de empezar las clases.

El asunto está trazado con una naturalidad encantadora. Por la ventana se divisa el amplio horizonte, el cielo gris, y el brumoso ambiente,

en el que vomitan torrentes de humo las altas chimeneas.

Regreso á la aldea.—(Pág. 137).

¡Qué cuadro tan hermoso y henchido de dulce melancolía! Ya han terminado las diarias faenas, y la noche comienza á extender su manto sobre el paisaje, débilmente iluminado todavía por los últimos resplandores del crepúsculo. El ganado, ya recogido en los rediles, duerme bajo la vigilante custodia de los perros, y el zagalillo regresa á la aldea conduciendo á cuevas al pobre cordero, que acaso se ha perniquebrado al saltar de una en otra por las rocas de una áspera ladera.

La escena es encantadora, y los ojos no aciertan á separarse de ella. Alma de verdadero poeta es, sin duda, la del artista que ha sabido concebirla y ejecutarla.

Tipo aragonés.—(Pág. 141).

El carácter del hijo de Aragón puede asegurarse que continúa el mismo en el fondo, y que no han sido parte á cambiarlo las vicisitudes de los tiempos. Mezcla singular y esplendorosa de heroicas virtudes, los hijos de la noble tierra aragonesa, que, según expresión del poeta

«cansaron á la muerte en sus empresas»,

llevadas á cabo en tantos y tan distintos países, sostienen todavía muy alto el prestigio de su glorioso abolengo.

Fuertes de constitución, robustos, tenaces y tercos en sus propósitos; sencillos, sóbrios, sinceros y honrados á carta cabal, puede asegurarse que ellos son, entre todos los españoles de ahora, los que más legítimamente pueden enorgullecerse de ser fiel reflejo de sus heroicos abuelos.

Con tales condiciones de carácter, unidas á la fe vigorosa en la palabra, á la energía que despliegan enfrente de sus contradictores y enemigos, y á la altivez con que escuchan cualquier amenaza, se explican fácilmente las hazañas verdaderamente sobrehumanas de aquellas legendarias expediciones á Turquía y Grecia; los alardes de arrogancia con que negaron á D. Alfonso III el título de rey hasta tanto que prestara juramento de guardar los fueros, privilegios y franquicias del reino, y la entereza con que defendieron esas mismas franquicias y libertades, sólo vencidas y borradas por el advenimiento del absolutismo al trono de España.

Y por si algo faltara para sellar el arranque y el patriotismo de esa raza, bastarían para ello los dos memorables sitios de Zaragoza, contra las huestes del gran guerrero del siglo; sitios gloriosos en los cuales los aragoneses solo se dieron por vencidos cuando dieciséis mil hombres habían hecho de la ciudad un montón de ruinas; cuando cincuenta y cuatro mil hombres, más de la mitad de sus habitantes, habían encontrado una muerte heroica en la pelea; cuando las epidemias llenaban los hospitales, y los cadáveres en putrefacción, amontonados en las calles, envenenaban la atmósfera; cuando los escasos defensores que habían resistido á los horrores del combate y al azote de la peste habían luchado con encarnizamiento, disputando el terreno palmo á palmo en las calles y en los parapetos, allí donde había un francés á quien combatir, y allí donde era preciso derramar la última gota de sangre por la patria.

Hoy ofrecemos á nuestros lectores un grabado con la figura de uno de tantos honrados aragoneses.

Seguramente no hay, entre los diversos tipos españoles, otro más popular y simpático, con su calzón corto de pana ó de paño negro, abierto por la rodilla, y adornado con una hilera de botoncillos; largas medias blancas ó azules; la tradicional alpargata; su pañuelo y su faja roja ó morada; y apoyado en el nudoso tronco, que se convierte, en sus manos, cuando llega la ocasión, en arma formidable.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (segunda quincena de Mayo.)

16 Lunes.—Santos Peregrino y Auda, obispos y mártires; Juan Nepomuceno, presbítero y mártir; Félix y Genadio, mártires; Ubaldo, Honorato, Posidio y Dómmolo, obispos; Simón Stok y Fidolo, confesores; Brándano, abad, y el beato Gil, dominico.—Santa Máxima, vírgen, Nuestra Señora de Soer en Tiurana.

17 Martes.—Santos Pablo, Heraclio, Aquilino, Torpetes, Adrión y Víctor, mártires, y Pascual Bailón, confesor.—Santas Restituta, vírgen y mártir; Basila, mártir; Claudia, vírgen, y Nuestra Señora del Pueblo en Barbastro.

18 Miércoles.—Santos Félix y Potamió, obispos y mártires; Venancio, Diósuro, Teodoto y Erico, mártires; Félix de Cantalicio y Juan Gilabert, confesores, y Nuestra Señora del Espino en Osma.

19 Jueves.—Santos Juan de Cetina, Pedro Dueñas, Prudente, Partenio y Filotero, mártires, y Pedro Celestino, Papa y confesor.—Santa Pudencia, vírgen, y Nuestra Señora de los Angeles en el Obispado de Gerona.

20 Viernes.—Santos Baudilio, Asterio, Alejandro y Aquila, mártires; Anastasio, Austregisilo y Teodoro, obispos, y Bernardino de Sena, confesor.—Santas Basila, vírgen y mártir; Plautila, y Nuestra Señora de Castejón en la Rioja.

21 Sábado.—Santos Valente, obispo y mártir; Secundino, mártir; Hospicio y Segundo, presbíteros y confesores.—Santas Victoria, María de Cervellón, llamada de Socors, vírgenes, y Nuestra Señora del Cristal en Galicia.

22 † Domingo V después de Pascua.—Santos In-

dalecio, obispo y mártir; Timoteo, Basílico, Faustino, Venusto, Casto y Emilio, mártires; Marciano, obispo y confesor; Julio y Antón, confesores, y Román, abad.—Santas Quiteria y Julita, vírgenes y mártires; Elena, vírgen; Rita de Casia, viuda, y Nuestra Señora de las Lágrimas en Trivio.

23 Lunes.—La Aparición de Santiago el Mayor, apóstol.—Santos Desiderio y Epitacio, obispos y mártires; Basileo, Quinciano, Lucio y Julián, mártires; Miguel, Mercurial y Eufobio, obispos; Eutiquio y Florencio, monjes.—Santas Humiliana, vírgen, y Nuestra Señora de Busieres en Nancy.—*Letanias.—Indulgencia plenaria.*

24 Martes.—La fiesta de la B. V. María con el título *Auxilio de los Cristianos*; Santos Eufrasio, obispo y mártir; Robustiano, Juan de Prado, Rogaciano, Zoello, Donaciano, Servilio y Diocles, mártires, y Vicente, confesor.—Santas Afra, Marciana, Susana y Paladia, mártires, y Nuestra Señora de Gildo en Polonia.—*Letanias.—Indulgencia plenaria, como el día anterior.*

25 Miércoles.—Santos Urbano, Papa y mártir; Valentín y Pasícates, mártires; Gregorio VII y Bonifacio IV, Papas y cfs.; Dionisio y Aldemo, obispos, y Nuestra Señora de Gracia en Caudete.



PELIGROS DE UNA CACERÍA

—*Letanias.—Indulgencia plenaria como el día 23.*

26 † Jueves.—*La Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo á los cielos.*—Santos Eleuterio, Papa y mártir; Zacarías, obispo y mártir; Felipe Neri, confesor y fundador, y la invención del cuerpo de San Ildefonso, arzobispo de Toledo.—Santas Fina y Emerenciana, vírgenes y mártires, y Nuestra Señora de los Llanos en la Alcarria.—*Indulgencia plenaria, como el día 23.*

27 Viernes.—Santos Juan I, Papa y mártir; Julio y Ranulfo, mártires; Eutropio, obispo, y el venerable Beda, presbítero.—Santas Restituta, vírgen y mártir; María Magdalena de Pazzis, y Valdesca, vírgenes, y Nuestra Señora de la Estrella en Sevilla.

28 Sábado.—Santos Emilio, mártir; Justo, Germán, Senador, Podio, Príamo y Agustín, apóstol de Inglaterra, obispos.—Santa Elconida, mártir, y Nuestra Señora de la Ermita en Galicia.

29 † Domingo IV después de Pascua.—*Infraoctava de la Ascensión.*—Santos Restituto, mártir; Máximo y Maximiano, obispos; Voto y Félix, cfs.—Santa Teodosia, mártir; y la *Santísima Leche* y otras reliquias de la B. V. María en Venecia.

30 Lunes.—Santos Félix, Papa y mártir; Gabino, Crispulo, Sico y Palatino, mártires; Anastasio, obispo; Fernando III, rey de España, confesor, y Basi-

lio.—Santa Emelia, y Nuestra Señora de los Ojos grandes en Lugo.

31 Martes.—*La fiesta de la B. V. María, Reina de todos los Santos y Madre del Amor Hermoso.*—Santos Crescenciano, Hermtas y Cancio, mártires; Santas Cuncianila, mártir; Angela de Merici y Petronila, vírgenes, y Nuestra Señora de Nicopeya en Constantinopla.

••

Para ganar las Indulgencias Plenarias, concedidas en los días 23 y 25, no se requieren más diligencias que visitar en estado de gracia cinco Iglesias ó altares, ó si no los hubiere, un altar cinco veces, haciendo en cada uno de ellos oración por la exaltación de la Santa Madre Iglesia, extirpación de las heregias, propagación de la fé católica, y por la paz y concordia de los Príncipes cristianos. Esta oración podrá hacerse en aquellos términos que á cada uno le dicte su devoción, ó bastará rezar, por ejemplo, ante cada altar cinco veces, ó por lo menos tres, la oración del *Padre Nuestro, Dios te salve María, y Gloria*; pero siempre con la intención y fin indicados.

••

El día 26 se celebra la solemne fiesta de la Ascensión del Señor. Esta fiesta es de origen apostólico, y en los primeros tiempos de la Iglesia celebrábase ya la procesión que aun se celebra hoy. Esta fiesta es el complemento de todas las solemnidades de Nuestro Señor y señala el feliz término de su peregrinación por la tierra. *Consumatio et adimpletio est reliquarum solemnitatum, et felix clausula totius itinerarii Filii Dei,* dice San Bernardo en una de sus Homilias sobre esta festividad.

La Iglesia militante se une á la triunfante en este glorioso día para celebrar la victoria de su Divino fundador. El oficio de la Ascensión respira todo el más viva alegría, y va acompañado de una procesión particular destinada á representar el tránsito de los Apóstoles de Jerusalén á Bethania y de allí al monte Olivete para presenciar la subida de Nuestro Señor al cielo; y luego su regreso á Jerusalén para prepararse en el retiro á recibir al Espíritu Santo. Por eso esta procesión se verificará á la hora de Tercia, es decir, sobre las nueve de la mañana, porque á esta hora fué cuando el Salvador subió á la santa montaña en compañía de sus discípulos.

La fiesta de la Ascensión guarda perfecta armonía con la estación en que se celebra. Millares de pájaros salen de los nidos y elevan su primer vuelo



VENTAS DE ALCORCÓN

hacia los cielos; las plantas levantan sus tiernos tallos á lo alto; los árboles elevan hacia arriba sus nuevos ramos cuajados de flores; *sursum corda*, parece que nos grita toda la naturaleza. San Agustín descubre aún otra armonía entre la fiesta de este día y la estación en que se celebra. «Dios, autor de la naturaleza y de la gracia, dice aquel gran Doctor, quiere establecer alguna relación entre los misterios de su Hijo y las estaciones del año. El Redentor viene al mundo cuando los días son más cortos y empiezan á alargarse, para significar que encuentra al mundo en medio de las tinieblas y que él viene á traerle la luz. Muere y resucita durante el plenilunio; entonces la luna que con sus mutaciones nos representa la inestabilidad de las cosas terrenas, está del todo oscurecida por la parte que mira al cielo, y brilla con toda su luz por la parte vuelta hacia la tierra; pero luego empieza á apartarse de la tierra y á aproximarse al sol, para volver toda su cara luminosa á la parte del cielo.

Este espectáculo está en perfecta armonía con la muerte y la resurrección del Salvador, en virtud de las cuales nos elevamos hacia el cielo y hacia el sol de Justicia, cuando nos habíamos inclinado hacia la tierra. El hijo de Dios subió al cielo y envió el divino fuego de su Espíritu Santo en aquella época del año en que el sol está en su apogeo, es decir, en la mayor elevación y á su mayor distancia de la tierra; nueva armonía que nos recuerda que Jesucristo, después de haberse elevado de la tierra, derramó sobre el mundo las más ardientes llamas de

su Caridad.» Admirables relaciones, cuya realidad advierte todo entendimiento reflexivo.



El día 30 se celebra la fiesta de nuestro gran rey San Fernando; y el día 16 recuerda la Iglesia á San Simón Stok, cuya historia se halla tan íntimamente ligada con la historia del Carmelo y con la devoción del Santo Escapulario del Carmen.

J. F.

CAPITULO II

*Se encurulece la persecución y fórmase concilio
contra Jesús*

(Continuación.)

En aquella soledad estaba acompañado de sus discípulos y rodeado de pobres y enfermos en los cuales derramaba los tesoros de su caridad, cuando le llegó un recado de Marta y María, hermanas de Lázaro, su amigo en Betania, anunciándole cómo este había adolecido de grave enfermedad. Conmovido Jesús íntimamente por la triste nueva, resolvió ir á Jerusalén, á pesar de disuadirle sus discípulos de

aquel viaje, en razón de los peligros que temían de parte de los judíos. Mas poco antes de llegar á Betania, supo que su amigo era ya muerto y enterrado hacía cuatro días, y que con tal motivo estaban sus hermanas sumidas en el mayor desconsuelo. Enterneciéndose el corazón de Jesús por tan incomparable desgracia, no sólo de la familia de Lázaro, sino también de toda la villa de Betania, donde era el difunto muy estimado, y determinó de aliviarse por extraordinaria manera. Así antes de entrar en la casa del difunto hizo que le llevasen á la sepultura de éste, y allí en presencia de los circunstantes, después de derramar copiosas lágrimas man festadoras del tierno cariño que profesaba á su amigo, mandó quitar la piedra que cubría el cadáver y puesto en devota actitud, alzados los ojos al cielo y extendidas entrambas manos, dijo. «Padre, gracias te hago porque me oíste; bien sé que siempre me oyes; pero digo esto por los que están aquí presentes para que crean que me enviaste». Y dicha esta oración, manda en alta voz á Lázaro que salga fuera; y á la voz de Jesús los miembros yertos se reaniman y el muerto de cuatro días recobra la vida, y con admiración y espanto de los circunstantes, sale fuera del sepulcro atado con sus mortajas y envuelto el rostro con el sudario.

Este milagro de la resurrección de Lázaro, fué el milagro de la amistad y del agradecimiento; aquel en que el corazón de Jesús se manifestó en sus más hermosas cualidades, y en las íntimas inquietudes y emociones del más puro amor; aquel, en fin,

en que apareció el divino poder depositado en la persona de Cristo en todo el esplendor de sus magnificencias. Antes de obrarlo conocía Jesús la agitación que había de ocasionar en el ánimo de sus enemigos; preveía que aquella había de ser la gota que había de hacer derramar el vaso de la indignación ya concebida contra él; entendía que ejecutarlo equivalía a afirmar su sentencia de muerte; y con todo, lo ejecutó para enseñarnos el agradecimiento que debemos a nuestros bienhechores, y para demostrar al mundo que si moría é iba a la muerte, iba por su voluntad y de su completo y absoluto albedrío.

Era Lázaro hombre principal y muy conocido en Jerusalén y sus contornos, y así como su fallecimiento había causado en sus amigos suma aflicción y tristeza, la noticia de su resurrección obrada por Jesús, al correr inmediatamente por la villa, causó inmensa sensación y sorpresa. Contábase la noticia en todas las calles y corrillos, referíanse los pormenores del caso; algunos, no dando crédito a lo que oían, se llegaban a la casa de Lázaro para certificarse de lo ocurrido y ver por sus ojos al difunto resucitado, y tomar noticia de todas las menudencias de aquel extraordinario acontecimiento. Marta y María recibían mil enhorabuena de los amigos y conocidos. La alegría y los parabienes, las fiestas y regocijos con que celebraban la vuelta a la vida de un amigo a quien creían haber perdido para siempre, ocupaban la mente y el corazón de todos sus moradores de Betania. La casa que había resonado poco antes con sollozos y lamentos, vibraba ahora con los aplausos y enhorabuena. El nombre de Lázaro, que poco antes era pronunciado entre lágrimas y gemidos, mezclábase ahora con las expansiones del más puro y vivo alborozo.

Juntamente con el de Lázaro, el nombre de Jesús andaba en los labios de todos; sus elogios y alabanzas corrían de boca en boca. La obra milagrosa que acababa de realizar para los amigos del buen maestro, la confirmación auténtica de todas las que de él se habían contado, la fianza de sus virtudes y doctrinas y el sello de la opinión en que el pueblo le tenía.

Con aquella obra maravillosa la causa de Jesús había cobrado nuevo aliento y excitado las más placenteras esperanzas.

Aquella mezcla confusa de deseos é ilusiones de ideales políticos y religiosos, de aspiraciones a la independencia nacional y de vagos presentimientos de próximo glorioso porvenir, que en otras ocasiones se había excitado a la vista de los milagros y predicaciones de Jesús, revivía de nuevo, expandiendo por la atmósfera misteriosa agitación que hacía palpar los corazones del más santo y patriótico alborozo. Un aliento divino parecía haber penetrado en las almas de los testigos del milagro de Jesús. Aquel Dios que en otro tiempo se había manifestado a los profetas, manifestábase de nuevo a los hijos de Israel con irrefragables testimonios. La señal del cielo que con tanto afán pedían los enemigos de Jesús, había aparecido clarísima, evidente é incontrastable.

Por desgracia, si el pueblo con sus admirables instintos acertaba a ver en la resurrección de Lázaro la prueba de la Divinidad de la persona de Jesús, y la esperanza en su redención y el levantamiento del estandarte de salud que habían anunciado los profetas, los hombres que le dirigían, ofuscados más y más con aquella muestra del poder y de la gloria de Dios, habían de desatarse y empedernirse más en su obstinación, haciendo verdadero lo que tantas veces ha sucedido en el mundo, es a saber, que los que parecen sabios y prudentes, son necios y desatados, y los que profesan ser guías y salvadores del pueblo, son los que más le descaminan y pervierten.

De algunos incrédulos é insensatos se dice en el Evangelio que aunque viesen resucitar a los muertos no creerían; y esta palabra vino a ampliarse en esta ocasión a la letra y sobreabundantemente.

Porque como entre los que habían ido a ver a Lázaro resucitado hubiese muchos moradores de Jerusalén, y algunos de ellos pertenecientes al partido fariseo, apenas llegaron a la ciudad no vieron la hora de dar a los principales de su partido noti-

cia del caso extraordinario sucedido en Betania. Cual fuese el efecto que causó en sus ánimos tal noticia, no hay para qué decirlo. Ni un rayo que hubiese caído a sus pies les hubiese causado tal perturbación y trastorno. Su ira llegó al paroxismo. Su furor é indignación se entregaron a los mayores extremos. Desaparecido ante su vista el beneficio incomparable hecho por Jesús a una familia atribulada, no vieron en la resurrección de Lázaro más que un atrevimiento inaudito, una declaración de guerra de parte de Jesús, un guante que éste les echaba a la cara, y que era preciso recoger so pena de verse humillados ante el pueblo; y así, arrebatados de frenesí, pensaron en reunir cuanto antes el consejo del Sanhedrín para deliberar lo que había de hacerse en aquel caso. Ya en otras ocasiones, como se ha dicho, los enemigos de Jesús habían tratado en este tribunal de los medios que podían emplearse para atajar la influencia que iba cobrando en el pueblo el predicador de Galilea. El milagro de la fuente de Betsaida había excitado su odio é indignación; la curación del ciego de nacimiento había exaltado su desesperación; pero en ambos casos, ó no habían tomado el negocio con grande empeño, ó las circunstancias habían sido más poderosas que su voluntad. Hoy las cosas iban a seguir otro rumbo, y los que habían tomado por su cuenta aquella causa estaban resueltos a arriesgarlo todo a trueque de rematarlo de todo punto. De esta manera el milagro de la más cariñosa y dulce amistad había de venir a ser ocasión del odio más feroz y desatado; lo que había causado la admiración y el entusiasmo de la muchedumbre, había de resultar un motivo de la más cruel y desesperada venganza; y la prueba más incontestable de la divinidad de Jesús había de convertirse en el cebo más eficaz para excitar en los corazones de sus enemigos la diabólica perversidad a que estaban entregados. Pronto se verán los medios a que éstos apelaron para llevar a cabo esta venganza; mas antes de referirlos y particularizarlos, conviene a la claridad de esta historia decir breves palabras del carácter de las personas que en ellos intervinieron y de la naturaleza del tribunal donde se iba a ver y sustanciar la causa del Santo Maestro.

Era el gran Sanhedrín entre los judíos la magistratura suprema que representaba el poder soberano de la nación. Asistía en Jerusalén, y era llamado *grande* para diferenciarle de los otros tribunales que había en las demás ciudades de Palestina, compuestos de menor número de personas y de menor importancia y autoridad. Siendo el fundamento de la tradición y la columna de la doctrina, a él competía velar por la pureza de la fe, impedir y castigar la idolatría, declarar la autenticidad de los profetas y predicadores de la ley, poner entredicho contra los falsos y de mala doctrina, y regular los ritos y ceremonias del culto; entendía en el orden y organización de las familias israelíticas, guardando en los archivos sus genealogías y cuidando de que no se mezclasen con las extranjeras y gentiles. En fin, a él tocaba la administración de justicia, la cual se administraba en nombre de la Divinidad. Componíase de tres cámaras, ó secciones, las cuales constaban cada una de por sí de veintitres miembros, y sumadas todas juntas con el Presidente (*Nasi*) y el vicario ó vicepresidente (*Ath-Beth-Din*) setenta y uno. Formaban la primera los príncipes de los sacerdotes, que eran los sumos pontífices de puestos, de los cuales había hasta ocho en tiempo de Jesús, ó los que por pertenecer a las familias principales estaban en potencia de serlo. La segunda la componían los escribas ó doctores (*Sopherim*), hombres peritos en la ley, y que hacían profesión de explicarla y comentarla; y la tercera los ancianos (*Sekenim*), así llamados, no por razón de la edad, sino por ser generalmente cabezas ó representantes de familias de reconocida antigüedad y riqueza.

Acerca de las cualidades que debían tener los consejeros del Sanhedrín, la ley ó cánón judaico decía que el que quisiese ser admitido en el gran Consejo había de saber las setenta lenguas de los pueblos, la aritmética, la medicina, la astrología, el arte de adivinar, la magia, la ciencia de las religiones paganas, y, en fin, toda suerte de sabiduría. Como fácilmente deja entenderse, la enumeración

de estas cualidades indica más bien el ideal que se formaban los judíos de lo que debía ser un hombre docto y prudente, que no el conjunto de condiciones que solían adornar a los miembros del Sanhedrín. En general, quitadas algunas excepciones, aun de los más famosos entre ellos por su doctrina se podía decir sin calumniarlos que eran unos grandes ignorantes. La sabiduría de los israelitas, como es admitido por todos, se ceñía al conocimiento de la Ley y de las tradiciones, generalmente anónimas y desautorizadas. Aun a esto pocos llegaban. El Talmud supone el caso de que el Sumo Pontífice sea incapaz de leer el texto de la ley; y de este caso, que cierto no es imaginario, se puede colegir cuál sería en general la ciencia que adornaba a los consejeros del Sanhedrín.

Pero la degradación del Tribunal supremo de Jerusalén no tanto consistía en la ignorancia de los que lo componían cuanto en su corrupción é inmoralidad.

En tiempo de Herodes el Grande, uno de tantos héroes de campamento que, nacidos de origen humildísimo se han levantado a fuerza de atrocidades y violencias a la cumbre del poder y de la soberanía, como los más de los miembros del Sanhedrín de Jerusalén hubiesen resistido las imposiciones del tirano, habían sido condenados a muerte y sustituidos con hombres miserables, la mayor parte de origen extranjero, complacientes con el dominador y dóciles instrumentos de sus veleidades y caprichos. Desde aquel día, el Sanhedrín había perdido a los ojos de la multitud su prestigio y autoridad, la cual no recobró ciertamente cuando muerto Arquelao, hijo de Herodes, entraron los Romanos en la dominación de Palestina.

Atento el Imperio a tener en paz al pueblo judaico, había procurado halagar sus instintos religiosos y de independencia y autonomía nacional, conservando sus instituciones civiles y religiosas, permitiéndoles sus usos y costumbres y respetando su Religión en las fiestas y ceremonias del culto, pero siempre con la mira puesta en el logro de sus ambiciones políticas. Había dejado en pie los tribunales de justicia, en especial el Supremo del Sanhedrín; pero poco a poco había ido mermando su autoridad, é interviniendo, ya directa, ya indirectamente, en el nombramiento de los que lo componían. Para poderlo manejar a su arbitrio había procurado, de acuerdo con el partido saduceo, reunir en una sola persona la dignidad del presidente del Sanhedrín y la del sumo Sacerdote, de antiguo siempre separadas, habiendo sido, a lo que parece, el primero en juntar en sí estas dos dignidades Anás, personaje importante, de quien ha de ocurrir hablar largamente en esta historia. Con este cambio de autoridad el partido democrático de los fariseos había quedado en minoría y triunfante la poderosa bandería de los saduceos; con lo cual, como advierte Josefo, la administración del gobierno había venido a ser aristocrática, que es decir, que los asuntos más graves de la república eran patrimonio de unas cuantas familias adineradas y corrompidas, que se habían apoderado de los puestos y cargos principales, y que eran dóciles instrumentos del poder político del gobernador imperial. Entre estas familias sobresalían la de Hanan, la de Baithusin, la de Kamith, la de Fabi, la de Kanthera y otras cuyos nombres aparecen en los acontecimientos contemporáneos de la historia israelítica.

Con el triunfo y exaltación de estas familias se había transformado y corrompido todo. La irreligión y el escándalo dominaban en todas partes. El interés era el alma de su gobierno, y la prevaricación y el cohecho los instrumentos de su poder é influencia. No viendo en la justicia humana la representación de la divina, poco les importaba que cada cual siguiese su camino, fiando al destino así la recompensa de los buenos como el castigo de los malos, sin cuidarse de la paz, del honor y de la justicia. Blandos y temporizadores con los propios y crueles con los extraños, repugnaban hasta lo increíble condenar a muerte a cualquiera de los miembros del pueblo judaico, siquiera hubieran sido el escándalo y el terror de toda la nación; y en cambio reservaban sus rigores para los míseros provincianos, para los herejes y apóstatas de la fe, y en especial

para los aborrecidos extranjeros, para los abominables *Góim*, el mejor de los cuales, como ellos decían, debía ser asesinado.

Testigo el pueblo de esta ignominia, hacia tiempo que había perdido el respeto á tales consejeros y á los sucesores de Aaron que les presidían. Al presentarse al público algunos sumos Pontífices los había recibido con escandalosos tumultos. Mirábalos como afrontadores de sus creencias y calumniadores de sus esperanzas. Zahería con apodos infamantes las familias principales que habían acaparado los sagrados oficios del Templo y los cargos del Sanhedrin; llamábalos *Idolos de plata*, comparándolos con los sacerdotes de los gentiles; satirizaba sus acciones con coplas y estribillos que corrían de boca en boca entre el vulgo, y jugando del vocablo no se recataba de decir que los tales jueces no habían de llamarse *dayané geseoth* (jueces supremos) sino *dayané geseoth* (jueces salteadores).

Ante este tribunal, destinado á ser el trono más augusto de la justicia, pero que las infamias de los hombres lo habían convertido en asiento de las preocupaciones más absurdas y de las pasiones más insensatas, se presentaba la causa de Jesús. En él había de resolverse un debate que hacia tiempo traía perturbados y divididos los ánimos de los judíos, que había excitado mil veces las pasiones populares, y cuya resolución preocupaba á los hombres más graves por su autoridad é influencia. Allí había de pronunciarse una sentencia de la cual dependía la paz de las conciencias, la defensa de los intereses más sagrados de la nación en su estado presente y el logro de las esperanzas de su porvenir.

Mirando las cosas recta y desapasionadamente, cualquiera podía pensar que las circunstancias en que se presentaba esta causa no podían ser más favorables á su acertada resolución. La naturaleza de la persona de Jesús, que pudo permanecer en otro tiempo en la duda y en el misterio, se había manifestado ya clarísima y abierta á todos. Las tinieblas que al principio de su predicación la habían ocultado y oscurecido, se habían disipado del todo. Aun no teniendo en cuenta más que los últimos acontecimientos, nadie podía negar que el milagro de la resurrección de Lázaro, muerto hacía cuatro días, podriéndose ya, y vuelto á la vida por obra de Jesús, había acabado de quitar todas las vacilaciones. Este milagro, por consiguiente, bien examinado y comprobado, podía ser la piedra de toque de la opinión que se tenía de Jesús, el argumento decisivo de la legitimidad de los títulos con que se declaraba Hijo de Dios y Mesías verdadero, la ocasión suprema de que se declarase la validez de estos títulos y de que resuelta por el Supremo Tribunal de Israel una cuestión esencialmente enlazada con el porvenir del pueblo judaico, entrase éste en los resplandecientes senderos que le señalaba el dedo de la Providencia divina.

Mas un camino tan llano y expedito á cualquiera inteligencia libre de pasión y que buscara sinceramente la verdad, estaba del todo cerrado á la mayoría de los que componían el Sanhedrin. Habiendo, desde hacía mucho tiempo, los enemigos de Jesús cerrado los ojos á la verdad, no era probable que los abriesen ahora, cuando esta verdad brillaba en todo su esplendor. Habiendo procurado que partieran de aquel tribunal los tiros de la persecución y de la intriga cuando la gloria de Jesús estaba en sus principios, y no habiendo en tanto tiempo cesado desde entonces en su persecución y ónemia, era de temer que al llegar esta gloria á su punto más alto arrearía más ferozmente la persecución, hasta lograr enteramente su infame objeto. Y tal, en verdad, hubo de suceder.

Porque al entablarse en el Sanhedrin la discusión acerca de la persona de Jesús, en ninguna manera pararon mientes sus enemigos en la naturaleza del milagro de la resurrección de Lázaro, en la realidad incontestable de esta resurrección, y en las consecuencias que de ella podían derivarse en favor de la persona de Jesús, sólo atendieron á la posición desairada en que los dejaba aquel milagro, á la popularidad ganada con él por la causa de Jesús y á la impopularidad y rechifla en que caía la suya propia. Así, forzados por la evidencia de los hechos, y pon-

derando las muchas maravillas de Jesús y el favor que tenía con la muchedumbre, las conversiones obradas por la gracia y fuerza de su predicación y la grandísima risa que hacía en el pueblo, confesaron paladinamente que las cautelas y providencias tomadas contra El habían resultado ineficaces; afirmaron que la popularidad, en vez de disminuir, había ido en aumento, hasta el punto de que en la misma ciudad de Jerusalén la mayoría de las gentes estaban en su favor, y llenos de envidia y malevolencia concluyeron que, si no se atajaba el daño con mano firme, todo el mundo se iría en pos de El, que esto había de traer grandísimas perturbaciones y trastornos, que, encendidos los ánimos, sería fácil el llegar á las manos y encenderse guerra civil, de la cual se aprovecharían los romanos para llevar adelante su dominación y quitarles la poca libertad de que actualmente gozaban, y destruir las leyes y tradiciones y acabar con su independencia y nacionalidad. Y aquí pintaban con los más negros colores la ruina inminente de la patria, la devastación de la ciudad y del Templo, la profanación de las ceremonias del culto, la pérdida de sus gloriosas tradiciones y el nombre de Israel borrado de entre las naciones de la tierra.

Al hablar así, los enemigos de Jesús mentían y calumniaban á sabidas. Fieles á su sistema de desfigurar la verdad, hablaban de los muchos milagros que hacía Jesús, y, ó no creían en tales milagros, ó los suponían obra de Belcebú; afectaban temer, y aun defender, la autoridad de los romanos, y apesar de sus aparentes complacencias, andaban siempre en trabacuentas con ellos, fomentando toda ocasión de repeler su yugo; aparentaban prudencia y tacto político, y su acción y su lenguaje eran el colmo de la temeridad y de la insensatez; se presentaban como defensores de la religión, y amparadores del honor de la patria, y todo lo que hacían y decían iba derechamente encaminado á su destrucción y ruina.

La santidad de Jesús había sido notoria á todo el mundo; sus predicaciones habían contribuído eficazmente á la paz, al acatamiento de las leyes y de las autoridades, y al respeto al orden de cosas establecido. Nada había estado más lejos de su ánimo que promover tumultos y rebeliones. No había sido como Judas galonita, ó Teudas, ó Atranges, ó tantos otros revolvedores y levantiscos como en aquellos días había habido en Palestina, que, aprovechándose del estado de indignación y descontento del pueblo, se habían levantado contra los gentiles extranjeros. No había ni aun, como Juan Bautista, pisado la arena candente de los intereses políticos y tratado de dar lecciones á los reyes y príncipes de la tierra. En medio de la agitación en que hervía entonces Palestina, su actitud había sido tranquila y respetuosa con las autoridades. Mil veces había contenido el entusiasmo popular que le aclamaba y enaltecía. Provocado en una ocasión á apellidarse rey y tomar los honores de tal y ponerse al frente de la muchedumbre, había huído de ésta retirándose á la soledad. El tributo al César, tan repugnante á los judíos, y ocasión de mil tumultos y algaradas, era á sus ojos no solamente legítimo sino obligatorio. Aun á la misma autoridad de los pontífices que eran afrenta de la religión y escándalo de la patria, mandaba obedecer, diciendo que ya que estaban sentados en la cátedra de Moisés, era preciso hacer lo que mandaban é imponían, siquiera no debiera hacerse lo que enseñaban con sus obras.

Su enseñanza, si bien opuesta de todo en todo á la de los fariseos y escribas, había sido la continuación, el desenvolvimiento y la perfección de la Ley y de las legítimas tradiciones de los profetas. El fin y blanco á que miraba era restablecer la antigua piedad para con Dios, libertar al pueblo del yugo pesadísimo de las doctrinas y tradiciones humanas y sustituirle con el yugo suave y la carga ligera de los preceptos divinos, realzar la parte moral de la ley y hacer que el amor de Dios más excelente que todos los holocaustos, señorease los corazones de los hombres. De dentro, no de fuera, había de proceder la limpieza y santidad de las costumbres. La voluntad de Dios, y no la de los que había de ser la norma de la vida y la bandera y estandarte

de su salud y redención. A la luz de estos principios, con el ejemplo de su santidad y de su vida, que eran patentes á todo el mundo, y por los merecimientos sobrenaturales de sus obras, había de efectuarse la salvación que la divina Providencia tenía preparada para revelación de las gentes y gloria de la nación de Israel: este era el espíritu que había de infundir vida nueva en los huesos que se desmoronaban y deshacían en los sepulcros: este era el fundamento del reino de Dios que venía á establecerse, y que había de extender su dominación en todos los reinos é imperios de la tierra; en esta forma, en fin, habían de ejecutarse los designios de la Providencia divina que, como había escogido al pueblo judaico para que en él se conservase pura la idea de la Divinidad, así también lo había escogido para que, ensanchada y enaltecida esta idea, apareciese en el mundo un orden nuevo de moralidad y se obrase por él la redención de los hombres en todo el orbe de la tierra.

Mas estas ideas andaban muy lejos de los ánimos de los enemigos de Jesús. Los saduceos, atentos á gozar de los placeres de este mundo, buscaban honores y riquezas; envaneíanse en los altos cargos de la religión, y miraban al Templo, no tanto como sitio donde se manifestaba á los hombres la majestad de Dios, sino como medio é instrumento de sus ambiciones é intereses. Los fariseos, á pesar de su exterior artificiosa santidad, no se buscaban más que á sí mismos: desvivíanse por ocupar los primeros puestos en las sinagogas, por lograr la confianza de viudas y pupilos y pescar lo que pudiesen de su hacienda y ser obsequiados y saludados del pueblo como modelos de virtud y santidad, no cuidándose del espíritu interior que debía ennoblecer sus buenas obras y dar mérito á sus observancias y santificar sus tradiciones. Unos y otros buscaban la gloria humana, y no la divina; ansiaban un reino temporal que exaltara sus nombres y la gloria de su nación, no el reino de Dios, asiento de la paz y de la justicia; soñaban con un Mestas sostenedor de sus falsas tradiciones y obrador de que ellos hacían, no un enviado de Dios, consolador de Israel, engrandecedor del hombre y ennoblecedor de sus derechos.

Entre estas ideas y las que movían á Jesús no había avenencia posible; las tinieblas no comprendían á la luz; el mundo corrompido por las pasiones de la carne no entendía las excelencias de la religión del espíritu. Mientras que Jesús se mostró como Mesías y restaurador de la realeza de Israel, pudo contentar las vagas aspiraciones de las parcialidades político-religiosas en que se dividía la sociedad israelítica; pero cuando se presentó como reformador de costumbres, restablecedor del reino de Dios en el alma, y terrible condenador de los vicios y escándalos con que la levadura de saduceos y fariseos había envenenado el estado social de Israel, la lucha que provocó en los autores de tales escándalos no pudo menos de ser durísima y terrible. La luz había venido al mundo; pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, y de este odio á la verdad y de esta lucha desesperada entre el vicio y la virtud había provenido la persecución de Jesús. Desamparado primero por gran parte de sus seguidores, aborrecido y contrariado después, hecho más tarde objeto de mil calumnias y asechanzas, había visto crecer la contrariedad y energía y tomar ésta carácter cada vez más agresivo é implacable. Hacía tiempo que la palabra *muerde* resonaba en el aire, donde quiera que se presentaba Jesús; circunstancias y accidentes imprevistos habían estorbado muchas veces la ejecución del infame proyecto; pero bien se podía prever que si la ocasión se presentase favorable no dejarían sus enemigos de aprovecharla. Contando por consiguiente los presidentes del Sanhedrin con la mayoría de los que componían el Consejo, era llegada la ocasión de hacer prevalecer su proyecto contra Jesús. Con esto el triunfo de la iniquidad estaba asegurado, y la vida del santo predicador de Galilea andaba, no ya expuesta al peligro, sino corriendo á pasos apresurados á su perdición y ruina.

Dígase para honor de Israel que al ser este proyecto de quitar la vida á Jesús presentado al Consejo por su Presidente, no sólo no logró de los Consejeros unánime aprobación, sino que encontró en



A LA LISTA



REGRESO Á LA ALDEA

buen parte de ellos tenacísima resistencia. Quiénes fueron éstos, á qué partido pertenecían, y en qué argumentos hubieron de apoyarse, aunque no lo dicen los Evangelistas, no es difícil averiguarlo.

Desde luego es cosa fuera de duda que, aunque las sectas de los fariseos y saduceos habían hecho muchos prosélitos entre los israelitas, en especial entre las clases más altas y acomodadas, no dejaba de haber entre éstas muchos personajes respetables por su valimiento y autoridad que se habían sustraído á su influencia. Formando no pocos parte del Sanhedrin, estaban en condiciones de juzgar la causa de Jesús con mayor justicia é imparcialidad que no los jefes de los partidos fariseo y saduceo, que tan desatinadamente se encruelaban contra Jesús; por consiguiente, si hubo quienes resueltamente se opusiesen á su muerte (y que los hubo se colige evidentemente de la narración de San Juan), entre estos jueces desapasionados é imparciales habían de encontrarse tan celosos defensores de la inocencia y de la justicia. Y más: aún se puede afirmar como muy probable que no faltaron defensores de la vida de Jesús entre los pertenecientes á aquel partido ó secta que tanta hostilidad le había manifestado en el curso de su predicación ó vida pública, es á saber, entre los fariseos. Lo cual, aunque parezca extraño á primera vista, no lo es, si se considera lo que formaba el fondo ó carácter moral de estas sectas, la mezcla de bueno y malo que había en ella y su significación ó importancia en el estado social que alcanzaba en aquellos tiempos el pueblo de Israel.

Es en verdad indudable que los mayores adversarios que encontró Jesús en el discurso de su predicación fueron los fariseos; y así había de ser en el estado de las opiniones religiosas que prevalecían entonces entre los judíos; porque habiéndose mostrado Jesús al mundo como maestro y enañador de doctrina y como restablecedor de la antigua fe de Israel, y destruidor de las falsas tradiciones con que la habían oscurecido las predicaciones de los hombres, era natural que encontrase viva oposición en los mantenedores de estas tradiciones, que eran los fariseos. A qué escándalos y algaradas dió lugar esta oposición, ya se ha contado en otra parte; pero aquí cumple advertir que dichos escándalos, aunque soliviantaban á las muchedumbres, no trascendían, á lo menos en sus principios, á la parte oficial y gobernante de la sociedad israelítica, que, por otra parte, no estaba en manos del partido farisáico; eran alborotos populares que, aunque vejaban y molestaban á Jesús, no impedían que siguiese propagando su santa doctrina; además, entre los mismos fariseos, en especial en los últimos tiempos, había diversidad de opiniones respecto de Jesús y su doctrina; pues mientras que unos decididamente le reprendían y rechazaban como transgresor de las tradiciones, otros, maravillados de las obras que hacía, no se atrevían á condenarle. Así, pues, no es de maravillar que á pesar de tales molestias y vejaciones, anduviese Jesús entre ellos; y convidado á comer, admitiese sus invitaciones, y aun tuviese en ellos amigos que le defendiesen y le avisasen contra las asechanzas de los judíos en Jerusalén y contra los intentos de Herodes, que había pensado en darle muerte. Sin duda hubieran querido los fariseos que Jesús se uniese á su partido y entendiese la ley y la tradición como ellos las entendían; pero, á trueque de conseguirlo, no solían propasarse, á lo menos buena parte de ellos, á actos de crueldad y violencia. Y al obrar así obedecían al espíritu que informaba su doctrina y daba vida y fomento á su partido. Porque aunque falsos y absurdamente tergiversados los principios farisáicos, tenían su raíz y fundamento en la conciencia, en el respeto á la ley y en el temor de Dios, que debe regular la acción del hombre en el orden moral de sus acciones; y el que á tales principios obedece, hablando en general, podrá ser fanático, pero no cruel; la lealtad á sus creencias le hará discutidor y porfiado, pero no temerario perseguidor; su sinceridad le convertirá en defensor exagerado de sus propias exaltadas ideas, pero no en violento opresor de las ajenas.

No así los saduceos, en especial los que se habían apoderado de los cargos públicos y del gobierno de

la República y de la administración y sagradas funciones del Templo de Jerusalén. Mantenedores de un orden de cosas que más que la tradición representaba á sus ojos su bien material, las comodidades de lo presente y las esperanzas de su porvenir, habían permitido que en el culto de la Divinidad se introdujesen mil abusos y corruptelas. Cuando estaban en el mayor goce de estas comodidades, habían visto que tales abusos habían sido denunciados por un hombre que ni siquiera pertenecía al orden sacerdotal; un oscuro provinciano, un natural de Galilea, de donde, como ellos decían, nunca salía ningún profeta, y que era además oriundo de Nazaret, de donde nada bueno podía esperarse. Poco les hubiera esto importado si, á pesar de estas declaraciones, la influencia de Jesús entre el pueblo hubiera sido nula ó escasa; pero cuando vieron que el pueblo le seguía y aclamaba por Mesías y Enviado de Dios y Restaurador de Israel, y los dejaba á ellos, su odio contra Jesús estalló furioso y desahogado; y hechos á una, determinaron no dar paz á las manos hasta quitar de enmedio aquel obstáculo de sus ambiciones é iniquidades; y como tenían el poder en sus manos, determinaron acabar con aquel hombre oscuro que atentaba contra su autoridad y contra el orden actual de las cosas y contra las ventajas que de él sacaban. Hombres de conciencia rota y perdida, adoradores del éxito, no razonaban, sino que obraban; no discutían, sino que perseguían y mataban; y si era necesario, por dar suelta á sus malvadas ambiciones, sacrificar al hombre más grande que se había levantado en su nación, le vejaban y maltrataban de mil maneras y pedían á voz en pueblo su muerte.

Siendo esta la disposición de los ánimos y tales las ideas y principios que guiaban á los dos partidos en que se dividía el consejo del Sanhedrin, no era temerario asegurar que si la causa de Jesús se presentase en el Consejo, había de encontrar sus más vehementes y fanáticos adversarios en el partido saduceo, y al contrario, hallar, á vueltas sin duda de fanáticos enemigos, buenos y honrados y celosos amigos en el partido fariseo, en aquel partido que siempre tuvo fama de ser benigno y templado en la aplicación de las leyes, que á pesar de sus errores y fanatismos fué siempre el más dispuesto en favor de los discípulos de Jesús, que contaba entre sus jefes en el mismo Sanhedrin á hombres tan rectos como Gamaliel y José de Nicodemo y del cual, abandonadas las perversas doctrinas y más perversos procedimientos de muchos de sus guías y maestros, salió algunos años más tarde gran parte de los cristianos que hubo en Palestina después de la muerte de su divino fundador.

Tal vez llevaría la voz en favor de Jesús el citado Gamaliel, que cuando más tarde se trató en el mismo Sanhedrin de la causa de los discípulos de Jesús, mientras los saduceos querían llevar adelante el asunto por vías del terror y violencia, mandó suspender el juicio y dejar que los efectos decidiesen de la autenticidad de los títulos de Jesús á ser tenido como Mesías y redentor de Israel; tal vez sería José de Nicodemo, de quien dice claramente el Evangelio que jamás consintió con los que querían condenar á Jesús. Mas cualquiera que fuese el defensor de la causa del divino Maestro, es natural que se esforzase por hacer prevalecer los derechos de la humanidad y el amor sincero de la patria, diciendo ser temeridad abominable deshacerse de un hombre que tantas mercedes había hecho á todos, en especial, á los pobres y desamparados: haría ver el peligro que se corría en condenar á un hombre en quien evidentemente se reunían muchos de los caracteres del Mesías; aconsejaría, en fin, á todos que antes de arrojarle á tamaña iniquidad convenía examinar atentamente las pruebas del proceso, y caso de no llegarse al convencimiento, dejar al tiempo que juzgase y resolviese aquel asunto.

Nada seguramente más justo que esta manera de pensar y proceder; pero en el estado de exaltación á que habían llegado las pasiones político-religiosas entre los miembros del Sanhedrin, era por demás esperar que consejos tan prudentes se siguiesen y prosperasen. Así la voz de la prudencia y de la justicia fué inmediatamente ahogada por los gritos de la indignación y de la crueldad. Finge el

ánimo los extremos á que hubieron de entregarse los enemigos de Jesús en esta decisiva ocasión, y en medio de los gritos, clamores y aspavientos cree oír la voz de aquel que había de ser el primero en salir por los fueros de la verdad y de la inocencia infuamente oprimida, es, á saber, José Caifás, Sumo Pontífice y presidente del sagrado Tribunal. El cual, no bien oyó que había quien saltaba en defensa de Jesús, revolvióse furiosamente contra él diciendo que quien tal pensaba no sabía ni entendía palabra de aquel asunto: que la vida de Jesús era incompatible con la pública tranquilidad y con el bien del Estado, y que era por consiguiente necesario que muriese él para que se salvase toda la nación.

Al dar cuenta de esta escena, advierte el Evangelista San Juan que lo que dijo entonces el Sumo Pontífice no lo dijo de suyo, sino por una especie de inspiración de lo alto. En verdad, siendo el Sumo Pontífice á los ojos de los israelitas el ápice y cumbre de la Religión, depositario de los divinos consejos, y medio por el cual Dios se comunicaba con su pueblo, pudo verse en sus palabras una especie de profecía de los resultados que habían de seguirse de la muerte de Jesús destinada á ser benéfica, no sólo al pueblo judaico sino á todas las naciones de la tierra, que por la muerte del Hijo de Dios habían de salir de las tinieblas de la gentilidad á la luz de la redención y vida eterna.

Tal fué la manera de hablar del Presidente del Sanhedrin. Más adelante veremos por qué manera tan terrible y espantosa fueron ejecutados sus consejos. En cuanto al efecto producido en la Asamblea no hay que decir que la mayoría de ésta, compuesta de saduceos, al ver en las palabras de su Presidente la expresión de su propia enemiga y cruel encono contra Jesús, hubo de aprobarla sin reserva; otros, ya que no participasen de este encono, atentos á la máxima de su maestro Tsadoc de seguir en todo á la mayoría, votarían la muerte de Jesús; y en lo que toca á los fariseos, aunque algunos seguirían el hilo de los saduceos, otros, los menos tal vez, á ejemplo de Nicodemo, reprobarían aquella escena violentísima, y defenderían la causa de Jesús en la medida de sus fuerzas.

Mas cualquiera que fuese el número de estos votos, lo cierto es que resuelta en aquella infame memorable sesión la muerte de Jesús, fué dada orden de que todo el que tuviese noticia de su paradero lo denunciase á las autoridades, á efecto de cogerle y entregarle al Sanhedrin para juzgarle y darle la muerte: medida gravísima que ponía al tablero la vida de Jesús, y que llenaba de espanto y terror á sus discípulos y amigos.

Así acabó aquella discusión abominable; así se dió principio á un proceso donde se habían de cometer tantas injusticias y maldades.

Tal modo de proceder indicaba muy á las claras que los acontecimientos iban á precipitarse de una manera rápida y violenta, que el nudo de la terrible tragedia iba muy pronto á desenlazarse, y que la tormenta que desde hacía tanto tiempo se iba fraguando en la atmósfera podía estallar á la hora menos pensada.

MIGUEL MIR

De la Real Academia Española.

Nuestro arte religioso

VIII

Dice Tomás de Kempis que «así en las cosas pequeñas como en las grandes» y en efecto, las artes que podríamos llamar menores ó secundarias en comparación de la Arquitectura, arte madre, y de sus inseparables la Pintura y la Escultura, la trinidad del diseño, han caído en la más deplorable atonía, que apenas el espíritu y ofende los sentimientos religiosos. La orfebrería, el tallado en maderas y el arte del mobiliario, la Indumentaria viva, la Caligrafía, la Imprenta y el Grabado han venido tan á menos,

hoy precisamente, cuando tanto abundan los medios, que no es posible explicarlo, se ve y no se cree todavía a los mismos ojos.

Dos son principalmente los caracteres que distinguen a estas ramas delgadas del Arte: la falta de concepto en la forma, la pobreza y endebles en la materia. Hablen, para no dejarnos mentir, las obras antiguas y las del Renacimiento, y también las que luego en épocas de decadencia conservaron al menos la riqueza material, en medio del abajamiento de la traza artística.

El que haya visto alguna parte, aunque pequeña, del inmenso tesoro que poseemos en calices, custodias, cruces y todo género de alhajas; el que haya contemplado, sin poder apartar de ellos la vista arrobada, esos muebles ricamente entallados, las silleras de coro, las cajas de los órganos, los púlpitos, las cajoneras y armarios, las urnas y los marcos; el que haya tenido en la mano una vez siquiera un terno bordado en el siglo XVI, por ejemplo, y aunque sea en el pasado; el que haya leído un manuscrito, no ya gótico, sino de los más modernos, ó siquiera haya pasado la vista por las letras de cualquiera inscripción no de muy larga fecha; el que haya hojeado los magníficos libros litúrgicos que desde poco después de la invención de la Imprenta hasta principios de este siglo han salido a luz, y haya examinado sus láminas y viñetas; el que todo eso haya podido apreciar, siquiera someramente, no podrá menos de caer en tristes consideraciones ante los productos que esas artes ofrecen hoy a nuestra vista.

Ya no hay que pensar en estatuas de tamaño natural labradas en plata, como el San Vicente Mártir que posee la Catedral de Valencia, ejemplar de una larguísima serie esparcida por toda España.

Que no se hable siquiera de aquellos altares como el de la Metropolitana de Sevilla, hecho de plata cincelada, con sus estatuas, cruz, blandones y relicarios, tal como hoy luce todavía en las grandes solemnidades; ni se acuerde nadie de aquellos candeleros enormes, también de plata ó de bronce el más hermoso y caro, trabajados escrupulosamente á cincel con arte primoroso y labor de mucha dura. Ya no construirá ningún moderno una custodia con sus andas como aquellas que hizo Enrique de Arfe para Córdoba y para Sahagún, ó como las que luego hizo su hijo Antonio para Santiago y para León. Ya no podrá ningún Cabilido imitar al de Cuenca, encargando la famosa custodia que se hizo en casa del célebre Alonso Beceril, y en la que tomaron parte los más eximios artistas; ya el de Toledo no hará otro Niño Jesús de oro macizo ni volverá á comprar un diamante; las piedras preciosas huyen de los templos; ni Juan de Orna, insigne platero de Burgos, trabajará para tantas iglesias, ni Juan Ruiz, el Cordobés, hará otro ostensorio como el de Jaén, el de Baza y el de San Pablo de Sevilla; Jácome Trezo no ilusionará á Cabilidos y hermandades con sus tallados ingeniosos, y nadie, en fin, emulará ó continuará la gloria de tantos artistas de quienes, descontento, á pesar de tantas maravillas, y no sin alguna razón, Juan de Arfe y Villafañe dice anduvieron casi á ciegas, porque

.....aún no estaba abierto el buen camino,
y así hacían balaustres y molduras
con muy diversos nombres y figuras.

¡Y cómo diría que andan los de nuestro tiempo si viera sus obras...! Se perdió, acaso para siempre, la traza de aquellos calices magníficos, de aquellas cruces parroquiales, de aquellos incensarios y portapaces, sacras, relicarios y copones que aún quedan... allí donde la incuria y la ignorancia no los han dejado perder. Ni siquiera podemos esperar ya que nos haga alguien aquellos hermosos candelabros de bronce torneado, obra más

moderna, pero hermosa y sólida, que va desapareciendo; y no hay que acordarse de las magníficas rejas de hierro góticas y estilo Renacimiento que aún admiramos en las iglesias antiguas, ni de los blandones del mismo metal, ni de otras muchas obras de herrería, cuya traza especialísima y eminentemente religiosa, al mismo tiempo que artística y esmerada en la ejecución, parece perdida para siempre.

Hay buenos tallistas en madera en nuestros días, como los hay en metales y en piedra, y como hay broncistas y forjadores en hierro; pero lo cierto es que por ninguna parte aparece una sillera de coro como la que manos muy pecadoras han destrozado impiamente para colocarla mal y fuera de lugar en San Francisco el Grande, ni un púlpito, ni una cajonera, estilo moderno, pero de hermosa talla y nobles maderas, ni siquiera un mueble sencillo pero macizo y de elegante forma.

¿Y á dónde iremos por un terno de brocado ó de raso, fuerte como una cota de malla, bordado en sedas y oro, con sus figuras de santos encerradas en retablos platerescos, con pájaros, flores y ramaje de color variado y hermosa entonación que parece, y acaso sea, obra de cualquier pintor afamado? ¿Quién nos bordará un frontal como el famoso de corales existente en Toledo, ó un pontifical completo en azul y oro sobre raso, como el que ostenta el día de la Concepción el Cabilido de Sevilla? ¿Dónde tejerían hoy aquellos damascos rameados, fuertes como planchas de acero; aquellos terciopelos, gruesos como alfombras, duraderos por siglos de siglos, sin perder jamás brillo ni color? ¿Dónde aquellos tapices en sedas y oro, como los que lucían las monjas Teresas de esta corte, y como tantos otros, encanto hoy del anticuario, del artista y de toda alma noble y piadosa?

En cuanto á las artes que fijan la palabra, cierto que existen calígrafos é impresores, grabadores y dibujantes á granel, cuyo mérito no pongo en duda; y cierto, asimismo, que cuentan hoy con recursos que ni soñar pudieron sus predecesores en el arte; pero que venga alguien y escriba y llene de miniaturas unas sacras en carácter cursivo español, gótico ó redondo á la romana como las que existen todavía en muchas iglesias; que imprima alguien libros litúrgicos en verdadero tipo elzeviriano, ó en otro tan claro como el de las ediciones de la Imprenta Real siquiera, y no soy muy exigente; ó que venga quien ejecute viñetas y estampas como las que la Regia Calcografía publicó en mejores tiempos que estos, aunque ya eran de decadencia....

En lugar de todo esto, que hemos perdido porque su espíritu se evaporó hace mucho tiempo, tenemos hoy.... casi valiera más no decirlo, calices hechos á troquel como los botones, de una chapa de plata de baja ley, delgada como un papel, para que la obra toda no pese cuatro onzas siquiera; custodias, portapaces, incensarios, copones y demás alhajas, raquíticas, mal dibujadas, peor ejecutadas, y siempre de pacotilla ó fundición, que lo mismo pueden hacerse cuando se pidan, en plata, que es lo menos frecuente, como en metal blanco (por fuera), ó en cobre y calamina. Ni mirar quiero una cruz procesional lo más lujosa que pueda hacer Meneses ó la fábrica de Alcaráz; ni hay quien, teniendo un átomo de gusto y otro de religión, vea sin asco esos mal llamados bronceos, que sólo son aleaciones innobles y conjuntos de piezas endebles, barnizadas ó corleadas en mezcla infame con la porcelana basta, en formas de azucenas y rosas, lo que ni se había visto nunca, ni es artístico desde cien leguas. ¿Quién creará que se ha llegado hasta hacer vinajeras (de cobre) como si en este metal pudiese estar el vino ni un momento? ¡Y qué vinajeras, qué forma, qué adornos! Causa repugnancia ver las iglesias llenas de falsedades, y

que las piezas nobles que se hicieron siempre por lo menos en plata, las más vulgares, sean hoy de metales bajos y de menos valor real que el jarro de bronce y el tintero del mismo metal que se usaban antiguamente como cosa despreciable en las sacristías.

He visto balaustres ignominiosos, tabernáculos que son un escarnio, báculos imposibles, coronas de virgen llenas de pedrería falsa, sobre metal falso ó descaradamente al descubierto, que son una lástima, y... basta de metalurgia, porque iba á nombrar las barandillas y los púlpitos de hierro que he visto iguales... á los balcones de nuestras viviendas, y unas columnas de hierro colado de las que hay en los cafés, y están sosteniendo el órgano del Buen Suceso, cuya caja es un crimen, digno en verdad de aquella iglesia de almidón.

Si examinamos la obra en madera, no veremos más que pino pintado imitando más nobles arbustos ó chapeado como las cómodas de nuestras salas, talla postiza pegada con cola, y naturalmente, todo ello pequeñez, raquitismo, poquísima solidez y falta completa de arte; así son las cajas de los órganos; así los escaños y confesonarios; así las mesas, las urnas, los marcos casi todos de galería hecha á máquina, las cajas de los relojes y las silleras de coro... éstas no son de ninguna materia, porque no se hacen ni se cuenta ya con el coro en ninguna construcción nueva. Los blandones modernos de madera son ya el colmo de lo calamitoso, y se hacen pocos... ¡son muy caros! ahora todo nos parece mucho para Dios; por eso usamos en la sacristía relojes de gabinete, y ya no tenemos aquellos magníficos de sonería que fabricaba Diego Evans en Madrid, ni se coloca en parte alguna un campanario cuya pieza mayor pase de diez miserables arrobos, que suenan á cencerro que es una maravilla, por arte de Canseco, ni se vé en las torres el antiguo reloj, obra especial y única, sino un ejemplar malísimo de Duthu, hecho de pacotilla y anunciado á una con las campanas y... las camas de hierro.

Las artes gráficas de la palabra, tienen muy buenos profesores, no lo niego, pero ¡Dios mío! qué libros de coro tan malos se hacen en Valencia por aquellos calígrafos de pega... y quizá son los mejores. Tengo ahora un cantoral sobre la mesa hecho en Madrid, que es una vergüenza de puro sucio, incorrecto y desproporcionado, con el estarcido más infame y borroso imaginable. He visto la impresión de libros corales de Santesteban, en Vizcaya, y se me ha caído el alma á los pies; allí no es bueno más que el papel.... porque es grueso. Un misal de la Compañía de Impresores y librerías, ó un Breviario (apenas si en dicha casa hacen ya más libros litúrgicos que estos), es cosa tan mala comparado con los antiguos, y aun con los modernos extranjeros, que no son ciertamente perfectos, y también, sin compararlo con nada, que apenas si parece lo que es, con sus tipos de novela catalana, sus titulares egipcias de bastón, las más brutales entre todo el modernismo grosero, más contrario á las serias tradiciones de la tipografía religiosa, modernísimo, que campea igualmente en las inscripciones insensatamente pintadas en muchas iglesias.

El grabado.... no existe en España, ni vemos ya más estampas que las francesas ó alemanas, bien ejecutadas algunas, pero dulzarronas, lamidas, de estilo amanerado hasta lo imposible, profanas y extraviadas de concepto que es un primor. ¿Y las casullas, las sobrepellices, los bonetes, la indumentaria toda de los vivos? Pues se ha afrancesado y amanerado, perdiendo toda su antigua hermosura y riqueza genuinamente española. ¿Y...? pero basta ya de ojeada; no habíamos de hallar sino motivos de pena.

Esta es la verdad sin exageraciones ni pesimis-

mo; antes bien, muy atenuada, sobre las artes referidas que tanto esplendor dieron en otro tiempo al templo cristiano.

JOSÉ FERRÁNDEZ.

La primavera en Valencia ⁽¹⁾

LA Pascua de Resurrección es llamada en Valencia por el vulgo *Pascua de la mona*, aludiendo tan extravagante apellido al huevo cocido que, pintado de vivos colores, y más ó menos artísticamente colocado sobre una torta de masa y aceite, sirve de postre á la campestre merienda con que suelen celebrar tan solemne día los valencianos. Si no el huevo, ni la masa en que se engarza, lo de salir al campo por este tiempo es en la risueña Edetania costumbre gratísima y muy apropiada. ¡Qué campos los de Valencia en esta época de primavera!

Aquello es un verdadero paraíso terrenal en que ha querido Dios derramar á manos llenas tesoros de pompa vegetal, de luz y de colores, de sutiles armonías y de fragancias exquisitas. Ahora la primavera vístelo todo de nuevo, vierte perfumes más ricos y orea los paisajes con brisas más tibias y vivificantes. Chopos de variadas familias, acacias, tilos y cinamomos sombrean las orillitas de las acequias, que parecen ríos de juguete, y entoldan los caminos, cortados á veces por laberínticos bosques de rozales, claveles y magnolias. Desde las cimas de las pequeñas y graciosas colinas, abarca la vista los inmensos plantíos de naranjos y limoneros, á trechos cubiertos aún con su blanco velo de inocencia, á trechos ya cuajados de dorada fruta. Allá lejos se divisan las aldeas pintorescamente agrupadas alrededor de los elevados campanarios y de las cúpulas de las iglesias, revestidas de azulejos rojos, amarillos, celestes y blancos; decoración oriental que completan las higueras bravías de los setos, los pozos que abren sus brocales enjabelgados bajo las parras, las casitas blancas, la diafanidad de la atmósfera, lo cálido de la brisa, el brillo del sol, lo ancho de la llanura, y, sobre todo, aquellas palmeras que se yerguen gentilísimas sobre el oceano de verdura como una partida de nacimiento de la raza, como el sello de todo el paisaje... Imposible que no se vaya la imaginación al Oriente, que no se sueñe con la Siria, con la Mesopotamia, con el Egipto; cualquier muchachuela, con su cántaro bajo el brazo, puede tomarse por la misma Rebeca ó por una Ruth posible que haga pensar con envidia en la felicidad de Botz, el patriarca...

La luz, el perfume y la armonía de la campaña penetran en la ciudad, hasta en sus lugares más lejanos y escondidos. No hay callejuela estrecha, ni plazoletilla herbosa y solitaria á donde no llegue el aliento juvenil de la Maga divina; el sol que desciende con trabajo hasta el pavimento, y que no puede inundarlo todo, al herir oblicuamente, con coquetería de crepúsculo, las blancas fachadas, encuentra en su camino balcones entoldados de lienzo crudo, por entre cuyas aberturas cueca sus rayos para que acaricien al rosal, puesto en la maceta pintado de rojo, y al vestido de color muy claro y alegre de la muchacha que cose junto al rosal, cantando bajito, más con el alma que con los labios, la eterna canción de sus amores.... Balcón, cortina, rosal, jaula del canario, muchacha de ojos negros, y cantimplora de agua fresca, forman un sólo cuadro que abriga el sol; algo así como el símbolo de la primavera en la misteriosa ciudad levantina...

Valencia no tiene una sola plaza digna de su importancia oficial. El Parterre es un hermoso patio; la plaza de San Francisco un espacio irregular, y no muy extenso; la de la Virgen de los Desamparados una Puerta del Sol pequeña y sin concluir. No busqueis por aquel dédalo de callejas un paisaje urba-

no al estilo de la Plaza de la Concordia, ó de la Avenida de la Opera. Pero abrid el olfato y los pulmones, y aspirad; esas plazoletas son pebeteros; el azahar y la rosa, el magnolio y la dama de noche, la azucena y el jazmín se han dado cita en ellas, y embalsaman, formando una sola fragancia, y hasta pudiera decirse que una sola armonía con el canto de los innumerables pajarillos que anidan en su numerosa floresta.

Las flores que por todas partes se abren, y en todas partes se ofrecen, agrúpanse también en cantidad inverosímil, y constituyendo caprichosos adornos de rara traza y vivos colores, en las gradillas de los altares, con especialidad en los consagrados á María, saludada por los valencianos con poéticos y dulcísimos nombres. En la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, el altar, que por la profusión de luces parece de oro hecho áscuas, por la profusión de flores semeja una sola flor de proporciones enormes, digna peana de la Rosa Mística, de la Flor del Cielo, en cuyo elogio han agotado los poetas antiguos y modernos todas las flores de la poesía y de la elocuencia.

Difícilmente habrá espectáculo comparable al del anochecer de primavera en la Alameda de Valencia, cuando por el Puente Real empiezan á desfilar hácia la población los carruajes de p. seo. El seto de rosas que corre de uno al otro de los extremos de la Alameda, no contento con perfumar el ambiente, difunde también sus colores por la atmósfera, que así se inunda de un suavísimo tono rosáceo, en el que el sol poniente enciende algunas chispas de oro... El oscurecer va entrando lentísimamente, como un sueño dulce y tranquilo; poquito á poco las chispas de luz se apagan una tras otra, y la nube color de rosa va subiendo, subiendo; los contornos son cada vez menos precisos, y los colores menos vivos; una media tinta que ya no es de rosa, sino violácea, se apodera de todo; se siente la hermosura del paisaje mucho después de haberse borrado ante los ojos, y mientras tanto, á galope tendido, los carruajes se alejan todos juntos, en torbellino, perdiéndose al poco rato entre las misteriosas y perfumadas callejuelas de la ciudad.

ANGEL SALCEDO RUIZ.

Perspectivas de viaje.

Puerto Saíd (Manila) 7 de Marzo de 1892.

II

PUEDO decir que desfilamos delante de aquel barco, verdadero monumento de las *Mensajerías francesas*, no sólo porque los pasajeros del *Isla de Luzón* nos habíamos colocado en fila á lo largo de las bordas, sino porque el paso del buque constituye por sí solo un desfile en toda regla: primero, el altivo castillo de proa, desde el cual se contempla la varia superficie del agua, como en Madrid contemplamos las bulliciosas ó solitarias calles desde la altura de un piso tercero; después, la sección de cubierta correspondiente, abigarrada ranchería, donde andan patriarcalmente amalgamados los viajeros y marinos, con las reses vacunas y de cerda mal enjauladas, con la volatería chillona, con los perritos bien cuidados de los viajeros de popa y con los múltiples repuestos de frutas y hortalizas, amén de los dos cañones de doce centímetros, uno por banda, que giran sobre sus montajes y toman posturas adecuadas á la nacionalidad de los buques y poblaciones que se presentan al paso; el entrepuente, extensa barraca levantada sobre cubierta, en cuyos senos trepida el vapor y rechina el acero, duermen y comen los pasajeros de segunda, se cocina y repostea para todos, radican los servicios de aseo y policía, y donde andan amontonados los bloques de hulla junto á los témpanos de

hielo, sendas delicias de calderas y comedores, y en cuya azotea campean, en primer término, el puente ó pabellón del capitán, henchido de maquinaria y erizado de instrumentos náuticos, las amplísimas chimeneas del horno, y después la espaciosa claraboya de la máquina con sus ventiladores de lona denegrida, rodeado todo ello de botes de salvamento, de alcahaces y cómodos escaños; otra sección de cubierta, amenísimo espacio, doblemente entoldado, donde á entrambos lados de la maquinilla y del palo mayor con sus adherentes, retozan los chiquillos, platican, perecean y duermen los mayores de ambos sexos, que gustan de vivir separados del mundo ó de toldilla; por fin, el comedor, elegante construcción, también sobre cubierta, con sus ventanillas enrejadas, sus pilares de hierro, sus bombillas para el alumbrado eléctrico y su piano en el testero.

Encima del comedor, y como formando el tercer piso del edificio flotante, la toldilla, magnífico salón al aire libre, desde el cual parecen imposibles los naufragios, se contempla el castillo de proa como una colina lejana recorrida por aventureros, y se repasa cien veces el cansado horizonte sin límites de Norte á Sur y de levante á Poniente.

¿Puede darse un desfile más lucido y pintoresco?

Tenebreaba aún cuando pasamos flanqueando el buque francés, debidamente emplazado junto al terrizo muelle, casi á retaguardia de los muchos que tenían sus proas apuntando hácia el Mediterráneo, y cuyas engarabadas siluetas semejabán bosquejos de artefactos diabólicos en espera de medrosa consigna para embestirnos y arrollarnos. Nos abocamos todos á la barandilla de estribor, y desde allí, á la turbia luz que despedían los flamereros, y á través de sus fuliginosos vapores, que se dilataban por la atmósfera cubriendo de anchos tizones la diáfana oscuridad de la noche, pudimos presenciar fugazmente la engorrosa maniobra de hacer carbón un barco. Cuatro espaciosas barcasas se hallaban atracadas al costado del navío postal, con sus compartimentos atestados unos de hulla, desocupados otros y á medio vaciar la mayor parte; una legión de seres atezados, sudorosos, sumisos, casi desnudos, hormigueaba dentro de aquellos compartimentos, removiendo el apetecido combustible, saltando de una embarcación á otra con la propia agilidad del mono, tan pronto abismados bajo una nube de polvo tosco, como erguidos sobre un rimero de mineral. No sé de qué punto de aquel endiablado torbellino de llamaradas y fumosidades, de luces y sombras, de materiales y faquines, de polvo y agua, salía desrollándose una hilera de confusos semovientes, que se encaramaban silenciosos por la escalera del buque, comprimiéndose mutuamente para no perder peldaño, y con sendas espuestas colocadas sobre la coronilla, desaparecían uno tras otro por la borda, internándose en la impenetrable oscuridad que se condensaba alrededor del monstruo, y yendo á depositar en las cavernosas entrañas de éste sus mercenarias ofrendas de *Cardiff*, para repetir la abrumadora operación tantas veces como fuese preciso, hasta saciar la voracidad de la inmensurable bodega.

Nuestro *Isla de Luzón*, después de reconocer su pequeñez ante aquel coloso marítimo, transpuso á paso lento el paraje, y siempre con la lancha del práctico á proa, desembocó en una nueva ensenada del prolongado puerto, detuvo la hélice y soltó los cabos que habían de sujetarlo á la boya; íbamos á fondear por primera vez después de haber zarpado de las playas de la Península, y el alborozo se retrataba en todos los semblantes desde uno á otro extremo del buque; pero no sabíamos la extraña diversión que nos aguardaba.

Una vez amarrado convenientemente el férreo

(1) Por una incesante distracción del encargado del ajuste, se publicó este artículo en el número anterior sin el párrafo final. Rogamos á nuestros lectores que perdonaen, y reproduzcan el artículo.

casco, y paseada la centésima mirada por el nocturno y misterioso panorama, ya más al alcance de nuestra comprensión, bajamos de toldilla, y el que más, el que menos, se metió en su camarote en busca de los avíos indispensables para desembarcar y regodearse un rato pisando tierra firme. Eso de que el suelo que le sustenta á uno ande siempre desnivelado y describiendo oscilaciones, ya transversales ya longitudinales, empeñado en hacernos á todos funámbulos, es de todo punto insufrible; como que uno de los viajeros, en el paroxismo del mareo, y con la mitad del mesenterio fuera de la boca, se lanzó contra el primer marino que hubo á mano, increpándole virulentamente porque al cabo de los años mil aún no se ha introducido en los barcos el uso de muelles, como en los vehículos terrestres, y gracias que, después de administrarle algunos reactivos, pudimos apaciguarle y persuadirle de que la excelente reforma se plantearía tan pronto como un gran centro de fundición norteamericano ultimase sus estudios acerca de este particular.

Ello es que mientras los pasajeros cruzábamos de un lado á otro, llamando á la familia ó á los amigos para disponer el plan de desembarco, y no pocos se remoaban el gatzate con una copita de anisado ó de ginebra para ahuyentar los últimos embates del sueño y esperar con más firmeza la hora del desayuno, invadieron la cubierta del vapor unas cuantas sombras chinescas, que en su desenfadado y certera dirección demostraban bien á las claras no ser aquella la primera vez que visitaban el barco. Eran un fiel retrato de los repulsivos fantasmas que acabábamos de ver trepando por las bordas de la mensajería francesa: negros, sucios, mugrientos, haraposos y con fisonomía de salteador de caminos. Las señoras á quienes cupo la desgracia de tropezar con ellos, se sobresaltaron y se apresuraron á refugiarse en lo más recóndito de sus aposentos, requiriendo en su auxilio la presencia de sus maridos ó parientes: algunos pasajeros, personas de estas machuchas y previsoras que por fortuna rara vez faltan en los grandes conflictos de la vida, se dignaron de advertirnos que no nos fiáramos mucho de aquella gentuza, y que procuráramos ante todo y sobre todo atrancar bien la puerta del camarote, alegando que aquellos madrugadores asaltantes no eran sino unos buhoneros que con el pretexto de subir á vender á bajo precio diversas quincallerías, espían la ocasión de colarse en las habitaciones sin alarmar á nadie y arrebañar lo que buenamente pudieran.

Yo obedecí matemáticamente estas indicaciones por aquello de que á Segura le lleven preso y más vale pájaro en mano que buitre volando, y, en efecto, á los pocos momentos supimos aterrorizados que aquellos malandrines ni eran buhoneros, ni salteadores, ni fantasmas, sino pura y simplemente los arraeces de algunas barcas, á quienes el capitán del *Isla de Luzón* había apalabrado para la compra de unas cuantas toneladas de hulla, y venían á enterarse del camino más corto para llegar á las carboneras del barco. Podía perdonarse el bollo por el coscorrón, porque si lo primero era peligroso, lo segundo resultaba espeluznante. ¿Quién será capaz de apreciar lo que significa para los pasajeros el anuncio de que el buque va á hacer carbón, sobre todo si el acto ha de efectuarse en un puerto como Puerto Saíd, entregado por completo á los reverberos de un sol desatado, sin cortapisa de ningún género?

Sin embargo, los inexpertos tomamos á broma lo del carbón, y aun creemos que podíamos felicitarnos de la ocurrencia, por cuanto nos proporcionaría el placer de observar una de las principales funciones de la navegación moderna, y además el de permanecer largas horas fondeados,

con amplia libertad de vagar á nuestro arbitrio por las calles de la población africano-asiática. ¡Habíamos leído tanto acerca de Puerto Saíd, de la dominación inglesa en Egipto y del canal de Suez! Y, además, ¿quién no siente vibrar hasta las últimas fibras de su alma al reconocer que de las dos costas terrestres que ciñen el fondeadero del buque, la una forma parte del bíblico imperio faraónico, cuyo suelo trillaron tantos ejércitos, y la otra encabeza la misteriosa península del Sinaí, en cuyas altas y caliginosas cumbres se promulgó el eterno decálogo de la moralidad humana? Por aquellas cercanías, precisamente por aquellas cercanías, desfilaron los sectarios de Mahoma, desafiando los ardores del sol, las inclemencias del clima, la avaricia de la tierra, para extenderse por el Norte de Africa, abordar más tarde las costas de España, y proclamar después en ella su soberanía desde las márgenes del Guadalete. ¿Sería posible que sucesos tan enormemente trascendentales no hubiesen dejado allí algunas huellas tangibles, patentes, reivindicadas? Pues qué, ese istmo de Suez, puente sangriento, testigo del encarnizado antagonismo entre las razas del Occidente y las del Oriente, ¿no era ya más que una simple factoría de Inglaterra y el canal de un ingeniero francés, cuyas ganancias se cotizan en las prosáicas Bolsas europeas como las pólizas de un empréstito cualquiera? Aquellos semovientes degradados, que se dedicaban á trasegar carbón de Cardiff de un barco á otro, ¿eran acaso los descen-

dientes de aquellos que levantaron las pirámides y tallaron las esfinges?

¡Pobre historia, cómo te han puesto!

F. AGUILAR Y BIOSCA.

•••

Puerto Saíd (Manila) 4 de Abril de 1892.

Difundíase entre tanto por la atmósfera la tenue claridad del alba, y con su auxilio se metamorfoseaban lentamente aquellas figuras informes, de contornos indefinibles, que bullían en confusa amalgama á nuestro alrededor: al recobrar la luz diurna su imperio, aparecieron las distancias, graduáronse las proporciones, surgieron los colores, y el paisaje se fué modelando. La mancha pasó á ser bosquejo, el bosquejo se trocó en boceto y éste en cuadro acabado: Puerto Saíd, la litigiosa colonia inglesa, el aborto del cosmopolitismo moderno, la primer llave de los mares orientales, la incongruencia mercantil más flagrante, el aduar de ayer y acaso el Liverpool de mañana, con sus recuerdos históricos, con sus lagunas y marismas, con sus rodales de palmeras, con sus hoteles y sus chozas, con sus abrasados arenales, con su horizonte de fuego y su polvorienta sequía, se desplegaba á nuestra vista sobre ambas márgenes de la tortuosa ensenada que forma la antesala del canal de Suez.

Como los preparativos para el aprovisionamien-



TIPO ARAGONÉS

to de carbón adelantaban rápidamente, los pasajeros de proa y entrepuente, ó sea, de tercera y segunda clase, vieron obligados á abandonar sus aposentos y buscar refugio en otra parte ante el temor de perecer asfixiados ó molidos; el ejemplo de lo que estaba sucediendo en el vapor de las mensajerías francesas era capaz de poner espanto en el ánimo más templado, y nadie se sintió dispuesto á aguardar en su albergue á que las nubes de hulla envolviesen el barco, é invadieran sus corredores las atezadas cuadrillas de esportilleros, atropellándolo todo y repartiendo tizonas á diestro y siniestro, sin tomarse la molestia de avisar antes con las frases preventivas de ¡agua val ó paso que mancho! Ante la inminente irrupción de aquellas hordas de carboneros, cuyos alarmantes preludios se multiplicaban por momentos, no había más remedio que bajar la cabeza, deponer bríos, cerrar la puerta, liar el petate, tomar la escalera de babor ó estribor, y largarse con la música á otra parte: el *Isla de Luzón* pasaba á ser merienda de negros.

Los pasajeros de primera clase se acuartelaron sobre toldilla, desde donde, y casi á mansalva, podían observarse todas las peripecias de la tragedia hullera, máxime si se tiene en cuenta que por medio de un telón de lona, colocado transversalmente, dividieron algunos marineros aquel departamento del resto del barco. Allí nos hallábamos, apenas amanecido, comentando unos el asunto del carbón, contemplando otros el panorama y disponiéndose los de más allá para el desembarco, cuando recibimos la visita de los baratilleros y mercachifles, cuyas malas mañas nos habían anunciado con tanta antelación; no se mostraron muy conformes los camareros con la presencia de aquellos señores en sitio tan reservado; pero las señoras se habían enfrascado ya en el regateo de precios, lisonjeándose de poder adquirir á poca costa algunas chucherías exóticas, y no fué posible expulsar á aquellos redomados beduinos, que lo mismo venden crucifijos y rosarios, que fetiches de Hotentocia, y que, como los rateros europeos, hablan en voz baja, llenos de enfático recelo, cuando tratan de darle á uno gato por liebre, ó sea níquel por plata y pedazos de cristal por piedras preciosas. En tretas de este género pueden dar quince y raya al más pintado.

Otro de los espectáculos con que os entretienen ó procuran entreteneros los indígenas de las colonias inglesas, es el de sumergirse en el agua y sacar del fondo de ella las monedas que se les arrojan. Apenas fondea el barco, salen de varias madrigueras destartadas canoas tripuladas por vocingleros granujillas, cuyos alaridos se oyen desde larga distancia, y que pugnan frenéticamente por adelantarse unos á otros, engendrándose con la tropelía estridentes altercados. Conocen perfectamente la nacionalidad de los buques y el carácter general de los pasajeros que conducen, según los puntos de su procedencia; así es que calculan de antemano la conducta que han de observar, los engaños de que podrán ser víctimas y los desquites que deberán tomar al menor asomo de burla. No tardó el *Isla de Luzón* en ver rodeada su popa de esta pillería anfibia, que con una insistencia digna de mejor causa nos aturdió los oídos, repitiendo la frase reglamentaria de *¡peseta á la mer!* medio española y medio francesa. Su agilidad para tirar los remos, saltar de la canoa y sumergirse de cabeza en seguimiento de la peseta, es asombrosa: no se les escapa ninguna moneda. Si algún chusco les arroja alguna de cobre envuelta en papel de estaño para figurar plata, recibe sobre el terreno, y en justo castigo, una mueca insultante, acompañada casi siempre de gestos indecentes, muy usuales también en los truhanes europeos.

Las canoas, ó *banças*, como decimos en Manila, de estos pilletes, tienen que librar á veces porfiados combates navales á unos terceros en discordia, verdaderas lapas de los vapores-correos, y precarios vampiros de los pasajeros á quienes cabe la honra de navegar en ellos. Tales son los boteros, los que acuden con una flota de lanchas al pie de la escalera para ofrecer sus servicios al primero que se los pague, amén de los abastecedores de carne, pescado, legumbres y cereales: el guirigay que entonces se arma es de lo más selecto que se ha inventado en la materia: por fortuna, los pasajeros, al menos los que viajan en barcos españoles, tampoco andan de acuerdo en ninguna cosa, y la barahunda se hace en extremo amena y deliciosa. Gracias que la tripulación del barco suele disentir de unos y de otros, y se concluye por hacer cada cual lo que le parece más conveniente, imponiéndose los que pueden ó se atreven más á los que pueden ó se atreven menos, siempre, eso sí, sin perder de vista los preceptos de la civilización occidental y los consejos de la buena crianza. Los boteros quieren estar más cerca que los abastecedores, los abastecedores ansían cobrar el importe de sus mercancías, para atender acto continuo al abastecimiento de otro buque que se dibuja en la barra: algunos pasajeros quieren saltar cuanto antes á tierra, y prefieren ver atracados á la escalera los botes de desembarque que los lanchones atezados de cestas y canastos. Figúrense el triste papel que desempeñan en tales casos los mozalbetes de la *peseta á la mer*, con sus raidas canoas á retaguardia de la refriega, con su mojado é infiel taparabos, con sus carnes atezadas y lampiñas, con sus extremidades larguiruchas y huesosas, sentados macilentamente en el cenagoso fondo de sus embarcaciones. La victoria se decide al fin en pro de los boteros, que presentan sus lanchas entapizadas y entoldadas, y que con expresivas invitaciones mímicas van seduciendo á todos los pasajeros, por reacios que sean. Los que llegan con jaulones repletos de volatería, con espuertas colmadas de pescado y fardos de verdura, se quedan esperando turno, sin que les valgan las sañudas invocaciones á Alá y á Mahoma; y los *peseteros*, en vista de los topetazos que reciben de todas partes, de las maldiciones que les descerrajan sus correligionarios, y de la indiferencia creciente con que los van tratando los bolsillos del pasaje de primera, se retiran á sus madrigueras, bogando perezosamente, y volviendo de vez en cuando la vista hacia atrás, por si acaso alguien lamenta su retirada y desea sacrificar una nueva peseta para la repetición de sus gimnasia acústicas, cosa que, como comprenderán nuestros lectores, no sucede nunca, ó al menos yo presumo que no sucede nunca.

Toda esta múltiple lucha nos cupo la honra de presenciar en aquel amanecer, no dejándonos apenas tiempo, ni vagar para enterarnos de otra cosa. Lejos de parar mientes en lo que había sido Puerto Said, en lo que era y en lo que puede llegar á ser, lejos de examinar desde el cómodo gabinete de la toldilla del *Isla de Luzón* el paisaje terrestre y marítimo de aquella población singular, donde en cierto modo parece que palpita el génio aventurero y dominante de Rómulo y Remo, aunque en diferente esfera, nos entretuvimos en provocar lances entre las diferentes estofas de barqueros y en espiar atentamente los resultados de los mismos. De suerte que empezamos por emplear dignamente las primeras horas de aquel 4 de Junio de 1891: debe de principiar á desarrollarse allí esa enfermedad, bautizada con el nombre de *chifladura* por los frenópatas de actualidad, que se apodera de los sesudos europeos al poco tiempo de su residencia en estos archipiélagos oceánicos.

A medida que desaparecían del costado del bu-

que las canoas de los peseteros y las lanchas de los abastecedores, mientras iban y venían del muelle, si es que era muelle un lindón de tierra contenido por troncos de árboles, los botes para viajero, atracaban al mismo diez ó doce gánguiles, sobrecolmados de hulla, y remolcados por lanchas de vapor. La fiesta iba decididamente á variar de aspecto. Todo se convertía en carbón: carbón por delante, carbón detrás, carbón por los costados, carbón por arriba y carbón por abajo: este es el siglo del carbón. Se abrieron de par en par, como abre las fauces un animal hambriento, las puertas del *Isla de Luzón*, y los gánguiles enarbolaron sus pontones para precipitar por ellas hulla y más hulla, según podremos describir en otra carta.

F. AGUILAR Y BIOSCA.

Lo que se le hizo al Rey de Persia

Voy á contar lo que pasó á un cierto gran Rey de Persia. Por supuesto, era rico y sus rentas ascendían á mucho más de lo que él podía gastar. Pues bien; un día, su capital fué invadida por un numeroso ejército musulmán que dió una tunda á los persas é hicieron prisionero al Rey. ¿Y qué crees lector que hicieron con él? ¿Crees que le hirvieron en aceite ó que le decapitaron? Nada de eso; no le hicieron daño alguno; sólo le encerraron en su propia tesorería, llevándose la llave en el bolsillo. Allí le tienes en un gran salón lleno de diamantes, perlas, esmeraldas, rubíes, zafiros y toda clase de piedras preciosas, además de una gran cantidad de dinero. Su Majestad se figuró que, teniendo todo en cuenta, no le iba muy mal, pues allí estaba vivo y sano y rodeado de todas sus riquezas, y dijo para sí: «los musulmanes no son tan malos; es verdad que han matado algunos miles de persas, pero eso no significa nada.» Poco después, sin embargo, se le antojó al Rey echar un bocado y trató de abrir la puerta; llamó, gritó y por fin dió patadas á la puerta, pero sin resultado, porque aunque los musulmanes le habían dejado su dinero omitieron hacer arreglos para que comiera; de manera que aquí estaba el Rey con dinero suficiente para comprarse todo el mercado de Covent Garden, pero sin un pedazo de pan para satisfacer las necesidades del estómago, ó una gota que beber. Ahora se ve lo que aconteció: unas tres semanas después, los persas se sublevaron, echaron fuera á los musulmanes y fueron en busca del Rey, y por fin le hallaron en su tesorería, tirado en el suelo, habiendo fallecido de hambre.

Ahora, lo más particular es que, el que no es muerto de golpe, se muere de hambre, como le sucedió al Rey de Persia. ¿No lo crees tú, lector? ¡Veremos! El Sr. Matthew Clayson, que vive en núm. 206 Thomás Street, West Gorton, Manchester, un hombre honrado, como nos consta, el día 26 de Diciembre último escribió á Londres, y en su carta dice: «No podía comer lo que se me ponía delante». ¿Por qué no? El dice que se encontró en este estado en Mayo de 1890; hasta entonces siempre se había encontrado sano, robusto y con mucho ánimo;

después empezó á sentirse pesado, adormido y sin ánimo para nada. «Empecé,» dice él, «á sentir gran opresión en el pecho y á los costados, aun después de haber participado de la comida más sencilla y ligera, acompañada de dolores fuertes de vientre. Apenas podía respirar y en via á mi empleo, tenía que descansar con frecuencia y batallar para recobrar mi aliento. Más tarde me entró una tos desagradable, y cuando me levantaba de la cama me parecía que me iba á sofocar; lo que continuaba por algunas horas. Siempre estaba sin aliento, y la gente me decía que estaba padeciendo de asma. De día en día me hallaba peor y no encontraba ni satisfacción ni goce en la vida. Día y noche estaba abatido y con dificultad iba y volvía de mi trabajo. Fui á un médico en Clowes Street quien me dijo que estaba padeciendo de influenza y bronquitis y me dió medicinas que no me aliviaron. Viendo el mal estado en que estaba, los jefes de la casa donde estoy empleado me dieron permiso para ausentarme y me aconsejaron cambio de aire. Fui á la isla de Man, pero estuve malo todo el tiempo que permanecí allí, y regresé á casa peor de salud que cuando salí de ella.

«A fines de Setiembre de 1890 fui á dar un paseo en coche hasta Bowdon, y allí un amigo mencionó El Jarabe Curativo de la Madre Seigel, añadiendo que le había curado. Compré una botella en el almacén de Cadman en Clowes Street, y fué tan grande el alivio que en unos pocos días me sentí que podía correr á mi trabajo y como si me hubiesen levantado un gran peso de encima. Cuando concluí la botella ya estaba bueno y desde entonces no he vuelto á sentir más dolores ni falta de respiración.

Hace cuarenta años que he vivido en esta vecindad y veinte y ocho años que trabajo en la misma casa.

(Firmada) MATTHEW CLAYSON.»

El Rey de Persia pereció entre sus joyas porque no tenía que comer. Personas que sufren de indigestión y dispepsia, tienen dolores y con frecuencia mueren en medio de la abundancia, porque no pueden comer. A nuestro amigo el Sr. Clayson casi le sucede lo mismo. El asma, que es causada por los nervios, envenenados por mala sangre, es uno de los síntomas. Ahora dime: ¿Has conocido á alguna persona que sufra de alguna enfermedad seria mientras pueda comer bien y digerir lo que coma? No, ni jamás lo verás. ¿Y por qué no? Porque la enfermedad empieza con indigestión y concluye el enfermo por morirse de hambre. Así sería si la Madre Seigel no pudiera curarlo. De todos modos el Sr. Clayson cree que lo puede curar y de ese modo piensan muchas otras personas.

Al dirigirse el lector á los Sres. A. J. White, Ld., de la calle de Caspe número 155, Barcelona, tendrán estos señores mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado explicando las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está en venta en todas las farmacias. El precio del frasco es de 14 reales, y el del frasquito, 8.

BANCO DE ESPAÑA

El Banco de España establece en Madrid un nuevo servicio de depósitos cerrados ó cajas de alquiler, en las condiciones siguientes:

- 1.º El que desee obtener uno de estos depósitos ó cajas situadas en local seguro, dentro del edificio del Banco, lo solicitará por medio de carta escrita de su puño y letra, dirigida al señor gobernador, en la que exprese el nombre, domicilio y profesión del solicitante, tiempo del depósito y clase de caja que desee.
- 2.º El Banco entregará al interesado la llave de la caja alquilada, con el número de ella y otro número correspondiente al asiento de su cuenta, previo pago del derecho de custodia correspondiente á la clase de caja y tiempo del depósito, con arreglo á la tarifa establecida.
- 3.º En la caja podrá depositar la persona que la hubiese obtenido papeles, valores ó los objetos que guste, dejándola cerrada bajo la llave que conservará en su poder.
- 4.º Sólo el mismo depositante podrá abrir la caja, á cuyo efecto, cada vez que se presente con este fin en la oficina correspondiente, deberá dar su nombre, el número de su cuenta, exhibir la llave y firmar en el libro destinado á ello para identificar su persona.
- 5.º Mediante esta identificación, se le dará entrada en el local donde las cajas están situadas, pudiendo abrir y cerrar la suya, retirar y depositar en la misma lo que le parezca conveniente, cuantas veces quiera, durante su abono.
- 6.º Las visitas de estos depósitos ó cajas se podrán hacer durante las horas ordinarias de despacho, de diez de la mañana á cuatro de la tarde.
- 7.º El Banco podrá reconocer, si lo estima conveniente, la clase de objetos que se confían á su custodia en el momento de depositarlos.
- 8.º La tarifa de los derechos de custodia que se satisfarán por los depósitos, será la siguiente:

Número de cada clase de cajas.		DIMENSIONES			ABONOS			
6	5	4	3	2	1	Por mes.	Por semestre.	Por año.
0m33	0m42	0m36	0m45	0m22	0m32	5	25	40
0m38	0m38	0m48	0m48	0m48	0m23	10	50	80
0m33	0m33	0m33	0m33	0m33	0m33	15	75	120
0m33	0m33	0m33	0m33	0m33	0m33	20	100	160
0m33	0m33	0m33	0m33	0m33	0m33	25	125	200

9.º El vencimiento del tiempo del abono sin renovarlo, ó sin devolver al Banco la llave de la caja, dará lugar á exigir los derechos de custodia por un período de tiempo igual al del abono vencido, dando motivo á abrir la caja, con la

formalidad de levantar un acta notarial en que se exprese el contenido, guardando éste cerrado, lacrado y sellado, y dando lugar también á la aplicación de las disposiciones legales relativas á la prescripción de acciones, respecto á la reclamación de las cosas que se custodiasen en la caja. Serán de cuenta del depositante los gastos que se ocasionen por razón de la mencionada acta notarial, ó por otro cualquier concepto que sea consecuencia del cumplimiento de lo establecido en esta condición.

10.º El extravío de la llave dará lugar á que se reponga á costa del depositante, abonando éste todos los gastos que ocasione el extravío.

11.º El depositario podrá apoderar, en forma legal, persona que abra la caja, dando á conocer la firma del apoderado, el cual deberá presentar, con el poder, el número y la llave á que se refiere la regla 4.º

12.º En caso de defunción del depositante, se procederá con arreglo á derecho y á lo establecido en los estatutos y reglamento del Banco.

13.º El Banco responde de la seguridad de la caja alquilada y de que permanecerá cerrada en la forma que el depositante la haya dejado.

Madrid 10 de Mayo de 1892.—El secretario general, Juan de Morales y Serrano.

Consejo para no ser jamás engañado

El excelente jabón de los Príncipes del Congo, el más conocido, el mejor y más perfumado de todos los jabones de tocador, se vende en todas partes. Pero exigid el NOMBRE VICTOR VAISSIER, DE PARIS, porque se venden artículos similares que solo son groceras imitaciones de este fino jabón.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis. Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

OBRAS COMPLETAS

DE

DON MANUEL POLO Y PEYROLÓN

Lujosamente encuadernadas en tela, con plancha dorada del mejor gusto, todas del mismo tamaño y al módico precio de tres pesetas volumen, se han puesto á la venta, en todas las librerías católicas, las siguientes:

- Seis novelas cortas.
- Páginas edificantes.
- Quien mal anda...
- Discursos académicos.
- Vida de León XIII.
- Sacramento y concubinato.

Poco á poco se dispondrán de la misma manera todas las demás. Para las suscripciones, dirigirse al autor en Valencia, calle de En-Bou, 7.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 2
1892

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.º GIROD
Sucesor de Losada.

PERUJO-ANGULO
DICCIONARIO
DE
CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.—TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.



Establecimiento de la Casa real de Baviera
para Vidrieras de Colores

F. X. Zettler, Munich, Baviera

Se recomienda por la ejecución de pinturas sobre vidrio de todos géneros y estilo.
Entre otros muchos trabajos se han hecho en España:

Siete ventanas para la Catedral de Búrgos (en la principal pintada la Asunción de la Santísima Virgen), en la Catedral de Oviedo, en las iglesias de los P. P. Jesuitas de Santander, Bilbao, en Osuna, Barcelona, Madrid, etc.

Premiado con Medalla de oro en la Exposición de Barcelona, además 10 Medallas, 9 Orden.

Dibujos y presupuestos de gastos á disposición de los solicitantes. Precios módicos.

Entre los trabajos salidos recientemente de los talleres de este Instituto, se encuentran dos grandes pinturas sobre vidrios destinadas á reemplazar en la caja de la escalera del Papa en el Vaticano, las ventanas, con las figuras colosales de los Santos Pedro y Pablo, recientemente destruidas por la explosión de pólvora á Roma.

Su Santidad el Papa León XIII confió á dicho Instituto la reposición de estas ventanas.

FÁBRICA DE GUANTES
J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes, novedad en piel caballo, Rusia, cabrito, cordeiro, Suecia, gamuza y lana.

Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

ESPECIALIDAD EN GUANTES Á LA MEDIDA
7, Fuencarral, 7

POLICARPO RUBI

Grandes almacenes al por menor.

15, JACOMETREZO, 15

Tengo el gusto de poner en conocimiento de mi numerosa y distinguida clientela que he recibido un inmenso surtido en géneros propios de la presente estación, que venderé á precios tan reducidos como ya de antiguo viene haciéndolo esta Casa. Recomiendo al mismo tiempo las ricas Holandas, Retortas, Mantelerías, Géneros de punto, Corsés, Ropa blanca, Cutíes, Piezas de tela blanca en hilo y algodón, Lanas, Merinos, Gradinas, Velos toalla, Toquillas de seda y pelo de cabra, é infinitud de artículos. Preciosos Satenes á 1,50; Batistas flores, gran novedad, á 0,60; Percales desde 0,25.

Se hacen camisas á la medida con perfección y economía.

ES DIGNA DE SER VISITADA LA NOTABLE
EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS

Y

coronas.

DE

G. KUHN SEIS SALONES CRUZ. 42
Pisos principales.

Sección 1.ª—Flores para vestir. 2.ª—Ornato de salón.—3.ª Flor para iglesia.—4.ª Flor para cementerio.—5.ª Material para flores.—6.ª Plumas y azabache para sombreros.

Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar,—y modelos de cristalería, mayolica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

LOS QUE TENGAN TOS
va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, use el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

SEÑORAS

La perfumería

THOMAS

es la que vende la perfumería fina á precios reducidos.

La perfumería

THOMAS

es la que vende los perfumes sueltos para el pañuelo á 5 reales onza; el **Heliotropo blanco**, perfume fino, delicado y muy permanente, á 6 reales.

La perfumería

THOMAS

es la que presenta en sus anaqueles un millón de caprichosos objetos con perfumes ó sin ellos, para regalitos de poco precio.

La perfumería

THOMAS

está situada en la calle **MAYOR, 36**. Fijarse bien en las señas: número 36, entre las calles de Coloreros y Bordadores.

Los precios son fijos, marcados en los objetos.—Prohibido el regatear.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO CERVANTES BALMES CISNEROS

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVII.—TOMO XV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	1,50 pts.
Tres meses.....	4 "
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

NÚMERO 10.—Madrid 31 de Mayo de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	12 francos.
Un año.....	22 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fs.
Un año.....	5 "



LA CUNA VACIA

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—La Pasión de Jesucristo, por el P. Miguel Mir.—Nuestro arte religioso, por José Freixas.—Una poesía cristiana, por Angel Salcedo.—El día del Saco, por Jesús Valdeobro.—Reclamos.—Anuncios.

GRABADOS

La cuna vacía.—Señora doña Antonia Díaz de Lamarque.—Puerta de bronce en la plaza de San Marcos.—Vista de la ciudad de Dantzig.—Vista de Cooch, en Rusia.—Puerta en la provincia de Guadalupe.

LA QUINCENA

La Iglesia ha conmemorado en la pasada quincena el augusto Misterio de la Ascensión del Señor, que constituye una de las más grandes solemnidades del Catolicismo. Todos los esplendores del culto se reúnen para solemnizar este día, que, como canta la musa popular, es uno de los tres jueves del año que resplandecen como el sol en su cénit. Y en efecto, son tan augustos y trascendentales los Misterios que en estos tres jueves del año conmemora la Iglesia, que ellos iluminan con claridad sobrehumana las misteriosas profundidades de la conciencia del hombre, y vienen a constituir el centro del mundo moral, a la manera que el sol es centro del mundo planetario y anima con su calor y su luz a toda la naturaleza. Los templos de la corte han presentado en dicho día el aspecto de las grandes festividades; llenos de bote en bote desde las primeras horas del día, semejaban verdaderos jardines; tanta era la profusión de flores que los adornaban y con sus perfumes embalsamaban el ambiente, mezclándose con el místico aroma del incienso, que ascendía en fantásticas espirales del fondo de los turbidos de oro. Santuosas colgaduras, magníficos ornamentos, multitud de luminarias, voces armoniosas; todos cuantos elementos pone la liturgia al servicio del culto católico para ennoblecerlo y sublimarlo a los ojos de los fieles, se han reunido en dicho día en los templos de la corte; de modo que la solemnidad ha resultado, en un todo, digna del sublime Misterio que se conmemoraba y conforme con lo que exigen las piadosas tradiciones de los católicos madrileños.

En las primeras horas de la mañana fué administrado el Sacramento de la Eucaristía a los niños y niñas que, por vez primera, se acercaban a la sagrada mesa; acto conmovedor y sublime que atrae involuntariamente las lágrimas a los ojos de los que los contemplan, é inspira en los entendimientos saludables y profundas reflexiones.

En la noche del sábado 21 ha presenciado el Centro instructivo del Obrero de esta corte una verdadera solemnidad. El Ilmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá se presentaba en dicho Centro a pronunciar su anunciada conferencia acerca de «El criterio de la Iglesia en la cuestión social».

¿A qué ponderar de nuevo las relevantes dotes de erudición y talento que adornan a nuestro amadísimo Prelado? Desde que en la Isla de Cuba comenzó a destacarse su figura como heroico defensor de los derechos de la Santa Sede, su nombre es uno de los más ilustres entre los que abrilantan los anales contemporáneos de la Iglesia española; y su elevación al Episcopado sólo sirvió para poner más de relieve las virtudes que lo adornan, y para demostrar que bajo aquel exterior, fiel reflejo de la mansedumbre evangélica, se ocul-

ta un carácter que siempre está a la altura de las circunstancias, por difíciles que sean.

Nuestro Reverendísimo Prelado no defraudó en el Centro instructivo del Obrero las esperanzas, aun de los más exigentes. Escuchado con la religiosa atención que imponía al acto el doble carácter de sabio y de apóstol propio del conferenciante, y con el respetuoso silencio que tan alto habla en pro de la corrección y discreta cortesía del numeroso público que llenaba la sala, formado en su mayor parte por los socios de aquel importante Centro y las familias de los mismos, solamente fué interrumpido este recogimiento para manifestar con sus bravos y atronadores aplausos la relación de simpatía y perfecta homogeneidad que existía entre los conceptos é ideas expuestas por el Prelado y el ánimo de los que le escuchaban.

Imposible nos es, atendiendo al espacio de que disponemos, dar a nuestros lectores idea, siquiera fuera en extracto, del hermoso discurso pronunciado por el Ilmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, escuchado con verdadero recogimiento por la numerosa concurrencia que llenaba los amplios salones del Círculo; ni podemos seguir al ilustre conferenciante en la brillante carrera de su pensamiento filosófico, exponiendo en minucioso análisis la historia de las escuelas anarquistas y colectivistas, con esa claridad que es patrimonio exclusivo de los entendimientos superiores, y con ese amor a los ignorantes y a los extraviados, propio del saber profundo y verdadero.

El Sr. Obispo terminó su magnífico discurso con una sentidísima exhortación a los obreros para que no divorcien sus gremios de la Religión, a fin de emular a los héroes que, manejando los mismos instrumentos de trabajo que ellos, han llegado al cielo y a su santificación, y para que usen de sus libertades y derechos para llevar a los Parlamentos hombres que propongan y busquen la armonización del trabajo y el capital.

Estas últimas palabras arrancaron de la concurrencia una entusiasta y merecidísima ovación.

El *Movimiento Católico* ha publicado en hoja extraordinaria el discurso de nuestro sabio Prelado; y nuestros lectores harán perfectamente en adquirirlo para saborear las innumerables bellezas que atesora tan hermoso trabajo.

Después de grandes trabajos y de innumerables cabildos se ha podido dar solución a la crisis italiana, constituyéndose un ministerio bajo la presidencia de Giolitti, entrando Brin a dirigir las relaciones internacionales, y continuando el general Pelloux en el ministerio de la Guerra.

A juicio de todo el mundo, el nuevo ministerio durará lo que las rosas; y aun esta vida tan efímera que le aguarda ha de ser puramente artificial, y por lo tanto anémica.

Le *Moniteur de Rome* lo ha llamado ya Gabinete Crispi sin Crispi. Antes de seis meses, dice, asistiremos al regreso triunfal del dictador; este ministerio es la vanguardia de su ejército.

No hace un mes inspiraba Crispi un miedo cerval a los políticos de la Italia una; su solo nombre hacía en la Cámara el efecto de un espantajo. Intervenia Crispi en los debates, pues ya se sabía, mayoría imponente al lado del Gobierno. Sentado allí en las alturas de la Cámara, solo, aislado, sin hablar con nadie, tenía todo el aspecto de un apestado. Ya sólo contados amigos eran bastante valientes para acercarse a su sitio y estrechar su mano. Si hacía uso de la palabra, los murmullos y las imprecaciones ahogaban su voz. Los diputados sentían una especie de feroz regocijo al escarner y patear su cadáver.

Pero hé aquí que el cadáver resucita ahora. ¿Cómo explicar un fenómeno tan extraño y tan inesperado?

Le *Moniteur* lo dice. La última crisis ha venido a poner de manifiesto con irresistible evidencia que en la Italia oficial no hay hombres. No hace muchos días hemos visto a la monarquía, provista de la linterna de Diógenes, buscando un hombre que no ha encontrado por fin. El Rey debe contentarse con los figurones provisionales que desaparecerán de la escena en cuanto se cambie la decoración.

Entonces aparecerá Crispi. Nadie se forja ilusiones respecto a la capacidad gubernativa de este aventurero político. Se le ha visto en su régimen de cuatro años, que han sido los más funestos de la historia contemporánea de Italia.

Sus mismos amigos deben reconocer que Crispi es un cualquiera, pero colocado entre las medianías de Montecitorio, se echa su personalidad como una esfinge del desierto; la voluntad y la audacia suplen en él al genio; posee una cualidad que es necesaria a todo político: la confianza en sí mismo.

Nosotros no habíamos creído nunca en la desaparición política de Crispi; estábamos firmemente persuadidos de que este nefasto personaje no había pronunciado todavía su última palabra. Pero hoy creemos que aparecerá en el escenario político de Italia mucho antes de lo que era de esperar.

No nos atrevemos a profetizar el nuevo capítulo de la historia que inaugurará la segunda dictadura de Crispi; mas hay que esperar todo género de sorpresas.

Pero en su lucha con el Pontificado sucumbirá de nuevo. Aparte las promesas inmortales que aseguran a éste la victoria definitiva, y miradas las cosas desde un punto de vista puramente humano, Crispi está condenado al papel de vencido; porque si el resulta un hombre entre las medianías que lo rodean, los acontecimientos están demostrando que León XIII, ese pacífico octogenario, es aún más hombre que él.

Con el título *León XIII ante sus contemporáneos*, acaba de aparecer un libro interesantísimo, donde el autor ha reunido los juicios emitidos por los más distinguidos personajes de nuestro tiempo acerca de la insigne personalidad de León XIII.

En un mostico verdaderamente curioso se encuentran allí los nombres más diversos y se emiten los más opuestos y antagónicos juicios: figuran allí Mr. de Blowitz, Emilio Castelar, Crispi, Bovio, Bonghi, y a su lado monseñor Isoard, monseñor Thomas y Cánovas del Castillo.

Muchos de los personajes a los que se ha dirigido el autor de este libro, Mr. Boyer d' Agen, han rehusado emitir dictamen; unos por incompetencia, como Mr. Zola; otros por oportunismo, como Gladstone, el duque de Broglie y Mr. de Freycinet.

Alejandro Dumas respondió que «quería reservar sus ideas respecto al particular para no escandalizar a nadie.» Ruiz Zorrilla dijo que «el estado de su salud no le permitía escribir en tan breve plazo, y a pesar de tratarse de un Papa que tanto vale, acerca de una materia que está fuera de sus habituales ocupaciones».

Tal cual es este libro se consultará siempre con interés, y probará, aun a los más escépticos é indiferentes, el elevado y superior concepto y la posición moral conquistada en nuestros días por el Pontificado y el prestigio universal que rodea al nombre de León XIII.

Es el señor marqués de Cerralbo un prócer ilustre, que no contento con ser fiel depositario del tesoro de glorias que le legaron sus mayores, procura aumentar el brillo de los heredados blasones con victorias alcanzadas en las nobilísimas lides de la inteligencia y de la palabra, propias de nuestro siglo. Enamorado del pasado glorioso de nuestra patria, con el que se halla tan íntimamente ligada la brillantísima historia de su egregia casa, se ha consagrado con ardor a los estudios históricos y al conocimiento de aquella hermosísima lengua cuyo secreto parece haberse perdido, ó ser en nuestros días revelado á muy pocos, en la que expresaron sus elevados pensamientos los hombres que, descubriendo el nuevo mundo y paseando por toda la redondez de la tierra sus banderas victoriosas, llegaron á constituir, bajo el cetro de los reyes de España, el imperio más extenso, rico y poblado de que hacen mención los anales de la humanidad.

En la noche del martes 24 del corriente, pronunció el marqués en el Ateneo de esta Corte su anunciada conferencia acerca de «El Virreinato de Méjico.»

No nos es posible dar idea, por mucho que quisiéramos concretarnos, del brillante discurso con que el señor marqués de Cerralbo ha puesto una vez más de relieve sus envidiables dotes de orador, de consumado hablante, y de historiador imparcial y amante, como pocos, de las glorias de su patria. Contra lo aseverado por algunos escritores extranjeros, en su afán de amenguar el brillo de nuestras indiscutibles grandezas, demostró elocuentísimamente el marqués que España se hizo acreedora, por su conducta en aquellos recién descubiertos países, al agradecimiento de la humanidad. Nuestra patria importó á Méjico todos cuantos adelantos había conquistado en aquel tiempo la civilización y fundaciones de todo género, establecimiento de los medios civilizadores que Europa poseía, desarrollo de la riqueza, fomento de la cultura, todo fué parte para que en poquísimos tiempo y bajo la enérgica y paternal administración de los Virreyes, se convirtiera en nación cultísima lo que era país bárbaro, teatro de costumbres absurdas y abominables.

El señor marqués de Cerralbo expuso, además, en elocuentísimos períodos, cuáles fueron los móviles que impulsaron á los conquistadores á realizar esa empresa casi milagrosa; pintó la influencia que en todos aquellos magnos hechos tuvo el sentimiento religioso, y tuvo palabras de recuerdo para los soldados que los realizaron y para los reyes que tan perfectamente supieron cumplir con la misión que Dios les había confiado y ser fieles intérpretes del espíritu nacional.

He aquí las últimas palabras del discurso, palabras que fueron saludadas con triple salva de aplausos:

«Aún queda allí la sonora lengua castellana para que tengan expresión los sentimientos de gratitud que nos deben los americanos, y para que entiendan, con ejemplo el legislador, con deleite el sabio y con verdad el pueblo, nuestra historia, nuestras leyes, nuestro amor y nuestras oraciones.

Y á Dios lleguen y acoja las que le dirigimos por la felicidad de América, y porque en Méjico no falten jamás, en su gloria y en su beneficio, gobernantes como los Virreyes españoles y Códigos como las benditas leyes de Indias.»

En un mismo día han dejado de existir los señores D. Manuel Silvela, D. Manuel Falcó d'Adda, duque de Fernán-Núñez, y el general de división D. José Pascual de Bonanza y Soler. Los tres han brillado, con más ó menos fortuna, en el vasto escenario de la vida pública, y son acreedores,

por tanto, á que el cronista dedique algunas palabras á su memoria.

Fué D. Manuel Silvela hombre de templadísima ideas; enemigo de los excesos revolucionarios, que se avenían mal con la índole de su carácter, propenso en todo á la moderación; tranquilo por temperamento; contrario á todo radicalismo, y aficionado á buscar en todas las cosas, y más particularmente en las que atañen al gobierno de los pueblos, ese equilibrio y justo medio cuya posesión ha constituido el supremo ideal de las escuelas conservadoras en nuestros días.

Como literato, principió joven; se dió á conocer bajo el seudónimo de *Velista* en *La Ilustración Española*, en *El Heraldo* y en *El Diario Español* con muy ingeniosos artículos críticos, escritos con fina ironía y con sal, tales como «El abogado de pobres,» «El Diccionario y la gastronomía,» «El perfecto novelista,» pero absorbido pronto por los trabajos forenses, á los que le impulsaba el deseo de crearse una posición independiente, apenas volvió á ocuparse en la amena literatura, hasta que, electo académico numerario de la Española, leyó en el acto de la recepción su bello discurso sobre «Influencia en el idioma y en el teatro español de la escuela clásica, que floreció desde mediados del pasado siglo,» que fué contestado por el Sr. Cánovas del Castillo. Ambos discursos merecen ser consultados por cuantos quieran conocer la literatura española del siglo XVIII. También coleccionó, con auxilio del Gobierno, las «Obras póstumas de don Leandro Fernández de Moratín,» que contienen materiales de muy subido precio para la vida de aquel poeta y algunas cartas interesantes desde el punto de vista literario.

Como orador parlamentario rayó á gran altura, pues poseía todas las cualidades necesarias para ello; ingenio, instrucción, oportunidad, frase correcta, noble presencia y voz extensa y agradable. El final del discurso que pronunció en las Cortes Constituyentes de 1869, con motivo del envío de considerables refuerzos á Cuba, puede considerarse como modelo de oratoria patética y efectista.

Poco hay que decir del duque de Fernán-Núñez. De origen italiano, y casado con la señora duquesa del mismo título, condesa de Cervellón, de la más rancia é insigne nobleza castellana, se distinguió por la habilidad con que supo administrar las pingües rentas de su casa y por el esplendor que siempre revestían sus fiestas y saraos. Al decir de los que le trataban, era muy clara su inteligencia y su trato siempre afable y ameno. Algunos periódicos han asegurado que eran cuantiosas las limosnas que hacía entre los pobres del barrio en que se alza la histórica morada de Cervellón.

El general Bonanza era un heroico soldado que en las campañas de Santo Domingo y de Cuba derramó abundantemente su sangre en defensa de la integridad de la patria. Jamás se mezcló en las luchas ni en las intrigas de la política, y fué siempre fiel cumplidor de sus deberes, habiendo obtenido casi todos sus empleos sobre los campos de batalla ó como resultado de su comportamiento en los mismos.

Dios haya acogido sus almas en el seno de su infinita misericordia.

•••

También en Sevilla acaba de fallecer la señora doña Antonia Díaz de Lamarque.

En artículo aparte va un juicio crítico de esta eximia escritora, una de las más ilustres entre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en los pasados como en el presente siglo.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

La cuna vacía.—(Pág. 145.)

Grandiosa y poética en su sencillez es la escena representada por el artista en esta sentidísima composición. Una madre sentada al lado de la cuna vacía, desde la cual el niño adorable que voló al cielo le prodigara en otros días sus sonrisas y sus inocentes caricias, y aguardaba con ansiedad los besos y cariños de la que le diera la vida. Ved á la madre con los ojos fijos en el sitio que ocupaba su pequeñuelo, al que todavía contempla con los ojos de la imaginación, no pudiendo avenirse con la idea que para siempre se ha separado de ella aquel amadísimo fruto de sus entrañas.

Señora doña Antonia Díaz de Lamarque.—(Pág. 148.)

(Véase el correspondiente artículo).

Puerta de bronce en la plaza de San Marcos.—(Pág. 149.)

No hay un rincón de Italia en el que no se encuentre algo digno de admiración. Dar á conocer las bellezas artísticas de aquella tierra privilegiada, es educar el sentimiento estético de los que no han tenido la suerte de contemplar de cerca tan espléndidas bellezas.

Vista de la ciudad de Dantzig.—(Pág. 152.)

Esta hermosa ciudad, cabeza de la provincia de su nombre, está situada en la margen izquierda del Vístula, y casi en el punto de la desembocadura de éste en el Báltico. Según Busching, debió ser ya una ciudad floreciente allá por el año 997, y no una simple villa ó aldea; pero poco después se desvaneció su brillo y no vuelve á figurar de nuevo con esplendor hasta los años de 1160 á 70; la guerra de Taldemaro I, rey de Dinamarca, parece haber dado lugar al establecimiento de una colonia danesa en aquella posición ventajosa, y se explica fácilmente su nombre moderno de Dantzig por Dans-vig, puerto á golfo dinamarqués. Los caballeros teutones la agrandaron y fortificaron luego. En 1451, cuando se puso bajo la protección y dominio eminente de Polonia, esta potencia le garantizó la posesión de varios privilegios importantes, entre los cuales, el de la navegación exclusiva del Vístula, fué uno de sus más ventajosos, puesto que la hacía dueña de todo el comercio marítimo de Polonia. Hasta 1795 se mantuvo en posesión de todos estos privilegios; de suerte que podía considerársela como una especie de república independiente, aunque reconocía la soberanía de Polonia. Hoy forma parte del reino de Prusia, y es el primer puerto militar del imperio alemán.

La ciudad está mal construida, particularmente el barrio llamado *Altstadt* (ciudad vieja); los pórticos, demasiado salientes, hacen estrechas las calles y desfigurán los edificios; el arrabal llamado *Vortadt* tiene más regularidad; hay también otro barrio que se distingue con el nombre de *Rechstadt* (ciudad recta), porque sus calles están perfectamente alineadas. En el de *Niederstadt* (ciudad baja) se encuentran algunas bonitas casas y una de las calles más hermosas de la ciudad, llamada *Lang Graben* (foso largo). La Catedral, que posee un magnífico altar mayor, es un edificio suntuoso; después de ésta, merecen citarse la Casa Consistorial, el gran arsenal, la Corte de los Nobles, el antiguo Colegio de los Jesuitas y el teatro. Entre sus 21 iglesias parroquiales, trece pertenecen á los evangélicos-luteranos, cuatro á los reformados y cuatro á los católicos.



SEÑORA DOÑA ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

Falleció en la segunda quincena de Mayo de 1892.

Un Observatorio Astronómico, un gran Gabinete de historia natural, varias Sociedades científicas, un gimnasio académico ó instituto de segunda enseñanza, con una biblioteca de 30.000 volúmenes, una escuela de artes y dibujo y un instituto real de navegación, demuestran la afición á las ciencias de los habitantes de Dantzig. La ciudad está rodeada de fortificaciones; el puerto está formado por la desembocadura del Vistula y defendido por los formidables baluartes de Munde y de Weichselmunde; la rada, ó lo que se llama propiamente el golfo de Dantzig, consiste en la parte del mar que se encuentra resguardada de los vientos del Norte por la lengua de tierra sobre la cual está situada la pequeña población de Hela. Dantzig posee además un *werder*, ó isla baja y fértil, entre el Vistula y el Motlan. Mientras fué ciudad libre poseyó un inmenso comercio de granos, maderas, cáñamos, como igualmente importantes manufacturas; era el mercado general de toda la Polonia, que cambiaba allí los productos en bruto de su vasto territorio por los artículos y objetos del lujo europeo. Hoy sostiene un inmenso comercio de cereales, posee fábricas de aguardientes muy afeadas, molinos harineros, refinadores, y hace una exportación considerable de maderas, ámbar, huesos, sebo y otras materias. Su puerto recibe anualmente más de 3.000 buques de todas dimensiones, y á no dudar, hay que considerarla como la más importante de las ciudades marítimas del imperio alemán. Un ramal de camino de hierro la pone en comunicación con Berlín.

Los habitantes acomodados de la ciudad poseen lindos chalets y hermosas casas de campo

en las aldeas circunvecinas de Ohra, Zoppot y Oliva. En esta última existen una fundición de cobre, siete fraguas, una fábrica de papel, y existía una riquísima Abadía, cuya iglesia llama hoy todavía justamente la atención. Zoppot, situada á la orilla del mar, viene siendo, desde 1822, un establecimiento de baños muy agradable y frecuentadísimo. El camino que conduce á Berlín pasa por enmedio de esta aldea.

Entre los muchos sitios que ha sufrido esta plaza en la sucesión de la historia, merece especial mención el largo y memorable asedio que le pusieron los franceses en 1807, después de la batalla de Eylau. El sitio de Dantzig por el ejército francés es considerado como uno de los más famosos de la historia y acaso el más digno de estudio de los tiempos modernos. Bajo los muros de esta plaza se cubrieron de gloria el general de ingenieros Chasseloup, que dirigió los trabajos del asedio, y el mariscal Lefebvre, que mandó el ejército sitiador. También se hizo digno de los aplausos de la posteridad el anciano mariscal Kalckreuth, defensor de la plaza, que hizo por conservarla prodigios de valor y habilidad; el antiguo discípulo del gran Federico se mostró digno en un todo de la gran escuela militar en que se había formado.

Vista de Cauch, en Rusia.—(Pág. 153.)

Este dibujo está tomado de un cuadro original del ilustre artista B. Maasfeld. Cauch, situada en la provincia de Hesse, distrito de Nassau, es una población de corto vecindario, que no ofrece nada de particular á la atención del viajero más que su bellísima posición y los hermosos campos que la rodean; pero se ha he-

cho famosa en la historia desde que en la noche del 1.º de Enero de 1814 pasó el Rbin por sus inmediaciones el ejército prusiano de Blucher; arriesgadísima empresa que produjo por entonces inmensa sensación en Europa.

Puerta en la provincia de Guadalupe.—(Pág. 156.)

Esta puerta está situada en el término de Retienda, á dos leguas de Tamajón. Es una espléndida muestra del estilo ojival en el primer periodo de su gloriosa carrera. Aunque no hemos podido recabar ningún dato del monasterio á que debió pertenecer, la puerta recuerda fielmente las obras góticas del siglo XIII, y se comprende que cuando se construyó debía ser Bonaval lugar favorecido por la piedad de los fieles. Hoy Bonaval es casa de labor, y gracias al celo de su propietario se conservan enhiestos todavía tan preciosos restos monumentales.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (primera quincena de Junio.)

Este mes de Junio está consagrado al Santísimo Corazón de Jesús.

1. Miércoles.—Santos Revesiano, obispo y martir; Páfilo y Pablo, presbíteros y mártires; Juvencio, Tespesio, Isquirión, Firmo, Gratiano y Felisio, mártires; Fortunato, Peregrino Lacioso, confesores; Ísigo y Caprasio, abades; Simeón, monje, y Nuestra Señora del Val en Sigüenza.

2. Jueves.—Santos Erasmo y Fotino, obispos y mártires; Marcelino, Pedro, Epagato, Póntico, Biblides, Atulo y Alejandro, mártires; Eugenio I, Papa y confesor; Juan de Ortega y Nicolás Peregrino, confesores.—Santas Blandina y Albina, mártires, y Nuestra Señora de las Maravillas en Pamplona.

3. Viernes.—Santos Claudio, Hipacio, Pablo, Dionisio, Luciano, Laurentino, Pergentino ó Isaac, monje, mártires; Cecilio y Lifarelo, presbíteros, y Davino, confesor; Santa Paula, virgen y mártir; Oliva, virgen; Clotilde, reina, y Nuestra Señora de Codés en Navarra.

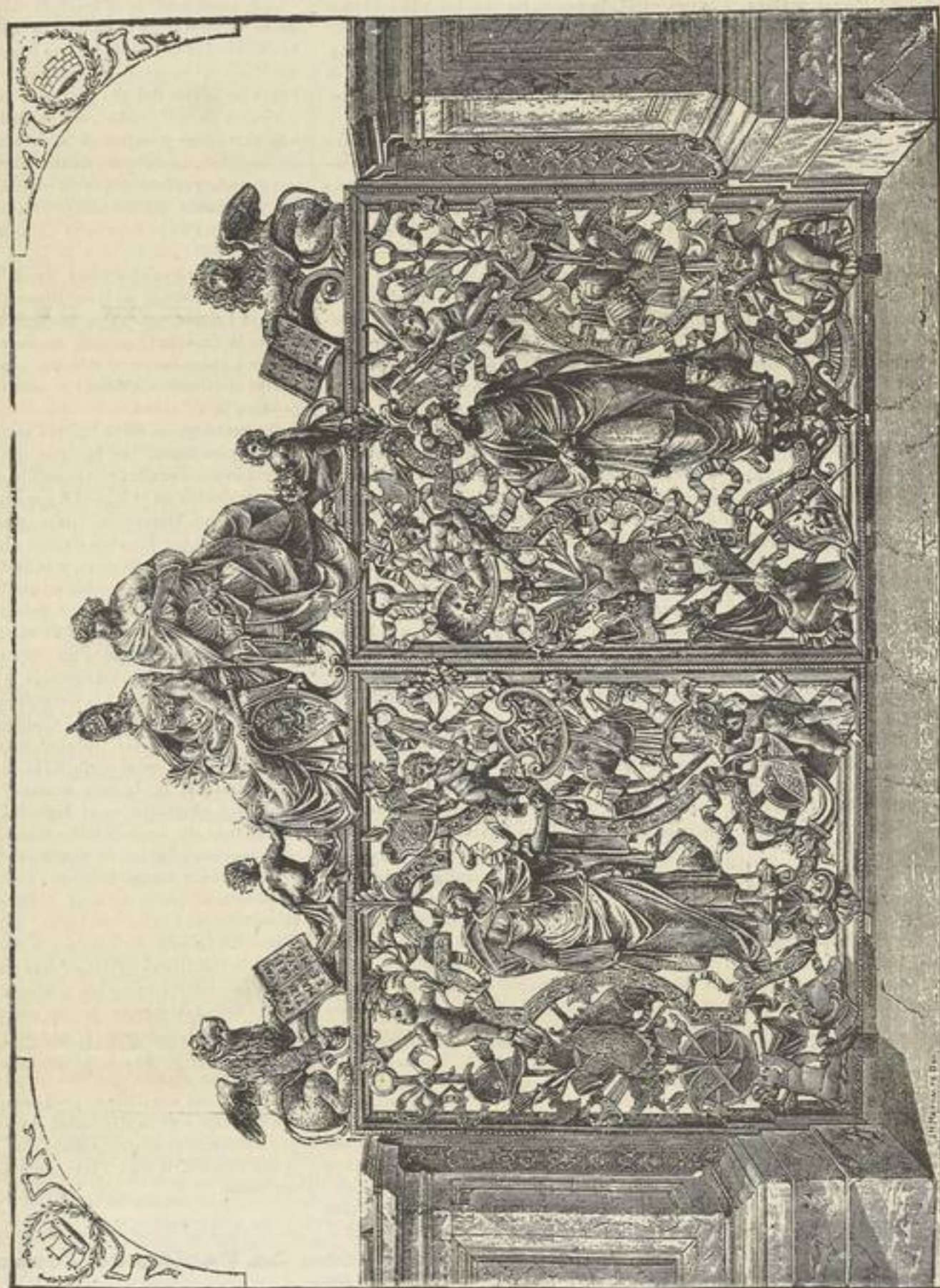
4. Sábado.—Santos Quirino y Clateo, obispos y mártires; Arecio, Daciano y Rutilo, mártires; Metrófanos, Optato y Alejandro, obispos, y Francisco Caracciolo, confesor y fundador.—Santa Saturnina, virgen, y Nuestra Señora del Corral en el Obispado de Caenca.—Ayuno.—Abstinencia de carnes.—Indulgencia Plenaria.

5. Domingo.—Pascua de Pentecostés.—Santos Bonifacio, obispo y martir; Sancho, Marciano, Nicanor, Apolonio, Florencio, Julián, Ciriaco, Marcelino y Faustino, mártires.—Santas Valeria, Marcia, Ciria y Zenaides, mártires, y Nuestra Señora de la Victoria en Bruselas.

6. Lunes.—Santos Alejandro, obispo y martir; Artemo y Amancio, mártires; Eustorgio, Juan y Claudio, obispos; Norberto, obispo y fundador, y Felipe, diácono.—Santas Cándida y Paulina, mártires, y Nuestra Señora de la Tolerancia en París.

7. Martes.—Santos Licarion, Pedro y cinco monjes, mártires; Pablo, obispo; Roberto, abad, y Nuestra Señora Vulnerada en Valladolid.

8. Miércoles.—Santos Guillermo, arzobispo y confesor; Maximino, Norberto, Gildardo, Clodulfo, Medardo, Heraclio y Severino, obispos y confesores; Victoriano y Salustiano, confesores.—Santa Caliope, martir, y Nuestra Señora



PUERTA DE BRONCE EN LA PLAZA DE SAN MARCUS

del Socorro en Jaén.—Ayuno.—*Témpora*.—*Indulgencia Plenaria*.

9. Jueves.—Santos Primo, Feliciano, mártires; Ricardo y Maximiano, obispos y confesores; Colombo, presbítero, y Julián, monje.—Santa Pelagia, virgen y mártir, y Nuestra Señora de los Angeles en Madrid.—*Anima*.

10. Viernes.—Santos Máximo y Timoteo, obispos y mártires; Marino, abad y mártir; Zacarías, Crispulo, Restituto, Aresio, Rogato, Basilides, Primitivo, Amancio, Cereal y Getulio, mártires; Asterio y Censurio, obispos.—Santa Margarita, Reina de Escocia, viuda, y Nuestra Señora de la Yerba en Corella.—*Ayuno*.—*Témpora*.—*Indulgencia Plenaria*.

11. Sábado.—Santos Bernabé, apóstol; Félix y Fortunato, hermanos mártires, y Parisio, confesor.—Santa Adelaida, virgen, y Nuestra Señora de la Salud en Játiva.—*Ayuno*.—*Témpora*.—*Ordenes*.—*Indulgencia Plenaria*.

12. Domingo I después de Pentecostés.—*La Santísima Trinidad*.—Santos Basilides, Cirino, Nabor y Nazario, mártires; León III, Papa y confesor; Anón y Olimpio, obispos; Juan de Sahagún y Juan de S. Facundo, confesores, y Onofre, anacoreta.—Santa Antonina, mártir, y Nuestra Señora de Granada en Llerena.—*Benedición papal en la Trinidad*.

13. Lunes.—Santos Peregrino, obispo y mártir; Fortunato y Luciano, mártires; Fándilo, presbítero y monje, y Antonio de Padua, confesor.—Santas Felícula, virgen y mártir; Aquilina, virgen, y Nuestra Señora de Nava en Fuentelcesped.

14. Martes.—Santos Marciano, obispo y mártir; Anastasio, presbítero, y Félix, monje, mártires; Valero y Rufino, mártires; Basilio el Magno, obispo, confesor y doctor; Quinciano y Eterio, obispos, y Eliseo, profesor.—Santo Digna, virgen y mártir, y Nuestra Señora del Toro en Menorca.—*Jubileo en San Basilio*.

15. Miércoles.—Santos Vito, Modesto, Esiquio, Julio, Dulas y Benildes, mártires; Abraham y Bernardo de Montón, confesores, y Landelino, abad.—Santas Crescencia, Livia, Leónides y Eutropia, mártires; Germana de Cousin, virgen, y Nuestra Señora de la Vida Buena.

Durante esta quincena se celebran las dos fiestas solemnísimas del Espíritu Santo y de la Santísima Trinidad.

La Iglesia Católica ha querido que sus grandes solemnidades vayan precedidas de largas preparaciones, con lo que demuestra un gran conocimiento del corazón humano. El Adviento nos prepara para Navidad; la Cuaresma para Pascua, y el tiempo Pascual para Pentecostés. «Nos preparamos, dice Eusebio, para la fiesta de Pascua, y nos disponemos para la fiesta de Pentecostés con cincuenta días de santo regocijo.» Porque por Pascua recibimos el Bautismo y por Pentecostés el Espíritu Santo, que es la perfección del Bautismo. La resurrección de Jesucristo fortificó á los Apóstoles; mas en el día de Pentecostés se consumó su caridad. En aquel día dióse á la Iglesia el Espíritu Santo con la plenitud necesaria para subyugar al Universo; por cuya razón consideró á la Pascua de Pentecostés como á la mayor de todas las fiestas.»

Sin embargo, la Iglesia, no contenta todavía con estas preparaciones, ha instituido para la fiesta de Pentecostés una Vigilia muy solemne, cuyo oficio tiene gran semejanza con el de la víspera de Pascua. La razón fácilmente

se comprende, considerando que en aquellas dos noches, recuerdo de aquellas otras dos magníficas y para siempre memorables en la historia, se administraba á los catecúmenos el Sacramento de la Regeneración. En los primeros siglos, el oficio empezaba con doce lecciones destinadas, como las del Sábado Santo, á la instrucción de los catecúmenos; pero actualmente no se leen más que cuatro, relativas también al Bautismo y á la Ley de Gracia. Sigue después la procesión, la bendición de las pilas bautismales y la misa, que carece de *Introito*, como la del Sábado Santo. La víspera de Pentecostés se solemniza con ayuno, práctica que ya se celebraba en el siglo VIII, según afirma Benedicto XIV.

Ninguna de estas preparaciones nos parecerá exagerada, si consideramos la excelencia de esta festividad. Por la importancia de su objeto excede á todas las fiestas profanas; y es tan superior á la Pentecostés de los judíos, como lo es la Ley de Gracia á la ley del Señor, y el cumplimiento del misterio de la Redención á todas las figuras y símbolos que lo anunciaban. La tercera persona de la Santísima Trinidad, descendiendo sobre el Universo para regenerarlo, así como en el día de la Creación había descendido sobre el caos para fecundizarlo; el Divino Redentor completando la grande obra, objeto de todos sus anhelos; un pueblo nuevo destinado á adorar á Dios en espíritu y en verdad; la destrucción del judaísmo; la muerte del paganismo; la alianza universal de Dios con los hombres, realizada después de cuarenta siglos de promesas: tales son las maravillas que encierra la fiesta de Pentecostés y los objetos que ofrece á nuestra contemplación y á nuestras alabanzas.

Esta fiesta es de origen apostólico, y se ha celebrado siempre con pompa extraordinaria en toda la Iglesia. En el oficio de este gran día se canta el magnífico himno *Veni, Sancti Spiritus*, tan propio para impetrar del Espíritu Santo el beneficio de sus dones y para encender en las almas el faego del amor divino. Créese generalmente que al autor del *Stabat Mater*, el Papa Inocencio III, que murió en el año 1216, se debe asimismo el grandioso cántico *Veni, Sancti Spiritus*; por más que algunos lo atribuyen al Beato Hermán Contractus, religioso de Mezerow, que falleció en 1054.

La tradición asegura que el día de Pentecostés, inmediatamente después del milagro del Espíritu Santo, que instituyendo la Iglesia abolía la Sinagoga, San Pedro celebró la primera Misa para inaugurar solemnemente el Cristianismo. Así lo dice Benedicto XIV, comentando unas palabras del Cardenal Bona.

La fiesta de la Santísima Trinidad es tan antigua como la Iglesia, y toda la vida cristiana no viene á ser otra cosa que una perpetua alabanza y un continuo sacrificio en honor de este augustísimo misterio. En efecto, Nuestro Señor Jesucristo ordenó que todas las naciones fueran regeneradas en nombre de la Trinidad. *Id y enseñad á todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*. En el nombre, pues, de la adorable Trinidad somos regenerados con las aguas del Bautismo; en su nombre somos fortificados por la gracia de la Confirmación; en su nombre se nos perdonan los pecados en el Sacramento de la Penitencia; en nombre de la Venerable Trinidad recibimos el Cuerpo y la Sangre del Salvador; finalmente, en su nombre se fortifica al enfer-

mo con el Oleo Santo, se consagra al Sacerdote y se une á los esposos. Bajo la invocación de las tres Personas de la Santísima Trinidad recibimos la bendición de los Sacerdotes y Pontífices, y comenzamos los Santos Oficios. La Iglesia, al dirigir sus preces al Todopoderoso, invoca siempre á la Santísima Trinidad; y termina siempre sus cánticos, ya alegres, ya fúnebres, glorificando siempre al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Así, pues, cuando se trató de establecer una fiesta particular de la Santísima Trinidad para satisfacer los deseos de los que la pedían, grandes doctores se opusieron, alegando que siendo todas las fiestas del año partes de la general y perpetua de la Trinidad, era superfluo instituir una particular y sujeta á la revolución anual de las otras. La Iglesia romana, obrando con la consumada prudencia que la distingue, tardó, por esta razón, mucho tiempo en admitir la fiesta particular de la Santísima Trinidad. El Papa Alejandro II, que subió á la Silla Apostólica en 1061, escribía: «La fiesta de la Trinidad se observa de distinto modo en diferentes Iglesias; pero la Iglesia romana no tiene fiesta particular de la Trinidad, porque la honra todos los días y á todas las horas del día, pues todos sus oficios contienen alabanzas y terminan glorificando á la Trinidad.»

Sin embargo, como la Iglesia romana no condenaba esta fiesta, las Iglesias que la habían adoptado continuaron celebrándola. Se cree que fué establecida en el siglo IX por algunos Obispos. Esteban, Obispo de Lieja, mandó componer un Oficio por los años de 920; algunas Iglesias cercanas lo admitieron, y la fiesta de la Trinidad se extendió de pueblo en pueblo, aunque el abad Ruperto, que vivió á principios del siglo XII, habla de ella como de una fiesta adoptada en su época, y dedica un libro entero á explicar su misterio. Su celebración, que se había dejado hasta entonces á la devoción de las Iglesias particulares, se fijó en el domingo de la octava de Pentecostés, lo cual se verificó con corta diferencia en el siglo XIII.

Finalmente, la Iglesia romana se decidió también á adoptarla en el siglo XIV y bajo el Pontificado de Juan XXII. Este Papa la fijó irrevocablemente en el domingo después de Pentecostés, y mandó sustituir con su oficio el de la octava, que se terminó, desde entonces, el sábado de las cuatro témporas, á la hora de Nona. La Iglesia no señala á la fiesta particular de la Santísima Trinidad más que una categoría secundaria entre las fiestas del año, con objeto indudablemente de no perjudicar á la fiesta general, y demostrar que no podemos celebrar dignamente un misterio tan augustísimo, misterio tan grande, que en el capítulo general del Cister del año 1230 se prohibió predicar sobre él á causa de la dificultad del asunto, aunque se mandó al mismo tiempo que la fiesta de la Santísima Trinidad fuese general en todas sus casas.

J. F.

La Pasión de Jesucristo

CAPÍTULO III

Entrada triunfante de Jesús en Jerusalén; últimas reventas con sus enemigos y su profecía sobre la desolación de Israel.

DESPUÉS del milagro de la resurrección de Lázaro, no hubo de estar Jesús muchos días en Betania. La resolución tomada contra él por los conveceros del Sanhedrín era ocasionada á precipitar los acontecimientos y

á anticipar una obra que había de regularse, no por los caprichos y veleidades de los hombres, sino por los decretos de la providencia de Dios, á los cuales vivía sujeta la voluntad de Jesús. Por esto, estando ya condenado por el Sanhedrín y puesta á precio su cabeza, no buscó el peligro, sino que lo evitó, retirándose á Efraim, aldea situada cerca de Betel, á dos leguas al Norte de Jerusalén, y no lejos del camino que partía de Galilea á la Santa Ciudad. Allí moró tranquilo y oculto aguardando el tiempo de la celebración de la Pascua. Próxima á ésta, y con ella la hora señalada para la obra á que era venido á este mundo, salió de su retiro y tomó la vuelta de Jerusalén, cumpliéndose así la opinión común entre los judíos de que el Mesías, hijo de José, vendría de Efraim y entraría en su gloria por muchos trabajos.

Siempre y en todo el discurso de su vida había tenido presente el Salvador la grandeza, las causas y las consecuencias del sangriento holocausto que había de ofrecer de su vida; pero según que se acercaba el momento de realizarlo, esta idea se iba avivando más en su alma, y penetrando y señoreando más profundamente sus facultades. Conocedor de los acontecimientos que estaban por venir, veía la serie de trabajos, dolores y amarguras de que había de formarse el drama espantoso de su Pasión. Estando á punto de venir estos trabajos, miraba próxima á descargar sobre él la terrible tempestad que desde muy atrás se venía formando en torno de su sagrada persona; y fija su mente en las angustias y aficciones de que había de ser víctima, presentía toda la intensidad de los dolores que había de experimentar en su alma, y toda la gravedad de los estragos que habían de realizarse en su cuerpo. Pero como se había sometido á estos trabajos para desagrar á Dios por los pecados de los hombres y reconciliarlos con la Majestad divina, abrazaba con prontitud de ánimo incomparable tan indecibles dolores, antes conforme crecía la viveza de su aprehensión, más subía y se acrecentaba en su alma el ardor con que se disponía á arrostrarlos.

Esta lucha de afectos y pensamientos andaba trabada en el ánimo de Jesús al acercarse á Jerusalén, teatro futuro de su Pasión. Iba acompañado de sus discípulos, y en todos sus movimientos y ademanes parecía más abstraído y ensimismado que de costumbre. A veces marchaba solo, tomándose la delantera y caminando con notable celeridad y apresuramiento. A veces se paraba, se volvía á ellos preocupado y pensativo, y les decía algunas palabras sobre graves acontecimientos que estaban á punto de suceder. Seguíale los discípulos confusos y atemorizados, sin atreverse á preguntarle el sentido de tan misteriosas palabras. Hubo un momento en que el afligido corazón de Jesús no pudo tenerlos más en la angustia y en la incertidumbre, y así les dijo: «mirad que subimos á Jerusalén, y allí se han de cumplir todas las cosas que están escritas por los profetas del Hijo del hombre; porque será entregado á los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas y á los ancianos; y éstos le condenarán á muerte, y ellos le entregarán á los gentiles para que escarnezan de él y le azoten y crucifiquen, y el tercero día resucitará.»

Tales revelaciones, que por sí solas y por la aseveración con que las decía Jesús podían llenar de pavor y de tristeza á los discípulos, si bien los impresionaron por el momento, no fueron parte á sacarlos del estado de ilusorio entusiasmo en que ordinariamente vivían. Sus ideas y sentimientos andaban tan lejos de lo que pensaba y decía Jesús, que nada era capaz de reducirlos á las ideas y sentimientos que quería imprimir en ellos el Salvador. Además, habían visto cosas tan grandes en su Maestro, habían contemplado tantos prodigios y maravillas, habían sido tantas veces testigos del aplauso con que era recibido en todas partes, que no solamente no acertaban á sospechar que pudiese sucederle cosa ninguna adversa, sino que estaban cada vez más persuadidos de que se iba por momentos acercando el tiempo de su gloriosa exaltación y el logro de las esperanzas de grandezas temporales que habían fundado en el establecimiento del reino de Dios, de que con tanta frecuencia les solía hablar el santo Maestro. Y era

tan viva en ellos esta persuasión, que como si se tratase de cosa ya hecha, hablaban de la suerte que les había de tocar en este reinado, conteniendo y porfiando entre sí sobre cuál de ellos lograría la parte mejor, intercediendo con Jesús la madre de Juan y de Jacobo para que sus hijos alcanzasen el más preferido lugar, indignándose contra ellos los demás con mal disimulada envidia, y soñando todos en honores y grandezas, bien al revés del Hijo del hombre, que había venido á este mundo, no á ser servido, sino á servir y á dar la vida por la redención de muchos.

Con estas pláticas y contiendas y con los milagros y mercedes que hacía Jesús por donde quiera que pasaba, fueron entreteniéndose el camino hasta llegar á Betania, un viernes por la tarde, seis días antes de la solemnidad de la Pascua. Eran Betania, Bétfage y los alrededores del monte del olivar, los sitios preferidos por los peregrinos de Galilea para alojarse y establecerse en ellos cuando iban á Jerusalén para las solemnidades judaicas. Es posible que por este tiempo hubiesen ya llegado muchos de los dichos peregrinos, y que los contornos de la Santa ciudad que caían en aquellos sitios, estuviesen llenos de las tiendas y aduares que solían y suelen aún formar las gentes del Oriente en sus viajes y peregrinaciones.

Siguiendo la costumbre de otras veces no entró Jesús en Jerusalén, sino que se quedó en Betania, albergándose en casa de Lázaro, su amigo. El cariño de la familia de éste á Jesús no había disminuído con la ausencia. La admiración y el entusiasmo despertados en los moradores de la villa con ocasión de la resurrección de Lázaro, duraban tan enteros como el día del milagroso acontecimiento. Así, apenas hubo cundido la nueva de la llegada de Jesús, gentes innumerables empezaron á acudir á saludar al santo huésped y darle la bienvenida. Las palabras *Schalom Alek* (paz sea contigo), usuales en los saludos de los israelitas, resonaban á todas horas. La alegría estaba retratada en los ojos y en los semblantes de todos. Más que huésped, era considerado Jesús como señor y dueño de la casa y gloria y honor de la villa.

Deseosos los principales del pueblo de dar público testimonio de la estima y afecto en que tenían al santo huésped, quisieron obsequiarle con un convite, siguiendo en esto las leyes de la hospitalidad comunes en los países orientales. Celebróse, en efecto, dicho convite, asistiendo gran número de personas, entre las cuales estaba Lázaro y sus hermanas Marta y María. Y como se celebrase la fiesta en la pieza primera que estaba al entrar en la casa, y en el mismo andar de la calle, fácilmente pudo acudir á ella la gente del vecindario, ó por lo menos presenciar desde el umbral lo que allí pasaba. Era, por lo tanto, muy grande la concurrencia y no menor la alegría de los comensales. Todos se afanaban por honrar á Jesús y manifestarle á competencia la estima y veneración en que le tenían. Recibía Jesús estos obsequios con muestras de agradecimiento y cortesía, aunque mientras sus hospedadores y amigos se desvivían por honrarle, él revolvía en su mente pensamientos muy distintos de los que á ellos los ocupaban.

No nos han dejado los Evangelistas memoria particular de todo lo que pasó en este convite, de los honores que en él hubo de recibir Jesús, ni de sus palabras y enseñanzas en aquella memorable ocasión; pero la Divina Providencia fué servida de transmitirnos el recuerdo de un caso sucedido en él, que había de hacerle famoso, y cuyo recuerdo resarce sobradamente cuanto en él pudo suceder.

Es notoria la estima que hacían y hacen en el día de hoy los pueblos orientales de los ungüentos y confecciones aromáticas, usándolas no tanto como parte y objeto de molición, cuanto de honor para aquellos en cuyo respeto se emplean. En Israel sabemos que solían usarse muy especialmente para honrar á los maestros famosos de la Ley á quienes se quería obsequiar, derramándolos sobre sus veneradas cabezas. Conformándose, pues, con esta costumbre, mientras Marta, la hermana de Lázaro servía con gran solicitud las viandas á Jesús y á los demás convidados, la otra hermana, María, fué y cojió un vaso de alabastro lleno de ungüento de nardo

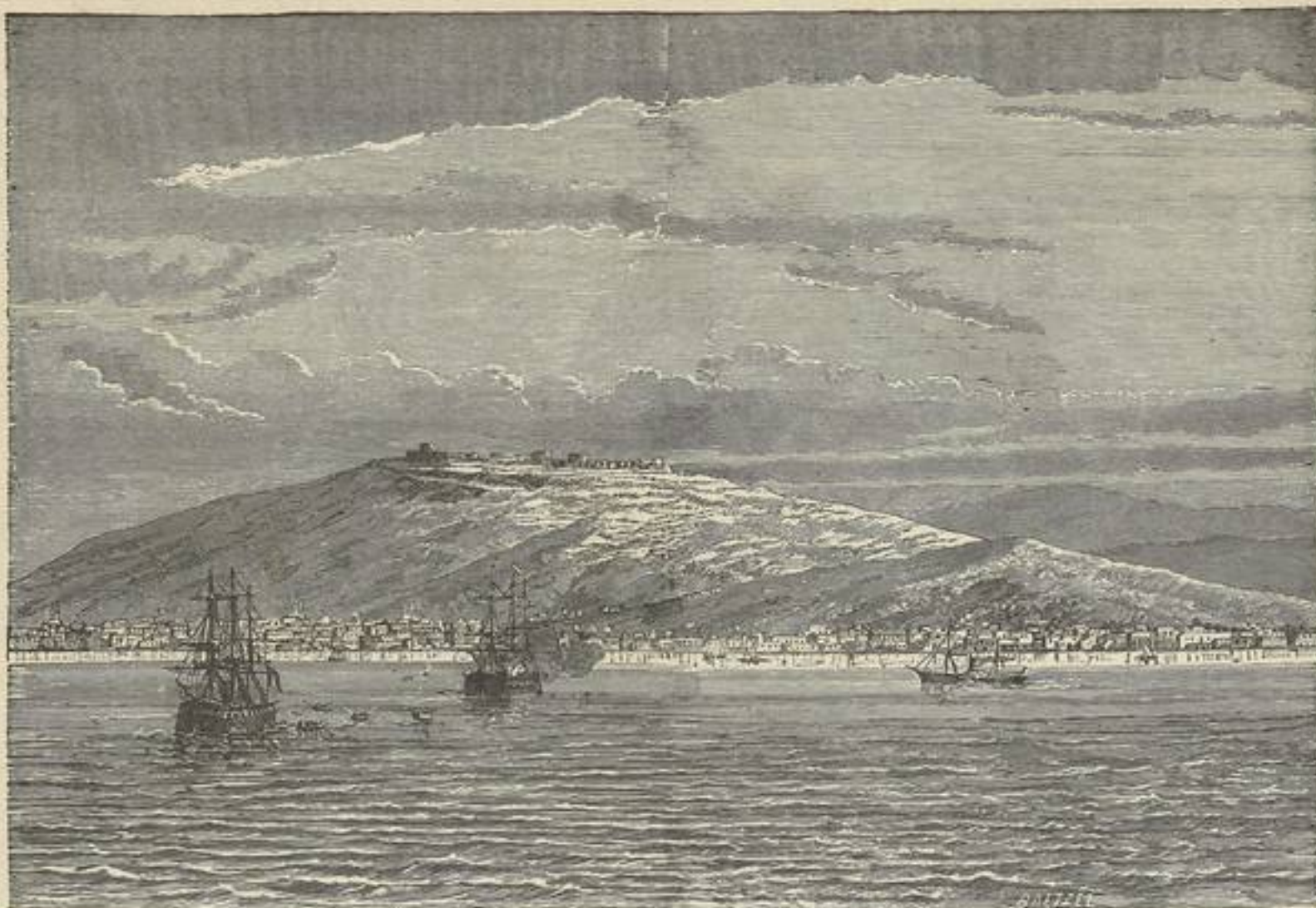
muy precioso,¹ y que era tenido por ella como uno de sus más regalados tesoros, y éralo en verdad no sólo por la estima que suele hacer de estas cosas la vanidad mujeril, sino por el precio mismo del ungüento, avalorado no menos que en trescientos dineros; y teniéndolo asido con una de sus manos, rompió el delgado cuello, y llena de piadosa devoción se llegó por detrás á Jesús y fué derramando gota á gota sobre su tendida cabellera el precioso contenido. Y no contenta con esto, ungió también con el mismo ungüento los piés del santo Maestro y los frotó con la madeja de sus propios flotantes cabellos; y fué tal el derrame del ungüento, y tal la fragancia de su olor, que toda la casa hubo de henchirse con el aroma del suavísimo perfume.

Fué esta una acción hermosa, manifestadora de la estima en que tenía á Jesús aquella buena mujer, y símbolo además del respeto que profesaba al santo Maestro la pequeña familia de amigos y admiradores que estaban con él á la mesa. Como tal fué juzgada por Jesús, que recibió con íntima emoción de ánimo un obsequio que era en aquellos momentos recompensa de amargos dolores que apenaban su corazón, ya que su mente, ocupada con los terribles sucesos que estaban á punto de sobrevenir, hubo de ver en aquella unción no tanto el obsequio del santo amor de María, cuanto la anticipación de la unción que había de hacerse de su propio cuerpo después que fuese muerto y sacrificado por los pecados de los hombres.

Era tan natural aquel obsequio y tan hermosamente expresivo de la honra que deseaban todos hacer á Jesús, que parecía no haber de encontrar entre los presentes más que parabienes y aplausos; pero como en este mundo hay para todo murmuradores y malsines, y como las acciones más puras suelen interpretarse muchos cual pecados imperdonables, no faltaron entre los que presenciaron la acción de la hermana de Lázaro quien asiese de ella ocasión para la murmuración y la crítica, y no sólo entre los extraños, sino aun entre los mismos amigos y discípulos de Jesús; los cuales, no parando mientes en lo bien empleados que están los tesoros que se gastan en honrar al que es objeto legítimo de nuestro cariño, se volvieron contra María, echándole en cara su prodigalidad por haber derrochado en un instante un ungüento de tanto precio que con él se habrían podido remediar las necesidades de muchos pobres.

Entre los que murmuraban y reprendían á María por su devoción á Jesús, el Evangelista San Juan señala expresamente á Judas y aun indica que su mal hablar no procedía de compasión que tuviese de los pobres, sino de avaricia, pues siendo administrador de los escasos bienes que tenía la familia de Jesús, sentía que se les fuese de las manos una hacienda de la cual pensaba el miserable sisar y reservarse no poco para sus usos particulares, según tenía por costumbre. Advirtió Jesús en esta murmuración de Judas y de sus compañeros, y lleno de bondad y mansedumbre les fué á la mano, diciendo: «A qué molestais á esa mujer? Bien hecho está lo que ha hecho conmigo; dejadla hacer, pues al unguir mi cuerpo se ha adelantado á unguir para mi sepultura.» Y tomando de improviso un aire de grande aseveración, añadió: «Digoos de verdad que donde quiera que se publicare este Evangelio por todo el mun-

¹ Los Evangelistas San Marcos y San Juan apellidaron este nardo *nitida*, palabra que no se halla en ningún autor clásico, y cuya significación ha dado lugar á mil discusiones y conjeturas. Es ocioso apuntarlas. La que parece más probable es la que hace derivar la palabra *nitida* de la transcrita *nitida* ó *nitida*, sinónimas de *jalimáni*, planta que estaba como principal ingrediente en el ungüento del nardo, el cual, traído de la India entre otras mercancías, era, y es aún hoy, muy usado en todos los pueblos de Oriente; así, nardo *nitida* significa nardo indio. El precio de la olorosa confección de la hermana de Lázaro evaluado en 300 dineros (el valor actual de unas 2.000 pesetas), pudiera parecer exagerado, y tal vez lo sería en la mente de los discípulos de Jesús; pero tal es el precio que señala Plinio (*Hist. Nat.* XIII. 2.º, 8) para el nardo más precioso. Sus palabras son estas: *pretio ei a denario XXXV ad denarios CCC.* En Atenas, el cobyto de bálsamo oriental (que no llega á una libra), costaba, según Hipacio y Menandro, de 500 á 1.000 dracmas. Los vasos de alabastro en que era contenido, eran muy comunes en Oriente; de ellos se han recogido muchos ejemplares en las excavaciones hechas en Sidón, Chipre y otras partes; tienen la forma de una pera, y son de 0'25 metros de alto con un pequeño cuello de 0'05 metros. Pueden contener más de una libra de bálsamo. Tal ó semejante á éste podemos suponer que sería el alabastro de que ora hablan los Evangelistas. (V. Vigouroux, — *Le Nouveau Testament et les découvertes archéologiques modernes.* — París, 1870. — Liv. II, ch. IV.)



VISTA DE LA CIUDAD DE DANTZING

do, será ensalzado lo que esta mujer ha hecho en mi memoria.»

Esta reprensión tan enérgica por un lado y por otro tan llena de benignidad y de amable cortesía y que aquietó a los discípulos de Jesús, haciéndolos volver en sí y reportándolos en sus críticas y murmuraciones, hubo de irritar atrozmente el corazón de Judas. Hacía tiempo, como se ha dicho en otra parte, que este infeliz andaba aborrecido y mal tentado contra Jesús. Unido a la familia de éste por los azares de la casualidad, a vueltas de mil lances y contratiempos había perdido la fe en él, vivía en su compañía a disgusto y enojado, y ya que no podía romper decididamente con sus compañeros y amigos, perseveraba entre ellos y seguía a Jesús exteriormente y por cubrir las apariencias y más por ansia de ventajas temporales que por su bien y aprovechamiento moral. No hallando en la compañía de sus amigos el descanso que había imaginado, sino malestar e irritación indecible, su inquietud y enojo traspasaban y se hacían manifiestos a la más leve ocasión. Creyéndose burlado en la sinceridad del entusiasmo con que se había unido a Jesús, la causa de éste y la de sus compañeros era para él emblema de ilusiones perdidas, trasunto de proyectos frustrados, fuente inagotable de desengaños que agostando una a una todas sus esperanzas habían acabado por destrozarse y envenenar su corazón. Desvanecidos los recuerdos de aquellos días venturosos de la conversión a la doctrina de Jesús, todas las pasiones antes dormidas habían despertado en su alma, turbándola e inquietándola y levantando en ella las más fieras borrascas. En tal estado de espíritu, todo le enojaba y daba en rostro. La majestad que resplandecía en la persona del Salvador, su amigable condescendencia, aquella corriente de celeste suavidad que brotaba de su semblante, y que tantas veces había llenado su alma

de santo embeleso y henchido su corazón de paz y tranquilidad indecible, no sólo no obraba ya en el ánimo de Judas estos efectos, sino que le era ocasión de cegarse y de obstinarse más su rebeldía y endurecimiento. Las palabras de vida eterna que salían de los labios divinos le dejaban frío e insensible. Los milagros tan grandiosos de Jesús que confirmaban y enardecían a maravilla la fe de sus compañeros, abatían y secaban la suya. El mismo entusiasmo popular que avivaba y exaltaba con ardor increíble las esperanzas de los seguidores del Santo Maestro, no servía sino para acrecentar su antipatía y contumacia. Mal hallado con su suerte, todo cuanto veía u oía le era motivo de murmuración y de crítica; todo le era ocasión de retraerse de Jesús, de calumniar sus dichos y acciones, y de enconar más y más una llaga que él mismo había abierto en su conciencia. Así, iba el desventurado cegándose y endureciéndose más y más y formando en su alma una nube de ira y de despecho que oscureciendo su inteligencia sumía su corazón en un abismo de horrible malestar y angustia.

En tales circunstancias, andando Judas tan cerca del abismo de su perdición, bastábale el más ligero impulso para caer y precipitarse en él. La suave reprensión de Jesús fué este impulso. Aquellas dulcísimas palabras que habían aquietado y reportado a los discípulos del Santo Maestro, obraron en el ánimo de Judas efecto contrario. El fuego que ablanda y derrite el oro, seca y endurece el barro. La luz que alegra y consuela al ojo sano irrita y mortifica al enfermo. La voz de Jesús, que tan dulce había resonado en el corazón de los buenos discípulos de Jesús, al resonar en el de Judas levantó en él terribles tempestades de furibundos afectos. El odio, el rencor, la envidia, la malevolencia, todo aquel tumulto de pasiones enloquecedoras que hacía tiempo se iban amontonando en su pecho mez-

quino, removiéndose en sus íntimas profundidades y salió a la superficie, perturbando su imaginación con ideas espantosas, trastornando e infernando su espíritu, y sugiriéndole mil planes y proyectos a cual más absurdos y diabólicos. El recuerdo de su humillación y afrenta encendía su corazón en rencor implacable. La palabra *venganza* sonaba de continuo en su conciencia; y esta palabra horrible, que al principio pudo quizá espantarlo, fué poco a poco perdiendo a sus oídos el horror primero y pareciendo después indiferente, y al fin y al cabo dulce y atractiva hasta halagar y bañar su corazón en deleite y placer horrible. Desde aquel momento toda esperanza de salvación para el desventurado discípulo de Jesús estaba humanamente perdida. La situación de Judas era una de tantas como sobrevienen en la vida humana, en las cuales hay que hacerse sordo a las voces de la pasión, ahogar los gritos del amor propio y escuchar únicamente los dictámenes de la recta conciencia. Por su desgracia, hacía tiempo que el alma de Judas estaba endurecida a tales dictámenes. Presa su mente de insensato delirio, una ira feroz exaltaba su alma, un rencor diabólico enfurecía su corazón, y entregado a todos los arrebatos de la venganza, la Némesis infernal era la única inspiradora de sus ideas y la sola alimentadora de sus sentimientos y acciones. A qué abismos de perdición hubo de precipitarle esta ira y rencor, lo veremos más adelante.

La noticia de la estancia de Jesús en Betania, que había ocasionado en esta villa la alegría que se ha referido, al esparcirse por la vecina Jerusalén había excitado en ella igual expectación y entusiasmo. El nombre del santo Maestro había llegado aquellos días al punto más alto de su popularidad. El milagro de la resurrección de Lázaro le había dado a conocer a infinito número de personas, atrayendo hacia Él a muchos que antes le ha-



VISTA DE CAUCH, EN RUSIA

bían sido hostiles ó indiferentes, y convirtiéndolo á no pocos á su doctrina, aun entre las gentes más principales. Así, no bien se supo en Jerusalén que era llegado á Betania, fueron innumerables los que acudieron á esta villa, cada cual movido, como era natural, por la pasión ó afecto que en el momento le agitaba, quién á saludar al amigo, quién á conocer al obrador de tantas maravillas, quién á ver á Lázaro, prenda y argumento auténtico del memorable milagro de Jesús. Con esto, la pacífica aldea se vió de improviso convertida en jubilosa romería, agolpándose infinita muchedumbre de gente á la casa donde moraba Jesús, acercándose muchos á hablarle y saludarle, y los que no podían conseguir esto, á contemplar por lo menos aquel rostro divino, de quien irradiaba la paz, la dulcedumbre y la celeste alegría.

Quien hubiese atendido no más que á la apariencia y superficie de las cosas, hubiera dicho que este aplauso y entusiasmo no podían menos de ser favorables á Jesús; mas quien penetrase en lo que se ocultaba detrás de estos aplausos, podía fácilmente sospechar que lo que se presentaba tan lisonjero y alegre no era tal, antes encerraba en sí motivos de graves inquietudes y cuidados. La profunda conmoción causada en las gentes por la resurrección de Lázaro en Betania, había desatinado y puesto fuera de sí á los enemigos del santo Maestro. La evidencia del prodigio, la imposibilidad de explicarlo por razones naturales, las conversiones á la doctrina de Jesús, que se obraban á todas horas, no solo entre el pueblo, sino en las personas más calificadas de Jerusalén, el verse con tal motivo desamparados de las gentes los que poco antes la tenían dócil y sometida á sus enseñanzas, los había irritado en tal extremo, que no pudiendo, por un lado, contrastar la influencia de Jesús, y por otro, obstinándose en cerrar los ojos á la verdad, dieron en el pensamiento más loco que se ha fabricado jamás en inteligencia desbaratada; y fué que, como la ocasión del entusiasmo por Jesús era la presencia de Lázaro, á quien todos habían visto muerto y ahora contemplaban vuelto á la vida, creyeron que la mejor manera de apagar este entusiasmo era matar al resucitado y desaparecerlo del pueblo; y tal como lo pensaron así lo habrían hecho sin duda, si no hubiesen caído en la cuenta de que tal disparate y atentado, en lugar de adelantar su causa, había necesariamente de echarla á perder, ya que no podía ocultarse el infame delito.

Al llegar á la noticia de los amigos de Jesús desfuror de sus enemigos, no pudieron menos de afligirse profundamente. Veían la sed de venganza de que estaban encendidos, recordaban la resolución tomada días atrás por los príncipes de los judíos de buscar á Jesús y delatarle á las autoridades; y como estaban persuadidos de que no repararían en medios á trueque de llevar adelante sus criminales intentos, temían por momentos por la vida del Divino Maestro. La retirada de éste á Efraim, había alejado por el pronto los aciagos temores; pero vuelto á Bethania y habiendo de celebrar la Pascua en Jerusalén, la ansiedad y la angustia recrecieron en los ánimos de muchos; sombríos pensamientos ocuparon las mentes, y en las sospechas de todos estaba que se preparaba algo grave, algo que podría turbar la alegría de la fiesta que iba á celebrar se y cubrir de luto los corazones de los buenos amigos del Santo Maestro.

Los que en nada participaban de estos temores eran los discípulos de Jesús. El buen hospedaje y tratamiento que tenían en Betania, los agasajos que les hacían todos, tanto á ellos como á su Maestro, las visitas y parabienes que recibían de los de la villa y de Jerusalén, la satisfacción, en fin, y el regocijo que rebotaban en los pechos de todos los traían locos de contentos. Engreídos con lo que tenían á la vista, pensaban muy poco en las amenazas de sus enemigos, en el poder de éstos y en su mala voluntad contra Jesús; y caso de venirles al pensamiento, era para ellos cosa corriente que su Maestro tenía medios de sobra para desbaratar cualesquiera proyectos que se maquinaban contra él. Así, no bien oyeron hablar á Jesús de su propósito de ir á la Santa ciudad, aplaudieron su pensamiento, creyendo que aquella había de ser la ocasión del mayor triunfo de su Maestro, como que era para

ellos indudable que lo mismo sería presentarse ante la muchedumbre, que estallar el entusiasmo popular proclamándole el Mesías y enviado de Dios y libertador de Israel; y á través de estas doradas ilusiones le veían llevado en palmas y constituido sucesor en el trono de David y Monarca y Libertador de Israel; y á sí mismos honrados y enaltecidos y gozando á la sombra protectora de aquel á quien habían servido de los honores y grandezas que tenían tan merecidas.

Es por demás ponderar cuán distintas eran las ideas y las emociones que palpitaban en el ánimo de Jesús de las que agitaban á las de sus discípulos; así como tampoco es necesario advertir cuánto había de apenar al divino corazón esta diferencia y contrariedad de afectos.

En esta disposición de ánimo salieron todos de Betania.

Eran las primeras horas de la mañana. El sol había amanecido claro y hermoso, y disipada la vaguesa neblina que el frescor de la madrugada había tendido por los valles y pequeñas colinas que rodeaban la villa, desenvolvía uno de los paisajes más bellos de que podía gozar la vista en las cercanías de Jerusalén. Inmensa catarata de luz desprendida del astro del día, ponía en alarde los variados accidentes del terreno con las pintorescas alternativas de sus alturas y hondonadas, con las vistosas perspectivas de sus quebradas y lejanías y con la infinita diversidad de colores con que había esmaltado aquel cuadro el divino pincel de la naturaleza. Era la época del año en que el espléndido reflorcer de la primavera lo vestía todo de verdor y lozania. Un manto de flores de matices brillantísimos alfombraba la dilatada pradera. Descollando por entre miles de arbustos, erguían al cielo sus altivas frentes las esbeltas y graciosas palmeras, los álces corpulentos, los copudos terebintos, los granados, los almendros, los sicomoros, todos los árboles propios de un clima templado, ostentando la riqueza de su vicioso ramaje y despidiendo tesoros de olor que henchían el ambiente de suavidad y fragancia. Una brisa ligera agitaba la fronda de los árboles, levantando un manso ruido, que, unido al susurro de los insectos escondidos en las hendiduras de la tierra, al canto de las aves, que revolaban por los aires, y á otros mil sonidos que se esparcían por la atmósfera, derramaba por montes y florestas el murmurio de infinitas vibraciones, notas variadísimas de una inefable melodía. Era aquel un despertar grandioso de la vida del universo, una manifestación sublime de las magnificencias de la naturaleza, una muestra incomparable de los esplendores con que anualmente enriquece al mundo el eterno revolver de la primavera. La hermosura de Dios reverberando en aquel sitio delicioso, semejaba haber hecho alarde de sus galas más brillantes para prestar á los acontecimientos que estaban á punto de realizarse el reflejo de sus divinos soberanos encantos.

El camino que iba desde Betania á Jerusalén corría por largo trecho como encerrado entre las colinas que de uno y otro lado le rodeaban¹. Por esto, la villa se perdía pronto de vista, entrando el caminante en un arrecife anchuroso, aunque áspero y desigual, y que ora subía, ora bajaba, ya se torcía á un lado, ya á otro, pero teniendo siempre á la derecha la cumbre del monte del Olivar y á la izquierda la hondonada del terreno que formaba el valle. Siendo término del camino que venía desde Jericó, y aun desde el valle del Jordán á Jerusalén y el único pasaje para las caravanas que partiendo de la Ara-

¹ Tres caminos, dice Stanley (*The Bible in The Holy Land*, c. 14), conducen, y probablemente han conducido siempre, de Betania á Jerusalén: uno por el lado Norte del monte del Olivar, otro, que es muy estrecho y pendiente, por la parte más elevada de este monte, y el tercero, que cae al lado del Mediodía y es la continuación del camino que siguen generalmente los viajeros que van á Jerusalén desde Jericó y corre entre la cumbre donde están las sepulturas de los Profetas y el llamado Monte del Escándalo. Hay indicios en el Evangelio de que en alguna ocasión siguió Jesús uno ú otro de los dos primeros caminos; pero en la presente de su entrada triunfal en Jerusalén no hay duda que tomará el tercero, á menos que lo que dicen los Evangelistas, en especial San Lucas. La descripción de este camino hallase en casi todos los escritores que han estudiado la geografía de Palestina. Para la presente historia nos hemos servido principalmente del citado Stanley, que es quien ha dejado de él una descripción célebre en literatura inglesa por su puntualidad y hermosura.

bia, de la Mesopotamia y de las partes de la India venían aquellos días á la Santa Ciudad para la celebración de la Pascua, era mucha la gente que á todas horas transitaba por él. En la ocasión de la salida de Jesús de Betania era aún mayor la concurrencia, ya por la muchedumbre de peregrinos de Galilea que, como se ha dicho, solían acampar en aquellos sitios, ya por la gente venida de Jerusalén, pues como se hubiese tenido noticia del propósito de Jesús de ir á la Santa Ciudad, habían salido muchos á esperarle, derramándose unos por el camino, situándose otros en la extensión de los campos y subiéndose los más á las vecinas alturas. Por otro lado, al salir Jesús de Betania iba acompañado, no sólo de sus discípulos, sino también de gran parte del pueblo, que habiendo sido testigo de la resurrección de Lázaro, quería hacer demostración pública del respeto y entusiasmo por Jesús que llenaba sus corazones.

Al encontrarse las dos agrupaciones de gente, la que venía de Jerusalén y la que había salido de Betania, el entusiasmo estalló en fragorosos aplausos. El nombre de Jesús fué vitoreado por todos. «¡Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!» gritaban unos. «¡Bendito el Rey de Israel!» exclamaban otros; y estos gritos y exclamaciones, repercutiendo por los campos y montes vecinos, llenaban el espacio de la más alborozada alegría.

Aquel triunfo y aquella ovación tan inesperada cogieron á Jesús de sorpresa; por lo mismo resultaban en su mayor gloria y ensalzamiento. Bien hubiera podido evitarlos el Santo Maestro y hurtar el cuerpo á tales aplausos; pero el que tantas veces había huído las demostraciones de entusiasmo de la muchedumbre, quiso admitir ésta que le preparaba la divina Providencia, como postrer llamamiento á la dureza de corazón de sus enemigos, como argumento irrefragable de que si iba á la muerte, iba voluntaria y libremente, y no por necesidad que le violentase; y como digno remate de su soberana misión de Mesías, que había de desempeñar en la tierra, pues era muy justo y conveniente que el que había sido anunciado como tal antes de venir á este mundo, y como tal había nacido y predicado y obrado maravillas, como tal fuese proclamado y se diese á conocer á todo Israel en la forma y manera que estaban profetizadas.

Así, pues, haciendo parar al gentío que se había reunido en torno suyo, dijo á dos de los discípulos que se llegasen á un caserío que estaba enfrente, y que tenía por nombre Bétfage, y que le trajesen una asnila que juntamente con su jumento encontrarían atada; y que si el dueño de los animales les preguntase por qué hacían aquello, le respondiesen que su Maestro necesitaba de las cabalgaduras, y con esto se las dejaría. Hicieronlo así los discípulos, y traídas las cabalgaduras las cubrieron con sus mantos, y montando en una de ellas Jesús emprendió la subida á la Santa Ciudad.

Con esto la exaltación de los ánimos llegó á su colmo. Los gritos y las aclamaciones se repitieron sin cesar; y mientras que algunos de la comitiva se quitaban los mantos de los hombros y los tendían por el suelo para que sobre ellos caminase Jesús, derramábanse otros por los campos y cañadas, y se metían por entre la espesura de los árboles, y desfrondaban los olivos, palmeras, arrayanos y demás arbustos, y vueltos con grandes manojos de ramos, parte los esparcían por el camino y parte los blandían y tremolaban en alto con festivas aclamaciones y muestras del mayor entusiasmo.

Sucedía esto á tiempo que la triunfante comitiva iba descendiendo por una cuesta que formaba el terreno entre la colina llamada del escándalo, que es parte del monte del Olivar, y una pequeña elevación donde estaban esparcidas muchas sepulturas de profetas. Allí dobló bruscamente el camino, y torciendo hacia el Norte casi en ángulo recto, descubrióse á los ojos de la muchedumbre el extremo Sudoeste de Jerusalén, que comprendía el monte de Sión y la parte de la ciudad denominada de David, por haber puesto en ella su residencia el glorioso conquistador. Exaltados con aquella vista los que acompañaban á Jesús, reiteraron sus aclamaciones diciendo: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Ben-

dito sea el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito y prosperado sea su Reino! ¡Paz sea en el cielo y gloria á Dios en las alturas! ¡Ha llegado el Reino de David nuestro padre! ¡Hosanna al Hijo de David!»

Estaban acaso presenciando el triunfo con que la turba de los discípulos de Jesús le honraba y festejaba, algunos fariseos, los cuales, sin poder contener su indignación, se acercaron á Jesús y le dijeron: «Maestro, haced callar á vuestros discípulos, y mandadles que no digan: bendito sea el que viene en el nombre del Señor.» Y Jesús, lleno de majestad y mansedumbre, mostrándoles las piedras que estaban esparcidas por el camino, les dijo: «yo os aseguro que si éstos callaren, las piedras darán voces.»

Caminando en esta forma se acercaban á Jerusalén por entre las cuevas y sinuosidades que formaba el terreno. De pronto, estrechándose el horizonte, volvió á ocultárseles la ciudad, no apareciendo ésta hasta que vencida una empinada pendiente llegaron á una pequeña altura ó eminencia. En aquel momento apareció á los ojos de Jesús y de su triunfante comitiva el espectáculo más bello que podía ofrecerse á los ojos de los israelitas. De golpe, cual mágica visión que surgiese de los abismos, á distancia de unos centenares de pasos no más, separada por el profundo valle de Cedrón y proyectándose sobre el fondo azul del firmamento, mostróse toda entera la población de Jerusalén, la ciudad de perfecta hermosura, la fortaleza de Dios fundada sobre altísimos collados, la gala de Palestina y el regocijo de toda la tierra. Céntricos de un manto de verdura que se tendía por las laderas de los montes sobre los cuales estaba asentada la ciudad, descollaban los altos muros fuertes y guarnecidos de aquellos torreones cuya caprichosa arquitectura, al decir de Joséfo, no tenía igual en el universo. Los soberbios edificios, los palacios y monumentos de la gran ciudad, levantaban al cielo sus atrevidas cumbres, sobresaliendo entre todos el Templo, maravilla del mundo, gloria de la hija de Sión, expresión de la fe de Israel, resumen de su historia, con sus murallas grandiosas, con su puertas anchísimas, con sus innumerables pirámides y capiteles, con sus arcadas y magníficas galerías cubiertas de blancos mármoles y planchas de oro y plata, en cuya brillante superficie relampagueaba la luz del sol, como en montaña de nieve embestida por la claridad del astro del día.

Aquella vista ante la cual henchíase de santo regocijo el pecho de todo buen israelita, trayéndole á su memoria los hechos más memorables de su nación, sus pasadas glorias y venturas y las esperanzas de su grandioso porvenir, acrecentó las demostraciones de júbilo en los que acompañaban á Jesús, los cuales veían en la ciudad del gran Rey que tenían presente, el premio que destinaba Dios á la gloria de su Mesías, la herencia del hijo de David y el asiento de su dignidad y realeza. Mas aquel espectáculo y estas demostraciones no solo no envanecieron el ánimo de Jesús, sino que recrecieron en él la tristeza que en medio de tanta exaltación y alborozo interiormente la angustiaba. Porque al poner los ojos en aquella hermosa ciudad, en la grandeza de sus palacios, y sobre todo en el Templo, asiento de la Divinidad y símbolo de la religión de Israel, los veía manchados con los crímenes de los hombres, profanadas las ceremonias de su culto y destrozada y corrompida su creencia; y representándose en su memoria la muchedumbre de los beneficios hechos por Dios á la nación escogida, y la ingratitud y rebeldía de ésta al llamamiento divino, columbraba los rayos de la justicia de Dios que se flechaban ya contra ella, la desolación de la ciudad y la dispersión y matanza del pueblo; y amargado su corazón con la idea de tantas calamidades, arrasábasele sus ojos en lágrimas, y estallaba su dolor en estos tristes acentos: «Ah ¡si conocieses, Jerusalén, á lo menos hoy, lo que se te ha dado y lo que te puede traer la paz! mas ahora todo está oculto á tus ojos. Vendrá un tiempo desgraciado para tí en que tus enemigos te cercarán con trincheras y te pondrán cerco estrechándose por todas partes. Te echarán por tierra á tí y á tus hijos que están dentro de tus muros, no dejando en tí piedra sobre piedra, porque no

conociste el tiempo en que Dios te visitó para salvarte».

Por segunda vez derramaba el Salvador amargo lloro por la infeliz ciudad. En la primera, al venir de Galilea á Judea había deplorado sus ingraticudes é infidelidades: hoy anunciaba el castigo de estas ingraticudes, acongojándose su corazón al ver cómo se apresuraban y estaban á punto de ventrarse encima. Mas no siendo esta ingratitud y pertinacia parte para que el divino Maestro dejase de cumplir la obra á que era venido á este mundo, después de breve detención, con ánimo resuelto y esforzado continuó el camino emprendido, descendiendo por las últimas estribaciones del Monte del Olivar y subiendo por el monte Moria hasta entrar en Jerusalén.

Durante esta última parte de su camino, no sólo no habían cesado las aclamaciones, sino que se repetían cada vez más estruendosas y entusiastas. Al penetrar la triunfante comitiva por las puertas de la ciudad, toda la gente que había en el vecindario se puso en movimiento. Siendo muchos los forasteros que había á la sazón en Jerusalén, eran muchos también los que no tenían noticia de Jesús ni de sus hechos y doctrinas; y así se preguntaban unos á otros quién era aquel á quien tanto se glorificaba y festejaba.

Entre tanto, el alboroto y la algazara cundían por todas partes; las plazas y encrucijadas se llenaban de gentes; las azoteas de las casas se poblaban de espectadores, y por todas las calles que desembocaban en la carrera de aquel triunfo glorioso acudían muchedumbres innumerables ansiosas de ver á Jesús y su festivo acompañamiento. Los gritos y las aclamaciones atronaban el espacio. Un júbilo extraordinario irradiaba de los semblantes. El entusiasmo rebosaba en los pechos de todos. Todo era alborozo y alegría. Era aquella una hora sublime, uno de los momentos que tienen raras veces los pueblos, y en los cuales el espíritu de Dios parece haber penetrado en él y alentar y manifestarse por su boca. El soplo de la Divinidad había agitado las olas populares, y á este soplo se habían despertado en las íntimas profundidades de las almas los instintos más nobles y las esperanzas más generosas. El entusiasmo de Israel, las aclamaciones que daba á Jesús, los sentimientos que conmovían los corazones, significaban á las claras que aunque extraviados por sus guías y caudillos, aún podían los israelitas ser dignos de los favores de la misericordia divina.

No hay que ponderar la alegría y alborozo que henchían los pechos de los discípulos de Jesús en aquella ocasión sublime. Lo que veían era para ellos el principio de la realización de sus ensueños y esperanzas. Aquel glorioso recibimiento y aquellas placenteras aclamaciones eran para ellos indicio seguro de que pronto su Divino Maestro sería respetado de todos cual merecía, y reconocido públicamente por Mesías, y aclamado por el pueblo y sus príncipes como su rey y dominador y restaurador del trono de David y restablecedor de la gloria de Israel. Y ufanos y ensoberbecidos con estas esperanzas veían descorrerse espléndidos horizontes á la gloria de Jesús, y abrirse á su porvenir una nueva era, y franqueársele á él y á sus discípulos el camino expedito de su entronizamiento y reinado.

Con tales aplausos llegó Jesús al Templo, donde dirigió su palabra á las muchedumbres, é hizo muchos prodigios dando vista á los ciegos y curando á los enfermos y lisiados. Mientras tanto, se repetían las aclamaciones y también se enardecía más y más contra Jesús la envidia de sus enemigos; los cuales, al oír á la gente, y en especial á los jóvenes, exclamar «Hosanna al hijo de David», le decían indignados: «¿no oyes lo que dicen?» y el santo Maestro les replicaba: «¿y vosotros, no habéis leído aquello de la boca de los niños y de los que no hablan has perfeccionado la alabanza?»

(Se concluirá).

MIGUEL MIR

De la Real Academia Española.

Nuestro arte religioso

IX

No pensaba decir cosa alguna de las imágenes vestidas, cuyo lugar en estos artículos hubiera sido, en rigor, el siguiente á la Escultura. Creía más prudente, tratando de arte, callar acerca de una invención que juzgo antiartística por completo; pero invitado por algunos lectores de LA ILUSTRACION CATOLICA á que dijese mi opinión sobre esa rama bastarda y enferma de la imaginería cristiana, me decido á complacerlos, aun con peligro de que á más de uno parezcan un tanto crudas mis afirmaciones.

Sería muy aventurado sostener que en una imagen vestida no sea posible cumplir con las reglas del arte; pero no lo es tanto, porque lo demuestra la experiencia, creer que esto es cosa muy ardua en la práctica y ocasionada siempre á la ruina del arte, cuando no al desprestigio de lo mismo que se quiere llenar de esplendor y belleza; y que gracias á la humana debilidad también puede suscitar divisiones y perturbaciones entre los fieles.

Reflexiónese cuán difícil es que el pintor y el escultor, por ilustrados que sean, se libren de la rutina, de los prejuicios de escuela y de las imposiciones de la ignorancia, y firmes siempre en el buen camino, jamás incurran en el anacronismo indumentario, ó al menos en la afectación y amaneramiento y en delito de lesa estética. Pregúntese á cualquier artista de los buenos lo que le cuesta componer los paños de su modelo ó maniquí antes de trasladar la figura al lienzo; las veces que hace y deshace, mira y consulta; las que deja el trabajo para distraerse y volverlo á tomar con ánimo algo más sereno, y las que después de tanta labor no logra dar forma bella á su pensamiento; y cuando se haya reflexionado sobre estas vicisitudes propias de artes que tanta ilustración exigen de sus sacerdotes, dígame imparcialmente si las mujeres, que ordinariamente hacen el oficio de camareras, si los sacristanes, mayordomos y demás personas encargadas de vestir las imágenes, podrán ni remotamente siquiera librarse de caer, por mucha que sea su cultura, en las mayores aberraciones artísticas, históricas y hasta religiosas.

Este argumento, en mi opinión decisivo, debiera bastar para que todos se convenciesen; pero los hechos le prestan la más apetecible demostración. Es evidente que entre las imágenes pintadas ó de escultura, si hay muchas malas y medianas, grande es también el número de las buenas, de las muy buenas, y de las que ya gozan de celebridad universal, como el San Bruno de Burgos, el Cristo de Velázquez, el Pasmó de Sicilia, la Oración del Huerto de Sarcillo y otras mil y mil de que todo el mundo tiene noticia. Pero entre las imágenes vestidas nadie ha visto una que sea, no un portento como las referidas, sino una obra de arte mediana siquiera, por el plegado y disposición de sus ropas y por la acertada colocación de los accesorios, pues que por la cara y manos ya no es posible juzgar, porque son obra del escultor.

Mas aunque se diesen algunos casos (nunca serán muchos), no dejaría por eso de subsistir en ellos un gran número de peligros nacidos de la misma índole de las imágenes. La estatua y el cuadro (comprendo con este nombre todos los procedimientos pictóricos), llevan consigo el inmenso prestigio del arte, que es una especie de santidad, porque toda inspiración noble procede en último término de Dios; grandeza admirable por sus dificultades, por las raras dotes y el trabajo que necesita; aureola sublime engrandecida por la Historia y la poesía, y admirada universalmente con respetuoso entusiasmo. La escultura y el lienzo

parece que dicen: no me toquéis, no soy de este mundo; en mí está impreso el sello santo del genio, tan raro y extraordinario como todo lo sublime y divino; yo soy una prueba de que Dios habla al hombre, y desde aquí sin palabras digo á los que me miran muchas cosas del mundo de la verdad.

La estatua y el cuadro son algo muy grande, viril y permanente, cuya muerte ó desaparición no se concibe; algo invariable é inmune contra los vaivenes de las ideas y los caprichos de las modas; el mismo trascurso del tiempo les imprime un nuevo carácter, que los hace aún más venerables.

El muñeco vestido, por el contrario, es una parodia, y como todas las parodias, risible de cualquier modo que se la mire.

No tiene sobre sí el encanto del arte y su virilidad, ni habla más que á los sentidos, como artificio que es femenino en todo y sobre todo. No es fuerte y estable como la verdad, sino débil como el error y expuesto al incendio, á la humedad y á la polilla; siempre en peligro de ser variado por la ignorancia, el capricho ó la moda. Manejable y ligero como todas las falsedades, se prodiga bajando á menudo de su trono para ser manoseado, despojado y de nuevo vestido y lleno de arrumacos por manos que nunca supieron lo que es arte. Se comprende, pues, que la figura vestida no guste más que á las mujeres y á los afeminados ó fútiles, personas de piedad superficial ó mal dirigida, amantes del oropel y de lo que deslumbra; atolondrados, y, en una palabra, ignorantes. Pervierten estas obras falsas el gusto, y nacen de un gusto pervertido; son lo transitorio con pretensiones de estable, y por lo tanto, una perturbación que á veces produce muy tristes consecuencias, pues afemina, es causa de lujo inconsiderado, y naturalmente, de rencillas y divisiones.

En prueba de esto, recordamos las que surgieron en cierta cofradía muy respetable, á causa de una Dolorosa vestida, que le regaló uno de los hermanos, trastornando así el cerebro de las mujeres y de los hombres frívolos, hasta el punto de querer que se arrinconase ó vendiese la magnífica y antigua escultura que hasta entonces habían venerado. En otra corporación semejante, no menos numerosa, pero en decadencia tal, que había ya disminuido notablemente la solemnidad de sus fiestas, y no le era fácil costear una Virgen bien tallada, como la que le había destruido un incendio ya hacía algunos años, llegó el inmoderado afán por los trapos, al disparate de gastar veinte mil reales, casi el doble del coste de una obra excelente, en... solo un manto de muy mal gusto para la efigie provisional, que es malísima.

He visto en Andalucía corporaciones pobrísimas que no pueden poner cuatro velas en todo el año ante su patrona, y no les faltan, sin embargo, quienes se gasten ¡diez ó doce mil duros! en un manto de esos, enorme y desproporcionado, cuyo coste sería suficiente para crear una renta que sufragase perpetuamente los cultos de instituto, ahora suprimidos.

¿No mutilaron las señoras de la corte de Felipe IV la venerable imagen de la Almudena, que luego vistieron ridículamente, y que tanto trabajo y protestas y murmuraciones ha ocasionado ahora restituir á su verdadero estado? Pero, es claro, la Dolorosa referida y la Virgen provisional, y ésta de la Almudena así mutilada, podrían ser manoseadas, vestidas y compuestas por las mujeres, cuya vanidad queda contenta con decir «yo la visto», y que no les hablen de más artes ni arqueologías: las imágenes de talla son demasiado serias y no admiten más adorno que la belleza de sus líneas.

Hay que desengañarse; en la Iglesia cada uno debe guardar su puesto, y el de la mujer no es ciertamente el de director artístico; si lo desempeña producirá un desequilibrio, el predominio del

trapo y de la moda, y, á la corta ó á la larga, el lujo insensato, que nada tiene que ver con el deseo noble de esplendores y con aquel amor al arte con que antiguos cabildos, hermandades y patronatos prodigaban el oro en obras magníficas y estables, después de cumplidas todas sus atenciones.

Si hubiera una mujer tan artista y erudita que pudiera vestir los maniqués como un pintor y arqueólogo á la vez, cabalmente por eso no gustaría de imágenes de esa especie, ó necesitaría para vestirlos modelos artísticos en bulto ó pintura, y esos serían más lógicamente la mejor efigie... er o... no hay escape.

Sólo se concibe ese procedimiento practicado con suma discreción é inteligencia en casos excepcionales ó en tiempos de penuria, mientras vienen otros mejores; llegados éstos, la cabeza y manos del maniqué provisional (si eran buenas) deben ya formar parte de una verdadera estatua. Pero no solo fomento de vanidades, afanes de lujo desordenado, gastos inoportunos y divisiones ocasionan los Santos vestidos, sino, lo que es peor é inevitable según la experiencia, producen fatalmente los más ridículos anacronismos y los mayores pecados de lesa belleza, en desprestigio todo ello de la Religión católica.

Veamos esta Dolorosa vestida de terciopelo negro con abalorios y agremanes ó bordados de oro, y con su escapulario como una monja, sobre cuya prenda va ¡el rosario! y luego, en medio del pecho un corazón de plata atravesado por las indispensables espadas bastante largas... En las manos una corona de espinas, que los dedos tocan mediante un pañuelo de nipsis, compañero de la gola y de los vuelillos en los puños y en la toca, á estilo de hermana profes... Veamos esto, y recordando que el negro no era el color de luto entre los hebreos, ni cabía tampoco usarle en aquellos momentos, ni era ocasión de abalorios, ni la Virgen rezaba el rosario dominicano, ni usaba arrumacos de nipsis, ni de nada, ni escapularios, ni correas, y mucho menos una corona cerrada como la de España, preguntémosnos si este engendro puede representar á la Madre del Salvador, bien sola en su morada, bien á pie firme junto á la cruz, sobre todo si en ésta hay un Cristo con grandes enaguillas bordadas, potencias de plata y larga peluca postiza.

He aquí ahora otra Virgen pequeña, si miramos las proporciones de su cara, demasiado morena en verdad, aunque es de madera y admite colorido; grande á juzgar por la estatura... del manto. ¿Pero es esto una Virgen? Gran corona en la cabeza y grandísima sobre corona con aureola de plata, todo ello unido al rostrillo del mismo metal, especie de ventana por donde asoma una cara sin expresión, cabeza sin cabellos y sin pescuezo... de la que arranca en forma de cono el vestido de tela de casullas, muy tiesa, sin un pliegue siquiera, gracias á los ahuecadores ó cañoneras, que bien se señalan; y allá junto al hombro sale sobre una faldeta ó funda muy estirada, la cabecita del niño con otra corona, aureola, rostrillo, potencias y cetro. Las manos de la Virgen, que nada sostienen, salen como si estuvieran clavadas en una pared, y todo aquel conjunto monstruoso de plata, ramos, alhajas, cadenas, tisú y galones está colocado en una peana feísima. ¿Cómo puede representar esto á la Reina de los ángeles y de los hombres, á la hermosa doncella de Nazareth? Pues así son casi todas las vírgenes célebres de España, por errores de una época de extravío artístico... en vestir imágenes, que no en otras cosas. Hoy tenemos vírgenes vestidas á la moderna también anacrónicas y nada bellas, con sus conatos de plegado artístico muy cursi, es natural, pero también con la eterna corona grande sobre tirabuzones de pelo postizo,

sabe Dios de quién, y toquilla de tal ilusión, vuelillos de encaje y otras zarandajas, tanto ó más absurdas. ¿Qué cosa más risible que esa Virgen del Tránsito puesta en el sepulcro con corona y sobrecorona, con alhajas y sandalias, y vistiendo el imprescindible manto real sobre el delantal estirado, que quiere significar la túnica ó falda?

Ahí es nada lo que dista esa figura de la propiedad histórica y hasta del sentido común. Pero no dista menos ese Jesús Nazareno que lleva una cruz con cantoneras churriguerecas de plata, y viste una túnica bordada de oro, con larguísima cola; lleva puños de encaje, gola, pelo tendido y collar de perlas! Junto á él están la Verónica, vestida á la moderna, y la Virgen ofreciendo un pañuelo bordado, con puntilla, para limpiar el sudor... ambas rivalizan en lujo como sus camareras. Y ¿se parecería la Santísima Virgen á Santiago, llevando un delantal en forma de alcuza, muy bordado y tieso que partiendo de la cintura tapase la mitad de la columna? Seguramente que no; pero no pudiendo ser vestida una imagen tan pequeña, hubo que valerse de ese medio para que intervinieran la mujer y el trapo aun allí donde menos falta hacía, y he aquí estropeada la más venerable efigie de España, aunque no lleva una corona tan alta como la de los Desamparados de Valencia, ni tan fuera de situación como la de las Angustias de Granada. ¿Y qué decir de esas faldas de lienzo y encajes blancos que con ofensa de todo lo ofendible, hacen creer que la efigie representa una mujer en enaguas... y sobre ellas el manto negro? mil veces me he indignado ó he sentido lástima ante ellas.

He visto un San Cayetano con sotana de terciopelo, bordada de oro; un San Ramón lleno el traje de ramos en seda; un San Luis Gonzaga con sotana plagada de abalorios; una Santa Teresa con bonete de presbítero, y bien grande; un San Cosme y un San Damián con togas y birretes universitarios, ¡vaya! como que eran médicos, y mucho galón de oro en los bajos; un Crucifijo vestido de Pontífice con casulla y tiara... Y no hablo de los niños de Jesús vestidos como para decir misa, ó con roquete de sacristán. Omiso asimismo enormidades como los relojes de bolsillo, arracadas, guardapelos y pulseras, los mantos de excesiva cola que pasan ¡de seis varas! las talmitas que ponen en Sevilla á San Juan Evangelista, y otras mil lindezas. Quiero, sí, consignar, porque son importantes, estos tres hechos: que por lo regular todas las actitudes de los Santos vestidos, son y no pueden menos de ser frías, duras, impropias y tienen algo del ídolo indio ó salvaje; que apenas se ve una cara buena en figura para vestir, y que el pueblo venera con preferencia las imágenes malas, despreciando, esto lo sabe todo el mundo, las que son notables obras de arte.

Se ha dicho, para evadir tremendos cargos, que hoy representamos á Jesús á María y á los Santos en triunfo y reinando en la gloria: bueno, pero ¿estaban así en la calle de la Amargura, en el Gólgota y en la Columna? ¿Se ocupa el trono de los cielos con rostrillo y ahuecadores? ¿Se recuerda á San Cayetano, el padre de la Providencia, con sotana bordada? Insisto en que estas imágenes nos desprestigian, sin contribuir al fin que les es propio; y afirmo que también es necesario en rigor que, aun sin perjuicio al arte, cese tanta barbarie y anacronismo, por medio de una prohibición de construir en lo sucesivo efigies para vestir, y de reglas para transformar artísticamente las que sea posible, prescribiendo además con prudencia casi todas las que ya existen... y no conservando sino las antiqüísimas y muy venerables cuya supresión ó variación no fuese conveniente.

JOSÉ FERRÁNDIZ.

Una poetisa cristiana

El telégrafo nos ha comunicado la triste nueva del fallecimiento de una de las mujeres que más honraban á su sexo en España; inspirada poetisa, cuyos cantos, de una dulzura incomparable, han elogiado propios y extraños, esposa modelo, católica fervorosísima, mujer, en suma, que Dios había enriquecido con los más preciosos dotes del ingenio y del corazón: para el público en general escritora eminente y poetisa sincera; para su esposo la felicidad en la tierra; para la Iglesia una hija predilecta; para la patria una de sus glorias más puras; para los pobres una madre; para todos los afligidos un paño de lágrimas. Sevilla ha perdido uno de sus ornamentos más preciados, y la generación que se va en toda España uno de sus títulos legítimos al aprecio, al respeto y á la gratitud de la generación presente.

Dofia Antonia Díaz de Lamarque, á que se refieren estas líneas, trae involuntariamente á la memoria el recuerdo de Fernán Caballero. Aunque tan desemejantes entre sí por la índole de sus respectivas vocaciones literarias, novelista de costumbres la una, poetisa lírica la otra, coincidieron ambas en la profundidad y ternura de sus sentimientos religiosos, en el amor á las letras, en las felices disposiciones que demostraron para cultivarlas, y muy especialmente en la modestia con que supieron seguir la carrera de las letras, armonizando perfectamente, y de modo que ganaba los corazones de todos, la publicidad de la bien adquirida fama con la humildad, que es uno de los más simpáticos atractivos del sexo femenino.

Ni Antonia Díaz, ni Cecilia Bolh, se juzgaron mujeres superiores, ni soñaron con emanciparse de la tiranía del hombre, ni con la igualdad de derechos, ni con tener voto en las Cámaras legislativas, ni aun con ser académicas; por ser escritoras, y escritoras insignes, no se creyeron en el caso de abdicar de sus positivas y dulces prerrogativas sociales de señoras de su casa. Vivieron en la interioridad del hogar, sin estruendo ni escarceos, siendo, según los diferentes estados en que Dios las fué poniendo, hijas obedientes y sumisas, y esposas, según el eterno modelo esculpido por Fr. Luis. Ni á una ni á otra concedió la Divina Providencia la suprema prerrogativa de la maternidad: pero así como el deseo hace mártires, la caridad hace madres de mujeres que no lo son materialmente, y Antonia y Cecilia fueron madres de los pobres y de los afligidos.

La insignie poetisa que acaba de morir fué un ejemplo vivo de cómo puede armonizar una mujer cristiana el talento extraordinario de la escritora con las virtudes sencillas de la señora. Fué buena hija, excelente esposa, fiel amiga, católica ejemplar, y nada de esto le impidió ser excelsa poetisa. Su poesía, de una dulzura incomparable, no fué más que el desbordamiento, la expansión tranquila de sus insignes virtudes, de su fé ardientísima, de su esperanza y de su caridad.

«Los afectos religiosos y morales (escribe el Padre Blanco en su celebrada obra *La literatura española en el siglo XIX*), han guiado constantemente su pluma, dando ocasión para que alguien le aconsejase descender á la ardiente arena de la poesía filosófica; pero la señora Lamarque ha preferido, con mucho acierto, seguir el impulso de su vocación propia, y el ejemplo de la Avellaneda y de Cecilia Bolh, antes que el de Mad. Ackerman y la autora de *Ledia*, de las que en todo caso la separaría el abismo que media entre la negación y la fe.»

El eminente crítico Fastenrath dice á propósito de las composiciones de Antonia Díaz cosas tan bellas como éstas...

«...sus poetas son como el incienso de la plegaria, y se han inspirado á la sombra de la cruz; todas ellas son un himno de gloria á la Religión del Crucificado, ya las que han nacido de la contemplación íntima de la paz del propio espíritu, ya las que han brotado junto á los muros del templo, ya las



PUERTA EN LA PROVINCIA DE GUADALAJARA

que en el interior doméstico, en su dicha suprema de Nochebuena, ha sugerido á la poetisa. Esta sí que puede decir lo que pone en labios de Colón en su romance *La Virgen de la Rabida*:

Devota soy de María
Desde mi infancia más tierna.

«Aromáticas flores de María son indudablemente muchos de los cantos de Antonia; pero no por eso deja de alentar en ellos el perfecto sentimiento de la naturaleza, que tan grato es siempre para un corazón germánico. ¿Qué alemán no palpita oyendo estas primeras estrofas de *La Despedida de la primavera*?

Ya te alejas presurosa,
Bella estación encantada,
Ya te alejas presurosa
De los campos de mi patria.

El prado y el bosque umbrío
En breve tus ricas galas
Al rayo del sol ardiente,
En polvo verán trocadas.

Moradoras de las selvas,
Leves, apacibles auras,
¿Para las flores de hoy
No habrá un recuerdo mañana?

Como en otra ocasión, menos triste que la presente, escribimos ya, no se necesita ser alemán para que estos acentos inspirados lleguen á lo más íntimo del corazón.

No son únicamente el Padre Blanco y Fastenrath los que han celebrado como merecen serlo las dotes poéticas de la respetable dama que acaba de bajar al sepulcro. Fernández Espino, el eminente literato sevillano; Rubió y Ors, y otros muchos, enaltecieronlas, colocándola á la insignie Antonia en la cima del Parnaso español.

Otra escritora, no ciertamente del mérito de la señora de Lamarque, dijo de ella:

«Todo es en Antonia poético: su figura, la expresión de su rostro y sus costumbres.»

No podían ser estas últimas más sencillas, tratándose de una dama que por su matrimonio podía considerarse opulenta. Los señores de Lamarque han invertido durante su largo matrimonio los cuantiosos bienes que poseían en hacer muchas limosnas y en proteger las letras, por las que ambos cónyuges han sentido el mismo cariño entrañable y entusiasta. Su lujo era tener cerca de Sevilla un verdadero paraíso en la famosa y hospitalaria alquería del Pilar. La excelentísima señora doña Antonia Díaz de Lamarque (escribió también Fastenrath), la bella y distinguida esposa del celebrado poeta, amigo y protector del arte, D. José Lamarque de Novoa, pulsa la lira al par que cantan las aves en su magnífico jardín de la poética alquería del Pilar.

En ese delicioso retiro han vivido felices los esposos Lamarque, cultivando las letras, ejerciendo

la hospitalidad con españoles y extranjeros distinguidos, y la caridad con todos los pobres de la comarca; viviendo en suma como dos grandes señores de los antiguos tiempos, en aquel momento feliz en que el espíritu cristiano de la Edad Media se alió con el entusiasmo literario despertado por el Renacimiento. En ese retiro, finalmente, ha sorprendido la muerte á la señora Lamarque de Novoa. Si es indudable que cada uno muere como ha vivido, podemos afirmar desde luego que la muerte de la insigne poetisa habrá sido ejemplar; la muerte de una cristiana digna de serlo.

Cerremos estos deshilvanados apuntes con un hermoso párrafo dedicado por el Sr. Rubió y Ors á la ilustre escritora que acaban de perder la Iglesia y la patria:

«La fe, escribía no hace mucho el crítico catalán, es como la fuente de donde nacen los ríos de poesía que brotan de todos sus versos... No la fe fría y más ó menos sujeta á dudas ó á vacilaciones, sino la fe sumisa, y como tal, ciega, y por sumisa y ciega favorecida por el cielo con resplandores á veces hasta sobrenaturales... Podría decirse de la señora de Lamarque, lo que de sí propio escribía Fr. Luis de León, á saber: *que era poeta por inclinación de su estrella, y no por su juicio y voluntad.*»

Que descansen en paz la dulce poetisa, fervorosa cristiana, y respetabilísima señora.

A. S.

El día del Santo

SEVILLA, «la graciosa andaluza que se lava en el Guadalquivir y se perfuma con azahares», (1) tenía una hija llamada Angela, de africanos ojos y tostado cutis, que en unión de sus padres vivía en la histórica calle de D. Miguel de Mañara.

Celebraba Angela sus días, y algunas amigas de confianza habían ido por la mañana á felicitarla después de ganado el jubileo de la *Porciúncula*, vestidas con sencillos y elegantes trajes de verano, y cubiertas sus airoosas cabezas con la graciosa mantilla negra; formaban un precioso grupo sentadas en mecedoras de rejilla en el patio, lleno de macetas y flores y cubierto con la vela (2) que lo defendía de los rayos del sol de Agosto: sus risas hacían coro con el murmullo del agua al caer del alto surtidor en la copa de mármol blanco de la fuente, cuando vieron por la calada cancela que entraba en el zaguán un hombrecillo de unos sesenta años, pobremente vestido, aunque con limpieza; este buen señor, llamado Wistremundo, era el profesor de piano de Angela, que iba á cumplimentarla, escogiendo aquella hora con la esperanza de no encontrar visitas: grande fué su contrariedad al ver el grupo de traviesas muchachas, y cruzó por su mente la idea de volverse; pero era ya tarde, pues le habían visto, y aunque bastante azorado, siguió penetrando con paso inseguro. Su entrada fué saludada con aplausos, y él, haciendo, como vulgarmente se dice, de tripas corazón, procuraba aparecer sereno, pero sin conseguirlo; los saludos le aturdían, y aquel, D. Wistremundo, siéntese usted aquí; D. Wistremundo, ¿tocará usted un poquito el piano? ¿ha estado usted en Santa María de Jesús á ganar el Jubileo? ¿cuántas macetas había? y el agua de las tallas *visé* usted qué fresca estaba, entre las cañas verdes?... dieron al traste con todos sus esfuerzos, que no es maravilla, pues diéranlo con otro más sereno aquel preguntar y hablar todas á la vez, y cambiando nombres y pisando algún pequeño pie, fuese por una silla para aproximarla y sentarse, con tan mala suerte, que

(1) Pílastilo, del R. P. Coloma.

(2) Toldo que en Sevilla ponen en los patios en el verano para que no penetren los rayos del sol, y que recojen por la noche para que entre el fresco.

tropezando en una maceta de nardos la derribó, yendo á dar con su cuerpo en la fuente, metiendo ambas manos en el agua, y asustando á los pintados habitantes del líquido elemento que corrieron á refugiarse en sus casas de algas; rociado por el surtidor, era de ver su cara, y también las de las niñas que á duras penas podían contener la risa que dilataban sus picarescos labios, corrieron á socorrerlo, y trajéronle una toalla para que se enjugara; pero estaba caladito, pues el chapuzón fué más que regular, y decide marchar á su casa para mudarse de ropa. Pero sus desgracias no habían terminado, porque al dar una vuelta dió un tope-tazo á la criada que en la mano derecha llevaba la bandeja de los dulces y en la otra la de las copas para los vinos y licores, dando con todo en el suelo, haciéndose mil pedazos con gran estrépito. El pobre cuan desgraciado D. Wistremundo siente unas ganas de correr tan inusitadas, que moviendo sus piernas con la agilidad de los veinte años le llevan á la cancela en un abrir y cerrar de ojos, tira del cordel de la farola, creyendo es el tirador de la cancela, y la estrella contra el techo con infernal ruido, al que siguió una lluvia de cristales y petróleo, abre por fin aquella malhadada cancela, y sale por la puerta como quien huye del enemigo, entre las risas y gritos de las niñas y la voz del padre de Angela que decía desesperado, con los brazos en alto: ¡que se lleven á ese hombre, que me va á derribar la casa!

El pobre Wistremundo no dejó de correr hasta que llegó á la Puerta de Jerez, donde jadeante se dejó caer en un banco, limpiándose el copioso sudor que de su frente brotaba y llorando sus desdichas.

JESÚS MARÍA DE VALDENENRO.

Mi reloj y otros relojes

Una tarde del verano pasado, tenía varias cosas que escribir en casa.

El tiempo estaba muy caluroso, y me quité la levita y el chaleco. Mi nuevo reloj de oro (por el cual había pagado 30 libras), lo coloqué delante de mí, sobre la mesa, donde pudiera tenerlo á la vista. Hasta aquí todo iba bien. Seguí escribiendo, acumulándose los papeles sobre la mesa, cubriendo uno de ellos mi reloj. Al ir á cojer algo que necesitaba, mi brazo lo arrastró al suelo accidentalmente. ¡Oh, cielos, qué mala sombra! Lo recogí cuidadosamente como quien levanta una criatura que ha tenido una mala caída. ¿Anda todavía? Sí, débilmente; pero al ponerlo junto á mi oído, dió unos cuantos compases despacio y débilmente, parándose entonces, y quedando un reloj sin vida.

Un minuto antes era cosa vital... ahora, meramente un cúmulo de ruedas inmóviles, encerradas en una caja. ¿Qué se había roto? No lo sabía. El relojero lo tendría que componer y devolvérmelo con la cuenta. Esto conseguí por mi estúpido descuido.

Sin embargo, nadie es tan pobre que no lleve un reloj de mucho más valor que aquel; uno que puede andar muchos años sin darle cuerda. Pero cuando para, ¡ah! entonces, ¿quién es el que puede ponerlo en marcha otra vez?

Hablando sobre el que él posee, dice así Mr. Geo. W. Burton, habitante en Kirton Home, Bostón (Inglaterra). «Mi corazón palpitaba

en forma que llegaba á alarmarme. Algunas veces, tan mal, que hasta me parecía oír cesar su movimiento.»

¿Qué le pasaba al corazón de Mr. Burton?

Tal vez su carta nos ayudará á averiguarlo. Dice así: En Octubre de 1887, empecé á sentirme molesto y lánguido. Tenía mal gusto de boca, y por las mañanas encontraba mis dientes y encías cubiertos con una espesa y sangrienta capa de sarro. Mi apetito desapareció y experimentaba gran dolor en el pecho y estómago, después de las comidas. No obstante, experimentaba siempre casi una locura por el alimento, pero no me atrevía á tomarlo en forma sólida. Algunas veces, parecía que mi cabeza iba á estallar de tanto dolor, y tan mareado me encontraba, que apenas si veía. Poco después apareció una tós, y escupía grandes cantidades de flema. Más tarde, mi respiración se tornó mala, y me atacaban sudores fríos. Seguí debilitándome, hasta que lo único que pude hacer era moverme algo de un lado á otro, continuando en esta condición por cuatro años. En este tiempo consulté médicos, y usé cuantas medicinas llegaron á mi conocimiento, pero nada me alivió.

Ahora recapacitemos un poco. Mr. Burton dice que su corazón se agitaba y palpitaba, que tenía una tos punzante y dificultad al respirar. Tres cosas terribles, de cualquiera de las cuales puede uno morir fácilmente, como sabe todo el mundo. No obstante, se restableció de las tres... y todas al mismo tiempo. Dice así: En Febrero de 1891 oí lo que había hecho en casos semejantes el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y me determiné á probarlo, obteniendo una botella de los Sres. Grimble y Kent, farmacéuticos en Boston. Las primeras dosis me proporcionaron alivio, y como lo continuase tomando, llegué á curarme por completo en corto tiempo. Hago mención de ello para que otros que padezcan esta enfermedad sepan dónde encontrar el remedio.

Firmado.—GEO. W. BURTON.

Celebramos que recobrase la salud; pero después de todo, ¿qué es lo que le aquejaba? Tenía tres enfermedades, es decir, consunción, asma y afección al corazón. Y si fuese así, ¿cómo pudo el Jarabe Curativo de la Madre Seigel haber curado las tres afectando cada uno órganos distintos? La contestación es esta: No tenía más que una sola enfermedad: indigestión y dispepsia, de la que el débil corazón, la irritada garganta y los agobiados pulmones delataban los síntomas. La sangre envenenada, llena de mortíferos ácidos del estómago, habían medio paralizado los nervios, y desordenado así la acción del corazón; igualmente había infectado las delicadas membranas que forran los pulmones y pasajes conductores de aire, produciendo asma y la tos que parecía amenazar consunción. Una enfermedad y muchos síntomas engañadores (esa es la verdad), que desviaban á los médicos y hacían creer al paciente aterrorizado que ya no había esperanza para él.

Cuando el reloj de la vida se para, ningún poder humano puede darle cuerda otra vez; pero el caso del Sr. Burton y miles otros prueban que con frecuencia pueden pasar más años de lo que uno cree antes que la maquinaria quede sin movimiento.

Al dirigirse el lector á los Sres. A. J. White, Ld., de la calle de Caspe, núm. 155, Barcelona, tendrán estos señores mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado explicando las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está en venta en todas las farmacias. El precio del frasco es de 14 reales, y el del frasquito 8.

Banco de España

2.º sorteo para la amortización de la Deuda del 4 por 100.

Debiendo aplicarse en cada trimestre al pago de intereses y amortización de la Deuda al 4 por 100 la suma de 25.326.000 pesetas, cuarta parte de la anualidad de 101.304.000 que determinan las leyes de 9 de Diciembre de 1881 y 14 de Julio de 1891, corresponde por ambos conceptos al trimestre vencido en 1.º de Julio próximo por la necesidad de acomodar la amortización á lotes cabales, la suma de 25.358.300 pesetas, según el detalle siguiente:

	A.	B.	C.	D.	E.
Bolas encontradas	14.491	10.195	10.815	2.918	2.130
Títulos que representaban	144.910	101.350	108.166	29.180	21.900
Capital nominal	72.455.000	258.875.000	515.750.000	854.750.000	547.600.000
Bolas que han de ser tiradas	64	45	45	18	10
Títulos que representaban	640	450	450	180	100
Capital amortizado	320.000	1.125.000	2.250.000	1.625.000	2.100.000
A pagar por intereses	721.550	2.352.000	5.157.500	8.647.500	5.475.000
Total intereses y amortización	1.141.550	3.652.750	7.407.500	5.272.500	7.575.000

El sorteo tendrá lugar públicamente, en el salón de juntas generales del domicilio del Banco, sito en la calle de Alcalá, núm. 74, el día 1.º de Junio próximo, á la una en punto de la tarde, y lo presidirá el gobernador ó un subgobernador, asistiendo además una comisión del Consejo, el secretario y el interventor.

Por cada serie se hará un sorteo independiente, introduciendo en un globo las bolas que representan los títulos que de cada una existen en circulación, y extrayendo á la suerte las que

corresponden al trimestre indicado anteriormente.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su examen antes de introducirlas en el globo, así como las amortizadas en el sorteo anterior.

Se anunciarán en los periódicos oficiales los números de los títulos á que haya correspondido la amortización, y quedarán expuestas al público, para su comprobación, las bolas que hayan sido extraídas en los sorteos.

Oportunamente se publicarán también las reglas á que ha de sujetarse el cobro de intereses y amortización.

Madrid 14 de Mayo de 1892.—El secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

BANCO HISPANO COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba

EMISIÓN DE 1886

Con arreglo á lo dispuesto en el artículo 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886, tendrá lugar el vigésimo cuarto sorteo de amortización de los Billetes Hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, el día 1.º de Junio á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de Estudios, número 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 1.184.111 Billetes Hipotecarios, que se hallan en circulación.

Los 1.184.111 Billetes Hipotecarios en circulación, se dividirán, para el acto del sorteo, en 11.842 lotes de á cien Billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo trece bolas, en representación de las trece centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.240.000 títulos emitidos y los 1.184.111 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone el Real orden de 4 del actual, expedida por el ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 11.609 bolas sorteables, deducidas ya las 233 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el presidente del Banco ó quien haga sus veces, asistiendo, además, la comisión ejecutiva, director-gerente, contador y secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Julio próximo.

Barcelona 14 de Mayo de 1892.—El secretario general, *Artstides de Artñano*.

BANCO HISPANO COLONIAL

ANUNCIO

Billetes Hipotecarios de la Isla de Cuba

Emisión de 1890

SEXTO SORTEO DE AMORTIZACIÓN.—Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del real decreto de 2 de Setiembre de 1890, tendrá lugar el sexto sorteo de amortización de los Billetes Hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1890, el día 10 de Junio, á las once de la mañana, en la Sala de sesiones de este Banco, Rambla de estudios, núm. 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 340.000 Billetes Hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 340.000 Billetes Hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 3.400 lotes de á cien Billetes cada uno, representados por otras

tantas bolas, extrayéndose del globo cuatro bolas en representación de las cuatro centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.750.000 títulos emitidos y los 340.000 colocados conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la real orden de 13 del actual, expedida por el ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto se expondrán al público las 3.380 bolas sorteables, deducidas ya las veinte amortizadas en los cinco sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo además la Comisión Ejecutiva, Director Gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un Notario, según lo previene el referido real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los Billetes á que haya correspondido la amortización y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Julio próximo.

Barcelona 25 de Mayo de 1892.—El secretario general, *Artstides de Artñano*.

A NUESTRAS AMABLES LECTORAS

Señoras, vosotras hacéis vuestro tocador con el jabón del Congo, porque todas preferís, sin duda alguna, el perfume poderoso, suave y delicado que distingue este jabón incomparable. Es, pues, haceros un servicio el advertiros que se venden imitaciones y falsificaciones de este célebre producto. Rechazad como falsa toda pastilla del Congo que no lleve el NOMBRE DE VICTOR VAISSIER, DE PARIS.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis.

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

OBRAS COMPLETAS

DE

DON MANUEL POLO Y PEYROLÓN

Lujosamente encuadernadas en tela, con plancha dorada del mejor gusto, todas del mismo tamaño y al módico precio de tres pesetas volumen, se han puesto á la venta, en todas las librerías católicas, las siguientes:

- Seis novelas cortas.
- Páginas edificantes.
- Quien mal anda...
- Discursos académicos.
- Vida de León XIII.
- Sacramento y concubinato.

Poco á poco se dispondrán de la misma manera todas las demás. Para las suscripciones, dirigirse al autor en Valencia, calle de En-Bou, 7.

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 1

1892

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

R. BONIQUET
MEDICO-CIRUJANO
dentista

Especialista en las enfermedades de la boca y colocación de dentaduras.
Premiado en la Exposición Universal de Barcelona.

ESPOZ Y MINA, 9, PRAL.—MADRID

Consulta ordinaria: Todos los días laborables de **10 á 6**.
Gratis á los pobres: los martes, jueves y sábados, de **8 á 10**.

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.º GIROD
Sucesor de Losada.

PERUJO-ANGULO
DICCIONARIO
DE
CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.—**TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS** en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Sabirana, hermanos, editores.—Barcelona.

FÁBRICA DE GUANTES
J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes, novedad en piel caballo, Rusia, cabrito, cordero, Suecia, gamuza y lana.
Guantes para Sres. Obispos, Sacerdotes y Colegiales.

ESPECIALIDAD EN GUANTES Á LA MEDIDA
7, Fuencarral, 7

POLICARPO RUIZ

Grandes almacenes al por menor.
15, JACOMETREZO, 15

Tengo el gusto de poner en conocimiento de mi numerosa y distinguida clientela que he recibido un inmenso surtido en géneros propios de la presente estación, que venderé á precios tan reducidos como ya de antiguo viene haciéndolo esta Casa. Recomiendo al mismo tiempo las ricas Holandas, Retortas, Mantelerías, Géneros de punto, Corsés, Ropa blanca, Cuties, Piezas de tela blanca en hilo y algodón, Lanas, Merinos, Granadinas, Velos toalla, Toquillas de seda y pelo de cabra, é ininidad de artículos. Preciosos Satenes á 1,50; Batistas flores, gran novedad, á 0,60; Percales desde 0,25.

Se hacen camisas á la medida con perfección y economía.

ES DIGNA DE SER VISITADA LA NOTABLE
EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS
Y
coronas.
DE

G. KUHN SEIS SALONES **CRUZ. 42**
Placs principales.

Sección 1.ª—Flores para vestir. 2.ª—Ornato de salón.—
3.ª Flor para iglesia.—4.ª Flor para cementerio.—5.ª Material para flores.—6.ª Plumas y azabache para sombreros.

Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar,—y modelos de cristalería, mayolica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

LOS QUE TENGAN TOS
va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR Y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

SEÑORAS

La perfumería
THOMAS
es la que vende la perfumería fina á precios reducidos.

La perfumería
THOMAS
es la que vende los perfumes sueltos para el pañuelo á **5 reales onza**; el **Heliotropo blanco**, perfume fino, delicado y muy permanente, á **6 reales**.

La perfumería
THOMAS
es la que presenta en sus anaqueles un millón de caprichosos objetos con perfumes ó sin ellos, para regalitos de poco precio.

La perfumería
THOMAS
está situada en la calle **MAYOR, 36**. Fijarse bien en las señas: **número 36**, entre las calles de Coloreros y Bordadores.
Los precios son fijos, marcados en los objetos.—Prohibido el regatear.



LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO CERVANTES BALMES CISNEROS

ÉPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIA	
Un mes.....	1,50 pes.
Tres meses.....	4 "
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	9 pes. fr.
Un año.....	18 "

NÚMERO 11.—Madrid 15 de Junio de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	12 francos.
Un año.....	24 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	5 pes. fr.
Un año.....	10 "



[TRISTE CENA]

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—La Pasión de Jesucristo, por el P. Miguel Mir.—Comunión en el campo, por Valentín Gómez.—Estudios bíblicos, por Vicente Calatayud.—Don Vicente Calatayud y Bonmatí, por Ángel Salcedo.—La Semana Santa en Manila, por Francisco Aguilar y Bisca.—Reclamos.—Anuncios.

GRABADOS

Triste cena.—Don Vicente Calatayud.—Madre é hijo.—Lord Stafford marchando al cadalso.—Guillermo Tell.—Patio del Palacio arzobispal de Alcalá de Henares.

LA QUINCENA

PASÓ el primero de Mayo sin que se realizaran las tristes profecías que venían haciéndose en todos los tonos; y ahora, cuando menos se esperaba, surge de nuevo el problema social, planteado con audacia y resolución inconcebibles por los obreros de Barcelona. En qué vendrán á parar los sucesos que se vienen desarrollando en la capital del Principado, es cosa que no se sabe. Por lo pronto, ya el gobernador civil de la provincia ha declinado el mando en la autoridad militar, que ha proclamado el estado de sitio, vista la imposibilidad de que lleguen á un razonado acuerdo obreros y fabricantes.

Y la verdad es que ahora no reina en Barcelona, ni en el resto del Principado, cual otras veces, la miseria, pues no ha subido el valor de las subsistencias, ni hay falta de trabajo, ni los patronos han disminuído los salarios; precisamente la situación industrial de la capital de Cataluña era, hace pocos días, más próspera que lo ha sido en ninguna otra época. La huelga carece, pues, de fundamento serio; y en efecto, las noticias que de allí se reciben están conformes en asegurar que el motivo de la presente huelga no es otro que el amor propio herido de los obreros; porque éstos, cediendo ya en su pretensión de aumento de salario á los estampadores, cediendo también en la de que los *esquirols* ó trabajadores no asociados sean despedidos, exigen que se admita nuevamente en las fábricas á todos los que voluntariamente las abandonaron.

Como consecuencia del estado de sitio, el Gobierno ha reforzado la guarnición de Barcelona y ordenado á la escuadra de instrucción que á toda vela se dirija hacia las costas catalanas y se presente allí también. De persistir los obreros en su actitud sediciosa, claro es que han de sobrevenir para Barcelona días de luto y sangre, pues las autoridades militares están decididas á obrar con toda energía al menor asomo de que pueda alterarse el orden público. Y el Gobierno tiene el deber de mostrarse en este caso enérgico y decidido, pues no sólo representa el principio de autoridad, sagrado ahora como siempre, sino que también el de defender la libertad industrial, atacada por los huelguistas al imponer la clausura de las fábricas y maltratar á aquellos de sus compañeros que acuden al trabajo, y defender asimismo el derecho de propiedad que niegan los que tratan de imponer por la fuerza el alza de los salarios.

Desde que se ha declarado en la ciudad condal el estado de sitio, los ánimos se han abierto á la esperanza, y aquí en Madrid considérase ya punto menos que conjurado el conflicto, no precisamente porque las leyes excepcionales inspiren hoy, después de tantas y tan dolorosas experiencias, más confianza que las prescripciones del derecho común, sino porque se espera mucho de las dotes, verdaderamente singulares, que adornan al capitán general de Cataluña D. Ramón Blanco. Este ilustre soldado reune, en efecto, á un entendimiento clarísimo, un profundo conocimiento del carácter catalán; es allí querido como ningún otro gobernante lo ha sido, porque ha sabido vencer, durante el

ya largo periodo de su mando, circunstancias azarosas y verdaderamente terribles, sin vanos alardes de autoridad ni inútiles derramamientos de sangre; y es, por tanto, el hombre más apropiado para conjurar la tormenta que se cierne hoy amenazadora sobre la capital del Principado.

De todos modos, Dios quiera que en el próximo número podamos congratularnos de que se hayan desvanecido las sombrías nubes que ennegrecen ahora los horizontes de la industriosa y próspera Cataluña.

.

El Sr. D. Felipe Mora ha dado á conocer en el Círculo de la Unión Mercantil un proyecto útil, beneficioso, y que contribuiría grandemente, de llegar á realizarse, á la transformación de la capital de España.

Consiste dicho proyecto en utilizar un magnífico salto de agua del Guadarrama para su aprovechamiento industrial en Torrelodones, y poder transportar á Madrid una fuerza de 1.400 caballos y un caudal de 2.000 litros de agua por segundo, que serían aprovechables, tanto en la capital como en los pueblos del tránsito. Para ello, el Sr. Mora solicita del Gobierno la concesión del canal de Gasco, hoy abandonado, y por cuyo cauce corre ahora débil corriente que en los calurosos meses del estío es absorbida por el terreno arenoso que atraviesa, y no sirve absolutamente para nada. Según el señor Mora, las aguas del Guadarrama, no sólo duplicarían el caudal que hoy nos aporta el Lozoya, sino que por la mayor elevación del depósito podría llegar el agua á los barrios á que no alcanza el nivel del canal hoy existente, y del que sería un complemento el que se proyecta ahora.

Pero se nos ocurre una observación. El autor del proyecto trata de utilizar la fuerza del salto de agua convirtiéndola en energía eléctrica, y si bien es cierto que el problema de la transmisión de dicha energía se halla hoy resuelto científicamente, no lo está, que nosotros sepamos, desde el punto de vista industrial, pues así se demostró, si no nos es infiel la memoria, en las experiencias que se celebraron durante el verano pasado en la Exposición de electricidad de Francfort; y por otra parte, la presa de arcilla que proyecta el Sr. Mora, ¿será suficiente á resistir el empuje del inmenso caudal de aguas que ha de contener, sin que sobrevengan filtraciones que, al cabo de algun tiempo, la inutilicen por completo? Y si una vez comenzadas las obras y rechazada la arcilla por inútil hay que emprender el hacer la presa de mampostería, ¿ha calculado bien el Sr. Mora lo que vendría á costar la obra, dada la magnitud de la misma?

Ligeras observaciones son éstas que se nos ocurren al correr de la pluma, y fundadas tan solo en las pocas noticias que del proyecto tenemos. El Sr. Mora, al lanzarse á empresa de tal magnitud, claro es que habrá tenido en cuenta todas las dificultades inherentes á la misma. Si el autor del proyecto consigue dotar á Madrid de motores para la industria y de agua bastante á fertilizar los áridos campos que lo rodean, habrá realizado una obra que le agradecerán seguramente sus contemporáneos y la posteridad.

.

La *Gaceta* del día 8 del corriente publicó el siguiente decreto:

«S. M. la Reina (Q. D. G.), Regente del reino, en nombre de su augusto hijo, por decreto fecha 5 del actual, se ha dignado nombrar para la iglesia y arzobispado de Valencia, vacante por traslación de D. Antolín Monescillo y Viso, á D. Ciriaco María Sancha y Hervás, Obispo de Madrid-Alcalá.

Y habiendo sido aceptado este nombramiento, se están practicando las informaciones y di-

ligencias necesarias para la presentación á la Santa Sede.»

El Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá ya, pues, á Valencia á cumplir la voluntad de Dios, como de Santiago de Cuba fué á la diócesis de Avila, como de Avila vino á Madrid, y como ira á donde quiera que la Iglesia tenga necesidad de utilizar sus relevantes dotes de entendimiento y de carácter, que le hacen brillar como astro de primera magnitud en el firmamento de la Iglesia Católica.

El Sr. Sancha y Hervás ha sido dignísimo sucesor del mártir que regó con su sangre generosa los cimientos de la diócesis madrileña. La historia de su pontificado es una de las más gloriosas que registran los anales de la Iglesia española; lo que ha hecho en los pocos años que ha permanecido entre nosotros, basta para honrar la vida de un apóstol, y para que hoy todos los que han sido sus súbditos espirituales, sientan y lloren su partida como pueden los buenos hijos sentir y llorar la ausencia de un padre amado y amantísimo.

Comprendemos la alegría que experimentan los pechos valencianos al conocer el nombre del sucesor que la Providencia ha deparado al ilustre Cardenal Monescillo. Diríase que Santo Tomás de Villanueva no cesa de rogar en el cielo por aquella su amada diócesis y de pedir para ella á Dios Obispos que lo sean según el espíritu del Evangelio y á la altura de su difícil y trabajosa misión. Que aquella tierra tan pródiga en flores no tenga espinas para su nuevo Pastor, y que éste encuentre en las orillas encantadoras del Turia corazones que lo amen tanto como los que, privados ahora de su presencia, consagrarán siempre un recuerdo á su segundo Obispo y eternamente bendecirán su memoria.

Nosotros también esperamos que otro nuevo apóstol vendrá pronto á ocupar el puesto que deja vacante nuestro amadísimo Padre y á consolidar las grandes obras llevadas por éste á cabo durante el tiempo que ha gobernado la diócesis de Madrid-Alcalá.

.

El domingo 5 del corriente mes ha presenciado la capital de España un espectáculo por todo extremo singular é interesante. Algunos millares de piadosas personas, pertenecientes á la Asociación de la Guardia de Honor, establecida en la Parroquia de San Martín de esta corte, concibieron el pensamiento de ir á la hora del alba en devota romería á la Casa de Campo, y recibir allí la sagrada Comunión de manos de nuestro reverendísimo Prelado.

Lo mismo en la esfera de la política que en la de la Religión, en el mundo estruendoso de los negocios que en este otro más modesto y silencioso de la piedad, sucede en nuestra patria un singular fenómeno. Basta que á un espíritu dotado de iniciativa se le ocurra una idea, buena en sí misma, pero que se aparte de alguna manera del estrecho molde en que el convencionalismo imperante se empeña en vaciar nuestra conducta y las manifestaciones todas de nuestra vida, para que los hombres prudentes salgan alborotando por esos mundos, augurando no sabemos cuántas calamidades, que de llevarse aquella idea á la práctica han de sobrevenir forzosamente, y diciendo horrores del pobre loco á quien pudo ocurrirse semejante desatino, sin tener en cuenta los sagrados intereses que por causa de su realización van á comprometerse.

Desde que se inició la idea original, poética y grandiosa que la Guardia de Honor ha llevado á cabo con grandísimo éxito, perdemos ya la cuenta de las cosas que hemos oído, capaces de poner los pelos de punta al hombre más sereno. ¿Qué pretexto á los librespensadores, á los enemigos de nuestras creencias, para que recrudezcan sus ataques á nuestros sentimientos religiosos y á las augustas ceremonias de nuestro culto? ¿A quién se le ocurre ir á comulgar á

la Casa de Campo? Para eso está la iglesia; á la Casa de Campo se va á merendar por las tardes. El asunto, por lo inusitado, se presta á la chacota, y tontos serán nuestros adversarios si dejan escapar la ocasión que tan candidamente vamos á ofrecerles. A personas, no ya católicas, sino piadosas, las hemos oído abundar en las mismas ideas, y hasta censurar á nuestro amadísimo Prelado, porque no se oponía á la realización de tamaño disparate. ¿Y las lecciones de la experiencia, nos declan, tan pronto se olvidan? ¿Y los petardos? ¿Y el Rosario de la Aurora de Valencia?

Pero las personas que concibieron la idea no son, por lo que se ve, de las que retroceden ante pueriles y fantásticos temores; y en la mañana del domingo 5 del corriente se realizó con extraordinario esplendor la imponente manifestación religiosa. Más de 6.000 almas reunidas en la parroquia de San Martín y en sus inmediaciones, se pusieron en marcha, á las cinco en punto de la mañana, formando una masa compacta, verdadero tumulto ordenado y pacífico, muchedumbre clamorosa, en la que no hacían falta puestos previamente señalados, ni agentes de policía para mantener el orden, porque todos y cada uno están interesados en mantenerlo; y precedida de músicas militares, cantando la Letanía de los Santos, y el himno del *Sagrado Corazón*, en pos de los bordados estandartes que flotaban en los aires como las banderas de la inmortalidad, y presidida por nuestro amadísimo Prelado y por el Ilmo. Sr. Obispo de Tarragona, Vicario general castrense, atravesó aquella devota multitud las calles de Silva, Bola, plaza de Oriente, calle de Bailén y paseo de San Vicente, cruzó los espléndidos jardines del Campo del Moro, atravesó el río, cubierto á aquella hora con su velo matinal de impalpable gasa, é internándose por las magníficas alamedas y umbrosas calles de la Casa de Campo, se detuvo en una de ellas, á cuyo extremo, bajo la altísima bóveda que forman allá en la altura, entretejiendo sus ramas, los álamos blancos, se erigía un altar, todo de flores campestres; bellísimo trono que los empleados de la régia posesión habían erigido para que sirviera de florido escabel á la Reina de los Angeles y de los hombres, á la augusta emperatriz de todo lo creado.

No añadimos una palabra más á la descripción de aquella conmovedora ceremonia. Porque en otro lugar del periódico verán nuestros lectores el artículo que á la misma ha dedicado el esclarecido director de *El Movimiento Católico*, D. Valentín Gómez; y justo es que cuando hablan los maestros se retiren por el foro modestamente los discípulos.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

[Triste cenal.—(Pág. 161)]

Un grupo de niños huérfanos de padre, comen en un extremo de la mesa, acompañados de la abuela, que cuida del más pequeño; la hermanita mayor refleja en su rostro dolor y sobresalto, viendo á su madre que en el otro extremo llora abatida y desconsolada. La escopeta que pende del muro, hace adivinar que allí falta un hombre, cuya ausencia llena de angustia y de tristeza aquel lugar abandonado.

El artista ha sabido dar á su cuadro ese tinte conmovedor y melancólico que hace sentir verdaderamente al espectador el vacío de la muerte, y le lleva á la imaginación recuerdos de desgracias y desventuras.

[Madre é hija.—(Pág. 165)]

En una de esas escenas íntimas de la vida de la familia, fecundo manantial de sentimiento, y, por lo tanto, de inspiración artística, ha buscado el autor del cuadro que reproducimos hoy en nuestro número asunto para llenar su tela.

El cuadro resulta delicado y bien sentido; la madre está arreglando el pendiente de su hija, con la delicadeza que sólo las madres saben poner en el desempeño de esas funciones. La niña, tierno retoño de rubia cabellera, aguarda sumisa á que termine la ejecución de ese detalle de culto externo, para saltar y jugar por el campo, revoloteando como las mariposas.

Pertenece este cuadro á la escuela inglesa; no puede negar su procedencia por la delicadeza de los detalles y el instinto de observación.

Lord Strafford marchando al cadalso.—(Pág. 168.)

Este personaje de la corte de Carlos I. fué célebre por el favor que le dispensó el Rey, y también por su trágica muerte. Nació en Londres en 1593. Fué individuo del Parlamento, en el que defendió contra Buckingham las franquicias nacionales; rehusó el pago de un impuesto ilegal, y fué, por este hecho, privado de sus cargos y desterrado de Londres. Reapareció en la escena política en 1623, hizo adoptar la famosa *Petición de derechos* y á la muerte de Buckingham, Carlos I. le nombró Par del reino y Gobernador de Irlanda. Su administración se hizo notable por las importantes mejoras que introdujo; pero mal secundado por el Rey, Strafford aceptó la responsabilidad de ciertos actos que excitaron general irritación y honda animosidad contra él; y cobardemente abandonado por el monarca en la hora del peligro, fué acusado de traición y compareció ante el Tribunal de los Lores, quienes lo condenaron á ser decapitado.

El grabado que ofrecemos á nuestros lectores es copia del célebre cuadro de Delaroche, y representa el momento en que Lord Strafford, marchando al patíbulo, se arrodilló debajo de las ventanas del calabozo en que se hallaba encerrado el Obispo Land, para recibir de éste la última bendición.

En el reinado de Carlos II fué rehabilitada la memoria del noble lord, que pertenecía á una familia de sangre real.

Guillermo Tell.—(Pág. 169.)

Conocidos es de todos, y popular como pocos nombres en la historia, el del jefe de la revolución suiza de 1307. Nació en el cantón de Uri, y dió á conocer su odio á la tiranía, de un modo cuya autenticidad no está bien reconocida por los historiadores. Parece que Gessler, gobernador de Suiza, había colocado en la punta de un asta un rico gorro bordado de oro, que representaba el gorro ducal de Austria, mandando que todos, al pasar junto á él, se descubriesen, doblando la rodilla. Guillermo no quiso obedecer esta orden, y fué condenado por Gessler á derribar con una flecha una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo. Guillermo Tell salió triunfante de la bárbara prueba, pues tuvo la fortuna de atravesar la manzana sin tocar al niño. Mató á Gessler por venganza, y con este hecho dió comienzo la terrible guerra que dió por resultado la independencia de Suiza. Tell es reconocido por todos los historiadores como el libertador de su patria.

Patio del Palacio arzobispal de Alcalá de Henares. (Página 173.)

Entre los edificios notables que Alcalá de Henares encierra dentro de sus muros, se destaca el palacio Arzobispal, obra debida á los arquitectos Berruguete y Covarrubias. El edificio, que es una verdadera maravilla artística, se halla sin terminar, y se cree que en uno de sus salones se celebraron las Cortes de 1348, que publicaron el Código de las Siete Partidas y el Ordenamiento real.

La población de Alcalá que, según Estrada, ascendía en el año 1768, á 4.000 vecinos, fué disminuyendo desde la supresión de los conventos y de la traslación de la Universidad á Madrid, de modo que en 1842 había quedado reducida á 864 vecinos y 3.968 almas. A su entrada hay gran número de torres y de hermosos edificios que hacen formar de ella una idea superior á su importancia. Las calles son espaciales y rectas en general, sus casas desiguales, pero cómodas en su interior. Tiene unas Casas Consistoriales bastante buenas, teatro, varias escuelas, hospital, algunas posadas, molinos harineros y tahonas, tiendas de lienzos, paños, géneros ultramarinos y de abacería.

Entre los muchos edificios públicos que hay en Alcalá de Henares, á más del palacio Arzobispal, asunto de nuestro grabado, figuran el Colegio mayor de San Ildefonso, en el que permanecieron los estudios de su Universidad, hasta su traslación á la corte, en el año 1836; el Colegio llamado del Rey, por haberlo fundado Felipe II para la educación de los hijos de los dependientes del palacio real; y la iglesia magistral, única de este título en España, dedicada á los santos niños Justo y Pastor, cuyas reliquias se veneran en la misma; á esta iglesia se trasladaron en 1850 el sepulcro y restos mortales del gran Cardenal Jiménez de Cisneros, que se encontraban en la Universidad. Además de este suntuoso templo se cuentan en Alcalá el de Santa María la Mayor, donde fué bautizado el 9 de Octubre de 1547 Miguel de Cervantes Saavedra; el de Santo Domingo, y las iglesias del Hospital de Nuestra Señora de la Misericordia, el oratorio de San Felipe Neri y algunas otras.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (segunda quincena de Junio.)

16. † Jueves.—SANTÍSSIMUM CORPUS CHRISTI.—Santos Quirico, Ferreolo, presbíteros, Ferruci, diácono, y Aureo mártires; Aureliano y Juan Francisco Regis, confesor; Santas Julita y Faustina, mártires.

17. Viernes.—Santos Manuel, Sabelo, Ismael, Montano, Nicandro, Félix, Isauro, Inocencio y Jeremías, mártires, y el beato Pablo de Arezzo, confesor; Santa Teresa, reina, y Nuestra Señora del Puerto, en Madrid.

18. Sábado.—Santos Ciriaco, Marco, Marciano, Leoncio y Eterio, mártires; Amando, obispo y confesor, y Calogero, ermitaño. Santas Paula, martir, Isabel y Marina, vírgenes.

19. † Domingo II DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Infraoctava del Corpus*.—Santos Gaudencio, obispo, y Calmacio, diácono, mártires; Gervasio, Protasio, Lamberto, Ursicino, Bonifacio y Zósimo, mártires. Santa Juliana de Falconeri, virgen y fundadora.

20. Lunes.—Santos Silverio, Papa y martir, Pablo y Ciriaco, mártires, Macario, obispo, y Novato, confesor. Santa Florentina, virgen.

21. Martes.—Santos Terencio, obispo y martir; Rufino, Marcio, Ciriaco, Apolinar y Albano, mártires, Loufrido, abad, y Luis Gonzaga, confesor.

22. Miércoles.—Santos Albano, Acacio y 10.000 compañeros mártires; Paulino, Niceas y Juan, obispos.—Santas Consorcio, virgen y Nuestra Señora de la Estrella en Mosquera.

23. Jueves.—Santos Juan y Félix, presbíteros y mártires; Zenón y Zenás, mártires.

24. Viernes.—El Sacratísimo Corazón de Jesús.—La Natividad de San Juan Bautista.—Santos Orencio, Eroses, Farnacio, Fermín, Ciriaco, Firmo y Longinos, hermanos mártires; Agoardo, Agliberto, Fausto y 23 compañeros mártires.

25. Sábado.—Santos Antidio, obispo y martir; Galicano, martir, Próspero de Aquitania, Máximo y Sosipatro, obispos y confesores; Adalberto y el Beato Juan, confesores.—Santas Orosia, Lucía y Febronia, vírgenes y mártires, y Nuestra Señora del Valle en Alcalá de Henares.

26. Domingo III DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—El Purísimo Corazón de la B. V. María.—Santos Silvio, obispo y martir; Juan y Pablo, hermanos, Pelagio y Superio, mártires.

27. Lunes.—Santos Crescente, Anecto, Zoilo y 10 compañeros mártires; Sansón y Juan, presbíteros, y Ladislao I, rey de Hungría.

28. Martes.—Santos Ireneo y Benigno, obispos y mártires; Plotaro, Soreno, Heráclidas, Herón y Papio, mártires; León II y Pablo I, Papas y confesores.—Ayuno.—Abstinencia de carne.

29. Miércoles.—Santos Pedro y Pablo Apóstoles, Marcelo y Anastasio, mártires; Siro, Papa, y Casio, obispo.

30. Jueves.—La Conmemoración de San Pablo Apóstol.—Santos Basílides, martir; Marcial, obispo y confesor; Cayo, Alpiniano, Ostiano, presbíteros, y León, subdiácono.

Lo mismo que decíamos en el número anterior, relativamente á la fiesta de la Santísima Trinidad, puede asegurarse de la del Santísimo Sacramento; esto es, que su antigüedad se remonta á la infancia de la humanidad. Los Patriarcas la celebraron ofreciendo sacrificios simbólicos de la gran *Victima*, y todos los pueblos renovaban también su memoria en las ensangrentadas aras de sus altares, porque el género humano recibió la idea del sacrificio de la idea revelada primitivamente de una víctima sin mancha, capaz de espiar los crímenes de la humanidad. ¿Cómo había de ocurrirse al hombre que la sangre de un animal podía apaciguar la ira de Dios y atraer sobre los pueblos su misericordia? Así, pues, todos los sacrificios antiguos eran simbólicos del gran sacrificio del Calvario, y poco importa, como dice monsieur de Maistre, que el paganismo alterase la noción de este profundo misterio, pues no por esto es menos cierto el hecho en que nos ocupamos.

Pero la festividad de la Sagrada Eucaristía es continua en la tierra desde la publicación del Evangelio especialmente. Los Apóstoles, fieles al mandato recibido en la noche de la Cena, es á saber, que renovasen el misterioso sacrificio de aquella noche memorable, y lo celebrasen en memoria del Divino Maestro, hicieron que la fiesta de la Eucaristía fuera tan antigua y universal como la Iglesia; y desde aquella remota época, no ha dejado de verse en un instante la divina sangre en todos los ámbitos de la tierra.

En otros tiempos, y aun también ahora, era el Jueves Santo la fiesta del Santísimo Sacramento; pero la Iglesia ha querido instituir otro día para celebrar tan augusto y sacrosanto misterio, al que puede considerarse como el corazón mismo del Catolicismo, fundamento de la fe, y por consiguiente, piedra angular de la Iglesia y de la sociedad. A la beata Juliana de Cornillon, religiosa del convento de Hospitalarias de la ciudad de Lieja, se debe en primer término el establecimiento de esta festividad.

Vencido por las fervorosas instancias de la humilde religiosa, el Obispo de Lieja declaró en su Sínodo de 1246 la institución de una fiesta particular del Santísimo Sacramento, cuya celebración pública y solemne prescribió en toda su diócesis. Los Canónigos de San Martín, de dicha ciudad de Lieja, fueron los primeros que la solemnizaron en 1249. El Papa Urbano IV fué el que instituyó la fiesta de que hablamos, como general para toda la Iglesia, mandando que se celebrase con la pompa de las festividades de primera clase. Señaló para este objeto el jueves después de la octava de Pentecostés, por dos razones: primera, por ser el primer jueves libre de los Oficios de la época pascual; y segunda, porque convenía tomar para ello aquel mismo día de la semana en que Nuestro Señor había instituido la Sagrada Eucaristía.

Urbano IV encargó al mismo tiempo á Santo Tomás de Aquino, que escribiera el Oficio propio del día; y el Santo doctor, dejándose llevar en alas de su fé, de su genio y de su devoción hacia tan sacrosanto misterio, compuso el Oficio del Santísimo Sacramento, verdadera obra maestra, considerada con justicia como el más hermoso de los Oficios de la Iglesia, tanto por la energía y la gracia de sus expresiones y el profundo conocimiento del Misterio Eucarístico que campea en todo él, como por la justa proporción de sus partes y la precisión de las relaciones entre las figuras del antiguo Testamento y las realidades del Nuevo.

A pesar de los esfuerzos del Papa Urbano IV, fué descuidándose algo, sobre todo después de su muerte, la celebración de esta fiesta. Pero en el Concilio general de Viena, reunido el año 1311, queriendo el Papa Clemente V darle, por fin, todo el esplendor y estabilidad que merecía, hizo que se recibiera y confirmara la Bula de institución expedida por Urbano IV. Todos los Padres del Concilio aceptaron con entusiasmo la augusta solemnidad, en presencia de los reyes de Francia, Inglaterra y Aragón. Así se estableció esta especie de triunfo que la Providencia divina preparaba de antemano, y que debía ya subsistir para siempre en la Iglesia, en reparación de los ultrajes que iba á recibir por parte de los sectarios de los siguientes siglos, el más augusto y amable de nuestros misterios.

La parte más esplendente de los Oficios del día de *Corpus*, es la procesión solemne, instituida por el Papa Urbano IV, y que el Concilio de Trento mandó que se celebrara con pompa y magnificencia extraordinarias en toda la Iglesia.

•••

Si á la fiesta del Santísimo Sacramento va indisolublemente unido el nombre de la bienaventurada Juliana de Cornillon, imposible es hablar de la festividad del Sagrado Corazón de Jesús sin traer á la memoria el recuerdo de la Beata Margarita María de Alacoque, la humilde religiosa del convento de la Visitación de Paray-le-Monial. Esta devoción ha arraigado tan profundamente entre nosotros, y ha llegado, en poco tiempo, á ser tan popular, que su historia es ya cosa vulgar y corriente, sabida de todas las personas piadosas y aun de muchas que no lo son; por lo que no nos detendremos á relatarla, máxime habiéndose publicado por doctísimos escritores libros admirables acerca del asunto que hoy andan en manos de todos.

Sólo diremos que el Papa Clemente XII fué el primero que aprobó la fiesta y el oficio del



D. VICENTE CALATAYUD

Sagrado Corazón para el reino de Polonia; algunos años más tarde, el reino de Portugal solicitó y obtuvo el mismo favor. Los Obispos de Francia, según un acuerdo tomado con este objeto en la famosa Asamblea del Clero de 1765, habían adoptado ya generalmente la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, en sus diócesis, y desde esta época fué siempre en aumento hasta el Pontificado de Pío VI.

Este gran Pontífice, de santa y gloriosísima memoria, aprobó nuevamente esta saludable devoción, condenando á los que se atreviesen á combatirla; y fijó la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en el viernes de la octava del Santísimo Sacramento, según la revelación hecha por el mismo Jesucristo á la Bienaventurada Margarita María. Para darle más pompa, las iglesias de Francia la celebran en el segundo domingo de Julio.

En nuestra patria se ha propagado el culto al Sagrado Corazón de Jesús con asombrosa rapidez. Quizás no exista pueblo alguno de la monarquía, por pequeño é insignificante que sea, ni establecimiento de enseñanza ó de beneficencia, verdaderamente cristiano, donde no se halle establecido el Apostolado de la Oración y sea el Corazón de Jesús objeto de una devoción especialísima.

•••

Por último, también en esta quincena se celebra la festividad de los Santos Apóstoles Pe-

dro y Pablo; de San Pedro, príncipe de los Apóstoles, Cabeza Visible de la Iglesia de Jesucristo, columna inmóvil de la Fe, como dijo el Concilio de Efeso; piedra y base de la Religión, como expresó el de Calcedonia; Vicario de Jesucristo en la tierra; y cimiento, como dice San Agustín, sobre que se fundó y aún subsiste la Santa Iglesia Católica; y de San Pablo, Doctor de las gentes y oráculo del mundo.

Ambos Apóstoles estuvieron juntos nueve meses en la cárcel mamertina, de la que salieron el 29 de Junio del año 68 de Jesucristo, para ser azotados y martirizados luego. Fueron sepultados en el Vaticano, y desde entonces fué su sepulcro, después del de Jesucristo, el más respetable y venerado de todo el mundo; comenzando el culto de estos dos grandes Apóstoles en la tierra, casi al mismo tiempo que dió principio su eterna felicidad en el cielo. Luego que el emperador Constantino dió la paz á la Iglesia, se levantaron en todas partes santosísimos templos en honor de los dos Santos Apóstoles, cabezas de nuestra sacrosanta Religión. El día 18 de Noviembre celebra la Iglesia la dedicación de las dos famosas Basílicas fundadas en Roma en honra de San Pedro y San Pablo, cuya construcción se atribuye al gran Constantino y en dedicación al Papa San Silvestre.

J. P.

La Pasión de Jesucristo

CAPÍTULO III

Entrada triunfante de Jesús en Jerusalén; últimas re-
yertas con sus enemigos y su profecía sobre la desola-
ción de Israel.

(Conclusión).

Con el grandioso recibimiento hecho á Jesús en Jerusalén, parecía que la causa en el representada había entrado en caminos anunciadores de nuevos triunfos y prometedores de paz y seguridad para el Santo Maestro. La victoria había sido tan completa, la proclamación del pueblo tan espontánea y sincera, el respeto y simpática benevolencia hacia Jesús tan universal, que bien se podía esperar que la idea de ser Jesús el Mesías, tan hermosamente sancionada por la muchedumbre, se impondría á sus enemigos y les obligaría á reportarse en su odio y á dar de mano á los malvados proyectos que fomentaban contra él. Evidentemente, la opinión del pueblo estaba en su favor, y esta opinión se había declarado en términos tan claros y decisivos, que era muy difícil y peligroso contrastarla.

Vióse esto aún más claramente en otra ocasión, sucedida en aquellos días. Era el Templo de Jerusalén el único sitio donde, según la tradición judaica, se podía adorar á Dios y ofrecerle sacrificios; por esto con la inmensa muchedumbre que á él acudía era grandísimo el peligro de los desacatos, y no menor el de los abusos que con tal motivo podían cometerse. Estos abusos y escándalos habían llegado al extremo con la dominación y preponderancia del partido saduceo, pues como para las obligaciones del culto fuese necesario gran número de víctimas, no contentos con el mercado de animales que tenían en el monte del Olivar, y del cual la familia de Anás sacaba grandes provechos, habían establecido otro dentro del mismo Templo, á uno y á otro lado de la puerta de Shusan, y en el cual se vendían animales, vino, sal, harina y otros objetos necesarios al culto. Además, siendo obligación de todo buen israelita pagar cada año al Templo el tributo de medio siclo como rescate y redención de su alma, habíanse colocado muchos puestos y mesillas donde se cambiaban las monedas griegas y latinas que traían principalmente los judíos de la dispersión, por otras hebreas, únicas que valían para el tributo. Todo esto daba lugar á mil abusos; los animales se vendían á un precio exorbitante; el cambio de monedas se hacía á un tanto por ciento crecidísimo; el tráfico, en fin, y el negocio lo habían invadido todo. Quejábese de ello el pueblo, pero no le veía remedio, pues los que debían evitar tales abusos eran los primeros en fomentarlos, como quienes sacaban de ello sus utilidades y provechos.

Al ver Jesús aquella escandalosa profanación, ardiendo en celo de la gloria divina, y sin hacer caso de los muchos que interesaban en aquel abuso, ni de las autoridades del Templo, ni aun del mismo Sumo Sacerdote y su familia, bajo cuyo amparo se llevaba adelante, mandó que inmediatamente se despejase el lugar sagrado; y como algunos se resistiesen, tomó unos cordeles y emprendió contra ellos, desbaratando sus mesas y derramando por el suelo el dinero de los cambiantes, y diciendo: «¿Por ven-

tura no está escrito: mi casa es casa de oración para todas las gentes, y vosotros la habéis hecho cueva y guarida de ladrones?»

Estaba el pueblo suspenso y maravillado de la acción de Jesús, aprobando su celo y aplaudiendo la energía con que había salido en defensa del honor de Dios y de la santidad del Templo. Los discípulos de Jesús, testigos de esta aprobación, y viendo el crédito que con ella iba ganando su Maestro, esperaban quizá el triunfo definitivo de éste y su honor y glorificación universal. A tales imaginaciones se entregaban llevados del arrebatado entusiasmo que á todos movía; mas no así Jesús, que guiado por razones más altas, no sólo no se dejaba llevar de tales entusiasmos, sino que cuanto cundía más el favor popular, más expuesta á grave peligro veía su vida y más próxima á estallar la tempestad que hacía tiempo le amenazaba.

Había venido Jesús al mundo, según había dicho á sus discípulos, para servir y dar su vida por la redención de muchos. Los sacrificios de la ley no habiendo sido bastantes á redimir los pecados de los hombres, Dios quería una satisfacción suficiente y condigna, y para tenerla había determinado que la segunda persona de la Trinidad augusta se vistiese de nuestra mortalidad y se sujetase á los padecimientos y miserias á que está sometida nuestra naturaleza, y aun arrostrase voluntariamente muerte violentísima, y sacrificase de esta manera su vida en holocausto á la Divina Majestad. Tal había sido el beneplácito de la voluntad soberana; y acatada ésta por Jesús desde el instante de su entrada en el mundo, se había ofrecido á cumplirla con pleno uso de su libertad y con el ímpetu de amor más vivo y entrañable que se ha visto en el mundo. Por esto su vida, aunque en lo exterior semejante á la de los demás hombres, fué en realidad de verdad un continuo holocausto. Su voluntad, rendida á la divina, al par que ejemplo de lo que debe ser la humana, fué rescate y redención de las prevaricaciones de los hombres. Con esta voluntad fuimos realmente, como dice San Pablo, santificados. Esta sumisión de la voluntad de Jesús á la de Dios dió á su vida un carácter de sublime grandeza, la más sublime que ha tenido vida humana. Elegido para padrón de salud ante todos los pueblos de la tierra, al entrar en este mundo díjose proféticamente de él que su vida había de ser para gloria y ensalzamiento, no menos que para ruina y humillación de muchos, y ni un momento dejó de verificarse esta fatídica palabra. La lucha con el mal y sus representantes y poderíos constituyó la esencia de su naturaleza moral y la grandeza estupenda de su ministerio. Pudo, sin duda, tener el espíritu de Jesús sus momentos de gozo y de alegría y sus ocasiones de paz y de serenidad, pero aquel gozo y esta paz no fueron sino preludios de tristezas y tempestades. No vino á este mundo, como dijo, á traer paz, sino guerra y espada. Su palabra, llena de bondad y de misericordia para los buenos, fué de espantable severidad para los malos. El fuego de caridad que brotaba de su pecho inflamó en amor del cielo á los corazones de los virtuosos; pero levantó incendio de enconadas pasiones en los ánimos de los perversos. Su virtud sobrehumana, que atrajo al camino del bien á las almas rectas y bondadosas, no pudo menos de excitar implacable enemiga y contraste de parte de los malvados.

Esta lucha constituyó el sello de su poder y la trágica y terrible grandeza de su ministerio. Nadie conoció antes que él el término que había de tener esta lucha. Mucho antes que tomase el carácter de irritación y crueldad espantosa que se ha visto, entendió la serie de miserables acontecimientos que habían de prepararla y toda la trama de calumnias, intrigas y persecuciones que habían de armarle sus enemigos. En previsión de esto, hablaba del caliz de dolores que había de beber, de la persecución de que había de ser objeto de parte de los Príncipes del pueblo, de la muerte violenta que habían de darle, de la cruz en que había de ser levantado; mas obediente á la voz de Dios que le hablaba en lo íntimo de su corazón, ofrecíase á estos dolores como oveja que es llevada al matadero, no provocándolos, sino dejando que llegasen por sus pasos contados en el tiempo y en la hora señalada por la divina Providencia.

Hoy, esta hora estaba á punto de llegar. Desechados los sacrificios antiguos, iba á ofrecerse el nuevo que maravillosamente los había de contener á todos y suplirlos y perfeccionarlos. Pasado el tiempo de la enseñanza y del ejemplo, acercábase el de los tormentos y de la cruz. Cumplido el ministerio de Mesías del pueblo de Dios, iba Jesús á dar principio al de Redentor del género humano. Llegado el tiempo de la Alianza Nueva, que según la antigua profecía había Dios de asentar con la casa de Israel y con la casa de Judá, en virtud de la cual, había de escribir su ley, no en tablas de piedra, sino en lo interior de su corazón, y perdonar sus maldades y no acordarse más de sus iniquidades, había el Hijo eterno de Dios de presentarse como Mediador de este Nuevo Testamento, para que en redención de las prevaricaciones del antiguo recibiesen la repromisión de la eterna herencia los pueblos y naciones que habían de ser llamados á ella. Y á

Jerem. XXXI 31 y sig.



MADRE É HIJA

esta empresa sublime, á este holocausto inefable, á esta cruz sangrienta corría el Redentor divino con una libertad y prontitud de ánimo absoluta, cual no la ha tenido jamás martir alguno en la tierra.

Pero si la voluntad de Jesús estaba pronta á cumplir la divina, no podía menos, como humana que era, de pasar por aquellas alternativas de exaltación y abatimiento á que está sujeta toda voluntad de hombre. Vea Jesús la grandeza del sacrificio que Dios le imponía, y ardiendo en celo de la divina gloria, lo abrazaba de todo corazón; pero conocedor de los trabajos y dolores que este sacrificio le iba consigo, los temía y repugnaba; deseaba cumplir la misión soberana que de su Padre había recibido, y deseaba con tanta instancia, que verdaderamente se le angustiaba el corazón hasta verla cumplida; mas al poner la vista en el proceso de la pasión que tenía que arrostrar para desempeñarla, sentía desconsuelo y pavor y agonía indecibles.

Esta lucha y contraste de afectos del corazón de Jesús constituyeron la parte más íntima, más profunda y esencial de su pasión. De ella poco fué dado á conocer á nuestra inteligencia, aunque no dejamos de encontrar algunos vislumbres de ella en los historiadores sagrados. Entre otros merece ponderarse un acontecimiento pasado en uno de estos días, y que nos es referido con singulares pormenores por el Evangelista San Juan, puntualísimo observador de los afectos que brotaban en el corazón del divino Maestro en los días postreros de su vida en este mundo.

Fué así, que habiendo ido una vez Jesús al Templo, y estando en la parte de él á donde era lícito entrar á los gentiles, unos griegos de aquellos que solían ir á Jerusalén á tomar parte en el culto y ponerse bajo las alas del Dios de Israel y ofrecerle sacrificios, llamaron aparte á Felipe de Betsaida, uno de los discípulos de Jesús, y le manifestaron deseos de hablar á su Maestro. No dice el evangelista si realmente lo consiguieron; es de suponer que sí; pero sólo su propósito de hablar con Jesús, al ser conocido de éste, hubo de causar en él extraña impresión y sentimiento. Era, como es dicho, la ocasión en que deseada la misión de Israel, y no teniendo ya razón de ser la alianza antigua, iba á establecerse la nueva, por la cual todo el linaje de los hombres iba á entrar en el conocimiento de la verdad, adorar al Padre que está en los cielos,

y tener participación en las soberanas misericordias; y en aquella ocasión solemnísimamente, disponía la Providencia que se le presentasen aquellos buenos gentiles como para solicitar la entrada en la posesión de la herencia que había sido á todos prometida. En aquella hora, pues, ofrecíase á la vista de Jesús el misterio de la humana redención en toda su realidad y grandeza: el decreto de la divina voluntad y la necesidad de su cumplimiento, la perdición actual de los hombres y su próxima salvación y remedio; el llamamiento de la gentilidad y la fatal reprobación de Israel, su propia dolorosísima pasión y los gloriosos triunfos de la cruz. Y embargada su alma con tales ideas, enardecióse su corazón con esta empresa sublime y lleno de animoso entusiasmo exclamó: «ha llegado la hora en que el Hijo del hombre ha de ser glorificado. Si el grano de trigo no muere, queda solo y sin fruto; mas si muere, lo rinde colmadísimo. El que ama la vida la perderá, y el que la desama y menosprecia en este mundo, la guarda para la vida eterna.»

Al pronunciar estas palabras resplandeció la faz de Jesús con majestad inefable. Su mirada, reflejo del amor de Dios que abrasaba su pecho, ardía con celestiales fulgores; todo su cuerpo estaba divinamente transfigurado; mas á deshora fué visto mudársele el color, cubrirse el semblante de sombra de angustiosa tristeza, y en la mirada vagarosa, en el trémulo moverse de labios, en el hablar incierto y apresurado, mostrar la emoción que secretamente le trabajaba. Era evidente que salteada su imaginación por tristes presentimientos, á los afectos de alegría se habían sucedido los del temor y de la repugnancia. Su alma estaba turbada. Vagueaba su espíritu combatido de encontrados afectos; las ideas se sucedían en su mente rápidas, fugitivas y sin dejar rastro de sí; su inteligencia había perdido su habitual radiante serenidad, y caído su corazón en terrible desmayo. En medio de esta turbación exclamó: «mi alma está turbada; y que diré ¡Padre, líbrame de esta hora; mas no he venido para esto!»

La muchedumbre que rodeaba á Jesús, y más especialmente sus discípulos, le miraban atónitos y confusos, sin darse cuenta de la extraordinaria turbación de ánimo que sufría su Maestro; reparó éste en la confusión de sus amigos, y conociendo que la flaqueza visible de su humanidad podría ser motivo de escándalo á los presentes, elevó al cielo sus

ojos y oró al Padre que fuese servido de glorificar á su Hijo para mayor exaltación de su nombre. «Padre, decia, haz glorioso tu nombre.» Y apenas hubo hecho esta oración, cuando oyese en el aire una voz como de fuerte tronido que dice: «ya le he glorificado y otra vez le glorificaré,» aludiendo á los milagros con que muchas veces había acreditado su divinidad y á la gloria con que había de exaltarle después del abatimiento de la cruz.

Espantados los circunstantes con fenómenos tan prodigiosos, no apartaban un momento su vista de la persona y del semblante de Jesús. Notándolo éste, les dijo con grave y mesurada majestad: «este es el momento en que va á ser glorificado el hijo del hombre: ahora el Príncipe de este mundo es arrojado fuera, y yo cuando sea levantado de la tierra atraeré todas las cosas á mí;» y volviéndose á sus discípulos añadió: «la luz estará poco tiempo entre vosotros. Marchad mientras la tengáis, no sea que os sorprendan las tinieblas. Mientras que tenéis esta luz, creed en ella, para que seáis hijos de la luz.» Y dichas estas cosas se salió del Templo, y acompañado de sus discípulos se retiró tranquilamente á Betania.

Solía Jesús todos estos días pasar la mayor parte del tiempo en Jerusalén adorando á Dios y adoringando en el Templo á las muchedumbres, las cuales, desde el principio de la madrugada estaban ya allí para escucharle. La majestad que resplandecía en su persona, la dulcedumbre de sus palabras y la santidad de su doctrina tenían embebecidos y como fuera de sí á cuantos le escuchaban. A todas horas veíase rodeado de gentes deseosas de oírle; en todas partes se aplaudía su milagrosa virtud, su amorosa dulcedumbre, su bondad inefable. Era Jesús el héroe del día, el profeta enviado por Dios á Israel, el restaurador de las esperanzas y de los destinos del pueblo. La reciente triunfal entrada en Jerusalén le había dado inmenso prestigio, y la muchedumbre que le seguía y aclamaba, y más especialmente sus discípulos, esperaban por momentos nuevos y más gloriosos triunfos para el santo Maestro.

Pero juntamente con los amigos de Jesús estaban allí sus enemigos, que viendo que muchos se convertían á su doctrina y aun que no pocos príncipes del pueblo le favorecían y tomaban abiertamente su defensa, andaban inquietos y desatinados, y cada vez más resueltos á quitar de enmedio al que era para ellos origen de tantos disgustos y motivo de tantas molestias y desazones.

Su primer intento había sido prenderle secreta y engañosamente. Mas como entendiesen que nada adelantaban con esto, antes se exponían á que concitadas las pasiones populares se promoviese un tumulto del cual ellos al fin y al cabo fuesen los que más perdiesen, resolvieron llevar las cosas por sus trámites ordinarios y legales, dejando á un lado todo arrebato, y substituyendo la astucia á la fuerza y la traición artera y solapada á la persecución franca y violenta. Con esto, como conociesen que para llevar adelante su idea necesitaban de algún pretexto, ya fuese alguna acción culpable, ya alguna palabra imprudente de la cual pudiesen formar querrela contra Jesús y denunciarle ante el supremo Consejo del Sanhedrín, resolvieron llamar á público examen las doctrinas del Salvador, confederándose para esto todos los enemigos de Jesús, fariseos, saduceos y herodianos, mortales enemigos unos de otros, pero espantosamente unidos y conformes en perseguir y armar lazos al Justo; que así suelen unirse los malos para perseguir á los buenos, y los que mirando no más que á sí solos no hallarían más que motivos de aborrecerse, hallan en el odio á los demás razón de unirse y aun de estimarse y buscarse.

Con este acuerdo, pues, un día que estaba Jesús en el Templo enseñando según su costumbre, acercáronse á él algunos príncipes del pueblo y le hicieron esta pregunta, que ya le habían hecho otras veces: «dinos, ¿con qué poder haces esas cosas?» Aunque no expresaban cuáles eran las cosas á que se referían, no hay duda que se referían no tanto á los últimos prodigios de Jesús, cuanto á todos los sucesos de los días precedentes, en especial su entrada triunfal en Jerusalén, la purificación del Templo y las maravillosas enseñanzas de su predicación; al hacer esta pregunta esperaban sin duda que como no podía Jesús alegar en su favor la autoridad del Sanhedrín, sería obligado á confesar que obraba por cuenta propia; y en tal caso podían acusarle de alterar las cosas de la Religión y revolver y seducir al pueblo. Conociendo Jesús sus malignas intenciones, les replicó: «¿y con qué poder hacía Juan las obras que hacía?» Esta réplica de Jesús desconcertaba por completo á sus enemigos, porque como la misión sobrenatural de Juan Bautista estaba fuera de duda y era admitida entre el pueblo, temían que si la negasen habían de excitar el furor de la muchedumbre. Así, confusos y avergonzados, contestaron que no lo sabían, mintiendo en esto, ó no atreviéndose á decir lo que sentían por temor de la muchedumbre.

Adivinando Jesús lo que pensaban en su interior, aprovechó aquella ocasión para explicarles con hermosas parábolas las causas de su mentida ó afectada ignorancia, que eran el endurecimiento de

sus corazones, su falta de preparación para recibir visitación divina, y el no querer andar por los caminos de la justicia; advirtiéndoles que si no se enmendasen, los publicanos y pecadores les precederían en el reino de los cielos: amonestóles, en fin, que Dios llamaba por última vez á las puertas de sus corazones enviándoles á su propio Hijo; que si despreciaban esta ocasión, llamaría á otros pueblos traspasando á ellos la gloria de la Religión y el verdadero culto de la Divinidad, y los desearía á ellos y los entregaría á los furiosos de la eterna venganza.

A estas palabras de Jesús creció en tal extremo la indignación de sus enemigos, que intentaron embestir con él y asirle y deshacerle en pedazos; y así lo habrían ejecutado, si no hubiesen temido al pueblo, que tenía á Jesús por gran Profeta, y aun por Mesías, y que habría hecho pagar caro cualquier atentado que contra él se intentase.

Tomando, pues, mejor consejo, llamaron en su auxilio á los herodianos. Vinieron éstos y empezaron por hacer á Jesús grandes comedimientos y cortesías, llamándole á boca llena Maestro, engrandeciéndolo su sabiduría y ponderando sus virtudes y la santa libertad con que no ahorrándose con nadie decía á todos la verdad; y después de tales preámbulos le hicieron esta pregunta: «¿es lícito pagar tributo al César?» Era este uno de los puntos que en la teoría y en la práctica daba ocasión á graves disturbios y confusiones en la sociedad israelítica. En verdad estando la tierra ocupada por las armas de Roma, y siendo su vasalla y tributaria, y habiendo ellos mismos admitido y aun solicitado esta obediencia y vasallaje, era natural que le rindiesen tributo en reconocimiento de obediencia; pero el odio á la dominación extranjera, la sumisión á un César gentil en mala hora admitido, y las prescripciones de la ley, oponían mil dificultades á este tributo, ocasionando tales disturbios y revueltas que ya habían corrido ríos de sangre con motivo de tales cuestiones. Proponer, pues, á Jesús esta duda equivalía á armarle un lazo, ya que si respondía que sí, se mostraba poco celador de la ley, y si decía que no, se declaraba rebelde á los romanos, exponiéndose á sus iras y á que le tratasen como á perturbador de la paz pública, y aun le diesen muerte como se la habían dado á Judas gaulonita y á otros. Conociendo esto el Salvador y calando y leyendo en su rostro lo que revolvían en su pensamiento, les dijo: «¿por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda.» Mostráronsele en efecto, y Jesús repuso: «¿de quién es esta medalla é inscripción?» «Del César», dijeron sus enemigos. «Pues dad al César lo que es del César y al Dios lo que es de Dios», replicó Jesús. A esta respuesta que cierto no aguardaban, no supieron qué responder, y confusos y admirados se retiraron, proclamando su prudencia y prorumpiendo en sus alabanzas.

Visto que ni los fariseos ni los herodianos habían conseguido arrancar á Jesús palabra que diese ocasión para acusarle, acudieron los saduceos. Los cuales, como incrédulos que eran y materialistas y negadores de la resurrección de los cuerpos y del premio y castigo en la otra vida, presentaron á Jesús una dificultad semejante á tantas como suelen proponer los de su calaña, hija de la ignorancia y de la sensualidad, y propia únicamente de entendimientos embrutecidos; es á saber, sobre á quién había de pertenecer, después de la muerte y la universal resurrección, una mujer que en vida hubiese estado casada con siete maridos. Descartando Jesús la parte grosera de la objeción, les respondió que en el cielo no ha de haber esposas ni maridos, sino que serán todos como ángeles de Dios; que en la resurrección desaparecerán todas las imperfecciones del amor humano, y que Dios, Señor de los vivos, vivirá en todos, y todos vivirán en él, y en él serán perfectos y bienaventurados. Oyendo tal real puesta le dijeron algunos escribas: «Maestro, habéis hablado perfectamente;» y corridos de su desatino no se atrevieron á hacerle más preguntas; mas no por esto se rindieron á su doctrina ni confesaron la divinidad de su persona, ni remitieron del odio que le tenían; antes se cegaron y endurecieron más y continuaron maquinando contra su vida.

Tanta obstinación y perversidad, tanta ceguera de entendimiento, tan vil y desvergonzada hipocresía, no pudieron menos de provocar la indignación en el ánimo del divino Maestro. Hasta entonces había procurado éste atraer por mil medios al conocimiento de la verdad aquellos espíritus rebeldes; habíales dado ocasión de que cayesen en la cuenta de los errores que oscurecían sus entendimientos, abriéndoles el camino de la gracia y de la reconciliación divina. Ciegos ellos y obstinados, habían desatendido el llamamiento de Dios, habían despreciado la verdad, y aun se habían esforzado por ahogarla en los entendimientos de los demás. Ya era tiempo de que acabase aquella porfía. Los días de la mansedumbre y de la misericordia eran pasados, y llegaban ya los de la severidad y de la justicia. Los derechos de la verdad requerían que se abatiese de una vez para siempre la hipocresía encubridora de los pensamientos y de las obras ruines y malvadas de los hombres, que se iluminasen y revelasen al mundo las intenciones de los corazones de muchos, y que se apartasen las ovejas de los lobos que las perseguían y devoraban.

Esta revelación y separación iba á ejecutarse por manera clarísima é incontrastable.

Al venir Jesús al mundo lo había encontrado huérfano de virtud y erizado de vicios y maldades. Había hallado sobre todo al pueblo de Israel, su majuelo predilecto, miserablemente perdido y devastado; la divina ley, ahogada por la balumba de las tradiciones de los hombres; el fanatismo del símbolo y de la ceremonia sustituido al culto de la verdad; el Templo destinado á ser fuente de vida espiritual para Israel, hecho para muchos fuente de corrupción y origen de perdición y de muerte. Hacía tiempo que las sublimes verdades y los hechos gloriosísimos que estaban escondidos y simbolizados en los ritos y ceremonias del culto judaico habían desaparecido de las mentes de la mayor parte de los adoradores de Israel. La enseñanza espiritual, predicadora de virtud y reformadora de las costumbres, de los antiguos guías y pastores de Israel, había sido sustituida por la enseñanza de ceremonias y observancias exteriores que ninguna influencia tenían en la regla de las costumbres. Los fariseos por un lado con su ridícula casuística y los saduceos por otro con sus malvadas condescendencias y prevaricaciones, habían hecho vana la observancia de la ley y manchado y profanado la santidad de los más venerandos misterios. Unos y otros habían olvidado que el verdadero reino de Dios es el que se funda en el corazón; que de él sale así lo bueno como lo malo; que de él ha de partir por consiguiente la reforma y corrección de las costumbres, y el nuevo nacimiento por el cual el hombre ha de resucitar á la vida de Dios, engendrada de su salud y felicidad eterna. A establecer esta doctrina se había encaminado la enseñanza de Jesús; ésta fué la Buena Nueva que anunció y predicó á los hombres; y la oposición de esta doctrina con la de los guías y maestros de Israel había dado origen á la terrible contienda trabada con sus enemigos. Esta contienda tenaz, grandiosa, sublime, había llegado á su punto más crítico y decisivo. Después de más de tres años de enseñanza, que no habían sido sino serie no interrumpida de luchas y de contrastes, todos habían podido ver de parte de quien estaba la verdad, y de parte de quien la falsedad y la mentira; era ya tiempo, por consiguiente, de que el que había venido á este mundo á dar testimonio de la verdad revelase é hiciese patentes los juicios de muchos, para que viesen los que no veían, y los que creían ver quedasen ciegos y privados de la luz de la verdad. El divino segador tenía ya en sus manos el bieldo, y con él iba á limpiar la era y á aventar y separar el trigo de la paja, para recoger aquel en el granero celeste y destinar esta al fuego inextinguible. La segur estaba aplicada al árbol maldecido, á las plantas que el Padre no había plantado, y á las ranas que habían engañado á los hombres con su falsa y escandalosa lozanía. Así, dando Jesús de mano á las querrelas y contiendas ya de todo punto inútiles, lleno de santa indignación aquel pecho en que tantas veces habían encontrado entrañas de dulcísima misericordia los pecadores y desvalidos, ardiendo en divino furor aquellos ojos que tantas veces habían llevado la paz y la serenidad á las almas desconsoladas, fuere derecho á la raíz del mal que infernaba los pechos miserables de los que se decían pastores de Israel, y no eran sino lobos carnívoros, corrompedores de la conciencia del pueblo y falsificadores y monopolizadores de la verdad divina; y rompiendo de una vez para siempre con sus enemigos, lanzó contra ellos aquellas maldiciones terribles que serán perpetuo torcedor de todos los hipócritas de la Religión y de la virtud, histriones indignos de la verdad, fermentados á Dios y á sus conciencias.

«Ay de vosotros, decia, escribas y fariseos, que cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar á los que entrarían.»

«Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que rodeáis la mar para hacer un prosélito, y después de hecho lo convertís en hijo del infierno peor que vosotros.»

«Ay de vosotros, guías de ciegos, que decís: quien quiera que jure por el Templo nada peca, pero quien jure por el oro del Templo debe lo que ha jurado. Necios y ciegos, en buena razón, ¿qué vale más, el oro ó el Templo que santifica el oro?»

«Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmaís la hierba buena y el eneldo y el comino, y habéis dejado las cosas más capitales de la ley. Estas debisteis observar, y no omitir aquellas.»

«Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis lo de fuera del vaso y de la alforja; pero por dentro estáis llenos de rapacidad y de inmundicia. Fariseo ciego, limpia antes lo de dentro del vaso para que sea limpio lo de fuera.»

«Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes á sepulcros blanqueados, que por de fuera parecen vistosos á los hombres, mas por dentro están llenos de huesos de muerto y de toda hediondez.»

«Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que fabricáis los sepulcros de los profetas y adoráis los monumentos de los justos, y decís: si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas.»

tas; y así atestiguaréis á vosotros mismos que sois hijos de aquellos que á los profetas mataron. He aquí, colmed la medida de vuestros padres. Serpes, casta de víboras, ¿cómo huiréis del castigo del infierno? He aquí que os envío profetas y doctores y sabios, y de ellos mataréis y crucificaréis, y de ellos azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad para que recaiga sobre vosotros toda sangre justa que ha sido derramada sobre la haz de la tierra. En verdad os digo, que todas estas cosas recaerán sobre esta generación.»

Mientras pronunciaba Jesús estas maldiciones terribles, sus enemigos rechinaban los dientes de rabia y coraje; furiosos é indignados revolvían á todas partes sus ojos centelleantes, y ya que no podían abalanzarse contra él y matarle en el acto, decidieron de acabar de una vez para siempre con quien era el azote implacable de sus conciencias, el denunciador inexorable de sus crímenes ante la muchedumbre del pueblo y el acusador invencible de sus maldades ante la justicia divina.

Jesús por su parte se retiró tranquilamente del Templo, en el cual no había de volver á entrar. Al descender por sus gradas exteriores, como los discípulos le hiciesen reparar en la mole vastísima del edificio, en la magnificencia y esplendor de los adornos y en la riqueza de dones y ofrendas con que habían exornado sus muros y columnas ya los príncipes extranjeros, ya los devotos particulares, hijo Jesús la vista en aquel grandioso espectáculo, y con semblante grave y entristecido dijo á sus discípulos: «¿veis esas inmensas construcciones? pues yo os digo que de todo esto no va á quedar piedra sobre piedra.» Extrañaron los discípulos aquella sentencia de Jesús, y más el aire resuelto y decidido con que la había pronunciado; pero dominados como estaban por el temor, no se atrevieron á preguntarle sobre el sentido que se envolvía en sus palabras. Preocupados con ellas y con las grandes cosas que acababan de presenciar, andaban tristes y pensativos, y en esta disposición de ánimo atravesaron las calles de Jerusalén y bajando por el valle de Cedron tomaron el camino que conducía á Betania, sitio ordinario de su morada y descanso de las fatigas y preocupaciones del día.

Después de pasar el torrente subieron por el monte del Olibar y llegaron á una pequeña colina que daba enfrente del Templo; allí hizo Jesús ademán de querer tomar breve descanso y sentóse vuelta la cara á la ciudad. Lefase en su rostro la congoja que oprimía su corazón. La contienda con sus enemigos había postrado sus fuerzas. Del empeño de Jesús por arrancarles del abismo á que se precipitaban, y de la voluntad de ellos de no escuchar el amoroso llamamiento de la Providencia, habíase originado en su alma una lucha que había absorbido y quebrantado sus facultades. La previsión de los terribles acontecimientos que en castigo de aquella espantosa rebeldía estaban á punto de venir sobre su pueblo ocupaba su fantasía y esparcía sobre su frente una niebla de indecible tristeza. Al contemplarle en esta actitud rodeáronle los discípulos, tristes y acongojados también. El pavor y la ansiedad se pintaban en sus semblantes. Fijos en él los ojos permanecían silenciosos, no osando turbar la solemne tristeza de los pensamientos de Jesús. Al fin, acercándose á él cuatro de sus más allegados y confidentes, Pedro, Juan, Jacobo y Andrés, le dijeron al oído y como en secreto: «Maestro, ¿y cuándo sucederán esas cosas que habéis dicho, y en qué se conocerá que van á realizarse? ¿Cuál será la señal de vuestra venida y de la consumación de los siglos?» Y arrancando Jesús bongo gemido del pecho, miró con particular atención á Jerusalén, y les fué descubriendo y levantando el velo de lo que deseaban conocer, contando punto por punto todas las calamidades que habían de caer sobre la santa ciudad; y como la ruina y asolamiento de la santa ciudad habían de ser cifra y trasunto de la más espantosa del acabamiento del mundo, les fué pintando con vivísimos colores las desgracias que habían de preceder y de acompañar á esta inmensa catástrofe.

«Cuando oigáis, les decía, hablar de guerras y de tumultos, no os turbéis, porque es preciso que suceda esto antes que venga el fin. Levantaránse pueblos contra pueblos y reinos contra reinos, y habrá en diversos lugares grandes temblores de tierra, pestes y hambres, y se presentarán cosas espantosas y señales extraordinarias en el cielo. Este será el principio de los dolores que habrá que sufrir.

Pero antes que acontezcan estas cosas se apoderarán de vosotros, os perseguirán, os arrastrarán á las sinagogas y á las prisiones; os llevarán á los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer por causa de mi nombre ante los gobernadores y reyes, para que deis testimonio de mí á presencia de ellos. Grabad, pues, en vuestros corazones estas palabras que os digo cuando os prendan; entregaos en sus manos, y no premeditéis lo que hayáis de responder.

En este mismo tiempo muchos hallarán un motivo de escándalo haciéndose traición y aborreciéndose unos á otros.

Se levantará gran número de falsos profetas que

seducirán á muchas personas, y aumentándose al iniquidad se resfriará la caridad de muchos.

Y este Evangelio del reino de Dios será predicado en toda la tierra para servir de testimonio á todas las naciones, y entonces será cuando vendrá el fin.

Luego que veáis los ejércitos cercar á Jerusalén, sabed que ya se acerca la desolación. Y cuando la abominación de la desolación que fué predicha por el profeta Daniel esté ya en el lugar santo establecida; entendedlo bien, cuando los que están en Judea huyan á los montes, y cuando el que está en el tejado no baje de él para tomar nada de su casa, y el que está en los campos no vuelva para tomar la túnica, ¡ay de las mujeres que estén en cinta y de las que crien en aquellos días!

Rogad para que vuestra huida no sea durante el invierno ni en día de sábado, porque habrá tales trabajos cuales no se han visto ni verán jamás desde el principio del mundo. Y si estos días no se acortasen, ninguno se salvará; pero se acortarán por causa de los justos.

En este tiempo si alguno dijere: éste ó aquél es Cristo, no le creáis, porque se levantarán muchos falsos Cristos y profetas, y harán milagros tan grandes que los mismos elegidos, si pudiese ser, serían seducidos.

He aquí lo que os predigo: como el rayo que sale del Oriente y brilla en el Occidente, así será la venida del Hijo del hombre. Donde está el cuerpo se reunirán las águilas. En aquel tiempo el sol se oscurecerá y la luna no enviará su luz, las estrellas del cielo caerán, y las columnas del cielo temblarán, y entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre á todas las generaciones de los hombres, y verán al Hijo del hombre en las nubes del cielo venir con poder y majestad. El entonces enviará sus ángeles, y éstos, al sonido de la trompeta, reunirán á los elegidos de las cuatro partes del mundo; y, retenido bien, no pasará esta generación sin que se cumpla todo esto, porque los cielos y la tierra pasarán, pero no mis palabras. En cuanto al día y la hora nadie lo sabe, ni aun los ángeles de Dios. Sólo el Padre lo conoce.

Quando el Hijo del hombre venga en su majestad, acompañado de todos los ángeles, se sentará en el trono de su gloria, y presentándose delante de él todas las naciones de la tierra, separará á los unos de los otros, colocará á los primeros á la derecha y á los segundos á la izquierda, y el Rey dirá á los que están á la derecha: venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os tiene preparado desde el principio del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, tuve necesidad de albergue y me recogisteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y en la cárcel y me visitasteis. En el mismo acto los justos responderán: Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te dimos de comer? ¿cuándo con sed y te dimos de beber? ¿cuándo sin albergue y te hemos recogido? ¿cuándo desnudo y te hemos vestido? ¿cuándo enfermo en prisión y te hemos visitado? Y el Rey dirá: os digo de verdad que tantas veces como hayáis hecho con uno de estos pequeños hermanos míos, lo habéis hecho también conmigo.

Enseguida dirá á los que están á la izquierda: retiraos de mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles, porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; tuve necesidad de alojamiento y no me recogisteis; estuve desnudo y no me vestisteis; enfermo y encarcelado y no me visitasteis. Y ellos responderán también: Señor, ¿cuándo te hemos visto tener hambre y sed y no te dimos de comer ni de beber? ¿cuándo en la calle y no te recogimos? ¿cuándo desnudo y no te vestimos? ¿cuándo en prisión y enfermo y no te visitamos? Mas él dirá: yo os digo de verdad que cuantas veces dejasteis de hacer todo esto con uno de mis pequeños, lo habéis dejado de hacer también conmigo.

Al momento de dicho todo esto irán los malos al fuego eterno y los demás á la vida eterna.» Dichas estas palabras calló Jesús. La luz de la divina esencia, embistiendo en su persona, le había transfigurado dándole una grandeza y majestad sobre humana. Mirábanle sus discípulos encogidos y silenciosos. El terror sellaba sus labios; el espanto helaba sus pensamientos.

En esto el sol iba ya declinando hacia el ocaso enviando sus rayos moribundos sobre los campos que rodeaban á Jerusalén. Las sombras, cada vez más densas, invadían el espacio. Los montes y los valles, los monumentos por ellos esparcidos y las grandes masas de los edificios que sobresalían en la santa ciudad se iban descolorando y desvaneciendo por momentos. Las postreras vislumbres de la tarde espiraban en las cimas de las montañas, y los primeros fulgores de la noche comenzaban á centellear en las profundidades del firmamento. Un sosiego absoluto dominaba en toda la extensión del horizonte. El ambiente estaba penetrado de vaga indefinible melancolía. Extraño poder semejaba haber invadido el mundo; parecía que sombras siniestras flotaban en el espacio, que el aire estaba impregnado de gritos de amenazas, y que en toda la naturaleza se presentaban los horrores de alguna inminente catástrofe.

El día estaba feneciendo; la noche ventase encima á más andar; y como la soledad, el silencio y la oscuridad, cada vez más profunda, avisasen á la piadosa comitiva de que era tiempo de retirarse de aquel sitio y recogerse á su acostumbrado albergue, alzóse Jesús en pie, y enclavando por última vez los ojos en la ciudad de Jerusalén, imán incontrastable de sus afectos, fijó el pensamiento en los acontecimientos terribles que dentro de pocas horas se iban á desenvolver en ella, dijo á sus discípulos con grande aseveración y tristeza: «dentro de dos días será la solemnidad de la Pascua; dentro de dos días también el Hijo del hombre será crucificado.»

Revelación tan tremenda hubo de acrecentar inmensamente el espanto y el estupor en los discípulos. Aterrada su fantasía y sobrecogido el corazón permanecían inmóviles y callados, sin atreverse á preguntar á Jesús por las circunstancias y particularidades de acontecimientos tan espantosos. Con esta angustia en el alma y con este pavor en el corazón levantáronse todos, y tristes y cabizcaídos guiaron sossegadamente sus pasos hacia la cercana villa de Betania.

MIGUEL MIR

De la Real Academia Española.

Comunión en el campo

Los primeros y tibios rayos del sol de Junio doraban las torres y cúpulas de nuestra alegre capital de España, y al desparramarse sonriendo por las calles y las plazas, empujando hacia el Occidente las últimas sombras de la noche, parecían decir á las personas habitantes de la villa que había llegado la hora de abandonar el lecho y de salir á gozar de los encantos de la luz, de los albos del nuevo día, del espectáculo de la naturaleza que despierta en los húmedos brazos de la aurora, y de compartir con los pájaros con los árboles, con las flores, con las aguas de las fuentes y los ríos el estremecimiento de gozo y de gratitud á Dios que el mundo entero siente al recrearse en sus propias maravillas.

A aquella hora, sin embargo, Madrid dormía. Estas hermosuras del sol que nace en medio de cielos azules y transparentes, bañándose con sus resplandores de rosa y nácar las verdes praderas y los bosques exuberantes de hojas y de flores, no se han hecho para los que vivimos en las grandes ciudades.

Somos hijos de la noche. Preferimos la luz del gas á la luz del alba; y si por ventura el alba nos sorprende alguna vez de pie, es para despedirnos de ella apresuradamente y buscar el reposo cuando en realidad debía comenzar el trabajo.

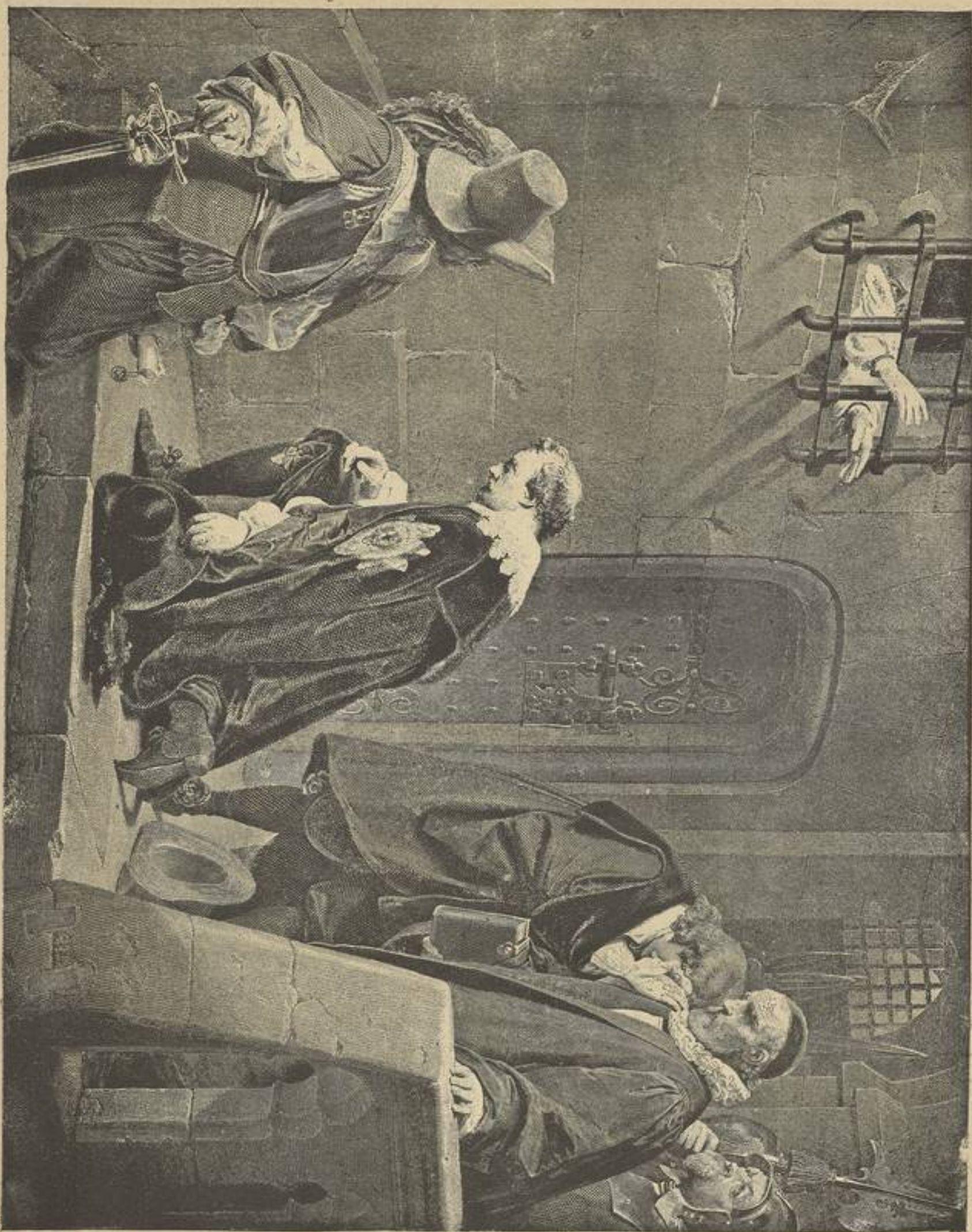
El domingo, 5, algunos millares de piadosos madrileños, pertenecientes á la asociación de la Guardia de Honor, no sólo habían salido á la aurora cuando ordinariamente nadie disculpa por las calles de la capital, sino que al saludarla habían elevado su pensamiento mucho más allá de donde la aurora sale, mucho más allá de donde viene el sol y de donde empiezan y terminan esos magníficos cielos que allí arriba se extienden como una tenue gasa en que el planeta se envuelve para ocultarse jugueteando á las miradas de los astros que en él tienen puestos sus ojos investigadores y curiosos.

Más allá, mucho más allá de todo lo visible y de todo lo imaginable, en la inescrutable morada de Dios tenían el pensamiento y el corazón los fervorosos cristianos que á las primeras horas de la mañana de dicho día se reunían en San Martín, y bajo la dirección de nuestro amadísimo Prelado y del Ilmo. Sr. Obispo de Tamasso, se dirigían procesionalmente hacia la Casa de Campo.

Cruzó aquella piadosa multitud los verjeles del Campo del Moro, y cantaron los pájaros saludando la fé cristiana que iba á adorar y á recibir á Dios entre las espléndidas bellezas de la primavera.

Atravesó el río, y se internó en las soberbias arboledas de la regia posesión, y allí en el fondo de una de las avenidas, cuyos inmensos álamos forman en la altura gallarda y fresca bóveda de hojas suavemente mecidas por el soplo del viento, apareció ante los ojos de la muchedumbre un altar de flores, todo de flores, sosteniendo la imagen de la Inmaculada Virgen.

La reina de los ángeles es también reina de las flores, porque es reina de todo lo que es her-



LOS SEÑORES MARCHANDO AL CADÁVER



GUILLERMO TELL.

moso, de todo lo que es puro, de todo lo que es perfume, color, suavidad, luz, armonía; y allí, en aquel trono improvisado, hallábase como Virgen que surge entre las brillantes corolas de un mar de flores, y como Madre que, ataviada con las galas de primavera, se presenta á recibir en día solemne los homenajes de sus queridos hijos.

Luego el Apóstol, con sus vestiduras de oro y seda, celebrando el inmenso sacrificio; después la Hostia blanca como la azucena destacándose en los aires, y todas las rodillas y todas las cabezas humilladas en testimonio de adoración, y los pájaros, sintiendo la presencia próxima de Dios, asomándose con asombro por los intersticios de las ramas y piando tímidamente en el solemne silencio de la grandiosa ceremonia, y el viento separando las hojas, que murmuraban, para tomar parte en aquel acto, trasunto de la vida de los cielos... y poco más tarde, la multitud ordenada y conmovida, acercándose al altar y recibiendo de manos del Ministro de Jesucristo la Comunión sacramental que á todos los hace como dioses, porque Dios entra en ellos y funde su corazón en el fuego del amor infinito... Luego la palabra del Sacerdote entonando también, á la par que el cielo azul, que los bosques sombríos, que las flores embalsamadas, que los arroyos cristalinos, que los pájaros y las verdes campiñas, el himno de la alabanza debida al autor de tan admirables bellezas y de tan profundos y consoladores misterios.

Los mismos serafines debieron experimentar un acrecentamiento de amor ante aquel espectáculo que ni plumas, ni pinceles, ni palabras humanas pueden trasladar á la consideración de los que no lo hayan presenciado.

Es la fiesta del espíritu uniéndose á la fiesta de la naturaleza. Es el amor, en su más alta y más ideal expresión, desbordándose místicamente en medio de las maravillas de la tierra, en una mañana primaveral, entre jardines y flores encantadoras, á orillas de estanques y arroyos, y en un mundo de seres inconscientes que contemplan aquellos vislumbres de la gloria eterna, como si quisieran presentir algo de sus inefables grandezas.

¡Felices mil veces los piadosos cristianos que tuvieron la dicha de amar y recibir á Dios en medio de los bosques, cercados de amenos pensiles bañados con el suave rocío de la aurora y envueltos por el perfumado ambiente de los campos!

¡Almas privilegiadas, hijas predilectas de Cristo y de la Virgen, rogad por Madrid, rogad por nosotros!

VALENTÍN GÓMEZ.

Estudios bíblicos

SOBRE LA FORMA POÉTICA DE LOS HEBREOS

I

ENTRE los resultados obtenidos por los recientes estudios exegéticos sobre la Biblia, no es el de menor importancia el descubrimiento de la forma empleada por los escritores de Israel en la expresión poética de sus ideas y sentimientos. El conocimiento de las reglas á que se ajusta dicha expresión, hace que se comprendan mejor muchos libros del Antiguo Testamento, escritos en verso, y que, á causa de su estilo, son precisamente los más oscuros y difíciles de entender.

Partiendo del falso supuesto de que las formas poéticas prescritas por Aristóteles eran exclusivas é indispensables, por tanto, á toda poesía, se ha venido por mucho tiempo trabajando con empeño en dar cabida á las composiciones poéticas de los hebreos entre los géneros literarios conocidos de griegos y romanos, pretendiendo que aquellas debían estar vaciadas en los moldes de éstos. Mas los estudios practicados de algún tiempo acá sobre exégesis bíblica, han hecho ver que la poesía hebrea tiene su forma propia, distinta de la forma de expresión de la poesía greco-latina. Aun en lo que constituye el carácter general común á toda poesía, á saber, el lenguaje poético, más vivo, brillante y rico en galas que el de la prosa, aun en esto se distingue la poesía hebrea de la de los pueblos occidentales por la mayor valentía de las imágenes, por la abundancia de las metáforas, por lo atrevido de las hipérbolos, y, en una palabra, por ese colorido exuberante y apasionado que caracteriza la expresión de los pueblos orientales, á todos los

cuales supera el pueblo hebreo, merced al lirismo esencial y profundamente religioso de su inspiración, que ha hecho de sus cánticos los cánticos del universo cristiano.

Añádase á esto que ningún país del globo ofrece en tan pequeño espacio una variedad semejante á la que ofrece Palestina en accidentes climatológicos y topográficos: allí se encuentran todos los climas, allí montañas y llanos, allí el mar y el río Jordán, los fértiles campos y el árido desierto con fauna y flora ricas y variadas, que vienen á ser fecundo manantial de lozana inspiración para el poeta de Israel, á cuya imaginación se ofrecen en tropel, en comparaciones llenas de gracia y verdad, desde los cedros del Líbano y los nevados picos del Hermón, hasta los lirios del valle y los campos de rosas de Jericó.

Mas sea lo que quiera del lenguaje y estilo poéticos, que en el fondo no puede menos de ser el mismo para todos los poetas, la forma de la poesía no es igual en los diferentes pueblos, sino que varía según el genio de las lenguas y el de los pueblos que las hablan. La métrica griega y latina descansaba en la cantidad silábica, y á ella se ajustaba la versificación; en tanto que la de los idiomas y pueblos modernos tiene por base el número de sílabas, y entra en la versificación también como elemento principal la rima. Entre los hebreos no existe ésta, y si bien no falta quien crea ver en sus versos cierta medida prosódica, lo que distingue empero particularmente á la poesía hebrea y le dá fisonomía propia, que la separa en un todo de la poesía de los pueblos occidentales, es el paralelismo.

El primero que descubrió y afirmó la existencia del paralelismo en la poesía hebrea, fué el sabio orientalista Lowth, profesor de la Universidad de Oxford, en su libro titulado *Lecciones sobre la poesía sagrada de los hebreos*, publicado en 1753, en donde por primera vez aparece el término *parallelismus membrorum*, ahora universalmente aceptado y en uso. Este descubrimiento lo completó luego y popularizó Herder en su libro *Espíritu de la poesía hebrea*, impreso en Dessau en 1772 y 73.

¿Qué es el paralelismo? Lowth lo define: *la correspondencia de un versículo con otro. Lo llama paralelismo de los miembros*, porque la repetición de dos ó tres miembros paralelos es uno de los caracteres constitutivos de la poesía hebrea, en la que jamás se encuentra un verso suelto ó aislado. Es una especie de rima del pensamiento, una como simetría de la idea, expresada ordinariamente dos veces, y en ocasiones tres, en términos diferentes, ya sinónimos, ya opuestos. Hé aquí un ejemplo, tomado del libro de los Proverbios:

La lengua del justo plata escogida.	El corazón del impío, sin valor.
---	--

El paralelismo se puede comparar al vaivén de una balanza, que se mueve sobre sí misma. Estas repeticiones del mismo pensamiento descubren un rasgo del carácter oriental, que es más bien lento que vivo, que no da al tiempo el valor que nosotros, y se complace en meditar las mismas ideas. Por lo demás, el paralelismo está en la naturaleza de las cosas, á lo menos en cuanto dice relación al canto, puesto que los estribillos son propios de todas las edades y países.

Sin embargo, podrá ocurrirse á cualquiera que el paralelismo debe ofrecer un escollo para la poesía, pues siendo á semejanza de un movimiento monótono de vaivén, que no cambia jamás, no parece conciliable con la variedad, que es elemento esencial de la belleza. Este inconveniente se ha evitado mucho mejor que en nuestros poemas escritos en verso alexandrino, gracias á la flexibilidad del genio hebreo y á la variedad de combinaciones que ha sabido introducir en el paralelismo. Hay de éste cuatro especies principales, que se llaman paralelismo *sinonímico*, *antitético*, *similético* y *rítmico*.

1.º El paralelismo es *sinonímico*, cuando los miembros paralelos se corresponden expresando en términos equivalentes el mismo sentido. Con bastante frecuencia hay gradación en el pensamiento, aunque permanezca substancialmente el mismo en ambos miembros paralelos. En los Salmos se encuentran numerosos ejemplos de este paralelismo, y Lowth ya indicó como uno de los más bellos el Salmo CXIV (según el texto hebreo, primera parte del CXIII en la Vulgata), que comienza *In exitu Israel de Egipto*:

Quando Israel salió de Egipto,
La casa de Jacob (de su medio) de un pueblo bárbaro,
Judá vino á ser su santuario,
Ier el su reino.

Lo vió el mar y huyó:
Volvió atrás el Jordán;
Los montes saltaron como carneros,
Las colinas como corderos.

¿Por qué huiste, oh mar?
¿Por qué, oh Jordán, volver atrás?
¿Por qué saltar como carneros ó montes?
¿Y vosotros, colinas como corderos!

Tiembla ante la faz del Señor, oh Geras,
Ante la faz del Dios de Jacob,
Que cambia la peña en fuentes abundantes,
Y la roca en arroyos de agua.

2.º El paralelismo es *antitético*, cuando los dos miembros se corresponden por oposición de los términos ó de los sentimientos. Esta especie de paralelismo se halla usada muy frecuentemente en los Proverbios: la antítesis hace resaltar mejor el pensamiento que constituye el fondo de la sentencia y de la máxima. Véase el siguiente ejemplo del capítulo XXVII, 6-7:

Las benditas del amigo son felices,
Los óculos del enemigo son perdidos.
El hombre harto desprecia la miel,
El hambriento encuentra dulce hasta lo amargo.

Hay también hermosos ejemplos de esta clase de paralelismo en los Salmos. El siguiente es del Salmo XIX (xx) 8-9.

Unos confian en sus carros, otros en sus caballos,
Mas nosotros en el nombre de Jehová, nuestro Dios.
Los unos fueren vencidos, los otros cayesen muertos,
Mas nosotros nos levantamos y permanecemos firmes.

3.º El paralelismo se dice *similético* cuando consiste solamente en una semejanza de construcción ó de medida: las palabras no corresponden á las palabras, ni los miembros de cada frase corresponden á los de la otra como equivalentes ó opuestos en el sentido; pero el aire y la forma son idénticos, el sujeto corresponde al sujeto, el verbo al verbo, el adjetivo al adjetivo, y la medida es la misma. Un bello ejemplo de este paralelismo lo tenemos en la segunda parte del Salmo XVIII (XIX) *Calli enarrant gloriam Dei*:

La ley de Jehová es perfecta
y recrea el alma;
El precepto de Jehová es fiel
é instruye al sencillo.
Los mandamientos de Jehová son justos
y alegran el corazón.
El decreto de Jehová es lúcido
y alumbró los ojos.
El temor del Señor es santo,
y permanece siempre.
Más apreciable que el oro
que montes de oro,
Más dulce que la miel
que el panal de miel.

4.º Finalmente el paralelismo es á veces simplemente aparente, y consiste en cierta analogía de construcción ó en el desarrollo del pensamiento en dos versos. Entonces es puramente *rítmico*, y se presta, por tanto, á combinaciones innumerables. Los poetas hebreos hacen uso frecuente del mismo, y gracias á él y á las múltiples formas que le han dado, consiguieron vencer la monotonía á que, al parecer, les obligaba la forma misma de su poesía.

Varios son los procedimientos empleados por los mismos para introducir la variedad de expresión en todas las formas del paralelismo. Hé aquí algunos:

a) Ora el verbo se expresa en el primer miembro y se elide en el segundo, como en el Salmo CXIII ya citado.

Quando Israel salió de Egipto
La casa de Jacob (de su medio) de un pueblo bárbaro,
Judá vino á ser su santuario,
Israel - su reino.

b) Ora el sujeto del primer hemistiquio cambia de régimen en el segundo, como sucede, v. gr., en el siguiente pasaje del Salmo *Miserere*, VII:

Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum (ego)
Et in peccatis concipit me mater mea.

c) Otras veces el discurso directo sustituye al indirecto, como en este pasaje del Salmo XCI, 2:

Humo es confesarse al Señor,
Y señalar tu nombre, oh Altísimo!

d) A menudo el paralelismo estricto es interrumpido por el empleo de diversas figuras, de la *inversión*, de la *interrogación*, de la *exclamación* y de la *elipsis*. Veamos algunos ejemplos:

De INVERSIÓN:
Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam;
Et secundum multitudinem miserationum tuarum dele iniquitatem meam.

De INTERROGACIÓN:
Anima mea turbata est valde;
¿Sed tú, Domine, usquequæ!

e) A veces el sentido se suspende en el primer miembro, y no se completa hasta el segundo, y el paralelismo se indica por las mismas palabras, como en el Salmo CXII, 1.º:

Alabad, siervos de Jehová,
Alabad el nombre de Jehová.

II

Estos modos de variar el paralelismo, fundados en la Gramática y en la Retórica, no son los únicos empleados por los poetas de Israel.

Tentan también otros que, modificando la forma poética, producían una variedad todavía mayor. Veamos algunos:

1.º El pensamiento que el poeta quiere expresar, se desliza en cuatro miembros, y entonces, por un procedimiento análogo al que empleamos en nuestros versos con rimas alternas ó mezcladas, los miembros paralelos no se suceden de dos en dos, sino que están trastocados; de modo que el primero, por ejemplo, es paralelo al cuarto, y el segundo

al tercero, como en este pasaje, tomado del libro de los Proverbios, capítulo XXIII, 15-16:

Hilo mío; si tu comenno obrase con sabiduría,
mi corazón experimentaré recogerlo;
y mis entrañas saltarán de gozo
cuando tus labios hablaren palabras sensatas.

En este otro ejemplo, tomado del capítulo XXXII, 42 del Deuteronomio, son paralelos el primero y el tercero, el segundo y el cuarto:

Embriagará mis fechas de sangre,
mi espada se hartará de carne;
en la ranga de los muertos y de los cautivos,
de la cabeza de los jefes enemigos.

2.º A veces se emplean simultáneamente los paralelismos, sinónimo y antitético, como en el siguiente pasaje del Salmo LXXIV:

La verdad germinará de la tierra,
La justicia se manifestará del cielo.

3.º El número de miembros paralelos puede ser múltiple y llegar á tres y hasta cuatro. Es de tres en esta imprecación de David en el Salmo VII, 6:

Persequatur inimicus animam meam et comprehendat,
Et convolvat in terra vitam meam,
Et gloriam meam in pulverem deducat.

El Salmo XC, 5 y 6, nos presenta cuatro miembros paralelos consecutivos combinados dos á dos con mucho arte:

Non timebis á timore nocturno,
A sagitta volante in die,
A negotio persequente in tenebris,
Ab incurso et dormiente meridiano.

4.º Finalmente, la diversidad de metro en el verso, esto es, el número de palabras ó sílabas medidas que lo componen regularmente, permite introducir un nuevo elemento de variedad en el paralelismo, alternando los versos de diferente metro, ó mezclándolos al arbitrio del poeta. Ya vimos anteriormente un ejemplo sacado del Salmo *Coeli enarrant*; he aquí otro del Salmo XIV (Vulg. XIII):

Dice el seño en su corazón:
no hay Dios.
Sus obras son corrompidas y abominables;
nadie obra bien.
Jehová, desde lo alto del cielo, fija sus ojos
en los hijos de los hombres,
Para ver si hay un hombre sabio
que busque á Dios.
Todos se han extraviado, todos se han pervertido;
nadie obra bien.

III

La importancia y utilidad del estudio y conocimiento del paralelismo, como forma poética de los hebreos, es grandísima, no sólo para comprender y poder apreciar debidamente las bellezas literarias de la Biblia, sino aun mucho más para penetrar el sentido de muchos pasajes oscuros y de difícil interpretación, los cuales se vuelven claros é inteligibles desde el momento en que se les aplican las reglas del paralelismo sinónimo ó antitético. Así, verbo y gracia, el sentido oscuro y casi ininteligible de las palabras *in virtute tua*, del versículo 7 del Salmo CXXI, se determina fácilmente por el paralelismo.

Dice el pasaje:

Plat pax in virtute tua
Et abundantia in virtute tua.

El paralelismo marca la correspondencia entre las palabras *in virtute tua* del primer miembro, y las *in virtute tua* del segundo; de donde se infiere que deben tener en ambos un sentido análogo, y significar lo que constituye la fuerza de Jerusalén en sus fortificaciones ó en sus murallas, como traduce del texto hebreo San Jerónimo.

Algunas veces el paralelismo sirve para fijar la verdadera lección de tal ó cual pasaje. Así, verbo y gracia, prueba que el versículo 17 del Salmo XXI,

Foderunt manus meas et pedes meos,
Dimoverunt omnia ossa mea.

=Taladraron mis manos y mis piés, y contaron todos mis huesos, que contiene una profecía de la crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo, debe leerse con nuestra Vulgata *Káron*—*foderunt*—*taladraron*, y no *Kári*—*como un león*, según trae el texto masorético; porque esta lección última destruye el paralelismo.

Terminaremos estas ligeras indicaciones sobre la forma poética de los hebreos, haciendo notar las ventajas que ofrece esta forma particular de dicha poesía para traducirla á otros idiomas, sin que pierda enteramente su carácter. Las formas poéticas que están ceñidas á la medida prosódica ó la rima de las palabras, desaparecen necesariamente en las traducciones; por lo contrario, existiendo ordinariamente el paralelismo, no en los sonidos, sino en el pensamiento, puede ser fácilmente conservado. Se diría que Dios, queriendo que los poemas por Él inspirados á los cantores de Israel viniesen á ser el canto y la plegaria de la Iglesia universal y del mundo entero, quiso también que estuvieran vaciados en un molde poético capaz de acomodarse fácilmente á cuantos idiomas se hablan bajo del cielo.

VICENTE CALATAYUD.

D. Vicente Calatayud Bonmatí

En Madrid no solemos apreciar á los escritores provincianos en lo que valen; somos respecto de España lo que Francia respecto de Europa, unos intolerantes exclusivistas. Es preciso llegar á Pereda ó Fernán-Caballero para que la prensa madrileña se fije en un escritor provinciano. Y ¡cuántos hay de relevante mérito! Calatayud en Madrid hubiera conquistado ya uno de los primeros puestos; trabajando en provincias ha necesitado escribir casi tanto como el Tostado para que empecemos ahora á conocerle.

Calatayud es valenciano; nació en Aspe, hace ya cuarenta y tantos años. Alumno del Seminario de Orihuela, obtuvo la calificación de *meritissimus* después de seis años de cursar la Sagrada Teología. Es, por consiguiente, un *teólogo, rara avis* entre escritores públicos, aun contando á los católicos. ¡Cuánto ganaría nuestra prensa en firmeza y precisión y hasta en sublimidad de miras si los que á ella consagran sus talentos se hubieran preparado suficientemente con el estudio de la ciencia de las ciencias! Ya era Calatayud bachiller en Teología cuando la revolución de 1868 cerró el Seminario y dispersó á los seminaristas, y transformó á nuestro escritor de *alumno interno con media beca*, en profesor privado de las asignaturas de segunda enseñanza. Pero al mismo tiempo que enseñaba, tenía que someterse á continuar siendo alumno; emprendió, frontero ya á los treinta años, la carrera de Filosofía y Letras, y tanto en el Instituto como en la Universidad, las notas de sobresaliente reemplazaron á los *meritissimus* y *nemine discrepante* del Seminario.

En 30 de Junio del 74 se licenció Calatayud ante el claustro de la Universidad de Madrid. Al año siguiente funda un colegio en Aspe; dos después obtiene en reñida oposición á cátedras oficiales el número 1.º de una de las ternas, y con él la cátedra de Mahón, de donde pasó á Orense, y de Orense al Instituto de Alicante.

En Alicante ha sido donde los talentos y laborsidad del Sr. Calatayud se han mostrado en todo su esplendor. *El Semanario Católico*, fundado por el inolvidable Campos, fué dirigido por Calatayud desde 1880 hasta su terminación. *El Semanario* no murió, se transformó en *El Alicantino*, periódico diario. Calatayud lo ha dirigido en unión de otro escritor católico de indiscutible mérito: el Sr. Serantes.

El Alicantino es un excelente diario, católico y nada más que católico. Ha reñido y riñe gloriosas batallas contra la francmasonería y el espiritismo.

Calatayud, sin embargo, no se ha satisfecho con los triunfos de la polémica ligera y ardiente del diario. Aspirando, como todo escritor digno de este nombre, á victorias más espléndidas y duraderas, ha escrito muchas obras de verdadero mérito.

Tales son, entre otras, *La flexión nominal latina*, opúsculo que inició en España el método histórico-analítico en el estudio de la lengua latina.

Presentado este opúsculo á la Exposición provincial celebrada en Alicante en 1879, fué premiada con premio de primera clase.

Ortología latina es otro opúsculo en el que el Sr. Calatayud demuestra los no comunes conocimientos que posee en el armonioso cuanto rico idioma del Lacio.

Posteriormente y metodizando las doctrinas expuestas en los dos opúsculos anteriormente citados, vió la luz pública su *Gramática elemental de la lengua latina*, primera que, rompiendo en definitiva con la rutina antigua, establece un método completamente racional y filosófico en el estudio

del latín. Todo cuanto podemos nosotros decir de esta obra esta dicho con mayor autoridad por la Real Academia Española en un informe que publicó la *Gaceta* del 5 de Agosto de 1882.

En otro opúsculo intitulado *Las lenguas muertas* (2.º) el Sr. Calatayud deshace la preocupación tan general de que el latín es una lengua muerta, cuyo estudio debe abandonarse por inútil.

Y finalmente, en sus *Observaciones sobre pronunciación latina*, combate la defectuosa pronunciación de algunas palabras latinas en nuestra patria, exponiendo su verdadera pronunciación, la cual demuestra con pruebas y autoridades irrecusables.

Pero no es solamente en este terreno en el que D. Vicente Calatayud se ha dado á conocer como escritor de nota, pues en otro orden de ideas tiene producciones que bastarían por sí solas á hacerle acreedor á aquel título. Hélas á continuación:

Egiptología (traducción del francés), importantísimo folleto en que se pone de manifiesto la armonía entre los descubrimientos que la ciencia lleva á cabo en Egipto y la narración de Moisés.

La sanción moral en la otra vida. Estudio filosófico, también traducido del francés.

Origen del culto y festividad de la Inmaculada Concepción, traducción del latín.

La cesación del trabajo en días festivos. Opúsculo recomendado por varios *Boletines Eclesiásticos* y *Revistas Católicas*, como «uno de los mejores y más completo de cuantos se han publicado sobre la materia, tanto en España como en el extranjero.»

El culto externo. Monografía premiada en el certamen celebrado en Alicante en Mayo de 1889.

Necesidad del principado civil del Romano Pontífice. Idem premiada en el certamen de Yecla el día 2 de Mayo de 1890.

Principios morales, políticos y sociales que han de servir de base al ejercicio de la libertad. Idem premiada en el certamen de Alcoy de 1890.

Influencia de la prensa periódica en la cultura é ilustración de los pueblos. Idem distinguida con «Mención honorífica» en el certamen celebrado en Alcoy el día 7 de Agosto de 1890.

Manual Bíblico ó curso de Sagrada Escritura para uso de los Seminarios, por Bacuez y Vigonzón, traducido por Calatayud, obra notabilísima de la que se ha publicado el primer tomo (Alicante 1891), y que constituye un eminente servicio prestado por nuestro escritor á la Iglesia y ciencia católicas.

Calatayud, recientemente trasladado al Instituto de Valencia, es, finalmente, en la vida privada un católico ejemplarísimo, y en la pública uno de los profesores más insignes y uno de los escritores que más ilustran y honran á su país.

S.

La Semana Santa en Manila.

Manila 2 de Mayo de 1892.

Las fiestas bullangueras del Carnaval, ni las místicas de Semana Santa, alcanzan gran realce en esta ciudad del Pasig, contra lo que pudiera esperarse, sobre todo por lo que se refiere á las segundas. Ya creo haberlo indicado en una de mis anteriores cartas al hablar acerca de las *Navidades manileñas*; el clima es uno de los factores más importantes y decisivos en todas las manifestaciones de la vida humana, y sin su favorable concurso desmerecen ó fracasan las empresas más conspicuas. Parece indudable que cada clima trae consigo un orden de solemnidades peculiar y adecuado á su especial naturaleza, y que cuando las solemnidades celebradas en diversos climas tienen un fundamento común, se presentan profundamente modificadas en sus accesorios y

circunstancias en cada uno de ellos. Filipinas carece por completo de solemnidades genuinamente propias; las que se conmemoran con más fausto y ostentación reconocen por origen proezas llevadas a cabo mancomunadamente por peninsulares e indígenas, las cuales, por lo mismo, se hallan más al alcance de estos últimos y logran conmoverlos mejor. Las demás son importadas de Occidente, y éstas, si bien en su parte esencial son aplicables, no sólo a los habitantes de estas islas, sino a los de las cinco partes del mundo, no así en sus accidentes: la civilización europea ha exornado las solemnidades de su historia según sus conocimientos y sus gustos, tomando de las circunstancias de lugar y tiempo todo aquello que pudiera añadir nuevos atractivos y perfecciones al espectáculo; y claro es que estos atractivos y perfecciones desaparecen desde el momento en que el espectáculo es trasplantado a tierras donde las circunstancias de lugar y tiempo son completamente diversas, hasta el punto de que lo que constituye perfección y atractivo en una parte, puede muy bien estimarse como defectuosidad y tortura en otra.

Aquí no encaja la frase estereotipada y tan profusamente repetida en la Metrópoli de que *el Carnaval ha muerto*: aquí el Carnaval no ha nacido. Las Ordenanzas municipales por un lado, y las estrañarias costumbres, hijas del clima, por otro, le tienen reducido a un estado embrionario, del que no es fácil llegue a salir nunca. El Carnaval, con sus plásticos epigramas, sátiras y diálogos, cabe muy bien allí donde las cosas se toman en serio, donde el error camina gravemente al lado de la verdad, donde el sórdido vicio maneja la indumentaria de la virtud, donde la necedad disfruta prerrogativas de sensatez, donde la hipocresía pasa plaza de eximia moralidad, donde las mantas se venden por arraigadas convicciones y las rutinas por tradiciones respetables, donde la miseria afecta los caprichos del lujo, donde el perifollo reemplaza al ornamento, donde lo estrambótico se predica como elegancia suprema.

Donde esto sucede, es fácil hacer resaltar la sabrosa ridiculez que encierra, bastando para ello un poco de ingenio y otro poco de buen humor debidamente combinados; despiértase la hilaridad en el cacumen de los espectadores, la sonrisa ó la carcajada retoza en todos los semblantes, dibujando placenteras y vistosas fisonomías, que se congratulan de la pantomímica ocurrencia, y el episodio carnavalesco resulta, no sólo una diversión agradable, sino una reprimenda provechosa, cumpliendo con más ó menos exactitud el sabio aforismo de *ridendo corrigere mores*.

Este género de Carnaval, que en la Metrópoli han desbancado, no sé si ventajosa ó perjudicialmente, el sainete moderno con su gran variedad de formas y denominaciones, el humorismo periodístico y la implacable caricatura, se despegan por completo de esta sociedad filipina, ó si se quiere, manileña, compuesta de colonia peninsular con sus tres dialectos, castellano, lemosín y vascongado, de colonia europea, de gremio de mestizos, gremio de naturales y gremio de sangleyes, del grupo de españoles filipinos, de compañías australianas y de varios pelotones de malabares, amén de algunos ejemplares sueltos de yankees y mahometanos. En medio de esta gran diversidad de elementos, cuyos intereses son esencialmente contrapuestos, no es fácil hallar una fórmula común que haga vibrar al unísono los inescrutables sentimientos de tantos individuos y tantas razas. Se necesita para ello la celebración de un suceso de influjo directo, vigoroso y potente, de inmediatas y tangibles consecuencias, de ineludible enlace con el porvenir del Archipiélago, y aun en este caso no suelen asimilarse francamente, sin reservas mentales, más que los peninsulares y los indígenas.

Los demás corren ciegos en pos del negocio, y con tal que les dejen trapichear con los menos sobresaltos posibles, les tiene perfectamente sin cuidado que les ridiculicen ó los ensalcen. Aparte de lo cual no estará de sobra advertir que en estas ricas posesiones nuestras, mejor que la sátira procede la desinfección, y la buena economía aconseja que se robe mucho tiempo á la retórica y al sainete para

dedicarlo á la higiene, y mantener incólumes los fueros de la salud en general y del olfato en particular. No pueden ridiculizarse las costumbres ni los trajes, porque unas y otros apenas existen, y en la mayor parte de los casos son más dignos de los baños de policía que de las chanzas del humorista, mientras que el elemento peninsular, tan propenso de suyo á la burla y á la chirigota, combatido y mortificado por el clima, prefiere la murmuración reposada, la invectiva confidencial y la muelle contemporización á las alharacas callejeras y manifestaciones bulliciosas.

El Carnaval grosero, que consiste en entregarse á todo linaje de excesos repugnantes, cabe aún menos en estas regiones que el anterior, pues las razas de color resultan naturalmente morigeradas, y el libretinaje tumultuoso de nuestras ciudades, constituiría para ellas un castigo más bien que una diversión. En cuanto á los individuos de las razas blancas, saben demasiado cuales son las peligrosas consecuencias de abusar de nuestro organismo y de nuestros huesos, y como se ven las orejas al lobo muy á menudo, proceden con mucho tiento y circunspección en materia de jugar con las solapadas enfermedades tropicales que privan en estos países.

En resumen, el Carnaval filipino queda reducido á media docena de criaturas que á prima noche salen á pasear algunos caprichos indumentarios por el andén central de *La Luneta*, mientras la banda de artillería ejecuta hasta las ocho su cotidiano programa; á cuatro mozaletes indígenas que sacan á relucir místicas garrambinas de *coño* y *sinamay*, con poco garbo y sinsentido, y á algún jándalo peninsular que en compañía de otros bromistas alquila un carruaje y recorre el *Malecon* y *La Luneta*, arrancando de guitarras y bandurrias solitarios acordes, que casi ahoga el rumor de los demás coches y el charrasqueo de la resaca. Este año nos han acompañado en esta lánguida y precaria fiesta las tripulaciones de dos soberbios monitores japoneses, cuyos borrosos é imponentes perfiles se dibujaban en los últimos confines de la bahía, alejados de nuestra escuadra y de los buques mercantes, como lomos monstruosos de fornidos cetáceos, que pusieron en movimiento los anteojos de muchos paseantes y de todo el vecindario playero.

Vengo dedicando la mayor parte de esta epístola al Carnaval, no precisamente por inadvertencia, sino porque son ideas que van siempre asociadas en nuestro magín, la del Carnaval y la de Semana Santa, constituyendo el período comprendido entre ambos uno de los ciclos anuales más importantes de nuestros calendarios, y además, porque descritas con mayor ó menor torpeza las circunstancias locales que rodean al primero é influyen en su celebración, pueden inferirse con más conocimiento de causa las que concurren en la segunda, diferenciándola exteriormente de la Semana Santa peninsular.

Lo primero que se echa de ver es la ausencia de la primavera. En nuestros climas coincide poéticamente la resurrección del Redentor del mundo con la resurrección de la naturaleza, y parece como que al arrojar Cristo su mortaja de lienzo para mostrarse esplendoroso y vencedor á sus discípulos, la tierra se siente renacer á las caricias del sol que escala lentamente el alto zénit, nuestras montañas se envuelven de sus mortajas de nieve, nuestras florestas sacuden las escarchas, y árboles y plantas se cubren de fronda y de pimpollos. Nuestro espíritu parece que también siente renovarse sus alientos, y misteriosas ráfagasorean nuestros cerebros. En algunas poblaciones de España el día de Miércoles Santo las mujeres llevan á bendecir agua al templo en artísticos jarros de cristal, que se reservan exclusivamente para este objeto, y cifran su mayor contento en empenachar la tallada vasija con ramilletes formados de las primeras flores del huerto, poético homenaje al cruento sacrificio próximo á consumarse, y halagüeño augurio de la Pascua de Resurrección, conocida también con el hermoso sobrenombre de Pascua florida.

Todo esto es desconocido aquí. Carecemos de primavera, ó mejor dicho, nadamos en perpetua primavera, y los amenos encantos de que por ministerio suyo se hinche la tierra y la atmósfera, de puro abundosos é incessantes, nos abrumen en estas

latitudes, y lejos de reanimar, abaten y fatigan. Las copas de los árboles, siempre verdes y tupidas, los arbustos siempre floreteados y exuberantes, y hasta las yerbas que en la metrópoli forman lindas macetas, alcanzan aquí monstruoso desarrollo, como si padeciesen de poliarquia y envidiasen la mole de los grandes vegetales.

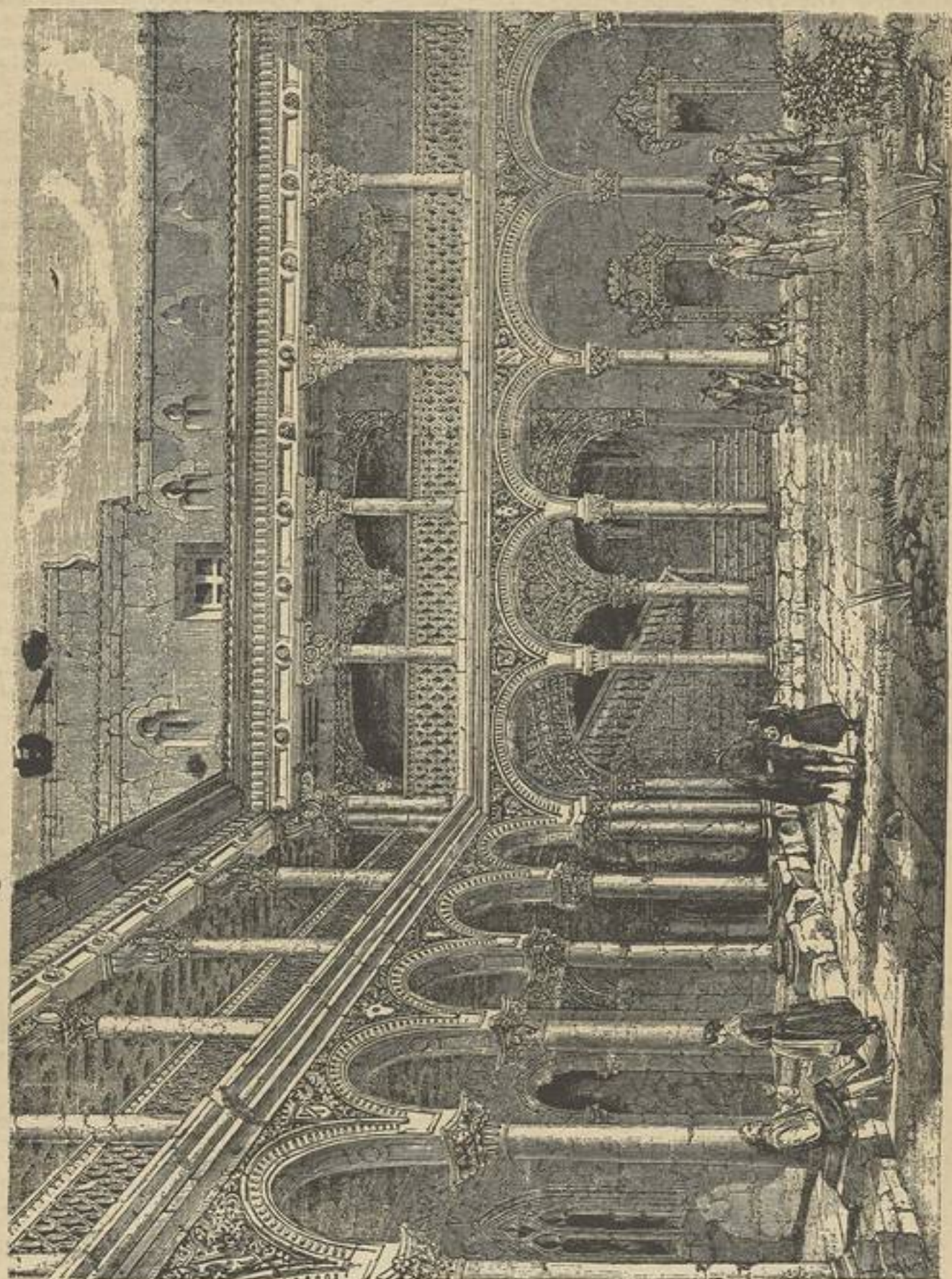
El domingo de Ramos se pasa sin laurel y sin romero, cuya fragancia embalsama el recinto sagrado de nuestros templos, é invade el ambiente de las calles y de las viviendas particulares. Las florestas ambulantes que en tal día se improvisan junto al pórtico de cada iglesia, tampoco se ostentan en los pórticos de los templos manileños. En cambio, la esbelta palmera realiza verdaderos prodigios, y sus colosales ramas afiligranadas por el paciencioso ingenio de los indígenas, triunfan sobre las nuestras, con su talla desmesurada, con sus labores inverosímiles y sus sobrepuestos de flores naturales y artificiales. No es necesario decir que muchas balaustradas de otros tantos miradores quedan engalanadas con tales prendas, al modo que en la Península, hasta que el temporal se las destroza y aventa. Todo tiene algo de maquinal y automático: parece que no es el sentimiento quien se mueve y transmite sus palpaciones vivientes á todas partes, sino un aparato de relojería que va consumiendo tranquila y pausadamente la cuerda que Losada ó Remontoir han tenido á bien darle. Recuerdo aquellos bosques flotantes y odoríferos que, empavesados al gusto de cien escuelas, forma la muchedumbre de fieles bajo la anchurosa nave de nuestras catedrales y basílicas, izando los simbólicos arbustos de perenne verdor ante la solemne ceremonia de la bendición sacerdotal, é inútilmente pregunto por ellos aquí: no se ve más que la melancólica y silenciosa palma de trecho en trecho. El calor, el bochorno, casi la asfixia, destemplan el sentimiento, enrarece los fluidos de la atracción espiritual y desbanda las muchedumbres: por eso, sin duda, los festejos que resultan más ostentosos y rozagantes en Manila, son aquellos que se verifican en los tres últimos meses del año, cuando cesa la estación de las lluvias, y la continua evaporación mantiene más fresca la atmósfera.

Sin embargo, la *perla de Oriente* no se apura por tan poca cosa. ¿No es posible allegar grandes concurrencias, aglomerar público, levantar el espíritu, apasionar el ánimo y encender el corazón? Pues lo que no vaya en calidad, irá en cantidad. El elemento religioso, representado aquí por seis Ordenes monásticas, activas, patrióticas y beneméritas, se conserva aún potente y poseedor de grandes recursos; por eso aquellas solemnidades que caen bajo su dirección ó cuya dirección él comparte con otros elementos, son las más consistentes y lucidas. Por eso, á pesar del clima, la Semana Santa ofrece más relieve que el Carnaval.

Desde el Domingo de Ramos hasta el de Resurrección, ambos inclusive, como dicen los cuentistas, se verifican procesiones diarias por los diversos arrabales de esta capital, y muchos días (que no pueden, en efecto, ser muchos), en vez de una procesión recorren las calles tres ó cuatro, y parece como que el vecindario ó los gremios respectivos compiten en que la procesión de su feligresía resulte la más lujosa, acertada y bien provista. Las del arrabal de Binondo, barrio muy comercial y rico, tienen fama entre todas las demás, á consecuencia de las dispendiosas carrozas que exhiben, representando otros tantos pasos de la Divina Pasión que conmemoran.

Los chinos, ó el gremio de sangleyes, efectúan en estos días un verdadero *tour de force*, diremos para chapurrar el francés, y como al rededor del templo parroquial se agrupan los comercios más opulentos de ese gremio, no hay para qué ponderar la riqueza de las procesiones, hasta en los últimos pormenores, la compostura de los acompañantes con sus cabelleras bien trenzadas, y la profusión de antorchas encendidas, que formando dos apretadas hileras, no han concluido de alinearse cuando ya la procesión se halla de regreso en el interior del templo.

En intramuros somos más parcios en materia de procesiones: no tenemos más que la preliminar de los Padres Recoletos y la magna, que unas veces



PATIO DEL PALACIO ARZOBISPAL DE ALCALA DE HENARES

sale de la Catedral y otras veces, como en este año, de Santo Domingo. Estas procesiones presentan una organización muy diferente de las de nuestra tierra, debido también, sin duda, a la influencia de la localidad, y a los especiales gustos de estos habitantes.

Si consideramos la procesión dividida en dos secciones, podemos asegurar que en la delantera, predominando la imagen del Salvador en los distintos trances de su viaje al Calvario, se agrupan las imágenes de los varones, ya santos, ya réprobos, que intervinieron en el sangriento drama, mereciendo de los propios labios del Redentor promesas de bienaventuranza aquellos, y dulces é inefables palabras de perdón éstos. En la sección postrera, que domina y corona la veneranda efigie de la Madre-virgen, de cien modos martirizada, van las imágenes de las piadosas mujeres que providencialmente endulzaron aquellas terribles horas de agonía tremenda, y contribuyeron, más con las efusiones del sentimiento que con la conciencia de su obra trascendente, al exacto cumplimiento de las profecías esculpidas en el firmamento con el divino buril de los caudillos de Israel.

En la procesión efectuada por los Padres Recoletos, y que abría la imagen de San Pedro, vestida de túnica verde y manto amarillo, con un gallo blanco al lado, observamos una imagen del Nazareno, debidamente desnuda, que imita perfectamente el tipo indígena, así en sus miembros y facciones, como en el color de la carne, del todo cobriza, sin duda para poner más al alcance de estos naturales, poco versados en las percepciones teológicas que tanto enaltecen a la raza española, los misterios de la fe católica. La mejor prueba de ello es que esta imagen merece la predilección de los indígenas, los cuales, durante el Jueves y Viernes Santo, acuden al templo de Recoletos, se agolpan alrededor del Tabernáculo que la sustenta, colocado en sitio principal; besan las borlas de dos cordones que penden de dos cadenas, nefandas opresoras de la imagen, y depositan con humilde unción la modesta ofrenda al pie del templete. En provincias es muy común representar de esta manera a nuestro Redentor, pues el indígena provinciano, menos ilustrado que el manileño, comprendería aún menos el significado de un *castillo* (ellos llaman *castillos* a todos los blancos) puesto en tales trances.

El Jueves y Viernes Santo producen un verdadero cambio de decoración en esta capital, y se siente uno extrañamente sorprendido. Los innumerables barcos del Pasig, así de vela como de vapor, colocan inclinadas las vergas y entenas de sus mástiles, acallan sus bocinas y arrian banderas y gallardetes: semejan un bosque desnudo y escueto, los descarnados é inmóviles brazos de cuyos árboles han sido quebrantados y penden hacia el agua; en el espacio se entrecruzan, formando tristes y caprichosas celosías, constituyendo el espectáculo más imponente de estos días. Tanto ruido, tanto vaivén tanto fragor, tanto vocerío, tanto martilleo, tanto torbellino y confusión... todo se suspende; no hay más que entenas caídas y barcos petrificados. El mismo río parece estremecerse por la novedad, y aquietta también su oleaje.

Queda prohibida la circulación de carruajes, y un silencio profundamente melancólico se extiende por todos los ámbitos de la población; ciérranse oficinas y comercios, y entornan sus puertas casi todas las casas particulares. Manila ha muerto.

Después de los oficios de Jueves Santo, la multitud, saliendo de la catedral, recorre las demás iglesias del distrito, no blaterando y riendo como en Madrid por la tarde, sino aguantando una canícula de doscientos grados y rezando en voz alta por las calles, para lo cual se juntan todos los individuos de una familia. Los monumentos no son ostentosos, ni pueden serlo; la iluminación ha de ser forzosamente escasa, porque sería imposible la respiración en los templos; el piano, lo mismo que en la capital de España, tiene entrada en los recintos sagrados durante estos días; y, efectivamente, sus aéreas notas, apenas pulsadas tan pronto desvanecidas, guardan no se qué concomitancia con la tristeza general y gradúan melancólicamente el transcurso de estas lúgubres horas. A la una de la tarde se suspende todo

movimiento y se respetan los fueros del calor solar hasta la noche.

Se lucen los mejores trajes, que aquí siempre resultan abigarrados, y el airoso empaque mestizo de las damas, pone su pabellón muy alto. La *pasión* se canta sin cesar en todos los hogares por hombres y mujeres, y toda la corriente del río Pasig parece una plegaria inmensa; marinos y remeros salmodian continuamente, semejando tumbas los barcos y quejas de cementerio el cántico de las tripulaciones. El gallo, el confidente del indio, el alborotador recalcitrante del día y de la noche, que bizzarra siempre sobre los toldos cañizos de las embarcaciones, ha enmudecido y no se ve purpúrear su cresta por ninguna parte.

El Viernes Santo se verificó la procesión del *Santo Entierro*, que, como dejó dicho, este año ha salido de Santo Domingo. Van en ella gran número de *pasos*, todos de valía, si bien no puede compararse con la procesión del *Rosario* en punto a ostentación, constituye, sin embargo, un suntuoso resumen de todas las demás procesiones, al que realiza el elemento oficial, acudiendo de rigurosa etiqueta desde la primera autoridad hasta el último empleado.

Al pasar esta procesión por la plaza de Palacio, ocurrió un lance chinesco que, según dicen, pone de muy mal humor a los indios, se repite con frecuencia, y demuestra a mi juicio el sobresalto en que viven los súbditos del Imperio Celeste. Había como unos trescientos chinos situados frente al palacio del Gobierno Civil, y de pronto, y sin que nadie acertara a explicarse la causa, salen todos corriendo como desesperados, acongojados, incontinentes, difundiendo la alarma entre los demás espectadores, y obligando a que volvieran pies atrás algunos ordenandos indígenas que formaban en la hilera central de la procesión, llevando símbolos de la Pasión del Crucificado. Los indios que llegaban huyendo, decían con más ó menos asombro: «Estos chinos son los que huyen... siempre hacen lo mismo!» Dadas las simpatías que median entre unos y otros, no son de extrañar ni la extrañeza de los indios, ni el pavor de los chinos.

Un teniente de la Guardia civil Veterana vió a un chino con la cabeza cubierta, y con la espada le indicó que había llegado la ocasión de descubrirse. El chino tan directamente aludido, en vez de hacer lo que le indicaban, volvió espaldas, y apretó a correr sin parar mientes en nada, y atropellando al montón de sus paisanos.

Estos, que creyeron llegada la hora y que se estaba planteando en toda regla la degollina de la raza, imitaron al protagonista, y más ligeros que ardillas se pusieron en cuatro brincos fuera de alcance, disparándose por las bocacillos adyacentes, ciegos, frenéticos, horrorizados, hasta que toparon con los sillares de la muralla opuesta. No volvió a parecer un chino durante toda la procesión, y ésta terminó reposadamente en el punto de donde había salido.

El toque de Gloria se verifica a las nueve del sábado, y va acompañado de una salva de tremendos cañonazos, que se disparan con un respetable Krupp de 32 centímetros. Apenas suena la primera campanada de un templo, que en esto no hay uniformidad, prorrumpen la gente en una inmensa gritería, que al pronto alarma por la semejanza que tiene con una explosión de ayes y quejidos ante una catástrofe sobrevenida.

Los barcos nivelan rápidamente sus entenas, salen los gallos sobre los toldos, pitan los vapores, se empavesan las gavias, se abren las puertas de las casas, se inundan las calles de coches, todo vuelve a su ser y estado, los chinos sonríen detrás de los mostradores, y al día siguiente se verifican las procesiones del *Salvador* ó *Encuentro*, que consiste en el encuentro de dos procesiones, en una de las cuales va la imagen de la Virgen y en otra la de Jesús resucitado, incorporándose ambas y regresando unidas al templo parroquial.

F. AGUILAR Y BIOSCA.

!Murió mientras oraba!

«Otro hombre fué hallado de rodillas oculta la cara en sus manos, como si hubiera muerto en oración.»

He recordado este suelto patético de la relación del desastre que tuvo lugar en las minas de hulla, de St. Etienne en Francia, en Diciembre 1891. El fuego había estado ardiendo durante algunos años en una parte remota de la mina, pero su extensión fué impedida por medio de barreras. No obstante, éstas mostraron ser insuficientes al fin, y la terrible mofeta es talló, esparciendo la mortandad por toda la mina. Tales desgracias son demasiado conocidas para que se precisen mayor explicación ó comentario.

¿Te ha ocurrido jamás observar que el interior del cuerpo humano es como el interior de una mina de hulla? Pues así lo es. Todas sus operaciones se llevan a efecto en la soledad y la obscuridad. Se engendran en él gases que son tan peligrosos como las mofetas. Generalmente, sin embargo, detengámonos y oigamos primeramente el corto relato.

Es acerca de una mujer. En efecto, de ella misma procede además, y ha de interesar a alguien, quizás a tí. Dice esta mujer que durante un largo período, desde su infancia hasta años después de su matrimonio, jamás supo lo que era enfermedad; es decir enfermedad que valiera la pena recordarla, ó como si dijéramos, que hubiese hecho mella en ella. Pero excesivamente pocas son las personas que hayan podido esquivar por completo este azote. Tampoco ella. «Era en el verano de 1890,» dice, «cuando empecé a sentirme mal. Mi apetito era apocado, y lo que conseguía comer me causaba fuerte dolor y angustia. El alimento parecía quedar como plomo; y después de cada comida, por más sencillo que fuese el alimento, experimentaba el dolor más molesto que pueda imaginarse. Me sentía un dolor atormentador y opresor en el pecho que comunicaba con los hombros, el cual era muy duro de soportar. Tan malo era, que llegué a creer que algo en mi interior (tal vez un tumor) se estaba formando. Desde luego que entraba alimento alguno en mi estómago, solía yo decir: «Ya empieza queriendo significar ese dolor corroedor.»

«Tomé toda clase de remedios para aliviarme, y me apliqué parches de mostaza sobre el pecho, pero nada me hizo bien. Por algún tiempo no me atreví a hacer una comida como es debido; temía comer, y me pase muy delgada y endeble. Lo más que me era posible hacer era ocuparme de los quehaceres caseros. En Octubre de este año (1891) la señora James Mercer, de High Street No. 170, Longton, me recomendó probase con el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y compré una botella y empecé a tomarlo. Después de varias dosis experimenté alivio. El alimento me sentaba bien, y cuando hubo consumido una botella grande todo dolor me había abandonado, y hoy me encuentro tan bien como nunca me he sentido.

»De Vd. atenta, etc.,

»(Firma) ELIZABETH WRIGHT,

»12, King Street, Hanley,

»Staffordshire (Inglaterra).

»Noviembre 19 de 1891.»

Tal vez me preguntarás, ¡oh lector! qué tiene de común la desgracia de los mineros con el caso de la señora Wright. Voy a decírtelo en un instante. Dice esta Señora que se sintió enferma en el verano de 1890. Ahora bien, ¿crees

tú que la enfermedad y su causa se originaron en aquella época? De ningún modo. La causa en primer lugar, y los efectos luego—este es siempre el orden de cosas. Y vé en este caso. Una causa puede estar trabajando durante semanas, ó años, antes que notemos resultados algunos, y hasta que llegamos á notar los resultados, ignoramos que haya nada en desorden. ¿No es así? Los mineros, sin duda, sabían que había fuego en la mina, pero habiendo sido avasallado éste creyeron encontrarse seguros. Las barreras se abrieron y la muerte les sorprendió en un abrir y cerrar de ojos.

El cuerpo es como una mina, según llevo dicho. La enfermedad y la muerte son ocasionadas por la acción de los gases y ácidos venenosos que se hallan dentro de él. Todos proceden del estómago, y entonces se introducen en todas las partes; á veces con rapidez, otras con lentitud. Con mucha rapidez en algunas enfermedades agudas. Los médicos llaman con frecuencia gota á la explosión de ácido úrico. El origen de todas estas cosas destructivas es la indigestión y la dispepsia. Síntomas leves de principio; luego los más terribles y alarmantes. Observa el modo que se producen. Esta fué la enfermedad de la señora Wright. Estuvo sufriendo quince meses antes de saber lo que tenía y lo que debía hacer. ¡Cielos santos! Si supiésemos solamente las diferentes cosas que tienen lugar en nuestros cuerpos, comprenderíamos que hay tanto peligro en trabajar en la cocina como en una mina de hulla.

Al dirigirse el lector á los Sres. A. J. White, Ltd., de la calle de Caspe núm. 155, Barcelona, tendrán estos señores mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado explicando las propiedades de este remedio.

El jarabe curativo de la madre Seigel está en venta en todas las farmacias. El precio del frasco es de 14 reales, y el del frasquito, 8.

BANCO HISPANO COLONIAL

ANUNCIO

EMISIÓN DE 1890

Billetes Hipotecarios de la Isla de Cuba

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Luis G. Soler y Plá, el sexto sorteo de amortización de los Billetes Hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1890, según lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 27 de Septiembre de 1890 y Real orden de 13 de Mayo de este año, han resultado favorecidas las cuatro bolas

Números 91, 2.241, 3.032 y 3.053.

En su consecuencia, quedan amortizados los cuatrocientos billetes

Números 9.001 al 9.100, 224.001 al 224.100, 303.101 al 303.200, y 305.201 al 305.300.

Lo que en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.º de Julio próximo, á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, mas el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 10 de Junio de 1892.—El Secretario general, *Artstides de Artiñano*.

Banco de España

Segundo sorteo

NOTA de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Numeros de las bolas que representan los lotes.	NUMERACION	Numeros de las bolas que representan los lotes.	NUMERACION
	de los títulos que deben ser amortizados.		de los títulos que deben ser amortizados.

Serie A			
41	401	10	66591
371	3701	10	6822
427	4261	70	6978
585	5841	50	7088
626	6251	60	7267
964	9631	40	7392
985	9841	50	7633
1000	10891	900	8151
1487	14861	70	8197
1893	18921	30	8751
2177	21761	70	8906
2440	24391	400	9217
2809	28081	90	9876
3014	30131	40	9598
3496	34951	60	9765
3500	34991	35000	10252
3643	36421	30	10280
3857	38561	70	10905
3885	38841	50	1103
3900	38991	39000	11499
3975	39741	50	11867
4168	41671	80	11998
4280	42791	800	12513
4406	44051	60	12580
4581	45801	10	12691
4749	47481	90	12940
5047	50461	70	13561
5057	50561	70	13563
5245	52441	50	13580
5276	52751	60	13589
5484	54831	40	14014
6489	64881	90	14141

Serie B			
890	3891	900	5927
1073	10721	30	6208
1186	11851	60	6423
1254	12531	40	6421
1356	13551	60	6451
1488	14871	80	6816
1648	16471	90	7459
2080	20791	800	7408
2106	21051	60	7708
2246	22451	60	7818
2248	22471	80	7821
2499	24981	90	7925
2963	29621	30	8135
3156	31551	60	8307
3448	34471	80	8693
3793	37921	30	8638
4065	40641	50	8761
4182	41811	20	9110
4296	42951	60	9128
4351	43501	10	9528
4371	43701	10	9700
5834	58331	40	9817
5874	58731	40	

Serie C			
266	2651	60	5819
565	5641	50	5897
810	8091	100	6008
1070	10711	90	6015
1318	13171	80	6189
1641	16401	10	6332
2282	22811	20	6518
2448	24471	80	6861
2599	25981	90	6895
2624	26231	40	6989
3082	30811	20	7071
3372	33711	20	7125
3577	35761	70	7650
4376	43751	60	8468
4591	45901	10	8683
4672	46711	20	8915
4676	46751	60	9056
4749	47481	90	9113
5006	50051	60	9287
5095	50941	50	9610
5144	51431	40	9751
5323	53221	30	10056
5717	57161	70	

Serie D					
18	121	30	1892	18911	20
61	611	20	1958	19521	30
312	3111	20	2369	23641	90
873	8721	30	2645	26441	50
960	9591	600	2884	28831	40
1191	11901	10	2928	29271	80
1376	13751	60			

Serie E					
916	9151	60	1613	16121	30
957	9561	70	1702	17011	20
978	9771	80	1736	17351	60
1381	13801	10	1868	18671	80
1482	14811	20	2124	21231	40

Madrid 1.º de Junio de 1892.—El secretario general, *J. Morales*.—V.º B.º—El gobernador, *Isasa*.

BANCO HISPANO COLONIAL

EMISIÓN DE 1890

Billetes Hipotecarios de la Isla de Cuba

ANUNCIO

Venciendo en 1.º de Julio próximo el cupón número 7 de los Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1890, se procederá á su pago desde el expresado día, de nuevo á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, número 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los Corresponsales, designados ya, en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres en casa de los Sres. Baring Brothers y Compañía Limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse, asimismo, al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa, por medio de doble factura que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.º al 19 de Julio, y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana á la horas expresadas.

Barcelona 10 de Junio de 1892.—El secretario general, *Artstides de Artiñano*.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis. Sana y benéfica; basta una pequenísimas cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 1
1892

BANCO DE ESPAÑA

Desde el día 10 del corriente, y bajo facturas que se facilitarán en la Caja del Banco, se admitirán para su señalamiento al cobro los cupones de la Deuda amortizable al 4 por 100 del vencimiento de 1.º de Julio próximo venidero, y los títulos amortizados en el sorteo de 1.º del actual.

A partir del día de mañana se admitirán á descuento, á razón del tipo que rija el día de su presentación, los referidos títulos amortizados, estén ó no depositados en el Banco.

También se admitirán á negociación, con la bonificación que diariamente se fijará en estas oficinas, los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, que hayan sido amortizados en el sorteo de 1.º del corriente,

desde el día de mañana, y los de la emisión de 1890 que lo sean en el día 10, luego que se conozca el resultado del sorteo de la misma fecha.

Los billetes amortizados que estén depositados en el Banco y no hubiesen sido retirados antes del día 17 del corriente, serán presentados al cobro por este Establecimiento, abonándose oportunamente su importe á los interesados con la bonificación que se determine.

Para el descuento ó negociación de los expresados efectos que se hallen depositados en el Banco, bastará la presentación del respectivo resguardo de depósito.

Madrid 6 de Junio de 1892.—
El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

LOS QUE TENGAN TOS
va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas; usen el **ELIXIR Y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.º GIROD
Sucesor de **Losada.**

POLICARPO RUBI

Grandes almacenes al por menor.

15, JACOMETREZO, 15

Tengo el gusto de poner en conocimiento de mi numerosa y distinguida clientela que he recibido un inmenso surtido en géneros propios de la presente estación, que venderé á precios tan reducidos como ya de antiguo viene haciéndolo esta Casa. Recomendando al mismo tiempo las ricas Holandas, Retortas, Mantelerías, Géneros de punto, Corsés, Ropa blanca, Cuties, Piezas de tela blanca en hilo y algodón, Lanas, Merinos, Gradinas, Velos toalla, Toquillas de seda y pelo de cabra, é infinitud de artículos. Preciosos Satenes á 1,50; Batistas flores, gran novedad, á 0,60; Percales desde 0,25.

Se hacen camisas á la medida con perfeccion y economía.

ES DIGNA DE SER VISITADA LA NOTABLE
EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS

Y

coronas.

DE

G. KUHN SEIS SALONES PLAZA PRINCIPALES. CRUZ. 42

Sección 1.ª—Flores para vestir. 2.ª—Ornato de salón.—
3.ª Flor para iglesia.—4.ª Flor para cementerio.—5.ª Material para flores.—6.ª Plumas y azabache para sombreros.

Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar,—y modelos de cristalería, mayolica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

PERUJO-ANGULO
DICCIONARIO
DE
CIENCIAS ECLESIASTICAS
El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, posetas 110 rústica y 130 encuadrado.—
TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

SEÑORAS

La perfumería
THOMAS
es la que vende la perfumería fina á precios reducidos.

La perfumería
THOMAS
es la que vende los perfumes sueltos para el pañuelo á 5 reales onza; el **Heliotropo blanco**, perfume fino, delicado y muy permanente, á 6 reales.

La perfumería
THOMAS
es la que presenta en sus anaques un millón de caprichosos objetos con perfumes ó sin ellos, para regalitos de poco precio.

La perfumería
THOMAS
está situada en la calle **MAYOR, 36**. Fijarse bien en las señas: número 36, entre las calles de Coloreros y Bordadores.
Los precios son fijos, marcados en los objetos.—Prohibido el regatear.



LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

EPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA



LA CRUZ DE LA CATEDRAL DE CADIZ

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—La Pasión de Jesucristo, por el P. Miguel Mir.—La despedida de Colón, por el P. F. José Coll.—Nuestro arte religioso, por José Ferrándiz.—Perspectivas de viaje, por Francisco Aguilar y Bloca.—Evangélico, poema de Longfellow, traducido por Carlos Morla Vicuña.—Reclamos.—Anuncios.

GRABADOS

La Cruz de la Catedral de Cádiz.—Interior y portada de la Capilla de San Zeilo de Córdoba.—La Custodia del Corpus en Toledo.—Columbia: Catedral de Panamá.—Capilla de San Isidro en la Iglesia de San Andrés.

AVISO

Se ruega á los señores abonados cuya suscripción esté vencida, se sirvan renovarla, á fin de evitar perjuicios á esta Administración.

LA QUINCENA

LA huelga de Barcelona, que al salir á luz nuestro número anterior amenazaba adquirir proporciones gigantescas, presentando ya caracteres de gravedad bastantes á hacer necesaria la declaración del estado de sitio y la consiguiente suspensión de las garantías constitucionales, terminó, por fortuna, satisfactoriamente, habiéndose con ello librado la capital del Principado catalán de sufrir los horrores de una lucha que hubiera sido, á no dudar, terrible en el estado de excitación en que se encontraban los ánimos. Las esperanzas que se fundaron en la gestión del general Blanco no han resultado ilusorias; y el ilustre soldado puede añadir otra página gloriosa á las que constituyen su historia de previsor y prudentísimo gobernante. Barcelona está, pues, de enhorabuena, y todos debemos congratularnos de la terminación de la huelga y del modo como se ha desenlazado una situación que se presentaba tan temerosa y preñada de peligros.

A la huelga de los obreros barceloneses ha sucedido la de los telegrafistas, ó digamos mejor, la de la electricidad; pues la verdad es que aquellos dignos funcionarios no han abandonado un sólo momento sus aparatos, ni dejado de hacer cuanto estaba en sus manos por que el fluido magnético obedeciera, como hasta ahora había venido haciendo, sus mandatos. Pero la electricidad, enterada sin duda alguna de que los individuos del Cuerpo abrigaban una porción de quejas y resentimientos contra el Gobierno, se propuso jugar á este una mala pasada, y se la ha jugado, en efecto, de padre y muy señor mío. Pues con sólo haberse declarado en huelga durante unos cuantos días, ha conseguido lo que diputados muy elocuentes no consiguen pronunciando kilométricos discursos y abrumando al Gobierno á fuerza de interpellaciones: hacer que se plantee una crisis y obligar á un ministro de la Gobernación á abandonar la poltrona, arrastrando en su caída á un subsecretario y á un director general; que todo esto ha sido necesario para aplacar al airado fluido y obligarle de nuevo á aceptar su oficio de correve-dile. En cuanto á los telegrafistas, piden ahora nada menos que todo lo que van ustedes á leer: reintegración en sus puestos, exentos de responsabilidad, de todos los funcionarios separados de ellos en Madrid y provincias; restablecimiento de la legislación del Sr. Romero Robledo, derogada por el Sr. Los Arcos; restablecimiento de las antiguas asignaciones (diez reales diarios en Madrid y principales capitales de España), á los desamparados temporeros; ofrecimiento á los auxiliares permanentes de los medios necesarios para ingresar en la clase

de aspirantes (4.000 reales) y temporeros, y supresión de la nueva é innecesaria clase á que aquéllos pertenecían; desamortización de las actuales vacantes hasta que la ley que se vote en las Cortes ordene su amortización; concesión de 200 oficiales supernumerarios de las vacantes de aspirantes segundos, hasta que ocurran vacantes de su clase; que se mantenga la gratificación de un céntimo por cada telegrama que se curse; que se estudie un plan de reforma del Cuerpo; que toda reforma se realice con audiencia de la Junta del Cuerpo, según previene el reglamento, y del Consejo de Estado, y que cese la funesta intervención de determinadas individualidades en los asuntos de Telégrafos.

¿Y quién se atreve á negar algo á unos funcionarios que han demostrado mantener relaciones tan íntimas con los fluidos imponderables?

El domingo 26 del corriente ha sido botada al mar en el arsenal de la Carraca la carabela *Santa María*, exacta reproducción de aquélla que condujo á Colón por vez primera á las playas del Nuevo Mundo.

Sesenta y tres días han bastado á la entienda maestranza del arsenal para dar por terminada su tarea. Hé aquí algunos datos sobre las dimensiones de la carabela: Eslora, 22,60 metros; manga, 7,80; puntal en la maestra, 4,10; en la toldilla, 8,20, y en el castillo, 4,90. Calado medio, correspondiente al canto alto de la quilla, 1,44; ídem al canto bajo, 1,82. Longitud de las anguilas desde el centro del buque 40 metros, ó lo que es lo mismo, la carrera de la popa en el acto del lanzamiento. Peso del barco, 127,57 toneladas. Longitud que debía recorrer —y que recorrió como se tenía calculado— la proa para flotar, 57 y medio metros.

El buque presenta, como es natural, todos los caracteres distintivos de la época á que pertenece: poca quilla en relación con la eslora, exagerado vuelo en la saliente del castillo, suficiente pantoque, para asegurar la estabilidad de la nave, ayudando así al mucho plan que esta posee. La popa es elegantísima en su construcción, dada la precisión de armonizar las condiciones náuticas con las necesidades del alojamiento en aquella época, en que conforme á las pragmáticas y varias reales cédulas, solo le era permitido ocupar camarote (chupeta) al capitán, obligando á toda la tripulación á dormir sobre cubierta.

El camarote del capitán, aunque bajo de techo, es relativamente espacioso; la bodega es poco profunda; el castillo, con sus dos pisos (tolda y toldilla), es de sencilla construcción, pero revela no comunes conocimientos en los constructores de la época. Llamen la atención los escobenes que lleva la carabela en su exterior, y que sirven para las retenidas de popa, y cuya forma es de estilo gótico, en boga en aquel siglo. Como carácter distintivo de la época, salta también á la vista las *buriacamas*, ó refuerzos exteriores, que se han ido perpetuando, en formas menos arcaicas, hasta mitad de este siglo.

Falta aún que decorar el interior de la nave conforme al carácter de la época, trabajo que correrá á cargo del conocido artista Sr. Monleón, ayudado por los operarios del Arsenal de la Carraca. En la popa de la carabela ondea ya la enseña de Colón; en el palo mayor el estandarte de Castilla; y en la proa la bandera de los Reyes Católicos.

El barco, comparado sobre todo con los grandes vapores y poderosos acorazados de ahora, resulta un verdadero cascarón de nuez. El ánimo más sereno se turba á la sola idea de correr un temporal en semejante barquichuelo. Pero los españoles del siglo XV se consideraban con ánimos bastantes para intentarlo y realizarlo todo; y ante las palabras de un desconocido extranjero, con todas las apariencias de un loco,

no temieron entregarse en semejante nave á los peligros del Océano desconocido y temeroso, y Dios premió su fé permitiéndoles llevar á cabo el hecho más grande y de mayores consecuencias de cuantos registran los anales de la humanidad.

Ya que hablamos de algo que se refiere al próximo Centenario, diremos que un artista anglo-americano, Sir Charles J. Richtel, se propone construir un maniquí que representará á Colón tal cual era cuando vivía, moviéndose, gesticulando, pronunciando discursos, cambiando ideas con el público, exponiendo sus proyectos; siendo, en una palabra, la *great attraction* de la futura Exposición de Chicago.

El autómatá será de tamaño natural, y estará vestido exactamente como vestía el original. La parte mecánica y científica correrá toda ella á cargo del profesor Richtel, para lo que le dan especial competencia sus treinta años de práctica en la confección de muñecas automáticas y máquinas para diversos objetos, y le prestan grandes facilidades los más recientes descubrimientos de la electricidad. Moverá las manos, los brazos, los ojos, los carrillos, la boca, la cabeza en todas direcciones, su rostro pasará de gozoso á triste, y sus gestos estarán en perfecta consonancia con las ideas que emita y las palabras que vierta; porque—y esto será lo más sorprendente y maravilloso—el maniquí hablará, no con voz metálica y desapacible, no con esos ruidos desagradables salidos del fonógrafo, sino con voz clara, distinta, melodiosa, suave, humana, en una palabra. Y pronunciará discursos; y para que todos queden contentos y los entiendan todos, teniendo en cuenta que á Chicago han de concurrir muchos extranjeros, los discursos serán en cuatro idiomas: español, italiano, inglés y francés.

Esto, por lo menos, es lo que se anuncia. Luego veremos, es decir, verán los que vayan á Chicago, si la realidad corresponde al proyecto, ó si solo se trata de una *cabeza parlante* más ó menos perfeccionada. Porque la verdad; eso de que la voz que emita el muñeco sea humana, nos parece un poco fuerte, aun tratándose de *yankées*; á no ser que el fantoche sea hueco y de capacidad bastante para dar cabida al cuerpo de Sir Charles J. Richtel.

Se han publicado ya, formando un tomo elegantemente impreso, las notables conferencias que el doctor Castellote pronunció en la catedral de Madrid, y de las cuales dimos oportunamente cuenta á nuestros lectores.

Nada tenemos que añadir á lo que entonces dijimos respecto del mérito de estos discursos y de la grandísima oportunidad de la materia que su autor desarrolló elocuentemente en ellos. Basta recordar los títulos de cada una de las conferencias, para que nuestros lectores se persuadan de la utilidad que reportará á la causa de la Iglesia la difusión de este hermoso libro.

Títulos de las Conferencias:

I. El problema de la vida ante la Religión y la Ciencia.

II. El origen de la vida.

III. El principio vital del hombre.

IV. La materia y el espíritu.

V. La libertad y el determinismo.

VI. La inmortalidad del alma.

VII. La resurrección de los cuerpos.

VIII. La vida futura.

Las conferencias del doctor Castellote constituyen un libro necesario en la biblioteca de toda persona ilustrada, y los periodistas que defienden la buena causa encontrarán en el libro del ilustre Canónigo de Madrid un arsenal inagotable de armas bien templadas y propias para ser esgrimidas en las luchas que trae aparejadas la defensa de la verdad.

Reciba nuestra modesta pero cordial enhorabuena el sabio y elocuentísimo orador, ornamento del Cabildo matritense.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

La Cruz de la Catedral de Cádiz.—(Pág. 177.)

La Catedral de Cádiz se titula *Santa Cruz sobre las aguas*; la Cruz luce sobre su hermoso tabernáculo, y es el escudo catedralicio. Es la Catedral de la *perla del Océano* un suntuoso edificio, estilo greco-romano, rico en mármoles y jaspes. Se construyó en el siglo pasado, refiriéndose, que de cada duro que entraba en Cádiz procedente de América, se destinaba un ochavo para las obras. No pudieron éstas rematarse, y la Catedral quedó durante muchos años sin techumbre ni cúpula, sirviendo de almacén y depósito de cadáveres; en una de sus capillas estuvo depositado, en 1808, el cadáver del infortunado marqués del Socorro, arrastrado por las turbas. En 1829, siendo gobernador de Cádiz el famoso general Manso, apodado el Molinero, y Obispo de la Diócesis el virtuoso Silos Moreno, emprendióse con ardor la empresa de concluir la Catedral, y a pesar de las dificultades de los tiempos, se llevó a feliz remate la obra, consagrándose al Señor tan suntuoso templo. Posteriormente se han hecho importantes mejoras, como el magnífico tabernáculo de mármol de Carrara, obra del P. Obispo Fr. Félix Arriate y Llanos, y las reformas en las bajadas a la cripta que ha dirigido y costeado el actual P. Obispo D. Vicente Calvo. Posee la Catedral de Cádiz valiosas joyas, como el Cogollo de plata sobredorada, en que se saca a S. D. M. en la procesión del Corpus y la primorosa Cruz que en copia ofrecemos hoy a nuestros lectores.

Interior y portada de la Capilla de San Zelfo de Córdoba.—(Págs. 180 y 181.)

Hállase situada esta preciosa capilla a la parte del Este, dentro de la parroquia de San Miguel, a la cual sirve de contrafuerte; habiendo sido construída, en sentir de algunos arqueólogos, para reforzar el muro del templo, donde habían aparecido varias hendiduras ó rendijas de consideración, tal vez a consecuencia de un terremoto.

Por falta de datos no podemos fijar con precisión la época en que se levantó esta capilla, sosteniendo algunos autores que se remonta al siglo XIII, por dominar en su construcción el género románico terciario, excepción hecha de algunos pormenores pertenecientes al estilo mozárabe ó mudéjar; al paso que otros colocan este monumento religioso en el siglo XVI. No siendo nuestro propósito resolver esta cuestión, pasaremos a describir, siquiera sea brevemente, la capilla que nos ocupa.

Su interior, de carácter grave y severo al par que devoto y sencillo, convida a la meditación y al recogimiento, cautivando dulcemente los ojos y el corazón. La planta de la capilla es árabe, así como su estructura interior hasta las molduras de la cornisa, sin excluir las cuatro planiformes, decoradas con otros tantos arcos apuntados en forma de herradura, las cuales en dicho punto describen, juntamente con los cuatro muros, una figura octagonal. También es árabe el arco de ojiva tónica que facilita la entrada en la mencionada capilla. La cúpula que la corona es de estilo neo-griego; y del árabe, las columnitas con remates iconostáticos, las cuales, a manera de repisas, sustentan al parecer los nervios de la misma cúpula, cuando en realidad no hacen más que embellecerla. La ventana abierta en el muro de la parte occidental, presenta el estilo gótico en toda su esbeltez y pureza, cobijando un círculo lobulado y dos ojivas gemelas; si bien aparece exteriormente inscrita en un arrabá. Las esbeltas y elegantes columnas que hermean los ángulos internos de la capilla, son ojivales; pero los sencillos capiteles que las coronan, ostentando dos órdenes de hojas angulosas de medio relieve, son árabes. Los tres grandes arcos de adorno abiertos en los

muros de Sur y Este, son ojivales, igualmente que los descritos por las pechinas de la cúpula en la parte superior.

Las molduras que decoran los nervios de la misma, presentan bocelos de igual estilo, con la arista del tono más saliente y acanalada de lo que en otras construcciones de este género suele observarse. Por último, las molduras que componen la cornisa, lo mismo que las bases y los plintos en que asientan las cuatro consabidas columnas, nos recuerdan la arquitectura romana del tiempo de Trajano.

A pesar de todos los pormenores que llevamos dados acerca de la expresada capilla, no es fácil clasificar este bello monumento ni fijar con exactitud la verdadera época de su construcción. Con esta misma dificultad tropieza el arqueólogo en la clasificación de algunos otros monumentos artístico-religiosos de nuestra patria, y muy especialmente si pertenecen a fines del siglo XV; porque en éstos suele también advertirse esa fusión de diversos estilos, tales como el bizantino, el árabe y el ojival.

El sabio Cardenal Fray Ceferino González, Obispo que fué de Córdoba, como saben nuestros lectores, restauró esta hermosa capilla para hacerla servir de baptisterio en la referida parroquia. Para ello fué preciso quitar por completo las espesas capas de cal allí acumuladas por el gusto mal educado, y descubrir con gran destreza la simétrica colocación de los sillares, el armónico y variado conjunto de los órdenes arquitectónicos, las esbeltas columnas y demás primorosas labores, así como la clave poligonal de la airosa bóveda con sus elegantes adornos; y todo esto sin causar el más leve deterioro en la fábrica, antes bien conservando hasta el mismo color que tenía la piedra antes de ser blanqueada. Además, fué menester completar la obra, ya hermeanse el desnudo pavimento con buena solería, ya poniendo cristales en la rasgada ventana; ora cerrando el ingreso con una verja; ora, en fin, colocando en medio de la capilla una pila bautismal, correspondiente al gusto dominante de la misma. Nada diremos de las partes deterioradas, que fué indispensable renovar, ni de las mejoras que en el exterior de la fábrica se debieron hacer, procurando armonizarlas con el interior.

A pesar de tantas dificultades, merced a la generosidad y munificencia del sabio y virtuoso Prelado, se llevó a feliz término la restauración de la capilla en Junio de 1880, con las notables mejoras indicadas. Para la solería se trajeron de Italia lindas baldosas de mármol blanco, que contrastan agradablemente con el resto de la capilla; y en la ventana se puso una graciosa combinación de cristales de diferentes colores, que, refractando y colorando la luz, inundan de mágicos y suaves matices el ámbito del nuevo baptisterio.

La Custodia del Corpus en Toledo.—(Pág. 184.)

El Sr. D. Francisco Giner de los Ríos, en el estudio que dedicó hace tiempo a las *Custodias* españolas, las clasifica en tres grupos principales. Las *Custodias* góticas y las platerescas, según el citado autor, pueden comprenderse en un solo grupo, atendiendo a que en unas y otras preponderan las formas ojivales, hasta el punto de que a veces el primer aspecto es idéntico en ambos tipos, y sólo una observación más atenta revela que, por ejemplo, los que nos parecían pináculos, son flameros, y que los motivos de las cresterías, doscietes y portadas, combinados al modo ojival, están, sin embargo, tomados del gusto clásico. Las estatuillas que las decoran corresponden generalmente, en su tipo, al estilo flamenco, característico del último período de la escultura gótica entre nosotros, y representada por Gil de Siloe y Enrique Egas.

En este grupo, las más importantes que se conservan son las de Toledo, Córdoba, Sahagún, Cádiz, Salamanca, Zamora, Toro, Barcelona, Gerona, Vich, Palma de Mallorca y otras de Cataluña y Valencia.

Las *Custodias* de las ciudades de Levante forman, según el citado autor, un grupo perfectamente distinto de las del resto de España, merced a ciertos caracteres comunes.

Las que parecen más interesantes son cuatro, de

estilo plateresco y doradas todas ellas, a saber: las de Barcelona, Gerona, Vich y Palma de Mallorca.

Las *Custodias* que poseemos, por último, pertenecientes al tipo clásico, ó del Renacimiento, son las de Avila, Sevilla, Valladolid, Palencia, Jaen, Madrid, Zaragoza, Alarcón, Segovia, Santiago, y la grande de Cádiz, ciudad que tiene dos, ésta y la gótica apellidada el *Cogollo*.

Las tres primeras son obras del más célebre platero que trabajó en este gusto, Juan de Arfe, nieto de Enrique, fundador de su dinastía, y autor de las *Custodias* góticas de Sahagún, Córdoba y Toledo, como de tantas otras piezas de orfebrería eclesiástica.

La *Custodia* de Toledo, cuya reproducción ofrecemos a nuestros lectores, es en su estilo la más importante, salvo quizá la de Córdoba; aunque ésta parece también más fina por ser de plata al natural, mientras que aquella está sobredorada. No lo estuvo primitivamente, sino desde 1595, en que Valdivieso y Merino la doraron por encargo del Arzobispo Quiroga.

Es de estilo gótico conopial, de planta exagonal, de tres metros de altura y tres cuerpos, sobre un zócalo enriquecido con relieves. El primero de estos cuerpos guarda el viril; el segundo, la imagen del Salvador resucitado; y tal es la delicadeza de sus 260 estatuas, de sus arcos, cresterías, pilares, contrafuertes y pináculos, que parece imposible compongan un peso total de 192 kilogramos, 178 de plata, y de oro el resto.

Es una joya inapreciable, de la que bien puede enorgullecerse la Iglesia Primada de España.

Colombia: Catedral de Panamá.—(Pág. 185.)

Esta ciudad colombiana, que ha dado su nombre al golfo, al istmo y a la provincia, no fué fundada en el sitio que hoy ocupa. En el año de 1518, cuando Pedrarias de Avila trasladó la capital de la orilla atlántica a la del mar del Sur, escogió una playa situada en la embocadura del río Algarrobo, que desemboca en la bahía en el sitio donde la curva del golfo desarrolla su extremo convexo hacia el Norte. Esta ciudad de Panamá, fundada sobre el área de una aldea india del mismo nombre, es la que por espacio de siglo y medio ejerció el monopolio del comercio del istmo. Allí era donde las flotillas españolas desembarcaban las mercancías y todo el oro del Perú; había más de dos mil mulas empleadas en el transporte de los metales preciosos de Panamá a Puerto Belo, a donde los galeones del rey de España iban a cargar.

De la primitiva ciudad de Panamá no quedan más que las ruinas informes de dos iglesias, invadidas por las malezas, restos de lo que quedó en ella tras la toma é incendio de la misma en 1670, por Morgan, apellidado el *Exterminador*.

La ciudad actual se levanta a unos 10 kilómetros más al Oeste, al pie del Ancón, montaña aislada, de 170 metros de altura, y junto a la desembocadura de un riachuelo denominado *Río Grande*. La ciudad está todavía ceñida de robustísimas murallas de tres metros de espesor, y una de ellas, la que domina al mar, forma el magnífico paseo de las Bóvedas. Como la ciudad antigua, la nueva tiene sus ruinas causadas por el incendio, pero posee también monumentos en perfecto estado de conservación, entre ellos la Catedral, cuyas dos torres sirven de campanarios y de faros, y diversos conventos transformados en casas particulares ó en fábricas.

Capilla de San Isidro en la Iglesia de San Andrés.

(Pág. 189.)

En la plazuela de San Andrés de esta corte, alzase el templo parroquial de aquella advocación, el cual es tan antiguo que ya se hace mención de él en el siglo XII, por haber sido enterrado en su cementerio (que estaba donde ahora su altar mayor), el cuerpo del glorioso San Isidro, en el sitio por bajo del presbiterio señalado al presente con una reja. Esta parroquia sirvió de capilla a los Reyes Católicos cuando vivían en la casa contigua de Lasso de Castilla, desde la cual dieron el paso a la tribuna que en ella tenían, y que todavía existe.



INTERIOR DE LA CAPILLA DE SAN ZOILO DE CÓRDOBA

Arruinada en 1656 la capilla mayor (que estaba donde ahora el coro) se reconstruyó el templo actual, colocando aquella donde antes era el cementerio, a los pies de la iglesia. En la que ocupa por debajo del coro el sitio de la antigua capilla mayor, se halla, sostenida por dos leones de piedra, la antigua y curiosa arca de madera en que estuvo encerrado mucho tiempo el cuerpo de San Isidro, y cuya construcción se remonta a los tiempos del rey D. Alfonso VIII.

Pero lo más notable y realmente importante de esta iglesia es la suntuosa capilla, construída en ella a expensas de las reyes Felipe IV y Carlos II, y de la villa de Madrid, para colocar el sepulcro de San Isidro Labrador.

En el lado del Evangelio del altar mayor de la parroquia se abre esta suntuosa y rica capilla, empezada a construir en 1657, con arreglo a los diseños de fray Diego de Madrid, y bajo la dirección de Villarreal, a quien siguió Sebastián de Herrera Barnuevo.

Nada menos que doce años duraron las obras, y nada menos que 11.960.000 reales fueron en las mismas invertidos; magnífica millonada, produci-

da, no sólo por la munificencia de la vida de Madrid y de los monarcas, sino también por cuantiosas sumas regaladas por los vireyes de Méjico, Nueva Granada y Perú.

Constituyen esta magnífica capilla dos compartimentos; el primero es cuadrado, y decoran su recinto pilasstras de mármol, cornisas y bóvedas recargadas de ornatos, entre ellos los blasones de la villa de Madrid y de la casa de Austria. A la derecha hay dos notables cuadros de Juan Carreño, representando uno un milagro de San Isidro, y el segundo el rey Alfonso VIII reconociendo el cuerpo del Santo; otros dos cuadros, a la izquierda, debidos a Francisco Rizi, representan uno la batalla de las Navas y el otro el milagro del pozo.

La segunda pieza forma un octógono, y constituyen su principal ornamentación 14 columnas estriadas de mármol negro, con basas y capiteles dorados, apoyadas en el zócalo de mármol que rodea interiormente a ambas piezas de la capilla. En varias hornacinas abiertas en los intercolumnios hay imágenes de Santos que ejercieron la misma profesión de San Isidro; y debajo de aquellas hay varios cuadros representando pasajes de la vida de la San-

tísima Virgen, obra de los pintores Francisco Caro y Alonso del Arco.

Corona, en fin, esta pieza una gallarda cúpula, cuyo cuerpo de luces, cascarón y linterna, así como su anillo y el cornisamento de la capilla, hallanse cuajados de relieves en estuco, de correctísima ejecución y excelente gusto algunos de ellos; fueron obra de Villarreal y Herrera Barnuevo.

En el centro de esta parte de la capilla, es donde se alza el precioso retablo de mármoles, lleno de esbeltez, delicadeza y suntuosidad. Dos columnas separadas y sosteniendo bellas estatuas decoran cada uno de sus cuatro frentes, y cierra el templete una hermosa cubierta cuajada de bellísimos calados y figuras doradas.

El cuerpo de San Isidro fué instalado en este rico mausoleo, con pompa y ostentación extraordinarias, el 15 de Mayo de 1669, y allí permaneció por espacio de cien años, hasta que sus santas cenizas fueron trasladadas al Colegio imperial ó Colegiata, pero ocupando desde entonces aquel retablo una efigie del milagroso Labrador, hecha por D. Isidro Carnicero, por haberse estipulado que la capilla había de continuar, como continúa, consagrada al esclarecido patrono de Madrid.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (primera quincena de Julio.)

Este mes está consagrado a Nuestra Señora del Carmen y al apóstol Santiago el Mayor.

1. Viernes.—Santos Casto y Secundino, obispos y mártires; Martín y Galo, obispos; Aarón, sacerdote de la Ley antigua; Domiciano, abad, y Teobaldo, ermitaño.

2. Sábado.—*La Visitación de la Beatisima Virgen María a su prima Santa Isabel.*—Santas Sinforosa y Marcia, mártires, y Nuestra Señora de Gamonal en el Arzobispado de Burgos.

3. † Domingo IV después de Pentecostés.—*La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.*—Santos Jacinto, Ireneo, Trifón y 12 compañeros mártires; Eulogio y 23 compañeros mártires; Heliodoro, Dato, Anatolio y Marcial, obispos y confesores.

4. Lunes.—Santos Laureano, arzobispo de Sevilla, mártir; Sebastián, mártir; Elías, Uldarico y Flavio, obispos; el beato Gaspar Bono, y Nuestra Señora de las Palmas en Roma.

5. Martes.—Santos Cirilo y Metodio, obispos, y Miguel de los Santos, confesor.—*Abolución general en la Trinidad.*

6. Miércoles.—Santos Rómulo, obispo y mártir; Jenaro, presbítero, é Isafas, profesor.—Santas Dominica, virgen y mártir y Lucía, mártir.

7. Jueves.—Santos Fermín, obispo y mártir; Claudio, Nicostrato, Castorio, Victorino y Sinfiriano, mártires; Benedicto XI, Papa y confesor; Odón, obispo y confesor, y Lorenzo de Brindis, confesor.

8. Viernes.—Santos Aquilo y Procopio, mártires, Auspicio y Quiliano, obispos.—Santas Priscila, mártir; é Isabel, reina de Portugal, viuda.

9. *La fiesta de los Prodigios de la Beatisima Virgen María.*—Santos Cirilo y Briscio, obispos y mártires; Zenón, Aleandro y Audax, mártires, y Juan de Colonia, confesor.—Santas Anatolia, virgen y mártir; Verónica de Julianis, abadesa, y Nuestra Señora de Castilviejo en Rioseco.

10. † Domingo V después de Pentecostés.—Santos Cristóbal, Apolonio, Félix, Nabor, los siete hijos de Santa Felicitas, Jenaro, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vidal y Marcial, mártires.

11. Lunes.—La Conmemoración de todos los Santos Pontífices Romanos.—Santos Pío I, Papa y mártir; Juan obispo; Abundio, presbítero, y Marciano, mártires, y Sabino, confesor.

12. Martes.—San Juan Gualberto, abad y fundador.—Santa Epifania, mártir, y Nuestra Señora de Moncayo en Aragón.

13. Miércoles.—Santos Anacleto, Papa y mártir; Silas, Serapión, Eugenio, y compañeros mártires, y Teriano, obispo y confesor.

14. Jueves.—Santos Justo y Focas, obispos y mártires.

tiros; Buenaventura, obispo, confesor y doctor.— Santa Adela, viuda.

15. Viernes.—Santos Jenaro, Catulino y Hermas, mártires; Atanasio, obispo; Enrique, emperador y confesor, y el beato Pompilio María Pirrotti, confesor.—Santas Julia y Justa, mártires.

Instruida María por el ángel de la milagrosa preñez de su prima Isabel, resolvió ir á ofrecer sus tiernas felicitaciones á su venerable parienta. Con la aprobación de San José, María partió de Nazareth en la estación de las rosas y se dirigió hacia las montañas de Judea, en que tenía su habitación Zacarías el Aaronita.

Si San José, como opina el Padre Croisset, no pudo acompañar á María, es probable que la madre de Dios se reuniese á algunas de sus parientas á quienes la piedad llamaba á la Ciudad Santa con sus esposos ó criados, y que desde allí prosiguiese el camino con alguna escolta segura. Así la encontramos viajando siempre en medio de los suyos, sea que fuera á Jerusalén á las grandes solemnidades, sea que siguiera las predicaciones de Jesús con las santas mujeres en un período más adelantado de su vida; ni aun al Calvario fué sola.

Llegada María á la Ciudad Sacerdotal en que vivía la familia del Levita, se hizo acompañar á la casa de Zacarías, sin tomar el tiempo de descansar. Isabel, informada de la visita de María, salió á su encuentro con grandes demostraciones de alegría.

Al verla venir, inclinóse la Santísima Virgen, y poniendo la mano sobre su corazón: *La paz sea contigo*, dijo, apresurándose á ser la primera en saludarla. Entonces el espíritu profético descendió sobre Isabel y la hizo exclamar: «*Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde á mí esta felicidad de que la madre de mi Señor venga á visitarme? Porque luego que tu voz ha llegado á mis oídos, cuando me has saludado, mi hijo ha saltado de alegría en mis entrañas; y tú eres dichosa por haber creído, porque lo que te se ha dicho de parte del Señor será cumplido.*»

La respuesta de la Santísima Virgen fué la sublime improvisación del *Magnificat*, el primer cántico del Nuevo Testamento y el más hermoso de las Santas Escrituras.

«Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se transporta de gozo en Dios mi salvador.

»Porque ha atendido á la humildad de su esclava; en adelante será llamada bienaventurada en toda la sucesión de los siglos.

»Porque ha hecho en mí grandes cosas Aquel que es Omnipotente, y cuyo nombre es santo.

»Su misericordia se extiende de edad en edad sobre los que le temen.

»Él ha desplegado la fuerza de su brazo y ha dissipado á los que se llenaban de orgullo en medio de su corazón.

»Ha arrojado á los grandes de su trono y ha enalzado á los humildes.

»Ha llenado de bienes á los hambrientos y ha empobrecido á los ricos.

»Se ha acordado de su misericordia y ha protegido á Israel, su servidor.

»Según la promesa hecha á Abraham y á su linaje para siempre.»

La fiesta de la *Visitación* se celebraba en la Orden de San Francisco desde mediados del siglo XIII (1263) y en el Oriente desde la más remota antigüedad; pero no fué universal hasta el pontificado de Urbano VI. Este Papa, de gloriosa memoria, mandó que se solemnizase con particular fervor, y se preparasen los fieles á ella por medio del ayuno para alcanzar por la intercesión de María la extinción del gran cisma que devoraba entonces á la Iglesia. Habiendo muerto Urbano VI antes de publicarse la Bula de Institución, la publicó en 1389 su sucesor Bonifacio IX, transformando en simple consejo la obligación del ayuno; y el Concilio de Basilea, en 1441, fijó finalmente en el 2 de Julio la fiesta de la *Visitación* de Nuestra Señora.

J. F.



PORTADA DE LA CAPILLA DE SAN ZOILO DE CÓRDOBA

La Pasión de Jesucristo

CAPÍTULO IV

Traición de Judas y celebración de la Pasena.

LA hora misma en que Jesús se encaminaba con sus discípulos á Betania, entregábanse sus enemigos á los furros de la indignación y de la envidia más desahorada. La entrada triunfal de Cristo en Jerusalén, las aclamaciones de la muchedumbre, la confusión y retirada vergonzosa de los enviados por las varias sectas ó partidos del Judaísmo, y, sobre todo, las reprensiones y condenaciones terribles que á cara descubierta y delante de todo el pueblo había lanzado contra ellos el Salvador, los había desatinado y puesto locos de remate. El odio, de antiguo concebido contra Jesús, habíase exacerbado furiosamente en sus corazones. Así, terriblemente embravecidos contra él, ya que se veían derrotados en el terreno de la doctrina, determinaron ganar á todo trance, apelando á los medios de violencia y de fuerza, manera de obrar muy común en los constituidos en autoridad que, vencidos en el campo de las ideas y de la razón, acuden á las obras y á los recursos de su poder, convirtiendo lo que les fué dado para obrar el bien, en instrumento para satisfacer sus rencores y venganzas personales. Y como los más ciegos y apasionados entre los enemigos de Jesús eran los Príncipes y cabezas del pueblo, entre ellos era donde principalmente y con más ardor se trataba el empeño de hundir

á Jesús y quitarle de delante por cualquier medio que se ofreciese á sus pasiones desenfrenadas.

Centro de estas pasiones era el llamado *Consejo del Templo*.

Su oficio nada tenía que ver con asuntos de justicia, y sí solo con el orden del culto y con lo que se refería á la administración y buen gobierno de las cosas del Templo. Componíase de catorce individuos, que eran el Sumo Pontífice de los hebreos, su Vicario ó lugarteniente (*Sagan*), dos tesoreros (*Katholikin*), siete custodios de las puertas (*Ammarkalin*), y tres secretarios de los tesoreros (*Gizbarin*). Uno de estos individuos debió de ser José de Arimatea, personaje principal en Jerusalén, amigo de Jesús y de quien ocurrirá hablar más adelante, pues el título con que se le nombra en el Evangelio es el mismo que se da en el Talmud á los miembros de este Consejo. Alma de este Consejo y los inspiradores de esas resoluciones eran Anás y Caifás; éste como Sumo Pontífice y Presidente del mismo Consejo, y éste como *Sagan*, ó vicepresidente; y siendo así, y habiendo sido estos odiosos personajes los motores principales de la conjuración que se había tramado contra Jesús, ya se podía prever cuál había de ser el término de sus deliberaciones. Así, habiéndose reunido, no en el Templo, como era natural, sino en el Palacio del Sumo Pontífice, que estaba situado en la parte más alta de la ciudad, en la cumbre de Sión, convinieron en la necesidad de terminar cuanto antes el asunto de la causa de Jesús, que era para ellos ocasión de tantos disgustos y querellas; mas al tratar de llevar á efecto sus malvados designios, sucedió

lo que tantas veces había ya sucedido, es á saber, que no sólo no vieron fácil la empresa, antes se convencieron de que cualquier camino que se tomase estaba lleno de dificultades y estorbos.

En verdad, las circunstancias en que estaba entonces Jerusalén eran en extremo críticas y peligrosas. Venida de todas las provincias de Palestina, habiase reunido en la santa ciudad muchedumbre innumerable de gente, la cual llevaba en sus almas todo el entusiasmo, toda la exaltación y fanatismo de que tantas veces habían dado prueba los israelitas en los diversos periodos de su historia. Creíanse los elegidos de Dios, el Jacob, á quien Dios amaba preferentemente, el Israel, á quien estaban reservados los más gloriosos destinos; y aunque se veían subyugados por el maldecido extranjero y manchado el Templo con indignas profanaciones, y el sacerdocio hecho juguete del gentil impío; sabían con todo que si Dios permitía aquella prevaricación, no era para siempre; antes se había de servir de ella para hacer resaltar más la gloria de su pueblo el día en que, apiadado de éste, le enviase el Mesías restablecedor de su independencia y libertad. La esperanza del retorno de este favor divino estaba entonces en su mayor grado de intensidad y viveza; era una pasión próxima á estallar á la menor señal ó impulso; una chispa podía bastar á causar vastísimo incendio, y como esta chispa ya se había comunicado varias veces á la muchedumbre con ocasión de los revolvedores y levantiscos que, sirviéndose de los pretextos más sagrados, habían conmovido y soliviantado al pueblo y puesto á las autoridades de Jerusalén graves en peligros y dificultades, Caifás y los suyos creían que si la idea de ser Jesús el Mesías restablecedor del trono de David cundiese y llegase á hacerse general y á apasionar á la muchedumbre, era facilísimo que con la exaltación de los ánimos se armase una revolución y alboroto, que, lanzando al campo un ejército de fanáticos, arrollase su autoridad y atropellase el poder de los romanos, y turbase el actual orden de cosas. Así, aun cuando viesan la necesidad de deshacerse de Jesús, temían por las consecuencias que podría esto traerles; y aunque en otra ocasión habían dicho que más valía que muriese un hombre que no el que pereciese toda la nación, al ir hoy á deshacerse de este hombre, veían como muy probable que lo que ellos habían considerado medio de ahorrarse disgustos y trastornos, podía ser ocasión de crearse otros más graves y de más trascendentales consecuencias.

El malo nunca será capaz de comprender al bueno. Cree que su virtud es malicia disfrazada, tanto más peligrosa, cuanto más oculta. El bien que hace juzgalo á poquedad ó flaqueza de ánimo, y el mal que deja de hacer, á necesidad ó fuerza de las cosas. La bondad y santidad de Jesús le habían granjeado el favor de la muchedumbre. Esto se había visto en muchas ocasiones, y singularmente en su entrada triunfal en Jerusalén. Que este favor del pueblo hacia el santo Maestro había indispuerto á no pequeña parte de la muchedumbre contra sus enemigos, sabíanlo estos muy bien, y de aquí había resultado la envidia y malquerencia que le habían cobrado. Conocían además Anás, Caifás y su pandilla de saduceos, que el pueblo les era declaradamente hostil, que se burlaba de su autoridad y que tenía en sospecha la sinceridad de su fe y la pureza de su religión; y como hombres listos y prudentes según el mundo, colegían que esta inclinación del pueblo hacia Jesús y su inquina contra ellos los ponían en una situación llena de peligros. Porque si la gente partidaria de Jesús llegase á sospechar que iban á prenderle, era muy fácil que se levantasen en abierta rebelión (fácil esto en la aglomeración de gente que se había reunido en Jerusalén) y pusiese á salvo á Jesús y le proclamase Mesías Hijo de David y restaurador de la realza de Israel; con lo cual, no sólo se desba-

rarían sus intentos, sino que todo pararía en mayor honor de Jesús y bafa y confusión de ellos, y hasta peligro de su propia autoridad, como quiera que podía muy bien suceder que los romanos achacasen aquellos disturbios á su ineptitud ó imprudencia y se la hiciesen muy cara, deponiendo al Sumo Pontífice, como sucedió años adelante con ocasión de la muerte de Jacobo, uno de los discípulos de Jesús. Así, á fuer de precavidos y atentos á su comodidad y negocio, ya que no desistieron de la idea de prender á Jesús, resolvieron de aplazarla por algunos días, dando tregua á sus rencores hasta tanto que pasada la solemnidad de la Pascua fuese disminuyendo el número de forasteros y se pudiese dar el golpe más sobre seguro.

Tal pensaron los Consejeros del Templo, aconsejados por su Presidente; pero otros eran los designios de la divina Providencia, y bastó un incidente, por cierto bien inesperado, para deshacer aquella trama y dar á los acontecimientos un giro del todo contrario al que estaba trazado y convenido. Porque fué así que cuando los enemigos de Jesús estaban más decididos en sus planes, se les presentó un hombre de porte extraño y peregrino, desconocido de todos ellos, y evidentemente forastero en Jerusalén. El cual, acercándoseles con aire misterioso y reservado, les dijo que, habiendo tenido noticia de los propósitos que habían formado contra Jesús, le había venido en pensamiento que quizá podría él serles de alguna utilidad para el fin que pretendían, que conocía bien á Jesús, que había estado con él desde los principios de su predicación en Galilea, que sabía todos los secretos y particularidades de su comunidad ó compañía, los sitios á donde solía retirarse y las personas con quien acostumbraba conversar; que, por consiguiente, estaba más que nadie en disposición de ayudarles en la empresa de entregárselo y ponérselo en las manos, pero que era necesario que se lo pagasen bien y cumplidamente; mas en cambio podían estar seguros de que si convenían en el precio, él se daría tan buena maña, que desde aquel momento podían tener el negocio por concluido.

Tenía razón en lo que decía. Aquel miserable, que tan de voluntad se ofrecía á cooperar en la ejecución del infame proyecto de los enemigos de Jesús, había vivido largo tiempo en la amistad y compañía de éste, había compartido sus trabajos y sido testigo de sus prodigios; era uno de los discípulos más íntimos y favorecidos, uno de los doce, escogidos por Jesús para depositar en ellos los tesoros más preciados de su doctrina y los afectos más entrañables de su caridad; era Judas, en fin, aquel discípulo descreído y desamorado, cuyos perversos instintos le habían movido tantas veces á murmurar de su santo Maestro, y que reprimido por éste en el convite de Betania, no solamente no sufrió con paciencia la amigable reprensión, sino que, lleno de mal enojo y desabrimiento, se revoió contra la mano que tan amorosamente quería sanarle.

Ya se ha indicado anteriormente la tempestad de pasiones que en aquel momento crítico se removió en su corazón. Aquella tempestad, no sólo no se apaciguó con el trato y conversación con Jesús, sino que tuvo en adelante terrible crecimiento. Los días que siguieron al convite de Betania fueron para el discípulo infeliz espantosamente tristes y tempestuosos. Exaltada su fantasía de una manera horrible, su carácter avieso y atrabiliario de suyo se tornó ferozmente adusto é intratable. Las palabras de Jesús, al reprenderle por su murmuración contra María, la hermana de Lázaro, el sonido de sus acentos, el aire de su fisonomía, habían quedado profundamente impresos en su alma, y cada vez que se avivaba en él este recuerdo, una llamada de odio, salida del corazón, parecía penetrar todas sus venas y arder su cerebro y consumir todo su ser en un fuego del infierno. El odio é inquina contra Jesús le sugerían á cada momento ideas y proyectos abominables. Es

probable que al principio, ante el horror de tales proyectos, su conciencia, aterrorizada, se parase y retrocediese, y avergonzado de sí, experimentase las torturas de la vergüenza y los escalofríos del remordimiento; es probable que mil veces rechazase la diabólica sugestión como insoportable pesadilla; pero en medio de estas dudas y vacilaciones, la idea de la venganza volvía á revivir en su mente, y una nueva oleada de odio invadía su cerebro y perturbaba y cegaba su inteligencia y enloquecía su corazón. La lucha del discípulo infeliz en estas alternativas de odio y de vergüenza, de osadía criminal y de atormentador remordimiento, hubo de ser porfiada, angustiada, horrible. ¿Por qué no dió tregua á esta lucha? ¿Por qué, al verse expuesto al peligro de caer en la tentación, no huyó de este peligro, apartándose de Jesús y de sus compañeros? ¿Por qué no depositó en el seno de la confianza de algún amigo las torturas de su alma? ¿Por qué no acudió á la divina Bondad para que le esclareciese con su luz? ¡Tristes misterios de la conciencia humana! Ignóranse los trances de la furiosa contienda en la conciencia de Judas; pero una cosa hay cierta é indudable, y es que después de mil dudas y vacilaciones llegó en él aquel momento de obcecación y de delirio que precede á toda victoria de la pasión, á toda derrota del sentimiento moral, y que va á parar indefectiblemente á la apostasía y al crimen. Terrible fué aquel momento; triste y fatal aquella derrota; pero no sin que precedieran de parte de Dios los infinitos recursos de su inefable misericordia, y de parte de Judas una espantosa defección y el desprecio más absoluto de esta misma misericordia.

Odio como el de Judas es una especie de adivino. Conócelo en los demás, sabe todas las formas de que puede revestirse, los ardides á que suele apelar y los atentados que es capaz de cometer. Iluminado por la luz infernal de su pasión, conoció con instinto certero dónde estaban los que participaban de ella. No hay que decir que los hubo de encontrar muy pronto. Las almas criminales y perversas tienen entre sí diabólica simpatía. El alma de Judas y las de los enemigos de Jesús estaban hechas para encontrarse y para entenderse. El que había ideado la traición, y los que andaban bebiendo los vientos porque se realizase, habían de buscarse y hallarse muy pronto. Teniendo Judas noticia del crimen que los príncipes del pueblo fraguaban contra su Maestro, fué á buscarlos para tratar con ellos y ofrecerles su ayuda para la infame empresa. Con esta intención, mientras Jesús y sus discípulos estaban en Betania, valiéndose de cualquier pretexto, salióse á la deshilada del pueblo, y tomando monte arriba por una vereda que guiaba á Jerusalén, se encaminó hacia el Templo ó quizá al mismo palacio del Sumo Pontífice. Tal vez en aquella ocasión fatal hubo de darle el corazón terribles angustias y sobresaltos; pero el que había desoído tantas veces la voz de Dios y despreciado sus inspiraciones, no estaba dispuesto á escucharlas en aquel momento tan crítico y decisivo. Así, ciego é impulsado por el odio, entró en Jerusalén y atravesó sus calles, y se avistó con los príncipes del pueblo y con las autoridades del Supremo Consejo del Sanhedrin, y con ellos arregló la manera y forma de la entrega de Jesús en la forma que está dicha.

Todo esto pasaba el día del miércoles.

Este día no hubo Jesús de ir á Jerusalén, sino que lo pasó en Betania en casa de su amigo Lázaro, acompañado, como siempre, de sus discípulos. Grata había de ser para Jesús la estancia con aquella familia, asiento de paz y de sincera amistad, y cuyas finezas y agasajos podían muy bien resarcirle de las contrariedades que sufría de sus enemigos. Hermosos ratos de dulce entretenimiento pasaría Jesús en aquella amable morada, aunque es también probable que, esquivando el ruido de la gente que acudiría á verle en la vivienda de su amigo, se retiraría á alguno de los sitios que le ofrecían las quebradas

del terreno, tal vez en el vecino huerto de Getsemani; y allí, en medio de aquellas deleitosas praderas, en las cuales se reflejaban los esplendores de la hermosura de Dios y los tesoros de su Providencia, abriría su alma á la contemplación de las cosas divinas, ó se prepararía á la lucha que iba á sostener, ó se entretendría en santa conversación con sus discípulos, ya sobre los tristes acontecimientos que estaban á punto de sobrevenir, ya sobre las preparaciones que habían de hacerse para la ya inminente solemnidad de la Pascua.

¡La Pascua! Esta palabra era la más alegre, la más hermosa y pintoresca que podía sonar en los oídos de los hijos de Israel. Ella era el símbolo de su historia, la cifra de los beneficios más memorables que la divina misericordia les había dispensado, el seguro de sus incomparables destinos y el trasunto de sus grandiosas inmortales esperanzas. Al sonido de esta palabra no había corazón de israelita que no palpitasen de entusiasmo. Los nombres más gloriosos de su historia, Moisés, Aaron, David, revivían al recuerdo de este nombre, esparciendo en la mente y en el corazón los efluvios del más profundo y patriótico alborozo. Las ideas y sentimientos que más ennoblecen el alma humana, el sentimiento de la religión, el entusiasmo por la grandeza nacional, excitábanse y se engrandecían al sonido de esta palabra; y unidos en hermoso concierto estos sentimientos y recuerdos contribuían á dar á esta fiesta la mayor pompa y solemnidad que ha tenido jamás en pueblo alguno de la tierra ninguna de sus patrióticas y religiosas festividades.

Celebrábase en el principio de los meses, y era, por consiguiente, la que abría el ciclo de las solemnidades de Israel. Los días que duraba eran los más santos y placenteros de todo el año. Coincidiendo estos días con el tiempo en que, pasados los rigores del invierno, la naturaleza recobra su perdida actividad y lozanía y el cielo envía al mundo sus primeras sonrisas, y los campos refloran y muestran en esperanza el fruto cierto del trabajo del hombre, todas las criaturas parecían tomar parte en su celebración. Aquellos días el sol semejaba más brillante, el cielo más azul, la atmósfera más clara y diáfana, el follaje de los árboles más verde, más hermoso y espléndido. El principio de las estaciones del año y el generoso despertar de la naturaleza parecían indicar el glorioso despertar de Israel, su antigua milagrosa resurrección á la vida nacional, y juntamente el anuncio del nacimiento á otra vida infinitamente más brillante y gloriosa que para adelante le tenía Dios reservada.

En aquella ocasión solemnisísima todo Israel experimentaba como una nueva efusión de los dones de la Providencia, una mayor comunicación de Dios con su pueblo, una restauración de la antigua alianza y de sus soberanas promesas. Todo Israel se consideraba participante en los misterios divinos; todos eran sacerdotes; todos recibían en sus almas un reflejo de las influencias de la divinidad; todos sentían en su corazón los efluvios de una energía divina que, penetrando en lo más íntimo de su ser, lo realzaba y enriquecía; y como el olor del perfume en el vaso que lo contiene lo penetraba con su fragancia, perseverando en él y embalsamando los pensamientos y afectos de todo el año y aun de toda la vida.

No es decible la santa emoción y expectativa con que se aguardaba el advenimiento de esta fiesta. Toda prevención parecía escasa para celebrarla. En las prescripciones de la Ley estaban señaladas las ceremonias de la solemnidad; pero para mayor acierto y exactitud, un mes antes de su celebración se discutían en las escuelas y academias rabínicas los pormenores ceremoniales que en ella habían de observarse. En los dos sábados antecedentes los escribas y doctores exhortaban al pueblo en las sinagogas á celebrarla con la majestad que convenía al carácter patriótico y religioso de la fiesta,

imponiéndole en los ritos que en ella habían de guardarse; y quince días antes de su celebración enviábanse emisarios que la anunciaban y promulgaban en toda la tierra de Palestina.

Al aproximarse la gran solemnidad, podía decirse que todo Israel se ponía en movimiento. Siendo precepto de la Ley que solamente en Jerusalén podía celebrarse, y que allí habían de acudir todos los años los que morasen en poblaciones distantes quince millas de la santa ciudad, y una vez por lo menos en la vida los que vivían á mayor distancia, so pena de quedar excluidos del pueblo escogido y de la participación en sus grandiosas esperanzas, en cumplimiento de este precepto formábanse en cada villa ó ciudad una ó más caravanas de peregrinos que se dirigían á Jerusalén para cumplir el sagrado precepto, á presentarse delante del Señor, á purificarse de alguna mancha legal, ó á ofrecer dones y promesas en el Templo. Era tanta la afluencia de gentes que acudía, que á veces los pueblos y las ciudades quedaban desiertos. Para mayor comodidad de los peregrinos se componían los calzados, se reparaban los puentes y se blanqueaban los sepulcros que caían á la vera de los caminos, á fin de evitar que los tocasen, precaviendo así el peligro de incurrir en la impureza legal.

Conforme se iba acercando la Pascua, las vías y caminos que confluían á Jerusalén se veían poblados de piadosos adoradores. Unos venían de las próximas villas y ciudades, otros de las regiones más lejanas, muchos de la *dispersion*, de Alejandría y de Babilonia, de Tiro y de Damasco, de Italia y del Ponto Euxino, de los confines de las Galias, de España y aún de Inglaterra. Los cánticos sagrados que los peregrinos israelitas solían entonar en sus viajes, declaraban á voces que el término de su camino, el afán supremo de sus deseos y afanes era aquella Jerusalén, la ciudad del Gran Rey, la herencia de la divinidad, donde más que los latinos en Roma y que los griegos en Olimpia, realizaban los israelitas la unidad de su nación, la patria común de las almas, la grandiosa concentración de aquel pueblo, único entre los pueblos de la tierra, y que, aunque esparcido por todas las naciones, estaba divinamente unido por los lazos de una misma fe, de unas mismas históricas tradiciones y de iguales sobrenaturales esperanzas.

En los días que habían precedido al catorce del mes de Nisan, día señalado para la celebración de la Pascua, se habían divisado desde las alturas de Betania muchas de estas caravanas. Pero en la víspera de la fiesta, en el día del miércoles, en que Jesús, como se ha dicho, no fué á Jerusalén, el espectáculo que desde allí se contemplaba era, en verdad, sorprendente y maravilloso. Derramados por todos los caminos y veredas que conducían á la ciudad, en especial por la ancha carretera que costeaba el monte del Olivar, y que pasando por Betania iba hacia Jericó y hasta el valle del Jordán, divisábanse innumerables grupos de peregrinos, que ora se ocultaban y desaparecían detrás de las pequeñas eminencias del terreno y de las tupidas arboledas, ora campeaban desenvolviéndose en toda su extensión sobre las dilatadas praderas ó sobre el fondo del azulado firmamento.

Hombres y mujeres, niños y ancianos, todos iban revueltos y confundidos. La vívida luz del sol, difundiendo por aquella atmósfera cálida y vaporosa, hacía resaltar la infinita diversidad de tipos de la abigarrada muchedumbre, el religioso entusiasmo que se retrataba en las fisonomías, la pintoresca variedad de los amplios trajes que, agitados por el viento, flotaban en aquel océano de luz y de esplendores. En esta muchedumbre era fácil distinguir por la blancura de sus vestidos á muchos del orden sacerdotal que desde Jericó, Hebron y otros lugares no muy distantes donde moraban de ordinario, acudían á Jerusalén formados en grandes grupos para tomar parte en las próximas solemnidades. A

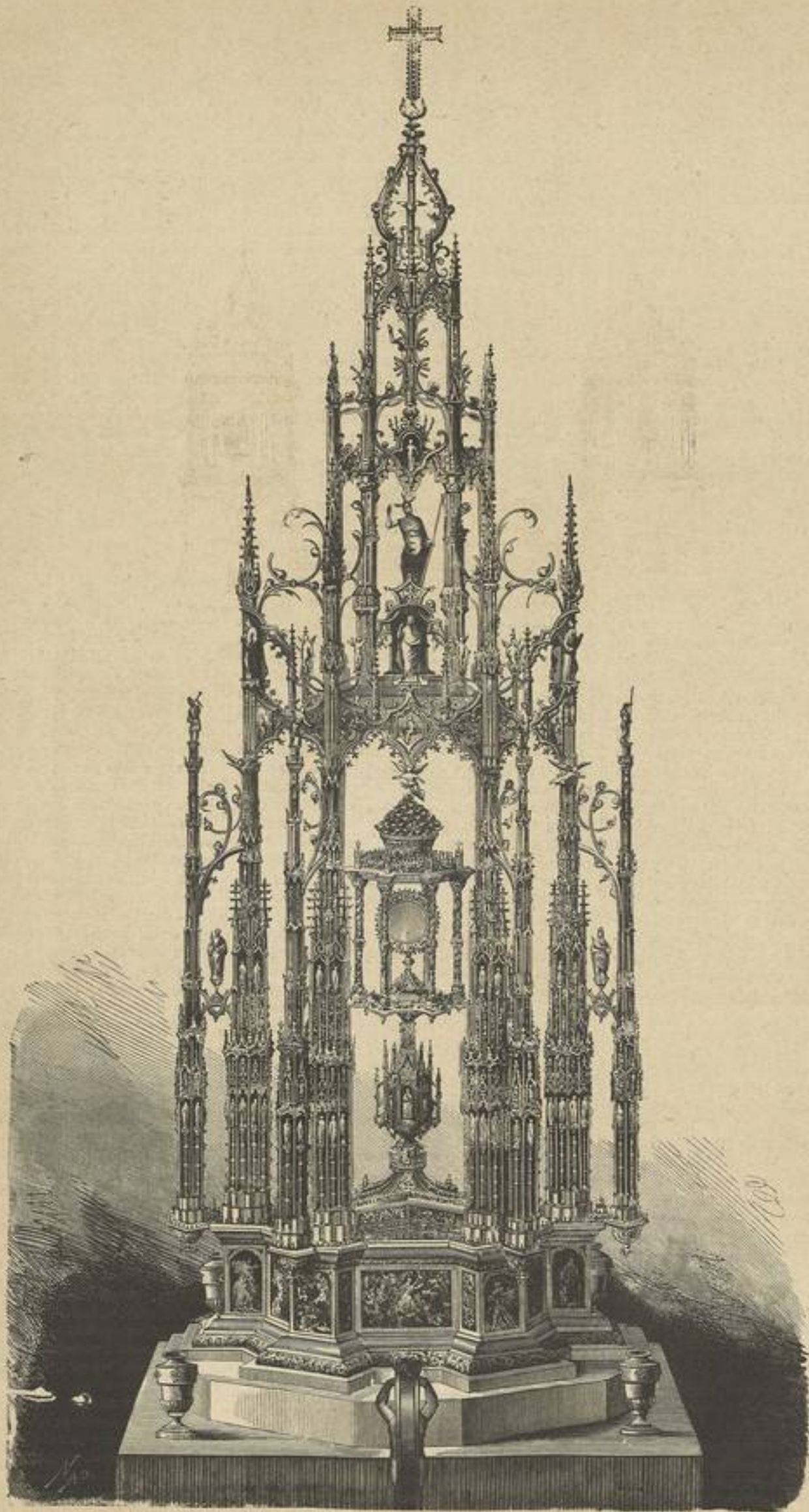
todas horas resonaban por los aires los ecos de los salmos, que, acompañándolos con músicos instrumentos, cantaban los israelitas al subir á Jerusalén. El religioso fervor de la muchedumbre, la dicha de llegar al término del largo viaje, la ansiosa expectación al ver próximo á cumplirse el prolongado deseo de dar vista á la santa ciudad, se retrataba en los semblantes de todos; y cada vez que una caravana, desde cualquier punto ó sitio donde estuviese, lograba divisar á Jerusalén y columbrar sus edificios y fijar los ojos en la mole inmensa del Templo, morada de Jehová entre los hombres, un grito inmenso hendía el espacio, grito que llevado en alas de los vientos y repercutiendo por las montañas y campos vecinos, hacía vibrar los corazones del mas santo y patriótico entusiasmo.

Por ser tenida Betania como arrabal de Jerusalén, no era necesario que sus moradores saliesen de allí para celebrar la solemnidad de la Pascua; pero habiendo Jesús manifestado su voluntad de solemnizarla en la santa ciudad, empezó á tratarse entre su comitiva de los preparativos de la fiesta.

Al figurarse uno las conversaciones que sobre esto se tendrían y los medios ó arbitrios que se propondrían para el caso, no es posible dejar de advertir el contraste y disonancia singular que habría entre los pensamientos del Maestro y los de los discípulos respecto de la gran festividad que estaba á punto de solemnizarse. Para éstos, la fiesta que iban á celebrar no se diferenciaba de las que habían celebrado los años anteriores; para Jesús era el acto más importante de su vida, y al cual toda ésta había sido dispuesta y enderezada. Los discípulos veían en aquella fiesta, al par que un culto de su Religión, la ocasión de esparcir alegre y religiosamente los ánimos; para Jesús aquella, al parecer, tan alegre solemnidad, era el principio de sus dolores y trabajos y el exordio de una pasión cruentísima que había de acabar con su vida; los discípulos, en fin, no veían en la Pascua más que una serie de ritos y ceremonias sin más transcendencia ni significación que la que se ofrecía á la impresión de los sentidos; la mirada de Jesús, penetrando en lo que representaban aquellos ritos, veía en ellos, al par que el símbolo del sacrificio del verdadero cordero de Dios, que iba á tomar sobre sí los pecados del mundo, la conclusión de la antigua alianza de Dios con los hombres y el principio de la nueva que en adelante los había de unir y gobernar, el trasunto de la unión extrínseca entre él y sus seguidores, y de la intrínseca y vivificadora que había de enlazar á Dios con los hombres, y á éstos entre sí con lazo santísimo y perdurable.

Esta diferencia de afectos y pensamientos no podía menos de revelarse en las palabras y en los rostros y ademanes de los que formaban aquella santa compañía. Así, mientras que en la fisonomía del Salvador, en la serenidad de su dulcísima mirada, en la modestia y gravedad de sus palabras, en la compostura del rostro y en todo el porte de su continente se veía reflejada la gravedad de los pensamientos que embargaban su alma, en las fisonomías de los discípulos, en su expansión y alegría, y en las palabras y ademanes del cuerpo mostrábase el sencillo alborozo que exaltaba sus corazones.

En aquella comitiva, sin embargo, había un hombre, cuyo semblante y porte exterior contrastaba extrañamente, así con la alborozada expansión de los discípulos como con la grave y apacible melancolía del Maestro. Desde la hora en que el discípulo traidor había pactado con los Príncipes de los judíos de entregarles á Jesús, no había tenido más idea que la de realizar su infame propósito. Dominado por esta idea, aunque presente con el cuerpo á las conversaciones de Jesús y de sus compañeros, con el espíritu y con el pensamiento estaba muy lejos de cuanto hacían ó decían. Esquivo, taciturno, extraño á los demás y en cierta manera extraño á sí mismo, veíasele andar de acá para allá sin fijarse en nada de lo que pasaba á su



LA CUSTODIA DEL CORPUS EN TOLEDO



COLOMBIA: CATEDRAL DE PANAMÁ

alrededor, sin más idea que la que preocupaba su inteligencia, sin más afecto que el que absorbía su corazón. En lo exterior podía parecer tranquilo, pero una agitación terrible exaltaba á veces su alma, y en el siniestro fulgor que centelleaba en sus ojos, en el rubor que coloreaba de súbito sus mejillas, y en sus palabras inseguras y entrecortadas, podía sorprenderse el sobresalto é inquietud que turbaban su espíritu. De seguro, ni uno siquiera de los discípulos de Jesús cayó en la sospecha de cuál podía ser la causa de aquella extraña turbación y sobresalto; pero esta misma ignorancia, y la ingenua sencillez que veía Judas en sus compañeros eran motivos para acrecentar su inquietud; y cada mirada que le dirigian, cada palabra que le hablaban, eran para el desdichado dardo agudísimo que atravesaba su corazón. ¡Cuántas veces creería que iban á leer en su rostro el ruin pensamiento que se ocultaba en su pecho! ¡Cuántas veces desviaría violentamen-

te la vista y disimularía la voz y ahogaría las palabras, temeroso de que un movimiento instintivo, un gesto involuntario, una expresión imprudente pudiesen excitar la curiosidad de sus compañeros y ponerlos en la pista del fatal secreto!

(Continuará.)

MIGUEL MIR
De la Real Academia Española.

La despedida de Colón

«Alfonso de Lamartine, en su obra titulada *Cristóbal Colón, descubrimiento de las Américas*, inserta la siguiente carta de despedida, que supone dirigida por Colón al P. Fray Juan Pérez después que, desvanecidas todas sus ilusiones, determinó irse á Francia á ofrecer sus servicios á aquella corte. Dice así:

«Ya que habéis sido bueno para mí; ya que os habéis apiadado de mis desdichas; ya que habéis

admitido en vuestra santa casa al pobre desvalido, al infeliz loco, concentrad en el hijo los buenos sentimientos que os ha inspirado el padre; sed su amparo durante algún tiempo.

«Yo voy á partir de España, voy á recorrer otros países, voy á ofrecer á otros Reyes mis proyectos; y si en esta peregrinación hallo el fin á mis días; si todas las puertas se me cierran; si la desgracia se ensaña en mí, enseñad á mi hijo á amar la virtud, é inspiradle los sentimientos religiosos que hacen al hombre acatar sumiso los decretos de la Providencia.

«No puedo permanecer más aquí.

«Mis recursos se han acabado por completo. El escaso producto de mi trabajo no basta para cubrir mis más escasas atenciones.

«Antes que morir en la miseria, en el abandono, quiero perecer luchando: este es mi destino!»

«Esto de la penuria de Colón está algo exagerado, porque de una parte consta que Quintanilla proveía á su mantenimiento, y de la otra no hay razón alguna para poder decir que hubiese cesado la pensión que disfrutaba en Palacio.»

Y en efecto; Colón pasó al convento de la Rábida á recibir la bendición de su amigo Fr. Juan Pérez y despedirse de su hijo. ¡Bendita sea la aurea persuasiva del guardián, que supo hacer mudar de consejo aquella resolución de bronce que caracterizaba el temperamento del ligur!

De verdad: porque aquel hombre extraordinario, dotado de un alma templada en el yunque de la lucha y la contradicción, acostumbraba á madurar lenta y penosamente sus propósitos; pero una vez adoptada una decisión, lanzábase á ejecutarla sin titubear, pues ni la debilidad, ni la inconstancia, ni el temor hallaban entrada en su pecho.

Es que, en lo tocante al cumplimiento de la misión que creía haber recibido del cielo, no había elemento humano que hiciera oscilar sus determinaciones, porque nada del mundo era capaz de contrarrestarlas. Si, pues, el P. Pérez consiguió hacerlo variar de parecer, sólo pudo haber obrado este triunfo el inmenso ascendiente que ejercía sobre él, acrecentado, si cabe, por la experiencia que Colón tenía de poder contarle como el primero y más activo cooperador de sus dorados sueños.

Pues, como decíamos poco há, compareció Colón de un modo inesperado en el convento de la Rábida. Afectóse grandemente el P. Fr. Juan Pérez al ver al amigo de su alma, el cual mostraba en su semblante el abatimiento, y quedó mucho más apenado al escuchar de sus labios la resolución de encaminarse á Francia. ¡Santo Dios! ¡Abandonar á España? ¡Y abandonarla para ir á ofrecer á otra nación todo un mundo? ¡Ah, esta idea no le cabía al buen guardián en la mente! Extremecióse su corazón al pensar en Castilla y en aquella Reina angelical y mujer fuerte, tan digna de ceñir, no una, sino cien diademas.

Haciendo valer los títulos de su amistad, la más ardiente y desinteresada, rogó el P. Juan Pérez á su huésped que á lo menos suspendiera su viaje por un breve plazo: logrado esto, pasados algunos días, cuando el silencio, la paz del claustro y los cuidados incesantes habían tranquilizado algún tanto aquel espíritu tan agitado, determinó el solícito guardián escribir á la Reina, cuya carta envió por mano del fiel y discreto piloto de Lepe, Sebastián Rodríguez. A los catorce días estaba ya este último de vuelta, siendo portador de un honrosísimo mensaje de doña Isabel, con el cual daba las más afectuosas gracias á aquel religioso por sus nobles deseos, é invitábale y aun le ordenaba que se pusiera al punto en camino para la corte, dando entre tanto buenas esperanzas á su protegido. En su consecuencia, al promediar de aquella misma noche salió solo el referido Padre guardián en dirección á Santa Fe.

En la conferencia celebrada entre la Reina y el P. Pérez, mediarían las siguientes ó parecidas razones:

—Señora—diría el P. Pérez—cuando V. A. era todavía muy niña, entré yo en la servidumbre de Palacio investido con el empleo de Contador. Poco tiempo después me llamó la vocación al claustro, y más adelante os dignásteis honrar mi humilde persona con el cargo de director de vuestra conciencia. Empero mi espíritu, creado para las dulzuras del sosiego y la contemplación, no podía en manera alguna amoldarse al estrépito y modo de vivir de la corte: mediante vuestro beneplácito, impetrado después de las más reiteradas instancias, me secuestré otra vez al mundo, retirándome á mi amado convento de la Rábida, con ánimo de no volver á salir más de él. Conozco muy bien que, á los sentimientos religiosos que tan arraigados están en vuestra alma, unís un amor sin límites hacia vuestros vasallos, y deseáis con ardor la prosperidad de esta nación, llamada sin duda por Dios, en las presentes circunstancias, á ocupar un lugar preeminente en los destinos del universo. Pues bien, Señora; hay un hombre que creo elegido por la Providencia para unir los más envidiables timbres á vuestra Corona, esmaltada ya con tantos y tan primorosos engastes.

—¿Es, por ventura, Colón?—preguntó la Reina.

—Sin duda alguna, Señora—respondió el Padre Pérez.—Ese sin par marino, ese consumado geógrafo, que ha leído mucho y meditado mucho más,

trae en su mente un proyecto gigantesco, el cual, como sabéis muy bien, ha sido prolijamente discutido, habiendo alcanzado la aprobación de muchos sabios, por más que otros, doctos también, imbuidos no sé de qué rancias y vulgares preocupaciones, le han combatido. Ese hombre os venera y os admira; y antes que para ningún otro Monarca, quiere para vos esas islas, esas tierras, ese mundo hasta hoy desconocido, y que está seguro ha de llegar á descubrir al otro lado de los mares. Siete años há que este varón, digno de toda honra, viene desempeñando entre nosotros el humilde papel de pretendiente; y aunque siempre ha hallado en vuestra alteza la más benévola acogida, siendo esta la única causa que le ha detenido en España, como ve que se pasan los años y su existencia va ya declinando, yo, que le quiero como á un hijo, y que á la vez miro en mis dos Soberanos la representación genuina de la divinidad en la tierra, he venido á deciros que Colón está dispuesto á ausentarse de entre nosotros, para ir á ofrecer á otra corte los tesoros de su poderosa inteligencia.

—¿Qué es lo que decís, mi buen Padre?—exclamó la Reina.—¿Pues no le hemos dado nuestra Real palabra de que en el momento en que la Cruz quede enarbolada sobre la Alhambra será tomado en consideración su grandioso ideal, cuyo anuncio, preciso es confesarlo, desde el instante en que llegó por vez primera á mis oídos cautivó mi corazón?

—Cierto, Señora; pero Colón teme que la guerra se prolongue demasiado; teme que la tenacidad con que algunos han contrariado las generosas expansiones de vuestro corazón, suscite ulteriores trabas á sus planes; de suerte que, agostada la flor de su esperanza, y mirando su cabeza encanecida, cree que no le es posible perder más tiempo, y su resolución de abandonar á España parece inquebrantable.

—No, no; ¿abandonar á España dijsteis? Eso nunca. Supongo que vos, mi querido Padre y amigo, vos, que me conocéis, habréisle instado una y muchas veces para que desista de tamaño pensamiento. ¡Oh! yo no puedo, no debo consentir en que tan ruin concepto llegue Colón á formar de nosotros, que nos crea capaces de desechar su propuesta por una mezquina razón económica, por no aventurar unos cuantos puñados de oro. ¿Qué valen todas las riquezas comparadas con el precio de una sola alma rescatada con la Sangre del Redentor? ¡Y quién sabe si la salvación de miles y de millones de habitantes, después de Dios, depende de nosotros? Que no salga de España, no.

—Lo único que puedo deciros, replicó el religioso, es que he apurado cuantos recursos me ha sugerido el vivo deseo que tengo de vuestra mayor gloria y el amor que profeso á mi patria. Al cabo de muchas instancias, he logrado detenerlo por algunos días en mi convento; por fortuna me ha secundado en mi empeño un eficaz coadjutor, su hijo Diego, excelente mancebo de 14 años, á quien ama con delirio, el cual he tenido constantemente á mi lado desde que en 1484 desembarcaron ambos en Palos viniendo de Portugal. Yo, Señora, que, como habéis dicho muy bien, os conozco lo bastante, he venido henchido de fe y rebosando el pecho de esperanza en vuestros magnánimos sentimientos, para implorar vuestra protección á favor de mi amigo, y estoy persuadido que no defraudaréis mis deseos. ¿Pudierais acaso creer que fuera yo capaz de engañaros, de induciros á sabiendas en error? ¿Cabe en vos el pensar de mí que no fueran tal vez sinceros el amor que os profeso, y los votos que incesantemente elevo al cielo por el mayor bien de vuestra Real casa y familia? ¡Ah! vos no podéis dudar de mi lealtad y adhesión.

Pues si creéis que únicamente ha podido moverme á dar este paso el ansia que tengo de vuestra gloria y la de España, os pido que no desamparéis á Colón; que no hagáis caso de las sugerencias de sus émulos; que le prestéis, en fin, vuestro más decidido apoyo, á fin de que pueda llevar á cabo esa empresa, que ningún siglo vió jamás otra semejante. Dios os bendecirá desde lo alto; la posteridad aclamará vuestro nombre, y mil y mil pueblos, sepultados hasta hoy en las tinieblas de la más estu-

rida infidelidad, recibirán la luz del Evangelio y se harán participantes de los beneficios propios de la civilización cristiana. ¿Qué me decís, Señora? ¿Puedo partir ya para decir al marino que la Reina Isabel toma por cuenta de la Corona de Castilla la inmediata ejecución de sus designios?

—Sí; id presto á la Rábida, y decid á vuestro recomendado que venga sin dilación á mi presencia; que resuelta estoy á secundarle hasta realizar el logro de su intento; y si lo exhausto del Tesoro no consiente tales expensas, no importa, vendere todas mis joyas para suplir lo que faltare. Antes que mi conveniencia y antes que todo, está la gloria del Altísimo y la causa de la humanidad. Dios lo quiere, y el interés de mi pueblo lo demanda; esto me basta. Partid, pues, Padre y amigo mío. Pero no; no os aljéis de mi lado; quedaos con nosotros, á lo menos hasta el arribo de Colón; dadme ese consuelo.

Despachóse en consecuencia un emisario á la Rábida con el orden de la Soberana, á que con bondad del todo inefable acompañó ésta 20.000 maravedís, que fueron entregados al marino por mano de Diego Prieto, Alcalde de Palos, á fin de que pudiera comprar con ellos una *bestezuela*, como dice García Hernández, y se vistiera cual convenía para poder alternar decorosamente con los magnates de la corte.

El contenido de la misiva que Fr. Juan Pérez dirigió á Colón, según el ejemplar que tenemos á la vista, es como sigue:

CARTA DE FRAY JUAN PÉREZ Á CRISTÓBAL COLÓN

«Nuestro Señor Dios ha escuchado las súplicas de sus siervos. La sabia y virtuosa Isabel, tocada de la gracia del cielo, acogió benignamente las palabras de este pobrecillo. Todo ha salido bien; lejos de rechazar nuestro proyecto, lo ha aceptado desde luego, y os llama á la corte para proponeros los medios que creáis más á propósito para llevar á cabo los designios de la Providencia. Mi corazón nada en un mar de consuelo, y mi espíritu salta de gozo en el Señor. Partid cuanto antes, que la Reina os aguarda, y yo mucho más que ella. Encomendame á las oraciones de mis amados hijos y las de vuestro Dieguito. La gracia de Dios esté con vos, y Nuestra Señora de la Rábida os acompañe.»

Esta carta, que pudiera ser auténtica (1), debiera estar escrita con letras de oro, pues que de ella dependió en favor de la España el éxito de la revolución más trascendental, la más grande y beneficiosa que registra en sus páginas la historia de la humanidad. En suma: el P. Fr. Juan Pérez, y después de él Fr. Antonio de Marchena, fueron los primeros y más decididos protectores de Colón. No nos atrevemos á aventurar afirmación ninguna; pero sí diremos que por lo menos es muy problemático que sin ellos hubiese cabido á la España la gloria del descubrimiento del Nuevo Mundo. No puede, por consiguiente, hablarse de este suceso de perdurable memoria, que borró para siempre el *non plus ultra* de las columnas de Hércules, sin que al propio tiempo se recuerden aquellos dos nombres de Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena.

¿Se contentarán los altos poderes del Estado con que resuenen las alabanzas de aquellos dos grandes patricios en los estrechos ámbitos de un Ateneo, ó que cuando más se graben sus nombres en la superficie de una cartulina ó pergamino, para hacer de ellos una exhibición momentánea? Algo más que eso nos prometemos de los sentimientos patrióticos con que esperamos ha de responder el noble pueblo español al memorable acontecimiento del próximo cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Orbe.

Pero sigamos á Cristóbal Colón en su derrotero hacia Granada, para cuyo punto salió pocos momentos después de recibir la fausta nueva que Fray Juan Pérez le comunicaba.

Llegado era el día y el instante de eclipsarse la media luna en la patria de San Fernando. Las san-

(1) Si bien es cierto que nos hallamos completamente á oscuras respecto al modo como la carta anterior haya sido transmitida á nosotros, ningún motivo tenemos para rechazarla sin examen, por más que los modernos hayan variado su ortografía y estilo, en lo cual han obrado inconsideradamente, condensando más y más las frases.

grientas rivalidades que existían entre los dos principales linajes de los moros granadinos, los Abencerrajes y los Zegríes, abundaban cada día más las divisiones del reino; y como si esto fuera poco, el rey Boabdil, llamado el Chico, no sabemos si por la cortedad de su estatura ó por lo menguado de sus dotes de gobierno, precipitaba cada vez más el reinado de la morisma en el panteón de la historia.

El arribo de Colón al campo beligerante coincidió con la rendición de Granada, último bastión de los moros y término de aquella lucha secular. El 30 de Diciembre de 1492 capituló la ciudad, y se entregaron sus castillos á los comisarios regios. A los pocos días se reunió una Junta para tratar de las condiciones que exigía el protegido del Guardián de la Rabida. Fueron estas: que se le diera el nombramiento de Virrey, Grande Almirante del Océano y Gobernador general de las islas y tierra firme que descubriese. Estos cargos y dignidades deberían perpetuarse en su descendencia por orden de primogenitura. Además pedía la décima parte de todas las riquezas descubiertas ó exportadas de los países sujetos á su autoridad.

Pero estas proposiciones no fueron admitidas por la Junta. Al saber esto el pretendiente, cuya dignidad y firmeza contrastaban con su actual indigencia, no insistió más; tomó precipitadamente una cabalgadura y salió de Granada. Gracias al Tesorero Luis de Santángel, que en el acto avisó á la Reina su partida, y con la ingenuidad propia de un buen aragonés, le hizo presente lo mucho que perdía España con ello; oído lo cual, sobresaltada S. A. con su ausencia, ordenó la salida de un paje, caballero en el corcel más veloz, para que lo hiciera retroceder, asegurándole que sin otra ni más discusión aceptaba de plano las condiciones propuestas.

El 12 de Mayo de 1492, ajustadas las capitulaciones, salió de Granada el nuevo Almirante en dirección á la Rabida. Y dice Oviedo, refiriéndose lo primero á la anterior y más triste llegada de Cristóbal Colón á la Rabida, que después de pasar en dicho convento algún tiempo, Fr. Juan Pérez le hizo ir al Real de Granada. «Y luego—prosigue diciendo—se fué Colón al mismo monasterio, y estuvo con el fraile comunicando su viaje é ordenando su alma é vida, y apercibiéndose primeramente con Dios y poniendo como católico en sus manos é misericordia su empresa... (1)»

FR. JOSÉ COLL.

Nuestro arte religioso

X

ENTRE las empresas más difíciles para el humano entendimiento, figura la de conservar las cosas dentro de su verdadero fin, no sacándolas de su cauce, sea para engrandecerlas demasiado, ó, lo que no pocas veces sucede, para relegarlas á un lugar menos honroso de lo que merecen.

Bien se echa de ver que hasta en lo concerniente al culto divino, los mortales católicos, sin exceptuar, ni mucho menos, á los españoles, no hemos sabido guardar este prudente equilibrio, y mientras hemos dejado caer en menosprecio cosas muy de grande entidad, hemos agrandado tanto otras, que nos sería difícil reconocer su genuina significación y propio lugar. ¿Quién habla de decir á los antiguos creyentes que el sitio reservado en que ocultaban la Sagrada Eucaristía durante los tremendos y luctuosos oficios litúrgicos del Jueves y Viernes Santo, para más entristecer el aspecto del templo, que el retiro alumbrado por lámparas y cirios había de convertirse un día en parte principal, y saliendo de su reserva debía ocupar nada menos que la capilla mayor ó el centro del templo, alegrándolo con demasiada profusión de luces y abigarrado conjunto de colores fuertes y dorados brillantes? ¿Cómo hubieran podido suponer

que las humildes andas destinadas á llevar en hombros las imágenes, habían de venir á parar en la inmodesta y pretenciosa *carroza* de nuestros días, grande como un edificio, pesada y tan llena de adornos y ringorringos, que la efigie es allí lo de menos? Ni hubieran creído á quien los anunciara que un día el Salmo y el Himno, ambos tan bellos y sublimes, tan saturados de misterios y de profecías de elevación y mística grandeza, habían de ser completamente ignorados y hasta menospreciados de la mayoría del pueblo, y suplantados por los Gozos en lengua vulgar y verso defectuoso, digno de sus conceptos gongorinos, cuando no, por el contrario, ramplones en extremo; y que las gentes habían de dar la preferencia sobre las oraciones breves, pero encantadoras, de la liturgia, á las diluidas lucubraciones de las novenas escritas en lenguaje pedestre, hasta el punto de que casi nadie supiese que existían las horas canónicas sino como una cosa pesada, un *gori gori* incomprendible, bueno para los frailes y los canónigos?

Y todo esto, por desgracia, ha sucedido, y es una realidad triste, un desequilibrio lastimoso, producido en cuanto á las cosas de arte, de los extravíos á que nos condujo una larga época de prosperidad mal apreciada; y en cuanto á lo perteneciente á la liturgia, efecto de la ignorancia que poco á poco ha ido apoderándose del pueblo, y lejos de ser contrarrestada enérgicamente, hubo un tiempo en que muchos creyeron, y por desgracia todavía creen, necesario secundar las aficiones populares con tal de conseguir la devoción, aunque fuera con elementos extralitúrgicos, dando insensiblemente y sin quererlo en aquella perniciosa teoría del fin justificando los medios (1).

Ello es que entre nosotros, y me consta que también fuera de nuestra España, en muchas comarcas, el llamado *monumento*, y entremos en materia, ya no cumple con el destino que le diera el ceremonial, y no responde, por lo tanto, á los fines que la Iglesia se propuso.

Desde el punto de vista artístico, el monumento es una de las piezas del mobiliario religioso que ha dado ocasión á mayores absurdos y anacronismos, á la piedad mal entendida y al delito de lesa arte.

Litúrgicamente no se concibe el *monumento*; lo que se pide es una capilla, un lugar distante y apartado del altar mayor en que necesariamente se debe oficiar, y en dicho paraje retirado, un sagrario rodeado de cirios y lámparas con pocos y sencillos adornos, y sin la menor sombra de aparato fúnebre ó de penitencia, ni de la Pasión del Redentor, como asimismo con ausencia completa de imágenes y figuras, cuadros, sepulcro y sus guardas, cruz ó cualquiera otro signo; pues allí solo se ha querido preparar un lugar devoto, una mansión digna para el Sacramento.

Indudablemente que todas las iglesias no están dispuestas para tales funciones; y en verdad que no en todas es posible hacerlas bien, ya por las condiciones locales, ya por falta de personal; por lo que no es aventurado creer que allí donde no sean indispensables, como lo son en las parroquias, no debieran verificarse, si no lo permitían con toda holgura las circunstancias. Los defectos, sin embargo, son entre nosotros los mismos en las iglesias pequeñas que en las grandes, y he aquí los más salientes y dignos de censura y pronta corrección.

(1) Sobre esta escalofriante cuestión que aquí solo viene á cuento como de pasada, es mucho lo que podría escribirse y un día se escribirá por manos autorizadas; pero en estos momentos, aunque los que venos claro y pesamos derecho en este y otros puntos, sabemos á qué atenernos, creo difícil que escritor alguno se atreva á tratar semejante materia, por no arrostrar la enemiga de los bien avenidos con la rutina y sus corrupciones, ó con los fanáticos ó mansuetudinos de ellas, demasiado fuertes en verdad. Esto no obstante, si álguna vez se le ocurriera tratar este asunto, más importante de lo que algunos creen, con la exactitud y claridad que se merece, seguro como estoy de que hago bien inspirándole en los ideales, fines y prácticas oficiales de la Santa Iglesia Católica.

(Nota del Sr. Ferradín.)

El primero de todos es colocar el monumento fuera de su lugar propio, ya en el altar mayor, como es lo corriente en Madrid, ya en los pies de la iglesia y dando cara al presbiterio, según costumbre de Valencia, ya en el centro del templo, y á manera de catafalco aislado, cual lo vemos en la catedral de Sevilla y en el Monasterio del Escorial.

Es otro no menos grande y censurable dar al aparato desmesuradas proporciones, que exigen grandes cantidades de madera y complicada labor para su postura. Nada más absurdo y enojoso que ver á gran número de operarios trabajando desde el Viernes de Dolores, y aun mucho antes, en la erección de un enorme andamiaje que intercepta casi todo el templo, aunque sea éste una catedral como la sevillana, y molestar á los fieles con los golpes, voces y agitación propia de estos trabajos de decorado, impropios del lugar santo, y que más parece que anuncian un blanqueo general ó la construcción de una torre, que la simple colocación de un *artefacto* que sólo ha de durar veinticuatro horas, y necesita para ser colocado medio mes y otro medio para su remoción, además del gasto que es de suponer, y que pudiera emplearse mejor, del peligro de un incendio y de otras muchas contingencias.

No todos sabrán que en el monumento de la citada metropolitana de Andalucía es necesario que una vez encendidas todas sus luces, dos ó más hombres queden como presos en lo alto del templete sin poder ya descender hasta después de apagar en la mañana del viernes, y debiendo necesariamente comer, dormir y satisfacer todas las demás humanas necesidades imprescindibles en tan largo espacio, sobre el enorme túmulo, precisamente cuando está ocupado por el augusto Sacramento, y contraviniendo disposiciones canónicas muy venerables. Y todo ¿para qué? Los fieles, anonadados ante aquella monstruosidad, de muy dudoso gusto por cierto, apenas pueden contemplarla sino á distancia larga, tan larga como no lo consiente el templo aquel, y eso que es muy grande; para que la nave quede interceptada en un grande espacio, cabalmente cuando mayor es la concurrencia y más necesaria la atención de ella hacia lo que se hace en la capilla mayor, y para desnaturalizar el aspecto general de aquella basílica en tan tristes solemnidades. Añádase que el estilo de la obra no es el del edificio, que ya está además interceptado por el coro, y se verá si sería ó no prudente prescindir de tan pretenciosa máquina, y valerse, puesto que la hay, de la capilla grande que sirve de parroquia, y parece hecha allí á propósito para colocar al Santísimo conforme á las exigencias litúrgicas.

Si estas obras enormes ó otras de menor tamaño constan solo de maderamen ó otros materiales sólidos, que afectan las formas dictadas por el artista, menos mal; pero cuando, bien colocadas en el centro, como las referidas, bien dentro del altar mayor ó en los pies de la iglesia, etc., se componen solo de bastidores con lienzos de decoración teatral, buenos como los del monumento de San Luis, ó malos como los de las Niñas de Leganés, los del Oratorio del Espíritu Santo, de San Martín, de las Comendadoras y otras semejantes; nada hay más digno de reprobación, por ser cosa impropia de la Iglesia todo decorado teatral, toda falsedad é imitación, por el peligro de un incendio, por la falta de seriedad y por lo anacrónico de tales engendros. ¿Creerá el lector que no solo se ha llevado el mal gusto y la ignorancia hasta el extremo de que tales monumentos presenten la forma de un templo pagano ó la de un arco arquitectónico de triunfo cobijado por un manto real enorme en guisa de pabellón, ó la de una gloria con angelitos, querubines y... sayones guardando el se-

(1) *Historia General de Indias*, lib. II, cap. v.



pulcro, que ocupa una especie de covacha; ó la de un semitabernáculo con nubes, y, en vez de judíos armados, caballeros de no sé qué orden; ó la de una portada gótica con transparentes de colorines chillones; sino hasta el ridículo intento de figurar un... castillo feudal (¡!), realizado con la más completa ausencia de sentido religioso, y hasta común, en la iglesia de las Calatravas? Las parroquias valencianas rivalizan en esto de las decoraciones, y por cima de todos los preceptos litúrgicos representan en ellas pasajes de la Pasión, el Sepulcro, el Calvario, Jerusalén, la Cena y cuanto les viene en mientes, sin olvidar el indispensable disco encendido imitando al sol, y los inevitables soldados con lanza y casco, á veces aun sin sepulcro que guardar.

Vienen luego los monumentos-escalinatas compuestos, como el de San Antón de esta corte (uno de los peores), de una escalera con balaustrada que da dos ó más vueltas y sirve de pretexto para colocar muchas velas (y en éste... ¡varias lámparas fúnebres!). Sobre tal escalera un pabellón, ó cosa parecida, que cobija el arca del Sacramento, y en la parte baja el consabido sepulcro, que prohíben terminantemente los decretos de la Sagrada Congregación de Ritos. Lo más general es que dicha escalera sea de un solo tramo ancho, con su banderilla por los lados y los escalones llenos de candeleros; y esta es la forma generalmente adoptada por los monumentos que llamamos de *monjas*, aunque se ven lo mismo en muchísimas otras iglesias, y parecen hechos expresamente para contravenir todas las reglas del arte y todos los preceptos de la liturgia y hasta de la sindéresis, pues en ellos vemos niños de Jesús de todas clases y tamaños, San Juanitos muy alegres, sepulcro, sayones, la Cena, la gran cruz con el sudario (también prohibida), un *Ecc Homo* y una Dolorosa en los lados, ó un Jesús atado á la columna, entre tiestos de flores y jaulas de canarios, lamparines, arañas, cipreses de seda verde, flores de trapo, tóbores y floreros de salón, fanales de rinconera, algún transparente, amén del sol encendido, y hasta una caja de música para amenizar el local y excitar á los canarios. ¡Cúmulo absurdo de zarandajas que hacen las delicias de las mujeres y de las gentes vulgares, y excitan la compasión de los inteligentes y la risa de los impíos!

Pero lo indispensable, la condición *sine qua non*, es que haya muchas, muchísimas luces, y esté aquello muy alegre y muy bonito; así podrá servir de escena para que en ella resuenen las terribles sentencias de los salmos, las grandezas horribles del cántico de Habacuc y los gemidos de los Trenos; bien que en estas iglesias no suelen cantarse los maitines (vulgo tinieblas), que van pasando de moda entre el común de las gentes, que gustan más de gozos y novenas que de salmos y antifonas; ó si se cantan, nadie les hace caso, porque el público solo quiere entrar y salir para *ver monumentos*, y no se satisface sino con lo que busca en su ignorancia, lo bonito y lo abigarrado, alegre y chillón; que á esto hemos venido á parar de tanto irnos apartando del camino que sabiamente nos trazara nuestra Santa y sabia Madre la Iglesia.

JOSE FERRÁNDIZ.

Desde Manila

PERSPECTIVAS DE VIAJE

Puerto Saíd.

CODAVIA NOS atrevíamos á lisonjearnos los inexpertos de la inminente amenidad del espectáculo y de las gratas sorpresas que nos reservaba, pues la novedad es siempre un atractivo de primer orden, y si bien el ve-

cino y enfático vapor francés con sus cuatro masteleros, encenagado en su merienda de hulla, engullendo tanta traza de azacanes, tonelada tras tonelada de combustible, agazapado bajo una tolvanera de espeso y candente polvo, sudoroso, jadeante, asobinándose por momentos, nos aconsejaba con bochornosa insistencia que procuráramos escarmentar en cabeza ajena, ó sea en la suya, siempre se nos antojaba que aquel trance no pasaba de ser una impremeditación, una hipóbole fingida ó un caso excepcional, hijo de cualquier circunstancia fortuita, que á nosotros había de sernos fácil evitar. Buena prueba de ello era que nuestro tremendo contrincante venía atiborrándose de hulla desde las últimas horas del día anterior, sin que hasta la fecha rindiera la menor señal de aplacarse su voracidad; mientras que, al parecer, el *Isia de Luzón*, en igual espacio de tiempo, habría podido rellenar todos sus entresijos grandes y chicos y hasta ponerse montera de aquel mineral: no cabía la menor duda de su mayor frugalidad, y carecería de cachaza para estarse como el otro las horas muertas relamiéndose y cebándose con el denegrido manjar, al modo que un gastrónomo enamorado de su propia glotonería.

A todo esto, la batahola aumentaba alrededor nuestro de una manera alarmante; multiplicábanse como por encanto las lanchas entoldadas y de asientos entapizados destinadas á conducirnos á la rampa terriza del desembarcadero, las que traían nuevas mercaderías, abalorios y perendengues de la plaza para los buboneros instalados á bordo, á quienes dejaban en descubierto los pedidos caprichosos de las pasajeras; las canoas maltrechas de los saltimbanquis anfibios, y los lanchones de los abastecedores, ó asentistas, si ustedes lo prefieren así, cuyos arraces ó patronos, vistosamente trajeados, llegaban con suma gravedad, que no sé si denominar prosopopeya mercantil, al costado del barco, ordenando con una simple mirada á las demás embarcaciones de tres al cuarto que despejaran el paso sin protesta, y adjudicando un inapelable cogotazo á los barqueros que, no habiendo *oido* aquella mirada, proseguían cuestionando guapamente entre sí ó con los pasajeros del *Luzón*, en vez de haberse retirado á un lado acto seguido. Con lo cual parece inútil manifestar que se armaba un guirigay de padre y muy señor mío, en el desempeño de cuya solemnidad intervenían tropeliosamente enrevesados dialectos de endemoniada prosodia, los gañiles más estafalorios y las actitudes más zoológicamente iracundas que puedan imaginarse; si bien, dicho sea en honra y provecho de aquellos abisinios, nadie llegaba á las manos, y la furibunda algarabía, después del primer arrebató, se iba encauzando poco á poco, revolviéndose contra su primordial objeto, que no era otro que sacarnos los cuartos, hasta que, en mal hora, sobreviniera otro asentista con una retahila de jaulas ó canastas, según las víctimas, descargaba por de contado el reglamentario guantazo, y la gresca se renovaba con creciente pujanza.

Ya el sol, hecho un basilisco desde su cana, se remontaba sobre el horizonte asiático, cuando el *Isia de Luzón* quedó decididamente en poder de los factores ó almacenistas ingleses, cuyos gra-sientos y huesosos peatones tremolaban por todas partes sus cargas de hulla en señal de victoria. Al monótono y melancólico son de un vocablo ininteligible, verdadera interjección cosmopolita que usan los caporales para aunar los esfuerzos de sus cuadrillas de gañanes, habían hecho levantar los capataces de los gánguiles las escalas necesarias para establecer la comunicación entre éstos y la cubierta del buque, y una vez trincados los sencillos aparatos por ambos extremos á la plataforma de los primeros y á la cornisa de la segunda, bien

pronto se transformaron en sargas colgantes de monos entretejidos que se deslizaban hacia abajo con igual facilidad que hacia arriba, siendo tal la rapidez de sus movimientos y carrera, que en más de una ocasión pudo creerse que era un solo mono y una sola espuerta quien subía y bajaba por cualquiera de las cuatro escalas arrimadas al vapor correo. El comercio inglés es implacable, y á trueque de vender carbón más barato que nadie y servirlo antes que nadie, ha organizado aquellas reatas de esclavos arrebatados á los desiertos africanos, los cuales, por todo refrigerio después de un trágico inverosímil de muchas horas bajo las reverberaciones de un sol achicharrador, se contentan con un cubilete de agua, cuyos tragos alternan con las maldiciones del respectivo capataz. ¿Es más económico trasegar el carbón de esta manera que por medio de la maquinaria que hoy tienen los barcos á bordo, sobre todo los de vapor? Tal vez sea; pero es también más inhumano, é indudablemente más incómodo y más sucio.

Los pasajeros de tercera y segunda clase, cuyos departamentos hallábanse situados precisamente en el punto céntrico de la carbonil refriega, hubieron de poner piés en polvorosa sin encomendarse á Dios ni al diablo, tomar la escalera de estribor y largarse con su buen ó mal humor á otra parte, si bien es cierto que el deseo largamente comprimido de pisar tierra firme, aminoraba mucho la importancia del contratiempo, si ya es que no la borraba del todo. Los de primera clase, que aún permanecían á bordo, fueron más ó menos bruscamente acorralados en la toldilla, y por medio del mamparo ó biombo de lona, de que ya hemos hecho mérito, quedó cortada toda comunicación entre aquel último baluarte de popa y el resto del buque; ignorábamos, muy á pesar nuestro, lo que sucedía á ciencia cierta hacia el entrepuente y el castillo de proa, á causa de la propia interposición de aquel inmenso telón de boca, perfectamente tiznado, pero era fácil presumirlo por el sordo pataleo que se entrevía, por la bullanga discordante que rasgaba los aires, por las carreras precipitadas ó revoloteos de los cargadores, por los torbellinos de hulla triturada que surgían dilatándose de los gánguiles, y por la sutil carbonilla que penetraba por los intersticios de los toldos, mortificándonos la vista y cubriendo de una capa de menudo polvo el pavimento y los objetos en el recinto encerrados, incluso nuestras asendereadas personas. Queriendo yo presenciar desde más cerca aquel enmarañado tejemaneje, me decidí á bajar de toldilla, rebasé el telón de lona, crucé la cubierta del alcazar, ya toda enguijarrada de fragmentos de hulla, escalé el entrepuente, que logré franquear en toda su extensión, sorteando los innumerables obstáculos de que se hallaba erizado, entre otros las dos filas, una por banda, de esporteadores, y fui á bajar frente al castillo de proa. Allí no se habían colocado aún los benéficos toldos, y el terrible sol africano derramaba sobre aquel caldeado espacio atroces bocanadas de lumbre, amenazando sin compasión calcinarlo todo y dar buena cuenta de la hulla, antes de que cataran sus primicias los hogares de la máquina; no se veía alma viviente por ninguna parte, como si pasajeros y tripulantes, á manera de seres nocturnos, se hubiesen apresurado á buscar el último rincón de sus madrigueras al desplegarse la luz del día. Solo el interminable y doble desfile de los atezados carboneros, enroscándose aquí y desenroscándose allá, apareciendo y desapareciendo vertiginosamente, aventando hulla, sacudiendo esportillas y dándoseles un ardite de los estragos que estaban causando á diestro y siniestro; negra la hulla y negro el acarreador, lustrosa la epidermis de aquella y lustrosa la piel de éste, parecían una sola pieza movida por maligno resorte. Si aventurado era llegar hasta

aquel paraje del buque, más aventurado era aún permanecer allí dos minutos, y pesados de haber practicado aquella ceremonia, más que de no poder observar la tragazón de las carboneras, retrocedí en medio de sobresaltos y traspies, temeroso de que, no ya algún oficial de la tripulación, sino hasta los cachivaches tendidos por el entrepuente, estuviesen deseando increparme, echándome en cara aquella salida de pie de banco. Afortunadamente pude regresar sano y salvo...

Es decir, no; antes de llegar al mamparo tropecé con uno de los esportilleros, ó tropezó él conmigo; le miré asombrado, y replicó con otra mirada escrutadora... «Señor—balbuceó—yo hablaré con vos luego...»

Digo que regresé sano y salvo á toldilla, y una vez allí me eché á difundir, con mayor ó menor exageración, la noticia del estado lastimosísimo á que se hallaba reducido aquel *Isla de Luzón*, que al zarpar de la rada de Monjuich parecía una taza de plata, y que con el cotidiano baldeo matutino había conservado su nitidez y pulcritud durante toda la travesía por el Mediterráneo.

Nos hallábamos entre dos fuegos, ó mejor dicho, entre dos carboneras: la del navío francés, y la improvisada en nuestro vapor correo; más exactamente, nos hallábamos circunvalados de carboneras, puesto que toda la sinuosa margen árabe era un campamento de carboneros, y un verdadero peñascal de huella, como si este intrigante mineral fuese oriundo de aquellos escuetos arenales y brotase irresistiblemente de sus abrasadas entrañas. Nos hallábamos, en fin, en el centro de la gran carbonera de Oriente, en brazos de la hija predilecta de Cardiff, suspendidos sobre aquellos desiertos salitrosos y raídos, que en su día vieron descender el maná de lo alto para refrigerio y sustento del pueblo fugitivo de Israel, y que hoy jextrañó contrastel ven descender de la septentrional Inglaterra verdaderos turbiones de hulla, de ese admirable instrumento del progreso humano, destinado tal vez á transfigurarlos en ciudades populosas habitadas por razas inteligentes, y en fértiles campos que aporten nuevos contingentes de frutos á los exhaustos mercados del porvenir.

Dominábamos ya desde toldilla, gracias á los torrentes de ignea luz que se desbordaban del horizonte asiático, el paisaje terrestre y marítimo de Puerto-Said, aunque en una extensión aparentemente reducida, tal vez porque las distancias en el mar y en los terrenos llanos no pueden apreciarse bien por la falta de términos de comparación. La embocadura del canal de Suez se halla al Mediodía de la colonia inglesa, y hasta ella envía sus aguas el Mediterráneo, sus aguas sin flujos ni reflujos, resignadas con el mismo perenne nivel y verdosas en castigo de su poca profundidad, las cuales avanzan perezosamente por un canal tortuoso, festoneado de senos á derecha é izquierda y abierto por la misma naturaleza entre los arenales del Asia y del Africa. Este canal forma el puerto de Said, y las tranquilas ensenadas de uno y otro lado constituyen otras tantas dársenas y fondeaderos, siempre revueltos en sus fondos por las hélices de cien vapores. El *Isla de Luzón* había anclado en la última de estas ensenadas, que abrazaba otras menores á modo de un arco lobulado, y siendo todas juntas como la espaciosa antesala del Canal de Suez. Las ondas del Mediterráneo relucían en la lejanía, no bien calmadas aún del rifrafe sostenido en la tarde anterior con nuestro barco, obligándole á caminar de costado y azotando con furia sus lomos de hierro; pero su poderío se estrellaba contra la barra del puerto, y los buques les volvían con desprecio la popa.

El curso del canal se adivinaba, más bien que se dibujaba hasta el confín del arenal, que no se apartaba mucho de nosotros. En muchas comar-

cas se indican las corrientes marítimas ó fluviales por el arbolado que las siluetea ó por los barrancos que las mismas abundan. Allí no hay arbolado ni barrancos, sino una planicie escueta, rasa, invariable, que no ofrece á la imaginación más que las alucinaciones de la monotonía, y á la vista los fementidos espejismos del erial y del yermo. Cuatro ó cinco negruzcas ondulaciones de arena componían toda la perspectiva por aquella parte del Mediodía y agotaban el horizonte: las aguas del canal apenas se divisaban á la distancia de un kilómetro tierra adentro, donde un indeciso recodo, desperfilado por el intenso reverberar del sol, las escamoteaba dándolas nueva dirección. Parecía mentira que nos hallásemos frente á una de las empresas más colosales del presente siglo, y que la incalculable utilidad de la misma no se halla proclamada por alguna obra de arte, en justo tributo á la grandiosidad del ingenio y de la perseverancia que la llevaron á cabo.

No se prestan mucho ciertamente las glorias del Canal de Suez á que las cante la poesía ó la arquitectura, y por eso sin duda las solemnizan mejor en las Bolsas de París y de Londres el plectro y el cincel de los respectivos accionistas.

(Se continuará).

F. AGUILAR Y BIOSCA.

Madrid, 16 de Mayo de 1872.



CAPILLA DE SAN ISIDRO EN LA IGLESIA DE SAN ANDRÉS

EVANGELINA

ROMANCE DE LA ACADIA

por el poeta norteamericano

ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW

TRADUCIDO DEL INGLÉS EN OCTAVAS REALES

por el diplomático chileno

D. CARLOS MORLA VICUÑA

INTRODUCCIÓN

I

Aquí se aizan los bosques seculares,
Pinos y hayas musgosas se levantan;
Son los antiguos dioses tutelares,
Cuya sien canos rizos abrillantan.
Las auras sus históricos pesares
Entre el follaje susurrando cantan,
Y el vecino Océano da respuesta
Con su sordo murmullo á la floresta.

II

¡Este es el denso bosque primitivo!
¡Mas dónde están los tiernos corazones,
Que aquí á la sombra del ramaje estivo
Latían con suaves emociones?

Decid ¿qué han hecho del hogar festivo,
Donde sin inquietudes ni ambiciones
Llevaba sin más ley que la conciencia
El pastor de la Acadia su existencia?

III

Alcanzo á ver las chozas desoladas!
De aquí ha sido arrancado el buen labriego,
Como las hojas van arrebatadas
Al ancho mar en torbellino ciego;
Se descubren aún huellas marcadas
Del destructor, irresistible fuego,
Y del Gran Pré ya sólo y de su estrago
Queda un recuerdo doloroso y vago.

IV

Los que pensáis que amor en su nobleza
Esperar y sufrir sabe paciente,
Los que admiráis la heroica fortaleza
De la mujer que sus martirios siente,
Oíd la historia de mortal tristeza
Que con voz lastimera y elocuente
Refiere el aura acariciando el pino:
Es un amor que combatió el destino.

PARTE PRIMERA

V

En Acadia, del Minas á la orilla
Tranquila, silenciosa y apartada
Del Grande Pré la encantadora villa
En un valle fértil se ve fundada;
Como el diamante entre esmeraldas brilla
Luce por verdes prados circundada,
Y estos dan al lugar su nombre extraño
Y pastos al inúmero rebaño.

VI

A fuer de laborioso y precavido
Por defender su deliciosa aldea
Diques el campesino ha construído
Contra el flujo invasor de la marea;
Mas abriéndose paso el mar henchido
En la estación propicia, se recrea
Cubriendo con su líquido azulado
La verde alfombra de su extenso prado.

VII

El trigo en rubias sementeras crece
Como dorado manto en la pradera;
El silvestre rosál allí florece
Al asomar la alegre primavera,
Y cuando blanda sus corolas mece
Roba su aroma al aura lisonjera,
Y á ocultar su botín vuela insegura
Del bosque secular en la espesura.

VIII

Sobre la blanca niebla al firmamento
Su frente eleva el empinado monte,
Con la bruma marina juega el viento
Y oscurece el confín del horizonte;
Mas no se ve que al huracán violento
El campesino á combatir se apronte,
Porque jamás su rauda catarata
Sobre el Grand Pré la tempestad desata.

IX

Al uso de la antigua Normandía
Del rey Enrique en los tranquilos años,
Construye el aldeano su alquería
Con maderos de encinas y castaños;
Allí á la luz del moribundo día
Del agreste portal en los escaños
Se sientan, con sencillos corazones,
A recordar sus santas tradiciones.

X

Cuando el sol se despide de la aldea
Y con su último rayo vespertino
Esmalta la encumbrada chimenea,
La familia escarmena el pardo lino;

El fresco soplo de la tarde orea
La sien del fatigado campesino;
La aldeana ostenta su sencilla gala
Y el campestre jardín su aroma exhala.

XI

Tras los enrojecidos nubarrones
Húndese al fin el sol en el ocaso,
Y sube repartiendo bendiciones
El cura del lugar con lento paso;
Rodeándole rapaces juguetones
A quienes cuenta prodigioso caso,
Y las lindas zagalas de su asiento
Se alzan en respetuoso acatamiento.

XII

Del pueblo silencioso y solitario
La luz crepuscular los techos baña;
Anuncia la oración el campanario
Con queja melancólica y extraña;
El humo, cual de místico incensario,
Asciende en espiral de la cabaña,
Y acariciado por letal beleño
El rendido aldeano se da al sueño.

XIII

Viven así los buenos labradores
En dulce calma y plácida armonía,
Ajenos á los lúgubres temores
Que infunde la malvada tiranía,
Sin sentir los tormentos roedores
Con que la envidia nos destroza impía;
Y un cerrojo, una llave, insulto fuera
Donde absoluta confianza impera.

XIV

Benito Bellefontain su granja habita
A una distancia breve de la playa;
Próximo el mar su arena deposita
Y su música blanda la ola ensaya.
Jamás se ha dicho que enlutada cuita
Ese tranquilo hogar invadido haya,
Que es su custodia, angelica doncella,
Prez de ese campo y de su cielo estrella.

XV

Carga setenta inviernos el anciano,
Y es su porte gentil, su aspecto noble,
Mostrando erguido su cabello cano
Como en la selva secular el roble;
Aún no vacila trémula su mano;
Clara es su vista, su actitud inmoble;
Entre nevados flecos su sien brilla
Y es cual hoja de otoño su mejilla.

XVI

Diez y siete risueñas primaveras
Hace que vino al mundo Evangelina;
Lozana cual la flor de las praderas
Con su inocencia y su beldad fascina;
La luz de sus pupilas hechiceras
Se derrama en su torno, y la ilumina,
Y aunque remedan á la noche oscura
Más brilla entre su sombra la ternura.

XVII

Cuando en la tarde el campesino siega
La rubia mies del seductor paisaje,
Fresca bebida á escanciarse llega
Bajo la amena sombra del ramaje;
Mas nunca tanto su primor despliega
Como al pasar ceñida de albo traje,
Obedeciendo la señal sonora
Que la llama á la Iglesia con la aurora.

XVIII

Son entonces su orgullo y su elegancia
Rojo collar y cándido tocado;
Heredólos la niña allá en su infancia
Como afectuoso maternal legado;
Es el modesto ajuar que desde Francia
Varias generaciones han usado,

Y en el largo transcurso no hay ejemplo
De vérselo lucir fuera del templo.

XIX

A veces con profundo desconsuelo
Que hay sombras en su espíritu imagina,
Y santa luz que desvanezca el duelo
Pide al confesonario Evangelina.
Levantando los ojos hacia el cielo
De allí á la granja orando se encamina
Y, cual suave música fenecer,
En su tranquila marcha desaparece.

(Se continuará).

¡Oh, no me toques, no te acerques á mí!

Estas palabras fueron pronunciadas á gritos, á aullidos casi. No obstante, el niño á quien fueron dirigidas no estaba á menos de diez piés del que gritaba, y no se hubiera acercado más por todo el dinero del mundo. La escena pasaba en un espacioso despacho en Nueva York, y el que gritaba era el jefe del mismo. El negocio era suyo, era hombre muy rico y sujeto muy decente; sólo que de cuando en cuando solía prorrumpir en gritos de esta índole, como si acabase de descubrir fuego en una fábrica de pólvora. Podía oírse desde la planta baja hasta el techo de la casa. ¿Qué le aquejaba? ¿Eran ímpetus de demencia? No, cabalmente, sino algo tan malo. Padecía de un agudo ataque de gota en el dedo gordo del pie, y durante esas crisis solemnes no le era posible soportar ni aun la vista de una sombra que se moviera hacia él. Pregúntesele á un gotoso, y él dirá lo que siente. Figúrate que un herrero te tuerza el dedo gordo del pie con pinzas calientes, mientras que un zapatero te está hincando una lezna á través de la coyuntura de la rodilla. He aquí algo parecido.

Ahora bien; hay cosas que no son tan malas como la gota, que sin embargo nos irritan lo bastante. He aquí un hombre que dice: «Ahora todo era para mí una calamidad.» ¿Por qué debía hablar de esta manera? ¿Por qué todo ha sido para él una calamidad? Hay un adagio que dice que mientras no podemos impedir á los cuervos el volar por los aires, podemos impedirles que hagan nido en nuestros cabellos. Esto se llama buen sentido. Pero es fácil dar consejos y citar adagios. ¿Cómo obra la persona que sufre de granos?

La fuente de toda sensibilidad y dolor son los nervios. Una hora ó dos de dolor de muelas es una lección sobre el sistema nervioso. Pero hay enfermedades (ó en todo caso hay una enfermedad) en la que todos los nervios del cuerpo parecen punzar á cada objeto que se presenta á la vista ó á cada sonido. La mente se halla alerta para todo malo; el hombre se encuentra abatido y temeroso. Cada palabra significa daño y cada arbusto esconde un enemigo. Así lo cree él. Este no ignora lo que Salomón quiso significar cuando dijo que el cigarrón era una carga.

Mr. Michael McCormack es un mensajero de camino de hierro, y vive en Mullingar, en el Condado de Westmeath, en Irlanda. En Junio 1890, cayó enfermo. La boca le dejaba cierto paladar desagradable y *cobrizo*; el estómago agrio ó inerte; y cuando se esforzaba en tomar algún poco de alimento, era tanta la angustia y dolor que experimentaba, que sentía no haberse abstenido de él, prefiriendo pasar hambre. Además de esto experimentaba dolores errantes por el pecho, la espalda, los costados, que le hacían sufrir dándole mordiscos aquí y

allá cual urañes perros que pululan por las calles de un pueblo. Padecía vahidos en la cabeza y se hallaba imposibilitado para el trabajo. Toda su aspiración y energía le había abandonado, y apenas le hubiera interesado tampoco el que le hubieran elevado repentinamente del puesto de mensajero al de jefe de estación de la más importante de la línea.

«Trascurrido algún tiempo», continúa diciendo, me acometió en la espalda un dolor erlo y pesado, que me impedía inclinarme. No hallo palabras para describir lo que sufrí á causa de esto y de los demás síntomas en conjunto. Sufrí durante seis meses de esto, que me parecieron seis años. En tales circunstancias la persona toma medicinas; todas las que se la recomienda. Así lo hice yo sin hallar ninguna mejora, y me sentía cada vez más endeble.

«Todo era para mí una calamidad; y no me era posible soportar cosas que antes no me llamaban la atención.

«En Diciembre 1890, poco antes de Navidad, oí hablar por primera vez del Jarabe de la Masigel y de lo que había obrado en casos como el mío. Compré una botella de los Almacenes de drogas de Mr. Roger, y antes de haberla consumido toda, me sentí admirablemente mejor, y habiendo continuado con él por un poco de tiempo, me ví en condición de poder atender á mis ocupaciones como nunca en mi vida.» Estos hechos están comprobados por el Sr. D. H. Rogers, Comisionado del pueblo de Mullingar.

Ahora bien, ¿qué pudo hacer tan sensibles los nervios del mensajero Sr. Mc Cormack, haciéndole pasar una vida tan mísera durante seis meses? La indigestión y la dispepsia; la misma detestable enfermedad que juega la misma mala partida á millones de otros hombres y mujeres de todas suertes y condiciones. Muchos de ellos leerán esta relación sencilla y verídica, y es nuestra opinión—basada en las mejores pruebas—que si ensaya el remedio que curó á Mc Cormack sanarán con tan buen éxito como él; pero cuanto antes sea posible tanto mejor.

Al dirigirse el lector á los señores A. J. White, Limited, de la calle de Caspe núm. 154, Barcelona, estos tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explica las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está en venta en todas las farmacias.—El precio del frasco es de 14 reales; y el del frasquito, 8.

Banco de España

Desde el lunes 20 del corriente, se pagará por el Banco y sus Sucursales, con la bonificación de 10,75 por 100 el importe de los cupones del vencimiento de 1.º de Julio próximo venidero correspondientes á los títulos de Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y á los Billetes Hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba depositados en sus Cajas, que no se hayan retirado ó pedido que se conserven unidos á los títulos, en virtud del anuncio de 21 de Abril último, y también los Billetes amortizados que estén depositados; debiendo presentar los depositantes los respectivos resguardos, ó pólizas de préstamo ó de crédito.

Independientemente de esto, el Banco continuará admitiendo en negociación los cupones en rama de los mismos valores, y los Billetes Hipotecarios amortizados, al tipo que diariamente se señalará en las oficinas.

Madrid 15 de Junio de 1892.—El secretario general, Juan de Morales y Serrano.

Banco de España

Habiéndose recibido de la Dirección general de la Deuda pública los talones de los resguardos

hasta el núm. 2.125, expedidos por aquel centro en representación de cupones de Deuda perpetua al 4 por 100 interior, vencimiento de 1.º de Julio próximo, presentados en aquella Dirección, los portadores de los citados resguardos pueden presentarlos al cobro en las cajas de este Banco en la forma siguiente:

Día 1.º Julio.—Resguardos números 1 á 400.

Día 2.—Id. id. 401 á 800.

Día 4.—Id. id. 801 á 1.200.

Día 5.—Id. id. 1.201 á 1.600.

Día 6.—Id. id. 1.601 á 2.000.

Día 7.—Id. id. 2.001 á 2.125.

En los días sucesivos se pueden presentar al cobro en las mismas cajas, sin previo anuncio, los resguardos cuya numeración exceda de la última señalada, que serán satisfechos en el acto, siempre que el Banco haya recibido de la Dirección general de la Deuda los talones correspondientes.

Madrid 25 de Junio de 1892.—El secretario general, Juan de Morales y Serrano.

Banco de España

Desde el día 1.º de Julio próximo, de once de la mañana á tres de la tarde, se pagarán por este Banco los intereses correspondientes al segundo trimestre del corriente año de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 y los de la Deuda perpetua al 4 por 100 interior, depositados en las cajas del mismo ó entregados en garantías de operaciones.

Los interesados pueden presentarse en la Caja de este Banco á percibir el importe de los intereses, por el orden siguiente:

DEUDA AMORTIZABLE AL 4 POR 100

Viernes 1.º Julio.—Garantías de operaciones, depósitos intransmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos públicos.

Lunes 4 ídem.—Depósitos transmisibles, resguardos números 170.223 á 252.000.

Miércoles 6 ídem: Idem id. id. id. 252.001 á 280.000.

Viernes 8 ídem: Idem id. id. id. 280.001 á 296.000.

Lunes 11 ídem: Idem id. id. id. 296.001 á 303.738.

DEUDA PERPETUA AL 4 POR 100 INTERIOR

Sábado 2 de Julio: Garantías de operaciones, depósitos intransmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos públicos.

Martes 5 ídem: Depósitos transmisibles resguardos números 181.580 á 224.000.

Jueves 7 ídem: Idem id. id. id. 224.001 á 252.000.

Sábado 9 ídem: Idem id. id. id. 252.001 á 268.000.

Martes 12 ídem: Idem id. id. id. 268.001 á 280.000.

Miércoles 13 ídem: Idem id. id. id. 280.001 á 288.000.

Jueves 14 ídem: Idem id. id. id. 288.001 á 297.000.

Viernes 15 ídem: Idem id. id. id. 297.001 á 303.175.

Los depósitos en Deuda amortizable al 4 por 100, que por resultado del sorteo de 1.º del actual, contengan títulos amortizados, necesitan ser retirados por los depositantes, á fin de poder hacer efectivo el importe de aquéllos con el libramiento que se les entregará en equivalencia de los mismos.

Madrid 27 de Junio de 1892.—El secretario general, Juan de Morales y Serrano.

BANCO HISPANO COLONIAL

Billetes Hipotecarios de la Isla de Cuba

EMISIÓN DE 1886

ANUNCIO

SORTEO 24.º

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Manuel de Larratea, actuando en el protocolo D. Luis G. Soler y Plá, el 24.º sorteo de amortiza-

ción de los Billetes Hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, según lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886 y Real orden de 4 de Mayo de este año, han resultado favorecidas las trece bolas

Números 13.838, 1.852, 3.016, 3.571, 3.912, 4.746, 9.054, 9.550, 9.614, 10.275, 10.415 y 11.401.

En su consecuencia, quedan amortizados los mil trescientos billetes

Números 1.201 al 1.300, 83.701 al 83.800, 158.101 al 158.200, 301.501 al 301.600, 357.001 al 357.100, 391.101 al 391.200, 474.501 al 474.600, 905.301 al 905.400, 954.901 al 955.000, 961.001 al 961.100, 1.027.401 á 1.027.500, 1.041.401 á 1.041.500 y 1.140.001 á 1.140.100.

Lo que en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.º de Julio próximo, á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, mas el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 1.º de Junio de 1892.—El Secretario general, Artstides de Artillano.

BANCO HISPANO COLONIAL

Billetes Hipotecarios de la Isla de Cuba

EMISIÓN DE 1886

ANUNCIO

Venciendo en 1.º de Julio próximo el cupón número 24 de los Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, se procederá á su pago desde el expresado día, de seis á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, número 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los Corresponsales, designados ya, en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres en casa de los Sres. Baring Brothers y Compañía Limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse, asimismo, al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa, por medio de doble factura que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.º al 19 de Julio, y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana á las horas expresadas.

Barcelona 1.º de Junio de 1892.—El secretario general, Artstides de Artillano.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis. Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 1
1892

GRAN ALMACEN

DE

PORCELANA, LOZA Y CRISTALERIA

Vajillas, grandes surtidos, nuevos y variados dibujos, muy baratas copas cristal para agua, 5 pesetas docena; copas para vino, 4 id.; para licor, 3; botellas. Juegos de lavabo, Juegos de café, licorerías, jarrones, tazas, jicaras, objetos de capricho para regalo.

CALLE DE ESPOZ Y MINA NUM. 40 (esquina á la plaza del Angel.)

No equivocarse, fiarse en las señas.

INSTITUTO DE FRANCIA : PREMIO MONTYON

VINO DE QUINA OSSIAN HENRY

simple ó ferruginoso

El mas eficaz reparador. — El mejor de los Ferruginosos. Gusto agradable. Cura la Clorosis, la Anemia, las Flores blancas, las constituciones débiles, etc.

B. BAIN & FOURNIER, 43, Rue d'Amsterdam, PARIS

EN ESPAÑA, EN TODAS LAS FARMACIAS.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDRÉ DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte ó incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Prótese estos medicamentos en todas las boticas.

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G. GIROD
Sucesor de Losada.

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO

DE

CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.—TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

POLICARPO RUBI

Grandes almacenes al por menor.

15, JACOMETREZO, 15

Tengo el gusto de poner en conocimiento de mi numerosa y distinguida clientela que he recibido un inmenso surtido en géneros propios de la presente estación, que venderé á precios tan reducidos como ya de antiguo viene haciéndolo esta Casa. Recomiendo al mismo tiempo las ricas Holandas, Retortas, Mantelerías, Géneros de punto, Corsés, Ropa blanca, Cuties, Piezas de tela blanca en hilo y algodón, Lanas, Merinos, Gradinas, Velos toalla, Toquillas de seda y pelo de cabra, ó infinidad de artículos. Preciosos Satenes á 1,50; Batistas flores, gran novedad, á 0,60; Percales desde 0,25.

Se hacen camisas á la medida con perfeccion y economía.



ES DIGNA DE SER VISITADA LA NOTABLE
EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS
Y
coronas.

DE

G. KUHN SEIS SALONES CRUZ. 42
Pisos principales.

Sección 1.^a—Flores para vestir. 2.^a—Ornato de salón.—3.^a Flor para iglesia.—4.^a Flor para cementerio.—5.^a Material para flores.—6.^a Plumas y azabache para sombreros.

Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar,—y modelos de cristalería, mayolica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

SEÑORAS

La perfumería

THOMAS

es la que vende la perfumería fina á precios reducidos.

La perfumería

THOMAS

es la que vende los perfumes sueltos para el pañuelo á 5 reales onza; el Heliotropo blanco, perfume fino, delicado y muy permanente, á 6 reales.

La perfumería

THOMAS

es la que presenta en sus anaques un millón de caprichosos objetos con perfumes ó sin ellos, para regalitos de poco precio.

La perfumería

THOMAS

está situada en la calle MAYOR, 36. Fijarse bien en las señas: número 36, entre las calles de Coloreros y Bordadores.

Los precios son fijos, marcados en los objetos.—Prohibido el regatear.



ÉPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	1,50 pts.
Tres meses.....	4 "
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 "

NÚMERO 13.—Madrid 15 de Julio de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 francos.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 "



VISTA DE LA BAHÍA DE RIO JANEIRO

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Gensados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. P.—Crítica literaria, por Angel Salcedo.—Nuestro arte religioso, por José Ferrás.—Una vea-da literaria, por X.—La Pasión de Jesucristo, por el P. Miguel Mir.—Evangélica, poema de Longfellow, traducido por Carlos Meza Vicuña.—Reclamos.—Anuncios.

GRABADOS

Vista de la bahía de Río Janeiro.—Capilla de San Ulrico en el palacio de Gólar.—El fraile mendicante.—La fiesta de San Juan en Rusia.—Damas europeas en el serrall del Cairo.

LA QUINCENA

Las verduleras de los mercados de Madrid han sido las heroínas de la quincena. Gente de suyo bulliciosa y vocinglera, á la que impide ser silenciosa ó mantener el vocerío en límites de la prudencia la propia naturaleza de la profesión á que se dedican, es cosa de taparse los oídos cuando una vez rotos los frenos de la obediencia, se declaran en abierta rebelión y se lanzan por calles y plazas manifestando sus pretensiones, con voces que dejarían tamaña á la del mismísimo Estentor. Desde el año pasado venían pagando las verduleras 15 céntimos diarios por vender su pobre mercancía; tributo elevadísimo, porque 54 pesetas y 75 céntimos al año era una contribución superior al capital de casi todas ellas, y constituía una proporcionalidad que no guardaba relación con la que rige la tributación de las demás clases del Estado. Contribución tan extraordinaria venía siendo pagada pacíficamente por las verduleras, si bien con las murmuraciones y resistencias pasivas que, después de todo, han acompañado siempre en España al pago de los impuestos; pero todo el mundo comprendía que el aumento del tributo, sobre ser peligroso y ocasionado á motines, tan solo podría ser posible procediendo de una autoridad que gozara por otras causas de influencia decisiva en el gremio de vendedores ambulantes. Así fué, que cuando en la mañana del sábado, 2 del corriente, se presentaron en los mercados los dependientes del Municipio á hacer efectivo el impuesto aumentado, fueron recibidos á silbidos y pedradas; y puestas ya las verduleras en actitud sediciosa, arrojaron al suelo sus cestas y demás adminículos propios de su comercio, y se lanzaron tumultuosamente por las calles, obligando á los comerciantes á cerrar sus tiendas, y llevando el pánico al seno de las familias. La autoridad brilló por su ausencia en las primeras horas del motín; así que éste, viendo que le dejaban el campo libre, fué creciendo en alarmantes proporciones, y á la mitad del día presentaba la capital un aspecto aterrador. Las puertas de las casas y las tiendas cerradas á piedra y lodo, la fuerza pública ocupando las posiciones estratégicas, descargas de fusilería, cargas de caballería en la Plaza Mayor, los barrios bajos en esa efervescencia precursora de las grandes asonadas, y la gente pacífica llena de temor y augurando al motín más terribles consecuencias de las que luego por fortuna ha tenido. El señor marqués de Bogaraya y el secretario del Gobierno civil, Sr. Villalba, recibieron heridas y contusiones al querer influir sobre los grupos para que depusieran su actitud de sedición. La guardia civil y la de orden público experimentaron bajas sensibles, pero de tal modo supieron contenerse en los límites de la prudencia, que, gracias á ello, no ha tenido que llorar Madrid irreparables desgracias. La noche calmó el motín, y al día siguiente recobró la capital su ordinario aspecto. Los temores de que los alborotos se repitieran resultaron afortunadamente vanos; pero las verduleras se salieron con la suya, y continúan pagando los 15 céntimos que

pagaron durante el año pasado, sin miedo por ahora de que á ningún alcalde se le ocurra henchir, á costa de ellas, las arcas municipales.

.

Con motivo de este motín de las verduleras, los periódicos franceses, y en especial *Le Temps*, se han burlado de nosotros, echándonos en cara haber vivido, durante el siglo que corre, en perpetua guerra civil. El Sr. Fernández Bremón ha salido bizarramente, en las columnas de *La Ilustración Española y Americana*, al encuentro de los diarios parisienses, recordando á éstos que en materia de motines y asonadas no son los franceses los llamados á censurarnos ni á darnos lecciones de obediencia á los poderes constituidos. Porque, ¿cuántos cambios políticos no ha presenciado Francia en lo que va de siglo, y cuántas veces no ha paseado la revolución amenazadora y rugiente las calles de París? Hasta el año 15, guerra con toda Europa y terribles conspiraciones en el interior; vuelta de los Borbones y ejércitos extranjeros acampados junto á París; regreso de Napoleón, fuga de Luis XVIII, el águila volando de campanario en campanario, y por último Waterlóo; vuelta otra vez de los Borbones; revolución de Julio y entronizamiento de Luis Felipe; conspiraciones de la duquesa de Berry y del príncipe Luis Napoleón; revolución del 48 y proclamación de la república; motines socialistas y la Representación nacional asaltada por las turbas; imperio de Napoleón; desastre de Sedán; *la Commune* y los fusilamientos en masa; y durante esta última república, recientes están los escándalos morales, si no materiales, que obligaron á dimitir á Mac-Mahon y á Grevy; y no hablemos de la agitación producida por Boulanger, que estuvo á pique de dar al traste con la república. Con razón dice, pues, el Sr. Fernández Bremón que nada pueden echarnos en cara los franceses más que el tesón con que aquí defiende cada cual sus ideales; pues si hubiéramos tenido en España tantas transformaciones radicales como en Francia, nos hubiéramos destrozado los unos á los otros. En lo que no estamos conformes con el ilustre cronista de *La Ilustración Española*, es en lo que afirma de ser nuestros defectos los propios de una raza militar. Raza militar es la germanica, y fuera de los campos de batalla vive en paz y tranquilidad octavianas. A ningún vendedor de Berlín ó de Viena se le ocurriría salir por las calles protestando á trancos y á pedrada limpia contra el pago de un impuesto. Dígase que nuestra raza es indisciplinada de suyo y poco afecta á tascar el freno de la obediencia; así lo ha sido siempre y continúa siéndolo en todos los climas y bajo todos los Gobiernos; testigos las repúblicas americanas. Los pueblos más militares, si no los más guerreros, son los más obedientes; como que la disciplina castrense no es más que uno de los varios aspectos de la disciplina social; y el que no llega á la edad viril con hábitos adquiridos de obediencia, casi nunca llega á adquirirlos. Pero como los franceses son, en este respecto, absolutamente iguales á nosotros, hacen muy mal en censurarnos; porque no tenemos nada que echarnos en cara los unos á los otros.

.

De política internacional pocas novedades nos ha ofrecido la quincena, si se exceptúa el regreso á Roma de Humberto de Saboya, no todo lo bien impresionado que era de esperar de su viaje á Berlín. La situación va siendo más insostenible cada día. No aparecen en ella hombres superiores á la altura de las difíciles circunstancias por que ha de atravesar el nuevo reino en un porvenir más ó menos remoto. Un periódico tan bien escrito, y que trata las cuestiones todas con tanta alteza de miras como *Il Popolo Romano*, se lamenta de esta universal

decadencia que se ha apoderado de la Italia una. Diríase, escribe el citado periódico, que se ha roto algún resorte del alma nacional. Verdad es que en todos los países europeos existen decadencias que lamentar; pero esta falta absoluta y carencia de hombres de grandeza intelectual es más visible en el nuevo reino que en otras partes.

Il Popolo Romano se conduce del hecho, pero no se remonta al análisis de las causas de tan deplorable situación. Debía recordar el periódico romano que todo ha sido falso en la concepción del actual reino de Italia. Cuando el pensamiento fundamental que informa el modo de ser de un pueblo es un error, al mismo tiempo que una falta y una injusticia, todo el organismo nacional se resiente profundamente, acaba por desfallecer y viene á colocarse á dos dedos de su total acabamiento. Así es que sólo el retorno á los buenos principios políticos puede hacer que luzcan de nuevo para Italia días de ventura y prosperidad.

En la notabilísima Encíclica de su Santidad León XIII al pueblo romano, están indicados, por maravillosa manera, los medios para que esta restauración fuera eficaz y provechosa.

.

A ser verdad lo que asegura *The Sun*, periódico norte-americano, el mundo, ó mejor, Europa, están de enhorabuena, porque no cabe duda que la era de los grandes armamentos ha pasado para siempre y el desarme universal se impone forzosamente.

Nuestros lectores sabrán seguramente que Edison, el sabio físico de Me'o-Park, ha ofrecido transmitir telegráficamente las noticias sin necesidad de alambres que conduzcan la corriente. Pues bien, el nuevo invento no es más que una ampliación del primero. Asegura Edison que por medio de unos aparatos de gran potencia se compromete á producir á larguísima distancia corrientes eléctricas tan intensas, que todo aquel que sienta sus efectos ha de caer irremisiblemente al suelo. Figurémonos, pues, una llanura y dos ejércitos ocupándola en sentido opuesto. Antes de principiar el fuego, los aparatos de Edison funcionan, y en un momento héte aquí al ejército contrario de bruces, hombres y caballos. Como los efectos de la descarga eléctrica durarían de treinta y cinco á cuarenta minutos, el ejército que poseyera estos aparatos haría prisionero en un periquete á su enemigo.

Suponiendo que ambos ejércitos poseyeran esas máquinas humanitarias, la batalla, dice *The Sun*, sería mucho más amena. Disparando al mismo tiempo sus aparatos, los dos quedarían tendidos por espacio de media hora, y si la función se repetía indefinidamente no tendría otro remedio que largarse cada uno por su lado para evitar los tormentos del hambre.

Calculen, pues, nuestros lectores la inmensa trascendencia del invento. Si las cosas pasan tan felices como se las promete Edison, se acabaron las guerras; porque si los nuevos aparatos llegan á constituirse, las batallas se convertirían en concursos parecidos al de los santos durmientes.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

Vista de la bahía de Río-Janeiro.—(Pág. 193.)

La ciudad de Río Janeiro, capital de la hoy República brasileña, debe su nombre á la magnífica bahía, á la entrada de la cual fué construída, y que los portugueses, cuando la descubrieron, creyeron ser la desembocadura de un gran río. Esta bahía, de forma circular, y de 15 kilómetros próximamente de diámetro y 198 de

circuito, se halla rodeada de montañas y de colinas que aparecen cubiertas de casas, de conventos y de iglesias. El puerto, formado por esta bahía, es grande y excelente, y está defendido por los fuertes de Santa Cruz y San José y por las formidables baterías de la isla de Cabras.

La entrada de la bahía, que viene á constituir el puerto, está circunvalada por muchas islas y rocas graníticas de un aspecto por todo extremo sorprendente y pintoresco, pues en dichas islas se hallan establecidos grandes talleres y almacenes. Pocos sitios en el mundo pueden competir en belleza con este vasto fondeadero, en cuyas tranquilas aguas reflejan elevadas rocas, espesísimos bosques y grandes masas de casas y de templos.

La capital ocupa la lengua de tierra en que termina el círculo que forma la bahía, y se divide en dos barrios, la antigua y la nueva ciudad. Esta última, que fué construida en 1808, está edificada al Oeste de la primera, y están separadas ambas por una inmensa plaza llamada Campo de Santa Ana, adornada con jardines y una fuente monumental. Obra menos grande, pero más bonita, es la que decora el antiguo palacio Imperial, el más grande y notable de los edificios de Río Janeiro. El agua es conducida á la ciudad por un acueducto llamado la Carioca, el más magnífico de todo el Nuevo Mundo, construido por el modelo del de Lisboa. Los más bellos edificios de Río Janeiro son, sin disputa, las iglesias, y entre ellas las mejores son Nuestra Señora de Candelaria, San Francisco, Santa Paula y la Catedral. Esta última, erigida bajo la advocación de San Sebastián, se halla situada sobre una eminencia, al Sur de la ciudad; es poco elevada, construida de granito, de arquitectura sencilla, pero sólida, de forma oblonga, con dos pequeñas torres y sin ningún adorno.

Entre los demás edificios se distinguen el palacio Imperial, el Episcopal, la Aduana, el Arsenal, el Museo de armas, el Observatorio astronómico y los teatros. Hay muchas fábricas de azúcar, ron y cochinilla. Los viveres, aunque abundantes, son carísimos. La posición baja de la ciudad y la suciedad de las calles, donde muchas veces quedan detenidas las aguas estancadas, hacen estancia malsana en algunas estaciones. Una policía mejor remediaría estos inconvenientes.

Río Janeiro posee todos los establecimientos de Beneficencia y de instrucción que se ven en las principales capitales de Europa. Su Biblioteca pública, que el rey D. Juan VI llevó de Portugal, se compone de 180.000 volúmenes. Su Jardín botánico, cuidado con esmero, es uno de los más importantes del mundo; en él se han naturalizado un gran número de plantas exóticas, cuyo cultivo, generalizado en el Brasil, llegará á constituir un día uno de los ramos más importantes de la riqueza del país.

Esta hermosa ciudad es el primer mercado de la nueva República; pues está admirablemente situada para las relaciones comerciales con Europa, Africa, las Indias Orientales, China y las islas del gran Océano. Inglaterra, Francia y los Estados Unidos son las naciones que hacen mayor número de transacciones con este puerto, que, bajo una inteligente administración, podría llegar á ser el depósito general de las producciones de todas las partes del globo. La exportación consiste generalmente en café, algodón, azúcar, ron, maderas de construcción y de tinte, pieles, sebo, añil, oro, diamantes, topacios, amatistas y otras piedras preciosas.

Capilla de San Ulrico en el palacio de Goslar.—(Pág. 197.)

La ciudad de Goslar pertenecía al antiguo reino de Hannover, y se halla situada á orillas del río Gose, que le da nombre, y que, á corta distancia de ella, desagua en el Ocker. Era en otro tiempo ciudad libre é imperial, y ocupaba el séptimo rango entre las ciudades del imperio y el segundo entre las de la Baja Sajonia. Sus altas murallas, sus estrechas calles sombrías y tortuosas, sus casas construidas al estilo gótico, atestiguan su antigüedad. Según Dresser fué fundada por Enrique I el Pajarero, y fortificada por vez primera en 1201. Dicen que en ella fué donde el monje Bertoldo Schwartz inventó la pólvora. Son dignos de visitarse los restos que se conservan del Kaiserburg, ó castillo imperial, viejo edificio donde los emperadores tenían corte y reunían la Dieta. La iglesia de San Sebastián contiene un monumento, ó más bien una antigüedad sajona bastante curiosa: es el *Kaiserstuhl* ó altar de Crothos, que consiste en una especie de cofre de bronce con numerosos agujeros, por los cuales salían las llamas que consumían á las víctimas humanas, á las que ataban sobre el cofre. En esta ciudad reside la administración de las minas de Brunswick y de Hannover.

Goslar es célebre por la fabricación de una especie de cerveza conocida con el nombre de *gose*. Posee grandes cervecerías, fábricas de vitriolo y fundiciones de plomo. Una parte de su población está ocupada en estas diversas industrias y en la extracción de pizarras de sus magníficas canteras. Tiene 20.000 habitantes y cerca de ella alza su inmensa mole el monte Rammelsberg.

El grabado que ofrecemos hoy á nuestros lectores, representa una célebre capilla de San Ulrico, de cuyo Santo eran muy devotos los antiguos emperadores. Comenzó á levantarse en el siglo XI, pero con el transcurso del tiempo recibió notables alteraciones que desfiguraron su primitivo carácter antiguo.

El fraile mendicante.—(Pág. 200.)

El grabado es copia del magnífico cuadro de Irudien. Representa á un fraile seguido de su inseparable rucio en el acto de llegar á una alquería, á cuya puerta se encuentra sentada, burlando, una campesina. Las figuras se hallan magistralmente trazadas, y en todo el cuadro campean gracia y naturalidad encantadora.

La fiesta de San Juan en Rusia.—(Pág. 201.)

Ofrecemos á nuestros lectores una copia del cuadro de Broling, que representa un episodio de las costumbres rusas. Sabido es que en todas partes preocupa grandemente á las solteras la buena ó mala ventura que en el matrimonio les aguarda. En Rusia se consulta á esa Urganda desconocida que puede llamarse diosa de la fortuna en el día de la fiesta de San Juan. Como la tradicional costumbre consiste en llevar cada joven una corona que echa al agua para que con las olas desaparezca, San Petersburgo ofrece grandes condiciones, por hallarse la capital rusa dividida por dos brazos del límpido y azulado Neva, que forma á la vez innumerables isletas unidas por rústicos y caprichosos puentes que, en verano, convierten aquel sitio en verdadero paraíso.

Allí se verifican los bailes, las ferias, las veladas y las giras campestres. Nuestro grabado representa una parte de este agitado escenario, donde mientras los rusos beben ó encienden los fuegos de San Juan, varias jóvenes van á probar por el agua la ventura que lo porvenir les tiene reservado. Sin embargo, el fallo de las

aguas no es infalible, pues hay muchas rusas casadas y felices, cuyas coronas se hundieron en el río en la noche de San Juan.

Damas europeas en el serrallo del Cairo.—(Pág. 205.)

El serrallo del Cairo, cerrado á toda mirada extraña, ha abierto sus puertas algunas veces á las damas europeas que han ido precedidas de regias recomendaciones. Nuestro grabado es copia del croquis hecho por una señora que formaba parte de la expedición últimamente efectuada.

Para entrar en el harem se tiene que pasar por el primer cuerpo del edificio, consagrado á las gentes del servicio; después una galería conduce al gineceo, situado en medio de los jardines, y allí se encuentra la primera puerta del harem; abundan por todas partes los mármoles blancos y riquísimos tapices persas, resintiéndose, sin embargo ya el mueblaje y los adornos de la invasión que el Occidente está haciendo en los países orientales. Allí se ven mujeres de todas las razas, y es notable el baile llamado de las Almeas, que bailan las mujeres del harem, acompañándose de castañuelas y de una música bastante monótona.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (segunda quincena de Julio.)

16. Sábado.—El Triunfo de la Santa Cruz.—La fiesta de la B. V. M. con el título del Carmen.—Santos Valentín y Atenógenes, Obispos y mártires; Fausto, Damián y Sisenando, mártires.—*Benedicción papal en el Carmen.*

17. Domingo VI después de Pentecostés.—Santos Jacinto, mártir; Liberato, Abad y mártir; León IV, Papa y confesor; Evodio y Teodosio, Obispos; Alejo y Arnaldo, confesores.

18. Lunes.—Santos Federico, Obispo y mártir, y Camilo de Lelis, confesor y fundador de los Clérigos Regulares, ministros de los enfermos.—Santa Marina, virgen y mártir.

19. Martes.—Santos Simaco, Papa y confesor; Vicente de Paúl, confesor y fundador, y Arsenio, confesor.—Santas Justa, Rufina y Aurea, vírgenes y mártires.

20. Miércoles.—Santos Jerónimo Emiliano, confesor y fundador, y Eitas, Profeta.—Santas Librada y Margarita, vírgenes y mártires; Casia y Paula, mártires.

21. Jueves.—Santos Víctor, Alejandro, Feliciano y Longinos, mártires; Argobasto, Obispo; Juan, Monje, y Daniel, Profeta.—Santa Práxedes, virgen.

22. Viernes.—Santos Teófilo y Platón, mártires; Meneleo, Abad, José, conde, y Santa María Magdalena, penitente.

23. Sábado.—Santos Apolinar, Obispo y mártir; Rasifo, Trofino y Teófilo, mártires, y Liborio, Obispo y confesor.—Santas Primitiva, virgen y mártir, y Nuestra Señora de Covadonga.—*Ayuno por la vigilia de Santiago Apóstol.*

24. Domingo VII después de Pentecostés.—Santos Vicente y Víctor, mártires, y Francisco Solano, confesor.—Santas Cristina, virgen y mártir, Niceta y Aquilina, mártires.

25. Lunes.—*Santiago el Mayor*, Apóstol, Patrón de España, Santos Cristóbal, Cucufate, Félix y Teodomiro, mártires, y Magnerico, obispo y confesor.

26. Martes.—*Santa Ana*, madre de la B. V. María.—Santos Jacinto y Erasto, mártires; Valente, obispo y confesor; Pastor, presbítero, y Simeón, monje.

27. Miércoles.—Santos Pantaleón y Gregorio, mártires, Hermolao, presbítero, y Jorge, diácono.—Santas Juliana y Semproniana, vírgenes.

28. Jueves.—Santos Víctor, Papa y mártir; Nazario y Celso, mártires; Inocencio I, Papa y confesor;

Sansón, obispo, y Peregrino, presbítero, y Nuestra Señora del Espíritu Santo en Villaverde.

29. Viernes.—Santos Félix II, Papa y mártir; Simplicio y Faustino, hermanos, mártires; Guillermo y Próspero, obispos.—Santas Flora, virgen y mártir; Beatriz, mártir, y Serafina, virgen.

30. Sábado.—Santos Abdón, Senén y Rufino, mártires; Teodomiro y Urso, obispos.—Santas Julita, Segunda y Máxima, mártires.

31. Domingo VIII después de Pentecostés.—Santos Calimerio, obispo y mártir; Demócrito, Segundo y Dionisio, mártires; Fabio, Fermo y Germás, obispos, é Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.

Popularísima es, sobre todo en el litoral, la festividad gloriosa de la Virgen Santísima del Carmen. Los marinos la invocan con ferviente y acendrada fe cuando la tempestad ruge furiosa y el buque se halla expuesto a sumergirse bajo la furia incontrastable de las olas: á Ella se encomiendan las familias de los hombres de mar cuando rumores de tormenta y de huracanado viento les hacen presentir los peligros á que se veían expuestos los que sobre el Océano enfurecido ganan honradamente el pan; no hay en esos pueblos de la costa casa donde no se venera una imagen de la Virgen del Carmelo, ni pecho que no ostente con noble orgullo su santo escapulario.

España tiene motivos especialísimos para profesar devoción excepcional á la Virgen del Carmen. Del vergel del Carmelo salió la mujer más gloriosa de cuantas han nacido en territorio ibérico: Santa Teresa de Jesús.

Con ella comparte la gloria inmarcesible de la reforma de la Orden carmelitana uno de los escritores místicos más excelso de cuantos han manejado la lengua castellana: San Juan de la Cruz. En aquellas memorables controversias del siglo XVI en que el ingenio español dió muestra esplendorosa de su robusta vitalidad, la Orden carmelitana tuvo representantes que probaron cumplidamente que en los claustros de aquella Orden, no sólo florecían místicos prodigiosos, sino también varones adocotrados en el gimnasio de la Sagrada Teología.

Siempre que se habla de las grandezas de España en el siglo XVI, no podría quedar en olvido la Orden carmelitana, porque ni antes, ni entonces, ni después ha producido el suelo español dos escritores que, dentro de su peculiar y característico estilo, hayan superado á Santa Teresa y San Juan de la Cruz. De los versos de este último, dice juez tan autorizado y competente como Menéndez Pelayo, que no parecen ya de hombre, sino de ángel, y que parece sacrilegio juzgarlos con el criterio de admiración que se aplica al estudio de las obras de los autores reputados por clásicos desde la más remota antigüedad.

En cuanto á Santa Teresa, son tantos los elogios que se le han tributado por los personajes más conspicuos de toda raza y de toda creencia, que su sola enumeración sería casi interminable.

¡Santiago y á ellos! En esta frase se simboliza el espíritu de la Reconquista española. Con la intercesión y patrocinio de Santiago, nuestros padres se creían invencibles, y peleaban contra la gente mora con sin igual denuedo y bizarría.

La festividad de Santiago el Mayor, patrón de España, evoca recuerdos gloriosísimos de nuestras grandezas pasadas.

¡Que el Santo Apóstol haga que no se reduzcan las glorias de España á las que ya pasaron, sino que las tenga tanto ó más brillantes en lo porvenir!

Crítica literaria

FERNÁN CABALLERO Y EL P. BLANCO GARCÍA

QUE *La Literatura española en el siglo XIX*, por el P. Francisco Blanco García, es un buen libro; que no es de los destinados á pasar *sicut nubes, quasi aves*, sino de los que por la solidez de materiales y excelente arquitectura se ofrecen con sobradas garantías para subsistir durante largo tiempo, sirviendo de provechosa instrucción y honesto recreo á varias generaciones; que muchas de las censuras de que ha sido víctima obra tan apreciable fueron dictadas por la pasión más que con espíritu de justicia, y que por todo lo cual hace perfectamente el público recibiendo con aplauso los dos tomos ya en circulación, y aguardando con impaciencia el que resta; todo esto nos parece tan evidente, que no tememos calificarlo de axiomático, esto es, ponerlo en la categoría de aquellas verdades que no necesitan demostrarse, porque sólo se atreven á negarlas los que no están en su cabal juicio.

El que esto escribe forma entre los entusiastas admiradores del P. Blanco.

Enamóranle el objeto, el plan general, la erudición copiosa y variada, la imparcialidad, el estilo fluido y elegante y el amor á las bellas letras, intenso, ardiente y comunicativo que avaloran las páginas de su hermoso libro. Y en cuanto al autor, bástele decir que con juzgar tan favorablemente la obra, aún la tiene por inferior á lo que el insigne agustino puede y ha de dar de sí cuando maduren y sazonen por completo las prodigiosas dotes naturales con que quiso Dios enriquecerle.

Y, sin embargo... llovía. Quiero significar con esto que á pesar de mi sincera admiración por el Padre Blanco y por su libro, creo que no todos los juicios críticos contenidos en *La Literatura española en el siglo XIX* son igualmente atinados y justos. De cuando en cuando se dormía Homero, y ¿quién después de Homero no ha echado por lo menos algún ratito de siesta? El P. Blanco no se ha eximido, ni podía eximirse, de la regla general. Todavía no se ha descubierto el mundo de los escritores impecables.

Entre esos juicios poco atinados é injustos hay muchos que no importan gran cosa, como no sea á los herederos del finado (si es de los autores fallecidos), ó á los parientes y amigos (si es de los que viven); porque que un autor mediano, ó menos que mediano, esté juzgado más ó menos favorablemente por el P. Blanco, es asunto que á nadie interesa. Pero hay uno que importa realmente á las letras españolas, al presente y á lo porvenir, por tratarse de un autor que es insigne gloria de nuestra patria, y cuyas obras han de vivir (tal al menos es nuestra creencia) en las edades futuras. Nos referimos á Fernán Caballero.

Cecilia Bolh de Faber, universalmente conocida por el pseudónimo de Fernán Caballero, es la santa madre de la novela española contemporánea. Su influencia en el movimiento literario de nuestra patria es indudable, y fué decisiva; ella plantó en el jardín de España el árbol de la novela moderna, que luego hemos visto crecer y desarrollarse, viciosamente muchas veces, ó con más pompa y hojarasca que riqueza de frutos. Pero de estas posteriores desviaciones ó corrupciones, ninguna responsabilidad alcanza á la mujer angelical, por cuyo ingenio reverdecieron sobre las sienes de la literatura castellana los laureles de Cervantes y de Mendoza.

La biografía y el estudio crítico de Fernán Caballero están por hacer. En su tiempo, los escritores más ilustres se disputaron el honor de escribir los prólogos de sus novelas, y les escribieron con entusiasmo, *con amor, no por compromiso*, como asegura el P. Blanco. (Pág. 282.) (1).

(1) No sabemos en qué se funda el P. Blanco para calificar de *prólogos de compromiso* los que pasaron á las novelas de Fernán Caballero, Hartzenbusch, Pacheco, el duque de Rivas, Aparici, etc., etc. En este género, etcétera, están comprendidos Galindo, Puente y Apocchea, Nocedal (D. Cándido) y otros ilustres literatos. Cuenta, contra lo ase-

Insignes extranjeros, y no sólo los franceses que cita el crítico agustino, sino alemanes como el barón Wolf, italianos como Edmundo De Amicis, y otros muchos de todas las naciones y lenguas de Europa y América, ensalzaron y vulgarizaron las mismas novelas en sus países respectivos, pudiendo decirse de Fernán Caballero que su nombradía y gloria son más bien universales que españolas. Un crítico francés llegó á sostener que desde Cervantes hay que saltar en nuestra historia hasta Fernán Caballero, para encontrar algo verdaderamente original y digno de conocerse en todo el mundo. Después de la muerte de Cecilia no han cesado los trabajos literarios acerca de ella y de sus novelas; el P. Coloma ha contado, como sabe hacerlo, un ternísimo episodio de su vida privada (1); D. Fernando de Gabriel compuso su biografía; Polo y Peyrolón le consagró un artículo, enderezado principalmente á vindicarla de las censuras de los *Zoilos del Guadarrama*, nombre genérico con que designa el escritor aragonés á D. Juan Valera; Emilia Pardo Bazán le dedicó una de las más bellas páginas de su *Cuestión palpitante*; Armando Palacio Valdés, el primer puesto en su galería de novelistas españoles; D. Cándido Nocedal, un buen estudio en la *Hoja literaria de El Siglo Futuro*, y casi todos los críticos españoles referencias ó párrafos sueltos en prólogos u otro linaje de escritos. De todo esto resulta indudablemente un estudio fragmentario que, reunido, formaría casi un todo completo. Pero para reunirlo, y suprimir el *casí*, hace falta un crítico que estudie detenida y reflexivamente la labor literaria de Fernán Caballero, empresa que creímos nosotros ver realizada en *La literatura española en el siglo XIX*, y que por desgracia no está ni acometida en ella.

Es más. Creemos que el P. Blanco no ha estudiado las obras de Fernán Caballero con el reposo y atención que las de otros autores juzgados en su libro. Algunas inexactitudes de hecho en que incurre al exponer los argumentos y al juzgar las tendencias de estas novelas, inclinan á creerlo así. «Es cosa muy común en escritores bien intencionados, escribe refiriéndose á *Elia* (pág. 286), la manía de presentar los conventos como hospitales donde van sólo á parar los desheredados del mundo.» Y en el párrafo siguiente añade: «Extiéndese la censura á *Lágrimas*... Siempre el mismo procedimiento exclusivista; las mujeres guapas, ricas y discretas para el hombre, y para Dios las que no pueden consagrarse á otra cosa.» Cualquiera deduce de aquí lógicamente que Lágrimas se metió monja, como *Elia*, lo cual no es exacto, pues lo que hizo la desdichada hija de D. Roque de la Piedra fué morirse tísica, en el último grado de la horrible enfermedad, enemiga de la juventud y de las organizaciones delicadas. Y por cierto que el P. Blanco se calla lo de la tísia, siendo esta circunstancia esencial para comprender el carácter de Lágrimas, y su religiosidad que, según el mismo Padre (pág. 287) *toma un tinte de achacosa y enferma*. ¿Cómo podía ser de otra manera tratándose de una niña tísica? La religiosidad, cualidad ó virtud puramente subjetiva, es claro que ha de tomar los tintes que tenga el sujeto: en un hombre sano, en la plenitud de su fuerza moral y física, la religiosidad no puede mostrar los mismos tintes que en una muchacha ética, sin vigor espiritual, por lo mismo que le falta el del cuerpo. De-

verado por el P. Blanco, que todos aquellos insignes varones profesaban á Fernán Caballero una admiración sin límites, de la que testificaron, no sólo en los prólogos citados, sino en otras muchas ocasiones, v. gr. en artículos de periódico, discursos en la Academia Española, etc., etc. En casa de Aparici, la devoción á Fernán Caballero era como un culto familiar. Lo propio sucedió en la de Galindo. De D. Cándido Nocedal, persona que ha sido y es todavía juzgada muy contradictoriamente, pero á la que nadie se ha atrevido á negar fulgurante talento literario y un talento de primer orden, especialmente demostrado en el arte de saber distinguir entre lo bueno, lo malo y lo mediocre en literatura, referimos que cuando murió Fernán Caballero era jefe del partido carlista, y que en este partido se había hecho muy impopular por aquel entonces la insigne novelista, por una carta de felicitación al recién restaurado Alfonso XII. A pesar de eso, D. Cándido Nocedal tomó la pluma y escribió un magistral artículo necrológico crítico de Cecilia Bolh, que vió la luz en la *hoja literaria de El Siglo Futuro*.

(1) El primer cuento del P. Coloma, escrito y publicado cuando el célebre jesuita era simplemente D. Luis Coloma, se insertó en la biblioteca *La Familia Cristiana*, editada por nuestro inolvidable amigo Páez Duhrull, á instancias y por recomendación de Fernán Caballero, la que, si mal no recordamos, escribió también un prólogo para dicho cuento.

bregne explica todo esto perfectamente en su *Fisiología* y en su *Teología moral*.

Pasemos por alto lo de equivocarse más de una vez los nombres de algunos personajes, como verbigracia, el de *Reina Alocar* en *Lágrimas*, circunstancia que, aunque revela indudablemente precipitación y descuido, muy censurables en obras de esta clase, puede pasar por errata de imprenta, y vamos á lo que creemos sustancial ó fundamental de la crítica.

La primera obligación de un crítico al juzgar la obra completa de un artista cualquiera, es estudiar los caracteres generales de la misma obra, aquello que es genérico ó fundamental en todo creador y que constituye su fisonomía propia y distintiva en el mundo del arte. En todo literato, ya que aquí tratamos de un literato insigne, suelen coexistir dos elementos: el individual, ó sea el que directamente procede de la genialidad peculiar del autor, que es á lo que llamamos *originalidad*, y el derivado de las influencias extrañas al mismo autor, pero que obran en él de un modo decisivo en ocasiones, modificando siempre más ó menos su manera de ser individual. No hay literato irsigne sin originalidad; no lo hay tampoco, irsigne ó no irsigne, cuya originalidad no esté más ó menos modificada por influencias extrañas.

Señalar cómo y hasta dónde llegan en cada escritor estas influencias, es oficio natural del crítico, que Menéndez Pelayo, verbigracia, desempeña maravillosamente.

Así entiende, sin duda, el P. Blanco, que debe ser, cuando cuida de fijar ante todo la significación ó fisonomía propia de Fernán Caballero, presentándonosla como «síntesis y personificación de dos tendencias, que predominaron simultáneamente en la novela cuando comenzaron á calmar los fervores románticos en las personas sensatas: la ejemplaridad docente y el amor á la realidad viva y concreta.» (Pág. 281).

Ciertamente que el amor á la realidad fué una de las características de Fernán Caballero, y que, así como para Cervantes la finalidad del Quijote no pasaba de la censura de la literatura caballeresca, para Fernán Caballero el intento moralizador y apologético de las buenas ideas, era principal impulso que movía su pluma. Pero ¿no tiene el deber la crítica literaria de penetrar más en lo hondo de las cosas? La *ejemplaridad docente*, considerada desde el punto de vista del arte, es mero accidente. La misma intención moralizadora y apologética hay en Fernán Caballero que en cualquier otro escritor católico, y sin embargo, el uno es gran artista, y el otro puede no serlo. Para nosotros los católicos es mérito insigne de la que tantos reunió, el de haber consagrado su arte al servicio de la verdad y del bien, como deben hacer todos los artistas, según publicó el P. Félix en Nuestra Señora de París, y expone ahora en razonable polémica con Emilia Pardo Bazán el P. Conrado Muñíos. Los que no piensan como nosotros, claro es que han de hallar motivo de censura en lo que nosotros lo encontramos de aplauso.

Así, Edmundo de Amicis, en su libro *España durante el reinado de Amadeo I*, vituperó en Fernán Caballero su intransigencia, mayor que la del Syllabus, y su *popismo*, más fervoroso que el del Papa, al decir del escritor italianísimo. Pero esto nada tiene que ver con el arte. Edmundo de Amicis reconoce que, á pesar de sus ideas, Fernán Caballero es soberano artista; como nosotros los católicos reconocemos igual excelencia en lord Byron, en Jorge Sand, en Emilio Zola y en todos los clásicos paganos, á pesar de ser todos ellos, aunque cada uno á su modo, ignorantes ó enemigos de las verdades religiosas que profesamos y defendemos.

No; la intención docente no es nota para clasificar literariamente á un autor. Considerada en abstracto, esa intención es común á todos los literatos; porque á despecho de la teoría del *arte por el arte*, no hay escritor que no se proponga algún fin religioso, moral ó político, al que en mayor ó menor medida subordina su labor literaria. Zola (bien claro lo dice en *Le Roman expérimental*) es positivista, científico, como ahora se llaman los positivistas, y al fin científico endereza sus novelas. Mirado



CAPILLA DE SAN ULRICO EN EL PALACIO DE GOSLAR

en concreto, esto es, como propaganda de la moral y dogma católicos, el objeto docente es común á los artistas y á los que no lo son. El mismo deseo de propagar la doctrina católica animó á Fernán Caballero, y me anima á mí, por ejemplo. Y sin embargo, Fernán Caballero es Fernán Caballero, y yo no soy nadie, como cuerdamente observaba hace pocos días mi querido amigo D. Damián Isern en la hoja literaria de *La Unión Católica*.

Para descomponer en la retorta del análisis crítico los elementos primordiales que formaron la personalidad literaria de Fernán Caballero, hay que seguir otro procedimiento, ó que colocarse en otro punto de vista. Es indudable que hay allí mezcla de principios diferentes. El más lerdo, á poco que se empape en la lectura de las novelas de Cecilia, va notando que la florida tierra que recorre, los espléndidos paisajes que se desarrollan ante su vista, y hasta los personajes que se mueven y hablan, si bien tomados del natural, y genuinamente andaluces casi todos ellos, están iluminados á veces por una luz que no es precisamente la luz con que esos paisajes y personajes aparecen en la realidad. Y es que al lado de lo castizo, de lo indígena español, hay en Fernán Caballero algo, y aun algo, de exótico; el vago romanticismo germánico, esa dulce poesía íntima, fantástica, devota más que entusiasta de la naturaleza, inspiradora de tantas bellísimas baladas; esa poesía, que no sólo ha sido siempre el fondo esencial de la literatura alemana, sino que ha moldeado también el carácter de las gentes de allende el Rhin; esa poesía, repetimos, influyó constantemente en el carácter literario de Fernán Caballero, quizás á despecho de la misma escritora.

De ahí el sentimentalismo alemán que ya notó con su perspicacia de costumbre Menéndez Pelayo

(1) en las novelas de Fernán Caballero, y del que ni pizca encontramos en Cervantes ni en nuestro contemporáneo Pereda. Que en la hija del Alemán Bolh de Faber sea ese matiz una cualidad ó un defecto, podrá discutirse. Que existe, y que un crítico como el P. Blanco debió haberlo advertido para que sus lectores se formaran idea cabal de carácter literario de Fernán Caballero, tenemoslo por indudable.

Para nosotros es una excelencia. Lo genuinamente castizo nos agrada; pero no por eso creemos que deban ponerse puertas al campo ni trabas al ingenio creador, ni cortapisas al espíritu de observación. A través de su temperamento, que diría Zola, veía Fernán Caballero las cosas y personas de su patria á una luz melancólica, indecisa y vaga, luz *con poesía de crepúsculo*, más propia de las orillas del Rhin que de las riberas soleadas del Betis. El tipo de campesino español, Sancho Panza, apenas si asoma la burlesca faz por algún que otro rincón de las novelas de Fernán Caballero; los campesinos de Fernán

(1) Menéndez Pelayo es indudablemente el primero de nuestros críticos. Tiene razón que le sobra Clarín cuando dice que la crítica ejercida como la ejerce Menéndez Pelayo es una verdadera inspiración. Lo cual no es obstáculo para que Antonio Valbuena diga del ilustre autor de la *Historia de las Ideas Estéticas en España*: «... El Sr. Menéndez Pelayo, cuya erudición es maravillosa, pero cuya falta de criterio en esta y otras materias es verdaderamente lamentable.» Y en otro pasaje: «De dónde resulta que (el Sr. Menéndez Pelayo) como crítico no tiene sentido.» Y en otro: «Una novela que Menéndez Pelayo llama *de oro* puede ser una tontería.» Esto último no puede negarse; pero el Sr. Valbuena convendrá también en que cabe escribir y hacer muchas tonterías, á pesar de saber tanta Gramática como él sabe y escribir tan correcta y gallardamente el castellano como él lo escribe. El Sr. Valbuena no tiene rival hoy entre nuestros escritores en escribir castellano puro y castizo, y sus análisis gramaticales son de perlas; pero en cuanto sale de eso y quiere remontarse á la crítica filosófica ó estética, lo ocha á perder. Puede decirse de él que es un crítico de primeras letras, mientras que Menéndez Pelayo lo es de Facultad.

tienen una tendencia irresistible a lo *sentimental*; hay en ellos una ternura de afectos que no es precisamente la nota característica de los verdaderos campesinos españoles.

Y no es esto decir que sean tipos falsos. Nada de lo que Fernán Caballero cuenta de sus personajes deja de ser real; pero no está en el retrato *toda la realidad* de los originales. Lo grosero, lo zafio lo sucio, lo brutal, todo eso está discretamente suprimido; abundan las hojas de parra en esas estatuas de color de barro; pero de barro tan fino, tan justoso, tan bien preparado, que desde luego se comprende que no son de barro, sino de materiales más ricos. Así, aunque copiando del natural, fué Cecilia Bolh profundamente idealista, y hacen bien, dentro de su estrecho criterio los modernos naturalistas de protestar indignados ante esas encantadoras falsificaciones de la realidad que se llaman novelas de Fernán Caballero.

A. SALCEDO.

Nuestro arte religioso

XI

Si en lo tocante a los monumentos no hemos sabido mantenernos siempre dentro de lo justo, lo mismo y en mayor escala nos ha sucedido con otras muchas piezas del mobiliario sacro, principalmente las carrozas y los catafalcos.

Parece que no hay nada más fácil que dibujar una carroza bella y elegante, al mismo tiempo, es carácter apropiado a su religioso objeto; desgraciadamente no es así; no todos los artistas, sin exceptuar a los mejores entre los buenos, logran cumplidamente su intento cuando se proponen semejante trabajo.

Los que, como nosotros, se hayan fijado en la multitud de carrozas de todas clases, materias y formas que se usan, tanto en las procesiones religiosas como en las civiles, que se verifican con motivo de centenarios, bodas reales, ferias, cabalgatas históricas y demás cortejos festivos, habrán notado que todas, casi sin excepción, pueden ser calificadas de malas en grado superlativo. Las religiosas, ya es sabido, son siempre doradas y de laboriosa y recargada labor churrigueresca de la más pronunciada y chillona, con la cual se pretende embellecer la traza fundamental, casi siempre confusa e indefinible, del ridículo armatoste. Por lo regular, éste de todo tiene menos de vehículo, pues suele ser pesado y de difícil manejo, premiosa la rotación, inseguro el equilibrio, impropia la forma y disposición del plan, y nada bellas ni atinadas las proporciones. Colocar en esas máquinas una efigie es hacerle gran desaire, porque lo principal es absorbido por los innumerables aparejos y excesivo brillo de los accesorios; y exponerla a un peligro, porque nada puede ir seguro en tan absurdo locomóvil. No hago excepción de las tan decantadas carrozas de los *pasos* sevillanos, y de las que usan las Sacramentales de esta corte, inferiores unas y otras a algunas, no tan célebres, que hay en ciertos pueblos, y son también malísimas.

Mi objeto no es ocuparme de los carros triunfales, antes citados con el nombre de civiles; pero en prueba de mi aserto sobre la dificultad de hacerlos buenos, apelo al juicio de los inteligentes ó dotados siquiera de buen instinto, y ellos habrán de confesar que han observado siempre en los tales chirriones una gran monotonía. Parece que uno es el que hace todas las carrozas para Santos, y otro el artífice de las profanas, pues todas ellas se parecen, y lo mismo es que representen la gloria que el infierno, la mansión de una ninfa, el triunfo de un héroe ó de una personificación cualquiera, que las Fraguas de Vulcano ó la gruta de un

nigromántico. Todas son desaforadas, compuestas de elementos heterogéneos, mal trabados, é incapaces, por lo tanto, de constituir un buen conjunto artístico.

Es, pues, evidente la dificultad de hacer buenas carrozas; pero aunque ello fuera cosa facilísima, ¿de qué servirían estos mamotretos? Convengamos, mirando la cosa desapasionadamente, en que no son más que una exageración de las tradicionales y modestas andas, medio el más sencillo, cómodo, barato y elegante de conducir imágenes, el más seguro, y también el más devotamente cristiano. Si dificultoso es concebir el plan de un carro artísticamente bello, nada es, por el contrario, más hacedero que la traza casi rudimentaria de unas andas, como lo prueba también la experiencia con el inmenso número de las que hay buenas, y con el hecho de que aun las menos artísticas producen buen efecto, ó por lo menos en nada perjudican al lucimiento de la efigie que sustentan. ¿Qué cosa más bella y al mismo tiempo edificante que una Virgen llevada en hombros de sus devotos, bien sean Sacerdotes, bien guerreros, penitentes ó otros cualesquiera seculares uniformados, ó también mujeres, y aun simples obreros ó campesinos? Allí no hay más que dos elementos: el principal y dominante, la imagen sagrada, de que no son las andas otra cosa que peana; el más secundario el hombre, lleno de fervor, que así cargado con aquel peso leve demuestra con público testimonio su piedad.

Las andas, pues, son lo tradicional, lo cristiano, lo racional, fácil y sencillo: la carroza es la exageración, producto de un celo intemperante, de-naturalizado muchas veces por la vanidad; son lo aparatoso y complicado, lo superabundante y dificultoso, la nota chillona del mal gusto. Alguna vez podrán ser necesarias, pero nadie me negará que aun en tal caso debe este mueble ser muy sencillo y clásico, todo lo más serio posible, para que no se convierta en cosa principal siendo secundaria de por sí, y en elemento de perturbación y dificultad, debiendo ser medio de fácil transporte, y de todos modos, objeto adecuado a un fin piadoso. ¿Hay algo tan impropio, de cualquier modo que se considere, como una inmensa carroza llena de adornos dorados, estilo Luis XV con vistas a Churriguera de lo más rococó, sirviendo de vehículo para conducir... a Jesús azotado en la columna ó cargado con el madero de la Cruz por la calle de la Amargura? Pues nosotros hemos visto uno de estos pasos conducido en brillante carro que afectaba la forma de... un navío!

No hay para qué hablar de los carros fúnebres, porque bien mirado, no forman parte del mobiliario eclesiástico. Por lo regular son malos por esencia, y en su forma profanos, gentílicos, aunque estén recargados de emblemas sagrados; son en fin, lo que puede y sabe producir el ingenio funerario, el talento industrial de esos lechuzos que apellidan sus explotaciones con nombres ingleses ó paganos (*The Funeral, The Funerarys, La Pompa Fúnebre, etc.*), y cuyo menaje está dispuesto de manera, que lo mismo puede servir para un entierro católico, que civil; esto es, sin Dios. La costumbre antigua, la tradición cristiana fué llevar los muertos a hombro y encerrados en modesto ataúd de tablas y bayeta. La carroza es también aquí el modernismo y la moda, el lujo necio; en una palabra, la aberración anticristiana.

Pues así como las carrozas son la corrupción y extravío de las andas, así los catafalcos lo son de la antigua mesa cubierta de paños negros y de la simple bayeta puesta en el suelo, en que descansaba el cuerpo presente durante los funerales eclesiásticos.

Cuanto más lujoso y espléndido, cuanto más

artístico y bello, cuanto más reluciente de bordados en sedas y oro y alumbrado por candelabros y mecheros, y para decirlo todo de una vez, cuanto más bonito aparezca un túmulo, menos cristiano será y menos apropiado, por lo tanto, a su triste objeto.

En este punto se ha llegado a extremos a todas luces punibles, que están pidiendo pronto y enérgico remedio. El mal empezó porque se permitió a los reyes y los potentados en los tiempos del más irritante regalismo (que coincidió con la época del gusto decadente y amanerado) el uso de extraordinarias pompas fúnebres, enlutando por completo los templos y elevando hasta la cúpula *soberbios* catafalcos que, cual la torre de Babel, no respetaron nada en su ascensión orgullosa, y pasaron por cima del altar... y de los cánones. Después, todo aquel que tuvo dinero y orgullo, quiso que sus deudos difuntos fuesen tratados como reyes; y por último, tras forzadas condescendencias; muy excusables en días de penuria para el clero, todo el que quiso pudo disponer de un catafalco y de necias ostentaciones en nada útiles a las almas de los difuntos, ni edificantes para las de los vivos.

Todos hemos visto lo que es un catafalco, y no ignoramos que Madrid, por desgracia, ha sido en esto de su erección más culpable que otra ciudad alguna. Hay, pues, túmulos, que cual las pirámides de Egipto, son no más que un elevado conjunto de altas gradas en disminución hasta acabar casi en punta, sobre la cual ostentan un sarcófago, pagano completamente, de lienzo pintado, y sobre él la falsa estatua de la Fé, ó sea una figura mal pintada en lienzo pegado en tabla recortada, siguiendo el contorno de la pintura; una cosa, en fin, parecida a los soldados de papel pegados en cartón ó tablilla, y a los Profetas que hay en la cornisa de San Francisco el Grande. Las gradas están llenas de blandones plateados, y en las esquinas suelen lucir flameros a la romana. Esta gradería parte unas veces del mismo suelo, otras de un alto zócalo abovedado con cuatro arcos practicables, y de la clave de la fingida bóveda es de rigor que penda una lámpara sepulcral, lo más profana que se puede encontrar, y compañera de las que hay también en la nave. La altura de estas pirámides varía entre cinco y veinte metros, (catafalco de ocho pisos en el caló de sepultureros).

Esto es lo corriente; madera por dentro, bayeta negra con galones y borlas de oro falso por fuera; pero no es el lujo extraordinario: éste lo constituyen los catafalcos góticos formados de bastidores como las decoraciones teatrales. Aquí ya no es el negro el color dominante, sino el pardoclaro, imitando algo así como la piedra. Los bastidores forman sobre tres ó cuatro gradas un gran templete que quiere ser gótico, pues está pintado al temple, de doseletes y cresterías, y termina en un alto pináculo. Dentro de semejante mamarracho se pone el indispensable sarcófago greco-romano, para que haya variedad, y sobre él la consabida lámpara; luego blandones plateados y hasta candelabros de escalera ó vestíbulo y ahora también grandes coronas colgadas allí donde el catafalco lo permite.

No basta esta mal pergeñada descripción para dar una idea exacta ó aproximada siquiera de estos dislates, a quien no los haya visto, ni habrá manera de referir cómo los ponen y quitan, no sin peligro, el maderamen y clavazón de que se componen, lo que interceptan el espacio y la vista, y en fin, cuán impropios, cuán pretenciosos y ridículos son, como quiera que se los mire, y sobre todo si los consideramos desde el punto de vista cristiano, comparándolos con aquel severo túmulo de otras edades, vestido con negros paños sin adornos, y rodeado de grandes candeleros de hierro negro, que sostenían largas hachas de cera amarilla, con la cruz en la cabecera dominando el

conjunto, el acetre junto a la cruz y delante una bayeta en el suelo.

Aquello era el verdadero *castrum doloris* del ceremonial, nada aparatoso, y muy elocuente para el fiel: era la verdad de la muerte, el aspecto fúnebre igual para el rey que para el vasallo, tan digno del rico y del grande como del humilde. Aquello no necesitaba operaciones complicadas y andamios como de torre en construcción; ni, por lo tanto, pedía esfuerzos y voces y contorsiones indignas del templo, de donde debe desterrarse todo lo que necesita, para su erección ó remoción, esa batahola irreverente. Aquello era la verdad cristiana; y contenía, por lo tanto, dentro de sus condiciones, mucho de bello y sublime en su sencillez, dulcemente triste y de severa elocuencia; esto, los catafalcos, es la mentira vanidosa de tiempos de decadencia é ideales falseados, el aparato del orgullo, el dispendio de la necedad manirrota para la ostentación y avara con el verdadero sufrágio. Aquello era humilde, esto se levanta altivo sobre el altar y el Sacerdote; aquello era un aviso tremendo para el alma, esto un espectáculo bonito para los ojos del mundano que, distraído, asiste por compromiso á las exequias y oye la música mientras piensa en sus negocios.

Luego, así como de todo cuanto hay en la gran colección de objetos que necesita el culto, puede decirse esta ó aquella cosa no cumple así con su cometido, pero es reformable de tal ó cual manera, tratándose de las carrozas y de los catafalcos no se puede decir más que una cosa, aunque á muchos parezca hartó dura: *es necesario suprimirlos.*

JOSÉ FERRÁNDIZ.

Una velada literaria.

El Sr. Juliá (D. Enrique), colaborador de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA y nuestro corresponsal en Cádiz, ha obtenido un verdadero y legítimo triunfo en el Ateneo de Cádiz, del que dan cuenta con entusiasmo los diarios de aquella localidad.

El Sr. Juliá leyó ante distinguida concurrencia una leyenda titulada *Marta*, y otras poesías.

Poeta, y poeta joven el Sr. Juliá, necesariamente el giro de su leyenda, y permitásenos en esta ocasión confundir la leyenda con el poema, habría de girar sobre el eterno femenino, sobre el amar, cantado por tantos y por tan pocos comprendido.

Hija de un pescador es María, y

Quando al despertar el día
se brisa así el espacio
dejando allí en su palacio
su manto de pedrerías,
y comienza la alegría
y son las olas espejos
de los solares reflejos,
y se despiertan las aves
dando sus trinos suaves
y rememórando lejos...

Huérfana de madre, sin otro apoyo que un padre anciano, enamoróse de Pascual. Después... después el abandono, el casamiento de Pascual con otra, la desesperación, en fin.

Aún no hay altos vuelos en el Sr. Juliá, de esos vuelos que fascinan por lo brillantes; pero quiere esto decir que el Sr. Juliá no llegue, poseyendo como posee facilidad en la versificación, instinto poético, al punto de intercesión entre el cielo y la tierra, cuya alfombra es el mundo y cuya aureola es Dios, donde el genio bate sus alas?

A veces pálida, á veces enérgica, lánguida unas veces la acción, otras robusta, en el ensayo de poema del Sr. Juliá se notan algunos defectos; mas son en cambio muchas las bellezas.

Leyó también el Sr. Juliá un cuento titulado *A una niña*, escrito en fácil romance; un soneto, *A tu*

reña; *A mi madre*, sentida composición en que se leen los siguientes inspirados versos:

.....
La que me enseñó á reír;
la que cuando asocué
en sus brazos me cogía
y con pañuelo cantas,
lejos de aquel ruido,
sin que me cansara sus ojos
me iba cerrando los ojos
hasta dejarme dormido.

Cádiz, en décimas bien pensadas; un soneto que intitula *La candelada*, y otro soneto, llamado *Tierra*, con que da fin al acto.

Entre estas composiciones, es muy lindo el soneto *A tu reña*, que reproducimos:

.....
¡Cuántas frases de amor, cuántas de queja,
pero de queja dulce y cariñosa,
manchada si habías, sólo hermosa,
los azules labios de tu reña!
Cuando al morir la tarde el sol se aleja,
te amonas diligente y cariñosa,
y me parecen inocencia rosa
oculta del homenaje en la madreja.
De hojas verdes y flores guarnecida
tu reña camaría se me figura
de una Virgen, que es casa de embalse;
y de la luna por la luz harida
en cada flor parece tuosa hecatura
un suspiro, una lágrima y un beso.

Los diarios de Cádiz, de los que tomamos las anteriores noticias, concluyen asegurando que ruidosas salvas de aplausos acogieron las lecturas del Sr. Juliá. LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA felicita á su joven corresponsal y colaborador.—X.

La Pasión de Jesucristo

CAPÍTULO IV

Tratadón de Judas y celebración de la Pascua.

(Conclusión).

PERO lo que mayores angustias había ocasionado en su alma pervertida había de ser la presencia y la conversión de su santo Maestro. No obstante la perversidad de los instintos de aquel infeliz, y á pesar de la dureza de su corazón y del desamor y mala voluntad que había cobrado á Jesús, no cabe pensar que hubiese llegado á tal punto de perversidad, que no tuviese algún lado por donde fuese accesible á la influencia que derramaba en su contorno la santa persona del bondadoso Maestro; y si esto es así, ¿quién puede imaginar la angustia cruelísima, el escalofrío que correría por sus huesos cada vez que se llegaba á la divina persona de Jesús, cada vez que éste le dirigía la palabra, cada vez que la alevosa y traicionera mirada del discípulo se encontraba con la dulcísima del santo Maestro? Si conocía ó podía sospechar que Jesús sabía las negras intenciones que fomentaba en su corazón y los tratos y confabulaciones que había tenido con los Principes de los judíos, ¿qué tempestad de pasiones se levantaría en su alma cuando el Salvador le hablase ó pusiese en él sus ojos ó le diese alguna muestra ó señal de amistosa confianza? Y si después que hubo cometido el atroz delito sintió Judas el horror de su crimen y los remordimientos de su conciencia hasta el punto de declarar públicamente que había entregado la sangre del justo, maldiciendo la hora en que había dado entrada á tal pensamiento, y aun ahogando su desesperación con el suicidio, ¿quién duda sino que, cuando meditaba este crimen y se disponía á cometerlo, se horrorizaría mil veces de sí y retrocedería espantado del abismo en el cual iba á precipitarse? Pero la palabra empeñada, el orgullo comprometido, el cebo de la avaricia atrayendo su envilecido corazón, la influencia fascinadora de los grandes sobre su alma mise-

table, en fin, la lógica fatal del crimen y el vértigo de la pasión le arrastraban por una pendiente donde únicamente podía detenerle un esfuerzo supremo, el acto de una voluntad enérgica para el bien, el sentimiento del amor y lealtad que debía á su bien Maestro. Por desgracia, este amor y lealtad, única ancora en aquel tremendo naufragio, único rayo de luz que podía penetrar en su alma tenebrosa, este instinto de amor que á tantos ha salvado en medio de las oscuridades de la inteligencia y de las borrascas de la pasión, este amor, que salvará á Pedro y á los demás discípulos cuando venga la hora de la prueba y de la tentación, hacia mucho tiempo que estaba extinguido en el espíritu de Judas. Su corazón era una ruina espantosa. Helado en él todo sentimiento generoso, perdida la fe en su santo amigo y Maestro, enojado y aburrido de todo, había llegado á aquel estado de hastio ó cansancio moral, que es la mejor predisposición para los grandes crímenes y para las resoluciones desesperadas; y frío, indiferente, encerrado en sí mismo, sin querer buscar un rayo de luz en medio de las tinieblas que le envolvían, sin desear un momento de calma en la fiera tempestad que le agitaba, dejaba que las tinieblas de la impiedad invadiesen su espíritu, que el frío del egoísmo helase su corazón, y de caída en caída, de prevaricación en prevaricación, iba hundiéndose en un abismo de horrores y de crímenes, los más atroces que se han concebido jamás en mente humana. Lo que pasaba su alma, la lucha y contraste de afectos que en ella surgían, el fiero torbellino de pasiones en que se veía envuelto, ni él mismo quizá se daba cuenta de ello; sólo Dios y el espíritu infernal que se había apoderado de él podían penetrar en aquel pavoroso abismo.

Mas apartemos la vista de estos terribles misterios de la conciencia humana y volvamos los ojos hacia horizontes más serenos y de más hermosa y apacible claridad.

Según queda indicado, la celebración de la Pascua era lo que principalmente preocupaba á Jesús y á sus discípulos. Aunque habían hablado largamente sobre ello en días anteriores, estaba ya muy cerca y aun inminente, y todavía no sabían los discípulos de Jesús el punto ó casa de Jerusalén donde su Maestro tenía determinado de celebrarla; precaución tomada quizá por el Salvador, á fin de que estando tal circunstancia oculta al discípulo traidor, no pudiese éste descubrirla á los Principes de los judíos, ni pudiesen éstos, por consiguiente, turbar la solemnidad de una fiesta en la cual quería el Señor dar á sus discípulos las más altas y memorables enseñanzas, instituir los más sagrados misterios, despedirse tranquila y sosegadamente de los que habían sido sus amigos y dulces compañeros, y aun dar al mismo alevoso discípulo nuevas ocasiones de volver en sí, llamando á las puertas de su corazón y procurando rendir los rencores de su odio con las entrañas de su dulcedumbre y amor.

En tal estado de incertidumbre, como advirtiesen los discípulos que era ya tiempo de preparar lo necesario para la ansiada solemnidad, se acercaron á Jesús para preguntarle dónde y en qué casa de Jerusalén tenía intención de celebrar la festividad de la Pascua. Era uso y tradición antigua y aun obligación de los moradores de la santa ciudad prestar gratuitamente á los forasteros una pieza ó sala de su casa donde pudiesen celebrar la Pascua. Siendo los jerosolimitanos generosos y hospitalarios, tenían sus casas abiertas siempre á los forasteros, y mientras había en ellas sitio para albergarlos, á ninguno rechazaban. Jesús, además, tenía muchos amigos en Jerusalén; de suerte, que á cualquier hora que se llegase á la ciudad podía estar seguro de que había de encontrar dispuesto lo necesario para la celebración de la fiesta. Con todo esto, desearon los discípulos conocer determinadamente la intención de su Maestro para ir más sobre seguro y prevenir holgadamente lo que necesitaban. Condescendiendo Jesús á de-



EL FRAILE MENDICANTE

manda tan natural, dijo á dos de ellos, Pedro y Juan, que fuesen á Jerusalén y que á la entrada de la ciudad encontrarían á un hombre con un cántaro de agua; que le siguiesen hasta la casa donde entrase, y que llegados á dicha casa, declarasen al dueño de ella como siendo voluntad de su Maestro celebrar allí la Pascua, fuese servido de señalarles lugar y sitio á propósito; y que á este recado, él les señalaría una pieza de su casa donde podrían prevenir lo necesario para la fiesta que habían de celebrar.

Ejecutaron los discípulos los encargos de su Maestro, y salidos de Betania y llegados cerca de Jerusalén, probablemente en los alrededores de la fuente de Siloe, encontraron al hombre de quien les había hablado Jesús, y que se encaminaba hacia la casa de su amo. Siguiendo sus pasos, llegaron á la vivienda y dieron á su dueño el recado que Jesús les había dado, sucediéndoles todo según les había indicado el Maestro. Ignórase quién fuese el huésped dichoso que tuvo la buena fortuna de dar alojamiento á Jesús y á sus discípulos para obra tan memorable. Tal vez sería Juan, padre de Marco, cuya casa fué en adelante el asilo de los discípulos de Jesús en la primera persecución que se movió contra ellos; tal vez sería Nicodemo, de quien cuentan los Rabinos que estaba obli-

gado á prestar vasijas para el uso de los moradores de Jerusalén; quien quiera que fuese, era sin duda amigo de Jesús y tal vez su discípulo, y además muy noble y generoso, pues no se contentó con ofrecer para su acogimiento una pieza cualquiera, sino la más honrosa y principal, la llamada por los hebreos *alijah*, situada en la parte superior de la casa, á la cual se subía por una escalera apostada á la pared exterior, según el uso de las habitaciones de Palestina. En aquella sala grande y anchurosa, y además bien adornada y guarnecida, aderezaron los dos discípulos lo necesario para celebrar la Pascua, ayudándoles en esto, como puede suponerse, el huésped, quien por este tiempo ya había consumido todo el pan con levadura que tenía en la casa y buscado por los rincones de ésta para cerciorarse de que en ella no había nada fermentado, conforme á las prescripciones de la Ley, en ocasión de tanta importancia.

Además de la mesa baja y entrelarga donde habían de reclinarse los comensales, y de los platos y vasijas para el servicio de los manjares, tres cosas se necesitaban para dicha fiesta: la primera y principal era el cordero; la segunda los panes ácimos, y la tercera las hierbas amargas, todas ellas conmemorativas de los aconte-

cimientos de la historia judáica referentes á dicha solemnidad.

El cordero, que debía ser de un año y sin mancha ó defecto, representaba el paso del ángel exterminador por delante de las casas de los israelitas que habían sido señaladas con la sangre de aquel animal; los panes ácimos ó sin levadura, que hubían de ser hechos de cinco especies de granos y amasados con agua solamente y en formas de tortas muy delgadas y de unas diez pulgadas de diámetro, figuraban la liberación de los israelitas del cautiverio de los egipcios; y las hierbas amargas, como lechugas, apios, rábanos y otras tales, simbolizaban las amarguras y asperezas del tiempo de la cautividad. A estas tres cosas se añadía un cuarto plato, ó más bien salsa, llamada *charoseth*, hecha de higos, dátiles, nueces, almendras y otros frutos machacados y cocidos con vinagre y canela y otras especies aromáticas.

Es probable que el cordero que había de servir para la Pascua que iba á celebrar Jesús estuviese ya comprado desde el día anterior, según mandaba la Ley, y aun es verosímil que lo hubiese comprado Judas, siendo el proveedor de las cosas necesarias á la pequeña comunidad. Si esto fuese así, aún puede suponerse que se aprovecharía de la ocasión de la ida á Jerusalén para tal propósito para entenderse con los Príncipes de los judíos, y en especial con el Sumo Sacerdote para tratar con ellos de la entrega de Jesús. Siendo así, y estando el cordero en Betania, los discípulos encargados por Jesús de hacer los preparativos de la Pascua, se lo llevarían probablemente consigo al subir á Jerusalén, y después de avistarse con el huésped en cuya casa habían de celebrar la fiesta, lo conducirían al Templo para sacrificarlo, ya los dos juntos, ya uno de ellos solamente.

Esto hubo de acontecer á cosa de las tres de la tarde. A esta hora las calles de Jerusalén, sus plazas y encrucijadas y los alrededores de toda la ciudad hervían de gente. Una muchedumbre inmensa se aglomeraba en todas partes. En ella se veían todos los tipos, se cruzaban todos los trajes y se oían todas las lenguas y dialectos conocidos; allí los partos y medos y elamitas y moradores de Mesopotamia y de Judea y Capadocia y del Ponto y de Asia, de Frigia, Panfilia y Egipto y de las regiones de Libia y de Cirene, y romanos que estaban de paso en Jerusalén, y judíos y prosélitos y árabes y cretenses, todas las naciones, en fin, que están debajo del sol se encontraban en un conjunto inmenso, extraño, variadísimo, nunca visto en el mundo. Todo Israel podía decirse que estaba allí reunido, movido por la idea más levantada y patriótica que ha movido á pueblo alguno en la tierra, por la idea de celebrar el principio de su historia con la liberación de la cautividad de Egipto, y el término culminante á que se enderezaba con su final liberación y redención y con su predominio sobre todos los pueblos de la tierra. El punto central de esta idea era el Templo, sitio especialmente escogido por la Divinidad para recibir las oraciones de los adoradores, y donde estaba el único altar en que podían ofrecérsese las víctimas y holocaustos que le eran entonces agradables. En el Templo, pues, se concentraban las ideas y afectos de aquella vasta muchedumbre; en torno de él se agitaba y revolvía; á él dirigían sus pasos los piadosos adoradores. Confundidos con esta muchedumbre subieron los dos discípulos de Jesús, abriéndose paso por las estrechas callejuelas de Jerusalén, atravesando el magnífico puente que estaba tendido sobre la hondonada que separaba al Monte de Sión de la eminencia en la cual estaba situado el divino Santuario, y entrando finalmente en éste para ofrecer el anhelado sacrificio.

La muchedumbre de gente que en él encontraron era infinitamente mayor, más varia y confusa que la que habían dejado en las calles de Jerusalén. Cálculanse en más de doscientas



LA FIESTA DE SAN JUAN EN RUSIA

mil las personas que podían caber en el inmenso edificio, y bien se puede asegurar que en fiestas como la de la Pascua, en que acudían a Jerusalén hasta dos millones de israelitas, no sería difícil que se llenase de todo punto. Todos los patios, todas las galas y galerías del Sagrado recinto rebosaban de adoradores. La confusión que se originaba era indescriptible. Allí estaban los peregrinos innumerables venidos de las provincias de Palestina y aun de todos los puntos de la tierra a ofrecer sacrificios ó cumplir una promesa ó purificarse de alguna impureza legal; los que vendían y compraban los animales que habían de ser sacrificados, los cambiantes de moneda, sentados en sus banquillos; los escribas y doctores de la ley gritando desafortunadamente sus versículos; los doctores rodeados de sus discípulos y resolviendo sus dudas; el fariseo, con aire compungido, ostentando sus anchas franjas ó filacterias y murmurando entre dientes pasajes de la ley ó sentencias de famosos maestros; el saduceo, altivo y desdenguado, vendiendo protección á todos y paseando su altiva mirada sobre la mísera muchedumbre; el romano, duro, enérgico, nacido para dominar; el griego, vivo, de ingenio agudo, sutil, dispuesto para las artes y las ciencias; y uno y otro contemplando con viva curiosidad aquel espectáculo, tan diferente de lo que habían visto en Grecia y Roma; éste que rezaba sus oraciones, aquél que tropezaba con el antiguo amigo, los pobres harapientos que pedían limosna á la puerta del Templo, los gritos de las ventas y regateos, los empujones y apreturas de unos y otros, los balidos de los animales que iban á ser sacrificados; todo este conjunto de hombres y cosas formaba un cuadro lleno de animación y de vida, imposible de ser figurado en toda su realidad por la imaginación más exaltada.

En el patio de los Sacerdotes (*Azarat Cohain*) había muchos ministros del Templo que iban y venían de todas partes, averiguando si las víctimas que habían de ofrecerse tenían las cualidades requeridas, y distribuyendo por turnos á los que habían de ofrecer el sacrificio. Era necesario que antes de ser quemado el incienso del sacrificio de la tarde, que era á las tres, estuviesen sacrificados todos los corderos. A este fin se formaban tres tandas de adoradores. Entrada una, cerrábase la puerta llamada de Nicanor, que ponía en comunicación al patio dicho de las mujeres con el de Israel, y á la triple señal dada por los levitas se procedía al sacrificio del cordero, que ejecutaba por sí cada cual de los israelitas. La sangre de las víctimas era recogida en vasos dorados y entregada á los Sacerdotes, quienes, distribuidos en dos hileras, se los pasaban de mano en mano hasta llevarla al altar en el cual era derramada. Mientras tanto cantaban los levitas los salmos comprendidos en el Hallel, que comprendía desde el salmo CXIII hasta el CXVIII, á cuyas estrofas respondía el pueblo repitiendo los primeros versículos y añadiendo á los demás jubilosas *aleluyas*.

En esta forma inmolaron Pedro y Juan, ó uno de ellos solamente, el cordero pascual, y después de quemar lo que de éste había de quemarse según las prescripciones de la Ley, se volvieron con él á la casa donde habían de celebrar la Pascua, y allí le atravesaron con dos palos de granado, y así dispuesto ó aderezado lo pusieron al fuego para asarlo.

Mientras que Pedro y Juan estaban así ocupados, Jesús salía de Betania acompañado de los diez discípulos que habían quedado con él. Era ya sobretarde, y los tibios rayos del sol, que se iba precipitando hacia el horizonte, derramándose por montes y valles, daban á los objetos un aspecto de suave gravedad y melancolía que maravillosamente armonizaba con la grandiosa solemnidad que iba á celebrarse. Después de recorrer Jesús el camino que sale de Betania para Jerusalén, llegó al monte del Olivar, y allí pudo contemplar la hermosa ciudad que, adornada con

sus galas más vistosas, se disponía á celebrar una vez más, y en realidad de verdad la última, la más grandiosa de sus solemnidades. Bañada de la tenue claridad del ocaso, los colores de sus edificios se atenuaban y desvanecían poco á poco, compenetrándose todos los matices para dar á su caserío un aspecto fantástico y capaz de impresionar vivamente la fantasía y el sentimiento. Surgiendo de en medio del mar de palacios y sinagogas y casas particulares, alzabase el Templo, descollando bajo la inmensa cúpula del firmamento, y ostentando todo el esplendor y magnificencia de su extraña arquitectura. La luz de la divina Majestad parecía envolverle. Inundada en la blanquecina luz de la tarde, la gran masa del edificio blanqueaba sobre la sagrada cumbre magnífica, grandiosa, incomparable, irguiendo al cielo las doradas pirámides que lo coronaban, las cuales, heridas por las vislumbres del sol poniente, semejaban llamadas de vasto incendio, grandiosas reverberaciones de los esplendores del astro del día que agonizaba en el lejano horizonte. Envuelto por fuera por el humo de los sacrificios y por dentro resonando con los cánticos de los Sacerdotes, aquellos cánticos que removían el alma de Israel en sus más íntimas profundidades, aparecía el divino Santuario como trono de la divina Majestad, centro de los deseos más vehementes de la nación escogida, objeto de las ansiosas miradas de un pueblo que veía en él el símbolo de su historia, el trasunto de sus deseos y el anuncio de sus inmortales aspiraciones y esperanzas. Era aquel un espectáculo sublime que no podía menos de grabarse profundamente en la fantasía y en el corazón de todo israelita.

Era la última vez que había de ofrecerse á los ojos de Jesús aquel grandioso espectáculo. Al fijar en él la vista no pudieron menos de levantarse en su inteligencia tristes ideas y en su corazón más tristes y lúgubres sentimientos. Es posible que los discípulos que acompañaban á Jesús estuviesen también preocupados y gravemente pensativos, ya á causa de los terribles acontecimientos que, según les decía frecuentemente el divino Maestro, estaban á punto de suceder, ya por recordar las tremendas predicciones de Jesús sobre la ruina del Templo y de la ciudad de Jerusalén. Entre ellos, sin embargo, andaba Judas, el hombre de Kerioth, que, agitado por el espíritu infernal, revolvió planes y pensamientos bien diferentes.

Movido por esta diversidad de afectos, bajó la comitiva de Jesús por las laderas del monte del Olivar y subió á la santa ciudad. En sus alrededores y cercanías hervía inmensa muchedumbre de gente. Todos los caminos y veredas estaban cuajadas de peregrinos. En los campos y en las huertas y jardines alzábanse tiendas de campaña hechas de ramas de árboles, de haces de paja, de cuanto podían hallar á mano, para albergar á los que no habían podido lograrlo en las casas particulares. En las quebradas del terreno, en los rincones de las eminencias, bajo la sombra de los árboles, se habían formado aduares y viviendas movedizas, donde hombres y mujeres, niños y ancianos se aglomeraban en completo desorden. De puertas adentro era aún mayor la confusión de la gente. No siendo bastantes las casas á contener á los peregrinos, las calles y plazas estaban ocupadas por tiendas de campaña, y allí acampaban como podían los forasteros, despreciando las molestias y las comodidades, atentos á celebrar, unidos por los lazos más íntimos y sagrados, la más grande y patriótica de sus religiosas solemnidades.

Revolviendo por en medio de la gente á través de las callejuelas de Jerusalén, oscurecidas ya por la luz del crepúsculo, encaminóse Jesús, seguido de su amigable compañía, á la casa del huésped, donde le estaban aguardando los dos discípulos, á quienes le había encargado que hiciesen los preparativos para la celebración de la Pascua.

En aquel momento el sol acababa de ocultarse en el horizonte; centelleaban en el firmamento la luz de las tres primeras estrellas, y el triple sonido de las trompetas sagradas, despedido de las alturas del Templo había esparcido por el aire sus alegres vibraciones, anunciadoras de ser llegada la hora en que todo el pueblo judaico congregado en Jerusalén había de dar principio á la solemnidad de la Pascua.

También Jesús iba á celebrarla, si bien con ánimo y con intención bien distinta de la que movía á los israelitas.

El evangelista San Juan, cuya dulce amistad con Jesús le había puesto en condición de conocer más que ningún otro de sus compañeros los afectos que palpitaban en el corazón de su Maestro, y que en aquella ocasión suprema parece haber extremado su atención para recoger las palabras de Jesús y notar por menudo sus ademanes y acciones para transmitirlos á la Iglesia como último legado y testamento del Redentor divino, al llegar á este punto de la historia evangélica, nos le representa en una actitud, estado ó situación de ánimo extraordinarias.

La conciencia de la divinidad de su persona, de su consustancialidad con el Padre, y de la soberana misión que de éste había recibido de redimir y santificar á los hombres parece haberse ofrecido entonces á su espíritu, ó, por lo menos, manifestándose á lo exterior de una manera singular y extraordinaria. Era aquella la ocasión más santa de su vida, la más ansiada de su corazón. En ella, constituido Redentor del linaje humano, preparábase á llevar á efecto esta redención incomparable. Celebrando la solemnidad de la Pascua iba á cumplir el tipo y la profecía, inmoliándose como verdadero cordero de Dios, que toma sobre sí los pecados del mundo; y guía, enseñador y maestro de todos los hombres, en especial de aquellos á quienes había escogido para derramar sobre ellos los tesoros más preciosos de su misericordia y de su doctrina y los enternecimientos más abrasados de su caridad; sabiendo, como dice el santo evangelista, que Dios había puesto en su mano todas las cosas, y que de Dios había venido y á Dios estaba á punto de volver, como hubiese amado siempre á los suyos que estaban en este mundo, quiso en aquella hora suprema darles muestras más claras y entrañables de su amor. Así, llena su mente de unos pensamientos, y rebosando su corazón en unos afectos que le habían ocupado toda su vida, ya que estaba tan próximo de realizarlos, y antes de dar principio á los más sublimes misterios que había de ver el mundo, se dirigió á sus discípulos, que tenía allí presentes, y con muestras de particular afecto les dijo: «Muchas veces, y con afecto veheméntísimo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes que llegue el caso, que va á venir muy pronto, de ir á padecer. Vamos ahora á celebrar la Pascua; pero yo os digo que por lo que á mí toca no la celebraré en adelante hasta que sea cumplida en el Reino de los cielos.»

Estas palabras, tan graves, tan mesuradas y dichas con tanta vehemencia de afecto, era natural que hiciesen profunda impresión en los ánimos de los discípulos. Las cosas é ideas que en ellas iban envueltas eran de tanta trascendencia, que hubieran debido fijar el pensamiento y la reflexión aun del más liviano; y la situación de ánimo, y la misma expresión y continente de la persona de Jesús al tiempo de decir las, eran tales, que no podían menos de impresionar vivísimamente á los discípulos y componer sus cuerpos y ponerlos en actitud grave y modesta. Pero tal es la naturaleza humana, y tan revueltos y distraídos andaban los discípulos de Jesús y tan embebidos en los pensamientos de baja ambición, que mientras el Señor les decía aquellas cosas, al irse á sentar ó más bien reclinar á la mesa (que tal era la costumbre del pueblo judaico) para dar principio á la celebración de la Pascua, andaban ellos

disputando y conteniendo entre sí sobre cuál era el principal y el más aventajado, y por consiguiente cuál había de ocupar el primer lugar en el Reino de los cielos que les había prometido su Maestro.

No es improbable ni inverosímil que se originase esta contienda del orden y precedencia que cada uno había de tener en la mesa, punto origen de graves discusiones entre los judíos, y aunque esta contienda fuese promovida y originada por Judas Iscariote, supuesto que no solamente hubo de pretender dicho primero y más favorecido lugar, sino que lo logró, en efecto, sentándose a la izquierda del Salvador, según puede colegirse de la narración evangélica.

Esta discusión y reyerta, tan ajenas del espíritu de humildad y mutuo afecto que tantas veces les había inculcado el Salvador, hubo de afligir profundamente el corazón de éste. Callaba, con todo, Jesús, esperando tal vez que su silencio serviría de freno a la intemperancia y liviandad de sus discípulos; pero al ver que continuaban en su porfía, les dijo: «los reyes del mundo dominan en las gentes y los que tienen autoridad sobre éstas son llamados sus bienhechores; mas vosotros no así, antes bien el que es mayor entre vosotros hágase como el menor, y el que precede como el que sirve. Porque, quién es mayor, ¿el que está puesto a la mesa ó el que sirve? ¿no es así que el puesto a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve.» Entendieron los discípulos el alcance de las palabras de Jesús, el motivo de la reprensión y la trascendencia del eficazísimo ejemplo de humildad que en su vida les había dado el santo Maestro, y que era cifra y trasunto del orden de relaciones en que se había de fundar la nueva sociedad que iba a establecerse en el mundo; y al verlos Jesús ya pesados y arrepentidos de lo que habían hecho, para quitarles todo rastro de la mala impresión que pudieran haber dejado en ellos sus palabras, les dijo con cierto halago y dulzura: «de hecho vosotros sois los que habéis permanecido conmigo y participado en mis pruebas y tentaciones, y yo dispongo el reino para vosotros como mi Padre lo dispuso para mí, á fin de que cuando llegue el día comáis y bebáis á mi mesa en el reino, y os sentéis sobre doce tronos cuando juzguéis á las doce tribus de Israel.»

Con estas palabras, sosegados que fueron los ánimos de los discípulos, reclinándose cada cual en su sitio, y después de estar todos reclinados, dióse principio á la cena ó solemnidad de la Pascua. No es fácil determinar con puntualidad todas las ceremonias que estaban en uso en aquel tiempo; pero por lo que se saca de las historias y escrituras rabínicas, se viene en conocimiento de las principales, que eran por el orden siguiente: Dábase principio tomando el cabeza de familia, ó el que hacia sus veces, una taza de vino con el doble de agua, y alzándola con las manos, levantados los ojos al cielo, decía: «Bendito seas, ¡oh Jehová, nuestro Dios! que has creado el fruto de la vid. Bendito seas, ¡oh Rey del Universo! que nos elegiste entre todos los pueblos y nos ensalzaste sobre todas las naciones, y nos santificaste con tus mandamientos. Tú nos has concedido, ¡oh Jehová, nuestro Dios! días solemnes para nuestro gozo, y fiestas y días destinados al santo esparcimiento; este día es la fiesta de los ácidos, la fecha de nuestra libertad y de nuestro santo llamamiento, y el recuerdo de nuestra salida de Egipto. Tú nos escogiste y nos santificaste entre todas las naciones, y quisiste que celebrásemos con alegría tus santas festividades. Bendito seas, ¡oh Jehová! que santificaste á Israel y señalaste tiempos para honrarte. Bendito seas, ¡oh Jehová! que nos has conservado la vida y nos has concedido llegar á este santo tiempo.» Dicha esta oración, el jefe de familia bebía de la taza y la pasaba á todos los comensales para que bebiesen de ella. Enseguida se levantaban y se lavaban las manos, di-

ciendo: «Bendito seas, ¡oh, Jehová, nuestro Dios! que nos has santificado con tus mandamientos, imponiéndonos la purificación de nuestras manos.» Luego se reclinaban otra vez en la mesa, y acercados los manjares, el cabeza de familia tomaba en sus manos algunas yerbas ú hortalizas de las que estaban dispuestas para comerse, las metía en agua salada, comía de ellas y las ofrecía á los demás. Hecho esto, uno de los más jóvenes de los que estaban presentes preguntaba al cabeza de familia sobre la significación de aquellas ceremonias; á lo cual respondía el presidente con largo razonamiento, diciendo que aquello se hacía en conmemoración de los trabajos que sus antepasados habían sufrido en Egipto; y de aquí tomaba ocasión para referir toda la historia del pueblo hebreo, comenzando por la vocación de Abraham, esclavitud egipcia, promulgación de la Ley, peregrinación por el desierto, y así sucesivamente. Presentábanse entonces los platos en la mesa, el cordero pascual, las hierbas amargas y los panes ácidos, explicando el cabeza de familia la significación de cada cosa de éstas entre alabanzas y glorificaciones á Dios. Antes de empezar la comida, el mismo cabeza de familia tomaba dos panes ácidos, ó sin levadura, partía uno en dos mitades, y, así partido, poníalo sobre el que estaba entero y lo levantaba todo en alto, diciendo: «Bendito sea Dios nuestro Señor, Soberano del Universo, que hace nacer el trigo de la tierra; este es el pan que comieron nuestros padres en Egipto; todos los hambrientos venid y comed, todos los necesitados venid y celebrad la Pascua. Inmediatamente se cantaban la primera parte del *Hallel*, que comprendía los salmos CXIII y CXIV, terminándose con esta deprecación: «Bendito seas, ¡oh, Jehová, nuestro Dios, Rey del Universo! que nos has redimido y que redimiste á nuestros padres de Egipto.» Bebíase enseguida la segunda copa, y lavadas de nuevo las manos, se rompía uno de los panes ácidos en pedazos, se daban gracias á Dios y se repartía el pan entre los comensales, los cuales los comían después de mojarlos en la salsa llamada *charoseth*. Después de esto comenzaba propiamente la cena de la Pascua, comiéndose el cordero Pascual, con la condición precisa de que al comerlo no se había de romper ningún hueso, y se había de comer todo en aquella comida. Después de comido se lavaban por tercera vez las manos, se daban de nuevo gracias, y se bebía la copa ó taza tercera, llamada de la bendición, por ir unida á ella una muy especial. Terminábase todo con la cuarta copa, en seguida de la cual se cantaba la segunda parte del *Hallel*, comprensivo de los salmos CXV, CXVI, CXVII y CXVIII, y acabándose todo con esta bendición: «Todas tus obras te alaban, ¡oh Jehová, nuestro Dios! y tus santos, los justos, los que cumplen tu beneplácito y todo tu pueblo; la casa de Israel alabete con cánticos de alabanza, y te bendiga y engrandezca, y glorifique y exalte, y reverencie y santifique, y haga que reine tu nombre, ¡oh nuestro Rey! porque es bueno alabarte; y gran gozo cantar alabanzas á tu nombre, porque eres nuestro Dios por los siglos de los siglos. El espíritu de todo cuanto vive alabe tu nombre, ¡oh Jehová y el espíritu de toda carne glorifique continuamente tu memoria ¡oh nuestro Rey! porque tú eres Dios para siempre, y fuera de ti no tenemos otro rey, ni redentor, ni salvador.»

Estas eran las ceremonias principales que se observaban en la celebración de la Pascua. Es probable, y de ello hay indicios en los Evangelios, que Jesús observó, sino todas, á lo menos la mayor parte de estas ceremonias. Los evangelistas no entran en pormenores acerca de esto, creyendo tal vez por demás describir con todas sus menudencias y particularidades una fiesta religiosa en que no solía salirse de un orden ó pauta determinada. Sólo se fijan en algunas circunstancias de la fiesta que, no obstante no ser esenciales á ella, le dieron carácter y fisonomía particular. Entre éstas, se detienen

en narrar una, que por la singularidad de sus pormenores revela de muy expresiva manera el estado de ánimo en que se hallaba Jesús y sus discípulos, y que por lo mismo merecía ser referida extensa y circunstanciadamente. No dicen los evangelistas precisamente la ocasión en que sucedió, pero es probable que sucediese antes de principiar la comida y después de haberse lavado las manos la primera vez. El caso fué que deseando el santo Maestro dar á sus discípulos una prueba del amor que siempre les había tenido, y al propio tiempo un ejemplo de la humildad con que habían de tratarse y servirse unos á otros aun en las cosas más bajas, levantóse del puesto donde estaba y quitándose la vestidura ó manto exterior, tomó un lienzo, ciñóse con él el cuerpo, y cogiendo un vaso ó lebrillo, echó agua en él y empezó á lavar los pies de sus discípulos y á limpiarlos y secarlos con el lienzo que se había ceñido. Contemplaban los discípulos aquella acción de Jesús atónitos y espantados. Los primeros nada dijeron, ni mostraron, á lo que parece, resistencia á lo que hacía con ellos el Salvador; pero no fué así al llegar la vez á Simón Pedro.

Era este un hermoso tipo ó ejemplar del carácter galileo, ardiente é impetuoso en sus afectos, valiente y un si es no es temerario y quisquilloso en lo que tocaba á su honor. Desde el momento de haberse unido á Jesús fué el más fiel de sus seguidores, el más entusiasta de su persona y doctrina y el más vivo y sincero en el afecto cariñoso que le profesaba. Donde quiera que había que hacer en algo en favor de su Maestro, él era el primero en ofrecerse y presentarse. El había sido el primero en reconocer la divinidad de la persona de Jesús, si bien, como le dijo el mismo Salvador, no había sido la carne ni la sangre, sino el espíritu divino quien se lo había revelado é inspirado. Recompensando este afecto entrañable de Simón Pedro, Jesús le había distinguido y privilegiado entre todos, dándole siempre y en todo el primer lugar. Habiendo entre Maestro y discípulo esta mútua relación y correspondencia de afecto, apenas vió Simón Pedro á Jesús postrado á sus pies en ademán de querérselos lavar, todo alterado y entrañablemente conmovido dijo á Jesús: «Señor, ¿tú me lavas á mí los pies?» Al oír estas palabras de Pedro alzó el Maestro hacia él sus ojos, inclinado como estaba, y mirándole tranquila y serenamente, le dijo: «lo que yo hago no lo sabes tú ahora, pero lo sabrás más adelante.» La calma y misteriosa gravedad de estas palabras debieran haber impresionado á Pedro y héchole entrar en sí y no poner resistencia á lo quería ejecutar su Maestro; pero impetuoso y ardiente, y guiado más de la viveza del sentimiento que de la prudencia de la razón y del discurso, dijo á Jesús con desenfadada resolución: «jamás por jamás me lavaréis los pies.»

Estas palabras indicaban sin duda la humildad que se arraigaba en el pecho del discípulo y la reverencia que tenía á su Maestro, pero también alguna temeridad y contumacia de juicio. Por lo cual, yéndole Jesús á la mano, le dijo: «has de saber, Simón, que si no te lavare ahora los pies, no tendrás parte conmigo.» Conmovióse Pedro á esta dulce réplica de su Maestro, y llevado de aquel amor que había tenido siempre á Jesús, le repuso: «si así es, no solamente quiero que me lavéis los pies, sino también las manos y la cabeza.» Agradóse el buen Maestro de esta exagerada condescendencia de su discípulo, y lleno de bondad y dulcedumbre replicó: «el que está lavado no ha menester sino lavar los pies, pues limpio está todo;» y fijando el pensamiento en una idea que en aquel momento apenas entrañablemente su corazón, añadió: «vosotros estáis limpios, pero no todos,» indicando con esto, que aunque los que estaban presentes eran fieles y leales y amorosos para con su Maestro, había entre ellos uno que á ocultas de los demás, tenía tramado de hacerle traición y entregarle á sus enemigos

Con la porfia tenida con Simón Pedro, ninguno de los otros discípulos se atrevió a resistir á la obra de humildad que con ellos quería ejecutar Jesús. Fué, pues, el santo Maestro lavando uno tras otro los pies de sus discípulos sin exceptuar al malvado de quien sabía que tenía tramado contra él horrible atentado, y concluida su humilde tarea se puso sus vestiduras y se asentó ó reclinó otra vez á la mesa.

Estaban los discípulos absortos y avergonzados con lo que acababa de pasar; un santo respeto y reverencia hacia su Maestro penetraba los corazones de todos; nadie se atrevía á hablar ni á interrumpir el general silencio. Conociendo el Señor este estado de ánimo de los discípulos, ya que se hubo puesto á la mesa, tomando la mano les dijo: «¿sabéis qué cosa he hecho con vosotros? vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Luego si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros debéis así mismo lavarlos los pies uno á otro. Porque ejemplo os he dado á fin de que á la manera que yo he hecho á vosotros, hagáis. De verdad os digo, un criado no es mayor que su Señor, ni tampoco un mensajero es mayor que aquel que le envió. Si de estas cosas estáis ciertos, seréis bienaventurados como las practiquéis.»

Al llegar á este punto, su pensamiento y tal vez su mirada se fijaron en el discípulo infeliz, cuyos criminales proyectos le eran tan conocidos; su presencia era una pesadilla que turbaba su mente, era una espina que atravesaba su corazón. Así, triste y profundamente conmovido, dirigiéndose á todos, pero con el pensamiento puesto en el discípulo traidor, les dijo: «lo que he dicho no lo he dicho por todos vosotros; yo sé á quiénes escogí, mas ha de cumplirse la escritura: el que come el pan conmigo levantará su mano contra mí; desde ahora os lo digo antes que acontezca á fin de que cuando se haya verificado creáis que yo soy.» Y haciendo un esfuerzo para alejar su pensamiento de aquel objeto que atormentaba su espíritu, añadió con aire de grande aseveración: «en verdad os digo, el que recibe al que yo enviare, recíbeme á mí, y quien me recibe á mí, recibe á aquel que me envió.»

Atónitos y silenciosos escuchaban los discípulos las palabras de Jesús, sin penetrar ni vislumbrar siquiera el sentido que en ellas iba envuelto. Las ceremonias de la Pascua se iban sucediendo unas á otras, practicándose las comensales con singular devoción y recogimiento, y entreverando, como es natural, las reflexiones que á cada uno le sugería el estado particular de su espíritu. Después de comer el cordero y dadas ya las gracias, llegaron á la copa llamada de la bendición, la más solemne entre todas, como es dicho, y que era una de las ceremonias más importantes de la Pascua. Tomando, pues, Jesús la copa ó taza, pronunció sobre ella las palabras de la bendición con muestras de gran fervor y recogimiento, y sin probar de ella la ofreció á sus discípulos, diciendo: «tomadla y distribuidla entre todos, porque os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta que sea llegado el reino de los cielos.»

La actitud del Señor al pronunciar estas palabras, su semblante preocupado é imaginativo, y la extraña predicción que acababa de indicar acerca de su estado futuro, acrecentaron la zozobra é inquietud de los discípulos. El embarazo y premiosidad con que hablaba, el velo de metáforas y figuras en que envolvía su pensamiento, el acento melancólico de su voz, la grave y mesurada actitud de su continente, los llenaban de temores y de angustias. Evidentemente el espíritu del divino Maestro estaba angustiosamente entristecido y preocupado; conocíanlo sus discípulos, y aunque no acertaban á explicarse el motivo de esta preocupación y sufrimiento, participaban de ella y le acompañaban en sus ansiedades y dolores. Una niebla de zozobra y tristeza parecía desprenderse de la faz de Jesús, que envolvía lo que le rodeaba en

una especie de vago malestar y de inquietud indefinible.

En esta actitud intranquila y penosa estaban cuando un nuevo accidente vino á aumentar la ansiosa expectación de todos. Porque mientras los discípulos, fija la vista en Jesús, contemplaban la angustiosa actitud de su ánimo, y curiosos y entristecidos seguían los más leves movimientos de su divino semblante, viéronle de súbito perder su habitual serenidad de ánimo, demudarsele el color y experimentar en todo el cuerpo extraordinaria conmoción y estremecimiento. La angustia del Señor había, en efecto, llegado en aquel momento á su colmo. La presencia del discípulo traidor, á quien por todas vías deseaba salvar, y que, sin embargo, se resistía y endurecía cada vez más en su maldad, acongojaba su corazón; la fría impiedad de Judas, su obstinación y pertinacia, y el horror del crimen que estaba á punto de cometer, traían tan afligido el ánimo de Jesús, que la cruel ansiedad y congoja traspasaba y se descubría á lo exterior. Duró esta angustia un buen espacio, después del cual, calmándose la inquietud, y recobrando Jesús en alguna manera la paz y serenidad de su ánimo, miró con particular ahínco á sus dulces compañeros y amigos, y tomando un aire de grande aseveración y angustiosa amargura, con voz conmovida y velada por el dolor, les dijo: «en verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar.»

Estas palabras terribles llevaron al extremo el espanto y el terror al ánimo de los discípulos. Mudos de estupor, nadie sabía qué pensar sobre anuncio tan espantoso. Mil encontrados sentimientos se retrataban en sus fisonomías desencajadas. El asombro, el miedo, la indignación, la ansiosa curiosidad se relevaban en los rostros de todos. Silenciosos y aterrados, mirábanse unos á otros, buscando cada cual en la expresión de la fisonomía de los demás la respuesta á las dudas crucelísimas que atormentaban su corazón. Entendiendo Jesús el estado de ánimo de los discípulos y queriendo con la declaración de la verdad acabar de levantar el velo con que les había ocultado su pensamiento, añadió: «uno de vosotros, el que conmigo mete la mano en la fuente, ese ha de entregarme; y de cierto el hijo del hombre va según lo que está escrito acerca de él; mas ¡ay de aquel hombre por quien fuere yo entregado! más le valiera á tal hombre no haber nacido.»

Al oír estas palabras, un escalofrío de terror penetró en los corazones de los discípulos. La inquietud y la zozobra llegaron al extremo. Por una parte parecía que las palabras de Jesús podían aplicarse á cada uno de ellos, y por otra, como no les argüía la conciencia de la posibilidad de cometer crimen tan horrendo, no sabían qué pensar de lo que les decía su Maestro. Así, recelosos y desconfiados, preguntaban uno tras otro con ingenua sencillez al Maestro: «¿soy por ventura yo? ¿soy por ventura yo?» No contestaba el Señor á estas ingenuas preguntas de sus discípulos, agradándose tal vez en la candorosa desconfianza de sus buenos amigos, y apenándose más y más por la malvada obstinación de Judas, el cual, siendo el único en la mesa que entendía el alcance de las palabras de Jesús, pretendía hacerse el desentendido.

Quien en aquella crítica ocasión observara atentamente la fisonomía de Judas, pudiera tal vez sorprender en ella la tempestad de pasiones que se levantaban en su espíritu. Ya no podía dudar el infeliz de que Jesús conocía perfectamente la traición infame que tenía urdida contra él; y este conocimiento era para el desdichado la denuncia más terrible de su perversa conducta, la reprensión de sus horribles perfidias, la acusación clara y terminante de toda una larga serie de crímenes é infidelidades. Hubiera querido callar; pero el silencio le parecía que podía denunciarle más claramente á sus compañeros. En esta incertidumbre, ya por no ser menos que los demás, ya por despistar á estos de la idea de ser él el indicado por Jesús,

hizo á éste la misma pregunta que le habían hecho los otros: «Maestro, ¿soy por ventura yo?» A la cual respondió Jesús con acento amarguísimo: «tú lo dices.»

Esta respuesta hubo de pronunciarla Jesús con voz tan baja, que sólo Juan pudo oír, y aun sin darse cuenta en aquel instante del sentido que en ella estaba encerrado. Judas, por su parte, aunque se sintió al pronto terriblemente ofendido y agraviado con las palabras de Jesús, disimuló como pudo la impresión que le habían hecho, y comprimiendo el semblante y disimulando la turbación que interiormente le agitaba, se calló, temeroso de que sus palabras descubriesen lo que con tanto empeño quería ocultar. Los demás, como no habían oído la respuesta de Jesús, creyeron que el Maestro no quería darles más pormenores sobre lo que deseaban saber, y así se fueron aquietando poco á poco, y cesando en su curiosidad y dejando que la conversación tomase otro rumbo.

Sólo Simón Pedro estaba sin poder sosegar. La idea de que pudiese haber en el mundo, y más entre los discípulos y amigos más confidentes, quien fuese capaz de abrigar malas intenciones contra el divino Maestro, le tenía inquieto y desatinado, hiriéndole tan vivamente en el corazón, que hubiera dado cualquier cosa por saber el nombre del alevoso criminal para deshacerle allí mismo en pedazos. Tal vez la disputa y contienda tenida hacia poco con Jesús sobre el lavar los pies, pudo dejarle algo desairado y coartar su libertad de preguntar directamente á Jesús por el nombre del malaventurado que era capaz de abrigar en su corazón tan infame villanía; pero ya que no se atrevía á hacer él la pregunta, en toda la actitud del cuerpo, en el airado centelleo de los ojos, en la violencia de sus ademanes, revelaba la tempestad de pasiones que ardía en su corazón. Al fin, rompiendo por todo, aunque no acabó de resolverse á hacer la fatal pregunta por sí mismo y directamente, tuvo medio de que la hiziese otro. Porque como estuviese sentado enfrente de Juan, uno de los discípulos á quienes solía Jesús dar mayores muestras de confianza, hombre de suave y amable condición, próximo pariente del mismo Pedro, muy querido de Jesús desde los primeros días de su predicación en Galilea, y que en aquel momento estaba reclinado de suerte que su cabeza venía á dar sobre el mismo pecho del buen Maestro, hizole como pudo señas para que preguntase á Jesús quién era el traidor de quien había hablado. Obedeciendo Juan á las insinuaciones de Pedro, preguntó en voz baja á Jesús: «¿quién es?» Y Jesús, también calladamente, le dijo: «aquél es á quien diere yo el pan mojado.» Y habiendo mojado un pedazo de pan en la salsa que había en la mesa, se lo dió á Judas Iscariote. Esta acción, no sólo no tenía nada ofensivo, sino que podía mirarse como muestra de honrosa distinción de parte del que presidía en la mesa; era, por tanto, el último y supremo recurso de la entrañable caridad de Jesús para vencer la obstinada dureza del miserable discípulo. Por espantosa desgracia no lo tomó así el discípulo malvado, el cual, si bien no rehusó el bocado, halló en aquella muestra de inefable condescendencia que había de vencer su voluntad y atraerle á Jesús y salvarle del precipicio á que corría desatinado, el postrer impulso que le despeñó en el abismo de sus maldades.

El odio nacido en su conchado pecho estalló en aquel instante con furia infernal. Su fisonomía tomó un aspecto horrible; su ceño se contrajo de una manera espantosa; centellearon sus ojos con diabólico furor, y como si todos los demonios del infierno hubiesen entrado en su cuerpo, sus miembros todos fueron agitados por terrible y convulsivo estremecimiento. Satanás, que había entrado en su alma para tentarle y seducirle, acabó por tomar posesión de él al verle caído en la tentación. Así incitado por fuerza misteriosa, levántase del sitio que



DAMAS EUROPEAS EN EL SERRALLO DEL CAIRO

ocupa todo agitado y descompuesto. En aquel momento vuelven á él sus miradas sus compañeros, extrañados de su ademán descompuesto y alterado, y de que sin razón que al parecer lo justificase, se dispusiese á salir de la estancia donde todos estaban. Al verle marchar le dice Jesús con acento triste y entrañable: «lo que has de hacer hazlo presto.» Ninguno de los presentes entendió el significado de estas palabras; antes bien, como Judas era el depositario del dinero, y por cuya cuenta corría la provisión del mantenimiento de todos, pensaron algunos que al encargarle Jesús la prontitud en la ejecución de su hecho, le recomendaba la provisión de algo relativo á la fiesta de los ácidos, que había de celebrarse al día siguiente, mientras otros creyeron que le encargaba que diese alguna limosna á los pobres. En verdad, el encargo de Jesús era el medio de que éste se servía para distraer la atención de los discípulos, y una nueva y última prueba de su entrañable misericordia para contener al infeliz en la furia de su pasión.

Mas todo fué en vano. La exaltación diabólica que se había apoderado de su alma la tenía de todo punto ciega y tiranizada. Una fuerza invisible le subyugaba. Presa de esta fuerza, arrebatado del fiero torbellino de la infernal pasión que le impulsa, se sale precipitadamente de la sala, lánzase hacia la escalera y corre á avisar á los enemigos de Jesús de ser llegada la ocasión de prenderle. Con esto, la horrible traición va ya á ejecutarse. ¡Atentado y alevosía espantosa! Entre el horror de las tinieblas que envuelven á Jerusalén, vislumbra aún la fantasía la espantosa figura de Judas dando vueltas por las oscuras callejuelas de la ciudad ansioso y desalentado, yendo á consumar el crimen horrible, sin más guía que el odio y la sed de venganza que arde en su alma, sin más luz que la luz del infierno que lamea en su corazón.

MIGUEL MIR

De la Real Academia Española.

EVANGELINA

ROMANCE DE LA ACADIA

por el poeta norteamericano

ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW

TRADUCIDO DEL INGLÉS EN OCTAVAS REALES

por el diplomático chileno

D. CARLOS MORLA VICUÑA

(Continuación.)

XX

Domina aquella granja pintoresca
Desde agreste colina al Océano;
Sobre el ancho portal su sombra fresca
Un alto sicomoro extiende ufano;
Cuelga las burdas redes de la pesca
En la inmediata cerca el aldeano,
Y un musgoso brocal de allí vecino
Anuncia un pozo dulce y cristalino.

XXI

Detrás de la mansión se alza el granero,
Y en su seno la mies al techo alcanza;
Hacinados están bajo el alero
Los rotos instrumentos de labranza;
El gallo en el harem reina altanero;
Férrea cadena al terranova afianza,
Y en la veleta que girando chilla
Gime de amor la tórtola sencilla.

XXII

Así en paz con el cielo y con el mundo
Moraba el labrador en la ribera,
Y Evangelina manantial fecundo
De su ventura y sus delicias era;
Cuando en silencio místico y profundo
A la pura beidad de la pradera
Ante el altar los rústicos miraban,
Cual visión celestial la contemplaban.

XXIII

Y hallaban nuevo religioso encanto
Cuando ella meditaba al pie del ara,
Como si su candor con poder santo
Para el cielo las almas cautivara.
¡Feliz el que la orla de su manto
O su mano purísima tocara,
Y el que á su lado percibiera un día
Que el tierno corazón por él latía!

XXIV

El único esperado con anhelo,
El unico con júbilo acogido,
Era Gabriel, por el benigno cielo
Con tan precioso don favorecido;
Era herrero su padre, por modelo
De honradez y valor allí tenido,
A quien ligaba una amistad estrecha
Con Bellefontain desde remota fecha.

XXV

Gabriel y Evangelina allí nacieron
Y allí los dos desde su albor temprano
Triscando en el pensil juntos crecieron
Cual bajo un techo hermana con hermano;
Discípulos amantes ambos fueron
Del bondadoso abate Feliciano,
Y así el abecedario en su rodilla
Aprendieron los dos de una cartilla.

XXVI

Y cuando terminadas las lecciones
Los infantiles himnos entonaban,
Con la nota final de sus canciones
A la encendida fragua ambos volaban;
Con alegres, festivos corazones,
Desde el umbral atónitos miraban
Cómo se transformaba el hierro ardiente
A voluntad del arte inteligente.

XXVII

En las lóbregas noches del invierno
Como dos melodiosos ruiseñores
Ensayaba aquel par su canto tierno

Al compás de los fuelles crugidores;
La fragua, viva imagen del infierno,
Tornaba con sus vívidos fulgores
En piclago encendido el libre espacio
Y el mar azul en líquido topacio.

XXVIII

Cual pegadas las alas, de la esfera
El águila caudal en rudo vuelo
Como saeta alférga, certera,
Sobre escogida presa baja al suelo;
Cruzar solía en rápida carrera
Su trineo pintado el blanco hielo,
Desatando el cabello Evangelina
Al soplo de la brisa matutina.

XXIX

Cuando el níveo sudario desaparece
Y en la estación risueña de las flores
La hermosa creación rejuvenece
Con encendidos mágicos colores,
El semblante del niño resplandece,
Siente en su corazón nuevos ardores,
Y así en los nuestros ejerció su imperio
Aquel sublime natural misterio.

XXX

Manaba de sus pechos la ternura
Como un raudal de plácida armonía,
Y al himno que elevaba la natura
En sus almas un eco respondía;
Así la poma bajo el sol madura,
Rasga el broche la flor, llegado el día,
Y así brotan sabrosas y síaves
Los no aprendidos cantos de las aves.

XXXI

Como una fresca y límpida corriente
Se deslizó su venturosa infancia,
Y hoy esparce la virgen inocente
Cual modesta viola su fragancia.
Gabriel exhibe en su serena frente
De varoniles años la arrogancia,
Y orgullo son del pueblo candoroso,
Ella tierna y amante, el vigoroso.

XXXII

Como la negra noche al claro día,
Así sucede al fúlgido verano
La estación melancólica y sombría,
Que en páramo transforma el verde llano;
Fugaz, como una rápida armonía,
Sólo consueta al corazón humano
El calor de Noviembre, que reviste
De verdor pasajero el campo triste.

XXXIII

Encendido fulgor en el Oriente
De nuevo entonces en la mañana asoma,
Irguen las flores la abatida frente
Para morir al exhalar su aroma.
Sobre el mundo la Paz abre clemente
Sus bendecidas alas de paloma,
Y hasta el seno voraz del Oceano
Obedece á su influjo soberano.

XXXIV

Dánse tregua en la lid los elementos,
Y en vez del aquilón que al aire oprime,
El apacible soplo de los vientos
Y la onda azul que resbalando oprime
Modulan con sus débiles acentos
Una plegaria trémula y sublime,
Que, cual virgen de rosas coronada,
Se remonta á la bóveda estrellada.

XXXV

Desde su nacarada tienda de oro
El sol preside la brillante escena,
La pluma esmalta al pájaro canoro
Que entona en gratitud su cantilena;
Alfajonado el matutino lloro

Brilla en el prado bajo sombra amena,
Y entero reproduce aquel paisaje
Cada trémula gota del ramaje.

XXXVI

Las horas del reposo y el sosiego
Al caluroso día han sucedido;
Su clámide de púrpura y de fuego
Del cielo azul la tarde ha recogido;
Cae ya de la noche el sutil riego
Y la argentina luna ha aparecido,
Hiriendo apenas con su fría lumbre
Del rojo monte la empinada cumbre.

XXXVII

Tornan á los rediles las majadas
Restregando los cuellos blandamente;
Los brutos con narices dilatadas
Aspiran de la tarde el puro ambiente,
El carnero que guía sus pisadas,
De su vellón nevado y reluciente,
Y de las cintas con que le han ceñido
Viene graciosamente envanecido.

XXXVIII

Sigue el pastor; el perro va á su lado;
Guardián paciente de importancia lleno,
Recorre á veces presuroso el prado
Rompiendo ancha vereda por el heno;
Al verlo el corderillo rezagado
De su blanco rebaño torna al seno,
Que así respeta al adalid valiente
Que del lobo lo guarda diligente.

XXXIX

De la inmediata y anchurosa vega
Do crecen el carrizo y la espadafia,
Donde el arroyo entre las guijas juega
Y con diáfanas ondas la miés baña,
El tosco carro rechinando llega
De pasto henchido y de flexible caña,
Anunciando al ganado su alimento
Con el aroma que desaparece al viento.

XL

El fiel frisón sacude la melena
Salpicada de gotas de rocío,
Y su relincho áspero resuena
Hasta la margen del cercano río,
Larga y pesada ha sido su faena
Sin que desmaye un ápice su brío,
Que mientras más su recompensa tarda
Sobrelleva mejor la dura albarda.

XLI

Con mansedumbre fiel la vaca espera
Que su leche á esprimir llegue la aldeana,
Mientras atada á un árbol la ternera
Por ir al seno maternal se afana;
Llega al fin la zagala, y placentera
Estruja la ubre con presión tirana,
Y al sonoro colodro baja en suma
Nevado arroyo levantando espuma.

XLII

De los zagales con la risa abierta
Monótono el bramido del ganado
Por un ligero instante se concierta
En medio de aquel rústico cercado.
Luego de golpe ciérrase la puerta,
Rechina el sacudido enmaderado,
Y, cesando de pronto aquel ruido,
Todo queda en silencio sumergido.

XLIII

Dentro de aquella granja está el labriego
Sentado ante encendida chimenea;
Ya al cielo alzó su vespertino ruego
Y en reposo indolente se recrea,
Al fragor de los leños entre el faego
Figúrase asistir á atroz pelea,
En que sangre á torrentes se derrama
De incendiada ciudad entre la llama.

XLIV

La roja luz que en el hogar fulgura
Con caprichoso ingenio le retrata;
En gigantesca sombra su figura
Proyecta en la pared más inmediata.
Los monstruos de su silla en la escultura
Ríen al resplandor de la fogata,
Y cual de oro bruñido la vajilla
Con el reflejo en la alacena brilla.

XLV

El anciano modula los cantares
Que en su infancia ensayó con la zampoña,
Ora por los normandos valladares,
Ora en las verdes viñas de Borgoña;
Y así como en los bosques seculares
Del tronco al lado el vástago retoña,
A sus plantas hilando Evangelina
En sus duras rodillas se reclina.

XLVI

Con su crujido la girante rueda
Al canto de Benito forma coro,
Y cuando en pausa repentina queda
Liga sus coplas con rumor sonoro.
Así se oye en el templo al aura leda
Llevando de oraciones el tesoro,
Y el eco de los pasos so la nave
Cuando el órgano acalla su voz grave.

XLVII

Percébese de pasos el ruidito;
La sacudida aldaba al punto suena;
Al herrero Benito ha conocido
Y suspende su patria cantilena;
A su fiel corazón prestando oído,
Con esa perspicacia asaz serena
Que el amor desarrolla, Evangelina
Quien viene de él en séquito adivina.

XLVIII

«¡Sed bienvenidos! el labriego exclama,
Cuando Basilio en el umbral parece;
Entrad, y junto á la encendida llama
Ocupad el sitio que os pertenece;
En el cancel vecino uso reclama
La pipa que el mecánico apetece;
Tu faz se ensancha y brilla cuando fumas
Como la luna llena entre las brumas.»

XLIX

«Quién tuviera tu espíritu, contesta,
Al Labrador el taciturno herrero;
Siempre vaga en tus labios chanza presta,
Y es tu lenguaje alegre y lisonjero;
Mas mientras tú, Benito, estás de fiesta,
La borrasca se engendra en este otero,
Y se ofrecen de Acadia al habitante
Sólo infortunio y destrucción delante.»

L

Extiende á Evangelina su ancha mano
Para coger la pipa ya encendida,
Y lentamente con lenguaje llano
La plática prosigue interrumpida:
«Hace ya cuatro días que el britano,
Con el arma hacia tierra dirigida,
En el Gáspero surge, y hasta ahora,
Cuáles son sus propósitos se ignora.»

LI

«Se nos ha dado perentoria cita
Para la iglesia parroquial mañana,
Donde del Rey exhibiráse escrita
La voluntad augusta, soberana;
Cuando de viva voz se la repita,
Ley será en la colonia americana,
Y el pueblo fiel presentimiento abriga
De que la nueva ley es su enemiga.»

LII

Lleno de fe contéstale el labriego
Con acento pacífico y silabe:
—¿Por qué siniestro se supone el pliego
que condujera la gallarda nave?
Quizás de Albión el excesivo riego
Sus sementeras maltrató. ¿Quién sabe
Si vienen á pedirnos provisiones
Para sus desoladas poblaciones?»

LIII

«No piensa así la turba de la villa,
Dice el herrero, y en señal de duda
Sacude la cabeza: en esa quilla
Viene flotando una venganza ruda.
No olvida la anglicana Camarilla
Ni á Beau-Sejour ni á Port Royal; se escuda
Ansiando que su suerte se resuelva,
La inquieta plebe en la vecina selva.»

(Se continuará).

Abrasado á su puesto.

Hace muchos años que se prendió fuego á un vapor del lago Erie, en América del Norte, estando á algunas millas de la costa. Hallando imposible apagar el incendio el práctico, James Hazard, dirigió la proa á la tierra más cercana. El calor era tan intenso, que todos los pasajeros se vieron precisados á correr á la proa, pero el práctico permaneció heroicamente en su puesto. En media hora estaba rodeado por el fuego, sufriendo horriblemente. Muchas veces no se le veía por causa del humo, mas cuando el viento lo disipaba, volvía á aparecer á la vista, firme á la rueda, para que el barco continuase á rumbo. Veinte minutos más, y ya está encallado junto á la orilla y todo el mundo salvo menos el práctico. El pobre Hazard, mártir de su deber, había muerto en el último momento. En empresas grandes ó pequeñas, éstos son los hombres que merecen respeto y admiración. Vamos á dar un ejemplo en menor escala.

Un inspector del tráfico de ferrocarriles un día, hace diez años, atendiendo á su trabajo se cayó y se hizo daño de mucha consideración. La impresión tuvo tal efecto sobre el sistema nervioso, que tuvo que estar bajo el cuidado de un médico más de un mes, y todo un año después los nervios se contraían y pegaban sacudidas, como en el mal de San Vito. Como el estómago está lleno de nervios, el apetito y la digestión empezaron á sentir el efecto maléfico del daño sufrido. Dice que estaba tan malo, que apenas podía llevar á la boca una taza de té, y tan débil, que andaba con mucho trabajo y dificultad. Estaba en estado de que me atacase la indigestión y se hiciese crónica, y no tardé en sentirme víctima de este horroroso padecimiento. Dormía mal, la piel estaba seca y ardiente; tenía mal gusto en la boca y me sentía muy pesado de cuerpo y espíritu. Nada de lo que hacían los médicos daba resultado, y un día un guarda de tren me aconsejó que tomara el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. A las primeras tomas ya me sentía mejor, y en diez ó doce días se acabaron los dolores de cabeza, se me arreglaron los nervios, y empecé á tomar gusto á las comidas. Tuve constancia, y el jarabe me curó según él me había dicho. Las medicinas me llegaron á costar diez duros, y me encuentro perfectamente bueno. Por mucho que digan los médicos, no hay medio de desmentir los hechos. Estaba medio muerto, y ahora estoy tan sano y tan fuerte como cualquiera, y lo que uno siente es lo que uno cree.»

Mr. Benjamín Benson es jefe de estación en

Werneth, Oldham, Inglaterra. Esta es la primera autoridad de una estación de ferrocarril, y todos los demás empleados son subalternos. A este puesto sólo se llega por medio de buenos y continuados servicios en una Compañía, pues envuelve mucha responsabilidad. Hace poco que ha dicho Mr. Benson: «He sufrido mucho tiempo de indigestión crónica, y no he podido aliviarme hasta que he hallado el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. El alimento más simple me ocasionaba gran dificultad, y casi que tenía miedo de sentarme á la mesa. He tenido ocasiones de levantarme durante la noche á andar de un lado á otro porque no podía dormir ni descansar. Esta medicina me ha curado. También puedo decir que mi hijo Jorge padecía de neuralgia y gran debilidad nerviosa, debidas á la indigestión crónica. Estuvo doce meses bajo el cuidado de un médico sin aliviarse, pero viendo lo que yo había conseguido del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, lo tomé y se ha puesto bueno. Los dos estamos ahora buenos y fuertes.»

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Banco de España

El Consejo de gobierno, con presencia del balance de fin de Junio último último, ha acordado repartir la cantidad de cincuenta pesetas por acción, deducida ya la contribución correspondiente, á cuenta de los beneficios del año actual.

En su consecuencia, desde el lunes 4 del corriente, de once de la mañana á tres de la tarde, y por el orden que se expresa á continuación, pueden presentarse los señores accionistas en el negociado de acciones de la secretaría, con los respectivos extractos de inscripción, á fin de percibir en el acto el expresado dividendo.

Lunes 4 de Julio: Letras del registro del extracto. A, D, E, L, Ll, P, U, V, Z y las inalienables.

Martes 5 de Julio: F, G, H, K, Q, R y T.

Miércoles 6 de Julio: B, C, J, I, Y, M, N, O y S.

Los señores accionistas que tienen solicitado el abono en cuenta corriente de los dividendos, podrán disponer del importe de los mismos desde el primer día de pago.

Se advierte que en cada día de los señalados no se pagarán más dividendos que los correspondientes á las acciones cuyas letras quedan indicadas, y que desde el jueves 7 en adelante se harán los pagos indistintamente á todo el que se presente.

Madrid 1.º de Julio de 1892.—El secretario general, Juan de Morales y Serrano.

Banco de España

El Consejo de gobierno ha acordado poner en circulación una nueva serie de billetes de 4 mil pesetas, que lleva la fecha de 1.º de Julio de 1884, sin que esto dé motivo á la recogida

de los que circulan actualmente de la misma serie, pero de otras emisiones.

Madrid 8 de Julio de 1892.—El Secretario general, Juan de Morales y Serrano.

Banco de España

Los interesados que tengan en depósito en este Banco los valores que se expresan á continuación, pueden presentarse en la caja del mismo desde el día 14 del actual, de once de la mañana á tres de la tarde, á percibir los intereses vencidos en 1.º del corriente.

Inscripciones de la Duda perpetua al 4 por 100 interior.

Obligaciones del ferrocarril del Norte de España, tercera, cuarta y quinta serie.

Idem id. id. de Segovia á Medina del Campo.

Idem id. id. de San Juan de las Abadesas.

Idem id. id. de prioridad de Zaragoza á Pamplona y Alsásua y Zaragoza á Barcelona.

Idem id. id. de Sevilla, Jerez y Cádiz, primera emisión.

Idem de la Sociedad Altos Hornos de hierro y acero de Bilbao.

Idem id. de la Trasatlántica, al 4 por 100.

Acciones al portador del Banco Hipotecario de España.

Idem del ferrocarril de Langreo.

Idem id. id. de Madrid á Zaragoza y á Alicante.

Obligaciones de la Sociedad Tranvía de Estaciones y Mercados, al 6 por 100.

Idem id. id. id. id. id., al 5 por 100, cuarta serie.

Idem del ferrocarril de Tudela á Bilbao, tercera serie.

Idem id. id. de Barcelona á Zaragoza.

Idem id. id. de Madrid á Zaragoza y á Alicante.

Idem id. id. de Langreo.

Acciones de «La Unión» y «El Fénix Español».

Obligaciones del ferrocarril de Almansa á Valencia y Tarragona, al 3 por 100.

Idem id. id. id. id. id., al 5 por 100.

Idem id. id. del Grao de Valencia y Almansa.

Madrid 15 de Julio de 1892.—El Secretario general, Juan de Morales y Serrano.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis.

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

LOS QUE TENGAN TOS
En sea resaca ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte e incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Púntese estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 3
1892

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO

DE
CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado. TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA
JORGE G. GIROD
Sucesor de Losada.

SALICILATOS

DE BISMUTO Y CERIO

DE VIVAS PEREZ

Adoptados de Real orden
por el Ministerio de Marina.

Recomendados por la
Real Academia de Medicina.

CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de **INDISPOSICIONES** del TUBO DIGESTIVO, VÓMITOS y DIARREAS; de los TÍSICOS de los VIEJOS; de los NIÑOS, CÓLERA, TÍFUS, DISENTERIA; VÓMITOS de las EMBARAZADAS y de los NIÑOS; CATA-



RROS y ÚLCERAS del ESTÓMAGO; PIROXIS con ERUPTOS FÉTIDOS; REUMATISMO y AFECIONES HÚMEDAS de la PIEL. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público, tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS. — DESCONFÍAR DE LAS IMITACIONES.

LA ANTIGUA Y CONOCIDA CASA

CH. DENIS

PARIS.—4, rue Manuel.—PARIS

Se encarga de la compra en comisión, así como de la expedición de toda clase de mercancías, como perfumería, droguería, especialidades farmacéuticas, ropa, telas, maquinaria, etc.; del envío de precios y tarifas, pues cuenta con las relaciones de las primeras casas de Francia.

También se encarga de la casa de tomar suscripciones a todos los periódicos de París.

Todas las cartas deben llevar un sello de correo español de 0,25 pesetas para la contestación.

GRAN ALMACEN

DE

PORCELANA, LOZA Y CRISTALERIA

Vajillas, grandes surtidos, nuevos y variados dibujos, muy baratas copas cristal para agua, 5 pesetas docena; copas para vino, 4 id.; para licor, 3; botellas, Juegos de lavabo, Juegos de café, licoreras, jarrones, tazas, jicaras, objetos de capricho para regalo.

CALLE DE ESPOZ Y MINA NÚM. 40 (esquina a la plaza del Angel.)

No equivocarse, fiarse en las señas.

INSTITUTO DE FRANCIA : PREMIO MONTYON

VINO DE QUINA OSSIAN HENRY

simple ó ferruginoso

El más eficaz reparador. — El mejor de los Ferruginosos. Gusto agradable. Cura la Clorosis, la Anemia, las Flores blancas, las constituciones débiles, etc.

B. BAIN & FOURNIER, 43, Rue d'Amsterdam, PARIS
EN ESPAÑA, EN TODAS LAS FARMACIAS.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa.

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

RUS ARTE FOTOGRAFICO RUS

Casa especial en aparatos, artículos y productos para la fotografía.

LA MAS SURTIDA DE ESPAÑA

Envíos a provincias y Ultramar.

Gran catálogo ilustrado seguido de un tratado fotográfico.

Colores esmalte para el decorado de porcelanas, Jarros, platos, etc., etc. Unico depositario en España de las extra-rápidas placas Monckhoren,

San Pablo, 68.—FERNANDO RUS.—Barcelona.

(APARTADO NÚM. 11.)

ENOLATURO PADRÓ

REGENERATIVO Y DEPURATIVO DE LA SANGRE

Este precioso medicamento lleva 30 años de éxito, y es infalible para curar las HERPES en sus variadas formas, las ESCRÓFULAS, el VENÉREO, REUMA, GOTA, ENFERMEDADES DEL HÍGADO, y en general los padecimientos originados por la pobreza de sangre y malos humores de la misma. Lo recomienda la clase médica por ser el alterante y reconstituyente más eficaz, y el público lo toma por ser el depurativo más

..... inocente y seguro.

Venta al por mayor: FARMACIA DEL GLOBO, Plaza Real, n.º 4, Barcelona; al detall en todas las de la Península y Ultramar.

SEÑORAS

La perfumería

THOMAS

es la que vende la perfumería fina a precios reducidos.

La perfumería

THOMAS

es la que vende los perfumes sueltos para el pañuelo a 5 reales onza; el Heliotropo blanco, perfume fino, delicado y muy permanente, a 6 reales.

La perfumería

THOMAS

es la que presenta en sus anaqueles un millón de caprichosos objetos con perfumes ó sin ellos, para regalitos de poco precio.

La perfumería

THOMAS

está situada en la calle MAYOR, 36. Fijarse bien en las señas: número 36, entre las calles de Coloreros y Bordadores. Los precios son fijos, marcados en los objetos.—Prohibido el regatear.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO CERVANTES BALMES CISNEROS

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVII.—TOMO XV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	1,50 pes.
Tres meses.....	4 "
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 "

NÚMERO 14.—Madrid 31 de Julio de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 francos.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 "



EL PRIMER DISCIPULO DE GALILEO

SUMARIO

TEXTOS

Enciclica de Su Santidad, acerca de Cristóbal Colón.—La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—Como verdura de las eras, por Manuel Polo Peyrolón.—Nuestro arte religioso, por José Ferrándiz.—San Vicente de Paul, por Casado de Echegaray.—Evangélica, poema de Longfellow, traducción por Carlos Moles Vicalá.—Revista Semanal, por el Bachiller Alonso.—Desde Filipinas, por Francisco Aguilera y Bisca.—Reclamos.—Anuncios.

GRABADOS

El primer discípulo de Galileo.—La Carta de Vall de Cristó.—Dama vespuciana del siglo XVI.—Últimos momentos de un sentencedo a muerte.—Vista interior de San Miguel de Escalada.



CARTA

DE NUESTRO SANTISIMO PADRE
EL PAPA LEÓN XIII

A los Arzobispos y Obispos de España, de Italia
y de las dos Américas
acerca de Cristóbal Colón

A nuestros venerables hermanos los Arzobispos y
Obispos de España, de Italia y de las dos Amé-
ricas.

LEÓN XIII, PAPA

VENERABLES HERMANOS:

Salud y bendición apostólica.

CUATRO siglos han transcurrido desde que un hombre de Liguria abordó el primero, bajo los divinos auspicios, en las desconocidas playas del otro lado del Atlántico, y rivalizan los hombres hoy por conmemorar alegremente la memoria de este acontecimiento, y por glorificar a su autor. Difícil fuera, en verdad, hallar otro motivo más digno de inflamar las almas y conmover los espíritus. Se trata, en efecto, del hecho más grande y más hermoso que han visto los tiempos, y apenas hay figuras en toda la historia de la humanidad comparables con la de aquel que lo llevó a término, por la grandeza de su alma y de su genio. Por él surgió un nuevo continente del inexplorado seno del Océano; millares de seres humanos que yacían en el olvido y en las tinieblas, entraron a formar parte de la sociedad de las gentes pasando de la barbarie a la dulzura y a la civilización; y, lo que es más todavía, fueron libertados de la muerte para entrar en la vida eterna por la participación de los bienes que Jesucristo concedió al mundo.

Sorprendida desde luego Europa por la novedad y por lo prodigioso de este inesperado acontecimiento, fué dándose cuenta poco a poco de todo cuanto debía a Cristóbal Colón cuando, después de fundar colonias en América, después de las incasantes comunicaciones de un país con otro, por la reciprocidad de servicios, por el comercio marítimo de importación y exportación, se logró increíble acrecentamiento en los conocimientos de la naturaleza, en la comunidad de recursos y de riquezas, y en el extraordinario aumento de la autoridad del nombre y prestigio de Europa.

No debe la Iglesia guardar silencio en medio de estos múltiples homenajes y de este concierto de congratulaciones; por su carácter y por su institución aprueba con gusto y se esfuerza en animar y fomentar todo cuanto merezca honores y alabanzas. Pero reserva honores más particulares y grandes para las virtudes eminentes en el dominio de la moral, en tanto que están íntimamente ligadas con la salud eterna de las almas.

No desprecia por eso ni estima menos otro géne-

ro de virtudes; lejos de esto, ha apreciado y ha honrado siempre a cuantos han merecido los aplausos de la sociedad civil y cuyo nombre ha pasado a la posteridad. Dios es admirable en sus Santos sobre todo; pero el sello de su poder divino aparece también en aquellos en quienes brilla una fuerza superior de alma y de inteligencia, porque la luz del genio y la grandeza del alma humana no tienen otra fuente que Dios, padre y creador de la humanidad.

Pero hay otra razón particular que nos obliga a celebrar con reconocimiento el recuerdo de este acontecimiento inmortal. Cristóbal Colón nos pertenece, porque a poco que se investigue cuál fué la razón principal que le resolvió a conquistar los mares tenebrosos y qué idea se propuso realizar con su proyecto, se ve claramente, sin que haya lugar a duda, que la fé católica tuvo la mayor parte en la concepción y ejecución de la empresa; de tal suerte, que, también por esta consideración, debe el género humano gran reconocimiento a la Iglesia.

Hay, indudablemente, gran número de hombres expertos y valientes, que, tanto antes de Cristóbal Colón, como después de él, explotaron con tenacidad tierras desconocidas y lejanas e ignorados mares. La humanidad, al recordar tales servicios, celebra y celebrará siempre su memoria por haber ensanchado los límites de la ciencia y de la civilización y contribuido a aumentar el bienestar general, con grandes molestias y corriendo frecuentemente graves peligros.

Hay, sin embargo, una gran diferencia entre éstos y el de que hablamos, pues lo que más distingue a Colón es que, al recorrer los inmensos espacios del Océano, le guiaba un fin más grande y más elevado que a los otros.

No es que no tuviese el legítimo deseo de merecer bien de la sociedad humana; no que despreciase la gloria, cuyo aguijón muerde de ordinario más vivamente en las grandes almas, ni que desafiase enteramente las ventajas personales que le proporcionase; sobre todas estas consideraciones humanas estaba la de la Religión de sus mayores, que le inspiró el pensamiento y la valentía de la ejecución, dándole consuelo y perseverancia en medio de las mayores dificultades, porque la principal idea que dirigió su espíritu fué la de abrir un camino al Evangelio a través de nuevas tierras y de nuevos mares.

Tal vez parezca esto inverosímil a aquellos que encontrando todos sus pensamientos y cuidados en este mundo que perciben nuestros sentidos, no quieren mirar a lo alto. Pero se ha observado, por el contrario, que las inteligencias eminentes prefieren elevarse, porque están mejor dispuestas que nadie para comprender los impulsos y las inspiraciones de la fé divina.

Seguramente, Colón había unido al estudio de la ciencia el de la Religión, y había educado su alma con las enseñanzas procedentes de las fuentes íntimas de la fé católica.

Por esto, desde que comprendió, por las enseñanzas astronómicas y los monumentos de los antiguos, que más allá de los límites del mundo conocido se extendían, en el Occidente, grandes espacios de tierra que ningún hombre había explorado hasta entonces, se representó una gran multitud rodeada de lamentables tinieblas, ligada a ritos crueles y a supersticiones en honor de falsos dioses. Veía a esa multitud viviendo miserablemente en la barbarie, con costumbres sanguinarias; careciendo, más miserablemente todavía, de la noción de las cosas más grandes, y sumida en la ignorancia del único Dios verdadero. Y haciendo su espíritu esta reflexión, deseó más que nada extender con el nombre cristiano los beneficios de la caridad cristiana en Occidente, como lo prueba hasta la saciedad toda la historia de su empresa.

En efecto, cuando por vez primera rogó a Fernando e Isabel, Reyes de España, que no vacilaran en emprender la obra, expuso el asunto por completo, diciendo que *la gloria de aquellos crecía hasta la inmortalidad si se decidían a llevar el nombre y las doctrinas de Jesucristo a tan lejanas comarcas*. Y cuando sus votos se vieron bien pronto cumplidos, atestigüa que *lo que él pedía a Dios era que, por su divino auxilio y por su gracia, los Reyes de Espa-*

ña continuaran queriendo hacer penetrar el Evangelio en nuevas comarcas y nuevas playas.

Al Papa Alejandro VI, a quien no cesaba de pedir misioneros, decía en una carta:

«Confío en que, con la ayuda de Dios, podré algún día llevar todo lo más lejos posible el santo nombre de Jesucristo y el Evangelio.»

Comprendemos que estaría lleno de alegría cuando, regresando por primera vez de la India a Orléans, escribía a Rafael Sánchez: «Es necesario dar a Dios eternamente gracias por la bondad con la cual había alcanzado éxito tan favorable; que era preciso que Jesucristo se alegrase y triunfase en la tierra como en el cielo por la próxima salvación de innumerables pueblos sumidos antes en la perdición, y que, si obtuvo de Fernando y de Isabel que sólo permitiesen a los católicos ir al Nuevo Mundo y entablar relaciones comerciales con los indígenas, fué porque en su mediación y sus esfuerzos no buscaba otra cosa que el acrecentamiento y el honor de la Religión católica».

Esto era conocido por la Reina Isabel que, mejor que nadie, había penetrado en el alma de este gran hombre, tanto más cuanto que es bien sabido lo que Colón propuso a esta mujer piadosa, de gran corazón y de espíritu viril. Porque, hablando de Colón, ella afirmó que se lanzara con ardor al Océano, «a fin de realizar por la gloria divina algo extraordinariamente notable».

Y escribía a Colón, después de su vuelta, «que los gastos hechos por ella y los que hiciera en adelante para las expediciones a la India, estaban bien hechos, porque se empleaban en la propaganda de la Religión católica».

Prescindiendo de un motivo superior a las consideraciones humanas, ¿dónde hubiera podido encontrar la constancia y la fortaleza de espíritu indispensables para sobrellevar todas las amarguras que sufrió hasta el fin? Contradicción por parte de los sabios, repulsas de los príncipes, tempestades del Océano enfurecido, vigilias laboriosas, que en más de una ocasión le causaron enfermedades en la vista, y además luchas contra los bárbaros, infidelidades de sus amigos y de sus compañeros, conspiraciones depravadas, perfidias de los envidiosos, calumnias de los detractores y emboscadas contra su inocencia.

Era inevitable que aquel hombre sucumbiese bajo el peso de trabajos tan enormes y de ataques tan sin número, si no le hubiera sostenido el convencimiento de la grandiosa empresa en cuyo triunfo entreveía la glorificación del nombre cristiano y la salvación de infinitas multitudes. Las mismas circunstancias del tiempo en que se realizaba aquella empresa, contribuyeron a realzarle maravillosamente. Colón descubrió en efecto América en la época en que sobre la Iglesia se cernía la tempestad. En lo que está permitido a la humanidad apreciar por el curso de los acontecimientos los caminos de la Divina Providencia, se comprende que, por un designio de Dios, aquel hombre, gloria de Liguria, nació para remediar los desastres que amenazaban en Europa el nombre católico.

Atraer la raza india a la Religión cristiana, era seguramente misión y trabajo de la Iglesia. Esta misión, asumida desde el principio por ella, ha continuado realizándose por un perpétuo esfuerzo de caridad, y ha llevado su influencia en estos últimos tiempos hasta los confines de la Patagonia. No obstante, Colón, convencido de que preparaba y afirmaba caminos para el Evangelio, dedicó sus esfuerzos a esta idea, y no emprendió nada sin tener a la Religión por guía y a la piedad por compañera.

Recordamos algunos hechos por todos conocidos, pero que dan a conocer el corazón y el alma de Colón. Cuando los lusitanos y genoveses le obligaron a marcharse sin haber puesto fin a su empresa, y se retiró a España, tras los muros de un convento completó con el auxilio y los consejos de un religioso discípulo de San Francisco de Asís el gran proyecto de conquista que había meditado.

Después, al cabo de siete años, cuando va a volver al Océano, su primer cuidado es el de purificar su alma: rogó a la Reina del Cielo que presidiese su empresa y que fuese la directora de su

rumbo, mandando que no se desplegasen las velas antes de haber invocado el poder de la Santísima Trinidad. Después, ya lejos de la tierra, mientras el mar se encrespa y dan voces los marineros, su alma permanece serena, porque ha puesto su alma en Dios. Los nuevos nombres que da a las islas nuevas indican por sí mismos cuál es su proyecto; aborda a una, adora suplicante a Dios Todopoderoso, y no toma posesión de ella sino en el nombre de Jesucristo. Cuando pone el pie en alguna playa, no piensa más que en hincar en la orilla la santa cruz; él es el primero que pronuncia en las islas nuevas el nombre divino del Redentor del mundo, que tantas veces había cantado en alta voz con el acompañamiento del murmullo de las olas; y por eso, al edificar en la Española, empieza por construir una iglesia, haciendo de las ceremonias sagradas el prelude de las fiestas populares.

He aquí el objeto que se propuso y la conducta que observó Cristóbal Colón en aquella vasta extensión de costas y tierras ignoradas, inaccesibles hasta entonces e incultas, pero cuya civilización, gloria y riquezas han adquirido después rápidamente el considerable grado de incremento en que hoy se encuentran. En todo este acontecimiento, la magnitud de la empresa y la eficacia y diversidad de los beneficios que ha reportado, imponen el deber de glorificar a aquel gran hombre con un recuerdo de gratitud y con todo género de honores y homenajes; pero es preciso, ante todo, acatar y reverenciar muy especialmente la voluntad y los designios de la Providencia, a la que obedecía el descubridor del nuevo continente, y a la cual servía con toda su voluntad.

Para celebrar, por lo tanto, dignamente y con arreglo a la verdad las fiestas de Cristóbal Colón, debe unirse la santidad de la Religión al esplendor de las solemnidades civiles.

Por esto, así como antiguamente al tenerse la primera noticia del acontecimiento se hicieron públicas acciones de gracias, bajo la presidencia del Sumo Pontífice, al Dios inmortal y a la Divina Providencia, así creemos que debe hacerse todavía para conmemorar aquel suceso venturoso.

Por consecuencia, Nos hemos decidido que el 12 de Octubre, ó el primer domingo siguiente, según acuerde el Ordinario respectivo, se celebre una solemne Misa de la Santísima Trinidad en todas las Iglesias, Catedrales y Colegiatas de España, de Italia y de las dos Américas. Y Nos esperamos que en las otras naciones, además de las citadas, se haga otro tanto por iniciativa de los Obispos, pues conviene que lo que ha sido útil a todos sea también por todos celebrado con piedad y con agradecimiento.

Entre tanto, como prueba de los divinos favores, y en testimonio de Nuestra paternal benevolencia, os damos afectuosamente en el Señor, a vosotros, venerables hermanos, a vuestro Clero y a vuestro pueblo todo, la bendición apostólica.

Dado en Roma el XVI día de Julio del año de MDCCCXCII, décimoquinto de nuestro Pontificado.

Le V. C. XIII.

LA QUINCENA

El acontecimiento culminante de la quincena, ha sido el triunfo obtenido en las últimas elecciones por los liberales ingleses. Estas elecciones serán memorables en los anales políticos de la Gran Bretaña, por el ardor y la energía con que todos los partidos han tomado parte en la contienda electoral. Hacía muchísimos años que no se presenciaba cosa semejante. La clase media, alarmada realmente ante la perspectiva de un Gabinete radical, presidido por Gladstone, el perturbador, como allí por los escritorios y vastos almacenes de la City se llama al octogenario leader del partido

whig, ha sacudido su habitual pereza y se ha presentado en los colegios electorales como un ejército compacto. La masa de los electores, la muchedumbre de los obreros y de las gentes del campo, para los cuales ha llegado a convertirse el gran viejo, gracias a su modo de ser, algo populachero, casi en un semidió, han caído en las redes, hábilmente tendidas por los jefes radicales, quienes han hecho brillar ante sus ojos las delicias de un nuevo paraíso y los esplendores de la edad de oro que habrá de inaugurarse para los hijos del trabajo con la subida de los liberales al poder. Por esta razón, en Londres y en sus arrabales han ganado los gladstonianos veinticinco puestos, siendo así que sólo obtuvieron once en las elecciones de 1886. Los gladstonianos, por lo que hace a Londres, se encuentran ahora de nuevo, a poca diferencia, en la posición que ocupaban en las elecciones de 1885. Los conservadores han ganado treinta y seis puestos en Londres; de manera que en la capital quedan con una mayoría de once votos, lo cual hace prever que la ciudad se volverá quizás liberal, conforme era hace treinta años, antes que el radicalismo hubiese comenzado a alarmar a los liberales modernos y a enajenarse sus simpatías. El liberalismo de hoy, con todo, es más avanzado que el radicalismo de entonces, mientras que el partido conservador se ha modificado también con la joven escuela de torys demócratas, que, desde hace algunos años, ha aparecido y va desarrollándose en su seno.

••

Existe entre nosotros una escuela democrática, ó digamos mejor existen algunos demócratas, restos de la antigua escuela economista, nacida y desarrollada en nuestra patria al calor del entusiasmo que produjo aquende el canal de la Mancha la célebre escuela de Manchester, que no cesan, cada vez que se les presenta ocasión oportuna para ello, de ensalzar y poner en las nubes la sinceridad electoral de Inglaterra, y de asegurar que el derecho de sufragio es en aquella nación privilegiada un perfecto medio de gobierno y verdadero é irreemplazable instrumento para el ejercicio y realización del *self government*.

Verdad es que en Inglaterra no se dirigen las elecciones desde el ministerio del Interior, ni allí existen candidatos ministeriales, ni a ningún consejero de la Corona se le ha ocurrido todavía proceder a la confección (que esta es la palabra del encasillado, de ese encasillado terrible que tantos quebraderos de cabeza produce y durante tantas noches quita el sueño a nuestros políticos flamantes. Pero allí existe en cambio un caciquismo poderoso; el caciquismo industrial y mercantil, harto de millones, y egoísta de suyo, que echa el peso formidable de sus libras esterlinas en la balanza electoral, presentándose ante el obrero con el aterrador dilema de «ó votas, ó te despido.» Y no hablamos de la compra de votos, que ha llegado a alcanzar en el Reino Unido proporciones escandalosas. La misma ley ha tenido que tomar allí cartas en el asunto, estableciendo el tipo máximo de lo que se puede gastar en cada centro electoral y por cada candidato. Dichos gastos no pueden pasar, en las poblaciones que no lleguen a 2.000 electores, de 350 libras, ó sean 8.750 pesetas; y en las que pasen de este número, 30 libras más por cada 1.000 electores. En las comarcas rurales (condados) el gasto no puede pasar de 650 libras (16.250 pesetas), en el primer caso y un aumento de 60 libras en el segundo. En Irlanda varía la tarifa por la subdivisión de la población en parroquias y caseríos aislados; pero del mismo modo que en Inglaterra y Escocia, viene a regular la ley la cuantía de los gastos electorales. Representense ahora nuestros lectores las cantidades voluntarias que en secreto repartían los candidatos para conquistar los votos de los electores,

abuso para cuyo remedio no alcanza seguramente la eficacia de la ley; y fijense luego en que en las grandes poblaciones aquellas cantidades se destinan tan sólo a vencer las repugnancias ó alentar los entusiasmos de las personas influyentes, de esas que, lo mismo allí que aquí, pueden disponer a su antojo de seis, ocho ó más votos; que por lo que respecta a la masa del pueblo, alcanza la puja proporciones escandalosísimas. A la puerta de cada colegio electoral se alzan tablados por cuenta de los respectivos candidatos; y muñidores de éstos, muchos en el negocio, compran votos por peniques y vasos de cerveza, pregonando esta rara mercancía en las mismas narices de las autoridades, como género de lícito comercio. Así, que la posesión de un acta de diputado representa en Inglaterra un verdadero capital, y solamente a los ingleses muy ricos es dado sentarse en la Cámara de los Comunes é influir, por ende, en la política de su país. Con dos ó tres carneros y un par de pellejos de vino, cualquier chico de la prensa, un poco avisado, consigue en España lo que a un político inglés cuesta muchos miles de pesos duros. Alguna ventaja habían de tener sobre las inglesas nuestras costumbres electorales. Pero quede sentado que en todas partes cuecen habas, y que esto de la soberanía nacional y la voluntad del país claramente manifestada, es farándula pura, lo mismo en estos pueblos latinos, nerviosos é impresionables, que entre los sajones sesudos y flemáticos.

••

A pesar del triunfo obtenido por los liberales, la política del *home rule* está todavía bastante lejos de haber alcanzado la victoria. Por lo pronto, lord Salisbury ha manifestado ya muy claramente que no abandonará el Gobierno hasta que sea derrotado en alguna votación parlamentaria; y aun cuando Gladstone subiera inmediatamente al poder, tampoco procedería de golpe al planteamiento del *home rule*, pues ya ha procurado curarse en salud, manifestando en uno de los innumerables discursos que ha pronunciado con motivo de las elecciones «que hay que buscar el momento oportuno para presentar tal reforma.» Si al fin se decide a plantearla, es evidente que será rechazada por la Cámara de los Lores; la disolución del Parlamento se impondrá como de absoluta necesidad, y Dios sabe las complicaciones que puede acarrear a la política interior del Reino Unido el presente triunfo de los liberales.

Los católicos debemos regocijarnos por la victoria de los whigs. Los torys no se aventuraron jamás a tratar con el Pontificado con tanta facilidad y de tan buena fé como los liberales, cuyos prejuicios religiosos son menos obstinados y profundos. Ese viejo partido tory es en este sentido, como en todos, verdaderamente conservador, y guarda intacta la herencia de los antiguos disonamientos que acabaron por separar a la Isla de los Santos del rebaño del supremo Pastor. Gladstone representa en Inglaterra el principio liberal, leal y sincero. Hombre profundamente religioso, naturaleza altamente moral y superior, fijos siempre los ojos de su alma en las causas justas, en el derecho y en el progreso, tiene Gladstone cierto parentesco intelectual con el Catolicismo. En otra sociedad no tan ahita de preocupaciones como la inglesa, hubiera sido indudablemente católico

••

El día 19 del corriente Julio se cerraron las Cortes, sin discutir al cabo los proyectos á que tanta importancia daba el Gobierno. El ministro de la Gobernación obsequió con un té a los senadores y diputados de la mayoría, cosa que ha llamado la atención, por lo desusada, pero que no deja de ser un acto de cortesía, y como tal, digno de alabanza. La familia real ocupa ya el lindo palacio de Ayete. El todo Madrid de



LA CARTUJA DE VALL DE CRISTI

los cronistas anda esparcido por balnearios, playas y campestres retiros; y en la corte reina esa calma chicha que constituye la nota culminante de sus terribles veranos. Los ánimos, tras de los pasados escarceos, andan sosegados y tranquilos; nadie se mete ya con los vendedores ambulantes, y éstos, en cambio, dejan en paz á las autoridades y al vecindario, vendiendo lo que pueden, y pagando, cuando así les place, los impuestos que les da la gana. Madrid es una Arcadia; pero el genio de la discordia no descansa un momento en su ingrata tarea, y anda por esos mundos soliviantando los ánimos y causando males y desastres sin cuento. Ahora les ha tocado el turno á los gallegos, gente de suyo dócil y sufrida, poco aficionada á motines, y de ánimo tan pacífico y dulce como la naturaleza hermosa que los rodea. Pontevedra ha sido teatro de una colisión sangrienta. Las vendedoras de los mercados se amotinaron contra el impuesto de consumos, y las autoridades reprimieron con mano fuerte el motín, resultando del choque entre la fuerza pública y los sublevados algunos muertos y heridos. La guardia civil sostiene que disparó al aire, y parece confirmar este aserto el hecho de haber sido heridas mayor número de personas de las que presenciaban el motín desde los balcones, que de las que gritaban en las calles. De todos modos, el hecho es lamentable, y más lamentable todavía el que se repitan con tanta frecuencia tales desmanes; que por muy justa que sea la causa á que obedezcan, traen siempre aparejadas consecuencias desagradables para todos. Los periódicos enemigos del Gobierno han puesto el grito en el cielo porque las autoridades no han querido allí dejarse imponer por los

alborotadores, así como también lo pusieron cuando el motín de las verduleras de Madrid, sosteniendo entonces que á haber procedido desde luego los gobernantes con mano fuerte, no hubiera adquirido tan grandes proporciones el alboroto. ¿En qué quedamos? ¿Han de reprimirse los motines, ó deben, por el contrario, los Gobiernos doblegarse ante sus exigencias? Esto de hacer la oposición á *outrance*, y en todo y por todo, es cosa que se presta, más que otra alguna, á dar interés y amenidad al periódico; pero tanto se ha abusado de ella, que ningún lector, incluso aquellos que con mayor deleite saborean el furibundo artículo, le conceden ya importancia de ninguna clase.

•••
 ¿Recuerdan ustedes *La Isla Misteriosa* de Julio Verne? Aquel pedazo de tierra perdido en las vastas soledades del inmenso Océano, hermoso y fértil sobre toda ponderación, dotado por la Providencia de una flora prodigiosa y de una fauna abundantísima, sirve de refugio á los *náufragos del aire*. Aquellos cinco norteamericanos, salvados milagrosamente, logran, á fuerza de trabajo y de constancia, transformar la Isla de *Lincoln* en un verdadero paraíso; pero cuando más satisfechos se hallan de su obra y forjan para lo porvenir más halagüeños proyectos, una espantosa erupción volcánica rompe en mil pedazos la isla y sepulta en los abismos del mar tantas maravillas de la naturaleza y del trabajo humano. Pues este desenlace imaginado para su novela por la poderosa fantasía del gran escritor francés, acaba de ser para los habitantes sin ventura de la isla de Sanguir espantosa realidad.

Dicha isla se encontraba situada á los 3° 43' de latitud Norte y 123° 6' de longitud, entre el archipiélago filipino y las islas Célebes, y formaba parte de un grupo de cincuenta, que reunían una extensión superficial de 837 kilómetros cuadrados, y estaban pobladas por unos 60.000 habitantes. La isla desaparecida contaba próximamente con unos 25.000

El interior de la isla estaba atravesado por una cadena de montañas que terminaba al Norte en el volcán que ha sido causa de la catástrofe. En su feracísimo suelo vivían grandes rebaños de cabras, piaras de cerdos y vacadas numerosas. Abundaban las aves de todas las variedades oceánicas, y crecían el cocotero, el árbol de la canela, el del clavo y otras plantas propias de la zona tropical. La capital se llamaba Tarúm, y la isla figuraba en los atlas como posesión holandesa.

La explosión volcánica que la ha destruido no es la primera ocurrida en la isla. El volcán, que se elevaba, como hemos dicho, en la parte más septentrional, tuvo una violentísima erupción en 1852. Se calcula en 6.000 el número de personas que murieron entonces á consecuencia de la sacudida ó sepultadas bajo la lava y las cenizas.

Ahora todo ha terminado. Acaso la punta de un escollo, al que de aquí en adelante procurarán no acercarse los navíos, indicará el sitio donde sufrieron y gozaron 25.000 hermanos nuestros, desaparecidos de repente de sobre la haz de la tierra. Solamente leyendo los últimos capítulos de la novela de Julio Verne, podemos formarnos idea aproximada de la espantosa catástrofe. ¿Qué son las luchas de la política, qué los vaivenes de la fortuna, qué las revoluciones de los imperios, al lado de estos fieros cataclismos de la naturaleza, en los que se manifiesta por espantable manera la mano todopoderosa del soberano Sér que gobierna los mundos? El haya acogido las almas de tantos desventurados seres en el seno de su infinita misericordia.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

El primer discípulo de Galileo.—(Pág. 209.)

Este grabado es reproducción del magnífico cuadro con que asentó definitivamente su reputación de gran pintor el distinguidísimo artista mejicano D. Félix Parra. Este solo cuadro bastaría para otorgar al Sr. Parra lugar preeminente entre los pintores contemporáneos. El artista americano ha sabido interpretar fielmente en su obra la verdad histórica, sin caer en el burdo error de los ignorantes que aún suponen á Galileo enemigo de la verdad revelada y adversario de la Iglesia católica.

La Cartuja de Vall de Cristi.—(Pág. 212.)

En la provincia de Castellón de la Plana abundan los restos romanos y de fortificaciones de la Edad Media; pero por lo demás, no se encuentra en ella una de aquellas grandiosas construcciones que por sí solas llenan una página de nuestra historia monumental. La provincia ha carecido siempre de grandes centros de población; ha sido teatro de frecuentes luchas, á que se presta su extractora topográfica, que es principalmente montuosa, salvo la amenísima llanura que rodea á la capital; y por otra parte, es sobrado pequeña para servir de asiento á una civilización poderosa; razones todas que explican suficientemente la escasez de monumentos que en ella se observa. El edificio religioso más importante con que cuenta hoy es la iglesia mayor de Morella; pero en lo antiguo podía enorgullecerse de poseer una verdaderamente suntuosa en la célebre Cartu-



DAMA VENECIANA DEL SIGLO XVI

ja de Vall de Cristi, de la cual ofrecemos hoy una vista á nuestros lectores. Este insigne monasterio fué fundado por Don Martín, hijo segundo de Don Pedro IV de Aragón. Las obras duraron doce años, á contar desde 1386, en que se puso la primera piedra. La iglesia se inauguró en Noviembre de 1401. Esta ilustración gozó de grandes prerrogativas y de merecidísima fama durante los siglos XV y XVI; luego decayó su importancia, y por último, la piqueta del moderno vandalismo le hizo sufrir la misma suerte que han corrido otros monumentos insignes que nos legó la espléndida piedad de nuestros mayores.

Dama veneciana del siglo XVI.—(Pág. 213.)

Una de las especialidades del ilustre pintor germánico Carlos Bicker, ha sido la representación de hermosas mujeres, fijándose sobre todo en aquellos tipos de valor histórico que pueden ser considerados como símbolos de una determinada época. En el retrato cuya reproducción ofrecemos á nuestros lectores, campean todas aquellas cualidades que constituyen la manera artística del insigne Bicker. Escrupuloso observador de la verdad histórica, rinde á ella fervoroso culto, cosa que no impide por cierto á su poderoso talento espaciarse por las regiones de la fantasía y ser verdadero artista en sus cuadros, modelos de observación, que de seguro serán recogidos y admirados por la posteridad.

Últimos momentos de un sentenciado á muerte.
(Páginas 216 y 217.)

El nombre del pintor Monkary es tan universalmente conocido, que su firma es la mejor garantía que puede llevar su cuadro. Es Monkary una de las más sobresalientes figuras de la pintura contemporánea; artista de grandes vuelos emplea mucho tiempo en la meditación y ejecución de sus cuadros, y cuando salen sus obras á la luz pública, llevan ese sello especial que imprime el genio y la observación más delicada en las producciones humanas. Por eso se prodiga poco, y sus telas alcanzan prodigioso valor. En la soledad de su estudio, corrige, tacha y enmienda constantemente lo que el día anterior pintó, y lucha desesperadamente en esa terrible contienda entre el ideal y la forma, que constituye la perpetua, la amarga y dolorosa gestación del artista. Pero Monkary triunfa: sus obras son acabadísimo modelo de arte y precioso ornamento de salones y Museos.

La que hoy damos á conocer á nuestros lectores, es una de las más populares de Monkary. *Los últimos momentos de un sentenciado á muerte*; cuadro lleno de sentimiento y de vigor, ha dado la vuelta al mundo. Está admirablemente compuesto: la figura del reo, grave y severa, retrata en su expresión y actitud todo el conjunto de duda y tristeza, de amargura, dolor y remordimiento, y esa mezcla y lucha de sentimientos que deben amargar los últimos momentos del que va á morir á manos de la justicia. A la izquierda del reo ha colocado el artista á su mujer, vuelta de espaldas, llorando con amargura, y al lado una niña, pobre vástago del ajusticiado, que no se da cuenta de su situación, y está indecisa y triste, con la cabecita inclinada, adivinando y presintiendo, por el llanto de su madre, algún acontecimiento triste y malaventurado.

En el grupo de espectadores, que está muy bien movido, se ven todas las clases populares que van á saciar el instinto de la curiosidad, olfateando el drama. En más de una de aquellas caras se ve la huella de la conmiseración;

aquella mujer, sobre todo, que entra con el niño en brazos, mira el grupo del reo y su hija y esposa con ojos compasivos. El guardia, en cambio, avezado ya á presenciar tan críticos momentos, está impassible como la misma justicia que formuló la sentencia, y para no vacilar en lo más mínimo en el cumplimiento de su deber, aparta los ojos del reo para fijarlos en la turbamulta de curiosos que invade la cárcel, antesala del patíbulo.

El efecto que despierta en el espectador la contemplación de este cuadro, no puede ser más conmovedor: la nota es triste y melancólica; sólo tiene un rayo de luz que también conmueve profundamente: aquella niña inocente, la hija del sentenciado, ajena á todo cuanto va á ocurrir.

Vista interior de San Miguel de Escalada.—(Pág. 221.)

A orillas del Esla, sobre un recuesto, á cinco leguas Sudeste de León, álzase la pequeña iglesia del antiguo priorato de San Miguel de Escalada. Unos monjes cordobeses, obligados á huir de su patria, ora por las guerras, ora por el hambre y la peste que en tiempos del intrépido Abdallah asolaban el imperio musulmán en España, se refugiaron al amparo del Rey de Asturias Alfonso III, y resueltos á continuar su vida cenobítica, levantaron en este sitio una pequeña iglesia donde pudieran continuar dirigiendo á Dios sus plegarias y entregándose á la meditación y á la penitencia. Pronto echaron de ver que eran demasiado exiguas sus dimensiones; pero dotados, tanto los monjes como el Rey Alfonso, de esa fe que allana las montañas y arrolla todos los obstáculos, emprendieron con resolución la fábrica de un nuevo, más suntuoso y más holgado templo; y tal fué el celo que desplegaron, que en el corto espacio de doce meses pusieron feliz término á la obra, lo cual tuvo lugar en el año 918, en tiempos de D. García, primer Rey de León.

Arquitectos y escultores los mismos monjes, y educados en la brillante escuela cordobesa, imprimieron al nuevo edificio el sello de las construcciones árabes, bien que modificándolo con las indispensables variaciones que imponía la severidad del culto cristiano. Esta extraña combinación produjo un estilo singular, propio de España, á que se ha dado el nombre de *mu-déjar* ó *mudrabes*, y á este estilo pertenece San Miguel de Escalada. Entiéndase esto del templo con su pórtico; no de la torre ni del panteón que, construidos posteriormente en 1050, reinando en León y Castilla D. Fernando I y doña Sancha, son en todas sus partes de gusto románico. El material de construcción empleado en la iglesia, fuera de sus arcos, es tierra, mampostería y ladrillos, lo cual hace su fábrica muy endeble; los arcos, tanto interiores como exteriores, la torre y el panteón, son de sillería. No es posible concluir estas líneas sin llamar la atención de los amantes de las artes, para que procuren evitar por todos los medios la total ruina de este hermoso monumento que revelará á las generaciones venideras la cultura de nuestros mayores en una edad que ha sido generalmente, bien que con marcada ligereza, calificada de bárbara.

ANTONIO DE OLMEDO.



BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (primera quincena de Agosto.)

Este mes está consagrado á la Asunción de la Bienaventurada Virgen María.

1. Lunes.—San Pedro Advíncula.—Santos Eusebio, obispo y mártir; Félix, Justino y los siete Macabeos, mártires; Justino, Vero y Ete-woldo, obispos, y Nemesio, confesor.

2. Martes.—Santos Esteban, Papa y mártir; Rutilio, mártir; Alfonso María de Ligorio, obispo, confesor y doctor; Pedro de Osma y Máximo, obispos y confesores, y Nuestra Señora de los Angeles.

3. Miércoles.—La Invencción del cuerpo de San Esteban, proto-mártir.—Santos Hermelo, mártir; Eufronio, Aspren y Pedro, obispos, y Nicodemus.

4. Jueves.—Santos Nazario, Eleuterio, Tertuliano y Protasio, mártires, y Domingo de Guzmán, confesor y fundador.

5. Viernes.—La fiesta de la Beatísima Virgen María con el título de las Nieves.—Santos Emigdio y Eusignio, obispos y mártires; Oswald, rey y mártir; Santa Afra, mártir; Nona, y Nuestra Señora del Pópulo en Zaragoza.

6. Sábado.—La Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo.—Santos Sixto II, Papa y mártir; Justo y Pastor, hermanos mártires; Felicísimo, Agapito, Jenaro, Magno, Vicente y Esteban, mártires.

7. † Domingo IX después de Pentecostés.—Santos Donato, obispo y mártir; Pedro, Fausto, Julián, Licinio, Segundo y Domecio, mártires; Victricio, Donaciano, obispos, y San Cayetano, confesor y fundador.

8. Lunes.—Santos Marino, Eleuterio, Leónides, Hormisdas, Ciriaco y compañeros mártires; Emiliano y Mirón, obispos; Severo, presbítero y confesor.

9. Martes.—Santos Román, Secundino, Marceliano, Veriano, Firmo, Rústico, Marciano y ocho compañeros mártires.

10. Miércoles.—San Lorenzo, diácono y mártir; Santas Asteria y Paula, vírgenes y mártires, y Nuestra Señora del Sagrario en Valladolid.—*Absolución general en la Merced.*

11. Jueves.—Santos Alejandro y Rufino, obispos y mártires; Tiburcio, mártir; Taurino y Gangerico, obispos y confesores, y Equicio, abad.

12. Viernes.—Santos Macario y Julián, mártires; Santas Felicísima, vírgen y mártir; Hilaria, mártir, y Clara, vírgen fundadora.

13. Sábado.—Santos Hipólito, Casiano y Máximo, mártires; Juan Berchmans y Wigberto, presbítero y confesores.—*Ayuno y abstinencia de carne por la vigilia de la Asunción.*

14. † Domingo X después de Pentecostés.—Santos Calixto y Marcelo, obispos y mártires; y Eusebio, presbítero y confesor; Santa Atanasia, viuda.

15. † Lunes.—La Asunción de la Virgen Bienaventurada María á los cielos.—Santos Napoleón, Saturnino y Tarsicio, mártires; Alipio y Arnolfo.—*Bendición papal en San Agustín y Mínimos.*

••

Jubileo de la Forciñcula.—Desde la hora de Vísperas del día 1.º del mes hasta el ocaso del sol del día siguiente, puede ganarse tantas veces cuantas se visite una iglesia de la Orden de San Francisco de Asís, rogando por la inten-

ción del Sumo Pontífice, y recibiendo los Sacramentos de Penitencia y Comunión.

••

La fiesta de la Visitación se celebra, como es sabido, el 2 de Julio; y seis semanas después, es decir, el 15 de Agosto, se celebra la de la Asunción. Sabemos por el Evangelio que Nuestro Señor encomendó la Santísima Virgen al discípulo amado, y la tradición nos dice que fué á vivir con éste á la ciudad de Éfeso. La Iglesia, instruida por los Apóstoles, ha creído siempre que la Madre de Dios subió, inmediatamente después de su muerte, en cuerpo y alma al cielo, donde ocupa un lugar inferior tan solo al de Dios. Esta creencia, aunque no es artículo de fe, la expresaron en un principio los Padres de los primeros siglos, y fué luego desenvolviéndose, como otras muchas verdades; de manera que reúne en el día los homenajes del Oriente y Occidente.

Así, pues, la Iglesia honra en este día la resurrección de María y su ascensión en cuerpo y alma al cielo. «Virgen Santísima, dice la Iglesia en el himno de vísperas, cuando os llamaron las recompensas celestiales que estaban preparadas para Vos, el amor rompió los lazos que tenían vuestra alma cautiva en la cárcel del cuerpo mortal; pero la muerte, vencida por el fruto de vuestro seno, no puede tener imperio sobre Vos, y no se atreve á retener en sus cadenas á la que ha dado al mundo al autor de la vida.» En la misma colecta, la Iglesia reclama la intercesión de la Santísima Madre de Dios, que sufrió la necesidad de la muerte temporal, sin que la muerte hubiera podido retener en sus lazos á la bendita mujer en quien se encarnó Nuestro Señor.

La muerte bienaventurada de María y su elevación al cielo en cuerpo y alma, era un suceso de tal naturaleza, y tan glorioso para la Santísima Virgen, que la Iglesia no pudo por menos de consagrar su recuerdo por medio de una festividad solemnisima. En efecto, aunque la falta de documentos no permite demostrar la celebración de esta fiesta en la época de los Apóstoles, la encontramos ya establecida en el siglo IV. El Concilio de Éfeso, al asegurar á María su título glorioso de Madre de Dios, dió grande autoridad al culto que le rendían ya los fieles, y aumentó, por consiguiente, la solemnidad con que se celebraba su Asunción. Muy pronto se celebró también en todo el vasto imperio de Carlo Magno, convirtiéndose, de este modo, en una fiesta católica. Va precedida de ayuno y seguida de una octava, todo lo cual demuestra su grandeza y la solemnidad con que la Iglesia ha querido celebrarla.

La palabra Asunción expresa muy claramente la diferencia que existe entre el modo como subió al cielo la Virgen Santísima, y el modo como subió Nuestro Señor. Este subió por su propia virtud, y María por la virtud de su Hijo. «*Ascendit Salvator in caelum protestativa virtutis imperio, sicut Dominus et creator Angelorum comitatus obsequio, non auxilio fultus. Assumpta est Maria in caelum, sed gratia sublevantis iudicio, comitantibus et auxiliantibus Angelis, quam sublevarat gratia, non natura.*» Así se expresa San Pedro Damiano, al hablar de esta festividad.

J. F.

Como verdura de las eras

I

TENDIDO estaba sobre el mullido, abundante y entre seco y verde césped, á orillas de un arroyo que encajonado entre dos ribazos duplicaba al parecer la vena de sus aguas, profundas, cristalinas, rumorosas y ocupadas en perseguirse con la rapidez natural, producida por acentuada pendiente.

Hierbas, tallos, flores y gotas de diamante líquido, bordaban ambas orillas del arroyo, como si rebosando la vida del profundo cauce, se desbordara y extendiese por las dos márgenes, disponiendo por modo tan natural como artístico, lechos cómodos, perfumados y limpios á los fatigados viaudantes.

Para que no faltase nada en tan ameno lugar, árboles frutales numerosos y algún que otro tilo en flor protegían con su toldo de verdura al arroyuelo murmurante, y derramaban fresca sombra, verdosas tintas y perfumados hálitos sobre cuantos convertían la animada alfombra en lecho de plumas para dormir la siesta.

Y digo animada, porque insectos á millares, inofensivos todos ellos, pululaban entre la hierba, retorciéndose en el césped, revoloteaban sobre el arroyo besando con frecuencia sus ondas transparentes, y ascendían y descendían desde el prado á los árboles y viceversa, cortando la deslumbradora diafanidad del espacio con sutilísimas hebras de plata.

Todo era vida exuberante, movimiento, agitaciones, frescura, colores, perfumes y juventud en el escenario; y quietud, abatimiento, vejez y modorra, semejante á la muerte, en el único actor de aquella escena campestre.

Como que era un viejo que vejetaba más bien que vivía en la quinta próxima, y durante los calores estivales de Julio dormitaba gran parte del día en aquel hermoso escondrijo de su huerto.

Sus movimientos penosos, tardos y difíciles, algunos imposibles; sus piernas botihinchadas; su abdomen desproporcionado y prominente; sus manos escuálidas y rugosas, de venas transparentes; su labio inferior grueso y colgante, como para exhibir en aquella mandíbula solitario y negruzco incisivo, semejante á hueso cutado por el humo del tabaco; su mandíbula superior desprovista de toda herramienta; su boca grande y undida; su faz amoratada y pecatosa, sin más adorno que las cerdas blancas de ocho días; su nariz de berengena herpética; su cuero cabelludo, brillante, como si acabaran de frotarlo con clara de huevo, sin otra protección que la de tres mechoncitos de crespas y finas canas semejantes á rabitos de gato de Angola, que adornaban sus dos sienes y el simpucio; y, sobre todo, sus ojos apagados y hundidos, engarzados en patas de gallo, de á ocho dedos cada una, decían á voz en grito que más que un viejo octogenario, aquel hombre erra un terrón de tierra.

Pero tierra que, por más que no podía moverse, pensaba todavía con la lucidez de la edad viril, y recordaba sobre todo, como si las viera retratadas en la luna de espejo clarísimo, las escenas de su larga vida pretérita. Contraste incomprensible para los que niegan la inmortalidad del alma espiritual; pero no para los creyentes, que vislumbramos la vida futura en la presente vida. Cuerpos caducos hay, medio muertos, que encierran almas juveniles, de vida

eterna; y hasta en el simple orden fisiológico vemos con frecuencia que surge la vida del seno mismo de la muerte.

Tal acontecía á nuestro anciano, que viviendo ya sólo de recuerdos, azonaba, sin embargo, sus viejas imágenes con razones discretísimas.

Vedle: tendido á la larga sobre el lado del corazón, y de manera que casi se moja los pies en el arroyo, permanece inmóvil y respira como si durmiese profundamente; pero en realidad dormita y sueña con evocaciones de sus verdes años, y tanto es el deleite que le producen, que un hilo de cristalina baba se desliza por la comisura izquierda de su entreabierta boca, barbilla abajo.

La estatua misma de la juventud llena su mente y absorbe todas sus fuerzas reflexivas. Contempla como si lo viese y lo palpase á un joven de unos diez y seis años, erguido sin la rigidez de la palmera, de finas, prietas y sonrosadas carnes, blando, suave y rizado cabello, ra-gados ojos de cielo meridional, ondulantes labios como gajos de granada, sartas de perlas en vez de dientes, sedoso bozo con tendencia á convertirse en bigote, mejillas de malocotón, y tanta esbeltez, agilidad, gracia y gallardía en su aspecto todo, que el pobre viejo, no contento con apacentar sus ojos en juventud y belleza tales, quiso levantar sus pesadas manos para abrazarle; pero no pudo, y continuó inmóvil y soñando.

Hormiga roja y mordáz, de esas que á todas horas corretean incesantemente, subió por un tallo de hierba al pantalón del viejo, recorrió la pierna y el chaleco, trasladóse á la camisa, desde allí al cuello y á la barba, y quiso colarse en la boca por la comisura derecha, sin duda produciéndole cosquillas al sonámbulo. Dió éste un respingo, y haciendo un gran esfuerzo, se llevó entrambas manos á la boca, incorporóse con trabajo, y dijo entre dientes:

—¡Pues no estaba viéndome á mí mismo, exactamente igual que cuando tenía diez y seis años! ¡Todo pasó... como verdura de las eras!

Y un lagrimón deslizóse desde el párpado rojo y sin pestañas por la apergaminada mejilla.

II

Ramón, el ayuda de cámara del pobre viejo, y Bernarda, la cocinera, conversaban entre tanto amigablemente en el peristilo de la quinta que domina la huerta, columpiándose además en dos mecedoras de Viena.

—La verdad es, Ramón, que no sé cómo aguantas, porque yo al fin no lo veo más que de lejos, y con guisotearle los platos que le gustan, estoy al cabo de la calle; pero tú... ¡tienes coradas de toro!... Que vísteme, que desnúdame, que dame friegas con ese unguento que huele á demonios, que llévame de aquí para allá colgado del brazo y arrastrando las patas, que ráscame las escamas herpéticas de las pantorrillas, que torna y que daca... No falta más sino que te mande que le limpies la moquita. Hijo, ¡qué asco!

—Pues demasiado sabes tú, Narda, por qué aguanto yo tanta porquería.

—No, hijo; nunca me has dicho esta boca es mía acerca de esos particulares.

—Narda, pues la madre del cordero está en que deja mil duros en su testamento al ayuda de cámara que le asista hasta su muerte.

—Hijo, ¿quién como Ramón? De seguro que no mienta á la cocinera para nada.

—Te equivocas; le deja también mil pesetas.

—¿De veras? Vaya, vaya; pues casi merece



ULTIMOS MOMENTOS DE UN SENTENCIADO A MUERTE

un jicarazo, no sea que cambie de intención y haga otro testamento.

—¡Puño! ¡Qué barbaridad! No te hacía entrañas tan negras, Narda.

—Hombre, es un decir; demasiado sabes tú que del dicho al hecho hay gran trecho.

—¡Ramón, Ramón! gritaba entre tanto el viejo con todas sus fuerzas.

—Voy corriendo, que llama.

—No seas tonto, Ramón, que rabie y se aguante.

III

Colgóse el anciano al brazo de su ayuda de cámara, y arrastrando los pies sobre la arena del sendero que desde la huerta conduce á la quinta, platicaba á la vez con Ramón en los siguientes términos:

—Vosotros los jóvenes os figurais sin duda que nunca seréis viejos, y esto tiene que suceder, so pena de la vida, y antes de lo que se os enoja. ¡Jesús me valga!... ¡Cómo pasan los años! Como sombra fugitiva... como nube que disipa el viento... como nave cuya estela se ha borrado... como verdura de las eras... Porque yo también he sido joven, Ramón, yo también he sido fuerte y ágil como tú... ¿qué digo como tú? más que tú, si señor, más que tú. No solamente no necesitaba ayuda para subir las más empinadas cuestas, sino que difícilmente podían seguirme los amigos cuando salíamos de paseo ó de caza. Mis te diré: en cierta ocasión, subiendo una cuesta, y viendo que no podía seguirnos un pobre enfermo del pecho, con asombro de todos cargué con él á las espaldas, y sin la menor fatiga llegamos ambos á la cumbre. Entonces tenía yo más fuerza que un toro.

—¡Caramba, y cómo ha cambiado V. E!

—Todo pasa...

Pensosamente é invirtiendo largo rato llegaron á la quinta, en cuyo atrio se desplomó el anciano sobre una mecedora. Momentos después le presentó Ramón el correo en bandeja de plata: revolvió el viejo aquella balumba de papeles en busca de alguna carta, y no encontró ninguna, lo cual le hizo decir en alta voz, como si estuviera completamente solo:

—Cuando yo era todo un personaje político, ocupaba altos puestos y repartía credenciales, necesitaba un secretario particular sólo para que leyese y despachara mi correspondencia diaria. Ahora... nadie se acuerda de mí en el mundo, ni siquiera mi biznieto, único individuo que queda de mí, en otro tiempo, numerosa familia... y eso que ha de heredarme... ¡Todo pasa como verdura de las eras!... ¡Todo envejece y se marchita... como flor de un día!

IV

Abismado estaba en tales pensamientos, cuando gritando y saltando se presentó inopinadamente el biznieto, colegial en establecimiento de enseñanza próximo; se arrojó en brazos de su bisabuelo y cubrió de besos su faz amoratada. El anciano quiso comerse á besos y abrazos al rapaz pero no tuvo fuerzas más que para primero llorar abundantemente y en elocuente silencio, y después para decirle, como quien se despide para siempre y consigna en pocas palabras su testamento:

—El hombre, hijo mío, no es más que un viajero que cruza con la velocidad del relámpago este valle de lágrimas; la vida es un soplo; pocas personas llegan á mis años, y me parece que fué ayer cuando comencé á darme cuenta de que existía; pero nada enseña tanto como la vecindad de la muerte. Por experiencia pro-

pias verás que todo se disipa como el humo, sin dejar la menor huella de su paso. Aquí tienes á tu abuelito, que es buena prueba de cuanto te estoy diciendo: pues todo pasó para nunca más volver. Juventud, belleza, energía, ciencia, poder, salud, influencia social, y hasta... los hijos y parientes... todo, absolutamente todo pasó... como verdura de las eras...

—Déjese, abuelito, déjese de cosas tristes, y vamos á correr por la huerta.

—La virtud únicamente permanece, y es el único bien que me alienta y vigoriza para no mirar desesperado á la muerte, que á pasos de gigante se acerca.

El pobre la sintió venir sin duda, porque un derrame seroso lo sepultó en el sillón sin sentido, en medio de los gritos de socorro del colegial, y lo hizo terminar sus días, repitiendo entre dientes:

—¡Como verdura de las eras, como verdura de las eras!

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Nuestro arte religioso

XII

Es muy laudable que en las grandes solemnidades el templo aparezca espléndidamente engalanado con todo el lujo y belleza que sean compatibles con el austero carácter de las ceremonias del culto en general, y particularmente de cada festividad y tiempo.

Grande es la libertad que la Iglesia concede en esta parte del ornato, de modo que, sin romper la unidad del precepto litúrgico, y dentro del fin que éste se propone, quepa la más hermosa variedad, y halle el buen gusto ancho campo en que esparcir la inspiración que le sugiere el celo por la Casa de Dios. Pero todo lo humano tiene sus límites, y los de estas ornamentaciones extraordinarias están marcados, como ya hemos dicho, por el carácter del culto y del templo en general, y por la índole especial de cada fiesta; y además, por el concepto verdadero de arte religioso, por las reglas de prudencia y seriedad inseparables de toda función religiosa, y por muchas circunstancias de lugar y tiempo, de historia y costumbres, que deben tenerse en cuenta.

Antiguamente ya hemos dicho que el ornato era más serio y grave que en nuestros días, y por lo tanto, más real y verdadero que aparente; magnífico, pero no demasiado brillante. Por lo regular no se desfiguraba el aspecto del altar y capilla mayor, pues solo se colgaban paños galoneados, algunos tapices, y cuando más, se colocaban los famosos altares portátiles de bronce ó plata, llenos de estatuas y relicarios de estos metales ó de oro; altares que cubrían el principal, elevándose bastante, y que hacían buen juego con las cortinas de terciopelo ó las riquísimas tapicerías.

Discutible, y mucho, es la oportunidad y acierto de tales muebles, que yo aquí no he de vituperar ni alabar, eludiendo así la cuestión desde muy antiguo entablada entre los que quisieran que diariamente ostentaran los templos gran riqueza, y sólo se distinguieran las solemnidades por el número de luces, por los paños que tienen relación con la liturgia de cada día y por la música; entre éstos, digo, y los que no llevan á mal que en ciertos días y octavas varíe por completo el aspecto del santuario. Pero, de cualquier manera, preciso es reconocer que dichos altares y colgaduras eran cosa muy bella y un apreciable ornamento que realzaba, y aún realza, como en la catedral de Sevilla y en otras iglesias antiguas, las grandes solemnidades.

Desgraciadamente, el prurito inmoderado por imitar esta costumbre, nos ha conducido á extremos bastante censurables desde hará más de un siglo hasta nuestros días; tiempo en que las congregacio-

nes, si bien inspirándose en laudable celo, se extraviaron y se extraviaron, no atendiendo más que al exclusivo fin de que sus fiestas brillen, causando efecto sorprendente á los ojos del espectador; mas como no siempre los medios materiales (vulgo el dinero) acompañan á los propósitos más laudables, ni la prudencia y el buen gusto los regulan cual fuera de desear, sucedía, y por desgracia sigue sucediendo, que lo que no podía ser verdadero, era imitado; pues lo principal era asombrar al pueblo con aparatos de gran tamaño y mucho brillo, aunque la materia de que constasen no fuese de las más nobles.

De aquí esas inmensas decoraciones de madera, lienzo, cartón piedra, papel dorado, trapos y purpurinas con que vemos cubiertos los retablos de las capillas mayores durante muchas novenas y funciones solemnes, costeadas por las cofradías, pues por lo común las iglesias no pueden permitirse, aunque quieran, semejantes lujos, porque tienen que sostener el culto de todo el año y atender á todo género de necesidades religiosas, mientras las hermandades no tienen más objeto que una fiesta ó novena anual, y á ella lo sacrifican todo, sin que se les dé un ardite del restante culto que se da en las iglesias en que están establecidas, que muchos de los cofrades no visitan sino en tiempo de su fiesta de instituto: así forma la cofradía como un mundo aparte, fuera del cual, es decir, de su función ó novena, todo le es indiferente.

Pues bien, digo con toda franqueza, sin miedo alguno á error, que tales armazones y artificios son por demás execrables, porque son falsos y de relumbrón; porque no tiene el arte nada que agradecerles; porque su brillo es vano é indigno de la grande majestad inherente al culto; porque estropean los muros, los retablos, los altares fijos y los pavimentos; porque no pueden ser colocados ni removidos sin peligro para los operarios, y sin que éstos, por devotos que sean, promuevan agitación y ruido poco reverente; y, por último, porque son un peligro continuo de incendios. Estas seis razones, de mucho peso, como acredita la experiencia, debieran tenerse presentes siempre y se evitarían muchas perturbaciones, anacronismos, desperfectos, gastos inútiles con dinero de los fieles, digno de mejor empleo, cuestiones, desdoro del arte, y á la larga del culto, y permanencia de falsos conceptos acerca de sus funciones.

Voy á probar esto, aunque sumariamente, con hechos sacados de la práctica, y para ello debo, contra mi costumbre, nombrar partes y sacar á la vergüenza grandes aberraciones, y dese por ahudido quien quiera, que como me sobra la razón, dispuesto estoy, si se me requiere, á probar más ampliamente mis asertos.

Ante todo, conviene dejar sentado que, por regla general, el retablo, altar y cuanto constituye y adorna la capilla mayor, deben ser todo lo más artístico y bello posible, con carácter de solidez y permanencia, como que presiden todo el ornato del templo, y han de estar dispuestos de manera que puedan figurar dignamente en todas las funciones, sin más variación ó accidente que el número de luces, alguna cortina, cierta cantidad de floiteros, etc.; pero sin ocultarse nunca totalmente á las miradas del pueblo, ni sufrir transformación alguna radical. La imagen principal, sobre todo, y las demás del centro, si las hubiere, no deben padecer eclipse bajo ningún pretexto; y cuando sea necesario que otra efigie figure en sitio preferente mientras la fiesta, sea esto en su capilla ó altar, ó bien en uno portátil colocado en lugar conveniente, nunca en el camarín ó hornacina central del retablo.

También por regla general debe proscribirse del templo toda imitación grosera y frágil, el papel dorado y las purpurinas, el lienzo pintado que imita mármoles y maderas, el cartón-piedra blanqueado que figura estatuas y otras esculturas de mármol, los rayos dorados que no imitan nada, los transparentes, las guirnaldas de trapo y oropel, las pinturas provisionales al temple que imitan el óleo, y en general, todo aparato de bastidores y decoración teatral y toda colgadura de telas poco nobles (percales, gasas, tules, galones de faranalla, borlo-

nes de talco, etc.); y asimismo se debe huir de todo aparato que exija castilletes y armazones interiores de maderamen fijo con tornillos, cuerdas y tirantes, ya en el suelo ó las paredes, ya pendientes de las bóvedas por los agujeros que éstas tienen destinados á las arañas; porque todos estos artefactos ridículos, no sólo deterioran los templos, sino que es imposible colocarlos sin una batahola de voces, gritos y martillazos que dan desafortadamente, y no pueden menos, operarios en mangas de camisa y con alpargatas, que cuidan sólo de salir airosos en su tarea y de no caerse, y que se acuerdan tanto de que están en la Casa de Dios, como de que existe el gran turco. A tanto llegan estos escarceos impropios del lugar santo, que los Párrocos y Rectores prudentes suelen retirar á una capilla distante ó á la sacristía el Santísimo Sacramento, comprendiendo que no debe hallarse presente en tales maniobras, de todos modos irreverentes, porque ocupado ó vacío el Sagrario, siempre queda el templo, que es Casa del Señor.

Muchas personas piadosas que han presenciado estos trabajos absurdos que equiparan el templo con el teatro, me han dicho con tristeza: «Por mucho esplendor y edificación que pudiera dar al culto esta pompa ficticia y amovible, no justificaría las profanaciones que necesariamente produce.» Y cuando se examinan detenidamente los elementos de que consta, he añadido yo, tiembla uno ante la inminencia de un incendio...; y si vieran los fieles cómo queda el templo cuando todos esos maderos desaparecen, los fragmentos de molduras y de revoco, el polvo y las huellas de rozamientos y presiones que aparecen por todas partes, aún deplorarían más esta costumbre ridícula y vanamente ostentosa.

Verdaderamente causa grima ver una de esas iglesias grandes de la corte, como el Carmen, San Martín, San Cayetano, San Luis, etc., al día siguiente de una gran novena en que han figurado colgaduras, pabellones y arrumacos de oropel. Los muros, desnudos y polvorientos, parecen más sucios que de ordinario, el retablo más viejo, el altar más descuidado: se anda sobre polvo en un piso de mala piedra, los bancos parecen más desvencijados, y en fin, resalta sobremanera la gran pobreza de las iglesias de toda España, país en que abundan las cofradías, que se desviven por engalanar los Santuarios en las fiestas que ellas costean, pero en que no hay ni una sola en cada parroquia destinada á cuidar del esplendor habitual de la iglesia en todo el año, abandonada á los tristes recursos de la fábrica, á la indiferencia, cuando no hostilidad, de los Gobiernos, y deslucida por la incuria y falso concepto que del culto perenne tiene el vulgo de los españoles.

Esta es la verdad sobre esos esplendores extraordinarios que eclipsan la capilla mayor y hasta el templo todo bajo montañas de madera y trapos: los hechos lastimosos que prueban esta verdad, vendrán en el artículo siguiente.

JOSÉ FERRÁNDEZ.

San Vicente de Paúl.

RECORDAR la vida de San Vicente de Paúl es recordar los prodigios de la caridad cristiana, que busca la desgracia para endulzarla y la miseria para socorrerla, y las llagas sociales para cubririrlas con un bálsamo suavísimo que las cure.

Mucho hace el que mucho ama, dice el libro incomparable *La imitación de Cristo*. San Vicente de Paúl, siendo como era de humildísimo origen, y disponiendo de escasa influencia, según el mundo, realizó, sin embargo, verdaderas maravillas, que no podrán explicarse si se quieren estudiar con un criterio puramente humano. El positivismo tiene que confesar aquí su impotencia, y si ha de ser sincero, reconocer la existencia de alguna causa extraña y superior, capaz de infundir tales bríos y virtud tan sobrehumana á un modestísimo Sacerdote. Esa

causa no es otra que el amor divino en que se abrasaba el alma de Vicente de Paúl. Y porque amaba de veras á Dios, amaba también á sus semejantes; pero los amaba con tal efusión, con tal arranque, con tal plenitud, que sacrificarse por ellos era para él la mayor de las delicias. Por eso se vendió á sí mismo para rescatar á un esclavo tunecino. Nunca se dan estos prodigios de abnegación sino en espíritus verdaderamente cristianos, discípulos de Aquel que se dió á sí mismo por la salud de los hombres.

No tuvo Vicente de Paúl predilección por los favorecidos de la fortuna. A todos los hombres los consideraba hermanos suyos en Jesucristo; y si á algunos distinguió y favoreció por modo especialísimo, fué á los pobres, á los pequeñuelos, á los desvalidos, á los abandonados del mundo, á aquellos á quienes Cristo Nuestro Señor prometió la bienaventuranza eterna.

Tiene San Vicente de Paúl una fuerza atractiva que se apodera de todos los corazones. Pocos como él han sabido hacer amable la virtud. La mansedumbre que desarma el brazo de la ira, la dulzura y sosiego de ánimo que penetra suavemente hasta en los corazones más cerrados á toda luz suprasensible, no le abandonaron jamás.

Una de las notas características de San Vicente de Paúl fué su amor á los niños. Como el Divino Maestro, decía: *Sinite parvulos venire ad me*. ¡Cuándo la poesía ha inventado nada más tierno y conmovedor que el cuadro que formaba San Vicente, rodeado de muchos infelices pequeñuelos, á quienes faltaba el amparo de sus padres! Fué San Vicente padre de los que no lo tenían, Providencia de los desamparados, consuelo de los tristes, amigo fidelísimo de los pobres. Puso en Dios el corazón y la mirada, y siguió con ejemplar docilidad los mandatos y las inspiraciones de lo alto.

Por eso su obra, á pesar de ser modesta, y quizá por eso mismo, fué admirablemente fecunda, y su espíritu se ha difundido por el mundo y ha creado maravillosas instituciones, que aún hoy son el asombro de la humanidad.

Puede decirse que de San Vicente de Paul descienden en línea recta todas esas obras santas y caritativas fundadas para el alivio de los miserables, todas esas congregaciones piadosas que se dedican á la bendita labor de curar y de consolar á los enfermos.

Pero aun en medio del mundo y en el tráfigo de los negocios, se ha infiltrado algo del espíritu de San Vicente de Paúl, y ha dado origen á esas bienhechoras Conferencias que se honran de acogerse á su amoroso patronato, y que como, fin primordial tienen el de la visita domiciliaria á los pobres y enfermos.

Llorar con el que llora es obra altamente meritoria. Cuando uno padece, quiere, para aligerar ese padecimiento, que se asocien á él los que le rodean. Eso es lo que hacen las Conferencias de San Vicente de Paúl. van á los tugurios del pobre á darle pruebas de amor, á llorar con él cuando llora, á socorrerle, no solo con la limosna material, sino con la limosna espiritual del consuelo, que no saben apreciar en su justo valor más que aquellas almas que han sufrido mucho. Las Conferencias de San Vicente de Paúl acogen al niño y le enseñan á ser útil á sus semejantes, útil á la humanidad; bendicen al anciano, le consuelan, le dan calor en esos últimos años de la vida, en que el frío helado de la vejez va entristeciendo al hombre, y acaso le reconcilian con la sociedad, contra la cual sentía germinar dentro de sí instintos de rebelión al ver la mísera situación en que le deja abandonado.

Se nos dirá que es obra humilde y modestísima la de las Conferencias. Sí lo es, y en eso estriba principalmente su verdadera grandeza. Tampoco San Vicente de Paúl era ningún grande de la tierra, y, sin embargo, su nombre es hoy más glorioso y bendecido que el de todos los grandes de su tiempo.

CARMELO DE ECHegaray.

EVANGELINA

ROMANCE DE LA ACADIA

por el poeta norteamericano

ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW

TRADUCIDO DEL INGLÉS EN OCTAVAS REALES

por el diplomático chileno

D. CARLOS MORLA VICUÑA

(Continúa.)

LIV

«El pueblo de sus armas despojado,
Inerte ante los vándalos feroces,
Habrá de someterse resignado
A sacrificios bárbaros y atroces;
En nuestras manos sólo han respetado
Las rejas, los martillos y las hoces;
Y con ellos, Benito, nadie piensa,
De nuestra hermosa villa en la defensa.»

LV

Aún más su acento el labrador suaviza
Y replica á esa lúgubre pintura:
«Sobre la verde grama que tapiza
Esta feraz, magnífica llanura,
Del mar ceñido cuyas cresta riza
El aura fresca, melodiosa y pura,
Más libre estás de cárcel y cadena,
Que guarecido en erizada almena.»

LVI

«Disipa, buen Basilio, tus temores;
En este hogar, en tan hermoso día,
No haya sombras ni tétricos rumores,
Que es hora de noviazgo y de alegría
Los jóvenes galanes labradores
Hoy acaban la rústica alquería,
Y como personaje necesario,
No tarda con sus gafas el notario.»

LVII

Aparte, reclinada en la ventana,
La diestra entre las manos de su amante,
Atenta oía la preciosa aldeana
Aquella discusión interesante;
La última reflexión pinta de grana
Su candoroso, seductor semblante,
Y cuando ya el silencio se establece,
El buen notario en el dintel parece.

LVIII

Como se dobla al fin el duro remo
Entre las olas con su esfuerzo diario,
Ya de la edad proveya al paso extremo
Dobléganse las formas del notario.
El roble así que descolló supremo
Queda, al fin, en la selva solitario,
Y su gallarda copa de otros días
Inclinada y desnuda en agonías.

LIX

Debióronle veinte hijos la existencia;
En sus rodillas nieto tras de nieto
Acarició: por eso su presencia
Infundió donde quiera hondo respeto.
Por venir de anglicana procedencia
Fué del encono del francés objeto,
Mas, á pesar del incesante agravio,
Nunca una queja murmuró su labio.

LX

Con su virtud paciente y sus bondades
Al fin de ser inglés borró el delito,
Y se ganó feliz las voluntades;
Llegó á ser de los niños favorito,
Pues con cuentos de reyes y beldades
Y consejos del duende, ángel proscrito
Que del párvulo vaga por la alcoba,
La atención inocente les arroba.

LXI

Alzase el artesano en el momento,
Sacude de su pipa la ceniza,
Y con pausado y estentóreo acento,
«Señor Leblanc, le dice, en ojeriza
Tiene este pueblo ese pendón sangriento
Que hoy el britano en nuestros mares iza.
¿Qué misterio, decid, trae esa flota?
Y aquietad el temor que lo alborota.»

LXII

—«Mucho es lo que se charla del asunto,
El modesto notario le responde;
También como vosotros yo pregunto:
¿A qué esa flota bélica y de dónde?
Pero en la incertidumbre no larrunto
Qué funestos propósitos esconde.
¿No florece pacífica esta tierra?
¿Por qué temer que nos provoque á guerra?»

LXIII

—«¡Vive Dios! vocifera el artesano,
Más que precipitado, ya iracundo:
¿Será que siempre mano sobre mano,
En su confianza ruin cogitabundo,
A este pueblo sorprenda su tirano?
¿No vemos, día por día, qué en el mundo
Es del pequeño sucumbir la suerte,
Y el capricho el derecho del más fuerte?»

LXIV

El notario replica en dulce calma,
Y sin tomar de su calor noticia:
«Si el hombre tiene pervertida el alma
Y llega á ser injusto, en su servicio
No alcanzará del vencedor la palma.
Dios es el defensor de la justicia,
Y ella triunfa con él:—en nuestro duelo
Saquemos de este apólogo consuelo.»

LXV

«En antigua ciudad, cuenta la historia,
De la justicia símbolo se erguía
Sobre alto pedestal deidad marmórea;
Tersa espada en su diestra relucía
Siendo de su rigor señal notoria;
Balanza de oro con la izquierda asía,
Y en su alto fiel un lema se ostentaba
Que: «Universal es mi nivel» rezaba.

LXVI

»Se amó, no se temió su rudo acero,
Las aves á su sombra hicieron nido;
Mas luego apoderóse del pandero
Un mandón intrigante y corrompido;
Gobernado con látigo severo
Al carro del poder fué el pueblo uncido;
Que no hay ley ni justicia que no fuerza,
Cuando amenaza omnimoda la fuerza.

LXVII

»Extravióse de un noble en el palacio
De artístico primor alhaja bella;
De diamantes, de perlas y topacio
Era la joya refulgente estrella;
Avida la justicia largo espacio
Del ignoto raptor siguió la huella;
Sospechas de una huérfana se tuvo,
Y á muerte el juez de sentenciarla hubo.

LXVIII

»Sufrió al pié de la estatua su martirio
Y exclamó al sucumbir: ¡á Dios apelo!
Su alma inocente como casto lirio
En busca de justicia, subió al cielo;
Mas cuando en alas de su fe al Empírio
Libre tendía el majestuoso vuelo,
Súbita se cernió tormenta ruda
Y un rayo destruyó la estatua muda.

LXIX

»Fué la balanza de la izquierda mano
por el fuego del cielo arrebatada,
Y á su terrible golpe, sobrehumano,
Los platillos rodaron por la grada.
En ese instante el misterioso arcano
Se reveló á la turba amedrentada,
Pues allí de una urraca se halló el nido
Y el tesoro extraviado allí escondido.»

LXX

Oyó la historia el artesano atento,
Y aunque no convencido, quedó mudo;
Sintió anhelo de hablar aquel momento,
Pero palabras encontrar no pudo;
En líneas el profundo pensamiento
Cristalizóse en su semblante rudo,
Cual brilla en las mañanas invernales
Congelado el vapor en los cristales.

LXXI

Un jarro de aromática cerveza
La sencilla zagala trae entonces;
La luz con fino tacto despaveza
Y brilla más la lámpara de bronce;
Recasó de escribir al punto empizca
A alistar el notario; sobre el gonce
Gira la puerta, y entran los amigos
Que van de quel enlace á ser testigos.

LXXII

La edad de los mancebos y la data
De aquel solemne, memorable día,
En que á dos almas amorosas ata
Con nudo santo el que los orbes guía,
El notario consigna; en pos relata
La dote que ella al matrimonio fía,
Y el sello de la ley estampa luego
En la ancha margen del escrito pliego.

LXXIII

El labrador á su gaveta acude,
Y sin alarde, con abierta mano,
La sonora moneda allí sacude
Y triplicado precio da al anciano.
A Dios, porque los gué y los ayude
De la vida al cruzar el Oceano,
Bendiciendo aquel par recién unido,
Votos hace el notario agradecido.

LXXIV

Los rebosantes espumosos vasos
De júbilo en señal se alzan al punto;
Sonríe el grave, animanse los vasos,
Y brindan todos al feliz ayunto.
De tal ventura ejemplos son escasos;
Era aquel de la gloria fiel trasunto;
Nadie pensado hubiera que ya el duelo
A las puertas tocaba de aquel cielo.

LXXV

Junto á la mesa en el rincón proscrita,
Y enjugada del labio el alba espuma
El labrador al juego los invita.
Uno apura la copa, el otro fuma.
Al que ganando va se felicita,
Al que pierde, con chanzas se le abruma;
Y de esta franca, inofensiva suerte,
El círculo amistoso se divierte.

LXXVI

En coloquio á los novios vése en tanto
De una ventana á la apacible lumbre;
El mar eleva su solemne canto,
La luna esmalta la empinada cumbre,
Y eclipsa ya con luminoso manto
De los astros la clara muchedumbre;
Parece en fin que la natura entera
A su dicha sin límites se uniera.

LXXVII

Alegre así la noche se desliza,
Cuando el bronco esquilón del campanar...
Cual lamento de un pueblo que agoniza,
Da de las nueve el toque funerario:
La tertulia á ese són se paraliza,
Triste queda el hogar y solitario;
Su último adiós la niña da en la puerta,
Y á separarse de Gabriel no acierta.

LXXVIII

El ascua en la ceniza sepultada,
A su alcoba Benito se encamina,
Subiendo, por su lámpara alumbra da,
Amplia escalera de labrada encina;
Con planta silenciosa y delicada
Asciende de él en pos Evangelina,
Y mejor que su antorcha, con luz pura
Su rostro alegre y virginal fulgura.

LXXIX

Cruza los espaciosos corredores,
Y salva de su alcoba los umbrales.
No deslumbran allí los esplendores
Con que brillan alcázares reales;
Flotan risueñas, perfumadas flores
Sobre onda clara en diáfanos cristales,
Y leda juega el áurea vespertina
Con la bordada, cándida cortina.

LXXX

Extingue allí su lámpara.... La luna
Baña con luz suave el aposento....
Y cual dormido infante en blanda cuna
Oscila al soplo de apacible viento,
Grato á Dios y feliz con su fortuna
En un lago de dulce sentimiento,
Arrullado por música divina,
Mécese el corazón de Evangelina.

LXXXI

¡Celeste aparición! Desnudos posa,
Sobre el tapiz bañado en lumbre fría,
Sus pies de nieve y purpurina rosa.
Ideal de una casta fantasía
Parece aquella virgen pudorosa,
Que en su absoluta soledad confía.
¡Incauta! de su amante no sospecha
Que oculto entre los árboles la acecha.

LXXXII

¡Piensa en él, y es feliz!.. mas sombra aciaga
Su angelical espíritu entristece,
Cual negra nube que en el cielo vaga
Y á intervalos la atmósfera oscurece.
La luna avanza cual nocturna maga,
En su séquito un astro la obedece;
Vago así en pos de Agar con paso incierto
Jadeante Ismaél por el desierto.

(Se continuará).

Revista literaria

La necesidad de publicar otros originales, especialmente la magnífica historia de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo por el P. Miguel Mir, nos ha obligado á suspender por algunos números esta sección de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, indispensable en periódicos de la índole del nuestro. Y resulta lo que siempre que se deja atrasado el trabajo; á saber, que ahora se nos agolpan de tal modo los apuntes, notas y libros sobre la mesa, que no encontramos modo fácil de ordenar estas cuartillas, ni de hacer con tantos ma-

teriales un artículo que no sea pesado hasta lo insoportable.

Empecemos de todas suertes (reservándonos el derecho de poner punto.... suspensivo hasta otro número), recordando la publicación de *Pepinillos en vinagre*, de nuestro querido amigo Polo y Peyrolón. Es un hermoso tomo de 296 páginas, compuesto de novelitas, artículos de costumbre, preciosas siluetas de tipos sociales, etc., etc. Quien conozca la manera y estilo de Polo y Peyrolón (¿y quién no los conoce en España?), desde luego puede formarse indole, tendencia y carácter de este libro, hermano gemelo de los muchos que con aplauso de los buenos lleva publicados el Sr. Polo. Hay en éste, como en los anteriores, sanísima intención moral, ingenio vivo y chispeante, habilidad de composición y estilo fácil y ameno. Nosotros le hubiéramos apuntado como defecto el título, por creer que la pluma de Polo y Peyrolón no es de las que pueden mojarse en vinagre; pero... ¡que si quieres!... Uno solo de los articulillos del tomo, dedicado á los malos periodistas, ha levantado ampollas en el paladar de los beneficiados, y ¡qué ampollas! El primer grito de dolor lo lanzó *La Época*; luego siguió *La Unión Católica*, después otros y otros.... Nada, nada, que les ha sabido á demonios....

Por cierto que no ha dejado de extrañar que un periódico de las ideas y significación de *La Unión Católica* se haya mostrado tan acre y tan cruel con un escritor católico como el señor Polo y Peyrolón, que por su templanza y por ser más católico que político, parece que entra de lleno en el marco trazado por *La Unión* á los católicos. ¿Es acaso porque el Sr. Polo es carlista? Pues siempre ha sostenido *La Unión* que el carlismo cabe en su recinto. Y no se diga que la crítica de *La Unión* era puramente literaria; porque sabido es que *La Unión* es de los periódicos de escuela que tienen dos patrones, uno para los amigos y otro para los adversarios, y de esta regla invariable sólo se ha separado ahora, tratando del Sr. Polo y Peyrolón.

Al cual no creemos que importen gran cosa esas alharacas, ni esos escrúpulos de... última hora. Ya nadie se acuerda de las críticas ni de los críticos, y en cambio, *Pepinillos en vinagre* continuará siendo un excelente libro, muy bien escrito y mejor pensado, de los que corrigen deleitando, de los que no pasan de moda. Y hasta de la crítica puede el Sr. Peyrolón estar satisfecho; como que ha sido elogiado por Fernán Caballero, por D. Manuel Tamayo, por D. Marcelino Menéndez Pelayo y por doña Emilia Pardo de Bazán, resultando así este balance que no es para desanimar á nadie:

CRÍTICOS DEL SR. POLO Y PEYROLÓN

Los que lo juzgan favorablemente.

Los que lo juzgan desfavorablemente.

Fernán Caballero,
Manuel Tamayo,
Marcelino Menéndez Pelayo,
Emilia Pardo de Bazán.

Antonio de Valbuena,
Rodrigo Soriano ó D. Andrés,
Ricardo Fernández.

Nosotros nos inclinamos á los de la primera columna.

••

Con motivo del ya próximo Centenario de Cristóbal Colón son muchas, y algunas muy notables, las obras que se han publicado esclareciendo los puntos históricos referentes á la biografía del inmortal navegante y al descubrimiento y conquista de América.

La Sociedad editorial de San Francisco de Sales ha publicado recientemente una obra titulada: *Estudios críticos acerca de un período*



VISTA INTERIOR DE SAN MIGUEL DE ESCALADA

de la vida de Colón, por D. Alejandro de la Torre y Vélez, Canónigo Lectoral de la Catedral de Salamanca.

Este libro reúne, á su gran oportunidad, la riqueza de una vasta erudición y la nobilísima intención de vindicar á España, y en especial á Salamanca, de la nota de ignorante que autores extranjeros y mal aconsejados le han aplicado, movidos, ó por su propia ligereza en el juzgar, ó por aversión á nuestra católica patria.

El período que corre desde que Colón, huyendo secretamente de Portugal, entra en los dominios de Castilla, hasta que, vencidas muchas dificultades y decoradas muchas amarguras, se hizo á la vela en el puerto de Palos, es el que con gran acierto estudia nuestro autor; período interesantísimo, no sólo para la historia patria, sino también para la historia del mundo, pues con razón puede llamarse el período de incubación del portentoso descubrimiento.

En la primera y segunda parte de la obra ocupase su autor en *contrastar*, en la piedra de toque de la sana crítica, la pureza de los historiadores que de este período se han ocupado, rechazando lo falso, y no admitiendo sino lo bien probado, de lo cual se aprovecha en la tercera y cuarta parte, donde consagra todo su estudio á reconstruir la verdadera historia.

Para que nuestros lectores formen idea aproximada de la importancia de esta obra, copia-

remos los títulos de algunos capítulos tomados al azar: *Los muertos resucitados vengándose de los vivos sus calumniadores.—Notable discurso de Deza.—Matrimonio clandestino de Colón.—¿Por qué puerto entró Colón en Castilla? Los doctos de Salamanca.—Colón resuelto á abandonar á Castilla.—Fidelidad de San Angel.—Rasgo de Isabel la Católica.* Todos ellos son interesantes, y si bien forman un libro que no puede leerse con la rapidez de una novela por el prolijo trabajo de cotejo de documentos y por las innumerables citas que contiene, puede darse por bien empleada la atención que se emplee en su lectura, al ver que resultan enaltecidas y victoriosas las colosales figuras que prepararon el descubrimiento de América, la inmensa parte de gloria que en él corresponde á nuestra amada patria, y el influjo prepotente y civilizador de nuestra fecunda y sacrosanta Religión.

••

Dejemos para otro día el completar esto del Centenario, y vamos á lo que por común consentimiento de los críticos á la moda constituye el acentecimiento literario de la temporada, ó sea *La Débacle* de Zola. Clarín manifiesta que esta novela es inferior, como obra de arte, á otras del mismo escritor. En *El Movimiento Católico* hemos leído que no es tan sucia como las ante-

riores; por nuestra parte, solo hemos de decir que juzgando por rapidísima lectura, hemos encontrado un poco pesada la de *La Débacle*, con muy hermosas descripciones, eso sí, fidelidad en los pormenores de la acción histórica y mucha imparcialidad en los juicios sobre los franceses y alemanes, verdaderos actores de la obra. Ahora parece que Zola prepara una buena novela.

Y esta novela va a tratar de las peregrinaciones a la cueva santa de Lourdes, y de las milagrosas curaciones que allí se verifican por el patrocinio de Nuestra Señora.

Esto no tiene nada de particular. Se comprende que Zola busque argumentos de interés, y en ninguna parte ha de encontrarlo mejor que en aquellas montañas, convertidas por la devoción de las muchedumbres cristianas en un paraíso de fe y de caridad.

Fenómeno religioso es el de Lourdes, digno de ser estudiado por todos los hombres pensadores. En medio de esta sociedad descreída, indiferente y materialista, ha surgido en Lourdes un monumento de fe y de piedad fervorosísima, de esos que los Michelet y Renán sólo creían posibles en la Edad Media.

No nos parece mal, repetimos, que Zola pretenda estudiar ese fenómeno religioso y social; pero lo que si nos parece muy mal es que lo estudie con la opinión preconcebida de que todo lo que hay y se observa en Lourdes es obra del fanatismo, que todo es mentira y embaucamiento; que Lourdes es «la Meca levantada por la superstición frente a las maravillas de la cultura y progreso modernos.»

Este prejuicio será todo lo impío que Zola quiera. Pero ni es imparcial, ni científico, ni literario, ni siquiera naturalista.

Zola, por consiguiente, no piensa escribir una novela con arreglo a los cánones de su escuela, sino un libelo contra el culto de Nuestra Señora en la gruta de Lourdes.

¡Abramos el paraguas!

¡Se prepara un chaparrón de blasfemias, irreverencias y otros excesos!

Y no es, seguramente, por este camino por donde Francia ha de encontrar la *revanche* de la *débacle*.

BACHILER ALONSO.

Desde Manila

PERSPECTIVAS DE VIAJE

Puerto-Said.

V

Así como sobre la desolada costa árabe, aparte los riscos de hulla, tan sólo gateaban algunas construcciones desgarradas y mugrientas, sobre la ribera africana, por el contrario, gallardeaba el flamante caserío de la moderna Puerto-Said, permitiéndose ocupar una extensión relativamente considerable, y destacando con pintoresca irregularidad múltiples arrabales en diversas y contrapuestas direcciones, los cuales se propagan preferentemente a lo largo de las sinuosas playas, formando uno de ellos con natural desdoro la interminable sarta de haraposos edificios de que hablé en mi primera epístola, y que se desarrolla hacia el Norte con notable prolijidad e indefinibles mecolanzas. A la legua se podía adivinar que Puerto-Said es una ciudad en construcción, y bien se divisaban en algunos parajes extremos las risueñas arcadas de naciendo edificios, que de seguro, en no lejanos días, serán otros tantos suntuosos centros de actividad mercantil ó de Administración inglesa.

El aereo perfil general de las techumbres, describiendo cien extraños garabatos en la atmósfera, conjugados a modo de delirio geométrico, limitaban por la parte de Poniente aquel insípido horizonte, impidiéndonos espaciar la vista por los parajes ulteriores y formar ningún juicio provisional de ellos, pero demostrándonos con osada elocuencia que allí el desierto lo llena todo, lo inunda todo, lo ahoga todo, y que la superficie de aquella tierra es más monótona y más intratable que la siniestra y temida superficie del mar. Detrás de Puerto Said, tierra adentro, parecía y agonizaba una barriada de viviendas miserables, habitadas por razas más ó menos indígenas; barriada que improvisaron los obreros del canal de Suez, que desgastan hoy sus hijos, y que fué el primer indicio de urbanización moderna en aquel inmenso y bochornoso yermo; esa alhaja había en la traspuerta de la actual Puerto-Said, pero no se columbraba desde los altos lomos de nuestro buque la menor señal de su existencia.

Sin montes ni colinas donde reclinarse, sin arboledas que esparzan sombra y difundan frescura al par que recreen y descansen la mirada, sin caprichosos desniveles interiores que engendren sorprendentes relieves. Puerto-Said no brinda al viajero ninguna perspectiva selecta digna de mencionarse; su nota característica es precisamente la indigencia de perspectivas, la desolación más implacable, y ahí estriba, a mi juicio, el mérito y originalidad de aquella enfática población bicontinental, de aquella aglomeración de casas y de razas, que remeda la primitiva Roma de Rómulo y Remo. Hay en ella algo que abisma, algo que convida a prolijas reflexiones, algo que me hizo recordar una célebre frase, inventada por no sé quién, de que en este mundo no hay nada imposible. Dos imponentes columnas de grandes vapores se ostentaban alineadas a entrambos lados del estrecho, tortuoso y prolongado puerto, irguiendo unos la rígida proa, contoneando otros la anchurosa popa, mostrando todos sus engarabitados puentes, sus denegridas chimeneas supurando espeso humo, sus arboladuras escuetas y sus costillajes de hierro alquitranado, tomando vez aquellos para su entrada en el canal en busca de los mares asiáticos, y disponiéndose éstos para engolfarse en el diminuto Mediterráneo y regresar a sus matrículas respectivas, en la emprendedora Europa. Todas las naciones civilizadas parecían tener allí su digna representación, y nuestro ánimo se oprimía al observar que la marina española brillaba esplendorosamente por su ausencia, y que el único vapor nuestro en aquellas singulares aguas fondeado, no era un vapor traficante con vida propia, sino un barco subvencionado por la nación para un exiguo servicio postal, para el trasiego de funcionarios públicos y de militares, el cual ni siquiera podía vanagloriarse de la asequible honra de haber nacido en el seno de los astilleros de la patria. Nos hallábamos como gallina en corral ajeno, no solo por las razones apuntadas, sino porque en España no estábamos acostumbrados a ver esas ciudades basadas exclusivamente en la industria y el comercio, prosperando contra viento y marea, y patentizando que allí donde alientan la industria y el comercio, el sentido práctico y la persistencia en el trabajo útil, se consiguen a pesar de los pesares verdaderos milagros; los indígenas ó pseudoindígenas, que tripulando cien lanchas y canoas rodearon al *Isla de Luzón*, sabían hablar ó chapurrar el inglés, el francés y el italiano, pero de nuestro idioma no pronunciaban más que la palabra *peseta*, sin duda porque en España es donde menos abunda la materia de que se compone esa moneda.

La actividad que surgió desenvolviéndose sobre las aguas del puerto, resultaba por todo extremo asombrosa; innumerables vaporcitos remolcadores, como aquí en Manila, cruzaban asiduamente la bahía, ya para el servicio de la población, ya para el de los buques fondeados; y esto de tal suerte, que los alternados y violentos chirridos del vapor, fogándose de las válvulas de escape, forzadas por la omnipotencia expansiva de las calderas, ensordecían el aire y desgarraban los oídos, como si se hallase uno encerrado en una inmensa fábrica de aserrar con toda la maquinaria en movimiento en

día de apremiantes piezas. La falta de muelles abordable para los buques de algún porte, como aquí en Manila la falta del puerto exterior, es causa de que éstos tengan que verificar sus cargas y descargas mediante el auxilio de barcazas y gánguiles, aquí *paraos* y *lorchas*, cuyo arrastre de unos puntos a otros ha creado multitud de industrias secundarias, contribuyendo así a la mayor animación y vida del puerto; apenas amaneció nuestro día, la innoBLE y acuática superficie se cubrió de un verdadero enjambre de esas barcazas y lanchas remolcadoras que acudían con febril diligencia a todos los menesteres.

No podía negarse que el espíritu inglés flotaba sobre aquellas aguas, y por si acaso hubiera cabido alguna duda respecto de ello... allí, hacia nuestra derecha, y rondando la embocadura del canal, paraba un barco pintado de blanco, color de los de guerra, al parecer medio abandonado y sin tripulantes, cuyo pabellón de popa nos avisó bien pronto su origen inglés; era, en efecto, un crucero británico de no despreciables dimensiones, muy cuacamente acomodado a la vera del canal para fisgar, sin duda, quiénes entraban y salían, y participar a determinadas naciones que aquel descuidado buquecito lo mismo podía zambucarse en sus reducidas aguas antes que ningún otro y anclar en medio de él con toda la aviesidad del mundo, ó pasar a unirse a la escuadra del *Mediterráneo*, ó bien a la *escuadrilla* del *Africa* oriental, para efectuar uno de esos alardes de su poder marítimo, que tanto prodiga la Gran Bretaña, y que tanto escatimamos nosotros.

Dos cosas sobre todas las demás, suelen notar los viajeros que navegan en los vapores de la Compañía *Trasatlántica* al llegar a Puerto-Said; que son, el deseo de escribir a España, y la subida de la temperatura. Hay quien empieza a redactar la carta ó las cartas para la familia y los amigos al salir de Barcelona, y cuando llega el momento de depositarlas en las oficinas de correos, se encuentra con que en vez de una carta ha escrito un folleto en toda regla, al que no falta más que la encuadernación. Los menores incidentes del viaje van consignados en ese folleto, y algunos autores los ponen cuidadosamente circunstanciados; si el segundo plato de la primera comida a bordo fué de tal ó cual pescado; si los montes de las Islas Baleares debieron haberse divisado a babor, y no se divisaron por ninguna parte; si la costa de Africa apareció a la derecha, figurándose algunos que cuando rebasábamos las sierras tunecinas, nos hallábamos ya a la altura de Alejandría; si la isla Pantelaria nos sorprendió a casi todos con su presencia, puesto que casi nadie había oído hablar de aquel pedazo de tierra italiana; si la luz de los faros se distingue mejor de noche que de día, y si los Alpes y los Balkanes quedan a considerable distancia a la izquierda de nuestro itinerario. Otros encasillan estas cosas por días y por horas, y así obtienen treinta ó treinta y dos efemérides repletas de curiosidades, que rara vez se vuelven a mirar después de terminado el viaje. Los chiquillos, de que siempre conducen un excelente surtido los vapores correos de esta línea, ofrecen también abundante materia para estos apuntes de viaje, sobre todo cuando alguno sale rodando por algún declive peligroso del barco, y hay que precipitarse detrás de él para atraparlo al borde del mismo y evitar una de las desgracias más horribles.

Elio es, que tanto en la víspera del desembarco como en las primeras horas del día siguiente, todo se volvió a bordo cerrar cartas y poner los correspondientes sobreescritos a las mismas; pero no faltó quien, para evitarse las molestias del franqueo y quedar más descuidado, metió en una botella vacía una epístola *sui generis*, cerró herméticamente el casco y lo arrojó al agua al pasar frente a Alejandría, con lo cual es seguro que llegará a alguna parte, a diferencia de otras remitidas por varios amigos con todos los requisitos postales, y a estas fechas aún no se sabe dónde paran.

F. AGUILAR Y BOSCA.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Agua del Congo para el tecedor.

Si el caluroso Julio el rostro os enrojece y la ardiente Canícula os baña en sudor, no olvidéis el AGUA DEL CONGO, que se ofrece como único preservativo contra el calor.

Depósito: Príncipe, 19 y 21, Madrid.

V. Vaissier, inventor del jabón del Congo.

¿Qué pediríais al hada?

Si por amor al hombre una buena hada ofreciese conferiros el poder de curar una sola enfermedad, dejando á vosotros la elección, ¿qué enfermedad escogeríais? Acaso pediríais primeramente tiempo para considerarlo.

Si dicha hada me hiciera á mí la oferta, desde luego le contestaría diciéndole: «Buen hada, deseo el poder de curar el reumatismo, pues que es universal. Es esta enfermedad que ataca á cualquiera, de la raza ó clima que fuere,» y el hada reconocería mi sabiduría y me concedería la secreta virtud.

Las hadas, no obstante, han desaparecido ya, y así hemos de emprender la lucha sin la ayuda de ellas.

Desde Octubre del año pasado, dice el profesor don J. Maimo, de la Escuela pública para niños, en Pradip, «sufría de una severa crisis de reumatismo. Me sometí á diferentes clases de tratamientos, entre éstos, baños é iodo de potasio, tomado interiormente, sin conseguir el más leve alivio. Muy al contrario, fui de mal en peor, hasta que por casualidad llegó á mis manos uno de esos folletos ilustrados, en los que se describe la medicina llamada el «Jarabe Curativo de la Madre Seigel.» Al leer dicho libro y al ver que el reumatismo era, según en el citado folleto se indicaba, una de las enfermedades que el consabido jarabe aliviaba y curaba, me decidí á probarlo, é imaginé cuál sería mi rogocío al sentirme aliviado, antes de haber agotado la primera botella.

«Como que la enfermedad se encontraba en su más agudo grado, tuve que seguir tomando el jarabe durante tres meses consecutivos, á fin de hacer desaparecer los dolores punzantes que al más leve cambio de temperatura me sentía en las extremidades, en el pecho y en las coyunturas. En la actualidad, mi dolencia no es más que una sombra de lo que antes era, y puedo consagrarme ahora con toda laboriosidad al trabajo propio de mi profesión.

«A veces, sintiéndome libre de todo dolor, he dejado transcurrir dos ó tres días sin tomar medicina alguna, habiendo observado además que al dejarse sentir nuevamente el dolor me ha bastado tomar sesenta gotas del jarabe para conseguir un alivio inmediato. También debo hacer constar que jamás me he encontrado mejor, en cuanto al estómago, que desde que tomo el jarabe de la Madre Seigel, pues cada invierno me veía obligado á tomar algún purgante, hallándome propenso á la constipación. En la actualidad estoy enteramente exento de esta dolencia, gozo de buen apetito y encuentro gusto en todo lo que como.

«De lo que acabo de manifestar (y no es más que la pura verdad), podrá usted inferir la alta estima que me merece este remedio, y cuán agradecido estoy á su propietario.

«El buen resultado que produjo en mi caso ha

sido sabido de tantos, que muchas personas me visitan para pedirme pormenores más detallados, y éstas á su vez consiguen alivio igualmente tomando el jarabe.

«Sirvase aceptar el testimonio de mi más sincera consideración.

(Firma).

J. MAIMO,

Profesor en la Escuela Pública para niños

20 Mayo, 1892.»

Para poder comprender la razón de la maravillosa eficacia del jarabe de la Madre Seigel en el caso del señor Maimo, el lector se servirá observar dos partes sobresalientes en su excelente carta: primera, su relación de su reumatismo; y segunda, su referencia á la acción de la medicina sobre su sistema digestivo. He aquí la causa y el efecto; la indigestión y la dispepsia, la causa; el reumatismo, el efecto.

El tratamiento que antes signiera no tenía poder alguno sobre su reumatismo, porque carecía de toda acción sobre su digestión. El jarabe desterró el ácido úrico de su sangre (siendo el ácido producido por un estómago é ligado adormecidos) y el reumatismo desapareció en el orden de la naturaleza, junto con el veneno que lo produjera.

Dos palabras más como comentario, y habremos concluido.

El reumatismo es universal porque son también universales las malas costumbres observadas en las comidas. Donde se encuentra la indigestión y la constipación, allí está el reumatismo con otras miles enfermedades, que no son más que sus síntomas y frutos. Tómese nota de esto y téngase presente.

Las hadas han desaparecido, como ya dijimos; pero para conseguirse el folleto que trata de remedio tal, y que encierra en sí mayor poder curativo que cualquiera hada pudiera conferir, dirigirse á los propietarios del Jarabe Curativo de la Madre Seigel.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales, frasco pequeño, 8 reales.

Banco de España

Debiéndose proceder á la corta de los cupones que vencerán en 1.º de Octubre próximo venidero, correspondientes á los valores depositados en este establecimiento, se avisa á los interesados:

1.º Que podrán retirar los cupones en rama, previo pedido, así como avisar que se conserven unidos á los títulos:

Hasta el 3 de Agosto próximo, los de Deuda perpetua al 4 por 100.

Hasta el 21 del mismo mes, los de Deuda amortizable al 4 por 100.

Hasta el 15 de Septiembre, los de Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y billetes hipotecarios de la isla de Cuba.

Y hasta el 18 del expresado Septiembre, los de las demás clases de valores.

2.º Que transcurridos estos plazos, el Banco procederá á la presentación y cobro de los cupones de Deuda interior y amortizable que no hayan sido objeto de pedido ó aviso.

3.º Que no se admitirán en depósito los valores que contengan el indicado cupón de 1.º de Octubre.

Desde el día 4 de Agosto, los de Deuda perpetua al 4 por 100 interior.

Desde el día 22 del mismo, los de Deuda amortizable al 4 por 100.

Desde el día 16 de Septiembre, los de Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y Billetes hipotecarios de la isla de Cuba.

Y desde el 19 del expresado mes de Septiembre, los de las demás clases de valores.

4.º Que el Banco admitirá, desde luego, á descuento, á razón del tipo que rijá, los cupones de 1.º de Octubre próximo de la Deuda perpetua interior y del amortizable al 4 por 100, estén ó no depositados.

5.º Que el minimum de percepción por los descuentos será quince céntimos de peseta por cada factura.

6.º Que los cupones del vencimiento de 1.º de Octubre próximo de la Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, se admitirán en negociación desde la fecha de este anuncio, estén ó no depositados, con la bonificación que diariamente se fijará en las oficinas del Banco.

7.º Que los cupones de título depositados de las mismas Deudas exterior y de Cuba que no se retiren en el período, desde la fecha de este anuncio hasta el 15 de Septiembre próximo, se entenderán cedidos al Banco por los depositantes con la bonificación que se fijará por el mismo día 16 de Septiembre; y será la equivalente al precio medio á que resulte la de los referidos valores negociados por el Banco en el citado período de tiempo.

8.º Que para el descuento ó la negociación de los cupones depositados bastará la presentación del resguardo del depósito respectivo.

Madrid 26 de Julio de 1892.—El secretario general, Juan de Morales y Serrano.

COLÓN Y LA RÁBIDA

POR EL

M. R. P. Fr. José Coll

FRANCISCANO

Las noticias que atesora este libro hacen muy agradable su lectura, y es indispensable para todos los que se interesan por el Centenario del descubrimiento de América.

Consta de un volumen en 8.º de 36 páginas, y se vende en casa de D. Gregorio del Amo, Paz, 6, á 2,50 pesetas.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis. Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dussor, 1, Rue J. J. Rousseau, París

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

¡Mantente estos medicamentos en todas las botellas.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 4
1892



PERUJO-ANGULO
DICCIONARIO
 DE
CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.—TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

MONTERA 23
RELOJES
 DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G. GIROD
 Sucesor de Losada.

SALICILATOS
 DE **BISMUTO Y CERIO**
 DE **VIVAS PEREZ**

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina. Recomendados por la Real Academia de Medicina.

CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de **INDISPOSICIONES del TUBO DIGESTIVO, VÓMITOS y DIARREAS;** de los **TÍSICOS de los VIEJOS;** de los **NIÑOS, CÓLERA, TÍFUS, DISENTERIA; VÓMITOS de las EMBAZAZADAS** y de los **NIÑOS; CATA-**



RROS y ÚLCERAS del ESTÓMAGO; PIROXIS con ERUPTOS FÉTIDOS; REUMATISMO y AFECIONES HÚMEDAS de la PIEL. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público, tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS. — DESCONFÍAR DE LAS IMITACIONES.

LA ANTIGUA Y CONOCIDA CASA
CH. DENIS

PARIS.—4, rue Manuel.—PARIS

Se encarga de la compra en comisión, así como de la expedición de toda clase de mercancías, como perfumería, droguería, especialidades farmacéuticas, ropa, telas, maquinaria, etc.; del envío de precios y tarifas, pues cuenta con las relaciones de las primeras casas de Francia.

También se encarga la casa de tomar suscripciones a todos los periódicos de París.

Todas las cartas deben llevar un sello de correo español de 0,25 pesetas para la contestación.

GRAN ALMACEN

DE

PORCELANA, LOZA Y CRISTALERIA

Vajillas, grandes surtidos, nuevos y variados dibujos, muy baratas copas cristal para agua, 5 pesetas docena; copas para vino, 4 id.; para licor, 3; botellas, Juegos de lavabo, Juegos de café, licorerías, jarrones, tazas, jicaras, objetos de capricho para regalo.

CALLE DE ESPOZ Y MINA NUM. 40 (esquina a la plaza del Angel.)

No equivocarse, fiarse en las señas.

INSTITUTO DE FRANCIA : PREMIO MONTYON
VINO DE QUINA OSSIAN HENRY
 simple ó ferruginoso

El más eficaz reparador. — El mejor de los Ferruginosos. Gusto agradable. Cura la Clorosis, la Anemia, las Flores blancas, las constituciones débiles, etc.

B. BAIN & FOURNIER, 43, Rue d'Amsterdam, PARIS
 EN ESPAÑA, EN TODAS LAS FARMACIAS.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
 DE
ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA
 Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

RUS ARTE FOTOGRAFICO RUS
 Casa especial en aparatos, artículos y productos para la fotografía.
 LA MAS SURTIDA DE ESPAÑA

Envíos a provincias y Ultramar.

Gran catálogo ilustrado seguido de un tratado fotográfico.

Colores esmalte para el decorado de porcelanas. Jarrones, platos, etc., etc. Unico depositario en España de las extra-rápidas placas Monckhoren,

San Pablo, 68.—FERNANDO RUS.—Barcelona.

(APARTADO NÚM. 11.)

SAL DE AGRAZ EFERVESCENTE

DEL DOCTOR JIMENO

Atemperante, antibiliosa, digestiva, de empleo fácil, agradable y cómodo

En la indigestión provocada por un disgusto, enfriamiento, debilidad de estómago, asco producido por algún alimento.—En la irritación intestinal.—En los derrames de bilis.—En los flatos, eructos ácidos, dolor de estómago, aspereza y amargor de la boca, sed insaciable.—Contra el mareo de la navegación, toda clase de vómitos y náuseas.—Es superior a todas las magnesianas y productos similares por no producir arenillas y cálculos en el aparato de la orina.—Para más detalles véase el prospecto que acompaña a cada frasco.—La Sal de AGRAZ del Dr. Jimeno no debe faltar en ninguna casa, y sobre todo a personas y familias que vayan de viaje.

Farmacia del Globo del Dr. Jimeno, Plaza Real, Barcelona. Valencia, Cuesta; Madrid, Moreno Miquel; Montevideo, M. Rey.

SEÑORAS

La perfumería
THOMAS

es la que vende la perfumería fina a precios reducidos.
 La perfumería
THOMAS

es la que vende los perfumes sueltos para el pañuelo a 5 reales onza; el **Heliotropo blanco**, perfume fino, delicado y muy permanente, a 6 reales.
 La perfumería
THOMAS

es la que presenta en sus anaqueles un millón de caprichosos objetos con perfumes ó sin ellos, para regalitos de poco precio.
 La perfumería
THOMAS

está situada en la calle **MAYOR, 36**. Fijarse bien en las señas: número 36, entre las calles de Coloreros y Bordadores. Los precios son fijos, marcados en los objetos.—Prohibido el regatear.



ÉPOCA 6.ª—AÑO XVII.—TOMO XV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

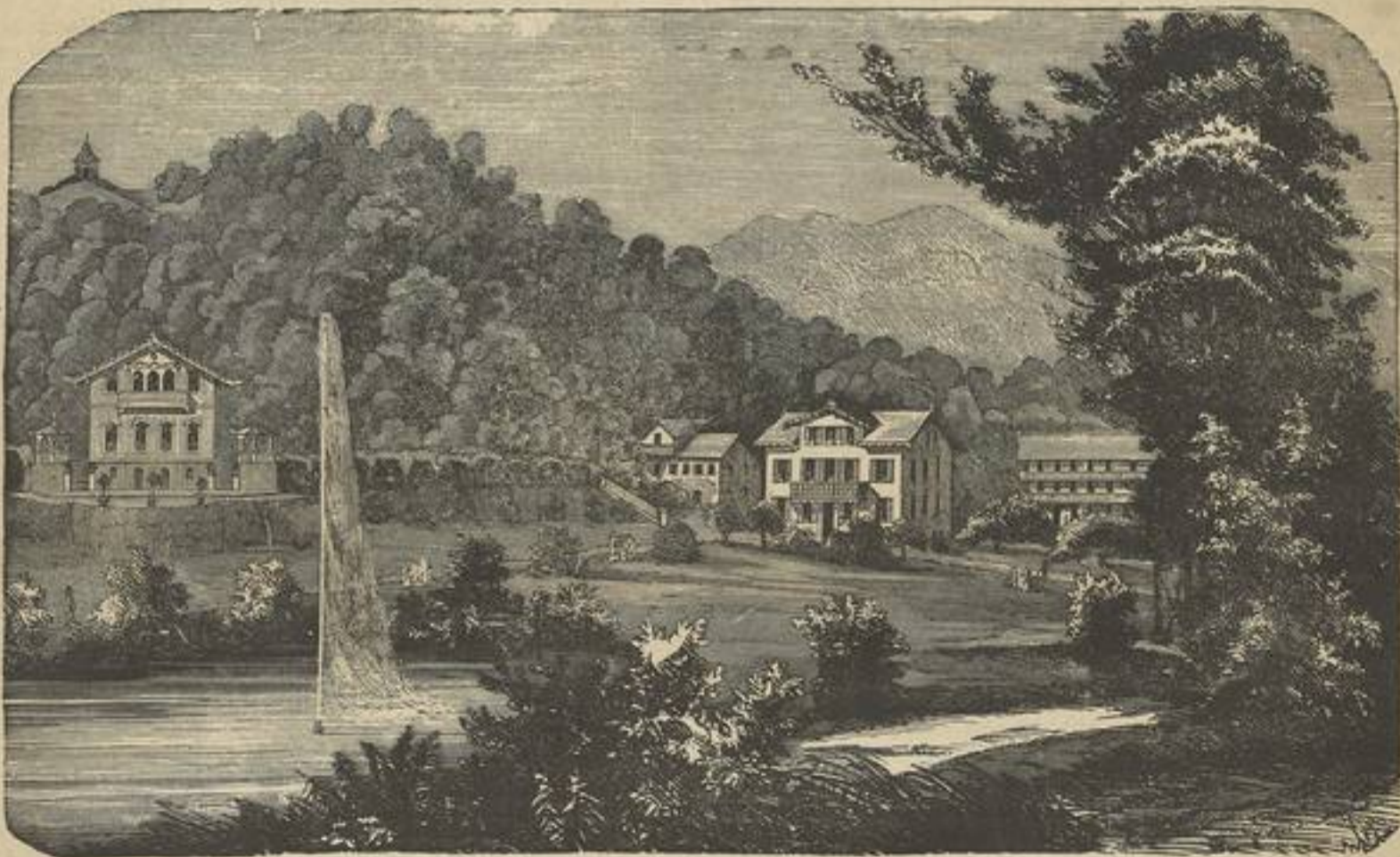
NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	1,50 pts.
Tres meses.....	4 "
Six meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO RICO	
Six meses.....	2 7/2 ps. fr.
Un año.....	4 "

NÚMERO 15.—Madrid 15 de Agosto de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	11 francos.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 "

PAISAJES DE VERANEO



VISTA DE CHANELAZ, EN SUIZA

ADVERTENCIA

Rogamos á nuestros lectores que se fijen en el anuncio *Las Instalaciones del alumbrado eléctrico*.

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—3 de Agosto de 1899, por Angel Salcedo.—Magdalena, por Fernán Caballero.—Nuestro arte religioso, por José Ferrández.—Pedregales de mi vida, por Manuel Polo y Peyrolón.—Azucena Cáceres Prat.—La Flore del Carmelo, por Azucena Cáceres Prat.—Las mujeres de los sectarios, por D. Antonio Ballús de Unquera.—Reclamos.—Anuncios.

GRABADOS

Vista de Chancelas en Suiza.—José para el sol en su carrera.—Verdadero retrato del V. P. Diego Luis de Sarmiento.—Licurgo consultando el oráculo.—La Anunciación.—Vista de Colonia.

LA QUINCENA

Vesient annis
saecula seris, quibus excessus
vincula rerum laxet, ingens
patent tellus, Tibisque novus
detegat orbis, nec sit terra
ultima Thule.

(Séneca.—*La Medea*.)



En este modo el más insigne de los filósofos romanos, maestro de Nerón y víctima ilustre de la crueldad de su regio discípulo, sintiendo estremecido su espíritu con aquel estremecimiento profético que agitaba á las pitonisas, lanzó á sus contemporáneos la singular noticia de la existencia de un nuevo mundo, pronosticando de paso que había de llegar un día, oculto en los remotos siglos, en que el hombre venciera las ondas del Oceano y un nuevo Tifis hollara con su planta las misteriosas regiones perdidas en la vasta soledad de los mares.

Un piloto del siglo XV, habilísimo en su profesión, incansable en el estudio, sabedor de todas las opiniones sustentadas por la docta antigüedad acerca de la tierra y del Oceano, hombre pensador, preocupado siempre su entendimiento con los difíciles problemas cosmográficos, llena su fantasía de alucinaciones extrañas que eran cuasi proféticas visiones, había llegado á adquirir la certidumbre de la esfericidad del planeta, y basado en esta profunda convicción de su espíritu trataba de buscar un camino más corto que el del Cabo de Buena Esperanza para arribar á las Indias orientales. Así manifestaba, ó hasta ahí llegaba, á lo menos, en la manifestación de su pensamiento. Acaso temía que de manifestarlo por entero, no le fuera dado realizarlo. Porque la existencia de un nuevo camino para las Indias, era cosa, después de todo, racional y científicamente demostrable; pero la existencia de un nuevo continente era imposible de ser creída por quien no lo hubiera visto con sus propios ojos ó careciera de esa milagrosa intuición que Dios concede á algunos hombres superiores cuando los elige como instrumentos de su Providencia, para que mediante su concurso se verifique uno de esos acontecimientos extraordinarios que influyen de un modo decisivo en el destino de la humanidad.

Pero aquel pensamiento del nuevo camino de las Indias, era, no obstante su credibilidad relativa, muy superior á las luces de aquel siglo. Así anduvo Colón de corte en corte mendigando protección y cosechando desdenes. Así los sabios de la época lo tuvieron por loco, y por un hombre estafalario el pueblo. Así tuvo que andar toda entera esa triste calle de

la Amargura, patrimonio exclusivo de los grandes hombres, senda de espinas y abrojos, verdaderamente providencial, porque en ella se aquilatan las almas elegidas que en las luchas de la contradicción y entre los ásperos dolores de la penitencia se hacen cada vez más dignas de su vocación y aptas para el cumplimiento de su providencial destino.

Triste y desalentado, tronchadas sus ilusiones y casi ya perdida la esperanza, pensando con amargura en que el logro de sus deseos se hallaba cada vez más lejano, tan lejano como aquel horizonte de la *mar tenebrosa* que era la constante preocupación de su espíritu, llegó con su hijo, que desfallecía de hambre y sed, á las puertas de un convento. Desde aquel instante varía su destino. En Fray Juan Pérez y en Fray Antonio de Marchena va á encontrar cuanto anhelaba; en los humildes frailes franciscanos del convento de la Rábida, los primeros amigos y los primeros defensores de su idea, el núcleo de prosélitos que todo pensamiento nuevo necesita para germinar al amparo de la intimidad y del misterio; en la Iglesia católica, en suma, la protección que el mundo le ha negado; y aquel pensamiento, lanzado, como á la ventura, en el seno de la civilización clásica, incapacitada por sus vicios y por su feroz egoísmo para comprender y llevar á cabo nada verdaderamente grande, va á encontrar por fin en el seno de la civilización cristiana y al amparo de la Cruz de Jesucristo su debida realización y cumplimiento.



Que la parte principal en la gloria del descubrimiento de América corresponde á la Iglesia católica, nadie que no tenga velados los ojos del espíritu por preocupaciones de escuela, podrá desconocerlo. El Padre Santo acaba de recordárselo al mundo con maravillosa elocuencia. *Columbus noster est*, ha dicho el Soberano Pontífice, y bien podemos los católicos repetir este grito de nuestro Padre con veneración y con entusiasmo. La Iglesia preparó el descubrimiento y bendijo á los atrevidos exploradores en su solemne partida; ella sin fijarse entonces como nunca en bastardas miras de material dominación, atendió pura y exclusivamente á la salvación de las almas y á la civilización de aquellos pueblos sentados en las sombras de la muerte. Sus misioneros recorrieron de punta á punta el nuevo continente, y la audacia y el ardor de los conquistadores no sostienen la comparación con el ardor y la audacia de los oscuros propagandistas de la Buena Nueva. Los humildes operarios del Evangelio han llegado en este punto á la sublimidad del heroísmo. La Iglesia preparó para la vida de la independencia y de la libertad, como así lo reconocen hoy los más ilustres americanos, á aquellas jóvenes nacionalidades, cerrando sobre sus frentes las aguas del Bautismo, esas aguas sagradas que habían ya fecundizado en otro tiempo á todas las naciones de la vieja cristiandad europea.

El Catolicismo fué el que sazónó el genio de Colón, y el afán por la salvación de las almas fué el talismán misterioso que impulsó en su obra inmortal al más insigne de los náuticos.

«¡Valor, intrépido navegante!... decía Schiller, vé lleno de confianza en el Dios que te guía; surca ese mar silencioso... No ha sido creado ese mundo que tú buscas; va á surgir de las olas. Hay secreta alianza y unión entre la naturaleza y el genio.»

¡Y con qué valor, con qué grandeza, reivindicó León XIII para la Iglesia católica esta gloria purísima é inmortal de los siglos!

«El Papa, ha dicho *Le Moniteur de Rome*, comentando la admirable Encíclica, tiene el sentido de todo lo grande y provechoso. Vauvargues decía que no es verdaderamente superior el que admira con moderación. Nunca se ha celebrado este descubrimiento con acento tan viril. Y León XIII continúa su discreto

himno al asociar á la Iglesia á esta maravilla. Aquí encuentra su alma una de sus inspiraciones favoritas. El, que es el Pontífice de las armonías entre la fe y la ciencia, entre la Iglesia y la civilización; El, que acepta con amor toda obra humana, que la bendice y la ilumina con los esplendores de lo alto, se siente en cierto modo en su patria intelectual, y se conmueve ante esta alianza entre Dios y el hombre, entre la Iglesia y la naturaleza, en el asalto dado á un nuevo mundo, de donde surgirán rayos más luminosos de civilización y de gloria. La América, que ama á León XIII, se manifestará orgullosa de toda esta página avasalladora de sentimiento, de justicia y de magnificencia.

A medida que León XIII avanza en la plenitud de sus obras, muestra un espíritu más abierto, libre y luminoso. Su arte se eleva al fundirse con la perfecta sencillez.

*E quel ch'è bello e'l caro accresce all'opre
L'arte che tutto fa, nulla si scopre.»*

En vano tratará la crítica sectaria de arrebatár á la Iglesia esta gloria, una de las que resplandecen en su diadema con más luminosos fulgores. La verdad se impone á todos los entendimientos, y esta es una de esas verdades que abruma con avasalladora influencia. El Sumo Pontífice lo ha dicho, y esta es, en este punto, la última palabra de la crítica histórica. *Columbus noster est.*



Y si como católicos Colón nos pertenece de derecho, es nuestro, ¿quién como españoles se atreverá tampoco á disputarnos esta gloria? Ni creemos que á nadie pueda ocurrirse semejante dilatación. Génova, su patria, desconoció el mérito del más ilustre de sus hijos. Inglaterra y Francia ni aun se dignaron escucharle. Portugal, á la sazón en el apogeo de su gloria, y llegado también como España al más sublime momento de su vida nacional, tuvo por locuras los proyectos del gran descubridor y sus gigantescos planes por delirios de una imaginación enfermiza. Solo en nuestra patria encontró oídos benévolos que lo escucharan, inteligencias que lo comprendieran, corazones á la altura del suyo, hombres dispuestos á los mayores sacrificios por coadyuvar á su empresa y decididos á arrostrar todos los peligros, incluso los de aquel *tenebroso mar*, nunca surcado, que se presentaba á las imaginaciones con el prestigio de lo sobrenatural, cuasi de lo divino, como si el Supremo Hacedor se hubiera reservado aquel pedazo del planeta para castigar en él las almas de los réprobos, y reunir en sus lóbregos senos, azotados por eternas tempestades, los castigos y las plagas que desencadena á veces, en pena de horrendos delitos, sobre la humanidad pecadora, su soberana justicia. Como el rostro de Jehová para el que llegara á contemplarlo cara á cara, así aquel mar, para los incautos ó para los atrevidos que se aventuraran entre sus pérfidas ondas; no de otro modo lo consideraban los habitantes de nuestros pueblos ribereños. La gloria de Colón es indiscutible; pero ¿qué palabras serán bastantes á ensalzar como se merece la abnegación de los Pinzones, gastando en el equipo de las carabelas el corto caudal reunido á costa de tantas fatigas, de tantas batallas con el mar embravecido, de tantos trabajos, privaciones y sacrificios como la vida del mar lleva aparejados? Colón iba á realizar el anhelo de toda su existencia; contaba además con el empleo de Almirante, con el virreinato y gobierno general de cuantas tierras descubriera en el Oceano, y con la décima parte de las perlas, piedras preciosas, oro, plata, especias, producciones y mercancías de cualquier género que pudieran existir en los límites de su jurisdicción. Colón pensaba emplear estas riquezas en organizar una nueva cruzada á Jerusalén para rescatar el sepulcro

de Jesucristo. ¿Pero con qué recompensa contaban de antemano los Pinzones? ¿Con cuál contaban los 120 oscuros marineros que tomaron puesto á bordo de las frágiles naves, y se aventuraron á los peligros de aquella empresa nunca vista, sin otro acicate que las palabras que les chapurreara en mal castellano un pobre y advenedizo extranjero?

Sí. Nadie podrá disputar jamás á España el blasón de aquella gloria, sin igual en los anales de la humanidad. Sólo en España pudo ser comprendido el hombre providencial cuyas palabras eran como el verbo revelador de un mundo. Tan sólo respirando el ambiente, propicio á todo lo grande, de esta idolatrada patria nuestra, pudo germinar la maravillosa idea del inmortal piloto genovés, madurar debidamente, y salir, por último, del terreno de la especulación para convertirse en hecho grandioso é incomparable. Española fué la Reina insigne en cuyo magnánimo corazón repercutieron con ecos de simpatía los acentos de aquel pobre italiano á quien todos menospreciaban, y para quien vino á ser, en el naufragio de todas sus esperanzas, único puerto de refugio el gloriosísimo sólio de Castilla. Españolas fueron las carabelas que realizaron el memorable viaje; en nuestras costas se construyeron y equiparon; de marineros españoles se formaron sus heroicas tripulaciones, y las banderas de Castilla y Aragón flotaron solas en sus gallardos mástiles. Manos españolas las bendijeron desde la playa en la mañana del 3 de Agosto de 1492, y españoles fueron los que *con miedo en el corazón, llanto en los ojos*, las miraron partir, atrevidas y ligeras, y con las postreras claridades del día desvanecerse sus fantásticos perfiles en el confín del último horizonte.



Feliz ha sido, pues, la idea de celebrar con inusitados festejos el cuarto centenario de suceso tan memorable. El simulacro naval verificado en Huelva, con asistencia de todas las escuadras extranjeras, ha resultado brillantísimo, y á esto se han reducido por ahora las fiestas del centenario; bien que no otra cosa entraba en la mente de sus organizadores, pues los principales festejos se reservan para el mes de Octubre, en el que tuvo lugar la llegada de Cristóbal Colón á las costas americanas. Las fiestas que para entonces se proyectan son en verdad grandiosas, y han de atraer seguramente á nuestra patria, y con especialidad á Madrid, buen número de extranjeros. Que nuestro Municipio, ya que piensa gastar en ellas tanto dinero, lo gaste como es debido, son hoy por hoy los deseos de todos los buenos españoles.

Los demás sucesos de la quincena han sido insignificantes, y de todos modos justo era que cedieran la primacía á la conmemoración del glorioso acontecimiento que toda España recuerda en estos días con jubiloso orgullo.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

Vista de Chanelaz, en Suiza. — (Pág. 225).

Chanelaz es un establecimiento de baños junto á Neufchatel, capital del cantón del mismo nombre, á orillas de este lago, uno de los más pintorescos de Suiza. El lago de Neufchatel baña los cantones de Vaud al O., Friburgo al E. y Berna al N. O. Tiene de longitud 40 kilómetros de N. á S., y 16 en su mayor anchura. Es abundante en pesca, y sus márgenes muy frondosas y amenas.

Chanelaz ocupa uno de los sitios más bellos de Suiza, y la mano del hombre ha contribuido á realizar sus grandes atractivos. Las numerosas familias de toda Europa que acuden á disfrutar de sus aires y de sus aguas, reparten el tiempo entre ascensiones á las vecinas montañas y excursiones por el lago.

Desde las montañas se divisan extensas comarcas de los Alpes, abundantísimas en valles pintorescos, y sobre todo, las cimas de Pilato y Rosa, como los cubos ó torreones de una muralla de gigantes. En cuanto á las excursiones por el lago, son continuas de día y de noche, amenizándolas con músicas y bengalas, que convierten aquel sitio en un edén de los cuentos orientales. Por último, la virtud de las aguas es eficazísima; pues están saturadas de sales de hierro y son muy abundantes. Nuestros lectores pueden contemplar la entrada en esta famosa estación balnearia, que es la que representa el grabado. En el fondo se ven los hoteles suizos, de forma tan sencilla y agradable, y de los cuales está poblado el valle, para albergar cómodamente á miles de personas.

Josué para el sol en su carrera. — (Pág. 228).

Después de la toma de Jericó vieron los hebreos acometidos por Adonisedec, rey de Jerusalén, que, acompañado de otros cuatro reyes, quiso hacer frente á los invasores de sus tierras. Trábase la batalla, y temiendo el caudillo de Israel que se le echara encima la noche antes de lograr los frutos de su victoria, oró con religiosa confianza ordenar á la Naturaleza que suspendiera sus constantes leyes; y el sol se paró en mitad de su carrera, concediéndole doce horas más de tiempo para seguir el alcance.

Tal es el asunto de este cuadro del Sr. Amat, que recuerda el poder de Dios y lo que deben esperar de su providencia los que se ponen bajo su amparo. En todas nuestras empresas debemos poner la confianza en Dios: El sabe y puede proteger á los suyos con imprevistos auxilios.

Retrato del P. Diego Luis de Sanvitores. — (Pág. 229).

El V. P. Diego Luis de Sanvitores, Apóstol de las islas Marianas, nació en la ciudad de Burgos el 12 de Noviembre de 1627. A los trece años y medio ingresó en la Compañía de Jesús, y terminado su noviciado, á satisfacción de sus superiores, pasó primero á Huete y luego á Alcalá á estudiar filosofía y teología. En 1650 fué ordenado de Presbítero; por sus claros talentos fué destinado á la enseñanza, que ejerció en Oropesa, Madrid y Alcalá; pero otros muy distintos eran los designios de la Providencia sobre el joven jesuita. Manifiesta en él de un modo decidido la vocación por las misiones, salió de Cádiz para Nueva-España el 14 de Mayo de 1660, llegando á Méjico el 28 de Junio. A partir de este momento, su vida fué un constante apostolado y un continuado martirio. Traslado á las islas Filipinas, sus tareas apostólicas en el apartado Archipiélago oceánico ocupan muchas páginas en la vida que del insigne misionero escribió el P. Francisco García, de la que sacamos estos ligeros apuntes. Impulsado por su vocación irresistible, y en alas de su ardiente caridad, quiso ir á país todavía más desamparado é inhospitalario para ejercer su apostólico ministerio, y, en efecto, logró ser enviado á las islas de los Ladrones, que recibieron de él el nombre de Marianas, en honor de la Santísima Virgen María.

Desde el año 1668, en que arribó á las Marianas, hasta el 2 de Abril de 1672, en que sufrió el martirio, la vida del P. Sanvitores fué una serie no interrumpida de acontecimientos extraordinarios.

Licurgo consultando el Oráculo. — (Pág. 232).

Sabida es la historia del legislador espartano, y no hemos ahora de recordarla. El hermoso grabado que ofrecemos hoy á nuestros lectores nos lo representa consultando el Oráculo, acaso cuando se preparaba á dotar á su patria de aquella rígida y austérrima Constitución que hizo de Lacedemonia el pueblo más viril de la antigua Grecia.

La Asunción de Nuestra Señora. — (Pág. 233).

La religión es el manantial más fecundo de inspiración para las Bellas Artes, y al sentimiento religioso se han debido las obras más hermosas del ingenio humano; sobre todo, la pintura, de tal modo buscó su inspiración en las grandezas de la verdad revelada, que bien puede llamarse el arte cristiano por excelencia; más que cristiano, católico; pues sabido es que las sectas disidentes no han otorgado á ninguna de las manifestaciones artísticas el amor

con que la Iglesia católica las acogió á todas, prescindiendo abrigo en su maternal regazo. El hermoso cuadro, con cuya reproducción se embellecen hoy nuestras páginas, es una prueba, entre tantas como pudieran aducirse, de la verdad de aquellas afirmaciones.

Vista de Colonia. — (Pág. 237).

Ofrecemos en este número á nuestros lectores una vista de la histórica y monumental ciudad de Colonia. Ciudad municipal y capital de la segunda Germania en tiempos del emperador Claudio, fué conquistada el año 49 por Meroveo, rey de los Francos. Poco tiempo después fué arruinada por Atila; pero reconstruida luego por los romanos, les fué arrebatada por Chilperico. Capital del reino de Colonia, subsistió hasta la época en que Clovis se apoderó de su territorio y lo agregó á Francia. En ella establecieron su corte los reyes de la primera raza, como el mismo Carlomagno, que la prefirió muchas veces á Agnigram; bajo el reinado de Othon el Grande, en 957 fué declarada ciudad libre é imperial. En 1187 el Arzobispo Felipe de Heinsberg la rodeó de murallas; en 1260 tomó puesto entre las ciudades de la Liga anseática; en el siglo XIV sus Arzobispos tomaron el título de Electores; y por último, bajo la dominación francesa, fué capital de uno de los distritos del departamento del Roer. Hoy pertenece al reino de Prusia, y es capital de la regencia de su nombre.

El número de habitantes de Colonia, que se aproxima á 150.000, coloca á esta ciudad en la primera categoría entre las ciudades alemanas de las orillas del Rin. Si Colonia estuviera edificada como Dusseldorf, por ejemplo, y poblada en la misma proporción, podría compararse con las más hermosas ciudades del imperio; pero no sucede así. Una tercera parte de su recinto está ocupada por jardines, viñedos, paseos y grandes plazas; sus calles son estrechas y sombrías; sus casas, de estilo gótico, construidas unas de ladrillos, otras de madera y el menor número de piedra, le comunican un aspecto triste y desagradable que perjudica á la impresión que deberían producir sus bellos edificios. Entre estos descuella la célebre Catedral, el más hermoso monumento gótico del mundo, á cuya construcción van unidas tantas poéticas leyendas. Comenzada en el siglo XIII, ha sido terminada por completo el 14 de Agosto de 1880; su longitud es de 135 metros; 100 columnas sostienen sus naves portentosas, y el coro, cuya elegancia y atrevimiento causan verdadero asombro, tiene 60 metros de alto. En la capilla que existe detrás del altar mayor se conserva una antiquísima urna de oro que contiene reliquias de muchos Santos; allí se ven también los sepulcros de algunos Electores de la casa de Baviera y el sitio donde fueron depositadas las entrañas de María de Médicis.

Son igualmente dignos de la visita del viajero la Casa Consistorial, cuya hermosa portada ostenta admirables bajo-relieves y una doble hilera de columnas de mármol; la Escuela Central, antiguo colegio de los jesuitas; el mercado, en donde existe un salón inmenso en el que caben cómodamente 4.000 personas, y que se alquila para fiestas, bailes y las grandes reuniones de invierno; el arsenal, que contenía una magnífica armería; la iglesia de San Gerón, edificada en 1066, y notable por su cúpula moderna; la de los Minoritas, cuya fachada es magnífica, y que guarda el sepulcro del célebre Duno Scotto, muerto en 1308; la de la Asunción ó de los Jesuitas, que ofrece una extraña mezcla de arquitectura gótica y moderna; la de los Apóstoles, monumento hermosísimo del siglo XI; la de Nuestra Señora del Capitolio, la más antigua de la ciudad, pues fué construida por Ploctrude, esposa de Pipino y nieta de Carlos Martel, y que guarda la estatueta y el sepulcro de esta virtuosísima princesa; la de San Pedro, en la que fué bautizado Rubens, y que ofrece á las miradas del que la visita el célebre cuadro de este insigne pintor que representa el martirio del príncipe de los Apóstoles; cuadro que en 1794, y á consecuencia de la victoria de los ejércitos franceses, pasó al Museo del Louvre, volviendo, veinte años después, á su primitivo destino. Estas iglesias y las demás de la ciudad guardan antequi-



IOSUÉ PARA EL SOL EN SU CARRERA

mas y venerandas reliquias, tales como los esqueletos de algunos de los Apóstoles, el cayado de San Pedro, la magnífica urna de San Eugelberto, y el sarcófago de los tres Reyes Magos, que se distinguen por la belleza de sus esculturas y la magnificencia de sus adornos.

Colonia posee varios establecimientos científicos; un buen Colegio con una biblioteca de 60.000 volúmenes; otra segunda biblioteca, menos considerable; un gabinete de física; un jardín botánico; colecciones magníficas de mineralogía; gabinete anatómico; Museo de pinturas y Conservatorio de Artes y Oficios. Contiene además veinte hospitales, casas de huérfanos y de Maternidad, Escuela de parteras y Manicomio. Nada diremos de su teatro, ni de sus plazas públicas y paseos, vastos y bien cuidados; pero si añadiremos que se halla rodeada de poderosas fortificaciones, situadas a cinco kilómetros de la ciudad, y que comprenden doce fuertes de varias dimensiones, ocho alrededor de Colonia y cuatro alrededor de Deutz, unidos entre sí por baterías intermedias, constituyendo un formidable campo atrincherado.

Las principales ramas de la industria explotadas en Colonia son la fabricación de telas de seda y algodón, géneros de punto, fábricas de tabaco, sombrerería y fabricación de albayalde, cola, loza, bordados y encajes; el tejido de paños, tan importante un tiempo, ha quedado en la actualidad reducido a algunos telares. Pero sobre todo, Colonia debe su reputación industrial a la célebre agua de su nombre, inventada en 1670 por Juan María Farina, y de la cual se cuentan hoy en la ciudad más de cuarenta fábricas, que expenden al año dos millones de botellas. También contribuye a su riqueza su puerto sobre el Rhin, que la convierte en depósito de un comercio considerable con Alemania y los Países Bajos, y la gran línea férrea de Aquizgram-Bruselas-Paris, que se cruza allí con la de Dusseldorf-Berlín-

Boram, poniendo así a la ciudad en relación con los grandes centros comerciales de Europa.

Colonia se enorgullece de haber sido la patria de muchos grandes hombres, entre otros, de Rubens, de Cornelio Agrippa y de San Bruno, fundador de los Cartujos.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (segunda quincena de Agosto.)

16. Martes.—Santos Diómenes, Tito, Ambrosio y Centurión, mártires; Eleuterio, obispo y confesor; Roque, Jacinto y Arsacio, confesores.

17. Miércoles.—Santos Pablo, Liberato, Estratón, Felipe y Eutiquiano, mártires, y Santa Juliana mártir.

18. Jueves.—Santos Agapito, Lauro y León, mártires; Fermín, obispo y confesor, y Crispo, presbítero.—Santas Clara Falconeri, virgen, y Elena, emperatriz.

19. Viernes.—Santos Julio, Magín, Andrés, Timoteo y Agapio, mártires; Luis y Magno, obispos; Mariano y Rufino, confesores.

20. Sábado.—Santos Leovigildo, Cristóbal, Luis y Severo, mártires; Porfirio, obispo; Máximo, confesor, y Bernardo, abad, doctor y fundador.—*Indulgencia plenaria en las iglesias del Cister.*

21. † Domingo.—*XI después de Pentecostés.*—San Joaquín, padre de la Bienaventurada Virgen María.—Santas Ciriaca, viuda y mártir; Basa, mártir; Juana Francisca Fremiot de Chantal, viuda y fundadora, y 12 compañeros mártires; Sidonio, Apolinar, Zaqueo, Teonás, Víctor y Flaviano, obispos; Felipe Benicio, confesor, y Leovigildo.—Santa Fructuosa, mártir.

22. Lunes.—Santos Hipólito, obispo y mártir; Sinfiriano, Fabriciano, Filiberto, Timoteo, Antonio y Mauro, mártires.

23. Martes.—Santos Restituto, Donato, Valeriano.

24. Miércoles.—Santos Bartolomé, apóstol; Tolomeo y Román, obispos y mártires; Andoeno, obispo, y Patricio, abad.

25. Jueves.—Santos Ginés de Arlés, Julián y Magín, mártires; Gregorio, Geroncio y Menas, obispos, y Luis, rey de Francia, confesor.

26. Viernes.—Santos Ceferino, Papa y mártir; Ireneo, Abundio, Segundo, Simplicio, Constancio, Victoriano, Adrián y Víctor, mártires; Rufino, obispo y confesor; y San Félix, presbítero y confesor.

27. Sábado.—Santos Marceliano y sus hijos Juan, Serapión y Pedro, mártires; Cesáreo, Rufino, Narno, Siagro, Juan y Licerio, obispos; José de Calasanz, confesor y fundador, y Pemón, anacoreta, y la Transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús.

28. † Domingo.—*XII después de Pentecostés.*—Santos Julián, Hermes y Pelayo, mártires; Agustín, obispo, doctor y fundador; Alejandro y Viviano, obispos.—*Bendición papal en San Agustín.*

29. Lunes.—La degollación de San Juan Bautista. Santos Ipacio, Andrés, Niceas y Pablo, mártires; Adolfo, confesor, y Sebbo, rey.

30. Martes.—Santos Félix y Adaneto, mártires; Fantimo, Fiacro y Pedro, confesores; Bononio, abad, y Pamaquio, presbítero.

31. Miércoles.—Santos Robustiano, Vicente, Domingo del Valle, Casidio y compañeros mártires; Optato, Aidano y Amato, obispos, y San Ramón Nonnato, confesor.—*Absolución general en la Merced.*

3 de Agosto de 1492

DIGASE ó escriban lo que quieran sabios, eruditos y envidiosos, es indudable que el descubrimiento de América por Cristóbal Colón es el mayor de los sucesos que en el orden humano se ha verificado en el mundo desde la creación hasta nuestros días. Para buscar semejantes ó superiores á tal acontecimiento, hay que salir de dicho orden humano de la historia y entrar en el divino; esto es, elevar la contemplación á aquellos episodios históricos en que Dios ha querido intervenir de un modo directo y visible, como verbi-gracia intervino en el Monte Sinaí dando á Moisés el eterno Código de la ley natural, ó por medio de la encarnación, vida y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, dándonos en la ley de gracia el necesario complemento de lo natural. Pero fuera de éstos, ¿qué episodio hay en la historia universal comparable por la grandeza de sus resultados á la empresa de Colón? ¿Qué conquista, qué viaje, ni qué epopeya escrita por hombres iguala á la conquista y al viaje de Colón, ni á la epopeya que él no escribió, sino que desarrolló por sí mismo, tomando el papel de protagonista?

Pero se dirá: ese es el resultado, el éxito, y no queremos ser cortesanos de la fortuna. ¡Oh, eternos defensores y admiradores de los abortos!... Siquiera en estas alturas en que brilla la gloria de Colón, plegad vuestras extrañas teorías, inspiradas en un romanticismo enervante, que no es ni natural, ni cristiano, y reconoced que eso que con tanto desprecio llamais éxito, es en cierto modo la consagración divina de las empresas humanas. El hombre no triunfa, no puede triunfar, sin la protección de Dios. Luego el que consigue magnífica victoria, debe reconocer que Dios le ha favorecido, ayudado, como llevado de la mano, á lograrla. Pero esto, ¿quita ni mérito ni grandeza á las empresas de los hombres? Tanto valdría decir que Dios al intervenir en un suceso lo empequeñece.

Y es imposible no ver la mano de Dios en el acontecimiento que hoy conmemoramos. Ya por revelación directa, ya (como es más probable) moviendo con su sabiduría infinita las causas segundas que forman el orden natural de las cosas, Dios fué el que quiso que la especie humana, tras largos siglos de separación, volviera á unirse; que el hombre fuera dueño de todo el planeta, y que Colón fuera el autor de revolución tan trascendental. Y como quiera que la intervención divina no excluye la inmediata del hombre, hay que añadir que Colón no fué sordo ni insensible al llamamiento de la gracia, sino que, por el contrario, se hizo digno de él por su constancia, por su audacia, por su valor, por la inteligencia con que supo remover los obstáculos, por la paciencia que demostró ante las adversidades, por el desinterés relativo con que desdendió todo bien presente, sacrificándolo al bien que aguardaba de su empresa, por la suma de virtudes, en una palabra, que tuvo que desarrollar para conseguir su fortuna.

¡Cuántas veces recorriendo las playas meridionales de la Península hemos meditado sobre el terror supersticioso que la soledad de aquel Oceano insondable inspiraba á nuestros antepasados! León de Romisthal, que viajó en 1467 por el reino de Portugal, dice que más allá de Finisterre «no hay más que agua y piélagos, cuyos términos nadie conoció, sino Dios.» Para nuestros antepasados el Oceano era lo que para nosotros el espacio: lo desconocido, lo indefinido, lo imposible. ¿Qué había más allá de la enorme masa de agua? La fantasía era la única capaz de contestar á la pregunta. Unos fingían maravillosos países al remate del desierto de las aguas; hubo quien puso allí el paraíso, el purgatorio y el infierno. Pero el que hubiera afirmado que allí existían hombres semejantes á los pobladores del mundo conocido, constituidos en imperios y repúblicas parecidas en todo y por todo á las sociedades políticas de Asia y Europa, hubiera pasado por tan temerario como el que hoy afirma que hay todo eso en Marte ó en Júpiter.



VERDADERO RETRATO DE EL V. P. DIEGO LUIS

G. Formán sculp.

DE SANVITORES.

Marta. 1682.

Colón rasgó el velo de esos misterios, impenetrables durante tantos siglos.

¡Qué escena la de la madrugada del 3 de Agosto de 1492 en el puerto de Palos! La imaginación gusta de representarse los pormenores de aquel suceso: la multitud que llenaba el pequeño muelle, las dos carabelas *Pinta* y *Niña* y la nao *Santa María*, meciéndose dulcemente sobre el cristal de las aguas, el día que va entrando poco á poco por las ventanas de aquel anchísimo horizonte, é iluminando el grupo de 120 personas que van á embarcarse hacia rumbos desconocidos! Todos confesaron y comulgaron antes de ocupar sus puestos en las naves, confesándose y dándose la Comunión los frailes franciscanos, bien ajenos, sin duda, de sospechar que con aquel acto inauguraban una conquista espiritual sólo digna de compararse á la de los Apóstoles de Jesucristo, y tan gloriosa por lo menos como la conquista material que inauguraban Colón y sus atrevidos compañeros.

Eran éstos, según ya hemos indicado, 120, contándose entre ellos 90 marineros, un médico, un cirujano, un escribano y algunos criados. En la *Santa María* tremolóse el pabellón almirante, yendo la nao, por lo tanto, á las inmediatas órdenes de Colón. Alonso Pinzón era el comandante de la *Pinta*, y su hermano Francisco mandaba la *Niña*. Los víveres almacenados bastaban, según cálculos, para doce meses.

Constan en esta prodigiosa historia los temores que embargaban á los tripulantes de la escuadrilla de Colón. Cualquiera puede representarse hasta qué punto esos temores tomarían cuerpo en el solemne momento de la despedida, por parte, sobre todo, de las familias de los marineros. ¡Cuántos episodios desgarradores! ¡Cuántas invocaciones á Dios y á sus Santos! ¡Cuántas fervorosas plegarias!

Aún no se había el sol enloquecido del firmamento, y ya las velas, movidas por la brisa, habían puesto en marcha la escuadrilla. Desde las cubiertas de las naves saludaban los marineros á los que quedaban en tierra, y éstos les devolvían el saludo con gritos y con lágrimas. Mientras tanto el almirante, en aquel momento supremo de su vida, miraría fija, tenazmente, hacia el ocaso, hacia aquel punto en que él, y solo él, había vislumbrado un mundo, y es probable que por su mente desfilase, terrible, amenazadora, la pregunta en que se envuelve siempre lo porvenir para el hombre: ¿Será cierto? ¿Me equivocaré?

A. SALCEDO.



MAGDALENA

(RELACIÓN)

(Órta póstuma de Fernán-Gaballero)

El autor de esta narración no pretende alabanza al visoperlo. La publica tal como ha llegado á su noticia, y la ha escrito de memoria. No ha querido hacerle amplificación alguna, ni revelar la de ningún ornato, á fin de conservarle toda su sencillez.

WALTER SCOTT.—*La alcaza tejida*.

Haber nacido de gentes honradas, esto es, de una familia sin mancha, es una ventaja para el pueblo escocés, como para los nobles el descender de una antigua casa. La castidad y el respeto tributados á una familia de aldeanos son considerados por propios y extraños, no sólo como un justo motivo de orgullo, sino también como una garantía de la buena conducta de todos los demás miembros de la familia. Por el contrario, una mancha como la que acababa de caer sobre uno de los hijos de Deana, se extendía á todos sus parientes.

WALTER SCOTT.—*La Prisión de Edimburgo*.

I.

Entre los barrios que componen la hermosa, interesante y antigua ciudad de Sevilla, y que toman el nombre de sus respectivas parroquias, hay uno silencioso y solitario, que se extiende desde la puerta de San Juan hasta la de la Barqueta, y se llama de San Lorenzo. La mayor parte de sus calles son anchas y soleadas; la yerba nace entre el empedrado; sus casas son bajas y humildes; su lujo es el asco; su adorno, flores asomadas á las rejas como niños curiosos. Casi todas están habitadas por honrados tejedores de seda. Se encuentra en este barrio algo de la paz de los campos; jamás pisan su interior los forasteros, y hasta es muy contada la gente principal de la ciudad que por él transita, más allá de la iglesia parroquial en que existe la admirable y venerada imagen, obra del célebre escultor Martínez Montañés, que representa á Nuestro Señor bajo la advocación del *Gran Poder*.

En una de sus casas vivía Pedro Almeda, hombre excelente, adherido á su propiedad como á un antiguo muro un bajo-relieve. Pedro respetó y amó siempre su viejo telar, heredado de padres á hijos, productor de hermosos damascos y soberbios tisúes, y que ahora suspiraba al ver su dignidad comprometida, teniendo que limitarse á producir sencillos y ligeros tafetanes de mil colores. ¡Pobre viejo! ¡Te fué preciso doblegarte al espíritu del siglo! ¡Otros tan buenos como tú lo han hecho... y lo hacen!

Casóse Pedro con una hermosa joven, hija de un vecino suyo; pero enviudó no muchos años después, quedándole de su matrimonio dos hijos, un varón y una hembra. Los niños, aún pequeños, sintieron naturalmente poco la muerte de su madre. Pedro tuvo una verdadera aflicción; pero el tiempo le consoló, mientras que cada día hacía más sensible y acerba á sus hijos la pérdida de su buena madre. Pedro vendía sus géneros á un rico mercader, en cuya casa siempre se encontraba con una criada solterona que empezaba á desconfiar del poder de sus gracias, ya en decadencia, al paso que no pretendía de ningún modo el honor de llevar palma á la sepultura. El sencillo tejedor se dejó coger en sus redes, tan perfectamente tejidas como las de una traidora araña, y los pobres niños tuvieron una madrastra que, acostumbrada á chismes de criados y á la insolente imitación del lujo de sus señoras, embaucó al padre é hizo mártires á los hijos; de modo que el infeliz Pedro murió víctima de la miseria y de un tardío arrepentimiento. El telar, su antiguo amigo, aquel benéfico sosten suyo y de sus mayores, fué vendido para pagar el entierro de su dueño.

Poco tardó en seguir á éste á la otra vida su segunda mujer; y una hermana suya, no mala en el fondo, pero de cortísimos alcances, vino á sustituirla al lado de los huérfanos.

Fernando, legado entre tanto á la edad viril, era el báculo de su familia. El y su hermana Magdalena se querían con una ternura que el dolor de haber perdido á su padre aumentó más y más. Habían vivido, crecido y padecido juntos. No habían conocido otro cariño sino el que se tenían recíprocamente, pues su madrastra se había apoderado exclusivamente del de su padre. ¡Cuántas lágrimas no había derramado el uno en el seno del otro!

¡Cuántas promesas no se habían hecho de no separarse nunca! Magdalena se estrechaba á su hermano en su fragil juventud, como el blando y dulce jazmín se enlazaba en el patio de su humilde casa al naranjo que le ofrecía sus ramas. La última voluntad de su padre, que dejó á Fernando por gufa y custodia de su hermana, había impuesto á su cariño un sello exaltado y solemne. Estimulado por éste, el altivo y noble joven se entregó con ahinco á los duros trabajos del oficio de albañil, á que no estaba acostumbrado; y cuando, sofocado por el ardiente polvo de la cal, fatigado por penosos esfuerzos, desalentado en los altos andamios, se sentía desfallecer, se decía: «Es por Magdalena», y sus fuerzas y su valor se reanimaban.

Así pasaba su existencia aquella familia; y, sin embargo, Magdalena cantaba y cultivaba flores, pues el canto y las flores son en Andalucía el entretenimiento de la juventud, la emanación del aire purísimo que allí se respira, los naturales frutos de aquel sol esplendoroso. Estando un día cosiendo en su ventana, rodeada de claveles, como una pastora de sus ovejas, vió pasar dos hombres. El uno era alto, hermoso y rubio, é iba esmeradamente vestido; á su lado caminaba otro, que parecía ser su *cicerone*.

—Mira—exclamó el primero;—¿no me decías que en este barrio aislado, en estas calles solitarias, nada hallaría de notable? Pues, sin embargo, nada he visto entre las maravillas de Sevilla que se pueda comparar á ese tipo de la verdadera belleza española, á la cara de esa joven que aparece en aquel marco de flores. Llévame á su casa.

—¡Oh, milord!—respondió el *cicerone*—no es eso tan fácil como V. S. piensa. Las gentes que habitan este barrio son honrados y asperos tejedores, que así dan entrada á un extraño en sus casas, como San Pedro á los judíos en el cielo. Además, nada encuentro yo de particular en esa cara. ¡Ah, señor, señor! esas rosas silvestres están llenas de espinas. Créame V. S., señor; busque otro entretenimiento, porque Fernando VII con ictericia (1) tiene poco poder entre estas gentes, orgullosas con su probidad como un duque con su nobleza.

—No obstante—replicó el inglés—no te romperán las costillas por llegar á hablarla. Anda, que si te dan de palos, yo te indemnizaré.

El *cicerone* se acercó, aunque con repugnancia, á la casa; pero en el momento cerró Magdalena la ventana. La candorosa niña había creído que las miradas del extranjero se fijaban en sus flores, lo cual le parecía muy natural; cuando comprendió ser ella su objeto, se retiró abochornada.

II

El inglés se alejó de mal humor, pero la imagen de la hermosa sevillana no se borró de su memoria.

Hallóse el día siguiente paseando la calle solitaria en que la había visto; pero ni aquel día ni los que le siguieron vió en la reja sino las flores que, mecidas en sus tallos por una suave brisa, parecían decirle que no. El lord G., que poseía millones para satisfacer sus caprichos, no podía comprender que su despótica voluntad se estrellase en el umbral de la humilde casa de una pobre.

—Tadeo,—dijo un día á su condescendiente *cicerone*, al desembocar con él frente á la casa en que vivía Magdalena—me vas á introducir hoy mismo en esa casa, ó si no te despido.

—¡Señor!—dijo Tadeo asustado;—¿cómo quiere V. S. que lo haga?...

—¡Eso es cuenta tuya!

Después de algunos instantes de ansiosa reflexión, dióse Tadeo un golpe en la frente, dejóse de pronto caer en el suelo, y empezó á gritar y lamentarse de tal manera, que todos los vecinos salieron de sus casas, y le rodearon, mientras gritaba sin tomar aliento:

—¡Ay mi pierna, mi pobre pierna! ¡Ah, señor, yo no puedo pasar de aquí; que me entren, por caridad, en la casa más próxima!

El inglés permaneció inmóvil, no pudiendo hacer otra cosa en aquella escena ridículamente criminal,

(1) Modo de llamar al pueblo á las cosas de oro con el bazo del Rey.

que desde luego comprendió, sino conservar su gravedad.

—¡Y qué! ¿No puede usted andar?—preguntó á Tadeo un joven alto y bien parecido que le ayudaba á levantarse.

—¡Oh, imposible, imposible!—respondió Tadeo;—ayúdeme usted á arrastrarme á esa primera casa.

—A mi casa, á mi casa;—decían unas buenas y caritativas mujeres.

—A ésta, á ésta, que es la más cercana;—dijo Tadeo arrastrándose hacia la de Magdalena.

El inglés le siguió.

Magdalena y Micaela, la hermana de su madrastra, á quien aqueña y Fernando llamaban su tia, salían en aquel momento presurosas á recibir al herido, con todas las muestras del más vivo interés y de la más sincera compasión. La anciana le trajo una silla.

—No puede usted andar—le dijo;—está usted pálido como un difunto.

—Blas—añadió dirigiéndose al joven que había ayudado á Tadeo á levantarse,—anda en busca de un cirujano.

Temeroso al oír esto Tadeo, de que acudiendo en efecto un facultativo se descubriese su superchería, y calculando por otra parte que ya estaba conseguido su objeto, cambió de táctica, y se apresuró á decir:

—Ya me siento mejor; á Dios gracias va pasando el dolor, y sin duda ha sido sólo un esguince. No es necesario que nadie se incomode en ir á buscar un médico.

—Es usted sufrido y valiente como un mártir—repuso Micaela;—pero se conoce que está usted padeciendo mucho. ¡Vean ustedes cómo tiembla el infeliz! Blas, ¿has vuelto?

—Señor—exclamó Tadeo apurado,—¿no es verdad que ya estoy bien?

Mas aquel á quien apelaba en su apuro no le oía. Apoyado en la pared, los brazos cruzados sobre el pecho, estaba absorto contemplando á Magdalena.

En el rostro encantador de aquella joven se unían la inocencia y la viveza, como en una joya las perlas y los brillantes. Sus miradas revelaban un tesoro de compasión y de bondad, mal empleado por cierto en aquel hombre, que tan indignamente la estaba engañando. Con un vaso de agua y vinagre en la mano, hizo lo tomar á Tadeo, y éste, así que lo hubo bebido, fingió grandes esfuerzos para conseguir levantarse; logrólo al fin, aseguró que con la ayuda de un palo podía andar, dió gracias á aquellas buenas mujeres, y se alejó cojeando, seguido de su señor, que, durante toda esta escena, no había desplegado los labios.

III

El día siguiente aparecieron el lord inglés y Tadeo en casa de Magdalena.

—Mi amo—dijo al entrar el segundo sirviendo de intérprete—estaba ayer sobradamente asustado y conmovido para poder expresar á ustedes su agradecimiento por los servicios que le han hecho en la persona de su humilde criado. Venimos, pues, hoy á cumplir las obligaciones que impone la gratitud. Mi amo es rico, riquísimo, nadie le hace un favor ó le presta un servicio sin sentir los efectos de su generosidad. Le afligirían y ofenderían ustedes si rehusasen admitir esta pequeña muestra de su agradecimiento.

Diciendo esto, les presentaba hermosos regalos, entre los cuales sobresalía una preciosa peineta de carey, adorno favorito de las españolas de todas las clases sociales en aquella época.

Micaela estaba absorta; Magdalena, ruborizada de sorpresa y alegría, con rápido movimiento cogió la peineta; pero un instante después la soltó, retirando la mano como si se hubiera quemado.

—Pero—dijo—¿gratitud? ¿y de qué? ¿Cómo la hemos merecido? ¿Por un vaso de agua y vinagre? No, no podemos tomar estos ricos regalos.

—Tienes razón—dijo Magdalena,—no los hemos merecido.

—Pero en fin,—repuso Tadeo,—como este caballero es tan generoso y el rehusar le podría parecer una ofensa, sería injusto herir á una persona que no desea sino agradar á ustedes.

La visita se prolongó. La vieja se deshacía en elogios al lord; Magdalena, avergonzada, no se atrevía a tocar los hermosos regalos, pero sus ojos se fijaban involuntariamente en la peineta, y su sencillo corazón latía bajo su modesto, pero limpiísimo jubón.

Excusado es decir que durante todo este diálogo el inglés no apartó ni un instante la vista de Magdalena, y que sus ojos procuraron dar a entender a la preciosa andaluza lo que sus labios no podían expresarle.

Comprendiendo al fin que la prolongación de su visita no tenía ya explicación plausible, levantóse y se despidió, con ademanes los más afectuosos, alejándose seguido de su *cicerone*, pero quedando más y más prendado de la humilde artesana.

IV

Apenas se hubieron ido, levantóse Magdalena precipitadamente de su silla, y se apoderó de la peineta, corrió a su espejo, y rodeándose a la cabeza su soberbia trenza, negra como el ébano, la sujetó con ella, saltando y riendo de gozo.

—Mire V. tía,—exclamaba,—es una peineta digna de una marquesa.

Entretenida en su inocente contemplación pasaron algunos minutos sin que viese a su hermano, que apareciendo en la puerta se había detenido en el umbral al oír lo que decía, y tenía fijas en ella sus ojos con dolorosa sorpresa.

—¿Cómo está esa peineta en tu poder?—le dijo después de un momento de silencio.

Contóle entonces Magdalena lo ocurrido; pero apenas concluyó, cuando, arrancándola su hermano la peineta de los cabellos, la tiró al suelo, y pisoteándola la hizo mil pedazos. Quedó Magdalena petrificada de sorpresa y temor.

—¿A qué viene esa violencia, insensato?—exclamó Micaela encolerizada.—Una prueba de gratitud por un servicio que se ha prestado...

—¡Servicio!—dijo Fernando,—¡un vaso de agua y vinagre!... ¡y admitir esto de un desconocido! ¡Dios mío! ¿qué es esto? Créeme Magdalena, (prosiguió dirigiéndose a su hermana, que lloraba a lágrima viva), esa peineta te acaba, y mira que te lo advierto: si ese extranjero ó su criado se atreven á volver á pasar por el umbral de mi puerta, tú y él os arrepentireis.

V

Junto á la puerta de Jerez se hallaba entonces la Posada Nueva de las Diligencias. En una de sus mejores habitaciones, echado sobre una silla, con todas las muestras de una viva impaciencia, lord G. golpeaba el suelo con sus relucientes botas.

—Pero ¿qué razón da ese orgulloso menestral para prohibirnos la entrada en su casa?—preguntó á Tadeo, que hacía un cuarto de hora estaba en pie delante de él presentándole un vaso de *Shrub*.

—Señor—contestó el interrogado,—aquí son más precavidos y maliciosos que en el país de V. S. ¿Piensa V. S. que no sospecha el motivo de sus regalos? Señor, permita V. S. que humildemente le dé un consejo, y es que desista de una empresa que es más difícil y arriesgada de lo que parece, y busque amores menos peligrosos en la sociedad que trata.

—Tontería,—dijo el lord, y prosiguió como hablando á sí mismo.—La condesa R., á pesar de su escasa estatura, me mira de alto á bajo porque mis abuelos no mataron moros. La señorita N. se ríe en mis barbas porque pronuncio mal el español. La señorita M. rehúsa valsar conmigo, y en seguida lo hace con un cadetillo, á quien ya hubiera yo desafiado si tuviese pelo de barba. La señorita P., á quien me declaré noches pasadas, me dijo haciendo una mueca: «A ave que va de paso cañazo.» Todas son graciosas y bonitas, pero altivas y burlonas. Además, ¿cuál de ellas se puede comparar á Magdalena?

—Pues, sin embargo, señor, le aconsejo á V. S. que la olvide.

—Y yo te aconsejo á tí que calles,—dijo el lord.

Tadeo volvió á su papel de criado mudo, presentando siempre el vaso de *Shrub*.

Después de algunos instantes, el lord dijo á Tadeo:

—Es menester ganar á ese hermano rebelde. Tú dices que están en la miseria; ofrécele oro, todo el oro que quiera.

—¡Oro!—replicó Tadeo.—¡Ah, señor! no conoce vuestra señoría á esas gentes; con su obstinada probidad y sus ideas de honra son incorruptibles los muy zopencos.

—Tadeo,—repuso el lord, en quien las contradicciones llevaban al extremo la pasión;—¡Magdalena ha de ser más! Diez mil duros daría sólo por verla un momento á solas.

Tadeo dió un paso atrás, abrió la boca y los ojos cuanto dieron de sí, el vaso que tenía en el plato cayó, y el *Shrub* se derramó sin que él lo advirtiera.

—Señor,—dijo al fin,—no he oído bien, ó si he oído no lo he comprendido. ¿Cuánto ha dicho vuestra señoría?

—Diez mil duros,—replicó el inglés.

—¡Diez mil duros!—repitió Tadeo;—¡doscientos mil reales!

Y volvió la cabeza á todos lados para asegurarse de si soñaba ó estaba despierto. En seguida cogió su gorra y salió precipitadamente, murmurando:

—¡Diez mil duros! ¡pues ahí es nada! ¡y el correaje (es claro) será á proporción!

VI

Tadeo corría por las calles tropezando con los pacíficos transeúntes, los cuales unos lo enviaban al diablo y otros le echaban á empujones al medio del arroyo. Antes de aventurarse á entrar en casa de Magdalena, preguntó en la vecindad dónde estaba Fernando. Le dijeron que trabajaba con su maestro en el reparo de un molino de aceite del pueblo de Camas, á algo más de media legua de Sevilla. Veníale esto á maravilla. Entró en casa de Micaela.

—¿No os he dicho—le manifestó ésta así que lo vió—que me está prohibido abrir la puerta?

—No entraría por ella—contestó Tadeo—aunque me fuese abierta de par en par como lo está la del Perdón, si no fuera porque es menester absolutamente que os hable. Tengo que comunicaros un asunto del mayor interés. Id en seguida á la Alameda Vieja, allí os aguardo.

Micaela le hizo una señal de inteligencia y el mensajero de amor se dió prisa á alejarse.

La Alameda Vieja es un hermoso paseo, situado dentro de la ciudad, que la moda caprichosa ha abandonado. Consiste en cuatro hileras de soberbios alamos negros, y lo adornan tres bellas fuentes de mármol. A la entrada se alzan dos altísimas columnas romanas que sostienen las estatuas de Hércules y de Julio César.

Concurren ya solamente á él algunos ancianos de los alrededores, que van á tomar el fresco por las tardes, sentándose en los bancos de los *aguaduchos*, resplandecientes de aseó, que allí existen, y en que encuentran los parroquianos agua fresquísimas, con anises ó panales; y suelen prestarle animación algunos niños que lo hacen teatro de sus bulliciosos juegos, y en quienes están seguros de encontrar benévolo auditorio los infelices que, á cambio de solazar á sus bienhechores con *trovos*, coplas y recitados populares, entonados con mejor voluntad que fortuna, impetran la caridad pública.

El día á que nos vamos refiriendo, un gran grupo de muchachos rodeaba á un pobre inválido que, acompañándose á la guitarra, recitaba estas canciones de la época de nuestra guerra de la Independencia, en que parecía haber sido desgraciado y valeroso actor:

1.ª

Napoleón, por traidor bien señalado,
Junot, sin su Ducado y escondido;
Del Trinquete Murat desarbolado;
Lefebre, en Zaragoza, destruido;
Moncey, sobre Valencia derrotado,
Y Dupont, en Bailén roto y rendido:
Así ve Europa, de sorpresa llena,
Los héroes de *Austerlitz*, *Marengo* y *Jena*.

2.ª

Daoiz y Velarde, dando el *Dos* de Mayo
El grito de española valentía;
Apodaca con Morla, siendo rayo
Que de Cádiz fulmina en la bahía;

Castaños, Palafox, que sin desmayo
Vencen en Aragón y Andalucía;
Héroes que á Napoleón causan espanto
De *Dios*, de *Patria* y *Rey* al nombre santo.

Aquí llegaba el inválido, cuando Tadeo aparecía en la Alameda, tan absorto y preocupado, que ni reparó en aquél, ni en los que embebecidos y pendientes de sus palabras le rodeaban.

Nuestro Mercurio se paseó un corto rato, sumergido en profundas reflexiones, de las cuales le sacó una voz conocida.

—¡Ah! señor Tadeo,—dijo la vieja, que venía llorando,—¡usted ignora hasta dónde llega nuestra desgracia! Acaban de apuntar á Fernando para el sorteo de la quinta. ¡Ah, Dios mío! ¿qué será de nosotras si tiene la suerte de salir soldado?

—Ya yo lo sabía,—dijo el astuto Tadeo contentísimo con esta noticia,—y vengo á evitar esa desgracia. Podrán ustedes poner un hombre en su lugar. ¡Cuán felices son, que van á convertirse en una familia rica y considerada! Mi amo les da diez mil duros.

—¡Diez mil duros!—dijo Micaela;—señor Tadeo, ¿viene usted á burlarse de mí?

—Fácil le será á usted convencerse de la verdad cuando reciba el dinero peso sobre peso. Ustedes á su vez procuren demostrar su agradecimiento. Persuada usted á Magdalena que lo reciba bien cuando vaya mi amo á verla...

—¡Qué infamia, señor Tadeo!—exclamó Micaela.

—¡Qué infamia ni qué niño muerto!—repuso Tadeo;—la verdadera infamia es morir de hambre. Usted es pobre, pobrísima; ¿quiere usted salir de su miseria? ¿sí ó no?

—Pero ¿y Fernando?—dijo la vieja.

—Fernando no lo ha de saber,—respondió Tadeo;—Magdalena será rica, y la podrá usted casar con algún hombre de bien; conmigo, por ejemplo.

—Pero—replicó Micaela—nuestra rápida fortuna causaría sospechas.

—En todo hemos pensado, señora; yo traeré á usted al mismo tiempo que el dinero un billete de la lotería, y usted dirá que ha ganado el premio grande.

—Pero...

—¡Jesús! qué de dificultades pone usted, sin reflexionar que hay muchas muchachas bonitas en Sevilla, y que mi amo puede hallar en cuanto quiera gentes más racionales que ustedes.

Después de algunos reparos se pusieron de acuerdo, y la vieja prometió venir á verse con Tadeo en el mismo sitio al siguiente día.

Sería menester dar tormento á la imaginación para reproducir las razones, las persuasiones, los sofismas con que la vieja condujo á Magdalena al fin que se había propuesto. Pero sus principales, sus eficaces seducciones fueron la ciega y pura inocencia y el amor á su hermano que atesoraba la preciosa niña.

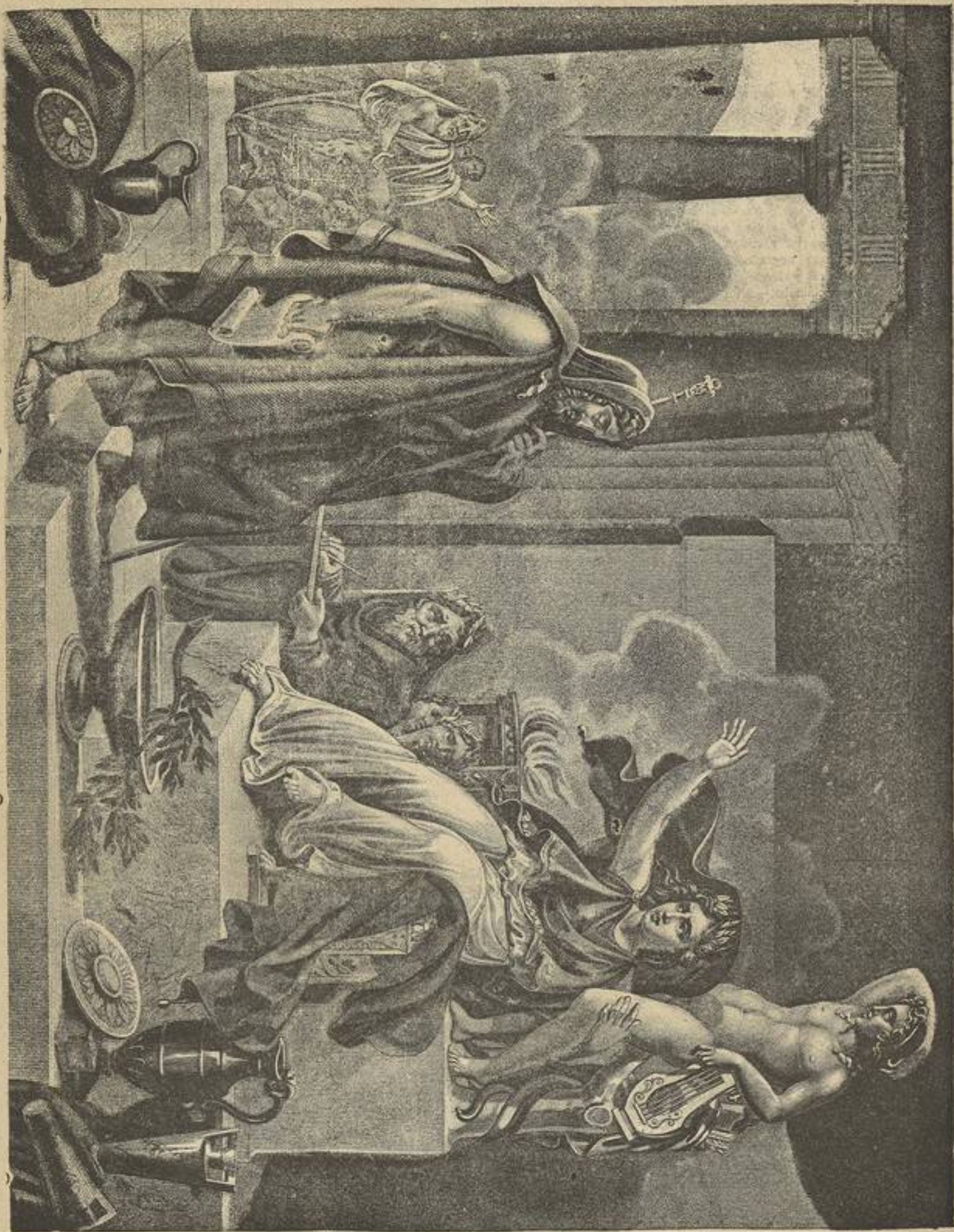
VII

Protegido por la ausencia de Fernando, y por una noche negra como el crimen, el lord G. entró con gran sigilo y sin obstáculo alguno en aquella casa humildísima, pero que durante siglos había sido el santuario de la honradez y la virtud. Un joven tejedor que vivía enfrente, Blas, el mismo que había ido á buscar al médico el día de la fugida contusión de Tadeo, y que desde entonces había observado recelosamente las idas y venidas de amo y criado, porque amaba perdidamente á Magdalena, si bien la indiferencia que ésta le demostraba le había hecho encerrar su amor en lo más profundo de su corazón, hallábase contemplando desde el fondo de su cuarto la reja de su amada, y la visita nocturna del inglés no pudo escapar á sus penetrantes miradas.

—¡Oh!—exclamó con rabia—por esto me desprecia!

Y saliendo precipitadamente de su casa, dirigióse á las viejas murallas mironas de la ciudad, bajas y destruidas desde la puerta de la Barqueta hasta la de San Juan, saltólas, corrió á Camas y encontró á Fernando sumergido en un profundo sueño.

—¿Duermes?—le dijo sacudiéndole por los hom-



LICURGO CONSULTANDO EL ORACULO

bros;—¿duermes como un muerto cuando deberías vigilar á tu hermana?

Instantáneamente despertó Fernando; su sangre, que circulaba tan sosegadamente, empezó á hervir en sus venas y se agolpó toda á su corazón...

—Pero mi tía—dijo—está con ella.

—Un rico inglés es el que está con ella en este momento;—replicó Blas con acerba sonrisa.

—¡Mientes!—gritó Fernando saltando de la cama.

—¡Que miento!—dijo Blas.—¡Ven conmigo y verás si miento!

—Vamos—repuso Fernando;—pero si mientes, prepárate á que te arranque la lengua, que injurié á mi hermana. ¡Lo juro por el alma de mi madre!

Volaron á la ciudad. Paráronse á la puerta de la casa de Fernando como dos negras nubes precursoras de una tempestad. La débil vislumbre del crepúsculo hacía ya los objetos más distintos, cuando oyeron el ruido de un cerrojo que descorrían con precaución. Ocultáronse en la sombra, y entonces se abrió la puerta y vieron salir un hombre de elevada estatura embozado en su capa. Fernando se precipitó hacia él, pero Blas lo detuvo.

—Tienes razón—dijo Fernando;—estoy sin armas, y podría escapárseme.

Y desprendiéndose de su compañero, entró precipitado en su casa.

Magdalena, en el mayor desorden, estaba tendida en el suelo, el rostro contra la tierra, y cubierta con sus soberbios cabellos negros como con un velo fúnebre. Junto á ella estaba Micaela, que parecía querer contemplarla.

Fernando, al verla, se lanzó á ella, la agarró, la levantó del suelo y la volvió á dejar caer.

—Maldita seas en esta vida y en la otra—dijo con voz trémula de ira;—pero ¡qué ve!—añadió reparando en un saco puesto encima de la mesa.—¡Dínero! ¡Jesucristo! ¡dínero! ¿No te lo anuncié cuando rompí la peineta...? ¡mira al cielo! ¡mi madre llora sobre tí, mi padre te maldice!... ¡nos has perdido á ambos! ¡Te lo avisé, Magdalena! ¡Infelices! Ya no me volverás á ver.

Magdalena dió un grito y alzó sus ojos desatentados. Fernando había desaparecido.

VIII

Al día siguiente había gran fiesta en la Posada de las Diligencias. El lord G. daba una comida á una porción de compatriotas suyos, oficiales de la guarnición de Gibraltar recién llegados á Sevilla. A los postres trajeron nuevos vinos y reinó suma franqueza.

Cuando la conversación recayó, como es costumbre entre jóvenes, sobre aventuras amorosas, y se trató del honor de las mujeres con la misma ligereza con que se bebían las copas de Champagne, el lord G. dijo con aire de triunfo:

—Muy caro *cuesta* acercarse á las bellas de Sevilla. No me ha bajado á mí de dos mil libras;—y refirió su aventura, que excitó grandes risas y chanzas.

Entre tanto nadie había reparado en un hombre del pueblo que se mantenía inmóvil en el umbral de la puerta. Sobre la palidez mate de su semblante, hermoso y varonil, centelleaba con febril ardor el fuego de sus ojos.

—¿Conque es usted, señor Tadeo, el que urdió esta intriga, coronada de éxito tan feliz?—preguntó uno de los jóvenes ingleses al criado de lord G., quien le hizo una humilde reverencia, sonriéndose modestamente.

—¡Valiente milagro!—dijo otro.—Con dos mil libras en la mano, ¿creeis que hay albañil, ni muchacha del pueblo que resista? ¡A la salud de vuestra Magdalena, milord!—Y entrecrocando los vasos, brindaron.

—¡En memoria de Magdalena!—dijo una voz fuerte y sorda.

—¡Ah, me han asesinado!—exclamó el lord G., cayendo con el pecho atravesado en brazos de sus amigos.

—Y aquí está vuestro dinero—continuó la misma voz, arrojando un saco sobre la mesa, con tal impetu, que platos, botellas y vasos saltaron en mil pedazos.—Decid á vuestros paisanos—añadió—que



LA ASUNCIÓN

el honor de una familia honrada no se compra en España con oro.

—Apoderaos del asesino,—gritaron los ingleses, lanzándose sobre él.

—Amigos—dijo el moribundo—dejadle que huya, facilitadle los medios de hacerlo. Se ha conducido como un hombre de honor. ¡Salvadle, es mi último deseo!

Fueran estas también sus últimas palabras.

IX

—No se pasa—dijo el centinela de la puerta de la cárcel pública, situada entonces en la calle de las Serpes, á un joven que pretendía entrar.

—Puedo hacerlo—repuso éste;—acabo de matar á un inglés.

El centinela quiso apoderarse de él.

—Déjame—le dijo;—por mi propia voluntad he venido; considera si he de querer escaparme.

X

La noticia de este terrible suceso cundió rápida por Sevilla, y sólo se hablaba de él.

Uno de los más célebres abogados, interesado por Fernando, fué á ofrecérsele, para encargarse de su defensa; pero todas sus gestiones para que le suministrara los medios de hacerlo fueron inútiles.

—He matado, y debo morir—respondía Fernando á todos sus argumentos.—Por otra parte—añadía,—¿quién puede volverme la honra de mi hermana? Sin ella no quiero vivir; las generaciones se han sucedido en mi familia sin que nuestro pobre, pero honrado nombre se haya manchado nunca. Más vale la muerte, que ha de darme la justicia, que no la infamia y el remordimiento.

No fué posible sacarle de estos razonamientos, y el abogado hubo de retirarse sin conseguir su noble objeto, y habiendo podido sólo obtener de sus averiguaciones que Fernando había tenido que empe-

ñar el único objeto de algún valor que posea, recuerdo de su madre, para adquirir el puñal con que dió muerte al inglés.

A la observación que el abogado le hizo de por qué había recurrido á este medio cuando tenía en su poder un saco de oro, contestóle Fernando entre indignado y sorprendido: «¿Había yo de tocar al precio de mi deshonra? ¿Al dinero del vil seductor?»

XI

Por entre los naranjos cuajados de azahar que orlan el río junto á Sevilla, navegaba un buque precioso y ligero como el ensueño de un niño. El sol naciente lo iluminaba como la esperanza los primeros días del amor. Sus blancas velas se henchían de aire puro y embalsamado.

La bandera inglesa, ostentando orgullosa sus vivos colores, ondeaba con gallardía y parecía gozar de aquella brillante atmósfera... Pero aquel buque llevaba un féretro, un féretro de plomo que contenía los restos de lord G. ¡Tal solemos contemplar á una bella y elegante dama que baja la corriente de la vida con la sonrisa en los labios y la serenidad en la frente, mientras que encierra su pecho el peso abrumador de un corazón muerto á impulsos de una pena desgarradora é implacable!

XII

En la plaza de San Francisco estaba erigido, en tanto, el patíbulo. Vefase expuesto en él á un hombre, cuyos miembros colgaban con una indefinible expresión de cansancio de la vida.

Su cabeza, poco antes erguida y noblemente alta, el verdugo la había humillado. Una multitud compasiva y atónita contemplaba el cadáver con horrible anhelo. ¡Singular lección de moral pública!

Cuando el sol, que luce con la misma indiferencia sobre las dichas que sobre las desgracias de los hombres, se sumergió en su ocaso, las personas más ilustres de Sevilla cumplieron su deber de Hermanos de la Caridad bajando el cadáver y enterrándolo. ¡Honor que á los reyes no da su corona, pero que la caridad cristiana tributa á los infelices marcados con el sello de la infamia!

Vino la noche á extender sus fúnebres sombras sobre el sitio de aquella horrible catástrofe. Un hoscó silencio reinaba en la plaza, sólo interrumpido por la fuente, que murmuraba como un niño inocente que todavía no ha comprendido el horror ni el padecer, y por la campana del convento de San Francisco, que daba las horas de un modo tan lígubre y solemne como si cada una estuviese destinada á señalar alguna nueva desgracia.

Dos serenos se encontraron próximos á aquel sitio.

—¿Vas á la plaza?— preguntó el uno.

—Bien quisiera no ir— replicó el otro;— porque me repele el cadalso.

—No vayas— dijo el primero;— allí hay un alma en pena. Estos ojos que ha de comer la tierra la han visto con su mortaja blanca; yo mismo la he oído gemir. ¡Será el alma del infeliz Fernando!

—¡Ista, sin duda,— observó el otro— á la sala de la Audiencia, donde tan inicua mente lo sentenciaron!

—¡Dios tenga misericordia de su alma!

—Amén— exclamaron ambos, y se separaron siguiendo cada uno una calle distinta, y gritando:— ¡Ave María Purísima, las doce y media y nublado!

Cuando vino el día á descubrir los misterios de la noche, vióse tendida al pie del patíbulo, abrazada estrechamente con uno de sus maderos, á una hermosísima joven rígida ya por el helado soplo de la muerte.

¡Era Magdalena, la infeliz Magdalena!

EPILOGO

El tiempo y el olvido, bálsamo á la par y azote del hombre, repultaron no mucho después estos sucesos, como todos los de la vida humana. Nada quedó de ellos sino esta exclamación, de nuevo repetida, en boca de los ingleses: *¡Los españoles son asesinos!*

A lo cual replicamos nosotros, repitiendo asimismo á nuestra vez una frase hoy muy citada: *¡Así se escribe la historia!*

Nuestro arte religioso

XIII



Se prueba de lo que afirmaba en el artículo anterior respecto de los errores y extravíos en materia de pompas y ornamentaciones extraordinarias durante ciertas festividades, aduzco los siguientes ejemplos de falso relumbrón dentro de la casa de la verdad, y el lector juzgará.

La Congregación de las Cuarenta Horas hace todos los años en esta corte una espléndida novena á Jesús Sacramentado en la Octava de Resurrección, sin omitir gasto alguno para excitar la piedad del inmenso concurso de fieles que admiramos y alabamos, quizá no tanto como se merece, el celo ardiente de esta ilustre Cofradía. Pero los devotos ilustrados necesitan, si han de orar con fruto, apartar la vista del estrambótico aparato con que obstruyen la capilla mayor los congregantes.

Figurémonos bajo un enorme pabellón encarnado oscuro, una especie de monumento que consta del altar postrero, cuyas gradas están forradas de tñú falso, del peor. Sobre ellas, y entre rayos de madera dorada, ó para hablar con propiedad, desdorada, el Arca de la Alianza sostenida por el Angel moffetado y sin ropa que le cubra (aunque representa más de seis años), por el águila, el toro y el león, y á sus lados en dos pedestales demasiado grandes, chafarrinadas con los tradicionales virriotes que hemos convenido en llamar imitación del mármol, están las estatuas de David y Aarón, si mal no recuerdo, en tamaño mayor que el natural, y de cartón-piedra, lo mismo que el arca y los animales que la sostienen. Sobre todo esto un grandísimo rafagón dorado, en cuyo centro hay una abertura elíptica, tras de la cual se coloca la Custodia rodeada de falsas nubes y adornos de oropel. A la entrada del presbiterio otros dos disformes pilares sostienen las estatuas, también de cartón-piedra en blanco, de la Fé, y creo de la Caridad, y á un lado un angelote de igual estofa sostiene el candelero del cirio Pascual (1).

A la primera ojeada sobre esta balumba heterogénea se ve que el artista que la concibió y ejecutó era hombre de pésimo gusto y nada instruido, porque no consiguió dar á su obra unidad y armonía en la variedad de elementos, forma y colores, pues que cada cosa de aquellas se despega de su adyacente; y si lo miramos por separado, nos resulta malo el dibujo, peor la actitud y detestables las condiciones materiales; pero si la consideramos como parte de un conjunto, aún resulta más su incongruencia, y en total, la obra chavacana, el plan erróneo del constructor.

Como los materiales son falsos, pronto el uso y el tiempo los han puesto en deplorable estado; y así en esta última novena, un reverendísimo é ilustrísimo señor Obispo no ha podido menos de reírse al ver al águila de San Juan sin un ala y sin cabeza, al toro descornado y al león hecho una lástima, las estatuas destrozadas, los pedestales llenos de roturas... y en fin, aquella ensalada anárquica de estatuas en blanco sobre pedestales de color oscuro y bajo un pabellón encarnado con motas negras y rayos de oropel. ¿Cabe mayor disonancia de colorido y de forma?

Pero si el dignísimo Prelado hubiera dado la vuelta y visto aquella decoración por detrás, quizá trocara su risa compasiva por la indignación. Un casillero altísimo de gruesos y vastos maderos atornillados, se eleva cubriendo y estropeando el verdadero altar, la hermosa sillera de coro que lo circunda y el retablo, pues sobre la sillera se apoya y la llena de cuerdas, de palos y de basura. Su escalera pino, y casi de mano, para ascender y colocar el Sacramento, causa vértigos; y, por último, allá arriba, cubriendo y ensuciando la magnífica efigie del centro, unas cuantas cortinas y una peana feísima sobre palitroques, sirven de estancia al Rey

(1) No nos cansaremos nunca de repetir que la responsabilidad de los juicios que sobre materias libres emiten en nuestras columnas nuestros ilustrados colaboradores, es pura y exclusivamente de los autores de los artículos; de ningún modo de la Dirección del periódico.

de los reyes en una custodia disforme de metal de velones y piedras falsas.

Otra Congregación eucarística, la del Alumbrado y Vela de los Sagrarios, cuyo laudable fin no cumple, dicho sea de paso, celebra alrededor de la Octava del Corpus otra novena, también muy solemne, y cree hacer una gran cosa exhibiendo también su indispensable mamarracho, que también cubre el altar con una falsa gradería, coronada del más ridículo grupo, coloreado de nubes y angelones de cartón, tan artísticamente moldeado y pintado como las caretas de á real que vemos por las calles en Carnestolendas. Sobre esta peana colgada, que figura ridículamente estar en los aires, y, en realidad, es un desatino de estática y de estética, está el dosel blanco y dorado que cubre el gran ostensorio de la Sagrada Eucaristía, y encubierto á su vez por el ineludible y socorrido pabellón blanco que tapa todo el retablo. Los angelones de las credencias son de lo más desafortunado y extravagante que se puede idear. Este inmenso tómulos también necesita un maderamen bastante considerable y capaz de estropear y ensuciar altar, retablo, sillera de coro y cuanto esté cerca de él. Visto aquello en conjunto, no puede causar más que lástima á los católicos, risa á los impíos.

Debe tenerse en cuenta el gran coste de estos armatostes, así en cuanto á su construcción, como al ponerlos y quitarlos. Y también la estorsión que causan, además del vocerío y balumba de que hablé en mi anterior artículo. En el Carmen, donde se coloca el primer aparato de estos dos, es necesario ponerlo el Lunes Santo; luego servirse de él como de monumento el Jueves y Viernes, y celebrar ante él, impropriamente, como puede suponerse, los Oficios del Sábado Santo, pues no se descubre la imagen principal en el Gloria; no tiene aspecto severo la capilla mayor; y en fin, se oficia en el monumento, que es el colmo de los anacronismos.

Y dicen todos los que tienen sentido común, ¿qué se perdería en solemnidad y ornato, ya que se trata de honrar al Santísimo Sacramento, si colocásemos la Custodia en el tabernáculo del altar mayor, ó en otro más lujoso, que removido aquel, pudiera fácilmente ponerse en su lugar, y adornásemos altar y presbiterio con todo el lujo posible en candelabros, flores, alfombras y alhajas, pero sin variar la forma de lo existente? ¿Sonarían por eso de otro modo la música, la palabra del predicador y la voz de los oficiantes? ¿Serían menos reverentes las ceremonias? ¿No brillaría mejor el Ostensorio en un tabernáculo y dosel más cercano á los fieles, y no verían éstos más fácilmente la Sagrada Hostia? ¿No podría ese gasto en maderos y trapos emplearse en cera, en candelabros y campanas, en mayor asistencia de Clero y de cantores? Y aunque los retablos y los altares no fuesen perfectos, ¿no habría medio de adornarlos de modo que no desentonaran de la solemnidad, pero sin ocultarlos, estropeándolos, y sin cambiarles de forma?

No son, empero, las únicas en cometer tales dilates las referidas hermandades. Recuerdo que la Corte de María, allá por los años de 1865 á 68, envidiosa acaso de los esplendores de oropel que ostentaban en Santo Tomás los Hermanos de las Cuarenta Horas, hizo para aquel mismo presbiterio un aparato que fué la bafa de todos los artistas que lo vieron. No se trataba del Sacramento, sino de las Flores de Mayo, y así creyeron que allí todo debía ser alegre y chillón, é hicieron un conjunto de bastidores de teatro (hablo con toda exactitud), en cuyos lienzos el pintor hizo nubes y multitud de ángeles, angelitos y angelones, tejiendo guirnalda de rosas y ostentando vestiduras abigarradas. El blanco, el rosa, el azul, el oro y el talco, deslumbraban la vista por donde quiera que se fijara. Toda aquella montaña de nubes azules de trapo, sostenía el trono de una imagen de mérito nulo, y rodeaba un altar postizo. Su aspecto era el de un enorme país de abanico, el de algo afeminado y al mismo tiempo ramplón y profano en demasía, que no se podía comparar como no fuese con la apoteosis final de una comedia de magia. Y, en efecto, no faltó quien pensara en iluminar tal decoración mediante luces de bengala al terminar la función del último día.

Yo ví aquella ridiculez, yo subí al retablo cubier-

to por los bastidores, y desde allí puede ver el decorado por detrás, con sus cuerdas, palos, goznes y tornillos; vé el altar cubierto de polvo y maderos, el camarín principal obstruido por trastos, y la imagen de Santo Tomás arrinconada irrespetuosamente, empolvada también, y como presa, entre maderos, cuerdas y objetos deteriorados que allí estaban para que nadie los viese.

Los desperfectos que en paredes, retablo y piso causaba el extraño decorado, eran incalculables; pero la vanidad de algunos mayordomos quedaba satisfecha, los necios deslumbrados, y las mujeres ignorantes contentas, y no había que pensar en más.

La moda, porque así hay que llamarla, de estas decoraciones cundió prodigiosamente y aún dura. En Monserrat para la novena del Pilar y la de Nuestra Señora de los Desamparados, en San Marcos para las funciones de la Sabatina, en San Martín para la de Lourdes, y en San José, en Santiago, para la novena de la Fuencisla, y en algunas otras se introdujeron muy pronto estos decorados teatrales a cual más impropio del templo, y todos, ya es sabido, tapando el altar mayor y el retablo, arrinconando la imagen central para ocupar el camarín, y lo que todavía es peor, dispuesto el artificio de tal manera que el Tabernáculo en que durante las funciones debe estar expuesta la Augusta Majestad de Nuestro Señor, resulta una cosa muy secundaria en el todo, y las luces y adornos que lo rodean no parecen sino el ornato de la parte principal, el trono de la efigie del Santo o Virgen cuyo nombre lleva la cofradía.

No importa que, cual sucede en San Ginés, donde hace algunos años la referida Corte de María, incendiado el cúmulo de bastidores de que hemos hablado, coloca otro muy feo y sucio, el retablo sea bastante bueno; no importa que sea más fácil, más elegante y lujoso cualquiera otro ornato que, cumpliendo además con las reglas litúrgicas que estos extraños usos quebrantan, sea bello y serio a un tiempo; la moda es la moda, y hay que seguirla por cima del arte y de la liturgia, y afrontando el peligro inminente de una catástrofe, porque no hay que olvidar que una chispa basta para incendiar rápidamente esas aglomeraciones de trapos y madera vieja. Si alguno de mis lectores hubiera presenciado como yo la colocación de una imagen, como por ejemplo el San José de talla que ponen en San Martín, se habría escandalizado al ver la manera casi sacrilega con que es necesario tratar la imagen y el trabajo peligroso que cuesta a los operarios, así esta inútil tarea como lo del descenso.

Han transcurrido los días de funciones; pues abajo el artificio, fuera la farsa ornamental de bastidores y pingos, al suelo las guirnalda de flor contrahecha, las colgaduras de pana y lienzo con motas, los candelabros y arañas de alquiler, que hacen creer a los necios que el templo en que han estado es riquísimo propietario de tanto lujo, y que allí se nada en oro, y cuando se pide socorro para una obra, es por para avaricia; fuera ringorringos y angortipolá; ¿se acabó nuestra función? pues se acabó también el mundo hasta el año que viene. Al quitar deprisa y corriendo todas aquellas falsedades pseudo-artísticas, no importa que caigan los trozos de moldura, ni que dejen huella los clavos y las amarras, ni que todo lo llenen las colgaduras con el polvo atesorado durante diez ó doce días; quede el altar con su aspecto ordinario, y perezca lo permanente, lo artístico y lo verdadero, superior a lo ficticio, movable y ajeno al arte.

Pues no, dicen todos los que no están picados de mal gusto, y yo con ellos; no, el templo es una cosa muy grande y augusta, muy seria y respetable, que en nada debe parecerse al teatro y a las algaradas profanas; en él todo ha de tener un carácter solemne, de verdad, de duración y firmeza, de orden y magnificencia constante y uniforme, porque uno es Dios, cuya es aquella morada y emporio del arte de la belleza y de cuanto más rico y grandioso pueda el hombre ofrecerle; una es, y siempre lo mismo, su Iglesia; una la liturgia sublime y conmovedora, el mismo el augusto sacrificio que diariamente se ofrece sobre aquel altar, digno de ser tratado diariamente con respetuoso temor. Y si bien la Iglesia prescribe para días de extraordinaria solemnidad

toda la pompa que sea posible, es siempre suponiendo que ni esta ostentación perjudique al carácter augusto del templo y del altar, y que ambos conserven diariamente el decoro que merecen.

La verdad de los hechos nos obliga a confesar, con harto dolor, que aquí en la corte, donde tantas funciones grandes parece que se celebran, sucede, como todos sabemos, por verlo, que al siguiente día de removidos los bastidores que han servido para una novena ultrasolemne, v. g., de San Antonio, viene el día de Pentecostés, y como si la Hermandad es rica para permitirse mucho lujo, no lo es la iglesia en que lo ostenta, la Misa de tan gran día se celebra en un altar casi desnudo, con sabinilla poco limpia, candeleros pobres y menaje destrozado, y todavía llenas paredes, imágenes, baldosa y gradas con el polvo que dejaron las decoraciones; un cantor solo, acompañado del órgano, casi descompuesto, ejecuta malamente una Misa del Santo Espíritu, que no es ni la sombra de la que toda una orquesta hizo sonar en la fiesta de un Santo; y en fin, si como dicen, y yo creo, el ornato es también para excitar el fervor y atraer a los fieles, no es extraño que éstos ahora sean muy pocos y necesiten grande esfuerzo de su piedad para no asustar con tedio a una de las fiestas más grandes del Catolicismo. El que haya estado algún tiempo no sólo en Madrid, sino en algunas otras ciudades grandes españolas, dirá si exagero.

Preferible es, á mi juicio, el culto pobre, pero uniforme (siempre guardando la debida distinción de fiestas) que en una vieja, pero limpia y bien cuidada iglesia de pueblo, dan un Sacerdote, un sacristán y dos acólitos, que esos grandes relumbrones de un día, casi siempre no el más solemne en el Calendario eclesiástico, que con detrimento del templo, del arte, del buen gusto y del concepto ordenado y prudente que debemos tener del culto, se exhiben en nuestras iglesias; como si se quisiera que en todo el año resaltase más su triste pobreza.

Algunos espíritus irrelaxivos que sepan que San Felipe Neri preparó para atraer fieles durante un Carnaval de Roma, un grande y extraordinario aparato con agradable música, y que hayan oído referir algún hecho extraordinario y particular como éste, que no puede formar regla, quizá me digan que todo está bien con tal que tenga por objeto la santificación de las almas. No lo dudo; pero con orden, y dentro de la ley y de la razón; aquella prescribe las formas litúrgicas; ésta nos dicta dar á Dios lo mejor, lo verdadero, lo grande y huir de lo falso y profano. Y como quiera que las almas se han santificado mucho mejor que aquí, y ahora en tiempos y lugares en que el templo permaneció siempre serio y con su carácter solemne y grave, y así sucede aún en nuestras catedrales y otras muchísimas iglesias en las que en todo el año entra un tapicero ó un carpintero á poner aditamento alguno, y en que los preceptos rituales se observan con gran severidad, y no siendo posible que éstos se opongan á aquello mismo para que han sido establecidos, ni que nadie sea capaz de establecer prácticas laudables que se opongan al espíritu constante tradicional de la Iglesia, es indudable que todas estas ostentaciones extrañas y profanas expuestas al ridículo y peligrosas de suyo, con detrimento de la casa de Dios, sólo accidentalmente pueden contribuir á la santificación de las almas, como contribuyen muchas veces y sin querer los malos y los tontos, pero no con la noble categoría de elemento técnico de una cosa tan grande como el esplendor y belleza de la casa de Dios.

JOSÉ FERRÁNDEZ.

¡Pedrejales de mi vida!

De todo hay en la vida del Señor, y lugares de variada condición y aspecto se encuentran sobre la corteza de este mundo sublimar, que pasajeramente habitamos. Sin salir de nuestro graciosa Península, fácil es tropezar con pueblos feos y bonitos, abruptos y llanos, populosos y casi despoblados, llenos de vida y semimuecos, civilizados y

bárbaros, etc., etc. Pero lo que es difícil, diré mejor casi imposible, es descubrir un lugar misero, infortunado, del cual no sean amantes hasta la exageración sus infortunados y míseros moradores.

¡Buenos hijos! exclamará alguno, y ¡Providencia sapientísima! digo yo. Porque ¿qué sería de tales madres si sus hijos tuviesen ojos para ver tanta deformidad? Providencialmente son, pues, ciegos, ciegos de la peor de las cegueras, que es la del entendimiento, los buenos hijos de madres sin ventura.

Los habitantes de capitales de primer orden, de buen grado reconocen la existencia en el mundo de poblaciones mejores que su ciudad natal; pero el vecino de un villorrio jamás da á torcer su brazo, ni por odiosa admite nunca la comparación. Imaginad, pues, ahora que semejante natural tendencia se exagera hasta convertirla en verdadera monomanía, y tendreis idea aproximada de la heroína de mi cuento.

Llamábase la tía Candinga y había tenido el honor altísimo y la envidiable suerte de nacer en Pedrejales, pueblo que forma parte integrante del universo mundo, y hasta se asegura que está en el planeta terráqueo, no faltando quien sospecha que se halla enciavado en los montes de cierta Serranía, situada indudablemente entre los polos Ártico y Antártico. Datos tan precisos bastan, y aun sobran para la exacta y minuciosa descripción del susodicho lugar.

El nombre es propio, pues el pobrecillo Pedrejales nació, vivió y está casi muriéndose entre piedras rodadizas y peñascos mondos y lironados, altísimos, calvos, escuetos y cavernosos, que á manera de verrugas terrestres rodeándole protectoramente por todas partes; y no contento con vecindad tan elevada, se encaramó sobre cierta protuberancia que ocupa el fondo de garganta profundísima. Tan sólido cimiento forma una especie de península, bañada por las ondas rumorosas y cristalinas de cierto río, que los árabes llamaron *Mano* en su idioma gutural, y actualmente hace las delicias de los pacíficos pescadores del pueblo; no siendo imposible, sobre todo durante la canícula, tropezar en sus pintorescas orillas con alguna que otra náyade lugareña y en paños menores, á punto de zambullirse en el líquido elemento.

Vetusto, ruinoso y derrengado se levanta Pedrejales sobre la verruga dicha, agarrándose á los picos y quiebras de las rocas, para no caer y ahogarse en el hondo río. Parece un lugar hecho á puñetazo limpio. Los edificios, todos ellos de color de ala de mosca, con muestras clarísimas, algunos, de ancianidad venerable, apoyándose unos en otros formando grupos apiñados, y hasta se incrustan en los peñascos como si dudasen de la serenidad de su cabeza y del vigor de sus piernas. Calles estrechas, torcidas, sucias, lóbregas, empedradas con morrillos desiguales y surcadas por acera única y central de arenisca roja, que desempeña á la vez el doble oficio de camino de herradura para las bestias y de cuneta por donde libremente circulan, á altas horas, las aguas perfumadas y menores, separan unas casas de otras, sin perjuicio del abrazo cariñoso que pretenden darse los aleros de los tejados. Tales accidentes del terreno permiten llegar á pie llano á los de ciertas casas, mientras por el lado opuesto tienen tres y cuatro pisos; de donde resulta que, en algunas las cuerdas están sobre las habitaciones, y por ende, los animales ocupan más elevada posición que los racionales. Una sola fuente, de sucio aspecto y forma primitiva, hay dentro del lugar, cuya sed apaga gota á gota, pues sólo de tarde en tarde destila un chorrillo líquido que da pena. Los alrededores todos de Pedrejales son áridos y pedregosos, sin que el viajero que desde la Sierra desciende á la garganta, pueda adivinar de qué vive un pueblo que ni es agrícola, ni comerciante, ni manufacturero. Pobres son, pues, sus moradores, pobremente visten, pobremente comen, y pobremente pasan muchas horas, en invierno, tomando el sol (que por cierto se pone á las tres de la tarde), y el fresco en verano, cruzados de brazos y tendidos sobre los pozos de la plaza. Todas las semanas, ciertas familias pudientes dan limosna á los menesterosos del pueblo, que formando abigarrada fila de tipos y se-ri-

blantes anémicos, y murmurando de quien los socorre, esperan la hora del reparto junto a la puerta de la casa.

De la caridad pública vivía, pues, la tía Candinga, nuestra heroína, que viuda desde muchos años atrás, educaba trabajosamente a su hijo único. Aquella era golosa, hasta el punto de morirse por el chocolate; éste travieso é ingenioso, hasta el extremo de que sabiendo sólo leer, escribir y cuentas (cosas que aprendió gratis en la escuela del lugar), so pretexto de no serla gravoso, dejó a su madre, montó sobre la cruz de sus calzones, y paso tras paso se presentó en Valencia, colocándose de mancebo, pocos días después, en un importante comercio de géneros coloniales del mercado.

El muchacho, que era honrado como montañés legítimo; agudo, con la agudeza que enseña la necesidad; trabajador, como suele serlo todo aquel que aspira a conquistar un capital; y que entre el gimnástico manejo de los sacos y el aroma de la canela, cacao, etc., se había insensiblemente convertido en robusto mozo, de sonrosado cutis y de ojos lánguidos, empezó por barrer la tienda y concluyó por casarse con la hija única del principal.

Buen hijo, tuvo entonces formal empeño de que su madre, la tía Candinga, se trasladase a Valencia. Costó mucho arrancarla de Pedreiales; pero se sobrepuso al fin el amor materno al amor a la tierra, y la tía Candinga ascendió repentinamente desde pordiosera de lugar a señora respetada y atendida de uno de los mejores comercios de la plaza valenciana y de una de las casas más lujosas y cómodas de la ciudad. Al principio todo marchaba a las mil maravillas, pues las madres no se hartan fácilmente de abrazar a sus hijos, y no hay menesteroso tan sin sentido común que rechace la holgura y comodidades de una vida regalada y pacífica.

Sobre todo, doña Candinga (pues el don es inherente al dín) no se veía nunca satisfecha de chocolate. Poco le importaba que fuese caracas, guayaquil ó soconusco; podía tomarlo a todas horas, antes y después de las comidas, exterior é interiormente, y esto era lo esencial. Desayunábase con chocolate, lo tomaba algunos días para reparar las fuerzas hacia las once de la mañana, merendaba chocolate y se acostaba con la jicara de chocolate en la mano. Curaba todas sus dolencias con cataplasmas de chocolate, aplicadas, según los casos, a la frente, boca del estómago y riñones, y tan grande era su fe en esta panacea universal, que los achaques y dolores de la vejez huían, en efecto, como por ensalmo. Tanto abusó del chocolate durante los primeros años de su estancia en Valencia, que el comerciante, su hijo, llegó a temer por la salud de su madre, y tuvo que amonestarla cariñosamente.

Aquel mismo día empezó la tía Candinga a recordar con pena los peñascos de su lugar y a menospreciar, sin sentido común, lo mucho bueno y hermoso que Valencia contiene.

Se sentaban a la mesa, y casi diariamente surgían diálogos como el siguiente:

—Madre, usted no prueba el agua.

—Hijo, esto no es agua, sino caldo; para buena agua, Pedreiales.

—¿No tiene usted gana, madre?

—No, hijo. Como dice el dicho, en Valencia la carne es pescaco, el pescaco verdura, la verdura agua, los hombres mujeres y las mujeres nada. Para pernils ricos, Pedreiales.

—De Pedreiales es, pues, el jamón que está usted comiendo.

—No puede ser: te lo habrán cambiado en el camino por algún pernil valenciano.

—Pero, madre, al menos coma usted postres: aquí tiene usted naranjas de Carcagente, melón de Foyos, uva de Jijona, limoncillos de Sagunto, fresas de Tabernes...

—Hijo, todo eso es basura en comparación de las peras de malacara y de las camuesas de Pedreiales.

Por este estilo continuaba la conversación, hasta que la tía Candinga se levantaba de la mesa y salía murmurando entre dientes:

—Valencia corral de vacas. ¡Pedreiales de mi vida!

Por más que su hijo la hizo de vestir de largo, y poner mantilla de blonda, merced a lo cual casi parecía señora, la tía Candinga no pudo frecuentar

el trato de gentes; y al principio acompañada y después sola, visitaba frecuentemente las iglesias y no perdía función importante.

—Vamos, madre (decía el hijo, cuando la tía Candinga regresaba a casa), que culto más pomposo y tierno a la vez, funciones tan numerosas como solemnes, decorado de tanto gusto y música religiosa tan clásica como en Valencia, no se ven en ninguna parte.

—Calla, hijo, calla; no digas herejías. ¿Acaso no recuerdas aquellas Misas mayores de tres en ringla, aquellos sermones de los Curas del contorno, aquel alzar a Dios y ofertorio al son del tamboril y de la gaita, aquel Rosario cantado por las calles y aquellas novenas y gozos de Pedreiales?

No había más remedio que callar, y la tía Candinga se retiraba suspirando y diciendo:

—Valencia corral de vacas. ¡Pedreiales de mi alma! Si salía en coche a pasco, se mareaba, decía pesates de los carros charolados y negros, y suspiraba por los cómodos y pacíficos asnos de su lugar. Si paseaba a pie, tenía que sentarse de cincuenta en cincuenta pasos, se aterrorizaba cada vez que oía el ruido de un carruaje corriendo a su lado, desdefiaba las flores y calles de árboles, acordándose de las selvas y matorrales de su lugar, y volvía a casa muerta de cansancio. No acostumbraba a trasnochar; en la ópera se dormía profundamente al arrullo de la música y al calorillo del teatro. Su hijo sólo logró que atendiese a la representación del Nacimiento del Niño Dios, en el teatrillo de los Huérfanos de San Vicente, y aun allí puso peros a los pastorcillos y zagalas, comparándolos con los de carne y hueso de sus montañas.

Detestaba el clima de Valencia, porque con su dulzura, ni aun en el rigor del invierno da pretextos para buscar el abrigo de los caracoles y la charla incesante de las comadres que en tales mentideros se congregan. La sola idea de embarcarse crispaba sus nervios, y al proponérselo contestaba muy formal que no se había bañado en su vida, ni siquiera por limpieza. En fin, la pobre tía Candinga no encontraba en Valencia nada bueno, ni cómodo, ni agradable, ni bello. La nostalgia de Pedreiales se había apoderado de su ánimo, y en Pedreiales pensaba todo el día, con Pedreiales soñaba todas las noches, de Pedreiales hablaba a todas horas y en Pedreiales cifraba la infeliz todas sus delicias. Hasta el abundante y rico chocolate de su hijo se convirtió con el tiempo en corteza molida de pino, y los manjares de su mesa opápara en rejalgos de lo fino. La anciana sin ventura fué enflaqueciendo, enflaqueciendo, hasta el punto de que ya no le quedaban fuerzas más que para esconderse a llorar y a pronunciar entre dientes su sacramental frase, compendio de sus anhelos y suspiros:

—Valencia corral de vacas. ¡Pedreiales de mi vida!

El comerciante llegó a temer por la vida de su anciana madre, y decidió cortar aquella situación insostenible. Al efecto, compró en Pedreiales una casita de las menos malas del lugar, la amuebló decentemente, tomó una criada de años que congeniase con su madre, y apenas se lo permitieron sus ocupaciones, emprendió con ésta el viaje a su pueblo natal. El solo anuncio del regreso a Pedreiales curó, como por ensalmo, a la tía Candinga; recobró el humor y el apetito, y se puso en marcha, sacudiendo antes el polvo valenciano de sus zapatos y sin volver atrás los ojos para despedirse del Miguelete.

Al llegar al pueblo que precede a Pedreiales, hijo y madre encontraron una carretera, construída durante los años que permaneció en Valencia la tía Candinga. El primero se alegró mucho de poder subir a su lugar en carruaje; pero la segunda se negó rotundamente a meterse en el carrito del ordinario, y hubo que proporcionarle un burro para que en él cabalgase y un muchacho para que la sirviera de espolique. El hijo marchó, pues, a Pedreiales por la carretera nueva y la madre por la antigua, senda de herradura, intransitable a la sazón, tanto por lo quebrado del terreno como por falta de uso.

Durante el camino, tres ó cuatro veces estuvo la tía Candinga a punto de apearse de su asno por las orejas; pero el zagal volaba en su ayuda, enderezaba el aparejo, sacudía unos varazos al burro para

que caminase con más prudencia y comedimiento, y continuaban la marcha. Así llegaron a cierta cumbre, que dista una media hora de Pedreiales, y desde donde ya se divisa el pueblo, montado sobre sus peñascos. Al verle se enterneció la tía Candinga y dió rienda suelta a sus lágrimas, que corrían hilo a hilo por sus mejillas; el burro se refociló también oliendo la proximidad de la cuadra, y levantando la cabeza, abriendo las narices y enderezando el rabo, lanzó patriótico rebuzno y comenzó a bajar la cuesta corriendo y dando saltos y corcovos. A las primeras de cambio perdió el equilibrio la tía Candinga, dió un grito, corrió en su auxilio el espolique; pero llegó tarde, cuando ya la pobre mujer estaba en el suelo, lamentándose amargamente, sin poder moverse y con el femur roto.

Inútiles fueron cuantos esfuerzos hizo el mozalbate para incorporarla. Después de mucho bregar con la recién caída, que al parecer se moría por puntos, logrando únicamente el aumento de sus dolores intensísimos, montó el zagal en el burro y a galope tendido llegó a Pedreiales en busca de auxilios y socorro. El carrito del ordinario entraba entonces en el pueblo, y el imprevisor comerciante buscó dos mozos y una parihuela, volando dolorido al encuentro de su madre.

A las diez de la noche subía el triste convoy a Pedreiales por una de sus calles más lóbregas, estrechas y empinadas. La noche estaba oscura como boca de lobo, y el alumbrado público de Pedreiales, reducido a tres faroles de aceite para todo el lugar, aumentaba la oscuridad en vez de disiparla. De repente se abrió la ventana de un segundo piso, y sin decir *agua va* (porque en efecto, no era agua, sino aguas, aunque menores), cayó un robusto chorro sobre la parihuela en que yacía casi exánime la tía Candinga. Se oyeron en la callejuela unos cuantos calificativos de esos que las verduleras se adjudican unas a otras cuando riñen, el portazo de una ventana que se cierra con estrépito y algunos pasos fuertes y lentos, como de gentes que, cargadas, se alejan poco a poco, y quedó todo lóbrego y silencioso, según costumbre inveterada en Pedreiales a tales horas de la noche.

Algunos días después falleció cristianamente la tía Candinga, y su hijo vendió la casa y cuanto en ella había por cuatro cuartos, y regresó a Valencia con el propósito decidido de no volver a poner los pies en el pueblo de su naturaleza.

No quiero concluir sin participaros que, según afirman los que la ayudaron a bien morir, las últimas palabras que en su agonía pronunció la tía Candinga, fueron éstas:

—Valencia corral de vacas. ¡Pedreiales de mi vida!

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Acacio Cáceres Prat

HACE tiempo que obraba en nuestro poder la poesía *La flor del Carmelo*, original del infortunado poeta Acacio Cáceres Prat, y destinada a publicarse en nuestra revista.

Necesidades editoriales, esto es, de publicar otros trabajos de mayor oportunidad de momento, nos había hecho demorar la inserción de *La flor del Carmelo*, hasta que con honda pena hemos leído en los periódicos la noticia del fallecimiento de Acacio Cáceres, desgraciado autor de esta poesía.

No vamos a escribir una necrología rimbombante y afectada, ni a sostener que con Acacio Cáceres ha perdido España un nuevo Becquer. Las condiciones literarias de Cáceres (y que las tenía es indudable) no han podido desarrollarse, no ya en su totalidad, sino ni aun en mínima parte, porque la miseria persiguió al poeta constantemente; porque Acacio fué una víctima de lo que ahora llamamos *la lucha por la vida*, para cuyos combates le faltaron siempre facultades prácticas, y porque, para colmo de males, fué imprudente y prematuramente elogiado en sus primeros pasos literarios; elogios nocivos que llenaron quizá de errores su inteligencia y de imposibles deseos su corazón, dejándole inhábil del



VISTA DE COLONIA

todo para seguir luchando con probabilidades de algún éxito.

¡Ah!... Y ¡qué funestos suelen ser esos elogios prematuros y disparatados! La sociedad oye á un joven escritor versos en un Ateneo, ó leer un discursito, y lo pone en los cuernos de la luna, proclamándole un nuevo Zorrilla ó un nuevo Donoso. Como hay cariños que matan, hay entusiasmos que esterilizan, y aplausos que asesinan, como abrazos que ahogan. Quizás el infortunado Acacio fué una víctima de esos aplausos y de ese entusiasmo.

Lo cierto es que él era poeta, aunque no del todo formado. Y no quería ser más que poeta, lo que constituye una malísima profesión para satisfacer las urgencias de la vida. Así no son de maravillar las desgracias que acompañaron constantemente á la de Acacio Cáceres.

Fueron inmensas. El infortunado poeta padecía materialmente de hambre. ¡Y ha muerto dejando en tristísima orfandad á dos hermosos niños y en desamparada viudez á su joven esposa! ¡Qué bella ocasión para las almas caritativas!

Como escritor, deja Acacio una relación de viaje al Santuario de Nuestra Señora de Covadonga, otra (si no recordamos mal) por la provincia de Cáceres, y muchos artículos y poesías. ¡Rueguen á Dios nuestros lectores por el descanso de su alma, y socorran, si pueden, á su viuda y huérfanos!

(La Dirección de LA ILUSTRACION CATOLICA).

LA FLOR DEL CARMELO

SAN JUAN DE LA CRUZ

DEDICADA AL EXCELENTISIMO SEÑOR MARQUÉS DE BENEZIA

I

¡Oh sacrosanto monte!
¡Oh bendito y selvático Carmelo,
que en el amplio horizonte
te elevas desde el suelo
como heroico escabel que asciende al cielo!

¡Faro de Galilea
de esplendor como el Sinai y el Moria
que refleja en Judea,
coronando su historia
del Tabor y del Gólgota la gloria!

A tí, el frondoso olivo,
como el cedro del Líbano, da sombra,
y en rústico cultivo
la vid que Engadi nombra,
tus faldas con sus pámpanos alfombra.

Rebaños baladores
pastando cruzan tus agrestes lomas;
y tus fragantes flores
esparcen sus aromas
en tus selvas, do anidan las palomas.

A tu sombra sagrada
agrupándose al pie de una colina,
cual tórtola posada,
un pueblo se reclina
cuya historia es profética y divina.

¡Ah! *Nazaret* le dice
el mundo, el tiempo, religión é historia;
el hombre le bendice,
y alma en la memoria
con la voz de la fe canta su gloria

Una sagrada niña,
rosa de Jericó, de Oriente orgullo,
nació de tu campaña,
del céfiro al arrullo,
virgen en flor de celestial capullo.

Que del mundo el destino
marcó Dios, de la esfera en alborada,
y á tu sombra sagrada
cubrió el *ave* divino
la Virgen de Sión immaculada.

Más tarde un sacro *Niño*
á tu sombra feliz también crecía
al maternal cariño;
¡el Dios-Hombre, que un día
por el hombre en el Gólgota moría!

Desde entonces tu sombra
fué horizonte de místicos arcanos,
tu césped fué la alfombra
que tendieron las manos
á María los mártires cristianos.

De tus grutas benditas,
que un tiempo habitaron los profetas,
surgieron las ermitas
á tus reglas sujetas
cual retiro de místicos ascetas.

Tus bosques solitarios
fueron bíblicas arpas de los vientos,
y los graves santuarios
con tus céfiro lentos
marcaron la oración de tus conventos.

Desde Oriente á Occidente
fuiste el faro del naufrago, ¡oh Carmelo!
el ascético puente,

la escala del consuelo
que enlazara la tierra con el cielo.

II

Los siglos transcurrían;
monasterios y templos se elevaban,
los monjes sucedían,
y en número ascendían;
mas sus reglas monásticas fallaban.

La antigua manchadumbre,
la cristiana y austera penitencia,
burlaba la costumbre
de la nueva opulencia
de regalo, y tal vez la incontinenencia.

Una austera reforma
por espíritus rectos, soberanos,
que impusieran por norma
sus actos sobrehumanos,
exigían los *ármenes* cristianos.

Desde el desierto al cielo,
desde la Mancha en las llanuras secas
donde aún se alza *Durielo*,
fué en España el Carmelo
hasta el triste rincón de las *Bataecas*.

Siglo del ascetismo
fué el siglo dieciséis, bravo y severo;
el Emperador mismo,
el invicto guerrero
labróse en Yuste su retiro austero.

El Duque de Gandía,
galán apuesto y paladín famoso,
ante la muerte fría
trueca el traje lujoso
por el tosco sayal del religioso.

Y Felipe segundo,
á quien el orbe á toda ley consulta,
para regir al mundo
su majestad oculta
y en la celda de un claustro se sepulta.

Y en tanto que sublime
en Alcántara heroico un monje brilla,
y á su ejemplo redime
del Tajo en la amplia orilla
la Seráfica Orden en Castilla,

De Avila en *Hontiveros*
surgió un niño de espíritu ferviente
y de hábitos austeros,
siendo ya adolescente,
sublime en la virtud del inocente.

Su espíritu crecía
en un exíguo cuerpo, comparado
al fanal en que ardía

aquel fuego sagrado
por el alma tan solo alimentado.

Un día en que se hallaba
ante la Virgen elevado al cielo,
y con fervor oraba,
ovó con gran consuelo
que su voz al Carmelo le llamaba.

En la orden piadosa
Juan de Yepes su ingreso solicita,
y bien pronto reposa
en la celda bendita
con el pardo sayal del carmelita.

Bríndale dulce calma
la austeridad del claustro solitario;
Noche oscura del alma,
trayecto funerario
que cruzaba a la sombra del santuario.

Mas sacerdote y vate,
deja en su canto que la fe despierte,
y la impiedad combate,
que su espíritu fuerte
lucha al par con la vida y con la muerte.

Como de sí deduce
la vida es para el trance de duelo
que al sepulcro conduce;
la muerte el paso al cielo,
que es más rápido aún desde el Carmelo.

III

Resuelto a la reforma
un genio superior que le impulsara
aguardó como norma,
y una mujer preclaro
se acerca a él como a Francisco, Clara.

Era la religiosa
Teresa de Jesús, la cual le invita
a su empresa gloriosa;
Juan de la Cruz medita
y acepta la reforma carmelita.

¡Oh! ¡cuánta penitencia,
cuánto valor y abnegación luchando;
cuánto esfuerzo y paciencia,
con el acento blando
de la voz apostólica triunfando!

Mas ¡ay! que a su denuedo
llegó también el mundanal conjuro,
y la imperial Toledo
por su esfuerzo más puro
ofrece a Juan un calabozo oscuro.

Aunque era de alma fuerte,
su endeble cuerpo le prisión rendía,
y con piadosa calma,
en cruel agonía
sintió Juan de la Cruz que se moría.

Era una noche oscura;
el ascético Juan, con voz doliente,
con mortal amargura,
orando penitente,
parecía exclamaba tristemente:

«¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?...»
Y con acento triste,
como de muerte herido,
continuaba en monólogo sentido:

«Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas del otero,
si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.»

«¡Ay! quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero
que no saben decirme lo que quiero.»

Entonces, de repente,
por estrecha y altísima ventana
un rayo hirió su frente,
y una voz sobrehumana
llamó a Juan, de la vega toledana.

La atmósfera se enciende
del calabozo tétrico y oscuro,
el rayo a Juan suspende,
que asido al rayo hiende
libre en los aires el ambiente puro.

Del Tajo ya en la orilla,
contemplando el azul del alto cielo
donde la luna brilla,
tomando su alma vuelo,
así exclama al volver hacia el Carmelo:

«Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.»

¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amador!

¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado,
decir si por vosotros ha pasado!»

Y por alto misterio
llegó a las puertas al romper el día
de un viejo monasterio:
y más tarde seguía
a arbolar el Carmelo a Andalucía.

IV

Heróica era la empresa:
la región oriental de los placeres,
va a escuchar la promesa
que Juan hizo a Teresa,
la más espiritual de las mujeres.

Los árabes de Oriente
sus costumbres dejaron como un vicio
a la cristiana gente,
y el monje penitente
allí fué con la cruz del sacrificio.

Y en donde voluptuosas
poblaron del harem los aposentos
odaliscas hermosas,
de Cristo las esposas
educa el rigor de los conventos.

Por eso el monje quiso
llevar tan lejos su devoto celo
donde fué un paraíso;
quiso ofrecer al cielo
los *ármenes* floridos del Carmelo.

Para el místico asceta
la vida es el dolor, cárcel el mundo;
en la carne sujeta,
con martirio profundo
vive el alma en el cuerpo moribundo.

Que siempre entre dolores
alma y cuerpo padecen de tal suerte,
que entre vivos rigores
como la vida advierte,
todo hombre nace condenado a muerte.

Por eso el sabio asceta
de su alma esparce el misterioso vuelo,
y, apóstol y profeta,
eleva su alma al cielo
desde la heróica cima del Carmelo.

V

Y a Úbeda más tarde
llega Juan de la Cruz. Su espíritu era
cual la llama que aún arde
en la astilla postrera
sustentando sus ráfagas la hoguera.

Junto al pueblo, en la altura
que el rudo labrador tan sólo habita,
de un bosque en la espesura
se destaca una ermita
que da albergue después al carmelita.

Allí la austera vida
su dulce soledad brinda al asceta;
el campo le convida
a su gloria completa
de sacerdote místico y poeta.

Allí mansas palomas
conciertan con las tórtolas su arrullo,
y los suaves aromas
de flores y de pomarinas
se esparcen de las auras al murmullo.

Allí, en la añosa encina
las maduras bellotas se abrillantan;
la errante golondrina
en el alero trina
al compás de los pájaros que cantan.

Y en los cotos fronteros
que puede contemplar desde sus rejas,
escucha los corderos
balar con las ovejas,
zumbando entre las flores las abejas.

En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad le guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

Mas al fin llega el día
en que el rayo mortal su cuerpo hiere,
y, en piadosa agonía,
sintió que se moría
quien se siente morir porque no muere.

VI

De Úbeda en un convento
se ofrece el cuadro lúgubre y sagrado:
el severo aposento,
de cirios alumbrado,
está por el incienso perfumado.

Los monjes, de rodillas,
inspirándose en él fervientes oran,

y el llanto en sus mejillas
enjagan porque lloran,
y a Dios con él su caridad imploran.

En tanto el genio augusto
de aquel mártir el alma fortalece;
la muerte de aquel justo
a la del sol parece,
que aumenta su esplendor cuando anochece.

Su voz desfallecida
a la claustral comunidad consuela,
y su misión cumplida,
abandona la vida
y en triunfo su alma a los espacios vuela!

¡En la mortuoria estancia
un inefable resplandor se advierte,
y una suave fragancia
cual si aquel cuerpo inerte
diera olorosa ráfaga a la muerte!

Terminó ya su historia;
su espíritu ascendió desde el Carmelo;
que por eterna gloria,
su alma en rápido vuelo
tuvo del monte aquel muy cerca el cielo.

Más tarde, en un santuario,
inmediato a Segovia, y solitario,
su cuerpo fué sepulto,
y en altar funerario
allí la Religión le rinde culto.

La fe tiene un asceta
de San Juan de la Cruz en la memoria;
las letras un poeta,
un héroe la historia
y un santo el cielo por su eterna gloria.

ACACIO CÁCERES PRAT.

Las mujeres de los sectarios

INTRODUCCIÓN

Si consignar muchas páginas de la historia de la mujer, no puede trazarse la de las creencias religiosas. Por lo que en estas figura el sentimiento, por lo que interesan al corazón, es natural que las mujeres hayan figurado en los anales religiosos; y lo que podemos conjeturar, dada la índole del sexo femenino, queda plenamente comprobado en las crónicas de todos los pueblos.

Aun aquellos que sistemáticamente han despreciado a la mujer, como el árabe, sujetándola a la esclavitud de la poligamia y del harem, reputándola casi fuera de la especie humana, no han podido menos en Ayesha, en Fatima y en otras princesas de reconocer la importancia de las esposas y de las hijas del Profeta.

Los pueblos gentiles elevaron a sublime altura a sus Sibilas, y el pueblo hebreo no se desdijo de seguir las banderas de Débora, protegida del Señor y convertida en caudillo de los fieles. Los germanos reconocieron desde luego en las mujeres capacidad para el Sacerdocio y para la dirección moral de la sociedad, honrando a sus madres y hermanas más y de mejor manera que en los tiempos de la caballería honraban los guerreros a las señoras de sus pensamientos. La influencia de las mujeres entre los bárbaros era real y efectiva; en la edad de los trovadores y de las cortes de amor no era más que una ficción, ó una imposición de la moda de aquel tiempo.

Es observación muy conocida la de que al lado de cada gran herejía hay una mujer que le inspira, ya sea su legítima consorte, ya se haya unido a él por culpables vínculos, rompiendo sacrilegamente los antes contraídos, ya sea la depositaria del poder que protege al súbdito revoltoso, ya se constituya en sierva del hereje ó sectario para ganarle prosélitos. El tipo de Omphale entre los paganos, domadora de Hércules, y el de Dalila entre los hebreos, que desarmó a Sansón, es frecuente en la historia, sin que por esto se haya de creer que esas mujeres vencedoras de los hombres fueron prodigios de habilidad é inteligencia. No fué Eva más sabia que Adán, y le arrastró a la culpa y al precipicio.

De esa influencia de la mujer, que siempre existió, al menos entre los pueblos arios, puede asegurarse que nadie ha hecho caso hasta nuestros días.

Los que hoy hablan de la emancipación de la mujer no han saludado la historia, porque sus teorías, llevadas á la práctica, no le darían más influencia de la que en varias épocas ha tenido. Al contrario, porque se declara emancipada, rompe esa cadena de oro y de flores que al hombre la une, y lo más natural es que se la mire como á un enemigo. Los antiguos habrían representado bien ese predominio de la mujer, convirtiéndola en un nido de palomas el casco de Minerva.

Todo contribuye en la organización de la mujer á darle esa importancia en el concepto religioso. Su organización, más fácilmente impresionable, la influencia que ejerce sobre la generación futura desde que la ejerce sobre sus hijos, su aptitud especial para la resignación y el sacrificio, su moralidad, generalmente superior á la del otro sexo, y el desinterés que forma parte de su naturaleza desde que la sociedad le niega todos los cargos lucrativos y la mayor parte de los puramente honoríficos. Cuando se han ofrecido ocasiones de profesar sus creencias en medio de los martirios, no ha sido la mujer menos intrépida y valiente que el hombre; y prescindiendo de las heroínas del Cristianismo, cuyo ejemplo no nos atrevemos á citar en un trabajo sobre las mujeres de los sectarios, bastaría citar á Lecena, que en Atenas se arranca la lengua para no confesar la verdad y dejar burlados á sus jueces.

Las mujeres en Esparta entregaban á sus hijos el escudo, diciéndoles que preferirían verlos cadáveres sobre él, á escuchar que habían sido vencidos en la lucha con sus contrarios. Sin pelear personalmente, contribuyen con sus exhortaciones á la victoria, como en causas profanas hicieron excitando contra Mario y los romanos la cólera de los cimbros y teutones. ¡Cuántos hombres pudieran decir como Adán: «La mujer que se me ha dado por compañera, esta es la que me ha hecho pecador y delincuente!» Verdad es que ni esta disculpa atenuó el pecado de nuestro primer padre, ni atenuará las faltas y delitos de cuantos le imiten en la culpa y se le asemejen en el castigo.

Importa conocer hasta dónde llega la influencia de la mujer en bien y en mal, y para eso hay que estudiar como la vida de las grandes santas, la de las grandes pecadoras que unieron su destino al de los herejes. No diremos que algunas de éstas no fuesen víctimas de la seducción, ni aseguraremos que fueran todas de gran inteligencia. El ascendiente que ejercieron sobre los herejes debióse muchas veces, de seguro, á su belleza y al predominio de las pasiones, porque, como decía Calderón

«Harto hace la mujer con ser hermosa.»

La influencia á que nos referimos acaso se ejerció más bien sobre los adeptos de las sectas y de las herejías que sobre los mismos herejes y sectarios; esto se halla demostrado, al menos en cuanto á los montanistas africanos, que durante largo tiempo fueron la plaga de las cristiandades en aquella posesión del antiguo continente.

En nuestros días las supersticiones que hoy nacen y pretenden apoderarse de los ánimos, desde el espiritismo hasta el hipnotismo, todas cuentan con esa influencia de la mujer, que, si bien no tiene condiciones de inventora de doctrinas ó sistemas, las tiene de apóstol, y tanto más se apega á una superstición cuanto es más cabalística y misteriosa. *Superstición, tu nombre es mujer*, pudiéramos decir con el autor del *Hamlet*. Y, por cierto, que no le servirá de disculpa la menor cantidad de inteligencia que Dios le haya dado, porque todas las almas son de igual dignidad, y no llega hasta ellas la dignidad del sexo, y no hay dos religiones diferentes, una para las mujeres y otra para los hombres.

No nos atreveremos á decir cuándo es mayor esa influencia del bello sexo, si cuando nos incita al error, si cuando quiere llevarnos hacia la verdad, porque en uno y otro caso es muy considerable. Si las mujeres de los montanistas perturbaban el África, las lágrimas de Santa Mónica le dieron á San Agustín padre y maestro de los fieles en aquellas regiones. Austeras fueron ciertamente las costumbres de los montanistas; no era para liviandades ni disipaciones para lo que se mezclaban entre ellos las mujeres; pero el hombre se pierde por muchos

camino, por el error de la inteligencia y del conocimiento, como por la perversión de los corazones. La austeridad en las costumbres de algunos herejes y de sus discípulos, sirvió como de red para envolver á los incautos.

Así nos describe el autor del *Paraiso perdido* al príncipe de las tinieblas y al jurado enemigo de Dios y del género humano. Transformado en serpiente, era el mejor adorno del jardín; con el oro y la púrpura de sus colores, llevábase tras de sí la mirada de la inocente víctima, y se preparaba á derramar su veneno sobre la humanidad, seduciendo á sus primeros representantes. En la prosecución de este trabajo verán nuestros lectores cuántos abusos y cuántos crímenes han nacido de esa mal dirigida influencia de la mujer en materias religiosas.

A. BALBÍN DE UNQUERA.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Agua del Congo para el tecador.

Esta es el AGUA que reúne las condiciones de perfume excelente, fino y constante, y con el uso continuo, yo os salgo garante que suaviza el cutis y hermosea las facciones.

Depósito: Príncipe, 19 y 21, Madrid.

V. Vaissier, inventor del jabón del Congo.

El collar de diamantes del avaro

En 1740 vivía en París, en el barrio latino, un avaro famoso, que se llamaba Juan Avère. En la oscura choza que le servía de vivienda se creía que había encerradas riquezas inmensas, y sin duda alguna eran muy grandes. Contaba entre sus tesoros un collar de diamantes de muchísimo valor, y lo ocultaba tan cuidadosamente, que al fin el mismo llegó á olvidar en dónde estaba. Días y días y días gastó en buscarlo infructuosamente, hasta que casi se volvió loco, lo que le acababa de quitar la memoria, y no tuvo más remedio que meterse en la cama física y mentalmente. Algún tiempo después un médico, y una vieja que á veces entraba en la casa con motivo de algún trabajo necesario, se encontraban á la cabecera de la cama velándolo en sus últimos momentos. En el momento en que el reloj de la parroquia daba la una, deja de murmurar, y sentándose en la cama, grita: «Ya me acuerdo en dónde está. Ya puedo encontrar el collar. Por Dios, déjenme que lo coja, no sea que se me vuelva á olvidar.» Habiendo agotado con esto sus fuerzas, volvió á recostarse entre sus harapos y se quedó muerto. Los médicos y las personas estudiosas tienen ejemplos de estos recuerdos repentinos en las grandes crisis de la vida.

Considere esto el lector, en tanto que le contamos un episodio en la carrera humilde de un guarda agujas, que puede verse de guardia todos los días en una estación poco importante de un ferrocarril del Norte de Inglaterra.

Tiene que hacer guardia casi todos los días, y ni al comer puede separarse de su puesto, lo que afecta la salud desfavorablemente. Los más fuertes no pueden resistir por más tiempo sin resentirse. Esto trae á la memoria la exclamación del poeta inglés Tom Hood:

«¡Dios mío! ¡Que cueste tanto el pan
y tan poco la carne humana!»

Nuestro amigo ha estado en esta ocupación muchos años, aunque sólo tenía treinta y cinco cuando se escribieron estas líneas. En 1884 empezó á sentirse mal. «No sé qué tengo solía decir—pero me falta el apetito.» Lo que comía á la fuerza, no le aprovechaba, y algunas veces se asustaba porque le daban mareos, que no le dejaban ni andar. «¿Qué va á suceder—decía—si á mí me da esto en algún momento difícil, en que yo necesito todos mis recursos?»

Otros síntomas de su estado eran dolores en el pecho y en los costados, estreñimiento, mal color, ojos amarillos, mal gusto de boca, eructos, etc. El médico dijo que era preciso que dejase el trabajo, ó arriesgaría el quedarse impedido. Imposible. ¿Quién atiende á la mujer y á los hijos? El pobre continuaba en su puesto, y se ponía peor. En el trabajo no se notaba; los telegramas se recibían y se

despachaban bien, y no hubo tren que descarrilara por su culpa ó su descuido. La enfermedad, indigestión crónica, adelantaba y produjo complicaciones en los riñones y en la vejiga. El médico decía que lo mataba el veneno que tenía en el estómago y en la sangre, y que no había remedio, que su sentencia de muerte estaba firmada. Pasaron otros seis meses. De guardia un día, se puso tan malo, que no podía estar de pie ni sentado. Dice que se retiró en un banco, y allí estuvo toda la mañana. «Ya podían hacer señales, ya podía sonar la aguja del telégrafo, yo hacía de todo ello el caso que haría un muerto de la lluvia que cayese sobre su tumba.»

Al principio estaba solo, pero luego vino gente y llevaron á su casa al guarda agujas. En vano se ocupaban de él los médicos. Sus cinco hijos rodeaban su cama, y la mujer se hallaba ausente, enferma en un hospital.

Así estuvo días y días, muchas veces sin conocimiento. No había más que hacer que esperar el fin. Entonces las entorpecidas facultades se despertaron por un momento, recobró la memoria, y se acordó de que en un sitio oculto de la casita había guardado una medicina, que años atrás le había hecho provecho, y luego había olvidado. Mandó por ella y tomó una dosis. En seguida le hizo operación: los riñones funcionaron, cesó el dolor y sintió alivio. Lleno de esperanzas, mandó por más. Llegó, la tomó, y en pocos días los médicos se admiraban de encontrar al enfermo en la calle convaliente. Recobró la salud por completo, y hablando de lo que le había pasado, nos dijo: «¡Qué cosa tan admirable que en lo que parecía mi lecho de muerte recordase repentinamente en dónde había puesto aquella media botella de Jarabe curativo de la Madre Seigel! Aquel recuerdo feliz me libró de la muerte.»

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales. Frasco pequeño, 8 reales.

Las instalaciones de alumbrado eléctrico.

Manual práctico, por G. Fournier y J. A. Montpellier, con un prólogo de D. José Echegaray. Traducción de Hidalgo Mobellan. Madrid, 1892. Librería de Victoriano Suárez. 7 pesetas en Madrid y 8 en provincias.

Este Manual es una obra utilísima para toda clase de personas. Comprende, como dice el ilustrado prologuista, cuanto de electricidad hay que saber, y aunque domina en él el carácter práctico, contiene todas las teorías necesarias. Está escrito fácil y sencillamente para que, aun los absolutamente imperitos en ciencias físicas, puedan comprenderlo todo. Hoy nadie debe desconocer los misterios de la electricidad, de esa maravillosa fuerza de tan magnífico presente y tan magnífico porvenir. Con el Manual que anunciamos satisfacen cumplidamente esa necesidad.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis. Sana y benéfica; basta una pequeña cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte ó incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, use el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento. Pídase estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 4

1892

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO

DE
CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes en folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadrado.—TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA
JORGE G. GIROD
Sucesor de Losada.

Medicamentos especiales que elabora en gran escala la casa

ALMERÁ DE BARCELONA

Jarabe Almería de clorofosfato cálcico gelatinoso.

Nuevo remedio de grandes y admirables efectos, según atestiguan la experiencia de más de doce años, contra la DEBILIDAD, tanto de los NIÑOS como de los adultos. Aviva el apetito y facilita el desarrollo de un modo extraordinario; no tiene rival, pues es el mejor de los reconstituyentes.—Precio, 12 reales frasco.

Licor brea arsenical. Es de eficacia segura contra las herpes y humores. Purifica y refresca.—Precio, 8 reales frasco.

Productos vitivinícolas. Vino seco y dulce, purísimo para el uso de la Farmacia y para celebrar el SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

Vides americanas resistentes a la filoxera, las primeras que se cultivaron en España.

Vinos medicinales por fermentación. Despacho central, Xuclá, 21, Farmacia Almería, Barcelona; Laboratorio-Fábrica, San Juan de Vilasar, Era, 14, y San Sebastián, 1 y 2.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

GRAN ALMACEN

DE

PORCELANA, LOZA Y CRISTALERIA

Vajillas, grandes surtidos, nuevos y variados dibujos, muy baratas copas cristal para agua, 5 pesetas docena; copas para vino, 4 id.; para licor, 3; botellas, Juegos de lavabo, Juegos de café, licoreras, jarrones, tazas, jicaras, objetos de capricho para regalo.

CALLE DE ESPOZ Y MINA NUM. 40 (esquina a la plaza del Angel.)

No equivocarse, fiarse en las señas.

SALICILATOS

DE BISMUTO Y CERIO
DE VIVAS PEREZAdoptados de Real orden
por el Ministerio de MarinaRecomendados por la
Real Academia de Medicina.

CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de INDISPOSICIONES del TUBODIGESTIVO, VÓMITOS y DIARREAS; de los TÍSICOS de los VIEJOS; de los NIÑOS, CÓLERA, TÍFUS, DISENTERIA; VÓMITOS de las EMBARAZADAS y de los NIÑOS; CATA-



RROS y ULCERAS del ESTÓMAGO; PIROXIS con ERUPTOS FÉTIDOS; REUMATISMO y AFECIONES HÚMEDAS de la PIEL. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público, tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.—DESCONFIAR DE LAS IMITACIONES.

SEÑORAS

La perfumería

THOMAS

es la que vende la perfumería fina a precios reducidos.

La perfumería

THOMAS

es la que vende los perfumes sueltos para el pastucio a 5 reales onza; el Heliotropo blanco, perfume fino, delicado y muy permanente, a 6 reales.

La perfumería

THOMAS

es la que presenta en sus anaqueles un millón de caprichosos objetos con perfumes ó sin ellos, para regalitos de poco precio.

La perfumería

THOMAS

está situada en la calle MAYOR, 36. Fijarse bien en las señas: número 36, entre las calles de Coloreros y Bordadores.

Los precios son fijos, marcados en los objetos.—Prohibido el regatear.

LA ANTIGUA Y CONOCIDA CASA

CH. DENIS

PARIS.—4, rue Manuel.—PARÍS

Se encarga de la compra en comisión, así como de la expedición de toda clase de mercancías, como perfumería, droguería, especialidades farmacéuticas, ropa, telas, maquinaria, etc.; del envío de precios y tarifas, pues cuenta con las relaciones de las primeras casas de Francia.

También se encarga la casa de tomar suscripciones a todos los periódicos de París.

Todas las cartas deben llevar un sello de correo español de 0,25 pesetas para la contestación.

EL SACERDOTE PERFECTO

TRATADO DE TEOLOGÍA PASTORAL

POR EL

Muy Ilustre Señor Don José Cadena y Eleta

Obra utilísima al clero, en la cual se trata con estilo claro y sencillo de la formación del espíritu del Sacerdote católico en todas las manifestaciones de la vida pastoral.

Un tomo en 4.º, 3 pesetas en rústica, y 3.50 encuadrado en tela.

TRATADO TEÓRICO PRÁCTICO

DE

procedimientos eclesiásticos en materia civil y criminal

POR EL MISMO AUTOR

Dos tomos en 4.º, 12.50 pesetas en rústica, y 15 en pasta. Ambas obras se hallan de venta en la Librería Religiosa del sucesor de Aguado Pontejos, 8, Madrid.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO CERVANTES BALMES CISNEROS

EPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV REVISTA DE LITRATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	1,50 pes.
Tres meses.....	4 "
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	2 1/2 pes. fr.
Un año.....	4 "

NÚMERO 16.— Madrid 31 de Agosto de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 francos
Un año.....	22 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 pes. fr.
Un año.....	5 "



VENDEDORA DE FLORES ITALIANA

ADVERTENCIA

Rogamos á nuestros lectores que se fijen en el anuncio *Las Instalaciones del alumbrado eléctrico*.

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—Las mujeres de los sectarios, por Antonio Ballín de Unquera.—Desde Manila, por Francisco Aguilar y Bisco.—La Pasión de Jesucristo, por el P. Miguel Mir.—Evangélica (romance de la Acedia), traducción de Carlos Moya Vicuña.—Nuestro arte religioso, por José Ferradiz.—Reclamamos.—Anuncios.

GRABADOS

Verdadera de Bocca italiana.—Convento de monjas Capuchinas en Mantua.—Meditando.—Puente internacional sobre el Miño.—Espiranza en Dios.—La Instrucción.

LA QUINCENA

CONTRA lo que muchos esperaban, y nosotros mismos haciéndonos eco de dichas opiniones aseguramos en una de nuestras anteriores crónicas, el *great old man* figura ya como presidente del Consejo de Ministros, según por acá diríamos, ó como ministro guarda sellos, según por aquellas tierras dicen, cerca de la reina Victoria. El ilustre jefe del partido liberal ha formado un verdadero ministerio de *ancha base*, con el cual no sabemos hasta qué punto podrá dirigir por seguros derroteros (y perdónese lo añejo de la frasecilla) la nave del Estado.

Porque ¿qué valor puede tener como instrumento de gobierno una mayoría compuesta de antiguos *vivags*, de radicales, de nacionalistas irlandeses, de parnellistas y de socialistas? Mayoría producto de una coalición momentánea, apenas si podrá resistir, durante el espacio de una legislatura entera, los embates de la oposición conservadora, unida y compacta bajo la voz de su jefe único; y á poco que ésta extreme sus ataques contra el ministerio, la última, y después de todo gloriosa victoria del *gran anciano*, puede convertirse en un fracaso ruidosísimo; fracaso que acaso dé al traste para muchísimos años con las esperanzas de los liberales ingleses y con las ilusiones de la pobre Irlanda.

Uno de los más elocuentes diputados thorys, Mr. Chamberlain, acaba de decirlo en frases que han crispado los nervios de todos los liberales del Reino Unido, pero á las cuales concederá quizás mañana la historia todo el valor de una profecía: «Mr. Gladstone no podrá cumplir las promesas hechas á los diputados irlandeses, sin herir á Inglaterra, ni llevar á terreno práctico lo prometido á los ingleses sin herir á Irlanda.» Verdad es esta que todos reconocen en la Gran Bretaña, y por eso los liberales han tomado las riendas del Gobierno, así como por compromiso, y sin el entusiasmo y los escarceos de otras veces (porque los liberales, á pesar de tan hondas diferencias, vienen á ser iguales en todas partes), y los conservadores se bañan en agua de rosas pensando en cuán pasajero ha de ser el paso por las alturas del poder de su ilustre y experimentado rival.

Porque á las dificultades interiores que el *gran anciano* no podrá vencer, á pesar de su habilidad parlamentaria y de su gran experiencia política, se reunen las que han de proporcionar al nuevo Gobierno las cuestiones extranjeras.

Sin hacer mención de las antiguas cuestiones no resueltas, y pendientes por consecuencia to-

davía, el ministerio conservador lega á sus sucesores la cuestión de Marruecos, hoy sobre el tapete, y con caracteres más graves que nunca á consecuencia de los incidentes promovidos por la última embajada.

Y como si esto no bastara, he aquí que surge en tan críticos momentos, y más grave y amenazadora que nunca, la cuestión vital para Inglaterra: la cuestión de la India. Porque China, y esto se sabe ya de un modo que casi no deja lugar á dudas, acaba de vender á Rusia la meseta del Pamir.

La cosa es, para los ingleses, grave como ninguna otra puede serlo. Los rusos en el Hindon-Kok son una amenaza tan directa, tan inmediata, tan constante para el imperio inglés de las Indias, para esta joya inapreciable de la corona de la Gran Bretaña, que ningún Gobierno inglés, por liberal que sea, puede aceptar la responsabilidad de situación semejante.

Los últimos desórdenes del Afghanistan, el paso de toda una tribu turbulenta por el territorio ruso, acusan claramente la mano oculta de un instigador empeñado en molestar á Rusia.

El gran camino de hierro del Asia central avanza, y ya hoy Rusia se encuentra en disposición de concentrar en poco tiempo fuerzas considerables sobre los confines de la India inglesa.

Es imposible prever la actitud del nuevo ministerio; pero el pasado de Glasdstone hace suponer que emprenderá una política colonial enérgica. Es la ocasión más abonada para demostrar energía ó habilidad. Sin embargo, cualquiera que sea la línea de conducta que adopte el actual Gabinete, su misión es extremadamente difícil.

Si la cesión del Pamir es un hecho consumado, huelga toda acción diplomática, y la *ultima ratio regum* es la única capaz de resolver la amenazadora cuestión.

¿Logrará M. Glasdstone encontrar una solución pacífica y satisfactoria?

Mucho lo dudamos; el *gran anciano*, á pesar de todos sus triunfos y de la especie de fulgor legendario que ya envuelve como en una nube luminosa su nombre y su figura, no tendrá más remedio que dejar á Salisbury el espinoso encargo de conjurar las negrísimas nubes que se ciernen amenazadoras sobre el porvenir de la Gran Bretaña.

Tras de los calores más que tropicales que hemos venido sufriendo desde fines del pasado Julio, hémos de pronto en pleno invierno, señalando los termómetros 9° como temperatura mínima, cuando hace pocos días subió hasta 42 la columna mercurial. Pulmones de bronce y gargantas de hierro se necesitan para resistir cambios tan bruscos y violentos; y no sin razón se asegura que las gentes que viven una larga temporada en Madrid, privilegio que podemos hacer extensivo á cuantas habitan esta inmensa planicie castellana, están curtidas para desafiar todos los rigores de los más opuestos y destemplados climas, y lo mismo pueden impunemente visitar á bordo de un ballenero los islotes de los mares boreales, que acompañar á Stanley ó á Brazza en una de sus excursiones por las selvas del Africa central. El frío que ahora se nos ha echado de pronto encima, acaso sea favor especialísimo que habremos de agradecer á la Divina Providencia; pues sabido es que las bajas temperaturas no son el medio más á propósito para la propagación del cólera morbo, y el fatídico huésped del Ganjes anda tan cerca de las fronteras patrias, que de haberse sostenido algún tiempo más la temperatura de los pasados días, es muy posible que á pesar de todas las precauciones sanitarias hubiera acabado por traspasar los Pirineos.

Los franceses, por supuesto, se empeñan en que allí no hay cólera, por más que lo que existe se parece á la terrible enfermedad como un

huevo á otro huevo; y nuestro mismo embajador en París acaba de darles la razón, al decir á nuestro Gobierno, en telegrama que se ha hecho público, haber estado en Poitiers y convencido-se por sus propios ojos de que no existe semejante cólera, sino sencillamente algunos casos de disentería. No dice el señor duque de Mandas si llevó microscopio para su visita, único modo de poder saber á ciencia cierta la existencia ó la falta del *bacillus virgula* en las deyecciones de los enfermos; pero indudablemente ha debido poner de su parte cuantos medios hayan estado á su alcance, pues él es una persona muy formal, y no habrá querido engañar al Gobierno ni inspirar al país una confianza ilimitada que viniera luego á producir males de difícil remedio.

Ya que nuestra Revista se ha ocupado siempre con atención preferente en cuanto de algún modo se relaciona con el arte cristiano, no podemos por menos de dedicar algunas líneas á la restauración de la histórica Colegiata de Santa Ana, que está llevando á cabo con singular acierto en la ciudad de Barcelona el señor D. Francisco de P. Villar, director de la Escuela de Arquitectura.

Los trabajos realizados hasta el presente han puesto de relieve los diversos cambios y adiciones que en dicha iglesia se introdujeron, particularmente en los siglos XVII y XVIII, unas veces para abrir capillas, otras para abrir puertas de paso y también para la instalación del órgano. A la vez fueron cegados entonces ó destruidos casi algunos ventanales, que se repondrán también, para dejar el edificio tal como se hallaba en su fábrica primitiva. Una de las puertas que se cegaron es la que daba ingreso á la capilla llamada *dels Perdons*, y por la cual, y á juzgar por las conchas talladas en los sillares, penetraban los peregrinos, y después de recibida la absolución, lo hacían en la iglesia de la Colegiata. Estas obras de restauración se verifican con la mayor escrupulosidad, poniendo el director sumo cuidado en restablecer sólo lo que había sido deteriorado ó adulterado, sin añadir elemento alguno nuevo.

Al limpiarse las columnas en la nave aparecieron curiosos capiteles, en uno de los cuales se ven todavía rastros de pintura policroma, que se conservan á fin de tenerlos presente cuando puedan emprenderse los trabajos de decoración de esta clase. Otro tanto sucede con una clave historiada en la que se ven las Tres Marías, la cual ha sido ya restaurada del todo á fin de aprovechar la colocación de la andamiada. Una de las aberturas que se practicaron para facilitar el paso del organista desde su casa, contigua á la Colegiata, al órgano, había sido causa de que se resintiese uno de los arcos que caen sobre el moderno coro que hay en el día en la citada iglesia. Fué indispensable, pues, fortificar y reforzar aquel trozo del edificio, lo que se hizo con no escaso riesgo y con feliz éxito, bajo la inspección constante del mencionado director facultativo.

A medida que lo permite el adelanto de las obras de la iglesia nueva, en las que se trabaja también, y que el señor Cura párroco y Junta desearían impulsar más todavía, se irán acometiendo los demás trabajos para devolver á la antigua iglesia de Santa Ana, sumamente interesante como tipo de templo ojival en forma de cruz latina, su disposición primera, dejando al descubierto especialmente todo el ábside, que hoy se halla tapado en una pequeña parte por la sacristía. Construida la iglesia nueva, restaurada la antigua que se destinará á capilla del Santísimo Sacramento, y reconstruido el cimborrio, reservada exclusivamente para baptisterio la capilla del Santo Angel de la Guarda, la parroquia mayor de Santa Ana será sin disputa la que en Barcelona reunirá mejores condiciones para los actos litúrgicos del culto católico. Al propio tiempo le cabrá la gloria de ha-

ber salvado de la destrucción un edificio que con fundados motivos ha sido declarado monumento nacional.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

Vendedora de flores italiana.—(Pág. 241).

La ramilleteira italiana constituye un tipo que, aunque plebeyo, no carece de poesía. Ama á las flores con delirio, y es seguro que á no tener necesidad de atender á su subsistencia, jamás se desprendería de su hermosa y fragante mercancía. Al desprenderse de aquellas flores, criadas con tanto mimo, no lo hace sin experimentar en su corazón un dolor que se refleja en su pálido semblante; observación es esta que han hecho algunos viajeros. Si, como dijo Becquer, todas las mujeres son hermanas de las flores, ¿quién podrá negar la primacía en esta fraternidad misteriosa á las italianas y á las andaluzas, para quienes llegan á ser las flores más que hermanas, inseparables compañeras de su existencia?

Pintadas macetas y artísticos jarrones de flores constituyen el indispensable adorno en las azoteas y en los balcones de las blancas y limpias ciudades de aquellas benditísimas regiones; jazmines y madreleivas entretreídos constituyen los toldos en los que se quiebra la luz del sol, formando caprichosos juegos sobre las mármoles y relucientes losas de los patios, y de los que la brisa vespertina arranca oleadas de fragancia exquisita; con flores adornan las mujeres de aquellas regiones privilegiadas las trenzas de sus negras cabelleras; blancas azucenas y pálidas rosas del color de la muerte engalanan las tumbas queridas que encierran en su seno pedazos del corazón; de flores rebozan los templos italianos y andaluces en las grandes solemnidades; y sobre todo cuando llegan las fiestas del Mes de María, aquello es un verdadero derroche de aromas, de colores y de perfumes; siempre sobre la aristocrática consola ó sobre la modesta cómoda encontrareis de continuo renovado el ramo de frescas flores, cuyos effluvia envuelven en fragante nube á la sagrada imagen símbolo y centro de la devoción familiar; y cuando llegan los días nebulosos y tristes del invierno, en los que la naturaleza se despoja de las flores, que son su preciadísimo adorno, el espliego, la juncia y el romero, ardiendo sobre el rescoldo del brasero, impregnan el ámbito del hogar con alegres recuerdos de los perfumes primaverales.

Convento de monjas Capuchinas en Manresa.—(Pág. 244)

La ciudad de Manresa, situada á orillas del Cardener, es quizás la ciudad más importante de la provincia de Barcelona, excepción hecha de la capital; pues además de lo que supone, considerada desde el punto de vista industrial, es cabeza judicial del partido de su nombre, fortaleza de segunda clase, y muy rica en variados productos agrícolas, así como en piedra de construcción y lignito que sus inmediaciones producen. Tiene fábricas de paños finos, de pañuelos, cintas de seda, listonería, papel, pólvora, hilo de algodón á la inglesa, lienzos, alfarería, aguardiente superior, curtidos, cordonería, cuchillería y clavazón. Es de fundación remotísima, y en la Edad Media se llamó Minorisa; ciudad amante siempre de la tradición, se mantuvo, durante la guerra de Sucesión, por el archiduque Carlos, hasta 1714 en que fué ocupada por las tropas de Felipe V, así como en la guerra de la Independencia mostró arrojo y entusiasmo indécibles contra las huestes invasoras.

Sabido es que el nombre de la ciudad de Manresa va indisolublemente unido á la historia de la Compañía de Jesús, pues en una cueva situada en su término pasó largas temporadas, entre los ejercicios de la más austera penitencia, el ínclito San Ignacio de Loyola. En aquella cueva fué donde plugo á Dios colmar el alma generosa de aquel hombre extraordinario de inefables y dulcísimos consuelos. Allí fué donde recibió, en opinión del

P. Croisset, soberanas luces acerca del Misterio de la Santísima Trinidad. Lo que escribió acerca de este augustísimo Misterio, y por desgracia se ha perdido, era en el estilo de los Profetas. También fué en este sitio donde, iluminado con las mismas luces sobrenaturales, y penetrado de las grandes verdades de la Religión, compuso el admirable libro de los *Ejercicios espirituales*; libro aprobado por tantos Soberanos Pontífices, y tan apreciado de todos los buenos, en el cual este hombre singular, inspirado por el mismo Dios, puede decirse que redujo á arte la conversión del pecador y la práctica de la perfección cristiana.

Hoy reproducimos en nuestras páginas uno de los más insignes monumentos con que se enorgullece la nobilísima y católica ciudad de Manresa, cual es el convento de Monjas Capuchinas; edificio tan apropiado á los fines de su institución, que difícilmente se encontrará otro en que se retraten tan al vivo la pobreza, austeridad y penitencia á que están sujetas dichas religiosas. Paredes, ventanas, techos, rejas, todo revela allí una tristeza y un retraimiento del mundo difícil de concebir; todo convida á la mortificación y á la penitencia.

Un patio con cipreses y un pórtico de dos arcos preceden á la iglesia, que es de una sola nave y muy pobre de adornos. Al entrar en ella, á mano izquierda, junto á la pila del agua bendita, hay un cuadro que representa el nacimiento de la fundadora de la Orden, la V. M. Angela Margarita Serafina, en el mismo lugar en que vió la luz primera. Al pie del cuadro hay una lápida que dice:

Ibi—Decimo Sexto Kalendas Octobris—MDCLXXVII—At illustrissimo et Reverendissimo Domino—Don Jacobo Mas—Vicentibus redimito infulis Pontificis—Primarius—Supponitur conquadratus lapis—Ad eadem sacrum—Ubi—Septimo Kalendas Novembris—MDXXXIII—A Deo O. M.—V. Angela Seraphina—Capuccinarum Hispana—Aeterni, pariter, et, fundatrici—Matrona—Tam patria ornamento, quam Seculi—Primico—Et ipse candido signatus lapillo—Bosper illuxit Horoscopus—Ad tantam vitam.

Como indica la lápida que acabamos de transcribir, la V. M. A. Margarita Serafina nació en 26 de Octubre de 1543. Atendida la penuria de sus padres, pasó á Barcelona, en donde á los veinticuatro años de edad casó, para no contrariar la voluntad de sus padres, con un hombre colérico y entregado al juego, que perdió en poco tiempo cuanto poseía la familia.

De Barcelona fué á Manresa, en donde falleció cristianamente el marido en 15 de Septiembre de 1582.

Deseosa Serafina de vestir el hábito capuchino, pidiólo al P. Guardián de la Orden en Manresa, el cual, considerando muy nuevo el caso, consultólo con los religiosos, y no se accedió á su petición. Al poco tiempo fué á Manresa el P. Provincial, á quien Serafina hizo la misma súplica; y después de meditado, y previos los debidos informes, accedió á ello, dándole el hábito por su misma mano. Volvió más tarde Serafina á Barcelona. En dicha ciudad manifestó al señor Obispo el deseo que tenía de fundar la Orden de Monjas Capuchinas, y el Prelado se ofreció á su cooperación.

Obtenida casa para el convento, que la proporcionó la Marquesa de Montes-Claros, y previo el permiso de los señores Consellers, se comenzó la vida monástica por disposición del Nuncio de Su Santidad en 5 de Julio de 1599, ingresando diez religiosas.

Más tarde recibió la Regla de Santa Clara, y á últimos del siglo XVI, ó á principios del XVII, confirmó el Sumo Pontífice la fundación de las Capuchinas; y en 26 de Abril de 1608, Paulo V les concedió todas las gracias, indultos y privilegios que gozan los conventos de religiosas de Santa Clara; siendo el primero de la Orden el Real Monasterio de Santa Margarita de Barcelona.

Murió la V. M. Angela Margarita Serafina en 24 de Diciembre de 1608, á los sesenta y cinco años de edad, y á los nueve de haber fundado su primer convento.

En 1638 llegaron á Manresa las primeras religiosas Capuchinas procedentes de Barcelona, instalán-

dose en el Hospital de Huérfanas, pasando después á la casa de D. Miguel Graell, hasta que estuvo edificado el actual convento, que fué en 1677.

Meditando.—(Pág. 245).

La actitud contemplativa, la fijeza de la mirada, el ensimismamiento pintado en el semblante, bien á las claras indican que la hermosa mujer de nuestro grabado se halla en uno de esos instantes en que abstraídos de cuanto nos rodea damos rienda suelta á la fantasía, y nos complacemos en la evocación de las cosas que fueron, ó procuramos desentrañar los arcanos misteriosos de lo porvenir. No deben ser muy alegres los pensamientos que cruzan por el cerebro de esa mujer, á juzgar por la nube de melancolía que oscurece su frente, por otra parte, admirablemente dibujada.

Puente internacional sobre el Miño.—(Pág. 248).

La ciudad de Tuy cuenta ahora entre sus más hermosos monumentos el puente internacional, cuya reproducción ofrecemos hoy á nuestros lectores. Tuy, ciudad perteneciente á la provincia de Pontevedra, y cuyo origen se pierde en la noche, ó digamos mejor, en la mañana de los tiempos, cuenta como edificios públicos la casa municipal, la cárcel, el palacio episcopal, un magnífico cuartel, la catedral con cuatro naves, nueve capillas y dos claustros, los suprimidos conventos de San Francisco y de Santo Domingo, y el monasterio de monjas franciscanas, en el que se encuentra la capilla de San Telmo, edificada en el mismo lugar en que murió el Santo. Es Aduana terrestre de primera clase, y las principales producciones que se cosechan en su término son trigo, centeno, maíz, mijo, lino, vino, habichuelas y varias clases de frutas; criase además ganado vacuno y de cerda, y abundan la caza y la pesca; sus principales industrias son los molinos harineros y la fabricación de mantas y lienzos.

El río Miño no nace ni desemboca en la provincia de Pontevedra; pero penetrando en ella por el partido judicial de Cañiza, forma, al Sur, el límite de esta provincia y el reino de Portugal, entrando luego en éste y desembocando en el Atlántico, junto á la punta de Santa Tecla; sus principales afluentes son el Isa y el Louro.

El proyecto del grandioso puente, con cuya reproducción embellecemos hoy las páginas de LA ILUSTRACION CATOLICA, es debido al ingeniero español D. Pelayo Mancebo, y su construcción se debe á una Sociedad belga que la llevó á cabo bajo la dirección de ingenieros españoles y portugueses; es de hierro y piedra, y tiene cuatrocientos metros de largo. Su importancia es considerable, pues además de unir los dos caminos de hierro de Portugal y España, ha hecho facilísima la comunicación entre ambas márgenes; comunicación que antes tenía lugar, exclusivamente, por barquichuelas de pésimas condiciones.

Esperanza en Dios.—(Pág. 249).

Este bello cuadro de Kassing representa una familia huérfana, sin duda, del varón que era su apoyo en el mundo, y sin otra esperanza que Dios. ¡Qué expresión tan conmovedora y tan distinta, según las edades, en la anciana abuela, en la madre y en la niña mayor! ¡Y qué contraste tan bello el que ofrecen esos rostros atribulados con el del niño que duerme! Kassing ha hecho un magnífico estudio de fisonomías, según las edades distintas de la vida.

La Instrucción.—(Pág. 253).

Hermosa escultura de Alberto Nuñez, uno de los artistas modernos que con más amor guardan y procuran imitar las tradiciones del arte clásico.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (primera quincena de Septiembre.)

Este mes está dedicado á San Miguel Arcángel, 1. Jueves.—Santos Terenciano, obispo y mártir, Vicente y Leto, mártires; Constancio, Victorio y



CONVENTO DE MONJAS CAPUCHINAS EN MANRESA

Prisco, obispos, y Gil, abad y confesor.—Santa Ana, profetisa.

2. Viernes.—Santos Antolín, Zenón y sus hijos, y Esteban, rey de Hungría.—Santa Máxima, mártir.

Sábado.—Santos Sárdalo, mártir; Mansueto y Auxano, obispos; Simeón, Estilita, el joven, y los beatos Juan y Pedro, mártires.—Santas Serapia y Basilisa, vírgenes y mártires.

4. Domingo XIII después de Pentecostés.—La fiesta de la Bienaventurada Virgen María, con el título de la *Consolación y Correa*.—Santos Marcelo, obispo y mártir; Magno, Casto, Marcelo y Máximo, mártires, y Moisés, legislador y profeta.—Santas Rosalía y Rosa, vírgenes.

5. Lunes.—Santos Victoriano, obispo y mártir; Herculiano, Quincio, Arconcio y Donato, mártires; Lorenzo Justiniano, primer Patriarca de Venecia; La Conmemoración de San Julián, obispo de Cuenca, y Bertino, abad.

6. Martes.—Santos Leto, obispo y mártir; Onésforo, Cotido, Eugenio y compañeros mártires; Petronio, obispo y confesor; Eleuterio, abad, y Zacarías, profeta.

7. Miércoles.—Santos Juan, Eusiquio, Sozonte y Anastasio, mártires; Evorcio, Augusto y Pánfilo, obispos, y Clodoaldo, presbítero y confesor.

8. Jueves.—*La Natividad de la Bienaventurada Virgen María*.—Santos Timonio, Adrián, Fausto, Teófilo, Anmón, Neoteris, Zenón y Nestor, mártires, y Corbiniano, ob.

9. Viernes.—Santos Doroteo, Gorgonio, Jacinto, Alejandro, Tiburcio y Severiano, mártires; Sergio, Papa y confesor, y Pedro Claver, confesor.—Santa María de la Cabeza, viuda.

10. Sábado.—Santos Francisco de Morales, Apelio, Lucas, Clemente, Sóstenes y Víctor, mártires; Hilario, Papa y confesor; Pedro, Salvio y Agapio, obispos, y Nicolás de Tolentino, ermitaño y confeso.

11. Domingo XIV después de Pentecostés.—*El Dulcísimo Nombre de la Bienaventurada Virgen María*.—Santos Proto y Jacinto, hermanos mártires; Vicente, abad y mártir; Emiliano, Paciano y Pacucio, obispos, y Teodoro, penitente.

12. Lunes.—Santos Leoncio y compañeros mártires; Juvencio, Curonoto, sacerdote, y Silvano, obispos.

13. Martes.—Santos Ligorio, Julián, Macrobio, Felipe y compañeros mártires; Eulogio, obispo y confesor, y Cayo, confesor.—Santa Eugenia, virgen.

14. Miércoles.—*La Exaltación de la Santa Cruz*.—Santos Crescencio, Víctor y General, mártires, y Materno, obispo.

15. Jueves.—Santos Nicomedes, presbítero y mártir; Emilias, Jeremías, Valeriano, Porfirio y Nicetas, mártires; Leobino, Apro y Albino, obispos, y Ricardo, abad.

En la presente quincena se celebra la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María. Según los cálculos más exactos y las tradiciones más respetables, María vino al mundo en la ciudad de Nazareth, el año 1099 del nacimiento de Abraham, el 1494 de la salida de Moisés y del pueblo de Israel del cautiverio de Egipto, el 2016 desde que David fue ungido y consagrado rey, hacia la semana sesenta y cinco, según la profecía de Daniel, y en la Olimpiada ciento noventa; el año 733 de la fundación de Roma, y el 26 del imperio de Augusto, bajo el Consulado de Marco Druso Lívio y de Quinto Calpurnio Pisón, y cuando el impío Herodes, rey de Judea, trataba por todos los medios de aniquilar la raza real de David para imposibilitar el cumplimiento de las profecías que anunciaban que el Salvador saldría de la familia de Jessé.

Esta fiesta, de grandeza tan indiscutible, no se celebró, sin embargo, durante los primeros siglos del Cristianismo, a lo menos con esplendor. La causa de un hecho tan singular, en opinión del P. Croiset, es que aquellos primitivos cristianos, sin duda más devotos de María y más celosos de su culto que nosotros, no quisieron dar motivo a los gentiles y a las naciones groseras, criadas por la mayor parte en la idolatría, para creer que los cristianos adoraban como a diosa a la madre de su Dios. Pero luego que gozó de paz la Iglesia católica, y que los Pastores pudieron instruir públicamente a sus rebaños, floreció en todo el mundo cristiano el culto público y solemne de la Santísima Virgen; celebráronse con pompa y con solemnidad sus principales misterios; solemnizáronse sus fiestas con magnificencia; convinieron griegos y latinos en este punto de la Religión, no obstante el desgraciado cisma, y el nacimiento de la Santísima Virgen fue una de las principales fiestas entre los cristianos. «La Iglesia, dice San Bernardo, es la que me ha enseñado a celebrar la Natividad de la Santísima Virgen con toda la devoción y toda la solemnidad posibles. Creo firmemente con toda la Iglesia que habiendo sido santificada en el vientre de su madre, es objeto digno de nuestro culto desde el primer instante que nació.»

El más antiguo documento que poseemos acerca de esta fiesta es el Sacramentario de San León el Grande, en el cual se encuentra, lo mismo que en el Sacramentario de San Gregorio, la fiesta de la Natividad con misa y oraciones propias. Celebrábase ya generalmente en toda la Iglesia antes del siglo VII, y en el IX era una de las más solemnes en Francia, siendo, al parecer, la ciudad de Angers la que más se distinguía por su devoción a María y por la pompa con que sus habitantes celebraban la Natividad. De aquí procede el que las provincias circunvecinas llamen a esta fiesta la *Anjovina*, como si hubiera tenido origen en el Anjou. No tardó el Oriente en rivalizar con el Occidente en celo por la gloria de la Santísima Virgen, y desde el siglo XII vemos celebrada allí la fiesta de la Natividad con igual pompa que las demás festividades de la Iglesia.

En el último día de la Octava de la Natividad se celebra la fiesta del santo nombre de María. El Sumo Pontífice Inocencio XI, de gloriosa memoria, declaró obligatoria para la Iglesia universal, por su decreto del año 1683, esta fiesta, particular hasta entonces de nuestra España, donde se celebraba desde tiempo inmemorial, en recuerdo de la gloriosísima victoria obtenida bajo los muros de Viena, el 12 de Septiembre del mismo año, por el rey de Polonia Juan Sobieski y el príncipe Carlos de Lorena contra el ejército turco, mandado por el Gran Visir, que tenía puesto sitio a dicha ciudad de Viena, y amenazaba desde allí extenderse como avasallador torrente por toda la cristiandad.

Lepanto y Viena son las dos etapas que marcan para el imperio otomano la senda de su decadencia.

y en memoria de aquellas dos jornadas gloriosísimas, mediante las cuales se salvó y pudo continuar su marcha la civilización europea, fueron establecidas las dos festividades de Nuestra Señora del Rosario y del Dulcísimo Nombre de María.

Otra de las grandes solemnidades que se celebran durante esta quincena es la Exaltación de la Santa Cruz. Esta fiesta fué instituida en memoria de la restitución del Sagrado Madero á Jerusalén, de donde catorce años antes lo había sacado Correas, rey de Persia, llevada á cabo por el emperador Heraclio. Atenta siempre la Iglesia y siempre solícita en rendir á este precioso instrumento de nuestra Redención el culto que por tantos títulos se le debe, instituyó esta fiesta en honor de la Santa Cruz, celebrando todos los años las maravillas que obró en semejante día, que se puede llamar el día de su triunfo.

Pero se debe advertir que mucho tiempo antes de este suceso, así en la iglesia griega, como en la latina, se celebraba una fiesta con el nombre de la *Exaltación de la Santa Cruz*, en el mismo día 14 de Septiembre, y era en memoria de Cristo, hablando de su muerte: «Cuando sea exaltado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas». El Cardenal Baronio dice que fué exaltada la Cruz cuando el emperador Constantino dió libertad á los cristianos para predicar el Evangelio y erigir públicamente iglesias. También se llamó la Exaltación de la Santa Cruz á aquella solemnidad que con tanto aparato y magnificencia se celebró en Jerusalén, cuando la emperatriz Santa Elena encontró el verdadero Leño de nuestra Redención, y le mandó colocar en la magnífica iglesia que á su costa se edificó en el Calvario, celebrando desde entonces la iglesia griega y la latina una solemne fiesta en el día 14 de Septiembre con el nombre de la Exaltación de la Santa Cruz. Hace mención de esta fiesta el Sacramentario de San Gregorio, y el Padre Canisio cita las palabras con que le anuncia el Menológico de los griegos: *Exaltatio pretiosae et vivificae Crucis sub Imperatore Constantino Magno*. El autor de la vida de San Eutiques, patriarca de Constantinopla, refiere que mucho tiempo antes del emperador Heraclio, volviendo aquel Santo Pontífice de su destierro por orden de los emperadores Justino y Tiberio, pasó por un monasterio, donde el día 14 de Septiembre celebró con mucha solemnidad la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Leoncio, obispo de Nápoles, escribiendo la vida de San Simeón, por sobrenombre Salus, habla de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, la cual se celebraba con gran solemnidad y mucho concurso de fieles, como cosa establecida desde mucho antes del imperio de Heraclio.

Así, pues, parece que este emperador escogió de intento el día 14 de Septiembre para restituir la Santa Cruz al mismo lugar de donde catorce años antes la habían sacado los persas, como día consagrado ya muy de antemano á la Exaltación de la Santa Cruz; y que por la devoción y grande confianza que siempre hizo en ella el emperador Constantino, se determinaron los Sumos Pontífices á instituir esta fiesta particular.

J. F.

Las mujeres de los sectarios

I

HERODIADAS

En la cátedra de Moisés habían tomado asiento escribas y fariseos, y en el trono de Salomón los Herodes. Nada más abyecto que la situación del pueblo judío en aquellos días postreros que le parecían de independencia, y no eran realmente sino de dorada servidumbre. Herodes, el fundador de la dinastía, tuvo cierta sombra de grandeza que le comunicaron sus relaciones con Pompeyo, Antonio, Augusto y los últimos romanos de la Repúbli-



MEDITANDO

ca; pero no representaba ya al pueblo de David y Salomón, ni parecía otra cosa que un tiranuelo, en cuya morada era mejor ser ave de corral que hijo del dueño de la casa, porque así estaba más segura la vida. Mas el pequeño reino de Judea se dividió en porciones microscópicas, mientras el imperio romano formaba por todas partes horizonte, y como dice Zorrilla en su poema de *María*, las mujeres, al dar á luz á sus hijos, no hacían más que añadir un soldado á las legiones imperiales. No era sólo aquel un reino pobre, dividido, desolado; era un reino que ya no tenía profetas, porque se había apagado en sus labios la llama de la fe, y todo el país era como un inmenso sepulcro mal blanqueado, y rebosando corrupción y podredumbre.

Es de advertir que á Herodes había tenido por dios una parte de aquel pueblo que tuvo al verdadero como propio; no ciertamente las gentes sencillas que caminaban llenas de gozo hacia Belén, sino los redomados cortesanos y aduladores, que ponían asechanzas en su camino á los magos. Era, pues, cada individuo de aquella familia un dios que había sufrido *capitis diminución*, un aprendiz de dios, que nunca sabría representar su papel como Augusto ó Vespasiano. En brazos de la molición descansaban los que se decían sucesores de los Macabeos, aquellos invencibles héroes con quienes de igual á igual trataban Roma y Esparta, y que si bajo el peso de los elefantes sucumbían, erguíanse como las hojas de la palmera de Judea, de la opresión de la desgracia. Ya no hay que esperar sino escenas de harem; ya no más que esfuerzos de tiranía oriental; únicamente escándalos á la sombra del profanado templo y del palacio de Salomón, rodeado de mil escudos, que en otro tiempo se chocaban en són de júbilo, y ahora sonaba como el toque de agonía en la disolución de la patria. *Et idè*

cecidit clipeus fortium, clipeus Saul, quasi non esset unctus, oleo.

Antes del Cristianismo había ya esa secta de los herodianos, á que hemos aludido, pues en aquella corte aparece una mujer, toda ambición y toda liviandad, en Herodiades. Era hija de Aristóbulo y Berenice, nieta de Herodes el Grande, esposa de Herodes Filipo, y favorecida con el incestuoso amor de Herodes Antipas. Ese doble tipo de liviandad y de ambición jamás llega á la altura de Agripina, y mucho menos á la de Lady Macbeth. La ambición puede disminuir su radio de acción, estrechándose á los límites del teatro en que aparece; la sensualidad no se mide por ese radio, sino más bien por la decadencia de los pueblos, por la falta de virilidad en todas las instituciones. Observaba Homero que los esclavos perdían la mitad de la inteligencia; lo que no dijo fué que suelen aguzarse los sentidos para todo lo que no trasciende de los placeres de la carne.

No podía elevarse la secta herodiana contra el Salvador, que iba á comenzar su vida pública; pero sí contra el Santo Precursor, en quien la penitencia estaba personificada. Aun en esta persecución se pareció el Precursor al anunciado Mesías; cómo debieron resonar en el oído de los palaciegos, acostumbrados siempre, como de los actuales dice Víctor Hugo, á oír transformada en cantos y conciertos la misma voz del tiempo en el reloj, cuando escucharon aquellas palabras: «que la segur estaba puesta á la raíz del árbol». Y de todos modos lo estaba, porque el pueblo vivía de una limosna imperial, y de la generosidad del pueblo romano las doce tribus.

¿Qué ha de hacer un rey en tales condiciones más que vivir al día, coronándose de rosas como Sardanápalo, ó como aquellos libertinos cuya vida

nos describe el autor del *Cantar de los Cantares y de los Proverbios*: «Bórrense del libro de los vivos los que por vestido tengan el vellón de los corderos, por generosos licores el agua del abandonado manantial, por alimento el panal de abejas silvestres y las langostas del desierto, para arrullar sus oídos el *simon*, y por lecho una piedra.»

Si ese es Juan Bautista, perezca el Precursor, que avezados están á caer los grandes personajes de la Historia Sagrada y profana á manos de mujeres. Como Adán y como Sansón y como Salomón, cayeron Ciro y Alejandro el Grande, y Pirro y Carlos el Temerario, y ¿por qué no decirlo? ¡hasta Gambetta!

Espléndido festín reúne á los cortesanos en el palacio de Herodes, que es en todo un verdadero harem, menos en el secreto. Tras de la embriaguez el letargo, y en pos de éste el despertar, á fin de proseguir en la orgía. Los héroes de la antigüedad clásica después de los banquetes luchaban como los Centauros y los Lapitas. Alejandro, olvidado de su valor, cogía una tea é incendiaba á Persépolis; los menguados satélites de Herodes se contentaban con pedir la cabeza del primer personaje de la nación, que llevaba tras de sí á los pueblos, y que algunos consideraban como el Mesías. Salomé, hija de Herodiades, no tenía agravios que vengar; pero sí la perversa Herodiades, á quien, como á su amante, había reprendido diciéndoles: *Non tibi licet.*

Esas fueron las palabras de Clemente VII á Enrique VIII, perpetuadas con las doctrinas de la Iglesia y con las iniquidades de los tiranos á través de los siglos.

En el Evangelio se lee una delicadísima alusión al banquete en que toman asiento los desheredados de la fortuna y de la sociedad, los que, teniendo pura el alma, ostentan llagas y deformidades en su cuerpo. No eran así los comensales de Herodes, aquellas *umbras*, aquellos *parasitos*, á quienes podríamos aplicar la enérgica frase de Juvenal *Animalia nata ad convivium*. Todo el lujo que hoy se despliega, nada es en comparación del que se desplegaba entonces; en el fondo del corazón de los más pródigos, hay en nuestros días mayor aprecio al dinero. Hoy no se disuelven en vinagre las perlas, como hacía Cleopatra con sus collares, ni vienen las murenas ni los faisanes á las mesas para ser muertos y condimentados en el mismo banquete; pero entonces, en que todo esto se hacía en Roma, imitábase también en Judea. Salomé, la hija de Herodiades, no llora como la de Jephthé su sacrificio; antes penetra en el salón más ó menos vestida, cantando y tañendo instrumentos bajo más funestas sombras que la de los sauces de Babilonia, donde la voz se anudaba en la garganta á los desterrados hebreos. ¡Pobres jóvenes, á quienes unas veces la perspectiva de una corona y otras la de una moneda, porque toda esta escala de dolor y de vergüenza se les hace recorrer, sume en la ignominia, tal vez llevadas por el mismo brazo que amorosa y poderosamente debiera protegerlas! Herodiades, que había mancillado el nombre de su marido, que era el suyo propio, tal vez creyera que nada le interesaba el nombre de su hija.

Sisara y Holofernes no hubieran librado tan mal como libraron, si en vez de Jael y Judith hubiese entrado Salomé en su tienda. El clavo y el alfange en las sienes y el pecho no obran como el panderero en los oídos. Herodes, vacilante el paso, trabada la lengua, encendida en fuego infernal la mirada, como Marco Antonio en cierto caso que Cicerón nos describe, dice á la provocadora muchacha: «Pídemelo lo que quieras, así sea la mitad de mi reino; tanto me has halagado el oído.» Y la perversa madre sugirió á Salomé que nada pidiese más que la cabeza de Juan el Bautista.

Y la cabeza de San Juan cayó, y al menos, respetando su cadáver y aquella aureola de santidad que le cercaba, no hubo una Fulvia que le atravesase la lengua. *Præbit ante faciem Domini parare vias ejus.*

¡Cuántas veces se ha ervido en los banquetes del mundo, si no la cabeza, la honra de los buenos! Verdad es que la disipación y el crimen incurren en el abismo y la perdición final, de que se libra la inocencia perseguida, que no va más allá de la pri-

mera muerte. Como alcázar de naipes derrumbóse el palacio; como bandada de bohemios salieron del usurpado país los Herodes y Herodiades y su familia. Lanzados de Judea, murieron oscuramente en las Galias, ordinaria parada de las dinastías destronadas de aquel tiempo, destino que todavía no ha perdido, y que suele compartir con Inglaterra.

II

SAPHIRA

Nos hallamos en la primitiva iglesia de Jerusalén y en la edad de oro del Cristianismo, que empieza á ser anunciado á las naciones; pero ya comienzan á crecer mezclados trigo y cizaña, madera propia para ser lanzada al fuego y ramas para dar copioso fruto. Con admirable concisión se relata el hecho á que nos referimos en el capítulo V de los hechos de los Apóstoles. Tiene hoy la historia tanto más interés de actualidad, cuanto que se relaciona con la primitiva comunidad de bienes de los cristianos, que sólo existió en la Iglesia de Jerusalén, y que no es esencial al Cristianismo. Los socialistas de nuestro tiempo reclaman del convencimiento íntimo, de la fraternidad, ó de no sabemos qué secreto, lo que se debía á la inextinguible caridad de la grey cristiana. No extrañen nuestros lectores que coloquemos entre los sectarios á Ananías y á Saphira, porque la práctica es indicio de la creencia; y si secta quiere decir división, ¿qué mayor divergencia entre la conducta de estos mal aconsejados cónyuges y la de los primeros cristianos? Dícenos los Sagrados Libros del Nuevo Testamento que los diáconos fueron instituidos para repartir entre los fieles necesitados las limosnas de todos; sustraer á este bendito caudal de la limosna la parte que á cada uno correspondiese, era, por lo tanto, hacerse reo de gravísimo pecado; era olvidar, recientemente promulgados, aquellos evangélicos preceptos: «Basta su trabajo á cada día. No pienses en juntar tesoros que los ladrones arrebatan, que la polilla consume; donde está tu tesoro, allí está tu corazón.» Entre éste y la inteligencia hay un secreto camino por donde suben los malos pensamientos á convertirse en perversas ideas, y de ahí que entre los hombres se pierdan unos por el sentimiento y otros por la razón. *Dijo el impío en su corazón: No hay Dios.* ¿Qué significa esto? Que el que siente mal, llega á obrar mal, y que de la corrupción de los afectos, sólo hay un breve camino al error.

Ananías y Saphira eran propietarios de una heredad que vendieron. Según el texto de la Escritura, el marido fué el principal culpable de la ocultación del precio, que debió ponerse á disposición de San Pedro, según las reglas de la comunidad cristiana, porque el texto dice: *fraudavit de pretio agri, conscia uxore sua*: ambos incurrieron en la pena temporal y espiritual que hubo de exigirles la divina justicia. Obró igualmente el interés sobre los corazones de ambos esposos; los dos comieron de la fruta prohibida. También aquí San Pedro entra en una especie de juicio con los culpables, como Dios en el Paraíso con Adán y Eva; pero sólo contesta la mujer, en quien halló entrada la avaricia, y no la ambición, como en Herodiades. En el juicio de nuestros primeros padres quisieron disculparse uno y otra; quién con Eva, quién con la serpiente; aquí sólo la mujer se disculpa. Llena está la Sagrada Escritura de terribles y pavorosas escenas; pero á ésta son muy pocas comparables. La concisión del historiador es tal, que hace aún más trágico el desenlace. Necesitábase el pincel de Miguel Ángel para darnos idea, siquiera aproximada, de este cuadro.

San Pedro, cuya sombra curaba á los enfermos, que se compadecía y lloraba sobre el cadáver de Tabitha y la resucitaba en premio de su caridad, ahora se muestra severo, inexorable. «Ananías, dijo al marido, ¿por qué Satanás ha puesto asechanzas á tu corazón, haciéndote mentir al Espíritu Santo y defraudar una parte del precio del campo? ¿Por ventura no quedaba en tu poder el precio, aunque vendieses la finca? ¿Cómo pensaste en tal cosa? Pues has mentido á Dios, y no á los hombres.» Oír, no la sentencia, sino lo que pudiéramos llamar acusación fiscal, fué bastante para que Ananías cayese

y espirase. Hallábanse el príncipe de los Apóstoles y el cristiano falto de caridad para con los fieles en medio de otras personas, por lo que del mismo texto se infiere, porque apenas espiró Ananías, se levantaron los jóvenes que los rodeaban y extrajeron de allí el cadáver. Nada, ya lo hemos dicho, supera, ni siquiera es igual á la terrible concisión de estas palabras: *«Surgentes autem juvenes, amoverunt eum et efferentes sepelierunt.»* Pasaron tres horas, y apareció Saphira, ya viuda sin saberlo, en presencia del príncipe de los Apóstoles. Nueva comparecencia, nuevo interrogatorio. Pregúntale San Pedro si había vendido el campo, y ella contestó en qué precio. Repuso el Apóstol: «¿Por qué habeis tentado al Espíritu de Dios? Ved ahí ya en el umbral de la puerta los pies de los que sepultaron á tu marido y á tí también te enterrarán.» «Cayó Saphira, y exhaló el último aliento, y entonces *intrantes juvenes invenerunt ilam mortuam et extulerunt et sepelierunt ad virum suum.*» De lo que resultó, añade el segundo texto, un extraordinario temor en toda la iglesia y en cuantos lo oyeron referir.

Observen nuestros lectores que el Apóstol sólo hizo cargos al marido, y no pronunció más sentencia que la que iba envuelta en su mirada, y que, por el contrario, la acusación fiscal y el fallo condenatorio se incluyen en las palabras dirigidas á la mujer. En los pocos versículos dedicados á esta historia tremenda, se lee que la mujer sólo sabía de la venta, *conscia uxore*; saber de un crimen, casi eso es ser cómplice, sino á lo más encubridor; ¿por qué, pues, éste más riguroso procedimiento contra Saphira, comparado con el que se dirigía contra Ananías? La explicación estará en que las mujeres no se contentan con saber un proyecto, sino que entran en él y lo hacen suyo; sobre todo cuando de intereses se trata, ahorran para gastar; pero ahorran, y si las domina la avaricia, dejan muy atrás al tipo de Harpagón. Si cierran su corazón á la caridad, ésta no encuentra por dónde hallar entrada. No se nos dice si quería Saphira reservar esa parte del precio para galas ó fútiles adornos, ni siquiera sabemos si estaba en edad y condiciones de llevarlos; pero era sin duda de las que piensan que con la conciencia cabe transigir, y como dice el sagrado texto, mentir al Espíritu Santo. Los faltos de fe no ven á su lado al Apóstol fulminando esas terribles penas; ¿cuántos han hecho lo que Ananías y Saphira de entonces acá, apropiándose el patrimonio de la Iglesia y el patrimonio de los pobres, sin comprender que no se ha extinguido la voz de Pedro, en los Sumos Pontífices perpetuada? Y si de tal pena se hicieron merecedores por ocultar parte del precio de una heredad debida á la Iglesia, ¿de qué no serán dignos los que todo su patrimonio le arrebatan?

No pocos se convierten en sectarios por esta ganancia vil; no pocos abrazan el pendón de la herejía por llenar sus cofres. Díganlo Enrique VIII y los príncipes alemanes auxiliares y campeones de la Reforma. Almas inclinadas á la tierra, que sólo en ella se gozan, como las cabezas de ganado que hizo naturaleza sujetas al poder del vientre, según la enérgica frase de Salustio *qua natura prona atque ventri obedientia finxit*. Fíngese el avaro, como todo vicioso, teorías favorables á su pasión; cuándo la vida que le parece ha de durar largos años, cuándo el aumento de las necesidades con la vejez, la enfermedad, las persecuciones y las ingratitudes, endureciéndose en el vicio, según los años transcurren. Esto han de común la avaricia y la envidia, que nacen y viven atormentando á los que son sus víctimas, y negándoles hasta la menor sombra del goce. Nadie se compadece de avaros y envidiosos, que jamás tuvieron compasión de sí mismos; comenzaron ellos por estrechar y reducir á sí solos los límites del mundo; ¿cómo quieren hallar un solo corazón que lata con los suyos? La mujer liviana aleja de sí á su marido por atraer á otros; la dominada por la avaricia concluye casi siempre por dominar al suyo. No se lee de Ananías y de Saphira que tuviesen hijos; aun esta vulgar disculpa les faltaba.

Triste fué la suerte de Herodiades, arrastrando por los bosques de la inculta Galia su cetro de caña y su corona de talco; pero más tremendo fué aún el castigo de Saphira y de Ananías, que no tuvie-

ron muerte ni entierro de hombres; cayeron como víctimas heridas del rayo, que antes de rendir la cerviz, aún viven y no lo saben, según la pintoresca frase de Ovidio, y que fueron arrebatados de la presencia del Apóstol como los cadáveres caídos en el circo eran arrastrados al *Spoliarium*. Vuelve, siglo nuestro, la mirada al de Ananías y Saphira, ya que te has vuelto sectario como ellos, no tanto por la inteligencia, como por el corazón, y más por la avaricia que por los errores, y teme penas como las que ellos sufrieron, porque tu principal crimen es el suyo.

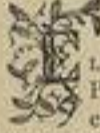
ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

Desde Manila

PERSPECTIVAS DE VIAJE

Puerto-Said, 11 de Julio de 1892.

VI

 brusco aumento de temperatura con que Puerto-Said recibe y agasaja á los viajeros europeos que navegan con rumbo á los remotos países del extremo Oriente, es un augurio tan expresivo como siniestro de los achaques del resto del itinerario que aún queda por desollar; pero es al mismo tiempo una próspera advertencia de las precauciones que conviene adoptar desde aquel momento, para soportar menos angustiosamente la asfixiante persecución del tórrido Apolo, practicada con la más minuciosa pertinacia y prolija crueldad por todos los ámbitos marítimos y terrestres de aquellos empecatados rincones del mundo.

De ahí, pues, la apremiante necesidad de variar de vestimenta, sepultando en el fondo de baúles, arcas y maletas las ropas que se vienen luciendo de la Península, sobre todo aquellas, por de contado, que se destinan principalmente al abrigo de la persona, y que á nosotros no dejaron de prestarnos muy buenos servicios contra el relente de la noche durante nuestro paso por el Mediterráneo. Aquellos paños escogidos para trajes de invierno, de entretiempo y de verano, con su grata variedad de dibujos, matices y pelajes, aquellas prendas, con ellos fabricadas, de airoso contorno y atildadas inflexiones, aquellos ternos de intachable configuración y escultural figura, se hacen de todo punto insufribles, adhiriéndose al cuerpo y comprimiéndolo á manera de abrumadores pulpos, que inmediatamente emborrachándose de sudor, se marchitan, se contraen y deforman, convirtiéndole á uno en madeja estrofalearia y pegajosa, de indefinible trama y de imposible desenredo.

El bello sexo, privilegiado en esto como en tantos otros capítulos, se acomoda más fácilmente que el sexo fuerte á las exigencias del nuevo clima por lo que atañe á la pejiquera de la indumentaria; las telas veraniegas que usan en la Metrópoli, suelen ser lo bastante ralas y sóbrias para dejar paso á la transpiración de la piel, y no impedir la tenue ventilación interior que puede apetecerse sin peligro; y así, todos sus preparativos tropicales quedan reducidos á suprimir de su equipo aquellos atavíos y prendas cuya ausencia consiente la honestidad femenina más exigente.

Puerto-Said, como población esencialmente comercial, y dotada por lo tanto de sagaz sentido práctico, se halla muy al tanto de los diversos menesteres y urgencias que aquejan á los pasajeros de los vapores-correos ascendentes y descendentes; los que no andábamos muy prevenidos por efecto de nuestra experiencia, y que vagábamos atortolados sudando el quilo, supimos bien pronto que los almacenes de Puerto-Said poseen constantemente grandes surtidos de ropas hechas, lo mismo para equipar á los que de la zona boreal se dirigen al Ecuador, que á los que desde estos climas del perenne calor regresan á las zonas templadas ó glaciales; desde el pesado y voluminoso capote ruso hasta el rudimentario *traje chino*, nada echartamos de menos, amén de los innumerables pertrechos y artículos cuyo uso aconseja la necesidad ó la como-

dididad en el transcurso del viaje, si es que en los viajes de esta índole la comodidad no es una de las primeras necesidades.

Así, pues, por el triple motivo de huir de la polvareda de la hulla, de adquirir los avíos más indispensables y de visitar la población, creímos llegada la hora de deferir á las invitaciones de un jayán que hacía rato nos brindaba con su lancha, atracada al pie de la escala para trasladarnos á tierra firme, distante treinta ó cuarenta bogadas del *Isla de Luzón* por aquel punto. Apenas hubimos zarpado del costado del buque, volvimos hacia atrás la vista; saludábanos con la mano los pasajeros y pasajeras que se quedaban en la toldilla, y pronto pudimos convencernos de los desaguisados que el aprovisionamiento de combustible estaba haciendo en el aspecto exterior del gigante casco. Parecía que acababa de salir de algún tremendo bombardeo: toda la banda de estribor, ó de la derecha, que es la que se desplegaba enfrente nuestro, se hallaba plagada de portillos y boquetes de diverso calibre, desgajada por diferentes puntos la borda y colgando las pencas de hierro que há poco la formaban, como reventadas por los proyectiles enemigos. El zafarrancho de la hulla arreciaba encarnizadamente; por todas las brechas entraban y salían aquellos enjambres sudorientos de achicharrados esporteadores, cuyo monótono trajín amenizaba á menudo el áspero graznido de los capataces, que arreaban sin compasión, y figurando todo aquel laberinto un violento abordaje contra nuestro buque, un saqueo desenfadado, como consecuencia necesaria de su derrota. Involuntariamente atisbé un rato las cáfilas aquellas, para probar si sería capaz de distinguir ó reconocer al individuo que me había prometido sobre cubierta hablar luego conmigo, pero me convencí de que no.

El choque de la lancha que nos conducía con las otras que se hallaban medio varadas en el declive arenoso del muelle, nos cortó el hilo del discurso, manifestándonos que ya se estaba en disposición de pagar el servicio y desocupar el armatoste flotante; le dimos media peseta por cabeza al conductor, y nos apresuramos á echar pié á tierra. ¡Al fin pisábamos tierra, tierra africana, suelo egipcio y pavimento anglo-turco, tres cosas que aunque parecen una misma, despiertan, sin embargo, órdenes de ideas sobremañera diferentes! ¡Qué sensación tan extraña causa el pisar tierra firme después de algunos días de navegación, siquiera la navegación que nosotros llevábamos no excediese de seis días! Acostumbrado uno á ensayar equilibrios de día y de noche, á sentir trepidar constantemente el suelo que le sustenta, á ver correr el mar por ambos costados del buque, como si se precipitase hacia la popa dos inmensos torrentes salidos de madre, salvando escollos y barrancos, no acierta á moverse cuando nota la rigidez del nuevo suelo, su aplomo é inmovilidad y el perfecto equilibrio en que descansa; algunos no nos habíamos mareado en toda la travesía; antes por el contrario, parecía que nos acoplaba los huesos y tranquilizaba los humores el complicado balanceo del barco, y apenas nos hallamos de pié sobre el muelle de imperturbable firmeza, experimentamos el mismo malestar que suele preceder al mareo á bordo.

La salida del *Isla de Luzón* estaba anunciada para las once de la mañana, y si bien todo el pasaje abrigaba la convicción de que á esa hora sería imposible, juzgamos prudente apresurar las cosas para regresar á tiempo, no sin lamentar la perentoriedad que forzosamente había de impedirnos visitar la mayor parte de la población. Inconvenientes de no viajar en yate propio.

Cruzamos el muelle, que rebosaba de inquieta muchedumbre, amasijo de cien razas, hasta donde podíamos alcanzar con la vista, ó sea hasta que nos la interceptaba la humareda de los vapores, mezclada con el polvo del carbón y el vaho del mar, y á los pocos pasos nos hallamos en pleno Puerto-Said. ¿Cuál es la primera impresión que produce la inverosímil ciudad?

Si Puerto-Said en sus alrededores ó afueras puede ser comparada á una inmensa carbonería, en su interior tampoco es otra cosa que un interminable bazar y una no menos interminable cantina. Se

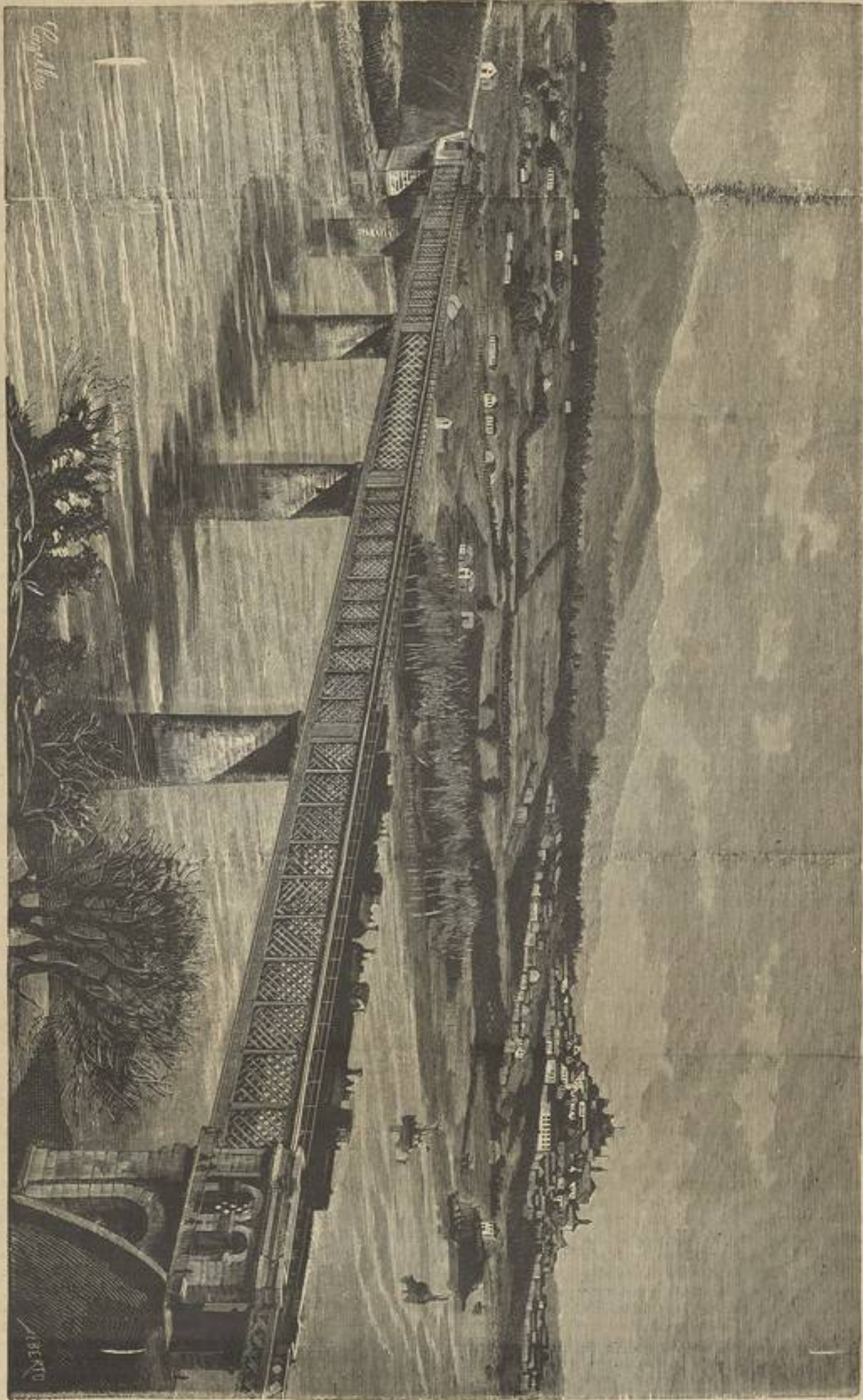
comprende que la ciudad políglota por excelencia no se halla aún en disposición de proporcionar grandes comodidades á sus moradores, ni por la benignidad del clima, ni por la amenidad de sus campos, ni por el trato de las gentes, ni por sus fiestas, ni por ningún género de atractiva grandiosidad, ni por cualquiera de esos encantos tan comunes en muchas ciudades europeas, que á primera vista seducen y hacen suponer la existencia y desarrollo de otros más intensos; así es que á nadie seguramente le da el naipe por sentar en Puerto-Said sus reales por el solo placer de residir en ella y disfrutar de sus delicias materiales y espirituales. Los indígenas arrastran una vida miserable y repulsiva, y los extranjeros no van allí para domiciliarse y pasar tranquilamente el resto de sus días al amparo de sus rentas ó de las ganancias que le produzcan sus respectivos oficios y profesiones; unos van compelidos por la fuerza de las circunstancias, como podrían ir á la Argelia ó á Buenos-Aires, á la ventura, dispuestos á dedicarse á cualquier cosa con tal de satisfacer sus necesidades, y otros van al humo de algún negocio determinado, que procuran ultimar cuanto antes para volver con el saldo á sus patrios lares. Carece Puerto-Said de ese núcleo de población autóctona, entusiasta ó de sus glorias pasadas ó de su esplendor presente, ó de un fecundo porvenir que siente fermentar briosamente en el fondo de su pecho; carece también de esa otra gran masa de gente que, oriunda de cien partes, toma carta de naturaleza en la nueva ciudad, crea en ella familia, desarrolla intereses, se rodea de afecciones, y de tal modo se asimila á la población indígena, que acaba por sentir las mismas penas y las mismas alegrías que ella, y ambas se mancomunan para procurar la prosperidad y engrandecimiento de la patria propia y adoptiva. Falta, además, en Puerto-Said una idea, un sentimiento, una empresa, una aspiración, algo común, en medio de la diversidad de miras y antagonismos de raza, que en momentos dados univoca los múltiples intereses de todos, los acoge bajo una misma égida, provocando manifestaciones á cuyo influjo se suavizan asperezas, brotan nuevos afectos y germina la solidaridad humana, firmísima base de la civilización.

Se presiente desde luego un individualismo desesperante y cómo se palpa la obsesión mercantil, el ansia de la especulación, el vértigo del tráfico y la sed del lucro. El comercio se nos ofrece inundándolo todo en las dos formas que dejamos apuntadas, es decir, de bazar y de cantina, lo cual es indudable que alegra al visitante mucho más que ver tapias solitarias y puertas y ventanas cerradas.

Las fachadas de las casas, cuyos pisos en muchas de ellas se señalan al exterior por antepechos corridos, semejantes á las galerías de los patios en nuestras llamadas casas de vecindad, son otras tantas anaquelcerías, atestadas de géneros expuestos al público, y las tiendas de los pisos bajos, entreveradas de *restaurants*, *fondines* y colmados, desaparecen bajo nubes de lencería, de prendas para ambos sexos y diversas razas, de todos colores y hechuras, desde el figurín de última moda de París hasta los invariables zaragüelles tarcos. Las caprichosas rotulatas anunciando al transeúnte servicios y mercancías se cruzan en todas direcciones, amalgamando los alfabetos de cien idiomas y formando ininteligibles laberintos de carácter que nos recordaron que estábamos en el país de los geroglíficos. Las aceras, ó mejor dicho andenes de las calles, sirven de campamento á puestos al aire libre, cuyos dueños, asociados con los vendedores ambulantes, mantienen á la debida altura la algazara y jergonzas correspondientes, no faltando desperdigados mozalbetes que se empeñan en limpiar las botas, ó que os presentan un amplio cenacho para que les arrojeis alguna dádiva.

Al ver, pues, aquel movimiento y aquel espíritu comercial tan arraigado, me acordé de la infortunada Cartago, cuyos manes, al cabo de los siglos, parece que han ido á reedificar la ciudad de Dido sobre las riberas del gran Canal.

F. AGUILAR Y BIOSCA.



PUENTE INTERNACIONAL SOBRE EL MINO



¡ESPERANZA EN DICE

La Pasión de Jesucristo

CAPÍTULO VI

Getsemaní.

EL huerto ó granja de Getsemaní estaba situado en la falda del monte del Olivar, en el lado que miraba hacia Jerusalén, sobre la mano izquierda del camino que iba á Betania, y en la parte del terreno que comenzaba á levantarse en suave y ondulosa pendiente. Los olivos, higueras, terebintos y demás árboles que guarnecían el monte, formando en su contorno á manera de grandiosa guirnalda, crecían en aquel sitio con mayor abundancia y frondosidad alrededor de una casa de labranza, donde había una prensa ó molino de aceite de la cual derivaba su nombre; este huerto distaba de Jerusalén menos de un cuarto de legua, y es verosímil que fuese propiedad de alguno de los discípulos ó amigos de Jesús, tal vez de Juan, padre de Marco, y por esto quizá, y por la soledad del sitio, era el lugar preferido por el santo Maestro para recogerse á oración larga y retirada.

Cuando entró la santa comitiva en Getsemaní serían como las diez de la noche. En aquella hora reinaba en el huerto la soledad más completa. El ambiente estaba tranquilo y sereno, y el silencio de la noche era turbado solamente por aquellos vagos murmurios que suelen acompañar el descanso de la naturaleza; la luna, que estaba á la sazón en su hermosa plenitud, enviaba á la tierra torrentes de apacible claridad; á aquella deshora el tiempo estaba frío y desabrido, y el escaso movimiento del aire, rozando unascon otras las ramas de los árboles, formaba confuso rumor, que no podía menos de impresionar profundamente los ánimos de aquellos hombres flacos y desarmados, y preocupados además por tristes ideas y presentimientos.

Había Jesús entrado en Getsemaní acompañado de once de sus discípulos, mas á poco de estar allí tomó aparte á tres de ellos, es á saber: Pedro, Juan y Jacobo, y mandó á los ocho restantes que se quedasen á la entrada del huerto, mientras él se retiraba más adentro á través de la espesura de los árboles que les señaló, á hacer oración á su Eterno Padre. Antes de dejarlos les dijo: orad también vosotros para que no entréis en tentación. Quedáronse en efecto los ocho discípulos en el sitio que les había indicado el Señor, y mientras tanto él se adelantó á aquéllos, llevando consigo á tres que, desde los principios de la predicación, le habían sido siempre los más amados y familiares, y con quienes solía comunicar más entrañablemente así sus goces y alegrías como sus pesares y tristezas.

Apenas había Jesús comenzado á andar y á internarse por la espesura de los altos y frondosos olivos, cuando se apoderó de él una extraña turbación de espíritu, una angustia y malestar general, un desmayo y caimiento de cuerpo que se reveló á lo exterior por tristes y espantosas señales. Su rostro se paró descolorido y mortal, los labios trémulos, inmóvil y angustiosa la mirada. Mirábanle los discípulos consternados y llenos de temor. Callaba Jesús, y mientras su angustia y turbación iba visiblemente en aumento, crecía también la ansiedad y el espanto de los discípulos, los cuales no acertaban á explicarse las causas de la extraordinaria mutación y sentimiento que veían en el santo Maestro.

Tenían en verdad razón de sobrecogerse y espantarse. Aquel espectáculo era sin duda incomprendible para quien atendiese no más que á lo humano y exterior de los cosas; y aun mirado á la luz de la fe, encierra tales arcanos, que él es uno de los puntos más altos, más oscuros é inefables de lo que llama San Pablo *misterio de Cristo*; misterio escondido en los siglos y generaciones y revelado en parte á

aquellos á quienes se dignó Dios dar á conocer las riquezas de su gloria.

Tal vez sea temeridad pretender, no ya penetrar, pero ni aun alcanzar por conjeturas la naturaleza de este misterio. El dolor ha sido siempre cosa como sagrada, y debe ser más bien venerado con el silencio que profanado por la curiosidad ó por el ruido de la palabra del hombre; y si esto es cierto en todo dolor, con infinita más razón debe decirse del dolor que abatió el corazón de Cristo en la ocasión más crítica de su vida, y que habiendo sido el más intenso que ha abatido jamás espíritu humano, es también el santuario divino en el cual están encerrados los más altos y sublimes misterios. Pero ya que en este dolor está contenida parte muy principal del designio de la divina Providencia en la obra de la redención humana, fuente y origen de nuestra salud, es de esperar que interrumpiendo por un momento el hilo de la narración, sea perdonado el deseo de investigar, ya que no su íntima naturaleza, sus razones y motivos, asomándonos á sus insondables profundidades, lleno el corazón de respeto y penetrada la mente de piadosa reverencia.

Para entender en la manera que es posible á la flaqueza del humano entendimiento las causas que trajeron á Jesús al estado de padecimiento interior que mostró á su entrada en el huerto de Getsemaní, es necesario presuponer que habiendo sido Jesús constituido Redentor y Santificador del género humano, fué necesario, según los decretos de la divina Providencia, que se ofreciese como víctima por los pecados de los hombres, dando su vida por ellos y arrojando todo linaje de trabajos, y finalmente, la muerte más ignominiosa y cruel, ya que era conveniente, como dice San Pablo, que aquel por el cual ó por cuya causa fueron hechas todas las cosas, y que había de llevar á muchos á la bienaventuranza de la gloria, llevase á efecto la salvación de éstos por su propia pasión y por el sacrificio que había de ofrecer de su vida. Para lo cual fué necesario, como advierte el mismo San Pablo, que fuese tentado en todo, probando en sí, no sólo las miserias y flaquezas del cuerpo, sino las que llama San Bernardo miserias del corazón; siendo de una parte accesible á las heridas, golpes y dolores exteriores y sensibles, y de otra á las amarguras, tédios, repugnancias y congojas que saltean el alma y la angustian y acongojan con penas á veces mayores que las que afligen y abaten el cuerpo. Y aunque el alma santísima de Cristo, en el tiempo de la prisión, como en el de toda su vida mortal, veía claramente la gloria de Dios y el efecto de la contemplación de este bien soberano sea derramar en el corazón una avenida de gozo tan grande que borra y aleja toda pena no sólo del alma, sino del cuerpo también, convino para mayor consuelo y remedio nuestro que el Salvador y Redentor de los hombres reprimiese en sí el gozo que podía venirle del deleite de la consolación divina, y así, desnudo de los consuelos y esfuerzos del cielo, y desamparado á su propia flaqueza, entregase su alma y todas sus facultades, sentimientos y afectos á los horrores de la angustia más acerba que ha afligido jamás á espíritu humano.

Aquella fué en verdad la hora que llamó el mismo Jesús del poder de las tinieblas. Porque cercano ya al término de su mortal carrera, entendió ser llegado el momento de cumplirse de hecho el fin é intento para el cual estaba en este mundo, que era de reconciliar á los hombres con Dios, satisfaciendo por sus pecados y sacrificándose por ellos á fin de granjearles las gracias que necesitaban para su salvación. Y en tal estado de espíritu, como viese que esta satisfacción y sacrificio habían de obrarse tomando él en sí y en su propio cuerpo las penas que merecían los pecados de los hombres, y pasando la confusión y vergüenza que eran debidas á sus crímenes, y saliendo fiador por ellos, ni más ni menos que si fuesen propios, vió próxima á descargar sobre sí aquella tem-

pestad que tantas veces había columbrado de lejos y abalanzarse furiosamente hacia él el torrente de la ira y de la indignación divina reprimida por tantos siglos, y venir y derramarse sobre su alma aquella invasión de males que en tantas ocasiones le habían atemorizado y llenado de pavor con solo su pensamiento ó figura.

Siendo Dios eterno é inmutable, soberano Señor de los cielos y la tierra, entiende que aquella misma noche, dentro de pocas horas, ha de ser vendido por uno de sus discípulos más obligados, y entregado á traición á sus más fieros enemigos, y llevado atado por las calles de Jerusalén con afrenta y vocerío indecible, resonando en sus oídos las blasfemias, las imprecaciones, los insultos más afrentosos.

Resplandor de la gloria del Padre, y honorador y honra de los hombres, contéplase en manos de la turba rahez y desenfrenada de los sayones, que horas enteras han de entretenerse con él, haciéndole burla con injurias, con visajes y risotadas, dándole bofetadas y pescozones, mesándole las barbas y el cabello, y mofándole como profeta falso y mentiroso.

Represéntansele vivísimamente los tormentos que ha de padecer, y aprehende con su nobilísima fantasía los crueles dolores que se aparecen para el más delicado de los cuerpos.

Mírase extenuado por el hambre, la sed y el cansancio, todo herido y maltratado; la sagrada cabeza traspasada de agudas espinas; cegados y oscurecidos los ojos con la sangre que le corre de las heridas; escupido y abofeteado el rostro hermosísimo, llagadas las espaldas con crueldad azotes, y todos sus miembros doloridos y ensangrentados.

Ve cómo ha de ser llevado de tribunal en tribunal, y acusado de blasfemo contra Dios, de traidor á los reyes, de embustero y alborotador, y otros crímenes odiosos y gravísimos, sin que nadie vuelva por él, ni sea posible defenderse.

Pónesele delante el escándalo y desamparo de sus discípulos, la rabia cruel, la hipocresía, la impiedad y voluntaria ceguera de sus enemigos, su envidia y perversidad, su enfurecido corazón, y aquella atmósfera abominable de crímenes, locuras, injusticias y villanas cobardías en que se verá obligado á respirar; la mofa de las palabras, las afrentas de los golpes, las befas, los escarnios, el ser tratado como fatuo y loco, y pospuesto á un público malhechor y homicida, y pedida su muerte con espantable gritería por aquel pueblo que había sido testigo de su vida inocentísima y que había escuchado sus divinas enseñanzas, y en aquella misma ciudad de Jerusalén, donde pocos días antes había entrado triunfante entre los vitores y aclamaciones de la muchedumbre.

Y siguiendo con el pensamiento los trances varios de su causa, mejorándose unas veces y dando buenas esperanzas de sí para tornar súbitamente á empeorarse después, lucha su alma entre la esperanza y el temor, hasta que con amargura indecible de su alma vé prevalecer la iniquidad y la violencia; y mírase él, que es la misma inocencia y santidad, condenado como el mayor de los criminales á ser clavado en una cruz para morir en ella con muerte afrentosa y cruelísima. Y ve el alboroto, la confusión, la frenética algazara con que se apresuran aquellos malvados á poner en ejecución la infame sentencia; llega á sus oídos la bronca voz del pregón, y el agitarse y clamorear de la muchedumbre; y camina con paso lento, temblándole las rodillas, abrumado con el peso del afrentoso madero, hasta que falta de aliento llega penosamente al Calvario, y es enclavado en la cruz, desnudo vergonzosamente, y puesto en medio de dos criminales, cual si fuese el mayor de todos ellos; y así pendiente entre el cielo y la tierra, á la vista de todo el mundo y en presencia de su santa Madre, que despedazado el corazón de dolor le está en aquella hora asistiendo y contemplando, maldecido y afrentado de sus enemigos y des-

amparado de sus amigos y hasta del Eterno Padre, entre el fragor y el espanto de toda la naturaleza, viene á espirar en el tormento entre infinitas ignominias y crueles é inenarrables dolores.

Al llegar con la consideración á este punto, no hay sentimiento que alcance la pena y aflicción de nuestro divino Salvador. Porque si se hiela de pavor el corazón solo al oír los trabajos infinitos que en tan corto espacio de tiempo llovieron sobre él, ¡qué pena, qué angustias, qué congoja mortal traspasaría su corazón al venirle á los ojos la imagen de tantos dolores que iban á oprimirle con crueldad intolerable! Si la idea de morir es amarga para todos, ¿cuánto más lo sería para quien ni aun como hombre podía estar sujeto á la muerte? Si la injuria y el dolor son tanto más ásperos y difíciles de sufrir cuanto el que los padece está más seguro de su inocencia, ¿qué angustia sentiría al verse acometido por infinito tropel de injurias, dolores y afrentas, él, que era la santidad por esencia y en quien no pudo haber jamás ni rastro siquiera de pecado?

Y cuando de la consideración de su inocencia levántase el pensamiento á la causa por la cual había de verse en tan horribles trabajos, ¿qué lenguas ni qué palabras serán bastantes á declarar la tristeza y amargura de nuestro benignísimo Redentor? Porque figurándose con no creíble viveza todos los horrores y monstruos de crímenes que se han cometido en el mundo, aprendía perfectamente su muchedumbre innumerable, su espantosa fealdad, su gravedad como infinita por la injuria y desacato que con ellos se hace á Dios, y el grandísimo daño que causan á los hombres, condenándolos á los eternos tormentos del infierno. Y como amaba con fuerza de amor inefable á la Divina Majestad, y vivísimamente descaba su honra y servicio, el ver á la Deidad tan gravemente ofendida, y á los hombres, hermanos suyos según la carne, perdidos, degradados de su dignidad y excelsa grandeza, y sumidos en los mayores males y miserias, y todo por el pecado, era esta idea agudísimo cuchillo que entrañablemente hería y traspasaba su corazón; é inflamado en el celo de la gloria divina y salvación de los hombres, se ofrecía á satisfacer á la Divinidad por el mal inmenso de la culpa, y á llevar adelante nuestra salvación y remedio, aunque fuese á costa de su sangre y de su vida, y aun sabiendo de antemano el poco provecho que los hombres habían de sacar del beneficio que estaba á punto de dispensarles.

Este postrer pensamiento, á lo que el entendimiento humano puede imaginar, hubo de afligir extremadamente á su benditísimo corazón. Porque conociendo con toda claridad y evidencia que los méritos de su pasión eran suficientes á salvar á toda la universalidad del linaje humano, entendió que de tantos millones de hombres como habían de existir en el ámbito de la tierra, á pocos relativamente, y esto por culpa de ellos mismos, había de llegar la noticia de su pasión y de su muerte; y de tan poco número, muy pocos habían de estimar tal beneficio, y muchos menos aprovecharse de él. Y por estos poquísimos que corresponderán á tan grande y costoso remedio, ¡cuán innumerables han de ser los que de los medios de salvación y vida eterna han de servirse para su condenación y eterna ruina!

Así, tendiendo la vista á lo que es de porvenir, se le pone delante su sangre preciosísima, aquella sangre divina, que con tantos tormentos del cuerpo y angustias del alma va á derramar por la libertad del género humano, ultrajada, escarnecida é indignamente pisoteada; su doctrina santísima despreciada, atropellados los sacramentos, sacrilegios espantosos, blasfemias horribles, la abominación de la desolación cubriéndolo todo, y hasta manchando con su aliento impuro la parte exterior del Santuario; su divina persona blasfemada y hecha objeto de burlas, de escarnio cruel, y ¡oh per-

versidad increíble del corazón humano! hasta de satánico odio personal.

Allí entiende que las afrentas, las burlas, las irrisiones, el desamparo, las villanías, blasfemias y alevosías de su Pasión, se han de reproducir en adelante por infinito número de veces, y aún con mayor ignominia y acerbidad. ¡Cuántos Judas ve allí que, por un puñado de dinero, por un capricho vil, han de armarle traición y venderle y entregarle infamemente á sus enemigos! ¡Cuántos Pedros, que llevados de ruin pasión, de miserable interés ó vano punto de honor, han de negarle, no tres, sino trescientas veces! ¡Cuántos Pilatos cobardes y contemporizadores, que le entregan al furor de envilecida muchedumbre! ¡Cuántos Herodes presuntuosos y sensuales, que le tomaron por objeto de burla y escarnio! ¡Cuántos príncipes del pueblo, conjurados en acabar con él, y no dando paz á sus almas hasta verle en ignominioso patíbulo! ¡Cuántos verdugos que le han de crucificar en sus corazones! ¡Qué tristes historias se desenvuelven ante los ojos del Divino Redentor! ¡Qué cuadros de tan horrible abominación y perversidad pasan ante su vista! Uno tras otro van desfilando delante de él los herejes de todos los siglos, erguida y rebelde la frente, con la blasfemia en los labios y el fuego de todas las concupiscencias en el corazón; los cismáticos haciendo jirones la túnica de la santa Iglesia; los hipócritas y seductores, que con la piel de oveja destrozan la grey escogida; los apóstatas y prevaricadores; los impíos y descreídos, maestros de falsas doctrinas y blasfemadores de la divina ley, todos capitaneados por el primer rebelde, y arrastrando ¡ay! tristemente en pos de sí á muchedumbre innumerable de pueblos y naciones que gritan y vociferan contra él, que apostatan de su fe, reniegan de sus beneficios, blasfeman de su doctrina y se ensangrientan en su sagrada persona, en la de su Vicario en la tierra, en el sacerdocio que él instituyó, y en su cuerpo místico, que es la Iglesia. Y mientras contempla con angustia la febril actividad de los malos, y sus iras é incansable furor, ve, por otra parte, con profundísima tristeza el descuido y cobardía de los buenos, el desamparo en que le dejan su deslealtad y pereza en aprovecharse de los medios tan eficaces para su salvación y perfección que en aquella hora les está negociando, y cómo en lugar de atender á su honra y servicio consienten que sea blasfemado, condenado y llevado al Calvario, y mil y mil veces crucificado.

Entregado á tales pensamientos el corazón santísimo de Jesús, se revuelve en un mar de tristezas y congojas; temores y agonías de muerte le combaten de todas partes; una angustia espantosa aflige su bendita alma y extremece y trastorna su santísimo cuerpo. La extrema palidez que baña el semblante, descubre el hielo de pavor que discurre por sus venas y el quebranto de muerte que asombra su corazón. Hablando de angustia tan terrible, dice San Marcos, el cual probablemente lo habría oído del Apóstol San Pedro, testigo de las pasiones de Cristo, como se llama á sí mismo,¹ que retirado Jesús con sus tres discípulos más queridos y regalados, comenzó á tener pavor, miedo, espanto, congoja, tedio y caimiento de espíritu, que todo esto vienen á expresar las vehementísimas palabras de que usa el Evangelista.

Había callado Jesús en el extremo de su congoja y tristeza. Hay momentos en que el alma humana está oprimida por tales angustias, que turbada la mente, agobiado el corazón, parálizase la lengua y no encuentra palabras con que expresarlas. Así estuvo largo tiempo Jesús; mas al fin, ya para que supiese el mundo la terrible intensidad de esta angustia, ya para aliviarse en alguna manera de ella, pues la resignación y paciencia en la tribulación que aflige al justo no excluye el que la comunique á los demás, quiso el mismo divino Salvador decla-

rarla á sus discípulos; y así, sobreponiéndose á la depresión moral que le afligía, con voz lánguida y apasionada les dijo: mi alma está triste hasta la muerte; que fué como decirles: tales tristezas y agonías me cercan de todas partes, que bastarían á causarme la muerte; y en efecto, me la causarían á no impedirlo la fuerza de la divina voluntad.

Estas palabras de Jesús tan graves, tan vehementes y llenas de tan angustiosa melancolía, hubieron de apenar el corazón de aquellos sus tres dulces amigos á quienes había escogido como confidentes de su aflicción; eran cabalmente los mismos que pocos meses antes habían sido testigos de su transfiguración gloriosa, y el contraste entre la presente congoja y pasada alegría no podía menos de aumentar su admiración y acrecentar su pavor y tristeza. Conoció Jesús la turbación que afligía á sus discípulos; mas no quiso sacarlos de ella, antes bien, sin decirles nada sobre aquel punto, les encargó que se estuviesen allí quietos mientras él se retiraba á orar á solas á un sitio ó paraje algo más distante. Y haciéndose esfuerzo para separarse y arrancarse (que esta es la palabra que usa San Lucas) de aquellos amigos en cuya compañía y amor descansaba, se adelantó solo y lentamente, y recorrido el espacio como de un tiro de piedra, paróse, y postrándose humildemente en la tierra y caído sobre su rostro, dió principio á su oración al Eterno Padre.

El lugar era solo, retirado y sombrío; la noche fría y desapacible; el cielo parecía haber enviado á la tierra un mensaje de paz; toda la naturaleza descansaba en silencio de muerte, solamente interrumpido por el sordo y confuso ruido de la marea que bullía la fronda de los árboles, y por el murmurio de las aguas que saltaban en las guijas del vecino torrente de Cedrón; la bóveda del firmamento se extendía límpida, serena, tranquilísima, sobre los campos que rodeaban á Jerusalén; centelleaban las estrellas en las profundidades del firmamento, y el disco plateado de la luna, brillando en toda su plenitud, despedía un torrente de apacible claridad, que resbalando temblorosa por entre las ramas de los árboles, iluminaba vagamente la superficie de la tierra, humedecida por el relente de la noche. Todo convidaba á la oración; todo movía á la reflexión y á la vigilancia; todo incitaba á hacer compañía á Jesús en su angustiosa tristeza y en su retirada y fervorosa plegaria; mas aquellos discípulos y amigos del Señor, no bien estuvieron solos, desamparados de la presencia de Jesucristo, se rindieron á la pesadumbre del sueño agobiados, según advierte San Lucas, por la tristeza que afligía sus espíritus, como se rinde el buen hijo velando congojoso á la cabecera del padre moribundo.

Mientras tanto, el Soberano Redentor de los hombres se había puesto en altísima oración. Rodeada del silencio y de la oscuridad, sola en medio de la majestad de la naturaleza, estaba su veneranda figura, levantado el espíritu á Dios y traspasado el corazón de mortales angustias. Habiendo sido constituido Redentor y cabeza del linaje humano, presentábase en el acatamiento del Eterno Padre, no como el Hijo muy amado objeto de las complacencias divinas, sino como la víctima elegida para ser sacrificada por los pecados del mundo. «Todos nosotros, dice Isaías, anduvimos descarriados; cada cual se desmandó por su camino; mas el Señor puso sobre él las iniquidades de todos;» y todos estos pecados, las maldades de todos los hombres, las injusticias y las iniquidades de todos los siglos, los sacrilegios, las impurezas, los adulterios, las perfidias, las traiciones, toda la corrupción y ruindad que ha brotado y brotará eternamente de nuestra corrompida naturaleza, se juntaron é hicieron á una para descargar en aquel momento sobre él; diluvio espantoso que envolvió y oprimió á la Santa Humanidad de Jesús con dolores y angustias indecibles. Allí estaban las tiranías y crueldades

des de los poderosos contra los débiles; la soberbia de los grandes hollando altiva sobre la flaqueza de los pequeños; la desvergüenza y la impiedad triunfantes y desafiando al cielo; la inocencia burlada y oprimida; la lujuria con su inmundo cortejo de cuerpos encanijados, rostros lívidos y descompuestos y almas embrutecidas; la avaricia sordida y cruel; la sofistería de la incredulidad, la procacidad y rebeldía de los impíos, la virtud despreciada y escarnecida, el vicio premiado y llevado en palmas, la perfidia coronada, los pensamientos ruines, las inconstancias é infidelidades, todas las impuras y aviesas pasiones. Allí estaban las maldades de los hombres despreciadores de Dios, que pasaron toda la vida en un continuo pecar, y las de las almas justas, que si le ofendieron alguna vez buscaron en la penitencia y en el llanto de su corazón la paz de sus almas y la gracia y reconciliación divina; los pecados de los condenados y de los que se salvaron, los de los enemigos de Dios y los de sus amigos. Allí estaban, finalmente, todos los delitos que ha cometido, comete y cometerá cada uno de los hombres pasados, presentes y por venir, y no por junto y en general, sino particular é individualmente, según su específica gravedad y en singulares circunstancias.

Pues cuál sería el sentimiento, las ansias, las bascas mortales que atormentarían en aquella hora el corazón purísimo de Jesús, cuando tanta muchedumbre de pecados como desde el principio del mundo hasta el fin de él se han cometido, cometen y cometerán por todos los hombres, tan graves, tan enormes, tan feos, y con tantas figuras torpes y abominables, se le venían encima y cargaban sobre él, y verdaderamente se le apegaban y hacían como suyos sin serlo ni haberlo podido ser. ¡Qué congoja y agonía para quien conocía perfectamente la fealdad del pecado, y la detestaba necesariamente con odio infinito, tenerse que abrazar con enemigo tan aborrecible, cuyo solo aliento le atosigaba y hacía dar arcadas de muerte! ¡Qué angustia, al ver cómo toda esa masa de corrupción tan hedionda y asquerosa se juntaba á él, é iba extendiéndose por su cuerpo, y le envolvía como en una lepra sucia y abominable! ¡Qué horror al mirarse y contemplar sus miembros, no como miembros del Verbo de Dios encarnado, destello sustancial de la gloria del Padre y resplandor de la santidad infinita, sino como miembros de un horrible y abominable pecador! ¡Qué confusión al mirar las manos del Cordero immaculado de Dios, antes tan inocentes, y ahora enrojecidas con la sangre de millares de crímenes y atentados; los labios que poco há nadaban en gracia, en inocencia y dulzura, manchados ahora con juramentos, con blasfemias, con doctrinas horribles y diabólicas; los castísimos oídos resonando con el ruido espantoso de las imprecaciones de las orgías y de las más repugnantes bacanales; los ojos profanados con visiones torpísimas; turbada la imaginación con figuras asquerosas; yerto y endurecido el corazón con el frío de la crueldad, y fatigada la memoria con la pesadumbre inmensa de tantos pecados é iniquidades como han cometido los hombres, y cometerán mientras duren los siglos!

Derribado en el suelo, con la frente cosida con la tierra, agobiado por el raudal impetuoso de tantos dolores y amarguras como vierte sobre él la divina justicia, á la cual ha de satisfacer, no ya como fiador solamente, sino como si él mismo fuese el culpado y los pecados fuesen propios, gime Jesús bajo esta pesadumbre horrible que le llena de confusión y de vergüenza. La vehemencia de su congoja y tristeza entrañable se manifiesta en el semblante pálido, conturbado y confuso; lágrimas abrasadas corren por sus mejillas; gemidos y sollozos profundos se escapan del sagrado pecho, exprimidos con el peso de tan grande agonía, y envueltos en estos suspiros y sollozos suben al Padre soberano ardientes plegarias, pidiéndole que, si es posible llevar á efecto la redención del género huma-

no sin tener él que arrostrar tan ásperas afrentas y tormentos, sea servido de librar al amado Hijo de trance tan terrible. «Padre, Padre mío, dice; si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se haga como yo lo quiero, sino como tú.»

MIGUEL MIR
De la Real Academia Española.

(Se concluid).

EVANGELINA

ROMANCE DE LA ACADIA

por el poeta norteamericano

ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW

TRADUCIDO DEL INGLÉS EN OCTAVAS REALES

por el diplomático chileno

D. CARLOS MORLA VIGUÑA

(Continuado.)

LXXXIII

Inundando el poblado de alegría
E inspirando á los pájaros cantores,
Raya la aurora del siguiente día.
Al despuntar sus mágicos albores
La fragata su mástil atavía
Con los vivos británicos colores,
Y pasa el pueblo del letal reposo
Al tráfico animado y bullicioso.

LXXXIV

De las chozas que pueblan el paisaje
Acuden á la aldea mil zagalas,
Y ostentan todas su festivo traje,
Pues es digna la fiesta de sus galas.
Su carcajada franca y sin ambaje
Del viento de los campos vuela en alas.
Copiando el grupo, el arte trazaría
De la aurora feliz alegoría.

LXXXV

Llega al cenit el sol, y ya en la aldea
No repercute el eco de un martillo,
La multitud por la ciudad pasea,
Fórmase en cada puerta ancho corrillo;
Toda casa es posada en que la tea
De la hospitalidad vierte su brillo;
Que en su vida tranquila é inocente
¡Aún no hay mío ni tuyo entre esa gente!

LXXXVI

Benito Bellafontain la fama goza
De ser sobresaliente en su hospedaje;
No halla el huésped doquiera iinda moza
Que como Evangelina lo agasaje;
Ella á la gente obsequia y alboroz
Con cuanto hay de exquisito en el paraje,
Vagando por sus labios blanda risa,
Como entre rojos pétalos la brisa.

LXXXVII

Bajo las copas de arboleda umbrosa,
Al peso de sus frutos inclinadas,
Giran en danza rápida y airosa
Gentiles mozos y campestres hadas;
En blando lecho de jazmín y rosa
Extiéndense mil viandas delicadas,
Y presiden la escena de ventura,
Desde el portal, el labrador y el cura.

LXXXVIII

Basilio y el notario están con ellos,
El cantor popular de la floresta,
Miguel, el de los cándidos cabellos,
Dispuesto siempre á la animada fiesta,
Bajo un árbol que aplaca los destellos
Templa el toco violín, única orquesta,
Con semblante encendido como una áscua
Y alegre el corazón como una pascua.

LXXXIX

Su música y su voz al aire lanza,
Y al par con planta ruda el compás lleva;

Así á la alegre, encantadora danza
Infunde animación y vida nueva;
Al más adusto en la partida alcanza
El entusiasmo que el cantor subleva,
Y en sus brazos Gabriel su novia admira,
La más hermosa que en la danza gira.

XC

Así pasó feliz esa mañana;
Mas ¡ah! que luego á interrumpir la fiesta
Señal sonora envía la campana
Desde la cumbre de la torre enhiesta...
Asústase escuchando la aldeana
Redoble militar en la floresta,
Y acuden á la voz de los tambores
Al templo parroquial los labradores.

XCI

No entran allí sus hijas, porque esquivas
Presienten ya sus lástimas futuras...
Presas de alarmas lúgubres y vivas,
En el patio las blancas sepulturas
Adornan con silvestres siemprevivas,
Postrer tributo de sus almas puras,
Y en esto en són marcial una brigada
Penetra de la iglesia en la portada.

XCII

De los tambores al redoble horrendo
Retiemblan á la par muros y nave;
Cierra la única puerta con estruendo
Regio oficial, y guárdase la llave;
De aquel drama fatídico y tremendo
Aguarda el fin el pueblo mudo y grave,
Y con acento bronco y estentóreo
Habla entonces el jefe al auditorio:

XCIII

—«De orden del soberano aquí he venido,
Y os he también por su orden convocado.
Con este pueblo generoso ha sido,
Y ¡cómo su bondad habéis pagado?
¡A vuestros labios la respuesta pido!
Dura y triste misión me ha encomendado;
Mas, aunque es mi deber amargo y duro,
Con estricto rigor cumplirlo juro.

XCIV

«Confiscados están por la Corona,
Vuestras casas, ganados y terrenos,
Y seréis transportados á otra zona.
Como á leales súbditos y buenos,
En las nuevas regiones que hoy os dona,
Os desea mi Rey días serenos;
¡En tanto daos presos en mi mano,
Que así ordenarlo plugo al soberano!»

XCV

Cual suele en la canícula encendida
De súbito engendrarse la tormenta,
Y en la esfera, en un punto oscurecida,
Flamígero relámpago revienta;
Cual sobre rubicunda mies erguida
Cae en hora fatal lluvia violenta,
Así el regio despótico mandato
Cae sobre aquel pueblo timorato.

XCVI

Hondo silencio reina un breve instante;
Luego un rumor de cólera y de duelo
Se alza como el rugido de un gigante,
Que extremece la bóveda y el suelo;
La multitud se lanza delirante
A la cerrada puerta; ¡vano anhelo!
No es posible escapar á los sayones,
Y la plebe prorrumpe en maldiciones.

XCVII

Crece en la casa del Señor la grito;
Y descollando en la revuelta escena,
Como del buque naufrago se agita
Sobre las ondas la tronchada antena,
Basilio audaz á la venganza excita,
Y clama en voz que la parroquia atruena:
«¡Muera el inglés! ¡Abajo el vandalaje!
¡Jamás le hemos jurado vasallaje!

XCVIII

Hubiera dicho más; pero un soldado
Con mano férrea sacudió en la boca
Rudo golpe al patriota venerado,
Que al duro pavimento le derroca.
Precipitase entonces el pueblo airado,
Con la temible soldadesca choca,
Y si el abate allí no interviniera,
En la ardua lucha sucumbido hubiera.

XCIX

El padre Feliciano desde el ara,
De ornamentos sagrados revestido,
Su diestra extiende, y al instante para
De aquel tumulto anárquico el ruido.
Sinistra palidez cubre su cara,
Y hasta lo más profundo conmovido
Su noble corazón, de esta manera
Habla á la turba que en suspenso espera:

C

«¿Hijos míos, qué hacéis? ¿Qué atroz demencia
Vuestras razones lúcidas empaña?
¿No os he dicho, á la sabia Omnipotencia
Doblad la frente cual flexible caña?
¿Pagáis así el labor de mi existencia,
Dejándoos llevar por cruenta saña
A luchar y á morir con alma adusta
De un Dios de paz en la mansión augusta?»

CI

«¡Ah! ¡Ved que Cristo de la Cruz os mira!
¡Sus ojos contemplad! ¡ved la dulzura
Con que la llama de amorosa pira
En su faz melancólica fulgura!
Oid cómo su labio aún suspira
¡Perdónalos! ¡Oh padre! ¡Con ternura,
Perdónalos, oh Padre, repitamos,
Y sumisos al Gólgota subamos!»

CII

Es breve este reproche, mas profundo
Penetra en los sencillos corazones;
Aplácese aquel piélago iracundo
Movido de furiosos aquilones;
Esas palabras manantial fecundo
Son de celeste paz y bendiciones,
Y desechada la pasión nefaria
Alza el pueblo de hinojos su plegaria.

CIII

Entre rojos claveles y albos lirios,
En blandones más fulgidos que el oro,
Arden sobre el altar los blancos cirios;
El templo llena el órgano sonoro;
Y resignado á todos los martirios
El pueblo, al Sacerdote haciendo coro,
En alas de su místico ardimiento
De Dios se eleva al inmortal asiento.

CIV

En breve tiempo, á su dolor despierta,
Cubre la población tético manto,
E hijas y madres van de puerta en puerta
Como dementes y en acerbo llanto;
De la alquería paternal desierta
En el dintel, Evangelina, en tanto,
Ignorando que el pueblo se halla preso,
Aguarda de los suyos el regreso.

CV

Con la nevada mano transparente
De los rayos del sol su vista guarda;
Dora sobre ella el astro refulgente
De la alquería la techumbre parda,
Y horas há que la vuelta de la gente
Sobre el albo mantel adentro aguarda
Exhalando fragancia deliciosa
De sazoadas frutas cesta hermosa.

(Se continuará).



LA INSTRUCCIÓN

Nuestro arte religioso⁽¹⁾

DESPUÉS de considerado atentamente cuanto llevo dicho en estos desaliñadísimos artículos, nadie se admirará del gran desconcierto artístico en que nos hallamos sumidos, con pocas esperanzas de mejoría, porque en medio del movimiento actual de reacción hacia ideales más puros, nosotros permanecemos en la indiferencia, bien avenidos la mayoría con el báratro confuso de la rutina y con la herencia abigarrada é incoherente de un pasado culpable de grandes errores, y entregada la minoría, esto es, la crema de los que se llaman ilustrados, á la corriente de la moda, que ha venido, como siempre, del extranjero.

Esta última novedad de los figurines artístico-religiosos no es otra cosa que la *gótico-manía* más desenfrenada y locamente necia; como que no tiene por base la razón iluminada por serio y elevado

(1) En el artículo precedente, que por falta de tiempo no pudo ser corregido por su autor, se deslizaron algunas erratas de cierta entidad en las terminaciones genéricas de algunos adjetivos y en la ortografía, que fácilmente habrán captado el buen criterio de nuestros lectores.

concepto del arte cristiano, sino el afán de novedades, el eterno *porque sí* de la moda y el capricho mundano. Hemos oído campanas, y no sabemos dónde. Vemos que en Francia y en Bélgica, en Inglaterra y en la América del Norte edifican muchas iglesias góticas de verdad, ó sólo por el nombre, y por cierto conato de semejanza con ese estilo; nos han traído algunos muebles y utensilios, que los empresarios bautizan con el nombre de góticos ó bizantinos; pasan delante de nuestra vista los figurines ó ilustraciones, como ahora se dice, de los prospectos venidos de París, y con sólo esto comprendemos que las antigüedades son cosa de actualidad y que entre ellas el *gótico* es el *non plus ultra* del modernismo aristocrático y de buen gusto. Con eso nos damos por satisfechos, sin pararnos en pequeñeces; pues lo mismo habríamos aceptado el arte del Renacimiento, ó aunque fuera la arquitectura de la India y del Egipto, si nos la hubieran impuesto desde el cerebro de Europa.

No teníamos concepto, sino meramente prurito por seguir, y no, en verdad, sin bastante atraso, la corriente, y así nos va saliendo ello. En nuestra ignorancia llamamos gótico á lo que termina en punta y tiene pináculos, ojivas y adornos floridos; bizantino á lo que presenta las aristas biseladas, las

columnas cilíndricas y delgadas y los arcos de medio punto. Nos extasiamos ante los dislates gótico-bizantinos de Villajos y los delirios de Martín Lázaro; y lo que es peor, de otros que no siendo, como éstos, arquitectos distinguidos, por dar gusto al que paga y por no confesar que desconocen la arquitectura ojival, la bizantina, la de toda la antigüedad, y que por esto y por otras causas les está vedada la originalidad y el gusto, llegan á los más inconcebibles extremos de ignorante atrevimiento y desenfado á la francesa, vulgo falta de escrúpulo en las imitaciones groseras, y salga lo que saliere, que lo mismo harían si les pidieran el arte árabe ó el ruso.

Declaro que estoy con el alma y la vida, como vulgarmente se dice, dentro de ese movimiento saludable de conversión hacia la antigüedad, que felizmente viene poco á poco avanzando en busca de una regeneración completa, deseada con ansia desde hace casi un siglo por todas las almas puras y elevadas. Confieso que el arte ojival me seduce, me encanta y arroba hasta lo indecible cual ningún otro, y que en él veo la arquitectura cristiana por excelencia, sin competidor alguno posible entre los estilos conocidos hasta el presente; y no temo asegurar que nadie vislumbra, que yo sepa, un arte nuevo, un estilo, género, ó como quiera llamarsele, que pueda aventajarle en tan alta misión, como tampoco hay indicios de que aparezcan formas que excedan poco ni mucho en belleza á los estilos clásicos que comprendemos bajo el nombre de *greco-romanos*, y que por eso también pueden servir para el templo, aunque en manera alguna basten á darle el augusto carácter exclusivamente religioso que el gótico. Tan convencido estoy de esto, después de haber estudiado cuanto me ha sido posible el arte en los libros y en las obras, que todos los argumentos de los modernistas más ó menos eclécticos, y toda la balumba de novísimas teorías artísticas, tan peregrinas como ellas son, no han conseguido otra cosa de mí que afirmarme con mayor ahínco en este mi criterio, que felizmente no es sólo mío, sino de una respetable multitud cristiana é ilustrada.

Pero de esto á la gótico-manía existe un abismo tan grande como el que separa el justo empleo de cada cosa en aquello para que ha sido creada, y el abuso de hacerla inconsideradamente servir para todo y de todas maneras, deformándola además por no conocerla cuanto se merece.

Hemos llegado por este camino á donde no podíamos menos de llegar, al exceso y al ridículo. Hace poco tiempo fué restaurado el convento de las Capuchinas de esta corte, edificio sin estilo, cuya iglesia, sin mérito alguno, pero muy limpia y bien cuidada, no tiene pizca de gótica; pero el arquitecto que la dirigió la nueva fachada no ha encontrado nada más propio que hacer en ojiva el arco de la puerta y rodearlo de algunas reminiscencias semigóticas, para que el espectador espere ver luego en la iglesia ó en el convento lo que ni hubo ni puede haber; pero es la moda...! He visto no hace mucho unos candelabros nuevos de metal blanco, y cuyo pie representa una fortaleza con el muro en talud! sobre el cual se levanta el pie, que sostiene los brazos llenos de crestería colocada sin gusto, orden ni conocimiento del estilo; se ve que sólo han buscado reunir muchas puntas; el conjunto es verdaderamente criminal. Junto á estos candelabros veo tres *sacras* del mismo metal y estilo, con botareles y arbotantes como en un edificio, y con muchos y complicados adornos de distintas épocas; una verdadera ensalada. La estampa que cada marco encierra tiene también su orla ojival, pero de muy distinto género, para que el písto sea completo. Coloquemos ahora esto en un altar con molduras greco-romanas, y ante un Crucifijo cuya pena es del Renacimiento (degenerado), y no hay más que pedir.

Tengo á la vista los muestrarios de muchas casas extranjeras, y en todas veo los mismos ejemplares de candelabros, lámparas, cruces, porta paces, sacras, ciales, incensarios góticos, según el letrero, los mismos que vemos en los aparadores de Mene ses y de San Juan de Alcaráz, y los mismos tabernáculos, altares y *Via crucis*, pulpitos y confesonarios que nos ofrecen los negociantes de Barcelona que anuncian la venta de menaje para iglesias. Gó-

tico quiere ser también el ornato de las cajas de esos órganos medio expresivos, medio de tubería, que nos vienen de Francia y Bélgica; góticos parecen los bordados de casullas, amitos y corporales; góticos los ringorrangos de los encajes que se destinan para albas y sabanillas; gótico el pésimo dibujo de esas imágenes de cartón-piedra venidas de fuera, que quieren ser copia de las que ocupan los doseletes de las fachadas de Catedral, y gótico el de algunos cuadros modernos cuyo autor es desconocido, y más le vale que así sea.

Tan grande es la manía, y á tal punto ha subido en sus exageraciones, que hasta las imprentas belgas (Dessain, Pustet, etc.) han dado en la treta de resucitar los grabados de trazo grueso y dibujo rudimentario, sin formas, sin términos y sin sombras, que hacían los artífices del siglo XIII al XV; y como si esto fuera poco aún, creen hacer una gran cosa componiendo las portadas y los epígrafes de sus libros litúrgicos, muy bellos, por lo demás, con letra gótica alemana, interlineada de rojo, como en los manuscritos de la Edad Media. Insigne contrasentido en impresiones cuyo texto es, y no puede menos de ser, un compuesto de letras redondas y de mayúsculas romanas. Prurito risible é insensato de hacer obras nuevas con dibujo antiguo, que fué muy bueno entonces porque no había otra mejor, y que hoy es un retroceso lamentable, un mal ejemplo y un desatino, porque se reduce á sacar del campo de la arqueología tipográfica lo que no debe salir de él, y renunciar á hermosos adelantos y perfecciones que no en balde ha consentido el Señor que podamos conseguir.

Y es que en esto, como en todo movimiento no regulado por la razón, hay un concepto falso, de toda falsedad. Se cree que el gótico es todo un arte completo que abarca la universalidad de las cosas; un mundo especial en que todos los objetos tienen el sello é índole de los elementos arquitectónicos ojivales; y que, por lo tanto, es de rigor primero unir éstos casi sustancialmente con la Religión, y además acompañarlos indispensablemente con obras que salgan de ellos ó les sean semejantes, ó al menos se parezcan á las que había en su época. Error crasísimo, que supone grande ignorancia de la historia del arte, y que crea un estado de cosas ficticio, y la más grande é insufrible monotona, á la vez que determina un tristísimo retroceso, que extragará al fin el gusto y divulgará otros muchos extravíos.

Es desconocer que las artes no han marchado á un mismo paso en su camino de progreso, y que cuando la Arquitectura había hallado en el gótico á su *desideratum* para el templo, y quién sabe si al *non plus ultra*, la pintura era rudimentaria é informe, como la escultura, en lo tocante á la forma humana; el grabado no podía ser más grosero, la imprenta estaba naciendo, y la música apenas existía, arrastrándose en la barbarie. Es no saber que entonces no todos los objetos afectaban las formas arquitectónicas ojivales, sino, por el contrario, muchos, muchísimos conservaban las antiguas de Grecia, Roma, Bizancio y las propias de cada comarca; y es no querer comprender que los elementos de construcción y ornato de ella no son, no pueden ser, aplicables á todos los demás usos de la vida.

Si, pues, no hay duda que es laudable restaurar, cueste lo que cueste, aquel magnífico arte gótico, sobre el cual nada hay que le supere en excelencia como arquitectura del templo, esto se debe á su propia bondad y pureza de concepción artística; mas no sucede lo mismo con las demás artes que con él coexistían, porque no alcanzaron entonces la perfección que mucho después y que ahora; y por lo tanto, debiendo racionalmente buscar lo mejor para la casa de Dios, es necesario, cuando se hace una obra nueva, emplear los recursos del arte, cual éste los presenta en la época actual. Las formas de la pintura y escultura, los términos, sombras y colorido de aquella y del cromo (que es también un adelanto utilizable para las impresiones), las líneas, términos, sombras y claro-oscuro del grabado, y las formas clarísimas de los tipos de imprenta, no hay razón alguna para que sean lo que fueron en la Edad Media, sino lo que son hoy, ó para decirlo más claro, lo que haya sido cada cosa cuando llegó

al más alto grado de perfección. Es erróneo creer que la propiedad exige esa atroz monotona, y error que nos pone por muy debajo de los que vivieron en los pasados siglos, pues que ellos no entendían as la propiedad; sabían valerse de todos los elementos que tenían á mano, y que les ofrecían las artes, sin el menor reparo en dar, por ejemplo, á los candeleros, á los bordados y otros adornos, las formas clásicas ó las bizantinas, y aun las árabes; y si no se valieron de otras conquistas de los antiguos, fué por que no dieron con ellas; buena prueba es que no todos los santos de piedra que hay bajo las umbelas de los templos góticos afectan las formas angulosas y el plegado elemental que vemos en los más antiguos, sino que, según el arte va siendo más hábil en copiar la figura humana, más se aproxima á su verdadera proporción, que luego, desgraciadamente, exageró el Renacimiento por una idea equivocada del arte clásico que pretendió inútilmente restaurar.

Siguiendo ese criterio cerrado, sería necesario, no solamente llenar un templo gótico de objetos que reflejaran sus nervios y arcaturas, sus anditos y cresterías, y de pinturas y estatuas como las del siglo XIV, y de libros en letra gótica llena de singlas y cifras sobre amarillento pergamino; tendríamos asimismo que construir el órgano con un teclado cortísimo y diatónico, manejable tan sólo á pufetazos, para que así sonaran á la vez todos los tubos de cada nota, sin registros y sin expresión, y con este órgano deberíamos acompañar una música horrible, sin armonía ni tonalidad propiamente dichas, sin juego de voces, y en fin, sin ninguno de los actuales elementos, que hacen de la música un arte divino, y que entonces, ó no se conocían, ó estaban todavía en embrión. ¿A dónde iríamos á parar por esta pendiente? Al criterio absurdo y extraño de que estaba inficionada cierta señorita que, según me ha referido con toda seriedad un eminente religioso amigo mío, anduvo por Madrid atareada en busca de una mesa de despacho y un reloj de estilo gótico para obsequiar á un pariente suyo que iba á cantar misa.

Para ella, tratándose de un eclesiástico, no cabía otra cosa, ni comprendía que el pudiera tomar chocolate más que en jcaras de estilo ojival. Ahí nos encontramos los que creemos ser la aristocracia del buen gusto y la moda; los demás yacen tranquilos en una tan grande y estúpida indiferencia, que nada les llama la atención; aceptan los mayores anacronismos, y se entusiasman ante lo que les parece bonito, sin noción alguna de lo bueno y bello, adecuado y propio, sin la menor idea del arte y su importante papel en el culto divino. Nuestro arte religioso es, por tanto, ó la gótico-manía, ó la confusión babilónica.

Ahora, recorrido ligeramente el campo de las artes plásticas, réstame hacer una breve excursión por el de la música, para dar por terminada esta pobre serie de artículos que, contra mi propósito, ha resultado ya demasiado larga.

JOSÉ FERRÁNDEZ.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Agua del Congo para el teñedor.

Con sólo tirar dos gotas en la palangana, tendrás para lavarte un líquido oloroso, que te dará un perfume delicioso y hermoseará tu piel cada mañana.

Depósito: Príncipe, 19 y 21, Madrid.

V. Vaissier, inventor del jabón del Congo.

Mejores tiempos vendrán.

«Puedo esperar un porvenir más brillante». La sentencia arriba citada forma parte de una carta que D. Angel M. de Panillos ha escrito á los sucesores de Moreno Miquel, farmacéuticos en Madrid.

Que haya un hombre que pueda anticipar mayor felicidad en el futuro que la que ha gozado en el pasado, es un hecho sobre el que pueden felicitarle sinceramente sus amigos. Porque, ¿qué es la vida si no es por el placer y alegría que nos trae? Ser descargado de un peso, estar libre de ansiedades, ser aliviado de algún dolor, son cosas semejantes al

desaparecer las nubes del cielo después de los días de tormenta y horror.

La carta, entera, es como sigue:

«Hace algún tiempo—dice el que la suscribe—que estando en uno de sus establecimientos consulté a usted acerca de las medicinas que podrían curar más pronto y eficazmente una enfermedad pertinaz del estómago, de la que había venido padeciendo por largo tiempo, habiendo probado sin éxito alguno infinidad de medicinas de todas clases.

«Sabrá usted que por su firme recomendación decidí hacer uso del Jarabe curativo de la Madre Seigel, y ahora me apresuro a dar a usted las más sinceras gracias por su consejo, puesto que es a este Jarabe al que debo la más completa cura de tan terrible enfermedad, para la que habían sido inútiles todos los demás remedios.

«Gracias al Jarabe de la Madre Seigel puedo dedicarme ahora a mi trabajo, y *gozo de la vida nuevamente en plena juventud. Puedo esperar un porvenir más brillante*, libre del continuo sufrimiento a que parecía destinado.

«No sé si podrá usted comunicar la expresión de mi gratitud a los propietarios del Jarabe al que debo mi restablecimiento. Pero si le fuera posible comunicárselo le estaré a usted aún más agradecido.

«Suyo, etc. (firmado). Angel M. de Panillos.»

El farmacéutico citado, que es uno de los más respetables de España, no perdió tiempo en participar a los propietarios del Jarabe curativo de la Madre Seigel el deseo y sentimientos de su correspondiente, enviándole copia de la carta que dejamos transcrita. Se alegraron, aunque no se sorprendieron, del resultado producido por el uso de su medicina en el caso mencionado.

La enfermedad era indigestión y dispepsia, lo que no es peculiar a ninguna nación o país, pero que es el origen de pesar y sufrimiento incalculable por toda la extensión del mundo civilizado. Verdaderamente, casi se puede decir que es la enfermedad *única*, tanto más cuanto que otras afecciones, tales como reuma, afección al hígado y riñones, bronquitis, tisis, postración nerviosa, insomnio crónico, y jaquecas, están ahora reconocidas por las autoridades médicas más eminentes de ser nada más que el resultado, y por lo tanto los síntomas del entorpecimiento y embargo de las funciones del estómago, que es la fuente de toda fortaleza en la vida física. *Abolir la causa es siempre equivalente a librar-se del efecto.*

Este remedio, cuyo uso es cada día mayor en España, cura la indigestión y dispepsia y anula su continuación como ninguna otra preparación ha podido hacer. Se destina a este objeto, y solamente a él.

Podemos añadir que farmacéuticos de tal reputación como los mencionados en la carta, nunca hubieran recomendado una medicina de cuyos méritos no se hubieran cerciorado antes; y tanto su agradecido correspondiente como el público en general que lea su franca y persuasiva carta y se aproveche de ella, no podrán menos de agradecerles el haberles llamado su atención hacia el Jarabe.

Si el lector se dirige a los Señores A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; Frasco, 8 reales.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes Hipotecarios de la Isla de Cuba

EMISIÓN DE 1886

Con arreglo a lo dispuesto en el artículo 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886, tendrá lugar el vigésimoquinto sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, el día 1.º de Septiembre, a las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 1.184.500 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 1.184.500 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 11.845 lotes de a cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo trece bolas, en representación de las trece centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.240.000 títulos emitidos y los 1.184.500 colocados, conforme a la tabla de amortización y a lo que dispone la Real orden de 3 del actual, expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlos en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 11.599 bolas sorteables, deducidas ya las 246 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público, y lo presidirá el Presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo además la Comisión ejecutiva, Director gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará

fe un Notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes a que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas a que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Octubre próximo.

Barcelona 13 de Agosto de 1892.—El Secretario accidental, Manuel García.

Banco de España

3.º sorteo para la amortización de la Deuda del 4 por 100.

Debiendo aplicarse en cada trimestre al pago de intereses y amortización de la Deuda al 4 por 100 la suma de 25.336.000 pesetas, cuarta parte de la anualidad de 101.304.000 que determinan las leyes de 9 de Diciembre de 1881 y 14 de Julio de 1891, corresponde por ambos conceptos al trimestre vencido en 1.º de Octubre próximo por la necesidad de acomodar la amortización a lotes cabales, la suma de 25.330.100 pesetas, según el detalle siguiente:

Serie	Bolas que representan	Títulos que representan	Capital	Bolas que representan	Títulos que representan	Capital	A pagar por intereses	Total
A.	14.427	144.270	72.135.000	64	640	320.000	721.350	1.011.350
B.	10.090	100.900	50.450.000	45	450	2.222.500	5.185.000	8.647.500
C.	10.270	102.700	51.350.000	46	460	2.300.000	5.185.000	7.485.000
D.	2.905	29.050	863.125.000	19	190	1.825.000	3.681.250	5.299.250
E.	2.150	21.500	547.545.000	10	100	2.100.000	5.450.000	7.950.000
	39.832	398.760	1.746.010.000	178	1.780	7.870.000	17.460.100	25.330.100

El sorteo tendrá lugar públicamente en el salón de juntas generales del domicilio del Banco, sito en la calle de Alcalá, núm. 74, el día 1.º de Septiembre próximo, a la una en punto de la tarde, y lo presidirá el gobernador ó un subgobernador, asistiendo además una comisión del Consejo, el secretario y el interventor.

Por cada serie se hará un sorteo independiente, introduciendo en un globo las bolas que representan los títulos que de cada una existen en circulación, y extrayendo a la suerte las que corresponden al trimestre indicado anteriormente.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su examen antes de introducirlos en el globo, así como las amortizadas en los sorteos anteriores.

Se anunciarán en los periódicos oficiales los números de los títulos a que haya correspondido la amortización, y quedarán expuestas al público, para su comprobación, las bolas que hayan sido extraídas en los sorteos.

Oportunamente se publicarán también las reglas a que ha de sujetarse el cobro de intereses y amortización.

Madrid 16 de Agosto de 1892.—El vicesecretario, Gabriel Miranda.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

EMISIÓN DE 1890

Billetes Hipotecarios de la Isla de Cuba

Séptimo sorteo de amortización.

Con arreglo a lo dispuesto en el artículo 1.º del Real decreto de 27 de Septiembre de 1890, tendrá lugar el séptimo sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1890, el día 10 de Septiembre, a las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 3.000 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 340.000 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 3.400 lotes de a cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo cuatro bolas, en representación de las cuatro centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.750.000 títulos emitidos y los 340.000 colocados, conforme a la tabla de amortización y a lo que dispone la Real orden de 4 del actual, expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlos en el globo, destinado al efecto, se expondrán al público las 3.376 bolas sorteables, deducidas ya las 24 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público, y lo presidirá el presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo además la comisión ejecutiva, director gerente, contador y secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes a que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas a que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Octubre próximo.

Barcelona 25 de Agosto de 1892.—El secretario accidental, Manuel García.

Las instalaciones de alumbrado eléctrico.

Manual práctico, por G. Fournier y J. A. Montpellier, con un prólogo de D. José Echegaray. Traducción de Hidalgo Mobellán. Madrid, 1892. Librería de Victoriano Suárez. 7 pesetas en Madrid y 8 en provincias.

Este Manual es una obra utilísima para toda clase de personas. Comprende, como dice el ilustrado prologuista, cuanto de electricidad hay que saber, y aunque domina en él el carácter práctico, contiene todas las teorías necesarias. Está escrito fácil y sencillamente para que, aun los absolutamente imperitos en ciencias físicas, puedan comprenderlo todo. Hoy nadie debe desconocer los misterios de la electricidad, de esa maravillosa fuerza de tan magnífico presente y más magnífico porvenir. Con el Manual que anunciamos satisfacen cumplidamente esa necesidad.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis.

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento. Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 1

1892

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO

DE
CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.—TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

MONTERA 23

RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G. GIROD
Sucesor de Losada.

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO DE VIVAS PEREZ

Adeptados de Real orden
por el Ministerio de Marina.

Recomendados por la
Real Academia de Medicina.

CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de **INDISPOSICIONES del TUBO DIGESTIVO, VÓMITOS y DIARREAS;** de los **TÍSICOS de los VIEJOS;** de los **NIÑOS, CÓLERA, TÍFUS, DISENTERÍA; VÓMITOS de las EMBARAZADAS** y de los **NIÑOS; CATA-**



RROS y ULCERAS del ESTÓMAGO; PIROXIS con ERUPTOS FÉTIDOS; REUMATISMO y AFECIONES HÚMEDAS de la PIEL. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público, tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.—DESCONFIAR DE LAS IMITACIONES.

Medicamentos especiales que elabora en gran escala la casa

ALMERÁ DE BARCELONA

Jarabe Almería de clorofosfato cálcico gelatinoso.

Nuevo remedio de grandes y admirables efectos, según atestigua la experiencia de más de doce años, contra la **DEBILIDAD**, tanto de los **NIÑOS** como de los adultos. Aviva el apetito y facilita el desarrollo de un modo extraordinario; no tiene rival, pues es el mejor de los reconstituyentes.—Precio, 12 reales frasco.

Licor brea arsenical. Es de eficacia segura contra las herpes y humores. Purifica y refresca.—Precio, 8 reales frasco.

Productos vitivinícolas Vino seco y dulce, purísimo para el uso de la Farmacia y para celebrar el **SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.**

Vides americanas resistentes a la filoxera, las primeras que se cultivaron en España.

Vinos medicinales por fermentación. Despacho central, Xuclá, 21, Farmacia Almería, Barcelona; Laboratorio-Fábrica, San Juan de Vilasar, Era, 14, y San Sebastián, 1 y 2.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores español y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

GRAN ALMACEN

DE

PORCELANA, LOZA Y CRISTALERIA

Vajillas, grandes surtidos, nuevos y variados dibujos, muy baratas copas cristal para agua, 5 pesetas docena; copas para vino, 4 id.; para licor, 3; botellas, Juegos de lavabo, Juegos de café, licorerías, jarrones, tazas, jicaras, objetos de capricho para regalo.

CALLE DE ESPOZ Y MINA NUM. 40 (esquina a la plaza del Angel.)

No equivocarse, fijarse en las señas.

SEÑORAS

La perfumería

THOMAS

es la que vende la perfumería fina a precios reducidos.

La perfumería

THOMAS

es la que vende los perfumes sueltos para el pastelo a 5 reales onza; el **Heliotropo blanco**, perfume fino, delicado y muy permanente, a 6 reales.

La perfumería

THOMAS

es la que presenta en sus anaqueles un millón de caprichosos objetos con perfumes ó sin ellos, para regalitos de poco precio.

La perfumería

THOMAS

está situada en la calle **MAYOR, 36**. Fijarse bien en las señas: número 36, entre las calles de Coloreros y Bordadores.

Los precios son fijos, marcados en los objetos.—Prohibido el regatear.

LA ANTIGUA Y CONOCIDA CASA

CH. DENIS

PARIS.—4, rue Manuel.—PARÍS

Se encarga de la compra en comisión, así como de la expedición de toda clase de mercancías, como perfumería, droguería, especialidades farmacéuticas, ropa, telas, maquinaria, etc.; del envío de precios y tarifas, pues cuenta con las relaciones de las primeras casas de Francia.

También se encarga la casa de tomar suscripciones a todos los periódicos de París.

Todas las cartas deben llevar un sello de correo español de 0,25 pesetas para la contestación.

EL SACERDOTE PERFECTO

TRATADO DE TEOLOGÍA PASTORAL

POR EL

Muy Ilustre Señor Don José Cadena y Eleta

Obra utilísima al clero, en la cual se trata con estilo claro y sencillo de la formación del espíritu del Sacerdote católico en todas las manifestaciones de la vida pastoral.

Un tomo en 4.º, 3 pesetas en rústica, y 3,50 encuadernado en tela.

TRATADO TEÓRICO PRÁCTICO

DE

procedimientos eclesiásticos en materia civil y criminal

POR EL MISMO AUTOR

Dos tomos en 4.º, 12,50 pesetas en rústica, y 15 en pasta. Ambas obras se hallan de venta en la Librería Religiosa del sucesor de Aguado Poncejos, 8, Madrid.



EPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	1,50 pes.
Tres meses.....	4,50 "
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	3 pes. 6c.
Un año.....	4 "

NÚMERO 17.—Madrid 15 de Septiembre de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	4 pes. 6c.
Un año.....	8 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 pes. 6c.
Un año.....	5 "



EL SEÑOR

D. FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA

INSIGNE LITERATO

Y DIRECTOR QUE FUÉ DE LA ILUSTRACION CATÓLICA

HA FALLECIDO

El Director, Administrador, Redactores y colaboradores de LA ILUSTRACION CATÓLICA, ruegan á todos los lectores de la Revista que encomienden á Dios el alma del ilustre finado.

ADVERTENCIA

Rogamos á nuestros lectores que se fijen en el anuncio *Las Instalaciones del alumbrado eléctrico*.

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—Estar de más relación, por Ferrán-Caballero.—Nuestro arte religioso, por José Ferrández.—Las cercanías de Madrid, por Angel Salcedo.—Evangélica cronaca de la Acacia, traducción de Carlos María Vicens.—Las mujeres de los secretarios, por Antonio Balleja de Usqueza.—Fernando Martínez Pedrosa, por la Redacción de LA ILUSTRACION CATÓLICA.—Reclamaciones.—Anuncios.

GRABADOS

Cervantes redimido del cautiverio por los PP. Trinitarios.—Monasterio de Nuestra Señora de la Vid.—Sepulcro del infante D. Alfonso en la Capilla de Miraflores (Burgos).—El gran mundo.—Ofrenda de las damas de Bélgica á Santa Teresa de Jesús.

LA QUINCENA

Las obras que se vienen efectuando en la intersección de la calle de Alcalá con los paseos del Prado y de Recoletos, lugar que la gente ha bautizado ya con el nombre de plaza de la Cibeles, adelantan rápidamente, y si hemos de juzgar del futuro aspecto de aquel privilegiadísimo sitio por lo que ya conocemos de él, la futura plaza ha de ser joya inapreciable de la corte y objeto de admiración para cuantos extranjeros visiten nuestra capital. Ruda ha sido la oposición hecha por alguna parte de la prensa al proyecto de ensanche, y acaso hayan tenido razón los periódicos adversarios del Municipio al sostener que en el estado de inopia en que se encuentra la Hacienda municipal no deben acometerse obras de tanta importancia y coste como la que se está realizando. Por lo que respecta al proyecto en sí mismo, ninguna persona de buen gusto podrá combatirlo. La futura plaza, limitada por el ministerio de la Guerra, el Banco de España, el palacio de los marqueses de Linares, y la verja de los Jardines del Buen Retiro, y en la cual desembocarán cuatro grandes avenidas, las más amplias, regulares y hermosas de Madrid, ha de ser, dentro de muy pocos años, la verdadera Puerta del Sol, el centro de la animación, del movimiento y del bullicio de la vida cortesana. Todos estamos convencidos de que Madrid necesita reformarse; y ya que no sea posible aspirar á una reforma general y basada en un plan uniforme, como la llevada á cabo por el barón Haussman, en París, porque para eso se necesitaría muchísimo dinero que no tenemos y que por ahora no se ve modo de que en mucho tiempo lo tengamos, hemos de contentarnos con estas reformas parciales que van, poco á poco, transformando la fisonomía de este lugarejo de Castilla, feo, destartado y destempladísimo, que mereció, sin que hasta ahora haya podido explicarse la causa de ello, ser la capital de España y la corte de dos mundos.

Pero en lo que no andamos ya conformes con nuestro Municipio es con su proyecto de trasladar al centro de la futura plaza la estatua de la Cibeles, máxime ahora que se trata nada menos que de colocar en distintos puntos de la extensísima elipse las estatuas de cuatro madrileños ilustres. Cuando el proyecto empezó á esbozarse lo dijimos, y hoy que parece ya en días de realizarse pronto, hemos de repetirlo. La fuente de la Cibeles, á pesar de su indudable mérito artístico, no es, por lo pequeño de sus proporciones, que en lugar tan amplio y al lado de construcciones tan soberbias han de resultar exiguas, el monumento decorativo llamado á campear en el centro de la magnífica plaza. Aquello está pidiendo á voces una esta-

tua elevadísima, semejante á la de Colón ó á la de Felipe IV, que luciendo sus gallardas proporciones en aquel sitio privilegiado, contribuya á dar á la futura plaza el aspecto monumental que se propone nuestro Ayuntamiento.

Creemos que la fuente de la Cibeles debe ser trasladada, ya que no es posible dejarla en el sitio en que se encuentra, al principio del Salón del Prado, haciendo con la de Neptuno otro tanto en el extremo opuesto del paseo y trasladando al centro de éste la bellísima de Apolo, hoy escondida entre los árboles de una de las alamedas laterales, lo cual contribuiría al heroseamiento del magnífico salón; y en el centro de la futura plaza debe erigirse una estatua al gran rey Carlos III. Madrid, como hemos dicho en este mismo lugar, tiene aún dos deudas de gratitud que pagar: una con Felipe II, que la eligió para capital del reino, despreciando á Lisboa, Valladolid y Sevilla, que tan grandes condiciones reunían para ello; otra con Carlos III, que la hermoseó con lindos paseos y admirables edificios, haciéndola digna de ser centro de la vida nacional y morada de los reyes.

Todo cuanto de bello se divisa desde el centro de la futura plaza es obra del tercer Borbón; el Salón del Prado, el Museo, la Platería de Martínez, el Jardín Botánico, la Puerta de Alcalá, el Ministerio de Hacienda, el Hospital general, el Observatorio Astronómico, obras son de aquel gran monarca, que así como en su reino de Nápoles supo desenterrar de sus ruinas seculares á Herculano y erigir un paraíso en Caserta, hizo también salir á Madrid del letargo en que yacía, y trabajó sin descanso por el bien de su pueblo, haciéndolo todo, como dice la inscripción de la portada del Botánico, debida á la pluma de D. Juan de Iriarte: *Civium salute et oblectamento*.

•

Hace ya bastantes años trató el Ayuntamiento de la ciudad de Alcalá de Henares de perpetuar la memoria del insigne Cardenal Cisneros, iniciando el proyecto de levantarle una estatua en la gran plaza que se abre frente al edificio que fué celebrísima Universidad complutense, rival de la salmantina y de la Sorbona, y de la de Bolonia, como el lugar más á propósito para la apoteosis del gran Cardenal, fundador insigne de aquel establecimiento docente.

El ilustrado y respetable Sacerdote D. Juan José de Lecanda, de la Congregación del Oratorio, ha salido ahora abogando en las columnas de la prensa por la realización de aquel pensamiento.

Verdaderamente, Cisneros, como afirma el Sr. Lecanda, es acaso la primera figura de nuestra historia nacional. «Sus talentos y sus virtudes, como dice un historiador insigne, practicadas incesantemente—así en la vida privada como en todos los cargos tan diversos que ejerció,—han hecho pasar su nombre, de todos conocido, á través de los tiempos y generaciones, y lo harán pasar indudablemente por entre todas las futuras edades. Modelo de sus compañeros en el claustro, austero penitente en su celda, consolador de todos en el confesionario, sólo á sus singulares virtudes debió el tránsito á los elevados cargos, donde tanto habían de sobresalir su desinterés, su rectitud, su energía y su actividad. Director espiritual de la primera princesa de la historia como simple religioso; reformador de las Ordenes monásticas como Prelado de la Iglesia; económico administrador como regente del reino; valiente militar al frente del ejército; promovedor siempre de las ciencias y de las letras, su figura se elevó tanto, que descuella y descollará siempre sobre todos los hombres pasados y venideros.»

Recuerda el Sr. Lecanda que quizás no hay hombre saliente de la historia que no tenga ya su monumento. El Padre Feijóo y Méndez Núñez lo tienen en Galicia; Velarde en Santander, López de Haro en Bilbao, Iparraguirre y Le-

gazpi en Guipúzcoa, Pignatelli en Zaragoza, Fray Luis de León en Salamanca, Santa Teresa en Avila, el Padre Mariana en Talavera, Balmes en Vich, Güell en Barcelona... Calderón, Cervantes, Murillo, Marcenado, Hernán Cortés, para todos ha sido agradecida la patria, perpetuando su memoria en mármoles y bronce, para transmitir su recuerdo á la posteridad.

El Sr. Lecanda recuerda una felicísima idea del Cardenal Moreno, cuando se trató de allegar recursos para erigir un monumento á Cisneros.

«España entera, decía aquel insigne Purpurado, debe contribuir á la erección del monumento á Cisneros; pero de un modo particular el Clero, la milicia y la clase escolar.

La milicia, recordando las gloriosas empresas bélicas del conquistador de Orán, y más que todo por haber organizado el primero los ejércitos permanentes.

El Clero, por haber visto renacer con él la disciplina eclesiástica y el prestigio de las Ordenes religiosas.

El profesorado y los escolares, en justo tributo al fundador de la Universidad Central y al editor de la imponderable Biblia políglota.

Contribuyan, pues, decía el Cardenal Moreno, con un solo real los individuos todos de estas tres clases sociales á la empresa del monumento, y tendrá éste una buena base para esperar confiado un gran remate y un hermoso y digno coronamiento.»

La idea nos parece acertadísima. Ya que el Sr. Lecanda ha venido á resucitarla al cabo de tanto tiempo, á él corresponde, sin género de duda, buscar los medios de realizarla. Grande ha de ser la gloria que alcance, é inmensa la satisfacción de su conciencia si logra subsanar un olvido que constituye una verdadera vergüenza para la patria. No ha de faltarle en su empresa el apoyo de los buenos españoles, y desde luego cuenta para ello con la ayuda de nuestra modesta publicación.

•

En el mundo político ha tenido inmensa resonancia un artículo publicado por *La Civiltà Cattolica* acerca de la situación del Papa, en el caso posible de una guerra europea. Solamente el tono que emplea la prensa italiana en sus comentarios á dicho artículo, es ya prueba suficiente del racional fundamento de las apreciaciones de aquella insigne revista.

L'Italie, con toda su habitual apariencia de órgano moderado, proclama tranquilamente la necesidad que tiene Italia, en caso de guerra europea, de expulsar y desterrar á los embajadores que tengan en la Santa Sede las potencias con las que se rompan las hostilidades, y aun los religiosos de dichas nacionalidades residentes en Roma.

Así, pues, en caso de una guerra de la triple alianza con la nación francesa, serían arrojados de la Ciudad Eterna los Cardenales franceses y los miembros franceses de las diversas Congregaciones romanas, y los religiosos y Prelados que fueran ciudadanos de la República.

Yañade imperturbablemente *L'Italie*: «que estando sencillamente suspendidos, pero no derogados los artículos de los estatutos, no tendría el Padre Santo derecho alguno á quejarse de esta suspensión, que obedecía á fuerza mayor.»

El cinismo y el descaro con que se expresa la prensa italiana que se llama moderada, y el descoco con que habla de esos monstruosos atentados contra los soberanos derechos de la Santa Sede, manifiesta de una manera patente y clara lo que debemos temer para la misma en la eventualidad de una guerra; eventualidad más próxima y probable de día en día.

Es necesario y forzoso, por lo tanto, que intervengan con energía los católicos de todos los países, para que en semejante caso se atienda á la inmediata seguridad del Papa, y que intervenga con vigor la diplomacia ante el Gobierno italiano.

Este debe ser el blanco de nuestros esfuerzos, ya que por ahora, y á menos de una intervención directa de la Providencia divina, no se ve factible la inmediata restauración del Principado civil de la Santa Sede.

Los católicos alemanes acaban de celebrar en Maguncia su 39º Congreso. En él se han pronunciado notabilísimos discursos; el peligro socialista ha sido denunciado con vehemencia; M. Schorlemer-Alst ha señalado como raíz del mal el abandono del culto de Dios y el culto del becerro de oro, proclamando la necesidad de buscar el remedio en la Religión; se ha reclamado la instalación de las Ordenes religiosas; se ha estudiado á fondo la cuestión escolar; y se han hecho, finalmente, fervientísimas protestas por la reivindicación del poder temporal del Soberano Pontífice.

A continuación traducimos las reflexiones que la celebración de este Congreso ha inspirado al *Journal des Debats*:

«La primera asamblea general de los católicos de Alemania, que se reunió en Maguncia hace próximamente medio siglo, no se parece á la que acaba de terminar, después de cinco días de sesiones, en la misma población. Pocos en número eran los hombres agrupados alrededor de M. Buss, el presidente de entonces. Ahora el doctor Porsch, presidente del Congreso, ha declarado abierta la 39ª asamblea general ante millares de asistentes; fracción exigua, sin embargo, de la potente Asociación de los católicos.

Hoy, en efecto, cuenta la Asociación 120.000 afiliados; más de 3.000 «hombres de confianza» organizan la propaganda. En 1891 se han celebrado más de quinientas reuniones, y más de un millón de folletos han sido distribuidos, esperando repartirse en este año doble cifra. No es de extrañar que entusiastas aplausos hayan acogido la Memoria del secretario M. Trimboru, en la que se expone esta situación favorable.

La cuestión escolar, que había fijado la atención de la primera Asamblea en 1848, ha merecido también preferente atención en el actual Congreso.

Las conclusiones que del mismo se deducen son: la importancia política, á la par que religiosa, de estas asambleas, y la demostración palmaria de la unidad y cohesión del valeroso Centro Católico alemán, gloria legítima del insigne Windthorst.»

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

Cervantes redimido del cautiverio por los PP. Trinitarios. (Pág. 259.)

La historia de la prisión de Cervantes y de su prisión en Argel es cosa que está en la memoria de todos. Sabido es que al regresar herido de la jornada de Lepanto á España, el 26 de Septiembre de 1575, la galera *El Sol* que lo conducía, juntamente con su hermano Rodrigo, que también era un soldado valiente, y con otros militares y caballeros, se encontró con una escuadra de galeotes, mandada por el célebre corsario Amaute Mamí, y después de un combate muy reñido quedó prisionera, siendo llevado Cervantes cautivo á Argel, y tocando en suerte al arcaez Dalí Mamí, renegado griego.

Cervantes fué entre los cautivos y bárbaros del África un ser tan extraordinario como lo fué después entre los ingenios de su nación. Sin desmayar por el mal éxito de su primer proyecto de evasión, concertó sucesivamente otros que también se desgraciaron; y como si su energía se acrecentase con el infortunio, llegó hasta el punto de pensar alborotar á los esclavos, darles libertad á todos y alzarse con Argel. Cuando la noticia de este pensamiento atrevido llegó á oídos del rey Azan, se extreñeció de

su peligro, y no se contempló seguro sino custodiando él mismo al cautivo que tanto afán le causaba. Compró, pues, á Cervantes de su primer amo, y solía decir que teniendo asegurado al estropeado español, estaban seguros sus cautivos, su reino y sus bajeles.

La libertad de Cervantes no se verificó hasta el año de 1580, en que fué rescatado por los PP. Trinitarios. Estos, sobre trescientos ducados adelantados al mismo fin por doña Leonor de Cortina, completaron la suma de quinientos ducados que exigía el moro por su cautivo. Así pudo Cervantes volver á España á principios del año siguiente, y restituirse al seno de una familia empobrecida con el esfuerzo que había hecho para hacerle libre y con pocas esperanzas de verle adelantar.

He aquí las partidas del rescate de Cervantes, según constan en el libro de Redención de Cautivos de Argel:

1.ª Partida. En Madrid, á 31 de Julio de 1579, en presencia del notario, etc., los PP. Juan Gil y Antonio de la Vetta recibieron 300 ducados para ayuda del rescate de Miguel Cervantes, que está cautivo en Argel, en poder de Dalí Mamí.

2.ª En Argel, á 19 de Septiembre de 1580, el Muy Reverendo P. Fr. Juan Gil rescató á Miguel Cervantes, natural de Alcalá de Henares, de 31 años, cautivo en la galera *El Sol*, yendo de Nápoles á España. Costó su rescate quinientos escudos en oro.»

El grabado que, referente á este asunto, insertamos hoy en las páginas de nuestra Revista, es reproducción del magnífico cuadro del insigne pintor alemán H. Müde, premiado en la última Exposición de Berlín. Este famoso cuadro es una prueba más de la afección que los artistas alemanes sienten por las glorias católicas y tradicionales de España.

Monasterio de Nuestra Señora de la Vid. — (Pág. 260.)

Refiere Bernardo de León, en su *Crónica* de la Orden Premostratense, que hallándose por el año 1132 en San Esteban de Gormaz el piadoso rey de Castilla D. Alfonso VII con toda su corte, y proyectada una cacería á los montes de San Pedro de Villanueva, que lindaban con la villa de Langa, y hoy son parte de esta villa y parte de la de La Vid, llegaron con rapidez al punto designado; diéronse las órdenes oportunas, señalóse á cada uno su puesto, y colocados los tiradores en el lugar conveniente, voló el rey con otros varios por medio del monte á caballo, ávido de encontrar una fiera en cuya caza mostrase su valor y destreza. No había dado muchos pasos, cuando se le presentó una cierva, á la que con grande arrojo persiguió cruzando valles, saltando barrancos y quebrados, y trepando por collados y cuevas, tan embebido y absorto, que no se fijaba en los peligros á que le exponía su desatinada carrera; cuando de improviso, una visión misteriosa lo detuvo, dejándolo inmóvil y casi estático. Dos ángeles más resplandecientes que el sol daban incienso hacia un vistoso follaje. Miralo el rey, vacila, ni se atreve á acercarse ni á volver atrás. Desaparecen en esto los ángeles, y D. Alfonso, cobrando ánimo, se aproxima á la estancia. ¿Cuál sería su sorpresa al encontrar una hermosísima efigie de la siempre Virgen María, sentada en un bello trono y cubierta con una vid que le servía de dosel? Llama, da aviso á los compañeros, que luego llegan, y todos participan de la satisfacción que produce tan admirable espectáculo. Pero ¿qué hacer del precioso hallazgo? No faltó quien diese noticia al rey de que al otro lado del Duero se hallaba establecido Domingo de Campespina, de vuelta de su excursión á Alemania, al frente de una comunidad de religiosos premonstratenses, y que en atención á su santa vida, eran ellos, á no dudarlo, los escogidos por Dios para dar el debido culto á la Reina de los cielos, que les obsequiaba y favorecía con el don de su imagen.

Llamaron, efectivamente, á los religiosos, entregándoles la santa efigie; y como el sitio en que vivían era estrecho, áspero y muy retirado, les suplicaron se trasladasen á la margen izquierda del río, en una planicie agradable y propia para edificar templo conveniente á la Santísima Virgen María. Siguiéron ellos las insinuaciones del rey, y dióse principio á la fábrica, que quedó terminada al pro-

pio tiempo; edificaron al lado un modesto convento, y éste es, según las crónicas de la mencionada Orden, el origen del famoso Monasterio de Santa María de la Vid, nombre que le viene de la vid que cubría la celestial efigie, y de cuyos claustros han salido tantos hombres insignes en piedad y en letras.

En el año 1288, D. Sancho IV, rey de Castilla, á fin de que pudiesen morar en el convento más individuos, le reedificó por completo á sus expensas, sin que quedase parte alguna que no sufriese transformación y mejoras; y en el siglo XVI, el eminentísimo Sr. Cardenal D. Íñigo López de Mendoza, Obispo de Burgos y Abad Comendatario perpetuo del Monasterio, ayudado de su hermano D. Francisco, conde de Miranda, construyó, además de un hermoso puente sobre el Duero para servicio de los religiosos, varias oficinas, claustros, dormitorios, y últimamente la hermosísima capilla mayor y cruce-ro de la iglesia, que bajo la dirección del maestro Rasinás, se terminó el año de 1572, y se inauguró dos años después, empleándose este tiempo en dar fin á los delicados adornos que la embellecen. Los dos hermanos construyeron su enterramiento en la capilla, y en ella descansan sus cenizas; las del conde al lado de la Epístola, y las del Cardenal al lado del Evangelio.

El magnífico retablo del altar mayor fué construido algún tiempo después por D. Juan de Zúñiga, heredero del conde de Miranda, y virey que era de Nápoles, haciendo pintar allí los lienzos de que consta, y que son todos de mérito.

Continuaron después los religiosos en el siglo XVII, siendo Abad del Monasterio el P. D. Pedro Bonifaz, edificando algunas nuevas habitaciones, como la Sacristía, el Panteón ó enterramiento (en el que conservaron una elegante y antigua puerta de orden bizantino, que aún hoy subsiste), y la escalera principal, de mérito incomparable, que debe de ser de este tiempo, aunque no consta con exactitud la época á que pertenece. Pero la reforma más grande se verificó en el siglo XVIII, empleado todo él en obras de gran consideración y dispendio.

No contando los religiosos con caudal suficiente al efecto, siendo Abad D. Fr. Jerónimo González Tenorio, concedieron el patronato de todo el convento á los condes de Miranda, que ya tenían el de la capilla mayor desde el siglo XVI, y con la ayuda de estos señores edificaron la torre ó espadaña esbelta y elegante, aunque de estilo churrigueresco, terminada en 1728; el cuerpo de la iglesia con sus tres naves y un bellissimo coro, que se concluyó en 1734; casi toda la parte ó lienzo del convento que mira al Occidente, con espaciosos balcones y ventanas intercaladas; la mitad del lienzo del Norte, y últimamente, la otra mitad, que comprende el refectorio y *De profundis* ó anterefectorio, en la planta baja, y sobre ellos, ó en el piso superior, la magnífica Biblioteca, toda de bóveda como el refectorio, y no poco parecida á la del colegio de Santa Cruz de Valladolid. Dióse fin á estas obras en 1796, como consta de una inscripción que se conserva sobre la puerta de la Biblioteca, y de otra grabada en la parte exterior y más elevada de la pared del Mediodía, junto á la esfera del reloj de sol.

Arrojados de sus celdas los Premostratenses, como todos los demás religiosos, el convento vino á un estado deplorable. Los tejados hundidos, el maderamen descompuesto, las bóvedas amenazando desplomarse, anunciaban una pronta y completa ruina, si la Providencia no hubiese deparado la benéfica mano de los Padres Agustinos Calzados Misioneros de Filipinas, que lo impidiera.

En el año 1865 adquirieron este edificio los Reverendos Padres Agustinos, instalando en él un colegio de estudios mayores para los Misioneros de nuestras posesiones de Oceanía. En él han llevado á cabo grandes y costosísimas reparaciones, pero con la satisfacción de haber salvado de su total ruina á un monumento grandioso; no siendo el Reverendo Padre Fray Tirso López, de cuya preciosa descripción del Monasterio de la Vid hemos tomado las anteriores noticias, el que menos ha trabajado por elevarlo á la altura de los mejores establecimientos de su clase, así nacionales como extranjeros.



CERVANTES REDIMIDO DEL CAUTIVERIO POR LOS PP. TRINITARIOS

Sepulcro del Infante D. Alfonso en la Cartuja de Miraflores (Burgos).—(Pág. 264.)

Sabido es que la celeberrima Cartuja de Miraflores fué construída en el mismo sitio que ocuparon en otro tiempo los dilatados terrenos destinados á parque para montería y el anchuroso palacio que mandó levantar en ellos, tomando el nombre de Miraflores, el rey D. Enrique III.

En cumplimiento del testamento de éste, su hijo D. Juan II dirigió en 12 de Agosto de 1441, desde Burgos, una carta firmada de su real mano y refrendada por el doctor Fernán Díez de Toledo, Oidor de su Consejo, al General de la Gran Cartuja, don Francisco Maireme, ofreciéndole dicho palacio con sus parques, y algunas rentas para erigir un monasterio, en el cual debía darse sepultura á su cuerpo después de su muerte. Según la promesa hecha por D. Enrique III, consignada en su testamento, el convento que en virtud de ella había de fundarse debía pertenecer á la Orden de San Francisco; pero

D. Juan II creyó que podía preferir el instituto de San Bruno, porque se aventaja con sus principios religiosos la austeridad que lo distingue. Después de vencidas muchas dificultades, suscitadas por la oposición de la corte, al fin el suntuoso palacio de los reyes de Castilla y de León quedó transformado en morada silenciosa de penitentes cenobitas. Pero todos los afanes empleados en convertir en monasterio el elegante palacio, quedaron malogrados en una noche de Octubre de 1452, en que un voraz incendio lo destruyó todo. Proveyó D. Juan II lo conveniente para levantar otro monasterio y otra iglesia en que descansasen sus cenizas, para lo cual se acudió á un sabio arquitecto alemán, llamado Juan de Colonia, á quien había traído consigo á España el sabio Alonso de Cartagena, Obispo de Burgos, al regresar del Concilio de Basilea. En 1454 levantó el arquitecto alemán las plantas de la iglesia y monasterio de la Cartuja, asentándose los primeros fundamentos de ella el 11 de Mayo del mismo año. En el reinado de Enrique IV quedó paralizada la obra

por falta de fondos; mas la piadosa doña Isabel la Católica facilitó cuantiosos recursos para que se continuase, como así se hizo sin levantar mano. Como falleciese el arquitecto Juan de Colonia y luego su sucesor García Fernández Matienne, encargóse de la dirección Limón, hijo de Colonia, quien terminó la iglesia, á la cual se dió, años adelante, una altura más proporcionada, decorándola con las preciosas agujas y barandillas con que rematan sus paredes.

Esta iglesia consta de una sola nave, y es bastante elegante, desahogada, clara y de buenas proporciones. Recibe la luz por una no interrumpida serie de ventanas rasgadas que rematan en ángulo agudo, y cobijan á otras más pequeñas, con graciosos enlaces en la parte superior. Todas tienen cristales que, por encargo de Isabel la Católica, trajo de Flandes Martín de Soria, y sus pinturas representan diversos pasajes de la vida de Jesucristo. Como en la época en que se erigió este templo se hallaba ya en decadencia el estilo gótico, participa la obra de



MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA VID

ésté y del género plateresco que principiaba á extenderse por aquel entonces.

El retablo del altar mayor, aunque de escaso mérito arquitectónico, es digno de mencionarse por la circunstancia de conservarse en él una parte del oro que trajo de América en uno de sus viajes Cristóbal Colón.

Pero las dos joyas inapreciables que conserva esta iglesia, y que por sí solas la hacen digna de la visita de los extranjeros y de los aficionados á las artes, son los sepulcros destinados á guardar los restos mortales de los augustos padres de Isabel la Católica y de su hermano Don Alfonso. Ambos sepulcros son obras de Gilde Lilbe, y notables por su suntuosidad, por sus buenas estatuas y por sus minuciosos y delicados adornos. Ambos sepulcros son de alabastro. El de los reyes se halla colocado en medio de la capilla mayor, circuido por una sencilla verja de hierro, y rodeado de dieciséis estatuas de Santos y varias figuras alegóricas de virtudes, y adornado con preciosísimas labores. La estatua del rey ocupa el lugar preferente, y la de doña Isabel de Portugal, esposa del rey, es un trabajo notabilísimo que llama la atención de los inteligentes.

Pero mucho mejor acabadas que las del sepulcro de los reyes son las estatuas de los Santos y todos los adornos, en general, que se ven en el sepulcro del infante Don Alfonso, que representa el hermoso grabado con que se adornan hoy las páginas de LA ILUSTRACIÓN. Este sepulcro no está aislado, como el de sus padres, sino en una hornacina de la pared de la iglesia, al lado del Evangelio. Los dos sepulcros pertenecen al estilo gótico florido del último período, y son dos obras hermosísimas de la escultura española medioeval. Según tenemos entendido, proyectase la restauración de ambos insignes monumentos, víctimas de los estragos de este siglo de guerras y revoluciones sin cuento. Gracias á la Comunidad religiosa que hoy los custodia, podrán con-

servarse y transmitir á las futuras generaciones las glorias de nuestros siglos de oro.

El gran mundo.—(Pág. 265.)

Este apunte artístico del paseo aristocrático, agrada, de seguro, á nuestros lectores, porque es del gusto del día.

Ofrenda de las damas de Bélgica á Santa Teresa de Jesús.—(Pág. 269.)

Con motivo del tercer centenario de la muerte de la seráfica doctora Santa Teresa de Jesús, varias damas de Bélgica idearon ofrecer á la Santa un rico ex voto que fuera á la vez homenaje de respeto y perpetuo recuerdo de su ardiente devoción al encendido Serafín del Carmelo. Este ex voto es el que representa hoy nuestro grabado. El dibujo fué debido al barón Bellume d'Iddevalle, y la ejecución fué confiada al afamado diamantista Mr. Bourdon de Brugne, que supo llevar á cabo una obra verdaderamente admirable. Ocupa el centro del medallón un corazón de oro atravesado por una flecha de punta inflamada, símbolo de la transverberación del corazón de la Santa; en la parte superior campea el escudo pontificio y en la inferior el escudo de Bélgica, con un león rapante y la corona real, adornados ambos escudos con multitud de rubíes y esmeraldas. A derecha é izquierda van los escudos del Arzobispo de Malinas y sus cinco sufragáneos. Esta riquísima ofrenda se halla colocada encima del sepulcro de la insigne reformadora, porque así fué voluntad de las ilustres señoras que la donaron.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso.
(Segunda quincena de Septiembre).

16. Viernes.—Santos Cornelio, Papa y mártir; Cipriano, obispo y mártir; Rogelio y Servodeo, márti-

res.—Santas Eufemia, virgen y mártir; Sebastiana, mártir, y Edita, virgen.

17. Sábado.—Santos Lamberto, obispo y mártir; Pedro de Arbués, mártir; Sátiro, confesor, y la Impresión de las Llagas de San Francisco de Asís.—Santa Columba, virgen y mártir.

18. † Domingo XV después de Pentecostés.—Los Dolores gloriosos de la Bienaventurada Virgen María.—Santos Metodio, obispo, y Ferreolo, mártires; Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, y José de Cupertino, confesores.—Santas Irene y Sofía, mártires.

19. Lunes.—Santos Jenaro, obispo y mártir; Félix y Constancio, mártires; Rodrigo, abad, y el beato Alfonso de Orozco, confesor, y la aparición de Nuestra Señora de la Saleta.

20. Martes.—Santos Eustaquio y sus hijos Agapito y Teopisto, mártires; Agapito, Papa, y Glicerio, obispo y confesor.

21. Miércoles.—Santos Mateo, Apóstol y Evangelista; Isacio y Alejandro, obispos y mártires; Pánfilo, mártir; Melecio, obispo y confesor, y Tomás, profeta, y Nuestra Señora del Remedio.—Ayuno.—Tempora.—Indulgencia plenaria.

22. Jueves.—Santos Enmerano, obispo; Jonás, presbítero; Mauricio y compañeros mártires; Florencio, Lantón y Santino, obispos.

23. Viernes.—Santos Lino, Papa y mártir; Andrés, Juan, Pedro y Antonio, mártires; Sosio, diácono, y Constancio, confesor.—Santas Tecla, virgen y mártir; Xantipa y Polixena.—Ayuno.—Tempora.—Indulgencia plenaria.

24. Sábado.—La fiesta de la Bienaventurada Virgen María con el título de las Mercedes.—Santos Gerardo, obispo y mártir; Andoquio, Tirso, Félix y Pafnucio, mártires, y Nuestra Señora de Nájera.—Ayuno.—Tempora.—Ordenes.—Indulgencia plenaria.—Absolución general en la Merced.

25. † Domingo XVI después de Pentecostés.—Santos Fermín, obispo y mártir Cleofás y Herculano

mártires.—Santas Aurelia y Neomisia, vírgenes, y Nuestra Señora de la Flor de Lis en Madrid.

26. Lunes.—Santos Cipriano, Crescencio y Calistrato, mártires.—Santa Justina, mártir.

27. Martes.—Santos Adolfo, Juan, Cosme, Damián y Florentino, mártires; Marcos, Cayo y Aderito, obispos.

28. Miércoles.—Santos Wenceslao, Privato, Estaleo, Máximo, Marcial, Lorenzo y otros 20 mártires; Exuperio, Salomón y Silvino, obispos, y el beato Simón de Rojas, confesor.

29. Jueves.—La Dedicación de San Miguel Arcángel.—Santos Fraterno, obispo y mártir; Eutiquio, Plauto y Heracleas, mártires, y Nuestra Señora de Fuensanta en Villanueva del Arzobispo.—*Bendición papal en los Mismos.*

30. Viernes.—Santos Víctor y Antonino, mártires; Honorio y Gregorio Iluminador, obispos y confesores; y Jerónimo, presbítero, doctor y fundador.

Como habrán visto nuestros lectores, puede ganarse, durante esta quincena, Indulgencia plenaria los días 21, 23 y 24. Para ganar estas indulgencias no se requiere más que visitar, en estado de gracia, cinco iglesias o altares, o si no los hubiere, un altar cinco veces, haciendo en cada uno de ellos oración por la exaltación de la Santa Madre Iglesia, extirpación de las herejías, propagación de la fe católica, y por la paz y concordia entre los Príncipes cristianos. Esta oración podrá hacerse en aquellos términos que á cada cual le dicte su devoción, ó bastará rezar, por ejemplo, ante cada altar cinco veces, ó por lo menos tres, la oración del *Padre Nuestro, Dios te salve, María, y Gloria*, pero siempre con la intención y fin indicados.

El culto de los Angeles es tan antiguo como el mundo, pues vemos que se les invoca en el Antiguo Testamento, y los mismos gentiles les rendían homenajes supersticiosos. La Iglesia católica, heredera de todas las verdaderas tradiciones, ennobleció, purificó y consagró, desde su principio, el culto de los Santos Angeles, sobre cuyo punto están de acuerdo los Padres de Oriente y Occidente. Es indudable que los Angeles eran invocados antes de que se les hubieran dedicado fiestas y templos, y no se les había señalado un día particular, porque su culto estaba como incorporado en todas las oraciones públicas, en todos los sacrificios, y, por consiguiente, en todas las fiestas de la Iglesia. De los Angeles se hace mención en el Prefacio y en el Canon de la Misa; en el Salterio, que compone casi todo el Oficio canónico, reiteramos con mucha frecuencia la memoria de los Angeles; en las Letanías se nombra á los Angeles después de María, su Augusta Reina; y así como se celebraba una fiesta general de la Beatísima Trinidad, del Santísimo Sacramento y de todos los Santos, antes que hubiera solemnidades particulares establecidas en honra suya, del mismo modo se celebraba la fiesta general de todos los Angeles, cuyo culto se enlaza á toda la liturgia católica, antes que se les hubiese designado fiestas y templos particulares.

No tenemos en la Iglesia más que tres Angeles conocidos con nombres particulares. San Miguel, nombre que, según San Gregorio, significa *¿Quién como Dios?* San Gabriel, nombre que vale tanto como *Fortaleza de Dios*, y San Rafael, nombre que viene á significar *Medicina de Dios*. San Miguel ha sido siempre considerado como jefe y cabeza de todos los coros angélicos, y protector de los hijos de Dios. En el capítulo X de Daniel se llama á San Miguel el primero de todos los Angeles. *Ninguno me asiste en todas estas cosas, si no es Miguel, vuestro Príncipe*, decía el Angel que hablaba con el Profeta; y el mismo Angel, hablando de lo que había de suceder al fin del mundo, le dijo: *Entonces se verá al gran Príncipe Miguel que toma la defensa de los hijos de tu pueblo*. En el Apocalipsis de San Juan se habla del combate entre Miguel y los Angeles rebeldes. *Dióse en el cielo una gran batalla: Miguel y sus Angeles peleaban con el dragón; el dragón y los suyos peleaban contra Miguel; pero quedaron venci-*

dos, y desde entonces no han vuelto á parecer por el cielo. Creen muchos que también fué San Miguel el que se apareció á Josué después del paso del Jordán, ofreciendo al caudillo israelita su apoyo para la sujeción de los cananeos. También quieren algunos que fuera San Miguel el que se apareció á Gedeón para moverle á libertar al pueblo de Israel de la servidumbre de los Madianitas, y el que representó á la Majestad de Dios, así en la zarza ardiendo, como en el monte Sinaí. Lo que no admite duda de ningún género es que desde los primeros tiempos de la Iglesia, San Miguel ha sido siempre venerado como especialísimo protector del pueblo fiel; atención hecha á que desde la ascensión del Señor á los cielos no tenemos aparición alguna auténtica de San Gabriel y San Rafael, siendo así que han sido varias las veces en que San Miguel se ha aparecido á los fieles, en muestra de su particular protección á la universal Iglesia. Las más célebres son la de Roma, en cuya memoria erigió el Papa Bonifacio III una iglesia sobre la eminencia de la mole *Adriana*, que por esta razón se llamó monte, y hoy castillo del Santo Angel, y la del monte Gargano, en Francia, que tuvo lugar el año 493, bajo el pontificado de Gelasio I. El monasterio del monte San Miguel, en las costas de Bretaña, recuerda otra aparición del Arcángel á San Auberto, Obispo de Avranches, en el año 700. El célebre y magnífico *Michalion* de Constantinopla, erigido en el siglo IV, prueba, no sólo la antigüedad del culto de San Miguel, sino su universalidad, lo mismo en la Iglesia de Occidente que en la de Oriente.

En las leyes eclesiásticas publicadas en 1014 por Eitelredo, rey de Inglaterra, leemos lo siguiente: «Todo cristiano que tenga la edad prescrita ayunará tres días á pan y agua, no comiendo más que raíces crudas, antes de la fiesta de San Miguel, é irá á confesar y á la iglesia con los pies descalzos... Cada sacerdote irá tres días con los pies descalzos en procesión con su pueblo, y cada cual preparará los víveres que necesite para tres días, observando, sin embargo, que no haya nada de gordo, y que se distribuya todo á los pobres. Todos los servidores serán dispensados del trabajo durante estos tres días para celebrar mejor la fiesta, ó no harán sino lo necesario para su uso. Estos tres días son el lunes, el martes y el miércoles, antes de la fiesta de San Miguel.»

La mucha extensión que han alcanzado las anteriores líneas nos impide hacer ya otra cosa que recordar á los fieles que en la presente quincena se celebran las fiestas de Nuestra Señora de las Mercedes, tan íntimamente ligada á la historia de nuestra patria, y en particular á la de la gloriosísima monarquía aragonesa; la del insigne Santo Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia, y la del glorioso San Jerónimo, autor de tantos libros admirables, y que, como canta la Iglesia en el oficio del día, fué particularmente escogido por Dios para explicar la *Escritura Sagrada*. Sabido es que los cuatro Doctores principales de la Iglesia son San Gregorio, San Ambrosio, San Agustín y San Jerónimo. El culto de San Jerónimo se ha extendido en España más que en ninguna otra parte del orbe cristiano, merced á la insigne Orden religiosa que lleva su nombre, y en cuyo seno se han formado tantos ínclitos varones que han sido glorias inmarcesibles de la Religión y de la patria.

J. F.

ESTAR DE MÁS

RELACION

POR

FERNÁN-CABALLERO

PRÓLOGO DEL AUTOR

ORTO será, pues se escribe sólo para contestar á los que nos echan en cara hablar en nuestros escritos demasiado religiosamente, hasta el punto de haberlos honrado *La Discusión* calificándolos de *novelas devocionarias*. Diremos, en primer lugar, que difícilmente se pintaría exactamente las costumbres y

la sociedad española, alta y popular, sin este requisito; y en segundo lugar, contestaremos con este corto diálogo que sostienen en el cuadrito *Vulgaridad y nobleza* el noble capatáz Pascual y su vulgar amo D. Anacleto:

—«Erraste la vocación, Pascual; debías ser Cura, pues eres más místico que los Santos Padres, y echas más textos de Escritura que un predicador.»

—«¿Qué, señor! ¿Pues si no sé más que la doctrina!»

—«Pero la metes en todo, como el tomate.»

—«Señor, para eso se nos dió, contestó el capatáz con gravedad.»

Al Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cuelo.

MI MUY QUERIDO AMIGO: Si el dedicar un escrito pudiera interpretarse como señal de graduarlo digno de la persona á que va dedicado, no estaría, por cierto, al frente de esta atropellada relación el nombre de usted. Pero el nombre de usted, tan distinguido entre todos los que de fama gozan, pues en usted brilla en todos conceptos la distinción, así como brilla el oro á todas luces, está puesto aquí, no sólo por la simpatía y por la amistad, sino también por el corazón, ufano de publicar las aficiones que le llenan y le honran, pues dice un refrán: *«dime á quién prefieres, y te diré quién eres.»*

FERNÁN CABALLERO.

ESTAR DE MÁS

Si quieres estar en la vida, guarda los Mandamientos. Si quieres conocer la verdad, créeme. Si quieres ser mi discípulo, mígate á tí mismo. Si quieres poseer la vida bienaventurada, desprecia la presente. Si quieres ser ensalzado en el cielo, humíllate en el mundo. Si quieres reinar conmigo, lleva también conmigo la cruz.

Imitación de Cristo.

Villaplana es un pueblo situado en la parte llana de Andalucía, que se extiende desde Córdoba hasta la sierra de Ronda, y es de los menos nombrados y visitados entre los de su categoría. Visto de lejos, desnudo de arbolado, no tiene nada de ameno ni de pintoresco; pero la altura de la torre de su iglesia, la blancura de las casas que le rodean, como palomas alrededor de su palomar, le dan una monotonía grave, que no carece de atractivo para aquellos que no se empeñan en dar reglas al gusto, que es lo que menos se sujeta á ellas, influido como lo está por mil causas diversas en cada individuo.

Los caminos que al pueblo conducen son llanos, pero malos, y atraviesan solitarias dehesas, cuya vegetación robusta y vigorosa se ensancha, pero no se alza como el bueno y honrado campesino. Se pasa por predios que fueron pinares del común, y que, modernamente vendidos, han sido cortados en su totalidad por la codicia, dejando el suelo arenoso que ocupaban á sus retoños, á los que despojan de sus ramas para que crezcan más de prisa, haciéndoles aparecer altos, débiles y desgarbados como muchachos en la edad desgraciada. Al acercarse al pueblo, encajonarse los caminos en vallados.

¿Qué cosa tan linda son los vallados! Parecen guirnalda de hojas y flores extendidas sobre los campos, como para guarnecerlos é interrumpir la monotonía que el cultivo les imprime! Todas las flores y plantas desterradas de ellos, cuando están metidos en labor, se aglomeran en aquellas pequeñas alturas alrededor de las pizas ó aloes que las amparan, formando una builanga vegetal, en la que se afanan las flores en sacar sus lindas caras entre la multitud de hojas que las ahogan. Los lirios, margaritas y violetas se sientan al sol de Dios en las laderas de los vallados, y gozan de la vida en compañía de los pájaros, mariposas y demás seres, que desean como un bien la ausencia del hombre.

Subiendo por la calle Real se llega á la plaza; ésta tiene frente á la iglesia, y frente á la iglesia el Ayuntamiento, cuyo piso bajo ocupan el Correo y el Juzgado. El lado derecho de la plaza le ocupan las paredes de un convento de monjas, en otros tiempos limpias y bien conservadas, y hoy día desmoronándose, y el lado izquierdo de la plaza lo ocupa un grandioso caserón denominado el palacio del duque, aunque de palacio solo tiene las armas

de su dueño, esculpidas en piedra, colocadas sobre la puerta de entrada.

El gran patio de este palacio está enchinado; una ancha escalera conduce á los corredores altos, rodeados de una baranda de hierro, excepto el que á la izquierda conduce á la sala, que por haberle necesitado el frío (que, á no dudarlo, ha aumentado en tiempos modernos), se ha cerrado con un tabique, dejando hueco para dos ventanas, y formando así una antesala á las habitaciones, con vistas á la plaza; estas consisten en dos salones, el uno que era la sala de la familia del administrador del duque, y la otra constituía su despacho. A izquierda del testero de la sala principal había una puerta que conducía á una serie de alcobas que tomaban luz de grandes ventanas que daban al corredor descubier-to; un comedor enorme y una cocina mayor componían el costado situado frente al de los salones, y este conjunto, con altos techos y antiguo portaje, componían el viejo y abandonado edificio.

Dícese, y con razón, que la gente hace las casas, y así había sucedido con ésta, que por infinidad de años había sido habitada por un administrador viejo, viudo y sin hijos, que no salía de un cuarto cercano al comedor que le servía de sala, alcoba y despacho, habiendo tenido constantemente las demás habitaciones cerradas ó sirviendo de graneros; pero había algún tiempo que con la venida de un nuevo administrador, su mujer y su hija, había cambiado completamente el aspecto de dicho edificio; la limpieza había reemplazado el polvo; cortinas á las telarañas; esteras y muebles, aunque sencillos, cómodos, ocupaban las viviendas; profusión de macetas perfumaban el ambiente, y cantidad de pájaros, cantando en sus jaulas, interrumpían alegremente el silencio, hasta entonces austero y solo regente de aquel edificio.

Don Ignacio Arana era hijo del administrador general del duque, dueño del descrito caserón. Su padre lo empleó en aquellas oficinas, y le dió, joven aún, el encargo de llevar mensualmente una pensión que le tenía señalada el duque á una parienta suya que había perdido su marido, que era militar, y había quedado sin recursos y con una hija.

Eran madre é hija modelos de virtudes adquiridas en el retiro en que vivían. Los jóvenes se amaron, y se casaron con pleno beneplácito de sus padres, pues para el de Arana no fué óbice la pobreza de la novia en comparación de la felicidad de su hijo, y no lo fué para la madre de ella, por la misma razón, el descender un tanto de clase. Su felicidad fué ciertamente completa al nacerles una preciosa niña; pero como la felicidad completa no es duradera, con aquella ocasión perdió la mujer su salud. Todos cuantos medios se emplearon para curarla fueron inútiles, y quedó desde entonces valetudinaria. Últimamente le aconsejaron los médicos salir de Madrid y habitar el Mediodía de la Península, y habiendo por entonces acaecido la muerte del administrador de aquel pueblo, en el que tenía el duque grandes bienes, pidió y obtuvo fácilmente dicha administración D. Ignacio.

Llegó, pues, D. Ignacio Arana con su mujer y su hija Blanca á Villaplana; como sucede en general en España, fué cordialmente acogida esta familia, y no tardó este primer afecto en trocarse en calurosa amistad cuando fué conocida.

Madre é hija eran muy parecidas; de manera que la primera, habiendo perdido la belleza de la juventud y de la salud, parecía el sol lánguido que se pone, y la segunda, con la frescura y lozanía de la salud y de los diez y ocho años, parecía el sol luminoso que se levanta. Pero ambas en el retiro (que por causa de los males de la una habían vivido) no se cuidaban de su bien parecer, y menos conocían el inmoderado deseo y afán de agradar conocido con la moderna palabra de coquetería, que no creo haya admitido todavía el Diccionario, que se ha mostrado más intransigente con la palabra que la sociedad con la cosa. Tenían su madre y Blanca uno de los más bellos dones que puede hacer la naturaleza á la mujer, pues con él le presta su mayor encanto, esto es, una dulzura inalterable. Sus mayores emociones no tenían nunca otro intérprete que las lágrimas, pero tranquilas y calladas; así sucedía que, teniendo D. Ignacio el genio vivo, si por algún

raro acaso se incomodaba, se veía tan luego apaciguado por una sonrisa ó por una lágrima.

Entre las personas que habían muy en breve intimado con esta familia se señalaba el médico, hombre que, aunque no llegaba con mucho á los cuarenta años, parecía haberlos cumplido por lo sentido de su carácter y maneras, por la falta completa de pretensiones en su vestir y su producción, y por sus gustos tranquilos y estudiosos. Había hecho profundos estudios de su ciencia, los que continuaba en todas las revistas y obras que sobre ellos se publicaban, así en España como en el extranjero. Esto había bastado y bastaba para llenar toda su existencia. Hijo único del anterior médico del pueblo, éste le había dejado una pingüe herencia, que le hacía vivir holgadamente y sin deseos de aumentarla. Los cuidados que había prestado á doña Teresa, mujer de D. Ignacio, fueron asiduos y acertados, siendo menos frecuente la horrible crisis que padecía. Al par de esto, como era hombre tan entendido, había dado á D. Ignacio nociones y consejos sobre los asuntos de su administración, en extremo acertados; de manera que D. Ignacio, que era hombre de talento y de mundo, había conocido y apreciado las excelentes dotes de cabeza y de corazón del Doctor (que así le denominaba siempre), que su falta de pretensiones y de fatuidad ocultaban en parte á los ojos vulgares; unido este conocimiento á la gratitud que por él sentía, habían producido en D. Ignacio la más viva amistad hacia aquél de quien reconocía la superioridad.

—Pero, Doctor, solía decirle. ¿Por qué vive usted aquí retirado y desconocido? ¿Por qué no se traslada usted á una capital?

—¿Para qué? contestaba el Doctor.

—Para hacerse conocido.

—¿Para qué? repetía el interpelado.

—Para procurarse una brillante posición.

—¿Para qué, si estoy satisfecho con la mía?

—Para que se conozca su nombre y alcance usted gloria.

—¿Para qué, si no la ambiciono?

—Para hacerse rico.

—¿Para qué, si con lo que tengo me sobra, y no sé qué hacer con lo que me sobra? Así es que heroseo de continuo la casa en que mis padres vivieron y yo nací, por tal de darles trabajo á los jornaleros. Estoy asistido con el mayor cariño y acierto por dos antiguos y fieles criados; así es que sólo me ocupó en dar gracias á Dios por sus beneficios.

—Decididamente es usted un cena á oscuras, y no conoce la noble ambición.

—Seguramente que desconozco esa fatal hija de la vanidad y del orgullo, modernamente ennoblecida como tantos otros plebeyos.

El otro amigo que D. Ignacio había adquirido era el juez, señor de setenta años, alto, derecho y delgado, nombrado D. Justo Recto, y por cierto que así el nombre como el apellido le cuadraban; pero á pesar de esto había llegado á la vejez sin haber tenido en cuarenta años un sólo ascenso, porque por los mismos principios severos del deber que tenía, no se había inmiscuido en política, ni afiliado á partido militante alguno. Eso, y el ver á su hijo, joven audaz y bullicioso, que había llegado á Regente de una Audiencia, mientras él permanecía juez de distrito, le tenía agriado y descontento.

El tercer amigo que tenía D. Ignacio era D. Sebastián López, el labrador más rico del pueblo, del que no había estado ausente sino sólo dos días, que se le habían hecho siglos.

Este señor, padre de numerosa familia, tenía buenas luces naturales, buen sentido y gran acopio de conocimientos agrícolas; no había leído un libro ni aprendido más que la doctrina, que no se le había olvidado nunca.

Una noche de invierno hallamos á todas las mencionadas personas reunidas en la sala del palacio. Junto á la ventana, en un ancho y cómodo sillón estaba sentada la doliente doña Teresa, liada en un gran pañolón de lana dulce. A su frente estaba sentada en una silla baja doña María Josefa, mujer de D. Sebastián. Sus cabellos entrecanos estaban primorosa y lisamente peinados y recogidos en un rodete y sujetos con una peinetita de concha; vestía un vestido de buen percal, y un pañuelo de espu-

millas de Manila cubría su pescuezo y sus hombros. Como de costumbre, después de dar las buenas noches y preguntar por su salud al ama de la casa, tenía inclinada la cabeza sobre el pecho, y dormía.

Delante del sofá estaba colocada la estufa ó mesa de enaguillas con su brasero; á un lado estaba sentada Blanquita, ocupada en bordar una almilla para su madre, á la que no perdía de vista por si algo se le ofrecía.

En un ángulo del sofá estaba sentada, liada en un tartán, una señora de mediana edad, cuya cara, de finas facciones y hermosos ojos negros, hubiera sido singularmente bella si algo de vulgar y de parado no le hubiesen robado su mérito. Era esta señora hermana de D. Sebastián, y viuda de un coronel, que murió dejándole un hijo, el que al morir recomendó á un hermano suyo, que cuidó de la educación del niño, y que, á pesar de la oposición de su madre, había dado la carrera de marino. Este joven, notablemente aventajado, hacía tres años que navegaba por lejanas mares, lo que tenía afligida á su madre, que lo amaba con esa pasión con que aman las madres, y más si es único el objeto de este cariño apasionado.

En el lado de la estufa, frente al sofá, estaba sentado un joven alto, flaco, feo y chocante, haciendo suertes y paciencias con naipes, y diciendo á media voz vaciedades á Blanquita, la que procuraba y fingía no oír.

Era éste el hijo menor de D. Sebastián. No había querido ser labrador, como sus hermanos, sino remontar el vuelo é ir á estudiar á Sevilla. Su padre no quería, conociendo los cortos alcances y malas inclinaciones de su hijo; pero su madre, de quien era el Benjamín, al fin consiguió de su padre que el niño fuese á Sevilla. Allí lo que aprendió (además de otros vicios) fué la burla, el sarcasmo y el desprecio á todo aquello que los demás acataban, así como á no considerar nada serio en este mundo ni en el otro sino el dinero.

Algo distante estaban sentados, alrededor de una mesa de tresillo, D. Sebastián, el Juez, el Doctor y D. Ignacio.

La noche era de temporal; el viento soplaba con una violencia tal que movía las viejas puertas, y mujía en los largos corredores tan fúnebremente como si viniese á anunciar desastres; la lluvia caía á raudales, y, acercándose gradualmente, se oía cada vez más fuerte el estampido del trueno.

La madre del marino, doña Carmen, había salido de su acostumbrada apatía. —¡María Santísima! exclamaba cruzando las manos; ¡mi hijo! ¡mi pobre hijo! ¿Dónde le cogeré esta tempestad? ¡Ay, qué dolor! Hijo de mi alma, que teniendo con qué vivir te han engreído, expuesto á tantos peligros, teniendo siempre expuesta tu vida y en un hilo el alma de tu madre.

—No seas terca ni necia, le dijo su hermano; te he dicho mil veces que el tiempo varía á corta distancia, y que los temporales de aquí no llegan á Cuba ni á Manila, y puede que ni aun á Sevilla.

—No obstante, esto aterra, dijo al oír otro trueno, conmovida, doña Teresa.

—Sí, por cierto, dijo doña María Josefa; son avisos del Señor á los hombres, con los que nos muestra cuán fácil le sería destruir lo que ha creado.

—Vamos á rezar, clamó angustiada doña Carmen; vamos á rezar el trisagio.

—Vamos, exclamaron todos los demás.

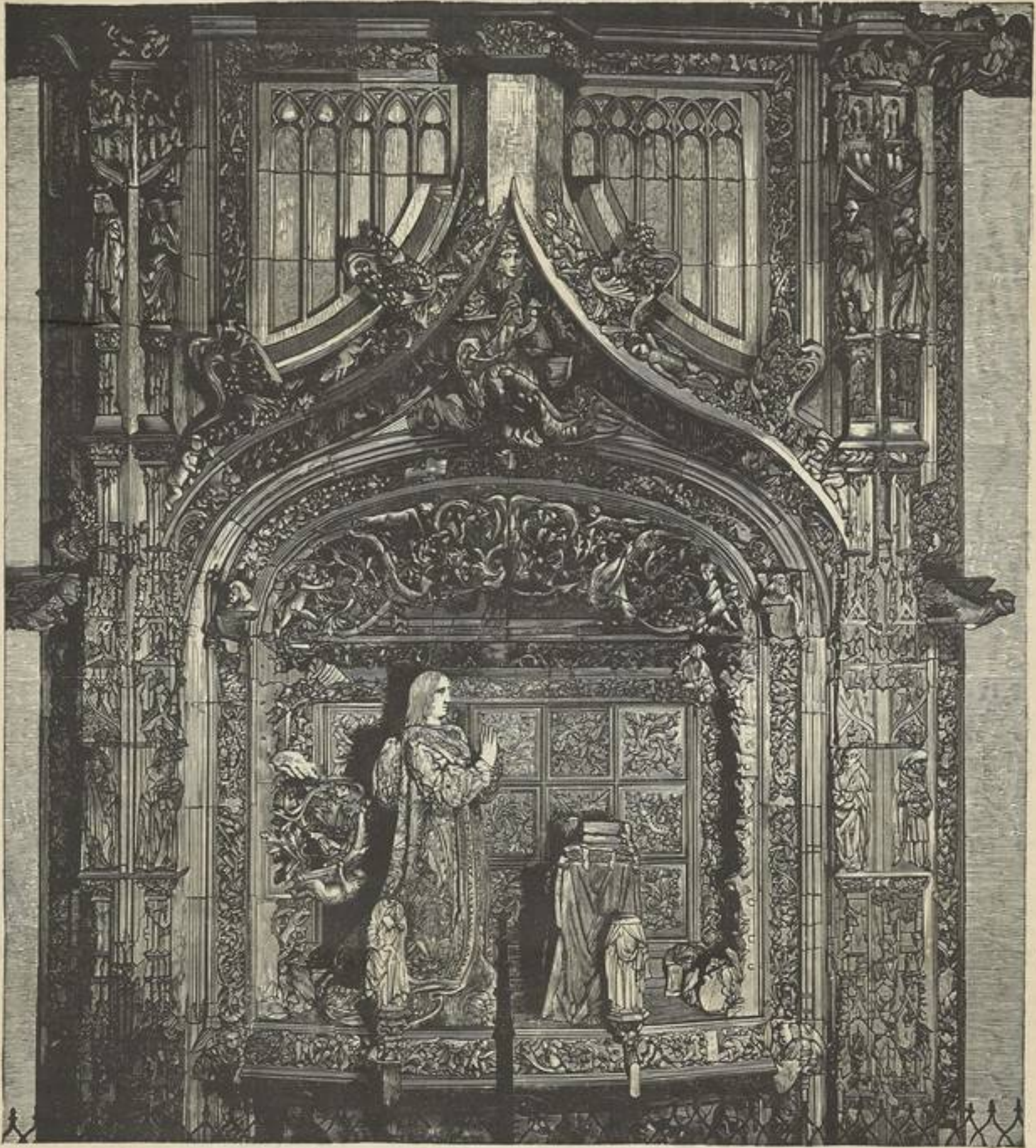
Blanquita se levantó apresuradamente para ir á traer el rosario.

—En otra ocasión, dijo con una risita burlesca el ex estudiante, mi madre también acudió á su panacea, y mientras San Jeremías oía cantar en el cielo, cayó un rayo en el suelo, matando los mejores bueyes de la masía.

—Calla, impío; calla, hereje, le gritó su tía angustiada.

—Pero ni cayó en la casa ni mató á ninguno. Es una broma, hermana, dijo doña María Josefa avergonzada, pero queriendo disculpar á su hijo.

(Se continuará.)



SEPULCRO DEL INFANTE D. ALFONSO EN LA CARTUJA DE MIRAFLORES (BURGOS)



EL GRAN MUNDO

Nuestro arte religioso

XIV

Al tratar de la música religiosa, ó mejor dicho, eclesiástica, en nuestra patria, cuatro cosas principales deben ser tenidas en cuenta: la música misma, ó sea la índole, carácter y tendencias de las dos grandes ramas en que se divide; el instrumental, y principalmente el órgano; los músicos y la práctica ó ejecución. El plan y el propósito de estos artículos no permite, ni hay para qué, tratar de la historia de la música sacra en España y fuera de ella, ni de las grandes cuestiones que dividen á los musicólogos antiguos y modernos acerca de muchos puntos que permanecen, y por las trazas permanecerán todavía oscuros por largo tiempo, si no por toda la vida de la humanidad sobre el planeta; basta á mi intento recordar, aunque muy pocos lo ignoran, que la música no ha seguido un rumbo paralelo á las demás artes en la vía del progreso. Parece que la empresa de analizar el sonido y la de sujetarlo, digámoslo así, en los signos de la escritura, ha superado en dificultad á la de representar las formas de los objetos, sus colores y las distancias ó términos en el plano; á la de reproducir en cuerpos sólidos los seres animados é inanimados, y á la no menos maravillosa de fijar en caracteres la palabra que expresa el pensamiento. La música propiamente dicha es una de las conquistas más modernas del ingenio humano, y también de las más laboriosas y que han progresado á pasos más lentos, si bien no ha experimentado, que sepamos, retrocesos tan lamentables como los que sufrieron la pintura, la escultura y la arquitectura en su condición de artes bellas. La imprenta había casi recorrido todo su camino, cuando la música aún estaba á la mitad del que debía seguir; y otros inventos, otras conquistas en el terreno del arte que nacieron mucho después, también han logrado en poco tiempo casi la perfección, cuando todavía la música necesita despojarse de muchas trabas. Recordaré también que todos los progresos que ha conseguido los debe á la Iglesia, pues la música, arte divino si los hay, empieza siempre á ser algo por la Religión, aunque sea falsa, pero Religión al fin, y que de esos adelantos cabe á la Iglesia de España no despreciable parte; de tal manera, que cuando Francia, Alemania, Inglaterra, Rusia y la Escandinavia apenas tenían música, cuando Grecia ya no sabía cantar, España mandaba á Roma sabios que figuraban allí con ventaja y honraban á nuestra Iglesia, poniendo su pabellón por cima de todas las demás naciones. Calmos, es cierto, en triste retroceso, aunque no tan grande como generalmente se cree; pero al fin nadie puede borrar aquellas grandezas, aquellos nombres ilustres de nuestra historia; y además, pronto pudimos adelantar lo bastante para dejarnos atrás, muy atrás, á la orgullosa Francia, cuya música propia, digo mal, cuya manera de concebir la melodía careció y carece de grandeza, como sabe muy bien todo el mundo, sin exceptuar á los franceses.

Entrando de lleno en el asunto, creo que se impone considerar á la música religiosa dividida en dos grandes ramas: el canto llano, que ha llevado por espacio de más de dos siglos el nombre de gregoriano, base de toda melopea en el templo, y la música medida y armonizada que llamamos de concierto, y que con tal que conserve en su estructura el carácter religioso, puede valerse de todos los recursos que permite el estado de adelanto en que se halle la música en general en un momento dado.

Somos tan culpables nosotros los españoles como los demás cristianos, de haber dejado que se perdiera el primitivo canto gregoriano y haberlo convertido en llano, pues no lo había sido nunca, á fuerza de mutilaciones y reformas que obedecían á un concepto, en gran parte erróneo, de la música religiosa, á la idea extremadamente ascética, aunque muy burda, de que la música sacra no debe deleitar el oído, y que es tanto más santa cuanto menos movida; concepto que responde acaso al

que informaba á ciertos ascetas, que excluían y excluyen todavía el órgano de los oficios divinos, y llegaron hasta inventar cantilenas desagradables, que algunos llaman *mamonías* (?), con el intento de alejar del coro toda belleza y atractivo.

Yo no juzgo este concepto, que, por otra parte, ya está juzgado por pensadores de grande autoridad, y que la Iglesia no ha hecho suyo, pues si bien no lo ha reprobado, tampoco lo ha seguido en la práctica de sus funciones, empezando por las iglesias de Roma. Como quiera que sea, es lo cierto que el canto gregoriano fué sustituido en mal hora por el llano, que apenas si es música, porque carece de estructura melódica y de pensamiento y frase musical en la mayor parte de sus canturias insulsas, monótonas é insufribles, verdaderas *monsergas* y *martillos*, como les llama el P. Uriarte, sabio agustiniano, que es uno de los musicólogos, quizá el más distinguido, de la Iglesia de España en nuestros días. Pero dentro de ese mismo estado de corrupción, que fué general en todo el mundo católico, con raras excepciones, nosotros fuimos los que con más lógica, y también con más pureza y hasta con alguna gracia, toda la posible, cantamos en los templos aquellas notas eslabazadas, sí, pero á las que supimos dar cierta grandeza y mucha solemnidad, á fuerza de tener buen gusto innato y gran piedad arraigada en el corazón.

Hubo, pues, un tiempo en que se cantó en España en todos los coros, de un modo edificante y grandioso, música mala, es cierto, pero que ejecutada por muchas voces con gran pausa y acompañada con buenos instrumentos, no carecía de cierta unción. Mala he dicho, pero no toda, porque hay en el canto llano trozos como el responso *Subvenite* y la antifona *In paradisum*, como ciertas antifonas muy características de los tonos 1.º, 4.º y 8.º, y aun alguna del 3.º, cual la de completas *Solvamus*, y otras varias que ofrecen pensamiento musical y frase correcta, aunque sencilla; hay también recitados muy bellos, como el del Prefacio, el *In manus tuas* y las cantilenas de la salmodia, vulgarmente llamadas tonos, y no faltan composiciones en canto medido, mezcla de llano y de música, que era un tiempo reminiscencia del antiguo gregoriano, y fué luego transición, paso de avance, en mal hora detenido, hacia la música verdadera de coro; me refiero á los himnos y al canto de *Glorias, Credo, Sanctus* y *Agnus*, en cuyo género hubo muchos españoles seculares y regulares que se dieron muy lindas trazas en componer preciosas canturias, llenas unas de triste grandeza, como cierto invitatorio de los Benedictinos, otras de suave alegría, como un himno á Santa Teresa, hecho por no se sabe qué Carmelita descalzo, y como el *Sacris solemnis*, impregnadas muchas de dulce piedad y con cierto corte clásico, según vemos en el *Tantum ergo* en cierto *Iste confesor* de los referidos Benedictinos, y en otro compuesto por un tal Sobejano, de Madrid; sin contar la inmensa variedad de *misas*, entre las que, si muchas son de pésimo gusto, con las notas mal aplicadas á la letra, las hay de primer orden, como las del famoso P. Carreras, y otras cuyo pensamiento y factura no desdefiarían algunos de los grandes compositores.

Toda esta música de coro, comparada con el canto llano francés, resulta oro enfrente de arena, y aun no pierde, ni mucho menos, ante las composiciones de los italianos.

El primero es monótono y pesado como ninguno; es demasiado llano, y tan falto de idea musical, tan ramplón, cuando no ridículamente afectado, que no puede oírse sin fatiga ó sin risa; el de Italia es algo más musical, pero tiene muchos puntos de contacto con el francés, y escasea mucho en melodías de verdadera belleza, como saben muy bien los que han viajado por ambos países.

Nosotros, es verdad, fuimos deformando el canto llano de mil maneras, ya haciéndole *arrastrado*, esto es, no llano, sino desigual, con series de notas cortas en escala, tendiendo ligadas hacia una larga que hace de cadencia; horrible é indigesta parodia del antiguo canto de Guido Aretino; ya, por el contrario, ejecutándolo *cortado*, es decir, con un brevísimo silencio entre nota y nota, cual si cada una de ellas tuviera encima un *staccato*; ya también ligán-

dolo demasiado. Estas tres corrupciones sistemáticas, propias de otras tantas escuelas, son realmente deplorables, mas no así otra desviación en que caímos, pero sin poderlo remediar, y precisamente por nuestro buen instinto musical. Hablo del movimiento espontáneo, casi inconsciente, que nos arrastraba y nos arrastrará siempre, mientras haya en el mundo canto llano, á convertirlo en música, tanto por cierta especie de ritmo libre, como por la tonalidad. Porque no es posible negarlo, el canto llano, de notas siempre de igual duración, es imposible, sobre todo para las organizaciones verdaderamente artísticas ó de buen instinto. Cuando se canta un trozo desconocido, y por añadidura insulso, es más fácil hacerlo llano; pero si tiene sombra de frase, por insignificante que ella sea, y la necesidad del culto obliga á repetirlo con frecuencia, es irresistible el movimiento que nos lleva á hacer aquí un silencio, allí un ligado, más allá una pequeña cadencia, ó algo así como un calderón, obedeciendo á cierto espritu rítmico que aprovecha los lugares propicios del discurso, duro é imperfecto, lo hermosa y devasta, *musicalizándolo*, valga la palabra. Por esto se observa, y puede comprobarlo el que quiera, que unos trozos se cantan como están escritos, con notas iguales, otros, los más usados en el año, de un modo muy distinto á su notación, con cierta estructura musical.

Esto mismo sucede en cuanto al tono. El canto gregoriano obedece á un principio tonal bastante diferente del moderno, pero no por elección filosófico-artística de sus formadores, como pretende la escuela francesa de Gueranger, Pothier, Bonhomme y los Benedictinos de Solesmes, cuya representación lleva briosamente entre nosotros el sabio agustino antes citado; no por eso, sino porque tal era el estado de la música en aquellos tiempos, que nada en ellos se encontró más religioso y fácil á un mismo tiempo; que si conocieran nuestro sistema tonal, no puede haber duda que de él se hubieran valido exclusivamente. Pero después, cuando la verdadera música basada en este mismo principio tonal moderno (escala mayor y menor con el procedimiento armónico de ellas deducido) venció, porque no podía menos de vencer, puesto que era más perfecta y con ella se hacían posibles las más grandes sublimidades, la expresión de todos los pensamientos y la perfecta confección de los discursos; después que se infiltró, digámoslo así, en todas las naturalezas, fué imposible conservar en la práctica, si es que alguna vez hubo práctica (que yo lo dudo, no sin fundamento), la tonalidad gregoriana, é instintivamente poníamos los españoles, lo mismo que los franceses, los italianos y todo el mundo, bemoles y sostenidos allí donde el buen gusto los pedía, inspirado en el sistema de escalas mayores y menores, únicas ya posibles, y quedó el canto llano en todas partes convertido en música sin medida rigurosa, con cierta especie de ritmo libre y tonalidad moderna. Todos los esfuerzos que hicieron algunos amantes de lo antiguo, todas las disertaciones arqueológicas, todos los conatos restauradores, resultaron infructuosos. Suscitóse aquí, como en todas partes, la polémica del *trítono* y de los sostenidos y bemoles, sobre si había que hacerlos aunque no estaban escritos, y si no lo estaban porque de puro conocida su necesidad no se escribían, ó si no estaban escritos porque no encajaban en el sistema gregoriano; polémica que terminó como terminaría el empuje de un carrimato por detener una locomotora; el impulso, si se quiere brutal, de la verdad, lo arrolló todo, y entonces como hoy, y digan y hagan lo que quieran los restauradores franceses, como mañana, se cantó por música, y nada más que por música, y se enseñó en todas partes canto llano solfeado con escalas mayores y menores, con su nota sensible y sus alteraciones; y los organistas armonizaron con acordes vivos y disonantes mezclados con los consonantes, y el sistema gregoriano se hundió en el archivo de la Arqueología.

Este era, pues, el canto llano (así lo llamábamos por rutina, aunque ni lo era ni dejaba de serlo), que usábamos lo mejor que Dios nos daba á entender; y seguramente, como he dicho, con más arte, gracia, solemnidad y grandeza que nació alguna cris-

tiana, cuando la revolución nos invadió, y sumiéndonos en la pobreza, dejó desiertos los coros, aun los de las catedrales, cerró las escuelas de música de las grandes iglesias, centros, como ahora se dice, de que salió toda nuestra música antes que nadie inventara los únicos bastante execrados Conservatorios laicos, y donde se enseñaba a cantar y a pulsar los instrumentos como no se enseñó ni se enseñará nunca en dichos establecimientos industriales, donde todo es mentira, como en la Iglesia todo era verdad. Pobres los templos, vacíos los coros, sin porvenir la vida del cantor eclesiástico, en la indignidad los Seminarios, sin escuelas ya la Iglesia española, el canto llano cayó en desdoro, porque ejecutado por pocos se hace más desagradable de lo que él es; y si estos pocos son legos y profanos mercenarios que lo mismo cantan en el templo que en el teatro, aún más; y así con la invasión de la música de ópera, con la influencia deletérea de los Conservatorios, y la perversión del gusto propio de los pueblos influidos por la revolución, murió, porque muerto está, el canto eclesiástico, y quedó como una momia, como un resto de edificio derruido que se hace servir para rellenar huecos. Hoy es, como dice el P. Uriarte, una *monstruosa* insufrible, un entreacto para hacer boca mientras llega el Gloria ó el Credo, sobre motivos de zarzuela; es una monstruosidad ejecutada por malas manos, aborrecida y ridiculizada por el pueblo que la llama *gori gori*, sin distinguir ya el canto de gloria de el de difuntos ó de penitencia, desdeñada por los sabios y... ¡hasta por los arqueólogos y los inteligentes de buen gusto! despreciada también, fuerza es decirlo, por el mismo Clero, que ya no estudia canto llano en los Seminarios ni cosa que lo valga; y en fin, una rutina, cuya desaparición desea todo el mundo, aunque por distintos y opuestos motivos; unos lo rechazan por reemplazarlo con música profana; otros, por poco religioso, quieren sustituirlo con el antiguo gregoriano, que erróneamente, á juicio de casi toda la república musical, creen poder restaurar; y otros porque desean una reforma radical en armonía con la música moderna, aprovechando todo lo bueno antiguo. Mientras tanto, los que componen canto llano y mixto han perdido los papeles, y los que cantan sin gusto ni unción, y sólo por rutina, sin cariño, los tienen perdidos también. Mientras llega la reforma, ¿no podríamos cantar, regularmente siquiera, lo que bien cantaron nuestros padres? Yo creo que no podemos. Este es el estado del canto llano en nuestros días.

JOSE FERRÁNDIZ.

Las cercanías de Madrid

Se ha dicho y repetido mil veces: Madrid está fundado en un desierto. Por eso critican muchos á Felipe II, y por eso precisamente un amigo mío de grande ingenio era profundo admirador del hijo de Carlos V. «Si aquí no se establece la corte, decía mi amigo, el interior de España sería hoy un desierto como el Sahara; desde el Tajo hasta el Ebro habría que viajar en caravanas.» Lo que es en el fondo igual á lo que decía otro ingenio sobre la situación actual de la Península, en el caso de que Felipe II hubiera puesto la residencia del gobierno central en Lisboa, Sevilla ó Barcelona: «¡Qué hermosa nación sería ésta, exclamaba; toda un jardín, y con un gran coto de caza en medio!» Es indudable que Castilla la Nueva no existiría ya, á no contar en su centro con un foco de riqueza, de prosperidad, de vida, en suma, como el que la política ha colocado en ella.

Quizás en ninguna otra provincia es tan marcado y chocante el contraste entre la capital y la provincia. De una población de 400.000 habitantes, la estadística baja de repente á miserables aldeas de menos de cien vecinos. Alcalá de Henares es el único poblado de importancia relativa que hay en toda la provincia, y lo debe á la influencia oficial, á ser cabeza de cantón, á tener Colegiata y Seminario de Escolapios, y Archivo, y Galera, y Asilo municipal

de Madrid. Sin los tres ó cuatro regimientos que la guarnecen; sin los Canónigos; sin los profesores y colegiales de los Escolapios; sin los empleados en el Archivo; sin reclusas y sin asilados, la antigua ciudad Complutense no sería más que una tumba alrededor de otra tumba, el sepulcro de una ciudad rodeando el sepulcro de Cisneros.

Por la vía férrea de Andalucía encuéntrase los mejores pueblos de la provincia. Primero Getafe, con su grandioso y afamado Colegio de Escolapios, al que concurren niños y jóvenes manchegos y extremeños; después Pinto, pueblucho feo y basto, al que la fábrica de chocolates de la Compañía Colonial presta cierto realce y animación relativa; luego Valdemoro, en que pasó sus últimos años el insigne novelista Alarcón; después Ciempozuelos, en el que los frailes de San Juan de Dios han establecido un manicomio; y por último Aranjuez, verdadero oasis de los desiertos castellanos, con su bosque secular en que anidan millares de millones de pájaros, sus caudalosos ríos de floridas márgenes, surcados por barquichuelos que á la luz de la luna semejan fantásticas gondolas, sus jardines tan bien cuidados como salones, y su palacio bello y severo, en que se retrata, como en bruñido espejo, la fisonomía artística, el génio de Juan de Herrera. Nada tan soberbio en hermosura como la fachada del palacio al río Tajo, con su grandiosa cascada, que es una montaña de perlas en vertiginoso movimiento, un sueño de poeta, un poema compuesto por el arte en colaboración con la Naturaleza. Por allí delante bogan los esquites de la casa real, pintados de blanco y oro, recordando las falias doradas en que discurrían por los lagos de Italia y por el Arno, los príncipes y damas del Renacimiento. Aranjuez está lleno de recuerdos, pero no muy antiguos. La tradición borbónica, al revés de lo que sucede en El Escorial, ha borrado allí la de la casa de Austria, por más que el fundador de San Lorenzo fuéralo también del Palacio y jardines de Aranjuez.

Pero los árboles de este Real Sitio y sus jardines parece que han olvidado tan antiguas historias, y lo que os cuentan en el indefinible y misterioso idioma de sus vagos rumores, es la celebre algarada del 19 de Marzo de 1808, en que un pueblo viril fué á despertar de su bochornoso sueño á una corte corrompida; os refieren también las galantes aventuras de Fernando VII, y aquellos últimos años de su reinado que cuando se estudien y conozcan bien quizás reconcilien á la posteridad con el hijo de Carlos IV. De Isabel II tampoco faltan recuerdos en Aranjuez. Durante la revolución, el pueblo del Real Sitio se distinguió por su ardiente republicanismo. Alfonso XII escribió allí, cuando el cólera, la página más bella de su reinado. La Reina Regente ha vuelto á poner de moda las temporadas primaverales de Aranjuez.

Porque este pueblo, para la primavera quizás no tenga dignos rivales, sino en Puerto Real y otras poblaciones de la bahía de Cádiz. No se cree uno en la monótona y árida Castilla bajo aquellas colosales bóvedas de verdor, sostenidas por gigantes columnas de troncos vestidos de yedra. Por todas partes se oye el cristalino murmurar del agua corriente, y el gratisimo gorjeo de los pájaros, y el murmullo de las hojas. Hay parajes nemorosos, escondrijos de selva, medrosos túneles y misteriosas crugias. Las riberas de Tajo y Jarama son encantadoras.

A uno y otro lado del oasis dilátase, no sin cierta majestad, el desierto. Pero ¡qué desierto!

En los últimos días he recorrido casi todo el partido judicial de Getafe, lindando con el término municipal de Madrid, y he quedado admirado de tanta pobreza, de tanta ruindad, de tanta miseria. Villaverde casi es un arrabal de la corte; á pie no dista media hora de la Puerta de Toledo, y, sin embargo, cuando estáis sentados en la plaza del pueblo, delante de la humildísima iglesia, sobre el poyo de piedra que adorna la fachada de la sucia taberna que por toda muestra ostenta un ramo de árbol sobre la puerta, y por todo surtido tiene un pellejo de peleón sobre el mostrador viejo, pintado de color de chocolate, deshecho de los deshechos del Rastro; cuando contempláis las miserables casuchas de adobes mal cocidos, las tapias de tierra, el

aspecto ruinoso de todo; y más allá la campiña árida, de color gris parduzco, sin agua, sin flores, sin árboles, sin pájaros, sin accidente alguno en que pueda gozar ni posarse siquiera con algún deleite la vista humana, os figuráis entonces á cien leguas de Madrid y aun del mundo civilizado, en alguna estepa rusa fronteriza de Siberia, en un yermo de la Tebaida, en un rincón de Marruecos. No os explicáis satisfactoriamente que sea aquella aldea una villa con tratamiento de V. S., ó sea con estación ferroviaria, y á pocos kilómetros de la Puerta del Sol.

Internándoos por el país, aumentan la desolación y la fealdad. Hasta Villaverde hay buen camino; pero de allí en adelante los lugares apartados de la vía férrea se comunican por sendas y caminejos de mala muerte que son más estrechos cada año, porque los labradores colindantes meten el arado todo lo que pueden, y falta policía que los contenga en sus legítimos términos. En agua no hay que pensar si no es la de tal cual fuente de caudal escaso, insuficiente aun para beber las personas y abreviar el ganado. De aquí la absoluta falta de árboles; absoluta digo, y no me retracto, porque los muy pocos, y generalmente raquíticos que se levantan detrás de las tapias de algunos huertecillos, sólo sirven para que por la comparación se ostente mejor la desolación de lo restante. Hay muchos pueblos (sirva de ejemplo Casarrubielos, ya lindante con la provincia de Toledo) en que no crece un solo árbol; ni uno solo: así como suena.

En Griñón, que es parada de los ferrocarriles portugueses, se ve un huerto bastante frondoso, y en el huerto un árbol que, según cuentan, produce á su dueño en los años buenos hasta 6.000 reales, como un oficial 5.º de administración que cobrase sin descuento. Aquel árbol y aquel huerto son famosos en toda la comarca, y se les reputa cosas de prodigio. Los dueños son envidiados de todos, y se les considera como á los seres más opulentos de todo el partido judicial.

Cubas, á dos kilómetros de Griñón, pasa por ser un lugar ameno, y debe á esa fama y á sus aguas relativamente abundantes, y en absoluto cristalinas y frescas, el privilegio de albergar una colonia de veraneadores madrileños. Pues bien, la frondosidad de Cubas se reduce á una alameda y á unos cuantos centenares de olivos, que no llegarán al millar ciertamente.

La tierra de sembrado de todo este territorio es tan miserable, que en la mayor parte no llega á medio metro de espesor. Así las máquinas de arar son inútiles; porque, penetrando en la tierra, lo que consiguen es sacar á la superficie la materia inútil y nociva para el cultivo. Es éste tan pobre, que pasa por rico el labrador que gana 5 ó 6.000 reales al año; y un bracero se contenta en verano con un jornal de 4 peseta, y en invierno con 50 céntimos. No es de maravillar, después de saber esto, que sólo en las cabezas de partido, y no en todas, se maten reses, cabras y corderos por lo común, y aunque el precio del medio kilo de esa carne babosa é inferior se vende á 65 céntimos, son muy pocos los que la compran; el alimento usual son las patatas. Saben guisarlas bien, á lo pueblo, como se dice en Madrid, y las comen para desayunarse, al medio día y por la noche. Y gracias á Dios que no falta.

Podéis recorrer impunemente todos estos pueblos con la seguridad de que no tendréis que gastaros un cuarto, por grandes que sean vuestros deseos de hacerlo. Sólo por maravilla es dable encontrar una botella de cerveza. No hay más que el vino, el vino de la tierra, el famoso peleón, líquido agradable, pero sin sabor, olor, ni ninguno de los atributos del hijo de Baco. Dicen que es muy saludable, y que abre las ganas de comer. Quédesse esto para los médicos.

Y sin embargo, estos pueblecillos tristes y pobres se llenan durante los meses de estío de veraneadores madrileños. La clase media los inunda. Para los horteras de la Plaza Mayor ó de la calle de Toledo y para los empleados de mediana categoría, poseer una casita en el pueblo es un hermoso sueño.

A veces, la construcción de esa casita es un poema de ahorro, de actividad, de ingenio. Se compra el terreno y pasan tres ó cuatro años antes de que comiencen las obras. Los materiales se adquieren

en el Rastro; allí se venden puertas, vigas, herraje, todo lo necesario. Las paredes suelen construirse de tierra. Porque lo esencial es que la casita tenga corral y jardín. El corral es la ilusión de la señora; el jardín es el orgullo del marido. Cuando la casa está concluida, cuando se la ha decorado de papel, estuco y yeso, y alhajado con muebles de almoneda, sus propietarios se creen los seres más felices de la creación. ¡Que vengan los socialistas con predicciones disolventes!... Ni en los parques de Alemania hay cañones bastantes para desbaratar y ametrallar á esos caribes... Dentro de sus muros de adobe, el nuevo propietario es un heroico defensor del orden social. Ha llegado á la tierra de promisión, y sentado bajo su higuera come tranquilo de los frutos de la vid, ó se los bebe, que es lo más frecuente. Lo único que lamenta ya es que la pícarra oficina ó la maldita tienda le obliguen á permanecer en Madrid durante toda la semana, y no pueda disfrutar de su propiedad nada más que los domingos.

Nada de esto es digno de burla. Por el contrario, si la propiedad es no sólo un derecho, sino que también un sentimiento del alma, en nadie puede observarse más clara y evidente esta verdad como en estos pequeños propietarios que han ido levantando su casita ladrillo á ladrillo ó adobe á adobe. Todo les habla eloquentemente dentro de los muros pobres y sagrados: aquella ventana se compró (¿te acuerdas, María?) cuando nació nuestra Isabel... Esta puerta la ganamos cuando D. Silvestre nos pagó la cuenta que creíamos incobrable... Toda la vida se ha perpetuado, se ha monumentalizado, como decía Alarcón, en el edificio. Y eso, digan lo que quieran los enemigos de la propiedad, es verdadera y legítima y muy elevada poesía...

A. SALCEDO.

EVANGELINA

ROMANCE DE LA ACADIA

por el poeta norteamericano

ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW

TRADUCIDO DEL INGLÉS EN OCTAVAS REALES

por el diplomático chileno

D. CARLOS MORLA VICUÑA

(Continuación.)

CVI

Cuando el poniente sol proyecta y tiende
De la herbosa pradera por la alfombra
De opaca nube que su rayo enciende
Y de frondosos árboles la sombra,
Oscuridad más lúgubre desciende
De la niña al espíritu; se asombra
De la larga tardanza, y determina
De la duda salir que la asesina.

CVII

Nuevas corre á inquirir. ¡Más le valiera
Quedar en su ansiedad y su ignorancia!
¡Infeliz! la desdicha es traicionera
Y se goza en probar nuestra constancia,
Al fin descubre la verdad severa;
Mas no sucumbe, no: dulce fragancia
De paciencia y virtud de su alma asciende,
Como luz que de lo alto se desprende.

CVIII

De abnegación sublime poseída,
Por los senderos de la villa vuela;
De sus males magnánima se olvida
Y las ajenas lástimas consueta.
¡Ah! no hay bálsamo, no, para la herida
Que ella en su amor cicatrizar anhela,
Y ya tiende la noche el negro manto
Sobre la población sumida en llanto.

CIX

Velada entre la sombra Evangelina,
Manando sangre de la abierta llaga,
A la sagrada cárcel se encamina
Y de sus muros en contorno vaga;

Solicita á escuchar allí se inclina...
Reina silencio en la prisión aciaga...
Clama en alto: ¡Gabriel! ¿Dónde estás? ¿dónde?
Y sólo el eco á su clamor responde.

CX

Torna triste á la granja abandonada
Por la desierta calle de la aldea;
Allí está aún la mesa aderezada,
La llama en el hogar chisporrotea,
Y alumbra aquella casa desolada
Su incierta luz cual funeraria tea.
A tanto horror su corazón vacila,
Y en su aposento tímida se asila.

CXI

El rumor de la lluvia entre las hojas
Al casto oído de la virgen llega;
Relámpago fugaz con lumbres rojas
A su vista la bóveda despliega;
Y el sordo trueno, en medio á sus congojas,
Cuando su rostro en lágrimas se anega,
Le recuerda que un Sér el mundo rige,
Y á Dios con fe su espíritu dirige.

CXII

Cuatro veces el sol puéstose había,
Y el gallo anuncia á la dormida aldeana
Que la aurora fatal del quinto día
Reviste ya la esfera de oro y grana;
A breve rato por tortuosa vía,
De labradores triste caravana
Cruza la faja de terreno angosta
Que separa la aldea de la costa.

CXIII

En toscos carros conduciendo vienen
Su sencillo, doméstico menaje;
Y antes que de su vista lo enajenen
Verde colina ó rústico ramaje,
A mirar, infelices, se detienen
Por la postrera vez aquel paisaje,
Mientras inconsciente el niño de la aldea
Alegre al tardo buey aguijonea.

CXIV

Así llegan del Gáspero á la boca
Y amontonan sus bienes en la playa.
Entre la nave y la poblada roca
Boga una embarcación ligera y gayá;
Ya el sol rojizo en el ocaso toca,
Y de la tarde el esplendor desmaya,
Cuando un redoble de tambor resuena
Que convoca la gente hacia otra escena.

CXV

La puerta de la lúgubre capilla
De pronto se abre, y salen escoltados
Los habitantes de la agreste villa
Por dos gruesas columnas de soldados.
Desde la iglesia á la arenosa orilla
Descienden, entonando himnos sagrados,
Como suele cantar el peregrino
Por aliviar las penas del camino.

CXVI

Plegaria de Católicas Misiones
Elevan al cruzar por la pradera;
«¡Fuente de inagotables bendiciones,
Corazón de Jesús, haznos ligera
Esta carga de acerbos aflicciones
Que hoy nos impone Providencia austera!»
Y unen sus trinos á las voces graves
Como alados espíritus las aves.

CXVII

En medio de esta probación tremenda
Ni un solo instante la doncella gime;
Con alma superior, cual digna ofrenda,
Presenta á Dios resignación sublime,
Y aguarda muda en medio de la senda
Que la turba cautiva se aproxime,
Pues vienen entre aquellos labradores
Su padre y el imán de sus amores.

CXVIII

Ya están allí; con pálido semblante
Gabriel, temblando de emoción, camina;

Verlo é irse á sus brazos anhelante
Era lo que aguardaba Evangelina;
Se enlaza á él, diciéndole triunfante,
Mientras en su hombro gentil la sien reclina: ¡
«Gabriel mío! ¡qué importa el mal presente,
Si sobrevive nuestro amor ardiente!»

CXIX

Torna á mirar al padre; ¡atroz mudanza!
Pálida está y marchita su mejilla;
El celeste fulgor de la esperanza
Ya en sus pupilas húmedas no brilla;
Lento, con pasos trémulos, avanza;
El dolor con mil dardos acribilla
Su viejo corazón, que apenas late,
Y sucumbir se siente en el combate.

CXX

Corre á él la zagala cariñosa;
Se enlaza tierna á su abatido cuello;
Sobre la ajada sien los labios posa
Y de su amor filial imprime el sello;
Mas ¡vano afán! al borde de la fosa,
Queda de animación sólo un destello
Al noble anciano, que en la adversa suerte
Bálsamo á su dolor mira en la muerte.

CXXI

Ya llevan á la flota á los proscritos;
Crece la confusión en la ribera;
Arrancados del seno los hijitos
Sobre el mar una madre se exaspera.
Así á un pueblo destrozan por delitos
Que el Rey castiga sin mentar siquiera;
Y su infame crueldad tanto alquitaran
Que aun á Basilio de Gabriel separan!

CXXII

En medio de la lúgubre tarea
Húndese en el Poniente el sol lejano;
Al secreto poder de la marea
Retrocede sumiso el Océano;
Y reposa la gente de la aldea,
Como en su marcha el nómada gitano
Acampa en la península española,
Donde resbala exánime la ola.

CXXIII

Avanzada la noche, de los prados
Llenando el aire con silvestre aroma,
Tornan á sus rediles los ganados
Por la desierta y enriscada loma;
Aguardan en la cerca acostumbrados,
Pero á quitar las trancas nadie asoma;
Bien provista la vaca trae la ubre,
Pero á la ordeñadora no descubre.

CXXIV

El pueblo, misterioso y solitario,
Se halla en hondo silencio sumergido;
No anuncia la oración el campanario
Con tierno y melancólico tañido;
Ni exhala ya, cual místico incensario,
Su espira de humo cada hogar querido;
Así el monarca en su arbitrario imperio
Torna un centro de vida en cementerio.

CXXV

Entre tanto, la plebe en la ribera,
Aprovechando náufragos despojos,
Logra encender resplandeciente hoguera
Que al mar dilata sus destellos rojos;
Más pálidos los rostros que de cera,
Arrasados de lágrimas los ojos,
En torno á aquella improvisada lumbre
Replégase la triste muchedumbre.

CXXVI

Se multiplican las fogatas luego;
Y, cual de choza en choza andar solía,
El sacerdote va de fuego en fuego
Consolando á la gente en su agonía.
Como refrigerante y blando riego
Vierte en las almas su palabra pía.
Pablo así, cuando náufrago se hallaba,
En las playas de Méjita vagaba.

CXXVII

Llega al lugar do se halla Evangelina
Al moribundo padre consagrada;
La roja llama trémula ilumina
Del anciano la taz desecajada.
En vano lo acaricia tierna y fina,
Y ofrécele alimento la hija amada;
La hoguera mira y su fulgor incierto
Paralizado y mudo como muerto.

CXXVIII

Benedicite! exclama el santo cura
Con aquel dulce tono que prepara
A un gran dolor, y continuar procura;
Mas su propia emoción lo impide avara;
Y cual tímida, tierna criatura,
En el dintel de una mansión se para
Del interior oyendo los lamentos;
Así en su labio espiran los acentos.

(Se concluirá).

Las mujeres de los sectarios

III

LAS MONTANISTAS PRISCA Y MAXIMILLA



ENTRAMOS ya en plena edad cristiana de persecuciones incesantes y de vivísima fe, época en que todo lo llenan los cristianos, menos los templos gentílicos, y se apaga la voz de los oráculos, y la piedad invade los santuarios de la mentira, y hasta los mismos filósofos, cual otros tantos Gamaliel, se van convenciendo de que no son los hombres quienes pueden deshacer las obras de Dios, y de que si la Religión es celestial y divina, ha de sobrevivir á todos sus perseguidores. Pero si la vida práctica del Cristianismo se ve en todas partes, la mística y especulativa parece concentrarse en Asia, que no quiere perder su antiguo título de inventora de sistemas religiosos. Los falsos apóstoles de que hablan el Evangelio y San Pablo, van presentándose, quiénes ambiciosos de mundanales glorias, quiénes más locos todavía, puesto que predicaban el error ambicionando espirituales prerrogativas; pero el espíritu, que desde el principio fue padre de la mentira, les adquiere prosélitos, particularmente entre las mujeres, y aun las estrellas más resplandecientes suelen caer de sus moradas, quedando ofuscado su brillo entre las nieblas de las sectarias predicaciones.

Imposible parece hablar de Montano sin recordar los nombres de Prisca y Maximilla, y lo que es más triste, el de Tertuliano. ¿Quién no recuerda este gran apologista del Cristianismo, de cuyo estilo decía Bossuet que era una viva representación del ébano, en lo misterioso y en lo brillante? Sus frases, y no pocas, han pasado á ser proverbios; su nombre es uno de los últimos timbres del foro romano, y una brillante constelación de glorias en el firmamento del Africa cristiana; sus acentos suenan como el clarín en la batalla, y, sin embargo, ese astro brillante se oscureció; en la vida de ese incomparable apologista hay que distinguir dos períodos: uno en que debe imitarse su ejemplo, y otro en que debe huirse. Pues quien sedujo á Tertuliano fué el espíritu de aparente austeridad de la doctrina montanista, y esto nos hace creer que hay alguna exageración en lo que varios autores dicen, y San Alfonso Ligorio repite en su *Storia dell'eresie* acerca de la corrupción de costumbres de los montanistas. Otra cosa sería, fijando la consideración en las innumerables ramas del montanismo, que después aparecieron en las tres partes del mundo entonces conocido, entregándose á extravagantes y bárbaras penitencias, á pueriles sueños y á dilates propios del moderno ejército de la salud, ó de los cuáqueros.

Era Montano natural de Ardabas, pueblo insignificante de la Mydia en el Asia menor, y pasaron largos años de su vida sin que pareciese destinado á representar en el mundo un papel importante. Verdad es que de todo heresiarca puede muy bien

decirse: *Melius erat si natus non fuisset homo ille.* De genio voluble, como griego, y amigo de filosofar, como griego degenerado, influido además por el genio asiático, soñador y fantástico, creyó ó fingió creer que nueva revelación se había depositado en sus manos, y que de su doctrina debían aprender los hombres lo que de la cristiana aún no habían aprendido. Algún parecido existe entre el Asia menor de aquella época (siglo II), y los países protestantes de la nuestra (Inglaterra y los Estados Unidos). A todo el mundo era lícito predicar, los galos y los corybantes y los lupercos, desgarradas las carnes, azotándose á sí mismos y á los transeuntes, sobre todo á las mujeres, paseaban por calles y plazas las imágenes de su impura diosa y de Atyr, su favorita, á quien se representaba como más impuro todavía; y quizá á ese espectáculo de inmoralidad se debió que ciertos herejes predicasen una moral que ellos creían perfectísima, no siendo más que hija de su orgullo y de la convicción que de ser impecables abrigaban.

Las mujeres abominaban también de aquellos cultos en que se hacía público desprecio de su sexo, y al lado de espíritus como el de Montano, contagiábanse del mismo delirio, y se creían dotadas de los extraordinarios dones de profecía y de milagros. Tal se nos representa á Prisca y á Maximilla; hay quien llama á la primera Priscilla; pero nosotros, siguiendo á varios historiadores, huimos de dar á la profetisa montanista el nombre de una gran santa protectora de los cristianos, para evitar una confusión que sería de lastimoso efecto. Llevaban tras de sí las turbas el profeta y sus adláteres femeninos; porque el pueblo va con gusto en pos de todo el que le engaña, se deja manejar tanto mejor cuanto los resortes que se emplean son más groseros; y cuando, falto de buenos gustos, quiere ser creyente, resulta supersticioso. Si se estudiase bien la deca-

dencia del romano imperio, sobre todo en Asia, se verá que no hay desatino moderno que en aquella edad no fuese doctrina generalmente seguida y no se hubiese levantado á combatir el naciente Cristianismo.

¿Qué moderno impostor no lleva tras de sí por escenarios y circos las Priscas y Maximillas? La mujer es víctima de esas nuevas doctrinas de la doble vista, de la sugestión, del espiritismo de los Mesmer, Puysegur, Liegeois y demás corifeos de las nuevas enseñanzas. Solo hay una diferencia: los antiguos eran fundadores de sectas; los modernos quieren destruir toda religión positiva; pero no por eso el estrago producido en las almas es menor, ni la ilusión menos repugnante y grosera.

Sabemos que Satanás se ha transformado en ángel de la luz, y por eso comprendemos la existencia de herejes austeros, tales como nos figuramos á los montanistas; porque repetimos que, si bien algunos hablan de la vida relajada de Prisca y Maximilla, otros la niegan. Son tantos los caminos de la perdición, que pocos pueden recorrerlos todos, y tal hay entre aquellos caminos que jamás han trillado los sectarios. Como quiera que sea, el montanismo fué herejía muy del gusto de las mujeres de aquella época, y se ha observado que las mujeres exaltadas por el fanatismo no suelen pecar de disipadas ni de livianas. Muchas herejías se han presentado desde entonces en el gran escenario de la Historia, pero pocas veces se ha repetido el contagio de los montanistas.

La existencia del nuevo falso profeta fué bastante humilde y oscura; no así la de muchos de sus discípulos, sobre todo la de los africanos. Como ya no podían consultarse los oráculos de bronce y de talla, se buscaban las revelaciones del porvenir en aquellos que parecían tener vinculado el dón de profecía, como en la Francia de los días de Napo-



OFRENDA DE LAS DAMAS DE BÉLGICA Á SANTA TERESA DE JESÚS

león buscaban esos antros de mentira por las personas más ilustres para saber quién había de ser emperador, cónsul ó sumo sacerdote; si había de ser feliz ó desgraciado el éxito de una batalla, ó de una boda, ó de una negociación; y á los romanos importaba poco que fuese pagano ó hereje el que diese las respuestas; de ese predominio de los falsos profetas resultó no pocas veces algún desprestigio para los verdaderos nazarenos ó creyentes, confundidos con los que deshonraban el nombre cristiano. Los conventículos que se representaban como orgías, eran los de algunos herejes, aunque no de todos; la administración del imperio jamás se formó verdadera idea de las reuniones de las Catacumbas. La caricatura del Salvador, citada por Tertuliano en su apologetico, representaba los monstruosos ideales de los sectarios; en una palabra, las redes del padre de la mentira, por toda la tierra extendidas, hundíanse bajo el peso de los peces pequeños y de los grandes.

A. BALBÍN DE UNQUERA.

Don Fernando Martínez Pedrosa.



Encargarnos en Enero de 1890 de la dirección de esta revista, escribíamos:

«Pero no todas son glorias en este mundo. Al mismo tiempo que la Junta Central parece que hasta ahora todo lo ha encontrado llano y fácil, ha sido para ella una triste contrariedad que don Fernando Martínez Pedrosa no pueda continuar al frente de la redacción del periódico. Directores como el Sr. Pedrosa se encuentran pocos. Ahora que no nos oye, bien podemos decir en alta voz lo que tantas veces hemos pensado de su persona: que es completa para todo, y muy especialmente para este género de trabajos. En él se reúnen ingenio envidiable, amenisima erudición, conocimiento del mundo en que vivimos, aplicación muy poco frecuente y unas dotes de carácter como ya no se usan, en finura, discreción y tino para saber tratar á las gentes en sociedad y al público desde las columnas del periódico. Pérdida, y grande, es para éste (no hay por qué disimularlo) la de D. Fernando Martínez Pedrosa, y sólo atenua en algún modo nuestro quebranto y nuestra pena la consideración de no ser aquella pérdida completa como las que produce la muerte; el Sr. Pedrosa seguirá honrando las columnas de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA con sus bellísimos artículos é inspiradas poesías; y con él seguirán indudablemente también los escritores que el Sr. Pedrosa trajo á la colaboración de nuestro periódico, entre los que no podemos por menos de citar y *excitar* á que no repose sobre las ya conseguidas glorias, sino que procure aumentarlas continuamente, á la simpática y amabilísima escritora que se oculta bajo el popular pseudónimo de *Gonzalo del Rio*».

Por desgracia, nuestras esperanzas no se cumplieron. La pérdida del Sr. Martínez Pedrosa fué definitiva, completa. A poco de abandonar las tareas de la dirección en que tanta gloria había conseguido, una cruentísima enfermedad empezó á minar su antes robusto cuerpo, y después de dos años largos de lucha, en que ha dado cristianos ejemplos de fortaleza de espíritu y de resignación, ha sucumbido, dejando á su familia en triste orfandad, á sus amigos en el desamparo de su cariño, y en las letras patrias un vacío difícilísimo de llenar. Pedrosa era uno de los pocos escritores que consiguen tener fisonomía literaria propia, un estilo peculiar suyo, que era el encanto de cuantos le leían. Poeta, autor dramático, novelista y escritor de costumbres, en todos los géneros que cultivó llegó hasta donde llegan los más esforzados. Su *manera* era la *difícil facilidad* de Moratin; no hay en las páginas que nos ha legado nada borroso ni chutriguero; era la sencillez misma, realzada por una dulce poesía que, como brillante luz, inundaba sus versos y su prosa.

Sinceramente cristiano, Pedrosa buscaba en todo lo que escribía el fin moralizador; no escribía por escribir ó por deleitar simplemente á sus lectores. Más elevados intentos movían su pluma. Era un sol-

dado de la verdad y del bien. Así que todas sus obras son tan buenas desde el punto de vista moral como del literario. Ya habrá recogido el premio.

Poderoso ingenio, comprendió pronto Pedrosa, como tantos otros, que las letras no dan en España para vicios, ni aun con la mayor modestia. Tuvo, pues, necesidad de dedicarse á otra carrera para comer y llevar pan á sus hijos. Habiendo entrado muy joven en la ingrata senda de los empleos públicos, fué muy pronto un funcionario modelo, inteligente, activísimo, honrado, uno de esos pocos empleados que sin recomendaciones ni apoyos se sostienen en las oficinas, á despecho de los cambios ministeriales y de las revoluciones, porque son absolutamente precisos para que no se interrumpa la marcha de la administración. Llegó en su carrera á los puestos más elevados que cabe alcanzar sin ser político.

Hombre de familia, Pedrosa era un modelo en el hogar, y lega á su familia y á sus hijos ejemplos y recuerdos de esos que ni el tiempo, con su poderosísima y tenaz ségur, consigue arrancar del alma.

Del mismo orden son los que nos lega á nosotros, que trabajamos bajo su dirección en esta Revista, y que lo consideramos siempre como uno de los directores más insignes que ha tenido LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA. ¡Que descansen en paz el ilustre finado! ¡Que nuestros lectores pidan á Dios por él!

La Dirección y Redacción de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Agua del Congo para el tocador.

Esta AGUA, compuesta de excelente vegetal, es un perfume único, que no tiene rival; su olor es exquisito, fino y delicado, maravilloso su efecto, rápido y probado.

V. Vaissier, inventor del jabón del Congo.

[Un error fatal en América]

En el periódico *Cleveland*, publicado en Ohio, en los Estados Unidos del Norte, hemos leído la relación de una operación quirúrgica, cuyos resultados funestos conmovieron profundamente á todos los facultativos de la República anglosajona. En el concepto del cirujano más eminente de Cleveland, el Doctor Thaver, semejante operación era casi un delito. Durante muchos años, una señora llamada King había padecido una enfermedad de estómago, y ninguno de los diferentes sistemas de tratamiento á que apelaron varios médicos pudo aliviar sus terribles sufrimientos. La dolencia había principiado con un ligero desarreglo de los órganos de la digestión, careciendo la enferma casi completamente de apetito. Estos síntomas fueron seguidos de un malestar indecible en el estómago (malestar que ha sido descrito como una sensación de un vacío interior), acumulándose al rededor de los dientes una lama pegajosa, acompañada de un gusto desagradable, especialmente por las mañanas. Lejos de hacer desaparecer la precitada sensación de un vacío interior, al alimento parecía aumentarla. Entre los demás síntomas que se presentaron, se notaba el color amarillento de los ojos, que estaban siempre hundidos. Poco después, las manos y los pies se enfriaron y se pusieron pegajosos, cubriéndolos un sudor frío. La enferma padecía un cansancio constante, sintiéndose enervada é irritable y abrumada de malos presentimientos. Al levantarse repentinamente la pobre mujer, le acometía un desvanecimiento de cabeza. Con el tiempo, los intestinos llegaron á estar siempre estreñidos, hasta el punto de tenerse que apelar casi todos los días á alguna medicina catártica, y no tardó la enferma en sentir náuseas y devolver el alimento poco después de haberlo comido, algunas veces en una condición ágría y fermentada. De estos desarreglos provino una palpitación del corazón tan terrible, que la infeliz apenas podía respirar; y, finalmente, se encontró en la imposibilidad de retener alimento alguno, atormentándola sin cesar dolores de vientre atroces é inaguantables. Atendiendo al hecho de que de

todos los remedios empleados hasta entonces la desdichada mujer no había obtenido ventaja alguna, reunióse una junta de médicos, y como resultado del parecer dado en consulta (que fué el de ser este un caso de cáncer del estómago), resolvióse que para salvar la vida de la enferma era indispensable una operación quirúrgica. Por consiguiente, el 22 de Febrero de 1883 practicóse la operación por el Doctor Vance, en presencia de los Doctores Tuckerman, Perrier, Arms, Gordon, Lapuer y del Doctor Halliwell. La operación consistió en abrir la cavidad del abdomen hasta descubrir el estómago, los intestinos, el hígado y el páncreas. Verificado esto, los médicos examinaron dichos órganos, y, llenos de asombro y de horror, vieron que no había cáncer alguno. No se llamaba así el mal que había martirizado á la enferma. Cuando era ya demasiado tarde, los facultativos reconocieron el carácter fatal de su error. Cerraron é hicieron cuanto les era posible para curar la herida de que eran autores, pero la pobre víctima, incapaz de sobrevivir á tantos sufrimientos, murió en pocas horas. ¡Cuán triste es la suerte del viudo, el cual sabe que su esposa pereció por efecto de una operación practicada equivocadamente! Si la difunta hubiese empleado el verdadero remedio contra la dispepsia (pues tal era en realidad el nombre de su dolencia), estaría hoy en su casa, y no en la tumba. Por medio del uso del Jarabe Curativo de Seigel—medicina elaborada con el objeto especial de curar la dispepsia ó indigestión,—muchas personas se han restablecido completamente, después de ensayar infructuosamente todos los sistemas de tratamiento. Las pruebas que establece este hecho son tan numerosas, que no nos es posible reproducirlas aquí; pero los que han leído los certificados publicados en favor de este gran remedio contra la dispepsia, los consideran como convincentes, y la venta del medicamento es casi ilimitada.

Si el lector se dirige á los Señores A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales. Frasco, 8 reales.

BANCO DE ESPAÑA

TERCER SORTEO

Nota de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Números de las bolas que representan los lotes.	NUMERACIÓN de los títulos que deben ser amortizados.	Números de las bolas que representan los lotes.	NUMERACIÓN de los títulos que deben ser amortizados.
Serie A			
341	3401	4	10
856	3551	60	8857
685	6841	50	9113
865	8641	50	9126
1054	10531	40	9951
1896	18951	60	99001
1442	14411	20	10041
2258	22571	80	100401
2426	24251	60	10185
2153	21521	30	10185
2695	26941	50	10390
3194	31931	40	10321
3223	32221	30	10806
3429	34281	90	108051
3774	37731	40	11336
5079	50691	700	113351
5696	56851	60	11376
5952	59511	20	113751
5998	59971	8	11381
6008	60071	80	113801
6198	61971	80	11434
6404	64031	40	114331
6804	68031	40	11508
7046	70451	6	115971
7185	71841	50	11671
7460	74591	600	11737
7614	76131	40	11791
7887	78861	70	11754
8328	83271	80	11778
8558	85571	80	11811
8666	86651	60	11852
8711	87101	10	118511
			12079
			12101
			125231
			125511
			12711
			12731
			12751
			13089
			134241
			141591
			14228
			142271
			14495
			144911

Serie B

18	121	A	80	4753	47521	A	30
119	1181		90	4960	49591		60
750	7491		500	4970	49691		70
884	8831		40	5289	52881		90
919	9181		90	5882	58811		20
1180	11791		800	5944	59431		40
1474	14731		40	6356	63551		60
1599	15981		90	7087	70861		70
1833	18321		30	7636	76351		60
1954	19531		40	7951	79501		10
2160	21591		600	8325	83241		50
2174	21731		40	8541	85401		10
2182	21811		20	8721	87201		10
2326	23251		60	8852	88511		20
3017	30161		70	8968	89671		80
3325	33241		50	9150	91491		500
3450	34491		500	9241	92401		10
3451	34501		10	9331	93301		10
3603	36021		30	9614	96131		40
3873	38721		30	9795	97941		50
3918	39171		80	10005	100041		50
4587	45861		70	10039	100381		90
4647	46461		70				

Serie C

68	671	A	80	4129	41281	A	90
377	3761		70	4193	41921		30
600	5991		600	4571	45701		10
650	6491		500	4682	46811		20
727	7261		70	4794	47931		40
981	9801		10	5125	51241		50
1024	10231		40	6042	60411		20
1227	12261		70	6208	62071		30
1323	13221		30	6226	62251		90
1802	18011		20	6570	65691		700
2111	21101		10	7018	70171		80
2198	21971		80	7192	71911		20
2299	22981		90	7208	72071		90
2314	23131		40	7283	72821		30
2499	24981		90	7615	76141		60
2555	25541		50	8354	83531		40
2564	25631		40	8552	85511		20
3094	30931		40	8590	85891		900
3514	35131		40	8819	88181		90
3786	37851		60	8922	89211		20
3796	37951		60	9035	90341		50
3768	37671		30	9146	91451		60
3930	39291		300	10168	101671		80

Serie D

220	2251	A	60	1788	17871	A	60
566	5651		60	2180	21791		80
1076	10751		60	2183	21821		80
1346	13451		60	2480	24791		800
1884	18831		40	2431	24301		10
1590	15891		90	2595	25941		50
1768	17671		80				

Serie E

272	2711	A	20	1154	11531	A	40
628	6271		80	1169	11681		90
851	8501		10	1372	13711		20
882	8811		20	2181	21801		10
1113	11121		30	2300	22991		22000

Madrid 1.º de Setiembre de 1892.—El secretario general, *Gabriel Miranda*.—V.º B.º, el gobernador, *Isasa*.

Banco de España

Desde el día 10 del corriente, y bajo facturas que se facilitarán en la Caja del Banco, se admitirán para su señalamiento al cobro los cupones de la Deuda amortizable al 4 por 100 del vencimiento de 1.º de Octubre próximo venidero, y los títulos amortizados en el sorteo de 1.º del actual.

Madrid 10 de Septiembre de 1892.—El Vicesecretario, *Gabriel Miranda*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba—Emisión de 1886

Sorteo 25.º

Celebrado en este día, con asistencia del Notario D. Luis G. Soler y Plá, el 25.º sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, según lo dispuesto en el artículo 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886 y Real orden de 3 de Agosto de este año, han resultado favorecidas las trece bolas

Números 1.018, 2.195, 3.812, 4.039, 5.337, 5.418, 6.038, 6.387, 7.929, 8.780, 9.671, 11.139 y 11.729.

En su consecuencia, quedan amortizados los 1.300 billetes números 101.701 al 101.800, 219.401 al 219.500, 381.101 al 381.200, 403.801 al 403.900, 533.601 al 533.700, 541.701 al 541.800, 603.701 al 603.800, 638.601 al 638.700, 792.801 al 792.900, 877.901 al 878.000, 967.001 al 967.100, 1.113.801 al 1.113.900 y 1.172.801 al 1.172.900.

Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.º de Octubre próximo, á percibir las 500 pesetas importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, más el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 1.º de Septiembre de 1892.—El Secretario general, *Aristides de Artigano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba—Emisión de 1886

ANUNCIO

Venciendo en 1.º de Octubre próximo el cupón número 25 de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, se procederá á su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta sociedad, Rambla de Estudios, número 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los corresponsales, designados ya, en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países-Bajos, y en Londres en casa de los señores Baring Brothers and Company, Limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse asimismo al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa por medio de doble factura, que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias donde haya designada representación de esta sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.º al 19 de Octubre, y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana á las horas expresadas.

Barcelona 1.º de Septiembre de 1892.—El secretario general, *Aristides de Artigano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba—Emisión de 1890

Séptimo sorteo

Celebrado en este día, con asistencia del Notario D. Luis G. Soler y Plá, el 7.º sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1890, según lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 27 de Septiembre de 1890 y Real orden de 4 de Agosto de este año, han resultado favorecidas las cuatro bolas

Números 90, 624, 1.007 y 1.875.

En su consecuencia, quedan amortizados los 400 billetes números 8.901 al 9.000, 62.301 al 62.400, 100.601 al 100.700 y 187.401 al 187.500.

Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.º de Octubre próximo, á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, más el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 10 de Septiembre de 1892.—El Secretario general, *Aristides de Artigano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

Venciendo en 1.º de Octubre próximo el cupón número 8 de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1890, se procederá á su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta

Sociedad, Rambla de Estudios, núm. 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los corresponsales, designados ya, en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países-Bajos, y en Londres, en casa de los Sres. Baring Brothers and Company Limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día, podrán presentarse asimismo al cobro de las 500 pesetas que cada uno representa, por medio de doble factura, que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.º al 10 de Octubre, y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana á las horas expresadas.

Barcelona 10 de Septiembre de 1892.—El Secretario general, *Aristides de Artigano*.

Debiéndose proveer nuevas becas gratuitas en el Seminario Pontificio de San Antonio de Padua, de Comillas (Santander), los aspirantes deberán enviar á dicho Seminario, antes del día 20 del actual, las solicitudes y demás documentos que exige el reglamento publicado en varios Boletines Eclesiásticos y en los periódicos católicos el año pasado.

Según las bases de dicho reglamento, tienen opción á presentar sus solicitudes los individuos de todas las Diócesis que reúnan las condiciones en él expresadas, á excepción de los de la Diócesis de Vitoria, por hallarse ya cubierto el número de becas que le corresponden.

Los días y los puntos designados para demostrar su aptitud los solicitantes se publicarán oportunamente en los periódicos católicos de mayor circulación, y solamente los que hayan sido admitidos recibirán particular aviso del Superior del Seminario.

Las instalaciones de alumbrado eléctrico.

Manual práctico, por G. Fournier y J. A. Montpellier, con un prólogo de D. José Echegaray. Traducción de Hidalgo Mobellan. Madrid, 1892. Librería de Victoriano Suárez. 7 pesetas en Madrid y en provincias.

Este Manual es una obra utilísima para toda clase de personas. Comprende, como dice el ilustrado prologuista, cuanto de electricidad hay que saber, y aunque domina en él el carácter práctico, contiene todas las teorías necesarias. Está escrito fácil y sencillamente para que, aun los absolutamente imperitos en ciencias físicas, puedan comprenderlo todo. Hoy nadie debe desconocer los misterios de la electricidad, de esa maravillosa fuerza de tan magnífico presente y más magnífico porvenir. Con el Manual que anunciamos satisfacen cumplidamente esa necesidad.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis. Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Prelo en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

LOS QUE TENGAN TOS

Si sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é inómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento. *Adviene estos medicamentos en todas las boticas.*

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 8

1892

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO

DE CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes en 10 tomos, tipos el. ros. pesetas 110 rústica y 130 encuadernado. TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.º GIROD
Sucesor de Losada.

SALICILATOS

DE BISMUTO Y CERIO

DE VIVAS PEREZ

Adoptados de Real orden
por el Ministerio de Marina.

Recomendados por la
Real Academia de Medicina.

CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de **INDISPOSICIONES** de: **TUBO DIGESTIVO, VÓMITOS y DIARREAS**; de los **TÍSICOS** de los **VIEJOS**; de los **NIÑOS**, **CÓLERA, TÍFUS, DISENTERÍA; VÓMITOS** de las **EMBARAZADAS** y de los **NIÑOS; CATA-**



RROS y ULCERAS del **ESTÓMAGO**; **PIROXIS** con **ERUPTOS FÉTIDOS**; **REUMATISMO** y **AFECCIONES HÚMEDAS** de la **PIEL**. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público, tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.—DESCONFIAR DE LAS IMITACIONES.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

GRAN ALMACEN

DE

PORCELANA, LOZA Y CRISTALERIA

Vajillas, grandes surtidos, nuevos y variados dibujos, muy baratas copas cristal para agua, 5 pesetas docena; copas para vino, 4 id.; para licor, 3; botellas. Juegos de lavabo, Juegos de café, licoreras, jarrones, tazas, jicaras, objetos de capricho para regalo.

CALLE DE ESPOZ Y MINA NUM. 40 (esquina á la plaza del Angel.)

No equivocarse, fijarse en las señas.

GRAN CERERIA

ESPECIALIDAD



en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **CERAS PURAS DE AB- JAS** para el **Culto ca- ó- lico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar

Princesa, 40 **SALVADO Y SALA** Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

SEÑORAS

La perfumería

THOMAS

es la que vende la perfumería fina á precios reducidos.

La perfumería

THOMAS

es la que vende los perfumes sueltos para el pañuelo á 5 reales onza; el **Heliotropo blanco**, perfume fino, delicado y muy permanente, á 6 reales.

La perfumería

THOMAS

es la que presenta en sus anaques un millón de caprichosos objetos con perfumes ó sin ellos, para regalitos de poco precio.

La perfumería

THOMAS

está situada en la calle **MAYOR, 36**. Fijarse bien en las señas: número 36, entre las calles de Coloreros y Bordadores. Los precios son fijos, marcados en los objetos.—Prohibido el regatear.

NO MAS ACEITE DE HIGADOS DE BACALAO



Vino restaurador del Dr. Comabella, á base de extracto de hígado de bacalao (*vinum extracti hepatis morrhuae*) premiado con medalla de oro por la Academia Nacional de Paris y en las Exposiciones Universales de Barcelona, Amberes y Niza; es un medicamento de resultados positivos, reemplazando ventajosamente al aceite de hígado de bacalao, sobre el cual tiene este vino la doble ventaja de ser absorbido con más facilidad y de ayudar la digestión; es tónico y reconstituyente; su uso es apetecible, y así los niños como los adultos lo toman, cual el más exquisito vino de sobremesa; es aplicable á varias enfermedades tales como el «aquismo» la «tisis» la «debilidad general» el «color pálido de los niños», que depende de una nutrición incompleta, y generalmente todas aquellas cuyo origen sea el escrofulismo.

De venta en casa de su autor, calle del Carmen, núm. 23, BARCELONA, y en las principales farmacias de España.

Farmacia del Dr. SOMOLINOS, Infantas, 28.—Madrid.

Precio: 3 pesetas frasco.

BRONCES PARA IGLESIA

Primera casa en España

Inmenso surtido en lámparas, candeleros y candelabros de altar y pared, cálices, custodias, vinajeras y todo lo perteneciente al culto, desde el más módico precio hasta el más elevado, en latón y bronce. Pídanse catálogos.

Hay también completo surtido en cafeteras, batería de cocina, grifos, cubiertos y toda clase de herraje en metal blanco y dorado para la construcción de edificios. Exportación á provincias.

PRUDENCIO DE IGARTUA, ATOCHA, 65, MADRID

Antiguo depósito de San Juan de Alcaráz.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

EPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	1,50 pta.
Tres meses.....	4 "
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 "

NÚMERO 18.—Madrid 30 de Septiembre de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 francos.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 "



NUESTRA SEÑORA DE ARANZAZU

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—Estar de más (relación), por Fernán Caballero.—Nuestro arte religioso, por José Ferrándiz.—Desde Manila, por Francisco Aguilar y Biscoya.—La Pasión de Jesucristo, por el P. Miguel Mía.—Las mujeres de los sectarios, por Antonio Ballín de Uaqueza.—Reclamos.—Anuncios.

GRABADOS

Nuestra Señora de Aranzazu.—D. Vicente Santiago Sánchez de Castro (Obispo de Santander).—Iglesia de las Siervas de María.—Convento de PP. Franciscanas en Roma.—Santuario de Nuestra Señora de la Gleva.—El Madril y sus horrores.

LA QUINCENA

Los periódicos europeos, sin distinción de matices políticos, y cada cual desde su especialísimo punto de vista, han tratado con predilección durante la semana pasada de la visita de la escuadra francesa á Génova, de los agasajos de que han sido objeto los marinos republicanos por parte del rey Humberto y de las autoridades genovesas, de la satisfacción con que el almirante Reynnier y sus oficiales han recibido estas pruebas de simpatía, y de la influencia que pueda llegar á ejercer en la continuación del equilibrio europeo este inesperado *revirement* en las relaciones entre dos pueblos que parecían enemigos irreconciliables.

Para la mayoría de los periódicos alemanes el hecho de haber enviado Francia una escuadra entera á las fiestas del Centenario, cuando todas las demás naciones han confiado su representación á uno solo de sus barcos de guerra, prueba hasta la saciedad que es la república la que desea aproximarse á Italia, y, como según la *Gaceta de Frankfurt*, el odio de franceses á italianos había llegado durante los últimos años al paroxismo, cualquier suceso por donde pueda demostrarse que este encono se amengua y la antigua malquerencia se amortigua, viene á constituir un peligro para el mantenimiento de la paz europea.

La *Gaceta de Colonia* se resiste á creer en la sinceridad de estas manifestaciones, y afirma que la diplomacia francesa ha sabido manejar con habilidad suma el fondo de los reptiles, y ha comprado las manifestaciones de simpatía, repartiendo dinero abundante en las redacciones de los periódicos radicales, y sobornando al pueblo genovés para que aclamara á sus marinos; y después de asegurar la *Gaceta* que el imperio alemán ha sido ultrajado por el hecho de obligar al buque que lo representaba á seguir á la escuadra francesa, como si fuera dando escolta de honor á la bandera de la República, termina reclamando á Italia el cumplimiento del deber que tiene de asignar al imperio aliado el lugar que le corresponde, y llamando la atención de la diplomacia alemana acerca de las consecuencias posibles de esta manifestación francófila.

Que la República francesa desea en el fondo de su corazón aproximarse á Italia, y procura de este modo abrir brecha en uno de los fiancos del formidable baluarte constituido por la triple alianza, no lo dudamos; pero bien puede asegurarse que nunca se hubiera atrevido á dar un paso en este sentido si no abrigara el convencimiento de que la manifestación de estos sus nuevos sentimientos habían de ser recibidos con simpatía y entusiasmo por sus antiguos aliados. A la visita de la escuadra francesa debe, pues, haber precedido activa correspondencia oficiosa, y por esta vez nos parece que la diplomacia de la República ha caído en las redes hábilmente tendidas por la *Consulta*; así lo da á entender igualmente *La Nueva Prensa Libre* de Viena, al decir lo que sigue:

«No se puede negar que el deseo recíproco de ver mejorar las relaciones entre las dos naciones latinas parece que ha encontrado su mejor expresión, tanto en la forma en que ha participado Francia en las fiestas de Colón, como en el acogimiento dispensado por el rey Humberto al almirante francés. A nadie debe maravillar esto. Francia siente, en efecto, una natural tendencia é inclinación á atraerse á Italia; tendencia más acentuada por la actitud de esta última nación, que ha producido contrario efecto. Italia sufre tremendas represalias de parte de Francia en el dominio político comercial, y se resiente en todos sus miembros del daño material que le produce la hostilidad económica de la República.

En tales condiciones no sería imposible que las fiestas de Génova sirvan de punto de partida á más amistosas relaciones entre Francia é Italia, y fuera erróneo creer que con esto viniera á sufrir perjuicio alguno la Triple Alianza. Por el contrario, podría la Triple Alianza aprovecharse del renacimiento del bienestar material de Italia y de la desaparición del antagonismo económico entre dicho reino y la República francesa.»

Italia permanecerá, por consiguiente, fiel á la Triple Alianza; pero procurará, de paso, explotar económicamente á la República. Como ven nuestros lectores, en el nuevo reino italiano no se ha extinguido todavía la raza de los Maquiavelos.

.

Al mismo tiempo que la visita de la escuadra francesa á Génova, ha puesto en conmoción á la prensa europea un artículo publicado por *Le Gaulois*, artículo en que relata la conferencia sostenida por uno de sus principales redactores con un diplomático muy conocido en la corte de Roma; ha colocado sobre el tapete la cuestión de la alianza franco-rusa, pero exornada esta vez con tal lujo de detalles, y haciendo intervenir en el asunto á personalidades tan eminentes, y alguna tan venerable y augusta, que, de ser cierto lo afirmado por el periódico parisién, no hay duda que nos hallamos en vísperas de acontecimientos inesperados, y de inmensa trascendencia para el continente.

Después de afirmar que el tratado ya está terminado, ó en vías de terminarse, que es de alianza ofensiva y defensiva, que en él se habla algo de Suiza y de Bélgica, y mucho de Bohemia, á la que se trata de convertir en región neutral, para el caso de una guerra, afirma que el tratado, y aquí dejamos hablar á los interlocutores, «estará firmado entre el 20 y el 30 de Septiembre, último plazo. La firma se ha retrasado por una y otra parte, combinando un nuevo factor: la influencia de un soberano muy poderoso.

—¿???

«No me obliguéis á nombrarle; voy á designarlo suficientemente. Se trata de un soberano que no tiene soldados, y que, sin embargo, dirige un ejército formidable diseminado en todos los países. Si lleva sobre su frente una corona soberbia, no tiene ni Estado ni territorio que defender contra las empresas de belicosos vecinos. Constantemente permanece con las manos libres; nunca puede perder si fracasan sus tentativas, y todo puede ganarlo si triunfan. Añadir á esto que este soberano es el primer diplomático de su siglo, y que lord Dufferin, que sabe lo que se dice, le proclamaba un día en París, en un salón oficial, como un hombre de Estado más fuerte que Bismarck.

—¿Se trata del Papa, sin duda alguna?

«Ya lo veréis. Este augusto soberano, que no persigue más objeto que el de mantener la paz entre los pueblos, y que considera inherente este deber á su misión divina, no podía ver sin disgusto los desmesurados progresos de la influencia alemana, y resolvió hacer cuantos esfuerzos estuvieran á su alcance para oponer á

la triplice otra triple alianza bastante fuerte para equilibrar la primera, la alianza franco-ruso-turca.

—Me dejáis maravillado. ¡Cómo! ¿Nuestro Santo Padre haciendo una alianza entre el presidente de la cristiana Francia, el czar, jefe de la religión ortodoxa, y el jefe de los creyentes?

—¿He dicho yo que se trataba del Santo Padre? En todo caso, hace ya mucho tiempo que el soberano en cuestión acaricia este proyecto extraño en apariencia. Sus representantes en Constantinopla y en otras capitales son hombres eminentes, diplomáticos tan listos como él. Nada han omitido para el triunfo de los ocultos proyectos de su señor. Han hecho de su parte cuanto han podido para estrechar con mutuas pruebas de amistad y cortesía los lazos de interés común que pudieran existir entre los tres pueblos. ¿Sabéis, por ejemplo, á quién debe M. de Bornier la prohibición de su *Mahomet* en la Comedia Francesa? Al Papa. Ya le he nombrado.

Advertido por su delegado apostólico cerca de la Sublime Puerta de la viva contrariedad que experimentaba el sultán al ver que se iban á representar los amores del Profeta sobre las tablas de un teatro (sacrilegio ante sus ojos de musulmán), intervino el Papa, y ganó su causa ante Carnot. Esta insignificante concesión valióle á Francia un amigo más.

Volvamos al tratado franco-ruso.

No afirmo que trate ó intente el Papa hacer entrar á Turquía, porque Rusia tiene gran necesidad de poseer un puente fortificado sobre los Dardanelos, que será en cierto modo el Gibraltar del Mar Negro.

Pero tened por cierto que trabaja en estos momentos nuestro Santo Padre en «aumentar el ángulo», como decís vosotros, y esto en favor de los intereses de Rusia y de Francia. En fin, si os interesa el último detalle, sabed que la neutralidad de Bohemia es una idea que pertenece como cosa propia al Santo Padre.

—Constantemente me estáis hablando de Bohemia... ¿No creéis que restaurado y neutralizado el dominio de Su Santidad, se convertiría en Italia en lo que la Bohemia neutra sería para Austria?

Sonrióse mi interlocutor, y no dijo ni una palabra.»

Nuestros lectores podrán dar á estas manifestaciones el valor que buenamente les parezca. El relato que acabamos de traducir ha parecido cierto á muchos, á otros una fantasía y no más del periódico francés; pero nadie lo ha considerado absurdo, y á bastantes ha parecido *verosímil*; lo cual indica que en el fondo obedece á las ideas que agitan ya á una buena parte de la opinión en el continente. Si el relato de *Le Gaulois* es puramente una obra de imaginación, el diplomático que ha escrito esa novela demuestra ser muy capaz de escribir también historia desde cualquiera de las cancillerías europeas.

.

El día 21 del corriente, y aunque la mitad de los madrileños no se hayan enterado del suceso, se inauguraron solemnemente en el paseo de Atocha las famosas ferias de Madrid. Desde hace un siglo vienen las ferias de Septiembre recorriendo un plano inclinado que las ha conducido paulatinamente hasta llegar al punto de lamentable decadencia en que hoy podemos contemplarlas. Antiguamente, todo Madrid se convertía, durante estos últimos días de Septiembre, en feria de trastos viejos, de ropas desechadas, de cacharros inútiles, para el que los vendía por lo menos; montón enorme de guñapos, entre los que no dejaban de encontrar á veces verdaderos tesoros escondidos los que sabían husmear con maña y paciencia. La relegación de las ferias al paseo de Atocha fué el primer paso en la senda de su ruina. Hoy no son, como antes decíamos, ni pálida sombra de

lo que fueron. Espíritus enamorados de lo pasado y encariñados con todo lo que hay de tradicional en los pueblos, han tratado de restaurarlas, revistiéndolas del aparato y de la elegancia que acompañan á todas las fiestas públicas en nuestros días; pero sus esfuerzos han resultado infructuosos. El ensayo hecho hace algunos años, trasladándolas al Salón del Prado y erigiendo casetas al estilo de las de la feria de Sevilla ó las de la Velada de los Angeles de Cádiz, gustó cuando se hizo, por la novedad; pero no pudo repetirse, y al año siguiente tornaron los feriantes á sentar tristemente sus reales en el paseo de Atocha, el más melancólico de todos los paseos madrileños, bien convencidos de que la corte de España los arroja inexorable y por manera definitiva de su seno. La feria de Madrid no puede restaurarse; pero su persistencia en vivir denota por lo menos que el comercio al menudeo obtiene de ella algunas ventajas. En este concepto no somos de la opinión de los que quisieran que un acuerdo municipal vinieran *ab irato* á suprimirla por completo. Por el contrario, el Ayuntamiento debe designar á los feriantes un sitio á propósito, amplio y desahogado, donde se establezcan y puedan expender su pobre mercancía, proporcionándoles aquellas ventajas y facilidades para su tráfico, á que tienen tanto derecho como el más opulento comerciante, y dejar al tiempo el cuidado de ir conduciendo suavemente á esa institución, que tuvo también sus días de gloria, al panteón donde duermen el sueño del olvido tantas otras instituciones del pasado.

..

En el número extraordinario publicado por *El Iris de Paz*, con ocasión de la fiesta del Inmaculado Corazón de María, que por privilegio especial celebran sus hijos, los Misioneros de dicha advocación, se publica el programa para la instalación de la Archicofradía del mismo nombre, que ha de celebrarse solemnísimamente en el mes de Octubre próximo en la iglesia de San Sebastián de esta corte. Después de referirse en dicho programa la historia de la devoción al Sagrado Corazón de María, se habla de la organización de la archicofradía, de las condiciones que se requieren para el ingreso en la misma, de los numerosos privilegios á la misma vinculados, y de las solemnes fiestas con que ha de verificarse su inauguración.

Las personas que deseen inscribirse en la misma, pueden dirigirse á cualquiera de las siguientes iglesias:

Parroquias: San Sebastián, San José, Buen Consejo, San Martín, San Marcos, San Luis, Nuestra Señora de Covadonga, (San Plácido), Santa Bárbara (Visitación), Concepción (Barrio de Salamanca), Santa María, San Ginés, Santiago, San Andrés, San Millán, San Pedro (Nuestra Señora de la Paloma), Nuestra Señora del Carmen, San Nicolás y el Salvador, Santa Cruz, y San Miguel (Vallecas).

Otras iglesias: San Pascual, Buen Suceso, San Pedro (filial del Buen Consejo), Montserrat, Nuestra Señora del Carmen (Atocha), Nuestra Señora de la Presentación (Niñas de Leganés), Oratorio del Olivar y La Latina.

Sabido es que los Misioneros del Inmaculado Corazón de María son los encargados de las misiones de la Isla de Fernando Póo y demás posesiones españolas del Golfo de Guinea. Las limosnas de los individuos de la nueva Asociación han de coadyuvar, pues, á la empresa cristiana y civilizadora que están llevando á cabo aquellos beneméritos Sacerdotes. Inscribirse en la Asociación que ahora se inaugura constituye, por consiguiente, un acto religioso y eminentemente patriótico, que no se desdenarán de llevar á cabo muchos de nuestros lectores.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

Nuestra Señora de Aranzazu.—(Pág. 273.)

Precioso dibujo representando á la Santísima Virgen de Aranzazu, reproducción del cuadro alusivo de la coronación de dicha sagrada Imagen, acto que tuvo lugar el 3 de Junio de 1886. Como en las columnas de nuestra Revista ha sido ya descrito el célebre santuario de Aranzazu, nos abstenemos de entrar en más pormenores.

Don Vicente Santiago Sánchez de Castro, Obispo de Santander.—(Pág. 276.)

El ilustre prelado de la Iglesia, con cuyo retrato se honran hoy las páginas de LA ILUSTRACION CATOLICA, nació en la aldea de Veromingo, provincia de Salamanca y diócesis de Valencia, el 25 de Julio de 1841. Después de haber aprendido en Béjar la lengua latina, pasó á Salamanca á estudiar Humanidades, distinguiéndose, desde luego, por su aplicación y aprovechamiento entre todos sus condiscípulos; al mismo tiempo se dedicó al estudio del dibujo, llegando á producir en este arte obras muy estimables, que han quedado como modelos en la escuela de dicha ciudad.

Desde niño fué manifiesta su vocación al sacerdocio. En 1861, los PP. Jesuitas, en obsequio al Magistral de aquella Catedral, nombrado Obispo de Teruel, dispusieron un certamen, consistente en la defensa de cincuenta proposiciones teológicas; para contestarlas fué elegido por unánime voto el joven Sánchez de Castro; y sobre lo extraordinario del éxito que obtuvo, baste decir que el Sr. Obispo de Salamanca se dignó nombrarlo en el acto Bachiller en Teología, sin previo examen, y eximiéndolo del pago de derechos. Aquel día se reveló el Sr. Sánchez de Castro como teólogo profundo y lógico ejercitado; y el Sr. Obispo de Plasencia se lo llevó consigo á su Seminario, encargándole de la cátedra de Filosofía.

En 10 de Junio de 1865 fué elevado á la dignidad sacerdotal, y en Marzo de 1866 obtuvo, tras de refidísimas oposiciones, la plaza de Lectoral del insigne Cabildo de León. Predicó con aplauso universal en dicha ciudad, que contaba á la sazón en su seno con muy ilustres oradores sagrados; y llamado á predicar en Madrid, primero en la solemnidad con que los católicos celebraron en el templo de San Francisco el Grande la coronación del Pontífice reinante León XIII, y más tarde encargado por el ilustre Cardenal Moreno (q. e. p. d.) del sermón de la Bula, fueron sus oraciones otros tantos triunfos, y el nombre de Sánchez de Castro corrió, en alas de la fama, por todos los ámbitos de la península como el de uno de los oradores que hacían reverdecer en nuestros días los antiguos gloriosísimos lauros de la elocuencia sagrada.

Su libro *La Religión, estudios filosófico-teológicos*, ha merecido el aprecio de los doctos, y lo que vale más para un sacerdote católico, las alabanzas del Padre Santo. Promovido en 21 de Marzo de 1884 á la silla episcopal de Santander, fué consagrado en la iglesia de San Isidro el Real de esta Corte el 1.º de Junio siguiente, tomando solemne posesión de su Sede el 29 del mismo mes y año, festividad del Príncipe de los Apóstoles.

Desde entonces sus días se han consagrado por completo á la felicidad de sus diocesanos. La Catedral de Santander es pequeña para contener á la inmensa muchedumbre que acude á escuchar sus inspiradas homilias. Sus Pastorales son buscadas con avidez por los hombres de ciencia y por los menos sabios, pues para todos contienen enseñanzas esos admirables documentos, en los que los más sublimes conceptos de la Sagrada Teología se ven expresados en un lenguaje propio de los escritores de nuestro siglo de oro; y sus obras de caridad y los beneficios que sus manos derraman por todas partes, hacen respetado y querido su nombre entre los fieles que tienen la dicha de venerarlo como á supremo Pastor.

Iglesia de las Siervas de María.—(Pág. 277.)

Este precioso templo, gala del nuevo Madrid, es obra del insigne arquitecto señor marqués de Cu-

bas. Consta de una sola nave, terminada en ábside, teniendo un ancho de siete metros y una altura, hasta la clave de las bóvedas, de dieciséis metros. Sobre múltiples y agrupadas bases se alzan los haces de columnas, que terminan en riquísimos capiteles tallados, de los que arrancan los arcos y nervios de las bóvedas. Es, en conjunto, una obra bellísima, y muestra de las grandes dotes artísticas que adornan á su ilustre autor.

Convento de PP. Franciscanos en Roma.—(Pág. 280.)

Entre los muchos atentados cometidos por el Gobierno italiano en la ciudad de Roma, figura como uno de los más recientes la expulsión de los religiosos Franciscanos del célebre convento de *Ara-Codi*, situado junto al Quirinal, en el que se venera la famosa Imagen del Niño Jesús, conocido con el nombre del *Bambino*. Obligados los Franciscanos á levantar nueva casa, han erigido el lindo monasterio que representa nuestro grabado.

Santuario de Nuestra Señora de la Gleva.—(Pág. 281.)

Entre los muchos santuarios erigidos en honor de la Santísima Virgen por la piedad de nuestros padres, sobresale el de Nuestra Señora de la Gleva, situado en la diócesis de Vich, y del cual ofrecemos hoy la vista á nuestros lectores.

La invención de la veneradísima Imagen de la Virgen de la Gleva tuvo lugar á fines del siglo X ó principios del XI. Apacentaba los ganados paternos una inocente niña, cuyo nombre nos es desconocido, pero cuyo recuerdo ha conservado la tradición con el dictado de la *pastora de la Gleva*. Observó la pastorcilla que uno de los bueyes que estaban bajo su guarda escarbaba la tierra en un mismo lugar, sin que esfuerzos algunos pudieran apartarlo de aquel sitio. Aguijoneada la curiosidad de la niña, se acercó, dejando en libertad al buey para continuar su tarea; y abierto que hubo un hoyo más que mediano, pudo la pastora contemplar la Santa Imagen, que se hallaba colocada entre dos columnas y debajo de una *gleva* ó terrón grande, que le servía de arco. Divulgóse el hallazgo, y se erigió en el mismo sitio una modesta capilla á la Santísima Virgen con el título de Nuestra Señora de la Gleva. Posteriormente fué trasladada la sagrada Imagen al pueblo de San Hipólito de Voltrega, distante un cuarto de hora del punto del hallazgo, y en la cumbre de un altozano próximo al pueblo se erigió el santuario que hoy pueden contemplar nuestros lectores, y que aunque pobre y falto de adornos, es centro de muchas peregrinaciones y objeto de ardiente devoción para todos los habitantes de los pueblos circunvecinos.

El Madhi y sus huestes.—(Pág. 285.)

Valiente hasta la temeridad, rudo y salvaje en el peligro, el Madhi es uno de los personajes más temidos en sus dominios. Todo lo remite al terror que infunde su terrible dictadura, y los que le siguen en sus feroces algaradas responden á sus indicaciones y á sus mandatos geniales, más bien que á la ordenanza de una disciplina militar.

Allá, en el centro del continente africano, el personaje cuyo retrato ofrecemos hoy á los lectores de LA ILUSTRACION, vestido á la usanza de indómitos guerreros de la Edad Media, tiene sentados sus dominios, que va ensanchando cada día más á costa de las pobres tribus, que no saben ni pueden defender su escasa independencia.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso.

(Primera quincena de Octubre.)

Este mes está dedicado á la Bienaventurada Virgen María en su gloriosa advocación del Rosario.

1. Sábado.—*El Santo Angel Custodio* del reino de España.—Santos Verísimo, Crescente, Evagrio, Platón, Aretas y 504 compañeros mártires; Remigio, arzobispo y confesor; Severo y Bavón, confesores.—Santas Máxima y Julia, mártires.
2. † Domingo XVII después de Pentecostés.—La



D. VICENTE SANTIAGO SÁNCHEZ DE CASTRO (Obispo de Santander).

Solemnidad del Santísimo Rosario de la Bienaventurada Virgen María.—Los Santos Angeles Custodios. Santos Eleuterio, mártires; Leodegario y Tomás, obispos; Saturio, confesor, natural y Patrón de Soria.—*Jubileo del Santo Rosario.*

3. Lunes.—Santos Cándido, Dionisio, Fausto, Cayo, Pedro, Pablo y otros cuatro mártires; Maximiano, obispo; Esiquio, confesor, y Gerardo, abad.

4. Martes.—Santos Pedro, obispo y mártir; Marcos y Marciano, mártires; Petronio, obispo, y Francisco de Asís, confesor y fundador.—Santa Aurea, virgen.

5. Miércoles.—Santos Plácido y compañeros mártires; Froilán, Atilano, Apolinar, Marcelino y Tra-seas, obispos y confesores.—Santas Caritina, virgen y mártir; Gala, viuda, y Nuestra Señora de la Palma en el Bajo Aragón.

6. Jueves.—Santos Román, Sagares y Magno, obispos, y Bruno, confesor y fundador.

7. Viernes.—Santos Sergio, Baco, Marcelo y Apuleyo, mártires; Marcos, Papa y confesor.—Santas Julia y Justina, vírgenes y mártires.

8. Sábado.—Santos Demetrio, Nestor y Pedro, mártires, y Evodio, confesor.—Santas Reparata y Benedicta, vírgenes y mártires; Brígida, viuda, y Pelagia, penitente.

9. † Domingo XVIII después de Pentecostés.—*La Maternidad de la Bienaventurada Virgen María.*—Santos Dionisio Areopagita, obispo, y compañeros mártires; Gisleno, obispo y confesor, y Abraham, patriarca.

10. Lunes.—Nuestra Señora del Remedio.—Santos Gasio, Florencio, Daniel y compañeros mártires; Gereón y 318 compañeros mártires; Paulino y Pinito, obispos; Francisco de Borja, y Sabino, confesores.—Santas Irene, virgen y mártir.

11. Martes.—Santos Germán, obispo y mártir; Anastasio, Plácido, Ginés y sus compañeros mártires; Fermín, obispo y confesor, y Luis Beltrán, confesor.—Santa Plácida, virgen, y Nuestra Señora de la Almudena en Madrid.

12. Miércoles.—*La Conmemoración de la Bienaventurada Virgen María del Pilar de Zaragoza.*—Santos

Evagrio, Edistio, Prisciano y compañeros mártires; Félix y Cipriano, obispos, y Serafin, confesor.

13. Jueves.—Santos Fausto, Jenaro, Marcial, Florencio y Colmano, mártires; Teófilo, obispo; Venancio, abad, y Eduardo, rey y confesor.

14. Viernes.—Santos Calixto I, Papa y mártir, y Gaudencio, obispo y mártir.—Santa Fortunata, virgen y mártir.

15. Sábado.—Santos Bruno, obispo y mártir, y Severo, obispo y confesor.—Santa Teresa de Jesús, virgen y fundadora; Aurelia, virgen, y Tecla, abadesa.—*Bendición papal en el Carmen.*

La fiesta de Nuestra Señora del Rosario evoca el recuerdo de la gloriosísima jornada de Lepanto. En aquella ocasión memorable fué tan patente la protección de lo Alto á favor de los cristianos, que el Sumo Pontífice San Pío V instituyó esta fiesta con el nombre de Nuestra Señora de la Victoria, como la anuncia el Martirologio romano con estas palabras: *El mismo día 7 de Octubre la conmemoración de Nuestra Señora de la Victoria, fiesta que instituyó el Santo Papa Pío V en acción de gracias por la gloriosa victoria que en este día consiguieron los cristianos de los turcos, en una batalla naval, por la particular protección de la Santísima Virgen.* Gregorio XIII, sucesor de aquel insigne Pontífice, trasladó esta fiesta al primer domingo de Octubre, con el título de fiesta del Santísimo Rosario. Con igual motivo añadió también San Pío en la Letanía de la Santísima Virgen las palabras *Auxilium christianorum, ora pro nobis.*

El día de Nuestra Señora de las Nieves, 5 de Agosto de 1716, obtuvieron las tropas imperiales cerca de Salankem una completa victoria sobre los turcos, á cuyo feliz suceso se siguió el haber levantado éstos el puesto á Corfú, en el día de la octava de la Asunción, 22 del mismo mes y año. Agradecido el Sumo Pontífice Clemente XI á esta doble protección, después de haber publicado una Indulgencia plenaria en Santa María de la Victoria, y enviado los estandartes que se tomaron á los turcos

á Santa María la Mayor y á Loreto, mandó que la fiesta del Rosario, limitada hasta entonces á las iglesias de los Padres Dominicos, y á aquellas donde hubiese cofradía de esta advocación, fuese en adelante fiesta solemne de precepto para toda la Iglesia universal en el primer domingo de Octubre; muy persuadido á que la devoción del Rosario era el medio más eficaz y más propio para agradecer á la Santísima Virgen los favores recibidos por su poderosa protección y para empeñarla á que cada día nos dispensase otros nuevos y mayores.

Sabido es que la devoción del Rosario fué establecida por Santo Domingo de Guzmán en Tolosa de Francia, corriendo el año 1208, cuando más ocupado se hallaba en la predicación contra los albigenses á consecuencia de la visión milagrosa que tuvo, hallándose orando en la Iglesia de Nuestra Señora de la Povilla. La Santísima Virgen se apareció al insigne Patriarca ordenándole fundar la devoción del Rosario, y prometiéndole una continuada serie de victorias contra la heregía. Obedeció Santo Domingo, y en vez de detenerse, como había venido haciendo hasta entonces, en disputas y controversias, no hizo en adelante otra cosa que predicar las grandezas y excelencias de la Madre de Dios, explicando á los pueblos el mérito, las utilidades y el método práctico del Santísimo Rosario. Los frutos de esta predicación fueron tan rápidos, que excedieron á todas las esperanzas y pasaron á la misma Roma. Los pueblos acudían presurosos para asistir al rezo del Rosario; apiñábanse alrededor del púlpito para oír la explicación de los misterios; besaban los rosarios; bañábanlos de lágrimas é interrumpían el rezo con sus suspiros y sollozos. En breve las iglesias no bastaron á contener el prodigioso número de los asistentes, de manera que Santo Domingo se vió en la necesidad de acudir á todas partes, obrando, donde quiera, los mismos prodigios con su poderosa palabra. Así fué como el elocuente panegirista del Rosario de María lo cambió y convirtió todo en breve tiempo con sólo una sencilla combinación de oraciones, moviendo á todos los pueblos á celebrar con él la santidad, la gloria y el poder de la Madre de Dios.

Nuestro Santísimo Padre León XIII vuelve también hoy sus ojos á María, y recomienda á los fieles, en las presentes tribulaciones de la Iglesia, la devoción del Santísimo Rosario. Sus admirables Encíclicas acerca de este punto, asombrosas como todos los documentos que brotan de su doctísima pluma, han venido á determinar en el orbe católico un verdadero renacimiento de aquella consoladora devoción; y la fiesta del Santísimo Rosario y la práctica de esta devoción tan útil se celebran de nuevo en todos los templos de la cristiandad con pompa y solemnidad extraordinarias.

El día 4 es fiesta del gran San Francisco de Asís y el 15 la de la inclita doctora Santa Teresa de Jesús. El día 2 se celebra á los Santos Angeles de la Guarda. En el número anterior, y con motivo de la fiesta de San Miguel, hablamos del culto de los Angeles. Sólo diremos hoy que la festividad del Angel de la Guarda es antiquísima en nuestra patria, pues desde tiempo inmemorial venía celebrándola la Iglesia de Toledo, y es verosímil que de ésta la recibió la Iglesia de Rhodés, por el celo y devoción del Santo Obispo Francisco Destain, que floreció en tiempos de Luis XII y de Francisco I. También se derivó de España á los Países Bajos, cuyas iglesias todas consta que la celebraban el día 1.º de Marzo. En Francia era también muy antigua la devoción á los Santos Angeles de la Guarda, pues San Luis mandó edificar en su honor una capilla en la Catedral de Nuestra Señora de Chartres, y mucho antes del siglo XVI se encuentran altares dedicados á los Santos Angeles de la Guarda en Clemon y otras partes. La Iglesia de Córdoba, en nuestra patria, celebraba esta fiesta el día 10 de Marzo. El Papa Paulo V la fijó en el primer día libre después de la fiesta de San Miguel, que es el segundo de Octubre. El archiduque Fernando de Austria, que después fué emperador, movido de su particular devoción al Santo Angel de la Guarda, suplicó al Papa que hiciese esta fiesta general en



IGLESIA DE LAS SIERVAS DE MARÍA

toda la Iglesia, y así lo hizo Su Santidad por satisfacer á tan piadosos deseos, expidiendo á este fin una Bula que encendió y avivó más la devoción de los fieles.

Por último, el día 12 es la fiesta de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, á cuyo solo nombre palpitan de entusiasmo y devoción todos los corazones verdaderamente cristianos y españoles.

ESTAR DE MAS

RELACION

POR

FERNÁN-CABALLERO

(Continúa)

Que pega aquí materialmente como los perros en misa; tu hijo es un descreído; camina para protestante.

—¡Ave María! exclamó la madre apurada; ¿no es cierto, hijo, que tu tía no dice verdad, y que tienes fe, la hermosa fe, la santa fe que salva?

El ex estudiante, que conoció que el ditorio que tenía no era propio para hacer alarde ni de espíritu fuerte ni de librepensador, hizo un esfuerzo, mirando con disimulo á su padre, cuyas explosiones de cólera le atemorizaban.

—Pues ya se ve que tengo fe, pero una fe racional.

—Dice usted un contrasentido, le dijo el juez; la fe está tan separada del raciocinio, que con éste no puede existir. Para creer lo que la razón nos demuestra no necesitamos fe. La fe nos la ha impuesto Dios para creer aquello que no comprendemos; así es que creemos todo lo sobrenatural por la fe.

En este momento estalló la formidable voz del trueno.

—A rezar, á rezar, exclamarón todos.

Los señores soltaron los naipes sobre la mesa y se pusieron en actitud reverente, mientras doña María Josefa entonaba el trisagio.

Concluían la santa plegaria, cuando todos se sobresaltaron al oír abrirse violentamente la puerta, y al volverse vieron precipitarse en la sala á un joven con uniforme de marino, que corrió hacia el sofá, cogiendo en sus brazos con apasionada ternu-

ra á doña Carmen, cuyo rostro cubría de besos, repitiendo:

—¡Madre, madre mía! Aquí estoy, no me he ahogado ni me han comido los tiburones.

—¡Gracias á la Virgen del Carmen, hijo mío, hijo de mi alma!

Y entre acciones de gracias, lágrimas y sonrisas, se había transformado, por el amor de madre, aquella figura insípida en la más viva y elocuente personificación de la tierna madre cristiana.

—Pero, señora, dijo el recién venido dirigiéndose á la dueña de la casa, que dedujo serlo por ser la sola que no conocía; usted perdonará el ansia de un hijo que hace tres años no ve á su madre, que me haya entrado tan marcialmente en su casa sin anuncio ni permiso.

Doña Teresa no le dejó acabar.

—En lo que ha honrado usted mi casa, y compláceme en extremo, le dijo; y señalándole á D. Ignacio, que se había acercado para cumplimentarle, «éste es mi marido;» y señalándole á Blanca, que permanecía en pie en su mismo sitio: «y ésta es mi hija.»

El marino se volvió para saludarla; pero apenas sus ojos se clavaron en Blanca, no pudo apartarlos y quedó como absorto.

Blanca, al notar la tenacidad de aquella mirada, bajó los suyos y se sonrojó como si un rojo rayo de sol hubiese repentinamente alumbrado su rostro.

Este pequeño incidente pasó inapercibido de todos, menos de Andrés, el ex estudiante, que dijo:

—Primo, no te distraigas; mi padre se encamina hacia aquí y quiere saludarte.

Efectivamente, D. Sebastián, que quería mucho a su sobrino, se acercaba diciendo:

—Vengan esos brazos, aunque estén embreados; Ramiro, muchacho, todavía has crecido, estás casi tan alto como Andrés, ese gran largo, que ya que para otra cosa no sirve, podría servir de palo mayor a tu buque.

—Y usted, querido tío, ha engordado, lo que prueba su buena salud, su falta de penas y de cuidados.

—Tienes razón, hijo mío, gracias a Dios, que tales mercedes me hace, con otra gracia, que es no pedirle más y estar agradecido.

Cuando Ramiro hubo abrazado a todos cariñosamente y éstos le dieron cordialmente la bienvenida, volvieron a ocupar sus respectivos asientos; el recién llegado se sentó en el sofá al lado de su madre, y mientras ésta le hacía multiplicadas preguntas sobre sus viajes, sus percances y su salud, cada cual volvió a su ocupación anterior, pero prestando involuntariamente su atención a las respuestas del joven marino, en particular su tío, lo que le ocasionaba hacer frecuentes renuncios; esto incomodaba al juez, el que le dijo:

—Don Sebastián, dice la máxima: *has lo que haces*.

—Espantábame yo, repuso el interpelado, que ya no hubiese usted echado alguna sentencia, en particular ésta que es la que a todo saca.

—Sí, señor, y es porque aquí, en España, es cosa muy poco común el entregarse de un todo a lo que se hace; aquí todo se hace sin impregnarse de su cometido.

Oyendo a su primo, dijo Andrés a media voz a Blanca:

—De luengas tierras, luengas mentiras.

Blanquita, según su costumbre, cuando le hablaba Andrés, hizo como si no lo hubiese oído. Entonces Andrés, para forzarla a contestar, se dirigió a ella en tono de pregunta:

—¿Ha reparado usted el modo de andar de mi primo, que, como todos los marinos, qué desgarbado que es?

—No le he visto andar, contestó secamente Blanca.

No dejó de notar Ramiro, que era vivo, la intimidad que afectaba Andrés con Blanca, así como el marcado desvío con el que Blanca correspondía.

Poco después se retiraron los concurrentes, y apenas estuvieron solos en su casa doña Carmen y Ramiro, cuando éste dijo a la primera:

—Madre, qué admirablemente bella es la hija del Administrador del Duque.

—Pues la menor de sus ventajas es su bien parecer, contestó la interpelada; más admirables son su carácter, sus virtudes y completa falta de pretensiones. Las pretensiones son la gangrena de la sociedad moderna, y si no, mira a tu primo...

—¡Oh! repuso riendo Ramiro, hoy se labran grandes edificios con pocos cimientos; mi primo ha hecho más, pues me parece que quiere edificar sin cimiento alguno.

La tertulia siguió reuniéndose todas las noches cual solían. Todos ocupaban, como siempre, el lugar acostumbrado, y Ramiro el que ocupó el primer día, teniendo así a la derecha a Blanca y al frente a Andrés, haciendo, por hacer algo, sus sempiternas suertes y paciencias.

—¿Qué haces metido en tu casa todo el día, que hace tres ó cuatro que no vas por casa? preguntó D. Sebastián a su sobrino.

—Nada, señor; descanso.

—Ocio, *ni para descansar*, dijo con voz grave el juez.

—Ya encajó usted otra sentencia, dijo D. Sebastián.

—*Aprovecha el tiempo, que vale el cielo*, repuso el juez en el mismo tono.

—Dígale usted eso al gran largo de mi hijo, que

no sabe, según dice, cómo *matar* el tiempo; y así duerme todo lo que puede, y el demás lo pasa tendido a la bartola.

—Pero si es porque está malo, dijo su madre.

—Está malo por eso mismo; que si, como yo y sus hermanos hacemos, montase a caballo y se fuese a los cortijos, estaría bueno como lo estamos nosotros. ¿No es verdad, Doctor?

—De que están ustedes buenos doy fe, contestó el interpelado.

Habíase concluido la partida; los jugadores se habían levantado, y el juez, colocado a espaldas de Andrés, seguía con la vista las paciencias en que aquél se ocupaba. Éste, preocupado é incomodado por las críticas que de él hacía su padre, y mucho más por las muestras de atención que dirigía Ramiro a Blanca y las señales de simpatía con que eran recibidas, olvidaba de poner las cartas en el lugar que les correspondía, tiró las cartas diciendo:

—¡Qué suerte la mía!

—Su culpa de usted es, dijo el juez; estaba usted pensando en otra cosa; *has lo que haces*; mire usted a Blanquita qué cuidado pone en su bordado. ¿A que no ha dado una puntada mal dada?

—Puede que esté dando más de las que usted piensa, repuso Andrés con despecho.

Blanca se sonrojó, entendiéndole la intención que llevaba Andrés.

—¿Eres inteligente en puntadas? le preguntó Ramiro.

—¡Oh! El gran largo, es, a su parecer, inteligente en todo, y es como aquel otro a quien preguntaban si sabía tocar el violín, y contestó: *no lo he ensayado*, dijo su padre.

Ramiro se había acercado a la mesa, en la que apoyó sus dos codos, é inclinándose hacia Blanquita le preguntó a media voz:

—El no levantar los ojos con tanta insistencia de su bordado, ¿es pretexto para no mirar a nadie?

—No es pretexto, es causa, respondió ésta.

A la mañana siguiente bajó Blanca al jardincito que se había complacido en cultivar, y cuyas plantas, por tantos años abandonadas, revivían ufanas y alegres con sus cuidados, como si quisieran demostrarle su gratitud por ellos. Tenía este jardín una ventana con reja, que daba a una calle ancha y solitaria, por tener al frente un gran molino y almacén de aceite, a la sazón cerrado por haber pasado el tiempo de la molienda.

Embebecida en su faena, y además distraída como hacía algún tiempo que lo estaba, Blanca se acercó a esta ventana para coger las flores que le brindaba un inmenso jazmín, cuando oyó una voz que en quedas palabras dijo:

—¿Cómo envidio esas flores!

Blanca, al pronto, se sobrecogió, pero habiendo reconocido en el que hablaba a Ramiro, dijo sonrojándose y sonriendo a un tiempo:

—¿Y por qué?

—Porque vos las queréis.

—¿Y quién puede envidiar el amor a las flores, que no es amor de corazón? repuso ella.

—En punto a amor todo lo envidio, y como no os conozco otro que el que teneis a las flores, ese envidio: si otro amor puede abrigar vuestro corazón, está tan dormido que no lo despierta el amor que inspiráis.

Blanca, al oír aquellas palabras tan nuevas para ella, se turbó, é instintivamente echó hacia alrededor una mirada asustada.

—Nadie nos ve, dijo Ramiro, que observó ese movimiento espontáneo del pudor femenino; pero aunque eso fuera, continuó, nada le hace; el amor se oculta como tímido y recatado, pero no se esconde como criminal cuando es inocente y honrado, pues en ese caso no es el niño alado y con flechas como el pagano, es el padre de familia cristiano. En mi vida, en tierra como en la mar, no he hallado tiempo ni ocasión para amar; sois mi primer y ardiente, y seréis el único amor de mi vida; si cruelmente lo rechazáis, mañana me alejo de aquí, para no volver jamás.

Blanca, que amaba a Ramiro, pero que era retenida y modesta, estaba perturbada, sin saber qué contestar a tan apremiante declaración; y cuando él, con apasionada insistencia, le dijo:

—Blanca, por Dios, contestadme.

—No puedo contestar, balbuceó Blanca, sin el consentimiento de mis padres.

—¿Y si es favorable a mis ruegos? preguntó ansioso Ramiro; ¿entonces...?

—Será favorable a mis deseos, contestó Blanca en voz queda y desapareciendo entre el ramaje como una mariposa.

Blanca se fué en seguida al cuarto de su madre y le contó su entrevista con Ramiro.

—Y tú, hija mía, ¿le quieres? le preguntó doña Teresa, que harto se lo sospechaba.

Blanca se echó en los brazos de su madre, deshecha en lágrimas.

Al conocer la madre el amor de su hija, sintió una amarga angustia, pues sabía el decidido empeño que tenía su marido en casar a Blanca con el Doctor, que desde luego se opondría a dar su consentimiento a un enlace que no tenía las grandes ventajas que ofrecía el del Doctor. Así, con el corazón oprimido, dijo a su hija:

—Blanca mía, me temo que tu padre no sea gustoso.

—¿Y por qué, madre? preguntó llena de asombro Blanca.

—Porque, hija mía, no es afecto a la carrera de la marina.

—Y el que no le guste su carrera ¿es un óbice? dijo Blanca, volviendo a derramar abundantes lágrimas, pero muy distintas de las primeras.

En este momento entró D. Ignacio en el cuarto de su mujer, y Blanca se apresuró en alejarse, para que no notase su agitación y sus lágrimas.

—Me alegro que vengas, Ignacio, dijo doña Teresa, pues tenemos que hablar.

—Eso nunca falta, contestó sonriéndose su marido.

—Pero en esta ocasión es cosa grave de la que se trata. Tenemos una hija joven, pero ya en edad de casarse.

—Eso mismo pienso yo, contestó D. Ignacio, y ya sabes cuánto lo deseo.

—Sí; pero los deseos de los padres no concuerdan siempre con los de los hijos, que son interesados en este asunto.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Que tú quieres al Doctor por yerno, y puede que Blanquita no lo quiera por marido.

—¿La razón?

—Muchas puede haber, pero la principal es que quiere a otro.

—¡Pamplinas!

—No, Ignacio; cuando una joven del carácter y del juicio de Blanca ama, no es pamplina.

—Una pasión volcánica, un amor que es el destino de la vida, eso es, todas las paparruchas que leen ustedes y que traen los folletines de los periódicos. ¿Y quién es el que llena el ideal de la señorita?

—Es, como no podía menos de ser, un excelente joven, que desde niño ha sido un modelo en todo y por todo; es Ramiro Estrada.

—¡Ramiro! ¡marino! de manera ninguna consiento en ello.

—Es una carrera lucida y de porvenir.

—Díle a esa niña que le mando no pensar en tal cosa.

—Hombre, acuérdate de la sentencia *aconseja y no mandes, persuade y no decides*.

—Buenas son ustedes, madre é hija, tan apocadas y lloronas, para tener marido y yerno enterrado vivo en un gran féretro en las olas de la mar, temblando cuando silbe el viento, sin una hora de sosiego, y viviendo separados más de la mitad de la vida. No; que con el Doctor, que está muy rico, ¿qué vida tan descansada! Con su carácter de ángel, ¿qué vida tan feliz!

—Pero, vamos a ver: ¿el Doctor te ha pedido a Blanca?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes que la quiere?

—¡Bah, bah! lo mismo que yo sabes tú que casarse con Blanca sería para el Doctor una felicidad, a la que su exceso de modestia al considerar su falta de juventud, de elegancia y de despejo, le impide aspirar.

—Acuérdate de tu prima, dijo doña Teresa, a la

que sus padres obligaron á casarse con un hombre rico y de brillante posición, lo desgraciada que ha sido.

—Eso fué porque los padres, vanos y orgullosos, no tuvieron en cuenta sino lo que halagaba á estos dos vicios. ¿Pero es este mismo caso con el Doctor? Dilo, dílo.

—Lo creo el mejor y más entendido hombre del mundo; su posición tan honrosa como holgada, y creo que su mujer sería la más feliz si lo amase; pero si amase á otro, ni él ni ella lo serían. ¿Quieres, Ignacio, hacer á tu hija desgraciada?

—Quiero impedir que lo sea.

—Lo será si no se casa con Ramiro.

—Amores de veinte años, chubascos de primavera, pasan pronto.

—No te conozco, Ignacio. En ninguna razón sería fundas tu negativa, que, por consiguiente, es un despotismo paternal de que no te creía capaz. No, no quieres, no, á nuestro ángel de hija.

Diciendo esto, doña Teresa se echó á llorar amargamente.

Don Ignacio, que era en extremo bondadoso, que quería con entrañable cariño á su mujer, y que temía con angustia lo que pudiera dañar á su salud, tembló al notar sus lágrimas, y su incomodidad y oposición cayeron, como cae un globo de goma que se raja y pierde el aire que lo elevaba.

—No llores, no llores, por Dios, que te vas á poner mala, dijo apurado; vamos, que parece que estás tú tan enamorada del marinito como tu hija. Hagan ustedes lo que quieran; pero díle á esa niña que se arrepentirá de no haber escuchado los consejos de su padre; la vista de un padre penetra en el porvenir de sus hijos. Y salió profundamente apesadumbrado.

Doña Teresa repitió á su hija lo ocurrido; pero tanto por su carácter suave y delicado como por amor á su hija, tuvo cuidado de endulzarle las palabras de su padre, y de no hacer mención de su deseo de casarla con el Doctor.

(Se continuará.)

Nuestro arte religioso

XV

La música de concierto, figurada ó libre, que de todos estos y de otros modos puede ser llamada, y cuya historia posible hoy, conocida ya por todos, sería pretencioso compendiar aquí, fué ejecutada en nuestros templos desde muy antiguo, y, como pueden comprender aun los que no conozcan su desarrollo á través del tiempo, siguió en nuestra tierra, poco más ó menos, la misma ruta, con iguales vicisitudes, adelantos, aberraciones, desdichas y prosperidades que en los demás países civilizados, aunque muy adelantada respecto de algunos.

Pasamos, pues, por la *música armónica*, según la llamaba San Isidoro en sus *Sentencias*: «concordancia y unión simultánea de varios sonidos», que ya no sería nueva en aquel tiempo (siglo VII); por la *diafonía* ó *organum* de que nos habla Hucbaldo el Monje en el siglo IX, cacofonía extraña que hoy no podrían aguantar nuestros oídos, como tampoco el canto gregoriano, si posible fuera ejecutarlo como entonces, y que era parecido á algo así como cantar simultáneamente dos melodías, tres, cuatro ó cinco en tono distinto, siempre distantes entre sí una cuarta ó quinta, y aplicada al canto litúrgico, unísono por su naturaleza. Pasamos por el *discanto* y por la invasión de las melodías populares, que se mezclaron durante siglos con las sagradas de un modo irreverente, á pesar de todas las prohibiciones de los Pontífices, y que pedían el auxilio de los instrumentos de entonces, cuyos conjuntos nos horripilarían ahora, crispando nuestros nervios. Después se llamó la música *ars nova*, y fué el discanto perdiendo mucho de su barbarie, alejándose de la tonalidad gregoriana para acercarse á la moderna, todavía en embrión en el siglo XIV, que nos dió el *contrapunto*. El XV nos trajo la música filosófica, llena de combinaciones antinaturales y artificiosas, *cánones* y *fu-*

gas, que eran más enigmas que cantos, y que carecían de pensamiento cuanto abundaban en vano artificio. De Italia nos vino luego la música de Palestrina, que tuvo aquí sus precursores muy inspirados, y que fué desterrando tan ridículas filosofías. Desde aquí la música se perfecciona, toma lo que puede del extranjero y va á pasos precipitados hacia el punto en que se encontraba al mediar el siglo XVIII, muy perfeccionada en su esencia, pero ya extraviada en cuanto al concepto de religiosa, si es que alguna vez puede decirse que en España y en parte alguna fué general é influyó convenientemente un concepto atinado de lo que debe ser la música del templo.

Acompañada ésta por todos los instrumentos que sucesivamente fueron entrando en el sagrado lugar, y siendo luego arrojados de él por el órgano, que de todos triunfó, como era justo, aquí más que en Italia; compuesta y ejecutada por los maestros de capilla y los cantores de las iglesias, siguió una marcha bastante tortuosa y difícil de historiar. Bárbara todavía aquí por respetos á la antigüedad, más moderna en otra parte donde se rinde culto prudente á las verdaderas conquistas, furiosamente innovadora y extranjerizada allí donde los maestros ó los cabildos se entusiasmaban con las novedades, fué en cada comarca lo que la tradición perpetuada en los archivos, lo que la mayor ó menor comunicación con el resto del mundo, y lo que el gusto de los músicos quiso que fuese. Pero en el siglo XVIII es indudable, y bien lo prueba el P. Feijóo, que había caído en extravagantes profundidades, perdida la sobria majestad, la cristiana grandeza que alcanzara, sino en todas partes, al menos allí donde maestros de capilla eminentes é inesperados habían dejado obras originales ó imitadas que pasaban, y aún pueden pasar, y pasarán quizá perpetuamente por modelos.

Los críticos de este tiempo echaban de menos la recta aplicación de la música á la letra, que en vez de señora había venido á ser esclava de las notas, como si ella para éstas, y no éstas para su ornato, hubieran sido hechas; y al mismo tiempo abominaban de la abundancia en los adornos y giros profanos, de la rapidez excesiva en el movimiento, de las reminiscencias de cantos vulgares y aun amatorios, de las muchísimas repeticiones de las palabras, combinadas de modo que decían lo que su autor no había pensado siquiera, y de la confusión de las voces y de los instrumentos. Verdad era todo esto, y verdad también que á lo mejor surgía un compositor genuinamente religioso, aunque no sin sus pecadillos; pero qué hubieran dicho aquellos críticos si hubieran oído las composiciones del siglo presente?

El desarrollo adquirido en sus principios por el drama lírico fué creciendo de tal modo, que en cuanto lo permitieron aquí los disturbios políticos se apoderó de nuestra escena, difundió la música italiana, y como ésta había llegado á ser la misma para el teatro que para el templo, con honrosas, pero no frecuentes excepciones, pronto no se oyó en nuestras iglesias más que música de teatro. El furor que luego hizo el *Stabat* de Rossini, acabó por decidir á los maestros de capilla; pidieron obras á Italia, las imitaron y aun aventajaron no pocos de ellos muchas veces, y quedó así caracterizada la música religiosa entre nosotros. La zarzuela, que nació á la sombra de este movimiento y popularizó las arias, romanzas y cavatinas, acabó de remachar el clavo.

Debe tenerse presente lo que dije en el artículo anterior sobre pobreza de nuestras iglesias y la extinción de sus antiguas escuelas de música; triste decaimiento que coincidió con la aparición del Conservatorio, que era italiano, y hecho exclusivamente para la lírica dramática. De allí salieron italianizados casi todos los compositores que escribían para el teatro y para la iglesia, y enseñaban á otros lo que habían aprendido. Así en el año 48, por ejemplo, todas las fiestas se hacían con música profana, excepto aquellas de catedral en que por tradición se cantaba con papeles relativamente antiguos, y aun allí pronto fué penetrando el nuevo gusto. Rossi, Mercadante, Mandanichi, el Genovés, Bordesse, Rossini, Verdi, mandaron aquí sus composiciones, que luego generalizaron los *festeros*

(maestros de capillas ambulantes, verdadera plaga del arte religioso) como Carrancio, Daroca, Aspa y Ovejero, é imitaron los Andrevi, los Nadal, Oller (el padre), Mercé (Alejo), Pradas, Puig, el referido Ovejero, Benito, Calahorra, Hernández y otros muchos, que nos inundaron de música teatral, más para orquesta que para órgano, entonces un tanto despreciado, pues no había llegado la saludable reacción en su favor que nos anima hoy, y llena de concertantes, romanzas, cavaletas, dúos y bailables, con intrincadas fermatas, largos trinos y expresión apasionada como en el teatro.

Nunca como entonces, y como de allí en adelante, pudieron los compositores realizar el bello ideal de la música sacra; porque llegado el arte á muy alto grado de perfección, bastante investigado ya por la crítica el campo de su historia, disponibles, con poco dispendio, los grandes modelos antiguos y modernos, fácil la reproducción, expeditas las comunicaciones, y, en fin, asequibles todos los medios, lo mismo para el estudio de la antigüedad que para la composición de obras para canto con órgano ó con orquesta, ya tan perfeccionada, todo parecía que conspiraba para abrir el camino á los compositores de genio, ó siquiera hábiles y estudiosos; y por cierto que en España los había. Pero ¡ay! les faltaba una cosa, el estro verdaderamente sagrado, el numen de la inspiración cristiana, el concepto del arte religioso; les faltaba, en una palabra, la Iglesia, única que podía darles todo esto, que sólo se adquiere bajo su manto protector, á la sombra de las naves elevadas de sus catedrales, á la luz de los cirios y los rayos del sol tamizados por los vidrios de colores, ante los cuadros y las estatuas que produjo el genio del catolicismo, oyendo las magníficas melodías del coro, aun las que entre ellas hay defectuosas, y, por último, viviendo la vida de la Iglesia en la frecuencia de sacramentos y la moral más pura.

Aunque algunos de entre los referidos compositores, y otros muchos que omito, habían estudiado en su niñez en institutos eclesiásticos, pronto el mundo revolucionario los llevó al Conservatorio, al teatro, y de allí al partido político, al liberalismo, con su inevitable club y su execrable milicia nacional, plaga de aquellos años.

Componían por rutina, para vivir y adquirir nombre, sin fervor, sin estudio, sin ideal, y así saltó ello, aun cuando logran, como en efecto muchos lograron producir buena música; pero todos parecían cortados por un mismo patrón; tanto, que los defectos de todos eran los mismos.

En primer lugar, el estilo, corte, espíritu y factura profana de sus composiciones, género Bellini ó Mercadante; porque los clásicos alemanes, y aun el mismo Rossini, ó no eran conocidos ó no se atrevían todos á imitarlos. Después se podía notar la pasión por los solos, más de voz que de instrumento, y por la orquesta, por supuesto, tratada á lo Bellini cuando más, y el desdén por el órgano y el canto eclesiástico. La prosodia por demás detestable, y en cuanto á la aplicación de la música á la letra, estos autores aventajaron á los que tanto fustigara Feijóo en esto de maltratar el sagrado texto de varias maneras, repitiendo hasta la saciedad las palabras, y de modo que se dividían horriblemente, se combinaban en forma de otras oraciones ó se confundían como en aquel famoso Credo que cita Sbarbi, en que las palabras *notum ante omnia secula* se repetían truncadas, de modo que resultaba tun...ante... tunante, omnia tunante, etc., con otras blasfemias é indecencias que es indecoroso consignar. Además, ya se sabía: si la letra era triste, *allegro vivace*; si alegre, un andante heroico ó varios compases de expresión fuerte, como en un pasaje de horror y desolación; si plegaria, tiempo de marcha triunfal ó concertante á estilo del de *Jugar con fuego*; en los pasajes terribles, unos graciosísimos y risueños *staccati*, cortando las palabras en pedazos como un picadillo; y así en todo lo demás, sin perjuicio de repetir una misma frase musical con letra de sentido diametralmente opuesto, ó al revés, una misma letra con dos muy distintas y contrarias melodías.

Omito la preferencia por el tiple, sostenida, á mi juicio, con el malévoló intento de introducir á la



CONVENTO DE PP FRANCISCANOS EN ROMA

mujer en el coro de la Iglesia; omito las combinaciones absurdas del instrumental en que habrán de entrar los timbales á cada momento, como si se tratase de una música militar, y los *buñuelos*, *fusilamientos*, ó como se quiera llamar al hecho vergonzoso de encajar trozos enteros de ópera, zarzuela ó pieza de concierto en las composiciones sagradas, ó bien música del autor, pero fracasada, que se hizo para unos gozos ó coro teatral, y luego sirve para la misa de *requiem*; y por no enumerar más defectos, concluiré recordando, para maldecirlo con toda mi alma, el crimen de dar á las obras una extensión desmedida que fatiga á los fieles, obligados á oír un *Gloria* como el de Mercé, que dura ¡tres cuartos de hora! ó la *Salve* que compuso Ovejero, si no recuerdo mal que necesita aún más tiempo, y así otras, con la agravante de que las *Secuencias*, como el *Dies iræ*, el *Lauda Sion*, el *Veni Sancte Spiritus*, que pueden ser cantadas enteras (según prescribe terminantemente la Iglesia) en pocos minutos, necesitaban más de media hora, y aún era poco, para ejecutarlas truncadas, omitiendo muchas estrofas, pero... repitiendo hasta lo indecible la letra de las que no se omitían.

Tal era la música de entonces; tal es, por desgracia, la de ahora pues no hemos adelantado un paso. Hay excepciones, lo sé; nadie puede olvidar al gran Eslava y á muy pocos otros, no del todo limpios tampoco de tales pecados; pero lo cierto es que sólo son excepciones, y que la influencia del referido y nunca bien ponderado maestro no se ha dejado sentir lo necesario en sus contemporáneos, discípulos y sucesores.

Ahora voy notando que algunos compositores hacen sus pinitos wagnerianos, tímidos, sí, pero los hacen harto desdichadamente en verdad, y que la música filosófica hace por invadir con sus majaderías sutiles el Templo; y veo también que no falta quien, como algunos catalanes, estudie algo y trate de demostrar que tiene un buen concepto de la

música religiosa metido en la cabeza; pero éstas sólo son excepciones; los compositores que escriben para la Iglesia escasean cada vez más, y los pocos que hay, educados como Mateos, Alvarez, Oller (hijo), Zubiaurre, Caballero y otros en el Conservatorio y el teatro, para el cual escriben más que para la Casa de Dios, siguen la rutina muy tranquilos. Escriben los críticos; la noción de música sagrada parece técnicamente más clara cada día; se verifica una reacción muy marcada con tendencia hacia el buen camino; los Congresos católicos no se descuidan; los elementos, no sólo bastan, sino que sobran (exceptuadas las voces); pero lo cierto es que las composiciones dignas de la sagrada liturgia no parecen por ninguna parte, y que el estado de la música religiosa en este fin de siglo no puede ser aquí más parecido al caos, pues las mismas reglas dadas poco há por la cabeza de la Iglesia sólo han servido para que podamos acusar justamente á los compositores de la más irritante desobediencia.

Un rasgo: preguntaba yo hace pocos días á un maestro de éstos por qué las había infringido, y me contestó frescamente: porque así he dado gusto á quien pagaba.

JOSÉ FERRÁNDIZ.

Desde Manila

PERSPECTIVAS DE VIAJE

Puerto Saïd, 8 de Agosto de 1892.

VII

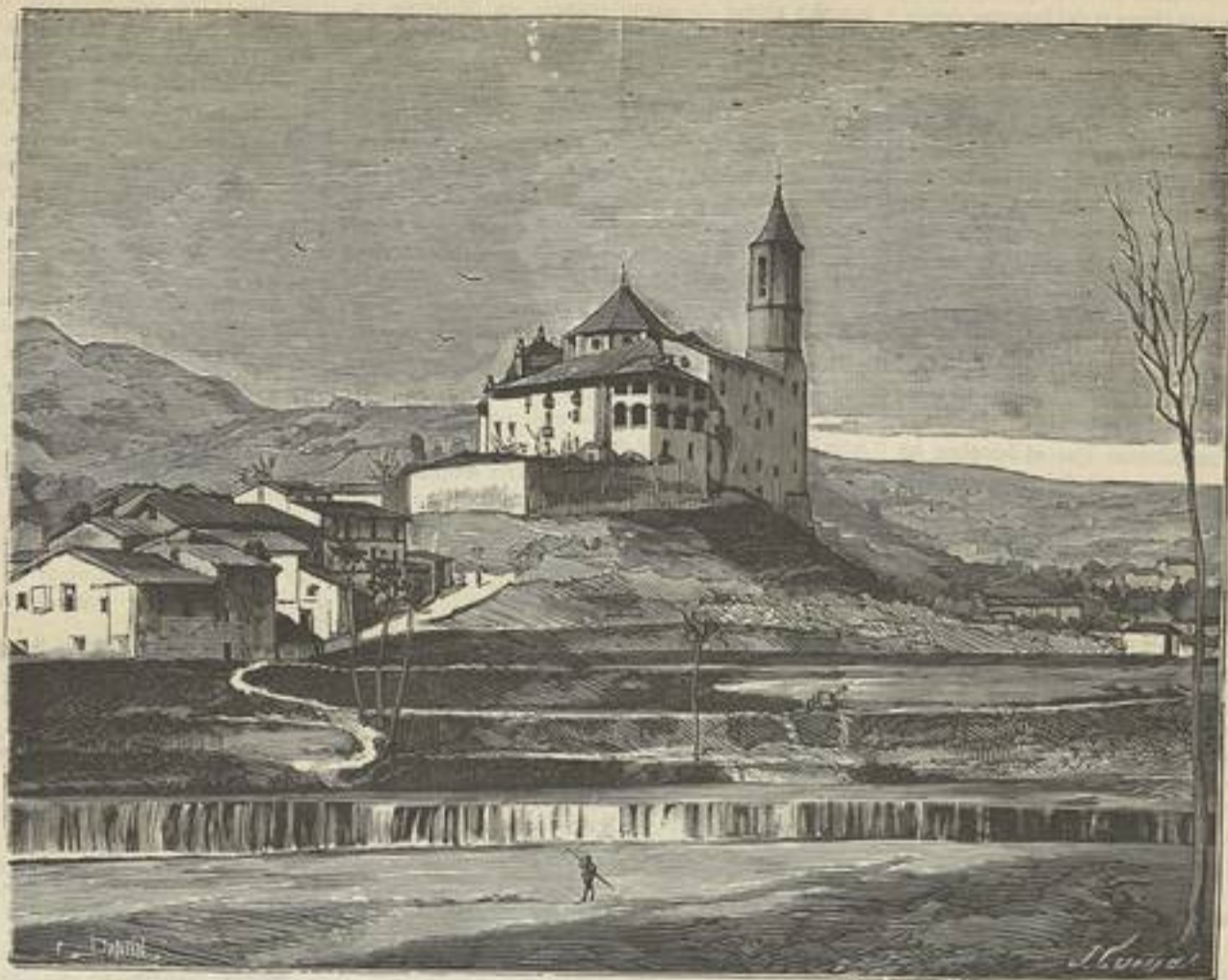


SCASAMENTE alcanzaríamos entonces la hora de las siete de la mañana, y ya todo era acelerado movimiento en Puerto Saïd, cual si los tráfalmes moradores de la naciente Babilonia sufriesen prisa por rematar cuanto antes sus indefi-

nibles quehaceres y retirarse incontinenti á descansar á la sombra de las persianas y transparentes de sus bien orientados y escogidos domicilios. Puerto Saïd no es país tropical por su situación en los paralelos geográficos del globo, pero lo es indudablemente por sus circunstancias topográficas y meteorológicas; demora unas cuatrocientas leguas más hacia el Norte que Manila, y sin embargo podemos asegurar que la temperatura que envuelve á Manila no es tan bochornosa como la que pesa sobre Puerto Saïd. En ambas poblaciones, que tantos puntos tienen de semejanza, la vida que podríamos denominar callejeril, el trágico que imponen á diario las pícaras necesidades de nuestro flaco organismo, principia antes de los seis de la madrugada, y tan sólo por raro prodigio se prolonga hasta más allá de las once. El medio día es de todo punto irresistible; el sol, entronizado en su rutilante zénit, despotiza bravamente como un salvaje Atila, y bien podría repetir que donde él asesta su pupila no vuelve á germinar la yerba, si las tímidas nubes que el mismo fecunda y multiplica no le disfrazasen, atajando sus embravecidas iras.

Esta bienhechora terciaria de las nubes, en realidad de verdad, si reza con esta nuestra ciudad del delfín, dista mucho de poder entablarse en el desolado escenario de Puerto Saïd; allí no hay sino hoscas nubes de cáustico polvo, y pomposas y atezadas humaredas, que más bien que levantadas de la superficie de la tierra y expelidas por las bestiales chimeneas de los vapores mercantes, parecen diluviadas por cien cráteres de otros tantos volcanes en rabiosa ignición; todo deflagra, todo quema, todo hierva. El día no tiene horas, sino que está distribuido en tres actos, como los dramas clásicos; el de la respiración, el de la asfixia y el de la fiebre; la noche... ésta pertenece por juro de heredad á los agujones de los mosquitos ó á los acerados palpos de inverosímiles alimañas.

El vecindario, pues, aprovecha con diligente



SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA GLEVA

frucción el primero de esos tres períodos para personarse en la calle, precipitarse en estas ó en las otras direcciones, despachar sus cotidianos y diversísimos asuntos, aprovisionarse de todo género de vituallas, y refugiarse en los bufetes de las oficinas antes de que se desborden las cataratas de fuego y aneguen la población; todo lo cual no es obstáculo para que los hijos del desierto de aquende y allende el mar Rojo, allí acampados ó vertidos, permanezcan impávidos aguantando fulgores y resisteros, blindados con su recia piel de paquidermo, y escapen indemnes, como la quimérica *pirausa*, de aquel hórrido achicharramiento.

A poco de echar pie á tierra, y después de sortear por breves momentos el graneado vaivén de los transeúntes, que al cruzarse en todas direcciones entremezclan con rutinaria viveza sus cien colores, fisonomías y vestimentas, engendrando consecutivos mosaicos de churrigueresca y fugaz catadura, se desemboca en una espaciosa calle tendida de derecha á izquierda, ó de izquierda á derecha, que por su anchura, extensión, ornato y policía, afecta honores de *boulevard*; aunque no pudimos recorrer, ni siquiera saludar, todas las barriadas de la peregrina ciudad, ni comparar, por lo tanto, esa calle con las demás que componen la población angoturca, comprendimos, ó mejor dicho, presumimos desde luego que ella era el cauce principal de Puerto Said, á donde confluían la vida interior y exterior, terrestre y marítima, local y cosmopolita, realzándose, desenvolviéndose y ostentándose con todos los insidiosos primores y halagos del repertorio mercantilista, y propagándose briosamente por incipientes avenidas, de rozagante aspecto, que embisten el desierto, ganosas sin duda de borrarlo del mapa.

Claro es que en una población donde se hablan todas las lenguas del mundo, menos la española; donde prosperan ángulos faciales de tan diversos é

inusitados calibres; donde gallardean pómulos y orejas de los más atrevidos moldes; donde espejean pieles y cutis de las más afamadas curtidurías; donde se viste con arreglo á la última moda de todos los *Rastros* conocidos y por conocer; donde todo obedece á miras exóticas, ó costumbres inaccesibles, á necesidades inopinadas, y donde todo lo europeo se reproduce, estragado y pervertido, sin que vaya á templarlo la menor ráfaga de naturaleza ibérica, claro es, digo, que no cabía más hazaña por parte de los pasajeros del *Isla de Luzon* recién desembarcados, que vagar á tientas, cosquilleando la curiosidad de los vecinos y señoleando la codicia de comerciantes y mercachifles, murmurando comentarios, disputando comparaciones, sudando el quilo, atracándose de polvo, haciéndose cruces á cada nueva extravagancia que saltaba al paso, y reconociendo por remate de fiesta que el poderío de Inglaterra, su experta astucia, nos tiene que hacer tragar aún muchos azumbres de hiel que, después de todo, váyanse por los que ella se tragó á nuestra salud *in illo tempore*. Y consolémonos con esto y con nuestros magníficos proyectos de escuadras de guerra.

En Puerto Said no puede decirse que el hombre, ese *rey de la creación*, haya subyugado á la naturaleza; pero es evidente que ha obligado á la naturaleza á capitular con honrosas condiciones por ambas partes beligerantes; y si bien ignoramos las bases del protocolo mediante el cual se han zanjado las encontradas pretensiones, nos basta saber que ese protocolo se está empollando en el sesudo almirantazgo londonense, para pronosticar que al cabo y á la postre, el mismo será violado con el más plausible pretexto, y la naturaleza africana, con todas sus vehemencias y audacias recibirá un duro y decisivo escarmiento en el istmo de Suez, y trocará, si quiere, sus instintos de fiera engreída por los retozos de manso cordero.

Mientras llegan esos tiempos de ventura, que con seguridad nos cogerán sin dinero á los españoles, cúmplenos proseguir la narración diciendo que Puerto Said resulta ser, en efecto, una amalgama de desierto y de urbanización, un armisticio dudoso entre la civilización y el salvajismo, un equilibrio interino entre el hombre y la naturaleza, asemejándose no poco, salvo la belleza de los edificios, que en esto salimos ganando, á esos ovillos de fincas urbanas que Madrid va agrupando en sus zonas de ensanche, tan yermas, raldas y estériles como lo más selecto del incomparable Sahara. Las calles son naturalmente horizontales, sin necesidad de dispendiosos desmontes, lo cual, si es indudable que proporciona no pocas comodidades al caminante, es, en cambio muy discutible que pueda avalorar la vistosidad pintoresca de las poblaciones asentadas sobre terrenos dotados de grandes desniveles. O si no, ¿qué debe la capital de España su magnífico viaducto sobre la calle de Segovia, desde el cual en tantas cosas se quimeriza? Sin embargo, Puerto Said no es un tablero de ajedrez, de casilleros más ó menos prolongados, como algunas ciudades modernas, cuyos Haussman, por lo visto, no se han penetrado aún de los encantos y atractivos que los mejores artistas hallan en el bello desorden. El paralelismo, hablando en rigurosa geometría, el paralelismo de las aceras ya es otra cosa, así como el desarrollo de las mismas en línea recta; la calles, en forma de embudo, de sarmiento, de greca ó de sarta de chorizos, tan comunes en nuestras hidalgas poblaciones, cansan y postran al transeúnte, ahogan toda visualidad y esparcimiento, amodorrán el espíritu, desencantan al observador, aunque tal vez regocijen al anticuario, dificultan la expansión del trato social, comprimen y violentan el horizonte, atortijan el pecho, y fomentan, en fin, todo aquel enjambre de pasiones que la Etica califica de deprimentes.

Puerto Said ha medido con acierto la amplitud

de sus calles mejor que la Manila antigua, fundada sobre otros trascendentales principios, no tanto acaso por exigencias del clima ó del pulmón, como por la improbabilidad de transformarse en plaza fortificada; como la Roma primitiva, tiene tanto de cielo como de mercado, y franquea gustosa sus puertas, abriéndoles ancho paso, lo mismo á las caravanas ecuatoriales que á los navíos del septentrion, lo mismo á los huracanes polvorosos del desierto que á los aventureros de las cinco partes del mundo. Bueno sería averiguar quién desembolsa dinero para levantar allí fincas, y qué clase de firmas autorizan las pólizas de inquilinato, puesto que por el hilo se saca el ovillo, y por las pólizas los acreedores; nosotros no pudimos ó no tuvimos tiempo para averiguarlo; que de lo contrario, algunas conjeturas podríamos añadir acerca de la consistencia y del porvenir de Puerto Saíd.

Pero esas calles anchurosas que el hombre ha trazado en las salobres arenas del desierto africano, y que ha guarnecido de adecuado y elegante caserío, no desmienten su prosapia ni reniegan del páramo; carecen de pavimento, propiamente dicho, y de aceras, menesteres que se suplen, más ó menos chapuceramente, por unos andenes rudimentarios arrimados á los zócalos de los edificios, y una capa de negruzco y finísimo polvo que corre entre ellos, y por donde transitan indistintamente los ágiles borriquillos, prez de la tierra, algún que otro vehículo, contrahechura de los vehículos europeos, y el vecindario, ó mejor dicho, las personas que por error, capricho ó especulación se arriesgan á pasar por allí. La calle principal que dejo mencionada tiene más perendengues que todo eso: consta de los dos andenes correspondientes; después, de dos fajas de tierra blanda, apareadas respectivamente á cada uno de ellos, semejando dos arriates descuidados y brozosos, y por fin, de una tercera faja de tierra apelmazada y compacta que se extiende por en medio de ellos paralelamente y sirve de calzada para las bestias y carruajes, y serviría también de cuneta ó desagüadero, si en Puerto Saíd se estilasen las lluvias como en otros países que no las han inventado. En cada uno de los dos susodichos arriates se las bandean como pueden dos hileras, también paralelas, de árboles, cuya clasificación no recuerdo, que el *prueba, prueba, vuelve á probar*, de los ingleses, ha conseguido arraigar á despecho de todas las conclusiones de la Botánica, del mismo modo que ha conseguido llevar á feliz término las empresas más temerarias, siempre que ha olfateado en su realización algún átomo de utilidad. La calzada central de nuestra calle, de nivel mucho más bajo que los terraplenes laterales, mide, á todo medir, unos tres metros de anchura; de suerte que un simple calesín la llena por completo y la obstruye, y serían frecuentes las divertidas colisiones entre carruajes si éstos circularan en tanto número como en Manila, ó no hallasen afeminado desahogo en los apartaderos formados por las bocacalles adyacentes; nuestros omnibus y tranvías, aquellos que se despeñan por la calle de Alcalá en días de corrida, resultarían allí colosos sin curso posible.

Vagando al azar por ese semiboulevard, descubrimos por la parte meridional del mismo una espaciosa plaza, inteligentemente enjardinada, con sus macizos, sus céspedes, sus matas frondosas, sus árboles, sus asientos de madera pintada y su artístico kiosko en el centro, cuyo destino ignoramos; si Puerto Saíd es un oasis en el istmo de Suez, aquella plazoleta es un oasis en Puerto Saíd.

Un templo católico mostraba su modesta fachada, coronada por dos torrecillas con sus campanas, en uno de los ángulos del inesperado jardín, y en él administra el pasto espiritual á los correligionarios una comunidad francesa. La presencia de un templo en Puerto Saíd, y sobre todo de un templo católico, no pudo menos de sorprendernos, llamándonos extrañamente la atención; al advertir el empaque de la población, tras de conocer sus parentescos topográficos, de cualquier cosa la juzga uno capaz menos de pensar en templos. A lo sumo, parece que lo único concerniente al asunto que podría encontrarse por entre aquella jerga advenediza y provisional había de ser algún desecho de mez-

quita, agachado bajo su alminar, en algún arenoso rincón olvidado de los contornos, y erigido en honra y gloria de algún juanete de Mahoma, expuesto en el altar principal á la adoración de los musulimes más reverentes; pero á nosotros se nos terciaron las cosas de otra manera, y perdonémos por ello todos los ulemas y fakires á cuyos oídos llegue la noticia de nuestra asomada á Puerto Saíd.

Si considerando la procedencia de los habitantes de Puerto Saíd y la formación casuística y echadiza de su vecindario nos recordó á la Roma primitiva, y si ante el espíritu mercantil, desbordándose por todas partes fatal y ciego, se nos vino á las mientes la memoria de la opulenta Cartago, ahora, en presencia de aquel edificio cristiano por esencia, rodeado de tranquilidad y de silencio, no pudimos menos de retrotraer nuestro asombrado pensamiento á aquella africana Sede episcopal de Hipona que inmortalizó San Agustín.

Precede al pórtico del templo una amplia escalinata, en cuyas graníticas gradas chispeaban los rayos solares, caldeándolas horrorosamente. A riesgo de abrasarnos los pies, subimos por ellas, ávidos de recibir impresiones en el interior del sacro edificio, y con un cierto é inefable presentimiento de que en los retablos de sus capillas, en las esculturas de sus imágenes, en los fuertes de sus columnas, en los zócalos de sus pilastras, en su pavimento ó en sus bóvedas, había necesariamente de aparecer esculpida alguna huella de remotísimos tiempos, palpar reliquias y legados de los enigmáticos pueblos que nos precedieron en el dominio y disfrutanza de aquellas tierras; que había de respirarse en su ambiente algún effluvio singularísimo, póstuma alentada de aquellos pebeteros orientales que embalsamaban las estancias de los personajes bíblicos; que el genio africano, que los manes hieráticos de Egipto, que la poesía semítica habrían acudido presurosos á depositar sus ofrendas y á grabar sus inspiraciones, pugnando por recuperar su momificada grandeza y ocupar un rango en la impetuosa corriente de la vida moderna. Pero... ¡qué desencanto! Al penetrar en el místico recinto, todas esas ilusiones se desvanecieron como el humo: aquel templo era uno de tantos, y el carácter de Puerto Saíd ejercía allí su influjo como en el resto de la población.

Nada nos ofreció de notable su arquitectura, y pudimos convencernos pronto de que con su erección no se había intentado por entonces otra cosa que satisfacer las necesidades religiosas más apremiantes. Tiene el templo una sola nave muy achataada ó escarzana, defectuosidad inmediatamente perceptible, y que impresiona desagradablemente; en cambio, el asco, la pulcritud y la comodidad son esmeradísimos, requisito de capital importancia en los edificios públicos y privados de los climas cálidos.

Tanto en el interior del templo como bajo la fronda del jardín de la plazoleta frontera, pudimos abreviar los pulmones y colmarlos con fruición repetidas veces de aire refrigerante, dándonos casi tentación de no alejarnos ya de aquellos sitios, que tan lindamente sabían disimular su filiación africana. Por lo demás, la concurrencia era tan escasa en el local cerrado como en el local abierto, en el destinado al recogimiento espiritual como en el destinado al esparcimiento físico, si se exceptúa la mediatunda figura de una dama, así como institutriz inglesa, clavada en uno de los escaños á la sombra de un arbusto; lo cual no obsta para que ambas querencias denoten cierta idea de estabilidad y permitan columbrar la posibilidad de repoblar y civilizar, con la ayuda de otros núcleos colonizadores, aquel continente irreductible, tan pronto perdido como conquistado, y proclamen en una ú otra forma la eterna hegemonía de Europa, del *audax Japheti genus*.

Nuevamente notamos la inmovilidad del piso, y nuevamente estuvimos á pique de marearnos; el tiempo nos había sido tasado, y fué preciso dar de mano á nuestra rápida excursión. Volvimos sobre nuestros pasos, decididos á satisfacer las viles leyes de la materia, que decía Homero, ó á almorzar, que decimos ahora sin tan meticolosas perifrasis. Remontamos la calle de los dos andenes, dos arriates y calzada central, amparándonos cuanto podíamos

de las copas traspiladas de los árboles, observando la exuberante multitud de estos establecimientos pseudo-bellos denominados por los franceses *restaurants*, hasta que la risueña cara italiana de un camarero barbilampiño, indolentemente reclinado contra el quicial de una cancela, de par en par abierta, pareció advertirnos que obraríamos muy mal pasando de largo con aquel bochorno, y que en su cafetín, cuyo proscenio é tan dignamente ocupaba, se hallaba ya dispuesta, con el debido conocimiento de causa, la refacción que nuestros estómagos apetecían y que buscaban nuestras miradas.

Además, la mesa central, paramentada con blancos manteles y erizada artísticamente de cristalería y de vajilla con sus castillejos de frutas tropicales, se adelantaba hasta el umbral de la puerta, y obvio era que desde nuestros asientos podríamos contemplar cómodamente el paso de transeuntes y vehículos, y entre bocado y bocado rellenar de curiosas notas y observaciones nuestros majines ó carteras.

El argumento era concluyente, y pensando en las toneladas de hulla que llevaría ya engullidas el *Isla de Luzón*, penetramos tras del camarero en el desahogado y fresco comedor de fondín tan cuco y enconadizo.

F. AGUILAR Y BIOSCA.

La Pasión de Jesuoristo

CAPÍTULO VI

Getsemani.

(Conclusión).

ESTABA aquella soberana Majestad prostrada en el suelo, inclinada la frente, revolviéndose en un mar de angustias y tristezas. Toda su naturaleza estaba espantosamente abatida; su debilidad era extrema, su respiración fatigosa y desordenada. Abrasábase el alma en ansias y congostas mortales; su corazón se revolvía en cruelísimos dolores y su mente, levantada en ardorosa oración, instaba á su Eterno Padre para que se dignase desviar de él cáliz de tanta amargura; pero á estas súplicas el cielo se mostraba de bronce.

En medio de agonía tan terrible sintió el divino Corazón la necesidad de comunicarse con aquellos sus dulces amigos de quienes poco antes se había separado. Ama el hombre la soledad como buena compañera del dolor y de la tribulación, pero de manera que tenga cerca de sí un corazón amigo en quien pueda derramar sus penas y tristezas, y en cuya compasión y simpatía pueda buscar lenitivo en su desgracia. Había Jesús acudido á Dios en su oración y buscado en la soledad y trato consigo mismo el alivio de sus dolores y angustias; pero como hombre que era y en todo hecho igual á los hombres, quiso buscar en los hombres consuelo y simpatía para su aflicción y congoja. Así, interrumpiendo la devota plegaria y su trato con su Eterno Padre, se levantó del suelo donde estaba prostrado y se fué hácia los amados discípulos, á quienes poco antes había abandonado. Mas al acercarse á ellos se le ofreció un espectáculo que no pudo menos de apenar entrañablemente su espíritu y acrecentar su pesadumbre y angustia. Porque aquellos hombres, los más íntimos y confidentes amigos de Jesús, y á quienes éste había escogido por compañeros en su oración y testigos de la angustia que iba á padecer, no bien estuvieron solos, olvidándose del encargo que les había dado de que velasen y orasen con él, dejáronse vencer de la pesadez del sueño. El espíritu había sido vencido por la carne. El sueño y la congoja habían podido más que el amor y el cariño que debían á su Maestro.

Tal descuido y flojedad en aquellos momentos de tentación y trabajo, hubo de causar en

el ánimo del Salvador vivísimo sentimiento y tristeza; mas olvidando Jesús las amarguras que atormentaban su propio corazón, y sólo atento al amor y cariño de sus discípulos, se acercó amorosamente á ellos, y después de despertarlos, les dijo con blanda y tierna voz: «¿Por qué dormís?» Despertaron los discípulos á la dulce voz de su Maestro, y al verle no pudieron menos de confundirse y avergonzarse de sí, y reconocer su propia debilidad y la vanidad de las protestas que habían hecho á Jesús. Y porque Simón Pedro, cuando el Divino Maestro les había avisado de su futura debilidad y flaqueza había mostrado mayor animosidad y valentía, protestando de que, aunque todos los demás le desamparasen, él no le desampararía ni olvidaría, dirigióse á él más particularmente diciéndole: «Simón, ¿duermes? Así no has podido velar una hora conmigo.»

Nada respondió Pedro á tan justa reprehensión de su flaqueza, y en la misma silenciosa actitud estaban sus compañeros, avergonzados sin duda de su flaqueza y descuido, y conociendo de sobra la razón que tenía el buen Maestro de reprenderles. Al verlos así no quiso Jesús pasar adelante con la reprehensión, confundiendoles y avergonzándolos más, sino que con voz apacible y persuasiva les dijo: «Velad y orad para que no entréis en tentación: en hecho de verdad, el espíritu está pronto, pero la carne es débil.» Y dichas estas palabras los dejó, y vuelto al mismo sitio donde se había antes prosternado, comenzó de nuevo su oración al Eterno padre.

Esta segunda oración hubo de ser tan intensa, tan ardorosa como la primera, pero al parecer más serena y resignada. El ánimo de Jesús en esta ocasión parecía estar más resignado y sereno que antes. Las angustias mortales que había pasado habían infundido en su alma mayor resignación con la divina voluntad; la necesidad de arrostrar el cáliz que su Padre le presentaba, se le ofrecía más clara y evidente. Así, en la oración anterior, el divino orante había insistido en la posibilidad absoluta de que el Padre alejase de él el cáliz de amargura que se le ofrecía; mas ahora, desaparecida de la mente de Jesús esta absoluta posibilidad, la sumisión á la voluntad del Padre es más eficaz y perfecta, y la voluntad humana se va resolviendo en obediencia entera y cumplida á los decretos del cielo. Por así rendida la voluntad á estos decretos decía: «Padre mío, si este caliz no puede pasar sin que yo le beba, hágase tu voluntad.»

Había venido Jesús al mundo, no á hacer su voluntad, sino la del que le había enviado; su comida era cumplir el querer de su Eterno Padre para el fin de perfeccionar la obra que le había encomendado; con este rendimiento á la voluntad divina había de llevarse á efecto la salvación del género humano, y esta salvación había de ser tanto más perfecta cuanto más perfecta fuese la obediencia. Esta obediencia la consumaba Jesús haciendo rostro á las tribulaciones y padecimientos, perfeccionándose con ellas á sí mismo, y á pesar de ser Hijo de Dios, aprendiendo de la prueba y de la tentación el mejoramiento de su voluntad y la santificación y justificación de su alma. Así, consumado en sus sufrimientos, el que había de ser guía y adalid de nuestra salvación hacíase causa de eterna salud á los que habían de tener en adelante la dicha de obedecerle y de seguir el rastro de su voz y el camino de sus enseñanzas y ejemplos.

Mas á pesar de esta actitud resignada de la voluntad de Cristo á la divina, la porción más débil de su naturaleza resistía aún y desfallecía y repugnaba á la vista de las pasiones y congojas que veía estarle preparadas. Y así, agobiado por este peso insostenible, á fin de buscar algún consuelo en su amargura, levantóse de nuevo del lugar donde estaba postrado y se llegó á aquellos tres discípulos á quienes poco antes había encontrado dormidos y en-

cargado estuviesen velando y haciéndole compañía en su oración. Es probable que después de la reprehensión de Jesús hicieran un esfuerzo por obedecerle y cumplir lo que con tanto empeño les había encargado; pero á poco rato fueron otra vez vencidos por la somnolencia y pesadez, de manera que al acercarse á ellos Jesús los encontró completamente trasportados y dormidos profundamente y á sueño suelto. Compadeciéndose de ellos Jesús, y con dulces y amorosas palabras les hizo volver en sí y les reprendió por su flojedad y tibieza. Despertados ellos hubieran querido excusar su descuido, pero estaban tan confusos y avergonzados, que no supieron qué contestar á las dulces reconvencciones.

Con esto, les dejó Jesús y se volvió por tercera vez á su oración. Allí reiteró la misma súplica que antes, pero con mayor fervor é intensidad. Derrocado en el suelo tenía la faz augusta todá agitada y entristecida; lágrimas abrasadas brotaban de sus ojos, y largos y sentidos clamores surgían del pecho y llegaban á los labios, y levantábanse ardientes y fervorosos á Aquél que ¡odía librarle en aquella hora de las angustias de la muerte, y que sin embargo le tenía en ellas y quería probarle y perfeccionarle. Subía la oración de Jesús al trono de la Divina Majestad, humilde, sincera, llena de la devoción y reverencia más profunda que haya tenido jamás oración alguna. Y mientras el mundo se revolvía en un mar de crímenes y pecados y las naciones de la gentilidad se entregaban á todos los desenfrenos y concupiscencias, y el pueblo de Israel se ensordecía cada vez más á los llamamientos divinos, y en la vecina población de Jerusalén los príncipes del pueblo y los Sumos Pontífices y Sacerdotes precipitaban á la nación en el abismo de su infidelidad y ruina, allá, en un rincón oscuro del Huerto de Getsemaní, se consumaba la divina reconciliación de la humanidad con su Dios por medio de la oración de Jesús y por la aceptación de parte del Eterno Padre del sacrificio que hacía de sí el divino orante á la Majestad soberana.

Agradóse en efecto el Padre de la oración de su Hijo y de la obediencia á su voluntad, y el que es fortaleza de los atribulados le envió un ángel del cielo que alentase su corazón en aquella hora de tanta agonía. Hízolo así el celestial mensajero, y el que es alegría de los justos fué servido de admitir este consuelo de su criatura. Con lo cual, esforzada su voluntad á arrostrar los trabajos é ignominias necesarias para llevar adelante el negocio de nuestra redención, llegó á su extremo la lucha de afectos y pasiones que se había trabado en el alma de Jesús, lidiando por una parte el temor y la repugnancia de la naturaleza humana, que esquivaba la amargura de cáliz tan acerbo, y por otra el deseo de cumplir el beneplácito del Eterno Padre, el celo de la gloria divina y el amor á la soberana Majestad, y el que por su respeto tenía á los hombres.

¿Quién podrá conocer jamás los misterios y la vehemencia y eficacia de aquella lucha que embargó todas las potencias y sentidos de la santa humanidad y tuvo en admiración y asombro á toda la naturaleza? ¡Oh luna, que en aquella noche tristísima iluminabas con el rayo apacible de tu lumbrera la figura divina del Redentor! ¡Oh estrellas, que desde el fondo azul del firmamento os estremecisteis de horror al contemplar velada con nube de angustiosa tristeza la frente augusta de Aquél que con su mirada encendió vuestros resplandores! ¡Oh huerto de Getsemaní, oh aire, oh silencio, oh sombras de la noche, testigos de su afán y de su cuidado! ¡Oh ángeles de paz, que agrupados en torno de Jesús derramáis amargo lloro viendo al Rey de la gloria todo entristecido y acongojado! ¡Quién pudiera ver lo que vosotros visteis y contemplar lo que vosotros contemplásteis, y penetrar la agudísima pasión y agonía del pecho divino! ¡Quién pudiera describir aquellas olas de temores y tristezas, de repugnancia

cias y amarguras, de ansias y congojas que iban y venían sobre el corazón benignísimo de Jesús, alcanzándose unas á otras, chocando espantosamente entre sí y conmoviendo todas las fibras de la santa Humanidad!

Dice el Evangelista San Lucas que en tan terrible y porfiado combate el divino Salvador instaba en su oración más fervorosa y largamente, no rindiéndose al peso de la inmensa agonía, antes, según crecía la tristeza y congoja de su espíritu, creciendo también el esfuerzo, el tesón y el valor incomparable de su alma, que salía al encuentro de estos temores, y los resistía y sujetaba con la fuerza de su caridad no vencible. Y fué tal el esfuerzo que hizo en esta lucha y contraste de afectos, que aquel corazón que había sufrido en las últimas horas los combates de mil pasiones y sentimientos, no pudo resistir más á la terrible perturbación que ocasionó en él el proceso de esta lucha. Y así, activándose cada vez más su fantasía, trastornándose los sentidos, y perturbadas todas las fuerzas, elementos y humores de la santísima Humanidad, se produjo en toda ella, y en especial en el sistema nervioso, un general horrible estremecimiento; con el cual, acelerándose la circulación de la sangre, y alterado el ritmo del corazón, se hincharon las arterias, y no pudiendo la sangre ser contenida en sus vasos naturales, los rompió y reventó por ellos y salió afuera en forma de sudor. Era lastimoso espectáculo ver cómo se enrojecía y ensangrentaba la divina faz de Jesús. La sangre, mezclada con sudor copiosísimo, brotaba por los poros, y reunida y cuajada en grandes gotas, corría por el rostro sagrado velando y oscureciendo su celeste hermosura. Cegados los ojos clarísimos con los hilos sangrientos que caían de la frente, aquella lluvia espantosa inundaba el bellissimo semblante, y corriendo por la larga y tendida cabellera, arroyaba las barbas, el cuello y las espaldas, y descendiendo por sus vestiduras, las iba manchando hasta llegar al suelo y regarlo todo y empapararlo.

Así terminó aquella crisis terrible; así acabó aquella lucha espantosa entre la voluntad de Dios y la pobre voluntad del hombre, entre la virtud divina y flaqueza humana, entre el temor y el amor, triunfando al fin la inefable caridad de Cristo á costa de angustias incomparables de su alma y dolores agudísimos de su cuerpo.

Mientras que en la oscuridad del huerto de Getsemaní pasaba esta trágica escena, no lejos de allí sucedían otras bien diferentes. Era el tiempo en que atravesado el torrente de Cedrón, venía subiendo monte arriba, rompiendo por entre la maleza y espesura del bosque, y acercándose á más andar, un grupo de hombres muy numeroso, cuya actitud hostil y las armas de que estaban provistos indicaban á las claras que iban á cometer algún acto de violencia. Llevaban en las manos unos teas y linternas y otros palos y espadas. La diversidad de las armas, y el verse entre los que las manejaban toda clase de gentes, paisanos y populares, soldados romanos y Sacerdotes y ministros del Templo, pudiera hacer creer que se habían armado precipitadamente y á la imprevisión para el fin de sorprender algún facineroso ó para contrastar algún hecho casual é inesperado de violencia; pero el ir con aquella muchedumbre algunos ancianos y miembros del Sanhedrín y jefes y los guardias del Templo, era claro argumento de haberse armado la algarada por voluntad del supremo tribunal y llevarse á efecto con su dirección y consejo, no pudiendo caber duda en que un asunto que había unido tantas y tan opuestas voluntades había de ser de grave importancia y consecuencia, y de ejecución difícil y arriesgada.

Delante de tanta gente veíase á un hombre de aspecto sombrío y feroz, el cual, aunque no llevaba armas, mostraba en su actitud y ademán ser el adalid de aquella patrulla de gente. No es necesario decir quién era aquel hombre y la gente que capitaneaba. Aquel miserable, que

tan de voluntad venía al frente de la armada gavilla, representaba la alevosía más atroz que se ha concebido en corazón humano; era el portastandarte de la traición más abominable que se ha llevado á efecto en este mundo; era el autor del crimen más horrendo que han visto los siglos. Era el discípulo infeliz que había concebido en su corazón la venta y entrega de su Maestro. Después de salir del cenáculo, donde había comido la Pascua con Jesús y sus compañeros, había ido á verse con los mortales enemigos de su Maestro, y darles soplo de todo cuanto sabía respecto de la persona de Jesús, de su estancia y paradero en aquella noche, de la gente que le había de acompañar, para venir á concluir que aquella era la mejor ocasión de poner por obra la empresa de la entrega que entre ellos tenían concertada. Entre las noticias é inteligencias que había recogido, díjoles como acababa de estar con Jesús celebrando la cena Pascual, y que sabía cierto que terminada ésta se iría con sus discípulos á un huerto que había en el monte del Olivar, por nombre Getsemaní, paraje donde solía acudir muchas veces Jesús á tener oración y aun pasar allí muchas veces la noche; que este era, por consiguiente, el mejor sitio para prenderle á escondidas, sin alboroto ni estruendo, y á hurto de las gentes, como ellos deseaban. A fin de llevar adelante su intento, advirtiéndoles el hombre precavido y sagaz, que teniendo Jesús consigo á sus discípulos, podría suceder que éstos resistiesen al prendimiento de su Maestro; que, por consiguiente, convenía armarse de la fuerza necesaria para defenderse y contrastar dicha resistencia, y que además debían proveerse de teas y linternas para que no se les escapase y escondiese Jesús, metiéndose entre la umbría de los árboles. Para ejecutar este plan con más acierto y seguridad, ofrecióse él mismo á ser su guía y capitán, y aún les avisó que como los que habían de prender á Jesús no le conocían de rostro, para no equivocarse, él les daría una señal, es á saber, la de abrazar y besar á Jesús en el rostro á manera de amistoso saludo. Finalmente, no les dejó de advertir que ya que hubiesen prendido á Jesús era necesario que lo trajesen á la ciudad bien atado y con toda cautela y cuidado, no fuese que se les escapase ó se lo cogiese el pueblo de entre las manos.

No es necesario ponderar la alegría feroz con que fueron recibidos estos consejos. Desde el momento en que Judas trató con los príncipes del pueblo entregarles á Jesús, ellos se habían puesto completamente en sus manos, fiando de él la realización de la empresa; pero cuando se les presentó diciéndoles ser ya llegada la ocasión de ejecutar el alevoso proyecto, él quedó realmente constituido en jefe de la empresa, en consejero y apercibidor de lo que para ello podía necesitarse, y en capitán y adalid de los que habían de llevarla á cabo. El era el que entraba y salía en todo, quien daba prisa á los morosos, quien contenía á los temerarios, quien disponía y preparaba todos los medios que podían conducir al más feliz y seguro resultado. No es necesario describir los pormenores de los preparativos, el ruido y confusión de paisanos, militares y sacerdotes, la prisa de los príncipes de éstos, la preparación de las armas é instrumentos de defensa, ni la salida tumultuaria de la ciudad al encaminarse al huerto ó granja de Getsemaní. A todo proveía Judas con sus consejos, á todos daba ánimo y esfuerzo, en todo estaba y á todo acudía con sus avisos y recados. Por desgracia, consejero y aconsejados estaban abominablemente unidos en sus infames intentos. Jamás empresa malvada fué preparada y llevada adelante con más acierto; nunca la prudencia de la carne estuvo más acertada en sus avisos, ni la sabiduría de Satanás más prudente en sus abominables previsiones, ni más feliz en sus resultados, como va á verse inmediatamente.

Desde la elevada situación del huerto de Getsemaní hubo de divisar Jesús la patrulla de

gente que se acercaba. Ver el rojizo fulgor de las antorchas, que aparecían y desaparecían á través de los árboles y quebradas del terreno, sentir el ruido de las pisadas, el estruendo de las armas, la confusa algazara de los que á deshora de la noche venían á turbar la soledad y silencio de aquel sitio, contemplar todos los pormenores de la preparación de un crimen espantoso, cuyas circunstancias eran capaces de infundir pavor en el ánimo más prevenido. Con todo, no se turbó Jesús con aquella vista que para él era la completa revelación del atentado que iba á cometerse; antes sabedor de los intentos que aquella gente llevaba, levantóse tranquilo y animoso y se fué hacia donde estaban sus buenos discípulos y amigos. Encontrólos, como antes, tendidos y amodorrados con el sueño, á pesar del ruido de la gente de armas que á más andar se acercaba, y sin perder su apacible gravedad, les dijo: «Dormid y descansad; basta; he aquí que ha llegado la hora; he aquí que el hijo del hombre será entregado en manos de pecadores. Levantáos y vamos; veis aquí que está cerca el que me ha de entregar». Y sin dar tiempo á que los discípulos acabasen de volver en sí, con gran denuedo y serenidad se adelantó solo á través de la espesura de los árboles, yendo al encuentro de sus enemigos. Con este valor y magnanimidad que tan singular contraste formaba con el abatimiento y aflicción de espíritu en que poco antes había estado, mostraba Jesús la fortaleza con que se ofrecía al cumplimiento de los divinos designios; patentizando de paso que la agonía sufrida poco antes había preparado y dispuesto su corazón para el grande sacrificio que iba á ofrecer, y que el acatamiento y obediencia á la voluntad del Padre había perfeccionado su propia voluntad y esforzádola para el nuevo combate en que iba á entrar.

El intento de Judas al ir á ejecutar su traición era, al parecer, hacer su hecho sin descubrir la mala intención con que lo hacía. A este fin concertóse con la turba de gente á quien guiaba, que se separaría de ellos y se les adelantaría un buen trecho, andando solo y por sí, en ademán de ir á reunirse con Jesús y sus compañeros, como quien volvía de Jerusalén, donde le había retenido imprescindible necesidad. Mientras tanto habían ellos de acercarse, pero á tal distancia que pudiesen verle cuando se encontrase con Jesús y le diese el ósculo que era de costumbre al encontrarse los discípulos con su Maestro, y que había de ser para ellos la señal con que habían de conocer á quien habían de prender. Con este ardid y estratagemas, Judas, á la vez que plagiaba su traición, daba lugar á que se ejecutase la malvada empresa, sin tomar en ella parte activa y aun sin intervención ó cooperación inmediata; prudencia de mundo, diabólica en verdad, pero muy común en los más criminales malhechores, que siendo los que más parte tienen en la maldad de ciertos hechos, se esconden y como avergüenzan de cometerlo, tirando la piedra y escondiendo la mano, huyendo de contraer la responsabilidad del crimen, y dejando que caiga sobre los que menos culpa tienen en que se cometa.

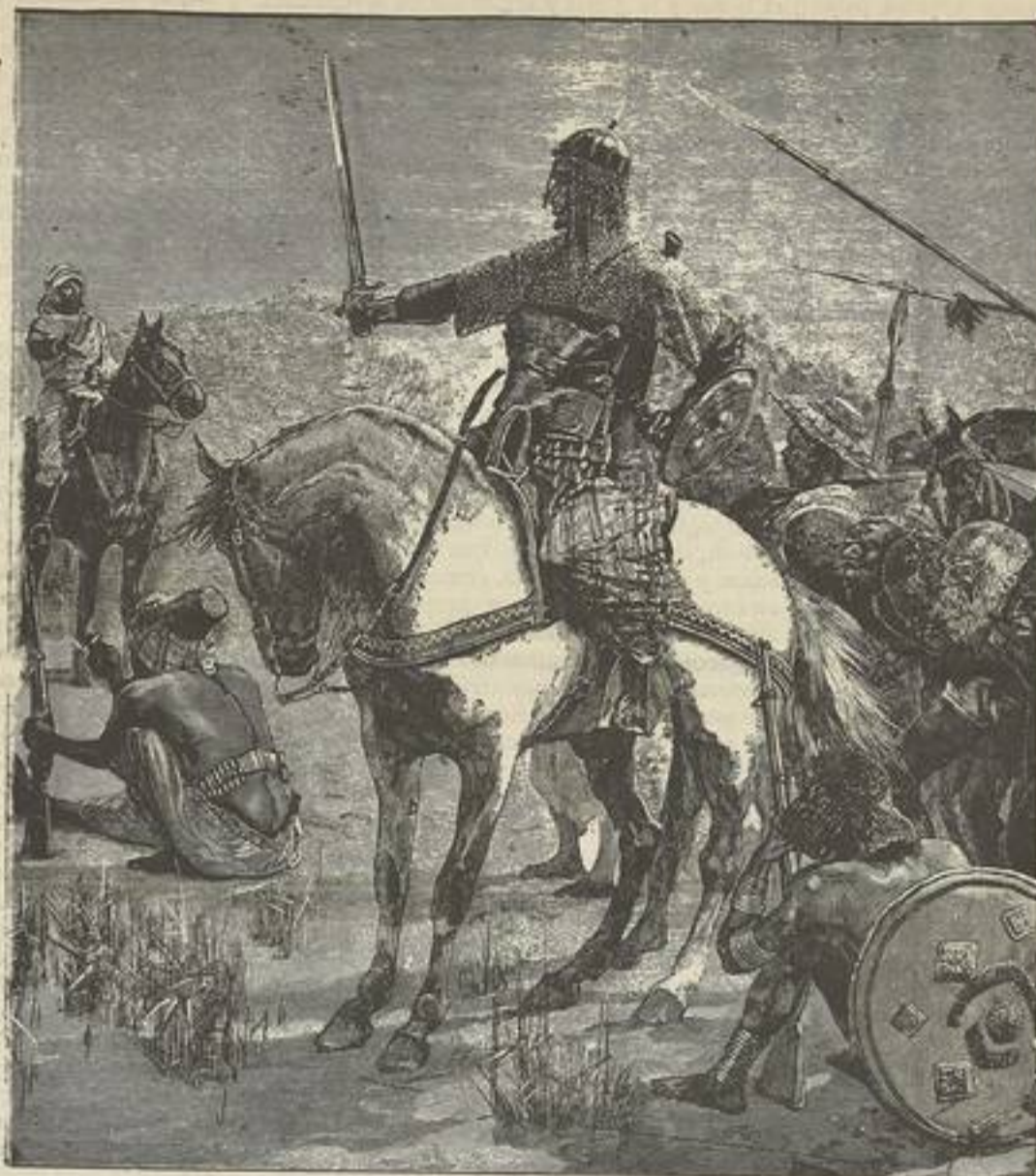
Iba Judas animoso y resuelto, mirando con devoradora curiosidad á todas partes, con la ciega impetuosidad del tigre que se apresta á echarse sobre su presa, y con la artera y ondulante astucia de la serpiente, que se arrastra silenciosamente para que no la vea el infeliz animalillo que va á ser por ella devorado. La imagen de Jesús flotaba en su agitada fantasía, la traición inspiraba su mente, y el odio contra la sagrada persona llameaba en su corazón. Esperaba encontrarle acompañado, como solía estar siempre Jesús, de sus amados discípulos, y contaba con esta circunstancia para el éxito de sus designios; mas de pronto, mientras andaba por entre los árboles y malezas, columbró, primero confusa y oscuramente, luego claramente y sin poderlo dudar, que el Santo Maestro se adelantaba hacia él solo por entre la espesura de los

árboles y envuelto en el silencio y oscuridad de la noche; y esta soledad y desacompañamiento de Jesús, hubo de trastornar y echar á pique parte, por lo menos, de sus infames proyectos. Podía, en verdad, Judas creer que Jesús le había visto separarse de la turba, y que, por consiguiente, él era verdaderamente quien la guiaba y quien la conducía al infame atentado que contra su persona iba á cometerse; con lo cual su traición y felonía estaban completamente manifiestas, y la vileza de su proceder contra su buen Maestro, era ya de todo punto inexcusable. Así, confuso y acobardado al ver desbaratados sus planes, retrájose por un momento, quedando perplejo y sin saber qué hacer; mas luego, sobreponiéndose á la turbación, hizo un esfuerzo de infernal audacia y se adelantó hacia Jesús todo furioso y sobresaltado. Su fisonomía respiraba perfidia y doblez; su mirar era torvo; su paso incierto y precipitado; su ademán inquieto y provocativo; su corazón palpitaba con diabólicos latidos. Jesús, de su parte, adelantóse también, pero grave y mesuradamente, tranquilo el semblante, apacible la fisonomía, serena y dulce la mirada. El encuentro de Judas con Jesús es una de las escenas que la imaginación cristiana ha intentado con más empeño figurar, aunque sintiéndose incapaz de representársela con toda la viveza de la realidad y con toda la puntualidad de sus circunstancias y pormenores. Allí, en el silencio de la noche, entre las sombras de los árboles de Getsemaní, á la débil luz de la luna y á los trémulos destellos de las tristes solitarias estrellas, se encontraron frente á frente dos hombres, el uno personificación de lo más santo y augusto que ha habido en el mundo, el otro símbolo de lo más perverso y abominable que se ha engendrado en la tierra. Lo que al encontrarse se dijeron las miradas de Judas y de Jesús, lo que sintieron en aquel momento sus corazones, sólo Aquel que lee en lo más oculto de las almas puede comprenderlo.

Ateniéndonos á las escasas indicaciones de los Evangelistas, sabemos que al estrecharse la distancia entre Judas y Jesús, miróle éste fijamente en el rostro, leyendo en su conturbada fisonomía todo el proyecto de su infame traición. Pudo Jesús reprenderle la alevosía, la ingratitud á los beneficios recibidos, su villana y cobarde avilantez en entregarle de aquella manera á sus enemigos; pero no lo hizo; antes inspirado por la dulcedumbre de su corazón, y buscando aún en el tiempo en que iba á consumarse el horrendo crimen medio de salvar al alevoso criminal, le dijo con acento de indecible ternura: «¿Amigo, á qué has venido?» A esta palabra hubo de turbarse terriblemente el ánimo de Judas; su corazón no pudo menos de estremecerse al sonido de aquella dulcísima voz, y todo su sér sufrir á aquella inefable palabra espantosa convulsión; pero llevado por la furia que agitaba su pecho, centelleando sus ojos con un fulgor, reflejo de la luz infernal que ardía en su alma, se lanzó precipitadamente hacia Jesús, diciéndole: «Maestro, Dios te guarde;» y tras estas palabras dióle paz en el rostro besándole. Extremeciéndose el aire al estallido de aquel beso, las estrellas palidieron de horror, y las mismas profundidades del infierno retemblaron de espanto de aquella acción abominable, en que lo más santo y lo más profano, el cielo y el infierno se acercaron y pusieron en infame contacto.

No rehusó el mansísimo Salvador aquella muestra de amistad que tanta falsía y perversidad de corazón entrañaba; antes fijando en el discípulo traidor su dulcísima mirada, le dijo con expresión de mansedumbre sublime: «¿Amigo, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?» Esta reconversión divina no hizo ningún efecto en el ánimo de Judas para retraerle de la infame perfidia que estaba entonces perpetrando; pero lo hizo muy terrible pocas horas después, según se verá más adelante.

En aquel momento íbase acercando á más andar la gavilla de los enemigos de Jesús; la



EL MADHI Y SUS HUESTES

confusión y alboroto era muy grande, y el ruido de las voces y de las pisadas repercutían con triste resonancia en aquel lugar solitario y sombrío. Viéndolos venir Jesús se adelantó hacia ellos con gran sosiego y mesura, y con valiente y firme voz les preguntó: «¿A quién buscáis?» Alborotados á esta pregunta, «A Jesús de Nazaret,» respondieron tumultuaria y confusamente los que formaban la infame gavilla, pues á pesar de la señal que les había dado Judas no sabían aún con quien hablaban. «Yo soy,» replicó Jesús, pronunciando estas palabras con tal señorío de sí, y con tan divina y soberana eficacia, que como si hubiesen sido heridos súbitamente por un rayo, dieron consigo en tierra los ministros del templo, los soldados romanos, los príncipes, los sacerdotes, y hasta el mismo Judas, que, como advierte el Evangelista San Juan, en aquel momento ya se había juntado y confundido con la gente á quien guiaba.

A este tiempo, al ruido que andaba por el bosque, habían salido los discípulos de Jesús uno por un lado, otro por otro, asomando por entre los árboles, yendo hacia donde era el tumulto, y colocándose al lado de su Maestro. Estaban de una parte recelosos de la confusión y ruido de gente que veían, y de otra esforzados por ver el poderío de su Maestro, que había hecho cara á tan gran golpe de gente, y que

con una sola palabra la había desbaratado y hecho rodar por el suelo. Mientras tanto se iban levantando uno tras otro los enemigos de Jesús azorados y aturdidos tentando entre las tinieblas de la noche, y cuando se hubieron recobrado del espanto, como se encarasen otra vez con Jesús, éste les volvió á preguntar: «¿A quién buscáis?» Y como no acertaban todavía á imaginar delante de quién estaban, á pesar de tantas pruebas como tenían de ello, más ciegos y turbados y con voz más alta y descompasada respondieron: «A Jesús de Nazaret.» «Ya os he dicho que yo soy,» les replicó Jesús. Y por que veía que algunos de la turba, pasando á vías de hecho, hacían ademán de querer molestar á sus discípulos, les añadió con voz suave y tranquila: «Ahora bien, si me buscáis, dejad ir á éstos.» Con las cuales palabras, al par que manifestó la providencia y compasiva ternura que en los momentos de mayor ansiedad y angustia tenía por sus discípulos, pensando en ellos y descuidando de sí, los libró de los peligros que les habían de sobrevenir, cumpliéndose lo que pocas horas antes había dicho en su oración al Padre: «No perdí á ninguno de los que me diste.»

Gracias, sin duda, á esta súplica de Jesús, ninguno de sus discípulos fué inquietado por la turba de gente armada que iba á prender al buen Maestro, ni siquiera Pedro, cuya vehemen-

cia de carácter y amor á su Maestro le hubo de poner en el trance que vamos á referir. Porque fué así, que ora fuesen movidos por el deseo de defenderse, ora por el deseo de defender á su Maestro en ocasión tan apretada, algunos de sus discípulos, al ver que los enemigos de Jesús se disponían á obrar con él violentamente, echaron mano de unas armas que traían, diciendo al mismo tiempo á Jesús: «Maestro, si herimos á cuchilladas.» Y mientras unos hacían esta pregunta, Pedro, más animoso y arriscado, sin aguardar la respuesta, sacó de presto un cuchillo que llevaba en el cinto, y esgrimiéndolo denodadamente cerró con desesperada furia con el que tenía más cerca, que por cierto era criado ó ayudante de cámara del Sumo Pontífice, por nombre Malco, y tiróle un golpe á la cabeza con tal brio y ferocidad, que resbalando del casco á donde iba dirigido, vino á dar en la oreja derecha y se la cortó. Fué todo ello obra de un momento. El tumulto, la confusión, la barahunda infernal que siguió á esto, no es para descrita. Unos gritaban, otros amenazaban, todos se agitaban y revolvían. Ufano de su gallardía, con el arma en la mano y los ojos centelleantes, estaba Pedro dispuesto á secundar el golpe; los demás discípulos de Jesús estaban también ganosos de continuar la lucha que tan felizmente había empezado su compañero. En fin, en tal estado andaban los ánimos, que Dios

sabe á dónde habría ido á parar la lucha emprendida y las desgracias que podían acontecer aquella noche, á no haber Jesús ido á la mano á Pedro y á sus compañeros con severas palabras. Porque considerando el buen Maestro que tal oposición de parte de los discípulos, no sólo era temeraria y peligrosa, sino contraria á las disposiciones de la Divina Providencia, no quiso aprobar, ni aun con su silencio, tal resistencia; y por esto, volviéndose al discípulo, le dijo con aire de severidad: «Pedro, torna tu cuchilla á su lugar, en la vaina; porque todos los que tomaren cuchilla, á cuchilla perecerán. ¿El cáliz que el Padre me ha dado no he de beberle? ¿Piensas acaso tú que no puedo levantar ruego á mi Padre, y me dará ahora mismo más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo se cumplirán las Escrituras, sobre que así conviene que sea hecho?» A tales palabras, confuso Pedro y avergonzado, metió en la vaina el ensangrentado cuchillo, y los demás discípulos se fueron reportando en su belicosa actitud. Jesús, por su parte, volviéndose hacia Malco, requirió su herida, que vertía aún gran cantidad de sangre, y tocándole con la mano la parte lastimada, se la curó en el acto, pagando así con una obra buena la mala que el desventurado le quería hacer, y dando el primero el ejemplo del precepto que tantas veces había dado á sus discípulos de amar á sus enemigos y de hacer bien á los que les aborreciesen.

Esta curación prodigiosa, y más aún la bondadosa mansedumbre de Jesús y la tranquila y serena majestad que resplandecía en él, tenía en suspenso la turba de soldados y á los ministros del templo, que estaban parados sin osar echar mano de él. Visto esto por Jesús, se encaró á ellos, y principalmente á los príncipes de los sacerdotes y ancianos y magistrados del Templo, y les dijo con maravillosa serenidad y presencia de ánimo: «¿Con espadas y garrotes habéis salido á prenderme como á un ladrón? Cuando entre día estaba sentado á par de vosotros enseñando en el Templo, no extendisteis las manos contra mí y no me prendisteis. Empero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. En cabo de todo han de cumplirse las Escrituras». Con las cuales palabras, al par que manifestaba cuán de voluntad se entregaba á sus enemigos, les reprendía su manera de proceder, ruin y alevosa, que había apelado á la traición de Judas y empleado la violencia de los soldados para coger á un hombre desarmado é indefenso.

Luego que Jesús hubo dado licencia para que le prendiesen, hechos sus enemigos á una los príncipes de los judíos y el tribuno de la cohorte y los soldados y los ministros del Templo, se abalanzaron hacia él con furia y gritaría infernal; asaltaronle unos por un lado, otros por otro; empujábale éste, maltratábale aquél, y todos ponían en él sus manos con grande y porfiado alarido, para atarle y prenderle.

Al ver esto sus discípulos, llenos de pavor y sobresalto, y temerosos de que también á ellos les echasen mano, todos, sin reservar uno, dieron á huir, rompiendo por entre las lanzas y espadas de los soldados, desamparando á Jesús y dejándole en manos de sus enemigos. En esto vinieron á parar sus desatinos y gallardías. Este fin tuvieron sus temeridades y bravezas. Así se verificó lo que tantas veces, en profecía, les había anunciado el Salvador; así fué castigada su osadía; de esta manera se vió lo que de antemano les había dicho Jesús; es á saber, que sin él nada valían ni podían hacer. Es verosímil que unos fuesen á Betania; otros tal vez se llegarían á Jerusalén, amparados por la soledad de la noche; otros, en fin, derramándose por aquellos campos, se emboscarían en el monte, buscando en los desvíos del áspero bosque asilo donde guarecerse de la fiera tempestad que tan de improviso había descargado sobre ellos.

Entretanto, atado Jesús y bien asegurado con las cuerdas que al efecto habían traído sus enemigos, lo condujeron á Jerusalén con es-

trueno y algazara infernal, regocijados con su presa, cual si hubiesen llevado á cabo insigne y arriesgada proeza, en cuyo buen suceso librase el honor y la gloria y seguridad de la república.

Mientras lo conducían así maniatado, pasó un lance muy singular. Y fué, que cuando la patrulla de gente que le llevaba había ya tomado la vuelta de la santa ciudad, fué tras ellos un mancebo, que tal vez estaba en la casa de labranza del huerto de Getsemani. Estaría, por ventura; acostado y durmiendo, y al ruido que andaba en el huerto, salió tal como estaba arrebujado con la sábana, y se fué tras la gente que conducía á Jesús, deseoso quizá de ver en qué paraba aquella algazara; mas como los que llevaban á Jesús advirtiesen en él y tratasen de echarle mano y prenderle, forcejeando como pudo, se descabulló de ellos, librándose por los pies de caer en sus manos, aunque dejando en su poder la sábana en que iba liado y envuelto; caso ciertamente extraño, y que por referirlo únicamente el Evangelista San Marcos, sospechan algunos si este joven sería el mismo Evangelista, de quien se sabe que moraba en Jerusalén, y cuyo padre tenía, como ya se ha dicho en otra parte, haciendas y propiedades en los alrededores de la ciudad.

Queda indicado que todos los discípulos desampararon á Jesús, más atentos al cuidado de sus personas que á su honra y vergüenza. Así fué en verdad, y así lo confesaron ellos mismos sin atenuaciones ni reservas; pero si tal sucedió en el primer instante, no faltaron entre ellos quienes, avergonzados de su hecho, se arrepintieron de su mal proceder, y vueltos en sí trataron de remediarlo. Pensemos que los más de los discípulos de Jesús, recobrados más ó menos tarde del miedo que al pronto habían tenido, entrarían en Jerusalén y seguirán los lances del juicio de su buen Maestro. La presencia de los conocidos de Jesús, de la cual habla claramente San Lucas, al día siguiente en el trance más crítico de la terrible tragedia, induce á sospechar que en todos aquellos amargos vaivenes de fortuna, los discípulos del Santo Maestro no andarían muy lejos del que era para ellos objeto de su más profundo cariño. Con todo, de uno de ellos solamente declaran los Evangelistas haber seguido á Jesús en la triste ocasión en que, escoltado de la infame gavilla de los soldados, ministros del Templo y miembros del Sanhedrín, subía por las fragosas laderas de las colinas que cercaban á Jerusalén. En aquel trance refiere la historia que mientras la turba de soldados y príncipes del pueblo subía hacia Jerusalén, allá, hacia el fondo del valle de Cedrón, desvanecido en las tinieblas de la hondonada, divisábase un hombre que anheloso y jadeante subía cuesta arriba en pos de los que conducían á Jesús. Aquel hombre era aquel mismo Simón Pedro, el amigo resuelto de Jesús, el que estaba siempre dispuesto á defenderle y salir por él, y el que poco antes, llevado de su animoso coraje, había querido impedir su prendimiento hiriendo á uno de los criados del Pontífice. Al ver que iban á prender á su Maestro, había, como todos sus compañeros, tenido un momento de debilidad; pero el amor que tenía á Jesús había vencido muy pronto su miedo y cobardía; avergonzado de sí, se había retraído de su huida, y hecho superior á sí mismo, y sin reparar en los peligros que podían sobrevenirle, se dirigía á Jerusalén para ver el paradero de la tragedia que con tan siniestros principios había comenzado.

Las mujeres de los sectarios

IV

LA EMPERATRIZ EUDOXIA

CONSTANTINO ha pasado con su brillante legión de generales, de Obispos, de artistas, que todos han contribuido á levantar dos Romas cuando la de Rómulo y Remo decaía, bien así como los sitiados en una ciudad fa-

brican una trinchera cuando la antes hecha se desmorona. Los emperadores son cristianos, pero no siempre saben ser fieles; los bárbaros creen más y mejor; no discuten, aguzan sus armas para los grandes combates; con la espada eligen Césares y llevan su trono ambulante en los escudos; la transformación del mundo es tan providencial y tan inevitable, que nadie podrá detenerla. Desde la cuna que un poeta soñó de oro y marfil, Teodosio sube al trono del mundo, pero no tiene sucesores; Arcadio y Honorio, con su Rufino y con su Stilicon, nos parecen los primeros monarcas constitucionales. Al primero, sobre todo, le cupo en suerte una mujer varonil, una verdadera virago, ambiciosa, amiga de reinar, voluntariosa, sin respeto alguno á la superioridad moral del saber y de las virtudes. De Arcadio y de Eudoxia pudiera decirse lo que de Isabel de Inglaterra y de su hijo.

«Rex fuit Elisabeth; nunc est regina Jacobus.»

Eudoxia había tomado por asalto el trono de Constantinopla, como en su día tomarían el imperio los bárbaros, de quienes descendía. Su nombre era griego; pero sus procedimientos nada tenían de civilizado. Era hija del general franco Bald, y por eso la denominación común de la misma era *la Bárbara*. Enamoróse Arcadio por un retrato, que, á no ser por arte mágica, no hubiera podido enseñarle lo más insignificante acerca de los dotes de su prometida. En las facciones de la hermosa extranjera no hubiera podido leer el hijo de Teodosio ni las constantes luchas con Eutropio, ni los escandalosos y futuros amores con el conde Juan, ni las incansables persecuciones á San Juan Crisóstomo. La avaricia de Saphira y la liviandad de Herodíades se daban la mano en nuestro personaje. Crefase tan dueña Eudoxia del Clero palatino, que, cuando le parecía, reunía Concilios ó conciliábulo contra los Prelados más respetables, acaudillados por San Juan Crisóstomo. Había en los procedimientos de Eudoxia, además del cisma, la traición, y sobre la traición la hipocresía. Por fortuna, la Iglesia, que siempre había hablado en el templo, podía también hablar en el palacio.

Nada en el rebajamiento de caracteres de nuestra época nos da exacta idea de las predicaciones del Crisóstomo. No era éste como aquel ayo menguado que daba lecciones, estando de pie, á sus discípulos Arcadio y Honorio, que las escuchaban sentados. El autor del libro magistral del *Sacerdocio* sabía qué prestigio y fuerza debe tener frente á los grandes de la tierra y frente á las mujeres, á quienes no es lícito *in Ecclesia loqui*. Luchar contra mujeres como Eudoxia, es combatir con muchos hombres. Hay algo de cierto en un pensamiento de los *Chatiments* de Victor Hugo, ya se trate de los vicios, ya de las virtudes, comparativamente en ambos sexos:

«Quand tout se fait petit, la femme seule reste grande.»

[Terrible responsabilidad la de los predicadores de los Reyes, entonces y en todo tiempo!

Cuando se habla ante un Felipe II, hay una inteligencia de hombre que pueda aprovechar las lecciones de la sagrada cátedra; cuando se habla ante Arcadio, solo hay una Eudoxia, ó una trailla de cortesanos que se aperciban á la venganza, y ésta no se detenía hasta las fronteras del imperio; por eso la vida del gran orador fué una serie no interrumpida de proscipciones y de triunfos, de ultrajes y desagrazos. Hay algo peor que el *regalismo* de los hombres, y es el *regalismo* de las mujeres, que no persigue á puñaladas, sino con alfilerazos. Cuando el Anticristo se mira al tocador, ¿cómo no ha de tenerse por hermoso? Finge la belleza ser la única soberana de este mundo, y cree que puede mandar en la Iglesia como en su casa. Y el pueblo de los luchadores del circo, el de los verdes y el de los azules, no merece otros gobernantes. Para ser algo peor que Eudoxia, que salió de un campamento, era preciso ser Teodora, y salir, no sólo de las más bajas clases de la sociedad, sino también de las más inmorales.

Era necesario que el Crisóstomo pareciese, aunque lleno de laureles, en medio de la lucha; llegó un día en que sufrió el último destierro, para volver después de muerto á la ciudad de Constantino en

medio del más brillante de los triunfos. Para que los disfrutase un general romano de los buenos tiempos, nada menos se podía que la muerte de considerable número de enemigos; para el del Crisóstomo bastaba que muriese uno solo; aquella emperatriz, que se figuraba podían estar reunidas en una sola mano ambas potestades. Murió el Crisóstomo como los mártires, y Eudoxia, como los malvados que, según maldición de la Escritura, no llegaron a la mitad de sus días. La muerte sorprendió a la emperatriz en medio de los dolores del parto, quedando desde entonces su nombre como el propio de los tiranos de menor cuantía, y que mejor que la fuerza saben utilizar la astucia.

Todavía conserva fuerza suficiente la autoridad real para que en muchos palacios puedan oportunamente repetirse las predicaciones del Crisóstomo. Y aunque sean constitucionales los reyes y responsables los ministros, éstos no tienen capillas reales ni predicadores de talla, ni suelen asistir a las funciones religiosas, y además hay un Código penal que castigaría, a título de abusos de la predicación, el uso de la sagrada libertad del pulpito. Si la firma de un ministro salva la responsabilidad de un rey constitucional —y así se dice aunque no se practique— en el tribunal de Dios esa firma no puede servir en manera alguna de salvoconducto. Preciso es, pues, hablar a los reyes como Crisóstomo y como Bossuet, y no se crea que por tan santa libertad han de padecer los predicadores persecución alguna. Cuéntase de Luis XIV y del Obispo de Meaux, que cuando éste era solamente Presbítero, predicó un sermón delante de Luis, y que el rey escribió felicitándole por tener tal hijo al padre del joven Sacerdote. Crecieron juntos los nombres y los méritos del rey y del orador, y la libertad también con los años.

El castigo de Eudoxia fué tan marcado como el de las demás mujeres recordadas en nuestros estudios, y tan elocuente como los anteriores. Más afortunado por la misma época el imperio de Occidente, contaba santas y prudentes princesas, que sabían sacrificarse y dar su mano a los caudillos de los bárbaros, con tal de asegurar la paz al mundo civilizado.

A. BALBÍN DE UNQUERA.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Agua del Congo para el tocador.

Mirad los que con esta AGUA se suelen lavar y veréis como su cara se hermosa, a la vez que gozan ellos con tan sana tarea experimentando un delicioso bienestar.

V. Vaissier, inventor del jabón del Congo.

El misterio de las sombras.

Una noche nebulosa del mes de Noviembre de 1886 un policía, en la parte alta de la ciudad de Nueva York, vió las sombras de dos personas que pasaban rápidamente a través del transparente de la ventana de una casa, y luego desaparecían, como si las personas hubiesen ido al otro extremo de la habitación. El policía observaba que esto ocurría una y otra vez, diez, veinte, cincuenta, cien veces con regularidad, como una vez cada media minuto. Esto le llamaba la atención, y seguía observando. Al principio se presentaban las sombras de un hombre y de una mujer, después las de dos mujeres, después de un hombre y una mujer. Siempre dos sombras, y una de ellas siempre de la misma mujer. No se oía ningún ruido. Poco después se publicó una carta que explicó el misterio nocturno. Esta decía:

«Hace unos tres años que mi salud, que siempre había sido buena, empezó a quebrantarse. La primera señal fué debilitarse la digestión, con los síntomas que acompañan a esta enfermedad tan común. En vez de pasarse, como yo creía, se puso peor. Fui a ver al médico de la familia, persona de mucha reputación, que me recetó medicinas y estuvo atendiéndome algunos meses. Durante la última parte de éstos, venía a mi casa casi todos los días, pues yo no podía salir. Ninguna de sus medicinas parecía que me hacía provecho. El hígado no funcionaba, y había síntomas aparentes de enfermedad de los riñones. Al cabo de algún tiempo se apoderó de mí una postración nerviosa muy grave. Hacía meses que no dormía bien, pero ahora no podía dormir absolutamente. Más de siete días estuve sin comer nada; la vista, el olor, el recuerdo sola-

mente de la comida me hacían daño. Por las noches estaba un poco de tiempo acostada en un cuarto a media luz, a ver si podía dormirme. Imposible. Mi imaginación estaba en tal estado, que me hacía ver en las labores de la alfombra y del papel de las paredes cosas horribles que me miraban y parecían que se burlaban de mi desesperación. Creía que me iba a volver loca, y no me atrevía a acercarme a una ventana por miedo de no poder resistir la tentación de tirarme a la calle. Muchas noches mi marido y mis hijos me acompañaban paseando la habitación de un lado para otro cuando no podía dormir ni estar tranquila en ninguna posición (1).

«Estando en un estado tan terrible, me dió a conocer el Jarabe Curativo de la Madre Seigel un amigo íntimo, que lo había tomado. Naturalmente, dije que lo tomaría, aunque no tenía la menor esperanza de que hiciera provecho en un caso como el mío. Aquella noche tomé tarde una dosis, y antes de la mañana había dormido bien una hora. Me acuerdo que me dormí a poco de dar las dos y me desperté a las tres, permaneciendo tranquila, aunque despierta, hasta por la mañana. Desde entonces seguí tomando con regularidad el Jarabe de la Madre Seigel. El efecto siguiente fué corregir la digestión, después de lo cual dormía como en la niñez. Mientras tomaba esta medicina no tomaba otra, ni he vuelto después a tomar ninguna. Un día, no hace mucho, conté las botellas que habían venido de la botica durante mi enfermedad, y había cuarenta. Algunas se habían llenado varias veces. Además de las medicinas, mi marido tuvo que pagar una buena cuenta al médico. Tengo la seguridad de que si no me hubiera encontrado el Jarabe de la Madre Seigel, estaría ahora en una casa de locos, o me habrían enterrado.

(Firmado) FRANCES HOLBROOK.
440, East 115 th. Street, Nueva York.»

No hay que suponer que el Jarabe Seigel tiene opio u otro narcótico, pues no lo tiene. En el caso de esta señora, como en otros, produce tranquilidad, atacando al veneno que la indigestión ha ocasionado en la sangre. Este veneno en el cerebro produce los síntomas descritos tan gráficamente.

Si el lector se dirige a los Señores A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales. Frasco, 8 reales.

Banco de España

Conforme a la regla 7.ª del anuncio publicado con fecha 26 de Julio último, el Consejo de gobierno ha acordado fijar en catorce y sesenta y cinco céntimos por ciento el tipo de bonificación de los cupones del vencimiento de 1.º de Octubre próximo correspondientes a los títulos de Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y a los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba depositados o dados en garantía de operaciones en el Banco y en las Sucursales, que no se hayan retirado en el período marcado en aquel anuncio, cuyo tipo de 14,65 por 100 es el equivalente al precio medio a que ha resultado la bonificación de los expresados cupones negociados por el Banco en el citado período de tiempo.

Como consecuencia de este acuerdo, desde el día 20 del corriente se abrirá el pago de los referidos cupones, con la bonificación señalada, correspondientes a los títulos de Deuda exterior, y desde el 26 de los de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, previa presentación de los respectivos resguardos de depósito o pólizas de préstamo o de crédito con garantía.

Madrid 16 de Septiembre de 1892.—El Vicesecretario, Gabriel Miranda.

Banco de España

En las sucursales del Banco se han presentado dos billetes falsos de la serie de cincuenta pesetas, imitando los de la emisión de 1.º de Junio de 1880.

Aparte de otras diferencias de menor bulto, a primera vista se observa en los falsos que la cinta está pegada en el papel por el reverso y no intercalada en la pasta como en los legítimos; que la cabeza transparente que éstos tienen en el centro, también en la pasta del papel, es sumamente imperfecta y mal dibujada en los falsos, donde aparecen las líneas muy recortadas, sin el claro oscuro que produce la mayor o menor cantidad de pasta; que lo mismo el anverso que el reverso están estampados en litografía en los falsos con líneas borrosas, notándose principalmente en la viñeta y retrato de Goya del anverso; y por último, que los falsos tienen la fecha de 1.º de Octubre de 1880 en vez de 1.º de Junio de 1880, que es la de los legítimos.

(1) El marido y la hija de esta pobre medio loca, acompañándola alternativamente paseando de un lado a otro de la habitación entre la luz y la ventana, producían las sombras que llamaron la atención del policía, haciéndole creer que había algo extraño o irregular dentro de la casa.

Lo que se anuncia al público, haciendo presente que no por esto se retiran de la circulación los billetes de esta serie y emisión.

Madrid 24 de Septiembre de 1892.—El Secretario general, Juan de Morales y Serrano.

Banco de España

Desde el día 1.º de Octubre próximo, de once de la mañana a tres de la tarde, se pagarán por este Banco los intereses correspondientes al tercer trimestre del corriente año, de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 y los de la Deuda perpetua al 4 por 100 interior, depositados en las cajas del mismo o entregados en garantías de operaciones.

Los interesados pueden presentarse en la caja de este Banco a percibir el importe de los intereses por el orden siguiente:

DEUDA AMORTIZABLE AL 4 POR 100

Sábado 1.º Octubre.—Garantías de operaciones, depósitos intransmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos.

Martes 4 ídem.—Depósitos transmisibles resguardos números 170.223 a 254.000.

Jueves 6 ídem.—Ídem ídem ídem. 254.001 a 283.000.

Sábado 8 ídem.—Ídem ídem ídem. 283.001 a 297.000.

Martes 11 ídem.—Ídem ídem ídem. 297.001 a 307.123.

DEUDA PERPETUA AL 4 POR 100 INTERIOR

Lunes 3 Octubre.—Garantías de operaciones, depósitos intransmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos.

Martes 5 ídem.—Depósitos transmisibles resguardos números 181.580 a 226.000.

Viernes 7 ídem.—Ídem ídem ídem. 226.001 a 257.000.

Lunes 10 ídem.—Ídem ídem ídem. 257.001 a 272.000.

Jueves 13 ídem.—Ídem ídem ídem. 272.001 a 285.000.

Viernes 14 ídem.—Ídem ídem ídem. 285.001 a 293.000.

Sábado 15 ídem.—Ídem ídem ídem. 293.001 a 300.000.

Lunes 17 ídem.—Ídem ídem ídem. 300.001 a 306.774.

Los depósitos en Deuda amortizable al 4 por 100, que por resultado del sorteo del 1.º del actual contengan títulos amortizados, necesitan ser retirados por los depositantes, a fin de poder hacer efectivo el importe de aquéllos con el libramiento que se les entregará en equivalencia de los mismos.

Madrid 28 de Septiembre de 1892.—El Secretario general, Juan de Morales y Serrano.

Banco de España

Habiéndose recibido de la Dirección general de la Deuda pública los talones de los resguardos hasta el número 1.500, expedidos por aquel centro en representación de cupones de Deuda perpetua al 4 por 100 interior, vencimiento de 1.º de Octubre próximo, presentados en aquella Dirección, los portadores de los citados resguardos pueden presentarlos al cobro en las Cajas de este Banco en la forma siguiente:

Día 1.º de Octubre.—Resguardos números 1 a 400.

Ídem 3 ídem.—Ídem ídem. 401 a 800.

Ídem 4 ídem.—Ídem ídem. 801 a 1.200.

Ídem 5 ídem.—Ídem ídem. 1.201 a 1.500.

En los días sucesivos se pueden presentar al cobro en las mismas Cajas, sin previo anuncio, los resguardos cuya numeración exceda de la última señalada, que serán satisfechos en el acto siempre que el Banco haya recibido de la Dirección general de la Deuda los talones correspondientes.

Madrid 28 Septiembre de 1892.—El Secretario general, Juan de Morales y Serrano.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis. Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte ó incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pidanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 4
1892

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO

DE
CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes en folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.— TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Sabirana, hermanos, editores.—Barcelona.

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA
JORGE G.º GIROD
Sucesor de Losada.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

GRAN ALMACEN

DE

PORCELANA, LOZA Y CRISTALERIA

Vajillas, grandes surtidos, nuevos y variados dibujos, muy baratas copas cristal para agua, 5 pesetas docena; copas para vino, 4 id.; para licor, 3; botellas, Juegos de lavabo, Juegos de café, licoreras, jarrones, tazas, jicaras, objetos de capricho para regalo.

CALLE DE ESPOZ Y MINA N.º 40 (esquina á la plaza del Angel.)

No equivocarse, fijarse en las señas

GRAN CERERIA

ESPECIALIDAD



en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABISINIA para el Culto católico, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar

Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

SALICILATOS

DE BISMUTO Y CERIO

DE VIVAS PEREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina.

Recomendados por la Real Academia de Medicina.

CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de **INDISPOSICIONES** del TUBO DIGESTIVO, VÓMITOS y DIARREAS; de los **TÍSICOS** de los **VIEJOS**; de los **NIÑOS**, **CÓLERA**, **TÍFUS**, **DISENTERIA**; **VÓMITOS** de las **EMBARAZADAS** y de los **NIÑOS**; **CATA-**



RROS y **ULCERAS** del **ESTÓMAGO**; **PIROXIS** con **ERUPTOS FÉTIDOS**; **REUMATISMO** y **AFECCIONES HÚMEDAS** de la **PIEL**. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público, tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.—DESCONFIAR DE LAS IMITACIONES.

SEÑORAS

La perfumería

THOMAS

es la que vende la perfumería fina á precios reducidos.

La perfumería

THOMASes la que vende los perfumes sueltos para el pañuelo á 5 reales onza; el **Heliotropo blanco**, perfume fino, delicado y muy permanente, á 6 reales.

La perfumería

THOMAS

es la que presenta en sus anaqueles un millón de caprichosos objetos con perfumes ó sin ellos, para regalitos de poco precio.

La perfumería

THOMASestá situada en la calle **MAYOR, 36**. Fijarse bien en las señas: número 36, entre las calles de Coloreros y Bordadores.

Los precios son fijos, marcados en los objetos.—Prohibido el regatear.



PRIMERA CASA EN ESPAÑA

en instrumental de cirugía, fisiología, diagnóstico, óptica, higiene, ortopedia, antisépticos, vendajes, gomas, sillones y mesas de operar, y para imposibilitados, é inmenso surtido en artículos de curación. Procedencias acreditadas.

Especialidad en el tratamiento herniario por medio de vendajes, bragueros y fajas de gran comodidad, sistema «Altimiras», altamente recomendables por la ciencia médica.

Proveedor de clínicas y Hospitales del reino

BRONCES PARA IGLESIA

Primera casa en España

Inmenso surtido en lámparas, candeleros y candelabros de altar y pared, cálices custodias, vinajeras y todo lo perteneciente al culto, desde el más módico precio hasta el más elevado, en latón y bronce. Pidanse catálogos.

Hay también completo surtido en cafeteras, batería de cocina, grifos, cubiertos y toda clase de herrajes en metal blanco y dorado para la construcción de edificios. Exportación á provincias.

PRUDENCIO DE IGARTUA, ATOCHA, 65, MADRID

Antiguo depósito de San Juan de Alcaráz.

La ILUSTRACION CATÓLICA

ÉPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

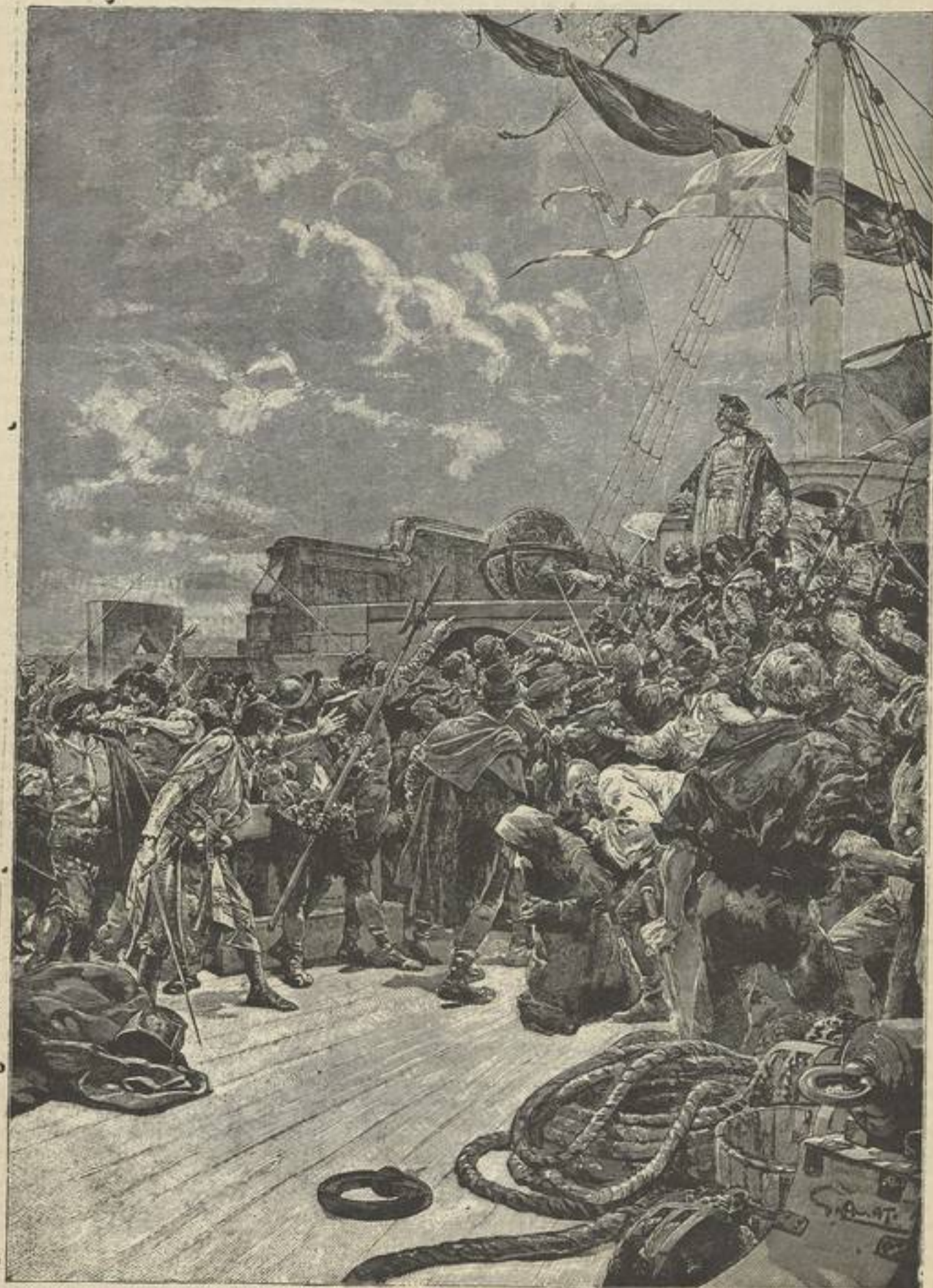
NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	7,50 pta.
Tres meses.....	4 " "
Ses meses.....	7,50 " "
Un año.....	15 " "
CUBA Y PUERTO RICO	
Ses meses.....	8 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 " "

NÚMERO 18.—Madrid 15 de Octubre de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Ses meses.....	11 francos
Un año.....	21 " "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Ses meses.....	3 1/2 ps. fr.
Un año.....	5 " "

CENTENARIO DE COLÓN



SUBLEVACIÓN Á BORDO DE LA NAO

SUMARIO

TEXTO

Cristóbal Colón, por A. Salcedo.—Poesías colombinas: El motín á bordo, por Fr. Lope de Vega Carpio.—A la puerta de la Rábida, por el Duque de Rivas.—Salida de Palos, por Ramón de Campoamor.—Conclusión de *La Atlántida*, por Jacinto Verdaguer.—In Columbum Novas Indias Repertorem, por Jacobus Marti Bestard.—Carta que escribe Colón el Almirante á un su amigo afectuoso conferenciante, por J. de Gayangos.—Colón, por Carolina Valencia.—Colón y los Piratas, por Francisco Jiménez Campaña.—Colón, por Vicente W. Querol.—Reclamos.—Anuncios.

GRABADOS

Sublevación á bordo de la nao.—Posición respectiva de las diferentes partes del mundo.—Hernán Cortés.—D. Eduardo Barón.—Casa en que habitó Colón en Santo Domingo.—Cristóbal Colón.—Descanso de una caravana en México.—Paisaje americano.—Torre del homenaje.

CRISTOBAL COLON

No es de maravillar que persona como Cristóbal Colón y suceso como el descubrimiento de América fascinen á los poetas, apareciéndoseles y representándoseles como héroe y asunto propios del poema épico. Dos de los más insignes poetas modernos, Campoamor y Verdaguer, han caído en esta tentación, y ambos son autores de poemas en que la colosal figura de Colón, uniendo dos mundos con su soberana diestra, campea en principal lugar, y en que se cuenta la hazaña del descubrimiento en versos no indignos de los más excelsos épicos antiguos. Pues á pesar de todo, Colón y su viaje, que tan grandes, misteriosos y poéticos surgen de las páginas de la historia, en las de los poemas parece como que se achican, y lo que aún es peor, que se desfiguran y afean, no pudiendo ya resistir la comparación ni con ellos mismos, tal como la relación histórica los presenta, ni con los héroes y empresas de otros poemas, aunque estos últimos sean relativamente á Colón y á su obra tan pequeños como la conquista de Troya por los hefenos ó la invasión de la India por los arios. Y es esto, á nuestro entender, porque en Colón y en sus viajes derrochó, por decirlo así, la realidad toda la poesía que encierra ella, mayor y más pura y brillante que cuanta los poetas imaginaran jamás; de aquí que tratándose de Colón, cuanto se aparte de la verdad se aparta igualmente de la belleza, y que no quepa poema colombino superior á la biografía del navegante, ni héroe poético comparable al héroe de carne y hueso, real y efectivo de aquella epopeya, en que quiso Dios que figurasen de personajes secundarios, los reyes y hombres más ilustres de su época, y de coro hermosísimo, tal como nunca pudo idearlo ningún poeta, la raza española, purificada y ennoblecida por una lucha de siete siglos, y en el momento de su mayor lozanía y vigor históricos.

El *Diario de Colón* y sus cartas á los Reyes Católicos y á otros insignes varones contemporáneos suyos; los opúsculos de Pedro Mártir de Anglería y las obras del hijo del almirante y de los escritores más cercanos al portentoso suceso, y que fueron testigos de él ó se enteraron por una tradición inmediata, contienen toda la poesía innumerable del hecho, porque contienen toda la verdad. Cierta es que esas narraciones dejan sombras y lagunas que la investigación erudita va poco á poco esclareciendo y llenando. Pero con ellas nada pierden ni la figura del descubridor ni la gloria del descubrimiento: antes bien, parece como que á la una y á la otra las envuelven entre velos de misterio que realizando su prestigio, acrecientan su hermosura.

Y por lo que vamos diciendo no se crea que pensamos escribir un panegírico de Colón, á la usanza de algunos que hemos leído recientemente, y en los que la fisonomía humana del navegante se ha transformado, merced á la indiscreta admiración del panegirista, en rostro divino ó semidivino, circundado de celeste aureola ó recibiendo en la frente, como Moisés en el Sinaí, el rayo directo de la inspiración del Omnipotente. No hay que sacar las cosas de quicio ni que desfiguradas de propósito para colocar á Colón á la cabeza de los bienhechores de la humanidad en la Edad Moderna. Que Dios tuvo parte principal en la empresa colombina, no hay que dudarla, toda vez que ni la hoja del árbol

se mueve sino á impulsos de su voluntad soberana. Pero Dios quiso obrar en este caso por medios naturales, valiéndose de causas segundas, como de ordinario actúa su Providencia en el mundo, y lo más cristiano no es inventar lo que no hay, enmendando en cierto modo la plana á Dios, sino respetar su voluntad santísima y su orden suprema, que no es más admirable por cierto cuando sobrenaturalmente se revela, por medio de prodigios y portentos, que cuando deja obrar á la naturaleza. En el descubrimiento de América así sucedieron las cosas. No hay noticia de que Dios, ya directamente, ya por medio de sus ángeles ó enviados, indicase á Colón que había tierras más allá del Océano, ni que la figura de este nuestro planeta fuera esférica, permitiendo de tal suerte que se le diese una vuelta en redondo. Todo esto lo aprendió Colón en los libros que corrían de mano en mano en su tiempo, lo dedujo de observaciones propias y de otros marinos contemporáneos suyos; y lo más digno de encomio que hubo en él fué la firmeza de voluntad que puso y desarrolló para el logro de su empresa, y con la que acabó por vencer todos los obstáculos, dimanados unos de su falta de medios, otros de la envidia de los émulos y rivales, que nunca faltan, y otros, finalmente, de las supersticiones populares, que presentaban su intento como de todo punto irrealizable y quimérico.

Pero abramos ya la biografía del inmortal navegante, y acompañémosle con la memoria por el sendero de sus peregrinaciones, tan obscuras y, al parecer, tan estériles al principio, tan luminosas y fecundas en bienes en los últimos años de su propia vida.

La nobleza, la patria y la fecha del nacimiento de Colón, son puntos controvertidos por los historiadores, y que hasta hoy no se han logrado esclarecer completamente.

Algunos de los biógrafos del navegante le presentan como de ilustre cuna, y hasta señalan los nombres de algunos de sus excelsos progenitores. El P. M. Flórez, en su *Clave Histórica*, asegura que el tercer abuelo de Colón, llamado Ferrerío, fué señor de la villa y castillo de Cúzaro. Ferrer, escritor contemporáneo del Almirante, dice que los Colones eran antiguos aristócratas de Plasencia, arruinados á causa de las guerras de Lombardía, y dedicados al comercio con el intento de recobrar su perdida fortuna. El hecho es que Domingo Colón, padre de Cristóbal, ejercía en Génova el oficio de cardador de lanas, y que debía ejercerlo algo en grande, como fabricante, que diríamos ahora, y no como jornalero ó operario, pues consta que mandó á su primogénito á estudiar á la Universidad de Pavía, cosa que, entonces como hoy, no era de las que suelen hacer los pobres braceros. La mujer de Domingo y madre de nuestro héroe, se llamaba Susana Toutanarossa, y todos los historiadores la califican de aldeana, lo que puede significar, ó que era natural de la aldea de Besagno, ó que su condición era la de los campesinos; porque á las personas ilustres no se las suele decir aldeanas, aunque hayan venido al mundo en una aldea. De este matrimonio nacieron cinco hijos: Cristóbal, Bartolomé, Pelegrín, Diego y una hembra cuyo nombre se desconoce, y cuyo rastro, así como el de Pelegrín, se ha perdido por completo entre las oscuridades del pasado. De Bartolomé y de Diego hay abundancia de noticias, pues ambos participan de la gloria de Cristóbal por haber coadyuvado á sus portentosas empresas.

Respecto al lugar del nacimiento de Colón se ha escrito mucho y disputado más. Son 19 las ciudades, villas y aldeas de Italia que se disputan esa honra; he aquí sus nombres: Génova, Sacra, Finale, Oneglia, Chiavari, Cosséria, Albissola, Bogliasco, Terrarossa, Nervi, Quinto, Caccaro, Plasencia, Pradello, Módena, Milán, Calvi, Pallestrèlla y Cogoleto.

Los argumentos más decisivos y concluyentes parecen ser los que militan á favor de Génova. El mismo Cristóbal Colón, que debía saberlo mejor que nadie, y que no se comprende para qué había de mentir en este asunto, escribió en la fundación de su Mayorazgo (22 de Febrero de 1498): «*De la cual ciudad de Génova he salido, y en la cual he nacido.*» No cabe afirmación más terminante y autorizada. Además, se conserva una carta del Tribunal

de San Jorge, de la ciudad de Génova, á Cristóbal Colón, fechada el 8 de Diciembre de 1502, en que los señores del Tribunal citado llaman á Colón *amatissimus concivis*, y á la ciudad de Génova *originaria patria de vostra claritudine*.

A pesar de tan sólidos fundamentos, los procuradores de otras ciudades y aldeas no se han dado por vencidos. Un Clérigo corso, apellidado Casanova, en un curioso folleto ha sustentado la opinión de ser el inmortal navegante natural de Calvi, en la isla de Córcega, y conterráneo, por consiguiente, del primer Bonaparte. Esto ha gustado mucho á los franceses, que de este modo resultarían con un compatriota insigné más, y ellos han sido los que han vulgarizado la opinión de Casanova, que, por otra parte, sólo se funda en razones de escaso ó de ningún valer. Tales son, v. gr., el hecho de ser antigua en Córcega una familia de Colones, el existir en Calvi desde tiempo inmemorial una calle de Colón, y en la partida de bautismo de un don Cristóbal Colón, que probablemente no sería ni pariente lejano del descubridor de América.

El Sr. Uhagón (D. Francisco P. de), ministro del Tribunal de las Ordenes Militares, ha publicado recientemente un opúsculo, en el que aparecen copiados algunos documentos del expediente que se instruyó hace siglos para el ingreso de D. Diego Colón, nieto del almirante, en la Orden de Santiago. En estos documentos se dice que D. Cristóbal había nacido en Saona, de la señoría de Génova.

Sería el cuento de nunca acabar exponer, siquiera fuese muy sumariamente, los fundamentos, más ó menos razonables, de otras opiniones.

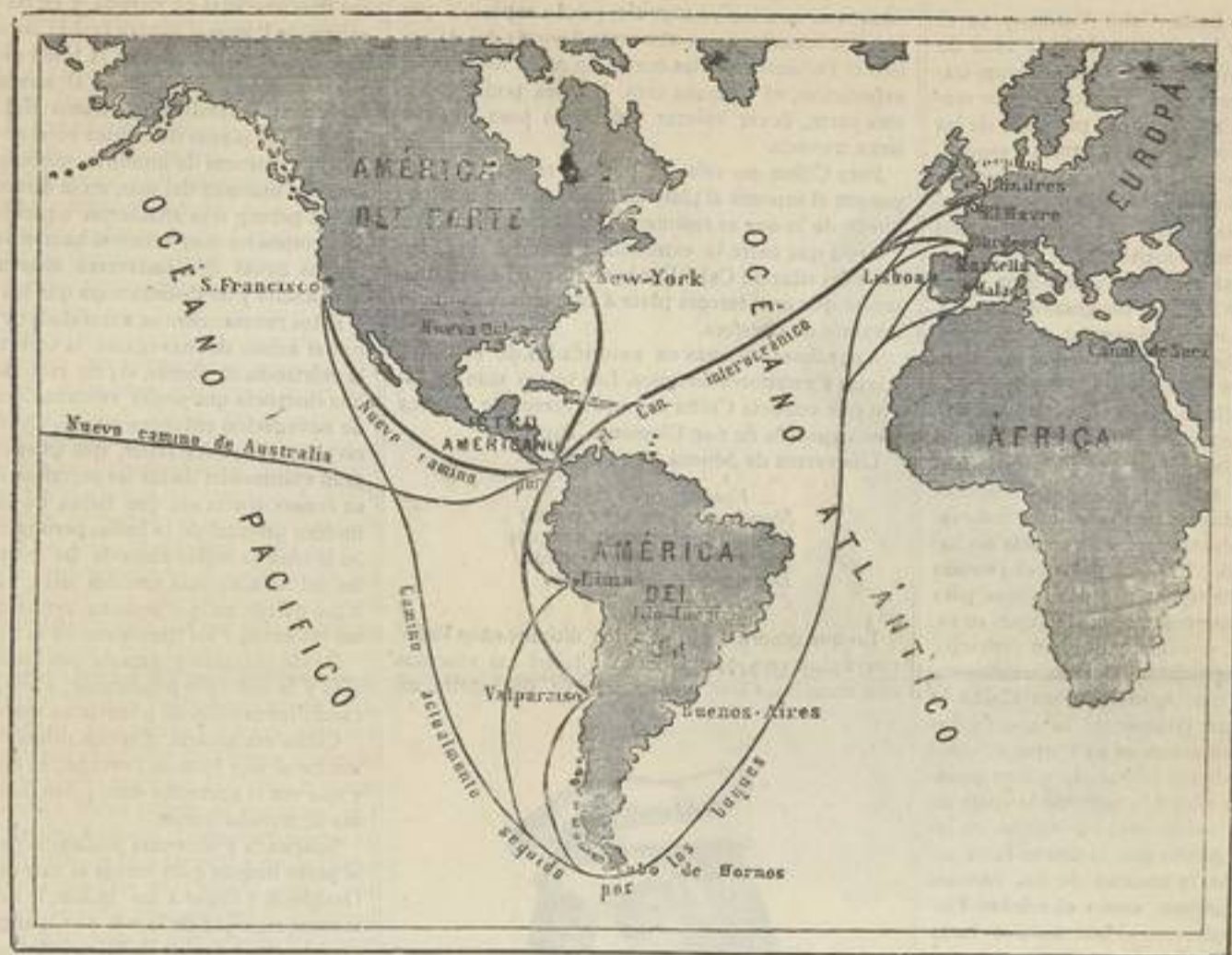
Las cuales son también muy diversas en cuanto á la fecha del nacimiento del héroe. Baste decir que desde 1430 hasta 1455, esto es, un período de veinticinco años, apenas hay uno sólo que no haya sido fijado por algún biógrafo como el del natalicio de Colón. Cuando tal discordancia existe tratándose de un personaje de ayer de mañana, ¿quién podrá lisonjarse de conocer la cronología aproximada de los héroes y sucesos antiguos? Por eso un profesor de Historia, ladino y chusco, al consignar una fecha cualquiera, cuidaba siempre de añadir á sus discípulos: «esto, señores, se ha de entender aproximadamente, ó sea con la diferencia de mil años más ó mil años menos...»

La fecha, sin embargo, que parece más probable, es la de 1455; en LA ILUSTRACION CATOLICA, número correspondiente al 21 de Agosto de 1881, encontrarán nuestros lectores un eruditísimo artículo del Sr. Asensio, en que con fuertes razonamientos se defiende la probabilidad de la indicada fecha.

Consta que Colón pasó los primeros años de su vida cursando latinidad y otras disciplinas en la Universidad de Pavía. Quizás su padre le destinaba á carrera más pacífica y muy distinta de aquella que le reservaba gloria inmarcesible. Pero Colón, según él mismo escribió después, sintió desde muy joven la vocación que había de llevarle á sus grandes destinos: «*una secreta inspiración de la Providencia* (son palabras textuales del descubridor) *me guió hacia el estudio de la Geografía, de la Astronomía y de la navegación.*»

Que en estos estudios hizo inmensos progresos, no hay para qué decirlo, tratándose de un hombre que llegó á ser el primer geógrafo, el primer astrónomo y el primer navegante de su tiempo. Pero sus estudios teóricos fueron muy cortos, pues aún no tenía más que catorce años cuando ya navegaba de grumete en las galeras genovesas que recorrían el Mediterráneo y el Asiático. En 1459. En 1459 el duque de Anjou, pretendiente á la corona de Nápoles, intentó reivindicar sus derechos al trono, y á tal efecto equipó y armó una flota, de la que formaron el núcleo principal galeotes y marinos genoveses.

Cristóbal Colón, que siguiendo la cronología del Sr. Asensio, contaba entonces veinticuatro años de edad, figuró entre los aventureros expedicionarios como persona ya de cierto viso, pues comandó una de las naves. La empresa fué desgraciada, y Cristóbal, que demostrara en ella rarísimas cualidades de marino, guerrero y astuto político, se convirtió, una vez concluida la campaña, en comerciante, co-rriendo con sus naves desde las playas de Génova



POSICIÓN RESPECTIVA DE LAS DIFERENTES PARTES DEL MUNDO

hasta las costas del Asia menor en busca de mercancías, y desde las costas asiáticas hasta los emporios del comercio occidental en busca de dinero. En una de sus cartas a los Reyes Católicos recordaba, no sin cariño, aquellos viajes de negociante que debieron reportarle pingües utilidades. Entre otras cosas, les decía: *vi á Chlo, tan celebre por su almaga, y me dijeron cómo se recoge allí esta preciosa goma*. Colón era observador por naturaleza, y abarcaba perfectamente en sus observaciones lo grande y lo pequeño, el conjunto y las partes de que se componen los conjuntos, lo principal y lo accesorio. En esto consistía una de las facultades más preciosas de su genio, y por eso merece consignarse.

Hay hombres de vista sintética que lo abarcan todo de una mirada, pero sin que logren puntualizar perfectamente los pormenores comprendidos dentro del anchísimo campo que observan. Hay otros de vista analítica que ven poco; pero que lo poco que ven, lo ven bien. A los primeros pertenecen los filósofos, los poetas y ciertos historiadores. A los segundos los naturalistas, los bibliófilos, algunos novelistas modernísimos, y esos hombres prácticos que en todo buscan y en casi todo encuentran su negocio. Por una rara casualidad, indicio seguro de su predestinación, el descubridor era a la vez de una y de otra clase de hombres; su vista intelectual era telescópica y microscópica al propio tiempo; lo mismo veía el lado grande, la filosofía y la poesía del Universo, que el lado pequeño de su ganancia individual. Por eso, como ha escrito muy bien el señor Castelar, fué a la vez un filósofo, un poeta, un sabio y un negociante.

No fué nunca Colón el tipo de hombre abnegado que busca en todo el bien de sus semejantes con olvido ó desprecio de su propio bien. Así han querido representarle algunos de sus biógrafos más devotos suyos. El conde Rosselly de Lorgues sostiene que todas las acciones de Colón fueron, como las de los santos, enderezadas *ad maiorem Dei gloriam*, y nada más que á eso. La historia protesta; Colón era ambicioso; Colón buscaba en sus empresas acrecentamientos de honra y de caudal para sí propio, con lo cual no quiere decirse que no fuese buen cristiano. Lo era en efecto, y fervoroso; creía

en Dios y le amaba mucho: á la Iglesia católica profesaba filial cariño y devoción. Nuestro Santísimo Padre lo ha dicho: *era de los nuestros*. Pero su carácter moral no llega al heroísmo de la santidad: el sabio navegante, el insigne geógrafo, el inmortal descubridor, no pasaba en cuanto á virtudes del común de los fieles. En lo humano un sabio y un héroe; en lo divino era vulgar.

En esta primera época de su vida, antes de que se le ocurriese la idea del descubrimiento, si se ha de decir toda la verdad, Colón aparece como un aventurero. La tierra italiana es fecunda en aventureros de esta laya insigne. Bonaparte, ¿fué por ventura otra cosa en sus primeros pasos? Y ¿qué más fué Alberoni? De la propia suerte, Cristóbal Colón se distinguió en los comienzos de su carrera por la maravillosa facilidad con que cambiaba de profesiones y modos de vivir. De capitán de galeras del duque de Anjou pasa sin transición á ser comerciante; y de comerciante pasó, también sin transición, á ser otra vez guerrero, armando una nave en corso para perseguir á los venecianos, enemigos de los genoveses. Un combate desgraciado con la marina de San Márcos fué la causa, según César Cantú, de su forzoso arribo á Lisboa, centro en aquella época del comercio occidental y de los estudios geográficos, y por lo tanto foco de los grandes descubrimientos marítimos.

No era el Portugal del siglo XV lo que es hoy: un pequeño Estado con ínfulas de independiente, y en realidad colonia del imperio británico, sino una de las primeras potencias del mundo; y no es que los portugueses hayan degenerado de su antiguo valer, ni que las tierras lusitanas produzcan ahora menos que antes. Por el contrario, si se comparan estáticamente las fuerzas naturales, económicas y militares del Portugal moderno con las del antiguo y glorioso reino de Juan II y el príncipe Enrique, es casi seguro que aventajen, y con mucho, las de hoy á las de ayer. Pero como enseña el refrán castellano: «cada cosa á su tiempo y los nabos por Adviento.» El siglo XIX no es el siglo XV. Entonces diminutos Estados como Aragón y Portugal, con menos del millón de habitantes, podían hombrar y gallear en el mundo, como sus

naturales fuesen esforzados en la guerra y hábiles para el fomento de las artes de la paz. Hoy todo ha cambiado, y apenas si pueden subsistir respetados, imperios que cuentan con 12 ó 14 millones de habitantes ó ciudadanos. Que Portugal fuese independiente hasta Felipe II, nada más razonable y justo; que lo haya querido ser desde 1640, no es más que una ridiculez, un desconocimiento absoluto de la vida moderna, y que no ha podido producir á nuestros descastados y ariscos hermanos ni honra ni provecho.

Pero cuando Colón llegó á Lisboa, eran los días luminosos de la gloria de Portugal. Don Juan II había intentado la unión de su reino con el de Castilla por un enlace matrimonial, ni más ni menos que por el medio que Fernando V realizara aquel magnífico y necesario pensamiento respecto á Castilla y Aragón. En los campos de Toro se decidió que la unión había de ser entre Castilla y Aragón, y no entre Portugal y Castilla. Quizás, de haber sucedido lo contrario, la frontera de Francia estuviera hoy en Molina y en Requena; porque el reino de Aragón, que por esas inevitables transformaciones de los tiempos á que nos referimos más arriba, se convirtió pronto de corona en *coronilla*, hubiese acabado (por ser absorbido en la nación francesa. Los portugueses del siglo XV se lamentaban de no haber podido ser compatriotas de los castellanos (hasta en eso se conocía que eran de más grandes pensamientos que sus sucesores y herederos del siglo presente!), y ya que no pudieron lograr su propósito, se habían lanzado á los mares á descubrir y conquistar imperios y continentes, empujando con robusta diestra el cetro del Oceano que un siglo después había de pasar á los holandeses, y más tarde á los odiados hijos de Albión, que aún lo manejan á su capricho, y sabe Dios hasta cuándo.

Ya, cuando arribó Colón, estaban muy adelantados los descubrimientos portugueses; los marinos lusitanos habían doblado el Cabo Bojador, suceso que los escritores de aquel tiempo compararon á los trabajos de Hércules; habían despojado á la región de los trópicos de sus fantásticos y terribles prestigios, reconocido la costa de Africa

desde Cabo Blanco hasta Cabo Verde, y ya el príncipe D. Enrique había concebido la idea de circunnavegar el Africa, empresa que antiguas tradiciones atribuían á los marinos fenicios, y por medio de la cual pretendía el glorioso protector de las ciencias y del comercio abrir á los sabios y especuladores de Europa las puertas de aquel paraíso de la India, en que la fantasía de los occidentales, sobreexcitada por incompletas noticias, había fingido todas las maravillas de los sueños...

En cuanto á navegar hacia Occidente por el inmenso Oceano, nadie lo había imaginado siquiera. El viajero bohemio León de Rosmítal, que peregrinó por España y Portugal á mediados del siglo XIX, refiere que llegó á una aldea llamada *Finisterrae*, «porque más allá no hay más que agua y piélagos, cuyos términos nadie conoció sino Dios.» La superstición popular había llenado ese piélagos de fantasmas horribles, de peligros espantosos capaces de infundir pavor al ánimo más resuelto y esforzado. La ciencia nada decía, porque la ciencia no habla de lo desconocido. Era, en suma, el Oceano Atlántico para nuestros antepasados lo que para nosotros el espacio interplanetario; algo que se ve, y que por decirlo así, se palpa, y que, sin embargo, tiene toda la pavorosa majestad del misterio.

Era imposible que á un hombre como Colón le dejasen de impresionar vivamente las cosas y los proyectos que se veían entonces en Portugal. Asocióse á las empresas de los lusitanos, y muy pronto se le vió viajar con ellos á lo largo de la costa de Africa, y emplear el tiempo que no viajaba en levantar cartas de navegación que le dieron fama de cosmógrafo habilísimo, la amistad de los varones más sabios de aquel tiempo, como el célebre Florentino Pablo Torcanelli, con el que sostuvo larga y provechosa correspondencia; y finalmente, los medios materiales necesarios para mantener su vida y la de su mujer é hijo.

Porque en Lisboa fué también en donde contrajo Colón su primer matrimonio. La mujer escogida por él para compañera de su vida, llamábase doña Felipa, hija de un genovés establecido en Lisboa, comerciante y gran marino, y gobernador que había sido de Porto Santo, una de las islas de la Madera. En cuanto al apellido de Bartolomé, que así se nombraba el suegro de Colón, hay gran divergencia entre los historiadores: Cantú le apellida *Morico*; el Sr. Fernández Duro *Monis*, y el P. Cappa *Muhis*. (¡Vaya usted á saber la verdad!) El suegro murió probablemente antes de que se verificase el matrimonio, ó al poco tiempo de haberse celebrado, puesto que parece que la viuda entregó al yerno todos los papeles pertenecientes al difunto, relativos á cosas de geografía y de navegación; precioso tesoro fué de seguro esta herencia para Colón.

Vivió éste algún tiempo con su mujer en la isla de Porto Santo, en que Felipa tenía propiedades. En aquella isla vino al mundo el primogénito del descubridor, D. Diego, corriendo el año de 1476.

En Lisboa fué, por último, en donde Colón concibió su idea, la idea cuya realización le magnificó é ilustró entre los hombres, como ningún otro había sido jamás ilustrado y magnificado, la más fecunda en bienes que se ocurrió á ningún hijo de Adán; la idea, para decirlo de una vez, de buscar el extremo del continente asiático navegando por el Oceano con rumbo al Occidente.

¿Cómo surgió esta idea en el cerebro de Colón? ¿En qué fundamento la apoyaba?

Conviene advertir, antes de seguir adelante, que en aquel tiempo podía ya considerarse opinión común y corriente la buena doctrina de la esferoidad de la tierra. Todo el mundo suponía ya que era posible dar una vuelta completa á este planeta en que habitamos; todo el mundo (el mundo de las personas ilustradas, se entiende) creía en la existencia de los antipodas. Nadie, pues, podía reírse de Colón cuando éste aseguraba que caminando hacia Occidente llegaría al Oriente, ó sea á la India. Pero esto no bastaba.

Supongamos que no existiera la América. En este caso, la doctrina en que Colón se basaba seguiría siendo tan verdadera como lo es hoy y lo fué siempre; pero Colón se hubiera perdido, no hubiera sido posible que llegase al fin de sus trabajos. Si los ma-

rineros no querían ya seguirle, ¿cómo es posible que hubiera consentido en atravesar después del Atlántico el Pacífico hasta las costas de Asia? Ni aquella expedición, ni ninguna otra, hubiera podido, por otra parte, llevar víveres suficientes para una tan larga travesía.

Pero Colón no veía, ni podía ver este peligro, porque él suponía al planeta Tierra mucho más pequeño de lo que es realmente.

Creía que entre la extremidad oriental de la India y las islas de Cabo Verde no mediaba más distancia que una tercera parte á lo sumo del círculo máximo de la esfera.

Apoyábase además en autoridades de filósofos, poetas y escritores antiguos. Los textos más decisivos que conocía Colón son unos versos de Séneca y una epístola de San Clemente, Papa.

Los versos de Séneca dicen así:

... Venient annis
Secula seris, quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Fateat tellus, Tiphysque novo
Detegat orbis, nec sit terris
Ultima Thule.

Lo que quiere decir: «En los últimos años llegarán siglos en que el Oceano aflojará los vínculos que unen las cosas, y entonces se descubrirá un



HERNÁN CORTÉS

gran país; otro Tífis explorará nuevos mundos, y Thule no será la tierra más remota.»

San Clemente, Papa, en carta que escribió á los Corintios, cuya autenticidad sostiene Eusebio de Cesárea, á la vez que pone en duda ó niega otros escritos que se le atribuyen (*Historia Ecles.*, lib. III, capítulo XXXII), hablando (cap. XX) de que todo está sometido al poder y la providencia de Dios, dejó escritas estas palabras de oro: «La mole del inmenso mar que bajo su ordenación se hincha formando montañas, no traspasa los muros de que ha sido rodeado, sino que hace lo que El le mandó.» Pues dijo el Señor: «Hasta aquí llegarás, y en tí mismo se romperán tus olas. EL OCEANO QUE LOS HOMBRES NO PUEDEN CRUZAR Y LOS MUNDOS QUE HAY AL OTRO LADO DE ÉL SON GOBERNADOS por disposición del mismo Señor.—*Oceanus impermeabilis hominibus et qui trans ipsum sunt mundi ejusdem Domini dispositionibus gubernantur.*»

A estos argumentos científicos y de autoridad unía Colón otros más prácticos que podían considerarse como indicios positivos de la verdad de su idea y probabilidad de su ejecución. Un piloto del rey de Portugal, Martín Vicente, navegando á 450 leguas al Oeste del Cabo de San Vicente, encontró sobre la superficie de las aguas un trozo de madera labrada; Pedro Corea, cuñado de Cristóbal Colón, también había encontrado en los alrededores de la isla de Porto Santo otro pedazo de madera en iguales condiciones que el anterior, y unas cañas grue-

sas desconocidas en Europa, y en las que todos los sabios de Portugal habían creído las cañas que, según Tolomeo, florecen en la India oriental. Los isleños de las Azores dijeron al navegante genovés que cuando reinaban los vientos del Oeste, solían llegar á sus playas diferentes objetos que atestiguan la existencia de hombres, moradores de tierras situadas más allá del mar, en la dirección indicada. Hasta parece que añadieron aquellos isleños que en tiempos no muy remotos habían visto flotar sobre las aguas dos cadáveres humanos, de rostro muy ancho y de distinta traza que los cristianos.

Estos razonamientos, autoridades y noticias llevaron al ánimo del navegante la certeza absoluta de la existencia de tierras, al otro lado del Oceano, y á una distancia que podía vencerse con los medios de navegación entonces en uso. Claro es que Colón no sabía, ni podía saber, que existiese allí un tan gran continente; dadas las premisas de que partía, su consecuencia era que había de tropezar con el lindero oriental de la India; pero tampoco rechazaba la idea de hallar antes de las costas continentales del Asia algunas grandes islas, vastos archipiélagos quizás, en que podrían refrescarse y descansar las naves y los tripulantes en su larguísimo viaje.

Desde el punto y hora en que Colón concibió su idea y la encontró practicable, vivió para ella, buscando los medios de ponerla en ejecución.

Como era natural, á quien primero recurrió Colón fué al Rey Juan de Portugal, en cuya corte vivía, y que era el protector nato y decidido de las empresas de aquella índole.

Solicitada y obtenida audiencia del Rey, Colón le pidió buques para surcar el mar en derechura al Occidente y llegar á las Indias; le habló de las inmensas riquezas de la isla de Cipango, de los palacios de oro del reino de Mangi, de los innumerables pueblos que la luz del Evangelio iluminaría y que le llamarían su salvador y su monarca. Oyó el Rey con atención, pero no se atrevió á resolverse, y encomendó el examen del proyecto á una comisión de habilísimos cosmógrafos. Pero aquellos sabios trataron las ideas de Colón de extravagantes y quiméricas; el Rey, inflamado por el amor de la gloria, remitió á otra consulta el proyecto. Alimentó el genovés durante mucho tiempo buenas esperanzas; pero las pasiones de unos pocos sobrepusieron á la caridad cristiana, y se sacrificó la salvación de unos cuantos millares de almas á los sórdidos cálculos de los gastos que ocasionaría. Los cortesanos envenenaron la existencia del grande hombre; pasó por impostor, le llamaron aventurero. Sin embargo, el Rey, movido de las observaciones de Colón, equipó secretamente un barco, que partió con instrucciones reservadas de seguir la dirección indicada por éste en su *Memoria*. Mas, después de algunos días de navegación, les acobardó de tal modo á los marineros una tempestad, que hubieron de regresar á Lisboa.

Esta traición le irritó, decidiéndole á venir á España.

También se disputa acerca del año en que se verificó esta venida. La opinión más probable es que fué en 1484. Hasta se ha disputado sobre si llegó á España por mar ó por tierra. El Padre Coll opina que fué por mar. Lo que resulta cierto, es que cuando llegó á nuestra tierra estaba ya viudo, y que el objeto de su viaje no fué otro sino el de obtener de los Reyes Católicos protección para la empresa que meditaba, y que era ya la única preocupación de su vida.

Bartolomé de Las Casas, en su *Historia de las Indias*, después de referir que Colón desembarcó en Palos en 1484 y pasó algún tiempo en la Rábida, dice: «Partióse para la corte, que á la sazón estaba en la ciudad de Córdoba, de donde los Reyes Católicos proveían en la guerra de Granada, en que andaban muy ocupados, habiendo llegado á la corte á 20 de Enero de 1485.»

Otro historiador, Gomara, refiere el hecho del siguiente modo: «...se embarcó en Lisboa y vino á Palos de Moguer, donde habló con Martín Alonso Pinzón y con Fray Juan Pérez de Marchena, fraile franciscano de la Rábida, cosmógrafo y humanista, á quien en puridad descubrió su corazón; el cual fraile se esforzó mucho en su demanda y

empresa, y le aconsejó que tratase su negocio con el duque de Medina Sidonia, D. Enrique de Guzmán, y luego con D. Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, y como tuviesen ambos por sueño de italiano burlador la empresa, que así lo habían hecho los reyes de Inglaterra y Portugal, animólo á ir á la corte de los Reyes Católicos, y escribió con él á Fray Fernando de Talavera, confesor de la Reina. Entró en la corte de Castilla el año 86 »

Los duques de Medina Sidonia eran en aquel tiempo los grandes señores de la Andalucía baja. En su palacio de Sanlúcar vivían como verdaderos soberanos; eran tan poderosos ó más que los Albas, en el reino de León, y que lo fueron los Braganzas en Portugal durante el corto período de la unidad peninsular. No tenían más rivales que los Ponces de León, ilustísima casa que se titulaba entonces marquesa do de Cádiz, título que cambió luego por el ducado de Arcos, y que á la sazón representaba uno de los más insignes varones que ha producido España jamás, el marqués de Cádiz de los romances y leyendas, el último héroe de la Reconquista. Las discordias entre Guzmanes y Ponces habían ensangrentado durante siglos los campos de Andalucía que recorría Colón, y hasta las mismas calles de Sevilla habían sido teatro de aquellas luchas feudales. Los Reyes Católicos restablecieron el orden social, y dieron mejor empleo á las fuerzas y valor de tan ilustres magnates en la guerra de Granada. Guzmanes y Ponces, reconciliados heroicamente en el sitio de Alhama, conquistada y defendida por el marqués de Cádiz, y salvada del cerco que la había puesto el rey moro por el duque de Medina Sidonia, competían ahora en los campos de batalla de la Axarquía y de la Vega por acrecentar sus méritos para con la patria, por distinguirse ante aquella graciosísima y bonísima reina Isabel, la más pura, la más grande y magnánima de cuantas mujeres han reinado en la tierra.

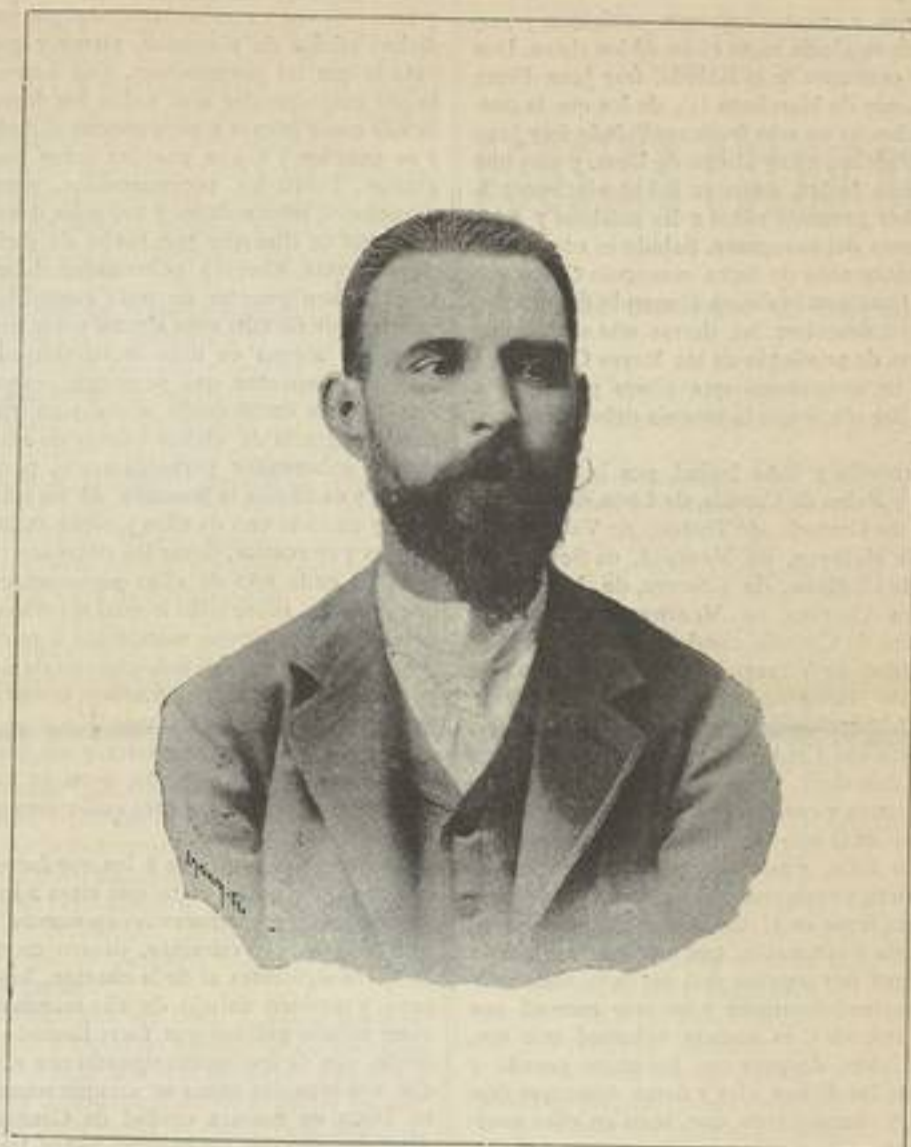
Consérvase una carta del duque de Medinaceli, D. Luis de la Cerda, uno de los dos magnates á que, según Gomara, aconsejó Fray Juan Pérez á Colón que recurriese. Es de 19 de Marzo de 1493, y dice así:

Carta de D. Luis de la Cerda, primer Duque de Medinaceli, al Gran Cardenal de España, D. Pedro González de Mendoza.

«Reverendísimo Señor: No sé si sabe vuestra Señoría como yo tove en mi casa mucho tiempo á Cristóbal Colomo, que se venía de Portugal y se quería ir al rey de Francia para que emprendiese de ir á buscar las Indias con su favor y ayuda, é yo lo quisiera probar y enviar desde el Puerto, que tenía buen aparejo, con tres ó cuatro carabelas, que no demandaba más; pero como vi que era esta empresa para la Reina nuestra Señora, escribílo á su Alteza desde Rota, y respondiome que ge lo enviase: yo ge lo envié entonces, y supliqué á S. A., pues yo no lo quise tentar y lo aderezaba para su servicio, que me mandase hacer merced y parte en ella, y que el cargo y descargo de este negocio fuese en el Puerto. Su Alteza lo recibió y le dió encargo á Alonso de Quintanilla, el cual me escribió de su parte que no tenía este negocio por muy cierto; pero si se acertase, que S. A. me haría merced y daría parte en ello; y después de haberle bien examinado, acordó de enviarle á buscar las Indias.

Puede haber ocho meses que partió, y agora él es venido de vuelta á Lisboa, y ha hallado todo lo que buscaba, y muy cumplidamente, lo cual luego yo supe, y por hacer saber tan buena nueva á su Alteza, ge lo escribo con Xuárez, y le envío á suplicar me haga merced que yo pueda enviar en cada año allá algunas carabelas más. Suplico á vuestra Señoría me quiera ayudar en ello, é ge lo suplique de mi parte, *pues á mi casa y por yo detenerle en mi casa dos años y haberle enderezado á su servicio se ha hallado tan grande cosa como ésta.* Y porque de todo informará más largo Xuárez á vuestra Señoría, suplícole le crea. Guarde Nuestro Señor á vuestra Reverendísima persona, como vuestra Señoría desea. De la villa de Cogolludo á diez y nueve de Marzo: Las manos de vuestra Señoría besamos.

—El Duque.»



D. EDUARDO BARRÓN

autor de la estatua de Colón que ha de erigirse en Salamanca.

Según Oviedo, Colón llegó á Sevilla y propuso la empresa del descubrimiento al duque de Medina Sidonia. Después al de Medinaceli, con cuyo motivo estaría en la casa ducal los dos años que se dicen en la carta anterior. En 1486, después de haber dado cuenta á la Corona, tuvo lugar la primera junta ó conferencia científica, presidida por Fr. Hernando de Talavera, siendo la opinión de esta junta contraria al proyecto. En el mismo año se verificaron las famosas juntas en el convento de San Esteban, de Salamanca.

He aquí cómo el P. Coll, en su hermoso libro *Colón y la Rabida*, resume la vida de Colón en los años que mediaron desde 1488 hasta 1491:

«En 1488 pasó Colón á Sevilla, y estando allí recibió carta del rey de Portugal, fecha 20 de Marzo del mismo año, invitándole á pasar á su corte.

Durante el verano del 88 acompañó á SS. AA. en su viaje á Valladolid. En Septiembre ó Octubre del 88 pasó á Portugal, regresando á principios del 89.

El 12 de Mayo de 1489, residiendo los reyes en la ciudad de Córdoba, se expidió á Sevilla y otros lugares la orden de alojarlo gratis en su camino á la corte, á donde se le llamaba paramejor servicio de SS. AA.

En Junio del citado año, según todas las probabilidades, ingresó en el ejército como voluntario para ir á la campaña de Baza, que duró hasta el 4 de Diciembre del propio año.

El 1490, defiriendo por nuestra parte al parecer de varios historiadores, creemos que lo debió pasar nuevamente al lado del duque de Medinaceli.

A principios del 1491 es de suponer que volvería á la corte, provisto de recomendaciones de aquel magnate; pero al ver que el asedio de Granada se prolongaba, abandonó al ejército sitiador, y volvió á la Rabida.»

Todo este período de la vida de Colón, que tan

confuso es para el erudito y para el historiador, para el poeta es su momento más luminoso y fecundo. En su larga peregrinación, en sus inacabables pretensiones, contradicho, humillado, tenido por loco, Colón tuvo que revelar y reveló en aquella extraordinaria lucha, todas las energías y cualidades de su alma. Hasta entonces había merecido el calificativo de aventurero; pero entonces, fijas su voluntad y su inteligencia en un solo objeto, se transformó en apologista de su propia idea, en un verdadero iluminado. Colón se consagró por completo á su empresa; no vivió más que para ella. Por ella lo sufrió todo, siendo un héroe de paciencia, de perseverancia, de astucia fina, de propaganda incansable. Siempre, en todos los momentos, á todos los que encontraba en su camino hablaba de lo mismo, y él no desfallecía nunca; su entusiasmo era superior á todas las pruebas, á todos los desaires, á todas las contradicciones. Tenía argumentos para todos los gustos, razones para todos los caracteres, incentivos para todos los deseos. A los religiosos les decía: «más allá del mar hay millones de almas sin bautizar, millones de hombres que no han oído jamás pronunciar el nombre de Cristo.» A los ambiciosos les presentaba el espectáculo mágico de imperios dilatadísimos sin dueño. A los codiciosos les mostraba los tesoros inagotables de aquellas tierras inexploradas. Y él era á la vez religioso, ambicioso y codicioso; quería al mismo tiempo la salvación para los infieles y la dominación y el oro para los príncipes que lo protegieran, y para sí mismo y para sus hijos. Era un espectáculo verdaderamente raro el que ofrecía Colón al mundo, siendo un pobre y prometiendo tesoros; siendo un aventurero y prometiendo imperios; siendo un hombre vulgar y prometiendo traer á la Iglesia más almas que habíanla traído todos los Apóstoles de que habla la Historia Sagrada. Nada tenía de extraño que lo to-

masen por loco; lo maravilloso es que algunos creyesen en él.

Y creyeron, y cuantos creyeron participan y participarán de su gloria hasta el fin de los siglos. Dos frailes del convento de la Rábida, fray Juan Pérez y fray Antonio de Marchena (1), de los que la posteridad ha hecho un solo fraile apellidado fray Juan Pérez de Marchena; fray Diego de Deza, y más que nadie la reina Isabel, serán en la historia inmortales por haber prestado oídos a las palabras y a las proposiciones del navegante. Sabido es cómo después de quince años de lucha consiguió Colón que los Reyes Católicos le diesen el mando de una flota para ir a descubrir las tierras que ambicionaba. La carta de privilegio de los Reyes Católicos a Colón es un documento que honra por igual a Colón y a España, y que la historia debe conservar. He la aquí:

«D. Fernando y doña Isabel, por la gracia de Dios, Rey y Reina de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Menorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar y de las islas de Canaria, conde y condesa de Barcelona, señores de Vizcaya y de Molina, duques de Atenas y de Neopatria, condes de Rosellón y de Cerdeña, marqueses de Orisón y de Gociano, etc.

Por cuanto vos, Cristóbal Colón, fuisteis de orden nuestra a descubrir y conquistar con algunas cabuelas nuestras y con nuestra gente algunas islas y tierra firme en el mar Oceano, y se espera que con el favor de Dios, y por vuestro medio e industria, se descubrirán y conquistarán algunas de las dichas islas y tierra firme en el dicho mar Oceano, y siendo cosa justa y razonable, que pues os pusisteis a tanto peligro por nuestro real servicio, seais premiado, queriendo honraros y haceros merced por las cosas referidas, es nuestra voluntad que vos, Cristóbal Colón, después que hubierais ganado y conquistado las dichas islas y tierra firme que descubriéreis y conquistáreis, que seais en ellas nuestro almirante, virrey y gobernador, y que en adelante os podáis llamar e intitular *Don Cristóbal Colón*, y vuestros hijos en el dicho cargo, puedan llamarse e intitularse *Don*, almirantes y gobernadores de ellas, y que podáis usar y ejecutar el dicho cargo de almirante, con el expresado oficio de virrey y gobernador de las dichas islas y tierra firme que descubriéreis vos ó vuestros tenientes, y librar todos los pleitos y causas civiles y criminales pertenecientes a dicho empleo de almirante, virrey y gobernador, según viéreis que es de justicia, y según le usan y ejercen los almirantes de nuestros reinos, y podáis castigar los delincuentes, y usareis los dichos oficios de almirante y virrey gobernador vos y vuestros tenientes en todo lo que a dichos oficios y a cada uno de ellos, según los tiene y goza el almirante mayor de nuestros reinos.

Y por esta nuestra carta ó su traslado ó signado de escribano público, mandamos al príncipe don Juan, nuestro muy caro y muy amado hijo, y los infantes, duques, Prelados, marqueses, Grandes Maestres de las Ordenes militares, Priores, comendadores a y los de nuestro Consejo y oidores de nuestra audiencia, jueces y otras justicias cualesquiera que sean de nuestra casa y corte, cancillería, y a los comendadores, castellanos de los castillos y casas fuertes, llanas, y a todas las comunidades, asistentes y gobernadores, jueces, capitanes, oficiales de mar, y a los veinticuatro, jurados escuderos, y otros oficiales de mar y hombres buenos de nuestras tierras, ciudades y lugares de nuestros reinos y estados y de aquellos que vos conquistáreis y ganáreis, y a los capitanes, maestros, contramaestres, oficiales y gentes de mar, nuestros súbditos y naturales que ahora son y en adelante fueren, y a cualquiera de ellos, que siendo por vos descubiertas y ganadas las dichas islas y tierra firme, en el dicho mar Oceano, y hecho por vos ó por la persona que tuviere vuestro poder, el juramento, vos en el tiempo que viviereis y después vuestro hijo sucesor, y de sucesor en sucesor, por siempre jamás seáis y sean nuestro almirante del dicho mar Oceano, virrey y gobernador

de las dichas islas y tierra firme que fueren descubiertas y conquistadas por vos, D. Cristóbal Colón, y usen con vos y con los tenientes que pusiereis en dichos oficios de almirante, virrey y gobernador, todo lo que les perteneciere, y os correspondan y hagan corresponder con todos los derechos y las demás cosas anexas y pertenencias a dichos oficios y os guarden y hagan guardar todos los honores, gracias, libertades, preeminencias, prerrogativas, exenciones, inmunidades y todas las demás cosas y cada una de ellas que por razón de dichos oficios de almirante, virrey y gobernador debéis tener y se os deben guardar en todo cumplidamente de manera que no falte cosa alguna y que no os ponga dificultad alguna en todo lo referido ni parte de ello, ni consentan que se ponga; porque vos, por esta nuestra carta desde ahora para entonces os hacemos gracia de dichos oficios de almirante, virrey y gobernador perpetuamente, para siempre jamás, y os damos la posesión de los referidos oficios y de cada uno de ellos y plena autoridad para usarlos y ejercerlos, llevar los derechos y salarios a ellos y a cada uno de ellos pertenecientes, según queda dicho, sobre todo lo cual si tuviéreis por necesario y lo pidiéreis, mandamos a nuestro canceller, notarios y a los demás oficiales de nuestros sellos, que os den, expidan y sellen nuestra carta de privilegio, la más firme, valedera y ba tante que pidiéreis y hubiereis menester, y ninguno sea osado contravenir a lo referido, pena de nuestra desgracia, de 30 ducados contra cualquiera que contraviniere a ello.

Y asimismo mandamos a los que fueren requeridos con esta nuestra carta, que citen a los que contravinieron que comparezcan en nuestra corte donde a la sazón estuviéremos, dentro de quince días primeros siguientes al de la citación, bajo la dicha pena, y también debajo de ella mandamos a cualquier notario público que fuere llamado para lo referido, que dé testimonio signado con su signo para que nós sepamos cómo se cumple nuestro mandato. Dada en nuestra ciudad de Granada a 30 de Abril del año del nacimiento Señor Jesucristo de 1492.—*Yo el Rey.*—*Yo la Reina.*—Yo, Juan de Coloma, secretario del Rey y de la Reina, Nuestros Señores, la hice escribir por su mandato: Notada en forma, Rodericus, doctor, registrada, Sebastián de Olano, Francisco de Madrid, Canciller.»

Tres naves fueron puestas a disposición del atrevido navegante. Ciento veinte hombres embarcaron en ellas.

Un viernes, 3 de Agosto de 1492, salieron de Palos las tres pequeñas naves que iban a buscar a través de un Oceano desconocido los dominios del Gran Khan, las provincias de Cathay y la gran isla de Zipan-gou, de que hace mención Marco Polo. Cuando los barcos pasaron más allá de las islas Canarias, los tripulantes, a pesar de su decisión, no pudieron menos de llenarse de espanto al entrar en aquel mar formidable, último límite del mundo conocido, y que las tradiciones populares habían llenado de terribles fantasmas; en aquel inmenso desierto, donde, según el vulgo, se alzaban islas engañosas y fantásticas, que hufan delante de los navegantes; y esto, sin contar con la zona tórrida, que al decir de antiguas tradiciones debía asfixiar a los mortales.

El único que iba alegre era Colón, considerando que estaban a punto de realizarse sus proyectos. Diariamente observaba la altura meridiana del sol y la dirección de la brújula, cuidando mucho de anotar todos los fenómenos, y en especial los diferentes aspectos de los astros. Después de haber pasado bastantes días sin ver más que cielo y agua y con un viento que constantemente soplaban de la parte O., aparecieron algunas aves, que reanimaron a los marineros con la esperanza de divisar pronto tierra, porque las creían de una especie que nunca se aleja de la costa mas arriba de unas veinte leguas. Presentóse la mar cubierta de plantas marinas, arrancadas al parecer del fondo ó de algunas islas, y esto corroboró más y más sus esperanzas.

El 18 de Septiembre, Alonso Pinzón, que mandaba el segundo navío, y que iba por delante, vino a decir a Colón que había visto en el Oeste multitud

de aves y que creía haber divisado tierra hacia el Norte. Pretendía ir en su busca; pero Colón, juzgando que se habría equivocado, le ordenó seguir adelante. La sonda no encontraba fondo. Los marineros flaqueaban ya. El día 20 se vieron algunas aves que venían del O. y también hierbas flotantes que devolvieron a todos la confianza.

Pero el día 21, soplando récio el viento del S. O., los marineros se amotinaron, clamando por volver a España. Colón tuvo que desplegar todos los recursos de su génio político para dominar y apaciguar a su gente.

El 25 de Septiembre, al caer la tarde, una voz gritó: «¡Tierra!» Pero no era la tierra, sino nubes arreboladas en el ocaso; la ilusión desvanecida es peor que la esperanza. La tripulación estaba ya casi resuelta a prescindir de su comandante, y regresar a España.

En medio de la inquietud y de la tristeza universales, Colón era el único que conservaba serenidad, pero su misma tranquilidad excitó entre su gente una sublevación más terrible que las anteriores; así es que preveía el instante en que le negarían por completo la obediencia. No llegó, empero, este caso; la Providencia Divina acudió en su socorro;

El 4 de Octubre se multiplicaron extraordinariamente los indicios de tierra, y las aves vinieron volando tan cerca de los barcos, que un marinero mató una de ellas, lo cual hizo que renaciera la esperanza. El día 7, la carabela *Niña*, que iba por delante, creyó ver tierra, e inmediatamente hizo una descarga de artillería y enarboló la bandera. Fué extraordinaria la alegría en toda la escuadra, pero cuanto más avanzaba ésta, tanto menos se realizaba aquella apariencia, y disipando el contento, apoderóse otra vez de los ánimos la más profunda tristeza.

Las señales de tierra se aumentaron el 11 de Octubre. El viento soplaban con bastante desigualdad, y esta circunstancia acabó de convencer a Colón de que muy pronto se iban a cumplir sus deseos. Reuniéronse los tripulantes sobre cubierta, como todos los demás días, para rezar las oraciones de la tarde, y Colón les dijo que diesen muchas gracias a Dios por la que les había concedido conservándoles durante tan larga y penosa navegación, y al mismo tiempo les recomendó que velasen con sumo cuidado en aquella noche, porque sin duda ninguna se descubriría tierra para el día siguiente. Prometió dar un vestido de terciopelo y asignar una pensión de diez mil maravedises en nombre del rey al primero que lo divisase. Y efectivamente, a las dos de la mañana, la *Pinta*, que iba por delante, dió la voz de «¡Tierra!»

Se verificó, pues, este gran suceso del descubrimiento del Nuevo Mundo en la noche del 11 al 12 de Octubre de 1492, después de una navegación de sesenta días.

Todos esperaban con impaciencia la llegada de la aurora.

Cada cual deseaba contemplar aquella tierra por la que tanto tiempo habían suspirado.

En fin, al rayar el alba gozaron del espectáculo de unas montañas y colinas cubiertas de la más lujosa vegetación. Al acercarse vieron un gran número de gente que se acercaba a la costa. Colón, acompañado de los Pinzones, y con el estandarte real en la diestra, entró en una chalupa, y una vez desembarcado arrodillóse con sus compañeros, entonando todos el *Te Deum*, el cántico de gracias que hacía tan poco tiempo que había resonado en el real de Santa Fe. A la isla llamó de San Salvador; entabló relaciones con los indígenas, y levantando luego anclas navegó hacia el Medio día descubriendo sucesivamente las islas Concepción, Fernandina e Isabela. Continuó más hacia el Sur, y pasando por entre las pequeñas islas llamadas las Arenas y Miraporoos, divisaron el 27 de Octubre las costas de Cuba. Allí adquirieron la noticia de que si bien se extraía oro en aquel país, lo había en mayor abundancia en otra región situada al Oriente.

El 5 de Diciembre salió Colón de la punta oriental de Cuba, y llegó en poco tiempo a la costa de Haití, a la que puso el nombre de Española, si bien ha prevalecido el de Santo Domingo. El cacique

(1) Véase el precioso libro del P. Coll, *Colón y la Rábida*.

de esta isla se llamaba Guacanagari, estaba cargadísimo de ornamentos de oro y plata, y dió á entender que estos metales se traían de un país situado más al Este, llamado Cibao.

La escuadra continuó su ruta en dicha dirección; mas en la tarde del 24 de Diciembre la nao de Colón tropezó con unos bancos y se abrió enseguida, teniendo que trasladarse el almirante con todos sus tripulantes á bordo de la *Niña*.

Después, previo el consentimiento del cacique, se construyó un fuerte con los despojos de la embarcación perdida, y quedaron en él, bajo las órdenes de Diego de Arena, 38 hombres, provistos de víveres, mercaderías y cuanto exigía la defensa.

El 4 de Enero de 1493 se dió Colón á la vela, dirigiéndose al Este con objeto de reconocer la costa septentrional de la isla, y encontró en su viaje á la *Pinta*, que antes se había separado, quedando muy satisfecho con las razones que alegó Alonso Pinzón para justificarse de los cargos que se le hicieron por haberse separado de las otras embarcaciones.

Las dos carabelas llegaron después juntas á la costa septentrional de Santo Domingo, donde permanecieron ancladas hasta el 16 de Enero, en cuya fecha tomaron rumbo para España. Muy bonancibles les fué el tiempo al principio de la travesía; mas el 12 de Febrero, hallándose cerca de las islas Azores, se levantó un fuerte temporal; por segunda vez desapareció la *Pinta*, y Colón perdió ya la esperanza de poder salvarse. Su mayor pena era el pensar que su descubrimiento quedase juntamente con él sepultado en el fondo del Océano, y empleó el único medio que le quedaba de poder conservar su memoria. Escribió en dos pergaminos el resumen de su viaje, colocó cada uno de ellos en una barrica embreada, y lanzó enseguida á la mar una de dichas barricas, conservando la otra sobre cubierta, para arrojarla también en el momento del naufragio. Calmóse luego el vendaval, y la *Niña* llegó á las Azores el 15 de Febrero, regresando á Palos un mes después, habiendo verificado el viaje más famoso, y más digno de serlo, que registra la historia moderna. Alonso Pinzón arribó al mismo tiempo á un puerto del Norte, en el que falleció á los pocos días.

La celebridad de Colón fué inmediata al inmortal suceso que se la proporcionó, y grandiosa, inmensa. España entera se puso en pie, puede decirse, para saludar á Colón. Saltan en masa las poblaciones á recibirle. Grandes y pequeños se disputaban el honor de agasajarle. La aristocracia le contó desde luego entre sus miembros más ilustres; el pueblo vió en él un personaje maravilloso; los Reyes recibieronle con pompa magnífica, como á su más insigne súbdito. Muy pronto se puso á sus órdenes una flota de 17 naves, con numerosa tripulación, para que continuase sus descubrimientos.

En este segundo viaje descubrió las islas Dominica, Guadalupe y otras varias. Encontró destruído el fuerte que había fundado en la Española, y muertos á los compañeros de su primer viaje que allí dejara de guarnición. Exploró también las costas meridionales de Cuba, y costeó todo el contorno de la Jamaica.

El 30 de Mayo de 1498 emprendió Colón su tercer viaje, célebre por haber descubierta en él el nuevo continente.

Colón no se portó bien como gobernador de las nacientes colonias. En estos momentos, en que todos nos proponemos honrar su memoria, no hay para qué referir aquellos sucesos que dieron por resultado que Colón volviese á España cautivo. Bobadilla no hizo entonces más que cumplir con su deber. En este punto la investigación erudita ha destrozado por completo la leyenda forjada por los admiradores y devotos del almirante.

Su cuarto y último viaje, si bien señalado por el descubrimiento de la Martinica y de gran parte de la costa de México, fué para Colón motivo de grandes tribulaciones y amarguras. Al regresar á España, la reina Isabel había ya muerto, y Colón no había de hallar en el frío y político Fernando la efusión de afectos, el apoyo incondicional que encontró siempre en la reina, su esposa.

Debilitado por los disgustos y contrariedades, así como por las enfermedades que sufrió, entre otras,

calentura, reuma y oftalmía, según él mismo dice en sus cartas, falleció en Valladolid el día 20 de Mayo de 1506, á la edad de sesenta y ocho á sesenta y nueve años, según dice César Cantú, después de haber recibido los Santos Sacramentos.

Fuó su última enfermedad una nueva, complicada con la gota que padeció desde hacía mucho tiempo, y murió asistido corporal y espiritualmente por los frailes del convento de San Francisco de dicha ciudad.

En la parroquia de Nuestra Señora de la Antigua, á cuya feligresía pertenecía el palacio del almirante, se hicieron á Colón funerales de cuerpo presente, calificados de regios por sus historiadores; y concluidos, fué trasladado el cadáver al convento de los Frailes Franciscos de Valladolid, donde también se le hicieron funerales no menos solemnes.

Concluidos éstos, recibió sepultura eclesiástica en dicho convento en un sepulcro cubierto con una lápida negra con esta inscripción:

«Á CASTILLA Y Á LEÓN
NUEVO MUNDO DIÓ COLÓN.»

Tal es, muy á la ligera, la biografía del inmortal navegante.

Don Fernando Colón, hijo del insigne almirante, dice de su padre que era «hombre de bien formada y más que mediana estatura, de cara larga y de mejillas un poco altas, sin declinar á grueso ni á macilento. Tenía la nariz aguileña y los ojos blancos; el color blanco y encendido. De joven tuvo blondo el cabello, pero así que llegó á treinta años se le puso todo blanco.»

Gonzalo Hernández de Oviedo, que le conoció, describe á Colón como un hombre de «buena estatura é aspecto; más alto que mediano é de rezios miembros; los ojos vivos, é las otras partes del rostro de buena proporción; el cabello mu bermejo, é la cara algo encendida é pecosa.» Gonzalo Hernández de Oviedo (*La Hist. Nat. y General de las Indias*, lib. II, cap. II.)

Cristóbal Colón fué casado dos veces. De la primera ya queda hecha mención más arriba. La segunda tuvo lugar en Córdoba con doña Beatriz Enríquez Arana, naciendo de este matrimonio D. Fernando.

Algunos escritores han supuesto que no hubo tal segundo matrimonio, y que Colón y doña Beatriz vivieron amancebados. El Sr. Carbonero y Sol, en su *Homenaje á Cristóbal Colón*, ha reunido una porción de artículos y estudios en que se demuestra cumplidamente la legitimidad del segundo enlace del almirante, y por lo tanto, la de D. Fernando Colón.

La gloria de Colón es de las pocas que con los siglos aumentan, y que está llamada á ser en los tiempos venideros mucho mayor y más brillante que lo es hoy. Todo el porvenir de América, que es inmenso, es también porvenir para la memoria de Colón. Colón fué un instrumento de la Providencia; pero no, al modo de Atila, para castigar á los hombres, sino para hacerles bien. Dios le mandó al mundo como manda á sus ángeles de paz; no es extraño, por consiguiente, que la gratitud hacía Dios que inspiró á Colón y hacía Colón que se mantuvo constantemente fiel á su vocación, sean universales en la humanidad, y que por lo que se refiere al navegante, haya traspasado alguna vez hasta los límites que á todo sentimiento, por noble que sea, trazan la justicia y el respeto debido á la verdad histórica.

A. SALCEDO.



ALBUM

DE

POESÍAS COLOMBINAS

El motín á bordo

FRAGMENTO DE LA COMEDIA

EL NUEVO MUNDO DESCUBIERTO POR COLÓN

Descóbrese una nao en el teatro, con la gruta que suele hacer una farsa, y en ella Colón y BARTULOMÉ, PINZÓN, ARANA, TERRAZAS, FR. BUYL, mozoje, y MARINEROS.

- ARANA. Arrogante capitán
De aquesta engañada gente,
Que ya por tu causa están
De la muerte más enfrente
Que de la tierra á que van,
¿A dónde por mil millares
De leguas, y de pesares,
Nos llevas muertos mil veces,
A dar sustento á los peces
De tan apartados mares?
¿A dónde esta el nuevo mundo?
Fabricador de embelecios
Y Prometeo segundo,
¿Qué es de los parajes secos?
¿Todo esto, no es mar profundo?
¿Qué es de la tierra no vista?
De tu engañosa conquista
Ya no te pido el tesoro;
Deja los ramos de oro,
Danos una seca arista.
- TERRAZAS. Fingirse dioses quisieron
Muchos en la antigüedad;
Unos la muerte se dieron;
Otros, por mostrar deidad,
En humo se convirtieron.
Tal hubo que hizo tronar,
Y tal que pudo enseñar
Las aves de dos en dos
Que dijese: Este es Dios;
Bien le podéis adorar.
Este, pues, Luzbel segundo,
Como Dios se quiso hacer;
Y mirad en qué me fundo:
Que por mostrar su poder
Quiso formar otro mundo.
Pues quien le quiso igualar,
Y su poder y gobierno
Como aquel ángel tomar,
Ya que no cae al infierno,
Justo es que caiga en la mar.
.....
¿Qué aguardamos? ¡Caiga!
- PINZÓN.
COLÓN. Tente
Y una palabra no más
Me escucha.
- ARANA. Dí diez, dí veinte,
Pero con mil no podrás
De nuevo engañar la gente.
- COLÓN. Si dentro de los tres días
No mostrare tierra nueva,
Que me matéis.
- TERRAZAS. ¿Aún porfías?
- BART. No es el término ó la prueba
tan larga; esperar podrías.
- BUYL. Por Dios os ruego, españoles,
Que tres días esperéis
Ver celajes y arrebotes
De otro horizonte.
- ARANA. Y diréis
Que esperemos nuevos soles.
- BUYL. Esto se ha de hacer por mí.
- ARANA. Ahora bien... pues quedé ansí.
- TERRAZAS. Buen levante.
- COLÓN. Iza esa entena:
Dad á la bomba carena...
(Levantando los ojos al cielo).
¡Señor, acordaos de mí!

FR. LÓPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.



CASA EN QUE HABITÓ COLÓN EN SANTO DOMINGO

A la puerta de la Rábida.

I

A media legua de Palos,
Sobre una mansa colina,
Que dominando los mares
Está de pinos vestida,
De la Rábida el convento,
Fundación de orden francisca,
Descuella desierto, solo,
Desmantelado, en ruinas,
No por la mano del tiempo,
Aunque es obra muy antigua,
Sino por la infame mano
De revueltas y codicias,
Que á la nación envilecen
Y al pueblo desmoralizan,
Destruyendo sus blasones,
Robándole sus doctrinas.
De este olvidado convento
Ante la portada misma,
En la llana plataforma,
Sitio de admirable vista,
Una mañana de Marzo,
Mientras que solemne misa
En la iglesia se cantaba
Y escaso concurso oía,
«Cuatrocientos años» hace,
Para gloria de Castilla,
Apareció un extranjero
De presencia extraña y digna.
.....
Con el cariño de padre,
De la mano conducía
Un cansado y tierno niño
De belleza peregrina.
Este extraño personaje
Con esta criatura linda,
Taciturno paseaba
Con facha contemplativa.
Ora por el mar de Atlante,

Que rizaba fresca brisa,
Como buscando una senda
Giraba ansioso la vista,
Ora allá en el horizonte
De occidente la punta,
Cual si algún objeto viera,
Inmóvil, clavada, fija.
Y ya al cielo una mirada
De entusiasmo y de fe viva
Daba, animando su rostro
Una inspirada sonrisa;
Y ya de pronto inclinando
La frente á tierra, teñían
Melancólicos colores
Sus deslustradas mejillas.
De sus hondos pensamientos
Y de su inquietud continua,
Sacóle la voz del niño,
Que pan y agua le pedía;
Pues en cuanto oyó su acento
Y vió su aflicción, se inclina,
Tierno le toma en los brazos,
Le consuela, le acaricia,
Y diligente se acerca
A la abierta portería
A demandar el socorro
Que aquel ángel necesita.

II

El Guardián varias preguntas
Hace al extranjero acerca
De su patria, de su estado
Y del arte que profesa.
Que es genovés y viudo
Atento el huésped contesta;
Que es navegar su ejercicio
Y de piloto su ciencia.
Y así como una vasija
que está rebosante y llena
De un líquido, algo derrama
A muy poco que la muevan,
Dió indicios claros, patentes,
En sus fáciles respuestas,

De aquel grande pensamiento,
Portentoso, que le alienta,
Que exclusivo su alma absorbe,
Que es la sangre de sus venas,
Que es el aire que respira,
Que es ya toda su existencia,
Y que causó los extremos
Que delante de la iglesia,
El mar contemplando, hizo,
Como referidos quedan.
Que el Occidente escondía,
Dijo, riquísimas tierras;
Que era el ancho mar de Atlante
De la gran Tartaria senda,
Y que dar la vuelta al mundo
No era difícil empresa;
Con otras raras especies
Tan inauditas, tan nuevas,
Que, al escucharle, pasmado
Fray Juan Pérez de Marchena
(Aunque á osados mareantes
Hablaba con gran frecuencia,
Por haber muchos en Palos,
Y aunque sabe las proezas
Y raros descubrimientos
De las naves portuguesas),
No acierta si está escuchando
A un orate ó á un profeta,
Si es un ángel ó un demonio
El hombre que está en su celda.
.....
De aquel ente extraordinario
Crece la sabia elocuencia
Notando que es comprendido,
Y de entusiasmo se llena,
Se agranda, brillan sus ojos
Cual rutilantes estrellas,
Brotan sus labios un río
De científicas ideas;
No es ya un mortal, es un ángel,
De Dios un nuncio en la tierra,
Un refulgente destello
De la sabia Omnipotencia.

Y el fraile, al cabo, prorrumpe:
 »De España la gloria sea:
 No busquéis lejanos reinos
 Cuando el mejor se os presenta,
 »Y el que sediento de gloria
 Más imposibles anhela.
 Corred, buscad el apoyo
 De la castellana reina,
 »De doña Isabel invicta,
 Que es la más grande princesa
 Que han admirado los siglos
 Y que ha ceñido diadema.»

EL DUQUE DE RIVAS.

(*Romances históricos.*)

Salida de Palos.

I

Ese es Palos.—Callad.—No oigan que aprisa
 Tres buques zarpan que la noche vela.
 —Es viernes.—Dan las tres.—Sopla la brisa,
 Y la más torpe de las naves vuela.
 Ya más allá de Saltes se divisa
 Una... dos... la tercera carabela.
 ¿Que quiénes son?—Dejad que hasta más tarde
 Yo, cual las sombras, el secreto guarde.

II

Año noventa y dos.—Arrecia el viento!—
 Tres de agosto.—Es de noche todavía.—
 Siglo quince.—¡La brisa va en aumento!
 Gran siglo! ¡Año feliz! ¡Glorioso día!
 Sigue la flota en blando movimiento
 Del mar de Atlante la ignorada vía.
 —¿Que adónde van?—Dejad que el sol lo cuente
 Cuando os muestre su luz por el Oriente.

III

¡Tal marcha, vive Dios, parece hufdal
 Menos llanto, mejor, menos estruendo:
 Como en Palos ignoran su partida,
 ¡Cuánta lágrima el sol verá en saliendo!
 ¡Buen navegar! De la primer corrida
 Ya la zona visual van trasponiendo...
 —¿Que quiénes son?—Nadie su nombre ha oído.
 —¿Que adónde van?—A donde nadie ha ido.

IV

Canta un ave.—Se extinguen los luceros.
 ¡Bien! Ya los buques ilumina el día:
 Pinta y Niña se llaman los primeros,
 Y el que marcha detrás Santa María.
 Ya los véis quiénes son: aventureros:
 Un tal Colón se llama el que los guía.
 —¿Que adónde va?—No sé.—¿Quién es?—Tampoco.
 Unos dicen que un sabio, otros que un loco.

V

¡Loco! También cuando una inmensa idea
 Lanza á Alejandro al Asia victorioso,
 Por loco el orbe su proyecto afea,
 Y al orbe todo sometió glorioso.
 Tal vez Colón, como Alejandro, sea
 Más que Hannón y Nearco valeroso.
 —¿Os espantáis?—Yo en vuestro espanto abundo:
 Marcha á borrar los límites del mundo.

VI

¿Vamos con ellos?—Sí; dejad el puerto;
 Aquel que ame la gloria, que me siga.
 —¿Que es largo el viaje?—Un poco largo, es cierto;
 ¡Pero sopla la brisa tan amigal...
 ¡Ved cuál corren con ellos de concierto,
 Sin vaivén, sin esfuerzo, sin fatiga,
 El sol que luce, el mar que se despliega,
 El viento que anda, el buque que navegal

VII

Vamos, pues. ¡Son valientes compañeros!
 Junto á Rodrigo Sánchez, que está enfrente,
 Los tres prácticos lucen más certeros,
 El buen Niño, Roldán, Ruís el valiente.
 Van soldados, grumetes, marineros;



CRISTÓBAL COLÓN

Pedro Gutiérrez... ¡todo brava gentel
 Son ciento y veinte entre almirante y tropa;
 ¡Ay! ¿Cuántos de ellos volverán á Europa?...

VIII

Van los Pinsones, gente veterana,
 Que uno la Niña, otro la Pinta guía;
 Rodrigo de Escobedo, Alonso, Arana.
 ¿No os lo dije? ¡Excelente compañía!
 Va allí también Rodrigo de Triana,
 Cuya historia de amor sabréis un día;
 ¿Cuándo no fué, para nuestra alma, amena
 Una historia de amor, aun siendo ajena?

IX

Con un Jiménez de fatal agüero
 Los Porras ved, que casi los maldigo;
 El día diez de Octubre venidero
 Conocerá el lector por qué lo digo.
 —Continuamos del sol el derrotero
 Con una dicha sin igual...—Prosigo:
 —¿Sabéis ese quién es?—No.—Yo tampoco:
 Ese es el sabio; esto es, ese es el loco.

X

Dulce es su faz, ¿no es cierto? aunque es severa
 Majestuosa actitud; ropa sencilla;
 Tez blanca. Entre su rubia cabellera
 Ya la corona de los años brilla.
 La vista clara, viva y altanera;
 Largo el rostro, saliente la mejilla.
 Convence ó encanta cuando mueve el labio.
 Tal es el loco, ó, si queréis, el sabio.

XI

¡Santo Dios! ¡Ya en el aire se evapera
 La amada España, de recuerdos llena!
 La patria, siempre ingrata, ¡cómo ahora
 Parece, cual ninguna, hermosa y buena!
 ¡Ya no se ve!—¿Y hay quien por eso llora?
 ¡Voto al llanto sin fe! No os cause pena
 El que uno ú otro, con dolor profundo,
 Diga en su corazón: «¡Ay, adiós mundo!»

XII

¡Muy justo adiós! Un mar tan solitario
 En cuantos pechos hay hiela el denuedo;
 ¡Parece que en su fondo, tumultuario,
 Retumba el huracán, quedo... muy quedo!...
 Casi tenéis razón; ¡es necesario
 Ser muy audaz para mirar sin miedo
 El sepulcro á los pies, encima ambiente,
 Pena en el corazón, y nada enfrente!

XIII

¿Qué hace, en tanto, Colón? Un libro abriendo
 —«¡EN EL NOMBRE DE DIOS!» traza su mano.
 Buen principio! A ese nombre, ya comprendo
 Que doblegue su furia el Oceano.
 Y yo, que el curso proseguir pretendo
 De un varón tan valiente y tan cristiano,
 Cantando audaz mi musa su grandeza,
 DE DIOS EN NOMBRE, cual Colón, empieza.

XIV

¡EN EL NOMBRE DE DIOS! canto la gloria
 De un nauta osado, inteligente y pío,
 Que de los sabios nubla la memoria,

Que de los heroes obscurece el brío.
¡Nauta feliz, que eclipsará en la historia
Todo el valor, la ciencia y poderío
Que en seis mil años, con jactancia vana,
Fastuosa acumuló la especie humanal

XV

¡EN EL NOMBRE DE DIOS! canto al que osado
Aventó con su soplo omnipotente
El palacio de sombras encantado
Donde dormía el sol en Occidente.
¡Canto al que el ansia hidrópica ha saciado
Del codicioso y viejo continente,
Dando á su afán, en perennal tesoro,
Sobre islas de coral montañas de orol

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

(Del poema *Céleste*.)

CONCLUSIÓN DE LA ATLANTIDA

Dio fin el buen anciano á aquella historia,
Y cual durmiendo el sueño de la gloria,
Nada responde el hijo de la mar,
Es que envuelto en las nieblas del misterio
Entre arrebol y luz de otro hemisferio
Siente un mundo en su mente navegar.

Detrás del continente sepultado
La virgen de su amor ha vislumbrado
Cual tras un puente la ciudad gentil,
Cual detrás de ese cielo, otros más bellos,
Cual el trono de Dios, tras los destellos
De luminas y de estrellas mil.

Vuelto al sol, que entre niebla purpurina,
Como huyendo el ser visto, ya declina,
Los brazos alza y grita:—Astro inmortal,
Aguarda; el curso rápido modera,
Que anhelo, yendo en pos de tu carrera,
¡Fiat! decir al caos occidental.

Y en éxtasis exclama: Coronada
De astros gira la tierra; á la alborada
El muerto sol veremos renacer;
Si su carro de luz, que el orbe dora,
No alumbra otro país hasta la aurora,
¿Que va, decidme, en Occidente á hacer?

La mar, que á vuestros piés dormita y sueña,
¿No os trae de ignotas playas la halagüeña
Música? ¿No os arastra, embriagador,
Su perfume y suspiros de sirena,
Que busca de otros brazos la cadena,
Sintiendo herido el corazón de amor?

El sabio entonces con solemne acento
Expone la verdad, que en carcomiento
Pergamino entre mitos espigó,
De Plinio y Estrabón brillantes plagios
Hace, y aduce sueños y presagios
Que en los libros de Séneca encontró.

Cuenta que vió entre rocas, cual marinos
Despojos, troncos de gigantes pinos,
De forma extraña, nueva y singular,
Y haber las turbias olas arrastrado
Cadáveres de rostro bronceado
Que revelan secretos de la mar.

Y abrazándole dice: ¿Tú vendrás
Tal vez á unir, paloma de Isafas,
Los extremos del orbe cual mantel?
Vé, enviado de Dios; quien por libarte
Del mar, te diera un leño, sabrá darte
Naves para sacar un mundo de él.

—Las tendré, dice él; mi planta osada,
Para alcanzar la perla más preciada
De Neptuno, los mares cruzará.
¡Despierta, humanidad! Mira á tu Eva,
Que del florido tálamo se eleva;
¡Vuela hacia ella, Adán del orbe, ya!

Y cual astro impulsado por diuina
Mano, á Génova hermosa se encamina,
A quien del nuevo Edén las llaves trae;
Mas ella, nao sin mástil, no se atreve
A izar su vela al aura que la eleva
A más altura que de donde cae.

Abandonando á Génova, convierte
Los ojos á Venecia, que aún es fuerte
Para un mundo en sus hombros sostener;
Mas avezada al ruido de la guerra,
Oye el designio de ensanchar la tierra
Cual lengua que no puede comprender.

¡Ay! de su Dux no es ya la mar esposa,
Que de mano más pura y más hermosa
El anillo nupcial recibirá.
—A Iberia vuelvo—el genovés exclama,
Y entra en Lisboa, cuando á Libia Gama
Para ceñirla se encamina ya.

A Juan Segundo acude, mas su gloria
Este usurparle quiere; é ilusoria
Viendo el marino su esperanza allí,
De sus ensueños por el cielo vuela
En busca de una estrella, y, ¡oh, Isabela,
Reina inmortal de España, te halla á tí!

Sola pesaste tú su empresa osada,
Mediste la extensión de su mirada;
Y en tu rostro la luz del suyo él ve,
Cuando exclama á tus plantas: ¡Gran señora,
Dadme naves, si os place, y á su hora
Con un mundo á remolque las traeré!

SUEÑO DE ISABEL

Ella la mano hacia la sién llevando,
Cual ángel sonriente,

Vuelve los dulces ojos á Fernando
Y dice gentilmente:

«Blanca paloma al clarear la aurora
Sofando divisé;

¡Ay! sueña aún el corazón ahora
Que el sueño verdad fué.

Sofaba que ante mí la Alhambra abría
Su seno, nido hermoso

De perlas y moriscas armonía,
Bajo cielo radioso.

Volando las huries suspiraban
Fuera del bello harem,

Cuando en él los cantares escuchaban
De ángeles del Edén.

Bordaba yo, del mármol imitando,
Manto de rica seda,

Cuando contemplo un pájaro triscando
En la verde arboleda.

Saltando al musgo me saluda el ave
Con trino lisonjero;

Era dulce su voz, dulce y suave
Cual la flor del romero.

La ví yo, por su canto embelesada,
Coger mi anillo de oro,

Mi anillo sin igual de desposada,
Joya del arte moro.

—Pájaro de alas blancas, por quien amo,
Le dije, yo te pido

No pierdas al saltar de ramo en ramo
Mi tesoro querido.

Tiende al aire las alas rutilantes,
Siguióle el pecho ansioso;

¡Ay! mi anillito, el de los cien cambiantes,
Nunca fué tan hermoso.

Tierra afuera le sigo, tierra afuera
Hasta el linde del mar;

Cuando estuve del mar en la ribera,
¡Ay! sentéme á llorar.

De vista le perdí; ¡cuál despedía
Torrentes de luz bella!

Cual la que al alba al ocultarse envía
La matutina estrella.

Cuando dejó en las ondas ponentinas
El anillo caer,

Ví, cual grupos de sílfides y ondinas,
Islas en flor nacer.

Cual verdes esmeraldas, sus confines
Al sol resplandecían;

Breve cielo que hicieran serafines
Las islas parecían.

Él, guirnáldá tejendo, al par entona
Cánticos de alborozo.

Cuando con ella humilde me corona
Ya me despierta el gozo.

Esa hermosa paloma es la que vemos
Mensajera de Dios,

Caro esposo, y la India encontraremos
Siguiendo de ella en pos.

He aquí, Colón, mis joyas; naves ellas
Aladas ya te den;

Que yo con lirios y violetas bellas
Adornaré mi sién.»

Dice; anillos y arracadas
Caen de sus manos nevadas

Cual perlas de un cielo, y él
Ríe y llora de alegría;

Y en acordada armonía,
Perlas de mayor valía

Ve en los ojos de Isabel.

Entra en la Alhambra el sol; la sala dora
Que topacio, zafir y oro decora;
Y cuando con fantástico fulgor
En refracción deshecho el aire tiste,
Aureola de gloria á los tres ciste,
Sombra de los electos del Señor.

Halla Colón navíos, y animoso
Afrontando el Océano *tenebroso*,

Loco el vulgo le llama. ¡Loco! y es,
¡Oh humanidad! el genio que te guía

Al prometido suelo, cual un día
Por entre el Rojo mar te guió Moisés.

Desde alta cumbre el sabio lo ve, y siente
Vibrar, cual lira, el pecho; sonriente

De España al Ángel ve que cubrió ayer
Con áureas alas las comarcas bellas

De Granada, extenderlas y con ellas
Su manto el orbe dilatado hacer.

Ve alzarse al lado del hispano imperio
La Santa Cruz en un nuevo hemisferio,

Y el orbe hermosas flores producir.
Y encarnándose en el celeste ciencia,

Dice á quien se sublima en su presencia:
Vuela Colón... ya puedo yo morir!

JACINTO VERDAGUER.

Traducción de

FRANCISCO DÍAZ CARMONA.

In Cololum Novæ Indiæ

REPERTOREM

ODE

¡Ergo supurbas Oceani fores
non ultus ansit navita frangere
laturus ignoto levamen
et decus auxiliūque mundo?
Illic sed atris India sæculis,
veclusa ponto dissociabili,
gentes alebat que minacem
more feram simulare nōrant.
Regnabat illic jure licentia;
necdum Pudoris legibus, aut sacro
virtutis exemplo, aut honoris
imperio premebatur exlex.
Quæcum que vellet, criminis inscīa,
tentabat audax vis; populi salus
tantum voluptati parebat;
et sibi cuncta licere victor
Jactans venusto sanguine virginum
fiedabat aras, templaque stipite
constructa; fiedas hostiumque
dente vorax epulas petebat.
Non veste corpus nubilis aureā
virgo tegebat: non puer aut senex
quidquam valebant tyrannis
vim subito sequebatur ingens.
Nil solis illic lumina proderant.
nil dives auro terra, ubi servitus
exosa crescentem dolorem
luctibus et lacrymis colebat.
Ehen! supremo ponere quis modum
tandem labori, quis lacrymis queat?
Hoc munus excelsum, Colombe,
te manet Hesperieque natos.
Frustrā juvamen regibus expetis,
frustraque muros circumis urbium;
hispana solum te tuamque
gens poterit refovere mentem.
Hispana conjux regis Elisabet,



DESCANSO DE UNA CARAVANA EN MÉXICO

dum bella mauros in libycos gerit,
te suscipit gaudens fovetque
sponte suis spoliata geminis.
Traditque naves, quò mare, fervidis
præbens Iberùm prectoribus viam,
non amplius fines secreti
visceribus retineret orbis.
Te Pinzo doctus ducere carbasa,
fortes sequuntur te socii, quibus
exorta tempestas securam
duplicat artem animique vires.
Sic irrepertam tenditis Indiam,
almæ ferentes præsidium Crucis:
sic nocte fulgebit repulsâ
lumine sol meliore mundo.
Verùm recussat pondera navium
subferre vastis Oceanus fretis,
et concitat ventos, vocatque
voce graves reboante nimbos.
Obscura tortis æquoribus ruit
nox, et fugaci fulmina tum pede
splendent; viros navesque ruptis
fluminibus minitantur undæ.
Tum Pinzo clamat robore fortior:
Hispana nunquam pectora concidunt;
ignotus est nobis, Colombe,
te duce, comperendus orbis!
Qua voce fractis Oceani minis,
surgit renidens fluctibus insula;
nautisque post tantos labores
dona recens America præbet.
Gratesque flexo poplite tum Deo
reddit Columbus, gentibus et novi
mundi repertis dat supremum
auxilium patriamve Iberam.
Fulgente demum lumine jam Crucis
commota rumpit vincula servitus:
dulcissimas leges amoris
accipiunt populi redempti...
Salvete, fratres! Non odii furor
nos inter adsit; fratribus integra
fratres mari victo remotos
oscula tempus in omne jungant!

JACOBUS MARTÍ BESTARD,
Præsh. (1)

(1) Á continuación ofrecemos la traducción en prosa castellana de
la anterior poesía.

A COLÓN, DESCUBRIDOR DE LA NUEVA INDIA

¿Y no habrá navegantes que, forzando las orgu-
llosas puertas del Océano, socorra y honre y auxi-
lie al mundo todavía desconocido?
Allí, durante negros siglos, poblaban la India,

Carta que escribe Colón el Almirante á un su amigo afectuoso conferenciante.

A vos el opusculo cumplido garzón,
amandovos grato la peñola mía.
.....
Moxariv.

A vos, don Cesáreo, cumplido garzón,
magüer que amistanza odies siendo mía,
vos fago omildoso la mi cortesia
con metros polidos vulgares en son:
Ca non me ha ofendido el vuestro sermon
que en ese Ateneo de los sabidores,
fablasteis ha poco, diciendo loores
del mi compañero el grande Pinzon.
Desde este mi regno, la peñola mía
empañó yo agora, pues yazgo en tristura
callando más tiempo la mi impostura,

cercada por un mar infranqueable, gentes que en
las costumbres no se diferenciaban de las horri-
bles fieras.

Allí reinaba por derecho la licencia, sin que, des-
enfrenada, la regulasen ni las leyes del pudor, ni los
ejemplos de sagrada virtud, ni las exigencias de la
honra.

Sin curarse de responsabilidad alguna, satisfacía
la osada fuerza todos los caprichos; al placer de uno
subordinábase la salud de los pueblos; y haciendo
gala de que todo le era lícito,

El vencedor manchaba con sangre de hermosas
doncellas los altares y templos, cubiertos de paja, y
se moría por saciar instintos brutales, devorando á
sus enemigos.

Aún no velaba con pudorosa túnica sus encantos
la virgen pudorosa, ni merecía consideraciones la
debilidad de los niños y de los ancianos; la mayor
tiranía era el resultado sbito de la fuerza.

¿De qué habían de aprovechar los esplendores
del sol y los tesoros de una tierra donde la odiosa
esclavitud fomentaba un dolor creciente con penas
y lágrimas?

¡Ay! ¿Quién acertará á poner un término á tan su-
premos trabajos y desventuras? Guardada tenía el
cielo tan heroica empresa para ti, joh Colón! y para
los hijos de España.

En vano solicitas ayuda de otros reyes; en vano
corres de ciudad en ciudad; que solamente la na-
ción española es capaz de comprenderte y apasio-
narse por tu idea.

No importa que Isabel, esposa del rey español,
ande ocupada en guerras contra los moros; ella te
recibe con amabilidad, y despojándose voluntaria-
mente de sus galas, accede á tu petición.

Naos te proporciona, para que marinos esfuer-
zados de Iberia se abran camino por en medio del

é nunca descanso, ni noche nin día.
Escúcheme atenta la su señoría,
é dígalo luego con alto pregon:
¡Magüer que se acuite la pérdida Albion,
que España recabde su prez é valía!
«Ni América existe, ni nunca ha existido»,
son voces que corren los homes parleros,
muy poco sesudos é non caballeros.
¡Los nobles Pinzones é yo hemos mentido!
Son torpes é sandios si en mí han creído
Mendoza é Marchena, igual que su alteza
Fernando, Isabel é fray Diego de Deza.
¡Tenedes la gloria de haber descobrido
mi poca valía! Nin yo fice nada,
cual vos ya fablasteis, nin fui mareante,
nin vi yo las Indias, nin fui navegante,
nin debe mi vida jamás ser loada.
Fabladlo azañoso, con voz tan sonada
que vuesa tizona derrumbe la historia,
é caiga con ella la mi falsa gloria,
ca así nuesa España será más honrada.

mar y arranquen de sus entrañas el secreto de los
confines del mundo.

Unese á ti Pinzón, amaestrado en el gobierno de
las carabelas, y te siguen otros compañeros, cuya
industria y cuyo esfuerzo varonil se acrecientan al
rugir de las tempestades.

Así dirigiés el rumbo hácia la India, no explorada,
llevando por escudo la Cruz; así, dispadas las tinie-
blas con más vivo resplandor, brillará el sol para el
mundo.

Pero rehusa el Océano sostener la pesadumbre
de las naves en sus anchurosos dominios, y concita
los vientos y llama con rugidora voz á los funestos
torbellinos.

La oscura noche envuelve con su negro manto
la superficie de los mares; brillan momentáneamen-
te los relámpagos, y cual ríos desbocados, las ondas
se precipitan sobre las carabelas y sus tripulantes.

Entonces levanta su voz Pinzón, impávido como
una roca, y dice: No se hizo el desmayo para los
pechos españoles; nosotros joh Colón! guiados por
ti, somos los que descubriremos el nuevo mundo.

Al oír voz semejante, dió por inútiles sus amena-
zas el Océano, y asomó por entre las olas una isla,
y en recompensa de tantas fatigas ofreció sus dones
á los navegantes la virgen América.

Rinde gracias á Dios Colón puesto de rodillas;
ofrece á las gentes del nuevo Continente el auxilio
suspirado, y les da á España por patria.

No tardan en romperse las cadenas de la servi-
dumbre, calcinadas por los rayos de la Cruz; y se
adoptan por aquellos pueblos redimidos las suavísi-
mas leyes del amor.

¡Salud, oh hermanos! ¡Desaparezca de entre nos-
otros el odio! ¡Una para siempre un cordial abrazo
á los hermanos que separa un mar ya uncido al yu-
go de nuestra victoria!



PAISAJE AMERICANO

Que non fagan fiestas omilde vos pido,
Lograd que non fablen los homes de mí
nin guarden membranza de como existí;
ca desta mi falta, fuf ya bien punido,
é si vuestas fablas no lo han empescido,
retóricas temo de los trovadores,
é ser atristado, con los sinsabores
que un tal Jovellanos no ha mucho ha sofrido.
¡Libradme de trobas é himnos sin son!
Catad, que lograrlo es cosa sencilla
si vais por España é la su Castilla
cantando muy alto el vuestro sermon.
Concluyo, é vos pido omilde perdon
por estos mis versos. Sabedes de fijo,
non fué literato, Vidart ya lo dijo,
el vuestro criado,

CRISTÓBAL COLÓN.

Por la copia, conforme con el original, existente en el Archivo de Indias,

J. DE GAYANGOS.

COLÓN

(Poema.)

CANTO CUARTO

Eran diez días en la mar pasados:
Los nautas, animosos
Por continuas promesas alentados,
El horizonte al explorar ansiosos
Esperan ver surgir maravillosos
Mil mundos encantados.
Por favorables vientos impelida,
La flotilla devora la distancia
Dejando atrás las leguas sin medida;
Y cuando acaso á flaquear empieza
La audaz tripulación en su constancia,
Tantas veces probada y desmentida;
Mientras Colón, prudente y generoso,
Del tímido sostiene la flaqueza
Y estimula el ardor del ambicioso,
Comienzan á llegar halagadoras,
Con júbilo ruidoso saludadas,
Las benditas señales precursoras
Del codiciado suelo
Do les espera la fortuna amiga
Que ha de colmar su anhelo,
Dando fin al terror y á la fatiga
Del fantástico viaje entre agua y cielo:
Ora es un mástil de perdida nave
Que antes que ellos surcó las mismas ondas,
Ora es el vuelo y el cantar de un ave
De las que hacen su nido entre las frondas;
Ora las nubes, que al morir el día

Con variados cambiantes y reflejos,
Si no es sueño de loca fantasía,
Fingen una ciudad allá á lo lejos;
Una vez es Roldán, el que atrevido
Trepando hasta las gavias diligente,
Pregona á grito herido:
—¡Tierra! ¡tierra á la parte de Occidente!—
Lo oye temblando de emoción la gente
Sin pararse á pensar cuán fácil sea
Con los ojos del cuerpo ver patente
Lo que el inquieto corazón desea;
En confuso tropel, arrebata
Se empuja, se amontona, se codea,
Hasta verse en el palo encaramada;
Pero al llegar al alto masteiero
Todos gritan á un tiempo:—¡Se ha perdido!—
—¡Sombra fué!—¡Fué verdad!— ¡Fué el aire vano!—
—¡Ilusión caprichosa del sentido!—
—¡Sí! ¡No hay duda, allí está!— ¡No!—¡Se ha sumido!—
—¡Tragóscela el hidrópico Oceano!—
Pasa la noche; y al nacer la aurora
Nueva ficción sus ánimos engaña;
Ahora es Martín Pinzón quien vocifera:
—¡Tierra! ¡tierra al Sudoeste! ¡viva España!—
Todos vuelven á ver lo que no existe;
Y la *Niña*, por ser la más velera,
Se adelanta á explorar, hasta que triste,
Matando el gozo de la escuadra entera,
Que mal la nueva decepción resiste,
Exclama el capitán:—¡Qué otra quimera!—

Y así, entre la ilusión y el desaliento
Deslizándose van los tardos días,
Sin que aparezca el mágico portento
Cantado en las brillantes profecías
Del sabio genovés; la gente ruda,
A quien la ciencia de Colón no escuda,
Como á remolque por el mar avanza
Presa de inexplicable abatimiento,
Al ver que apenas nace una esperanza,
La realidad la sorbe en lontananza
Como las nubes que arrebató el viento.
Y vuelve hacia la patria el pensamiento,
Agobiado y vencido por la duda,
Sin que haya abrumador presentimiento
Ni idea ruin que por su mal no acuda
Á aumentar los dolores del momento.
Y como gente al fin de baja estofa,
Que sólo en busca del botín se lanza,
Al par que llora la ilusión perdida,
Del Almirante impúdica se mofa;
Y teniendo sus cálculos en poco,
Juzga los planes, que á entender no alcanza,
Vanos delirios de cerebro loco.
Y entre los más osados,

Ó los de ánimo acaso más cobarde,
Que en solapada rebelión se agitan,
Al declinar una tranquila tarde,
En sesión tenebrosa congregados,
Los inicuos proyectos que meditan
Vanse exponiendo con traidor alarde:
Quién propone seguir al Occidente
Por tres días aún, y si el abismo
No rasga en ese plazo los misterios
Que oculta en sus entrañas tenazmente,
Premiando de la flota el heroísmo
Con vastos y magníficos imperios,
Desistir de la empresa cuerdamente;
Quién juzga más prudente
Tomar sin dilación rumbo contrario
Y devolverse á los perdidos lares,
Que seguir por más tiempo á un visionario
Por los desiertos de infinitos mares;
Y hasta hay alguno que propone alevé
Que si Colón á resistir se atreve
Soñando en su proyecto maldecido,
Se le arroje á las aguas sin rodeos,
Por que se hundan con él sus devaneos.

Lo oyó Colón, y sin perder la calma,
Perdonando magnánimo la afrenta,
Como quien tiene revestida el alma
Del valor que á los mártires alienta,
Con semblante tranquilo, aunque severo,
Y autoridad afable, aunque imponente,
Mirando al miserable aventurero
Le dijo señalando hacia el Poniente:
—Nuestro mundo está allí. Dentro de poco
Saludaréis la realidad dichosa
Que casi, casi con las manos toco;
Nuestra empresa será la más gloriosa
Que guardarán del mundo los anales;
Pequeño espacio por salvar nos queda;
Algunos días más, y no hay quien pueda
Eclipsar vuestros nombres inmortales.
Lo más hemos andado sin tropiezo,
Y mengua mía y de Castilla fuera
Que cuando realizado á ver empiezo
El sueño de cro de mi vida entera,
Por mezquino terror amedrentado,
De ese mundo al dintel retrocediera
Antes que vuelva de baldón cubierto
A pisar yo las playas españolas,
En este mar desierto,
Golfo de sombras por mi mano abierto,
Tumba ignorada me darán las olas.
¡Seguireis hasta el fin! Y al que se asombre
De decisión tamaña,
No merece volver á ver á España
Ni entre los nuestros escribir su nombre.



TORRE DEL HOMENAJE EN SANTO DOMINGO, EN QUE ESTUVO PRESO CRISTÓBAL COLÓN

Desistan de su afán los que, cobardes,
La gloria al despreciar que no comprenden,
Con traidores amaños y cautelas
Volver á España sin honor pretenden.
¡Antes al fondo de la mar descenden
Que dar un paso atrás mis carabelas!—

Así habló el Almirante;
Alzó después la veneranda frente,
Brilló transfigurado su semblante,
Y mostrando su altivo continente
Irguióse sobre el buque, semejante
Al genio de los mares de Occidente.
Ante la majestad de su talante
Y de su voz solemne é imperiosa,
Sintióse confundida y desarmada
La turba sediciosa,
Sin que hubiera uno solo que al oírle
Arrostrase de frente su mirada
Ni pensara siquiera resistirle.
Tornaron á sus sueños tentadores
De gloria y prepotencia
Los que habían perdido la esperanza,
Vismbrando la próxima mudanza
Que en horas de placer y de opulencia
Ha de trocar la lengua malandanza;
Otros, tal vez más fríos y obstinados,
Sin fiar de Colón en la promesa
Ni esperar halagüeños resultados
De la que juzgan temeraria empresa,
De su villana acción arrepentidos
Doblan la innoble faz avergonzados;
Y todos confundidos,
Por el poder del genio subyugados,
Admiran la piedad que los perdona
Y ante Colón desfilan silenciosos,
Dejándole por triunfo y por corona

El ver cómo, cediendo á su prestigio,
La traición que en sus redes le aprisiona
Se arruina y pasa sin dejar vestigio...

Ocultando sus últimos fulgores
La tarde en el ocaso descendía,
Y apagando los juegos de colores
De la sombra y la luz crepusculares,
Como cendal que el céfiro teja,
Sobre los anchos mares
Melancólica noche se tendía.
Triste y solo Colón con sus pesares
Al castillo de popa retirado,
Recuerda los sucesos de aquel día,
Y está su rostro, al parecer, nublado
Y su mirada vagarosa y fría;
Tal vez siente su espíritu cansado
De luchar con los hombres y el destino;
Pues aunque juzga su ánimo exaltado
Por impulso divino
A aquella empresa colosal lanzado,
Hombre es mortal, y la feroz batalla
Con que el mundo mezquino
A intervalos sus fuerzas avasalla,
Aun siendo su firmeza incommovible,
Cuando la furia en su redor estalla,
Lo que tiene de Adán le hace vencible.
Son tantos los embates que ha sufrido,
Y tan largo y penoso aquel calvario
Que con pesada cruz ha recorrido
Doliente, escarnecido y solitario,
Que en sola su ascensión ha encanecido...
—¡Señor! Tú me has llamado,
Dijo, elevando su mirada al cielo.
Héme aquí, que en tus manos me abandono;
A extender tu Evangelio consagrado,
Las gradas del cadalso ó las del trono

Me han de ver en tu auxilio confiado.
¿Qué importa que en mi daño se conjuren
Contrarios, formidables elementos?
Como en Tí mis proyectos se aseguren,
Yo venceré, sin que mi fuerza apuren
Los hombres, ni los mares, ni los vientos.
¿Qué importa la extensión siempre azulada
De esos ilimitados horizontes,
Cual barrera de hielo inexplorada?
La fe, que puede trasladar los montes,
¿No podrá hacer un mundo de la nada?...—
Y en estos pensamientos embebido,
Descansando en la fe que le alimenta,
Por el continuo batallar rendido,
Reclinando su sien calenturienta,
Con extraño sopor quedó dormido.

CAROLINA VALENCIA.

(Del poema *Colón*.)

Colón y los Pinzones.

(ROMANCE HISTÓRICO)

Por el desierto espumoso
De desconocidos mares
Navegan tres carabelas,
Envidia dando á los aires.
Más que viento, las impele
Afán de los navegantes,
Que codiciosos de tierra
En aves tornan las naves.
Y la noche las envuelve
En sus sombras impalpables,
Y las saluda la aurora,
Arrebozada en celajes;

Las alcanza la tormenta
 Con sus raudos huracanes,
 Y la bonanza las pinta
 En sus serenos cristales;
 Mas las costas no aparecen,
 Como fin de sus afanes,
 Ni la esperanza, que ensueña,
 De tierra finge señales.
 Desde el garces á la quilla
 En negra tristeza caen
 Las inciertas carabelas
 Como macilentos ánades.
 Y las flámulas que ondean
 Sobre el mesana gigante,
 Sobrecogidas de pena
 Se desmayan y se abaten.
 En vano sobre las gavias,
 Combatido de los aires,
 Enemigos del que sube
 Y envidiosos del que vale,
 Se empina audaz el marino;
 Que en el confin de los mares
 Nunca la tierra aparece,
 De sus deseos remate.
 Ya la impaciencia susurra
 Quejas, que en ondas inestables,
 Al Almirante se allegan,
 Cual las olas á su nave.
 Y no fiando en su ciencia,
 Al fin de humano linaje,
 Tocó ronca la bocina
 Desde su nao el Almirante,
 Llamando al punto á consejo
 A los bravos capitanes
 De la Pinta y de la Niña,
 Que derrota incierta traen.
 Y sus barcos revolviendo
 Sobre el rabioso oleaje,
 Como el jinete gobierna
 El corcel de ardiente sangre,
 Las tres pusieron al habla,
 Endriagos formidables
 De lengua bárbara y ruda,
 Y así rompieron los aires
 El marino genovés
 Hablando á Pinzón y á Yáñez,
 De los otros bergantines
 Adalides incansables:
 —¿Váis medrosos?

—Nunca el miedo

Con sus sombras nos atrae,
 Aunque non fallamos tierra
 Ni de ella vemos señales;
 Mas si la impaciencia hiera,
 No es la impaciencia cobarde.

—Cortad e bríos tantico,

Tantico bríos cortadle,
 Y si non vos diere tierra,
 Mañana, cuando el sol sale,
 La cabeza en los mis hombros
 Será un peso inaguantable;
 Muera yo, y tornad á España.

—Nunca Dios tal cosa mande;

Ayer salimos de Palos,

¿Y ya así vos enojades?

El despecho es mal amigo;

Avante, Señor, avante,

No una noche, un año entero

Por aquestas soledades;

Non plegue al cielo que armada

De Rey tan justo y tan grande

Vuelva á la patria llevando

A espaldas tamaño ultraje.

—Bendita patria española,

De razas heroicas madre,

Que me das tu propio esfuerzo,

Pues me das tu propia sangre;

Bienaventurados sean

Los hijos que tú criaste,—

Dijo respirando alegre

El genovés mareante.

Y nuevos bríos sintiendo

Y dando al aire el velamen,

Que se hinchó, como de gozo

Los pechos de frescos aires,

Marcharon como saetas;

Del arco silbando salen,
 Las tres naos, arrancando
 Espumas al oleaje.
 En vano las bravas olas,
 Nunca holladas por las naves,
 Se ofenden y arremolinan
 Echando fieros y alardes,
 O vencidas y humilladas
 Vienen con sordos cantares
 Contando miedos y penas
 Y tenebrosos combates.
 En vano mónstruos y peces
 Con sus espadas tajantes
 Y sus fuentes saltadoras
 Y sus colas formidables
 A las naves arremeten,
 Sintiendo altivo coraje
 De mirarse sorprendidos
 En sus páramos inestables.
 Porque ni mónstruos, ni olas
 Atrevidas ó cobardes,
 Y por cobardes astutas,
 Flaquezas ni miedos traen.
 Y van marchando las naos,
 Como si en aquel instante
 La madre patria los viera
 De audacia dando señales.
 Y cuando tras ruda brega,
 Días y noches de afanes,
 Al fin la tierra divisan
 Y en tierra de hinojos caen,
 Y la besan y la riegan
 Con llanto alegre y afable,
 Y por León y Castilla
 Vienen á enseñorearse
 De aquel ignorado mundo
 Que de entre las ondas sale,
 Pidiendo en sombras de errores
 La luz de la Fe adorable,
 Y las realidades son
 Mas que sus ensueños grandes,
 Colón á sus lados tiene,
 Cuando alza el real estandarte,
 Los Pinzones, que son alas
 De su espíritu gigante.
 Con ellos alza los ojos
 Y las manos incansables
 A los cielos, dando muestras
 De agradecer sus bondades.
 Y en el lejano horizonte,
 Entre cándidos celajes,
 Les parece que se asoma
 Sostenida por los ángeles,
 Cual vino á orillas del Ebro,
 La Virgen santa, inefable,
 Y que les mira y sonrío
 Como sonrío las madres.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.
 De las Escuelas Pías.

Granada 10 de Octubre de 1890.

COLÓN

(FRAGMENTO)

I

Clara noche del trópico, que alumbran
 Con fulgor desigual miles de estrellas,
 Como diamantes al azar sembrados
 Del hondo espacio en la extensión inmensa;
 Tibia noche del trópico dormida,
 Que entre los brazos del silencio sueña,
 Y cuya frente pálida humedecen
 Los tardos soplos de las brisas, mientras
 Que la incesante creación divina
 Con el misterio del amor engendra
 Nuevos astros de luz sobre los cielos
 Y sobre el ancho mar las islas nuevas.

II

En noche tal, inmóviles, sombrías,
 Sin que palpiten en las altas vergas
 De áspero lino las plegadas lonas,
 Ni el viento gima en las tendidas cuerdas,
 Sin que del agua en el vaivén callado
 Su negro casco oscile, y que las trémulas
 Luces del cielo en danza misteriosa
 Entre los rectos mástiles se muevan;

Y sin que á impulsos del timón, las quillas
 El fácil surco entre las moles negras
 Del mar ahonden, solitarias se alzan
 Sobre el ponto sin fin tres carabelas.

III

¿Quiénes son? ¿Dónde van? Sesenta veces
 Cruzó ya el sol por su perpetua senda,
 Y en rumbo igual las ignoradas naves
 Miró avanzando, al occidente vueltas.
 Las olas á las olas preguntaban
 Su designio insensato. Sus cabezas
 Los mónstruos de aquel piélagos irascible
 Alzaban por mirarlas. Las tormentas
 Les vedaban el paso. Su agorero
 Grito el alcón lanzaba entre las velas,
 Y hasta el viento, negándoles su ayuda,
 Plegó en calma sus alas siempre abiertas.

IV

Nada bastó. Las vigorosas quillas,
 Dejando en pos desvanecida estela,
 Fueron y fueron siempre hacia el lejano
 Punto en que el sol tras las confusas nieblas
 De ocaso el disco engrandecido esconde;
 Y hoy por primera vez, como si muerta
 La fe en su intento, el corazón cobarde
 De sus nautas dudase y la alta empresa
 Miraran ya imposible, aquellas naves
 Detuvieron inmóviles, sus antenas
 Sin velamen, sin luces en las proas,
 Y el timón suelto á la corriente incierta.

V

Clara noche del trópico tranquila...
 Todo duerme en los cielos y en la tierra;
 Solo allá, en el mayor de los tres buques
 De pie sobre la proa un hombre vela,
 Alto, fornido, los nervudos brazos
 Cruzados sobre el pecho; en la serena
 Frente desnuda la claror dudosa
 Que baña sus guedejas cenicientas
 Forma un nimbo de gloria; en la mirada
 Limpia y azul las lumbres centellean
 Del encendido espíritu, y los labios
 Trémulos hablan con las sombras densas.

VI

Nunca, no, nunca los humanos ojos
 Con ansiedad igual en las tinieblas
 Clavaronse tenaces, preguntando
 Su secreto al abismo, como aquella
 Noche los ojos del marino el fondo
 Negro del cielo adivinar quisieran.
 Nunca, no, nunca en el cerebro humano
 El miedo y la esperanza tan violenta
 Lucha trabaron, cual la horrenda fiebre
 Que de aquel nauta en la razón incierta
 Locas visiones pavorosas finge
 O alegres mundos luminosos crea.

VII

Imagen es su espíritu del caos
 Cuando aguardaba en la penumbra eterna
 Que á la voz del Señor se separaran
 Las aguas de las aguas, y que entre ellas
 Surgieran los poblados continentes
 Con anchos ríos y aromosas selvas;
 Cuando el curso en los cielos á la luna
 Marcó, y al sol, y en límites de arena
 Los procelosos mares encerrando,
 Dijo á las pardas olas:—Vuestra fuerza
 Vana romped en las tendidas playas,
 Que siempre en torno encontraréis risueñas

VIII

Y él fué también, como las ciegas olas,
 Tras la ofrecida costa, que se aleja
 Siempre ante sus miradas como un sueño
 Fugaz que nace de su mente enferma.
 La frontera final de la esperanza
 Su quilla audaz atravesó, y desiertas
 Miró siempre las aguas. La agonía
 Del no logrado afán; la duda acerba
 De su oscuro destino; el temor vago
 De su propia locura, y la certeza
 Casi de su deshonra, á un tiempo mismo
 Destrozan su alma, entre sus garras presa.

IX

Nadie al azar de la voluble suerte
 Tanta fortuna aventuró. Si encuentra
 La prometida playa, mientras dure
 La máquina del mundo, la grandeza
 Dirá de aquel que el pavoroso arcano
 Descubrió del abismo, y que las puertas
 Rompió de lo invisible; y si sucumbe,
 Si á Europa vuelve sin traer siquiera
 Un puñado de polvo de otros mundos
 Ignorados del hombre, con su afrenta
 Igualará la del Titán que rugió
 Vencido al pie del cavernoso Etna.

X

Tibia noche del trópico apacible,
 ¡Cuánto tus horas se deslizan lentas
 Para el que aguarda al despuntar la aurora
 De honra ó de oprobio la inmortal sentencial
 Si el primer rayo del viviente día
 Solo en el mar sus cambiantes quiebra,
 Rumbo al oriente las vencidas naves
 Irán, pero irán solas. Quién rigiéndolas
 Juró arrancar en desigual combate
 Al viejo mar sus islas prisioneras,
 Juró que el mar, si vencedor lo impide,
 Tumba será del humillado atleta.

XI

Por eso en pie sobre la inmóvil proa
 Insomne aguarda. ¡Oh Dios! En la existencia
 Del hombre hay siempre pavoroso un día,
 En que el enigma de su vida entera
 Se formula y descifra. Igual entonces
 A quien, venciendo la empinada cuesta,
 La cumbre alcanza y con pasmados ojos
 Las dos vertientes á la par sondea,
 Así el mortal desde la estéril cima
 De su oscuro destino, en las opuestas
 Faldas del monte el porvenir oscuro,
 Y al par el bien que abandonó, contempla.

XII

Y así del nauta en la angustiosa noche
 De su dolor, cuando devoto ruega
 Que aparte Dios de sus marchitos labios
 Aquel amargo cáliz, turbulenta
 Su mente asaltan las memorias todas
 De los pasados años. La primera
 Vez que en la barca de su padre, á impulsos
 Del viento, el golfo atravesó de Génova,
 Y oír creyó, tras de las verdes olas,
 Con profético canto á las sirenas
 Hablar de ignotos reinos que guardaban
 Celoso el mar y las tormentas fieras.

XIII

La narración del navegante anciano
 Que tras larga borrasca, á las postreras
 Luces dudosas de la tarde, un día
 Creyó entrever las playas cenicientas
 De una tierra ignorada; las contrarias
 Hipótesis del mundo en las escuelas
 Bulliciosas de Italia, dividiendo
 Los jóvenes espíritus; su enérgica
 Ansia de gloria, y las febriles noches
 En que tenaz investigó el problema
 Del mundo, y vió sobre los firmes polos
 Rodar perdida en el azul la esfera.

XIV

Las tardes que en las costas lusitanas,
 Devorando el dolor de su impotencia,
 Vió el Atlántico mar inexplorado,
 Que, ruginde á sus pies con la secreta
 Voz de un amigo fiel, le revelaba
 Su guardado tesoro; las químicas
 Regiones que en las nubes del ocaso
 Fingió su fantasma, y las violentas
 Ansias de su alma al contemplar las naves
 Que surcaban el piélago, en ajena
 Mano el timón, y desdeñando el rumbo
 Que él les trazara audaz, si suyas fueran.

XV

Todo, en informe torbellino, invade
 Su agitado cerebro, y su severa
 Curtida faz dos lágrimas amargas
 Surcan, dejando inextinguible huella.
 Joven, la gala de sus rizos blondos
 Trocó en ceniza al fuego de la idea;
 Pobre, soñó en imperios que guardaban
 Los montes de oro y golfos de las perlas;
 Humilde, á los monarcas victoriosos
 Habló de igual á igual, que él de su regia
 Potestad sobre zonas ignoradas
 Sentía el cetro en su berrada diestra.

XVI

El era aquél que golpeó sediento
 Las puertas del convento de Marchena,
 Como hoy las mudas puertas del destino
 Con sed de gloria y con afán golpea.
 El era aquél que, apellidado el loco,
 Osó retar la salmantina ciencia,
 Sus caducos errores destruyendo
 Con la inspirada voz de los profetas,
 Y él era aquél que en la morisca Alhambra
 Juró traerle á su adorada reina,
 Por cada joya que ofreció Castilla,
 De un nuevo imperio la inmortal diadema.

XVII

Clara noche del trópico dormid:
 Ya de la mar sobre las aguas tersas

El primer soplo matinal pasaba
 Sus quietos llanos conmoviendo apenas;
 Ya el horizonte oscuro trasponía
 Para ocultarse el grupo de las Pléyadas,
 Y ya en Oriente el resplandor dudoso
 Del alba que llegaba...

† VICENTE W. QUEROL.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Agua del Congo para el tocador.

Esta es la excelente AGUA DEL TOCADOR
 que siempre usa la niña elegante y hermosa,
 toda vez que da á su cutis un fino olor
 y una especial frescura que la hace dichosa.

V. Vaissier, inventor del jabón del Congo.

Se caían envenenadas con mi sangre.

Hay gente que tiene la aprensión de que lo que se dice sobre el mérito y los efectos de las medicinas populares debe escucharse con cierta desconfianza. Es decir, que la gente suele creer que los dueños de estas medicinas con frecuencia exageran los hechos reales, á fin de crear una demanda por lo que ellos tienen á la venta. A nosotros nos parece que esto sucede muy rara vez, pues las personas inteligentes que tienen estas medicinas saben que toda exageración tiende á perjudicar la venta más bien que á aumentarla. El público tiene la seguridad de formar una opinión exacta sobre el valor de un artículo que se anuncia, y todo lo que se diga de falso se puede reconocer y denunciar. En esto, como en otras muchas cosas, el camino derecho es el mejor.

El lector no debe, pues, titubear en aceptar como verdaderos, atestados como el que ponemos á continuación.

COPIA

Yo, Thirza Daniels, de Wrafton, cerca de Barnstaple, Inglaterra, declaro solemnemente y sinceramente, lo que sigue:

Siempre fui fuerte y saludable, hasta principio de 1879, en que empecé á sufrir del estómago y el hígado. En Julio del mismo año cogí un resfriado á consecuencia de haberme sentado sobre la hierba, y esto produjo ciatia y reumatismo. Tenía fuertes dolores en las caderas y piernas, que parecían cortaban con cuchillos. Me faltaba el apetito, y lo poco que comía me ocasionaba dolores en el estómago y en el pecho. Tenía mal gusto de boca y dolores en los costados y en la espalda. Al fin me puse tan mala, que mi hija mayor tuvo que dejar á sus amos y venir á cuidar de mi casa y de mis cuatro hijos. Así pasaron algunos meses. Al principio yo misma me curaba con frías y cataplasmas. Luego mandé por el médico, que dijo tenía envenenada la sangre. Me puso ventosas y me dió medicinas. Estuve en sus manos cinco meses, cada día más débil, y tan delgada como un esqueleto. Cuando estaba acostada, me daban dolores que apenas podía resistir, y me volvía y revolví sin poder encontrar una posición cómoda. Algunas veces me ponían en el suelo á ver si podía estar mejor. Me puse tan mala, que llamé á un médico de Brainton, que no consiguió aliviarme. Con una recomendación que el Coronel Harding de Upcott dió á mi marido estuve yendo cuatro meses á una institución benéfica de Barnstaple, y al cabo de ellos tuve que entrar en el hospital de la misma población, en donde me cuidaban dos médicos. Conviniéron en que tenía la sangre envenenada, y hablaron de hacer una operación en un muslo, que no se llevó á cabo porque yo estaba demasiado débil. Me pusieron más ventosas, y no dando resultado me aplicaron sanguijuelas, que conforme se agarraban se caían envenenadas con mi sangre. Me encontraba tan triste en el hospital, que me parecía que si no me llevaban pronto á mi casa me iba á morir, y empezaron á hacer arreglos para llevarme. En cuanto que me dió el aire me desmayé y creyerón que me estaba muriendo. Cuando llegué á casa me encontraba muy mal y mandé á mi marido que fuese á buscar á nuestro médico. Dijo que vendría, aunque de nada serviría, pues no podía hacer más que lo que ya había hecho. Pasaban días, y yo estaba tan mala, que cuando me hablaban no tenía fuerzas para responder. Entonces mi sobrino Robert Daniels de Pontypridd mandó á decir que probara el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, que había hecho curas admirables en el sitio en que él vivía. Fué, pues, mi marido á la tienda del señor Farley, High Street, Barnstaple, y compró una botella. Antes de acabar aquella botella ya podía comer, y el alimento parecía que me hacía provecho. Poco á poco fui recobrando las fuerzas, y después de tomar catorce botellas me encontraba fuerte y saludable. Empecé á ponerme gruesa, me abandonaron los dolores de los muslos y de las piernas, y desde entonces no he

tenido enfermedad que se pueda llamar tal. Doy gracias á Dios, que me dió á conocer el Jarabe de Seigel. Le debo la vida, y deseo que otros sepan lo que yo digo. Lo considero una obra del Señor, y estoy dispuesta á contestar cualquiera pregunta.

Hago esta declaración solemnemente creyendo en conciencia que es verdad, de conformidad con lo dispuesto en la ley de declaraciones de 1835.

(Firmado) THIRZA DANIELS.

Declarado ante mí en el Ayuntamiento de Barnstaple, Condado de Devour, por la referida Thirza Daniels el martes 21 de Octubre de 1892.

(Firmado) RD. ASHTON,

Mayor encargado de la ciudad de Barnstaple.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Banco de España

El Consejo de gobierno ha acordado elevar á veinte céntimos por ciento, ó sea dos por mil, el premio de los giros que expida el Banco desde el día 10 del corriente.

Madrid 8 de Octubre de 1892.—El Secretario general, Juan de Morales y Serrano.

Banco de España

Los interesados que tengan en depósito en este Banco los valores que se expresan á continuación, pueden presentarse en la caja del mismo desde el día 14 del corriente, de once de la mañana á tres de la tarde, á percibir los intereses vencidos en 1.º del actual.

Inscripciones de renta perpetua al 4 por 100 interior.

Cédulas hipotecarias del Banco Hipotecario al 4 y 5 por 100, con la deducción de 1 por 100 que hace el Banco Hipotecario al pagar los cupones de sus cédulas.

Obligaciones ferrocarril Tudela á Bilbao, primera y segunda serie.

Id. id. Asturias, Galicia y León.

Id. id. Linares á Almería.

Id. id. Norte de España, primera y segunda serie.

Id. id. Córdoba á Málaga.

Id. de la Compañía Transatlántica al 4 por 100.

Id. hipotecarias del ferrocarril del Norte, especiales de Alar á Santander.

Id. tranvía estaciones y mercados, cuarta serie.

Id. id. primera, segunda y tercera serie.

Id. hipotecarias al 5 por 100 de la Nueva Bolsa de Madrid, primera serie, con la deducción de 1 por 100 hecha al pagar los cupones de estos valores.

Madrid 13 de Octubre de 1892.—El secretario general, Juan de Morales y Serrano.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis.
 Sana y benéfica; basta una pequeña cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Prelo en París, 5 francos

Dusoir, 1, Rue J. J. Rousseau, París

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se les quitarán pronto, por fuerte ó incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pidanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, SOLA, 8

1892

PERUJO-ANGULO
DICCIONARIO
 DE
CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.—TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

MONTERA 23
RELOJES
 DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G. GIROD
 Sucesor de Losada.

LA ARTÍSTICA
 Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero. Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.

GRAN CERERIA
ESPECIALIDAD



en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el Culto católico, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas de mension.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar

Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.

Unica casa en Madrid dedicada á este artículo.

Guantes piel primera clase, tres broches, á 2 pesetas.

Idem bordados, á 2,50.

Para caballero, superiores, á 2,50.

Especialidad en guantes piel de caballo, cabrito, Suecia, gamuza y lana.

Corbatas última novedad.

CALLE DE FUENCARAL, NÚM. 7

SALICILATOS
 DE BISMUTO Y CERIO
 DE VIVAS PEREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina

Recomendados por la Real Academia de Medicina



CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de **INDISPOSICIONES del TUBO DIGESTIVO, VÓMITOS y DIARRREAS**, de los **TÍFICOS** de los **VEJOS**; de los **NIÑOS**, **COLERA**, **TÍFUS**, **DISENTERIA**; **VÓMITOS** de las **EMBARAZADAS** y de los **NIÑOS**: **CATARROS** y **ÚLCERAS** del **ESTÓMAGO**; **PIROXIS** con **ERUPTOS FÉTIDOS**; **REUMATISMO** y **AFECCIONES HÚMEDAS** de la **PIEL**. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público, tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA en las **PRINCIPALES FARMACIAS**.—**DESCONFIAR** de las **IMITACIONES**

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA
 DE
VICENTE GARCIA MUSTIELES
 (SUCESOR DE PÉREZ)
 CALLE MAYOR, NÚM. 50
 MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapafios en todos estilos. Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo. Se sirven los pedidos con toda prontitud.



CATÁLOGO GRATIS **CARRETAS** **ENVIOS Á PROVINCIAS**

BAZAR **PRECIO FIJO** **ALTIMIRAS** **PRECIO FIJO**
MÉDICO **ORTOPÉDICO**

FRENTE A CORREOS
MADRID

PRIMERA CASA EN ESPAÑA

en instrumental de cirugía, fisiología, diagnóstico, óptica, higiene, ortopedia, antisépticos, vendajes, gomas, sillones y mesas de operar, y para imposibilitados, é inmenso surtido en artículos de curación. Procedencias acreditadas.

Especialidad en el tratamiento herniario por medio de vendajes, bragueros y fajas de gran comodidad, sistema «Altimiras», altamente recomendables por la ciencia médica.

Proveedor de clínicas y Hospitales del reino

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
 DE
ZOZAYA, (Editor).
 PROVEEDOR DE LA REAL CASA
 Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

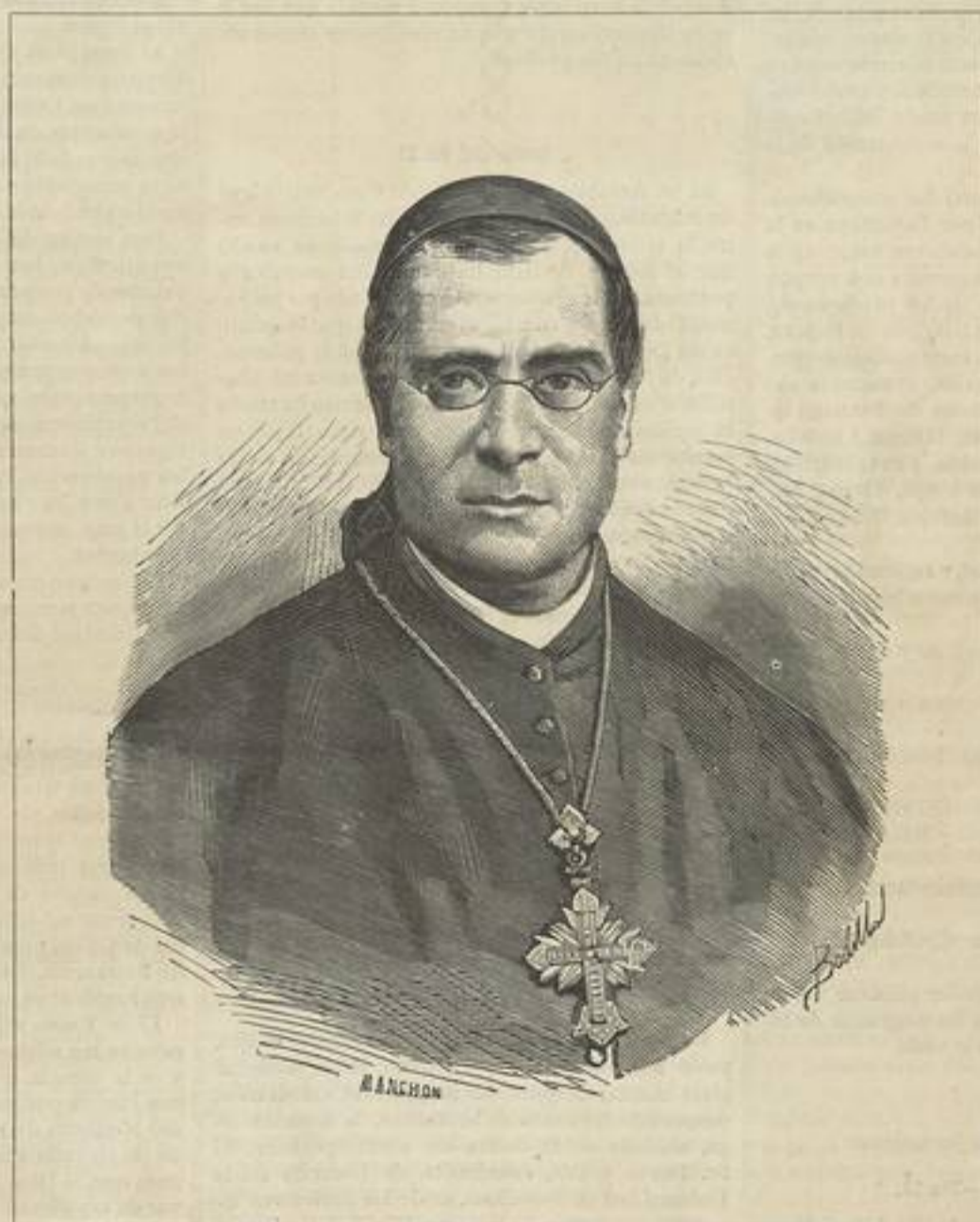
OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS



ÉPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		NÚMERO 20.—Madrid 31 de Octubre de 1892	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS			EXTRANJERO	
Un mes.....	1,50 pta.	Seis meses.....	11 francos	
Tres meses.....	4 "	Un año.....	22 "	
Seis meses.....	7,50 "	FILIPINAS Y AMÉRICA		
Un año.....	15 "	Seis meses.....	3 ps. fr.	
CUBA Y PUERTO RICO		Un año.....	5 "	
Seis meses.....	3 ps. fr.			
Un año.....	4 "			

CONGRESO CATÓLICO DE SEVILLA



EXCMO. E ILMO. SR. D. BENITO SANZ Y FORÉS

ARZOBISPO DE SEVILLA

PRESIDENTE DEL CONGRESO CATÓLICO

SUMARIO

TEXTO

Congreso católico de Sevilla, por La Dirección.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—Revista literaria colombiana, por Angel Salcedo.—La Pasión de Jesucristo, por el P. Miguel Mir.—El arte religioso, por José Verdader.—Reclamos y asociados.

GRABADOS

Congreso católico de Sevilla. Retratos de los Excmos. é Ilmos. señores D. Benito Sanz y Forés, Arzobispo de Sevilla.—D. José Martín de Herrera, Arzobispo de Santiago de Compostela.—D. Ciriaco Sancha y Hervás, Arzobispo de Valencia.—Fr. Gregorio María Aguirre, Obispo de Lugo.—D. Sebastián Herrero, Obispo de Córdoba.—Don Marcelo Spinola y Maestre, Obispo de Málaga.—Sr. Ruiz Cabal, Obispo de Pamplona.—Río Paraná.—Jardín botánico de la Universidad de Coimbra.—Torre de la Catedral vieja de Salamanca.

CONGRESO CATÓLICO

DE SEVILLA

AN brillante ó más que los de Madrid y Zaragoza ha resultado el tercer Congreso Católico, celebrado en Sevilla desde el día 18 al 23 de los corrientes.

La iglesia de San Salvador, en que ha celebrado el Congreso sus sesiones, es una de las más insignes de Sevilla. Su fundación es remotísima. Quizás fuese templo consagrado á Dios antes de la invasión de los árabes. Lo que se sabe de cierto es que en el solar que hoy ocupa la Colegiata de San Salvador existió una mezquita que después de la conquista de San Fernando continuó bajo el poder de los mudéjares. En tiempo del Arzobispo D. Francisco Tello fué consagrada al culto católico, pero hasta 1669 conservó la forma de mezquita.

El Presidente del Congreso, Sr. Sanz y Forés, Arzobispo de Sevilla, es uno de los Prelados más insignes de España; orador sagrado elocuentísimo, su fama es tan universal como merecida. Como Obispo de Oviedo, su nombre está unido indisolublemente á la grandiosa obra de la restauración de la Basílica de Covadonga.

La función religiosa inaugural fué solemnísimas. Los congresistas comulgaron por la mañana en la capilla de San Fernando, y asistieron luego en la iglesia de la Magdalena á misa cantada con sermón que predicó el P. Arbolí, uno de los predicadores más elocuentes con que cuenta la Iglesia de España.

En esta solemnia religiosa, en que ofició de pontifical el Sr. Arzobispo de Sevilla, Presidente del Congreso, asistieron los Prelados de Santiago de Compostela, Valencia, Almería, Málaga, Córdoba, Pamplona, Teruel, Cuenca, Lérida, Tarragona, Santander, Jaca, Gibraltar, Seo de Urgel, Vitoria, Madrid, Astorga, Murcia, Lugo, Badajoz, Avila y Tamaso (*in partibus*).

Como recuerdo del Congreso, y en justo homenaje á los Rdos. Prelados, publicamos hoy los retratos de los señores siguientes:

Excmo. é Ilmo. Sr. D. Benito Sanz y Forés, Arzobispo de Sevilla.

Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Martín de Herrera, Arzobispo de Santiago de Compostela.

Excmo. é Ilmo. Sr. D. Ciriaco Sancha y Hervás, Arzobispo de Valencia.

Ilmo. Sr. Ruiz Cabal, Obispo de Pamplona.

Ilmo. Sr. D. Marcelo Spinola y Maestre, Obispo de Málaga.

Ilmo. y Rdm. P. Fray Gregorio María Aguirre, Obispo de Lugo.

Ilmo. Sr. D. Sebastián Herrero, Obispo de Córdoba.

Y sentimos muchísimo no poder publicar los de los restantes. Ya insertaremos las biografías de todos. Hoy el poco espacio nos lo veda.

* *

Hé aquí la reseña sucinta de las sesiones:

Sesión inaugural.—Día 18.

Entonóse el himno *Veni Creator*. Se lee el Mensaje respetuoso á Su Santidad, y numerosas adhesiones nacionales y muchas extranjeras. El aspecto de la iglesia del Salvador es suntuoso, y el conjunto de la solemnidad brillante y conmovedor.

El discurso de inauguración del Congreso es her-

mosísimo, y digno del presidente, Sr. Sanz y Forés, Arzobispo de Sevilla.

Congratúlase de la adhesión del Pontificado, acto consolador que revela que el Congreso Católico es una obra santa, bendecida por el Vicario de Dios en la tierra para el triunfo de la Religión de Jesucristo.

Afirma que los trabajos del infierno no prevalecerán, aunque tengan prisionero al Pontífice; pero que urge que todos los católicos unan sus fuerzas para que recobre la libertad, la independencia y la soberanía que le pertenece y necesita para el ejercicio de su glorioso apostolado.

En su discurso de inauguración, el Sr. Arzobispo aboga por la unión de todos los católicos contra las audacias de los librepensadores, que están celebrando Congresos anticatólicos.

Debemos, dice, aceptar el reto, pero combatiéndolos con la prudencia y la serenidad que requieren la justicia y la verdad divina.

En un período elocuentísimo demuestra el señor Sanz y Forés que la Iglesia ampara todo progreso. Si alguien lo dudara, convenceráse con el reciente ejemplo que nos ofrece el recuerdo que celebran los pueblos del Viejo y del Nuevo Mundo en estos días. Su Santidad lo ha dicho: «Colón es de los nuestros»; es de la Iglesia, que lo protegió poniendo en sus manos la Cruz del Salvador, que llevó á mundos desconocidos, auxiliado por una Reina eminentemente católica.

El elocuente Prelado hizo votos para que la fe de Cristo, que tanta gloria dió á España, renazca en los corazones, y recuerda cuánta grandeza hemos ido perdiendo y cuánto se ha ido empañando el brillo de nuestro poder y de nuestra influencia conquistados por la fe en otros tiempos, á medida que esa fe se ha ido entibiando y se ha sentido con menos entusiasmo en los pueblos.

* *

Sesión del día 19

El Sr. Arzobispo de Santiago de Compostela leyó un magnífico discurso acerca de las relaciones entre la política y la Religión. Excusado es añadir que el insigne Prelado ha combatido enérgica y profundamente el liberalismo condenado por los Sumos Pontífices, y que no es otra cosa que la política sin Dios, ó sea el ateísmo aplicado á la gobernación de los pueblos. Cuanto se diga contra tal liberalismo sabe á poco, pues él es el que nos ha traído la legislación atea, y el que para nada tiene en cuenta las enseñanzas ni las reclamaciones de la Iglesia. Abominemos todos de ese liberalismo condenado por Gregorio XVI, por Pío IX y León XIII, y defendamos los buenos principios de libertad contenidos en las Encíclicas de Su Santidad; la libertad cristiana que hace dichosos á los pueblos y fácil á los Gobiernos el régimen de los Estados.

Después del señor Arzobispo, ocupó la tribuna el primogénito del Sr. Conde de Orgáz.

[Y qué tema el por él escogido! Que la aristocracia debe de pensar en algo más que en bailar rigodones, ó lo que ahora se baile; que los próceres deben ser modelos á todos de probidad, de seriedad y de piedad... ¿Qué dirán á esto las Curritas Albornoces que andan por Madrid? En el salón de la de Villasís se aplaudirá, de seguro, al señor Conde. Por fortuna de todos, si en nuestra aristocracia hay Curritas, tampoco faltan condesas de Villasís y condes de Orgáz... El Congreso aplaudió frenéticamente al ilustre prócer.

* *

Después del representante de los antiguos linajes, subió á la tribuna el representante de la moderna clase media; después del magnate, el catedrático; después de los cuarteles heráldicos, la modesta toga, símbolo de la ilustración contemporánea. El Sr. Durán y Bés, catedrático de Derecho de la Universidad de Barcelona, es de los profesores españoles que gozan de mayor celebridad. Se le considera como una eminencia en todos los ramos de la ciencia jurídica, y muy especialmente en el Derecho civil y mercantil. Para que el contraste con el señor conde de Orgáz sea más completo, mientras que aquél ha pensado siempre que el único re-

medio eficaz á las enfermedades sociales es la restauración de la antigua monarquía, el Sr. Durán y Bés es de los que han creído y creen posible la conciliación de lo antiguo y de lo moderno, y el establecimiento definitivo de la monarquía parlamentaria. Pero el Sr. Durán y Bés conviene con el señor conde de Orgáz en la necesidad de poner por cimiento al edificio social la doctrina católica; y esta conformidad basta para que uno y otro alternen en la tribuna del Congreso Católico, y para que sean aplaudidos por todos los asistentes y benditos por los Prelados que presiden las sesiones.

El discurso del Sr. Durán y Bés ha respondido á la expectación de que era objeto y á la justa fama del sabio catedrático. Su hermoso pensamiento final, *la Cruz del Gólgota es el eje del mundo moral*, vale un Potosí, y quedará como frase de uso corriente en la polémica y propaganda católicas.

* *

Al Sr. Calatayud le conocen de sobra nuestros lectores. Es un escritor y un periodista entregado en alma y vida á la defensa de la verdad. Sus campañas en *El Alicantino* y en otros periódicos, son para él títulos de gloria perdurables. Hace poco que LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA publicó el retrato y la biografía del laborioso cuanto modesto soldado de la Iglesia. El Sr. Calatayud es muy querido de los Prelados. En cuanto á político es carlista, y jefe del partido en su provincia. Fué aplaudidísimo.

* *

Sesión del día 20.

Fuó consagrada á enaltecer la memoria de Cristóbal Colón.

El Papa lo ha escrito: *Colón es nuestro*. La crítica histórica demuestra cumplidamente que la idea culminante de Colón fué la propaganda del Evangelio, la cristianización de los hombres que vivían ignorados al otro lado de los mares; aquellos hombres por cuya conversión ya suspiraba San Clemente, Papa, en el siglo I de la historia eclesiástica.

Con motivo del Centenario, el Clero y los católicos españoles han dado pruebas inequívocas y elocuentes de su entusiasmo por Colón. En otro lugar del periódico estamos publicando unos artículos titulados *Revista literaria colombiana*, y en esos artículos se demuestra que la mayor parte de las obras importantes que se han escrito últimamente acerca del descubrimiento de América, son producto del ingenio é ilustración de nuestro Clero; díganlo si no los nombres del P. Coll, del P. Cappa y de los Padres Torre Vélez y Mir (D. Miguel). Y esto sin contar al gran poeta colombino: al Presbítero Jacinto Verdager.

Gallardamente se ha reflejado en el Congreso Católico este puro, ardiente y justificado entusiasmo por Cristóbal Colón y por su inmortal empresa.

* *

D. Francisco Rubio y Contreras es uno de los Sacerdotes más insignes de la archidiócesis hispalense. Desempeña el cargo de Arcipreste en la región más bella de Andalucía, en aquella desembocadura del Guadalquivir, de que decía un escritor: «Cuál es la nación más hermosa del mundo? España. Y dentro de España, ¿cuál es la región más hermosa? Andalucía. Y dentro de Andalucía, ¿cuál es la provincia más hermosa? La de Cádiz. Y dentro de la provincia de Cádiz, ¿qué le gusta á usted más? Sanlúcar de Barrameda. De donde deducía el citado escritor que Sanlúcar es lo mejor de toda la tierra.

El Sr. Rubio y Contreras es un eclesiástico joven, pero ya tan adelantado en los caminos de la virtud y de la ciencia, que su nombre es popular, y pasa con justicia por uno de los oradores más elocuentes del Mediodía de España. Varias veces se ha hablado de elevarlo á la dignidad episcopal, y es casi seguro que, si Dios le conserva la vida, le hemos de ver en tan elevado puesto, á despecho de su profunda humildad cristiana.

* *

Tres Catedráticos de Universidad ocuparon luego sucesivamente la tribuna del Congreso: los señores Fernández Prida, Simonet y Sánchez de Castro.

El Sr. Fernández Prida, reputado catedrático de la Facultad de Derecho en la Universidad de Sevilla, disertó acerca del tema: «Fray Diego de Deza y Cristóbal Colón.» Fray Diego de Deza, como saben todos nuestros lectores, fué el gran favorecedor del almirante; en su celda del convento de Dominicos de Salamanca, el monumental é histórico San Esteban, expuso Colón sus proyectos, y Fray Diego de Deza, catedrático entonces de Salamanca, encontró sus ideas seguras en el orden científico, y de posible y relativamente fácil realización en el orden de los hechos. De aquellas conferencias amistosas entre los frailes y Colón, á las que probablemente asistirían, además de Deza, otros catedráticos de nuestra celeberrima Universidad, ha construído la leyenda el hecho inexacto de las conferencias solemnes universitarias, inmortalizadas por la poesía y por la política moderna.

El Sr. Simonet es el célebre arabista de la Universidad de Granada. Sus trabajos sobre la dominación sarracena en España son notabilísimos, y han contribuído en gran manera á la rectificación de los errores históricos, divulgados por Dozy y otros escritores extranjeros, ofensivos en gran manera á nuestros heroicos antepasados, que tan valientemente resistieron á los invasores mahometanos. El Sr. Simonet ha puesto en claro lo que hubo de cierto en la decantada civilización de los árabes de Occidente, dominadores de nuestra patria; y cómo si hubo realmente cultura en el imperio de Córdoba se debió principalmente á los mozárabes, que, como los griegos ó los romanos, enseñaron á sus conquistadores las ciencias y las artes. Estos son servicios eminentes prestados á la patria, de los que el señor Simonet puede manifestarse realmente satisfecho. Hace pocas noches publicó *El Siglo Futuro* un magnífico artículo del Sr. Simonet acerca de Colón. Por cierto que nadie ignora las relaciones del Sr. Simonet con los elementos católicos representados en la prensa por el citado periódico; y aquí tienen una nueva prueba los liberales de que en el Congreso de Sevilla están perfectamente representadas todas las tendencias y agrupaciones católicas de nuestra patria, en el Congreso confundidas en un solo pensamiento, en el de servir á Dios, al Pontífice y á la nación española bajo la dirección de los Prelados.

Y ya que hablamos de esto, no estará demás añadir que *El Correo Español* ha salido valientemente á la defensa del partido carlista, contra los que le han supuesto abstenido del Congreso Católico. *El Correo Español* demuestra cumplidamente la falsedad de tal especie por el mismo argumento que ya nosotros hemos aducido, esto es, por el hecho de la asistencia al Congreso Católico de los señores Calatayud y Polo y Peyrolón. Los elementos de *El Siglo Futuro* también están dignamente representados por el Sr. Simonet. En Sevilla están, por lo tanto, todos los católicos españoles.

El discurso del Sr. Simonet ha versado sobre la *Misión civilizadora de la Iglesia católica y de la nación española en el descubrimiento del Nuevo Mundo*, y ha sido un trabajo tan notable por lo erudito y castizo como todos los suyos.

De D. Manuel Sánchez de Castro, catedrático de Derecho natural en la Universidad de Sevilla, no hay que hablar. Hermano del Sr. Obispo de Santander y de nuestro inolvidable amigo el poeta don Francisco, es el joven profesor de sobra conocido de todos los católicos de España. Era casi un niño cuando ya recogía aplausos en las sesiones de la Juventud Católica de Madrid. Posteriormente fundó y dirigió el semanario *La Cruzada*, para combatir á *El Molin*, *Las Dominicales* y demás periódicos francamente impíos. Ganó su cátedra por oposición. El trabajo que ha leído en el Congreso es sobre *El concepto de patria ante la Religión, ó la Religión y el patriotismo*.

Sección del día 21

El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Málaga, D. Marcelo Spínola y Maestre, nació en San Fernando el 14 de Enero de 1835. En sus estudios se distinguió

CONGRESO CATÓLICO DE SEVILLA



EXCMO. É ILMO. SR. D. JOSÉ MARTÍN DE HERRERA
Arzobispo de Santiago de Compostela, Presidente de la Sección primera.

muy pronto por su talento, aplicación y virtudes. Ya Sacerdote, brilló en el púlpito como excelente orador sagrado, y en una porción de difíciles comisiones y empleos. En 9 de Agosto de 1880 fué nombrado Obispo auxiliar de Sevilla, con el título de la Iglesia de Milo. La consagración tuvo lugar en 6 de Febrero de 1881. Trasladado en Agosto de 1884 á la Diócesis de Coria, pasó de ésta á la de Málaga en Mayo de 1886.

Es este Prelado una de las figuras más simpáticas de nuestro insigne Episcopado. En Málaga es popularísimo; todos le quieren y veneran. Los pobres tienen en él un verdadero padre. De su sabiduría dan testimonio elocuentísimo sus Pastorales, llenas de doctrina, de unción evangélica y de primores de estilo.

Ha disertado el Sr. Obispo acerca de los *Deberes y derechos de los católicos en el orden político, y medios prácticos de cumplir los unos y ejercitar los otros para evitar la completa apostasía de las naciones modernas*.

La disertación ha sido un desarrollo completo de las enseñanzas de Su Santidad León XIII, contenidas en su admirable Encíclica *Libertas*, y de las ideas ya manifestadas en el Congreso Católico de Zaragoza. Todos debemos conservar y aprender de memoria la disertación del Sr. Obispo de Málaga, como un *vademecum*, como un manual de doctrina aplicable á las circunstancias actuales. El Congreso aplaudió calurosamente el discurso del Sr. Obispo, y aún se aplaudirá más cuando se pueda leer detenida y reflexivamente.

Después, D. Valentín Gómez disertó acerca del siguiente tema: *Dada la solidaridad de las naciones en la causa del Pontífice Romano, es por todo extremo*

conveniente para la reivindicación de sus derechos fundar una vasta Asociación internacional bajo el tema «pro Pontífice et pro Ecclesia.» Estudio sobre su forma y constitución, y punto en que pudiera fijarse un gran Centro directivo.

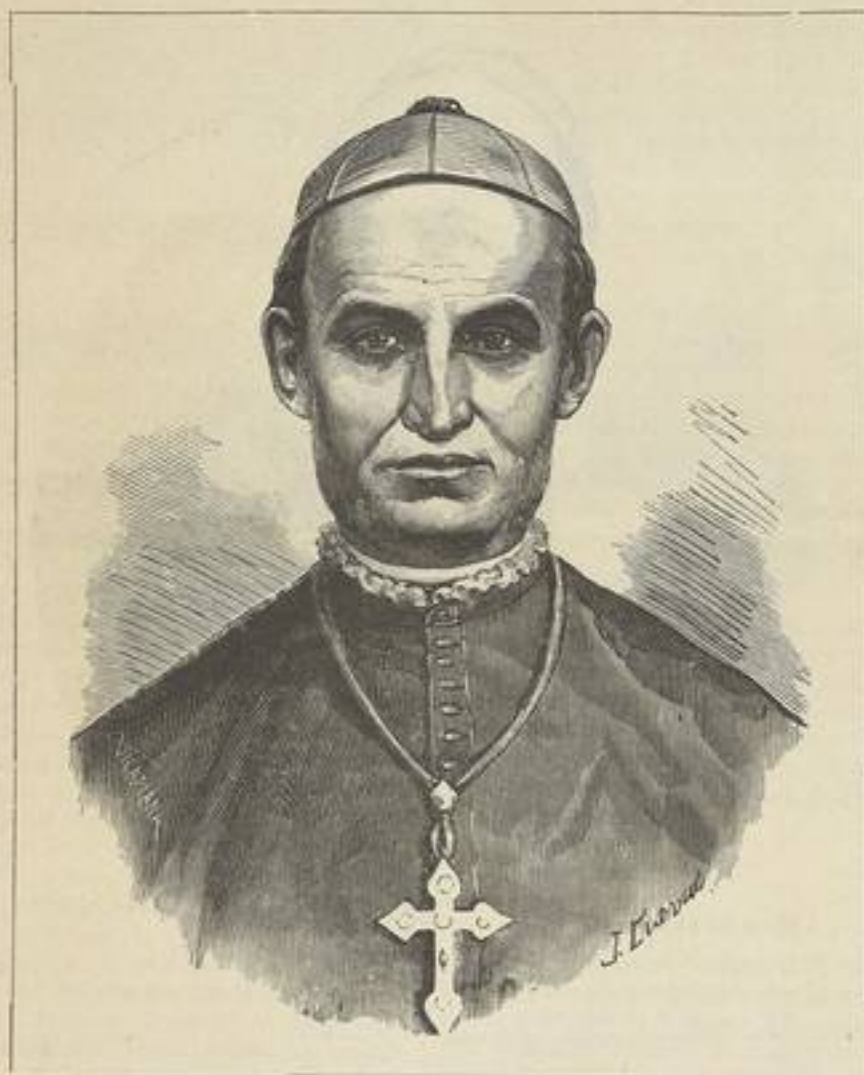
De este trabajo estaba encargado el Sr. Barrio y Mier; pero la dolorosa indisposición que ha privado al distinguido catedrático del honor y del placer de asistir al Congreso, obligó á nuestro querido amigo á encargarse del trabajo. Fué notabilísimo el discurso... ¡Como del Sr. Gómez!

De sobra conocen todos los católicos al Sr. Polo y Peyrolón, catedrático del Instituto de Valencia, poeta, novelista, periodista y propagador incansable de la verdad y del bien.

Aragonés de nacimiento, el Sr. Polo empezó á darse á conocer como literato á raíz de la revolución de Septiembre. En *La Ilustración Popular Económica*, de Valencia, dirigida por D. Agustín Lóbez, y en *La Familia Cristiana*, de Madrid, de que era editor nuestro inolvidable amigo el Sr. Pérez Du-brull, publicó el Sr. Polo sus primeros cuentos, que, coleccionados, formaron luego el precioso libro *Realidad política de mis montañas, Cuentos de la sierra de Albarracín*, por los que mereció una carta muy expresiva de Fernán Caballero. Posteriormente ha dado á luz los *Mayos* y otras muchas novelas. Tamayo y Menéndez Pelayo le han elogiado con ardor; la Academia Española ha recomendado sus obras, y el público católico le tiene por uno de sus autores predilectos, á pesar de la oposición de mal gusto que últimamente le han hecho algunos chicos de la prensa. Entre estos no contamos al Sr. Valbuena, que indudablemente vale mucho como crítico

CONGRESO CATÓLICO DE SEVILLA

PRELADOS ASISTENTES



EXCMO. É ILMO. SR. D. CIRIACO SANCHA Y HERVÁS
Arzobispo de Valencia.

literario, y que también ha censurado la forma de los escritos del Sr. Polo; pero contra la autoridad del Sr. Valbuena, bien valen las de Fernán Caballero, D. Manuel Tamayo y D. Marcelino Meunédez Pelayo.

El discurso del Sr. Polo y Peyrolón versó acerca de la *Fecundidad del espíritu de Asociación bajo el benéfico influjo de la Iglesia*. Es un trabajo notabilísimo, que ha de acrecentar la justa celebridad del Sr. Polo y Peyrolón.

Habló, por último, el Sr. Morales (D. Juan Pedro), catedrático de Derecho canónico en la Universidad Central, y autor de una voluminosa obra de su asignatura, que es una de las pesadillas de los alumnos de Derecho en Madrid, por su profundidad de conceptos y enorme extensión. El Sr. Morales es un verdadero sabio en materia canónica, digno sucesor en la cátedra del Sr. Salazar, actualmente Obispo de León. Disertó en el Congreso Católico acerca de que «El profesorado español únicamente podrá alcanzar fama científica y dignidad profesional inspirándose para sus estudios é investigaciones en las verdades católicas.»

Fué justa y calurosamente aplaudido.

Sesión del día 24.

La última sesión del Congreso fué como un broche de oro purísimo, que cerró dignamente la áurea cadena de las reuniones todas. ¡Qué sesión, y qué discursos!

El que habló en primer lugar fué el Sr. Castello-

te, Canónigo de Valencia. Todo Madrid conoce al maravilloso predicador de San Isidro, al insigne conferenciante, digno rival de los Kaulica, Lacordaire, Félix y Montsabré, ornamentos del púlpito de Nuestra Señora de París. Si Castellote en vez de ser español hubiera nacido francés, y en vez de haber predicado en San Isidro lo hubiera hecho en Nuestra Señora, su reputación sería ya europea. Hombre más elocuente que el con dificultad ha subido a púlpito alguno. Todo le favorece: la voz, la figura, los ademanes. En el Congreso ha estado inspiradísimo. Ha pintado cuadros magníficos de la Revolución francesa, de los viajes eternamente famosos de Pío VI y Pío VII á Francia; y, por último, ha evocado y hecho surgir en la imaginación de los congresistas, en sus enormes proporciones, la figura colosal de León XIII, materialmente cubierta de laureles, sobre los que sobresale la simbólica rama de oliva que el gran Pacificador ofrece al mundo, perturbado por un siglo de luchas implacables.

Del discurso del Sr. Torres Aguilar, catedrático de la Universidad de Madrid, el telégrafo nos transmitió una extensa noticia. Limitarémonos, pues, á decir ahora que es el Sr. Torres Aguilar uno de los profesores más insignes de la Facultad de Derecho, y de los que enseñan mejor. Los alumnos desaplicados le temen como el diablo á la cruz; porque con el Sr. Torres Aguilar no valen tarjetitas ni recomendaciones, ni tomar á broma el examen, ni se obtiene nota de bueno ó de notable diciendo cuatro generalidades; para salir triunfante hay que saberse la asignatura. Por eso es opinión

corriente entre la gente universitaria, que un *aprobado* del Sr. Torres Aguilar vale en el orden moral más que un sobresaliente de otros catedráticos.

Explica el Sr. Torres con mucha claridad, excelente método y hasta con verdadera elocuencia en ocasiones. Su voz es sonora y su estilo fácil y agradable. Es de los pocos catedráticos que no son más que catedráticos; esto es, de los que no toman la cátedra como un medio de acrecentar sus ingresos, sino como ocupación seria y exclusiva de su vida. Y sin embargo, vean ustedes lo que son las cosas: este catedrático es de los que el Sr. Linares Rivas acaba de declarar excedentes. ¡Qué casualidad! También han sido declarados excedentes Cafranga, Orti y Lara y otros. En cambio, seguimos disfrutando en la Universidad al Sr. Morayta, gran maestro de la francmasonería, y al Sr. Salmerón, traductor de Draper... ¡Buenas, pero buenas nos han salido las economías!

El Sr. Mudarra, rector de la Universidad de Sevilla, es un antiguo y reputado catedrático. Su discurso versó acerca de la «Necesidad de que la juventud escolar española se inspire en los principios católicos, para que al terminar su carrera pueda llevar á cabo su misión en beneficio de su patria.»

Fué un discurso razonado y elocuente.

«La sociedad actual—dijo—ha prostituido de tal manera las costumbres, que sólo se divisan en el horizonte épocas de desolación y luto. Las clases ricas son responsables del mal que nos aflige, por haber dado mal ejemplo con sus costumbres disolutas á las clases inferiores, hasta acabar por robarles las esperanzas; no han pensado más que en aumentar sus goces á costa de las lágrimas del pueblo, con egoísmo al que es inherente la mezquindad de espíritu y la pobreza de alma.

Para remediar los males y peligros que de aquí vienen, no hay otro recurso sino el llevar los propósitos de los buenos católicos á todos los órdenes de la vida, incluso la política, si se quiere que sean prácticos, y así se podrá conseguir el restablecimiento de la grandeza y las glorias patrias, á deshora y de cuando en cuando eclipsadas.»

El Sr. Mudarra obtuvo muchos y legítimos aplausos.

Volvió á ocupar la tribuna en la última sesión el Sr. Morales, del que ya nos ocupamos anteriormente. La idea del Sr. Morales de ofrecer á Su Santidad por asilo y refugio la ciudad de Sevilla, fué calurosamente aplaudida. Es seguro que en Sevilla encontraría nuestro Santísimo Padre amor y entusiasmo filial por su sagrada persona, monumentos de arte y edificios capaces en que alojar las oficinas de su corte. Sevilla ha sido corte, y en diferentes ocasiones (la última reinando Carlos III) se ha pensado en establecer allí la capitalidad de la nación española. La situación geográfica de la ciudad es inmejorable; Sevilla es el lazo de flores que une á Europa con Africa y América. Su porvenir comercial es inmenso. El clima es mejor que el de Italia central, y las tradiciones religiosas son allí muy vivas y están muy arraigadas en todos los corazones.

[La historia de San Fernando contada por Menéndez Pelayo... ¡Qué historia y qué historiador, ó mejor dicho, qué asunto y qué poeta! Menéndez Pelayo es el español que sabe más que todos sus compatriotas juntos; es poeta, filósofo, crítico, historiador, erudito; todo, en suma, lo que puede ser un hombre, ó mejor aún, lo que pueden ser muchos hombres privilegiados por Dios con dotes extraordinarias. Sólo á Valbuena se le ha podido ocurrir aquello de *Menéndez Pelayo como crítico no tiene atadero*, cosa que por la misma enormidad del despropósito hace reír á cualquiera. Menéndez Pelayo, no sólo es un crítico de primera, sino que es el primero de los críticos que hay y ha habido en España en muchos siglos. Nadie como él siente la hermosura de las obras ajenas. Ha llevado la crítica hasta la poesía, como Macaulay llevó la historia; bien es verdad que Menéndez Pelayo ha sabido encontrar veneros de riquísima poesía en la misma

CONGRESO CATÓLICO DE SEVILLA

PRELADOS ASISTENTES



ILMO. Y REVDMO. P. FR. GREGORIO MARÍA AGUIRRE
Obispo de Lugo.



ILMO. SR. D. SEBASTIÁN HERRERO
Obispo de Córdoba.



ILMO. SR. D. MARCELO SPÍNOLA Y MAESTRE
Obispo de Málaga.



ILMO. SR. RUIZ CABAL
Obispo de Pamplona

erudición; en donde otros sólo hallan motivos de hacerse pesados hasta lo insoportable, Menéndez Pelayo halló los materiales para su oda á *Horacio*.

Querer elogiar á Menéndez Pelayo como él merece, es abismarse en la sima de los lugares comunes. «Perdono, escribió *Clarín*, que á mí me llamen tonto, con tal que reconozcan la categoría de genio á Menéndez Pelayo.» Los que afirman que Menéndez Pelayo sólo tiene memoria, demuestran una cosa: que ellos, ó están muertos de envidia, ó no tienen sentido común.

La disertación leída por el prodigioso catedrático ha sido una página de oro, una obra maestra de historia, y un trabajo cincelado, una verdadera filigrana literaria. Ya tendremos el gusto de publicar íntegro su discurso.



Terminados los discursos, (el último fué el del señor Morales) la capilla cantó la antifona *Tu es Petrus*; el Sr. Arzobispo de Sevilla, que, como antes decimos presidió la sesión, declaró terminado el tercer Congreso Católico español.

Después se reunieron las secciones para acordar las conclusiones definitivas de las deliberaciones del Congreso, y acordaron también el punto donde ha de celebrarse el cuarto Congreso Católico.



Al llegar á este punto, no podemos por menos que repetir lo ya dicho al principio:

¡Gracias sean dadas á Dios!

El tercer Congreso Católico ha resultado un acontecimiento importantísimo en el orden religioso y en el científico y literario, y que será fecundo en consecuencias dichas para la Iglesia católica y para nuestra amadísima patria española.

¡Gracias sean dadas á Dios!

LA DIRECCIÓN.

GRABADOS

Río Paraná.—(Pág. 312.)

Los majestuosos ríos de la América Meridional eclipsan, por la longitud de su curso y la anchura de sus cauces, á todos los del antiguo mundo, á excepción del Nilo, cuyo curso conocido es de 4,050 kilómetros.

El gran río de la Plata está formado por el concurso de varias grandes corrientes, entre las cuales el Paraná es considerado como el brazo principal; por eso los naturales del país dan este nombre á todo el río. El nombre de la Plata procede de los españoles. El Paraná parte de los alrededores de la villa del Carmen, al Norte de Río Janeiro, aumenta sus aguas con una multitud de ríos menores, y corre á través de una región montañosa. Lo que se llama la gran catarata de Paraná, no muy lejos de la población de la Guayra, es un largo declive donde el río, durante el espacio de 50 kilómetros, se precipita á través de peñas cortadas á pico y cubiertas de hendiduras espantosas. Al llegar á las grandes llanuras, el Paraná recibe del Norte al Paraguay, río considerable, que toma su origen sobre la meseta de Campos-Parexis, y que en la estación lluviosa forma con sus desbordamientos el gran lago de Xarayes, cuya existencia, por lo mismo, no es más que temporal. La anchura media del Paraná es de 2½ millas, en profundidad de unos doce pies, y la velocidad de su corriente de tres á cinco millas por hora.

Las riberas del Paraná, en casi toda su extensión, presentan los más variados y espléndidos paisajes. Montañas, apoyadas las unas sobre las otras, ó unidas por la base, dominan, por su elevación, el fondo del admirable cuadro; á su pie se extienden montañas más bajas, cubiertas de bosques espesísimos; las colinas forman, por lo regular, la tercera grada de este majestuoso anfiteatro, y sus extremos, que vienen á besar las orillas del río, se ven cubiertos de árboles y arbustos de las más variadas especies. A cada paso se encuentran plantaciones, molinos, ingenios, habitaciones. Para formaros una idea de tantas maravillas, reunid en vuestra imagi-

nación todos esos árboles y arbustos que con su espléndida vegetación constituyen el principal adorno de nuestros jardines botánicos; añadid las palmeras, los cocoteros, los plátanos; á vuestro capricho formad diferentes grupos, añadiendo el tamarindo, el naranjo y cualquier otro árbol, cuyos esmaltes y tamaños sean proporcionados; colocad todo esto en medio de grupos de bambú, de las variadas especies de la *Espina de Jerusalén*, del oleandro y de las rosas de África; y todo ello combinado con el brillante y vivo escafiato de los *Cordia ó lebestiers*, entrelazado con las trepadoras ramas del jazmín y de la vid de Granada; adornado con los perfumados ramilletes de lilas, de las hojas sedosas y plateadas de la porlandia; añadid la variada magnificencia de los campos de cañas de azúcar, orgullosas con la púrpura de sus flores, ó el verde esmeralda de sus hojas; las casas de los plantadores, las chozas de los negros, los almacenes, los talleres, y tendréis una pálida idea del aspecto que presentan las riberas de los ríos americanos, entre los cuales ocupa lugar tan preferente el magnífico Paraná, que representa hoy nuestro grabado.

Jardín botánico de la Universidad de Coimbra. (Pág. 313.)

Sabido es que Coimbra es la ciudad universitaria por excelencia; sus dos mil escolares, en otro tiempo dos veces más numerosos, vestidos con la *batina* y la *capa*, traje que los jesuitas dieron como uniforme á los discípulos, y que se ha conservado hasta nuestros días; sus profesores vistiendo hábitos talares, y todo un mundo estudiantil, dan á Coimbra un aspecto singular y característico que recuerda al de las repúblicas universitarias de la Edad Media. El edificio de la Universidad es irregular, y su fachada tiene poco de notable. En el interior se abren varias galerías; la llamada *Via latina* sirve de paseo á los alumnos, y á ella da el vestíbulo del salón de actos. Este es hermoso, extenso y elevado, siendo su principal adorno los retratos de los príncipes que rigieron los destinos del país; el edificio contiene además varias aulas muy bien acondicionadas, archivos, museos, biblioteca y habitaciones para el rector. Pero la joya de más valor que la Universidad de Coimbra puede ofrecer á la admiración de los extranjeros que la visitan, es el Jardín botánico que representa nuestro grabado.

Limitado por los conventos de benedictinos, carmelitas y religiosas de Santa Ana, por el Seminario, el palacio episcopal, el Observatorio astronómico de la Universidad y el acueducto que abastece de aguas potables á la parte alta de la población; embellecido con vastos cuadros de plantaciones, monumentales invernáculos y cómodas y espaciosas escalinatas; cubierto de árboles soberbios, entre los cuales descuellan palmeras variadas y esbeltas, y de arbustos y plantas procedentes de los más remotos confines de África, América y Asia, es indudablemente uno de los más notables Jardines botánicos, y acaso el más bello de toda Europa.

Aumentan sus atractivos las corrientes del poético Mondego y la magnífica perspectiva que se descubre, por cuyos motivos es el paseo predilecto para los habitantes de Coimbra.

Torre del Gallo. Catedral vieja de Salamanca. (Pág. 317.)

Sabido es que la monumental Salamanca posee dos catedrales, la vieja y la nueva. La primera empezó á construirse apenas quedó asegurado el poder cristiano en esta disputada ciudad, á mediados del siglo XII. La planta de esta basílica es á manera de cruz; la nave mayor tiene de ancho 33 pies y de largo 190; las dos naves laterales tienen de largo 180 pies y de ancho 20 cada una. Sobre pilares bizantinos de forma cuadrada, con un poyo redondo y columnas también redondas en cada una de las superficies de los pilares, se alzan ojivas descansando en románicos capiteles labrados con exquisito primor, y resaltando con algunas toscas estatuas de Santos, colocadas en los arranques de las bóvedas. Los arcos se reúnen formando una suntuosa bóveda ojival. En el punto de intersección de las naves mayor y laterales, se abre un aéreo cimborrio, labrado circularmente y rodeado de ventanales bizantinos.

Cierran el fondo de las naves tres absidas tornea-

das, destinadas á capillas, y en la mayor se ostenta un curioso retablo del siglo XV, compuesto de 55 tablas. Otras varias pinturas antiquísimas se encuentran en aquel sitio. Varios interesantes sepulcros adornan algunas capillas, construídas en diversas épocas, y que por sí solas bastarían á dar interés á un monumento; tal es su mérito artístico y arqueológico.

Sobresalen en esta catedral varias capillas, algunas de ellas verdaderamente notables. De estilo bizantino casi en toda su pureza es la llamada de Talavera, en la cual se celebra el rito muzárabe, lo propio que en Toledo. La bóveda de esta capilla forma un cimborrio octógono muy semejante al del templo, cuyos arcos irradian desde la clave, adornados de molduras bizantinas, buscando el apoyo de las gruesas columnas de los ángulos suspendidas sobre unos mascarones. También es muy notable la de Santa Bárbara, cuyo sombrío recinto está adornado de varios mármoles de color oscuro, que contribuyen á darla un aspecto majestuoso. Esta capilla es doblemente célebre, porque en ella se hacía permanecer encerrados á los alumnos de la Universidad que debían obtener el grado de licenciados, para hacer los últimos ejercicios, terminados los cuales, en el umbral de dicha capilla se les daba la investidura. Finalmente, la de San Bartolomé, construída en época muy posterior, tiene una elegante crucería y una bóveda tachonada de estrellas sobre fondo azul; la adornan varios nichos sepulcrales sumamente curiosos.

Junto á la catedral vieja se construyó la moderna, y si bien se dejó en pie el pórtico ó vestíbulo del ancho de la nave mayor y de construcción bizantina, aunque sea gótica la entrada y algunas imágenes, fueron echadas abajo las dos fuertes torres de la fachada. También quedó preservado de la ruina el cimborrio denominado *Torre del gallo*, que representa nuestro grabado; pintoresca galería circular de arcos y columnas, con un remate piramidal cubierto de escamas de piedra, que descuello con señalado orientalismo entre las pirámides menores de las torrecillas.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso.

(Primera quincena de Noviembre.)

Este mes está consagrado á las Benditas Almas del Purgatorio.

1. † Martes.—*La Festividad de Todos los Santos*.— Santos Cesáreo, Julián, Benigno, Juan, Diego, Dacio y cinco compañeros mártires.—Santas María, Cirenia y Juliana, mártires, y la solemnidad de todas las festividades de la Bienaventurada Virgen María.—*Procesión*.—*Indulgencia plenaria aplicable por las Almas del Purgatorio á todos los que visiten á su iglesia parroquial, desde las Vísperas de hoy hasta el ocaso del sol de mañana.*

4. Miércoles.—*La Conmemoración de todos los fieles difuntos*.—Santos Victorino, obispo y mártir; Justo, Publio, Hermes y Papias, mártires; Teodoro y Jorge, obispos.

3. Jueves.—Los Innumerables Mártires de Zaragoza.—Santos Valentín, presbítero, é Hilario, diácono, mártires; Huberto, Malaquías, Domno, Pirmino y Ermengandio, obispos.—Santas Silvia y Wenefrida, virgen.

4. Viernes.—Santos Nicandro, obispo y mártir; Hermas, presbítero y mártir; Vidal, Agrícola, Próculo, Claro y Porfirio, mártires; Carlos Borromeo, Cardenal y obispo de Milán; Amancio, obispo; Emerico, confesor, y Juanicio, abad.—Santa Modesta, virgen.

5. Sábado.—Santos Galación, mártir; Magno, dominador, y Fibicio, obispos; Leto, presbítero y confesor; Zacarías, profesor, é Isabel, padres de San Juan Bautista.

6. † Domingo, XXII después de Pentecostés.—Santos Severo, obispo, y Félix, mártires; Uvinoco, abad; Leonardo, confesor; Félix, monje; Atico, y Nuestra Señora de la Cinta en Tortosa.

7. Lunes.—Santos Herculano, obispo y mártir; Amaranto, Hierón, Nicandro, Antonio, Esiquio y 30 compañeros mártires; Engelberto, Aquila, Vill-

brordo, Rufo y Florencio, obispos, y Ernesto, abad.

8. Martes.—Santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos mártires, llamados los Cuatro Coronados; Claro, presbítero, y Nuestra Señora de la Fuente Hermosa en la Rochela.

9. Miércoles.—La Dedicación de la Iglesia del Salvador en Roma.—Santos Teodoro, Orestes y Alejandro, mártires; Ursino y Agripino, obispos.—Santas Eustolia y Sóptra, vírgenes.—El Santo Cristo de Balaguer.

10. Jueves.—Santos Trión, Respicio, Tiberio y Modesto, mártires; Probo, Monitor y Justo, obispos; Andrés, Avelino y León, confesores.

11. Viernes.—Santos Menas, Valentín, Feliciano, Víctor y Atenodoro, mártires; Martín, Toribio y Verano, obispos, y Bartolomé, abad.

12. Sábado.—Santos Martín, Papa y mártir; Aurelio, Publio y Livino, obispos y mártires; Rufo y Cuniberto, obispos; Diego de Alcalá y Martín de la Cogulla, confesores, y Nilo, abad.

13. † Domingo. XIII después de Pentecostés.—El Patrocinio de la Bienaventurada Virgen María.—Santos Valentín, Arcadio, Pascasio, Probo y Eutiquiano, mártires; Nicolás, Papa; Eugenio III, arzobispo de Toledo; Bricio y Quinciano, obispos; Homobono, confesor, y Nuestra Señora del Coral en Prats de Mallo.—Indulgencia Plenaria oyendo la Misa conventual ó mayor.

14. Lunes.—Santos Josafat, obispo y mártir; Serapión, Clementino, Teodoro y Filomeno, mártires; Jocundo y Lorenzo, obispos.—Santa Veneranda, virgen y mártir, y Nuestra Señora de la Vida en Madrid.—Absolución general en la Merced.

15. Martes.—Santos Engenio I, arzobispo de Toledo y mártir; Félix, obispo y mártir; Gurias, Samonas y Abdón, mártires; Macuto y Luperio, obispos, y Leopoldo, confesor.—Santa Gertrudis, virgen.

La fiesta de Todos los Santos trae su origen de la más remota antigüedad. La Iglesia celebró desde los primeros siglos la fiesta anual de cada mártir, en cuyo día los fieles se reunían en el lugar donde el héroe cristiano había alcanzado la victoria; rodeaban su sepulcro, cuya losa servía de altar, y le ofrecían el augusto sacrificio en acción de gracias. Pero como el número de los mártires aumentaba, pronto no fué posible asignar á cada cual su día de fiesta particular, y la dificultad fué mayor cuando la Iglesia comenzó á canonizar á una multitud innumerable de solitarios, vírgenes y confesores, cuya santidad se complacía Dios en patentizar con ruidosos milagros. Estas razones indujeron á establecer una fiesta que se dedicó á honrar en un principio á todos los mártires, y después á todos los santos en general.

El Papa Bonifacio IV mandó en el año 607 abrir y purificar el célebre Panteón de Roma, construído por Agripa, y lo dedicó bajo la invocación de la Virgen Santísima y de todos los mártires, por lo cual se le conoce hoy con el nombre de *Santa María de los Mártires*, y también con el de *Rotonda*, á causa de su forma. El día de la dedicación de este famoso templo fué uno de los más solemnes que la Roma cristiana ha presenciado. Veintiocho carros cargados de reliquias de mártires salieron de las Catacumbas y fueron á depositar en el Panteón de Agripa su preciosísima carga, en medio de un numeroso concurso y con todos los esplendores de las grandes festividades católicas. ¡Triunfo de los héroes de la fe, bastante más hermoso y civilizado que el de los cónsules y emperadores de la gentilidad!

El Papa Gregorio III consagró también en el año 731 una capilla en la iglesia de San Pedro en honor de todos los Santos, y desde esta época se ha celebrado constantemente en Roma esta fiesta con gran solemnidad. Habiendo ido á Francia el Papa Gregorio IV en el año 836, indujo á Luis el Benigno á que la mandase celebrar en sus Estados, á lo que accedió gustosísimo el príncipe, y no tardó en ser aceptada universalmente la fiesta de todos los Santos. Sixto IV la concedió una octava en 1480.

La Iglesia católica ha orado por todos sus hijos, cuando han muerto, desde los primeros siglos; sus oraciones eran súplicas en favor de los que las necesitaban y acciones de gracias para los mártires; y se renovaban al sacrificio y las súplicas en el aniversario de su muerte. Tertuliano lo dice expresamente: «Celebramos el aniversario de la natividad de los mártires». Y más adelante: «Según la tradición de los antiguos, ofrecemos el sacrificio por los difuntos en el día aniversario de su muerte.» Los demás Padres de la Iglesia nos presentan iguales testimonios. San Agustín dice: «La costumbre de rezar por todos los que han muerto en la comunión del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo es antiquísima y universalmente adoptada en toda la Iglesia.»

Sin embargo, no vemos que hubiera una fiesta particular para pedir á Dios por todos los difuntos. El Franco-Condado tiene la gloria de haber dado origen á tan piadosa institución. El Beato Bernon, abad de Baume-les-Messieurs, cerca de Lons-le-Launier, después que hubo fundado la célebre abadía de Cluny, se apresuró á adoptar la fiesta de la Conmemoración general de los Difuntos, y la hizo estable y perpetua por un decreto del año 998. He aquí las palabras del capítulo general de Cluny á que nos referimos: «Se ha mandado por nuestro bienaventurado Padre dom Odilon, con consentimiento y á ruegos de los hermanos de Cluny, que así como en todas las iglesias se celebra la Fiesta de Todos los Santos el primer día de Noviembre, se celebre igualmente entre nosotros solemnemente de este modo la conmemoración de todos los fieles difuntos. El día de la Fiesta de Todos los Santos, el deán y los cillereros harán limosna de pan y vino después del Capítulo á todos los que se presenten; después de Vísperas, se tocarán todas las campanas y se cantarán las vísperas de difuntos; la misa será solemne, y los hermanos cantarán el Iracto, y todos ofrecerán en particular, y se dará de comer á doce pobres. Queremos que este decreto se observe perpetuamente, tanto en este lugar como en todos los que de él dependen; y el que observe, como nosotros, esta institución, participará de nuestras buenas intenciones.»

La piadosa práctica pasó muy pronto á otras iglesias, y la de Besanzon fué la primera en adoptarla. Poco tiempo después, la Conmemoración general de los Difuntos, al día siguiente de Todos los Santos, era común á toda la Iglesia Católica.

La Conmemoración general de los Difuntos no es más que un suplemento de todas las demás fiestas, sacrificios y oficios del año, en lo cual se asemeja, no sólo á la Fiesta de Todos los Santos, sino también á las de la Santísima Trinidad y á la del Santísimo Sacramento. En efecto, en todas las fiestas del año se rinde un honor supremo á la Trinidad con el adorable sacrificio de la Eucaristía, en que Jesucristo es inmolante é inmolador con todos sus santos, que en él son nombrados, al menos en general; por cuya razón las fiestas particulares de la Trinidad, del Santísimo Sacramento y de Todos los Santos no se han establecido sino como suplemento de la fiesta general, para renovar la atención y el fervor con que debemos celebrarla durante todo el año. Lo mismo sucede con la Conmemoración general de los Difuntos; la Iglesia la ha instituído para completar las oraciones y los sacrificios que por ellos se hacen todos los días.

Revista literaria colombina



El Centenario colombino ha sido un suceso fausto para las ciencias y artes españolas. Ha despertado actividades literarias que dormían; ha movido plumas, lápices, pinceles y buriles que parecían olvidados de sus dueños. Quédese para otros el lamentar la ausencia ó el mal concierto de los festejos callejeros que debieron proporcionar á los ociosos las Corporaciones municipales, y que por lo visto no han sabido, no han podido ó no han querido arreglar; á las gentes pacíficas y enemigas de bullangas creemos que debe haberle sabido á gloria que la parte de

feria ó de verbena que se preparaba para el Centenario, se haya declinado por *brevis et breve*. Por muy fecunda que supongamos la inventiva de nuestros ediles, ¿cómo se querta que salieran de los obligados, y ya por lo repetidos insufribles números de los arcos de follaje, colgaduras, luminarias, procesiones cívicas y cabalgatas más ó menos ridículas ó amamarrachadas? Y sin embargo, hay quien dice que la falta de estas cosas constituye para las fiestas centenarias un ruidoso fracaso.

Bien es cierto que los que así discurren son los mismos que califican de *lata* á todo trabajo encaminado, ora al esclarecimiento de los puntos dudosos de la historia de los viajes de Colón, ora al justísimo encomio de aquellos portentosos hechos y de aquellos prodigiosos varones, por los que vino el hombre á ser soberano de toda la tierra. ¡Lata!... Con este despreciativo mote del *caló* en uso se desdeñan los libros, los artículos, las poesías que se escriben en loor de Colón y de sus compañeros, favorecedores y sucesores en la invención de las Américas. ¡Lata es todo trabajo serio, toda investigación erudita, todo discurso, toda conferencia, hasta todo artículo que pase de media columna de periódico; lo único que no es *lata* son las noticias de *La Correspondencia*, el chismorreo diario y los farolillos de colores! En esas *latas*, empero, consiste la importancia de este Centenario, y por virtud de ellas se ha de elevar á los ojos de la posteridad á la altura de un verdadero acontecimiento.

No entra en nuestro propósito referirnos en este artículo á lo que en el orden de la arquitectura, escultura, pintura, litografía y tipografía ha dado ya de sí el Centenario. Cosas ha producido que permanecerán, y que las generaciones venideras sabrán apreciar como se merecen. Sólo con que se hubiera restaurado el histórico monasterio de la Rábida, deberíamos bendecir los católicos y los españoles todos la idea de celebrar estas fiestas conmemorativas. Pero se ha hecho mucho más: con motivo del Centenario se ha devuelto á la Orden franciscana ese mismo monasterio restaurado; se han erigido estatuas, se han pintado cuadros, se han concluído edificios monumentales en Madrid que, á no ser por esta circunstancia, sólo Dios sabe cuándo se habrían terminado; los talleres tipográficos han gallardeado, demostrando á propios y extraños sus progresos en hermosos números de periódicos y en brillantes ediciones de libros; las dos Exposiciones, finalmente, que se preparan en esta corte, prometen ser de lo más original, bello é instructivo que cabe en su clase.

Pero en nada se nos ha ofrecido más consolador espectáculo que en el movimiento literario dimanado del Centenario. Se han escrito tantos artículos y tantos libros, que forman ya una copiosísima biblioteca colombina. Claro es que no todo es excelente, y que abunda más lo mediano que lo bueno. Pero también es cierto que ni lo bueno ni lo óptimo faltan. Consignaremos brevemente, á título de recuerdo, algo de lo mucho que han producido los ingenios españoles con motivo del Centenario colombino.

La primacía corresponde, por lo menos en cuanto á prioridad de tiempo, al Padre Franciscano Fray José Coll, que en virtud de santa obediencia compuso, hace más de un año, su libro *Colón y la Rábida*, del que corre ya la segunda edición, notablemente aumentada.

Es un libro digno del objeto á que se le destinó, fruto de largos y provechosos estudios, y escrito con mucha sencillez, que no es obstáculo para que en ciertos momentos brillen sus párrafos con el fulgor de la elocuencia. La descripción del santuario de la Rábida es acabada, y la cronología colombina en España, punto dudoso y oscuro de la historia del descubrimiento, está muy bien estudiada y expuesta con claridad. Algunas de las tesis que sustenta el P. Coll han sido y son materia de controversia entre los eruditos. Es natural que el autor de *Colón y la Rábida* no se olvide, ni por un momento, de que es Franciscano, y que procure por todos los medios lícitos de la polémica histórica el enaltecimiento de los méritos de su Orden religiosa en la invención de América; pero son tales, tan notorios y grandes aquellos méritos, que no tiene que es-



EL RÍO PARANÁ

forzarse mucho el entusiasta Franciscano para que aparezcan al lector luminosos y brillantes. Quizás se deba en gran parte al libro del P. Coll el acto de justicia en cuya virtud se ha devuelto a los hermanos de Fray Juan Pérez y de Antonio de Marchena la posesión de su glorioso solar de la Rábida.

El ilustrado Canónigo Lectoral de Salamanca, D. Alejandro de la Torre y Vélez, publicó en un elegante volumen de 304 páginas, un trabajo intitolado *Estudios críticos acerca de un período de la vida de Colón*. El Sr. Torre y Vélez hacía mucho tiempo que consagraba sus talentos al exámen del grandioso acontecimiento de la invención de América, y no es el libro que ahora ha visto la luz el primero que a este asunto ha dedicado. Para el Lectoral de Salamanca, el descubrimiento del Nuevo Mundo es suceso de tal magnitud que, no sólo marca época en la historia humana, sino que es manifestación evidente de uno de los mayores designios de Dios respecto de la humanidad. Todo tiende, según el plan divino, a la unidad, y lo que en cualquier orden de la vida realiza ó cumple la unidad, es la cúspide del progreso en aquel orden; Colón realiza la unidad material del mundo, y por eso no tiene, ni puede tener en grandeza histórica dignos rivales, sino en aquellos mandatarios directos del Altísimo, que han fundado, por orden ó revelación divina, la unidad moral del dogma y del amor. De este modo elevado y filosófico-histórico de considerar a Colón, deduce el señor Torre y Vélez mil ingeniosas consecuencias, todas enaltecedoras de los méritos del almirante, y que expone en un estilo, no tan claro y sencillo como reposado y elocuente. Pero el señor Torre y Vélez, además de filósofo, es erudito, y ha estudiado con mucho detenimiento los viajes de Cristóbal Colón por Cas-

tilla, y muy especialmente su estancia en Salamanca, ennoblecida por el trato y amistad de Fray Diego de Deza, y de los Dominicos del histórico y monumental convento de San Esteban.

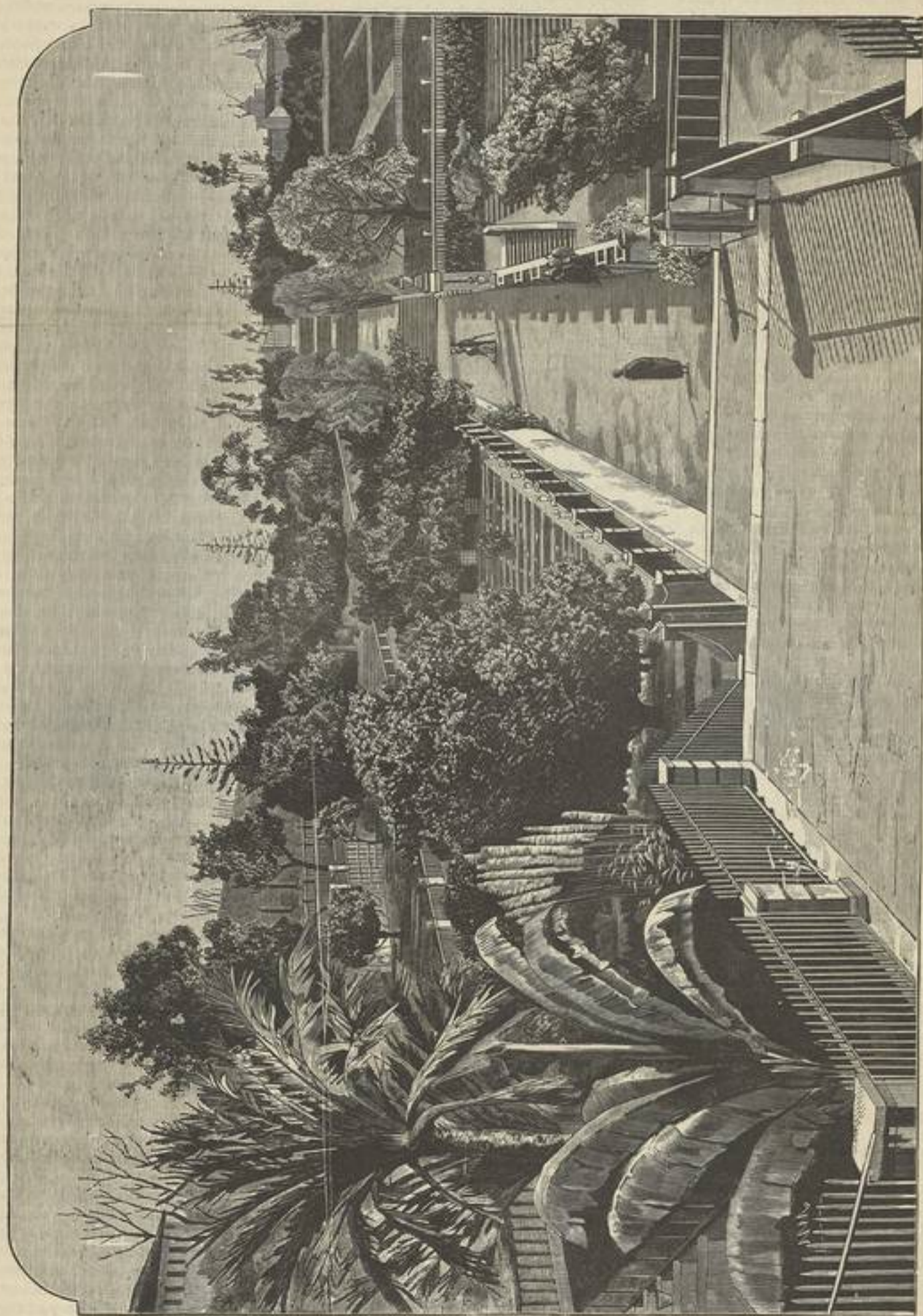
La *Historia del descubrimiento de América*, por Emilio Castelar, que algunos han calificado nada menos que de epopeya, quizás no merezca título tan excelso, y quizás se noten en este más que en otros libros de su autor los defectos generales del estilo castelarino y del modo que tiene el famoso tribuno de concebir y de escribir la historia. Es probable que ni los mismos que más ensalzan la última producción del Sr. Castelar se atrevan a leerla desde el principio hasta el fin; porque, en efecto, resulta insoportable la monotonía de aquella prosa deslumbrante, sin sombras ni matices, en que todo es color vivo y luz sobre luz, como una llanura extremeña ó manchega en un medio día de cangula. Hermoso es el párrafo; pero tan prodigado, hasta y empalaga. Los conquistadores de Méjico y el Perú tiraban el oro, despreciándolo por su abundancia misma; el estilo del Sr. Castelar es un Potosí de retórica; y las imágenes, tan despilfarradas, llegan a parecer avalorios de fruslerías. Lo mejor que ha dicho el Sr. Castelar del descubrimiento de América, díjolo antes de publicar su libro, y fué aquello de que *si América no hubiera existido, Dios la habría hecho surgir del fondo de los mares para premiar la fe de Colón*. ¡Hermostísimo pensamiento que parece inspirado comentario a las divinas palabras: *la fe transporta las montañas!*

En la *Historia del descubrimiento de América*, la simple primera lectura nota multitud de inexactitudes históricas. En la parte referente a las conferencias en San Esteban, de Salamanca, se advierte desde luego que el tribuno no conoce ó no recuer-

da ni la distribución interior del edificio. Hay allí descrito un salón de *de profundis*, del que los salmantinos ilustrados no podrán por menos que sonreirse. Así de otros muchos pasajes de la obra. Por otra parte, la prosa del Sr. Castelar aparece decaída, como envejecida, en este libro. Fuera de los cantos, el recitado es de una desmaña y confusión inconcebibles. ¡Qué aduladores resultan los que comparan la prosa castellana de Castelar con la prosa francesa de Renán!

Pero no por esto hemos de negar los méritos que avaloran el libro del Sr. Castelar. El retrato moral del almirante es una obra maestra. Pocos escritores han sabido presentar tan clara y elocuentemente el carácter complejo, contradictorio, del alma de Colón; de aquel espíritu que por su cima parecía confundirse con los de los místicos é iluminados, y por su base parecía uno con el espíritu de los mercaderes, sólo atentos su provecho y ganancia! También aparece en las páginas del Sr. Castelar perfectamente interpretado el fin religioso del descubrimiento; y aquella frase de que *Colón no se creía sólo en el mundo como algunos sabios modernos*, vale un imperio, así como los párrafos en que se pinta la devoción de los marinos a la Santísima Virgen, y otras muchas partes del libro.

Siguiendo antigua y provechosa costumbre, el Sr. D. León Carbonero y Sol ha publicado un volumen de 260 páginas, dedicado a Cristóbal Colón, bajo el título expresivo de *Homenaje*. Es una colección de cuanto al Sr. Carbonero ha parecido más digno de perpetuarse referente al almirante y a su prodigioso suceso. Inserta en primer lugar el señor Carbonero unos hermosos párrafos que César Cantú pone en labios de Colón, a semejanza de los famosos discursos de Tito Livio y Mariano; y des-



JARDÍN BOTÁNICO DE LA UNIVERSIDAD DE COIMBRA

pués una biografía sucinta del descubridor, que vió la luz en *El Basso*, y artículos curiosísimos, originales ó transcritos de otras publicaciones. A nuestro juicio, los más interesantes son los dedicados a probar la legitimidad del segundo matrimonio de Cristóbal Colón, y por ende la de D. Fernando, hijo segundo del inmortal genovés. Uno de los artículos del libro del Sr. Carbonero, en el que se hace notar la coincidencia de haber ocurrido á Colón todos sus sucesos faustos en viernes, ha merecido el honor de ser copiado por *El Imparcial* y por casi todos los periódicos de España.

El doctor D. Joaquín Torres Asensio, Canónigo lectoral de Madrid y conocidísimo literato, recibió el encargo de escribir algo original acerca de Colón. Para cumplir su cometido, empezó el Sr. Torres Asensio por buscar las fuentes históricas del descubridor y del descubrimiento, empezando su estudio por releer los opúsculos de Pedro Mártir de Anglería, el constante agregado á la corte de los Reyes Católicos, y que, á instancias de los Pontífices y otros personajes de su tiempo, fué el primero que trató por escrito de las cosas del descubrimiento del Nuevo Mundo. Con exactitud describe á Pedro Mártir Menéndez Pelayo, calificándole de periodista; porque, en efecto, periodístico fué su estilo, periodística su manera de ver y apreciar los sucesos. No era lo que se llama un historiador, sino lo que hoy decimos un *informador*. Sus cartas y sus *Decadas* oceánicas, redactadas cuando sucedían los acontecimientos, y basadas en referencias y dichos de los mismos héroes del descubrimiento y la conquista de Ultramar, tienen un valor histórico indiscutible y una frescura que sería en vano exigir de sus continuadores y sucesores.

Las cartas y opúsculos de Pedro Mártir de Anglería, son las fuentes primeras y fundamentales para la Historia general de España durante el reinado de los Reyes Católicos, y para la particular de la invención de América. En esa fuente han bebido Washington, Irving, Prescott y todos los escritores modernos que tratan de aquellos asuntos. También pensaba valerse de sus aguas el Sr. Torres Asensio; pero en su excelente y depurado gusto literario, admirablemente secundado por su modestia ejemplar de cristiano y de Sacerdote, comprendió luego que mejor que aparecer ante el público adornado de plumas ajenas, era presentar, sin hipócritas velos, el mismo manantial, puro y fresco, de la corriente, para que todos pudiesen apagar la sed en sus linfas cristalinas. Lo que quiere decir que, el señor Torres Asensio prefirió á escribir un libro basado en el texto de Anglería, verter al castellano todos los pasajes de las cartas y obras de éste, referentes al descubrimiento. ¡Hermosa resolución, en cuya virtud poseemos hoy en castellano, ó lo que es igual, al alcance de todas las fortunas intelectuales, uno de los libros antiguos más curiosos é interesantes de los que tratan de cosas de España! Titúlase la traducción del Sr. Torres Asensio, á la que precede un eruditísimo y bien redactado prólogo del traductor, *Fuentes históricas sobre Colón y América, Pedro Mártir de Anglería*. Van ya publicados tres tomos, y de un momento á otro aguardase el tercero.

ANGEL SALCEDO.

La Pasión de Jesucristo

CAPÍTULO VII

Es presentado Jesús ante el Sumo Sacerdote; fírmase juicio contra él, y Simón Pedro le niega.

DEPRISA y atropelladamente subió la patrulla de soldados, ministros del Templo y sacerdotes por el camino que conducía del valle de Getsemaní á la ciudad de Jerusalén. En medio de ellos iba Jesús, atadas las manos, el vestido descompuesto, todo el cuerpo fatigado y trasudando. ¡De cuán diferente manera había subido pocos días antes, cuando entraba en la Santa Ciudad como glorioso triunfador, y era aclamado por jubilosa

muchedumbre y bendecido y victoreado como rey de Israel y Restaurador del trono de David!

Después de llegar á la colina ó meseta de Ofel, atravesaron los enemigos de Jesús el arrabal que allí había y entraron en la ciudad.

Iban con mucho tropel y algazara atronando las calles, charlando y vocinglando frenéticamente, y jactándose con voces descompasadas de haber dado al fin remate feliz á una empresa que tantos cuidados y temores les había costado. Acudiría la gente á estas voces, deseosa de conocer la causa de aquella gritería á hora tan intempestiva de la noche; ansiosa y llena de curiosidad, asomarse á las puertas y ventanas, y cuando á la luz de las antorchas y linternas que llevaban los soldados viese que el preso y maniatado era aquel Jesús que había sido tan admirado de todos por sus prodigios, tan seguido y escuchado por su doctrina, y á quien pocos días antes habían visto entrar en Jerusalén entre palmas triunfadoras y con aplausos y aclamaciones de la muchedumbre, ¡cuál sería su asombro y admiración! ¡cómo correría de boca en boca la noticia! ¡qué variedad de pareceres y juicios se formarían! ¡y qué rubor y vergüenza encendería el semblante del Salvador al verse en aquel extremo de abatimiento é ignominia, objeto de la curiosidad universal, y asunto de lástima ó afrenta de todos!

Con la precipitación que andaban y con la prisa y aceleración que querían dar á aquel asunto, era natural que los ministros del Templo condujesen á Jesús directa é inmediatamente ala presencia del Sumo Sacerdote José Caifás, presidente del Sanhedrín, y ante el cual había de verse y sustanciarse su causa. Pero el Evangelista San Juan, puntualísimo historiador de lo que pasó en las postreras horas de la vida del Salvador, advierte con su habitual exactitud que antes de ser llevado Jesús al dicho Sumo Sacerdote, fué conducido á la presencia de otro gran personaje que había á la sazón en Jerusalén, por nombre Anás, de quien ya se ha hecho mención en esta historia, y cuya casa ó palacio, según antiquísima tradición, estaba camino del Templo, en la pendiente que mediaba entre la parte más alta de la ciudad y el valle de Tiropeón.

En la historia judaica de los tiempos del Salvador no hay personaje más conocido ni que tanta influencia tuviese en los acontecimientos de la nación israelítica como este Anás ó Hanan, como le llama constantemente el historiador Flavio Josefo.

Rico, poderoso, influyente, nadie era más feliz que él en la apariencia y según la opinión del mundo, nadie tampoco más aborrecido y execrado. Siendo bien querido de los romanos, había venido á ser el hombre más importante de Jerusalén, y con quien había que contar, así para los casos prósperos y felices como en los difíciles y apretados. Perteneciente á la tribu de Leví y personificación adecuada del Sacerdocio en aquella época de miserable y vergonzosa decadencia, había llegado por su influencia y poderío á la cumbre del Sumo Pontificado, y aunque no había durado en él más que seis ó siete años, había conseguido, gracias á sus mañas y astucia, que lo fuesen también hasta cinco de sus hijos, y además un nieto y su yerno José Caifás, que lo era en aquellos días; de suerte que, exceptuando dos años solamente, por espacio de unos cincuenta el Sumo Pontificado estuvo como vinculado en su familia.

Con tan larga duración en el mando, ya por sí, ya por sus hijos ó criaturas, había sido el centro en cuyo contorno se había movido toda la vida religiosa de Israel y la civil que de ella dependía, el distribuidor de las gracias y favores, y el alma del Consejo del Sanhedrín, Tribunal donde se resolvían los supremos negocios é intereses de Israel. Debía esto á su nativa audacia, á sus astucias y bellaquerías, á sus complacencias y contemporizaciones con el poder de los romanos, y ante todo y sobre todo á sus inmensas riquezas, sacadas de las entrañas del

pueblo á fuerza de violencias y sacrilegios, y con las cuales le había sido fácil sobornar la ya no muy escrupulosa autoridad de los gobernadores del Imperio, cebando con oro su desapoderada rapacidad, con el fin de traerlos á sus inclinaciones y caprichos. Origen ó venero principal de estas riquezas era el Templo con las mercancías indignas que allí se hacían, acaparadas por él y por los suyos, y con las ofrendas cuantiosas depositadas por el pueblo y traídas por medios ilegales á las arcas del Sumo Sacerdote y de su avariciosa familia. Aunque en trato continuo oficial con Dios y cúspide de la religión del pueblo de Israel, y por el cual éste se comunicaba con la Divinidad y conocía sus oráculos y voluntades, ni eran muy ejemplares sus costumbres, ni su celo por la casa de Dios era muy rígido ni intransigente en demasía, antes, como buen saduceo, era muy complaciente con los gentiles, patrocinador de su imperio, y por lo tanto poco afecto, ya que no abiertamente hostil, á las aspiraciones nacionales. Motor y fomentor principal de aquel turbión de pasiones miserables que agitaban aquellos días á la nación de Israel, él había sido años atrás causa ó cooperador principal en que la Presidencia del Sanhedrín fuese confiada á los Sumos Sacerdotes, pasando de esta manera la administración de los intereses populares del partido fariseo, encarnación de las pasiones religiosas populares, al de los aristócratas saduceos, complacientes y abatidos servidores del poder romano. Recordaba esto el pueblo y gritaba y se escandalizaba, estigmatizando con apodosos infamantes á aquel indigno Ministro de la Religión, traidor á su patria y á la fe de sus mayores. Llamábanle á boca llena á él y á su familia con los nombres de *viboreznos y silbidos de la serpiente*, indicadores de sus trapacerías y artimañas para corromper á los jueces y á los tribunales; representaba al mismo Templo, como quejándose de ellos y queriéndolos lanzar de sí como afrentadores de los venerandos misterios; citaban sus nombres como sinónimos de la prevaricación y del escándalo, diciéndose sin rebozo que por ellos era violada toda moralidad, pervertida la justicia y ahuyentada la Schekhina (la gloria de la Majestad de Dios) del pueblo de Israel. Oían tales querellas aquellos infames ministros del Santuario, mas no por esto se corregían; antes con buenas palabras en los labios y sin sombra de temor de Dios en el corazón, perseveraban malditos y empecatados, explotando la credulidad popular, desafiando la ira divina y los rencores del pueblo, y supliendo con su audacia é hipocresía la fe y el temor de Dios que no abrigaban en sus almas.

Delante de este terrible y sombrío personaje fué presentado Jesús en el primer paso ó trance de la causa. No hay que advertir en la diferencia de hombre á hombre, de ideas á ideas, que se pusieran de frente en aquella triste ocasión. Ni buscado á propósito hubiera sido posible dar con un sujeto cuya actitud y carácter moral contrastase tan extraordinariamente con el del reo que se le ponía delante.

Sin duda, más que el deseo de fallar y entender en la causa de Jesús, sería la curiosidad y el capricho lo que movía á Anás á tomar parte en aquel negocio; creería por de contado que un hombre de su estofa no podía menos de intervenir en asunto que de tal manera excitaba la atención de todo Israel; su fatuidad y orgullo se darían por satisfechas con ser el primero en desflorar un asunto que tanto preocupaba al Sanhedrín y á la autoridad religiosa de Jerusalén. Tal vez tendría viva curiosidad en tratar de cerca á aquel mozo fanático y atrevido, pobre provinciano, oscuro é ignorante galileo, que en un arrebatado celo había volcado las mesas del famoso comercio ó bazar de los hijos de Anás, del cual él y los suyos interesaban tantos provechos, y que había sido calificado por Jesús de cueva y guarida de ladrones. En fin, como suegro que era de Caifás y su inspirador y patrono, se juzgaría sin duda con más derecho que

nadie (y así también lo creerían los que llevaban atado á Jesús) á ser el primero en intervenir en una causa de cuya iniciativa le tocaba á él la parte, como también la gloria principal.

Ignórase lo que pasó entre Jesús y este famoso personaje. Es probable que el orgulloso saduceo se contentaría con verle y no más, persuadido de que no le hacía poco favor con descender de la altura de su dignidad hasta llamar á sí á un hombrecillo por ahí y admitirle á su presencia. Satisfecha su curiosidad, Anás envió á Jesús atado como estaba á Caifás para que éste, asesorado de sus amigos y compañeros en el Sanhedrín, conociese directa y oficialmente la causa del reo y la sustanciase conforme á los requisitos legales.

A esto se redujo la influencia visible de este personaje en la causa de Jesús, tal como aparece en la narración evangélica. Pero, aunque no lo exprese el Evangelio, no hay duda en que su intervención hubo de ser más eficaz de lo que pudiera parecer á primera vista, ya como jefe del partido saduceo, perseguidor de Jesús y de los suyos, ya como consejero de su yerno Caifás, autor visible del homicidio jurídico que iba á consumarse. Por lo demás, si la intervención de Anás en la causa de Jesús no aparece más clara y visible, fué ya porque no siendo Sumo Sacerdote, no tenía poder oficial de pronunciar la sentencia de muerte que anhelaba, ya por ser excusada esta intervención, supuesto que al enviar á Jesús á su yerno estaba seguro de encomendarle en buenas manos y en un instrumento ciego de sus voluntades y deseos. De suerte que, al fin de todo, aquel astuto saduceo hubo de ser el responsable principal de la muerte de Jesús, como lo fué en los días adelante de la persecución que se movió contra sus discípulos y seguidores.

Es probable que preso ya Jesús y asegurado, el mismo Anás pagase á Judas la cantidad que le había sido estipulada en el contrato, si ya no es que satisficiera esta cuenta un tal Helcias, que por aquellos días era tesoro del Templo; es asimismo verosímil que logrado el fin que de ellos se había pretendido, se despachase á los soldados de la cohorte romana, y que se marchasen cada uno por su lado los que habían intervenido en el prendimiento de Jesús. De esta manera quedó éste solo, desamparado de todos y en manos de sus crueles enemigos, entregado á cuanto quisiesen hacer con su persona.

La primera entrevista que tuvo Jesús con el Sumo Sacerdote Caifás parece haber sido en privado ó por lo menos delante de muy pocas personas, de algunas de las cuales la pudo saber el Evangelista San Juan, que es el único que la cuenta, por cierto con pormenores muy individuales y característicos, según es su estilo, y que conforman admirablemente con las costumbres y estado moral de la sociedad israelítica.

Queda ya indicado en otro lugar algo sobre el carácter de José Caifás, su temeridad y petulancia, su ningún temor de Dios, y su afán de proveer á su comodidad y bienestar, aunque fuese necesario para ello atropellar todas las leyes divinas y humanas.

Pero ya que esta violencia y temeridad de carácter van á aparecer en toda su horrible y espantosa desnudez, cumple dar algunas más noticias de él, de los antecedentes de su vida y de la importancia de su persona en el período crítico de la historia de Israel, en que se realizaron los acontecimientos que estamos historiando.

Según se ha dicho en otra parte, José Caifás era yerno de Anás, y formaba con él y con su familia aquel núcleo espantoso de personajes que tanta parte tuvieron en las desventuras de Israel en las postrimerías de su independencia. Llamábase José, por sobrenombre Caifás, y era yerno de Anás, con una de cuyas hijas estaba casado. Había sido nombrado Sumo Pontífice por el Procurador Valerio Grato, y aunque á poco del nombramiento vino á gobernar la Judea Poncio Pilato, supo mantenerse en aquella suprema dignidad y permanecer en ella más

que ninguno de los Sumos Pontífices de su tiempo. San Jerónimo dice que á su nombramiento no había sido extraño el dinero, cosa que nada tiene de particular en unos días en que esta era la manera usual de lograr aquella dignidad. Su instrucción era tan escasa, que ni siquiera era capaz de leer ni interpretar los textos de los libros sagrados que solían leerse en las juntas del Sanhedrín, por lo cual habla de ayudarle en este menester su suegro Anás, que desempeñaba en aquel Tribunal el oficio de Sagán ó Vicepresidente, y de quien era su yerno docilísimo instrumento. Pero si le faltaba instrucción y talento, sobrábale violencia y audacia. Como buen saduceo, era soberbio, altivo, despreciador de los demás, temerario y arrojado en sus juicios, insolente y petulante en sus palabras. Su avilantez y procacidad no se detenían ante ninguna suerte de consideraciones ó respetos. No le importaba abusar de la autoridad de su oficio para satisfacer sus pasiones particulares, ni de usar para fines de iniquidad y violencia lo que debiera sólo servir para actos de legalidad y rectitud. Envidioso del mérito ajeno, carcomiase entresí al ver á otros ensalzados y enaltecidos; y á trueque de abatirlos y anonadarlos, se propasaba á los mayores desafueros. Simulando mucha escrupulosidad y delicadeza de conciencia en lo que se refería á la pureza legal, era muy desocupado y de manga ancha para lo que tocaba á la rectitud y honestidad de costumbres. Viviendo en una atmósfera de adulación y de soborno, no tenía más regla de obrar que la ley de la propia utilidad y conveniencia. Con tal de tener propicios á los que le podían favorecer, nada le importaba el temor de Dios ni su juicio y venganza. La razón de estado era la norma de su política; á ella plegaba y rendía deberes de la conciencia, tradiciones nacionales, honras é intereses de las personas, la paz y el bienestar del pueblo. El haber subido al Sumo Pontificado en pos de cuatro que habían obtenido aquella dignidad y sido depuestos por el Procurador Imperial por no satisfacer bastante sus caprichos, y el haber logrado mantenerse en ella más tiempo que ningún otro, parece indicar que no le eran ajenas las artes de la intriga y de la política, aunque para esto no necesitaba de su propia industria quien contaba con la de su suegro Anás, famoso en la historia judaica de aquel tiempo por sus políticas trapacerías. Ya por razón del parentesco, ya por comunidad de inclinaciones y miras políticas y religiosas, vivían yerno y suegro tan unidos y conformes, que realmente parecían haber nacido el uno para el otro. La astucia de Anás se completaba con la audacia de Caifás; eran dos almas en un cuerpo; dos diabólicas energías en una sola personalidad; dos Pontífices, pero un solo Sumo Pontificado, según la gráfica y característica expresión del Evangelio. Mil veces se habían conchavado estos dos odiosos personajes para llevar adelante sus bellaquerías, abusando del poder que habían asaltado y sirviéndose de los recursos de la Religión para el logro de sus malvados intentos; mas esta espantosa mancomunidad de abominable interés en ninguna ocasión pudo patentizarse más que en el proceso de Jesús.

Tal era el hombre que, puesto al frente del Tribunal Supremo de Israel, era tenido como voz de los oráculos divinos, depositario de la justicia, y Doctor supremo de la fe y de la doctrina religiosa. A este extremo de abyección y de ignominia había descendido la dignidad augusta de Aaron, gloria la más alta de Israel, ante cuya veneranda presencia se había postrado el grande Alejandro; á tal extremo de corrupción y envilecimiento había llegado el sucesor de Aarón, el Doctor Supremo de la fe y depositario de la justicia; así se envilecía á los ojos del pueblo la cúspide de la Religión y el Mediador entre Dios y los hombres.

Delante de este hombre indigno, como se ha dicho, fue presentado Jesús para ser ante él examinado y juzgado. Frente á frente se encontra-

ron el Santo y Sumo Pontífice de la Nueva Ley y el odioso representante de la antigua; aquél, humilde, atadas las manos, descompuesto en su traje y vestido; éste, altivo, engreído el semblante, toda la fisonomía respirando desvergüenza y soberbia.

Al ver á Jesús no pudo reprimir el indigno Ministro del Santuario la alegría feroz que palpataba en el pecho; una sonrisa diabólica ondeó en sus labios; vióse arder su mirada con fulgor infernal, y rebosar en toda su fisonomía el insensato placer que le colmaba el corazón. Al fin había logrado lo que con tantas ansias y por tanto tiempo había deseado; ya tenía en sus manos al hombre á quien tantas veces se había intentado prender; no se le podía escapar. Era llegado el momento de sentar la mano al revolver del pueblo, al perturbador de su paz y tranquilidad, al que amenazaba á la posición y á la paz y bienestar temporal del Sumo Pontífice y de sus aláteres y paniaguados.

Habiendo Caifás, como se ha visto en otra parte, pronunciado sentencia de muerte contra Jesús, aun antes de verle ni oírle, es claro que el formarle proceso había de ser para él cosa excusada y de ceremonia, y así fué en efecto, según que se verá en el discurso de esta historia. Mas como quería atenerse á la ley y á la costumbre, no quiso prescindir de la legalidad; y por esto, desde el momento en que tuvo en sus manos á Jesús, todas sus ideas y pensamientos fueron encaminados á la regular formación del proceso. Así, sin perder tiempo, luego que estuvo á solas con Jesús, comenzó á hacerle aquellas preguntas que pudiesen abrir camino á lo que intentaba.

Las primeras que le hizo versaron, según dice el Evangelista San Juan, sobre sus discípulos y doctrina. Aunque en estas cuestiones entraría por algo la curiosidad, no se puede negar que esto pudo ser también efecto de la premeditación, ya que en ellas podía tenderse el lazo donde querían coger á Jesús sus enemigos. En verdad, en el estado á que habían llegado las cosas, era fácil suponer que el Maestro de Galilea hubiese orinado una escuela ó secta religiosa particular, con doctrinas especiales y esotéricas, con fines contrarios al orden de cosas establecido y con tendencias opuestas á las de las autoridades religiosas de Israel. Y dada esta suposición ó sospecha, no se puede negar que las preguntas del Sumo Sacerdote iban bien encaminadas, como quiera que cualquiera desliz ó inadvertencia en este punto hubiera sido muy á propósito para entablar y poner en buen punto el proceso, dando ocasión para acusarle de despreciador de la ley, de perturbador de la religión y de alborotador del pueblo.

Pero si el lazo estaba bien armado y tendido, no pudo ser destruido con más discreción que la usada en este caso por Jesús; porque luego que el Sumo Sacerdote hubo hecho su pregunta, Jesús, sin demorar el semblante, antes con gran tranquilidad y mesura, contestó en estas graves palabras: «Yo paladinamente he hablado al mundo; yo siempre he enseñado en la Sinagoga y en el Templo, á donde todos los judíos concurren, y nada he hablado á hurtadillas. ¿Qué me preguntas á mí? Preguntas á aquéllos que han oído lo que les hablé; he aquí que esos saben cuáles cosas yo haya dicho.»

La respuesta de Jesús no pudo ser más digna ni más oportuna y discreta. A más de ser ocioso entrar en largas esplicaciones sobre puntos de doctrina delante de quien decididamente no quería escucharla, el medio más fácil y el más seguro y auténtico para juzgar de lo que enseñaba Jesús era el testimonio de los que le habían oído y seguido en sus correrías y predicaciones. El nada había enseñado en secreto y con misterio; su predicación había sido franca, hecha á cielo descubierto y en presencia de muchedumbres innumerables. Aun lo que enseñaba privadamente á sus discípulos, no sólo no lo recataba del público, sino que encargaba que lo que les decía á ellos al oído lo proclamasen

desde los tejados. De la bondad de esta doctrina, y de su conformidad con las prescripciones de la ley y con las tradiciones mosaicas, no faltaría quizá, entre los pocos que presenciaban aquella forma de juicio ó entrevista con el Sumo Sacerdote, quien pudiese dar cumplido testimonio. No lejos de allí andaría, sin duda, alguno de aquellos Ministros del Templo que, enviados por los príncipes de los Sacerdotes, tal vez por el mismo Caifás, para sorprender á Jesús mientras doctrinaba al pueblo, se retiraron espantados de las cosas que le oían, y teniéndolas por tan santas y divinas, que, según decían, nadie había hablado jamás como aquel hombre. Fácil era, pues, á Caifás averiguar la verdad de lo que quería saber, y con más seguridad que si el mismo Jesús se lo dijera y explicara.

Así hubo de entenderlo el Sumo Sacerdote, ya que á pesar de la ojeriza que tenía contra Jesús no encontró en la contestación de éste cosa ninguna de que asirse para ponerle acusación ó querrela, ni aun para seguir adelante con su interrogatorio. Pero no fué así entre los que estaban presentes. Porque uno de los esbirros ó ministros del Pontífice, hombre vil y abatido, de aquéllos que viven alrededor de los grandes para adularlos y entontecerlos, de aquéllos que por hacer lisonja y ganarse la gracia de sus señores no reparan en cometer las más atroces villanías, juzgó irrespetuosa la respuesta de Jesús, tan llena de verdad, de mansedumbre y de entereza, y así, encendido en furor, con el rostro torvo y los ojos encandilados, se volvió indignado á él, y le dijo: «¿Así respondes al Pontífice?» Y diciendo y haciendo, levantó el brazo sacrilego y descargó tremenda bofetada sobre el rostro de Jesús.

No se turbó éste con tan grave injuria, recibida delante del Sumo Sacerdote; antes mesurando el semblante y mostrando en todo su continente el sosiego de su mansedumbre, volvióse al que le había herido y le dijo: «Si hablé mal, da testimonio acerca de lo malo; y si bien, ¿por qué me hieres?» ¡Cuántas veces habría exhalado tales quejas la inocencia, vilipendiada por los ruines delante de los grandes y poderosos! ¡cuántas veces también estos poderosos han dejado, como Caifás, que se insulte al inocente, disimulando sobre faltas é injurias evidentes, mientras que perseguían con mucho calor á un reo dudoso, cuando no á un inocente declarado! Tristes efectos de la diabólica simpatía y compadrazgo entre los altos y poderosos y sus aduladores y esbirros. Cuando los que debieron defender la inocencia y la justicia están dispuestos á hacerle traición, no es extraño que se proponen contra ella los que viven á su sombra y se amparan con su autoridad. Acosado por la soberbia y despreocupación de los de arriba y por la desvergüenza y procacidad de los de abajo, el desdichado que ha caído bajo su poder podrá gritar y quejarse; pero sus quejas serán ahogadas en la indiferencia y en el desprecio, y los unos por hacer lisonja á los que les pueden ayudar con su favor, los otros por no atreverse á castigar á los que les halagan y adulan, dejarán al inocente expuesto á las mayores injusticias, víctima miserable de violencias manifiestas de los unos y de ocultas connivencias y debilidades de los otros.

La calma y tranquilidad de Jesús, la serenidad y presencia de ánimo con que había respondido al Pontífice, y la entereza varonil con que, aunque rodeado de enemigos y delante de aquéllos que con una sola mirada ó gesto podían perderle, había vuelto por sí y defendiéndose de la violencia de los que le maltrataban, era indicio manifiesto de que el reo que estaba delante del Sumo Sacerdote no se dejaría imponer de amenazas ni seducir ni impresionar por habilidades y argucias; que era, en fin, aquel mismo Jesús que pocos días antes había desconcertado y reducido al silencio á los enviados por las sectas de Jerusalén, acusándolos paladinamente y execrando con la más vehemente elocuencia sus crímenes y maldades. Creyese

esto ó no el Sumo Sacerdote, parece que dejó de molestar á Jesús con preguntas y disquisiciones, y sólo pensó en reunir cuanto antes á los que habían de juzgar el proceso, que eran los miembros del Tribunal ó Consejo del Sanhedrín, á quienes competía de derecho entender en la causa de Jesús.

No parece natural, ni aun era moralmente posible, que este Consejo que quiso reunir Caifás á altas horas de la noche para juzgar á Jesús fuese el gran Consejo del Sanhedrín, compuesto de setenta y un miembros, con sus tres cámaras ó secciones de escribas, ancianos y sacerdotes. Más bien sería el Consejo particular que tenía el Sumo Sacerdote, compuesto de sus amigos y paniaguados, del cual se valía para los casos urgentes, y que era dócil instrumento de sus caprichos y quereres. A estos, pues, fué á quienes despachó aviso para que se reuniesen y viniesen á ayudarle á llevar á buen término un negocio que era para él de suma importancia y trascendencia. No sería difícil dar con ellos, como quiera que algunos habían intervenido en el prendimiento de Jesús, y por consiguiente andaban muy cerca, si ya no estaban presentes; otros habían acudido por sí á la noticia de la hazaña llevada á cabo, y otros estarían en el Templo empleados en las ceremonias que en él se practicaban á aquellas horas.

Dejémoslos, pues, que se reúnan y que se hablen y confabulen entre sí, y manifieste cada cual las ideas y los sentimientos que produce en él la noticia de lo sucedido, y manifieste sus alborozadas esperanzas de que al fin se dé remate á un negocio que los ha traído por tanto tiempo tan preocupados é inquietos; y mientras que en lo alto del palacio del Sumo Sacerdote se hacen los preparativos del juicio que se va á formar, y Jesús espera allí, atadas las manos, lo que va á resolver de él el Tribunal, veamos lo que pasa en la parte inferior de la casa del Pontífice, entre los criados y gente de servicio, y entre la muchedumbre de curiosos y desocupados que por allí andan.

Porque es el caso que al ruido y alboroto promovido en la ciudad por el prendimiento de Jesús, ha acudido gran golpe de gente á la entrada del palacio del Sumo Sacerdote, deseosa de conocer los pormenores de aquel negocio. Muchos forcejean á entrar, y en el barullo y confusión que allí reina se tiene por muy dichoso el que lo consigue. Ha logrado esta suerte, gracias á la cabida que tiene con el Sumo Sacerdote, uno de los discípulos de Jesús, ya fuese San Juan, como algunos creen, ya algún ciudadano de Jerusalén amigo del Santo Maestro. No ha sido tan afortunado Simón Pedro, que extraño y advenedizo en la ciudad, y no conociendo á nadie de aquella casa, por más que lo intenta y forcejea se ve obligado á quedarse allá fuera, junto á la puerta. Mas al fin, sabiendo que el otro discípulo, su conocido y amigo, está dentro, halla traza de hacer llegar hasta él su pretensión, y como el discípulo dijese dos palabras á la mujer que, según la costumbre de los israelitas, hacía de portera, consigue Pedro lo que tan ardientemente ha deseado y pretendido.

La entrevista de Jesús con Caifás pasaba, como hemos dicho, en la parte superior de la casa, en una de las piezas interiores que, según estilo de las viviendas principales de Jerusalén, comunicaba por una puerta con una galería, la cual daba á un patio grande y espacioso y abierto al cielo, y que estaba en mitad de la casa. En el centro de este patio se había preparado un gran fuego, pues el tiempo era aún bastante frío, y alrededor de este fuego estaban agrupados los criados del Pontífice y sus ministros y dependientes, y no pocos curiosos también de los que habían penetrado en aquel sitio. Rodaba entre ellos la conversación sobre la empresa que se acaba de llevar á efecto. La animación y el interés crecían por momentos, diciendo cada cual su opinión sobre Jesús y sus discípulos y doctrina, quién dando alguna noticia que los

otros no sabían, quién inventando historias y mentiras sobre lo sucedido, quién echando cálculos sobre los lances y consecuencias que podía tener aquel negocio.

Mientras el discípulo de Jesús andaba por la galería de arriba valiéndose de sus influencias para ver de cerca lo que pasaba, Pedro se arremó á los que estaban en torno de la lumbre que ardía en la mitad del patio, excitado en parte por la curiosidad de escuchar lo que decían, y parte por defenderse del frío y desentumecer los miembros, ateridos por el relente que había pillado en las horas que había estado en Getsemaní. Convenientemente preparado y fomentado con gruesos maderos, brillaba el fuego en medio de aquel grupo de gente, chisporroteando y despidiendo en torno grandes y rojizas llamaradas, las cuales, reflejándose en las fisonomías de los circunstantes, hacían resaltar con particular viveza sus facciones truhanescas, el expresivo centelleo de los ojos y el vivo interés con que proseguían la conversación. La sombra de aquellas inquietas figuras dibujábase en las paredes, y las risas y bromas, los gritos y la algazara resonaban estruendosamente por el anchuroso patio; con la bulla que andaba en el corro, la conversación se volvía más vivaz é interesante; cada cual aportaba algo de su cosecha para excitar la curiosidad, refiriendo unos lo pasado con Jesús en el huerto, otros lo sucedido en el camino, éste lo de la entrevista con Anás, aquél lo que estaba á la sazón pasando con el Sumo Pontífice Caifás; todo ello adobado con la salsa de chismes, frivolidades y chocarrerías propias del caso. Tímido y azorado, como extraño en aquella muchedumbre, escuchaba Pedro todo esto, y aunque el miedo de ser descubierto le hacía andar con mucho tiento, fingiendo una indiferencia que no tenía y reprimiendo los diversos movimientos que agitaban su corazón, no podía disimular el interés que tomaba por lo que se decía. La viveza y la impetuosidad de su carácter hacían traición á las sugerencias del miedo; el instinto de la curiosidad atropellaba los consejos de la reflexión, y el cariñoso interés que tomaba por Jesús y por el éxito de la causa se sobreponían á las reglas de toda humana prudencia.

Esta vivacidad é impaciencia de carácter le tenían alborotado y sin poder sosegar. Tan pronto estaba sentado como de pie; ahora se acercaba á éste, ahora á aquél; ya se arrimaba á los que estaban al fuego, ya se retiraba y hacía ademán de distraerse de la conversación. Advirtió en esta inquietud y afectada indiferencia de Pedro la criada que le había abierto la puerta, y clavando en él su escudriñadora mirada, le dijo: «¿Eres tú, por ventura, de los discípulos de este hombre?» Es posible que le hubiese visto alguna vez acompañando á Jesús, ya en el Templo, ya en la entrada triunfal en Jerusalén, ya en alguna de las infinitas ocasiones en que andaba Jesús por las calles de la Santa Ciudad; tal vez el traje de Pedro y su aire y ademán, evidentemente forastero, le hicieron sospechoso á la criada; ó quizá no fuese la pregunta de ésta más que una de tantas ideas y caprichos que asaltan súbitamente el ánimo; el caso fué que como reparase en él con más atención y observase su traza y semblante, y con perspicacia femenil leyese en la fisonomía de Pedro, iluminada á la sazón por las reverberaciones de la lumbre que destellaba en medio del patio, el efecto que en él habían causado sus palabras, repitió su dicho con énfasis y aseverancia particular: «Sí; tú estabas con Jesús el Galileo, el Nazareno.» Callaba á esto Simón Pedro, maldiciendo su suerte y enviando enhoramala á aquella mujer, que tan descaradamente le comprometía; pero como la criada insistiese más y más en su dicho, y la gente empezase á reparar en él y asentir á su parecer al dicho de la criada, con voz resuelta y esforzada dijo: «No soy, mujer; ni sé ni entiendo lo que dices.»

Esta negativa de Pedro, no bien salida de sus labios, levantó en su corazón una tempestad

de remordimientos y de crueles congojas. El recuerdo de las reiteradas promesas hechas á su Maestro sobre que jamás por jamás le negaría, y ahora por él y tan pronto y por motivos tan livianos quebrantadas, la injuria hecha á su Maestro, negándole casi á su vista, su debilidad y flaqueza de ánimo, que no había resistido ante el dicho de una criada le llenaban de confusión y vergüenza.

Turbado é inquieto en su conciencia, no sabía qué hacer ni qué partido tomar. Andaba de acá para allá, con la mirada vaga, los pasos inciertos, el empacho y el desasosiego retratados en el semblante; mas al fin, creyendo, tal vez, que los que habían oído la conversación con la criada, con el barullo que andaba por allí no habían hecho gran caso de ello, ó persuadiéndose quizá que con la terminante negativa había quitado de sus entendimientos toda sospecha de que realmente pudiese ser de los discípulos de Jesús, fué aquietándose su conciencia y aun dándose tal vez por feliz por haber escapado á tan poca costa del lazo que le había tendido la mujercilla.

Mientras andaba así distraído, sólo con sus pensamientos, oyó que el gallo cantaba la primera vez. Esto sería como á las tres de la madrugada. Aquel grito del gallo, que tan á deshora llegó á los oídos de Pedro, no pudo menos de traerle á la memoria lo que con tanta insistencia le había prevenido Jesús sobre su futura negación y deslealtad; avergonzado de sí y pesaroso de su debilidad, bien hubiera querido el discípulo de Jesús salir de la casa en que temerariamente había entrado; pero retenido por el cariño que profesaba á Jesús, á pesar del peligro que podía correr en ella, prefirió quedarse allí para ver en qué paraba aquella tragedia, en que tanto podían peligrar la honra y la vida de su Maestro. Así batallaban en aquel generoso, pero demasiado confiado y presuntuoso corazón, el temor y el amor, el miedo de ser desleal á Jesús, y el deseo de no apartarse de él y de ver todos los trances de su causa.

MIGUEL MIR

De la Real Academia Española.

(Se concluirá).

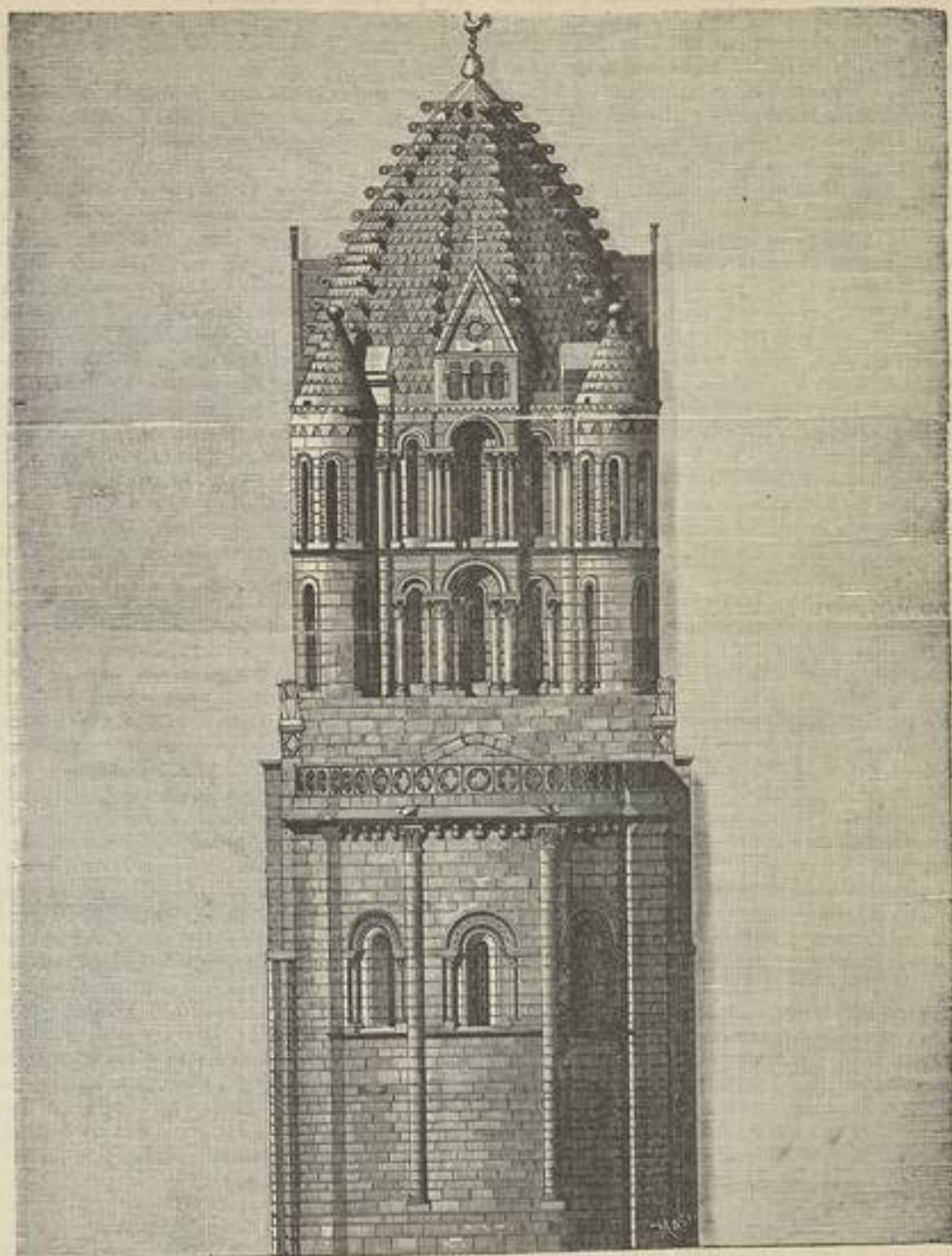
Nuestro arte religioso

XVII

AUNQUE el órgano es el instrumento eclesiástico por excelencia, y aunque siempre hubo, como todavía los hay, muchos, y entre ellos muy sabios y muy piadosos católicos del estado eclesiástico y del laical, que quisieran proscibir del culto la orquesta, como la Iglesia no la prohíbe, como no son pocos los que de ella gustan, y desde muy antiguo figuraba ya en el coro, las funciones solemnes, no sólo de las ciudades, sino hasta las de los más pequeños villorrios, son amanzadas con los sonidos del instrumental. Pero, con raras excepciones, ¡qué sonidos! ¡qué instrumental! ¡Dios del cielo!

El gran problema de la música es, sin duda alguna, la orquestación. En ella es tan delicado el uso de las combinaciones, que el menor extravío de las reglas, la más pequeña equivocación al calcular los efectos, produce lamentables consecuencias, como pueden testificar, por experiencia propia, todos los que hayan estudiado tan difícil materia.

No importa, esto lo sabe todo el mundo, el número de instrumentos; no que la composición comprenda la orquesta completa, ó sólo una parte de ella; lo esencial es combinar acertadamente los elementos, cual lo consiguieron los maestros clásicos, y hoy lo realizan también muchos de los modernos. Sabiendo componer, lo mismo se puede hacer un trozo bello para piano y un violín solo, que para un terceto ó cuarteto de cuerda, con ó sin el piano; y tanto puede lucirse un maestro con un sexteto en que éntre también algo de la madera como con to-



TORRE DEL GALLO.—CATEDRAL VIEJA DE SALAMANCA

das las combinaciones que permite lo que ahora llamamos *grande orquesta*.

Mas ¿qué ha de suceder cuando, como es frecuente, un musicastro ignorante y de gusto extraviado instrumenta una obra escrita, por ejemplo, para voces y órgano solo; y sin consultar al autor, difunto quizá, sin penetrarse del espíritu de su composición, y sin dominar el instrumental, le escribe partes de él, guiado servilmente por el acompañamiento de órgano, que estropea y desnaturaliza sacrilegamente, con el fin de hacer ruido y deslumbrar á los sencillos cofrades ó ediles que pagan una fiesta, y no quedan contentos si no oyen retumbar el timbal acompañando las fuertes notas de trombones y cornetines, mientras la cuerda hace esfuerzos por que la oigan en aquel tumulto?

¿Qué ha de suceder cuando, por el contrario, una misa que compuso, no sin gran estudio, su autor para ser ejecutada á toda orquesta, y buena, es reducida por un *festero* avaricioso, que por ahorrarse algunos *puntos* (vulgo el estipendio de unos cuantos profesores) omite las segundas partes y los instrumentos que menos suenan, ó que él, en su necia pedertería, cree menos importantes, modifica el papel de otros, sustituye una sección de ellos con el piano ó el *armonium*, porque los toca uno solo, y sale así más barato, y de este modo hace oír, horri-

blemente mutilada, la infeliz obra, digna de mejores tratos?

Pues esto es lo que vemos con harta frecuencia ¡Y si no fuera más que esto... A veces la obra mutilada es de nuevo puesta en tortura para quitarle más instrumentos, porque el bueno del *festero*, por arrebatarse á otro colega la función, se ha comprometido á hacerla mucho más barata, y es claro, no tiene todo el que quiere el don de hacer milagros; quita tres violines y añade un figle, ponga por caso; algo que suene bastante, pero siempre economizando; que una cosa es el arte y otra es el negocio.

Si no es esto, es que, como hace un pseudo-festero de esta corte que tiene un hijo profesor incipiente de arpa, hay que dar trabajo al *chico* ó al amigo, al hermano, al socio, al amigo del mayordomo que ha proporcionado el negocio; entonces no se puede menos de introducir en la combinación el instrumento que toca el agraciado, aunque en todo pensara el autor de la obra menos en él. Y como no hay papel escrito para semejante aditamento, se sale del paso con poner en el atril que hay delante del arpa (ya que la hemos nombrado) el papel de un violín segundo ó del clarinete, y que el panaguado se las arregle allí como pueda, que llene á su gusto los silencios que encuentre; y guiado por su buen ó mal instinto, armonice con acordes lo

que está escrito en una sola nota, y además (esto es muy frecuente) lo trasporte también, porque al tiple le viene muy alta ó muy baja la obra.

Esto de los *trasportes* repentinos es cosa corriente, no sólo por subvenir á las exigencias de las voces, sino á la *tesitura* del órgano cuando *entra* con la orquesta, ó á la del piano y el armonium. El primero suele estar siempre algo más de medio tono más bajo que el diapason de orquesta; los otros están como Dios quiere, es decir, como le place al afinador ó al tiempo, que los baja ó sube según la temperatura; de todas maneras, la orquesta ha de sufrir violencia con obligar á los instrumentos á una extensión por arriba ó por abajo que no es la suya, y el efecto lo paga.

No está, con todo esto, la mayor causa del mal en los *trasportes*, aunque no son grano de anís; en las combinaciones y arreglos, y en la ignorancia de los compositores que se dedican á lo sagrado, es donde el observador halla motivo para las más despiadadas censuras.

Yo perdonaba á Ovejero que llevase al coro cuantas veces pudiera el arpa de su hermano; al fin ambos tenían talento; el primero para escribir un papel; el otro para ejecutarlo. Se veía el negocio, pero aquello podía pasar.

Lo que siempre me crispó los nervios fué el afán de otro festerero por introducir también á su hermano, que tocaba el violoncello; y á tales extremos llegaba el primero, que no una, sino cien veces le he visto hacer ejecutar obras escritas para orquesta, con estos tres instrumentos, pues sólo para tres llegaba el dinero: el órgano de San Martín, áspero y cascado como el solo, un fígle y el violoncello inevitable, porque era de la familia.

Calcule el lector, sea ó no sea músico, el efecto de tan sabia como aprovechada combinación instrumental.

Órgano obligado con dos contrabajos y fígle, y órgano ó armonium con el contrabajo, que, como es natural, apenas se oye, son arreglos perpetrados casi á diario en nuestras iglesias. Desde la invasión del referido órgano expresivo, es muy corriente verle figurar acompañado de dos ó cuatro violines, un contrabajo, violoncello, á veces cornetín y bombardino. ¡Magnífica orquestal! Más ruidosa es la siguiente: cuatro violines, á lo más; un contrabajo, una flauta, dos clarinetes, dos trompas, dos cornetines, un trombón, un fígle ó bombardino, dos timbales, y si se repica muy gordo ¡arpa! En las fiestas principales de cofradía no se oye otra cosa, y que no se olviden los timbales.

Cuando el oficio es fúnebre, ya se sabe, armonium, porque suple el sólo cerca de diez instrumentos, y ahorra dinero; dos violines, si acaso; un violón, un violoncello, un oboe y corno inglés, cuanto más chillones y ásperos mejor, trompa y fagot ó bombardino; es la orquesta de los grandes funerales para carniceros y empleados con honores de jefe de administración. El arpa indica un grado más en la escala. Tratándose de las tardes de una novena, el armonium, un violín, flauta, cornetín y trombón, parecen de rigor; el órgano grande queda para las respuestas y rellenar huecos.

Grande orquesta, conjunto monstruo, el *non plus ultra* del instrumental eclesiástico de nuestros días, usado para las funciones supra solemnes, regias, de centenario, último día de novena aristocrática por todo lo alto, etc., etc: cuatro violines primeros, tres segundos, una viola, dos violoncellos como cosa nunca vista, pues con uno creen que sobra, dos contrabajos, flauta, clarinetes 1.º y 2.º, oboe ó corno, si lo pide la obra, que no es frecuente que lo pida ni que se le dé, fagot, dos cornetines, dos trompas, un trombón de varas, un fígle ó bombardino, los indispensables timbales, y el arpa, si la piden, pagando un buen exceso. No hace falta ser muy músico para notar el enorme desequilibrio, así de este conjunto como de los otros, y comprender cómo destrozarán la más acertada composición á orquesta, y qué acompañamiento darán á las voces, cuyo juego más extenso nunca pasa de un cuarteto compuesto de tiple, contralto (hombres), tenor y bajo; otro cuarteto segundo de tiple, tenor, bajete y bajo; coro que consta de seis bajos aguardentosos, dos ó tres bajetes, cuatro tenores malos, y si la cosa

es muy gorda, un par de tiples ó seis ú ocho chiquillos que cantan de memoria.

Para Semana Santa, de fijo no se sale del armonium ó piano, con el inevitable oboe, y á veces una trompa.

Todo esto es lo clásico y distinguido, lo que se usa en Madrid y ciudades grandes y en las catedrales cuyos conjuntos de instrumental y órgano son lastimosos; omito lo que pasa en los pueblos, donde con dos ó tres violines y una flauta entran instrumentos de banda militar para acompañar á una ó dos voces, que cantan una misa escrita para órgano solo. ¿Quién me creería si le dijera que en Sevilla nada menos vi hace pocos años una orquesta compuesta de tres violines, dos trompas, dos cornetines, dos *serpentones*, dos clarinetes, un flautín, un fagot y un fígle más grande que chimenea de fábrica, todo ello (sucio y abollado) para acompañar á tres voces malísimas? ¿Quién no me juzgará un embustero si me oye asegurar que toda aquella gente que había ejecutado los *Kiries* y el *Gloria* de una misa de Esclava, cuando llegó el *Credo* las voces cantaron música de facistol (canto llano) acompañada por todos aquellos instrumentos ¡¡¡al unísono!!!? Y, sin embargo, esto es allí cosa muy apreciada en grandes fiestas.

Ahora, si reflexionamos que los autores no disponen de otros elementos, comprenderemos que los verdaderamente notables tengan muy pocos deseos de escribir para la Iglesia (si es que hay por esos mundos media docena de compositores de fama que sean católicos), y dejen el campo á los pobres maestros de capilla de las catedrales, hombres abrumados de trabajo con el coro, la enseñanza de los niños, los deberes eclesiásticos y las lecciones particulares con que van matando el hambre; á éstos, digo, y á los imperitos y pretenciosos mercachifles de la música sagrada, llamados en la corte festeros, gente maleante y avara que comercia con todo y no tiene más ideal que su bolsillo. Los tales hacen arreglos verdaderamente criminales con obras ajenas, sagradas y profanas, hilvanando misas con óperas, y zarzuelas con villancicos, que instrumentan como les sugiere su oscurísimo caletre, lleno de humo y pretensiones tales, que hasta los hay ya semiwagnerianos, con su armonía disonante, ¡y tan disonante! agría como un limón verde, y con sus combinaciones laberínticas como una maraña; que en estos dos puntos creen los muy bellacos que está el toque del genio del gran maestro alemán. No hay más que frecuentar mucho las funciones de iglesia para convencerse de lo que digo, después de haber oído el desdichadísimo repertorio musical que exhiben las capillas ambulantes, únicas que explotan nuestras iglesias.

Si ahora me es permitido expresar en pocas palabras mi opinión sobre el asunto, diré que no juzgo de necesidad el instrumental en la iglesia, por lo que no lo echaría de menos si de ella lo eliminaran, lo que no veo fácil que suceda, porque al fin es un elemento de belleza que no hay razón para proscribir, pero sí para reglamentar. No creo, sin embargo, que, aunque es más caro, difícil de ordenar y expuesto á excesos, supere en grandeza, á un gran conjunto de bien dispuestas voces acompañadas por un órgano magnífico. Los muchos maestros catalanes que se van decidiendo por seguir este hermoso camino, genuinamente eclesiástico, son de mi opinión. Pero como el órgano en muchos actos no cabe, y como aunque tenga intervención no hace mal, ni mucho menos, con la orquesta, simultánea ó alternativamente, si ésta ha de entrar en el templo que sea con gran ciencia y moderación, esto es, ordenada en las combinaciones sabias de que nos dan ejemplo los grandes maestros, desde las más sencillas hasta la grande orquesta, pero no de otro modo (proporcionada siempre su cantidad de sonido al número de voces), y, la verdad, pocas veces, en las solemnidades grandes ó cuando sea casi indispensable; pues en todos los demás casos, y cuando no sea posible que de tal manera suene en el templo el instrumental, basta y muy cumplidamente, el órgano para ocurrir á lo que exigen los más suntuosos actos del culto.

Para concluir, añadiré que atribuyo al excesivo predominio de la orquesta en las iglesias el lamen-

table extravío que de tiempo atrás sufrió el gusto de los fieles, hasta llegar á tener el órgano en cierto menosprecio, de que, afortunadamente, nos vamos curando algo.

Recuerdo que hace años, visitando una bonita iglesia de Lisboa, tuve el capricho de hacer que un amigo que me acompañaba tocase algún trozo religioso en el órgano, para ver si el instrumento correspondía á la extraordinaria belleza de su caja. No era así, por desgracia, pues aunque bueno, estaba desafinadísimo y muy mal cuidado.

Acudió en esto un clérigo joven, y nos dijo: No hagan caso, señores míos, *de esa antigüedad*; la tenemos, añadió haciendo un mohín de desprecio, para acompañar el *canto plano* las pocas veces que aquí lo usamos... Tuve que acordarme de que me hablaba un eclesiástico, y de que yo también, aunque inmerecido, tenía el honor de serlo, para no tratarle duramente. Era mucho lo malo que entrañaban sus palabras, y muy triste la idea que me daban de la decadencia tristísima del arte cristiano en Portugal, cuyas orquestas de iglesia había ya oído con disgusto, porque á ellas se parecían muchas de las que tanto habían atormentado mis oídos y turbado mis oraciones en los templos de esta corte.

JOSE FERRANDEZ.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

El autor del jabón del Congo, Víctor Vaissier, proveedor en título de S. M. el Rey de los Belgas, de S. A. el Rey de Tunis, etc., recomienda á su numerosa clientela pidan en todas partes los Polvos Congolanos, adherentes é invisibles, y el Extracto del Congo, perfume exquisito para el pañuelo.

Vino á casa á morirse.

En el mes de Diciembre de 1888 llegó á Gosport un buque de guerra de la marina inglesa. Una liegra mirada era suficiente para quedar convencido de que había terminado un largo viaje desde la India. Traía soldados á bordo; unos venían á su casa con licencia, otros estaban en un estado tan deplorable, que fácilmente se adivinaba el motivo que habían tenido para volver desde el Oriente á la amable patria. De estos pobres algunos pudieron llegar á casa de sus parientes, mientras que otros apenas si tenían fuerzas para soportar la fatiga de llegar hasta el Hospital Naval.

Uno de estos últimos queremos dar á conocer al lector. Puedes figurarte que tendría unos treinta años, aunque había perdido la energía y el vigor de la juventud. La enfermedad había hecho lo que el tiempo hubiera podido hacer, y lo que entró aquel día en el hospital no era más que la sombra de un hombre. Era de admirar que hubiese podido llegar á un puerto de Inglaterra.

Poco tiempo después, una casualidad me proporcionó ocasión de escuchar la historia de este soldado de sus mismos labios, y héla aquí, casi en sus propias palabras: «En 1883 senté plaza de soldado en el regimiento núm. 51, y á poco tiempo me mandaron á la India, á donde llegué á fines de año. Un día de Octubre de 1886 salté para la Birmania, y allí estuve año y medio, habiéndome hallado en Mandalay cuando el rey Theebaw se rindió á nuestras tropas. Entonces empecé á perder la salud. Al principio sentía una debilidad en la boca del estómago y un abatimiento, que á penas me podía tener. Sentía dolor en el costado derecho y en la espalda. No tenía ánimo para nada, y todo me parecía triste y melancólico. No tenía apetito, pasaba las noches sin dormir, hasta que casi me volví loco por falta de descanso. La piel se me puso amarilla, y también los ojos, como sucede á los europeos en la India con mucha frecuencia. Tenía la lengua muy blanca, los pies fríos, sentía náuseas, vomitaba y no se me cortaba la diarrea. En este estado pasé en el año 1887 cuatro meses en cama.

El físico del regimiento y otro médico del Gobierno declararon que tenía disentería. Estaba más endeble que un recién nacido, y no había medio de cortar la diarrea, que me aniquilaba rápidamente.

Al fin me mandaron á Inglaterra y llegué á Gosport en Diciembre de 1888, en cuyo hospital estuve hasta el mes de Febrero de 1889, que me dieron por incurable y me mandaron á la reserva.

Me fui á mi pueblo (Warboys, en el condado de Huntingdon) y traté de trabajar, lo que me fué imposible, pues estaba tan aniquilado, que al principio ni los parientes me conocían. Hubo quien me dijo: «Mira, no compres más ropa, que lo que tú has de necesitar antes de mucho será una mortaja.»

Al comer, por poco que fuera, tenía que salir corriendo de la mesa por causa de los dolores horribles y descomposición de vientre. Mis padres se alarmaron y me hicieron consultar con un médico, cuyo tratamiento no produjo ningún resultado bueno.

Al fin, el Sr. Nicholl, el boticario de Warboys, que ahora está en Croydon, me dijo: «Hodson, tome usted el Jarabe Curativo de la Madre Seigel.» Compré un frasco y lo tomé, sin que sintiera ningún alivio. Mr. Nicholl me dijo: «Tómelo usted otra vez: tengo tanta confianza en él, que estoy dispuesto á darle de balde la segunda botella.»

Así lo hizo, y antes de haber consumido la mitad de la segunda botella, empecé á sentirme mejor. Esto me dió ánimo, y me procuré otra botella. Antes de acabarla había mejorado tanto, que empecaron á mandarme á trabajar. Temiendo arriesgarme, dije: «No, esperaremos á que tome otras tres botellas, pues este Jarabe Curativo de la Madre Seigel está haciendo lo que ninguna otra medicina, ni en la India ni en Inglaterra, había hecho antes: me está sacando de la mismas puertas de la muerte.»

Puede usted suponer que seguí con el Jarabe Curativo de la Madre Seigel hasta que había tomado la quinta botella. Entonces pude sorprender á todos en Warboys, presentándome á ellos tan bueno, tan fuerte y tan robusto como cuando entré en el ejército. Volví á mi trabajo, y los compañeros me miraban como si hubiera resucitado. Llenos de admiración me preguntaban: «¿Cómo has conseguido esto?» Yo contestaba: «Debo la vida y la salud al Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y desearía que todo el mundo pudiese oírme decir esto.»

Desde entonces no he perdido una hora de trabajo, y estoy dispuesto á responder á las cartas que se me dirijan. John Hodson, Warboys, Huntingdon, Inglaterra.»

La verdadera enfermedad del Sr. Hodson era indigestión crónica, ocasionada por el cambio de clima, de alimentos y de costumbres. La diarrea era uno de los síntomas; el esfuerzo de la naturaleza por deshacerse de materia ponzoñosa. El Jarabe Curativo de la Madre Seigel curó la indigestión, y como consecuencia necesaria, desaparecieron los síntomas; pero nuestro amigo no podía aguardar mucho más para aplicar el mejor y el único remedio.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Banco de España

Debiéndose proceder á la corta de los cupones que vencerán en 1.º de Enero próximo venidero, correspondientes á los valores depositados en este establecimiento, se avisa á los interesados:

1.º Que pueden retirar los cupones en rama, previo pedido, así como avisar que se conserven unidos á los títulos:

Hasta el 3 de Noviembre próximo, los de Deuda perpetua al 4 por 100 interior.

Hasta el 30 del mismo mes, los de Deuda amortizable al 4 por 100.

Hasta el 15 de Diciembre, los de Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

Y hasta el 20 del expresado Diciembre, los de las demás clases de valores.

2.º Que transcurridos estos plazos, el Banco procederá á la presentación y cobro de los cupones de Deuda interior y amortizable que no hayan sido objeto de pedido ó aviso.

3.º Que no se admitirán en depósito los valores que contengan el indicado cupón de 1.º de Enero próximo:

Desde el día 4 de Noviembre, los de Deuda perpetua al 4 por 100 interior.

Desde el día 1.º de Diciembre, los de Deuda amortizable al 4 por 100.

Desde el día 16 del mismo Diciembre, los de Deuda perpetua al 4 por 100 exterior, y billetes hipotecarios de la isla de Cuba.

Y desde el 21 del expresado mes de Diciembre, los de las demás clases de valores.

4.º Que el Banco admitirá desde luego á descuento, á razón del tipo que rija, los cupones de 1.º de Enero próximo de la Deuda perpetua interior y de la amortizable al 4 por 100, estén ó no depositados.

5.º Que el minimum de percepción por los descuentos será 15 céntimos de peseta por cada factura.

6.º Que los cupones del vencimiento de 1.º de Enero próximo de la Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba se admitirán en negociación desde la fecha de este anuncio, estén ó no depositados, con la bonificación que diariamente se fijará en las oficinas del Banco.

7.º Que los cupones de títulos depositados de las mismas Deudas exterior y de Cuba que no se retiren en el período desde la fecha de este anuncio hasta el 15 de Diciembre próximo, se entenderá cedidos al Banco por los depositantes, con la bonificación que se fijará por el mismo el día 16 del mismo Diciembre, y será la equivalente al precio medio á que resulte la de los referidos valores negociados por el Banco en el citado período de tiempo.

8.º Que para el descuento ó la negociación de los cupones depositados bastará la presentación del resguardo de depósito respectivo.

Madrid 28 de Octubre de 1892.—El secretario general, Juan de Morales y Serrano.

Las instalaciones de alumbrado eléctrico.

Manual práctico, por G. Fournier y J. A. Montpellier, con un prólogo de D. José Echegaray. Traducción de Hidalgo Mobellan. Madrid, 1892. Libre-

ría de Victoriano Suárez. 7 pesetas en Madrid y en provincias.

Este Manual es una obra utilísima para toda clase de personas. Comprende, como dice el ilustrado prologuista, cuanto de electricidad hay que saber, y aunque domina en él el carácter práctico, contiene todas las teorías necesarias. Está escrito fácil y sencillamente para que, aun los absolutamente imperitos en ciencias físicas, puedan comprenderlo todo. Hoy nadie debe desconocer los misterios de la electricidad, de esa maravillosa fuerza de tan magnífico presente y más magnífico porvenir. Con el Manual que anunciamos satisfacen cumplidamente esa necesidad.



ROGAD A DIOS POR EL ALMA

DE LA SEÑORA

DOÑA ISABEL CORONA MARTIN

VIUDA DE BERRUETA

falleció en Salamanca el 22 de Octubre de 1892

á los ochenta y tres años de edad

HABIENDO RECIBIDO TODOS LOS SACRAMENTOS

R. I. P.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis. Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dussor, 1, Rue J. J. Rousseau, París

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte ó incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento. Pidárase estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 1

1892

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO DE VIVAS PEREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina.

Recomendados por la Real Academia de Medicina

CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de INDISPOSICIONES del TUBO DIGESTIVO, VÓMITOS y DIARRREAS; de los TÍSICOS de los VIEJOS; de los NIÑOS, COLERA, TÍFUS, DISENTERÍA; VÓMITOS de las EMBARAZADAS y de los NIÑOS; CATA-



RROS y ÚLCERAS del ESTÓMAGO; PÍLORIS con ERUPTOS FÉTIDOS; REUMATISMO y AFECCIONES HÚMEDAS de la PIEL. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público; tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA en las PRINCIPALES FARMACIAS.—DESCONFIAR de las IMITACIONES

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.

Unica casa en Madrid dedicada á este artículo.

Guantes piel primera clase, tres botones, á 2 pesetas.

Idem bordados, á 2,50.

Para caballero, superiores, á 2,50.

Especialidad en guantes piel de caballo, cabrito, Suecia, gamuza y lana.

Corbatas última novedad.

CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

SOBRINOS DE RUÍZ DE VELASCO

MONTERA, 7.—MADRID

CASA ESPECIAL

RAPA

Y

canastillas

PARA RECIÉN NACIDOS

CAMISERÍA Y GÉNEROS DE PUNTO

PRECIO FIJO

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA
JORGE G.º GIROD
Sucesor de Losada.

GRAN CERERÍA



ESPECIALIDAD

en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el Culto católico, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE GERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas de mensionés.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

LA ARTÍSTICA

Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero. Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.



PRIMERA CASA EN ESPAÑA

en instrumental de cirugía, fisiología, diagnóstico, óptica, higiene, ortopedia, antisépticos, vendajes, gomas, sillones y mesas de operar, y para imposibilitados, é inmenso surtido en artículos de curación. Procedencias acreditadas.

Especialidad en el tratamiento herniario por medio de vendajes, bragueros y fajas de gran comodidad, sistema «Altimiras», altamente recomendables por la ciencia médica.

Proveedor de clínicas y Hospitales del reino

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO

DE CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes en folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.— TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.— Pedir prospectos.— Librería de Subirana, hermanos, editores.— Barcelona.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

FABRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA

DE

VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PÉREZ)

CALLE MAYOR, NÚM. 50

MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos. Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.

Se sirven los pedidos con toda prontitud.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO CERVANTES BALMES CISNEROS

3 POCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	1,50 pta.
Tres meses.....	4 "
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 "

NÚMERO 21.—Madrid 15 de Noviembre de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 francos
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	4 "



INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN JUAN BAUTISTA, EN HILDESHEIM

SUMARIO

TEXTO

La Quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—La Exposición de Bellas Artes, por Leandro Calvo.—Revista literaria colombiana, por Angel Salcedo.—A Cristóbal Colón (poesía), por Luis de Montalvo.—La Pasión de Jesucristo, por el P. Miguel Mir.—El arte religioso, por José Ferrández.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Interior de la Iglesia de San Juan Bautista, en Hildesheim.—Iglesia de San José, en Cleveland.—Cascadas del Tivoli, desde las ruinas del templo de Vesta.—Monumento levantado por la ciudad de Nantes al general Lamouche.—Basílica Franciscana en Asia.—Camino de hierro eléctrico.—Una alameda de Aranjuez.

LA QUINCENA

No hay emoción comparable, ha dicho *El Movimiento Católico*, á la que experimenta el misero descendiente de ilustre y opulenta familia, cuando quiere la suerte que contemple los testimonios de la grandeza de sus ricos é insignes progenitores. Ante los palacios, posesiones, muebles y objetos de arte que fueron un día de sus antepasados, el heredero desposeído de su herencia, ya por azares de la fortuna, ya por su propia culpa, siente la nostalgia de la desvanecida gloria como un puñal que le atraviesa el corazón, como un hierro candente que le clavan en el pecho; sus memorias, lejos de envanecerle, le atosigan y martirizan, y caen como un paño de luto sobre el espectáculo de su presente miseria... Después vienen las crueles comparaciones entre el ayer luminoso y espléndido y el hoy oscurísimo; entre la radiante alborada y el áureo día que se fueron, y la noche de tempestad que se ha echado encima... ¡Crisis terrible del espíritu, de la que suele salir el hombre ó santo ó condenado!

Verdad profunda. Nosotros, españoles de ahora, hijos de aquella antigua España, la más rica, la más noble, la más gloriosa de las naciones, al recorrer hoy las salas de la Exposición que se ha inaugurado en el nuevo Palacio de Recoletos, experimentamos una emoción semejante á la de esos misérrimos desheredados de grandes casas.

En aquellos veintisiete amplísimos salones encontramos los testimonios vivos de nuestro esplendor antiguo, y todos llevamos en la conciencia el sentimiento de nuestro estado actual, á todo quizás frontero, menos á la grandeza; allí están las ejecutorias de la nobleza de nuestra estirpe, la auténtica de la riqueza de nuestro abuelo, los libros en que se cuentan las hazañas de nuestros mayores, los retratos de esos mismos antepasados, y algunas de las obras primorosas que dejaron á sus descendientes por herencia. Allí no está la madre patria ni la universalidad de sus bienes; están, sí, los restos de su caudal, lo que no se ha malbaratado ó destruido, lo que es suficiente para provocar amarguísimo llanto en los que, como nosotros, estando llamados á ser ricos, somos pobres; estando llamados á ser grandes, somos pequeños; habiendo nacido para los esplendores de la gloria, vegetamos en el decaimiento y en la triste oscuridad de la miseria.

Porque si hay un hecho que se impone á todos los entendimientos con fuerza incontrastable y que pesa como losa de plomo sobre todos los corazones, es el hecho, brutal, pero elocuentísimo como todos, de nuestra decadencia. Reyes destronados, poder enflaquecido, nación venida tan á menos, que no somos siquiera sombra de lo que fuimos en el mundo; el esplendor de otros pueblos que se elevaron sobre las ruinas de nuestro inmenso poderío, eclipsa nuestra grandeza; y por muy apasionados que

seamos de nuestras glorias, á cualquier parte á donde volvamos los ojos podemos ver quien las ofusque y quien las supere. Sea por culpa de quien fuere, que no es esa ahora la cuestión de que tratamos, la España del siglo XIX no es digna continuadora, no ya de la gloriosa España de los siglos XVI y XVII, sino ni aun de la del decadente siglo XVIII. En los primeros años del reinado de Carlos IV aún se nos consideraba algo en Europa. La campaña del Rosellón es una página gloriosa de nuestra historia; y las figuras del general Ricardos, del conde de la Unión, del coronel Taranco, dignas de ser colocadas al nivel de las de los más ilustres militares de nuestros grandes siglos. Pero después... ¡ah! después de aquellos postreros fulgores del sol de nuestra gloria, no hemos sido, ni continuamos siendo, á pesar del gigantesco esfuerzo de la guerra de la Independencia, otra cosa que la burla del mundo y el ludibrio de las gentes.

Pues estas tristísimas consideraciones son las que afligen al español que recorre las salas de la Exposición histórico-europea. Por aquellos vastísimos salones corren vientos de elegía; allí huele á muerto; el jardín que rodea al suntuoso edificio debía haberse sembrado tan sólo de cipreses y funerales sauces; la bandera que ondea sobre el frontispicio habría de estar á media asta; verdad que allí está la patria, pero la patria que fué, la que pasó, la que yace en el panteón de la historia. Involuntariamente vienen á la memoria las palabras de Milton: «¡Lucero de la mañana, cómo caíste del cielo! ¡Tú, que resplandecías como ninguna otra de las estrellas del firmamento!» ¡Y qué! ¿será eterno nuestro destierro? ¿Hemos de vivir ya perpétuamente en la sombra? Nuestro sentimiento patriótico rechaza indignado esta hipótesis... En el fondo del alma voces alegres nos dicen: España resucitará; España, á la voz de Dios, saldrá de su tumba, como Lázaro. ¡Felices nuestros nietos si les toca asistir á esa espléndida resurrección!

La Exposición inaugurada en el soberbio palacio de Recoletos resulta un magnífico joyero, un espectáculo soberbio, sin rival, digno de que todos los curiosos lo visiten, todos los arqueólogos y artistas lo estudien, y todos los entusiastas por las glorias patrias y por la hermosura del arte lo hagan objeto de larga contemplación, fecunda en puros placeres del alma y en serias meditaciones.

La mayor parte de la riqueza atesorada en la Exposición es de la Iglesia. ¡Cómo sería de rica y de protectora del arte nuestra Iglesia, cuando aun después de medio siglo de expoliaciones cuenta todavía con tantas y tan inestimables joyas! Y nótese también el espíritu generoso, amplio y confiado de nuestros Prelados y Cabildos eclesiásticos; motivos había para que se manifestaran recelosos y no quisieran enviar las preciosidades que guardan en sus esquilmos y robados joyeros. Pues no ha habido nada de eso: la Iglesia ha abierto de par en par las puertas de sus tesoros, y ha mandado sus riquezas á la Exposición, sin tener en cuenta que pueden excitar la envidia y la codicia de sus encarnizados y poderosos enemigos.

Gracias á esta concurrencia de la Iglesia á la Exposición, ha tomado ésta el carácter que debiera tener: es una verdadera Exposición histórico-española, en que se realiza la significación religiosa de nuestra historia, la influencia incontrastable y benéfica de la Iglesia Católica en nuestros grandes destinos... Sí, allí se ve claro, patente, de un modo plástico, podemos decir, lo que la Iglesia ha sido para España y España para la Iglesia. Se ve, no ya con los ojos del alma solamente, sino también con los del cuerpo, que todas nuestras glorias han sido glorias de la Iglesia, que nuestro arte ha sido el arte cristiano por excelencia, que nuestros Obispos,

nuestros Cabildos eclesiásticos y nuestras Comunidades religiosas fueron siempre los impulsores y protectores del progreso y los fidelísimos guardianes de nuestros tesoros nacionales.

El día 5 del corriente se firmó el decreto nombrando alcalde de Madrid al señor marqués de Cubas, tan conocido y justamente amado por todos los católicos españoles. El efecto producido en la opinión pública por este nombramiento ha sido excelente; tan alta se halla la reputación del señor marqués de Cubas, que no creemos que la maledicencia ni la envidia encuentren el más mínimo pretexto para empañarla.

En las elecciones de diputados por Madrid obtuvo más votos que ningún otro candidato; su fe cristiana es arraigadísima, y de ella ha dado constantes pruebas, no con simples actos de piedad privada, sino con espléndidas dotaciones y con generosos trabajos en obras encaminadas á la mayor honra y gloria de Dios. Es, por consiguiente, un hombre de conciencia y de moralidad intachable. De carácter tan noble como independiente, ni se dejará doblegar por el miedo, ni habrá compromiso de partido que tuerza la vara de su justicia; y él mismo ha anunciado ya que abandonará su cargo en el momento en que encuentre el menor obstáculo para el cumplimiento de sus deberes.

El señor marqués de Cubas es dulce y apacible en su trato, cortés y servicial con todo el mundo, amigo de los pobres y compasivo y generoso con los desgraciados; pero precisamente por eso mismo, cuando se trata del cumplimiento del deber, tiene una severidad y una energía de que carecen los hombres políticos que se estilan en nuestro tiempo.

La presencia del marqués en el Ayuntamiento de Madrid nos va á probar, como ha dicho Valentín Gómez en *El Movimiento Católico*, «si un hombre de tales condiciones, que no ha sido jamás charlatán, ni ha cabildeado en los pasillos del Congreso, ni ha ejercido de casamentero de fracciones y personalidades quisquillosas, que va siempre por el camino recto, y hace y dice las cosas á la luz del día para que se sepan y se oigan, lo cual suele ser el colmo de la habilidad, puede meter en cintura á los bribones, cortar los miembros corrompidos de una corporación importante y sanear del paludismo de la inmoralidad el primer Municipio de España.»

Condiciones sobradas tiene el señor marqués de Cubas para salir airoso de su empeño. No seremos nosotros los que estampemos la frase ya estereotipada en la prensa para semejantes casos, de «esperamos sus actos para juzgarlo.» Tenemos el convencimiento de que el señor marqués ha de llevar á cabo la ardua empresa que ha confiado á sus luces y á su rectitud conocidas el Gobierno de Su Majestad. No es el nuevo alcalde de Madrid de la maderá de aquellos que á la menor contrariedad que encuentran en su camino creen cumplir sus deberes diciendo sencillamente: «ahí queda eso,» llevándose á su casa inmaculada la honra, pero confesando paladinamente ante el mundo su cansancio ó su impotencia. No; el señor marqués de Cubas cumplirá con su deber, ó perecerá en la demanda. Así lo espera el pueblo de Madrid. Así lo esperan todas las personas honradas, que al nombramiento del señor marqués han sentido abrirse sus corazones á la esperanza, que en el asunto concreto del Ayuntamiento de Madrid parecía de ellos desterrada para siempre.

Solemnes han sido en Melbourne (Australia) los festejos celebrados en honor del insigne campeón de la libertad de Irlanda, Daniel O'Connell, con el motivo de descubrir la estatua que en aquella ciudad le han erigido.

Obra clásica del arte dicen que es aquella estatua los que la han visto, según leemos en la *Civiltà Cattolica*. Bellísima y esbelta yérguese enfrente de la Catedral de San Patricio la venerable figura del libertador de Irlanda; con el pie derecho hacia adelante, con el manto elegantemente caído sobre la espalda, y teniendo un pergamino arrollado en la mano derecha.

Ese pergamino representa las peticiones dirigidas al Parlamento inglés por los católicos capitaneados por O'Connell. Unos cuantos volúmenes desperdigados al pie de la estatua son símbolo de las leyes y Constituciones de Irlanda, á las cuales fueron O'Connell y los suyos á buscar los más sólidos argumentos en pro de sus justísimas pretensiones en la heroica lucha que sostuvieron por reivindicar la emancipación de los católicos hijos de San Patricio.

Ha sido presidida por el Arzobispo de Melbourne, monseñor Carr, la solemnidad á que nos referimos, en la cual ha pronunciado un elocuentísimo discurso M. Loghau, al cual ha contestado en el mismo estilo el insigne Prelado.

Grato es, con este motivo, á los católicos españoles recordar las peregrinas elocuentísimas frases que dirigió en tiempos á O'Connell el gran Donoso, cuando decía:

«Mirad ahora á O'Connell, ese cíclope irlandés que ha hecho de Inglaterra su yunque. En los tres reinos reunidos ninguno toca con la cabeza á su rodilla.

Los hombres le miran con asombro, como si fuera un semidio ó un gigante antediluviano. El hace con su palabra lo que Paganini hacía con su violín, en donde estaban encerrados, para responder obedientes á su voz, los sonos de todos los instrumentos. O'Connell es ángel para Irlanda, demonio para Inglaterra. En los devastados campos irlandeses su voz cae como mansa, benéfica lluvia; en el Parlamento inglés su voz lanza imprecaciones, mientras que sus manos agitan las serpientes de las furias...»

Lacordaire también cubrió con las flores de su majestuosa elocuencia la tumba del gran católico irlandés. «Quién es ese que ha bajado al sepulcro; jacaso un príncipe que ha regido gloriosamente á su pueblo, ó un conquistador que ha llevado el poderío de sus armas hasta los confines más lejanos de la tierra, ó un legislador que ha fundado alguna nación sobre el caos de las ruinas ó de los principios? No; no es nada de eso, y es más que todo eso; no ha sido príncipe, ni conquistador, ni fundador de imperio; ha sido no más que un ciudadano, y ha gobernado, sin embargo, más que los reyes, ganado más batallas que los conquistadores, llevado á cabo más cosas que aquellos que han recibido del cielo la misión de edificar ó destruir. Este hombre ha sido sencillamente uno de los más insignes libertadores de la Iglesia y de la humanidad.»

La oración fúnebre en honor de O'Connell pronunciada por el P. Lacordaire en la Catedral de Nuestra Señora de París, es acaso la página más hermosa de la elocuencia sagrada contemporánea.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

Interior de la Iglesia de San Juan Bautista, en Hildesheim. — (Pág. 321).

Bajando las pendientes septentrionales del Harz se encuentra, en las orillas del Innerste, la antigua ciudad de Hildesheim, que era ya muy importante cuando Carlo-Magno llevó la luz del Evangelio á aquellas apartadas regiones. Hoy cuenta con 23.000 habitantes, ocupados en el comercio y fabricación de telas. Es grande, pero mal edificada, y tiene un colegio muy renombrado, y veinte iglesias, de las cuales doce están consagradas al culto católico y ocho á la Confesión de Augsburgo. Son notables

la catedral, el palacio episcopal, el del Consejo, el Arsenal y el Tesoro. El templo de San Juan, cuya reproducción ofrecemos hoy en hermoso grabado á nuestros lectores, fué construido en el siglo XVII, poco después del entronizamiento del protestantismo, y es prueba de la importancia que allí conservó el Catolicismo; importancia que ha crecido durante los últimos tiempos, influyendo para ello poderosamente la Compañía de Jesús, que posee en dicha ciudad uno de sus más célebres colegios.

Iglesia de San José, en Cleveland (Pág. 324).

Cleveland, que después de Cincinnati es la población más importante del Estado de Ohio, está situada en el punto por donde el río Luyahoga desagua en el lago Erie, é indudablemente con sus hermosas calles, que en su mayor parte tienen ochenta pies de anchas, es una de las ciudades más bellas de América. Hace unos treinta años apenas tenía 10.000 almas, pero en la actualidad cuenta más de 125.000. El puerto, los canales y la gran red de ferrocarriles que en ella se juntan, hacen de ella el principal emporio de la enorme masa de productos del país que exporta el Estado de Ohio. Desde 1847 esta ciudad es Sede episcopal católica para toda la parte septentrional del Estado, y la diócesis cuenta actualmente 17 parroquias, de las cuales ocho son inglesas, cuatro alemanas, dos bohemias, una francesa, una polaca y una mixta.

Entre todos los templos de Cleveland sobresale la nueva iglesia gótica de San José, cuya primera piedra se puso en 1871, y cuya torre quedó terminada en 1873. En este hermoso templo, fielmente representado en el grabado que ofrecemos hoy á los lectores de LA ILUSTRACION CATOLICA, no es lo que más sorprende el precio de los materiales, sino el ver cómo la inspiración religiosa se refleja en el conjunto y en los detalles de la construcción. Se han empleado en la edificación la piedra y el ladrillo felizmente combinados, y el templo, que pertenece al estilo gótico alemán, mide 90 pies de frente y 160 de largo. Aunque la fachada tiene mayores dimensiones de las que pide la longitud del templo, es porque tiene á la izquierda la magnífica capilla del Baptisterio, y á la derecha la escalera para el órgano. La puerta principal descansa sobre columnas, cuyos capiteles están artísticamente coronados con hojas de encina. El medallón central ostenta un *Ecce-Homo*, sobre el cual están hábilmente dispuestas las armas de la Orden Franciscana, dos brazos cruzados y una cruz. Una gran estatua de San José corona la puerta principal, y en las dos laterales han de figurar la de San Francisco de Asís y la de San Antonio de Padua; los macizos situados sobre estas puertas se han adornado con cabezas de ángeles, y además cada una ha de llevar la estatua de un Santo. Estos bellos trabajos han sido confiados al estatuero Muer. Sobre las puertas, brotando, por decirlo así, de ellas, se alzan las gigantescas ventanas abiertas con las más bellas proporciones. La torre no tiene hasta ahora más que 100 pies de altura, pues se ha dejado para más adelante el terminarla. La alta nave de en medio descuellera con valentía, y las naves laterales, con sus pináculos, se unen á ella, dando á la totalidad del edificio, tanto interior como exterior, un aspecto monumental. La vista lateral de la iglesia, tomada desde la calle de Chapel, produce un efecto por extremo agradable, pues comienza con la capilla del Baptisterio, que en un hermoso nicho tiene la estatua de San Juan Bautista, y termina en un elegantísimo campanario. Una cómoda escalera, situada al lado derecho del ingreso, conduce á la parte alta del templo, donde se halla uno de los más notables ornamentos de la iglesia, el magnífico órgano, obra del conocido artista Félix Barkhoff, de Filadelfia. Tiene tres teclados, y no es sólo notable por sus dimensiones, sino también por unas voces tan llenas, como pocas veces se oyen. Además, cada registro tiene un tono tan puro, é imita con tal propiedad los diferentes instrumentos, que llega á dudarse si es una orquesta ó un órgano lo que se oye. Mide éste 34 pies de alto, 19 de ancho y 17 y medio de fondo con 40 registros, y es tenido como el mejor de la ciudad.

La iglesia, propiamente dicha, que consta de una

nave central y de dos laterales, tiene 150 pies de larga y 62 de ancha, ofreciendo sitio bastante para que 1.200 personas puedan estar sentadas holgadamente. La nave central, cuya bóveda se apoya sobre 10 columnas de piedra con muy vistosos capiteles, tiene una altura de 62 pies, y las laterales no tienen más que 30.

El presbiterio, formado por cinco lados de un octógono, tiene 62 pies de alto, y recibe la luz por nueve ventanas adornadas con vidrios de colores, y debajo de cuatro de ellas hay unos nichos para poner en ellos las estatuas de los cuatro Evangelistas. La nave central recibe la luz por 10 ventanas abiertas en la bóveda, debajo de las cuales hay 20 nichos destinados para estatuas de tamaño natural, y las naves laterales la reciben igualmente por 10 grandes ventanas que ostentan vidrios de colores sencillos, pero vistosos. Los tránsitos están cubiertos de losas de piedra como en Europa, pero el resto del pavimento es de madera.

El techo de la nave central es de color azul celeste tachonado de estrellas doradas; pámpanos y ramas de otras plantas adornan el cornisamento y la bóveda, al paso que á las naves laterales se les ha dejado una media tinta que imita la piedra; pero donde se despliega toda la magnificencia es en el presbiterio. Sobre un fondo verde, y por medio de símbolos hábilmente elegidos, está representada la creación en medio de arabescos que circundan los nichos y las ventanas, y se unen en lo alto del presbiterio. En general, el efecto que producen los frescos en toda persona inteligente es completamente satisfactorio, confesando, sin excepción, que el pintor M. Guillermo Thien, de Cincinnati, ha sabido dar cima á su trabajo como un gran maestro educado en Europa.

Los tres altares son provisionales y han de ser reemplazados por otros de madera, y todo el resto de los objetos de la iglesia son obra de manos hábilísimas: el comulgatorio, el cancel, los confesonarios, el Vía-Crucis y la caja del órgano, son obras maestras de estilo gótico. Han sido trabajadas con el mayor gusto é inteligencia en madera de encina por los legos de San Francisco, mereciendo especial mención el hermano Luis al lado del hermano Adrián, que ha hecho los planos. En el comulgatorio se destacan, sobre un fondo de escarlata, los símbolos del pan y del vino en medio de pasionarias primorosamente talladas. El cancel revela, hasta en los menores detalles, la más exquisita habilidad, siendo admirado por cuantos visitan el templo. Los confesonarios son elegantes y severos. Las estaciones del Vía-Crucis forman el principal decorado en los muros de las naves laterales. Y la caja del órgano, notable por el plan y por los primores de ejecución, ofrece desde el presbiterio una vista encantadora cuando le iluminan los variados rayos de luz de las ventanas situadas en la parte posterior del edificio. Las sillas son de Fresno, y también labradas con el mejor gusto. Debajo de una tercera parte del templo hay una bóveda, donde existe un calorífero que sirve para la calefacción de la iglesia.

Finalmente, nos creemos obligados á citar con el mayor encomio á los arquitectos Cudell y Richardson, de Cleveland, y sobre todo al primero, que en los planos y en la dirección de la obra ha dado gallarda muestra de ser un excelente arquitecto, consiguiendo un nuevo triunfo sobre la materia, y dando á conocer su concienzudo estudio de la catedral de Colonia y de la iglesia de Santa María de Aquisgram.

Cascadas del Tivoli, desde las ruinas del templo de Vesta. (Pág. 325.)

La ciudad de Tivoli, situada á 30 kilómetros N. E. de Roma, sobre el Teverone, es célebre por sus bellísimas cascadas, desde la más remota antigüedad. Gracias á su posición pintoresca, á la pureza de su ambiente, á la frescura de sus aires y al encanto de sus cascadas, junto con su proximidad á Roma, los antiguos patricios transformaron á Tivoli en suntuoso y magnífico sitio de recreo. Hoy Tivoli no conserva restos ningunos de su pasado esplendor; sus palacios, sus baños y sus templos no son más que melancólicas ruinas, y gracias á sus bellísimas cascadas, es visitada aún por los turistas con-



IGLESIA DE SAN JOSÉ EN CLEVELAND

temporáneos, más aficionados á contemplar maravillas reales y positivas que á evocar, entre ruinas y escombros, recuerdos de edades pasadas y de generaciones desvanecidas.

«Muchas casas viejas, dice el ilustre viajero Francisco Weiss, calles montuosas, con tiendas tan desnudas de todo como corredores de convento; construcciones subterráneas por todas partes; antiguas poternas, en las que el álce arde como un cirio en las grietas de los muros; una población habladora; pasadizos y sala bajas, donde resuenan por la noche cánticos acompañados del tamboril; numerosas cascadas hasta debajo de las bóvedas de una cresta en la cual se agrupan las casas unas sobre otras y parecen á punto de ser arrastradas al abismo; y, por último, la roca cortada á pico, perforada por todas partes y llena de cicatrices, con un río que se lanza estrepitosamente entre dos vertientes de aquel muro cavernoso; he aquí lo que es el Tivoli.»

Contemplada de frente la gran cascada, el ánimo se suspende al mirar aquella terrible caída de agua coronada por jardines, arcos prendidos á las rocas, almenas y campanarios; las masas de agua se precipitan desde estas construcciones, brotando de sus cimientos, y cuando la nube de vapores formada por el hervor de la espuma recibe del sol un rayo transversal, sus fuegos descompuestos describen un arco de tintes prismáticos cuya extremidad inferior se extingue en las frías profundidades del abismo, mientras que la otra lanza por encima de las cascadas una aureola sobre el templo griego y circular de Hércules, así como sobre el más pequeño de la Sibila, inclinados ambos sobre el precipicio.

Hace cuarenta y tres años, la gran cascada se precipitaba desde la base misma del templo griego; pero habiendo sobrevenido una inundación que arrastró el dique superior del río, desencadenóse tal diluvio sobre este pueblo singular, fundado en el corte de un abismo, que, creciendo el torrente, arrancó todo un grupo de casas; no se comprende cómo pudo sostenerse lo demás. Para salvar los an-

tiguos edificios y las casas fué necesario abrir un canal en el monte Catillus y otro para el río que ahora va á caer bastante más á la izquierda. Sin embargo, sólo pasa por allí la parte más considerable de la corriente. La ciudad toda está como situada sobre un tamiz; las filtraciones, las derivaciones y los brazos fluviales divergen por todas partes; en todos los planos de la montaña, y en una enorme anchura, las aguas se escapan de la ciudad como columnas de sitiados que hicieran sin cesar furibundas salidas; todo esto forma pequeñas cascadas entre masas de verdura, y sólo á la entrada del valle, después de una dispersión en media legua de pendientes, vuelve á reconstituirse el ejército de las ondas, formando un todo compacto en el hermoso canal del Teverone.

Para aumentar el esplendor de este mágico espectáculo, cada montecillo está coronado por un monumento antiguo ó del Renacimiento; aquí se ve el templo de San Jorge con su campanario, en un templo contemporáneo de Mario; más allá, el convento que sustituyó á la casa de Cátulo; en otro lugar se ve la villa de Mecenas, vasta mole de ruinas, que fueron el gran templo de Hércules, donde hubo una biblioteca pública, á la que fué un amigo de Aulo Gelio para buscar en un *Aristoteles* la prueba de que la nieve derretida es una bebida malsana; por último, aquí se elevan los cipreses famosos de la casa de Ferrara, y allá, un poco á lo lejos, la villa de Horacio y el palacio de aquel Varo, al cual pedía en vano el emperador desolado que le devolviera sus legiones.

La bajada á las cascadas por un caprichoso sendero es de las más divertidas, por lo mucho que los siglos han socavado las rocas, que se muestran, por otra parte, cubiertas de exuberante vegetación. Las aguas han modelado acueductos, socavando inmensos peñascos, abierto amplias galerías y túneles misteriosos; y á cada paso se presentan á la vista nuevos panoramas y bellísimas perspectivas; las plantas alpestres se reúnen con las de Grecia; el

acanto con el erodio, el mirto con el porcino; los orguís anaranjados de Amalfi con la pervinca, la flor querida de los etruscos, que la cincelaban en sus célebres vasos, y al lado del pino de los Alpes, los gigantescos cipreses balancean su flexible y oscuro ramaje al mismo borde de los abismos.

Chateaubriand asegura que como había visto ya la catarata del Niágara, no le causó la del Anio admiración alguna; sin embargo, Tivoli inspiró al gran escritor una de sus páginas más hermosas.

«Al volver á mi casa, cuya azotea conduce al templo de Vesta, hallé la misma soledad que había dejado en aquellas cercanías. Los pintores conocen ese color de los siglos, peculiar de los monumentos antiguos, y que varía según los climas; tal es el color de ese templo, cuya área es de sesenta pasos. El verdadero templo de la Sibila forma notable contraste con éste por la forma cuadrada y el estilo severo de su arquitectura. Cuando la cascada del Anio estaba situada á la derecha de este río, el templo debía hallarse suspendido sobre el declive de aquella; aquel lugar era muy propio para la inspiración de la sacerdotisa y la emoción religiosa de la multitud.

«He dirigido una última mirada á las montañas del Norte, cubiertas de un blanco velo por las nieblas vespertinas, al valle del Mediodía y al conjunto del paisaje, y he vuelto á mi solitario aposento. A la una de la madrugada el viento soplaba con violencia, y habiéndome levantado, pasé en la azotea el resto de la noche. El cielo estaba encapotado y la tempestad mezclaba sus sordos gemidos en las columnas del templo con el ronco estruendo de la cascada; parecíame oír melancólicas voces en los respiraderos del antro de la Sibila. Los vapores de la cascada subían hasta mí, desde el fondo del abismo, como una sombra blanca semejante á una fantástica aparición. Créame trasladado á las playas ó á las malezas de mi querida Armórica en una noche de otoño; los recuerdos del techo paterno borran para mí la memoria de los hogares de César, pues cada hombre lleva dentro de sí un mundo compuesto de todo cuanto ha visto y ha amado, y en el que se reconcentra á cada paso en los momentos mismos en que recorre y parece habitar un mundo extranjero.»

Monumento levantado por la ciudad de Nantes al general Lamoriciere (Pág. 328).

Hermoso y consolador espectáculo ofreció en el 29 de Octubre de 1879 la ciudad de Nantes, invadida por numeroso concurso para rendir homenaje al mejor de los bretones, al ilustre y piadoso general Lamoriciere. A las diez comenzó la solemne ceremonia, en la que ofició el Arzobispo de Tours, Monseñor Collet, y terminado el sermón se descubrió el mansoleo.

Este es un lecho de mármol, que descansa sobre ocho columnas negras y otras ocho blancas. El cuerpo del general está colocado sobre este lecho, y envuelto en un sudario también de mármol. El monumento ostenta el nombre del héroe en todas sus caras con las armas del glorioso Pío IX y las de Lamoriciere, que figuran tres conchas de plata en campo azul con barras de oro.

Basilica Franciscana en Asís (Pág. 329).

Asís, célebre en todo el mundo desde que en ella nació el insigne fundador de los Hermanos Menores, es una pequeña ciudad de la Umbría, situada sobre un monte, entre el Topino y el Chiascio. Es por todo extremo interesante á causa de sus monumentos artísticos, entre los cuales merece singular mención el elegantísimo pórtico del templo de Minerva, que ostenta las gallardas proporciones de su clásica arquitectura en la plaza principal de la ciudad.

La iglesia de San Francisco, representada en el hermoso grabado que ofrecemos hoy á nuestros lectores, está situada en una peña, y se compone de tres templos colocados uno sobre otro; en sus muros se admiran pinturas del Giotto, del Giotto, de Gaddi y de otros célebres maestros italianos.

Camino de hierro eléctrico. — (Pág. 322.)

El crecimiento de la circulación en las grandes ciudades modernas es causa de que sus calles se



CASCADAS DEL TIVOLI DESDE LAS RUINAS DEL TEMPLO DE VESTA

vean con frecuencia obstruidas, hasta el punto de que el tránsito por las mismas sea, en ocasiones, punto menos que imposible.

La superficie de las calles, singularmente en las principales arterias, resulta poco menos que insuficiente para la vida normal.

El remedio lo buscan algunos proyectistas en una nueva red de comunicaciones rápidas, que sirvan lo mismo para las personas que para las mercancías. Y para que esta red no dificulte la circulación, ni ella misma sea interrumpida por los transeuntes, es preciso que se adopte un sistema aéreo ó subterráneo. La tracción eléctrica permite establecer muy fácilmente caminos aéreos en las calles más concurridas, sin que las protestas que se puedan hacer en contra de su empleo sean más numerosas ni mejor fundadas que en las que en otras ocasiones ha provocado la instalación de los tranvías.

El célebre electricista Mr. Siemens ha ideado un proyecto de ferrocarril aéreo, movido por motor eléctrico.

El remolcador eléctrico constituye, como puede verse en nuestro grabado, un verdadero vehículo automóvil que no deja caer al suelo ni agua, ni ceniza, ni escorias, así como tampoco envía á las casas inmediatas humo ni vapor, y su recorrido es bastante silencioso para que al cabo de algunas semanas el público no se aperciba siquiera de su presencia. Desde el punto de vista artístico, este sistema, aunque de formas muy ligeras, coriará tal vez un poco la perspectiva, y permitirá á los viajeros curiosos dirigir miradas indiscretas á las habitaciones de los primeros pisos; pero estos inconvenientes son de poca monta y pueden evitarse.

En Madrid todavía no es de necesidad apremiante, por lo menos en la mayor parte de sus calles, una reforma semejante; pero en New-York, Londres, Berlín, París, Chicago y demás ciudades populosas y ricas, la cosa se impone, y atendidos los progresos de la electricidad, es seguro que no ha de tardar mucho en generalizarse el empleo de ese sistema de locomoción.

Una alameda de Aranjuez.—(Pág. 333).

Pocos sitios reales pueden ofrecer los encantos

de Aranjuez, donde la Naturaleza parece haber hecho un esfuerzo para compensar al hombre de la aridez y monotonía de las regiones inmediatas. Aranjuez es el oasis de toda esa parte de Castilla la Nueva; y luego de atravesar las interminables y pedregosas llanuras de la Mancha, el viajero que sube á Madrid por el Mediodía, experimenta al llegar á ese sitio una impresión inefable de alegría y frescura.

En cualquiera otra parte donde hubiera mayor amor que el que hay en Madrid por la Naturaleza, los 40 kilómetros de línea férrea que separan á esta población de la de Aranjuez se verían recorridos con frecuencia por multitud de personas, deseosas de pasar algunas horas al pie de aquellos magníficos olmos, de aquellos soberbios falsos plátanos y de aquellos gigantescos robles, cuyo tronco apenas pueden abarcar entre dos y aun entre más hombres.

Nuestro grabado de hoy representa una de esas admirables alamedas de seculares árboles, que sólo admiten comparación con los de Windsor, ó de otros parques no menos renombrados. El dibujo es antiguo, pero hermosísimo, como de Federico Ruiz, cuya prematura muerte nunca llorarán bastante las artes españolas.

A los extranjeros que traen preconcebida una idea extrema de la aridez de estas mesetas centrales de la Península, es á quienes produce la vista de Aranjuez mayores efectos.

Teófilo Gautier, en su viaje por España, ha cantado las bellezas de este oasis. El marqués de Langley, que lo visitó allá por los años de 1875, hizo de él los más entusiastas elogios. «Si hay—dice—en el Universo un sitio encantador, este sitio es Aranjuez. Desde las ventanas del palacio, la mirada abarca sin confusión el Norte de Castilla la Vieja, la parte occidental de Aragón, el curso del Tajo, valles, llanuras, montañas, un horizonte inmenso. Esta situación es quizá única en el mundo.»

Al Oriente del palacio, y en una extensión de una legua, se ve la doble hilera de magníficos álamos negros, que se llama la Avenida de la Reina, y que es la representada por nuestro grabado de hoy. Entre esta Avenida y el Tajo se encuentran

los deliciosos sitios el Sotillo, el jardín de la Primavera y el del Príncipe.

Este último fué trazado por Carlos IV cuando era príncipe de Asturias, y forma un encantador lugar de recreo. Los demás jardines conservan el carácter del reinado en que cada cual fué hecho. Hacia la parte oriental del palacio está el pequeño jardín de las estatuas, que se extiende delante de las ventanas de la antigua cámara regia, y en medio del cual se eleva una fuente adornada con una estatua de Felipe IV y bustos en mármol de los emperadores romanos.

En medio del parterre se encuentra la fuente de Hércules, rodeada de cuatro tazas y de macizos de flores. A los lados se alzan las dos columnas que simbolizan las del Estrecho, y en sus pedestales están esculpidos los doce trabajos del semidios, cuya imagen corona las columnas.

Hacia el Norte, el Tajo, que lleva sus amarillas aguas por medio de las posesiones reales, forma espumosas cascadas, rodea lo que se llama *la isla*, espacio lleno de preciosos jardines y bosquecillos, poblado de estatuas y de fuentes, entre las cuales es la más bella y la más nombrada la de Apolo. Todas estas fuentes, menos vistosas y abundantes de agua que las de la Granja, tienen un sello más español, pues son de un gusto más severo que aquellas.

Los jardines, construídos en la época de la Reina Doña Isabel II, ocupan también un espacio limitado por el Tajo y por la Avenida de la Reina. Reunen en su recinto los caprichos de la fantasía, plantas y flores exóticas, frutos de todas las regiones, y árboles de todos los países.

Después de esto, bosques de robles y de otros árboles no menos corpulentos ocupan una enorme extensión hacia el Norte y el Oeste. Unase á ellos los jardines particulares, y se tendrá idea de la hermosura del sitio, sobre todo en la primavera.

ANTONIO DE OLMEDO.



BOLETIN RELIGIOSO

Almanaque religioso.
(Segunda quincena de Noviembre).

16. Miércoles.—Santos Rufino, Marcos, Valerio y compañeros mártires; Elpidio, Marcelo, Eustoquio y compañeros mártires; Edmundo, arzobispo y confesor; Euquerio y Fidencio, obispos, y Otmario, abad.

17. Jueves.—Santos Acisclo y Zaquéo, mártires; Gregorio Taumaturgo, Dionisio, Aniano y Hugón, obispos, y Eugenio, confesor.

18. Viernes.—La Dedicación de las Basílicas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo.—Santos Román, Esiquio, Barula, Orículo y compañeros mártires.

19. Sábado.—Santos Ponciano, Papa y mártir; Máximo, Feliciano, Fausto y 150 compañeros mártires; Crispín, obispo, y Abdías, profeta.—Santa Isabel, reina de Hungría.

20. † Domingo XXIV después de Pentecostés.—Santos Dasio y Nersas, obispos y mártires; Edmundo, rey y mártir; Benigno, Silvestre y Félix de Valois, confesor.—Absolución general en la Trinidad.

21. Lunes.—La Presentación en el Templo de la Bienaventurada Virgen María.—Santos Alberto, obispo y mártir; Celso, Clemente, Demetrio, Honorio, Eutiquio, Esteban y Heliodoro, mártires; Gelasio, Papa y confesor, y Mauro, obispo y confesor.

22. Martes.—Santos Filemón, Afa, Mauro, Marcos y Esteban, mártires, y Prácmacio, obispo y confesor.—Santa Cecilia, virgen y mártir.

23. Miércoles.—Santos Clemente, Papa y mártir; Sisinio, mártir; Anfiloquio y Gregorio, obispos, y Trudón, presbítero y confesor.—Santas Lucrecia, virgen y mártir, y Felicitas, mártir.

24. Jueves.—Santos Crisógono, Crescenciano, Alejandro y Felicísimo, mártires; Protasio, obispo; Juan de la Cruz, confesor, y Román, presbítero.

25. Viernes.—Santos Moisés, Erasmo y Mercurio, mártires, y Gonzalo, obispo.—Santa Catalina, virgen y mártir, y Nuestra Señora de los Montes en Roma.—Ayuno.—Absolución general en la Merced y Trinidad.

26. Sábado.—Los Desposorios de la Bienaventurada María con San José.—Santos Pedro, Alejandrino y Bellino, obispos y mártires; Marcelo, presbítero y mártir; Siricio, Papa y confesor, y Leonardo de Puerto Mauricio, confesor.—Ayuno.

27. † Domingo I de Adviento.—Santos Basileo, Auxilio, Saturnino, Facundo, Primitivo y compañeros mártires; Valeriano, Máximo, y Virgilio, obispos, y Nuestra Señora de Belén en Sarriá.—Indulgencia plenaria.

28. Lunes.—Santos Papiniano y Mansueto, obispos y mártires; Esteban el Joven, Basilio, Pedro, Andrés y 339 compañeros mártires; Sóstenes, Rufo y toda su familia, mártires; Gregorio III, Papa; Santiago de la Marca y Estanislao de Kostka, confesores.

29. Martes.—Santos Saturnino, obispo y mártir; Anciano, Sisinio, Filomeno, Blas, Demetrio, Parmón y 365 compañeros mártires.

30. Miércoles.—Santos Andrés, apóstol; Cástulo y Euprepes, mártires; Troyano, obispo; Constancio y Zósimo, confesores.

La Exposición general de Bellas Artes

Sobre todo lo que ha de seguir, y á modo de aclaración ó programa negativo, quede sentado que aquí no entra para nada la crítica.

No, ¡por Dios! nada de sacerdocio, de credo, ni de principios eternos y cánones de mejor ó peor gusto. Queden en su sitio esas bellas palabras con lo que á la letra significan, y no perpetuemos tan deplorables involuciones, que han sido causa, lo son y lo serán hasta el imperio de la sensatez (el cual probablemente está aún muy lejos), de tremendas injusticias y de muy crueles é irremediables fallos.

¡Oh, la crítica...! Es el áspero cierzo pasando su helada guadaña por el florido campo del arte! Alza el brazo, ciega é implacable, y allá van arrumbadas en misero montón la malva real y la violeta, la yedra, el lirio, el «amarillo jaramago». Para una mala yerba que destruye, siega en flor plantas encantadoras cuyo aroma no percibe... Es un detestable jardinero al que debemos mandar á escardar cebollinos, dando por supuesto que los cebollinos no son obras de arte.

Y basta de imágenes, pero no de crítica; porque hay mucho que decir de ella. Hay que defender la independencia del artista, pintor, músico, literato, escultor ó arquitecto. Hay que reconocer ¡qué menos! su derecho de expresar lo que siente como lo siente, sin otras limitaciones que las naturales impuestas por la moral que para eso reservamos nuestro entusiasmo y aplausos para los pocos que consiguen llegar á despertarlos.

Contra cierta crítica menuda y atrevida que emite su juicio en breve y regateada frase; contra la que se encara con el indefenso autor y en nombre de sus prejuicios, ó—lo que es más triste y muy corriente—de sus ignorancias, le increpa y pide cuentas por supuestos ó reales desaciertos contra la más sabihonda, siempre enredada en lucubraciones estéticas y arqueológicas sin venir á cuento, por mera ostentación del propio saber, nunca se tronará bastante, porque sus efectos quedan indicados en precedentes párrafos.

No hay más que ver el profundo desacuerdo de la alta crítica, de aquella que se hace con calma, ciencia y talento, para calcular el desbarajuste de esta otra en que generalmente huelgan algunas de las expresadas capitales condiciones, cuando no todas; y si en nombre del clasicismo se llamó bárbaro al arte ojival, y en nombre de éste se calificó de frío y anacrónico al arte griego; si los pseudo-clásicos abominaron del romanticismo, y éste fué calificado de pueril y estafalario por los realistas, y los realistas parecieron tímidos á los naturalistas, y las producciones de esta escuela nos parecen ya insufrible pesadilla de la que intentan hoy salir las artes volviendo la cara á más nobles ideales; si todo esto hemos podido comprobar por la historia y por nuestra propia experiencia, ¿cómo admitir ni menos autorizar esos sacerdocios de una religión que no tiene razón de ser en las conveniencias artísticas? Si eso ha sido crítica, y en nombre de ella se han perpetrado tantos delitos de lesa buen gusto, ¿cómo consentir nuevos atentados contra el innegable derecho que todo artista tiene para dirigir los vuelos de su espíritu por donde mejor cuadre á su albedrío?

Con más ó menos talento, con mayor ó menor intensidad de sentimiento para apreciar las buenas cualidades de una obra artística, y presentarlas desenvueltas y comentadas á los profanos, el crítico de mejor conciencia tiene que ser injusto con muchos autores cuyos ideales ó procedimientos no se ajustan á su manera de sentir y percibir la belleza. Aunque reina hoy un saludable eclecticismo, en virtud del cual es corriente ver reunidos en alegorías decorativas y en síntesis retóricas á Calderón y Moratin, Murillo, Rivera y Mengs, Miguel Angel, Berruguete, Cánova y tantos otros de los más opuestos campos, en este eclecticismo puramente histórico, «retrospectivo», para los contemporáneos no hay cuartel, como si la experiencia nada nos dijera respecto al particular.

Sobre la Exposición que en estos días está abierta al público se ha lanzado la prensa para administrar justicia con la ligereza de siempre. Verdad es que se puede perdonar mucho á esa pecadora colectividad, por lo mucho que vale uno de sus individuos, el respetabilísimo y profundo Sr. Balart, que escribe sus críticas en *El Imparcial* con ejemplar templanza y pericia suma. En realidad, no escribe «críticas» en el sentido frío y duro que ha llegado á adquirir esa palabra en fuerza del extravío que he lamentado antes; comenta la obra, penetra en el asunto desentrañando la intención del artista, y se ayuda mucho en su tarea con el conocimiento personal del artista, de su carácter é inclinaciones, ad-

quirido en largos años de tratar á los más renombrados. Así se deduce, por lo menos de sus escritos. Era necesario y de justicia hacer excepción de este literato en cuanto va dicho, para dejar á los demás con la mucha ó poca parte de responsabilidad á que se hacen acreedores.

Millar y medio de obras entre lienzos, acuarelas, dibujos, esculturas y proyectos arquitectónicos están expuestas en los amplios salones del Palacio de la Industria y de las Artes, y la relación de todas las que por uno ú otro concepto merecen una ojeada, sería pesadísima é improductiva.

El que ha visitado la Exposición no la necesita: al que por ausencia ó imposibilidad no pueda verla nada le dice. Respecto á los artistas... reniegan de cuantos ocupamos la pluma en sus producciones; los unos porque hablamos mal de éstas; los otros porque no las enaltecemos todo lo que ellos creen haber merecido.

Por todo lo expuesto, en que de todo corazón quisiera tener de acuerdo al discreto lector, creo que éste desea una impresión general en que se determinen las diferentes tendencias manifestadas en este certamen, ampliada con los autores y obras que mejor determinan cada una de aquéllas, y eso es lo que del mejor modo que pueda me propongo hacer, sin más digresiones.

Ofrece esta Exposición la valiosa novedad de concurrir á ella artistas franceses y alemanes en bastante proporción de número y bondad, para que nos formemos idea del adelanto de las bellas artes en los países de donde aquéllos proceden, y podamos, como consecuencia, establecer comparaciones directas con los nuestros. Además, se han llevado á una sala, con carácter de exposición retrospectiva de la pintura española en este siglo, unos cuantos cuadros de Goya, Madrazo, Rivera, Fortuny, Rosales, Domingo, Casado, Sans, etc.; y aunque pudieron ser más y mejor escogidos, sirven, así y todo, de vanguardia á la multitud de obras del día que se exponen por primera vez, y avaloran la parte española de la Exposición, para que resista mejor el contraste con las obras extranjeras, las cuales son de primer orden en su mayor parte.

Ocioso es consignar que, como otras veces, se ha comparado este certamen con los anteriores, declarándole inferior.

La manía de las comparaciones lleva también por este camino á la injusticia, y no es pequeña la que se comete, olvidando ó desconociendo que no existen términos para establecer aquéllas, porque cada obra en particular, y por consiguiente la suma de ellas en Exposición ó concurso, es producto de causas ó influencias que difícilmente se repiten (nunca en conjunto); el artista recibe de la sociedad sus inspiraciones, se deja influir por el medio ambiente en que vive, toma ideas, y las devuelve transformadas en obras de arte; sus producciones son así, porque de tal modo deben ser, y se diferencian de las producidas en otros tiempos, como se diferencian esos tiempos y el nuestro en gustos, tendencias y fisonomía social.

Precisamente en que así suceda estriba el que tengamos un arte propio, expresión de nuestra colectividad, que en él aparece representada fielmente; y no es preciso insistir acerca de esto, que viene á ser un lugar común con el cual se ofende la perspicacia del lector.

Como conjunto, y en el orden de las ideas, la Exposición actual es lo que debta ser; y si se me apura, no tendré reparo en decir que aun en el orden plástico, en lo referente á la exteriorización de la idea, en lo que depende de la práctica de la aplicación, de la lucha constante con las dificultades que la naturaleza presenta al que intente reproducirla, encuentro también lógicas las deficiencias y me explico las incorrecciones que otros lamentan como síntoma de decadencia artística.

Nosotros hacemos á los artistas; y plagiando á Sor Juana Inés de la Cruz, se puede replicar á quien los reprocha, aquellos famosos versos de la monja mexicana:

«Querédlos cual los hacéis,
ó hacédlos cual los buscáis.»

Menos que nadie pueden ellos, en quienes la sensibilidad predomina, hacerse superiores al modo de ser de la sociedad en que viven.

Carecemos de un ideal común, y ahí los tenéis desorientados, lanzándose unos en brazos del realismo con despiadada firmeza, buscando otros su inspiración en las páginas del Evangelio; poetas éstos de la vida contemporánea; aferrados aquellos á la tradición de los últimos tiempos, que indicaba la historia como manantial perenne de asuntos representables... Todas las ideas están allí expresadas, ¡hasta el socialismo! A todos los problemas corresponde una nota, ¡hasta la emigración! y hay más de un cuadro, pero especialmente uno de los mejores, de cuyo conjunto parece desprenderse aquella tesis que tanto dió que hablar no hace mucho tiempo: «la poesía está llamada á desaparecer.» ¿Quién, pues, se atreverá á establecer comparaciones, teniendo todo esto en cuenta?

Pues aún se explican mejor las incorrecciones y deficiencias de que hablé más arriba.

Vivimos muy de prisa, y es la máxima corriente llegar á cualquiera costa y llegar pronto al logro de nuestras aspiraciones. Una impaciencia febril se apodera de cuantos con fundamento ó sin él se creen llamados á desempeñar algún papel en el mundo. En todos los ramos se improvisan carreras brillantes; y jóvenes de indudable talento, que tuvieron la fortuna de subir rápidamente los escalones sin tropiezos y quizás con ascensor, son desde arriba refueltos irresistibles para los que aspiran á ponerse á su lado.

No es ocasión ésta de hacer consideraciones respecto al desequilibrio que produce ese movimiento irregular, ni tampoco de que indiquemos los perjuicios derivados de esas improvisaciones á costa y con quebranto de la madurez de juicio que sólo da la experiencia, la única rebelde á la improvisación. Yo sólo pretendo deducir aquí lo afirmado antes; esto es, que los artistas no pueden sustraerse á la ley común, é improvisan su carrera con aplauso general; que sacrifican la técnica, ajena á la mayoría de las gentes, por la expresión con que subyugan á todos, y en fin, caen en la cuenta de ser este, y no otro, el camino franco y florido por donde muchos llegaron á la meta codiciada.

¿Quiere esto decir que tal conducta sea plausible? De ningún modo. Ateniéndome al objeto y fin de este preámbulo, yo sólo pido equidad para los artistas, que no se les exija más de lo que buenamente puedan dar, que haya más justicia por parte de la crítica, que tenga ésta presente los infinitos registros del sentimiento para transigir ó callar frente á los que no estén de acuerdo con su criterio, y por último, que al condenar lo haga con atenuaciones.

LEANDRO CALVO.

Revista literaria colombina.

II

Don Miguel Mir (de la Academia Española), acaba de dar á luz un folleto sobre la *Influencia de los aragoneses en el descubrimiento de América*, impreso en Palma de Mallorca. Pluma mejor cortada que la del que escribe se ha de ocupar en el examen de este precioso librito, que es un ardiente alegato en pro de la gloria, no inferior á la de Castilla, según el Sr. Mir, que cupo al reino de Aragón en el descubrimiento. Pero no resistimos á la tentación de decir que el estilo de este libro es... como del Sr. Mir. ¡Qué castellano tan herreroso, tan sentido, tan elocuente! Con el autor de la *Harmonía entre la ciencia y la fe*, del estudio biográfico sobre *Bartolomé Leonardo Argensola* y de la *Historia de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, en parte ya publicada en LA ILUSTRACION CATOLICA parece revivir el siglo de oro de nuestra lengua, y el genio de nuestra patria debe admirarse de que aún haya aquí quien sepa hablar y escribir como hablaron y escribieron los Luises, Rivadeneyra, Malon de Chaide y Cervantes.

Seríamos interminables si á las obras citadas quisiéramos añadir, aunque no fuese más que una su-

cinta enumeración de los títulos de otras menos importantes, artículos y folletos. En la revista *El Centenario* se han publicado excelentes trabajos. En uno de ellos ha escrito Valera que el descubrimiento de América es suceso tal, que sólo ante la predicción del Evangelio y otros acontecimientos semejantes del orden sobrenatural, cede en trascendencia histórica. D. Francisco R. de Uhagón, ministro del Tribunal de las Ordenes militares, ha publicado un folleto titulado *La patria de Colón, según los documentos de las Ordenes militares*, y de los que parece resultar que fué Saona el lugar del nacimiento del almirante. También son muy notables otros estudios que se han insertado en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* y en diferentes periódicos de Madrid y de provincias.

Sobre todos merece plácemes, á nuestro juicio, la empresa de *La Ilustración Española y Americana*, que ha sostenido una campaña colombina (como se dice en lenguaje periodístico) que constituye una verdadera página de gloria para las artes y literatura españolas. Ha publicado la citada *Ilustración* multitud de hermosos grabados y de artículos muy eruditos y bien escritos. Muchos de los últimos aparecen firmados por el académico y profesor señor Sánchez Moguel, que ha trabajado de lo liado, revolviendo libros viejos y papeles más viejos que los libros, para el mayor realce y esplendor de las fiestas centenarias. El último número conmemorativo es verdaderamente notable.

Las demás revistas ilustradas, como *La Ilustración Nacional*, el *Album Ibero-Americano*, LA ILUSTRACION CATOLICA, y otras que no hay para qué citar, han procurado cumplir lo mejor que han podido.

En la *Revista Popular*, de Barcelona, el Sr. Sardá y Salvany ha expuesto tan bien como él sabe hacerlo el carácter religioso que tuvo la empresa de Colón, y que por lo mismo debería tener su fiesta conmemorativa. En la revista *El Santísimo Rosario* se ha ensalzado como es debido la parte que cupo á la Orden dominicana en el descubrimiento y conquista evangélica del Nuevo Mundo. Con el mismo argumento, aplicado á los Agustinos, que también fueron insignes evangelizadores de América, ha compuesto el P. Blanco García un interesante artículo. *La Semana Católica*, de Madrid, ha consagrado asimismo un número á la religiosa y patriótica conmemoración centenaria, y en ese número hemos leído una linda poesía de un sacerdote jesuita, hermano, según creemos, del famoso Padre Coloma.

En cuanto á poetas colombinas, debemos citar, además de ésta, el poema *Colón*, de doña Carolina Valencia, un precioso romance, original del poeta escolapio Jiménez Campaña, é inserto en el último número de LA ILUSTRACION CATOLICA, y un poema que ha comenzado á publicar la *Revista Calasancia*.

De los periódicos diarios, pocos son los que no han conmemorado el Centenario con números ilustrados. *El Imparcial*, que hizo su tirada en Barcelona, publicó un número con profusión de grabados y viñetas. Sobrepujó, pues, á su rival y colega *El Liberal*, si bien el texto de este último quizás aventajaba al del primero; *El Liberal* insertó artículos de Echegaray y Menéndez Pelayo con otros menos notables. Debemos, por último, recordar los números extraordinarios de *El Correo Español*, *La Unión Católica*, *Las Provincias*, de Valencia, *El Alicantino* y *El Criterio*, de Salamanca.

En presencia de todo esto, y de lo que por olvido ó premura se calla, no creemos que deban considerarse fracasadas las fiestas colombinas porque el Ayuntamiento de Madrid no haya sabido arreglar mejor que lo ha hecho la parte de luminarias y de gigantones.

A. SALCEDO.

A Cristóbal Colón

Con motivo de la celebración del cuarto Centenario de su grandioso descubrimiento.

¿Qué insólito rumor hora se extiende
Del Ecuador hasta el helado polo,
Salva los mares y los aires hiende?

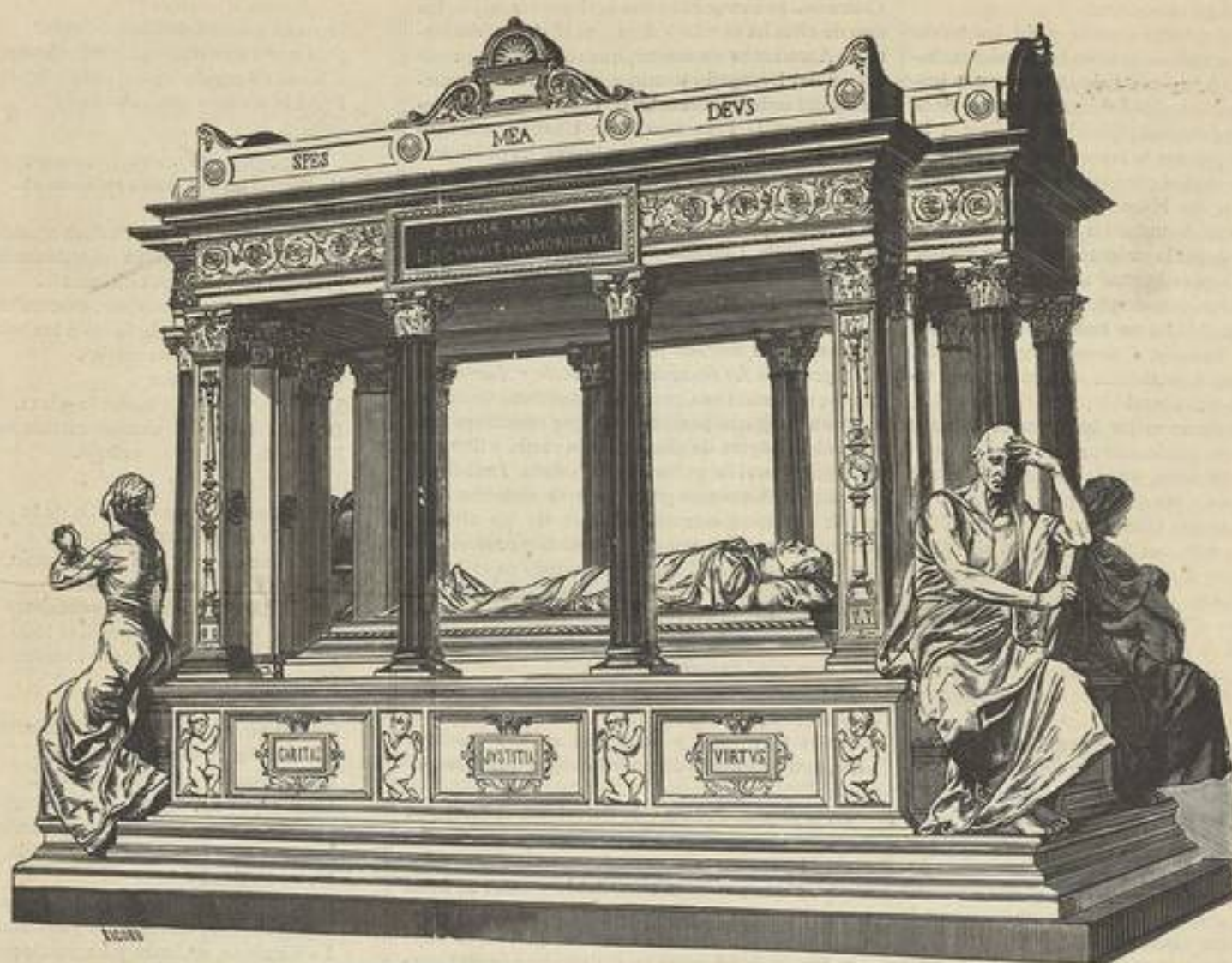
¿Qué gran fausto suceso conmemora
Mi cara patria, y con la España el mundo?
¿Cuál obra redentora
Provoca movimiento tan fecundo?
¿Por qué surge doquier el entusiasmo,
Y hasta en región lejana, pobre, ignota,
Férvido y rico y generoso brota?

El antiguo y el nuevo continente
Un ósculo se dan como en memoria
Del genio prepotente
Que á unírlos vino para mútua gloria,
Del gran Colón, á quien mi patria amada
Protegió con su Reina idolatrada.
Hoy que cuatro centurias transcurrieron
Desde que en Palos se lanzó á los mares
El genovés ilustre, se celebra
En la nación hispana
Lo que la honra y á la vez la ufana,
De aquel hecho de alcance extraordinario
El cuarto secular aniversario.

Hora es ya de que el genio de la ciencia
Al genio de la guerra se suceda,
Y domine doquier con su influencia,
Jamás devastadora,
Sino siempre fecunda y bienhechora.
Hora es ya de que los pueblos todos,
Rindiendo culto á la verdad suprema,
Unánimes la adoren
Y lancen su anatema
Contra aquellos que siempre les azotan,
Y con falsas y utópicas doctrinas
Les alucinan y á la vez explotan.
Hora es, en fin, de que lugar se haga
Cuanto al progreso verdadero tiende,
Mostrándose entusiasta, agradecida,
La humanidad entera
A los que al bien la guían y enaltecen,
Y con sublime abnegación y esfuerzo
La iluminan, redimen y engrandecen.

Dejemos de encomiar á los que sólo
La corrupción y ruina nos trajeron;
Las estatuas á ellos erigidas
Al punto derroquemos,
Y desde hoy tan solo las alcemos
Sobre elevados, grandes pedestales,
A los genios preclaros é inmortales.
Tú lo fuiste, Colón; y en tal manera,
Que por la ciencia y por la fe guiado,
Cual cumple al que lo es, lograr venciste
Cuanto se opuso á tu triunfal carrera.
Y es que si tú, basándote en la ciencia,
Llegaste á presentir con fundamento
De un nuevo continente la existencia,
La fe que te animaba
A llevar hasta allí la redentora
Doctrina de la Cruz, te confortaba
Para luchar hasta obtener victoria,
Y con la tuya nuestra propia gloria.

A genios como el tuyo prepotentes
De tan intenso y bienhechor influjo,
Y no á mentidos genios, se les debe
Admiración y gratitud eterna,
Estatuas y coronas y laureles,
Y vítores y palmas
Y el entusiasmo amor de nobles almas.
Por eso acuden hoy de todas partes
A celebrar el cuarto Centenario
De tu fecundo y gran descubrimiento
Los pueblos y naciones, y en la patria
Que un día te acogiera
Y á tus altos designios se asociara,
Jubilosos ahora se congregan
A rendir un tributo á tu memoria,
Y la industria, las ciencias y las artes
El nombre inmortalizan
Que vive ya inmortal para la historia.
Llor y gloria á tí, que bien merece
Gloria y loor por su saber profundo
El gran descubridor del Nuevo Mundo.
¡Gloria á la insigne reina y á la patria!



MONUMENTO LEVANTADO POR LA CIUDAD DE NANTES AL GENERAL LAMORICIERE

¡Que nunca mueran, que jamás acaben
Las felicitas naciones
Que genios tienen y admirarlos saben!

LUIS DE MONTALVO.

La Pasión de Jesucristo

CAPÍTULO VII

Es presentado Jesús ante el Sumo Sacerdote; fórmaso juicio contr. él, y Simón Pedro le niega.

(Conclusión.)

EN aquella hora cundía mucho el ruido de la gente, así en el átrio como en los corredores y galerías del palacio de Caifás. La noticia de la prisión de Jesús había corrido como una exhalación por toda la ciudad de Jerusalén. La excitación promovida por la noticia fué muy grande en todas partes, y en especial en el Templo, donde estaban los mayores enemigos del Santo Maestro. Allá fueron principalmente á buscarlos los emisarios del Sumo Pontífice, para tomar parte en el juicio que se iba á formar. No se harían mucho de rogar para acudir al llamamiento; antes es de suponer que los más, ó estarían allí mismo, ó acudirían de suyo antes que los llamase su presidente. Era de ver cómo uno tras otro, ó formando pequeños grupos, iban entrando en el palacio del Pontífice. Graves y mesurados, y envueltos en sus amplios y autorizados trajes, atravesaban primero el patio, y subían luego á la parte superior de la casa, donde les estaba aguardando el Sumo Sacerdote, que, como es dicho, estaba en privada audiencia con Jesús.

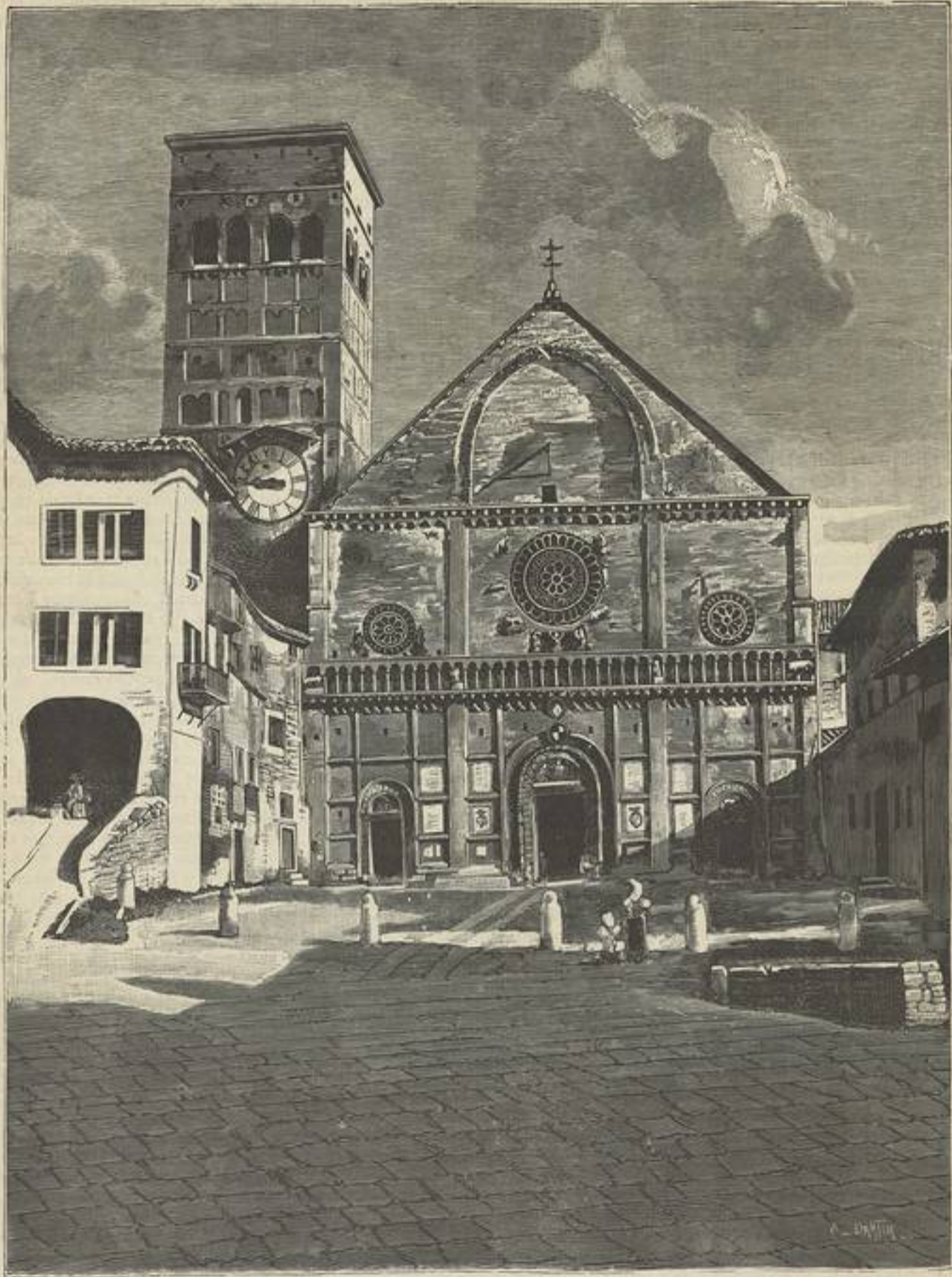
Mientras tanto, quedaban en la planta baja del palacio los criados de que venían acompañados, aumentándose con esto la bulla y algazara que andaba en el patio donde, como es dicho, estaban los ministros y criados del Pontífice charlando y calentándose al fuego.

Ya se ha visto cómo de la conferencia tenida entre Caifás y Jesús nada se había sacado en limpio, si no es la inocencia del acusado y la violencia é ilegalidad con que había empezado á procederse en aquel asunto. Por desgracia, estas violencias, no sólo no se disminuirán ni se corregirán, antes se agravarán por instantes en el resto del proceso. En verdad, nunca fueron los saduceos muy nimios en esto de la observancia de las prácticas ó requisitos legales, y menos la familia de Anás, famosa por la desenvoltura y poca aprensión con que solía propasarse á las mayores atrocidades y desafueros; pero en este proceso parece que quisieron echar el resto de la ilegalidad y de la injusticia, amontonando tal cúmulo de iniquidades y violencias, cuales no se han visto jamás en ningún otro Tribunal de la tierra.

Desde luego la junta del Sanhedrín había de reunirse, no en la casa del Sumo Sacerdote, sino en el Templo en el lugar designado para esto. Es cierto que tal informalidad no fué propia solamente del proceso de Jesús, sino que ya se había cometido otras veces, cambiándose el sitio de la reunión según convenía á los intereses de los presidentes; pero conviene advertirla para hacer ver cómo en este juicio no hubo nada que no fuese irregular y monstruoso. Además, siendo el proceso que iba á entablarse de causa de muerte, según lo tenían ya determinado en la junta primera del Sanhedrín, no podía, según los términos de la ley, empezarse de

noche, sino que se había de comenzar de día, y de día también se había de concluir, así como tampoco podía efectuarse los sábados ni en días de fiesta ni en sus vigiliat. Finalmente, en las sesiones solemnes de este Tribunal, en que se trataban causas de muerte, era necesario reunirse todos los miembros que le componían, que eran setenta y uno, y aunque en casos extraordinarios bastaban veintiuno para que fuesen válidas las sentencias, es más que probable que ni aun éstos se reuniesen en el juicio contra Jesús, ya por la dificultad de convocar aquel número de jueces tan á deshora de la noche, ya por la prisa y atropellamiento con que se procedía en aquel caso. Así, todo induce á creer que aquella junta no fué sino una reunión y pandilla de amigos, saduceos todos ó casi todos, los más allegados al Sumo Sacerdote, y que por ser sus criaturas y paniaguados habían de pasar por todo cuanto dijese ó quisiesen hacer de ellos los presidentes.

Con todos estos vicios y nulidades, reunida que fué aquella junta, lo primero en que pensó fué en dar una apariencia ó colorido de legalidad á los pormenores y exterioridades de la causa, como quiera que aquellos jueces, como buenos israelitas de la decadencia, si tragaban fácilmente un camello hacían muchos ascos de tragar un mosquito. Sentáronse, pues, los jueces, según lo tenían por costumbre en sus juntas, en el suelo sobre tapetes y alfombras, cubiertas las cabezas con unos bonetes angostos y puntiaguados, con sus piernas cruzadas, puestos en forma de semicírculo, de suerte que pudiesen verse unos á otros, y con las caras vueltas hacia el Templo y á la parte más sagrada de éste, que era el *Sancta Sanctorum*, como para recibir de él las inspiraciones de la eterna justicia. En me-



BASILICA FRANCISCANA EN ASIS.

dio estaba el presidente colocado en su sitial, teniendo á su derecha el llamado Padre del Senado (Ab beth din), y á la izquierda el que era tenido por más prudente y discreto de entre los consejeros; á los dos extremos del semicírculo estaban dos escribas ó secretarios, el de la derecha para apuntar lo que era en descargo del reo, y el de la izquierda lo que le era desfavorable; en medio, de pie, frontero del Sumo Sacerdote, estaba Jesús; y en torno y en todas direcciones ministros de justicia para tener cuenta con el reo, llamar é introducir los testigos y ejecutar la sentencia.

Según prescribía el derecho criminal judaico, en las causas de sangre había de empezarse por presuponer, no ya la culpabilidad, sino la inocencia del acusado. A este fin, comenzábase por la parte del defensor antes que por la del acusador; examinábase las probabilidades que pudiese haber para declarar la impunidad del reo antes que las que podían contribuir á su condenación; á todos era lícita la defensa, no á todos la acusación; el mismo delincuente podía defenderse á sí propio y tener á su lado los abogados y llamar á los testigos que fuese su voluntad; en fin, se le daban cuantas facilidades quisiese para su justificación, y no se procedía á la sentencia sino hasta llegar á plena comprobación y certidumbre del crimen.

Ninguno de estos artículos ó requisitos de la ley fué observado en el proceso de Jesús. La ilegalidad y la violencia fueron flagrantes; empezóse por presuponer su culpabilidad antes que su inocencia; en la opinión de los jueces fué juzgado antes de ser convencido de su delito, condenado primero que llevado al Tribunal, y antes de que se entablase el proceso. Así, que el formarle juicio y requerir las probanzas no era más que para dar al proceso colorido de legalidad, que si por una parte aquietase las conciencias de los jueces escrupulosos, si alguno había en el Tribunal, de otra demostrase á la muchedumbre del pueblo que en el juicio contra Jesús habían sido observados los trámites legales.

Mas á pesar de esta voluntad de encauzar el negocio de Jesús por el camino de las formalidades jurídicas, no fué fácil conseguirlo. Para ello era necesario ante todo tener un crimen ó delito de qué asirse para entablar la acusación, y por mucha diligencia que ponían los jueces en ello, el tal crimen no podía hallarse. Necesitaban un testigo que depusiese contra Jesús algo, siquiera fuese falso, y por más que se buscaba no se presentaba ninguno. Impacientes y fuera de sí revolvían la vista á todas partes por ver si de algún lado parecía lo que necesitaban, cuchicheando entre sí y sugiriendo el uno al otro el medio de que podían valerse para salir de aquel compromiso, citando las personas que podrían servirles para el caso, y aun hostigando á alguno á que dijese algo contra Jesús, siquiera fuese falso y calumnioso; mas á pesar de tales intrigas y provocaciones, nadie parecía por allí, y el proceso estaba sin empezar, y el reo delante de los jueces sin saberse de qué delito se le acusaba ni el fin á que lo habían traído allí.

Este principio del proceso de Jesús es una de las cosas más irregulares de aquella causa, donde todo sucedió fuera de los límites ó trámites ordinarios. Es notorio que la vida de Jesús se había desenvuelto en medio de la mayor oposición que ha podido tener hombre alguno en la tierra. Quitado el breve tiempo de su evangelización en Galilea, el resto de su vida pública había sido una serie continua de luchas y contrariedades llevadas adelante á cielo abierto y en presencia de innumerables testigos. En esta lucha habían tomado parte los altos y los bajos, los príncipes y los populares, los legos y los sacerdotes, todas las sectas, en fin, en que estaba dividido el judaísmo, espantosamente confederado contra él para de todo punto vejarle y hundirle. Sus obras habían sido objeto de perenne pesquisa; sus palabras y su doctrina censuradas, sus mismos prodigios, aun los más evidentes,

mal vistos é interpretados. De él declábase públicamente que pervertía las patrias tradiciones, que corrompía la ley, que profanaba el sábado, que revolvió y amotinaba al pueblo, que era amigo de publicanos y de pecadores, que era, en fin, una piedra de escándalo para todo Israel que era necesario quitar de enmedio cuanto antes. Según esto, parecía natural que preso Jesús y puesto en manos de sus enemigos, ya que se quería dar al juicio una forma de legalidad aduciendo testigos contra él, habían de acudir tantos, que su número y autoridad había de ser de no liviano trabajo para el proceso. Y con todo, al irse á entablar éste, ni aparecen las acusaciones, ni se oyen las querellas, ni se presentan los testigos, y los jueces se encuentran frente á frente con un acusado sin acusadores, con un reo cuyos delitos no pueden descubrirse, ni presentarse ni formularse siquiera. No fué esto, por consiguiente, debido á la falta de enemigos de Jesús, ni á la timidez ó desvalor de éstos, ni á la escasez de motivos ó pretextos para la acusación, sino á la falta absoluta de fundamento para la querrela ó acusación, argumento clarísimo de la inocencia de Jesús, y de que si se le intentaba un proceso no era más que por el empeño de los partidos políticos que dominaban en Jerusalén, los cuales, movidos de la envidia y mala voluntad, no podían sufrir al acusador de sus vicios y maldades.

Esta ausencia de testigos ó acusaciones contra Jesús hubo de contrariar terriblemente á los consejeros del Sanhedrín, reunidos para juzgarle. ¡Tanto como habían trabajado por prender á Jesús, y ahora, que ya le tenían en las manos, no poder empezar su proceso por falta de acusaciones ni testigos! ¡Tanto como habían hecho para hacer ver al pueblo la perversidad de aquel hombre y los peligros que acarrearía á su república y estado, y la necesidad de quitarle de enmedio, y ahora verse ante este mismo pueblo incapaces de condenarle ni aun de hacerle la más leve acriminación por su proceder ó enseñanza! Era esto, ciertamente, bastante á exasperar el ánimo más tranquilo y sosegado, cuanto más los de aquellos hombres, tan agitados por las más violentas pasiones.

El aspecto que ofrecía la sala del Tribunal cuando, estando ya en él Jesús, no hallaban los jueces causa ó motivo para acusarle, era uno de los más tristes y abominables que ha presentado jamás Tribunal alguno en la tierra. Allí estaba Jesús en la actitud modesta, humilde y entristecida que exigían las prescripciones legales; y en tanto, sus jueces y acusadores removiéndose exasperados en sus asientos, gesticulando violentamente, dirigiéndose el uno al otro airadas y centelleantes miradas, y mostrando en todos sus gestos y movimientos el diabólico furor de que estaban poseídos. Esta actitud de los jueces, sus mutuas conversaciones y cuchicheos, su rabia y crugir de dientes al verse defraudados en sus esperanzas, daba á aquella junta un aspecto abominable, propio, no de estrados y Tribunales de justicia, sino de los antros donde se reúne la canalla más vil de ladrones y asesinos, y que lo hacía más abominable é infame el contraste entre la salvaje actitud de los malvados jueces con la soberana mansedumbre, sosiego y apacibilidad del reo á quien tenían delante.

Al fin, después de mucho aguardar, comenzaron á aparecer algunos de los testigos deseados. ¡Milagro fuera que no se presentaran! Cuando se sabe que la autoridad está dispuesta á apadrinar la calumnia, nunca faltan calumniadores y malsines. ¡Es tan propio de la flaqueza humana hacer el mal cuando se tienen las espaldas seguras! ¡Es tan fácil urdir una calumnia, callando lo que debiera decirse, presentando la mentira de suerte que parezca verdad, y la verdad de forma que parezca mentira, maliciando la intención, ya que no se pueda la obra, y acriminando y atribuyendo pérfidos propósitos á lo que se ejecutó con la mayor ingenuidad y sencillez! Sobre todo, ¡da tanta confianza al soplón

y calumniador el saber que su dicho será bien oído, que no se harán muchos esfuerzos para apurar verdad, y que aun en el caso de averiguar la culpabilidad del reo, se puede contar con un poco de perfidia saducea por un lado y otro poco de hipocresía farisáica por otro, para el fin de lograr los reprobados intentos que se pretenden!

No dicen los Evangelistas qué clase de crímenes ó querellas presentaban contra Jesús los amaños y echadizos testigos; únicamente indican que sus testimonios, sobre ser falsos, no estaban acordes uno con otro. De ellos evidentemente nada podía concluirse. Eran inútiles, por lo tanto, y había que empezar de nuevo la acusación; con qué rabia y enojo de parte de los jueces, no hay para qué referirlo.

Mas para todo hay arreglo en este mundo cuando hay calma y paciencia de una parte, y de otra sobra la malicia y aviesa intención. Después de tantos chascos y expectativas, dice el Evangelista San Mateo que al fin se presentaron dos testigos, que probablemente serían sacerdotes ó ministros del Templo, los cuales recordaban unas palabras que había dicho Jesús, y que, según ellos, cedían en deshonor del Templo; pero al ir á precisar estas palabras, uno y otro las pervirtieron enteramente. Porque uno de ellos afirmaba haber dicho el Santo Maestro: «Puedo arruinar el Templo de Dios, y á tres días reedificarle;» y otro declaraba haberle oído decir: «Yo destruiré este Templo hecho á mano, y en tres días edificaré otro no hecho á mano.» Nada más declaraban los testigos; pero fuera de la contradicción que había en sus atestaciones, ni uno ni otro se apoyaban en la verdad, porque primeramente Jesús no había dicho «yo destruiré,» ó «yo puedo destruir este Templo,» sino que hablando condicionalmente, había dicho: «Destruid vosotros este Templo, y yo le reedificaré,» lo cual variaba la significación de la frase. En segundo lugar, al decir tales palabras, no se refería Jesús al Templo de Jerusalén, sino á su propio cuerpo, el cual, pasados tres días después de la muerte que le habían de dar violentamente los judíos, lo había de resucitar por su propia virtud, como lo resucitó en efecto. Y en fin: aun cuando se tomasen las palabras de Jesús en su sentido rigoroso, en ellas no se encerraba sino la verdad más completa y trascendental, ya que se indicaba por ellas que mientras los príncipes de los sacerdotes destruían y aniquilaban el Santuario de la Divinidad y la religión de Israel, él lo levantaba y restauraba de nuevo más grande y glorioso de lo que había sido antes. Y con todo esto, y á pesar de la contradicción y de la interpretación calumniosa de tales afirmaciones, éstas eran las palabras más graves que se citaban de Jesús, y por ellas se le llamaba blasfemo, enemigo del culto y despreciador de la ley, y por ellas se pedía á todo trance su muerte.

Fácil hubiera sido á Jesús patentizar la falsedad de estos testigos, cogerlos en contradicción y tachar su autenticidad ó competencia, mas no quiso hacerlo; antes por toda respuesta y defensa no presentó más que el silencio más absoluto. Este silencio de Jesús no pudo sufrirlo con paciencia el Sumo Sacerdote Caifás, y así, todo irritado y descompuesto, con el semblante desencajado y haciendo grandes aspavientos y alharacas, levantóse de su asiento, y adelantándose hacia Jesús, le dijo: «¿Nada respondes á las cosas que estos dicen contra tí? Pero Jesús callaba y nada respondía. El silencio era, en verdad, la mejor respuesta que podía dar á los que tan sin fundamento le armaban una acusación, y á los que con tanta facilidad la admitían.

Interpretando este silencio como tácita confesión del crimen, hubiera podido el presidente, en caso absoluto, dar el juicio por concluido y pasar á recoger los votos de sus compañeros; pero aunque la ley le autorizaba para ello, no quería condenar á Jesús sin oír de su parte alguna confesión que pudiese justificar delante

de todo el mundo la sentencia que contra él se había de pronunciar. Así, con astucia saducea, determinó cambiar de método, dejándose de testimonios y acusaciones y apelando á un medio que obligase la conciencia de la víctima á declararse clara y perentoriamente, y en términos tales que satisficieran al interrogatorio y á la causa que traía entre manos. Ninguno de los testigos que habían declarado contra Jesús había hecho mención de un hecho notorio en todo Jerusalén, y aún en toda la tierra de Palestina, y que á la más ligera confesión de parte del reo, era más que suficiente para condenarle. Este hecho iba el Sumo Sacerdote á declararlo, y su confesión iba él á arrancarla á todo trance de sus labios. Para ello, teniendo presente su dignidad de Sumo Sacerdote, recordó que tenía derecho de preguntar al acusado en nombre de Dios y bajo la ley del juramento, puesto el cual, el acusado no podía dejar de responder á lo que se le preguntaba sin faltar á la autoridad del Sumo Sacerdote, al respeto debido á la ley y á la misma Divinidad. Así, convertido de juez en acusador, mesurando el semblante, afectando solemne gravedad é interiormente gozándose en el triunfo que iba á conseguir, dijo á Jesús: «Yo te conjuro de parte de Dios que nos digas si tú eres el Cristo, hijo de Dios vivo.» ¡En nombre de Dios habla José Caifás, indigno Sumo Pontífice, sacrilego profanador de los santos y augustos misterios! ¡En nombre de Dios manda á la Deidad humanada, á la personificación de la inocencia y de la justicia, y á la misma santidad increada! ¡En nombre de Dios la pregunta, en nombre de Dios la acusa, y en nombre de Dios está dispuesto á condenarla! ¡Espantoso carácter de la hipocresía! ¡Cielo y tierra, lo humano y lo divino, todo le sirve para el logro de sus planes infernales; de todas las formas se viste, todos los trajes le arman para sus fines malvados! No habiendo podido Caifás, con testigos falsos y echadizos, lograr lo que pretendía, apela al nombre de la Divinidad, y en nombre de la Divinidad pregunta y acusa y se propone denunciar á la misma divina justicia. Por desgracia, y para eterna afrenta de la naturaleza humana, no le han faltado imitadores. ¡Cuántos ha habido en este mundo, que no teniendo bastante con los medios humanos para sacar á puerto de prosperidad sus malvados intentos, han acudido á los divinos, y en nombre de Dios han tramado planes de iniquidad y han satisfecho sus diabólicas pasiones y encubierto sus miserias y debilidades! ¡Cuántos con la mentira y el engaño han hecho llorar al justo, á quien Dios no había entristecido, confortando con esto las manos de los impíos, y siendo causa de que se afirmasen en sus iniquidades y perseverasen en sus malos caminos!

No quiso Jesús echar en cara al indigno ministro del Santuario el abuso horrible que hacía de su autoridad: usurpar el sacrosanto nombre de Dios para armar lazos á la divina santidad é inocencia; no quiso ni aun responderle indirecta ó evasivamente, sino que venido al mundo para confesar la verdad, como dijo él mismo más adelante, la manifestó clara y sencillamente al Sumo Pontífice, diciendo: «Tú lo has dicho, yo soy. Y todavía os digo que en tiempo adelante veréis al Hijo del Hombre que está sentado á la diestra del poderío de Dios y que viene sobre las nubes del cielo.»

Esta respuesta era la que buscaba y esperaba Caifás. La astucia había logrado su intento. Al apellidarse *Hijo de Dios*, había Jesús pronunciado una palabra capaz de poner en horror á todo buen judío, en especial á los sacerdotes y saduceos, y que había de provocar contra él las iras de todos los presentes, decididos, como estaban á pronunciar la fatal sentencia. Así es que al oírlo el Sumo Pontífice, no pudo sufrir ni aguantar más. Cual si hubiese visto rasgarse el cielo y bajar de las alturas un rayo para herir al criminal que había pronunciado tal blasfemia, se levantó súbitamente de su asiento, y todo descompuesto y alborotado, con los ojos san-

grientos, la frente contraída, levantado el pecho, echóse adelante, y rasgando la parte anterior de sus vestiduras (señal de cólera é indignación entre los hebreos), con alta y temblorosa voz exclamó: «Ha blasfemado.» Y volviendo á uno y otro lado los ojos, preguntó á los circunstantes: «¿Qué necesidad tenemos de testigos?» Asintiendo los malvados jueces á las ideas de su presidente, mostrábase poseído de horror y hacían grandes aspavientos y hazañas por las palabras de Jesús. Al verlos en esta actitud Caifás, levantado como estaba, volvióse hacia ellos, y con infernal y regocijada mirada les preguntó: «Heos aquí, que ahora habeis oído la blasfemia: ¿qué os parece?» Y á tal pregunta, los temerarios y apasionados jueces, todos á una voz y entre gritos y muestras de escándalo, dijeron una y repetidas veces: «Reo es de muerte.»

No se dice si el presidente del Sanhedrín, en vista del veredicto de sus compañeros, falló que Jesús era realmente digno de muerte; tal vez no pronunciaría esta sentencia, ya porque aquel proceso y juicio no era definitivo, ya porque en aquellos días no era lícito pronunciar auténtica y validamente tal sentencia á ningún Tribunal de Israel. Pero no hay duda que con aquella declaración y forma de sentencia se dió el proceso por terminado, concluyéndose así un juicio que, amañado por la pasión y por el pandillaje, no había podido ser llevado adelante sino pisoteando todas las formas y trámites legales.

En tanto que en las habitaciones superiores del palacio del Sumo Sacerdote se cometían tales infamias, allá abajo, en el patio ó atrio inferior, sucedían otras cosas, si no tan tristes y abominables, tales, que hubieron de apesadumbrar el corazón de Jesús con pena y amargura profundísima.

Queda dicho más arriba cómo incitado por los remordimientos de su conciencia Simón Pedro, se había retirado de la compañía de los siervos del Pontífice y demás gente que se calentaba en torno de la lumbre, yéndose hacia el corredor ó galería. Por allá andaba pensativo y cabizbajo, apenado el corazón por el delito que había cometido, y receloso de los peligros que podía correr; quería, por una parte, salir de aquella casa, pero de otra reteníale en ella el cariño que tenía á su Maestro. Entre tanto, la gente que estaba arrimada al fuego continuaba en su conversación, cada vez más viva é interesante; unos entraban, otros salían; hormigueaba la gente por puertas y pasadizos; pasábanse á cada momento recados de una á otra parte; la confusión y alboroto crecía por instantes. En medio de esta confusión andaba Simón Pedro rabiando de curiosidad; todo se le volvía escuchar lo que decían unos y otros, mirar á las ventanas y galerías de arriba, examinar los rostros y las fisonomías de los que entraban y salían, por si podía leer en ellos algo que satisficiera su curiosidad y aquietara las ansiedades de su corazón, respecto de la causa y proceso de Jesús.

Así andaba vagueando por el patio, cuando estando cerca de la puerta hubo de tropezar de nuevo con la criada que poco antes le había puesto en tan terrible aprieto. Esquivábase de ella Pedro cuanto podía; pero cuanto él más huía de ella, ella se fijaba y detenía tanto más en él. Molestábale á Pedro tanta insistencia y pesadez, y hubiera dado cualquier cosa por verse libre de la importuna curiosidad. Conocía la criada la molestia y enojo de Pedro, y por lo mismo, con porfía femenil insistía más en su idea, diciendo á unos y otros con desentendada aseveración: «Este es uno de ellos». Carcomíase Pedro al dicho de la criada, sintiendo en su interior negrísima angustia el verse tan porfiadamente acosado y puesto en evidencia delante de todos por aquella mozueta. Sin duda iría ésta repitiendo á unos y á otros su dicho, denunciando á Pedro y delatándole como discípulo de Jesús; con esto, los circunstantes se iban

fijando más y más en él, bien á disgusto de Pedro, que á sus miradas y curiosidades pasaba bascas de muerte. Y fué mayor su angustia cuando acercándosele otra criada, amaestrada sin duda por la primera, le señaló con el dedo y dijo con desenvoltura á los presentes: «También éste estaba con Jesús Nazareno». A estas palabras, que avivaron la curiosidad de los que estaban cerca, el pobre Pedro estaba terriblemente inquieto y sobresaltado; el enojo y la vergüenza abrasábanle el rostro, y turbado y enredado en su conciencia, no sabía qué decir ni qué pensar. Mil veces le venía el no á la boca, y mil veces se le volvía atrás rechazado por el pudor y por el respeto á su Maestro. Esta misma turbación le delataba y hacía evidente traición, como quiera que, al verle en tal estado, muchos se fijaban en él y acercábansele otros, acosándole con sus escrutadoras miradas. La sospecha, por lo menos, estaba en los ánimos de todos, pues el aspecto extraño de Simón Pedro, su traje de forastero, el aire despavorido y receloso que mostraba, todos los ademanes de su persona, eran para ellos indicio seguro de ser verdad lo que habían dicho las criadas. Así, afirmándose en su pensamiento, le decían unos: «Tú también cres de entre ellos»; y otros: «¿Acaso no eres tú también de los discípulos de él?» Hostigado Pedro por tantas preguntas é importunaciones, reventaba de impaciencia y mal humor, deseando verse libre de tal aprieto; mas tanto le molestaron é importunaron, que al fin, sin poderse contener, dijo: «No soy, ó hombre, no soy»; y añadiendo á la negación el juramento, repetía: «No conozco tal hombre». Estas palabras, al salir de su boca, parecían haberle resquemado los labios. Una vergüenza horrible cubrió en aquel momento su tierno y afectuoso corazón. Por su mala ventura, aunque acosado por aciagas tentaciones, había negado á Jesús, y aun había confirmado su negación con el juramento. Él, el más animoso y valiente entre los discípulos de Jesús, y el que había protestado ante su Maestro que aunque los demás le negaran él no le negaría, había sido el primero en negarle. La falta había sido horrible, la prevaricación escandalosa. Turbada la conciencia con la idea de su delito, apenado el corazón y azorada la inteligencia, andaba el discípulo infeliz discurriendo de acá para allá, sin saber qué partido tomar: avergonzado de sí, quería, por una parte, salir del Palacio del Pontífice y desenmarañarse de la trama de peligros en que estaba envuelto, y por otra, animoso y resuelto, porfiaba por continuar en aquel sitio, á fin de ver los trances de la causa de Jesús y lo que podía ser de su honor y de su vida. Terrible y larga fué esta lucha; mas al fin, después de mucho ir y venir, después de muchas vueltas y re-vueltas, serenada su conciencia y cuando desapareció, á su parecer, el peligro de volver á caer en la tentación, optó por quedarse allí, atraído por el entrañable cariño que, á pesar de sus miserias y debilidades, guardaba á su Maestro.

Después de haber resuelto la culpabilidad de Jesús, el Sumo Sacerdote había despedido á los jueces, retirándose del tribunal, satisfecho, sin duda, de haber llevado á cabo la empresa más ardua que por muchos años se había presentado al Sanhedrín. Con aquella resolución había salvado la religión de Israel, pacificado al pueblo y evitado gravísimos peligros que amenazaban á la república; bien necesitaba descansar del trabajo y repararse de la fatiga del día y de la prolongada vigilia de la noche á que le había compelido la vista y la tramitación de causa tan dificultosa.

Según prescribía la ley judáica, el reo á quien había de ajusticiarse no había que atormentarle ni molestarle, ni causarle lo que llamaba la ley una *muerte prolongada* (mithach Arichath). Consideraban, sin duda, los que tal mandaron, que el que había de sufrir el extremo suplicio tenía bastante para satisfacer todas las exigencias de la justicia con esta suprema ignominia y con



CAMINO DE HIERRO ELÉCTRICO

los tormentos que á ella iban anejos; y aun tal compasión y lástima tenían por él, que no sólo no permitían que se le molestase, sino que los mismos jueces participaban, hasta cierto punto, de su desventura, ayunando y no probando nada el día en que habían de pronunciar la triste sentencia.

Todo lo contrario iba á pasar en Jesús, extremándose en él los tormentos y las injurias, y propasándose á tales términos, que si no se viesen escritos y auténticos no serían creíbles. No es fácil decidir si estos desmanes y maltratamientos procedieron de los mismos sacerdotes y jueces, y del principal de ellos, Caifás, aunque no es temeridad el afirmarlo, y aun puede colegirse del Evangelista San Marcos. Mas si ya no lo ejecutaron por sí, permitieron hacerlo á otros, á sus criados y esbirros, y por consiguiente, fueron partícipes y responsables de aquellas villanías. El recuerdo de lo que pasó en aquella noche Jesús será eternamente el oprobio y la vergüenza del judaísmo. Porque fué así que, entregado el Divino Maestro á la turba rahez y desenfadada de los sayones que le guardaban, lo sacaron del lugar donde se había celebrado el juicio y lo llevaron afuera, á un sitio donde podían desahogar y quebrar su mal reprimida ira y enojo. Allí le mofaron desvergonzadamente con apodos, con visajes y risotadas; le dieron golpes y enviones; escupieronle, llenando con asquerosas salivas aquel rostro en quien no se hartan de mirar los ángeles; hiriéronle con golpes y puñadas; mesáronle las barbas y el cabello, y cogiendo un trapo sucio que hubieron á manos, revolviéronselo á la cabeza, y tapándole con él los ojos, le decían: «Profetizanos, Cristo, quién es el que te ha herido»; y tras esto le golpearon la cara, las espaldas y todo el cuerpo, y cometieron con él toda suerte de villanías y descomedimientos.

Así se pasaron horas y horas, entretenida

aquella chusma en afrentar á Jesús con mil truhanerías á cual más humillantes y diabólicas, resonando el oscuro aposento con voces soeces é indecentes risotadas.

Todo lo sufría Jesús callado y humilde, no sólo sin resistencia, sino con resignada y amorosa voluntad, bañándose en las aguas de aquel bautismo de dolores en que, según el querer de Dios, había de ser sumergido, y ofreciendo aquellas afrentas por la satisfacción y redención de los crímenes y pecados de los hombres.

Cual si estos trabajos y amarguras no fuesen bastantes, vinieron á agravarse con otra que, sin duda, apesadumbró el corazón de Jesús y le entristeció más que ninguna de cuantas hasta entonces había sufrido.

Hemos dejado á Pedro renegando y perjurado que no era discípulo de Jesús ni había conocido nunca á tal hombre. Era la segunda vez que aquella noche había caído en una vergonzosa debilidad que, puestas las circunstancias en que estaba, era crimen y felonía imperdonable. Con estas dos negaciones había motivo más que suficiente para escarmentar y abrir los ojos, no fiándose de sí, sino buscando en la fuga y en la retirada el seguro de su debilidad y flaqueza. Por su desgracia, no sólo no escarmentó, sino que, confiado y presuntuoso, se expuso de nuevo al peligro de caer en el mismo pecado, como cayó en efecto, y con circunstancias más tristes y agravantes. Porque habiendo pasado un intervalo como de una hora después de la segunda negación, y cuando, al parecer, nadie debía acordarse ya de lo sucedido, y cuando, por esto mismo, andaba Pedro entre la gente más seguro y confiado, se le acercó uno de los que estaban en el corro calentándose con él al fuego, y mirándole de hito en hito hubo de ver en su talle y fisonomía algo extraño, y como cayese en la sospecha en que ya otros habían caído, mostróle á los demás di-

ciendo: «A decir verdad, también éste estaba con él; porque también es galileo.» Algo hubo de replicar Pedro á tales palabras del importuno curioso; mas con ellas, no solamente no desvió la intención del que le interpelaba, antes la fijó más y más, y no sola la suya, sino las de otros que presentes estaban, los cuales, reparando con particular ahinco en la persona de Pedro, y en su forma y manera de hablar, confirmaban el dicho de su compañero, diciendo: «Verdaderamente, también tú eres de entre ellos; como que eres galileo también; pues hasta en tu habla se te descubre á la clara.» Y así era, en verdad, ya que, como hombre rudo y de pocas ó ningunas letras, no podía Pedro disimular el tono y acento particular de la provincia de Galilea, de donde era natural.

Azorábase Pedro instigado por tantos enemigos, volviendo la vista á todas partes, balbuciendo palabras y tratando de salir como pudiese de aquel aprieto. Y más se azoró y alborotó cuando uno de los criados del Pontífice, pariente de aquél á quien había cortado la oreja aquella misma noche en el huerto de Getsemani, y que también había estado en la comitiva de los que habían prendido á Jesús, le dijo con grande aseveración: «¿No te ví yo, por ventura, en el huerto con él?» Poco aguardaba Pedro este recuerdo de su malaventurada hazaña de Getsemani; así, terriblemente sorprendido, y revolviéndose con desesperado enojo al que le ponía en tal aprieto, dijo: «Hombre, no sé lo que dices;» y atolondrándose más y más cada vez, y ya impaciente y fuera de sí, comenzó á blasfemar y á jurar, diciendo: «No conozco á ese hombre que decís.»

No había aún acabado de pronunciar estas palabras, cuando cantó el gallo la tercera vez. Este canto trajo á la memoria de Simón Pedro las proféticas palabras que le había dicho su Maestro: «Antes que el gallo cante dos veces, me



UNA ALAMEDA DE ARANJUEZ

habrás negado tres; y este recuerdo, y el conocimiento de la falta gravísima que acababa de cometer, y el ser la tercera vez que cometía aquella noche dicha falta, y cometiéndola siempre con más graves circunstancias, pusieron la conciencia de Pedro en tal estado de abatimiento y vergüenza, que no hay palabras con qué expresarlo. La primera negación había sido una simple mentira; la segunda, añadió á la mentira el perjurio, y la tercera juntó á la mentira y al perjurio la imprecación y el anatema. ¡Triste gradación de su pecado, y ejemplo miserable de la facilidad con que se recorren los caminos del mal, y de cuán pronto y ligeramente se cae en el abismo del crimen cuando se aparta uno de Dios y de la senda de sus inspiraciones y santos consejos!

En el momento de la tercera negación de Simón Pedro, estaba Jesús rodeado de los sayones y esbirros, escarnecido y maltratado y colmado de las mayores infamias y vilipendios, pero en sitio donde podía ver lo que pasaba abajo, en el átrio. Por él andaba Pedro, afrentado y corrido de sí, acongojado el corazón y amargado por el pesar y por el arrepentimiento. En un momento de distracción acertó á levantar la vista, y fué á tiempo en que la fisonomía de Jesús, iluminado por la rojiza claridad que se desprende del fuego que ardía en el fondo del pecho, resaltaba con particular viveza en medio de la oscuridad que le rodeaba. Miró Pedro la

horrenda figura de Jesús, y miró Jesús la desdichada de Pedro; la dulce mirada del Maestro se encontró con la del discípulo, y lo que pasó en aquel momento en el corazón de uno y otro nadie lo puede describir ni imaginar. Al contemplar el estado de abatimiento é ignominia en que estaba Jesús, al poner sus ojos en su rostro, tan asquerosamente maltratado, al fijar, sobre todo, la vista en aquellos sus ojos dulcísimos,

Ojos llorosos que piedad inspiran,
Ojos sin ira que el perdón predicen,
Ojos que tristes al mirar suspiran,
Ojos que tiernos al mirar bendicen,

y al revolver su pensamiento á sí mismo y á sus crímenes de aquella noche, Simón Pedro no pudo contenerse más: un dolor agudísimo le atravesó el corazón; gemidos y sollozos amarguísimos exhaláronse del pecho, y vivas y abrasadas acudieron las lágrimas á sus ojos. Recordaba Pedro el amor de Jesús para con él, su bondad y dulcedumbre entrañable, y todo cuanto había hecho en su favor; y al recordar esto y su propia debilidad y felonía, lloraba inconsolable. En tal estado, el ruido del palacio del Sumo Pontífice, la gente que por allá andaba, y el ambiente de impiedad y blasfemia que allí se respiraba, eran inaguantables para el ánimo de Simón Pedro. Aquella atmósfera le asfixiaba. Los palacios de los príncipes y potentados no son los lugares más á propósito

para entregarse al dolor y al arrepentimiento. El ruido y la algazara de la gente palaciega y baldía no dicen bien con el llanto y el recogimiento del corazón. Por esto, deseando Pedro dar rienda suelta á su dolor y á sus lágrimas, salió del palacio del Sumo Sacerdote, que había sido tan aciago para él, y buscó en la soledad lugar á propósito para recogerse y arrepentirse y pedir á Dios perdón de un pecado que había de llorar toda la vida.

MIGUEL MIR
De la Real Academia Española.

Nuestro arte religioso

XVIII

Si es el órgano el rey de los instrumentos, ó sólo una máquina, como quieren algunos, cuestión es para que la discutan los desocupados. Al que se interesa por la música religiosa bástale saber que para el culto difícilmente podría encontrarse nada más á propósito por su potencia y variedad de sonidos, utilizables en los diferentes momentos litúrgicos; por su baratura, relativamente á su gran duración, y por la facilidad con que dos personas solamente pueden hacerle producir sonidos que apenas podrían conseguir veinte músicos reunidos con instrumentos de orquesta ó de banda.

La tradición lo hace por otro respecto, muy digno de ser venerado; y hasta por lo que contribuye al ornato, es digno de aprecio. Sus sonidos admirables, y en fuerza de ser oídos con frecuencia menos estimados de lo que merecen, nos causan un efecto incomparable, sea por propia virtud, sea porque oyéndolos hemos empezado á levantar á Dios el corazón henchido de afectos puros y la inteligencia iluminada por ideas grandes.

El órgano, según creen hasta los músicos y estéticos más profanos, fué siempre, y no podrá ser ya otra cosa, que el instrumento musical genuino del culto cristiano. En un salón de conciertos no está mal... para acompañar obras religiosas.

Vedlo en los cafés, como suele suceder en Inglaterra, en los salones ó en cualesquiera otros lugares, y notaréis pronto que se despega, que á gritos pide por las bocas de sus tubos sonoros que lo saquen de allí y lo transporten á un templo.

Si se pudiera reunir y clasificar toda la música escrita desde remotos tiempos para él, se vería que ningún otro podía, no excederle, sino igualarle con mucho, en la gloria de haber hecho trabajar á insignes maestros y de haberle sido dedicadas sus mejores obras, en número tan grande, que nos dejaría asombrados.

Suprimido en el templo, y quedará un vacío que no será posible llenar con invención alguna. ¿Qué instrumento ó conjunto de ellos hallaríamos tan amigo de la voz humana, tan bueno para acompañar los grandes corales, base de todo canto religioso, con todo género de voces y matices, ya dulces y melancólicos, ya enérgicos y terribles, ya reposados, de timbre majestuoso y grave, en amplios acordes que llenan el alma de elevados afectos? ¿Cómo haríamos que un solo hombre, quizá un niño, tuviera bajo sus dos débiles manos los recursos de toda una orquesta, ahora los timbres celestiales del flautado, luego los mixtos de las gambas, los claros y chillones de los nasardos, llenos y *clombas*, después los más apagados de las trompetas suaves, ó los fuertes y extensos de las grandes, que, como tromba del sonido, todo lo llenan y hacen retremblar las bóvedas del sagrado recinto, inundado de armonía severa y grandiosa?

Pero aún tiene más recursos. La voz humana parece salir de entre las tuberías, que también imitan, cuando quiere el organista, los sonos de la trompa guerrera y de la venatoria, las tristes y lastimeras con que gime el fagot, las azuladas y opacas de la trompa de orquesta, los quejidos algo estridentes del oboe, ó los más dulces de la tiorba, las notas poéticas de la cornamusa que resuena en las montañas, y algo parecido al concierto que imaginamos propio tan sólo de los ángeles.

Si quiere alegrarnos, imita el clarín militar, la dulce voz del clarinete, el gorgojo de los pájaros, la flauta del pastor, y hasta simula con los ásperos *orlos*, el tarareo agrio y cascado de muchos viejos.

Si quiere nos hará oír el murmullo de los vientos ó los rumores del mar; esos ruidos sordos de la naturaleza saldrán de lo profundo de la tubería, solos ó sirviendo de fondo á los más agudos.

Diríase que el Omnipotente había inspirado á los creyentes tan magnífico invento, reflejo de celestiales armonías, para reservarlo al esplendor de su culto en la tierra.

Entre nosotros siempre tuvo la preferencia que merece, salvo en épocas pasajeras de gusto decadente, y aun entonces no se pudo con justicia decir que en todas partes había caído en desgracia, porque nunca faltaron iglesias, comarcas enteras, en que ocupase el lugar que le es debido.

Cuando nos invadió la legión revolucionaria de la Francia, el órgano había llegado aquí á una gran altura, y era ya muy larga la fecha desde la cual se venía conservando en ella. Diestrísimos organeros del estado monástico y del secular rivalizaban en sutileza de ingenio para realizar atrevidas innovaciones; y así, tanto en las catedrales como en los conventos, y hasta en parroquias de pueblos pequeños, había órganos verdaderamente magníficos, de gran tamaño, con muchos y preciosos registros, sin que faltase entre ellos alguna peregrina invención, alguna voz extraña, y la más sabia y acertada combinación, que permitía á un organista, aunque no

fuese notable, hacerse escuchar, no sólo sin tedio, sino con embeleso por espacio de horas enteras cuando el culto era de mucha duración.

Imposible sería enumerar los órganos que los franceses, y después las revoluciones, destruyeron, y los que quedaron abandonados porque las iglesias que los contenían vinieron á gran pobreza, ó se fueron cayendo solas después de servir por largo tiempo de almacenes, cuarteles, lonjas... ó de nada. Si alguna mano bienhechora quiso restaurar alguno de aquellos templos, halló el órgano destrozado por la rapacidad incauta de ciertas gentes; la gran obra de muchos años y paciencia era un esqueleto mudo. Solo el archivo decía su importancia, refiriendo quién y cómo había hecho los extraños registros, las notabilidades raras cuyo secreto no habría ido á la tumba con el piadoso artífice, si manos sacrílegas no lo hubieran destruido.

Cuando una paz, ya siempre incompleta y relativa, nos dió algún reposo, muchos órganos de los conventos derruidos fueron trasladados á otras iglesias; pero hubo que reducirlos: de algunos grandes se hicieron hasta tres. Estas mutilaciones las verificaron artistas poco hábiles, pues los grandes maestros habían muerto y quedaban pocos discípulos que siguieran sus tradiciones. Por otra parte, iba siendo también escaso el número de los buenos organistas; los medianos, que eran los más, como no sabían usar los instrumentos un poco notables, dejaban embotarse por el polvo los más finos registros, porque solo se servían de los ordinarios como para salir del paso; así nos hemos ido quedando, por regla general, sin órganos, sin organeros y sin organistas.

Muy pocos eran los constructores, y no todos buenos, cuando otra revolución, la de Septiembre del 68, causó nuevos perjuicios á la Iglesia, y derribó conventos y parroquias durante otra nueva aunque no muy larga época de vandalismo. Desgraciadamente ya nos había invadido la corriente del extranjero; los órganos expresivos, como entonces se llamaban, ya iban entrando en nuestras iglesias, sobre todo en las pequeñas; las Provincias Vascongadas habían empezado ya á importar órganos franceses, no sé si por cándida ignorancia ó por la escasez de buenos artífices del país. A mayor abundamiento, el órgano había caído, como ya he dicho, en gran depreciación, á causa de los extraviados derroteros que seguía desde mucho tiempo la música en España.

Es fuerza confesar que los antiguos habían incurrido en errores acerca del órgano, y en su consecuencia, lo habían llenado de registros inútiles y de tubos cuyo sonido era casi un mito; había otros tan ásperos y desagradables, que crispaban los nervios. La manía de novedades extrañas y de imitar sonidos de otros instrumentos, les hizo olvidar que el órgano tiene su esfera propia en que vivir de sus recursos, y precisamente su mérito está en no copiar exactamente, sino en imitar á lo más, y eso sin dejar de ser lo que es, sin convertirse en violín, en fagot, en trompa y hasta en sér humano, como pretendieron muchos; bástale tan solo parecerse algo á todo esto, con timbres siempre de órgano. Y si los artífices de los buenos tiempos así erraron, ¿que harían luego los rutinarios? Con todo eso, había sido tan próspera nuestra industria en este punto, que cuando un extranjero trajo á Madrid, por encargo de Fernando VI, un órgano, el mejor que supo hacer, para la iglesia de la Visitación, fundada por la Reina doña Bárbara, el pobre hombre al oír los órganos españoles parece que se volvió á su tierra, diciendo: ¿qué papel iba á hacer aquí mi pobre construcción?

Los modernos han caído en los mismos errores, y además en otros importados del extranjero, que al fin ha vencido casi en toda la línea, por desgracia, y para vergüenza nuestra.

Se nos puede echar en cara que tenemos muchos órganos insignificantes y toscos, lo mismo por su construcción poco esmerada que por sus voces, que nada ofrecen de particular, como no sea una gran desigualdad en los sonidos, muy ténues los bajos de flautado, bastante chillones los nasardos y los llenos, ásperos, muy ásperos, las llamadas trompetas reales, que debieran ser bastante suaves, y en cuanto á las

trompeterías que forman el grueso de los sonidos metálicos, su dureza, que rasga nuestro tímpano, sugiere la idea de algo que se desgaja con ruido estridente. Se dirá que estos instrumentos son más en número que los bien contruidos, notables por la bella manera con que sus autores supieron hermanar la gran cantidad de voz con la dulzura y timbre grato, aun en los registros cuya gracia consiste precisamente en cierta aspereza, órganos éstos que abundan mucho todavía.

Pero, ¿quién negará que los órganos extranjeros que como una gran cosa nos ofrecen los fabricantes, en cuyas redes hemos caído como bobos, adolecen de muchos defectos aún más graves?

Cierto es que sus registros de flautado son buenos, y guardan los bajos la debida proporción de cantidad de voz con la parte intermedia y la aguda; concedamos también que los *tremolos*, á juicio de muchos (y mío), innecesarios, como afeminado refinamiento, y los *ecos* vulgo expresión ó claro oscuro, son bastante perfectos, y muy limpia y esmerada toda la factura, así de las tuberías y fuelles como de la máquina. Tampoco puede negarse que contienen registros de lujo muy armoniosos.

Reconocido esto, ya podemos asegurar rotundamente que los órganos extranjeros son, ante todo, mucho más caros que los nuestros; menos, mucho menos sólidos y duraderos, pues aquí sus maderas se abren y alavean, las máquinas se entorpecen, el aire se extravía y las notas no sostienen la afinación. El mecanismo es tan complicado, que á cada momento es necesario repararlo, y exige mucho estudio de parte del organista, sin que sea fácil de otro modo sacar partido de él ni entenderse en aquel *maremagnum* de resortes para las manos, los pies, las rodillas, los codos, la espalda... y no sé si también las narices del profesor, que se convierte en arlequín á fuerza de contorsiones extrañas y risibles, y tiene que resistir un trabajo mental abrumador atendiendo á la mano izquierda, á la derecha, á los pedales, á los resortes... y ¿para qué? ¿Es que así se consiguen resultados asombrosamente extraordinarios que justifiquen tanto refinamiento? De ninguna manera. Un organista español sentado ante un instrumento claro y sencillo, de uno ó dos teclados, con una octava no más, de pedal, un resorte para los ecos y otro para el registro general, produce efectos melódicos y armónicos, abundancia de sonido, buenos diseños en el bajo y todo cuanto sea necesario, sin tanta complicación; y si enferma ó se ausenta, un principiante cualquiera puede sustituirle sin deslucirse ni estropear el órgano, que vive siglos, y no hay apenas que repararlo.

Toda esta complicación obedece á otro refinamiento bastante ridículo de los compositores extranjeros, que han querido convertir el órgano en una orquesta, sacándolo así de su terreno propio, y obtener más de lo que puede dar. Los pobres diablos creen pretenciosamente que el pueblo fiel aprecia tales conquistas, pero se engañan; las gentes no pueden oír lo que no existe.

Lo que sí percibe cualquiera muy pronto es que esas construcciones tan pomposamente anunciadas emiten sonidos muy flojos que no llenan el templo; que sus trompeterías son broncas y escasas de voz; que las pretendidas imitaciones bautizadas con nombres especiosos (concierto angelico, eco de las montañas, saxofón, barítono, celeste, viola de gamba, etc.) no imitan, ni son todas aceptables, y que la cantidad de sonido y de efectos realmente apreciables de un órgano que cuesta medio millón, se obtiene aquí por menos de la mitad con uno mucho más pequeño.

Esto es lo que no conocen los de las Provincias Vascongadas y Cataluña, por donde ha empezado la invasión, que ya ha llegado á Madrid con el órgano de San Francisco el Grande y algunos otros pequeños, y se va extendiendo con perjuicio de nuestra industria; pues ya los constructores españoles no hacen apenas tubos, ni teclados, ni fuelles, ni casi nada: se contentan con tomar las medidas y pedir todo eso á Francia para armarlo aquí y ponerle los accesorios. No me dejarán mentir los Roques de Zaragoza y algunos otros de Barcelona, etc. ¿Qué mayor decadencia pudiéramos ya temer?

Por último, la reacción que en el extranjero se opera en favor del órgano, es lenta aquí, donde por lo visto sólo copiamos lo malo; y así vemos que hasta las personas e instituciones que más cultura religiosa y más patriotismo debieran ostentar, se dejan engañar, y traen de Francia, Inglaterra, Alemania y Suiza, hasta sin reparar muchas veces si el fabricante es ó no católico, no ya piezas grandes, sino hasta esas falsas obras, mezcla de armonium y órgano, cuyos tubos de fachada son mudos, y sólo un adorno, los sonidos malos, y su vida, en fin, un manantial de composturas.

Entrad en esas iglesias modernas pseudogóticas, en esas capillitas de colegio tan lamidas y perfumadas, llenas de trapitos y flores contrahechas, donde es francés hasta el aire, y buscad el órgano: hallaréis sólo un armonium, un piano, ó á lo más una de las referidas falsedades.

Se funda una iglesia, y no sé cómo se las arreglan; que el dinero llega hasta para sufragar mil superfluidades, y no para el verdadero órgano, sin el cual no se concibe un templo católico regularmente constituido y administrado.

Es muy triste confesar que tenemos perdido el sentido estético, el amor á nuestra patria, y el mismo juicio hasta ese extremo; pero hay que decir así las verdades para que se vea la necesidad de volver cuanto antes al buen camino. Por fortuna, si quisiéramos, aún tenemos en casa lo que necesitamos; sólo falta una voluntad decidida.

JOSE FERRANDIZ.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

El autor del jabón del Congo, Víctor Vaissier, proveedor en título de S. M. el Rey de los Belgas, de S. A. el Rey de Tunis, etc., recomienda á su numerosa clientela pidan en todas partes los Polvos Congolanos, adherentes é invisibles, y el Extracto del Congo, perfume exquisito para el pañuelo.

El bien de la humanidad.

Han pasado exactamente cuatrocientos años desde que Colón se hizo á la vela en Palos en su primer viaje de descubrimiento. Navegó al Océano en el Oeste sin saber si llegaría á ver tierra ó lo que pudiera acontecerle en el camino. La historia no refiere otro hecho de más valor y fe. La mar era un desierto de agua libre, y lo que pudiera existir al Oeste se desconocía. Él descubrió un nuevo mundo, que hoy se halla poblado con representantes de todas las naciones. Cuatro siglos maravillosos han bastado para efectuar esto. Nada puede quitar á la vieja España la gloria que corresponde á este gran hecho. En uno de sus puertos se hizo á la vela el profeta entre geógrafos, y con el dinero y protección de España logró dar el paso más importante que registran los anales de la raza humana. Su heroísmo sublime no le enriqueció, pero el beneficio que ha reportado después á la humanidad es indecible. En la Exposición que se va á celebrar en América en conmemoración de este acontecimiento, España debe ocupar un lugar en consonancia con el justificado orgullo que tiene en tan gran descubrimiento, pues ninguna de sus grandes empresas puede compararse con ésta en ventaja á las naciones entre las cuales ha ocupado por tanto tiempo un distinguido lugar. Que esta opinión es imparcial, no lo dudarán los lectores cuando sepan que el que escribe es un americano que ha residido en la tierra de Fernando é Isabel por muchos años. Probablemente no hay acción que sea por completo desinteresada, pero en la naturaleza misma del caso, los hechos que condujeron al descubrimiento de América no pudieron ser concretados en sus resultados á una nación ó pueblo aislado. Y no hay sentimiento tan noble como aquel cuyo objeto es el bien del hombre, como hombre, sin reparar en credo ó idioma. Y lo mismo atañe á cosas grandes que á pequeñas. La siguiente carta demuestra tal principio, y nadie puede dudar de su justa aplicación.

El Sr. D. Bernardo Bernia y Rubio, que reside

en la calle de la Libertad, núm. 36, 1.º, 2.º, Gracia, dice: «Certifico que por varios años he venido padeciendo agudos dolores en los huesos y articulaciones y he tomado muchos remedios sin percibir alivio alguno. Mis fuerzas disminuían cada día y mi apetito era más débil. Fui á la droguería de la calle del Hospital, en Barcelona; pero fué con su específico denominado Jarabe Curativo de la Madre Seigel, que al fin quedé completamente curado de todos mis dolores y enfermedades. Ahora gozo de buen apetito, y por el bien de la humanidad certifico esto en Barcelona el 29 de Agosto de 1892. (Firmado) Bernardo Bernia».

Ahora bien; ¿qué debemos deducir de esta declaración franca y clara? Esto: que el que la hace estaba sufriendo (como casi todo el mundo sufre más ó menos) de esa enfermedad universal, indigestión y dispepsia. Además de los síntomas que él menciona hay muchos otros que indican su presencia; mal sabor en la boca, la sensación de efervescencia ó gas en la garganta, dolor de cabeza, pesadez y dolores después de comer, amarillez del cutis y ojos, insomnio y falta de energía, falta de acción en los riñones é hígado, etc., etc. La infeliz víctima se inutiliza, en una palabra, para sí y para los demás. Esta enfermedad es propia de todos los pueblos y en todas las épocas. No hay remedio fidedigno que la cure, excepto el que fué usado muy afortunadamente por el suscriptor citado; y el descubrimiento hecho por la Madre Seigel de una medicina que lleva su nombre honrado, es digno de figurar entre los sucesos más felices de la historia moderna. Todos pueden y deben usarlo. Es benigno aun para las personas más delicadas, y al mismo tiempo ejerce su poder en casos que médicos eminentes han admitido estar fuera de los alcances de tratamientos ordinarios. Esta verdad es admitida en todas las partes del globo.

¿Y no podemos declarar racionalmente que el descubrimiento de un remedio que salva á la humanidad de enfermedades y muerte prematura es digno de mencionarse aun en conexión con el descubrimiento de nuevas tierras para su ocupación? Aquellos que han sido curados, al menos, que respondan afirmativamente.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Las instalaciones de alumbrado eléctrico.

Manual práctico, por G. Fournier y J. A. Montpellier, con un prólogo de D. José Echegaray. Traducción de Hidalgo Mobellan. Madrid, 1892. Librería de Victoriano Suárez. 7 pesetas en Madrid y 8 en provincias.

Este Manual es una obra utilísima para toda clase de personas. Comprende, como dice el ilustrado prologuista, cuanto de electricidad hay que saber, y aunque domina en él el carácter práctico, contiene todas las teorías necesarias. Está escrito fácil y sencillamente para que, aun los absolutamente imperitos en ciencias físicas, puedan comprenderlo todo. Hoy nadie debe desconocer los misterios de la electricidad, de esa maravillosa fuerza de tan magnífico presente y más magnífico porvenir. Con el Manual que anunciamos satisfacen cumplidamente esa necesidad.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis.

Sana y benéfica; basta una pequesísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blanca suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

LOS QUE TENGAN TOS
 va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
 sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento. Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID
 TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 8
 1892

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO DE VIVAS PEREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina.

Recomendados por la Real Academia de Medicina

CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de INDISPOSICIONES del TUBO DIGESTIVO, VÓMITOS y DIARRREAS; de los TÍFICOS de los VIEJOS, de los NIÑOS, COLERA, TÍFUS, DISENTERÍA; VÓMITOS de las EMBARAZADAS y de los NIÑOS; CATA-



RROS y ÚLCERAS del ESTÓMAGO; PIROXIS con ERUPTOS FÉTIDOS; REUMATISMO y AFECCIONES HÚMEDAS de la PIEL. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público; tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA en las PRINCIPALES FARMACIAS.—DESCONFIAR de las IMITACIONES

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.
 Única casa en Madrid dedicada á este artículo.
 Guantes piel primera clase, tres botones, á 2 pesetas.
 Idem bordados, á 2,50.
 Para caballero, superiores, á 2,50.
 Especialidad en guantes piel de caballo, cabrito, Suecia, gamuza y lana.
 Corbatas última novedad.

CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

SOBRINOS DE FUÍZ DE VELASCO

MONTERA, 7.—MADRID

CASA ESPECIAL

PARA

EQUIPOS DE NOVIAS
 Y
canastillas
 PARA RECIÉN NACIDOS
 CAMISERÍA Y GÉNEROS DE PUNTO
 PRECIO FIJO

MONTERA 23
 RELOJES
 DE PRECISIÓN Y CONFIANZA
 JORGE G.º GIROD
 Sucesor de Losada.

GRAN CERERÍA



ESPECIALIDAD

en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABJAS para el Culto católico, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas de mensionen.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

LA ARTÍSTICA

Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero. Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.



CATÁLOGO GRATIS CARRETAS ENVIOS Á PROVINCIAS
BAZAR PRECIO FIJO
MÉDICO ALTIMIRAS PRECIO FIJO
 FRENTE Á CORREOS MADRID

PRIMERA CASA EN ESPAÑA

en instrumental de cirugía, fisiología, diagnóstico, óptica, higiene, ortopedia, antisépticos, vendajes, gomas, sillones y mesas de operar, y para imposibilitados, é inmenso surtido en artículos de curación. Procedencias acreditadas.

Especialidad en el tratamiento herniario por medio de vendajes, bragueros y fajas de gran comodidad, sistema «Altimiras», altamente recomendables por la ciencia médica.

Proveedor de clínicas y Hospitales del reino

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO

DE CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes en folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.— TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA

DE

VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PÉREZ)

CALLE MAYOR, NÚM. 50

MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos. Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.

Se sirven los pedidos con toda prontitud.



ÉPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	2,50 pes.
Tres meses.....	4 "
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CURA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 "

NÚMERO 22.—Madrid 30 de Noviembre de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	22 francos
Un año.....	38 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 "



EXCMO. E ILMO. SR. D. JOSÉ MARÍA COS

Obispo de Madrid-Alcalá

AVISO

Se ruega á los señores suscriptores de provincias que no hayan renovado el año actual lo verifiquen inmediatamente, pues de lo contrario, aunque con sentimiento, nos veremos en la precisión de no servirles los números que faltan para completar el tomo del año actual.

SUMARIO

TEXTO

La Quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Nuestro nuevo Prelado, por Antonio Balbín de Unquera.—Gehados, por Antonio de Omedo.—Holeta religiosa, por J. E.—Entrada del nuevo Prelado en Madrid.—Nuestro arte religioso, por José Ferrándiz.—El nuevo Asilo de Santa María cerca de Nyphsburg, por el Marqués de Cubas.—La Pasión de Jesucristo, por el P. Miguel Mir.—Desde Manila, por Francisco Aguilar y Blosca.—Revista de revistas, por Juan Dominguez Herrueta.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Excmo. é Ilmo. Sr. D. José María Cos, Obispo de Madrid-Alcalá.—El leonamento de Isabel la Católica.—Entrada del nuevo Prelado en Madrid.—Nuevo Asilo de Santa María cerca de Nyphsburg.—Escudo del Cardenal Mendoza.

LA QUINCENA

El jueves 17 del mes que acaba de pasar salieron para Lisboa los reyes de Portugal, Don Carlos de Braganza y Doña Amelia de Orleans, nuestros huéspedes durante una semana. Al pasar la regia comitiva por delante del palacio del Congreso, en el pórtico del cual se habían reunido buen número de senadores y diputados, fueron los augustos viajeros vitoreados con entusiasmo, y en todo el largo trayecto que separa del real alcázar á la estación del Mediodía, aplaudidos por la multitud que se agolpaba en calles y balcones. A la estación, que se hallaba engalanada, había acudido, junto con el elemento oficial, un público numerosísimo, que rompió en estruendos vivas al ponerse en marcha el tren que conducía á los augustos viajeros; vivas y aclamaciones que han sido como los últimos ecos de las fiestas conmemorativas del descubrimiento de América.

La reina Doña Amelia ha dejado buen recuerdo entre las gentes de nuestro pueblo por su singular belleza y gentilísima apostura; el hecho de haber escogido para su tocado, cuantas veces se ha presentado en público, los colores de la bandera nacional, ha sido comentado con expresiones altamente favorables para la ilustre princesa que comparte con el último de los Braganzas los sinsabores y las grandezas del trono; impresión de simpatía de que han querido valerse, con no muy buen acuerdo, ciertos periódicos, al objeto de establecer comparaciones, siempre odiosas, pero que en este caso han resultado, á más, contraproducentes. El pueblo español, y con especialidad el de Madrid, gusta, como ningún otro, de la hermosura en las mujeres, y de que éstas sean apuestas y gentiles; y el espectáculo de una princesa que atraviesa, rodeada de los esplendores de una corte fastuosa, con el entusiasmo retratado en el semblante y envuelta en la doble aureola de la juventud y de la belleza, por entre las oleadas de la muchedumbre que se agolpa á su paso, lo fascina, lo enloquece, pone instintivamente el sombrero en sus manos y sus labios se abren gozosos para prorumpir en gritos y aclamaciones de entusiasmo. Pero pasado ese instante fugitivo, porque los entusiasmos populares son de suyo pasajeros, nadie será bastante poderoso á arrancar del corazón del pueblo español el sentimiento de profunda y cariñosa simpatía que inspira en él la contemplación del alcázar de nuestros reyes, envuelto en nubes de hondísima tristeza que el tiempo ¡ay! no basta á disipar, y siendo, en su interior, asilo de la inocencia y teatro de todas las virtudes.

La materia es tan delicada, que hay que pasar sobre ella como sobre ascuas. Pero el afán de la notoriedad es tan vivo en alguna parte de la prensa, que, á mi pobre entender, traspasa en ocasiones los límites de la conveniencia. Qué se han propuesto ciertos periódicos al emprender la campaña á que me vengo refiriendo, es cosa que nadie ha podido satisfactoriamente explicarse; no han comprendido que, á no ser por la prudencia que imponen siempre altísimos respetos, hubieran podido acudir todos al terreno de las comparaciones, y el viaje de SS. MM. Fidelísimas hubiera servido solamente para exacerbar pasiones que conviene á todos vaya el tiempo paulatinamente amortiguando. Soy el primero en reconocer las nobilísimas prendas que adornan á Doña Amelia de Orleans, y aunque otra cosa sintiera, tratándose de una augusta señora, claro está que no habría de decirlo. «Los ángeles no se discuten», dijo en una solemne ocasión D. Claudio Moyano. Dios me libre á mí también de entrar en semejantes discusiones. Lo cual no obsta para que seamos muchísimos los españoles que en el fondo de nuestros corazones damos gracias á la Providencia por haber elevado al trono de Isabel la Católica, y para ser madre y maestra de Alfonso XIII, á una nieta de María Teresa.

Por otra parte, el viaje de los reyes de Portugal á nuestra patria no ha sido infructuoso; pues si bien no hay nada positivo de cuanto han insinuado algunos periódicos acerca de alianzas políticas, cosa para pensada con madurez, y con más tiempo del que ha podido disponerse ahora, en cambio se han estrechado los lazos de amistad de ambas naciones en las personas de sus reyes, y ha quedado convenido en principio un tratado de comercio que la diplomacia se encargará de ultimar, llevándolo á feliz remate. Es opinión general la de que el convenio es altamente beneficioso para las dos naciones, y muy singularmente para la región gallega, pues se establece la franquicia en el recíproco de los ganados.

Los monarcas lusitanos han ido satisfechísimos de su visita y de las pruebas de simpatía que han recibido en España; los portugueses también parece que han visto esta vez con buenos ojos el viaje de sus reyes, y en prueba de esta satisfacción que sienten en sus corazones, han tributado á los augustos viajeros un entusiasta recibimiento á su llegada á Lisboa. *Le Temps* de París, ha asegurado que el viaje de los reyes de Portugal á España contribuirá á desvanecer antiguos resentimientos y á realizar la unión política y comercial de ambos pueblos. Dios quiera que augurios tan felices se realicen, pues sólo uniéndonos, como cumple á nuestros intereses, podremos mirar con relativa tranquilidad las nubes que se ciernen amenazadoras en los horizontes de ambos pueblos peninsulares.

En un mismo día han verificado su triunfal entrada en las capitales de sus respectivas diócesis el Excmo. Arzobispo de Valencia y el nuevo Prelado de la diócesis de Madrid-Alcalá. Acerca de este último, publicamos aparte su biografía y un grabado representando la llegada de la procesión al atrio de la Santa Iglesia Catedral. No otra cosa que sentimientos de adhesión profunda y de sumisión sin límites puede tener LA ILUSTRACION CATÓLICA para la persona de su nuevo esclarecido Pastor, que ha de ser, sin género alguno de duda, igual al más celoso, al más entendido y al más querido y respetado de nuestros anteriores Prelados. Todos ellos tuvieron siempre frases de alabanza para nuestra humilde publicación, y de todos merecimos distinciones, inmerecidas por nuestra parte, pero que por eso mismo aumentaban en nuestros corazones el agradecimiento y la gratitud hacia sus sagradas personas. El Excmo. Sr. Cos sabe ya

que puede contar con nuestra filial adhesión, y que en nosotros ha de encontrar soldados, humildes sí, pero fervorosos y decididos, de la gran causa, cuya representación entre nosotros le ha confiado la Providencia.

El recibimiento hecho por el pueblo valenciano á su nuevo Arzobispo, ha sido tan entusiasta y cariñoso como el Sr. Sancha se merece por las altísimas dotes que lo adornan, y de que ha dado entre nosotros muestras tan relevantes.

Quiera el cielo seguir protegiendo al nuevo Arzobispo de Valencia, á fin de que pueda prodigar en su nueva diócesis los mismos beneficios que harán inextinguibles el amor y la memoria de tan ilustre sucesor de los Apóstoles en el Obispado de Madrid-Alcalá.

S. M. la Reina Regente ha firmado el nombramiento de nuestro queridísimo é ilustre amigo Dr. D. Enrique Almaráz, como Obispo de Palencia.

Tiempo hacía que había llegado á nosotros la noticia de que el Sr. Almaráz iba á ser elevado á la dignidad episcopal, recompensando de esta manera los grandes méritos y las virtudes extraordinarias del Sacerdote que en los diferentes cargos que ha ejercido ha demostrado su alta inteligencia, su copiosa instrucción y su ardentísimo celo por la gloria de Dios y el bien de las almas.

Hoy que la noticia recibe solemne confirmación, no podemos menos de manifestar nuestro íntimo gozo por una honra tan merecida. Dios que lo llama al difícilísimo cargo episcopal en estos tiempos en que todos los cargos, y principalmente los religiosos, llevan consigo tantas y tan grandes amarguras, le dará fuerzas para cumplir su apostolado como las necesidades de su diócesis exigen, y en esta confianza bien podemos decir que Palencia está de enhorabuena, porque al salir de la orfandad en que ha estado durante tanto tiempo, se encuentra con un Pastor que será un verdadero Padre y un verdadero Apóstol.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

Nuestro nuevo Prelado.

La diócesis de Madrid-Alcalá, huérfana de su Pastor, el ilustre Sr. D. Ciriaco Sancha, elegido á la Sede episcopal de Valencia, ha encontrado un nuevo Padre en la persona del señor Cos, Arzobispo que ha sido de Santiago de Cuba. He aquí la biografía del nuevo Prelado, escrita galanamente por el notable escritor, nuestro amigo Sr. Balbín de Unquera:

«Asturias está de enhorabuena, tanto como la diócesis de los Santos Justo y Pastor é Isidro Labrador, al ver en la Silla de Madrid-Alcalá al antiguo y querido Magistral de la Santa Basílica ovetense. Elocuencia en el púlpito, celo en la administración pastoral, profundo conocimiento de las necesidades de nuestra época, don de gentes, en una palabra, son dotes que nadie ha negado al Sr. Cos, y que le hacen aptísimo para las sagradas funciones á que sus méritos le han llamado. Sucede á dos Prelados dignísimos que manifestaron hallarse á la altura de nuestros tiempos en lo bueno, y muy sobre ellos cuando se trató de corregir y remediar los males que nos aquejan. Seguros estamos que el Sr. Cos, persuadido de esta verdad, se esforzará con santa emulación en el mismo camino, y que será igual al más celoso, al más entendido, y al más respetado y querido de nuestros anteriores Prelados.

Grande es el cargo del Episcopado, y capaz de abrumar los hombros del más robusto campeón de la fe; y si algo pudiera hacer más pesado este cargo, sería el conjunto de circunstancias que rodean á los Prelados modernos.

Los indiferentes los cercan, los adversarios los

acosan, los poderes públicos no los protegen. Hay que levantar el decaído espíritu de los fieles, que derribar muchos ídolos, que afrontar muchas condescendencias sociales, que reñir por el Señor muchas batallas, que predicar mucho, que levantar el ejemplo más aún que la palabra, y tanto que hacer, en resumen, que no es muy de extrañar que desfallezcan los más valientes. De la Divina Providencia esperamos que sus auxilios favorecerán al señor Cos, lo mismo que á todos los que la imploran, y saben que no el que planta ni el que riega, sino el que da incremento, es quien es autor de esa vida floreciente y exuberante que en determinadas regiones alcanza hoy al Catolicismo.

El Sr. Cos ha estudiado en los libros y en la sociedad cómo se ha de responder á los llamamientos de esa Providencia; tiempos son los nuestros en que uno solo de esos estudios no basta, y menos para ejercer cargos públicos, sean de la clase que se quiera. No se ha olvidado de aquellas palabras: *Sit sanctus, eret pro nobis, sit sapiens, doceat nos, sit prudens, regat nos.*

Prendas tan indispensables, y que pocas veces se admiran juntas en un mismo sujeto, son doble y triple presente del cielo, y son exigidas hoy por todos para el desempeño de tan altas funciones. Hay que enseñar al pueblo; hay que orar por él; hay que dirigirle en la peregrinación de la vida; y si difícil fué todo ello en otras épocas, en la nuestra sube de punto esa dificultad; he ahí la gloria y al mismo tiempo la abrumadora carga del Episcopado.

No pretendemos escribir una biografía del excelentísimo Sr. D. José María de Cos, sino bosquejar algunos de los rasgos de este queridísimo Prelado. Le hemos conocido, con gran honra nuestra, en Asturias, y entre nosotros; hemos oído juicios acerca de sus méritos, que le presagiaban gran porvenir, según el mundo, y que al mismo tiempo le auguraban larga tarea, á la que sus fuerzas no nos parecían inferiores. Cuando le vimos promovido á Sillas como las de Mondoñedo, Cuba y Madrid-Alcalá, nos congratulamos por tan acertada elección, que prueba una vez más la gloriosa tradición de nuestros Gobiernos en cuanto á la provisión de Obispos.

Nació el Sr. Cos en Cobreces, pueblo al que profesa acendrado amor, y no tan distante de Asturias, que la historia de otros tiempos no se lo adjudique como parte de su territorio. Desde sus primeros estudios dió claras y relevantes pruebas de inteligencia y vocación al estudio, que le distinguieron de la mayor parte de sus condiscípulos. Después de haber probado en diferentes terrenos cuán fructífero había sido el estudio, y prescindiendo ahora de esos primeros pasos en una larga y difícil carrera, le vemos en el cargo de Magistral de la Santa Basílica de Oviedo, ilustrando con sus discursos, llenos de ciencia y unción, aquel púlpito en que se habían sucedido desde antiguos tiempos clarísimos varones. Las glorias del Pontificado, que con ser tantas y tan grandes han de recordarse hoy todos los días; los sublimes misterios de la fe, con su majestuosidad, con su maravillosa adaptación á lo que Dios es y á lo que es el hombre; los altos hechos de los fundadores de la española Monarquía, que en ninguna parte como en aquella provincia pueden exponerse y sentirse, he aquí asuntos muy á propósito para el talento del señor Cos, y que, con frecuencia, fueron objeto de sus peroraciones.

La Sagrada Escritura y las ciencias y artes seculares eran alternativamente llamadas por el sagrado orador para realizar sus discursos y convencer y persuadir al auditorio. Del sermón sobre la *Bula* quedará indeleble recuerdo en cuantos de él tuvieron noticia, delicadísimo asunto en las actuales circunstancias. La comparación que se recuerda entre la *Bula* y la casta Susana, no sólo presentaba novedad, sino exactitud maravillosa; porque si la pasión movía en un caso las lenguas de los viejos acusadores maldicientes, en otro la ignorancia llevaba también á la pasión, no sólo para no agradecer las indulgencias de nuestra Santa Madre la Iglesia, sino también para despreciar sus inestimables gracias y favores. En la iglesia de San Francisco, y ante el ilustre Colegio de Abogados, predicó el

Sr. Cos las glorias de Nuestra Señora de Covadonga con no menos unción que elocuencia, mereciendo de todos extraordinarios y repetidos plácemes. Después de veinte años de incesante trabajo en el púlpito fué nombrado el Sr. Cos Arceano de la Santa Iglesia de Córdoba; pero en 1884 permutó esta dignidad por la de Maestrescuela, demostrándose bien á las claras que sólo altísimas razones de conveniencia pública ó bien de la Iglesia podían hacerle abandonar la ciudad de los Fruelas, Ramos y Alfonsos.

Los Prelados de la misma, que bien conocían las dotes y méritos y servicios del Sr. Cos, hacían también cuanto de su parte estaba para no quedar privados de su cooperación en el gobierno de la diócesis.

Por último, hubo de salir de Oviedo, propuesto y preconizado para la Silla de Mondoñedo, pasando poco después á la iglesia metropolitana de Santiago de Cuba. Cuánta fué la solicitud del Sr. Cos por el buen gobierno y espiritual y temporal adelanto de su diócesis americana, sábelo bien el que esto escribe, porque ha tenido que verlo en el desempeño de su cargo público. En medio de los apuros por que pasa hace ya bastantes años el presupuesto de la gran Antilla, el Sr. Cos no dejaba piedra por mover para que diócesis, iglesia, Seminario, Clero y cuanto importaba al personal y material, fuese atendido, si no conforme á sus deseos, al menos hasta los últimos límites de lo posible, no cejando ante dificultades de ninguna clase. Lamentábase de la escasez del Clero en Cuba, donde es grande la corrupción de costumbres y grande también la indiferencia religiosa, y procuraba llevar de nuestra Península para tan extensa y laboriosa cosecha celosos operarios. Sólo en la organización del Seminario, al que dedicó toda su actividad, y aunque más no hubiese hecho, quedará perdurable recuerdo de tan dignísimo Prelado.

Ya en el Senado español tomaba parte el Príncipe de la Iglesia en las más espinosas discusiones, dedicándose únicamente á los asuntos religiosos, hoy más que nunca relacionados con la política; de los demás solía prescindir, profundamente conocedor de lo que es el arte político, del que tan poco debe esperarse. Mas ese retraimiento jamás se extendió á cuanto pudiese importar á los católicos españoles. No dudamos que hallándose al frente de nuestra diócesis continuará en tan laudable línea de conducta, ilustrando la tribuna española tan largo tiempo y con tanto lucimiento como ha ilustrado el púlpito, siendo modelo de oratoria sagrada.

Mucho más pudiéramos decir del Sr. Cos, juzgándole como particular, como amigo y protector de la juventud estudiosa, como constante auxiliador de los sabios y eruditos, que hoy hacen tanta falta en la Iglesia y en el Estado; pero sabiendo que no es esta la última vez que sus méritos han de ser recordados por nuestra humilde pluma, terminaremos este artículo con la más cordial y respetuosa felicitación.

ANTONIO BALBÉN DE UNQUERRA.

GRABADOS

Excmo. é Ilmo. Sr. D. José María Cos.—(Pág. 337).

(Véase el artículo anterior).

El testamento de Isabel la Católica.—(Pág. 341.)

Si España puede envanecerse de haber poseído en los tiempos modernos un artista digno de tal nombre, ha sido, sin género de duda, Eduardo Rosales. La visión de la belleza ideal fué en el alma de nuestro gran pintor contemporáneo soberanamente espléndida. La historia y la naturaleza, la religión y la patria, estas grandes cosas de la vida, se representaron en aquella imaginación con una fuerza tal de poesía, con un lujo tal de colores, que los hijos de la fantasía de Rosales, aun reflejados en el lienzo, conservan bastante hermosura para enajenar el corazón de los que los contemplan.

¡Qué corazón no late á impulsos del más fervoroso entusiasmo ante la pobre niña romana, llena de

infantiles hechizos, contrastando con la grandeza histórica del César Carlos; ante la melancólica leyenda de doña Blanca de Navarra y la graciosa figura del joven de Austria, predestinado á tan sublimes destinos; ante Lucrecia con su virtud pagana, con su trágica sublime actitud, evocando por la boca sangrienta de su herida el espectro de las revoluciones; ante la dulce silueta de Ofelia; ante los Evangelistas de proporciones épicas, de expresión mística, de poesía inefable, y, sobre todo, ante la mujer soberana que no tiene par en la historia, reina, no de los tristes, sino de los grandes destinos, que nos dió patria á los españoles y un mundo nuevo al universo, y á Cristo millones de almas, y al arte una inspiración inagotable; ante Isabel la Católica, en una palabra, cuyo solo nombre anima el estilo más desmayado, y cuyo rostro, expresivo como el arte de una belleza ideal que por beneficio divino fué real para nuestra patria, nadie acertó antes, ni acertará probablemente en lo futuro, á trasladar al lienzo como lo trasladó Eduardo Rosales! Y todo esto, por lo que podemos presumir de lo que Rosales exteriorizó en sus lienzos, su alma comprendía mucho más, y el gran artista solo dió pequeñísimas muestras de su potencia creadora.

La lucha imposible y gloriosa con el ideal, trabajo y entristeció la vida de Rosales. En el fondo de los recuerdos que conservamos de él, así como en todos sus admirables lienzos, hay un matiz de tristeza, una como nota melancólica que no se escapa al observador perspicaz. Otros artistas de temperamento menos resignado que el autor del *Testamento de Isabel la Católica*, vencidos también por el ideal, también humillados, se revuelven contra su vencedor, gritan, forcejean en vano, lo apostrofian; y de aquí la sátira honda y amarguísima que corre por los versos de Lucrecio, y por los de Heine, y por los de Leopardi como un licor corrosivo; de aquí quizás también la locura del Españolito; pero Eduardo Rosales no era de esos: era tan profundamente cristiano como artista, y sus ideas y sentimientos cristianos, al reflejarse sobre su dulce temperamento, tomaban ese tono de luz suave, armoniosa y triste, que es como el ambiente propio de la paciencia, de esa virtud tranquila que engendra la serenidad del espíritu, y que casi transfigura al hombre que la profesa en ángel del cielo destinado por Dios á cumplir una misión sobre la tierra.

Rosales así era, sin duda, y su alma nada tenía que temer de la desesperación: temía, sí, del desaliento. Por eso pedía al Señor que no le abandonase el entusiasmo, fuerza misteriosa que lo sostenía en pie, que ponía en su mano el pincel y la paleta, á despecho de sus interiores desengaños y de sus dolencias físicas...

En una cartera de bolsillo hemos leído este pensamiento inédito del gran artista:

«Si el Señor me otorgara lo que yo le pidiese, no le pediría más sino que no disminuyese mi entusiasmo. El entusiasmo es la vida, con él se soporta todo; hasta el amargo pan de la desgracia, comido con entusiasmo, debe parecer manjar de ángeles.»

La figura del insigne Rosales se va agigantando á medida que transcurre el tiempo. Sus contemporáneos lo tuvieron, sin duda, por un gran pintor; pero la posteridad hará más; porque al lado de los nombres de Velázquez, Murillo y Rivera, ha de colocar el nombre de Eduardo Rosales como el de uno de los más soberanos genios que han glorificado á su patria y á la humanidad con las creaciones de su pincel prodigioso.

Entrada del nuevo Prelado en Madrid.—(Pág. 344.)

Día de satisfacción y regocijo ha sido para los católicos madrileños el domingo 20 del corriente, pues en él ha efectuado su solemnisima entrada en esta Corte el nuevo Prelado de la diócesis de Madrid-Alcalá.

Procedente de Pozuelo llegó el Excmo. é Ilustrísimo Sr. Cos á las tres menos cuarto de la tarde á la estación del Norte, donde fué recibido por los ministros de Gracia y Justicia y Gobernación, por el alcalde señor marqués de Cubas, presidente del Tribunal Supremo, de la Audiencia, de la Diputación provincial, gobernador civil, fiscal de la Audiencia, secretario del gobierno, marqués de Comi-

llas, diputados provinciales, concejales, coronel del cuerpo de seguridad, numerosas y respetables comisiones del Clero de la corte, y por un público numerosísimo que ansiaba conocer á su nuevo Prelado.

Después de saludar á todos muy afectuosamente, el Excmo. Sr. Obispo subió en un coche de la real casa, tirado por seis caballos, acompañado del gobernador civil, alcalde de Madrid y presidente de la Diputación provincial, dirigiéndose á la iglesia de Santa María; durante el trayecto no cesó de recibir el Sr. Obispo muestras afectuosísimas de adhesión y respeto. A las tres y media, y después de las preces y ceremonias de rúbrica, se puso en marcha la solemne procesión por el orden siguiente:

Marchaba delante una sección de la Guardia civil en traje de media gala, y seguían numerosas Hermandades con sus estandartes, y la música del Asilo de San Bernardino. Detrás iban las mangas de las respectivas parroquias con el Clero correspondiente, los seminaristas, los Beneficiados y Capitulares en traje de coro, el Diacono con el *Lignum Crucis*, y el Preste. Cuando la procesión se puso en marcha por la calle Mayor, el Excmo. Sr. Obispo salió de la iglesia bajo palio, marchando delante sus familiares y entonando los cantores el *Laudate, Ave Maria Stella* y el cántico *Benedictus*. El señor Obispo, que es de elevada estatura, llevaba el báculo en la mano izquierda, y con la derecha bendecía á la multitud, que se descubría á su paso. Formaba la presidencia el gobernador civil Sr. Cárdenas, de uniforme, llevando á su derecha al alcalde-presidente, señor marqués de Cubas, y á su izquierda al presidente de la Diputación provincial, Sr. España, y al secretario del gobierno, Sr. Santoyo; y cerraban la comitiva una carroza de la casa real y la del Ayuntamiento de Madrid.

Cuando la magnífica procesión llegó á las puertas de la Santa Catedral, en cuyo momento la representa el grabado que ofrecemos hoy á nuestros lectores, se detuvo, y el Sr. Obispo, arrodillándose en un reclinatorio, adoró el *Lignum Crucis*.

Después de las ceremonias de ritual, la procesión entró en el templo, entonando los cantores la antífona *Sacerdos et Pontifex*; cantándose después el *Te Deum* y la oración *Deus omnium fidelium*.

El Sr. Obispo cantó la oración á San Isidro, y bendijo al pueblo, sentándose en el trono, al lado del Evangelio, mientras el Preste leyó las indulgencias concedidas con motivo de su venida á la diócesis. Después S. E. I. dió á besar su anillo á las autoridades, á los individuos de las comisiones que habían figurado en la procesión, al Cabildo y Clero, y cuantas personas ocupaban el templo.

En suma: la entrada del nuevo Prelado de Madrid-Alcalá en la capital de su diócesis, ha revestido los caracteres de una gran solemnidad, y de ella conservarán cuantos la han presenciado indeleble memoria.

La recepción que seguidamente se verificó en el palacio episcopal fué por todo extremo brillante. Una comisión, compuesta de jefes y oficiales de la guarnición de Madrid, presidida por los generales Franc y duque de Ahumada, felicitó al Sr. Cos por su entrada oficial en Madrid. El Sr. Obispo dirigió á la comisión breves y sentidas frases, manifestando cuánto agradecía la felicitación del ejército, y recordando y encareciendo á la vez la armonía que ha existido y debe existir siempre entre la cruz y la espada. Nos consta que las palabras de nuestro nuevo Prelado han repercutido con ecos de simpatía en los círculos militares de la corte.

En uno de los salones del palacio episcopal, admiraban los concurrentes el precioso modelo de la nueva Catedral de Madrid, proyecto de nuestro ilustre amigo el señor marqués de Cubas, y que da una idea de cómo ha de ser, Dios mediante, la futura basílica madrileña.

Terminada la ceremonia, el Prelado obsequió con un espléndido lunch á las autoridades, comisiones y gran número de personas distinguidas invitadas al acto.

¡Dios quiera prolongar durante largos años la vida de nuestro nuevo Pastor, para bien de esta diócesis y gloria de la Iglesia!

El nuevo Asilo de Santa María, cerca de Nynphenburg.
(Pág. 345).

(Véase el artículo, pág. 343).

Pendón del Cardenal Mendoza.—(Pág. 349.)

Seguramente será del agrado de nuestros lectores el grabado que les ofrecemos hoy representando el pendón del insigne Cardenal D. Pedro González de Mendoza. En estos días en que se ha conmemorado el descubrimiento de América y la conquista de Granada, nos parece oportuno consagrar un recuerdo á la gloriosa insignia que, juntamente con el estandarte real, ondeó en las torres de Granada en la memorable mañana del 2 de Enero de 1492.

BOLETIN RELIGIOSO

Almanaque religioso.

(Primera quincena de Diciembre).

(Este mes está consagrado al nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo).

1. Jueves.—Santos Próculo y Evasio, Obispos y mártires; Diodoro, Mariano, Lucio, Rogato, Casiano y Ananías, mártires; Eloy y Agenio, Obispos.—Santas Cándida, mártir, y Natalia, viuda.

2. Viernes.—Santos Severo, Seguro, Jenaro, Victoriano y Ponciano, mártires; Silvano y Evasio, Obispos.—Santa Bibiana, virgen y mártir; Aurelia, mártir, y Elisa, virgen.—*Ayuno*.

3. Sábado.—Santos Casiano, Agrícola, Crispino, Juan, Esteban, Claudio y sus hijos Jasón y Mero, mártires; Francisco Javier, confesor; Sofonías, profeta; Lucio, rey, y Galgano, ermitaño.—Santas Hilaria y Magina, mártires, y Nuestra Señora de Beña en Bilbao.—*Ayuno*.

4. † Domingo II de Adviento.—Santos Teófanos y compañeros mártires; Pedro Crisólogo, Obispo, confesor y doctor; Melecio, Félix, y Bernardo, Obispos.—Santa Bárbara, virgen y mártir.—*Indulgencia plenaria*.

5. Lunes.—Santos Basso, Dalmacio y Pelino, Obispos y mártires; Julio, Crispín, Félix y Grato, mártires; Niceto y Juan, Obispos, y Sabas, abad.—Santas Crispina y Potemia, mártires.

6. Martes.—Santos Emiliano, Tercio, Bonifacio Mayorico y Policronio, mártires, y Nicolás de Bari, confesor.—Santas Dionisia y Leoncia, mártires.

7. Miércoles.—Santos Agatón, Policarpo, Teodoro y Siervo, mártires; Ambrosio, Obispo, confesor y doctor; Urbano, Obispo y confesor, y Martín, abad, y Nuestra Señora de la Cabeza en Madrid.—*Ayuno*.

8. † Jueves.—*La fiesta de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María*, Patrona de España y sus Indias.—Santos Macario, mártir; Eutiquiano, Papa; Eucario, Sofranio y Zenón, Obispos.—*Absolución general en la Merced*.—*Bendición Papal en San Juan de Dios*.

9. Viernes.—Santos Restituto, Obispo y mártir; Próculo, Siro y Julián, Obispos, y Cipriano, abad.—Santas Leocadia y Valeria, vírgenes y mártires.—*Ayuno*.

10. Sábado.—*La Traslación de la Santa Casa de Loreto*; Santos Melquiades, Papa y mártir; Carpóforo, presbítero, y Abundio, diácono, mártires; Santa Eulalia de Mérida, virgen y mártir.—*Ayuno*.

11. † Domingo III de Adviento.—Santos Eutiquio, Bárabás, Victorico, Fusciano y Trasón, mártires; Dámaso, Papa y confesor, y Sabino, Obispo.—*Indulgencia plenaria*.

12. Lunes.—*La fiesta de la Bienaventurada Virgen María de Guadalupe de Méjico*.—Santos Donato, Sínesio, Alejandro, Hermógenes, Magencio, Constancio y Justino, mártires.

13. Martes.—Santos Antioco, Eustracio, Eugenio y Orestes, mártires, y Audberto, Obispo.—Santas Lucía, virgen y mártir, y Otilia, virgen.

14. Miércoles.—Santos Nicasio, Obispo y mártir; Justo, Abundio, Druso, Zósimo, Teodoro, Herón, Arsenio, Isidoro y Dióscoro, mártires; Espiridión, Víctor y Pompeyo, Obispos; Agneto, abad, y Matroniano, ermitaño.—Santa Eutropia, virgen.—*Ayuno*.—*Témpora*.—*Indulgencia plenaria*.

15. Jueves.—Santos Ireneo, Antonio, Saturnino, Faustino, Lucio, Cándido, Marcos, Jenaro y Fortu-

nato, mártires, Valeriano, Obispo, y Maximino, confesor.—Santa Cristiana, esclava.

En los días 4, 11 y 14 puede ganarse Indulgencia plenaria. Para ganar estas Indulgencias, como saben nuestros lectores, no se requieren más diligencias que visitar en estado de gracia cinco iglesias ó altares, ó si no los hubiere, un altar cinco veces, haciendo en cada uno de ellos oración por la exaltación de la Santa Madre Iglesia, extirpación de las herejías, propagación de la fe católica, y por la paz y concordia de los príncipes cristianos. Esta oración podrá hacerse en aquellos términos que á cada uno le dicte su devoción, ó bastará rezar, por ejemplo, ante cada altar cinco veces, ó por lo menos tres, la oración del *Padre nuestro... Dios te salve, María... y Gloria...*, pero siempre con la intención y fin indicados.

Sabido es que la Iglesia, en su solicitud por la salvación de los hombres, ha fijado días y épocas particulares destinados especialmente á purificar nuestros corazones por medio de la oración, la penitencia y la meditación de las verdades eternas. Una de estas épocas es la del Adviento, en la cual nos encontramos. Esta fiesta ha sido establecida con objeto de que los fieles se preparen dignamente á conmemorar el nacimiento del Salvador; por manera que el Adviento es, á la fiesta de Navidad, lo que las vigilia á las fiestas ordinarias, lo que la Cuaresma á la Pascua, y lo que toda la historia antigua fué á la venida del Mesías. «Si el pueblo de Israel, dice un autor ilustre, tuvo que prepararse con tanto esmero para recibir la ley promulgada en la cima del monte Sinai, para cruzar las aguas del Jordán y penetrar en la tierra prometida, para participar de sus víctimas impotentes y celebrar sus fiestas simbólicas, ¿cuáles no creéis que deban ser las preparaciones de los cristianos para recibir al Dios del cielo, al Verbo eterno, al Supremo Legislador, á la víctima sin mancha, al tipo eterno de todas las fiestas y de todos los sacrificios?»

La Iglesia, durante estos días, se despoja en sus oficios de los ropajes de la alegría y se viste de morado en señal de compunción; omite en la misa el *Gloria in excelsis Deo*; pero templa su tristeza la esperanza, y por esto repite en la misa del domingo el *Aleluia*. Y para estimular en todas las almas este doble sentimiento de esperanza y compunción, nos hace oír en sus oficios la voz del gran Pablo, la de Isaías, la de San Juan en las orillas del Jordán, y la del mismo Mesías, que se une con los acentos de los Predicadores y con los himnos de la Iglesia. En el Evangelio del primer domingo nos recuerda el Juicio final y la segunda venida del Hijo de Dios, después de habernos dicho en la Epístola por boca de San Pablo: «Hora es ya de levantarnos del sueño, porque ahora está más cerca nuestra salud que cuando creímos. Pasó la noche y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de la luz. Caminemos honestamente, no en glotonerías y embriagueces; mas vestíos de Nuestro Señor Jesucristo.» El grande Apostol, de las gentes hace oír también su voz en la Epístola del segundo domingo, anunciándonos que Jesucristo es enviado para realizar todas las figuras y reunir en un solo redil á los judíos y á los gentiles, y el Evangelio nos presenta al Precursor, mostrando en la persona de Jesucristo al Redentor esperado durante más de cuarenta siglos.

«¿Sois vos el que debe venir, ó debemos esperar á otro?» preguntaron á Jesús los dos discípulos enviados por Juan. Y habiendo hecho Jesús varios milagros en su presencia, los despidió diciendo: «Id á decir á Juan lo que habéis visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos están curados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y á los pobres les es anunciado el Evangelio. Y bienaventurado el que no fuere escandalizado en mí.»

San Pablo nos habla también en el tercer domingo y nos invita á la alegría; brilla en el horizonte la aurora de nuestra libertad, y quiere que añadamos á la alegría la oración para atraer á Dios hacia nosotros. San Juan Bautista, más que profeta, no anuncia ya al Mesías en el Evangelio, sino que dice que



TESTAMENTO DE ISABEL LA CATÓLICA

está ya en el mundo; en efecto, estaba ya entre los judíos, y el Precursor añade una expresión que no ha dejado de ser una verdad en los diez y nueve siglos que nos separan de su venida: «estaba en medio de vosotros y no le conocíais.» Después, tomando la voz de Isaías, hace resonar las bóvedas de nuestros templos, como en otro tiempo los ecos del Jordán con estas potentes palabras: «Voz que clama en el desierto, haced rectas las sendas del Señor, allanad los collados, colmad los valles. Héle ahí que viene, y yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias.»

El Adviento fué, durante algunos siglos, de cuarenta días, como la Cuaresma, y empezaba el día de San Martín. La Iglesia de Milán, fiel á sus antiguos usos, conservó durante mucho tiempo las seis semanas del Adviento primitivo tal y como las había adoptado la Iglesia de España; pero muy pronto las redujo la Iglesia de Roma á cuatro semanas, es decir, á cuatro domingos con la parte de la semana que resta hasta Navidad, y todas las Iglesias de Occidente siguieron este ejemplo.

El día 8 es la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, que bien puede ser llamada la fiesta, por antonomasia, de la nación española.

Sabido es cuánto y con cuánta gloria se han distinguido siempre nuestros reyes en la devoción á este misterio.

Don Juan I llamó en una ley, á la fiesta de la Concepción de María, la *fiesta de la Casa Real*. El invicto emperador Carlos despachó una provisión exhortando á todos sus reinos de España á celebrar la fiesta de la Concepción como en su corte se celebraba, é hizo aprobar nuevamente por Alejandro VI la Cofradía de la Purísima Concepción de la *Preservada Virgen*, que en tiempos antiguos había instituido dicho rey D. Juan I. Los reyes Ca-

tólicos Don Fernando y Doña Isabel la introdujeron en Granada, haciéndose cofrades de ella, haciéndose también cofrade el emperador, su nieto, y llamándola *Cofradía de nuestra Corte*. Don Felipe IV extendió después considerablemente por todos sus reinos el culto de este misterio, y posteriormente Carlos III, por concesión del Sumo Pontífice Clemente XIII, generalizó esta solemnidad en todo el pueblo español poniendo su reino bajo el Patronio de María, y fundando, bajo su advocación, la Orden más ilustre de España. Fernando IV mandó que en el juramento de grados, desde Bachiller hasta Doctor, en las Universidades de Salamanca, Alcalá y Valencia, declarasen los graduandos explícitamente reconocer la Purísima Concepción de María, cuya declaración extendió Carlos III á las demás Universidades del reino. El Sumo Pontífice Clemente XIII, de gloriosa memoria, por su Breve de 8 de Noviembre de 1770, expedido á instancias de Carlos III, confirmó el Patronato de la Santísima Virgen, en su Inmaculada Concepción, sobre todos los dominios españoles; mandó que todo el clero secular y regular celebrara la fiesta de la Inmaculada Concepción de María con rito doble de primera clase y con octava; y concedió indulgencia plenaria y remisión de todos los pecados á los fieles que, debidamente dispuestos, visitasen cualquier templo dedicado á Dios en honor de su Santísima Madre. Con otro Breve amplió y extendió á todo el Clero el Oficio y misa de la Concepción, como practicaba ya la Orden Seráfica; y con otro concedió permiso para que en la Letanía lauretana, después de la invocación *Mater intemerata*, se añadiera: *Mater immaculata, ora pro nobis*. Últimamente, el insigne Pontífice Gregorio XVI, á instancias del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla, concedió que en la misma Letanía se añadiera: *Regina sine labe originali concepta*; y en el prefacio de su fiesta: *Et te in Conceptione immaculata*.

Siglos hace que nuestra patria viene invocando la intercesión de la Santísima Virgen, en su bello y dulcísimo misterio, de la preservación de la culpa original. El estruendo del cañón anuncia solemnemente, al despuntar la aurora del 8 de Diciembre, no ya el nacimiento, sino la Concepción de la Reina Soberana de los cielos, que fué exaltada aun antes de nacer; y recuerda al mismo tiempo una fiesta de familia para la nación española. Los alcázares reales, los edificios públicos, los castillos y los buques de guerra se ostentan empavesados en honor de María, concebida sin mancha. El clamoreo de las campanas reúne bajo las altas bóvedas de las majestuosas basílicas á los descendientes de aquellos españoles que tantas veces depusieron á los fieles de la excelsa Madre de Dios sus espadas y sus laureles, pidiéndole que derrame sobre España los tesoros de su intercesión poderosa, como le plugo hacerlo en épocas terribles de calamidad. ¡Ojalá, conmovida con nuestras súplicas, logre del Altísimo encadenar bajo sus pies al monstruo de la discordia que nos devora, al modo que aplastó bajo sus augustas plantas al dragón maldito que introdujo en el mundo la guerra y el pecado!

J. F.

Nuestro arte religioso

XIX

Los encargados de ejecutar en España la música religiosa pueden ser clasificados en dos grupos: el primero contiene á los cantallanistas puros, llamados ordinariamente *cantores*; el otro á los de capilla, ó verdaderos *cantantes* dedicados á la melopea de concierto, é igualmente comprende á los instrumentistas. Podemos también hacer, y así

en vano, otra distinción entre músicos Sacerdotes y músicos seculares. Los primeros, en número cada vez más reducido, se consagran con preferencia al canto eclesiástico y al órgano; son muy raros los que poseen cualquier otro instrumento y lo usen poco ni mucho en las funciones del culto, pues el uso ha establecido que los seculares desempeñen el instrumental y la mayor parte del canto figurado.

Sería muy largo dilucidar, por qué son tan pocos los Sacerdotes músicos entre nosotros, y por qué viven, por regla general, miserablemente; es cuestión muy compleja, que trataré extensamente en su día y lugar. Ahora basta apuntar, sin comentarios, las causas principales. La primera es la escasez de medios que aqueja á nuestras iglesias; la segunda un falso concepto de este noble oficio de cantar las divinas alabanzas; concepto funestísimo heredado, á lo que parece, de épocas que el Ilmo. Sr. Salazar llama de orgullo y ostentosa decadencia, en que, á consecuencia también, y esta es otra causa, del prurito de alargar excesivamente la duración de los actos religiosos y ejecutar sus notas á voz esforzada, el cargo de cantor, y en general de músico de iglesia, llegó á ser bastante penoso, y por ende huyeron de él los hombres de muchas letras, y aun los que, con muchas ó pocas, tenían por oficio, beneficio ó dignidad que cantar, empezaron á hacerse sustituir por otros más pobres.

Este es el origen de los *veinteneros* de cierta catedral, de los Capellanes de coro, salmistas, etc., y de que poco á poco, por la fuerza misma de las cosas, el oficio fuese tenido en menos, y como propio solo de eclesiásticos sin instrucción vasta y necesitados. No nos hemos curado por desgracia de estas preocupaciones con la miseria que desde largo tiempo venimos padeciendo; antes bien, las cosas han llegado á que si bien la dignidad de Chantre (me horripila este nombre exótico), esto es, cantor ó jefe de coro, se conserve todavía, en la práctica sea ilusoria, y sin oficio, pues ningún Chantre está obligado á ser músico, ni lo es por regla general, aunque preside á los que lo son, no sin protestas más ó menos ocultas de ellos. Otra causa, y no despreciable, es, que no hay entre los músicos Sacerdotes ascenso, premio á los servicios, ni porvenir, y otra también de entidad los poquísimos estudios eclesiásticos que se exigen para la ordenación de estos profesores, siempre pobres, mal pagados y llenos de obligaciones y trabajos. Pero es desconocer la índole humana pretender que en este estado de cosas hubiera verdaderas vocaciones artísticas; la verdad es que el Sacerdote que ejerce un cargo de estos, lo hace porque no tiene otro remedio, y en cuanto puede lo deja, no sin que por sólo eso empiece á tenerse por algo menos inferior en la escala de su clase.

Y continúa imperando el falso concepto de la rutina.

Mas á pesar de todo esto, es tal la eficacia de la disciplina eclesiástica, tal su influencia, que no se puede menos de confesar que los Sacerdotes son los que con más seriedad, respeto, puntual asistencia é ilustración cumplen donde quiera que vayan el noble oficio de la música sagrada.

Esto es indiscutible.

Han llegado, es cierto, las cosas al extremo de que muchos deseen, para remedio de males, que sea borrado del Concordato el artículo que exige el ministerio sacerdotal en los cantores, organistas y maestros de capilla, porque erróneamente creen que la ciencia eclesiástica no da tiempo de aprender música, y viceversa; lo que no es cierto, como podría fácilmente probarse. Lo que sí parece más seguro, es que si tal precepto desapareciera, quedando secularizado un oficio tan genuinamente clerical como éste, muy pronto se daría el caso tristísimo de que no hubiera en toda España un solo Sacerdote músico, y tendría el Clero todo que sufrir la vergüenza que sufre, por desgracia, el parroquial de casi toda la nación; la vergüenza, repito, de ser dirigido por seculares en uno de sus más grandes oficios, el de alabar públicamente á Dios. Cuán grande sería esta desgracia, sólo pueden apreciarlo aquellos que, educados dentro del templo, y comprendiendo sus grandiosos misterios, hayan

sentido dentro del coro la tiranía de la garra secular destrozando efínicamente la letra sagrada y las notas con que la adornaron los músicos eclesiásticos.

Y aquí viene como por la mano dar á conocer á los músicos seculares.

Nunca será bastante llorada la desaparición de las antiguas *capillas* de música, al servicio, no sólo de las catedrales ó colegiatas, sino de muchas parroquias é iglesias hasta de monjas, tanto en las ciudades, como en muchas villas de alguna importancia.

Gloriosa es la historia de aquellas corporaciones eclesiásticas, ó mixtas, que siempre bajo la disciplina y amparo de la Iglesia, tanto lustre dieron al culto y al arte, que produjeron tan gran número de buenos músicos y piadosísimos varones de ambos estados, que además de ostentar una vida ejemplar, individual y colectivamente, fueron tan hábiles en su profesión, cual después no han podido hacerlos ni con mucho esos centros de corrupción impía (me afirmo en lo dicho, y por Dios que he de probarlo alguna vez) y de artística farándula, llamados Conservatorios. No menos que la pluma la eruditísima de Menéndez Pelayo, la chispeante de Barbieri, la muy correcta del P. Uriarte ó la del mismo Castelar, serían necesarias para historiar tan útiles instituciones de que no nos queda ya ni sombra.

Fueron conjuntos de clérigos solos ó acompañados de seculares piadosos, que dedicados exclusivamente, nótese bien, al servicio del templo, á veces de uno solo, y muy bien colegiados y disciplinados, lograron dar como coros al culto, y como escuelas al arte, cuanto esplendor y grandeza eran posibles en su tiempo. Los seculares que á ellas pertenecían, ó usaban siempre hábito eclesiástico ó talar, ó al menos traje negro como distintivo, rostro afeitado (cuando la disciplina lo exigió á los clérigos) y en fin, todo el porte de su persona, sus maneras, comportamiento exterior, costumbres y vida espiritual, correspondían á lo que debe ser un servidor tan inmediato y de puertas adentro de la Iglesia.

Esta podía proveer con largueza á sus necesidades, aun cuando llegaran á la edad proveya del reposo; tenía con qué premiar, le era permitido ejercer solicitud tan maternal, y en caso necesario reprimir las humanas flaquezas de tal manera, que muchos de aquellos sus hijos prefirieron servirla así toda su vida, antes que dejarla por otro oficio, aunque fuera mucho más lucrativo.

En el coro parecían todos eclesiásticos; tal era la compostura, el *aire* de familia, el modo de *estar* y de *moverse* y el de vestir el traje clerical ó el uniforme que les exigía la disciplina, que no sólo no desentonaban del conjunto estético, ahora tan descuidado, sino que eran parte muy atendible de él.

¿Qué es lo que ha venido á sustituirlos? ¿Quién ocupa hoy su lugar en la empobrecida liturgia de estos días azarosos? En las catedrales y colegiatas, en las grandes iglesias, como dirían los franceses, vemos diariamente dos ó tres clérigos junto al facistol llevando pesadamente la carga del coro, y con ellos algún salmista secolar, pésimamente vestido con una sotana raída que deja ver media vara de pantalón de color, y sobre esto una sobrepelliz más negra que blanca. En los días clásicos apenas el alma ver el conjunto más híbrido y antiestético imaginable; con aquellos salmistas clérigos y seculares, que en tales ocasiones ya visten pluvial, hay cuatro ó seis chiquillos con cara de hambre, mal vestidos y peor aseados, y unos cuantos *caballeros* con bigote, barba ó patillas de chuleta, que llevan éste el gaban progresista, aquel un carrick, el otro chaquet ó americana que parece chaqueta, prendas de varios matices sobre otras de diferente tono, y todas algo traídas; los sombreros de copa ó los hongos figuran acá y allá en los barandales ó en las mismas sillas de coro, mientras sus amos, papel en mano, cantan en posturas irreverentes ó tocan los pocos instrumentos que permite el exhausto peculio de la casa.

En cuanto el trozo musical termina, toda aquella gente sale del coro no sin ruido, y se esconde en la escalerilla de los órganos, ó donde puede, hasta que un acólito le avisa que es necesaria de nuevo, y entra como había salido.

Acabada la fiesta, escapan cada uno por su lado,

los seises dejan la raída sotana, y van enseñando la ropilla destrozada que sus padres indigentes pueden darles; los cantantes se dirigen al interrumpido ejercicio de cualquier profesión humilde en una portería, en un tenducho, ó al ensayo en el teatro en que cantarán á la noche. Puede cada uno vivir como quiera, tener las ideas que guste, y explicarlas impunemente; puede leer en público aunque sea *Las Dominicales*, y en fin, hacer cuanto le plazca, pues nadie ha de irle á la mano; y si tal intentase cualquiera, ya puede figurarse la respuesta: «de algún modo he de buscarme la vida.»

Si vamos á los pueblos, allí ha desaparecido el antiguo y clásico sacristán, que parecía un clérigo porque vestía siempre sotana, ó al menos ropa negra, y llevaba el pelo corto y la cara rasurada; aquel servidor fiel y perpetuo de la iglesia, que á lo más se permitía enseñar música á los jóvenes de la villa.

Ahora el sacristán es un hombre con barba, siempre vestido de paisano, que canta muy mal, toca peor y se cuida muy poco de la iglesia. Su hijo es el que asiste al altar y se pone la sotana; él no puede, porque es maestro, es aforador, ó secretario, ó tabernero, y gracias si no es alcalde, y se cree superior por esto al Cura; gracias si no es el jefe del partido republicano, y no respeta á su Párroco; gracias si no lee *El Motín* en la misma sacristía, y se contenta con dirigir una banda de músicos ambulantes ó cualquiera otra industria. De todas maneras, siempre será un ignorante, que no quiere dejar de serlo, y un enemigo pagado de la Iglesia, á la que sirve sin amor sólo por sacarle algo, y en la que enseña, y no de balde, á otros mastuerzos á ser lo que él es, y así va perpetuándose la especie.

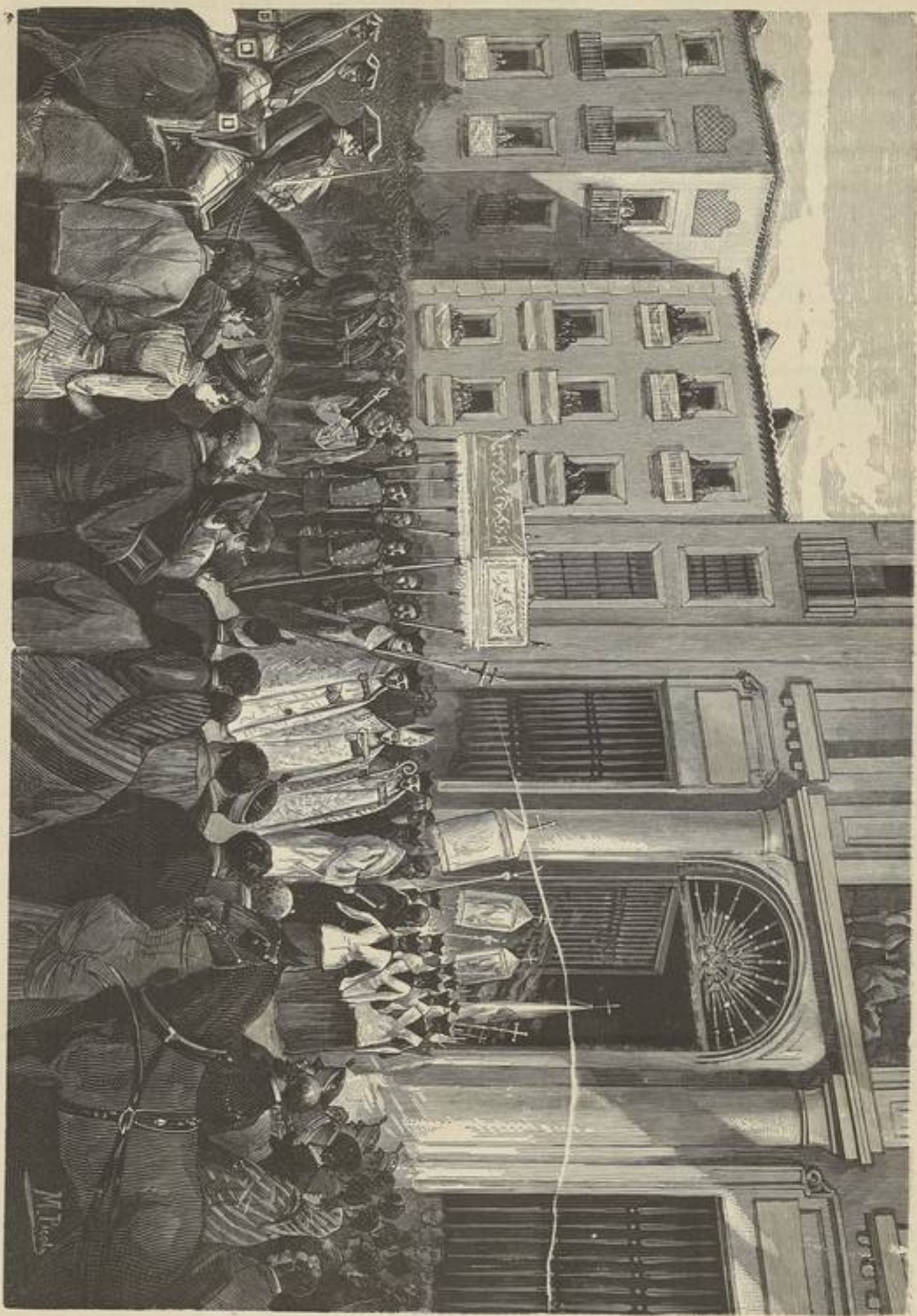
En Madrid... ¡ah! en Madrid, donde apenas hay doce ó catorce clérigos que se dediquen á la música, tenemos cantores y cantantes de la clase de paisanos, que es una bendición. Los primeros, ex-salmistas legos de Catedral ó Colegiata, que, con ánimo de ganar más, vienen á la corte á dedicarse tan sólo al canto llano, porque no saben más (si lo saben), y á lo sumo, á cantar papeles fáciles de segundo coro. Allí en su tierra vestían sotana y pelliz en las funciones, é iban rasurados, y aun guardaban ciertos respetos. Aquí ya es otra cosa. Hemos llegado á tal punto de abandono, que parece como que no rige en esta ciudad la misma liturgia.

Estos caballeros cantan en el coro, y alternan en las procesiones con el Clero, siempre vestidos de secolar con trajes claros muy mundanos, y usando barba. Que no les hablen de liturgias, pues ni se arrodillan ni observan ceremonia alguna, ni cantan más que lo que quieren y como quieren, porque sabiendo que el Clero no conoce el arte del coro y los necesita, se imponen despóticamente. Los más instruidos cantan diariamente en el teatro.

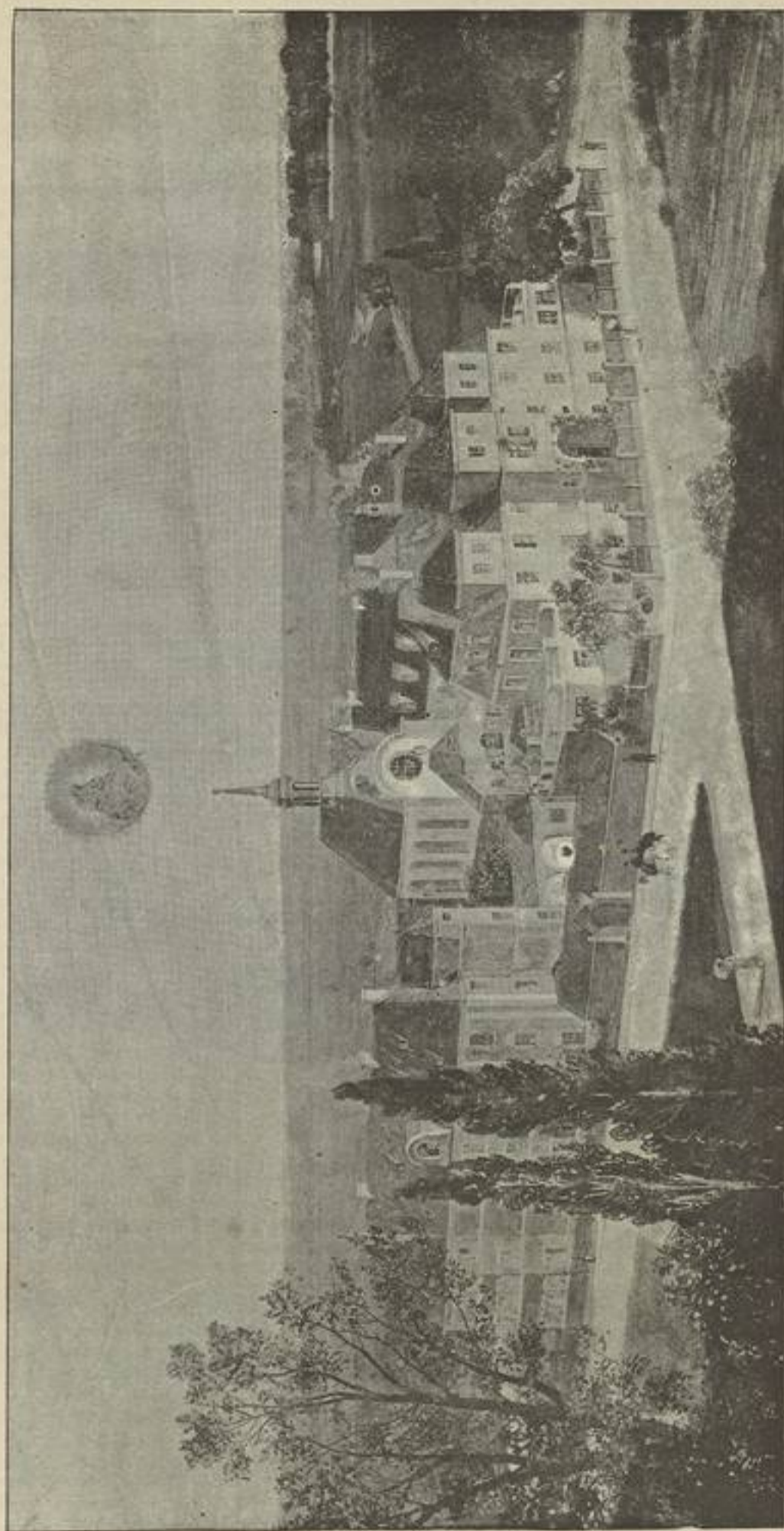
De él, y sólo de él, proceden los cantantes de capilla, seres profanos si los hay, que á todos los resabios y libertades de los cantores unen las ínfulas de *artistas*, que han adquirido en la ópera ó en la zarzuela; gente poco amiga de la Iglesia, en la que no entra sino para ganar dinero. Viven sueltos, dedicados á otra profesión (el leccionero, el comercio, la copia, etc.), y al teatro, y que no les piden cuenta de más; son mercenarios, á quienes alquila el tirano llamado festero; otro señor que ha sido bastante listo para reunir algunas obras musicales y parodiando tristemente al antiguo y desaparecido maestro de capilla, ha llegado á procurarse varias Cofradías que le encarguen la dirección de sus funciones. Pero no hay festero que cuente con un artista para él solo; ellos van con quien quieren y más les paga; no entienden otra cosa: porque también es cierto que si pierden la voz, nadie se cuidará de si caen ó no en la miseria; así tampoco permiten ellos que la Iglesia ni el Estado les pregunten si creen ó no creen, si practican, ó si hacen de su capa un sayo.

Los organistas son por lo regular profesores de piano que tocan donde pueden, aunque sea en los cafés ó en los bailes más profanos: los músicos que se dedican á la orquesta, bien pueden ser excluidos de aquí, pues no pertenecen á la Iglesia más que por momentos, y como accidentalmente.

Una advertencia que pise el culto á la verdad.



ENTRADA DEL NUEVO PRELADO EN MADRID



EL NUEVO ASILO DE SANTA MARÍA, CERCA DE NYNPHENBURG

dos por el Presidente, ya obrasen ellos por sí mismos y de propio motivo, subían á las alturas del Templo rebotando satisfacción y alegría, como quienes iban á dar término á un asunto que vivísimamente les interesaba. Era, en verdad, costumbre que las juntas ó reuniones solemnes del Sanhedrín se tuviesen en el recinto del Templo, en la sala que se llamaba *Bet Din*, situada en el patio ó atrio interior cerca del Santuario, en la famosa basílica dicha de las *pedras cuadradas* (*Lishkat Hagasith*), hacia la parte Sur del Semplo, si bien en los días de sábado y festivos se trasladaban las sesiones al *Bet Midrash*, sala que caía entre el patio exterior y el de las mujeres. En este sitio se iban reuniendo á las primeras horas de la mañana del viernes los miembros principales del Sanhedrín, mientras que, convenientemente atado y asegurado, era llevado allí Jesús desde el Palacio del Sumo Sacerdote.

Aunque nada se dice de ello en los Evangelios, no hay duda sino que la noticia de su prendimiento en Getsemani, ni más ni menos que la de su entrada la noche anterior en Jerusalén escoltado de soldados romanos, esbirros y ministros del Templo, había soliviantado no poco la muchedumbre del pueblo, en especial á los galileos que con motivo de la celebración de la Pascua habían acudido á la santa ciudad. Tampoco puede dudarse de que el alboroto y la sorpresa irían creciendo por momentos con las noticias de su proceso y de los extraños acontecimientos que habían pasado durante las horas de la noche en la casa del Sumo Sacerdote. Con lo cual, excitados terriblemente los ánimos, y movidos por el interés que despertaba aquel asunto, acudiría gran golpe de curiosos, ya al Palacio de Caifás, ya en las calles por donde había de pasar la triste comitiva. Era aquella puntualmente la hora en que en todas las sinagogas de Jerusalén se celebraba la oración de la mañana (*Scha-herith*), por lo cual, las calles de la ciudad, ya muy concurridas á todas horas por la afluencia de forasteros, rebotaban de toda suerte de gente, en especial de escribas, piadosos fariseos, ya hombres, ya mujeres, que, en actitud religiosa y recogida, ostentando los rollos de la Ley y sus anchas franjas y filacterias, se dirigían á las sinagogas; y esta multitud era aún mayor en la entrada del Templo para asistir al sacrificio de la mañana que según la costumbre de los judíos iba á ofrecerse para satisfacer á Dios por los pecados cometidos la noche antecedente.

Puestas las circunstancias del caso, es fácil imaginar el asombro y la admiración que invadirían las mentes de todos, el vario discurrir de unos y de otros, y la tristeza y el desaliento que oprimiría los ánimos de los que estaban mejor dispuestos para con Jesús, al verle atravesar las calles de Jerusalén preso y maniatado y en un estado de abatimiento y de ignominia, bien distinto del glorioso en que pocos días antes le habían visto.

Con tal afrenta y vergüenza atravesó Jesús las calles y plazas de Jerusalén, dirigiéndose hacia el Templo, y después de atravesar los anchurosos patios y subir con gran tropel por las espaciosas escalinatas y atravesar las altas y grandiosas puertas, fué llevado al sitio donde estaba reunido el gran Sanhedrín, que iba á resolver definitivamente su causa.

No es necesario describir por menor el aspecto que ofrecía aquel tribunal, ni las ritualidades y ceremonias usadas en él, ni la tela y orden que se tuvo en el proceso. Por lo dicho en el capítulo anterior se puede venir en conocimiento de lo que pasó en esta nueva junta, en poco diferente de la primera, si no es en el mayor número de los asistentes y en la mayor gravedad y aparato de que fueron acompañados sus actos. Sólo, sí, conviene advertir acerca de los procedimientos usados en esta nueva sesión, que no fueron repetición de los de la noche pasada, sino su ampliación y su remate y

conclusión definitiva, con más la adición de una formalidad requerida por la ley. Porque no se trató en ella de explorar judicialmente si Jesús era inocente ó culpable, ni de comprobar con testigos el delito que se decía haber cometido. Este se daba por supuesto. Lo único que cumplía hacer era exponer el Presidente de la asamblea á los jueces la causa de su reunión, rever la sentencia acerca de la blasfemia de Jesús, dada ya por la junta de la noche antecedente, y pedir su ratificación á los que estaban allí reunidos en forma plenaria de concilio; y esto es lo que en realidad hizo en esta junta el Presidente.

Con este intento, pues, y con tales preparativos y preliminares, fué Jesús introducido en la sala donde estaba la asamblea. Ya allí, lo primero que hicieron con él fué soltarle las cuerdas con que venía aprisionado; citáronle luego y le mandaron colocar en el sitio señalado para esto, y cuando estuvo en presencia de los jueces, el Presidente, con voz que más que la autoridad de la justicia respiraba la condenación y la sentencia de muerte, ya en su ánimo decretada, le dijo: «Si tú eres el Cristo, dínoslo». Ya en otra ocasión los enemigos de Jesús le habían hecho la misma pregunta, y como entonces no atendieron á la respuesta que el Señor les dió, era evidente que tampoco estaban dispuestos á atender á la que ahora le requerían. Por lo cual, Jesús, que leía en sus corazones, y que sabía muy bien que si le exigían la contestación era no más que para calumniarle y condenarle por ella, les dijo con grande apacibilidad y mansedumbre: «Si os lo dijere, no me creeréis; por otra parte, si también os preguntare, no me responderéis ni me daréis por libre. Empero de hoy en adelante el Hijo del hombre estará sentado á la derecha del poderío de Dios». A tal respuesta, manifestando los jueces afectada sorpresa, replicaron á Jesús con aire de mal disimulada ironía: «¿Luego tú eres el Hijo de Dios?» Y Jesús les repuso: «Vosotros decís que yo lo soy». Al oír lo cual, furiosos y arrebatados, y mirándose los unos á los otros con aire de feroz alegría y satisfacción, dijeron: «¿Qué necesidad tenemos de testimonios? Pues nosotros mismos lo hemos oído de su boca». Y sin más oír ni querer más saber, pronunciaron la sentencia de muerte, yendo á la cabeza su Presidente, se la declararon é intimaron á Jesús, unidos en nefando consorcio, como advierte el Evangelista San Lucas, los tres órdenes en que se dividían los consejeros del Sanhedrín, es á saber, los escribas, los ancianos y los príncipes de los sacerdotes.

Esta sentencia era temeraria, ilegal y contraria á todos los principios de justicia.

Jesús había declarado ser Hijo de Dios con tal verdad y en tales circunstancias, que no podía decir ni declarar otra cosa. En otras ocasiones de su vida había dicho lo mismo, y siempre que había sido necesario confirmar y demostrar su dicho con pruebas y argumentos irrefragables, lo había demostrado y confirmado, obrando para ello obras milagrosas y sobrenaturales, posibles únicamente á quien tenía en sí la virtud y el poder de la majestad divina. Ahora lo declaraba de nuevo; y esta declaración era tan natural, tan sincera é incontrastable, que en lugar de escándalo y condenación había de provocar en los que la escuchaban sumo respeto y acatamiento y la más profunda veneración. Por lo demás, siendo la confesión de Jesús expresión de una conciencia recta y el más alto homenaje que el Salvador podía prestar á la Divinidad, á los jueces competía aquilatar la verdad ó falsedad de esta declaración augusta, y ya que en el juicio á que eran llamados se trataba de señalar el valor de las palabras de Jesús, y por consiguiente el derecho que tenía á pronunciarlas, deber de los jueces era averiguar los títulos que otras veces había presentado el Salvador para usar el lenguaje de que usaba, ver las pruebas en que apoyaba su dicho,

examinar los actos, las doctrinas y la vida del Santo Maestro, investigar, en fin, todas las circunstancias del caso, y no adelantarse á decidir tan grave litigio sin mirar y remirar todos los antecedentes del proceso, sin examinar imparcialmente todas sus probanzas y argumentos, y sin asegurarse de todo punto de que con la sentencia de muerte que pronunciaban procedían en rigor de justicia y no cometían un asesinato legal.

¿Pero á qué pedir serenidad de juicio y calma y tranquilidad de afectos á aquellos jueces, que no obraban sino instigados por la pasión y por los móviles más ruines y abatidos? La causa de Jesús era para ellos cuestión resuelta. Siendo su vida la condenación de sus propias maldades y un peligro para el logro de sus ambiciones, era necesario quitarle de enmedio. Esto lo habían ya determinado antes de prender á Jesús, y es claro que tal idea no la habían de abandonar en el momento en que tenían en su mano la satisfacción de sus pasiones. El proceso que le habían entablado no era, por consiguiente, más que vana fórmula para cubrir la sentencia con las apariencias de la justicia é ilusión, y trampantojo para engañar á los simples é incautos. Por esto, á pesar de los trámites legales que podían afectar algunos de los procedimientos, toda la tela de este proceso no pudo ser sino un tejido de temeridades é injusticias, una burla sangrienta de toda legalidad, una obra, no de administradores de justicia, sino de facinerosos y desalmados.

El Evangelista San Mateo, hablando de esta sentencia, dice que *todos* los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo acordaron providencia contra Jesús para entregarle á la muerte. ¿Fué esta totalidad absoluta ó moral? Para honor de Israel, pensemos lo segundo, y pensemos también que alguna parte de los miembros del Sanhedrín, perteneciente sin duda al partido de los fariseos, á aquel partido defensor de la ley y de la benignidad de sus aplicaciones contra la violencia brutal de los saduceos, á aquel partido protector de los débiles y alabador de los tiempos en que el Sanhedrín no pronunciaba jamás sentencia de muerte, á aquel partido que teniendo al frente al gran Gamaliel defenderá más tarde á los discípulos de Jesús y arrancará al Sanhedrín la concesión de su libertad, á aquel partido, en fin, que en la misma Jerusalén ha de dar gran contingente á la nueva Religión, no votó la muerte de Jesús. De uno de ellos, José de Arimatea, dice el Evangelista San Lucas que no tomó parte en la sentencia condenatoria de Jesús; es posible pensar lo mismo del susodicho Gamaliel, el futuro defensor de los discípulos del Santo Maestro, y el que, refiriéndose sin duda á los saduceos que condenaron á muerte á Jesús, decía públicamente, como refiere el Talmud, que habían aumentado el número de los homicidas en Israel. Quizá no sea temerario pensar lo mismo de algunos otros; pero ¿cuántos cederían y sacrificarían la inocencia á la pasión de partido, á la violencia de los saduceos y á la contemporización ó complacencia con sus superiores jerárquicos! ¿Cuán pocos imitarían á aquellos setenta varones que, llamados á votar la muerte de Zacarías, hijo de Baruch, salvaron y perdonaron al inocente, exponiéndose á las iras de los fanáticos!

Resuelta por el Sanhedrín la muerte de Jesús, había que ver la forma cómo se había de ejecutar la sentencia, acerca de lo cual se ofrecían varios modos ó caminos. Porque el crimen de blasfemia atribuido á Jesús y su título ó misión de Mesías podía ser considerado, ya respecto de las leyes judaicas, ya con relación á las leyes romanas, por las cuales, en parte á lo menos, era gobernada la Judea. Considerado á la luz de las primeras, podía Jesús parecer un impostor que, atribuyéndose el sagrado nombre de Mesías, ofendía á la divina Majestad y embaucaba y fanatizaba al pueblo y le alimentaba con esperanzas de un nuevo orden de cosas

contrarias al establecido según la Ley, y del cual se podían temer consecuencias funestas para toda la nación. Mirado á la luz de las segundas, podía parecer un perturbador del pueblo que, aprovechándose de la persuasión general en que estaban los judíos acerca de la próxima venida del Mesías y de la soberanía é independencia que con él había de venir á Israel, explotaba su credulidad y pretendía formar un bando ó partido político encaminado á sacudir el yugo de los romanos. De entrambas maneras considerado el crimen, era digno de muerte, ya que la blasfemia y el arrogarse el honor de profeta era castigado en la ley mosaica con la pena capital, y el crimen de excitar á la rebelión era castigado, según el código de los romanos, con la degollación ó con la muerte de cruz.

Estos dos caminos se ofrecían, por consiguiente, al Sanhedrín para ejecutar la sentencia contra Jesús; pero para aplicar ó imponer el castigo según el tenor de sus propias leyes, necesitaban pedir al Gobernador romano la sanción de aquella sentencia, la cual obtenida, debía el reo ser entregado á los esbirros y guardas del Templo para que le diesen una de las cuatro maneras de muerte que entre ellos se usaban, y que eran la lapidación, la combustión, la decapitación y la estrangulación.

Es posible que alguno de los jueces, en especial de los fariseos, inspirados por su exaltado patriotismo, su odio al extranjero y la benignidad y clemencia en la aplicación de la ley que inspiraba á veces las sentencias judiciales de los israelitas, propusiesen que fuese Jesús castigado según las leyes de la patria y no según las de los romanos, como sucedió más adelante en el caso de San Esteban. Pero los saduceos, por los cuales se gobernaba todo aquel negocio, lo resolvieron de otra suerte, determinando, probablemente á propuesta del Sumo Sacerdote Caifás, entregar á Jesús en manos del Gobernador del Imperio para que diese buena cuenta de él según las leyes y costumbres romanas. En esto obraron con su acostumbrada astucia, pues por una parte conocían muy bien que el Gobernador romano no se opondría mucho á ajusticiar á un hombre de quien se decía que alborotaba y soliviantaba la muchedumbre, y por otra, con entregarlo al brazo seglar de los romanos se descargaban de las consecuencias y responsabilidades que podían resultarles de un levantamiento del pueblo, cosa difícil estando Jesús en manos del Gobernador imperial, y muy fácil estando en las suyas, y de más á más apresuraban con esto la ejecución de la sentencia, punto muy esencial para no dar lugar á que pasando días se calentasen y alborotasen los ánimos y se hiciese difícil, ya que no imposible, la ejecución de sus perversos designios. Y tal como lo determinaron así lo pusieron por obra, cumpliéndose en esto la profecía de Jesús sobre que los Sumos Pontífices le entregarían á los gentiles para que estos le crucificasen.

Para asegurar el buen éxito de sus pretensiones, lo primero con que tuvieron cuenta fué con no fiar el asunto de comisarios que en nombre del Sanhedrín tratasen aquel negocio con el Gobernador, sino que ellos mismos resolvieron presentarse en persona en el Pretorio y ser los actores de la causa de Jesús y exponer al Procurador romano la gravedad del caso, la evidencia del delito y los peligros que corría la pública seguridad si no se ejecutaba en él pronto y severo castigo. Y para no perder tiempo, levantáronse arrebatadamente de sus asientos los ancianos, escribas y sacerdotes, acaudillados por su presidente Caifás, y cogiendo á Jesús y maniatándole de nuevo, se fueron en tropel hacia la casa ó palacio del Procurador del Imperio.

El ruido que se armó por las calles al salir aquella comitiva del Templo y dirigirse al Pretorio, es imponderable, porque como en aquella hora el rumor de lo que se había hecho con Jesús hubiese cundido por la ciudad, era mucha la gente que aguardaba á las puertas del Templo y grandísima la ansiedad y expectación que

movían en el pueblo aquellos acontecimientos tan nuevos y extraordinarios. Los ánimos, pues, estaban terriblemente alborotados. En todas partes, en las calles y plazas, y señaladamente en las cercanías del Templo, habíanse formado muchos corrillos de vecinos y forasteros. En todos se discurría sobre el extraño suceso, así entre los amigos de Jesús como entre sus adversarios y enemigos. Las opiniones y los dichos eran muy diversos, y si antes de que la persecución de Jesús llegase á tomar el grave sesgo que había tomado en los últimos días, ya todo Israel, como advirtieron los Evangelistas, estaba partido en dos bandos, uno contrario y otro favorable al Santo Maestro, no hay duda sino que esta diversidad y diferencia de juicios llegaría á altísimo grado de exacerbación en las horas en que se desenvolvían los acontecimientos que estamos historiando.

En realidad de verdad, aun para los que querían mostrarse indiferentes en el asunto, había de ser el caso motivo de curiosidad y de angustia. Un hombre que por espacio de tres años había andado por todas las villas de Palestina y predicado en ellas con tanto favor y aplauso, y obrado maravillas estupendas y hecho en todas partes increíbles mercedes y beneficios; que en la misma ciudad de Jerusalén era conocido de todos, ya que le habían oído mil veces en el Templo predicar la Santa doctrina; que pocos días antes le habían visto entrar por sus puertas con el triunfo más glorioso y solemne y con la mayor aclamación y entusiasmo que jamás se vió en ella; que donde quiera que había estado, á la fama de sus virtudes y milagros se habían ido los pueblos tras él, reverenciándole como á Santo y Profeta y Maestro enviado de Dios, verle ahora aprisionado y llevado por la autoridad pública de todo el Sanhedrín por las calles de Jerusalén, como si fuese el más facineroso y criminal hombre del mundo, era, sin duda, cosa de gran admiración y capaz de excitar la curiosidad y el interés aun de los más indiferentes y despreocupados.

En medio, pues, de esta expectación y ansiedad, y atravesando las grandes oleadas de gente que se agolpaban al paso, salió el desdichado cortejo del Templo y se encaminó de prisa y tumultuariamente hacia el palacio ó morada del Procurador romano. Iba primeramente Jesús bien asegurado y amarrado; siguiéndole á su lado los alguaciles y corchetes, y detrás venían los miembros ó consejeros del Sanhedrín, y no ya algunos solamente, sino todos ellos con el Sumo Sacerdote á la cabeza, siguiéndoles en pos la muchedumbre de curiosos y la trulla de gente ruin y baldía que suele acudir á tales espectáculos.

El camino que hubieron de andar no fué muy largo por dicha, como quiera que el palacio de Herodes, donde moraba el Procurador imperial, estaba allí cerca, hacia la parte occidental de la ciudad, en una altura de las más elevadas de Jerusalén y separada del Templo nada más que por un puente ó viaducto tendido sobre una hondonada que formaba la desigualdad del terreno. Este palacio se llama el Palacio de Herodes por haberlo construido recientemente Herodes el Grande; pero llamábasele también *Pretorio*, por morar en él el Gobernador romano mientras residía en Jerusalén, residencia eventual y por breves días, pues ordinariamente estaba en Cesarea, ciudad más apropiada al comercio y contratación con las demás provincias de su gobierno.

«Los príncipes de los gentiles señorean sobre ellos» y «los que se visten muellemente están en los palacios de los reyes;» así había expresado el Salvador su repugnancia hacia el fausto y ostentación de la grandeza terrena, y el contraste de la altivez y afeminada molice de los reyes y príncipes paganos, con la humildad y modesta sencillez que él predicaba á sus discípulos. Hoy entraba en uno de estos palacios, no ciertamente como dominador, sino como malhechor y facineroso, no vestido con molice, sino preso

y maniatado, no seguido de parásitos y adula-dores, sino de acusadores y esbirros.

El palacio de Herodes, morada temporal del Procurador romano, á la vez que grandiosa fortaleza, símbolo de la fuerza y del gobierno despótico del que lo habitaba, era también asilo del placer, de los goces, de la molice y de la más abyecta sensualidad. Estaba situado hacia el lado Noroeste de Jerusalén y hacia la parte más alta de la montaña de Sión, contiguo á la primera muralla que circuía la ciudad, y rodeado de una pared ó tapia de unos treinta codos de alto, y coronada de distancia en distancia de torrecillas ó baluartes sobre los cuales descollaban las famosas torres Mariamne, Hippicus y Phasael. El recinto ó espacio que ocupaba era tan grande, que en él podía haber un pequeño ejército. El edificio principal, que por razón de su altura señoreaba á todo Jerusalén, se desenvolvía en dos alas, cuya magnificencia y grandiosa arquitectura aventajaba, al decir de muchos, á la misma grandiosidad del Templo, y sólo tenía igual en las estupendas construcciones de la capital del Imperio Romano. Lo interior correspondía, si ya no excedía, á lo exterior. En la infinidad de salas y aposentos que en él había cuajados de artificiosas labores y pinturas, objetos de arte y obras del humano ingenio, resplandecían la plata y el oro, los mármoles y las piedras preciosas, y todo cuanto podía contribuir á la ostentación y á la magnificencia. Vastos paseos y jardines rodeaban el edificio, y por ellos circulaba el agua en abundancia, brotando de fuentes y surtidores y formando estanques, baños y cascadas, en torno de los cuales revoloteaban bandadas de palomas que animaban con sus giros vagarosos aquella morada del placer y de la opulencia.

El Procurador imperial que habitaba aquellos días este palacio era en sus ideas y carácter hijo legítimo y verdadero representante de la grandeza romana y ejemplar de la altiva insolencia y aspereza con que trataba Roma á los pueblos vencidos. Llamábase Poncio Pilato, y era el sexto Procurador de la Judea después que los Romanos la habían ocupado, habiendo sucedido en este cargo á Valerio Grato en el año tercero del Imperio de Tiberio. En los nueve años que hacía que gobernaba la Judea, la Samaria y la Galilea debajo de la superintendencia del Legado general de Siria, Elio Lamia, se había mostrado uno de los Gobernadores más crueles y violentos que habían administrado aquellas desgraciadas provincias. Escéptico en Religión, é indiferente para todo lo que no se refería á los bienes de este mundo, la nación de Israel era para él un enigma insoluble. La fe en un solo Dios, la repugnancia á todo culto idolátrico, la exaltación y heroica fidelidad con que los judíos defendían las patrias tradiciones, le parecían ridículas y absurdas. Las disputas y contiendas que entre ellos había, sus bandos político-religiosos, sus leyes, sus usos y costumbres, eran para él misterio indecifrado, cuando no el colmo de la necedad y de la insensatez. Cuál más, cuál menos, los israelitas todos eran para Pilato hombres bárbaros y atrasadísimos, extraños á las artes del ingenio, víctimas del más feroz fanatismo y sumidos de todo punto en la ignorancia y en la estupidez. El desprecio y despotismo con que los trataba no tenían límite ni moderación. Los Gobernadores que le habían precedido, atentos á la política y razón de Estado, que fué siempre norma de los romanos, habían tenido algún respeto á los usos, costumbres y tradiciones religiosas de los judíos, hasta el punto de quitar de las enseñas de las legiones de Roma las imágenes de los Emperadores, para no ofender el horror que tenían los judíos á la idolatría. Pilato, más audaz y desatentado, había hecho todo lo contrario, introduciendo secretamente en Jerusalén, y aun en el sagrado recinto del Templo, las efigies del César, insultando así lo que era más caro al corazón de todo israelita. Su bárbara insolencia había acarreado muchos

tumultos, que habían sido ahogados con la sangre de los pobres judíos; cien veces había jugado con sus vidas y haciendas, cometiendo mil tropelías, cohechos, latrocinios, persecuciones y asesinatos legales; y habrían sido mayores, sin duda, si creciendo al compás de la crueldad de Pilato la obstinada resistencia de sus administrados, no hubiesen éstos apelado al César Tiberio, y enunciándole sus vejaciones y malos tratamientos, haciendo entender al violento Gobernador que no se juega vanamente con la paciencia y los derechos de los pueblos.

En aquellos días había venido de Cesarea a Jerusalén para la solemnidad de la Pascua. No sería ésta la primera vez que hacía semejante viaje, supuesto que era costumbre de los Procuradores imperiales llegarse á la santa ciudad en las fiestas principales, en especial en la Pascua, ya por atender á los forasteros que solían acudir á ella, ya por sus deberes de administrador de justicia. La estancia en Jerusalén no podía ser muy agradable á Pilato, como quiera que siendo esta ciudad centro de la nación israelítica, era también el foco más intenso del fanatismo de los judíos y el centro más activo de la fermentación de las pasiones religiosas, de donde habían partido los mayores conflictos y dificultades que había tenido en su gobierno; pero como era de su deber de proveer á la administración, no podía menos de ir allá, en especial para precaver cualquier disturbio que pudiese ocurrir con la tumultuosa aglomeración de la gente que de todos los puntos del judaísmo se reunía aquellos días en Jerusalén.

A poco de poner el pie en ésta, había hallado Pilato á toda la población extrañamente alborotada. Las pasiones religiosas, que tanto preocupaban á los israelitas, los traían singularmente removidos y soliviantados. La persona de Jesús, su predicación y sus milagros y la influencia de que gozaba en el pueblo eran asunto de las conversaciones de todos; y como los bandos religiosos que imperaban en la ciudad habían tomado la cosa por su cuenta, fácilmente habían logrado interesar en el asunto aun á los más pacíficos y retraídos. No pudo menos de enterarse también Pilato de todos los sucesos que habían precedido á este estado de cosas, de las pasiones recientemente excitadas entre los personajes principales de la ciudad, y aun de los medios á que habían éstos apelado para deshacerse de la persona de Jesús. En fin, tampoco pudo serle desconocida la prisión de éste, acaecida la noche anterior en la vecina granja de Getsemani; pero considerando todas estas cosas como una de las querrelas intestinas que tenían los judíos entre sí, no había caído, sin duda, en su pensamiento que la cosa pudiese tener notable importancia, y menos que fuese él llamado á intervenir en aquel asunto.

Así es que cuando á las primeras horas de la mañana del día de la Pascua vió á los sacerdotes y autoridades del Templo llegarse al Pretorio trayendo preso á Jesús para que lo juzgase, no pudo menos de experimentar extraña sorpresa, y más hubo de crecer su extrañeza y maravilla al ver que todo el Sanhedrín, con el Sumo Pontífice á la cabeza, se presentaba en el Pretorio á tratar con el Gobernador del Imperio un negocio que al fin y al cabo no parecía de mucha gravedad é importancia. Es verdad que los santos y escrupulosos sacerdotes habían tomado las convenientes precauciones para no mancharse con el contacto del gentil, pues no habían querido pisar los umbrales de su casa para el fin de conservarse limpios y no ser impedidos de comer las víctimas pascuales que eran ofrecidas en el Templo. Es probable que no le haría á Pilato mucha gracia la escrupulosidad de los sacerdotes, y menos el ver que le obligaban á intervenir en una causa donde andaban revueltas las pasiones que tan ferozmente encendían los ánimos de los israelitas; pero corriendo de su obligación atender á las reclamaciones y causas de sus vasallos,

aunque con repugnancia y desplacer, no pudo menos de admitir á su tribunal la causa que le traían los miembros del Sanhedrín.

(Se concluirá).

MIGUEL MIR

De la Real Academia Española.

Desde Manila.

PERSPECTIVAS DE VIAJE

Puerto Said.

VIII

NADA, ciertamente, más estrafalario, desastrosos, ramplón, estrambótico y trafullero que el porte y talante de los puertosaideses propiamente dichos, ó por lo menos de aquellos puertosaideses á quienes nos cupo la honra de ver transitar por las calles, especialmente por el *boulevard* en que acabábamos de sentar para breves momentos nuestros reales.

Los residentes europeos, desertores de cien patrias, que merodean por tiendas y oficinas, van conservando con cierta laudable entereza sus costumbres y hábitos nativos, y parecen mantener á satisfactoria altura el prestigio de los adelantos modernos en achaques de cultura y civilización, constituyendo deliberada ó casualmente un núcleo de población que, no sólo contrasta de bizarra manera con la indígena y cuasi-indígena, sino que, si de resultados de alguna de esas leyes biológicas que ahora se van descubriendo en el laberinto de la antropología, logra consolidarse en aquel arrabal del continente africano, podrá trocarse en fecunda semilla de generaciones venideras y activa levadura de nuevos elementos etnográficos, apenas entrevistos hoy por hoy.

En cambio, los ejemplares de razas africanas y de sus congéneres ó afines, medio nómadas, medio sedentarios, medio bandoleros, medio comerciantes, medio cerriles, medio domesticados, que bullen dentro de aquel croquis urbano, dentro de aquel pujante boceto de ciudad, traginando como bestizuelas y fiercitas que empiezan á olfatear el aroma social de la mancomunidad y cosmopolitismo humanos, si por un lado suscitan en el ánimo halagüeñas esperanzas al contemplar la relativa resignación con que soportan y consienten la ingerencia europea, desconsuelan por otro con su grotesca desidia, con su arrocinado apego á fanatismos intempestivos, con su brutal carencia de sentido estético. En tal concepto, puede asegurarse que las calles de Puerto Said son otros tantos anaqueles de un bazar de mamarrachos automáticos; las viviendas particulares, sabe Dios lo que serán.

Allí, como aquí en Manila, se echa demasiado de menos la circulación de transeuntes europeos, no estando bien averiguado aún si los residentes europeos se abstienen de recorrer las calles y amenizarlas con su presencia por falta de comodidades y atractivos en las mismas, ó si, por el contrario, esa falta de atractivos y comodidades en los sitios públicos, así de tránsito como de parada, se debe precisamente al retraimiento de los europeos. Por mi parte, me atrevo á creer que de todo hay en la viña del Señor, amén de la irremediable incongruencia de razas, fuente perenne y abundosa de mutuos recelos, suspicacias, enconos comprimidos y secretas aspiraciones, que ninguna legislación ni Gobierno, inclínense de un lado, inclínense de otro, acertarán seguramente á conjurar y desvanecer.

Por lo demás, ¿quién es capaz de reseñar y clasificar la innumerable multitud de tipos, prototipos, arquetipos y esperpentos que dentro de la uniformidad desesperante de la degradación y del envilecimiento se descorría á nuestra vista?

A pesar del bochornoso calor que hendía el ambiente, abatiendo y marchitando á la par nuestras indefensas cabezas y los perifollos del ralo arbolado, sorprendiéndonos en primer término, dejándonos estupefactos, casi anonadados, el afanoso paso de algún que otro jayán, tostado, frito, achicharrado, más ó menos mostrenco, zambullido en enorme

casacón de recio paño, y calado hasta las orejas el característico gorro turco, como si en vez de andar pisando caldeada arena y respirando bocanadas de fuego, forcejase en plena Siberia para librarse del contacto del hielo y sortear los embates de las nevascas. Difícil era el adivinar si dentro de aquel inmenso ropón, que daba al portador medias apariencias de un acorazado moderno, se ocultaban otras prendas indumentarias, ó si holgaban solamente miembros curtidos, amojamados, zarrientos, y, como aquél, de cetrino y raído pelaje; lo que sí es cierto es que los tales histriones calzaban fuertes botas, y que, haldeando si más podían, aireándose con los faldones de su desaforada hopalanda, taloneaban con un brío y desembarazo que parecían cifrar su mayor orgullo en el ágil manejo del monstruoso caparazón. Traslucíase que algún negocio grave les traía indudablemente atafagados, abismándose en profundas consideraciones, cuya trascendencia no pudimos menos de respetar desde nuestros puntos de vista. Fué lástima que no pudiésemos averiguar á qué casta de pajarracos pertenecían; si eran representantes de alguna clase social distinguida; si ministros de algún culto tronado; si negociantes de suposición, ó simplemente *chiflados* en grado máximo; en cambio, con sola su presencia nos hicieron sudar la gota gorda, y rendidos ante aquel prodigio invernal de indumentaria, empapamos repetidas veces los pañuelos en nuestros semblantes.

Pasaron también ¿cómo no? en encontradas direcciones varios borriquillos de linda estampa, y orondos y cariparejos como si acabasen de estrenar zapatos. No ignorábamos que nos habíamos metido precisamente en el país clásico de esta utilísima y menospreciada clase de cuadrúpedos, cuyas hazafías tal vez hayan pasado inadvertidas, injustamente sin duda, para los historiadores egiptólogos, y he aquí por qué, careciendo de ese dato, nuestra admiración hacia aquellos semovientes no pudo alcanzar toda la intensidad que nosotros hubiésemos deseado, tanto más, cuanto que, por sabido se calla, que en nuestra tierra la casta de estos sufridos paquidermos, tercios y burros como ellos solos, se ha propagado de un modo extraordinario y maravilloso. ¿Quién ignora, por ejemplo, que la industria pecuaria española ha sacado de la mezcla del asno y de la yegua esas magníficas acémilas conocidas en todo el mundo civilizado con el nombre de mulas manchegas, cosa que, á pesar de todos los ensayos y probaturas, no hemos podido conseguir aún en Filipinas? Los rucios egipcios poseen larga y honrada historia, y hasta si se quiere, brillantes hojas de servicios, y en las calles de Puerto Said presentan muy agradable pinta, con su juguetera talla, su pelo reluciente y su agilidad de remos. Recuerdo haber leído en varios Manuales y Epítomes sesudos párrafos acerca de los artefactos de que pudieron valerse los antiguos súbditos de los Faraones para transportar los ciclópeos materiales con que se construyeron las famosas pirámides; pero jamás he tropezado con una frase, ni siquiera hipotética, referente á los indudables buenos servicios que debió de prestar en aquella ocasión y en otras análogas el asno. ¿Quién podrá dudar de que aquel sabido refrán de *á asno lerdo, arriero loco*, si bien expresado en lenguaje castellano, debió de ser concebido en cacumen egipcio y precisamente en alguna de las ocasiones que quedan indicadas? No puedo negar que al ver en Puerto Said aquellos pollinos tan redondeaditos, tan briosos y tan inteligentes, trotando por las calles menudamente y alardeando de su especial gentileza, me acordé con horror de los monstruosos caballos normandos y de los tremendos fenómenos hípicas, inventados muchos de ellos por el genio infernal de los ingleses, y que soportan un cañón sobre sus lomos como un niño soporta un barquillo en sus manos. Comparando aquellos pollinos con las manadas de congéneres que llenan las cuadras y senderos de nuestra querida Península, deduje que Puerto Said ha de ser forzosamente una población de grandes afinidades con España, y que si hoy por hoy no es una colonia nuestra, debe achacarse exclusivamente la causa á que Inglaterra, llevada, como siempre, de miras egoístas, se ha zambucado en ella con usurpadora anticipación.

No poca extrañeza hubo de causarnos inmediatamente una nueva casta de alimañas, pertenecientes al sexo débil, al cual maldito el favor que dispensaban con su extravagante atavío. Es de advertir que el corsé, esa prenda que, digan lo que quieran los higienistas, tanto alivio, bienestar y defensa reporta á las mujeres, constituyendo, en último término, uno de los aparatos ortopédicos que más realce dan á la configuración del cuerpo humano y mejor conservan la simetría y corrección vivientes de la escultura femenina, esa prenda es casi del todo desconocida en los países orientales, donde no sé qué espíritu de comodidad mal entendida, rayano de la incuria y de la haraganería, se resiste á adoptarla, cuando no la proscriben en absoluto. Yo creo como la Academia de la Lengua que la palabra española *corsé* proviene de la francesa *corset*, pero me complazco en abrigar la convicción de que tanto el vocablo español como el francés se derivan del árabe *corseyon*, que significa trono, y lindísimo trono es el corsé, sobre el cual gallardea el arrogante busto de nuestras damas de Occidente, y desde el cual se promulgan las leyes más dulces y de más ansiado cumplimiento. Si esa etimología no es la verdadera, conste que debería serlo, aunque detractores acérrimos se entretengan en buscarle al vocablo orígenes más pedestres y casi inobles.

A la ausencia del corsé sigue casi siempre la ausencia ó deformidad del calzado, y por lo tanto, el desgaire general del cuerpo, con el obligado acompañamiento de suciedades, de adornos impertinentes, de avíos supérfluos y de un matalotaje indescriptible, cuyo único objeto parece ser el de desfigurar la conformación del cuerpo humano y proclamarlo invenciblemente repulsivo. Las mujeres puerto-saidesas á que me refiero no desmentían las anteriores afirmaciones. antes bien, las corroboraban plenamente: una saya oscura y maltratada les llegaba á media pierna, y manto, oscuro también, les envolvía el resto del cuerpo, cubriéndoles la cabeza á modo de una toca de beata. La cara de estas interesantes egipcias desaparecía casi por completo detrás de dos lienzos negros, uno de ellos ceñido á la frente que cubría hasta las cejas, y otro que les rodeaba la parte inferior del rostro, desde los pómulos hasta la sobarba. Del interior de este segundo lienzo, y siguiendo la dirección de la nariz, salía un canuto de metal dorado de mayor calibre que los alfileros ordinarios, canuto que les subía hasta el nivel del entrecejo. No sé quién me dijo que aquel adorno era emblema de nobleza en las personas á quienes cabía la dicha de poder usarlo; y en efecto, el bueno del alfilerero afectaba ínfulas de prenda artística, pues bien se divisaban á la respetuosa distancia que es de suponer las labores y filigranas que lo avaloraban, y cuyo mérito, como comprenderá el lector, no nos fué fácil apreciar con el debido detenimiento; el metal relucía de puro bruñido, y aun brindaba apariencias de oro fino, en el supuesto de que realmente no fuese tal. Si se cifraba ó no en aquel dije un estigma de nobleza, no puedo asegurarlo, pero me consta la evidencia de que no me será posible en toda la vida volver á admirar espantajos tan insolentemente repugnantes como las conspécuas egipcias que lo ostentaban. Yo creo que aquel empuinado tubo, bien ajustado á las ventanas de la nariz y sujeto á las mismas por el lienzo que las vendaba, podía desempeñar perfectamente el papel de ventilador ó respiradero, dado que aquellas infelices terascas se hallaban en la imposibilidad material de respirar por otro sitio.

Creo inútil añadir que las aristócratas andaban con los pierns desnudas y los piés descalzos, todo ello con la epidermis denegrida y acartonada, todo polvoriento y deformado, como miembros entregados á la intemperie, y sin disciplina ni defensa de ningún género.

Manila 20 de Septiembre de 1892.

F. AGUILAR Y BIOSCA.



PENDÓN DEL CARDENAL MENDOZA

Revista de Revistas

Sumario.—I. El origen del petróleo.—II. La región del fuego.—III. El aluminio.—IV. Fenómenos solares y terrestres el 13 de Febrero de 1892.—V. La población del mundo.—VI. Los dogmas científicos.—VII. El calculador Inaudi.—VIII. El pretendido asistido de Laplace.—IX. Los hombres de religión y ciencia.

I

LA hipótesis generalmente admitida hasta hoy para explicar el origen del petróleo, atribuyéndolo á la descomposición del organismo de los animales, peces casi siempre, ha sido rechazada últimamente por Mr. Ross. Se funda en que la putrefacción de un pez no puede nunca dar lugar á un aceite que contenga parafina, como sucede con el petróleo la mayor parte de las veces.

La hipótesis con que Mr. Ross explica el origen del petróleo es muy racional. Dice que el petróleo se halla cerca de masas calcáreas, yeso, agua salada y productos volcánicos. El petróleo se compone de carbono en gran parte; las masas calcáreas, que ocupan extensiones inmensas, se forman también con un 12 por 100 de carbono, y los productos volcánicos, ácidos sulfuroso y sulfhídrico, actuando sobre el calcáreo, producen el etileno y sus homólogos, ó el gas de los pantanos y sus homólogos, que forman los aceites minerales de América. El calcáreo se transforma en yeso.

Los petróleos resultantes de la reacción suelen muchas veces impregnar los *quistos*, formando las rocas bituminosas, tan abundantes en ciertas formaciones geológicas.

II. En el año 1891 se han registrado tantos y tan terribles incendios en los bosques del Mediodía de Francia, que ha dado en llamarse á una extensa co-

marca comprendida entre Tolón y Cannes la *región del fuego*.

Sólo citaremos el caso del 27 de Agosto: á las once de la mañana, en los pinares de la Gironda, y causado por la imprudencia de un carbonero, se declaró un inmenso incendio, que, favorecido por un viento SO., invadió en tres horas una extensión de diez kilómetros cuadrados, produciendo la muerte de diez personas. A las once de la noche se apagaba con una lluvia torrencial.

III. Conocido es el interés que despierta todo lo que se refiere al aluminio, ese metal que quizá sustituya al níquel, al hierro, á la plata, por sus cualidades de ligereza, tenacidad, inalterabilidad, etcétera. Ahora se trata de ver si sirve el aluminio para la fabricación de utensilios de cocina. Recientemente el químico alemán Mr. Rupp afirma que el vino, la cerveza, el aguardiente, el café, las compotas de frutas y el vinagre más fuerte no atacan al aluminio de una manera apreciable. Otros químicos alemanes creen, al contrario, que el aluminio no debe emplearse en la fabricación de objetos de cocina, porque es atacado por los líquidos menos ácidos. Se dice, sin embargo, que la Armada prusiana se halla provista de una vajilla de aluminio.

IV. Se ha observado un caso extraordinario de correlación entre tres importantes fenómenos: las manchas solares, las perturbaciones magnéticas y las auroras polares. En efecto; el 13 de Febrero de 1892 alcanzaba su desarrollo máximo un grupo de *manchas solares* que apareció en el hemisferio austral á los 26° de latitud, y que tenía una intensidad tan extraordinaria como no se había visto desde 1873.

El mismo 13 de Febrero se declaraba una *perturbación magnética* terrestre sumamente intensa. Los magnetógrafos de Alemania, Inglaterra, Francia,

y Estados Unidos, señalaban oscilaciones tan bruscas como extensas.

Durante la noche del mismo 13 de Febrero, una *aurora boreal* extremadamente brillante iluminaba todo el cielo en el Canadá y en los Estados Unidos.

Muchos sabios han declarado que esta coincidencia extraordinaria y notable demuestra la identidad de causa entre los tres fenómenos señalados. Mr. Janssen, sin embargo, cuya autoridad es indiscutible, afirma que todavía no está convencido hasta que multiplicándose los Observatorios meteorológicos y magnéticos por toda la superficie del globo, pueda demostrarse que las manifestaciones eléctricas y magnéticas tienen un carácter general y simultáneo para todo un hemisferio terrestre, y entonces pueda atribuirse la causa a la acción solar.

V. La población por kilómetro cuadrado es, según Levasseur, al finalizar el año 1890, la siguiente: Francia, 72 habitantes; Gran Bretaña é Irlanda, 120; Holanda, 139; Bélgica, 206; Alemania, 91; Suiza, 70; Austria, 66; Italia, 105; España 34; Portugal, 34; Turquía, 31; Rusia, 18; Noruega, 6.

La población total del globo terráqueo es 1.497 millones de almas. Asia tiene 824, que es la más poblada, y la Oceanía sólo tiene 38.

VI. Mr. Vogt, partidario de la evolución tanto como pueda serlo Topinard, le ha parecido ya mucha terquedad la de ciertos evolucionistas, y ataca con energía lo que él llama *dogmas científicos* de los *despreocupados*, partidarios de la procedencia del mono.

No se conoce ningún mono fósil que sirva de transición al género *Homo*. Se ha tratado de establecer la descendencia fundándose en la semejanza de los órganos; pero Mr. Vogt demuestra que órganos absolutamente semejantes pueden desenvolverse en organismos diversos que no tienen ningún lazo de filiación; por ejemplo: los órganos auditivos de las medusas y de los gusanos, los ojos de los cefalópodos y de los vertebrados. El *dogma* «forma idéntica, descendencia idéntica», no puede tenerse en pie, dice Mr. Vogt.

Hace dos siglos que los lingüistas tenían ese *dogma*, cuando la filiación de las lenguas se basaba sobre simples analogías verbales, y hoy el estudio comparado de los sistemas fonéticos ha hecho justicia al error de que los naturalistas no han podido todavía sustraerse.

VII. Ha llamado extraordinariamente la atención el año último la prodigiosa memoria aritmética (si así podemos decir) del calculador Inaudi, nacido en Onorato (Piamonte) el año 1867. Vamos a extractar aquí las observaciones que los doctores Charcot y Darboux comunicaron a la Academia de Ciencias de París, como resultado del examen que hicieron del famoso calculador.

«No se trata de una memoria visual—dicen los doctores,—como sucedía con Mondonex. Inaudi se auxilia de las imágenes auditivas y motrices de la articulación de las palabras. Para retener los números, le basta que los pronuncie otra persona, ó pronunciarlos él mismo.

Inaudi es de pequeña estatura: 1,52 metros; robusto, normalmente configurado. El cráneo, plagiocefalo, presenta un ligero saliente en la parte frontal derecha. El ángulo facial tiene 89°.

La memoria de Inaudi solamente es extraordinaria para la aritmética hablada; para lo demás, es de una potencia media, ó, si se quiere, inferior a la media de la generalidad de los hombres.

Sus procedimientos de cálculo son los ordinarios del cálculo mental. Comienza la adición, sustracción y multiplicación por las cifras de orden superior. En la multiplicación reemplaza un factor; por ejemplo: 569 por (570 - 1). La extracción de raíces y otros problemas complicados los resuelve por tanteo.

VIII. Ha sido durante mucho tiempo moneda corriente la incredulidad ó el ateísmo del célebre astrónomo Laplace. Fundándose en la frase que se

le atribuye de «no he tenido necesidad de esta hipótesis» que dicen respondió al preguntarle por qué no había hablado de Dios en su *sistema del mundo*, ha corrido entre incrédulos, más ó menos *anticientíficos*, la *buena nueva* de que Laplace no creía en Dios. Así pasaba la patraña, hasta que Faye, el eminente representante de la Astronomía moderna, ha asegurado, fundándose en el testimonio de Arago, que Laplace no había negado a Dios, no había sido ateo.

Laplace quiso decir que no le era necesario acudir a una intervención especial de Dios para explicar el sistema del mundo sidéreo en su inalterabilidad.

IX. En Septiembre de 1894 se reunirá el tercer *Congreso científico de católicos* en Bruselas.

En Diciembre de 1885, los católicos de Normandía, reunidos en general Asamblea, formaban el proyecto del primer *Congreso científico*, que más tarde se celebró en París en 1888.

Es justo reconocer que la idea se debe al célebre autor de la *Apologie scientifique de la foi chrétienne*, Mr. Duilhé de Saint Projct.

Hoy ha adquirido tal desarrollo la idea, que en el segundo Congreso, celebrado en París en 1891, estaban inscritos 2.494 miembros de todos los países. Había eminencias científicas como Lapparent, Puchesse, Nadaillac, Planté, Vigouroux, Folie, P. Perry, César Cantú, el almirante Jonquières, el duque de Broglie, etc.

El primer Congreso lo presidió Mr. Perraud, obispo de Autun, y miembro de la Academia francesa. El segundo Congreso lo presidió el eminente Monseñor Freppel, obispo de Angers, y miembro de la Cámara de Diputados.

De esperar es que el tercer Congreso tendrá una importancia excepcional y creciente, y sea de fecundos resultados para la Religión y la ciencia.

JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA.

Salamanca, Octubre 1892.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando a la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

El autor del jabón del Congo, Víctor Vaissier, proveedor en título de S. M. el Rey de los Belgas, de S. A. el Rey de Tunis, etc., recomienda a su numerosa clientela pidan en todas partes los Polvos Congolanos, adherentes é invisibles, y el Extracto del Congo, perfume exquisito para el pañuelo.

Las máquinas de los buques y las de los hombres.

En el mes de Marzo, el magnífico vapor *City of Paris*, viniendo de Nueva York a Liverpool, tuvo un contratiempo que, inutilizándole la máquina, lo dejó en el mar a merced de las olas. Llevaba un número considerable de pasajeros, y, tanto en Europa como en América, se abrigan serios temores sobre su seguridad. El público recordará cómo se le trajo a remolque al puerto de Queenstown.

Bien, ¿y qué? se me preguntará. Al fin se vió lo que había pasado, se reparó la máquina y no hubo desgracias que lamentar.

Es verdad; pero, vamos despacio. ¿Porque uno no vaya a la mar, se ha de creer que la inutilización repentina de la máquina de un barco no ofrece una lección que aprender? ¿Qué poco vemos los hombres! ¿No ha estado usted nunca en la cama sin poderse valer, en su casa ó en un hospital? ¿Qué tenía usted? Alguna enfermedad. ¿Qué es enfermedad? Es un contratiempo en la máquina vital. ¿Qué es lo que los médicos tratan de hacer? Curar, por supuesto. Digamos, por ejemplo, reparar a uno, que viene a ser lo mismo, pues nosotros estamos vivos y funcionamos a impulsos de ciertos órganos ó máquinas

dentro del cuerpo. Cuando se descomponen y no trabajan bien, estamos malos; cuando se paran, morimos. ¿Comprende usted lo que le quiero decir?

Hay veces en que la máquina de un hombre está descompuesta desde que nace. He aquí la historia de cierto sujeto, que pondrá de manifiesto lo que queremos decir; ese hombre dice: un barco no es malo porque otro lo sea, pero un niño puede ser débil porque lo han sido sus padres ó algunos de sus antepasados. Se dice en la familia que, cuando yo era niño, no hacía más que dormir; bien, un niño saludable debe dormir mucho, pero no constantemente; el niño debe reírse, jugar, llorar, patear y fijarse en todo. A mi madre no le gustaba esto, y fué a ver al médico, que dijo se debía a que el hígado mío no funcionaba bien; sin embargo, he vivido y he crecido como hacen otros millones de niños; pero la enfermedad heredada se da a conocer más tarde ó más temprano, según las circunstancias.

Hace unos cinco años que empecé a sentirme mal; no sabía lo que tenía, sentía mal gusto de boca, la lengua pegajosa; estaba cansado y me repugnaba el trabajo; no tenía apetito, y cuando comía, por una especie de convencimiento, sufría después mucho dolor; así seguí hasta la primavera de 1888, en que me dió un ataque muy fuerte, y tuve que ir por algún tiempo al hospital; salí de allí todavía débil, y poco después me puse tan malo, que tuve que meterme en la cama; mi estado ahora no podía ser peor.

El primer médico que vino a verme no pudo hacer nada de provecho, y mi familia tuvo que buscar a otro, pues me encontraba en un estado alarmante. Me puse peor y sufría mucho. Sentía dolores en todo el cuerpo, y especialmente en el vientre, en donde eran fuertísimos. Me encontraba muy estreñido, y el médico no sabía qué hacer. Un día me dijo: no puedo explicarme su estado de usted. Entonces empecé a pensar qué sería lo mejor que yo podía hacer. ¿Pero qué podía hacer yo?

Me habían hablado de una medicina llamada Jarabe Curativo de la Madre Seigel, que se decía era remedio infalible de enfermedades graves y crónicas, en que otros remedios no habían dado resultado, pero no lo había tomado nunca y no tenía motivo para creerlo así. Sin embargo, algunas veces, por caminos muy extraños llega uno a sitios en que no había estado antes.

Leyendo un día un periódico, me encontré con un caso parecido al mío, que se había curado, según decía el que escribía, con el Jarabe de la Madre Seigel. Me decidí a correr el riesgo, y mandé por una botella a la botica del Sr. Dyer, Acre Lane, West Brixton, Londres. A los diez minutos de haber tomado la primera dosis, sentí alivio.

Excitado y satisfecho, exclamé: *Esto es lo bueno.* Al cabo de las seis botellas me encontraba en perfecta salud. Soy otro hombre. Nunca he estado mejor en toda mi vida, y todos mis parientes creen la cura tanto más maravillosa, cuanto que me han visto sufrir de enfermedad del hígado desde la infancia. Con gusto daré informes sobre el Jarabe de la Madre Seigel y sobre el efecto que en mí ha hecho. Firmado: W Goldspink, 126, Acre Lane, Brixton, y 19, Tanchbrook Street, Pimlico, Londres.

El Señor Goldspink es carnicero, muy conocido y muy respetado. Además de la debilidad congénita del hígado, tenía indigestión crónica inveterada, con estreñimiento, complicación peligrosa, y a veces mortal. Para esta enfermedad casi universal, que frecuentemente se toma por otra, el Jarabe de Seigel es la única medicina provechosa. Búsquese en los periódicos el testimonio de personas de todas partes.

Si el lector se dirige a los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Banco de España

4.º sorteo para la amortización de la Deuda del 4 por 100.

Debiendo aplicarse en cada trimestre al pago de intereses y amortización de la Deuda al 4 por 100 la suma de 25.326.000 pesetas, cuarta parte de la anualidad de 101.304.000 que determinan las leyes de 9 de Diciembre de 1881 y 14 de Julio de 1891, corresponde por ambos conceptos al trimestre venecidero en 1.º de Enero próximo por la necesidad de acomodar la amortización á lotes cabales, la suma de pesetas 25.331.400, según el detalle siguiente:

Serios	Bolas que han de extraerse	Títulos que representarán	Capital	Bolas que han de extraerse	Títulos que representarán	Capital	A pagar por intereses	Total de intereses y amortización
A.	14.383	143.630	71.815.000	65	650	325.000	718.150	1.018.150
B.	10.045	100.450	261.125.000	46	460	1.160.000	2.511.250	3.671.250
C.	10.224	102.240	511.300.000	47	470	2.370.000	5.112.000	7.482.000
D.	2.882	28.820	361.600.000	18	180	1.625.000	3.615.000	5.240.000
E.	2.170	21.700	542.500.000	10	100	2.400.000	5.420.000	7.925.000
	39.694	396.940	1.738.140.000	181	1.810	7.950.000	17.381.400	25.331.400

El sorteo tendrá lugar públicamente en el salón de juntas generales del domicilio del Banco, sito en la calle de Alcalá, núm. 74, el día 1.º de Diciembre próximo, á la una en punto de la tarde, y lo presidirá el gobernador ó un subgobernador, asistiendo además una comisión del Consejo, el secretario y el interventor.

Por cada serie se hará un sorteo independiente, introduciendo en un globo las bolas que representan los títulos que de cada una existen en circulación, y extrayendo á la suerte las que corresponden al trimestre indicado anteriormente.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su exámen antes de introducir las en el globo, así como las amortizadas en los sorteos anteriores.

Se anunciarán en los periódicos oficiales los números de los títulos á que haya correspondido la amortización, y quedarán expuestas al público, para su comprobación, las bolas que hayan sido extraídas en los sorteos.

Oportunamente se publicarán también las reglas á que ha de sujetarse el cobro de intereses y amortización.

Madrid 15 de Noviembre de 1892.—El secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba. Emisión de 1890.

Octavo sorteo de amortización.

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 27 de Septiembre de 1890, tendrá lugar el octavo sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1890, el día 10 de Diciembre, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Según dispone el citado artículo, solo entrarán en este sorteo los 340.000 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 340.000 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 3.400 lotes de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo cuatro bolas, en representación de las cuatro centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.750.000 títulos emitidos y los 340.000 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de 11 del actual, expedida por el ministerio de Ultramar.

Antes de introducir las en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 3.372 bolas sorteables, deducidas ya las 28 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público, y lo presidirá el Presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo, además, la Comisión ejecutiva, Director Gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un Notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Enero próximo.

Barcelona 25 de Noviembre de 1892.—El Secretario general, *Artistas de Artibano*.

Las instalaciones de alumbrado eléctrico.

Manual práctico, por G. Fournier y J. A. Montpellier, con un prólogo de D. José Echegaray. Traducción de Hidalgo Mobellan. Madrid, 1892. Librería de Victoriano Suárez. 7 pesetas en Madrid y 8 en provincias.

Este Manual es una obra utilísima para toda clase de personas. Comprende, como dice el ilustrado prologuista, cuanto de electricidad hay que saber, y aunque domina en él el carácter práctico, contiene todas las teorías necesarias. Está escrito fácil y sencillamente para que, aun los absolutamente imperitos en ciencias físicas, puedan comprenderlo todo. Hoy nadie debe desconocer los misterios de la electricidad, de esa maravillosa fuerza de tan magnífico presente y más magnífico porvenir. Con el Manual que anunciamos satisfacen cumplidamente esa necesidad.

COLÓN Y LA RABIDA

FOR EL

M. R. P. F. José Coll

FRANCISCANO

Las noticias que atesora este libro hacen muy agradable su lectura, y es indispensable para todos los que se interesan por el Centenario del descubrimiento de América.

Consta de un volumen en 8.º de 30 páginas, y se vende en casa de D. Gregorio del Amo, Paz, 6, á 2,50 pesetas.

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR Y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento. Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 1

1892

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO DE VIVAS PEREZ

Adaptados de Real orden por el Ministerio de Marina

Recomendados por la Real Academia de Medicina

CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de INDISPOSICIONES del TUBO DIGESTIVO, VÓMITOS y DIARRREAS; de los TÍFICOS de los VIEJOS; de los NIÑOS, COLERA, TÍFUS, DISENTERÍA; VÓMITOS de las EMBARAZADAS y de los NIÑOS: CATA-



RROS y ÚLCERAS del ESTÓMAGO; PIROXIS con ERUPTOS FÉTIDOS; REUMATISMO y AFECCIONES HÚMEDAS de la PIEL. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público; tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA en las PRINCIPALES FARMACIAS.—DESCONFIAR de las IMITACIONES

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.

Única casa en Madrid dedicada á este artículo.

Guantes piel primera clase, tres botones, á 2 pesetas.

Idem bordados, á 2,50.

Para caballero, superiores, á 2,50.

Especialidad en guantes piel de caballo, cabrito, Suecia, gamuza y lana.

Corbatas última novedad.

CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

SOBRINOS DE EUÍZ DE VELASCO

MONTERA, 7.—MADRID

CASA ESPECIAL

PARA

canastillas

PARA RECIÉN NACIDOS

CAMISERÍA Y GÉNEROS DE PUNTO

PRECIO FIJO

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA
JORGE G.º GIROD
Sucesor de Losada.

GRAN CERERÍA



ESPECIALIDAD

en cirios, blandones, hechas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el Culto católico, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas de mensionen.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

LA ARTISTICA

Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero. Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.



CATÁLOGO GRATIS CARRETAS ENVIOS Á PROVINCIAS
BAZAR MÉDICO PRECIO FIJO
ALTIMIRAS ORTOPÉDICO PRECIO FIJO
FRENTE A CORREOS MADRID

PRIMERA CASA EN ESPAÑA

en instrumental de cirugía, fisiología, diagnóstico, óptica, higiene, ortopedia, antisépticos, vendajes, gomas, sillones y mesas de operar, y para imposibilitados, é inmenso surtido en artículos de curación. Procedencias acreditadas.

Especialidad en el tratamiento herniario por medio de vendajes, bragueros y fajas de gran comodidad, sistema «Altimiras», altamente recomendables por la ciencia médica.

Proveedor de clínicas y Hospitales del reino

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO

DE CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.— TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA

DE

VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PÉREZ)

CALLE MAYOR, NÚM. 50

MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapafios en todos estilos. Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.

Se sirven los pedidos con toda prontitud.



EPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	1,50 pta.
Tres meses.....	4 "
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 "

NÚMERO 23.— Madrid 15 de Diciembre de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	12 francos
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 "



LA SANTA CASA DE LORETO

AVISO

Se ruega á los señores suscriptores de provincias que no hayan renovado el año actual lo verifiquen inmediatamente, pues de lo contrario, aunque con sentimiento, nos veremos en la precisión de no servirles los números que faltan para completar el tomo del año actual.

SUMARIO

TEXTO

La Quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmeda.—Boletín religioso, por J. F.—La Pasión de Jesucristo, por el P. Miguel Mir.—Las mujeres de los sectarios, por Antonio Balbín de Unquera.—Nuestro arte religioso, por José Ferradás.—Evangélica (romance de la Acadia), traducción de D. Carlos Morla Vicuña.—Yatar de más (relación), por Fermín Caballero.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

La Santa Casa de Loreto.—Palacio Petrópolis en Río Janeiro.—Galerías subterráneas en la roca de Hood-Bood.—D. Carlos Camillo Saint Saens.—Monumento á Colón en Santo Domingo.—Vista de Bermeo.—Convento de Loyola.

LA QUINCENA

LA muerte del insigne Cardenal Lavigerie es un suceso de tanta importancia, que no puede por menos de concedérsele un lugar referente en estas deshilvanadas crónicas. El nombre del insigne apóstol africano no puede ser ya nunca olvidado, ni por la historia eclesiástica ni por la profana; y á medida que avancen los tiempos irá acrecentándose el resplandor de esa personalidad gigantesca, en la cual parecían revivir las excepcionales condiciones que inmortalizaron, sobre todos los propagandistas de la historia, á los primeros apóstoles del Cristianismo.

Africa, la tierra de los grandes recuerdos y de las grandes esperanzas, el misterioso continente inmortalizado por los nombres de San Agustín, San Atanasio, San Cipriano y Tertuliano, se convirtió, desde que el mahometismo llevó á él sus doctrinas, enemigas de la humana libertad, en la tierra de Barbaroja, de Ismael, de Mahomet-Alí, de los traficantes de esclavos; en el lugar maldito, que parecía exprofeso creado para teatro de los más nefandos crímenes, de las más horribles abominaciones, y cuando la independencia americana arrebató á las naciones europeas toda esperanza de posible dominio en el vasto continente descubierto por nuestros mayores, el pensamiento de los grandes políticos se tornó hacia las regiones africanas, que parecían reservadas por la Providencia, como una compensación de aquel paraíso perdido, al genio del antiguo continente, en premio de sus grandes iniciativas y de sus heroicos sacrificios por la civilización universal.

Pero muy pronto hubo de reconocerse por todos que ni los exploradores científicos, ni los agentes mercantiles, podrían llevar el germen de la civilización verdadera al seno de aquella región sentada en las sombras de la muerte y envuelta en nubes de barbarie. Los misioneros católicos se impusieron; los hombres de recto juicio y los gobiernos dignos de este nombre pusieron sus ojos en los humildes operarios del Evangelio, y una vez más ha vuelto á demostrarse que la civilización es hija legítima de la Cruz, y que sólo buscando en primer término el reino de Dios y su justicia, podremos obtener, por añadidura, todos los demás bienes terrenales.

Pues bien; el patriarca de esos ilustres y beneméritos misioneros es el que acaba de bajar á la tumba. El Cardenal Lavigerie, con su poderosa iniciativa, es el que ha creado esas instituciones, religiosas las más, religioso-militares las otras, que serán verdaderos ejércitos permanentes de esa civilización tan deseada y

durante siglos tan desatendida; él ha demostrado que era preciso concluir con los últimos restos de la esclavitud, é indicado la única manera de conseguir obra tan civilizadora; él, por último, ha vuelto á continuar la jerarquía católica en el Africa septentrional, y por todos estos títulos ha merecido el primer puesto entre los prelados de su patria, y uno de los más insignes entre todos los Obispos de la Iglesia universal. A partir del Cardenal Lavigerie, las misiones protestantes en Africa, que sólo saben producir catástrofes como la de Uganda, habrán de declararse vencidas por los católicos que han acometido empresas tan arduas y en todas partes han conseguido lo que intentaban.

No entraremos en el examen de su obra política, ni de su obra político-religiosa. Después de todo, la patria es cosa bastante grande y reúne sobrados prestigios para que tenga el derecho de aprovecharse de las iniciativas y de los trabajos de cualquiera de sus hijos. El propio Jesucristo, como hizo ya observar Lacordaire, lloró sobre los futuros destinos de Jerusalén culpable, demostrando de esta manera que el verdadero patriotismo es una de las virtudes más gratas á su adorable corazón. Pero en cuanto á los puntos antes mencionados, basta ser católico para juzgar la conducta del ilustre Cardenal Lavigerie y para elogiarla como se merece.

Como ha dicho escritor tan profundo y sincero, de tan vasta inteligencia como el señor Balbín de Unquera, «La raza de Cham, que se mantenía rebelde ante Noé y Japhet, será, con el tiempo, tan europea como lo son ya ambas Américas después de cuatro siglos de incesantes misiones. Lavigerie lo ha comprendido así. Las revoluciones útiles y verdaderamente regeneradoras, obra son de la Providencia, y no de los hombres, por grandes que parezcan; por eso la mayor parte de lo que hagan los misioneros católicos que sucedan al Arzobispo de Argel y de Cartago, se atribuirá por los historiadores á su fundador y Patriarca; se atribuirá á Pío IX y á León XIII, en cuyos Pontificados tanto se ha ensanchado la jurisdicción de la Iglesia católica.»

La fiesta de la Inmaculada Concepción de María se ha celebrado el día 8 del corriente con la devoción, fervor y pompa de costumbre. Pero algo nuevo ha venido este año á dar más realce á esa solemnidad grandiosa y popular de la gran familia española. Los cuerpos todos de nuestra gloriosa infantería se han puesto bajo el patrocinio de María Inmaculada. En la noche del día 7, las alegres notas de las músicas militares anunciaron á la capital de la monarquía el fausto acontecimiento, y en la mañana del 8, el suntuoso templo de San Francisco el Grande cobijaba en su seno á cuanto hay de grande, noble y valeroso en las filas de nuestro ejército. Ofició de pontifical el Ilustrísimo señor Obispo de León; cantóse la notable misa de Mancinelli por 200 músicos y cantantes, hábilmente dirigidos por el organista de dicha Iglesia, Sr. Mateos; y el ilustre canónigo de Zaragoza, Sr. Jardiel, encargado de panegirizar las glorias de la Virgen sin mancha, supo elevar el vuelo de su discurso hasta las regiones más encumbradas de la cristiana elocuencia.

El banquete organizado por la oficialidad del arma en los amplios andenes de la nueva estación del Mediodía, convertidos en espléndido salón, fué digno coronamiento de la memorable fiesta, y los brindis que en él se pronunciaron dignos del objeto á que se dedicaban, por el espíritu religioso y patriótico que animó á todos los oradores.

¡Fiesta magnífica y conmovedora la celebrada por los cuerpos de nuestra heroica infantería! A ella hubieran concurrido con entusiasmo los vencedores de Barleta y Garellano, los soldados del duque de Alba y de D. Juan de Austria, los heroicos vencidos de Rocroy, los guerreros

de Bailén y San Marcial, y los defensores de Zaragoza y de Gerona. El mismo espíritu religioso-militar que animó á los inmortales soldados de nuestras campañas seculares contra infieles y herejes, fué el espíritu que se manifestó solemnemente en la fiesta del día 8, poniendo las banderas de la patria bajo el patrocinio de María Inmaculada, unidas estrechamente, como siempre, á esta Religión católica, que es la verdadera, la única santa y venerable, la única divina, y también la Religión nacional de la patria española.

Crisis en España y crisis en Francia. Acerca de la primera no hemos de decir aquí ni una palabra. Baste dejar consignado que desde el día 11 del corriente mes queda encargado el Sr. Sagasta de labrar la felicidad de la patria. Y ahora parece que va de veras. Arroyos de leche y miel habían de correr de un extremo á otro de la tierra española, á creer á los oradores fusionistas de las pasadas Cortes, desde el momento en que su partido empuñara las riendas del Poder. Dios los oiga, y quiera, para bien de esta patria infortunada, que resulte verdad tanta belleza.

En cuanto á Francia, los vientos desencadenados por la cuestión del Panamá han dado al traste con la azarosa existencia del Ministerio Loubet. El nuevo Gabinete está presidido por Ribot, descendiendo Luobet desde la presidencia á desempeñar el Ministerio del Interior y el de Cultos, y permaneciendo el imprescindible Freycinet al frente del departamento de la Guerra.

La formación de este Ministerio no pone término, por supuesto, á la gravísima crisis gubernamental que padecen nuestros vecinos. Hoy reina en Francia, en las esferas sociales, completa anarquía, pues se han debilitado en gran manera los principios de gobierno, y es necesaria una fuerte reacción si ha de restablecerse el orden y volver la tranquilidad á los espíritus revueltos y escandalizados al contemplar á los representantes del pueblo envueltos en un asunto tan plagado de iniquidades.

No falta quien culpe y atribuya á la insuficiencia política de M. Loubet la gravedad de lo ocurrido, y hay algún periódico que pone asimismo en juego la responsabilidad personal de M. Carnot, que sacó de la semioscuridad en que vivía al antiguo ex ministro Loubet para elevarlo á la presidencia del Consejo. Nada indicaba á este senador, ministro por casualidad en un Ministerio Tirard, para dirigir la política de un gran pueblo. Únicamente el éxito podía disculpar el acto de arbitrariedad cometido por Carnot, y el éxito ha faltado á M. Loubet. No basta ser personalmente digno y honrado para gobernar á treinta y siete millones de hombres y hacer frente á una Cámara caprichosa y turbulenta: no basta tener condiciones excelentes para un puesto subalterno, si se ha de ocupar el primero y más alto. M. Loubet podía ser un buen ministro de secundario departamento; pero presidente del Consejo, jamás.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

La Santa Casa de Loreto.—(Pág. 356).

Loreto es una ciudad moderna, fundada por Sixto V, cerca de la desembocadura del Musone.

Tiene una hermosa plaza circuida de pórticos, pero sobre todo es célebre por el célebre Santuario de que ofrecemos hoy una reproducción á nuestros lectores.

Los carmelitas de la antigua Observancia, que hacia el año 1610 eran 300 en su provincia de Rumania, y correspondían á ella 24 conventos, tuvieron en algún tiempo confiada á su cuidado la Santa casa de la Virgen; uno de ellos, el Reverendo Pa-

dre Juan Bautista Montano, que en 1513 fué elegido General de toda su religión, hablando de aquella dice: «Hallándome no há mucho en la Santa casa de la Virgen María, y habiendo visto y considerado los muchos milagros que allí se cumplieron y las señales manifiestas de su virtud y clemencia, sobrecogido de un repentino temor, parecióme oír las palabras del Señor á Moisés: «No te acerques aquí, quitate el calzado de tus pies, porque la tierra donde estás es santa.»

Palacio Petrópolis en Rio Janeiro.—(Pág. 356).

Este palacio es célebre, por haber sido la habitual residencia del último emperador del Brasil, y en donde D. Pedro II recibió á la comisión republicana, que le intimó abandonar el país, después de haberse dado el golpe de Estado que ha cambiado la faz de la nación brasileña.

El aspecto del edificio es severo y modesto, lo cual revela las cualidades que adornaban al difunto emperador, que fué tan bien querido en vida como respetado en muerte, por los grandes beneficios que dispensó á su patria.

Galerías subterráneas en la roca de Hood-Bood.—(Pág. 357).

El día 10 de Octubre de 1885 fueron sorprendidos los habitantes de New-York, por una explosión formidable, tal y como pocas veces se había presenciado; como era resultado de la inflamación de 130.000 kilos de dinamita, colocados para deshacer una isla de medio kilómetro de larga. La isla era un escollo peligroso para la navegación de los buques. Para destruirla se hizo un pozo para una mina, después todo un sistema de galerías entrelazadas, y que terminaban en una cavidad central. Estas galerías son las que representa nuestro grabado.

Saint Saens.—(Pág. 360).

De la raza de los Liszt y Rubinstains, Carlos Camilo Saint Saens es, además de un eminente pianista, un compositor genial é inspirado.

París vió nacer al maestro, quien desde sus primeros años mostró gran predilección por el arte de los sonidos.

Espíritu sensible y despierto, sintióse desde los albores de su existencia con ánimo para realizar la belleza y para expresarla en inspiradas melodías y en admirables combinaciones armónicas.

Fueron tan grandes los progresos hechos en el estudio de la música, que á los siete años buscó ya en las lecciones de Stamaty nuevos medios de vencer las dificultades del piano, y en la enseñanza de Maleden le recurrió primero para conocer los secretos de la composición.

Pero no bastando á su actividad estos estudios, tomó lecciones de Halevy, y cinco años después asistió á la clase de órgano que M. Bonolst desempeñaba en el Conservatorio de París. Apenas había cumplido diecisiete, y ya sus prodigiosas facultades le conquistaban la plaza de organista titular de Saint Mery, que abandonó poco después para suceder á Mr. Lefebure como organista de la Magdalena.

A partir de aquí, el nombre de Saint Saens comenzó á tomar gran popularidad, porque además de aparecer como hábil concertista, se ofrecía compositor genial y de vuelos.

Sus cuatro sinfonías, su misa para cuatro voces, orquesta y dos órganos; su *tarantela*; las *romanzas*; sus *bagatelas* para piano; las composiciones para armonium; los duos para piano y armonium; su oratorio de Navidad, á voces solas, con coro; las transcripciones de Bach; sus conciertos para piano y orquesta; su cantata *Las bodas de Prometeo*, premiada en la Exposición de París; su sinfonía bíblica *El Diluvio*; sus poemas sinfónicos *La rueda de Ofale*, *Faeton*, *La danza macabra* y la *Juventud de Hércules*, todas estas composiciones, si por una parte demuestran la fecundidad de nuestro biografiado, revelan por otra una originalidad peregrina y un ingenio digno de encomio.

No se advierte esta misma fecundidad en las obras dramáticas del compositor francés. En este género sólo ha escrito una escena de los Horacios de Corneille; la *Princesa Amarilla*, ópera cómica en un acto; *Sansón y Dalila*, gran ópera en tres actos; *El*

timbre de plata, ópera fantástica en cuatro actos, y por último, *Etienne Marcel*, ópera en otros cuatro actos.

El genio de Saint Saens brilla en la música sinfónica. Allí su originalidad se revela con caracteres llenos de encanto; allí sus condiciones de «coloristas», si tal adjetivo puede pasar tratándose del arte de los sonidos, se muestran de una manera maravillosa, y allí, en fin, aparecen sus facultades descriptivas en todo su esplendor y grandeza.

Monumento á Colón en Santo Domingo.—(Pág. 361).

El monumento elevado en la capital de la isla de Santo Domingo, y cuya reproducción ofrecemos hoy á nuestros lectores, representa la estatua del insigne navegante, debida al cincel del famoso Bastaldi, autor de la estatua «La libertad iluminando al mundo», que se levanta en la entrada del puerto de Nueva York. Descansa sobre un pedestal de granito, y tiene diez metros de altura; está colocada en el centro de la plaza de Armas de Santo Domingo, frente á la puerta principal de la catedral.

Este monumento le erigió el pueblo dominicano el 10 de Septiembre de 1886, y costó 30.000 duros.

Loyola y Bermeo.—(Pág. 365).

La villa de Bermeo, de la cual ofrecemos hoy una vista á nuestros lectores, es una población de área irregular, bastante capaz, pero de pobre aspecto; la mayoría de sus habitantes son pescadores. Su industria y comercio consisten principalmente en el escabeche y envasado de pescado. Su terreno produce sabrosísimas frutas, y los paisajistas gozan, desde las cumbres vecinas, de admirables y preciosos puntos de vista.

También publicamos hoy una reproducción del famoso convento de Loyola, que seguramente será del agrado de nuestros lectores.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETIN RELIGIOSO

Almanaque religioso.

(Segunda quincena de Diciembre).

15. Jueves.—Santos Ireneo, Antonio, Saturnino, Faustino, Lucio, mártires; Valeriano, obispo, y Maximino, confesor.—Santa Cristina, esclava.

16. Viernes.—Santos Eusebio, obispo y mártir; Valentín, Concordio, Nabal y Agrícola, mártires; Adón, Beano é Irenión, obispos.—Santa Adelaida, emperatriz, y Nuestra Señora del Alba Real en Hungría.—Ayuno.—Tempora.—Indulgencia plenaria.

17. Sábado.—Santos Florianio, Calanico y 58 compañeros mártires; Lázaro, obispo, y Esturmio, abad.—Santas Vivina, virgen; Olimpiades, viuda, y Nuestra Señora de las Salinas.—Ayuno.—Tempora.—Indulgencia plenaria.

18. † Domingo IV de Adviento.—La Expectación del Parto de la Bienaventurada Virgen María, ó Nuestra Señora de la O.—Santos Rufo, Zósimo y Moisetes, mártires; Auxencio y Graciano, obispos.—Indulgencia plenaria.

19. Lunes.—Santos Nemesio, Dario, Pablo, Segundo, Ciriano, Anastasio, Timoteo, Meuro y Teas, mártires; Urbano V, Papa; Gregorio, obispo y confesor, y Adyuto, abad.—Santa Maura, mártir; Fausta y Justa, y Nuestra Señora de Loreto en Ballobar.

20. Martes.—Santos Domingo de Silos, abad; Bayulo y Amon, mártires, y la Venerable Oria.

21. Miércoles.—Santos Tomás, apóstol; Festo y Temístocles, mártir; Glicero, presbítero y mártir; Severino, obispo.

22. Jueves.—Santos Demetrio, Honorato, Floro, Isquirión y Queremón, obispos y mártires; Zenón, mártir, y Nuestra Señora del Destierro.

23. Viernes.—Santos Migdonio, Mardonio, Teodulo, Saturnino, Eúporo y Evaristo, mártires, Sérulo y el beato Nicolás Factor, confesores.—Santa Victoria, virgen y mártir.

24. Sábado.—Santos Gregorio, presbítero y mártir; Eutimio, Luciano, Pablo, Cenobio y Teótimo, mártires, y Delfín, obispo.—Santas Irmina y Tarsila, vírgenes, y Nuestra Señora de Pontoise en Fran-

cia.—Ayuno.—Abstinencia de carne.—Indulgencia plenaria.

25. † Domingo.—La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.—El beato Pedro Maurício, abad.—Santas Eugenia, virgen y mártir, y Anastasia, mártir.—Bendición papal en San Juan de Dios, San Agustín y Mínimos.—Indulgencia plenaria en todas las iglesias y en las tres Misas que celebra cada Sacerdote.

26. Lunes.—Santos Esteban, proto-mártir, Dionisio y Zósimo, Papas y confesores; Arquelao y Zenón, obispos; Teodoro, y Nuestra Señora de la Yedra en Santiago.—Bendición papal en el Carmen.—Indulgencia plenaria.

27. Martes.—Santos Juan, apóstol y evangelista; Máximo, obispo; Teodoro y Teófanos, confesores.—Santa Nicerata, virgen.—Indulgencia plenaria, como el día anterior.

28. Miércoles.—La Fiesta de los Santos Inocentes, mártires.—Santos Donión, presbítero; Teodoro y Antonio, monjes, y Nuestra Señora del Remedio en Montbuy.—Indulgencia plenaria, como el día 27.

29. Jueves.—Santos Tomás Cantuariense, obispo y mártir; Calixto, Félix y Bonifacio, mártires; Trófimo y Crescente, obispo; Marcelo y Ebrulfo, abades; David, rey y profeta, y Nuestra Señora de Montoliu, junto á Lérida.

30. Viernes.—La Traslación de Santiago, apóstol.—Santos Exuperancio y Marcelo, mártires; Sabino, Anisio, Eugenio, Liberio y Rainerio, obispos.—Santa Anisia, mártir.

31. Sábado.—Santos Esteban, Ponciano, Minervino y compañeros mártires; Silvestre, Papa y confesor; Sabiniano, obispo; Zótico y Barbaciano, presbíteros.—Santas Columba, virgen y mártir; Paulina, Hilaria, Rústica y compañeros mártires.

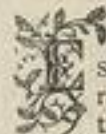
J. P.

La Pasión de Jesucristo

CAPÍTULO VIII

Fórmase nuevo Concilio contra Jesús; es presentado éste ante Pilato, y Judas se ahorca.

(Conclusión.)



Es notorio que los procónsules y procuradores del Imperio administraban justicia al aire libre, en las plazas y calles y hasta en los caminos públicos. El sitio designado para esto en Jerusalén era la plaza que había á la entrada del Pretorio, en una lonja ó tablado que se había levantado en ella. El día de la Pascua, en que acontecieron las cosas que vamos historiando, Pilato se había sentado en este sitio, llamado *litostroton*, desde las primeras horas de la mañana para juzgar las causas que podían presentarle. En torno de él estaban agrupados y colocados en sus asientos los oficiales de la corte, los consejeros, los letrados y algunos ciudadanos romanos de los que solían andar al rededor de los procuradores del Imperio, ocupando entre esta gente distinguido lugar los intérpretes que habían de traducir del hebreo al griego ó al latin las querellas de los acusadores y las respuestas de los acusados; había, también, en el tribunal sitios destinados á los acusadores y al reo; en las provincias del Imperio asistía también al tribunal la gente del pueblo; mas, según parece, en Judea no había tal costumbre de sentarse el pueblo al par de sus gobernadores, sin duda porque los vasallos de Israel hacían escrupulo de ponerse en contacto con los impuros paganos; finalmente, no faltaba en los alrededores del tribunal buen golpe de soldados de la cohorte romana, ya como muestra de respeto y acatamiento á la majestad del Emperador, representada en su delegado, ya para ahogar cualquier motin que pudiese promover la muchedumbre del pueblo testigo y asistente en los juicios. Tal era el aspecto que presentaba el Tribunal de Pilato cuando los principes de los sacerdotes, ancianos y escribas se presentaron á él llevando á Jesús en la madrugada del día solemne de la Pascua.



PALACIO PETRÓPOLIS EN RÍO JANEIRO

Los príncipes de los judíos, aunque decididos á acabar cuanto antes el asunto de la causa de Jesús, y no queriendo, por lo tanto, perder punto de tiempo, al acercarse al Pretorio de Pilato, no se habían llegado hasta el Tribunal, sino que se habían parado á larga distancia de éste, detenidos allí por no incurrir en impureza legal entrando en el recinto de la casa del Gobernador pagano. Conociendo esto Pilato y tal vez riéndose en su interior de semejantes escrúpulos, levantóse de su asiento y fuese hacia la baranda de la plataforma para hablar con los príncipes del Sanhedrín; y estando allí, con grave é imperiosa actitud, les preguntó: «¿Qué acusación traéis contra este hombre?»

Era punto esencial en los procedimientos judiciales romanos no condenar á nadie sin tener conocimiento adecuado del delito, y sin que, careados los reos con los acusadores, expusiesen éstos sus querellas y tuviesen aquéllos las oportunidades necesarias para defenderse. La pregunta de Pilato era, por consiguiente, la que debía esperarse de un magistrado del Imperio, avezado á las formas y procedimientos de los juicios. Pues con ser tan razonable esta pregunta, hubieron de resentirse de ella los consejeros del Sanhedrín, juzgando que Pilato los tenía por apasionados é ignorantes, y que hacía agravio á su autoridad no creyéndoles por su dicho, y no dando por culpable al reo que le presentaban. Así, desabridos y llenos de mal humor, hablando probablemente en nombre de todos Caifás, el Sumo Sacerdote, respondieron: «Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado.»

La soberbia y descomedimiento de estas palabras, y el tono de petulancia y despeñada temeridad con que fueron pronunciadas, no eran muy á propósito para conciliar el ánimo, ya no muy bien dispuesto, del procurador; así, en lugar de calmarse éste, se alteró é irritó más, empezando á nacer en su ánimo la sospecha de que no era el amor á la justicia lo que movía á los sacerdotes á traer á su presencia á Jesús, sino otras pasiones de las que solían mover los enconados ánimos de los sectarios de Israel. Conociendo esto Pilato, y deseando desviar de sí aquel asunto, que veía había de serle muy enojoso y no poco difícil y enmarañado, les dijo: «Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley.»

Al hablar así, pudo creer Pilato que la querrela que traían contra Jesús los príncipes de los judíos era de las que tocaban á las prácticas y observancias de la ley judaica, acerca de la cual y de las cuestiones infinitas á que daba lugar no era él quien debía juzgar, sino el consejo del Sanhedrín, según la costumbre que solían seguir los procuradores del Imperio. Mas estas palabras, que suponían en el Gobernador un principio y deseo de equidad, y el deseo de no meterse en pleitos y cuestiones en las cuales nada tenía que ganar, ofendieron gravemen-

te á los príncipes del pueblo, quienes resuelta y altaneramente le replicaron: «A nosotros no es lícito matar á nadie.»

Esta afirmación, tomada en el sentido absoluto que le daban los príncipes de los judíos, no era verdadera. Aunque los romanos habían limitado mucho las atribuciones del Sanhedrín, mas no tanto que le hubiesen quitado del todo el derecho de condenar á la pena capital, este derecho lo ejercieron los consejeros del dicho tribunal en muchas ocasiones, tales como el martirio de San Esteban, y otros casos que se refieren en los libros talmúdicos; y si no lo ejercieron en todos los que lo requería la justicia, no fué, ciertamente, por impedirlo los romanos, sino porque llegada la sociedad israelítica al más completo trastorno de ideas y de costumbres, habiéndose multiplicado en ella los crímenes en número espantoso, y estos crímenes encontrando apoyo más eficaz de lo que fuere menester en los partidos político-religiosos que dominaban en Jerusalén, habían llegado las cosas á tal extremo, que el mismo Sanhedrín se había considerado incapaz de remediarlas; por lo cual, ante semejante debilidad é impotencia, los romanos se habían visto obligados á acudir al remedio, haciendo la justicia, por sí aunque dejando siempre al arbitrio del tribunal israelítico las causas que directamente se referían á las observancias de la Ley. No era, pues, la verdad la que movía á los príncipes de los judíos á hacer aquella declaración, sino parte el deseo de lisonjear al Procurador romano, y parte el de mover á éste á tomar sobre sí una causa que á todo trance querían ellos que fuese á parar á su tribunal, para lo cual procuraban quitarle el carácter religioso que en sí tenía, y vestirla del político, á fin de facilitar y allanar la condenación de Jesús á la pena de muerte en la cruz. Por estos caminos, lo que se había fraguado con la traición y con la perfidia iba creciendo en sus brazos y cobrando nuevas fuerzas y poder con su envenenado aliento.

En la contienda entre los judíos y el Procurador imperial, porfiando éste en no querer sentenciar la causa de Jesús sin oír antes las acusaciones, y empeñándose aquellos en no presentarlas, es claro que habían de ceder los príncipes de los sacerdotes. Así, resueltos ya á ceder, empezaron á presentar los cargos que tenían contra Jesús. Estos cargos se reducían á tres, que eran los siguientes: el primero, que inquietaba y alborotaba al pueblo, siendo ocasión de motines y tumultos; el segundo, que vedaba pagar los tributos al César; y el tercero, que decía ser Cristo y verdadero Rey de los judíos.

Que tales cargos fuesen calumniosos y arbitrarios era manifiesto á todos, y aun lo sabían muy bien los mismos acusadores. La predicación de Jesús había sido siempre de paz y de obediencia á la autoridad, aun á la de los mismos que ahora le acusaban; pública y solemnemente había proclamado que se había de dar

al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, mandando pagar y pagando él mismo los tributos; y en lo que se refería á sus ambiciones personales había andado tan lejos de hacerse Rey, que como en cierta ocasión hubiese querido el pueblo proclamarle por tal, había huído de su presencia. Pero como las tales acusaciones, en especial la primera, eran odiosas, y tendían á malquistarle con el Presidente, no repararon sus enemigos en echárselas en cara, aunque fuesen contra verdad y conciencia, embrollando para esto las cosas, haciendo crimen político lo que era asunto puramente religioso, y presentando la causa de Jesús en la forma más adecuada para mal impresionar contra él el ánimo del Presidente.

La plática ó parlamento entre Pilato y los consejeros del Sanhedrín pasaba en la plaza del Pretorio, á cielo abierto, y delante de la muchedumbre del pueblo. Mientras tanto, había sido llevado el Señor á la lonja levantada enfrente del Pretorio, acompañado, como es de suponer, de los alguaciles y ministros de justicia. Así, estando ya Jesús en el Tribunal, y cuando Pilato se hubo enterado de las querellas de los príncipes del Sanhedrín, dirigiéndose á Jesús le preguntó: «¿Eres tú Rey de los judíos?»

De las tres acusaciones de los príncipes de los sacerdotes, había Pilato desechado dos de ellas, y fijándose en ésta solamente, ya porque en ella estaban comprendidas las otras, ya porque era la que principalmente le concernía á él como á representante de la autoridad del César, la cual se decía querer usurpar Jesús. La tal usurpación había de parecer, en verdad, ridícula á Pilato. Las trazas del hombre que tenía delante no eran, ciertamente, de quien se quería proclamar Rey, y disputar al César sus derechos de soberanía, como tampoco de ser uno de aquellos fanáticos amotinadores que infestaban la Palestina, soliviantando al pueblo é incitándole á sacudir el yugo de los romanos; pero habiendo los judíos hecho fuerza en aquella acusación, y dependiendo de lo que respondiese Jesús el éxito del proceso, en ella también se quiso afirmar Pilato, esperando, ó que Jesús desharía la acusación, ó que daría tales explicaciones, que de todo punto sincerase su inocencia.

En dos sentidos podía tomarse la calificación de Rey que, según los judíos, se arrogaba Jesús, es á saber: en el sentido político de dominador temporal, é invasor ó usurpador de los derechos imperiales, y en este sentido lo tomaba Pilato; y en el moral, profético y teocrático atribuido al Mesías, y en el cual habían podido tomarlo los judíos. Teniendo atención á entrambos sentidos, Jesús, que probablemente no había estado presente á la conversación de Pilato con sus acusadores, interrogado por Pilato si era Rey de los judíos le respondió: «¿Dices tú esto por tí mismo, ó te lo han dicho otros de mí?»

Con ser tan discreta esta réplica y tan necesaria para dar la conveniente respuesta, no hubo de parecer tal al Gobernador romano; el cual, brusca é impacientemente, y con tono altanero y despreciativo, repuso: «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los pontífices te han puesto en mis manos; ¿qué has hecho?» No se inmutó Jesús á esta pregunta de Pilato, antes tomando las cosas con suma calma y tranquilidad y queriendo Jesús resolver en una palabra, tanto la duda del Gobernador, cuanto toda la razón y la causa sustancial de su proceso, respondió: «Mi reino no es de este mundo. A ser mi reino de este mundo, sin duda mis ministros habrían peleado para que yo no fuese entregado á los judíos; ahora, empero, mi reino no es de aquí.»

La gravedad y presencia de ánimo con que hablaba Jesús, su modestia y el no afectado candor de sus palabras, hubieron de maravillar en gran manera á Pilato. La respuesta que había dado á sus preguntas no hubo de descontentarle; además, la actitud de Jesús tranquila y mesurada era el mejor apoyo de sus palabras;



GALERÍAS SUBTERRÁNEAS EN LA ROCA DE HOOD BOOD

mas no dejó de extrañarle ver que Jesús, no sólo no rebatía la idea ó suposición de su reino, sino que la admitía y aun se afirmaba en ella; y como fuese verdad que sus enemigos se habían servido de esta idea para acusarle, insistiendo también en ella Pilato, le dijo: «¿Luego Rey eres tú?» Y Jesús, con gran modestia y aire de persuasión, le replicó: «Tú dices que yo soy Rey.»

Este testimonio de Jesús acerca de su realeza ya fué calificado por San Pablo de testimonio de buena confesión, como obra que era de profunda veracidad y de altísima sabiduría. Siendo Jesús verdaderamente Rey, Rey único y eterno y Dominador universal de los cielos y de la tierra, no podía negar ni rechazar este título; y así, no solamente no lo rechazó, sino que lo admitió y proclamó ante el cielo y la tierra, en presencia de las autoridades y poderíos del mundo y delante de la muchedumbre de todo el pueblo de Israel, virtualmente congregado ante su presencia. Jesús en verdad es Rey, Rey ungido de Dios, elegido para dominar en todos los puntos de la tierra y en toda la serie y sucesión de los siglos. Su reino no es humano, sino divino; no terreno, sino celestial; no temporal, sino eterno; es la presencia de Dios en la tierra, el gobierno de su providencia, la permanencia de su verdad y el poder de su misericordia y de su amor. Este reino vino á fundarlo Jesús y lo fundó en realidad de verdad en su paso y vida en este mundo; y su enseñanza y su ejemplo fueron los medios de que se valió para su establecimiento; y lo que estableció la virtud de su ejemplo y de su palabra lo había de afirmar y coronar con el sacrificio de su vida. Su sangre tenía que ser el sello de su realeza. Su holocausto había de ser el fundamento de su Religión. Pero antes de ofrecer este holocausto quiso proclamar en alta voz el fundamento de su reinado en presencia de todo el mundo, delante del gentil orgulloso con el poder de su ciencia y con el prestigio de su cultura, y delante del judío envanecido con la divinidad de su Ley y con la pureza y santidad del culto que rendía á la divinidad, á fin de que reconocida por aquél la vanidad de la ciencia y su insuficiencia á labrar la felicidad del hombre, y por éste la profanación que había depravado la obra divina de su Ley y de su culto, se dispusiesen todos á formar parte del Reino celestial y divino que en aquella hora les estaba anunciando. Y aunque sabía Jesús que su declaración había de ocasionarle malignas interpretaciones, y aunque conocía sus enemigos habían de abusar de ella para acusarle y prenderle, como había venido á este mundo á sostener la realidad de los derechos divinos, con gran resolución añadió: «Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo aquel que está de parte de la verdad, oye mi voz.»

Tales palabras, pronunciadas en un tribunal público, delante de tantos testigos y en presencia de lo más calificado que había á la sazón en Jerusalén, habían de causar extraña maravilla á todos, y principalmente al Presidente del Tribunal, que, como buen romano, no se preocupaba mucho sobre la fuerza de la verdad, reguladora de las acciones humanas, ni tenía más norma de obrar que la utilidad y razón de Estado, y por consiguiente, se cuidaba poco de miras é intenciones sobrenaturales. Indudablemente, el razonamiento de Jesús había de parecer á Pilato, no el de un agitador y revolucionario, cual le presentaban sus enemigos, sino el de un hombre sencillo, fanático é iluso quizás, y con la mente llena de las ideas y prejuicios propios de la gente judaica, pero no malicioso, ni perverso, ni menos inclinado á promover alborotos ó turbulencias. Hubo de chocarle, sin duda, la postrera confesión de Jesús, en especial aquel su dicho de que quien era del bando de la verdad oía su voz, puesto en boca de un hombre que no mostraba en su apariencia haber cultivado las letras ni estar muy imbuido en los preceptos de la sabiduría, ni tener noticia siquiera de las cuestiones filosóficas que á la sazón tanto empeñaban los entendimientos más cultivados de Roma y Grecia; por lo cual, fuese por echarle en cara su atrevimiento en hablar de cosas de las cuales nada entendía, fuese llevado de la temeridad y de la irreflexión y tal vez de la fatuidad propia de quien está persuadido de que la ciencia es una palabra vana y la verdad una quimera, le dijo: «¿Qué es la verdad?» Y sin esperar la respuesta, con el mismo aturdimiento con que había hecho la pregunta, volvió Pilato las espaldas, y dejando á Jesús, se levantó apresuradamente de su asiento, y se fué hacia donde estaban los sacerdotes y magistrados del Sanhedrín.

Grande era la impaciencia con que aguardaban éstos el resultado de la vista de Pilato con Jesús, y muy varios los juicios que se formaban sobre su resultado. Los más prudentes dudaban del buen despacho de su petición, en razón del mal acogimiento que les había hecho Pilato, mientras que otros, juzgando que todos habían de moverse al compás de sus deseos, se las prometerían muy felices, y darían la cosa por terminada. Mientras revolaban tales ideas entre sí y se entretenían unos con sus esperanzas y otros con sus temores, acercóse á ellos Pilato para anunciarles cómo habiendo examinado á Jesús tranquila y sosegadamente, no sólo no le había hallado culpado en los cargos que le acumulaban, pero tampoco reo de ninguna otra clase de delito.

La sorpresa é irritación que produjeron en los ánimos de los príncipes de los sacerdotes las palabras del Procurador, déjanse fácilmente entender. En cualquier caso hubiera sido bo-

chornoso para los que habían juzgado á un reo verle declarado inocente por la autoridad superior; pero en el caso de Jesús, cuando todo el Sanhedrín, ó por lo menos la mayoría de él, había tomado parte en su causa; cuando todos los consejeros, con el Sumo Pontífice á la cabeza, estaban allí presentes aguardando la sentencia; cuando la gran muchedumbre del pueblo ansiaba ver en qué paraba aquel negocio, la declaración de Pilato había de serles en extremo sensible y congojosa. A los ojos de los sanhedritas, dar á Jesús por inocente era tanto como decirles públicamente que estaban ciegos por la pasión, que calumniaban á sabiendas, que faltaban á los principios más elementales de la justicia, supuesto que siendo el caso tan grave que, según ellos, merecía la pena de muerte, él no encontraba nada que supusiera la más leve culpa. Sin duda en el terrible aprieto en que Pilato ponía á los consejeros del Sanhedrín, y dada la exacerbación de las pasiones que los movían y agitaban, eran de esperar tremendas invectivas y recriminaciones; pero como los príncipes del pueblo vieron que si la emprendían contra el Gobernador, ellos, al fin y á la postre, habían de ser los que habían de librar peor en la contienda, hicieron de la necesidad virtud, y ahogando su resentimiento contra Pilato, desbravaron su saña contra Jesús, llenándole en presencia de todos de improperios y baldones y diciendo públicamente contra él muy graves y pesadas cosas.

No puntualiza el Evangelista San Marcos cuáles eran estas cosas que los príncipes del Sanhedrín levantaban á Jesús. Tal vez insistirían en la influencia que tenía con el pueblo, en los peligros á que esta influencia podía dar lugar, y en las revueltas y desórdenes que de ella podían originarse si no se quitaba de en medio la causa ó motor principal de las turbulencias. Era éste, sin duda, un asunto socorrido en que podía explayarse libremente la elocuencia de los saduceos, en especial si les vino á las mientes el recuerdo de los desastres causados recientemente por el galileo Judas en el motín que había promovido contra los romanos, no dejando de aprovecharlo para empeñar el amor propio de Pilato en precaver á todo trance cualquier peligro que pudiese atentar á la paz de la república y á la conservación y salvaguardia de la soberanía imperial en la tierra de Palestina.

No pudo Pilato menos de oír con sardónica sonrisa las alharacas de los saduceos en favor de la autoridad del César, conocidas como le eran las ocultas trapacerías de Anás, Caifás y demás turba de saduceos y fariseos contra el poderío de los romanos, y los alientos que daban á cuantos se alzaban en armas para sacudir aquel dominio, ya que en ocasiones dadas aparentasen lo contrario. Pero como al hombre

político le convenía disimular sobre tales cosas, callaba y dejaba á aquellos hombres perversos que se despachasen á su gusto en cosa que ni le iba ni venía.

Callaba también Jesús á todas estas acusaciones de los príncipes del pueblo, y este silencio hubo de llenar de nueva admiración á Pilato, y así le dijo: «No oyes cuántos testimonios dicen contra tí? Mira de cuantas cosas te acusan. ¿Nada respondes?» Mas no obstante estas excitaciones del Presidente, perseveraba Jesús en su silencio, sin despegar los labios, y sin dar la más ligera muestra de querer contradecir lo que se decía contra él.

Alegráronse, sin poderlo dudar, de este silencio de Jesús sus émulo y acusadores, como quienes conocían que si hubiese hablado y defendiéndose de los cargos que le hacían, no sólo habría patentizado su inocencia, sino que habría puesto en clarísima luz el odio y mala voluntad con que le acusaban, y aun hubiese tal vez inclinado la voluntad de Pilato de tal manera que éste hubiese ordenado examinar la causa con más espacio y tranquilidad, cosa que querían ellos evitar á todo trance, como quienes sabían que todo el éxito de aquel negocio libraba en la prisa y atropellamiento con que fuese conducido. Así, más y más envalentonados y enardecidos con el silencio de Jesús, le acusaban de nuevo y con más empeño, diciendo que removía y amotinaba al pueblo, que esparcía falsas enseñanzas, y no solamente en Jerusalén y en Judea, sino en toda tierra de Palestina, empezando desde Galilea, de donde había salido aquella peste, y cundido por todas las ciudades de Israel.

La indicación de Galilea, hecha acaso por los enemigos de Jesús, fué para Pilato un rayo de luz que á deshora vino á iluminarle en la oscuridad en que estaba sumergido, indicándole claramente, si no el medio de salvar al reo, á quien reconocía inocente, á lo menos el camino para salir de un negocio del cual no podía sacar sino disgustos y quebraderos de cabeza. Porque al oír á los príncipes de los judíos decir que Jesús había empezado su predicación en Galilea, hubo de preguntar si era natural de aquella región, y contestándole los príncipes que sí, creyó caso resuelto y averiguado no pertenecer á su jurisdicción, sino á la de Herodes, Rey de aquella tetrarquía, concerniendo, por consiguiente, á éste la vista y fallo del proceso. Esta idea le pareció, sin duda, excelente, y, además, muy fácil su ejecución, como quiera que, estando aquellos días Herodes en Jerusalén, la cuestión podía resolverse con suma facilidad. Así, pues, aunque sospechando tal vez que el despacho favorable de aquel negocio podría tener algunas dificultades, dió orden inmediatamente de llevar á Jesús á la presencia y al Tribunal del Rey, ó Tetrarca de Galilea, y aun encargó á los mismos príncipes del Sanhedrín que ejecutasen esta orden.

Dejemos que se cumpla esta resolución de Pilato, y mientras que el fatal cortejo va desde el Pretorio á la estancia de Herodes, pongamos la vista en lo que pasa en la conciencia de aquel hombre infeliz que fué la causa y el móvil principal de los acontecimientos que estamos historiando.

Desde el momento que Judas hubo entregado á su Maestro en manos de los príncipes de los judíos, no tuvo punto de sosiego ni tranquilidad. Solamente después de haber mandado asesinar á su madre, dice Tácito que conoció Neron la atrocidad del crimen que había cometido. Sólo después que Judas hubo dejado á Jesús en poder de sus enemigos, tuvo conciencia del delito que había perpetrado. El crimen, antes de cometerse, es hermoso y fascinador; consumado ya, cuando cesa la ceguera de la inteligencia, y el corazón recobra su serenidad y despierta el alma á la terrible realidad de las cosas, aparece tan repugnante y deforme, y así angustia y aflige, y tan ásperos remordimientos ocasiona á su autor, que en su

comparación la ley humana es débil, y la misma justicia divina semeja blanda y benigna.

Nada más terrible que este despertar de la conciencia en el alma de Judas. Al dar entrada en su alma á su malevolencia contra Jesús, no sospecharía, sin duda, el extremo á que esta malevolencia podía conducirle; es posible que aun en el mismo acto de entregarle á sus enemigos no creyese que las cosas habían de llegar al término á donde llegaron; atento no más que á satisfacer los instintos de su miserable pasión, no pararía quizá mientes en las consecuencias que de su hecho habían de seguirse, ó sospecharía, por ventura, que el mal que estaba cometiendo en aquel instante podría remediarse más adelante; en fin, cualquiera que fuese la idea y la intención de Judas en los momentos de entregar á Jesús, lo cierto y averiguado es que la noticia de que la muerte de su Maestro había sido decretada por el Sanhedrín, y de que los príncipes de los sacerdotes hacían las diligencias necesarias para ejecutarla, levantó en su conciencia tales angustias y remordimientos cuales no se han levantado jamás en corazón humano. Entonces comprendió toda la terribilidad de su pasión, y toda la gravedad y trascendencia de su delito; entonces se mostró en su espantosa desnudez toda la vehemencia de su carácter y toda la exaltación y furia de su naturaleza.

Hay instantes de tiempo en el humano vivir que encierran eternidades; hay estados y situaciones de espíritu que reconcentran por arte providencial toda la serie de actos y situaciones que han formado la tela de nuestra vida; estos instantes y situaciones son aquellos en que deshecho el fantasma é ilusión de las cosas que nos habíamos forjado á fuerza de engañarnos á nosotros mismos, aparece en toda su desnudez la realidad tremenda, aterradora, rodeada de sus inexorables consecuencias. En uno de estos momentos se encontró Judas al tener conciencia del abismo á donde se había precipitado. La apostasia del discípulo traidor había tenido origen, ó por lo menos motivo principal, en creerse engañado en las esperanzas de bienes y ventajas temporales que se había prometido del trato con Jesús; su pasión había hallado incentivo en su mal fundada inquina contra el Santo Maestro, en sus desvariados prejuicios y en sus vanos resentimientos. Ahora, al ser ya logrado el objeto de su perfidia, vino la realidad de las cosas á convencerle de que al ceder á los instintos de su malaventurada pasión se había engañado á sí mismo, y de que al maquinar la perdición de Jesús, había juntamente maquinado su propia perdición; y este conocimiento de su error, lo tremendo de su delito y lo espantoso de las consecuencias que de él iban á seguirse, era lo que en aquella hora angustiaba horrorosamente su alma y la ponían en el trance más áspero, más difícil, más angustioso y decisivo de su vida.

En medio de una espantosa soledad que de seguro nunca había imaginado, estando á solas con su pensamiento y frente á frente con su conciencia, tristísimos recuerdos acudían á su inteligencia y refluían á su corazón, para apenarle y atormentarle con angustias de muerte. Recordaba la vida y las acciones de Jesús, la santidad de su doctrina, el curso de sus predicaciones, las grandes maravillas que había presenciado mientras había vivido en su compañía, y al pensar que por satisfacer una miserable pasión había entregado á tan santo Maestro, y le había vendido y armado traición y puesto en manos de sus enemigos, entraba en un caimiento desesperado de espíritu, que le ponía en indecible agonía. Representábase en su fantasía la memoria de los principios de su conversión á las enseñanzas de Jesús, la paz y felicidad de que había gozado mientras que había sido fiel al santo llamamiento, las escenas de ternura divina de que había sido testigo, las mercedes imponderables que había recibido del buen Maestro, y las muestras de confianza

singularísima que de él había merecido, y al reflexionar que por una veleidad miserable se había privado de tantos bienes, y, desalmado, aleve y desleal, había afrentado y vendido al que tantos favores le había hecho, embraveciase contra sí y se avergonzaba y acusaba terriblemente. Repasaba en su imaginación la causa de sus tentaciones, que no era sino su mala correspondencia á las inspiraciones divinas; los esfuerzos que había hecho Jesús para detenerle en la carrera de perdición á que corría precipitado; las palabras suavísimas que en muchas ocasiones le había dirigido, en especial durante la celebración de la Pascua; recordaba el dulce nombre de amigo con que le había apellidado en el momento mismo de entregarle traídoramente; el beso de amor que le había dado, cuyo sonido parecía sentir en sus oídos, y cuyo calor parecía escaldar todavía sus mejillas; y al pensar en esto, despedazada su alma por atroces remordimientos, lanzaba contra sí terribles invectivas y espantosas y tremebundas acriminaciones. En vano luchaba por ahuyentar de la mente la idea de su crimen y por atenuar su culpa, y por apagar y ahogar sus remordimientos. Como fiera que se ceba en su presa, el áspero tormento mordía su corazón y abrasaba y atenaceaba su alma. A través de la ancha herida que el crimen había abierto en su alma, veía la espantosa perversidad de su conciencia, y horrorizado de sí retrocedía y apartaba la vista revolviéndose en luchas y agonías de muerte. Todo en su crimen le parecía horrible, todo acrecentaba su vergüenza y remordimientos; y los mismos pretextos que antes habían excusado á sus ojos la maldad que iba á cometer, no le servían ahora sino para hacerse más abominable y odiosa.

Atormentado con tan crueles congojas, veía-sele andar por las calles de Jerusalén con la fisonomía descompuesta, erizados los cabellos, los ojos desencajados y espantadizos. En los rostros, en las palabras, en las acciones de todos creía leer su propia acusación y el escándalo de su ignominia y vergüenza. El aire le parecía resonar con gritos de maldición, y la luz del cielo complacerse en iluminar su infamia y en reconcentrar en él todos sus rayos para mostrarla á todos en su abominable y repugnante desnudez. Su cabeza era un volcán y su corazón un abismo de tormentos y horrores desesperados.

A través de las mil ideas á cual más monstruosas y disparatadas que cruzan por su cerebro, incendiándole y levantando en él tempestades espantosas, un pensamiento acude á su enardecida fantasía el pensamiento de que aún hay tiempo de deshacer el yerro cometido y de parar el golpe que amenaza á la vida de Jesús, deshaciendo la venta y traición que ha hecho de Jesús con los príncipes de los sacerdotes. Este pensamiento serena por breves instantes la mente de Judas y da momentánea paz á su corazón y aun una especie de nueva vida á todas sus potencias. E impulsado por esta vida renuévase y vigorízase su espíritu y yérguese el cuerpo y encaminase precipitadamente hacia el Templo, y atravesando el inmenso gentío que bulle en sus patios, sube anhelante por las gradas que separan el patio de Israel del de los gentiles, y va á encontrar á los sacerdotes y á los consejeros del Sanhedrín que han juzgado á Jesús; y habiéndoles hallado, trémulo y convulso, pero con acento de íntima convicción, les dice: «He pecado entregando la sangre del justo»; y mostrándoles los dineros precio de la venta de Jesús, aquellos mismos que habían sido cebo de su crimen y ahora eran padrón de su alevosía é infamia, hace ademán de querérselos entregar, á fin de dar por nulo el trato que con ellos había hecho.

La acción de Judas en aquel momento era, sin duda, honrada y sincera; era un rastro de la divina eficacia del influjo de Jesús en su corazón, que no había podido borrar el discípulo infeliz, á pesar de sus malos instintos; era un

resto de la nobleza de sentimientos que quedan á veces en el fondo de las almas más criminales para salvarlas del abismo de perdición á que corren desbocadas. Aquella acción habría podido salvarle y salvar también á Jesús, ya que si la honrada acción de Judas hubiese encontrado en los príncipes de los sacerdotes la correspondencia que él deseaba, habría conseguido dar paz á su alma y remediar las consecuencias de su delito, y evitar el golpe que amagaba á la vida de su Maestro. Por desgracia, en lugar de la sinceridad y buen acogimiento que buscaba el discípulo infeliz, no encontró en aquellos hombres malvados sino el frío cinismo de quien aun conociendo que ha obrado el mal que ha sido cómplice de su crimen hace escarnio de los escrúpulos y remordimientos de una conciencia. Así, sin hacer caso de la situación de aquel infeliz ni de la espontánea confesión de su delito, ni de la declaración de la inocencia de Jesús, hecha por el que fué un tiempo su mayor enemigo, los soberbios sacerdotes, mirándole con cruel y altivo desprecio, le dijeron: «¿Qué á nosotros? Véraslo tú.»

¿Qué lengua podrá expresar la tempestad de rabia, de furor, de desesperación que en aquel instante se arremolinó en el alma de Judas? El rayo que destroza, el huracán que devasta, no hay rasgos ni colores que puedan representarlos. Las palabras de los sacerdotes, al resonar en el corazón de Judas, levantaron en él la más furiosa borrasca que se ha levantado jamás en pecho humano. La rabia, la indignación, el despecho, todas las pasiones más arrebatadas y violentas brotaron de su corazón y revolieron y perturbaron su espíritu. Su fisonomía con espantosos caracteres; chispeáronle los ojos con terrible fulgor, crispáronsele las manos, y todos sus miembros fueron agitados de horrible estremecimiento. Fué aquel un momento de angustia espantosa que condensó en su corazón todos los dolores y tormentos del infierno. Furioso, desesperado, hirviéndole el corazón de coraje, llevando en su alma todas las congojas del crimen y todas las furias de la desesperación, barbotando maldiciones horribles contra sí, contra los sacerdotes, contra el cielo y la tierra, más que hombre parecía un espíritu infernal encarnado en figura humana. En medio de su cruel agonía, ábrese camino por entre la muchedumbre y se lanza hacia el santuario, y cogiendo el precio de su crimen, lo estruja con las manos y lo arroja bruscamente en el suelo en presencia de los mismos sacerdotes; y como llevado de vertiginoso terror, corre á escape, y huye del Templo, y atraviesa las calles de la ciudad, torva la fisonomía, el cabello espeluznado, la mirada errabunda, hecho el espanto y el horror de cuantos le contemplan. Largo espacio de tiempo anduvo Judas vagando por calles y plazas, hasta que al fin salió á descampado, y se dirigió hacia el precipicio donde se juntan los torrentes de Hinnon y Cedrón, y donde abre sus fauces espantosas la Gehenna, la sima que era tenida por los judíos por la boca del infierno; y después de errar solitario por entre las sepulturas y monumentos de la muerte que estaban esparcidos por aquel lugar de desolación, empezó á subir cuesta arriba, en dirección opuesta á la colina de Sión y hacia la parte del Mediodía, hasta llegar á una roca alta, enhiesta y cortada perpendicularmente, y paróse al fin cansado y anhelante.

Desde aquel paraje, que domina á toda la ciudad de Jerusalén, contempla el huerto de Getsemani, el Cenáculo, el Templo, el palacio del Sumo Sacerdote, el Pretorio, todos los sitios, en fin, donde se ha ido desarrollando la tremenda tragedia en la cual ha sido el actor principal; y aquella vista enardece de nuevo su fantasía y abrasa su corazón, y aviva el agudísimo torcedor que lleva en su alma. Figúrase con terrorífica viveza las escenas, los personajes, las pasiones que toman actualmente parte en aquella tragedia terrible, los príncipes del Sacerdote no dando paz á sus almas hasta ver con-

ciado el infame proyecto en que están empeñados el pueblo, instrumento miserable de los enemigos de Jesús; y sobre este caos horrendo de pasiones y miserias, ve levantarse la santa figura de Jesús, objeto inocente de esta tragedia infernal cuyo término va á ser la maldecida cruz que se prepara para patíbulo del santo Maestro. Y cuando á través de este torbellino de ideas que se revuelven en su mente surge de nuevo ante su conciencia aterrada la de ser él el causador de tantos crímenes y el responsable de tantos desastres, nueva perturbación oscurece su mente y una especie de estupor paraliza sus sentimientos y sus facultades. Absorto en este éxtasis horrible, su cerebro palpita con sacudimientos espantosos, un sudor frío baña todos sus miembros, y fiebres y visiones y veladuras fantásticas cruzan su mente como en caleidoscopio infernal donde surgen y se revuelven las ideas más locas y desatentadas. Inmóvil, ahogada la respiración, llena el alma de terror, embotado y absorbido por la idea de su crimen, desaparecen de su vista todos los objetos que le rodean; tiédese por su cerebro una nube oscurísima, y de en medio de esta nube surge la espantosa visión de la Gehenna, de cuyas abiertas fauces espantosas sale un río de llamas que avanzan precipitadamente hacia él y amenazan envolverle en fiero torbellino. Presa de angustia horrible, y agitado por desesperado delirio, se vuelve Judas furioso, y como fuera de sí y como huyendo de su propio ser, apoderado de vértigo horrible anda de acá para allá como loco y desesperado, hasta en medio de su furiosa desesperación trepa á un árbol, descíñese el cordel que le sirve para atar la cintura, hace con él deprisa y con mano temblorosa un lazo corrido, átales á la rama del árbol, y pasándosele por la garganta se cuelga de él y se ahorca. Colgado en el aire cimbréase un buen espacio de tiempo el cuerpo de Judas con horribles sacudidas y convulsiones; mas como la rama de donde cuelga no puede sostener el peso del cuerpo, al desgajarse cae éste y se estrella contra la tierra, y quebrántase y descoyúntase todo y así muere el infeliz reventado y cabeza abajo y esparcidas por el suelo sus entrañas. En este estado fué hallado su cadáver, con horror de cuantos vieron aquel tremendo espectáculo.

Hombre verdaderamente miserable, y tan desdichado, que, como dijo de él Jesús, más le valiera no haber nacido. Su crimen fué, ciertamente, horrendo, y las consecuencias que acarreó enormes sobre toda ponderación, aunque á nadie más funestas y desastrosas que á sí mismo. Si hubiese tenido á su lado un buen amigo que le hubiese ayudado en su desesperación, que le hubiese atraído hacia la persona de Jesús, siquiera estuviera ya éste colgando en el patíbulo, si, ya que no fuera posible acudir á Jesús, se hubiese acogido á su santa Madre, hubiera, sin duda, encontrado la paz de su alma y el perdón de su delito; mas, por su desgracia, en lugar de la mano amiga que necesitaba no encontró el desventurado Judas sino el brazo cruel de los enemigos de Jesús, que le echaron de sí, que se burlaron y escarnecieron de él, y le dejaron solo con su crimen, con su afrenta, con sus remordimientos.

Para sello de su desventura, ni aun estos remordimientos le fueron de provecho. Porque no hay duda sino que las angustias de su alma fueron tales, que sólo en el infierno tienen con quien compararse; pero aquel arrepentimiento no le sirvió sino para acrecentar su angustia y su desesperación. La penitencia de Judas pudo cambiar sus ideas y sus pensamientos, pero no mudar ni mejorar sus afectos; pudo hacerle bajar los ojos y avergonzarse de sí, y aun temer el juicio de los hombres, pero no levantar su espíritu á Dios para implorar el perdón y la misericordia; le hizo aborrecer su maldad y maldecir de la hora en que había nacido y ahogar sus remordimientos con el suicidio, pero no amar la virtud ni buscar en la humildad la paz y la tranquilidad de su conciencia;

pudo, en fin, hacerle temblar de los juicios de Dios, pero no encender en su alma una centella de su amor. Así también se arrepienten y tiemblan y se desesperan los condenados en el infierno.

Antes de apartar la vista de la horrible figura del discípulo traidor, ejemplo espantoso de cómo de pequeños principios se viene á colmo de grandes crímenes y de cómo de un pequeño desliz puede engendrarse una situación criminal por extremo horrible, y argumento clarísimo, sobre todo, de que el pecado á nadie es más pernicioso ni fatal que al mismo que lo comete, cumple advertir que las treinta piezas de plata arrojadas por él en el Templo no quedaron allí esparcidas ni mostrencas, sino que fueron recogidas por los sacerdotes y ministros sagrados; mas como eran precio de sangre y de pecado, los muy timoratos y quisquillosos tuvieron escrúpulo de aplicarlas al tesoro del Templo. Así, pues, ya que no pudieron devolverlas á su dueño legítimo, que ya era muerto, después de deliberar maduramente sobre el caso, determinaron emplearlas en algo que fuese de utilidad y provecho; y con tal idea compraron el campo de un alfarero situado fuera de la ciudad, para que sirviese de sepultura á los peregrinos, probablemente gentiles, que morían en Jerusalén. Así se cumplieron las palabras proféticas de Jeremías: «y tomaron las treinta monedas de plata, precio del apreciado, el cual apreciaron á usanza de hijos de Israel, y las dieron por el campo del alfarero, así como me lo ordenó el Señor.» Y aquel campo fué conocido en adelante con el nombre de Haceldama, esto es, campo de sangre, voz dada por el pueblo é indicadora del acontecimiento terrible que despertaba su memoria, y que había dejado huella tan terrible y dolorosa en los ánimos de los ciudadanos de Jerusalén.

MIGUEL MIR

De la Real Academia Española.

Las mujeres de los sectarios

V

LA EMPERATRIZ TEODORA

El imperio ha salido, no sólo del poder de la familia cesárea, sino también de los romanos. Ahora se llaman Augustos y Flavios, y hasta dioses pastores que ayer velaron sobre sus rebaños y mañana dormirán sobre sus tronos y en medio de sus pueblos—de estos pastores hubo varios—gigantes y atletas que sin duda creían que el sólo imperial había de ganarse á fuerza de puños, y sólo faltaba que las Augustas fuesen como sus esposos, y que saliesen de lo más abyecto á lo más sublime de la sociedad, y entonces llegó el momento de aparecer Teodora, esposa de Justiniano.

Había nacido en la isla de la prostitución, en la deliciosa y relajadísima Chipre, hacia el año 500 de la Era cristiana. Su padre, Acacio, era un domador de fieras, que no alcanzó á domar á sus tres hijas, dechado de todo género de corrupción y disoluciones. Aquel desgraciado iba enseñando por calles y plazas sus osos y leones, con que ganaba un pedazo de pan para una familia que le deshonraba. Teodora era bellísima, y como ninguna otra impúdica y desenvuelta, llevando tras de sí las miradas de todos. Los personajes de la época la galanteaban, distinguiéndose, entre otros, Ecéballo, á quien años más tarde valió un gobierno de provincia el desgobierno de sus costumbres. No hay que tomar de Procopio, el que escribió dos historias, una pública y panegírica, y otra secreta y calumniosa, de Justiniano, las referidas noticias; constan en todos los historiadores; Teodora se dedicó al teatro en público, y en secreto á toda clase de desórdenes.

Sabido es cómo miraban el teatro los cristianos



D. CARLOS CAMILO SAINT-SAENS



MONUMENTO Á COLÓN EN SANTO DOMINGO

por más que si se quería guardar en él la virtud y el pudor, no se creía imposible conseguirlo, á fin de que entre los colocados á la derecha del Supremo Juez en el último día se viesan gentes de toda clase y estado. Al Santo Obispo Pafancio se le reveló que ocuparía á su lado un puesto en el cielo cierto actor, á cuya representación asistía; Ginés pasó desde las tablas al martirio, y no fueron estos dos los únicos ejemplos de actores Santos. Pero Teodora era como la mayoría de los cómicos de entonces.

Viola Justiniano, enamoróse de ella, y él dió, ó Tridoniano le hizo dar, una ley, en virtud de la cual era lícito elegir por esposas á las mujeres arrepentidas de su vida pasada, convirtiéndolas en laudable una acción generalmente reputada ignominiosa. Despertóse la ambición, que antes sólo buscaba galanterías, y ahora riquezas y poder. Justiniano ha sido el ídolo de los jurisconsultos, que también han velado las faltas de su consejero; como todos ó casi todos los legisladores, se ha ceñido laureles que no merecería en manera alguna. Brilló su reinado por las victorias de Belisario en África y en Italia, y de aquí también que se le atribuyeran triunfos de los que no participó más que el último de los ciudadanos. Pero lo que le pertenece en propiedad es el afán de innovarlo todo y de querer dictar leyes en la Iglesia. Próximo estuvo á la herejía y al cisma en varias ocasiones, y dió mucho que hacer y que sentir á los Pontífices Romanos.

Ambos esposos persiguieron al Santo Papa Silverio, y no solamente se portaron así con él, sino que trataron de infamar su memoria. Como se resistiese á la injusticia el Vicario de Jesucristo, se le desterró á Patara, y después á una isla en el mar de Toscana, donde se le condenó á perecer de hambre. Habíase entronizado el regalismo brutal, que no economizaba suplicios; pero téngase en cuenta que los bizantinos se mostraban tan inclinados á la herejía como al cisma, y que los Papas tenían que luchar denodadamente con una y otra tendencia.

Cuéntase de Teodora que fué la primera en abrir un asilo á las mujeres arrepentidas, en número de quinientas, elevando un magnífico edificio en la orilla asiática del Bósforo. En prueba de imparcialidad, no queremos omitir la indicación de este hecho, que si fuese cierto, la constituiría en fundadora del más antiguo establecimiento de la referida clase, y verdaderamente digno de elogio.

Teodora no dejó más sucesión que una hija, nacida antes del casamiento con el emperador, y cuya vida fué una serie de novelescas aventuras. Mientras vivió la emperatriz, que representó sucesivamente la farsa de las tablas y la del trono, no se le escasearon las alabanzas que jamás faltan en las cortes; pero apenas murió, un clamor de indignación surgió contra ella en todo el imperio, desde Italia hasta Armenia y desde el Bósforo hasta la cordillera del Atlas. Aquel divino Justiniano, que había pretendido en su legislación sobre el matrimonio dar un barniz religioso y cristiano á la familia romana, quedó deshonrado también por haber elegido tal esposa; y de los jurisconsultos consejeros del aula imperial nada se diga, porque la venta y compra de las leyes era cosa corriente en Constantinopla.

Teodora murió cuando empezaba á madurar sus más ambiciosos proyectos, de resultas de un cáncer, y á la edad de cuarenta y siete años.

A. BALBÍN DE UNQUERA.

Nuestro arte religioso

XX

RÉSTAME decir algo de la ejecución que obtiene entre nosotros la música religiosa, entregada á los ejecutantes que he descrito á grandes rasgos en el artículo anterior. Por lo que ellos son, fácilmente se colige lo que ha de ser su obra; y en efecto, no hay más remedio que confesar que por punto general es bastante mala; cuando llega á mediana es por excepción, y si de ahí pasa, ya se puede asegurar que se ha verificado un milagro.

En lo tocante al canto llano hay que distinguir, siempre que se quiera juzgar con acierto, entre las iglesias en que se practica á diario el rezo completo de las horas canónicas, á lo que regularmente se llama *coro vivo*, y aquellas otras en que sólo con motivo de alguna solemnidad se canta, además de la misa, una parte cualquiera del oficio divino, como las Vísperas ó la Tercia, muy rara vez los Maytines ó el trozo del oficio de difuntos que sirve para las exequias. Hecha esta división, se puede con toda seguridad establecer la siguiente regla general, aunque no sin algunas excepciones: en toda iglesia de *coro vivo*, el canto llano es más correcto y devoto y se ejecuta con mayor seguridad y limpieza, con menos corruptelas y deficiencias que en cualquiera otra de las que no practiquen este ejercicio cotidiano. Esta es la causa de que las parroquias del reino de Valencia, de Cataluña y muchas de Aragón llevarán siempre gran ventaja á las de Castilla, Murcia, Extremadura y Andalucía, y parecerán catedrales ó colegiadas al lado de iglesias muy ricas y respetables del resto de la península. Madrid se encuentra muy atrás en este punto, asaz importante de la música litúrgica.

Los defectos que se han generalizado en la ejecución de ésta son muchos y de bulto, provenientes unos de la misma índole del canto llano y de la extensión de los oficios del coro; otras de las relajaciones que viene sufriendo en todo este siglo turbulento la disciplina eclesiástica, hasta el extremo de que el pueblo (y esto sí que es doloroso confesarlo) ha ido apartándose cada vez más de los oficios divinos, que ya comprende muy poco ó nada, pues no sabe apenas lo que son Vísperas ú otras horas, ni quiere que le hablen más que de gozos y novenas en castellano, cantadas con aires profanos; moda que ha relegado á muy secundario lugar el genuino canto de la Iglesia. Mas sean las que fueren las causas, ello es que aquí se incurre en gran número de corruptelas, entre las que son más notables las siguientes.

La primera es la costumbre de omitir grandes trozos litúrgicos, mutilando el oficio despiadadamente. En muy pocos casos permiten las rúbricas al coro elegir entre varios versículos, que debe leer íntegros el celebrante, los que han de ser además cantados; pero la rutina ha extendido tan escandalosamente esta práctica, que ya es cosa de pedir á voces la corrección más enérgica. Grande es este abuso, pero no lo es menos el cantar de prisa, y por ello desnaturalizar sacrilegamente las canturias, con perjuicio evidente de la letra sagrada. ¿Y qué diremos de la falta gravísima, tan frecuente, de no cantar los introitos graduales *post communio*, y en algunas partes muchas antífonas, con la música escrita para ellas, sino con cierta cantilena llamada *re fa*, en que entra la frase forzada como un embutido, sin respeto alguno á puntos y comas, con tal de encerrar mucha letra en poca solfa? Esta es rutina aclimatada en iglesias donde no hay coro, como son las de esta corte. En estas y en otras se estila mucho el canto *ad libitum* en las Lamentaciones de Semana Santa y lecciones del oficio fúnebre, en la *Angélica*, en el Prefacio y en algunos otros textos litúrgicos, que ejecuta uno solo sin papel ni sujeción á música alguna de antemano compuesta, sino improvisando á su placer, y como puede suponerse, de un modo lastimoso, perdiendo á veces el hilo tonal en divagaciones líricas del peor gusto, con desprecio del espíritu que informa la obra de la Iglesia, pues ésta no quiere tales libertades en el coro, puesto que para todas las piezas de que se compone el oficio ha señalado la correspondiente nota. En Andalucía, sobre todo, raro es el clérigo que canta un prefacio con sujeción á la pauta del misal, y en todas partes suelen los sacristanes y cantores improvisar antífonas que es un portento. Asimismo es cosa corriente que un hombre solo ejecute lo que es propio tan solo de la masa coral, con flagrante infracción de los preceptos de rúbrica, bastante claros al designar lo que ha de cantar uno solo, dos del coro, una parte ó todo él á una voz. Esta corruptela desnaturaliza el canto, falsea la liturgia, desobediéndola, pues no canta *el coro*, sino una persona sola, y se expone á que una tos ó cualquier otro accidente atraiga el ridículo, ó al menos gran deficiencia sobre e-

acto: es abuso intolerable muy generalizado en los pueblos y... en Madrid sobre todo. Se dice que reconoce por causa la escasez de medios; pero nada tan fácil como probar que su verdadera raíz está en la falta de celo y de dotes de gobierno en muchos de los que dirigen las iglesias.

Está muy extendido el error de que los bajos han de dominar, y si es posible ser exclusivos en el coro eclesiástico, y de aquí esa monotonía en el canto que notamos en todo lo que no sea la salmodia; pues encargados de los trozos de fáciol los salmistas, que se escogen siempre entre los que tienen voz de bajo, carecen esos cantos del equilibrio que les darían los tenores y aun las voces de los niños. Este defecto se nota mucho en los oficios de la Capilla Real, encomendados á doce Sacerdotes músicos, todos con voz baja. Si oímos una misa cantada, nos parece que coro, celebrante y diáconos son uno mismo, pues apenas se distingue la diferencia de timbre en aquella eterna sinfonía de lo profundo... ¡Así se ha creído conseguir una gran cosa y presentar un coro modelo!

Otra aberración, y no pequeña, es querer hacer mucho ruido, y para ello obligar á cantar con esfuerzo de la voz, fatiga de los coristas y detrimento de la música, que resulta algo estentórea y forzada. En la salmodia es corriente, sobre todo en conjuntos de Clero poco disciplinado (iglesias en que no hay coro vivo, funciones hechas con personal ambulante, etc. etc.), hacer floreos y alteraciones muy sensibles con apoyaturas ú otros adornos, que dan al canto cierto carácter de *cante andaluz* del género hondo, especialmente en el cuarto tono; y de cualquier modo, una gran afectación muy contraria á la grave sencillez que pide la recta ejecución de esta música tan sencilla... y tan mal tratada, por regla general; como que casi todo el mundo ignora sus reglas.

Por lo que hace al modo de interpretar ese imposible que llamamos canto llano, hay en España dos estilos á cual peor, el *arrastrado*, que liga las notas excesivamente, y que da á unas poco valor para caer sobre otras en que la voz se detiene algo más, y el *cortado*, que, por el contrario, dando á todas valor casi igual (otra cosa es muy difícil), las intercala todas con pequeños silencios, á manera de los *staccati* de la música profana. El término medio entre ambos sería cosa tolerable, pero no es frecuente, por desgracia.

La enumeración de los defectos bien se ve es larga, lo comprendo; pero si hubiera de mencionar con éstos, que son los principales, todos los que están en uso, necesitaría un libro.

No es tan mala, aunque otra cosa parezca, la ejecución del canto de capilla entre nosotros, pero sí deja muchísimo que desear. En primer lugar, es profana en demasía. Los cantantes dan á la música la expresión pasional, el claro oscuro y hasta esa especie de estertor que produce rozadas las notas, y toca á veces en los límites del habla musical, hoy tan de moda en el teatro. Hasta los modales y contoneo recuerdan la declamación lírica de la escena. La parte ridícula, el lado flaco, digámoslo así, de esta música, está en las voces altas. Prohibida, y con justicia, la intervención de la mujer en el canto religioso (1), no se ha querido privar á éste de las voces agudas, y se ha recurrido á los niños; pero éstos, cuando saben la música suficiente para cantar cualquier papel... han perdido la voz, y hay que sustituirlos. Por esto se dió en buscar hombres que tuvieran la facilidad de cantar *de cabeza*, imitando (y algunos pocos muy bien) las voces femeniles; éstos son los *tiplos*, tan ridiculizados con sobrada razón por sus gorgoritos y sus gallos en las arias que con tanta afectación cantan ó destrozan en nuestras iglesias, donde parece que aún no nos hemos dado cuenta de que es necesario ó renunciar á tiplos y contraltos, ó tener cuidado de escribir para ellos música tan fácil y en tal tessitura, que esté al alcance de los niños, aunque su instrucción musical sea rudimentaria.

(1) Los que censuran esta prohibición sin reflexionar sobre ella, consideran que siendo todo lo que se canta en la iglesia obligación del coro eclesiástico, sería faltar á los sagrados Cánones, que prohíben que dicho coro sea mixto de hombres y mujeres, permitir á éstas cantar ó tocar instrumentos en las funciones religiosas. (N. del A.)

Pero niños y adultos cantarán siempre mal mientras todos los profesores canten y toquen como aquí es costumbre hace ya muchos años, *de repente*, esto es, á primera vista y sin previos ensayos. Desde que no hay verdaderas capillas, sino *festeros*, que son músicos provistos de papeles, vulgo *repertorio*, y buscan donde usarlos valiéndose de cantantes é instrumentistas sueltos, que á lo más se comprometen á seguir al falso maestro, cuando otro no les dé más por su voz; mientras esto subsista se cantará de ese modo, porque los ensayos han de ser pagados aparte; las iglesias y cofradías son pobres para sufragar ese nuevo gasto, que sólo consienten solemnidades oficiales que pague el Estado; lo más expedito es que el festero convide al cantante la víspera de la fiesta, sin decirle lo que ha de ejecutar; ya lo verá en el coro cuando le den cinco minutos antes, lo mismo que á los instrumentistas, un papel mugriento lleno de tachas y enmiendas con música y letra casi ininteligible, que apenas se ve con la luz mortecina de un miserable cabo de vela.

¿Y qué gana un tenor de primera por cantar su parte en una función? Pues dos pesetas, y hasta una en provincias; de tres á cinco en Madrid. Muy grande ha de ser la fiesta para que llegue el estipendio á dos duros. Si alguno gana más, es una *parte* de teatro que va al coro muy rogada y como haciendo un favor.

A los organistas no se les trata de otra manera, sino mucho peor. Nada más frecuente que darles, en vez de su papel con la parte de órgano, uno que contiene la de un clarinete ó de un violín, y allá se las haya con él para armonizarlo de repente... y transportado las más de las veces. A los otros instrumentistas les sucede lo mismo. ¡Todo por tres ó cuatro pesetas! Un profesor francés ó alemán no hará tal milagro ni por cien duros; se deshonraría, y además, hay que decirlo con orgullo, no sabría hacerlo, porque la destreza que en este difícilísimo ejercicio han mostrado siempre los españoles, no es moneda corriente en el extranjero. Los organistas de por acá han sido y son todavía especiales.

Un francés no toca ni un preludio siquiera sin tener delante el papel bien escrito, anotado... y estudiado. El organista español, por cada trozo, con papel, toca ciento improvisando bien ó mal, pero improvisando, algunos con gracia inimitable, en todos los géneros, fuga, suelto, medido... lo que se quiera, glosando un motivo, trasportando á gusto de las voces, y haciendo verdaderas diabluras con el órgano. Y cuenta que no ha de ser un profesor muy notable. A veces se presenta mal vestido y peor calzado, vendiendo pobreza que es un primor. ¡Cómo le compadecería Saint Saens, organista de la Magdalena, que gana cuatro mil francos al año por tocar no más que los días festivos el ofertorio y el final de la misa mayor, y se presenta vestido como un banquero. ¡Si le quisieran obligar á tocar una misa diaria de catedral *entrando* en los *Kiries* por una tonalidad extraña (la que tuviera el coro en el introito), y en aquel mismo preludio saliendo al tono corriente, con obligación de tocar en todo el acto música improvisada y acompañar al aire canto llano casi desconocido, creería que estaba loco quien tal le propusiera; y, sin embargo, esto es lo ordinario aquí. ¿Cómo, pues, han de ser ejecutadas correctamente las composiciones musicales religiosas? Se exige demasiado, y se paga muy poco al profesor, sea cantollanista (estos también repentizan), sea de capilla, para que dé todo lo que merece el arte. Así anda él en España, tan enteco y postrado, que da lástima verle siempre en espera de saludable reforma.

JOSÉ FERRÁNDIZ.



EVANGELINA

ROMANCE DE LA ACADIA

por el poeta norteamericano

ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW

TRADUCIDO DEL INGLÉS EN OCTAVAS REALES

por el diplomático chileno

D. CARLOS MORLA VIGUÑA

(Continuación.)

CXXXIX

¡Torna á Dios la mirada lacrimosa!
Indiferentes al humano duelo,
Van los astros en hueste luminosa
Por la enlutada bóveda del cielo.
Sobre la niña, entonces temblorosa,
La diestra extiende con piadoso anhelo;
Solloza la infeliz junto á la llama,
Y el compasivas lágrimas derrama.

CXXX

Como en otoño la sangrienta luna
Del palido horizonte se despende,
Súbita luz, que el monte y la laguna
Y todo lo enrojece, el Sur enciende.
Cual airado titán la ancha columna
Sus cien brazos de fuego en torno tiende,
Y amontónase nube sobre nube
De un humo espeso que chispeante sube.

CXXXI

Crece el incendio; alcanza su reflejo
Las naves á alumbrar en la bahía;
Tórñase el mar en diamantino espejo
y en reluciente plata el ancha ría;
Cubre la esfera azul manto bernejo,
Y la llama voraz con saña impta
Corre por los techados de la aldea
Lanzando al viento la tostada enea.

CXXXII

Vése desde el lejano campamento
La pira funeral que el cielo dora,
Y el pueblo exclama en lúgubre lamento:
«¡Adios por siempre, villa encantadora!»
El rojizo fulgor del firmamento
Confunde el gallo con la alegre aurora,
Y del ganado, al par que muge y brama,
Cantor saluda la siniestra llama!

CXXXIII

Cual tiembla del Nebraska la llanura
Cuando del indio el búfalo seguido
Cruza en tropel su perennal verdura
Y alarma el campamento adormecido,
Así aumentando la hórrida pavora
Llena el espacio atronador ruido:
Es el ganado, que furioso y ciego
Rompe por entre el círculo de fuego.

CXXXIV

Como mármóreo grupo inanimado
El párroco y la niña ven la escena;
Luego del mundo compañero al lado
Tornan á mitigar la intensa pena.
¡Ah! De su asiento el misero ha rodado,
Y de la playa en la luciente arena
Yace yerto cadáver extinguido,
De donde el noble espíritu ha partido.

CXXXV

La frente inanimada aiza del suelo
Suavemente al sacerdote santo;
Se abraza al cuerpo rígido cual hielo
La tierna niña en medio de su espanto;
Superior á las lágrimas su duelo,
No brota de sus párpados el llanto,
Y en su desesperado desvarío
Escende el rostro en el cadáver frío.

CXXXVI

Así pasa la noche tenebrosa
En profundo desmayo sumergida;
Y cuando al asomar el alba hermosa

De aquel sueño letal vuelve á la vida,
Hallan sus ojos turba numerosa
En círculo en su torno reunida,
Sobre la escena del dolor velando
Y su mudo martirio contemplando.

CXXXVII

El moribundo incendio de la aldea
Enrojece el espacio todavía,
Y al resplandor de funeraria tea
Que sobre el cuadro doloroso envía,
Del juicio universal la horrible idea
Asalta su excitada fantasía,
Y oye trémula voz que de esta suerte
Rompe el hondo silencio de la muerte:

CXXXVIII

«Sepultémosle aquí, junto á los mares;
Y si permite el cielo que tornemos
Alguna vez á nuestros patrios lares,
Su sagrada ceniza exhumaremos,
Y en medio de los plácidos hogares
A su memoria un túmulo alzaremos,
Legando al porvenir con esa ofrenda
De su vida y martirio la leyenda.»

CXXXIX

Allí de prisa en la desierta orilla
Cavan la transitoria sepultura;
Son lamentos sus dobles, y es la villa
Fúnebre antorcha que en su honor fulgura
Hincando el triste pueblo la rodilla
Responde humilde á la oración del cura,
Y al batir de la mar, los acompaña
Música melancólica y extraña.

CXL

Es el murmullo que alza la marea
Al volver á la tierra con la aurora.
Concluye del embarque la tarea
Mientras el pueblo inconsolable llora...
Luego, dejando en ruinas una aldea
Y un sepulcro en la playa, voladora
Sus blancas alas la flotilla extiende
Y las espumas de los mares hiende.

PORTE SEGUNDA

CXLI

Habían luengos años transcurrido
Desde el incendio de la villa agreste,
Desde que por las auras impelido
Tendió el convoy las alas al Sudeste,
Transportando á país desconocido
Un pueblo opreso por tirana hueste,
Porque ordenarlo así plugo á un monarca
Que medio mundo con su cetro abarca.

CXLII

Fueron los acadenses arrojados
Por orden del mandón en tierra ignota,
Y por extrañas costas derramados
Como misero ejército en derrota,
O cual cópos de nieve dispersados
Cuando furioso vendabal azota;
Que el déspota crúel con saña fiera
Estirpara esa raza si pudiera.

CXLIII

Sin amigos, ni hogares, ni esperanza
Vaga el pueblo acadense peregrino.
Hasta los lagos por el Norte alcanza
Y hasta la Austral Sabána en su camino.
Desde el piélago azul al punto avanza
Do el Padre de las Aguas su destino
Cumple, arrastrando al mar el alto monte
Los huesos á cubrir del mastodonte.

CXLIV

En busca van de amigos y de hogares;
Y muchos, agobiados de amargura,
En medio de los bosques seculares
Ya al mundo sólo piden sepultura;
Está en los religiosos valladares,
De los sepulcros en la piedra dura,



VISTA DE BERMEO

Grabada de los tristes la memoria
Y referida su doliente historia.

CXLV

Por muchos días pálida doncella
Miróse sola entre la turba extraña,
Sufriendo tierna, resignada y bella,
Del infortunio la tremenda saña.
Triste veía levantar sobre ella
A la pálida muerte su guadaña,
Y miraba de túmulos cubierto
De su existencia el árido desierto.

CXLVI

De ilusiones que el tiempo ha calcinado,
Restos de una pasión desvanecida,
Veía aquella víctima sembrado
El sendero espinoso de su vida.
Va así al Oeste explorador guiado,
En marcha aventurera y atrevida,
Por osamentas mil que al sol relucen
Y hogueras que á ceniza se reducen.

CXLVII

Algo había incompleto en su existencia,
Algo en fragmento doloroso había,
Cual si una linda aurora en su opulencia,
En medio de su brillo y su armonía,
Al punto original de procedencia
A descender tornara. Parecía
Rosa que el cespicio seno de oro y grana
Lánguido inclina en su primer mañana.

CXLVIII

Solía el pueblo divisarla errante
Por las sendas de triste cementerio,
Descifrando con ojo penetrante
De cada losa el funeral misterio;
Más de una vez mirósele delante
De aislada tumba, con semblante serio;
¡Si sería dudando recelosa
Del bien perdido en la ignorada fosa!

CXLIX

En las ciudades discurría á veces
Por sus duros contrastes abrumada,
Hasta que de su anhelo en nuevas creces,
Su alma, de ardiente sed atormentada,
Alzando á Dios sus fervorosas preces,
La peregrinación abandonada
Emprendía de nuevo por el mundo
Buscando alivio á su dolor profundo.

CL

Por un dicho, un rumor, un soplo vano,
Impulsada en su marcha se sentía,
Desentrañar pensaba el hondo arcano
Cuando del labio del viajero oía
Que tiempo atrás, en páramo lejano,
Al que su pecho ansiaba, visto había.
Mas lejos de alumbrarse así la senda,
Crecía más su incertidumbre horrenda.

CLI

¿A Gabriel Lajeunesse? Sí, lo hemos visto,
Decíanle mil lenguas lisonjeras.
Ese gallardo mozo, tan bien quisto,
Recorre con Basilio las praderas.
Es, entre los transperos, el más listo,

Decíanle otras; va por las riberas
Del Padre de los ríos, á Luisiana,
Con larga emprendedora caravana.

(Se continuará.)

ESTAR DE MÁS

RELACION

POR

FERNÁN-CABALLERO

(Continuación.)



QUELLA noche entró doña Carmen más
temprano de lo que solía en la tertulia, di-
ciendo:

—A este hijo mio, en dando la oración se le cae
la casa encima, y esta noche en particular.

Ramiro había fijado una mirada ansiosa é inquieta
en Blanca, mirada cuya expresión se trocó en la de
alegría cuando notó la satisfacción que se traslucía
en la expresión del modesto semblante de Blanca,
como la viva luz de un reverbero al través de un
cristal bruñido.

—¿Soy feliz? preguntó al sentarse sobre el sofá,
cerca de la mesa en que bordaba Blanca.

—Lo somos ambos, contestó Blanca, atreviéndose
ya á mirarle con cariño. Entonces tuvo lugar entre
ellos uno de esos diálogos del amor sincero é ino-
cente, en los que no toma parte el entendimiento y
sólo son dictados por el corazón, y que mutuamente
se escuchan con ese inefable placer con que una
madre escucha las primeras sencillas palabras que
balbucea su niño.

—Blanca, dijo pasado algún tiempo Ramiro, ¿ha
amado usted alguna vez á otro?

El semblante de Blanca demostró la mayor sor-
presa.

—¿Yo amar? exclamó con dulce gravedad; yo no
he amado nunca sino á mi padre y madre. ¿Y usted,
acaso ha amado á otra?

—No, replicó Ramiro. En la Habana creí amar á
una linda y graciosa jóven; me convencí de que no
era yo el solo á cuyo amor correspondía, y me alejé
de ella sin darle inútiles quejas.

—Pero su recuerdo no lo podría usted huir como
huyó de la persona, dijo Blanca.

—¡Oh! sí, porque muy pronto la realidad acabó
con la ilusión. Blanca, repito lo que en la reja del
jardín le dije, y de que son testigos los pájaros y las
flores: sois y seréis el solo amor de mi vida.

Cuando todos los tertulianos estuvieron reunidos,
no se le fué por alto á la celosa observación de An-
drés la inteligencia que reinaba entre Blanca y
Ramiro. No durmió aquella noche, que pasó en
cavilar, y á la mañana siguiente se encerró con su
madre, á quien dijo que había abandonado su pro-
yectado viaje á Madrid á buscar una colocación, y
quería darle gusto estableciéndose y casándose en
su pueblo.

La madre, aunque de cortas luces para todo lo
que era de la esfera doméstica, no creyó muy fácil
poner por obra los planes que le expuso su hijo;
pero éste, con el dominio que sobre ella le daba el
ciego cariño que le profesaba, la hizo prometer que
hablaría á su padre y que influiría cuanto pudiese
en que accediera á los planes de su hijo.

Mientras que Andrés, con su manera seca y des-
pótica, conferenciaba con su madre, Ramiro hacía
otro tanto con la suya.

—Lo que más quiero en este mundo es á usted,
madre mía, exclamó abrazándola.

—Y yo á ti, hijo de mi alma.

—Pero el cariño de una madre no basta para lle-
nar la vida de un hombre, y deseo casarme, madre
mía.

—Deseo muy puesto en razón, repuso doña Car-
men, con la dulce esperanza de que su mujer,
uniendo sus ruegos á los de ella, consiguiesen que
Ramiro se retirase del servicio y se fijase en su
pueblo.

—¿Con que es decir que estás enamorado? prosi-
guió doña Carmen.

—Y que en parte tiene usted la culpa, señora
mía.

—¿Yo?

—Sí, usted, con los merecidos elogios que me ha
hecho de Blanquita.

—¿Es Blanquita? ¿Que me alegro! ¿Que lo celebro,
Ramiro mio! No pudieras haber elegido más á gusto
mío y á mi satisfacción.

—Pues, madre mía, no hay tiempo que perder;
sólo me queda mes y medio de licencia.

—Pedirás prórroga.

—No quisiera.

—Pues hablaré hoy á tu tío para que mañana va-
yamos los dos á pedir á la novia.

—Madre, lo primero es saber si ella y sus padres
son propicios á mis deseos.

—¡Pues tendría que ver que no lo fuesen! ¡Pues
si yo fuese la reina, me alegraría que tú fueses mi
yerno!

Aquella noche, cuando D. Sebastián y su mujer
estuvieron acostados, dijo ésta á su marido, que es-
taba ya medio dormido: Sebastián, no te duermas,
que tengo que hablarte.

—Mañana será, déjame dormir, contestó D. Se-
bastián.

—De día no se te puede hablar una palabra.

—Si no te fueras antes de día á misa de alba, no
sería eso.

—Si he de oír misa ha de ser la del alba, pues
cuando vuelvo ya estás pidiendo el almuerzo, y
apenas acabas de almorzar te tienen ensillado el
caballo y te vas al cortijo.

—Como que el ojo del amo engorda al caballo.

—Vuelves, prosiguió doña María Josefa, y vienes
pidiendo la comida, después de la cual te echas á
dormir la siesta. Te levantas, y te falta tiempo para
irte á sentar en el porche de la iglesia con los curas;
vuelves á la oración...

—Mujer, acaba, que sé yo lo que hago todos los
días; y así dí lo que tengas que decir, y si no, déja-
me dormir.

—Se trata de nuestro hijo Andrés.

—¿Y qué es lo que quiere ese gran largo, ese zu-
rriago, ese berlinga, que sólo para eso sirve?

—Porque no está establecido; es preciso que le
des, como á sus hermanos, una hacienda ó cortijo
que labrar, casa en que vivir, y que se case; que es
lo que él desea.

—¿Y quién lo mantiene? Si se quiere casar, que
tenga antes con qué cubrir sus obligaciones. Y ¿con
quién se quiere casar ese desgabilado?

—Con Blanquita, la del administrador.

—¡Pues no es nada lo que se remonta! Díle que
esa moza está para él más alta que el *Inri*.

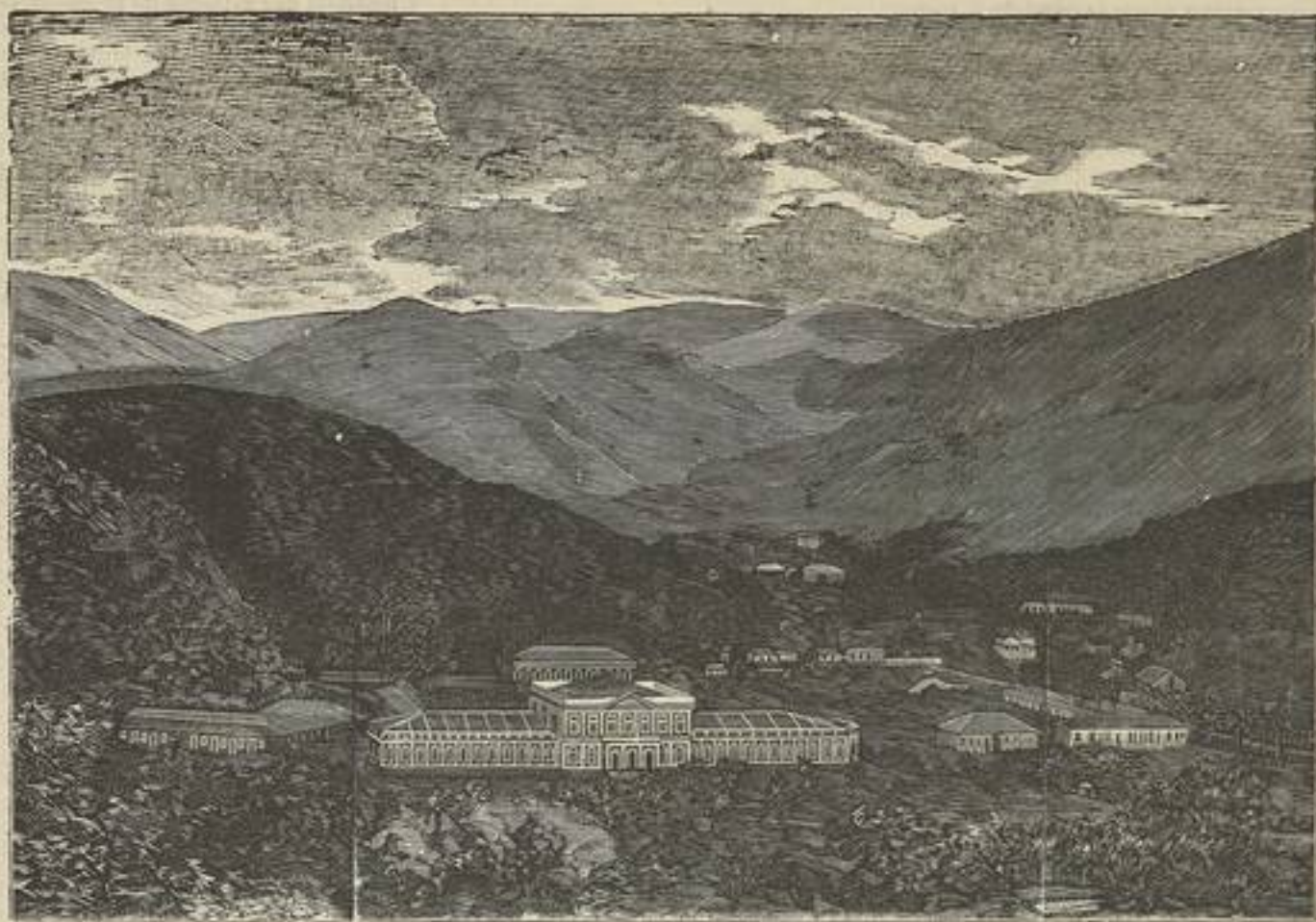
—Pues quiéreme parecer que en el pueblo no
hay otro que le competa á Blanquita sino mi An-
drés.

—Lo hay, y es Ramiro, en cuyo nombre vamos
mi hermana y yo á pedirla mañana.

—Pues me parece que donde alcanza Ramiro po-
drá alcanzar Andrés.

—¿Quieres poner á ese pitaco, más feo que el sar-
gento de Utrera, que reventó de feo, sin oficio ni
beneficio, con mi sobrino Ramiro, que es más bo-
nito que un San Luis Gonzaga, más garboso que un
navío á la vela, más discreto que un predicador,
con una carrera hecha, que si la sigue podrá llegar
á almirante? ¡Bueno está!

—Con que hombre, ¿nada quieres hacer por tu
hijo, que caerá enfermo si se casa Blanquita, por-



CONVENTO DE LOYOLA

que se le morirá el corazón en el pecho? Déjalo que vaya a Madrid; ¿quién sabe? otros que valían menos que él han hecho suerte; puede que él la haga; ¿se la vas tú, su padre, a entrar? No seas cabezudo, Sebastián; tú, que a todos atiendes, ¿vas a estrellarte con tu propio hijo?

—Si tú no hubieses metido en la cabeza de complacerlo mandándolo a Sevilla, fuera hoy un hombre como son los hombres, inteligente y trabajador, buen cristiano y hombre establecido, como son sus hermanos. Pero después de hacerme gastar cien mil reales ha vuelto como los pájaros de la marisma, que no son de tierra ni de la mar, hecho un vago, con más humos que una chimenea, y, lo que es peor, hecho un descreído; y el que no cree en Dios es un hombre sin corazón, pero con vida; es decir, un bruto; pero por su mal le crecieron alas a la hormiga.

La madre añadió otras razones, hasta que don Sebastián exclamó:

—¡Caracoles con la mujer ésta, que en metiéndole una cosa en la cabeza, ni las tenazas de Nicodemo se la arrancan! Que se largue con viento fresco a Madrid; pero que tenga entendido que todo el dinero que gaste se lo pongo en cuenta, para que conste en la herencia y no perjudique a sus hermanos; y ahora déjame dormir, si es que no me has desvelado por toda la noche con tus canseras. Bien dice el refrán: «Si tu mujer se empeña en que te echés de un tejado, pídele a Dios que sea bajo.»

Al día siguiente fueron doña Carmen y D. Sebastián a casa del administrador a pedir la novia, y aunque todos contentos, las dos madres derramaron abundantes lágrimas.

—Entre tanto, doña María Josefa participaba a Andrés el mal resultado de sus peticiones; pero como en cambio le traía el ansiado permiso de ir a Madrid, y él no era capaz de amar profundamente, se consoló muy luego del mal éxito de sus peticiones matrimoniales, dando por pretexto a su afán de alejarse el no poder ser testigo de que otro gozase de la dicha que él para sí tanto había anhelado; por lo cual partió sin demora.

Don Ignacio estaba en sumo disgusto por te-

ner que dar al Doctor la noticia del casamiento de su hija; pero el temor de que llegase a sus oídos por otro conducto le hizo vencer su repugnancia, y una tarde, de vuelta de su paseo, le dijo:

—Estoy disgustadísimo, Doctor, y vea usted cómo no por tener una hija modelo está un padre exento de sinsabores.

Hizo una pausa, y el Doctor, asombrado, preguntó:

—¿Qué es ello, D. Ignacio? Blanquita, ese ángel del cielo....

—Ángel, sí, pero un ángel poco sumiso, pues quiere casarse, si no precisamente contra mi voluntad, contra mi gusto.

Al oír esto el Doctor, sintió una conmoción que no comprendió ni pudo analizar, pues era completamente inexperto en pasiones, y su mente estaba sumida en tan oscuro y confuso caos, que no hallaba razones ni palabras para replicar a D. Ignacio, y permaneció mudo.

Viendo que el silencio del Doctor se prolongaba, prosiguió D. Ignacio:

—No tengo razón ni óbice que oponer a la pretensión de Ramiro, que es quien pide su mano, pero sí muchas contras; y no es la de menos la de que sea marino, pues conociendo el carácter tierno y extremoso de mi hija, así como el de mi mujer, sé que se les prepara una vida de martirios siempre que esté embarcado.

El Doctor, por un supremo esfuerzo, y gracias a la firmeza de su carácter, se había aparentemente hecho dueño de su turbación; así es que contestó en voz que en vano quiso afirmar:

—Puede Ramiro pedir su retiro.

—En primer lugar, contestó D. Ignacio, no tiene su madre suficiente caudal para eso; y en segundo, no es justo ni racional el exigir de un joven que ha gastado su juventud y parte de su patrimonio para formarse una carrera, que hoy día le llena y entusiasma, que la abandone y renuncie a sus aspiraciones, mate sus esperanzas y porvenir, se cruce de brazos al principiar su vida, y se meta en un pueblo, dedicado a la ociosidad, que es el más temible de los enemigos del hombre.

Llegaban en este momento al patio, y el Doctor se despidió.

—¿Qué! dijo sorprendido el administrador; ¿no entra usted, Doctor?

—Tengo una enferma muy grave, contestó éste, y me precisa visitarla esta noche; lo que diciendo se alejó precipitadamente. Entró en su casa sin contestar a los criados, que extrañaban verle entrar a aquella hora poco acostumbrada, y se fué a su cuarto.

Dejóse caer en un sillón, y apoyando los codos en la mesa que tenía delante, escondió el rostro en sus manos, y permaneció así mudo, inmóvil y concentrado, escudriñando por vez primera los recónditos y hasta entonces mudos sentimientos de su corazón, desconocidos de todos, hasta de él mismo.

—¡Infeliz! se decía; ¡oh, infeliz! la amo. ¡Cómo yo, que entre mis estudios, libros y ocupaciones graves, consideraba el amor como una bella quimera de la juventud y de la ociosidad, verme insensiblemente poseído de él a este punto, a mi edad, con mi carácter, gustos y costumbres, amando a una niña de diez y ocho años, yo que tengo treinta y ocho años y puedo ser su padre! ¡Pero si ella es la realización del ideal que sin darse cuenta de ello lleva el hombre en su mente! Yo vivía tranquilo y feliz en la ilusión de que no había mortal que a su altura pudiese ni pretendiese llegar; y ahora que la veo alcanzada, me desconcierto, me anonado me desconsuelo. ¡Dios mío! ¿A qué me sirven mis años, mis estudios, mi razón y escepticismo en punto a las decantadas pasiones que miraba como del dominio de la poesía? Tarde y dolorosamente me enseña la vida lo que influyen en ella. ¡Oh estúpido! Lo que sucede es lo que lógica y naturalmente había de suceder; ¿cómo es que no lo has previsto? ¡Blanca, estrella fugaz, que desapareces para siempre de mi cielo! El pueblo cree que esas estrellas fugaces que atraviesan el firmamento son los almas de los que mueren, que salen de este mundo, y dicen, al verlas, esta piadosa deprecación: ¡Dios te guíe por buen camino! Lo mismo te digo a ti, mi brillante estrella: ¡Dios te guíe por buen camino!

La buena ama del Doctor entró en su cuarto.

traerle luz, y lo halló en la misma actitud en que lo había dejado. A las diez volvió á entrar trayéndole su cena, y lo halló como antes; y sin moverse el Doctor le dijo que se la llevase, que no quería cenar.

—¿Estáis malo? le preguntó inquieta la buena mujer; ¿queréis algo?

—No estoy malo ni quiero nada, sino estar solo, contestó el Doctor.

La pobre mujer salió y le dijo al mozo gallego Francisco:

—¡Jesús! Nunca le he visto así, y aunque diga que no, me parece que está malo.

Entre tanto que sufría tan acerbamente el Doctor, Blanca y Ramiro gozaban de la más plena y dulce felicidad que puede brindar la vida á dos amantes dignos el uno del otro. Seguramente que esta apacible felicidad se habría turbado algún tanto si Blanca hubiera sabido, ó sospechado siquiera, el amargo desconsuelo que causaba en el Doctor, al que tanto quería; pero este desconsuelo lo había de tal suerte encerrado en el fondo de su corazón, que estaba Blanca muy lejos de imaginarlo, y así fué que cuando el Doctor, con su dulce y grave sonrisa, le dió la enhorabuena, ella le respondió, estrechando con cordialidad su mano entre las suyas:

—Bien sabía yo, buenísimo Doctor, que usted se alegraría de mi dicha.

Ramiro, que veía pasar volando los días como hermosas mariposas de primavera, y desaparecer, y sabiendo que cada uno que transcurría acortaba el tiempo de su licencia, daba prisa para que se verificase la boda.

Don Sebastián, que era el padrino del casamiento, quería una boda lucida y con boato, y los novios le rogaban que fuese modesta y sencilla.

—Esta niña, con su monita, todo lo que quiere lo logra, decía D. Sebastián.

—Como todas las mujeres, D. Sebastián, opinaba el Juez; que lo que mujer quiere, Dios lo quiere.

—¿Nunca sale usted, Blanquita? preguntó Ramiro á las pocas noches.

—Nunca, contestó ésta.

—Si creo que aún no ha visto la ermita del Señor con la cruz á cuestras, dijo D. Sebastián.

—Madre, ¿vamos á ir mañana y llevar á Blanquita?

—Sí, hijo mío, contestó doña Carmen.

Blanca miró á su madre.

—Sí, hija mía; ve, respondió ésta á la muda interrogación; me siento bien.

—Y yo, porque no me gusta andar, dijo doña María Josefa, no iré, y vendré á acompañar á usted.

(Se continuará).

ANUNCIOS Y RECLAMOS

El autor del jabón del Congo, Víctor Vaissier, proveedor en título de S. M. el Rey de los Belgas, de S. A. el Rey de Tunis, etc., recomienda á su numerosa clientela pidan en todas partes los Polvos Congolanos, adherentes é invisibles, y el Extracto del Congo, perfume exquisito para el pañuelo.

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

Un niño de pecho en un campo de batalla

La noche que siguió á la batalla de Waterloo, en un campo, y en el cieno que había ocasionado la sangre, yacía un oficial inglés, muerto en el sitio en que había caído. A su lado se encontraba el cadáver de su mujer, que le había seguido desde Inglaterra, y quizás había llegado á tiempo de recoger su último aliento. Su hijo, acostado entre ellos, dormía profundamente, y en medio de los horrores de la escena sonreía, como si los ángeles se ocuparan de inspirarle sueños placenteros.

¡Lo que es la niñez! Se parece al cielo en la inocencia y á la tierra en los dolores. ¡Mientras conservamos los hijos, qué bien lo llenan todo! ¡Cuando los perdemos, qué vacíos dejan!

Léase la historia de un rescate contada por un padre.

COPIA

Frederick Butcher, vecindado en 5 Birch Road, Crumpsall, cerca de Manchester, Inglaterra, sincera y solemnemente declaro: Mi hija Catalina, que tiene ahora once años, siempre había sido delicada. Estaba delgada y pálida y parecía que un poco de aire frío la podía matar. Unas veces mejor, otras peor, nunca estaba buena. Durante el verano de 1885 se quejaba de que sentía un peso en el pecho y en el costado. Tenía el vientre hinchado, como si hubiera comido mucho, cuando apenas comía lo que un pájaro. Decía que tenía mal gusto de boca, y siempre tenía las manos en los costados ó en la cabeza, como si tratase de aliviar una presión. También tenía dolores en la espalda y le olía muy mal el aliento. Siempre estaba cansada, y aunque por naturaleza viva é inteligente, se pasaba las horas sin ocuparse de nada. Se puso tan débil, que apenas se podía tener de pie. Su estado era muy alarmante, y mucho más cuando se presentó una tos seca y profunda. Mi mujer y yo temimos que fuera tisis. En nuestra ansiedad consultamos á los médicos, que nos dijeron que, efectivamente, nuestra hija estaba tísica. En Pascua de 1885 me fuí con mi familia de Huntingdon á Manchester. La pobre Catalina estaba muy débil para venir con nosotros, y se quedó con su abuela en Thorp, una hacienda de Norfolk. La pobre criatura cada vez estaba peor. Algún tiempo después, y con gran sorpresa nuestra, recibimos una carta de la abuelita, que decía:

«Catalina está mucho mejor. Come bien y duerme bien, y el color de rosa empieza á presentarse en sus mejillas.» ¿Qué había pasado? Un mes después tuvimos el gusto de ver á nuestra hija con nosotros en la nueva casa de Manchester. Mucho fué nuestro regocijo al ver el cambio maravilloso que se había operado. Ahora está una muchacha hermosa y saludable, y no tiene más enfermedades que pueden tener las demás muchachas. ¿A qué se debe este cambio? ¿Qué nos ha devuelto nuestra hija, que estaba, al parecer, á las puertas de la muerte? Lo diré con franqueza, pues no hay nada que ocultar. Viendo el estado lamentable en que se encontraba y que ninguna de las medicinas que había tomado había atacado á la extraña enfermedad, su abuelita dijo un día: «Me parece que será bueno darle á la muchacha una toma de mi botella del Jarabe de la Madre Seigel.» Esta medicina había dado mucho alivio á la abuelita en una enfermedad complicada. Se le administró á ella, é inmediatamente produjo buen efecto. Desde luego empezó á dormir mejor y á sentir más apetito, y un poco después la abuelita pudo escribirnos, como ya hemos dicho. Estoy dispuesto á contestar cualquiera pregunta que se me haga sobre este caso. Hago esta declaración solemnemente creyendo en conciencia que es verdad. De conformidad con lo que determina la ley de declaraciones de 1835.

(Firmado).—F. BUTCHER

A todos los que la presente vieren. Yo, Sir John Jame Harwood, caballero, Mayor encargado de la ciudad de Manchester, condado palatino de Lancaster, en la parte del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, que se llama Inglaterra, certifico: que el día de la fecha pareció personalmente ante mí Frederick Butcher, vecindado en 5 Birch Road, Crumpsall, declarante que se nombra en la declaración que antecede, persona conocida y que merece crédito, y declaró solemnemente y sinceramente que es verdad todo lo que contiene y todo lo que se menciona en la dicha declaración.

En fe y testimonio de lo cual, yo, el referido Mayor, he hecho que se ponga el sello de la mayoría de esta referida ciudad.

Fecha en Manchester á 26 de Agosto del año 54 del reinado de S. M. la Reina Victoria y 1890 de la Era del Señor.

(Firmado) J. J. HARWOOD, Mayor encargado.

Si el lector se dirige á los señores A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán

mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

BANCO DE ESPAÑA

CUARTO SORTEO

Nota de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Números de las bolas que representan los lotes	NUMERACIÓN de los títulos que deben ser amortizados	Números de las bolas que representan los lotes	NUMERACIÓN de los títulos que deben ser amortizados
--	---	--	---

Serie A

85	841 A	50	6852	68511 A	20
821	8201	10	7072	70711	20
441	4401	10	7221	72331	40
628	6271	80	7548	75471	80
769	7681	90	7638	76371	80
786	7851	60	7708	77071	80
811	8101	10	7810	78091	100
820	8191	200	8159	81581	90
921	9201	10	8621	86201	10
930	9291	900	9012	90111	20
1088	10871	80	9191	91901	10
1568	15671	80	10521	105201	10
2596	25941	50	10542	105411	50
3133	31321	30	10725	107241	50
3105	31041	50	10789	107881	90
3761	37601	10	11041	110401	10
3995	39941	50	11242	112411	20
4215	42141	50	11288	112871	80
4295	42941	50	11594	115931	40
4446	44451	60	12067	120661	70
4773	47721	80	12298	122971	80
5222	52211	20	12381	123801	10
5406	54051	60	13056	130551	60
5475	54741	50	13409	134081	80
5677	56761	70	13834	138331	40
5766	57651	60	13925	139241	50
5905	59041	50	13957	139561	70
6219	62181	90	14137	141361	70
6555	65541	50	14227	142261	70
6824	68231	40	14241	142401	10
6839	68381	90	14455	144541	50
6754	67531	40	14462	144611	20
6846	68451	60			

Serie B

681	6801 A	10	5343	53421 A	80
1175	11741	50	5372	53711	20
1534	15331	40	5464	54631	40
1600	15991	1000	5508	55071	80
1620	16191	200	6003	60021	30
1652	16511	20	6153	61521	80
1751	17501	10	6448	64471	80
1790	17891	900	6531	65301	10
1965	19641	50	6984	69831	40
1972	19711	20	7358	73571	80
2093	20921	80	7911	79101	10
2313	23121	30	8047	80461	70
2363	23621	30	8285	82841	50
2491	24901	10	8406	84051	60
3104	31031	40	8538	85371	80
3146	31451	60	8843	88421	30
3391	33901	10	8951	89501	10
3533	35321	80	9028	90271	80
3760	37591	600	9256	92551	60
4101	41001	10	9493	94921	80
4741	47401	10	10025	100241	50
5072	50711	20	10062	100611	20
5200	51991	52000	10142	101411	20

Serie C

119	1181 A	90	4409	44081 A	90
567	5661	70	4558	45571	80
904	9031	40	4579	45781	90
946	9451	60	4681	46801	10
1619	16181	90	4760	47591	600
1716	17151	60	5718	57171	80
2068	20671	80	5994	59931	40
2175	21741	50	6347	63461	70
2634	26331	40	6427	64261	70
2701	27001	10	6843	68421	30
2714	27131	40	7089	70881	90
2835	28341	50	7105	71041	50
3058	30571	80	7119	71181	90
3206	32051	60	7457	74561	70
3234	32331	40	8275	82741	50
3305	33041	50	8314	83131	40
3406	34051	60	8431	84301	10
3682	36811	20	8431	84301	40
3949	39481	90	8956	89551	60
4117	41161	70	9288	92871	80
4134	41331	40	9424	94231	40
4198	41971	80	9816	98151	60
4217	42161	70	9844	98431	40
4343	43421	30			

Serie D

285	2841 A	50	2416	24151 A	60
428	4221	80	2581	25801	10
427	4261	70	2601	26001	10
843	8421	80	2780	27791	80
1201	12001	10	2888	28871	80
1875	18741	50	2929	29281	90
1912	19111	20			

Serie E

818	8171 A	80	859	8581 A	90
509	5081	90	968	9371	80
515	5141	80	1258	12521	80
908	9021	80	1428	14221	80
812	8111	20	1571	15701	10

Madrid 1.º de Diciembre de 1892.—El secretario general, *J. Morales*.—V.º B.º, el gobernador, *Isasa*.

Banco de España

Por acuerdo del Consejo de gobierno, se pone en circulación una nueva serie de billetes de 25 pesetas, que lleva la fecha de 1.º de Junio de 1886.

Lo que se anuncia al público para su conocimiento.—Madrid 6 de Diciembre de 1892.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

Banco de España

Desde el día 10 del corriente y bajo facturas que se facilitarán en la Caja del Banco, se admitirán para su señalamiento al cobro los cupones de la Deuda amortizable al 4 por 100 del vencimiento de 1.º de Enero de 1893 y los títulos amortizados en el sorteo de 1.º del actual.—Madrid 6 de Diciembre de 1892.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba. Emisión de 1886. Sorteo 26.º

Venciendo en 1.º de Enero próximo el cupón número 26 de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, se procederá a su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, núm. 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los corresponsales, designados ya, en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres, en casa de los Sres. Baring Brothers y Compañía Limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día, podrán presentarse asimismo al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa, por medio de doble factura, que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.º al 19 de Enero, y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana á las horas expresadas.

Barcelona 1.º de Diciembre de 1892.—El Secretario general, *Artstides de Artihano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba. Emisión de 1886. Sorteo 26.º

Celebrado en este día, con asistencia del Notario D. Luis G. Soler y Plá, el 26.º sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, según lo dispuesto en el art 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886 y Real orden de 11 de Noviembre de este año, han resultado favorecidas las catorce bolas

Números 797, 2.164, 2.479, 2.568, 4.250, 6.554, 7.139, 7.206, 8.040, 8.813, 9.580, 9.943, 10.967 y 11.220.

En su consecuencia, quedan amortizados los 1.400 billetes

Números 79.601 al 79.700, 216.301 al 216.400, 247.801 al 247.900, 256.701 al 256.800, 424.901 al 425.000, 655.301 al 655.400, 713.801 al 713.900, 720.501 al 720.600, 803.901 al 804.000, 881.201 al 881.300, 957.901 al 958.000, 994.201 al 994.300, 1.096.601 á 1.096.700 y 1.121.901 á 1.122.000.

Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.º de Enero próximo, á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, mas el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 1.º de Diciembre de 1892.—El Secretario general, *Artstides de Artihano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba. Emisión de 1890. 8.º SORTEO

Celebrado en este día, con asistencia del Notario D. Luis G. Soler y Plá, el 8.º sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1890, según lo dispuesto en el artículo 1.º del Real decreto de 27 de Septiembre de 1890 y Real orden de 11 de Noviembre de este año, han resultado favorecidas las cuatro bolas

Números 513, 977, 2.227 y 3.212.

En su consecuencia, quedan amortizados los 400 billetes

Números 51.101 al 51.200, 97.601 al 97.700, 222.601 al 222.700, y 321.101 al 321.200.

Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.º de Enero próximo, á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, mas el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 10 de Diciembre de 1892.—El Secretario general, *Artstides de Artihano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba. Emisión de 1890.

ANUNCIO

Venciendo en 1.º de Enero próximo el cupón número 9 de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1890, se procederá á su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria,

que se facilitará gratis en las oficinas de esta sociedad, Rambla de Estudios, número 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los corresponsales, designados ya, en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países-Bajos, y en Londres en casa de los Sres. Baring Brothers y Compañía, Limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse asimismo al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa, por medio de doble factura, que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.º al 19 de Enero, y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana á las horas expresadas.

Barcelona 10 de Diciembre de 1892.—El Secretario general, *Artstides de Artihano*.

Las instalaciones de alumbrado eléctrico.

Manual práctico, por G. Fournier y J. A. Montpellier, con un prólogo de D. José Echegaray. Traducción de Hidalgo Mobellan. Madrid, 1892. Librería de Victoriano Suárez. 7 pesetas en Madrid y 8 en provincias.

Este Manual es una obra utilísima para toda clase de personas. Comprende, como dice el ilustrado prologuista, cuanto de electricidad hay que saber, y aunque domina en él el carácter práctico, contiene todas las teorías necesarias. Está escrito fácil y sencillamente para que, aun los absolutamente imperitos en ciencias físicas, puedan comprenderlo todo. Hoy nadie debe desconocer los misterios de la electricidad, de esa maravillosa fuerza de tan magnífico presente y más magnífico porvenir. Con el Manual que anunciamos satisfacen cumplidamente esa necesidad.

COLÓN Y LA RABIDA

FOR EL

M. R. P. F. José Coll

FRANCISCANO

Las noticias que atesora este libro hacen muy agradable su lectura, y es indispensable para todos los que se interesan por el Centenario del descubrimiento de América.

Consta de un volumen en 8.º de 30 páginas, y se vende en casa de D. Gregorio del Amo, Paz, 6, á 2,50 pesetas.

LOS QUE TENGAN TOS
 ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
 sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR Y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 8

1892

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.
 Única casa en Madrid dedicada á este artículo.
 Guantes piel primera clase, tres botones, á 2 pesetas.
 Idem bordados, á 2,50.
 Para caballero, superiores, á 2,50.
 Especialidad en guantes piel de caballo, cabrito, Suecia, gamuza y lana.
 Corbatas última novedad.

CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO DE VIVAS PEREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina

Recomendados por la Real Academia de Medicina

CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de INDISPOSICIONES del TUBO DIGESTIVO, VÓMITOS y DIARREAS; de los TÍSICOS de los VIEJOS; de los NIÑOS, COLERA, TÍFUS, DISENTERÍA; VÓMITOS de las EMBARAZADAS y de los NIÑOS: CATA-



RROS y ÚLCERAS del ESTÓMAGO; PIROXIS con ERUPTOS FÉTIDOS; REUMATISMO y AFECCIONES HÚMEDAS de la PIEL. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público; tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA en las PRINCIPALES FARMACIAS.—DESCONFIAR de las IMITACIONES

MONTERA 23

RELOJES DE PRECIOSIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.º GIROD
 Sucesor de Losada.

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD

en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABJAS para el Culto ca.ólico, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.
BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.
CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas de mensionos.
 Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar
Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona
 Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

LA ARTISTICA

Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero. Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.



PRIMERA CASA EN ESPAÑA

en instrumental de cirugía, fisiología, diagnóstico, óptica, higiene, ortopedia, antisépticos, vendajes, gomas, sillones y mesas de operar, y para imposibilitados, é inmenso surtido en artículos de curación. Procedencias acreditadas. Especialidad en el tratamiento herniario por medio de vendajes, bragueros y fajas de gran comodidad, sistema «Altimiras», altamente recomendables por la ciencia médica.

Proveedor de clínicas y Hospitales del reino

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO

DE CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes en 10 folios, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadrado.— TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.— Pedir prospectos.— Librería de Subirana, hermanos, editores.— Barcelona.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
 34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA

DE VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PÉREZ)
 CALLE MAYOR, NÚM. 50
 MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos. Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo. Se sirven los pedidos con toda prontitud.



LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO CERVANTES BALMES CISNEROS

ÉPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	2,50 pta.
Tres meses.....	7,50 "
Six meses.....	12,50 "
Un año.....	25,00 "
CUBA Y PUERTO RICO	
Six meses.....	2,00 pta. fr.
Un año.....	4,00 "

NÚMERO 24.—Madrid 31 de Diciembre de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	12 francos
Un año.....	24 "
EUROPA Y AMÉRICA	
Six meses.....	3 pta. fr.
Un año.....	6 "

BELLAS ARTES



Mojado hasta los huesos (Cuadro de Souza Pinto).

SUMARIO

TEXTOS

La Quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmeda.—Nochebuena, por Manuel Polo y Peyrolón.—La Presión de Jesucristo, por el P. Miguel Múz.—Sonetos (cantos de la Biblia), por Francisco Jiménez Campaña.—Las mujeres de los sectarios, por Antonio Balbín de Urquena.—Las madres «*ha de siglo*», por Carlos Amer.—Estar de más (relación), por Fermín Caballero.—Reclamos y atenciones.

GRABADOS

Mojado hasta los huesos (cuadro de Souza Pinto).—Base de la torre Eiffel, en París.—En el templo (grabado de Alberto).—Paisaje de las Amazonas (Brasil).—El Portal de Belén (cuadro de Ginet).—Reverendo P. Francisco Jiménez Campaña.—La noche Familia (cuadro de Guido Reni).

LA QUINCENA

CON este número cerramos el tomo XV de nuestra publicación. Al contemplar el camino ya recorrido y el que ante nosotros se abre en el misterioso porvenir, hondas reflexiones se nos ocurren y miles de ideas nos asaltan. ¿Hemos cumplido hasta ahora como buenos? ¿Tendremos perseverancia hasta el fin? Lo que no nos atormenta, gracias a Dios, es el desaliento, vicio que sólo conocemos por referencias. Iremos hasta donde materialmente podamos ir, sin apresuramientos, hijos del falso entusiasmo; pero con paso firme, y confiando en Dios y en nuestros buenos amigos, que esperamos no han de abandonarnos en la empresa.

.

Los escándalos del Panamá constituyen el asunto desgraciado que solicita más poderosamente la atención del público en estas postrimerías del año. Inmensa oleada de cieno envuelve a los hombres más conspicuos de la República francesa, y amenaza tragarse a ese partido republicano, corrompido y sectario, que hace tantos años viene regenteando los destinos de Francia. Los acontecimientos se precipitan en París con la rapidez del drama. Una a una hemos visto derrocarse y hundirse las fortunas políticas que parecían más sólidamente afirmadas. *La debacle* va adquiriendo de un momento a otro mayores proporciones. Hace pocos días, la noticia de la dimisión de monsieur Rouvier puso en conmoción a toda Europa; ayer llamaba la atención el encarcelamiento de los administradores de la empresa el Canal de Panamá; hoy vemos a diputados y senadores arrastrándose por el lodo y haciendo declaraciones que manifiestan hasta qué extremo pueden conducir la irreligión y el ateísmo ayudados por el desenfreno de las pasiones.

No se puede predecir el punto donde llegará a detenerse el desarrollo de tanto escándalo.

Las periódicos hostiles al Papa tratan de sacar partido de este malaventurado asunto de Panamá.

Hablan de la liquidación de la república, palabras que no responden en manera alguna a la realidad de la situación, y dicen que en mal hora aconsejó el Soberano Pontífice la adhesión de los católicos a la república.

En la cuestión de Panamá no se discute realmente la república; los que están en tela de juicio son los antiguos republicanos, los que durante diez años ejercen el Poder y dirigen y administran al país.

El proceso de Panamá es la liquidación de todo el personal republicano que trata a Francia como a país conquistado, y que no se ha cuidado de gobernarla, sino de explotarla y oprimirla. Parece que no era otra su misión, sino la de vejar a los católicos y enriquecerse.

El partido republicano tomó como emblema de su bandera la de los partidos de los Estados Unidos: *To the victors the spoils*. Los despojos para los vencedores.

Laización y especulación: tal fué su consigna.

Pero todo se explica aquí abajo, tarde ó tem-

prano; las persecuciones, ya sean a lo Juliano el Apóstata, ó a lo Diocleciano, acaban siempre por costar muy caras a sus autores; primero producen desprestigio, y conducen más tarde a la deshonra. El Panamá se ha convertido en el castigo del anticlericalismo oficial. Hay un proverbio que dice que «Dios no paga todos los sábados, pero... acaba siempre por pagar».

Los recientes acontecimientos de Francia, lejos de contradecir ó debilitar la política pontificia, vienen, por el contrario, a facilitar su triunfo. La liquidación del personal republicano actual demuestra la necesidad de un personal nuevo, no comprometido aún en las luchas de secta ó en las intrigas de la especulación.

¿Y dónde encontrarle sino entre los elementos nuevos que han permanecido hasta ahora a la expectativa, y que siguiendo hoy los consejos de León XIII, vienen a reclamar su puesto y a reivindicar una participación legítima en la dirección del país?

Los escándalos de Panamá vienen a reforzar y afirmar esa necesidad y ese deseo intenso que tiene Francia de un Gobierno fuerte y honrado. Ante la disolución y la ruina con que se hundió el viejo partido republicano, los católicos, que representan la parte más sana y la más numerosa del país, son los que están llamados a satisfacer esa necesidad y a llenar ese deseo. A la República especuladora y anticristiana debe suceder la República honrada y católica, único régimen posible que puede asegurar el porvenir y la prosperidad de Francia.

.

A los buenos católicos de Madrid nos aflige en estos momentos el ultraje que los protestantes tratan de hacer a nuestras creencias y sentimientos inaugurando con cínicos y tumultuosos alardes una capilla de la secta, construída *ad hoc* y con aparato arquitectónico pseudo-religioso. Este hecho lamentable ha sido causa de una universal protesta por parte de todos los católicos. El Sr. Nuncio de S. S., nuestro Reverendo Prelado, las señoras de la aristocracia y de la clase media y los periódicos católicos sostienen actualmente una enérgica campaña contra los protestantes y de petición a los Poderes públicos para que impidan el escándalo que se trata de perpetrar. ¡Quiera Dios que consigan todos el galardón de sus nobles y santos esfuerzos!

.

De nuestra política interior, nada es tan saliente en la última quincena como el último asalto al presupuesto dado por los vencedores en la última crisis. Pero parece que ya esto de los empleos no es tan mollar como otras veces; la mayor parte de los fusionistas se quejan por ahí amargamente de haberse quedado sin destinos y casi sin esperanzas de obtenerlos más adelante. Con las economías introducidas en el presupuesto de Gobernación se ha reducido considerablemente la plantilla de aquel centro ministerial, y en los demás departamentos parece que se hará cosa semejante. Por otra parte, se ha suprimido el sueldo de 3.000 \$ de que disfrutaban hasta ahora los consejeros de Estado, los cuales no tendrán de aquí en adelante más que dietas de cincuenta pesetas por sesión. Se calcula que un consejero de Estado cobrará por este nuevo sistema unos 16.000 reales al año, menos que un comandante de Ejército. Según se ve, las economías parece que van de veras.

Entre tanto, el partido conservador sigue dando el espectáculo lastimoso de sus divisiones intestinas. Los ánimos de los dos bandos se agrían, y gracias a que el Sr. Silveira se ha separado de la política activa, prestando un gran servicio a su partido. Sin él, la disidencia no vale nada, y poco a poco se disipará, regresando casi todos los que la sustentan a la casa paterna del partido conservador, ó sea al grupo acaudillado por el Sr. Cánovas del Castillo.

En esta situación terminan los partidos políticos su campaña de 1892. En el campo que algunos llaman ilegal, ó sea en los partidos que no quieren turnar en el Poder bajo la presente dinastía, vemos a los republicanos cada vez más divididos, y a los carlistas organizándose en círculos y sociedades bajo la jefatura del señor Merqués de Cerralbo.

¿Cuándo llegará el día en que la política española no se reduzca a la lucha constante y enconada de las facciones!

Digamos con Alarcón:

«México, Portugal, Gibraltar y Marruecos nos esperan hace mucho tiempo.»

.

Los periódicos católicos se quejan, y con justicia, de la licencia escandalosa de que disfruta la prensa sectaria para escarnecer los dogmas de nuestra Religión. Esto no lo autoriza, ni la Constitución del Estado, ni el Código penal.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

Mojado hasta los huesos (cuadro de Souza Pinto).
(Pág. 369.)

El asunto de este cuadro es del género realista, hoy tan en boga, y en el que cabe sorprender tantas bellezas, tomado de esas escenas frecuentes en las familias pobres. Un muchacho travieso que jugando con otros de su misma edad se ha zambullido en un estanque, vuelve a su casa hecho una sopa, como vulgarmente se dice. Su madre, al recibirle en tal situación, le ha propinado una fuerte paliza, secándole su cuerpo a fuerza de golpes. El artista ha sabido interpretar perfectamente el asunto dándole color de realidad. Esta obra figuró en el Salón de París, mereciendo justos elogios de la prensa, que considera al artista Souza Pinto como uno de los principales pintores portugueses. La Nochebuena, que es también fiesta del hogar, da a esta escena de interior doméstico cierto interés de actualidad. ¿A quién no han sucedido aventuras semejantes? ¿Quién no tiene en el fondo de sus recuerdos la imagen de alguna escena por el estilo, en que figuró hace muchos años como protagonista ó actor principal? El realismo, cuando sorprende estos cuadros, es fuente de poesía altísima y conmovedora.

Base de la torre Eiffel, en París.—(Pág. 372).

De sobra son conocidas las gigantescas proporciones del coloso de hierro que elevaron en París durante la última Exposición universal. Nuestro grabado da idea gráfica de ellas, reproduciendo la base del monumento, el primer piso pudiéramos decir, ó en lenguaje más figurado, las pantorrillas del gigante; estuerzo supremo de la industria moderna, que en sus manifestaciones más amplias casi se confunde con el verdadero arte. Los espíritus superiores darían, no una, sino cien torres Eiffel por uno de los campanarios de la Catedral de Burgos ó por la Giralda de Sevilla; pero no extrememos, sin embargo, las cosas; en la torre metálica de París, si no belleza delicada, hay mucho de imponente y grandioso. Aquella mole de hierro anonada, y no hace, no, pensar melancólicamente en lo pasado, pero sí abre al espíritu horizontes para fantasear de lo lindo sobre el porvenir. ¿Qué será esta especie humana en los venideros siglos? ¿Hasta donde llegarán sus progresos, poseyendo medios tan asombrosos de acción industrial?

En el Templo (grabado de Alberto).—(Pág. 373).

Con gran fervor está rezando la inocente aldeana de nuestro cuadro, utilizando el reclinatorio y el libro que su señora ha dejado en el templo.

Este sencillo argumento no es más que un pretexto para componer y dibujar una hermosa figura, quizás un retrato de persona determinada y conocida, ó amada por el compositor.

Paisaje de las Amazonas (Brasil).—(Pág. 376).

El Amazonas es el río más grande del mundo, y el mayor, por lo tanto, del continente americano; re-

corre unas 600 leguas de longitud, y tiene 40 de ancho en su embocadura. Lo descubrió el intrépido Orellana el año 1540, cuando fué enviado por Gonzalo Pizarro en busca de viveres en su expedición á las tierras donde se cría el árbol de la canela. Dióle Orellana el nombre de Amazonas, porque siendo atacado por los indígenas, vió entre ellos á muchas mujeres armadas, que le recordaron las que habitaban en la antigüedad en las orillas del Termodonte.

El Portal de Belén (cuadro de Glint).—(Pág. 377).

Sabido es que Owerbek, pintor alemán, enamorado de las maravillas de la pintura cristiana en la Edad Media, trató de continuar aquella gloriosa tradición artística, produciendo obras magistrales. Owerbek fundó escuela, y Glint, también alemán, es uno de sus discípulos más ilustres. Bien lo re:ela su cuadro *El Portal de Belén*, en el que el insigne pintor ha procurado tratar el inefable asunto de un modo espiritual, ideal, poniendo el mayor sello posible de fervor religioso en los rostros de Nuestra Santísima Madre y del Patriarca San José. La composición es austera, sin accesorios que quiten la atención del espectador de los semblantes de los casi divinos personajes.

R. P. Francisco Jiménez Campaña.—(Pág. 379).

Reproducimos con sumo gusto al frente de los sonetos *Cantos de la Biblia*, el retrato de su autor, R. P. Francisco Jiménez Campaña, insigne escolapio, honra de los hijos de San José de Calasanz, orador y poeta de altos vuelos y de justo renombre. El P. Jiménez Campaña hace años que favorece á LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA con las obras originales de su ingenio; y se le quiere tanto en esta casa, que cualquier elogio que le tributáramos podría parecer interesado. Pero ahí están sus versos, en que la galanura oriental de la dición poética no empuja al buen gusto acrisolado de un excelente discípulo de los clásicos. Cristiano y granadino, el P. Jiménez Campaña ha sabido unir en sus poesías los más puros sentimientos espiritualistas, y la forma exuberada y pomposa del arte árabe, rico en colores y perfumes. Habiendo ya producido tanto y tan bueno el insigne escolapio, aún no ha producido, á nuestro juicio, ni la mitad de lo que puede dar de sí su estro poético y sus grandes condiciones de talento y estudios.

La Sacra Familia (cuadro de Guido Reni).—(Pág. 381).

Con motivo de la hermosa festividad de estos días, publicamos la copia del célebre cuadro del famoso pintor Guido de Reni, nacido en Bolonia en 1575, discípulo de Caracci, protegido por el Papa Paulo IV, y que murió en 1642. Su cuadro *La Sacra familia* es de los más hermosos que produjo su inspirado pincel.

ANTONIO DE OLMEDO.

NOCHEBUENA

ESTAMOS en Adviento, y la cristiandad se dispone á celebrar bulliciosamente la más grande de sus fiestas. «Toda festividad aneja á la Religión y á la memoria de sus beneficios, es la única imperturbable y duradera,» dice el gran poeta cristiano Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo*, la mejor de sus concepciones. Y dice bien, que 1883 años hace, la humanidad dolorida recibió en miserable cueva el mayor de los beneficios que registran las páginas de su historia. La festividad religiosa que anualmente recuerda tan fausto acontecimiento, no ha sufrido interrupción al través de los siglos; y es que en el pesebre de Belén tuvo principio la redención humana. La misa llamada del gallo, que se canta en el orbe católico, es la misma en todos los pueblos, pero los regocijos caseros y públicos con que se solemniza la fiesta religiosa tienen carácter especial, tan marcado tinte de localidad, que diferencia notablemente á unos de otros, pres-

tando á muchos de ellos no pocos encantos. Yo, al menos, recuerdo con placer las Nochebuenas de mi lugar. ¿Queréis saber vosotros lo que en tales noches hacia y presenciaba?

Trasladaos conmigo á Vallehermoso, y advertid que el lugarejo humilde, sin hacer maldito caso de las veleidades humanas, permanece entre los mismos montes y sobre los mismos peñascos, con sus bellezas y fealdades sempiternas. Hoy está que da gozo de Dios el verlo... blanco, blanco como la nieve. Digo mal, la blancura no pertenece á la aldea ni al valle, sino al manto purísimo que los cubre. Todo está cubierto, y jamás en la estación de los fríos habréis visto más bello paisaje. Los pinos ocultan la verdura de su hoja perenne bajo copos blanquíssimos; en nada se diferencia el erial inculto de la fértil huerta; borradas las márgenes, la nieve se anticipa al comunismo, haciendo de propiedades diversas un solo campo; y la aldea, escondiendo á las miradas del curioso los tejados rojizos, y semejante á bandada de candidas palomas, se agrupa en torno del campanario, dedo inmóvil y elocuente que nos invita á mirar al cielo.

Destruyadora es la blancura del conjunto, y al contemplarla se recuerdan con envidia los anteojos verdes que usan los viajeros del Norte. La nevada no es, sin embargo, como las que treinta ó cuarenta años atrás sepultaban anualmente los lugarejos de la Sierra de Albarracín, dando origen al cuento del arriero que, perdido por aquellos andurriales, ató el ronzal de su recua á la veleta de una torre: refieren los viejos que no nieva ya de aquella manera. La delgada capa de nieve que nuestro valle cubre, es un motivo más de alborozo. Los chicos hacen Cristos, moldeando en ella su cuerpo con los brazos abiertos, y los mozalbetes pelean á pelotazo limpio con pellas de nieve endurecida. El día frío y el cielo nebuloso aumentan las delicias del hogar. Figúraos, leyentes míos, que conmigo y mi familia os calentáis en torno de la lumbre, mientras sopla silbando el cierzo y rechina la veleta del campanario á impulsos del aquilón. Reina en la cocina el regocijo más franco y bullicioso; troncos enteros de resinoso pino chisporrotean y arden en el hogar, bajo la inmensa campana que da paso al humo abundante y permite ver el plumizo cielo; todos hablan y nadie escucha; éste asa castañas; toca aquél la pandereta; canta el de más allá; rasga uno la guitarra; otro hace gemir la zambomba, y para que el desconcierto sea completo, suena también el almirez, dos coberteras de hierro hacen de platillos, y de castañuelas dos cucharas de madera.

Tan alegre escena se repite en los hogares todos, y las calles de Vallehermoso, ordinariamente desiertas y silenciosas, participan en Nochebuena de la general animación. Sin miedo al frío, ni temor á la nieve resbaladiza, recorrenlas los muchachos, mozalbetes y mozos, en especial los pastores, y rara vez algunas mujeres y muchachas golosas gritando y cantando de puerta en puerta, al son de ruidosos instrumentos, tales como zambombas, guitarras, panderetas y platillos. Aunque los lugarejos de estas montañas son muy pobres, no hay en ellos familia que gustosa no comparta su pobreza con los que en la puerta de la casa entonan las coplas del Nacimiento. Castañas, bellotas, higos, pasas, nueces, remolachas, zanahorias... todo es bueno para aguinaldo.

Covarrubias deriva esta palabra de la voz árabe *guineldán*, que significa regalar, ó de la griega *gininaldo*, que equivale á regalar en días de natalicio. Nosotros los serranos, prescindiendo de toda cuestión etimológica, griego y árabe verdaderos para nuestra ignorancia, y dándonos un ardite de la corrección castellana, llamamos *aguilando* á los regalos de Nochebuena, y por un higo ó una zanahoria recorremos veinte veces

el lugar, cantando por esas puertas y calles como locos.

¿Queréis formaros idea de nuestras coplas y cantares? Callad, pues, que ya los pastoriles instrumentos alegran la puerta de mi choza. La música es monótona, pero dulce: de la letra juzgaréis vosotros mismos.

—¿Cantamos? (pregunta el más osado).

Esta pregunta quiere decir: ¿nos dará usted algo? Yo, que entiendo perfectamente el dialecto del país, contesto:

—¡Pues no faltaba más! Sí, muchachos, sí, cantad hasta que os quedéis roncos.

Esta contestación significa: soy tan amante de las tradicionales costumbres de mi lugar, y de tal manera quiero celebrar la noche única que ha recibido el antonomástico nombre de *buena*, que estoy dispuesto á repartir *aguilando* sin medida. Los postulantes me entienden en el acto; rompe el fuego la desconcertada música, y sin más circunloquios ni preámbulos cantan lo siguiente:

Cantor.

A esta puerta hemos llegado
con deseos de cantar,
las coplas del nacimiento
del Cordero celestial.

Coro.

Digan todos como yo,
digan todos sin cesar:
¡Viva la recién parida
y el Cordero celestial!

Variante del coro.

Digan todos como yo,
digan todos y diré:
¡Viva la recién parida
y el Patriarca San José!

Según le parece que *dice* mejor, el coro canta indistintamente la primera ó segunda cuarteta al terminar cada copla. Estas son muchas, debidas todas á la musa popular, por lo que, para no fatigar al lector, copio á continuación las mejores, sin alterarlas en lo más mínimo:

Caminito de Belén
va la estrella refulgente,
llevando en su claustro hermoso
al Señor omnipotente.

A caballo en un jumentó
la Virgen á Belén marcha,
y San José va delante
pisando nieve y escarcha.

Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad,
que está la Virgen de parto
y á las doce parirá.

En la cueva de Belén
humilde nació un chiquito,
cuya grandeza no cabe
de la tierra en el recinto.

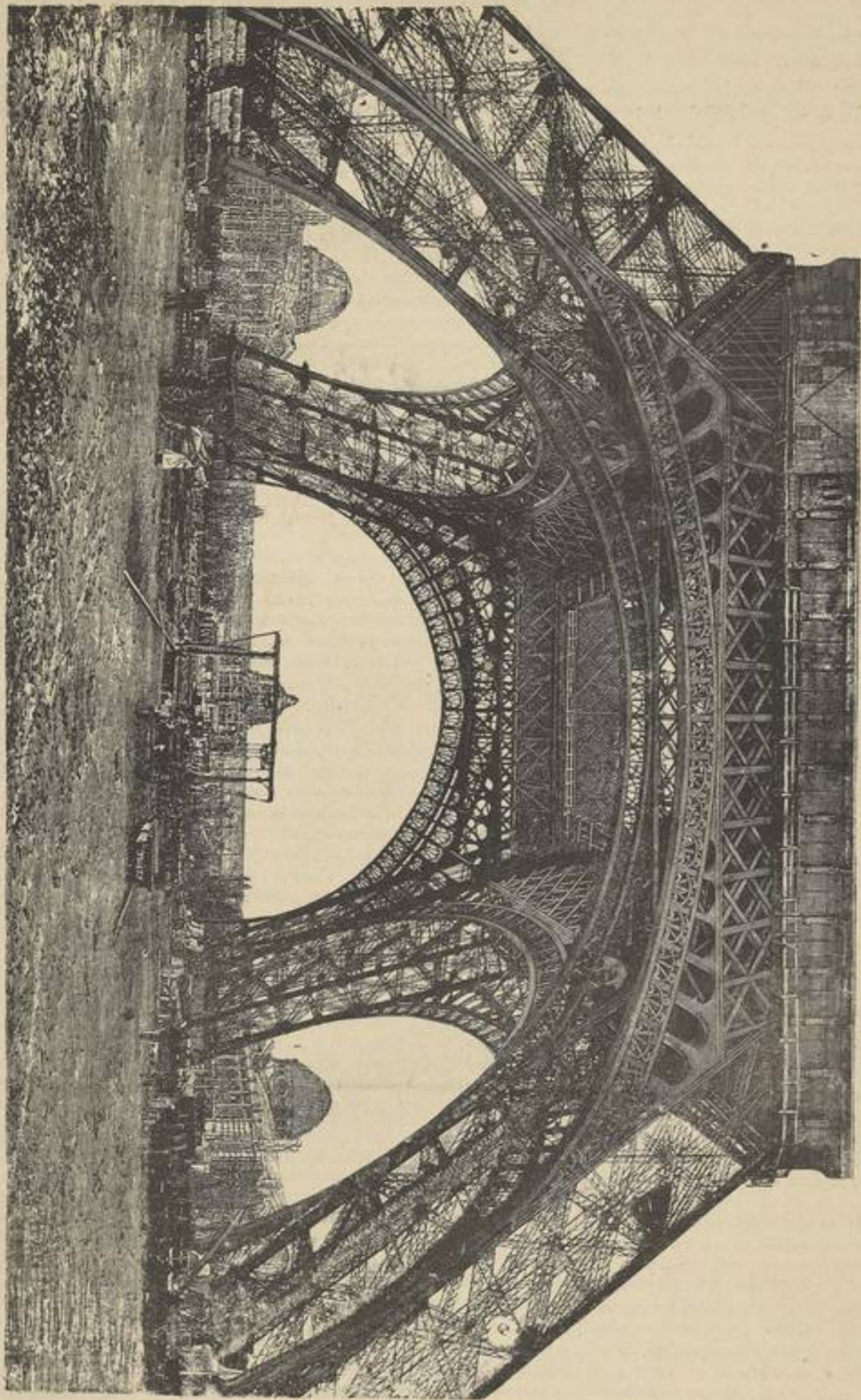
Y á los pastores, al punto
un ángel les avisó
que en Belén había nacido
su Mesías y su Dios.

Dejan todos el ganado
corriendo á cual más veloz;
preséntanle mil ofrendas
y adoran al Redentor.

Uno le lleva un cabrito,
otro le lleva un jamón,
otro gallinas y tortas,
otro le lleva un capón.

Antón dijo: «A este chiquillo
en el zurrón me lo llevo,
que no quiero que la mula
le tire coces al cielo.»

Todos los años venimos
á cantar por este tiempo,
en busca del *aguilando*,
las coplas del Nacimiento.



BASE DE LA TORRE EIFFEL, EN PARIS

Si nos habéis de dar algo
no nos lo hagáis desear,
que corre un viento muy frío
y nos podemos helar.

Si nos habéis de dar higos,
no les quitéis los pezones,
que traigo yo aquí un amigo
que se los come á serones.

Si nos habéis de dar pasas,
no les quitéis los raspajos,
que no falta entre nosotros
quien se los come á capazos.

Alegráos, compañeros,
que ya la veo venir,
en una mano aguilando
y en la otra mano el candil.

Alude la canción á la ama de casa que sale á repartir entre los cantores el solicitado aguinaldo. Recogidas las frutas ó zanahorias, cantan media docena de despedidas como la siguiente:

Echemos la despedida,
la que Cristo echó en Belén:
quien nos ha juntado aquí
nos junte en la gloria, amén.

Si alguna vieja mal humorada les hace cantar, y los despide luego á gritos y sin darles ni siquiera un higo, ni una remolacha, los postulantes se vengán cantando despedidas picarescas y burlescas, y se marchan con la música á otra puerta. Por el camino entonan canciones como la siguiente:

La zaiabomba tiene un diente
y la muerte tiene dos,
y el pícaro que la toca
tiene más de veintidós.

Poco á poco disminuye la algazara, y á lo lejos se oye el consabido coro:

Digan todos como yo,
digan todos sin cesar:
¡Viva la recién parida
y el Cordero celestial!

Las cuadrillas de postulantes menudean que es una bendición; por encanto desaparecen las frutas secas, convertidas en aguinaldo; se hace colación como Dios manda, permitiéndonos únicamente probar los turrónes que devorados serán al día siguiente; y cuando un vuelo general de campanas anuncia al valle y contorno que va á empezar la Misa del gallo, embozados hasta los ojos y con un farolillo encendido en la mano, nos dirigimos á la parroquia. Mucho frío hace; pero ¿qué buen católico no conmemora en el templo la Natividad del Salvador?

Buenas noches, pues, lector pacientísimo, y mejores Pascuas.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

La Pasión de Jesucristo

CAPÍTULO VIII

Es presentado Jesús ante Herodes; y vuelto á Pilato, es azotado, coronado de espinas y condenado á muerte.

HERODES Antipas, hijo de Herodes el Grande, y su sucesor en el reino y Tetrarquía de Galilea y Perea, tenía la mayor parte de los vicios de su padre y ninguna de sus virtudes ó buenas cualidades. De instintos y pensamientos ruines, desenfrenado en sus costumbres, enervado por el placer, en él se juntaban todas las miserias y debilidades propias de esta clase de caracteres. No teniendo ningún principio de temor de Dios, era vano, ligero, supersticioso. Incapaz

BELLAS ARTES



EN EL TEMPLO (grabado de Alberto).

de ideas grandes y generosas, suplía con los amaños de su astucia las cualidades de entendimiento y de rectitud necesarias á la gobernación y florecimiento de los Estados. Como no gozaba del favor en el pueblo de Israel, que le aborrecía cordialmente, todo su afán era congraciarse y estar bien quisto con el César romano y con sus Legados, para que le sostuvieran en su vacilante poder. Indiferente en religión, siquiera afectase otra cosa delante del público, lo mismo engrandecía el templo de Jerusalén que levantaba templos á los ídolos y construía circos y anfiteatros para solaz de la muchedumbre. Con nombres latinos solía condecorar los monumentos que levantaba, aunque protestasen contra ello avergonzadas las sombras del judaísmo. En honor del Emperador Tiberio, á quien debía el reino, había reconstruido la ciudad de Tiberiade, por cierto en lugar sagrado, y teniendo que profanar para ello las sepulturas de los muertos.

De su natural era ligero y aturdido. Miraba la religión como cosa indiferente y sin importancia; más bien, en su corazón despreciaba la ley judaica, teniendo todas sus simpatías por la parte de la sociedad israelítica, muy crecida

en Jerusalén, que se inclinaba á lo que hoy llamaríamos indiferencia y racionalismo; con todo, como acontece en muchos hombres de su estofa, gustaba de oír pláticas de Dios, asistir á las fiestas religiosas, y aun tenía cierto respeto á las personas buenas y justas, afectando querer guiarse por sus consejos, aunque esto no lo hacía por respeto á las cosas divinas, ni por humildad ó deseo de acierto, y menos por amor á la justicia, sino por liviandad de corazón, ó tal vez por el instinto natural que tiene la alma humana de buscar el rayo de la divina luz, siquiera la desatienda y desprecio lleve en la práctica; así, no bien se pusiese por medio la pasión, daba al traste con tales consejos; y como las personas santas y buenas le dijese claramente la verdad y le reprendiesen sus desórdenes, no reparaba en ocasionarles mil vejaciones y molestias, y aun á veces la muerte.

Aunque no era de su natural inclinado á actos de terror y violencia, con todo, llevado de su liviandad, habíase mostrado en ocasiones cruel y sanguinario. Estando de todo en todo entregado al capricho de su cuñada Herodiade, con quien vivía públicamente amancebado, por su instigación había mandado degollar á Juan

el Bautista, que reprendía sus vicios, y que con la influencia que tenía con el pueblo, que le aclamaba por santo y enviado de Dios, hacía sombra al envidioso Tetrarca. Mas este crimen, si pudo quitar de delante de Herodes al elocuente condenador de sus maldades, no le libró de los terribles remordimientos de la conciencia. La sombra del santo predicador le perseguía por todas partes; á todas horas se le ofrecía á la vista, echándole en cara sus liviandades y criminales placeres, y amenazándole con el juicio de la divina venganza.

En los días que corre nuestra historia hallábase Herodes en Jerusalén para solemnizar la festividad de la Pascua, probablemente en el palacio llamado de los Asmoneos, situado á corta distancia del Pretorio, y en la plaza llamada *Xystus*, que estaba entre el Templo y el dicho Pretorio. Según parece, no estaba con él la impura Herodiade; pero bien suplía la ausencia de su infame concubina la cohorte de truhanes y aduladores que le cercaban de continuo, y que vivían á su costa y le entontecían y emborrachaban con el vino de la lisonja, celebrando sus torpezas y riéndole sus chocarrerías y bufonadas. Pues ante este hombre vil y despreciable, ante este zorro coronado, como le llamó Jesús en cierta ocasión, iba á ser presentado el Divino Maestro, de orden del Procurador del Imperio.

Estaría probablemente en su Tribunal vestido de púrpura y seda, como solía, y rodeado de regio aparato, cuando le fué dicho que iba á presentarse delante de él el santo predicador de Galilea. El anuncio de la visita hubo de ser á Herodes tan agradable como inesperado. Hacía largo tiempo que el nombre de Jesús, sus obras y milagros y la fama de sus predicaciones sonaban en la corte de Herodes. En ella estaba Chuza, su intendente ó mayordomo, y gobernador un tiempo de la plaza de Cafarnaüm, que era discípulo de Jesús, y cuya mujer Juana solía andar en la comitiva del santo Maestro; entre los más íntimos amigos del Tetrarca contábase Manahen, su hermano de leche, y que también se había inclinado á las doctrinas del predicador de Galilea; en fin, coligese del Evangelio que había muchos otros personajes en la corte de Herodes que se habían declarado en favor de Jesús, y ponderado ante el Tetrarca sus milagros y prodigios. No es extraño, pues, que tuviese Herodes deseos de conocer de cerca al personaje de quien tantas cosas le habían dicho, y que se regocijase en extremo al oír que le iba á ser inmediatamente presentado. Fuera de esto, había otra razón particular que impulsaba á Herodes á conocer y hablar á Jesús. A pesar de la perversidad de sus instintos, el asesinato que había mandado ejecutar de Juan el Bautista había dejado en su ánimo, como se ha dicho, impresión muy profunda; la sombra del precursor de Jesús le traía de continuo inquieto y sobresaltado; su santa imagen era para él una insupportable pesadilla, y de tal manera le molestaba y perturbaba, que como sus cortesanos y aduladores, guiados de las ideas muy corrientes entre los judíos sobre la transmigración de las almas, le dijese un día que Jesús sería tal vez el mismo Juan Bautista resucitado, había tenido la idea de matarle; y lo habría ejecutado, sin duda, si Dios no hubiera dispuesto las cosas de manera que no pudiesen realizarse los proyectos del Monarca. Es posible que el tiempo, las distancias y los placeres hubiesen borrado de su mente semejante idea; pero conducido por el Sumo Sacerdote y consejeros del Sanhedrín, no le habían quitado el deseo de ver al milagroso predicador, y sobre todo de presenciar alguno de los muchos prodigios y maravillas que de él se contaban. Por esto, cuando le dijeron que estaba allí, es seguro que no pudo reprimir su alegría, creyendo tener asida por los cabellos la ocasión de ver lo que por tanto tiempo había deseado.

De seguro no les sería muy agradable á los

consejeros del Sanhedrín andar de acá para allá llevando á Jesús de un tribunal á otro, sin saber lo que podían ganar con aquel enojoso ajetreo; aunque al ir á Herodes confiarían probablemente que su asunto se ponía de mejor data, ya que el Tetrarca, aunque de fe muy tibia, era judío de religión, y por consiguiente, podían esperar que respetaría el fallo del Supremo Consejo del Sanhedrín acerca de Jesús, y quesaldría en defensa de las tradiciones patrias y de la santidad de la ley, violada, según afirmaban, por el profeta de Nazaret; de más á más, siendo amigo de los jefes del partido de los saduceos, principales motores y muñidores de aquel negocio, era natural también que hiciese lo posible para sacarlos del aprieto en que los había metido el mal despacho del Procurador. No iban mal encaminadas estas esperanzas, y aun se esforzaban y engrandecían más al pensar que no dejarían de encontrar apoyo en sus pretensiones en los mismos que rodeaban al Tetrarca; pues si ya desde los principios de la persecución contra Jesús habían sus enemigos encontrado en ellos eficaces cooperadores aun para maquinar su muerte, y ni más ni menos, más adelante, cuando se trataba de armarle lazos para hacerle caer en emboscada, podían confiar que también los encontrarían ahora que podían trabajar más sobre seguro, y cuando estaban las cosas en un punto más sazornado.

Alentados con estas esperanzas, introdujeron á Jesús á presencia de Herodes. Recibíoles éste con el debido acatamiento, y constituidos que fueron ante su presencia empezaron los miembros del Sanhedrín á exponer las razones que tenían de llevar la causa de Jesús á su tribunal, los delitos por él cometidos, la sentencia que contra él habían pronunciado, el desvío y repulsa del Gobernador á condenarle, y las esperanzas que tenían de que él le juzgaría y condenaría en razón de ser vasallo suyo, como natural de Galilea, saliendo así por los derechos de la justicia, por la autoridad del Sanhedrín y por la gloria y honor del judaísmo, despreciado por el Gobernador romano.

Poco efecto debieron de hacer estas peroratas en el ánimo aturdido de Herodes, como quiera que sin hacer caso de la parte jurídica del asunto, sobre la cual pensaría tal vez como Pilato, es á saber, que todo ello era amaño de la pasión, sin tener cuenta con su dignidad y estado ni con el respeto debido á las personas que le hablaban, allí delante de todos con gestos indignos y ridículas bufonadas empezó á entregarse á los extremos de la más descarada alegría, por ver llegada la ocasión que tanto había deseado de ver á Jesús y presenciar alguno de sus milagros y maravillas. Miraría sin duda el asunto como cosa de diversión y entretenimiento, esperando pasar un buen rato; y tanto con más fundamento lo esperaba, cuanto que estaba persuadido de que ninguna ocasión era mejor que ésta para lucir Jesús sus habilidades, ya que con ellas podía disponer en su favor el ánimo de quien le podía conceder la vida y llevarle á la muerte. Con tal intención hacíale mil preguntas y decíale mil chistes y desvergüenzas, instándole una y otra vez á que hiciera delante de él alguno de los prodigios de que había sido tan pródigo en otras ocasiones.

A estas preguntas y reiteradas instancias y á las desvergonzadas graciosidades de aquel monstruo de sensualidad y de molice, Jesús guardaba el silencio más profundo, compadeciéndose sin duda interiormente de aquel miserable que de modo tan juglaresco trataba las cosas divinas, arrastrando por los suelos la autoridad de que estaba inmerecidamente revestido. En verdad, ¿qué provecho podía sacar de la vista de una obra milagrosa quien tenía sus sentidos cerrados á las cosas de Dios? No son las obras divinas para tomadas por burla y entretenimiento; dirjense, no á satisfacer la curiosidad, sino á reformar el corazón; no á deleitar vanamente los sentidos, sino á santificar la vida y las costumbres; como medios que son de sa-

lud, han de ser recibidos no como cosa de risa y pasatiempo, sino con respeto y reverencia, y con humildad y sencillez de corazón.

Indignábase Herodes del silencio de Jesús, y en sus gestos y palabras mostraba grave enojo contra el Salvador. Viendo lo cual, los consejeros del Sanhedrín, aprovechándose de este enfado de Herodes para maldisponerle contra Jesús, comenzaron á repetir las mismas acusaciones que habían hecho en presencia de Pilato, exagerándolas con ahinco, y sacando de ellas la conclusión de pedir á Herodes que le condenase á muerte, que era lo que ante todo pretendían. Mas á pesar del enojo que había cobrado Herodes contra Jesús, no mostró inclinación á acceder á la porfía de los príncipes de los judíos; más bien desentendióse absolutamente de lo sustancial de la causa, y como liviano y juglar, y considerando que Jesús no había querido darle gusto haciendo delante de él el milagro que le había pedido, determinó tomarse por sí mismo esta diversión y pasatiempo, haciendo burla y chacota de su persona. Creyendo que Jesús había descatado su autoridad rehusando hacer en su presencia lo que de balde y á todas horas hacía delante de todo el pueblo, quería salir de esta afrenta poniéndole en ridículo delante de sus cortesanos; y para esto llamarle charlatán y embustero, que con sus enredos y tramoyas había llegado á alcanzar séquito en el vulgo, pero que no se atrevía á lucir sus habilidades delante de hombres de pro, como quien estaba seguro de que habían de salirle huera y fallidas; mojarle de loco y menguado que había vendido sus artificios y marañas por prodigios y revelaciones, y que viendo que el pueblo los creía, había llegado á creerlos él mismo, teniéndose por hombre extraordinario y providencial, haciéndose proclamar por el Mesías restaurador del trono de David y Redentor del pueblo de Israel; y con estos y otros desatinos á este tallo, sazoados con mil desvergüenzas y cuchufletas, explicaría Herodes á sus aláteres y cortesanos cómo un hombrecillo por ahí, rústico y mal criado, había llegado á engañar á la muchedumbre, y traerla embaucada y encandilada, removiendo toda su república, alborotando á las gentes sencillas y exaltando sus pasiones y esperanzas.

Las sandeces y bufonadas del poderoso nunca han parecido insípidas á sus aduladores. Tiene el poder mágica virtud para cambiar el aspecto y naturaleza de las cosas y para trastornar y enloquecer los juicios de los hombres. Lo que hecho por un hombre vulgar parecería cosa indiferente ó baladí, en las personas de los poderosos es celebrado como sabiduría y grandeza. Aunque se reconozcan y confiesen interiormente las locuras y desvarios del adinerado, es necesario celebrarlas á boca llena, ó por lo menos excusarlas ó callarlas, echando una mordaza á la lengua para conservar la gracia, que en algún tiempo puede ser provechosa, ó para no atraer contra sí la cólera, que en ocasiones puede ser fatal. Sobraban en el palacio de Herodes los aduladores y malsines, camaleones de sus gustos y aprobadores de sus desvarios, y como ante todo atendían á su negocio mirando en derecho de su dedo, no tuvieron que esforzarse mucho por seguir el humor de su señor, haciendo burla y chacota de Jesús al estilo de su amo, diciéndole mil donaires y apodos, y mofándose de él como de loco y dementado. Y no paró la cosa en solas palabras, sino que cual si anduviesen á porfía sobre quién llevaría la palma en esta triste faena, y obedeciendo tal vez en esto á las indicaciones de Herodes, pasaron de las palabras á las obras, y echando sobre los hombros de Jesús un ropón ó traje blanco y resplandeciente que le cubría todo el cuerpo y le vestía de moziganga, se pusieron á vilipendiarle, burlándose de él como de Rey de farsa y como de hombre necio y mentecato. Así fué tenido por tonto el que era la Sabiduría de Dios; por simple y loco el que era resplandor de la ciencia soberana; y por iluso y menguado aquel en cuya

hermosa frente flameaba el rayo de la Intelligencia infinita.

No hizo más Herodes con Jesús. Así, contento con haberse solazado con él, le remitió á Pilato, vestido del ridículo aderezo y librea que le había puesto; y no tuvo otro resultado la entrevista de Herodes con el Salvador, ni dejó mas rastro de sí, sino que con aquella muestra de cortesía de Pilato á Herodes y de Herodes á Pilato, de enviarse el uno al otro á Jesús, y dejarle el uno á la voluntad del otro la averiguación y juicio de su causa, se apaciguaron ciertas rencillas que no se sabe por qué había entre ellos, haciéndose amigos los que ante andaban desavenidos y resabiados.

Mientras que en el Tribunal de Herodes pasaban las cosas que acaban de referirse, en el de Pilato sucedían otras que, aunque extrañas á la causa de Jesús, habían de tener en ella notable influencia. El número de curiosos y desocupados que había acudido al Pretorio para ver el paradero de la causa de Jesús se iba engrosando por momentos. Ríos de gente desembocaban á la plaza del Pretorio, venidos de las colinas de Sión, de Bezetha, de Acra, de los barrios bajos de la ciudad, y aun de sus contornos y alrededores. Aunque gran parte de esta gente eran moradores de Jerusalén, los más eran evidentemente forasteros de los que habían llegado aquellos días para la celebración de la Pascua. Muchos irían allá atraídos por la curiosidad de ver al Gobernador romano y asistir á las causas que en su presencia habían de fallarse; pero en los más, el ruido que armaban entre sí, la viveza y volubilidad con que hablaban, y el afán con que proseguían la conversación, indicaba á las claras que extraños intereses los movía é incitaba, y que al ir á la plaza del Pretorio iban, no ya atraídos por vana é inútil curiosidad, sino por el empeño de enterarse de un negocio que allí tenía que ventilarse, y en el cual habían de tomar ellos mismos parte muy principal y decisiva.

Era, en efecto, costumbre entre los judíos en la fiesta de la Pascua, ocasión de regocijo universal y recuerdo de la salida del pueblo de Dios de la servidumbre de Egipto, que el Procurador del Imperio diese suelta á un preso de los que tenía en la cárcel, el que el mismo pueblo escogiese y pidiese. Esta costumbre era, según parece, muy antigua, y anterior tal vez á la dominación romana; y á ella se habían ajustado los Gobernadores del Imperio, atentos á la norma política que fué usual en el gobierno de la colonización romana de no alterar las costumbres de las naciones conquistadas. En verdad, poco ó nada perdían los Pretores de Roma con semejante concesión; más bien con el pedazo de soberanía y libertad que en aquella ocasión arrojaban al pueblo, le tenían contento y satisfecho, haciéndole olvidar por un momento las doradas cadenas con que le habían aherrado.

Sin duda muchos días antes de la celebración de la Pascua andaría en las lenguas de todos el nombre del reo cuya libertad habían de pedir los judíos á Pilato, siendo tema de las conversaciones y corrillos, y asunto de los debates, así en las casas particulares como en las calles y plazas públicas y en los mercados y públicos mentideros, llevando en esto la voz los cabezas de los bandos y parcialidades que se agitaban entonces en Jerusalén. Según parece por el Evangelio, el nombre del favorito del pueblo era aquel año un tal Barrabás, ardiente patriota, y aun autor ó instigador principal de un motín que hacía poco tiempo había habido en Palestina. En aquellos deplorables días eran muy frecuentes tales revueltas y motines, ya por sacudir el yugo romano, ya por razón del carácter levantisco de los pueblos de Oriente, siempre dispuestos á alzarse en armas para actos de rapacidad y bandolerismo. El historiador Flavio Josefo nos ha dejado los nombres de algunos de estos bandidos: Ptolomeo, Annibal, Amaran y Eliezer. Uno de estos malhechores ó

perturbadores sería probablemente Barrabás, ya fuese simplemente salteador ó facineroso, como lo indica San Juan, ya revolvedor político, como parece dárlo á entender San Marcos; ó las dos cosas á la vez, como quiera que haya sido común en todos tiempos el conciliar el patriotismo del género turbulento con hechos violentos y desafueros y venganzas personales. Las pasadas fechorías habían dado á Barrabás renombre universal, supuesto que su audacia había llegado á tal extremo, que en un tumulto promovido por él en Jerusalén, entre los desórdenes ocurridos había sido muerto en la refriega, y sin duda á sus propias manos, un hombre, que sería tal vez algún soldado romano. Hay quien cree que compañeros de Barrabás en tales fechorías serían aquellos galileos de que habla San Lucas, que fueron matados en el acto por Pilato; y en este caso, si su jefe y capitán no había corrido la misma suerte, sería ya porque no había sido descubierto á tiempo, ya porque, contando con amigos poderosos, había logrado dar largas á la sentencia, ganando así tiempo y esperando coyuntura de salvarse. Mas al fin y al cabo no había podido librarse de ser condenado á muerte; pero habiendo coincidido su ejecución con la ocasión de la gracia que solía hacer el Presidente, en él esperaban sus amigos salvarle, en especial los fariseos, protectores de tales foragidos, y que ya en otras ocasiones habían conseguido semejante favor de los procuradores del Imperio.

En esta actitud y expectativa estaba el pueblo de Jerusalén delante del Pretorio, formando grupos y corrillos, discutiendo con calor el caso sobre que iban á decidir, dirigidos en esto por las cabezas de los partidos, cuando los príncipes de los sacerdotes, rompiendo por entre los grupos, entraron en tropel en la plaza conduciendo á Jesús atado y con el traje burlesco que le había puesto Herodes, para presentarle de nuevo en el tribunal de Pilato.

La vista de aquel cortejo, el traje y arreo de mojanganga que vestía Jesús, y la actitud del Sumo Sacerdote y de los príncipes del pueblo y de los consejeros del Sanhedrín que le acompañaban, hubieron de excitar gran sorpresa y singular movimiento de curiosidad en los concurrentes, en especial en los que no habían presenciado las escenas ya pasadas entre aquellos y el Procurador romano.

Pero quien más que nadie había de sorprenderse y maravillarse de la escena grotesca que ofrecían los príncipes de los sacerdotes, hubo de ser el mismo Poncio Pilato. Al enviar á Jesús á Herodes había creído desembarazarse de un negocio que era para él de sumo enojo y dificultad; mas al ver acercarse de nuevo la cáfila de gente que conducía á Jesús, entendió que se había frustrado su proyecto, y que mal de su grado tenía que entendedérselas de nuevo con aquella turba evidentemente apasionada y malévolamente que trataba de violentar su conciencia y hacerle cómplice de sus miserias y pasiones. Por su parte no dejarían de mostrarse también mohinos y amostazados los príncipes de los judíos al tener que presentar otra vez ante Pilato á un reo que ya había sido recusado por él, y en cuya causa había manifestado empeño de no querer intervenir. En verdad, no podían menos de ver los príncipes del Sanhedrín que el asunto de la condenación de Jesús se iba poniendo por momentos en trance más crítico y apurado. En los tres interrogatorios á que se le había sometido, nada se había sacado que, á juicio de la autoridad, fuera digno de castigo. Llevado á los tribunales de Pilato y Herodes, ni uno ni otro habían querido pronunciar la sentencia, ni siquiera habían querido dar á sus acusadores la más leve esperanza de venir en lo que tan importantemente pedían. Entre tanto el tiempo pasaba; el pueblo se iba enterando de la causa de Jesús; comenzaban á removerse y salir á flote los pasados entusiasmos por el santo Maestro, y en fin, tales se iban poniendo las cosas, que los adversarios de Jesús podían fundada-

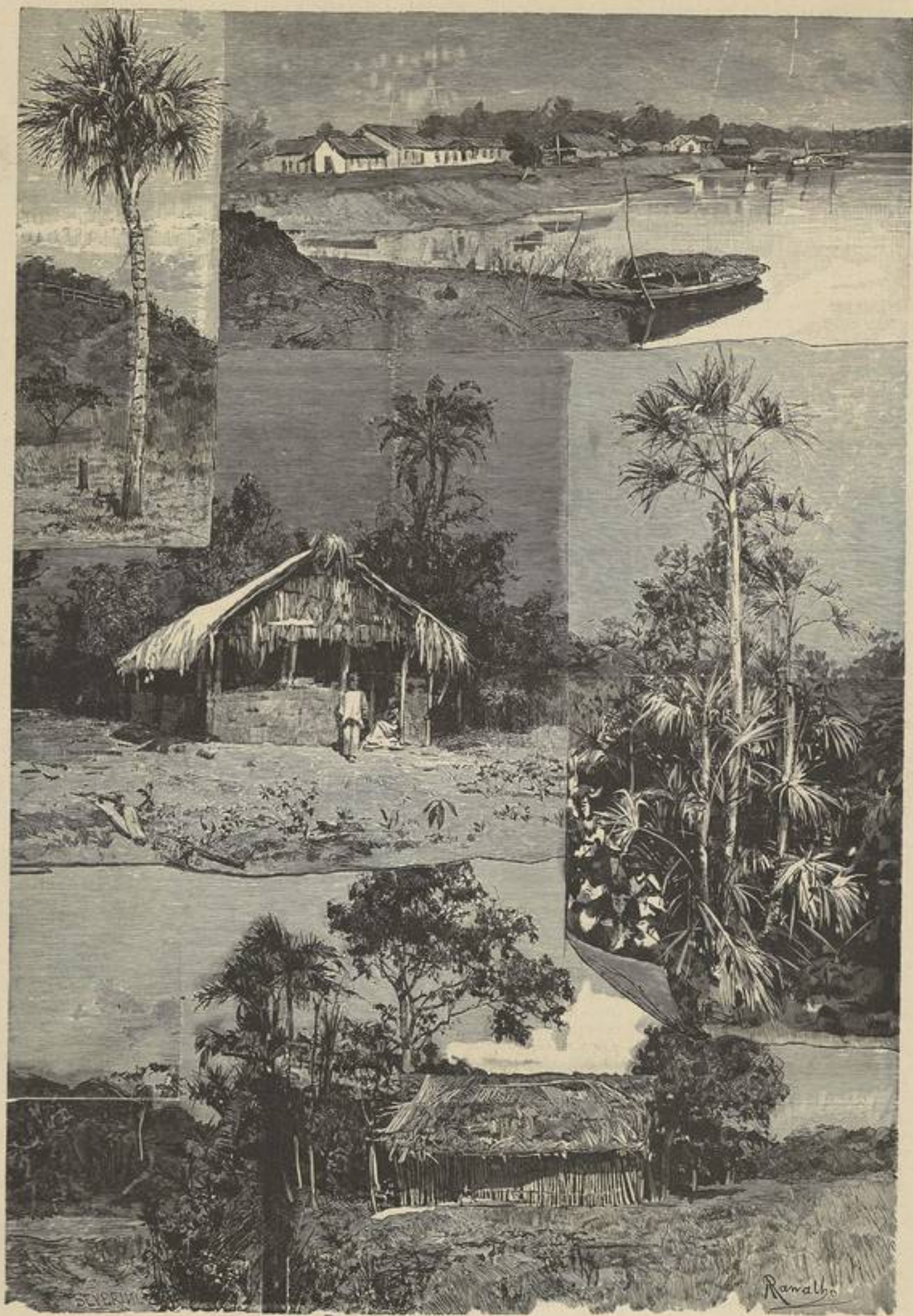
mente temer, ya que no un completo fracaso en sus intentos, que se levantasen contra ellos tales dificultades, que les imposibilitasen llevarlos á efecto con la celeridad y presteza que deseaban. Conociendo esto los príncipes de los judíos al acercarse al tribunal de Pilato, iban sin duda resueltos á echar el resto, rompiendo por todas las dificultades y arrollando todos los inconvenientes, á trueque de recabar del Presidente la sentencia de muerte contra Jesús.

Al ver venir Pilato á los príncipes de los judíos que traían á Jesús, dijo que se acercaran á él, y convocados y reunidos que fueron en su presencia, se enteró de lo que había pasado con Herodes, y hecho cargo de todo, dirigiéndose á ellos, les dijo: «A mí me habéis presentado este hombre como pervertidor del pueblo, y héos aquí que preguntándole yo delante de vosotros, no hallo ninguna cosa de esas por las cuales le acusáis. De más á más, tampoco Herodes, pues os remití á él, y veis aquí que nada le ha resultado digno de muerte; por tanto, después de corregido, le dejaré libre.»

Esta resolución de Pilato de dejar libre á Jesús causó terrible efecto en el ánimo de los consejeros del Sanhedrín. Con esta resolución era evidente que sus planes y proyectos sobre Jesús iban á fracasar por completo. No podían ya dudar de que el Gobernador romano perseveraba en su pasada actitud, pues no sólo deseaba no intervenir en la condenación de Jesús, sino que manifestamente inclinábase en su favor; y aunque indicase la idea de dar algún castigo á Jesús, tal vez para no ser menos que Herodes, que se había burlado de él vistiéndole el traje irrisorio de que le veía adornado, esto era evidentemente la última concesión que podían esperar de él, con lo cual se descomponían y deshacían de todo punto por consiguiente, sus esperanzas de ver condenado á muerte al reo contra quien tanta saña habían concebido. Y como esta idea de que continuase con vida Jesús los traía tan inquietos y desasosegados, á trueque de que tal no sucediese, estaban dispuestos á arrostrarlo todo y á hacer los mayores esfuerzos y violencias. Así, no bien oyeron la declaración del gobernador de no querer sentenciar á muerte á Jesús, rompieron en voces y ademanes descomedidos, y reiterando sus antiguas recriminaciones y aun añadiendo otras nuevas, protestaron con grandes clamores de que aunque Pilato más castigase á Jesús, ellos no se contentarían con menos de que se le diese muerte.

Nada respondía el Señor á tales acusaciones de los príncipes de los sacerdotes y de los magistrados, dejando que desfogasen su ira contra él sin volver por sí ni contestar á sus crueles enemigos. Este silencio de Jesús, su buen término y modestia y la soberana majestad que destellaba de su persona, movían cada vez más á Pilato y le persuadían á librarle de las manos de aquellos malvados que tan de balde pedían su muerte.

Mientras tanto el pueblo se iba removiendo y alborotando por instantes y mostrando su impaciencia por pedir al Presidente la gracia que todos los años solía otorgarle. Los grupos, antes dispersos, se habían ido poco á poco aproximando y formando en torno del Tribunal apretado círculo. En todos los bandos y corrillos hablábase acaloradamente del reo á quien habían de pedir por libre. El nombre de Barrabás corría de boca en boca; oradores improvisados ponderaban sus hazañas y virtudes, la injusticia de su condenación y la necesidad de arrancarle á toda costa de las garras de la muerte. En todo esto no se veía nada que hubiese de traer por necesidad peligros y complicaciones. El aspecto de la muchedumbre reunida ante el Pretorio de Pilato era como de mar tranquilo, apenas rizado por ligera brisa, que lo mismo podía desvanecerse en calma absoluta que en deshecha tempestad. Veía esto Pilato desde la lonja, donde estaba sentado y examinando el movimiento del pueblo, las idas



PAISAJE DE LAS AMAZONAS (BRASIL)

BELLAS ARTES



EL PORTAL DE BELÉN (cuadro de Glinz).

y venidas de sus guías y cabezas, el vago ondear de la muchedumbre y el murmurio y vocerío que de vez en cuando se levantaba; aunque no advertía por entonces ningún síntoma de peligro, no dejaba de entender los que podían venirle de aquel estado de los ánimos, y las dificultades que habían de embarazar su acción al menor deslizo ó descuido que tuviese en el manejo de la causa que pretendía tratar. Conocía el carácter veleidoso y tumultuario de los moradores de Jerusalén, y como sabía que el nombre de Barrabás sonaba bien en los oídos del pueblo, no dejaba de tener sus recelos en contrariar esta su primera idea y voluntad; pero por otra parte, la inocencia de Jesús, en lo poco que había podido vislumbrar de su causa, le parecía tan evidente, tan clara la sinrazón de los príncipes del Sanhedrín al acusarle, tan soberanamente injusta la sentencia de muerte que contra él pretendían, que no creía difícil, con poca maña que usase, hacer partícipe al pueblo de su misma persuasión, y aun daba por seguro que puesta la muchedumbre en el trance de tener que escoger entre la libertad de Barrabás y la de Jesús, se decidiría por la de éste, á pesar de cuanto pudiesen trabajar en contra los jefes y muñidores de la muchedumbre. Tal pensaba Pilato, y con tales esperanzas alimentaba su flaqueza; y más aún, en el caso, que no esperaba, de que el pueblo se decidiese por Barrabás, contaba hallar en la benevolencia natural de esta misma muchedumbre, enemiga de sangre y dispuesta más al perdón que á la severidad, sobre todo en las circunstancias de alegría en que estaba con motivo de la solemnidad de la Pascua, medios y motivos más que suficientes para salvar á Jesús y contrarrestar las exigencias de los jefes del Sanhedrín, que á todo trance pedían su muerte.

Esta resolución de Pilato de apelar al pueblo proponiéndole la resolución sobre la causa de Jesús, era consecuencia de su debilidad, de su deseo de no contrastar con demasiada violencia la que le querían hacer los sumos sacerdotes, de defender la inocencia hasta cierto punto y no más, salvando á un tiempo los derechos de la virtud y sus conveniencias particulares, y justificando de antemano su actitud respecto de los representantes del Sanhedrín y del emperador Tiberio en el caso de que éstos apelasen á él en la causa que sostenían. Su voluntad no era mala, pero débil y acomodaticia; era la voluntad del que quiere salvar á la vez la honra y sus intereses; la del que pretende hacer algo en pró del justo y del inocente, pero sin aventurarse á graves riesgos ni empeñarse en grandes dificultades.

Siempre fué el pueblo vario, inconstante en sus opiniones y querer y fácil de torcer á donde han querido llevarle los que le guían y manejan, y más lo era en los tiempos en que corre nuestra historia el de Jerusalén, puesto al capricho de los bandos político-religiosos que dominaban en la ciudad, voluble y apasionado como todo pueblo oriental, y tan inquieto y exaltado en sus juntas y reuniones y en las asonadas y alborotos que de ellas provenían, que había ganado merecida celebridad entre los de las provincias del Imperio Romano. Este pueblo había pocos días antes tenido un momento sublime, como lo tienen de vez en cuando los pueblos, cuando á la vista de las obras y maravillas de Jesús le había aclamado hijo de Dios, heredero de David y restaurador del trono de Israel. En otras ocasiones había también pregonado sus virtudes y fundado en él sus gloriosas esperanzas, reconociéndole por Maestro y enviado de Dios, y declarándose por él en sus reyertas con los que ahora le acusaban. Pero no había que fiarse mucho de este entusiasmo. Los instintos del pueblo son generalmente rectos y honrados, pero volátiles, mudables á cualquier viento de la fortuna y más inclinados á lo malo que á lo bueno á poco que los mueva bastarda pasión. Cada uno de los que forman cualquier muchedumbre, hablando en general,

podrá ser bueno si se le considera en sí é independientemente de los demás; pero al unirse á otros parece que pierde parte de su valor y energía moral, enflaquece su voluntad, decrece su iniciativa, de suerte que según se agranda la suma y la cantidad total, disminuyen á ojos vistas la calidad y el mérito de los individuos. Así vemos que ciertos impulsos de pasión que obrando en los particulares apenas tienen acción ó influencia decisiva, al conmovérse á las muchedumbres la tienen poderosa y desastrosísima. Además, á nadie podía ocultarse, y menos á Pilato, que había muchas veces experimentado sus efectos, que las pasiones religiosas que conmovían á los israelitas podían excitarse terriblemente á la menor ocasión y ser explotadas de una manera inicua por los guías y explotadores del pueblo. Por consiguiente, el, más que nadie, debía conocer que librar á la temeridad de la opinión popular una causa como la de Jesús, en que podían interesarse tan vivamente las pasiones del pueblo, y más aún las de los que le conducían y guiaban, era tanto como exponerla á peligro casi seguro de malograrse y perderla.

Con esta intención, no mala, pero temeraria é imprudente, y resuelto de otra parte á no porfiar mucho en el lance en que se metía, adelantó Pilato hacia la muchedumbre, y con aire tranquilo y sereno y mezclado de cierta serenidad y benevolencia, les dijo cómo habiendo conocido la intención con que estaban allí reunidos, no solamente no quería contravenir á ella, antes deseaba cumplírsela con la mayor satisfacción y empeño; manifestóles que habiendo ellos venido allí para pedirle que por razón de la solemnidad de la Pascua les entregase, según había sido su costumbre, á un preso de los que estaban en la cárcel, no tenía inconveniente en acceder á sus deseos; y añadió por fin que le era muy conocida la intención del pueblo de pedir á Barrabás, mas que con todo esto él les proponía que diesen sus votos en favor de Jesús, que había sido acusado y traído á su tribunal por los magistrados del Sanhedrín, pero de quien le constaba que se lo habían entregado por malevolencia y envidia; y después de este exordio y preámbulo, cuando creía tener los ánimos preparados para acceder á su petición, levantó la voz y les dijo: «¿A quién, pues, queréis que os dé libre, á Barrabás ó á Jesús, que es llamado Cristo, Rey de los Judíos?»

Apenas hubo hecho Pilato esta pregunta, siguióse en la muchedumbre un tumulto increíble. Y aquí es de advertir que hasta entonces el pueblo no había intervenido para nada en la causa de Jesús, sólo había sido testigo de lo que habían obrado contra él los príncipes del Sanhedrín; había presenciado algunos de los procedimientos de su juicio, pero no había tomado en él parte activa é influente. Más aún; es posible que á nadie de aquella muchedumbre se le hubiese ocurrido que pudiese tener acción decisiva en el pleito de que se estaba tratando. La súbita apelación de Pilato hubo de sorprender, por consiguiente, á muchos y ponerlos en extrañeza é inesperado conflicto. El haberse ya de antemano comprometido los más á pedir la libertad de Barrabás era una prenda que los obligaba á manifestar claramente esta petición á Pilato; mas la inocencia de Jesús, por todos reconocida, inclinaba también á no pocos en su favor; de ahí la duda y la incertidumbre del público. Advirtieron en esta incertidumbre los magistrados del Sanhedrín, y como la resolución de este asunto era para ellos cuestión de vida ó muerte, pues si el pueblo pedía la vida de Jesús se deshacía y desbarataba en un momento la obra por tanto tiempo trabajada, empezaron á concitar el pueblo á fin de persuadirle á que pidiese al presidente que soltase á Barrabás y diese su merecido á Jesús. Puede contemplarse á qué clase de razones apelarian para sacar triunfante su causa, y el furor con que encenderían contra Jesús los ánimos de la muchedumbre. La de Jerusalén era, como es dicho, singularmente alborotada, levantisca y sediciosa; te-

nia, además, odio é inquina especial á los galileos, á quienes tenía como judíos degenerados ignorantes de la ley y aun medio paganos, por razón de los muchos gentiles que vivían en aquella región de Palestina, y era manejada á su placer por los príncipes de las familias sacerdotales, y señaladamente por los de la secta de los fariseos, omnipotentes con el pueblo y guías y concitadores de sus pasiones é instintos. Fácilmente podían, por lo tanto, exaltar su patriotismo, y haciéndole olvidar por un momento lo que era Jesús, la santidad de su persona, la bondad y pureza de su doctrina, la fuerza de los milagros, que le acreditaban de enviado de Dios, todos los títulos, en fin, que tenía á ser tenido por el Mesías verdadero, y por el cual le habían pocos días antes aclamado, presentar á Barrabás como campeón de la libertad y de la independencia nacional, defensor de la ley y de las patrias tradiciones, y víctima de la persecución del enemigo extranjero; y no hay duda que presentada la cuestión en este terreno, y de esta manera excitadas y soliviantadas las pasiones, había de ser milagro que la ciega muchedumbre no se inclinase al teocrático demagogo y pidiese á voz en grito la muerte de Jesús.

En esta actitud de incertidumbre del pueblo por una parte, y de excitación de los pontífices por otra, estaba la muchedumbre, cuando vino á pasar un lance, el cual no es para omitido, y que puso en grave aprieto á Pilato y enredar y sobresaltar más su conciencia y meterle en grandes confusiones y dificultades; y el lance fué que teniendo á Jesús presente y estando suspendida la causa de lo que resolviese el pueblo, recibió un recado de su mujer en que le conjuraba que en ninguna manera condenase á aquel justo á quien le habían presentado los sacerdotes, ni tomase parte ni acción alguna en su causa; y la razón que le daba para semejante encargo era que en la noche antecedente había tenido un sueño maravilloso tocante á Jesús, con formas y visiones extrañas, que la habían hecho sufrir mucho y puéstola en extrema inquietud y en muy grande miedo y terror. Ignórase cuál pudo ser este sueño; lo único que cabe asegurar es que en virtud de él la mujer de Pilato estaba persuadida de la inocencia de Jesús, de que su virtud y santidad eran extraordinarias y aceptas á la Divinidad, y de que los que tomasen parte en su condenación no podían menos de aguardar terrible castigo en esta y en la otra vida.

Era Pilato indiferente en religión y muy escéptico en materias intelectuales y morales; pero su escepticismo, como el de otros muchos que hacen alarde de impiedad ó indiferencia, se avenía muy bien con los vanos terrores y con la creencia en sueños y con otras supersticiones por el estilo. Así, el recado de su mujer hubo de ponerle en grandísima turbación, y aun alentar de paso su debilidad para hacer algo en favor de un reo en quien concurrían circunstancias extraordinarias. Estando, pues, en esta disposición, y perplejo y combatido su espíritu de varios pensamientos, y sobresaltado por el recado de la mujer, se adelantó Pilato de nuevo hacia donde estaba reunido el pueblo y les dijo: «¿A cuál de los dos queréis que os libre, á Jesús ó á Barrabás?»

Al hacer Pilato esta pregunta estaba por sí y personalmente persuadido de que la maldad de Barrabás era tan evidente y la inocencia de Jesús tan clara, que puesto el pueblo en la alternativa de escoger la libertad de uno y del otro, había de desamparar al primero y decidirse por el segundo, á pesar de lo que trabajaban contra éste los consejeros del Sanhedrín; así, no pudo menos de quedarse terriblemente sobresaltado cuando apenas hubo hecho al pueblo la consulta, oyó levantarse de todos los ángulos de la plaza un grito frenético que decía: «A Barrabás; no á éste, sino á Barrabás.»

Esta palabra, eco furibundo del oleaje de pasiones que la acción de los consejeros del

Sanhedrín había logrado levantar en la muchedumbre del pueblo, dejó, en verdad, á Pilato de todo punto encogido y asombrado. Desconociendo toda la trama de odios, persecuciones é intrigas que desde hacía tiempo se había estado urdiendo contra la persona de Jesús, no atinaba con la causa que había podido dar origen á aquella voz, que contrastaba evidentemente todas sus ideas y deshacía sus planes de salvar la vida de Jesús; pero habiendo fiado al sufragio popular una vida que evidentemente no debía ponerse en semejante trance, ya no tenía más remedio que cumplir lo que había decretado la tumultuaria majestad del vulgo, usando de los derechos que él mismo le había concedido. Triste, sin duda, hubo de ser aquel trance para Pilato, mas fatal é irremediable dados los antecedentes del caso; así, conformándose con el decreto del sufragio popular, si bien contra su conciencia, no pudo menos de dar suelta á Barrabás, entregándole á sus amigos y valedores, quienes, satisfechos de sí, le sacaron de la cárcel y le pasearon por la ciudad en medio del mayor triunfo y alborozo.

A pesar de este primer desengaño no acababa Pilato de resignarse á la idea de condenar á Jesús á la muerte que con tanto ahínco le pedían sus enemigos. Su inocencia era á sus ojos de todo punto clara y manifiesta, y en conciencia no podía en ninguna manera condenarle. A haber tenido mayor entereza y energía moral, habría hallado, sin duda, en sí fuerza bastante para rechazar de todo punto las injustas exigencias de los enemigos de Jesús; pero débil, y no queriendo tomar en sí esta responsabilidad, antes deseando apoyarse en la misma voluntad del pueblo, que tan mala había sido para él, dirigióse de nuevo á este pueblo, haciéndole esta pregunta: «¿Pues qué haré de Jesús, que es llamado Cristo?» Y aquí, más y más envalentonada la muchedumbre, y gritando siempre conforme á la orden de los que la guiaban, respondió: «Crucifícale, crucifícale.» «¿Pues qué mal ha hecho?» reponía Pilato, más y más asombrado de aquellos gritos desatinados: «Crucifícale, crucifícale», volvía á gritar la muchedumbre, y cada vez con más rabia y furor.

Admirábase y no acababa de darse cuenta Pilato de la porfiada insistencia del pueblo en pedir la muerte de Jesús, y como lo que pedía contra el santo Maestro era, no una muerte cualquiera, sino la de la cruz, estaba del todo persuadido de que la muchedumbre no obraba ni gritaba por sí, sino instigada por sus perversos consejeros, de quienes había partido la abominable idea. Por esto, queriendo declarar al pueblo lo que ya les había declarado á los príncipes del Sanhedrín sobre la inocencia de Jesús y la sinrazón de pedir contra él semejante castigo, animoso y resuelto levantó la voz y dijo: «Yo no encuentro en él causa ninguna de muerte.» Y á esto la turba, cada vez más loca y enfurecida, vociferaba: «Crucifícale, crucifícale.»

La situación del Procurador imperial se tornaba por momentos más crítica, más angustiosa y terrible. El partido que afectaba defender no podía ser más santo ni más augusto. La ocasión en que se encontraba era, sin duda, una de las que raras veces se ofrecen para mostrarse en toda su hermosura la energía de una voluntad eficaz para el bien y despreciadora de los temores y vanos respetos de los hombres; y si no muchos años antes había dicho Marco Tulio en el foro romano que era de la dignidad del hombre tener en desprecio, por el bien del Estado, á los tumultos del pueblo judaico que alborotaba en las asambleas públicas de Jerusalén, jamás se halló Gobernador romano en tan bella coyuntura de ganar aquel alto honor como la que tuvo Pilato en presencia de la tumultuaria asamblea reunida en la plaza del Pretorio el día de la solemnidad de la Pascua. Pero ya se ha dicho más arriba que era por demás pedir al Procurador imperial heroicidad semejante. De seguro no faltaba á Pilato la temeridad y arrojo, que muchas veces pasa plaza de valor, con que

el que cuenta con el poder de la fuerza hace valer su autoridad oprimiendo á los débiles y á los que no tienen medio de contrastarla, echando gabelas que es imposible soportar, saqueando el Erario público, que está en sus manos, y haciendo otras hazañas y avilantes por este estilo, que muchas veces han dado á los hombres políticos fama de arriscados y valientes; pero faltábale aquella serenidad de espíritu, aquel valor tranquilo y prudente que, inspirándose en los principios morales que brillan en el fondo de la conciencia, sabe tener fuerte contra los poderosos, ó á los que aparentan serlo, y afronta impávido los peligros, y desprecia las amenazas, y arrostra las invectivas antes que ceder á la violencia y hacer traición á la honradez y cruzarse de brazos ante la iniquidad y la injusticia. Fiando al árbitro popular la resolución de la causa de Jesús, había Pilato procedido necia y temerariamente; había puesto en duda y cuestión una causa de suyo clarísima y evidente. Había dejado al vulgo novelero la decisión de un pleito que había de resolverse, no por el instinto mudable de la opinión, sino por los principios inmutables de la justicia; había hecho ofensa gravísima á la inocencia de Jesús, por él reconocida, comparándole públicamente con un revolucionario y bandolero; y como si no fuesen bastante tantas temeridades é injusticias, las había exagerado y extremado aún más cuando después de soltar á Barrabás había vuelto á dejar á la elección popular la suerte de Jesús, librando así una causa tan santa y justa al encono y embravecimiento de las más brutales pasiones. Tales desaciertos y desatinos habían de tener su justa expiación y recompensa.

(Se concluirá).

MIGUEL MIR

De la Real Academia Española.

SONETOS

CANTOS DE LA BIBLIA

POR



FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPANA

(De las Escuelas 7.ª y 8.ª)

I

LA CREACIÓN

Del aliento de Dios la tierra y cielo
Al comenzar los siglos se formaron,
Y á la tierra las aguas rodearon,
Como fajas á niño pequeñuelo.
Y era noche; habló Dios, rasgóse el velo,
Y hubo luz y los astros fulguraron;
Y el ave, el pez y el bruto se animaron
En los aires y el mar y el verde suelo,

Del limo infecto de la tierra vana
Dios hace al hombre, y lo declara dueño
Del mundo, al darle un alma soberana:
Cierra sus ojos con divino empeño;
Saca del hombre á la mujer ufana,
Y Adán la mira, al despertar del sueño.

II

LA INOCENCIA CAÍDA

—Comed del árbol que el Eterno os veda—
La serpiente les dijo tentadora,—
Que Dios del mal la luz rica atesora,
Y huella al mundo, que á sus plantas rueda.—
Del habla dulce, como el aura leda,
Cautiva la mujer; come traidora
De la fruta vistosa, y seductora
Entre mallas de amor al hombre enreda.
Y Luzbel sonrió: los castos ojos
Tristes del hombre la mujer retira;
La madre tierra se vistió de abrojos;
Las puertas del Edén cierra la ira
De Dios, y Adán, sintiendo sus enojos,
Trabaja con sudor, y Eva suspira.

III

EL DILUVIO

Rotos los diques de la mar bravía,
Las ondas invasoras rebramaron,
Y ciudades y valles inundaron
Como tinieblas de la noche fría.
Sombra tornóse el deslumbrante día;
Las nubes á torrentes derramaron
Turbias aguas, que fieras desquiciaron
El muro, que á los vientos desafia.
Pulsó el agua del líbrico las puertas,
Y hasta el monte siguióle en su venganza;
Miró la madre, de las hijas yertas,
Los amantes huir, que el agua azota;
Y mientras cierra Dios toda esperanza
Al vicio, el Arca de los justos flota.

IV

LA TORRE DE BABEL

Y dijo el hombre que las glorias ama:
—Haré una torre, cuya altiva frente
Llegue hasta el cielo, y la futura gente
Cantando irá de mi poder la fama.—
Y hunde las cumbres de la sierra, y llama
En auxilio las ondas del torrente;
Y audaz la torre, alzándose insolente,
Bebe del claro sol la viva llama.
Lanza el Eterno rayo centellante;
En su lengua la tribu es confundida;
Por el mundo derrámase anhelante;
Cifre con muros la poblada tierra;
Arma el brazo la envidia patricida,
Y ronca brama la iracunda guerra.

V

EL PASO DEL MAR ROJO

En las tristes arenas del desierto,
Rota en pedazos la cadena impura,
Fugitivo Israel torpe murmura,
Sintiendo armado á Faraón despierto.
Mira en el Rojo Mar ansiado puerto
Moisés, y alza la mano bien segura;
Soplan los aires, y la instable hondura
Se abre, dando á Israel camino cierto.
Ruedan los carros del egipcio impio
Sobre la tribu de Judá, y rugiente
Las ondas turba el huracán sombrío,
Dando sepulcro á Faraón potente.
Y allá, elevando un cántico bravo,
Alza á Dios Israel libre la frente.

VI

LA PROSCRITA

Turbios los ojos con el triste lloro,
Gentil, como los sauces de la orilla,
Una hebrea, de encantos maravilla,
Gemía cabe el Éufrate sonoro.
Como avaro ante espléndido tesoro,
Convulso el labio y roja la mejilla,

La lengua torpe, y flaca la rodilla,
 Tu guerrero la daba el plectro de oro.
 —Paloma de Sión, canta hechicera
 Los himnos de tu patria—le decía.—
 Cautiva mis sentidos, extranjera.—
 Y la virgen llorando respondía:
 —¿La cierva ha de jugar ante la fiera?
 Ya cantaré mi libertad un día.

VII

MARÍA

La noche envuelve en su crespón el mundo,
 Y el cieno impuro de la tierra aleva
 Cúbrela el cielo con cenizas de nieve
 Del monte excelso al lodazal inmundo.
 Duerme Belén en altivez fecundo,
 Y de un establo entre la paja leve
 Hermoso niño á suspirar se atreve,
 Y ríe el cielo y agítase el profundo.
 Rosa inebriada con su propio aroma,
 Que humilde inclina agradecida frente
 Al limpio arroyo, donde el jugo toma,
 Estática María, reverente,
 Luna que mira al sol que claro asoma,
 Sencilla adora á su Jesús naciente.

VIII

JESÚS

Cárdeno y triste el Redentor expira
 De Israel á los bárbaros enojos:
 El autor de la luz cierra los ojos,
 Y apaga el claro sol la ardiente pira.
 De sangre el pueblo tembloroso mira
 Tefirse el valle, y de matices rojos
 El mar, que ve del justo los despojos,
 Y hasta el monte que treme y arde en ira.
 Sangre en el rostro de Judá se advierte,
 Que en vano lava en el sonante río;
 Sangre el apostol de las manos vierte;
 Sangre la frente del romano impío;
 ¡Oh sangre! ¡Oh Redención! ¡Oh viva muerte,
 Que acaba de la Muerte el poderío!

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA,
de las Escuelas Pías.

Las mujeres de los sectarios

VI

LA REINA GOSVINDA

CONOCIDA es aquella célebre frase: «El mundo se encontró sorprendido de verse arriano, después de haber sido cristiano ortodoxo»: arriancos fueron varios emperadores, y casi todos los reyes bárbaros hasta determinada época; Obispos inficionados de esta herejía, se reunieron en Concilios, y tomando una actitud agresiva, persiguieron á los que defendían y querían conservar intacto el depósito de la fe; otros, como el famoso Ulpilas, no administraban el bautismo sin hacer arrianos á los neófitos; en una palabra, tan grande fué el temporal que se desencadenó sobre la Iglesia, que á ser posible, entonces hubiera perecido cuando la desafiaba el imperio y las nuevas monarquías la recibían adulterada.

Cupo á nuestra España ser presa del menos bárbaro de aquellos nuevos pueblos, de los visigodos. Pocas son las noticias que de esta época tenemos en comparación con otras, así posteriores como anteriores, lo que entre muchas causas se debe tal vez al alejamiento en que han estado los pueblos septentrionales, muy particularmente la rama escandinava y los latinos del Mediodía de Europa. Si dinamarqueses, noruegos y suecos hubiesen, como los alemanes, hecho á España objeto de sus investigaciones, hubiéranse podido reunir los anillos de la cadena de la tradición, y algo mejor conoceríamos la época visigoda. Como quiera que sea, en ella encontramos otra de las figuras de nuestra galería, y tal vez la más antipática de todas. Es el tipo de la mujer que, olvidando su misión en la familia, emponzoña la existencia de cuantos la rodean, degrada su condición, y se hace merecedora

del odio de la posteridad, que no ve en sus crímenes circunstancia atenuante de ningún linaje.

Gosvinda era viuda del rey godo Atanagildo, y esposa después de Leovigildo, á quien muchos consideraban, prescindiendo de los anteriores caudillos, como el primer soberano de España. Leovigildo recordaba con su nombre (*Leov, león*), la fuerza del rey de las selvas; él formó la unidad española, debelando á los suevos, ya católicos, gracias á la intercesión de San Martín de Tours, y á la predicación de otro San Martín, que de las lejanas partes de la Pannonia vino á España, y arrojando á los bizantinos de las costas de Levante. Leovigildo se había casado con la hispano-romana Teodosia, de larga estirpe de Santos, teniendo de ella dos hijos, Hermenegildo y Recaredo. El primero, que hoy veneramos en los altares, había casado con Ingunda, hija de Sigeberto, rey de Austrasia, uno de los varios reinos de los francos. Era católica, y Gosvinda, como dice D. Modesto Lafuente, «*arriana furiosa*». Por eso hizo tan buena madrastra con el inolvidable heredero de Leovigildo, que antes ceñiría la corona del martirio que la de España. En vano Leovigildo mandó á su primogénito á Sevilla; después de varias luchas y engañosas y efímeras treguas, la mano perseguidora de Gosvinda le seguía á todas partes. Y reteniendo en palacio á la pobre Ingunda, vejábala en toda clase de malos tratamientos, peores que cuantos se emplearían con una esclava.

Apenas se creería que, asiéndola de los cabellos, la arrastraba por las salas del palacio de Toledo, y la infería crueles heridas, si no supiéramos lo que puede hacer la rabia de los sectarios. Lafuente dice que Gosvinda «le rasgaba á Ingunda los vestidos y le mesaba los cabellos», y lo mismo afirman todos los historiadores. Lo que sabemos de la historia de Gosvinda se reduce á esta desgraciada persecución; es decir, que los sufrimientos de sus víctimas han esculpido indeleblemente en la historia el nombre de la malvada reina. Hermenegildo hubo por fin de ser vencido, y su padre, que se veía dominado, no sólo por su esposa, sino también por los Obispos arrianos, le condenó á muerte, después de haber visto que el santo príncipe rechazaba los consuelos que le ofrecía para su última hora un Obispo arriano. Así pereció, como otro Bautista de España, precursor de la conversión de nuestros pueblos y del reinado para siempre memorable de su hermano.

Cualquiera creería que con la sangre de Hermenegildo cedería la venganza de Gosvinda; mas no fué así, porque arriacionaron los sufrimientos de la inocente Ingunda. Cuáles serían éstos á contar desde la fecha de aquel martirio, nos lo dice el solo hecho de haber tenido que emigrar al Africa, buscando otro clima, como las golondrinas, que al aproximarse el invierno huyen de nuestras moradas. En todo esto verdaderamente no se conoce al gran político Leovigildo, que así dejaba deshonorar su casa y atormentar y proscibir su propia sangre. Y es que sobre la maldad de Gosvinda se descubre en todo esto la ferocidad propia del arrianismo, profundamente arraigado entre los bárbaros. Es un problema de nuestra historia si Leovigildo murió ó no católico, porque unos lo afirman y otros lo niegan; de manera que D. Modesto Lafuente opina que no puede pasar de conjetura cuanto se dice sobre punto de tal importancia. Los cuñados del rey, San Leandro y San Isidoro en la Península, y San Fulgencio desde el Africa, no dejarían de trabajar toda la vida y con todas sus fuerzas en la conversión del rey; pero la Providencia, en sus inexcrutables designios, tal vez no querría premiar sus trabajos. Obsérvese que el historiador San Isidoro no cuenta la sangrienta catástrofe de su sobrino Hermenegildo; y hay quien opina que no lo haría por no empeorar la situación político-religiosa de la patria. Recaredo trató, cuando por fin ascendió al trono, de dulcificar la suerte de Ingunda; pero ya se había colmado para ella la medida de las penalidades.

Atiendan nuestros lectores al tipo de Gosvinda, porque en nada se parece á los que hasta ahora han aparecido en nuestros cuadros. Ni la ambición ni la liviandad la hicieron criminal; nada podía ganar persiguiendo á la familia de su esposo; y antes

bien, en caso de quedar viuda, hacía más deplorable la suerte siempre lastimosa de las cónyuges de los reyes en la corte visigoda. La corona se iba convirtiendo, no por ley, sino por costumbre, en hereditaria, y era de creer que tantos crímenes encontrarían su condigno castigo en el sucesor de Leovigildo. A pesar de todo el fanatismo propio de los sectarios, convirtió á la reina en verdadera madrastra, en un tipo de fiereza tal, que no hubiera estado mal al lado de aquella dinastía de monstruos que se sucedieran en el romano imperio. Sin pudor alguno, sin considerar lo que se debía á sí misma la corona, sin temer el castigo del gran guerrero que se llamaba su esposo, ciega de ira, hace con su pobre nuera lo que no hubiera hecho con una de sus esclavas. Ahora sí que podríamos decir con Lucrecio, llamando herejía lo que él religión:

«*Tantum religio potuit suadere malorum!*»

¡Cuántas veces se ha dicho que la familia no puede existir con todos sus caracteres mientras no se postren sus individuos ante el mismo altar y tengan la misma profesión de fe en los labios! ¡Con qué razón, siempre que de libertad de cultos se ha tratado, se ha ofrecido como argumento contra la misma esa disolución del vínculo familiar producida por la relajación de los religiosos! Se dirá que los pueblos de nuestros días no son los bárbaros recién establecidos en Europa; mas aunque no tengan su rudeza, pueden participar del fanatismo de algunos, y seguramente no participan de la fe de otros.

El espíritu de los sectarios jamás se desmiente, y para él no hay épocas distintas; como que no se arrepiente, ni se enmienda; puede, sí, enmascararse, pero fácilmente se le arranca el disfraz, y tampoco es difícil dejarlo enclavado en la picota.

A. BALBÍN DE UNQUERA.

Las madres «fin de siglo.»

No podía ser más desconsolador el cuadro. En la alcoba, una mujer joven que exhala el último suspiro; tres niños, el mayor de siete años, reunidos en un rincón de la sala, con la boca entreabierta, sin atreverse á chistar, mirando á todas partes, presintiendo una gran desgracia; los pocos muebles que había en la casa, todos en desorden; sobre una cómoda, un marco de madera pintada de negro, encerrando una estampa de la Virgen de la Paloma, alumbrada por dos lamparillas; encima de la mesita de noche, entre frascos de medicinas y cajas de píldoras y potecillos con unturas, un crucifijo de talla; sentada al pie de la cama, una sombra de criatura humana, teniendo sus ojos clavados en el rostro de la moribunda, como si le tardara que ésta acabase de existir; junto á la cabecera, de pie, un hombre correctamente vestido, conteniendo la respiración para no turbar en su última hora á la infeliz que se moría sin remedio; y ennegreciendo más el cuadro, la sucia claridad de una tarde que acaba entre nubarrones, penetrando por el balcón, abierto de par en par, para que á la enferma no le faltase aire puro en la mísera estancia donde terminaba su vida.

El médico primero, y el Sacerdote después, habían llenado sus deberes; aquel, apelando á la ciencia para vencer á la enfermedad; éste llevando los consuelos de la Religión al ánimo de la enferma.

Nada quedaba por hacer; el momento supremo se aproximaba, cuando los niños rompieron en sollozos; ni las amonestaciones ni las caricias del hombre correctamente vestido bastaban á contener aquel llanto.

Sonó un campanillazo; la sombra de criatura humana que estaba sentada al pie de la cama se levantó bruscamente, saliendo precipitada para abrir la puerta de la mísera morada, y momentos después, un caballero entrado en años, pero fuerte y robusto, se vió rodeado por las tres criaturas, que no cesaban de llorar.

El caballero, llevando por delante al mayor de los niños y de la mano á los otros dos, penetró en la alcoba.

Fijó primero su vista en la enferma, que se moría; luego le limpió con su propio pañuelo el frío sudor de que tenía empapada la frente, y repitió esta frase:

—¡Magdalena, soy yo, tu tío Joaquín!

Hizo un supremo esfuerzo la moribunda, y con mucho trabajo balbuceó esta frase:

—¡Mis pobres hijos!

Y no habló más.

En reducido gabinete, sentados ambos, se hallaban D. Joaquín, apoyando el codo sobre un velador y la frente en la palma de la mano, y el hombre del vestido correcto, acariciando con los dedos un dije pendiente de la cadena de su reloj; de los tres niños, el menor apoyábase en el muslo izquierdo de su tío, y los otros dos permanecían de pie, con los ojos desmesuradamente abiertos, como interrogando á los personajes que tenían delante.

Aquel penoso silencio lo interrumpió D. Joaquín.

—¿Qué ha pasado aquí, Juan?—preguntó, dirigiéndose al hombre que estaba correctamente vestido.

No acertó á explicarme cómo acaba de morir Magdalena rodeada de tanta miseria—siguió diciendo.

Con la renta mensual que le asigné cuando perdí á su marido, había de sobrarle para vivir con holgura, y aquí sólo se ven señales de pobreza.

Para atender á los gastos de enfermedad, tengo enviadas sumas considerables, que seguramente han sido invertidas de mala manera.

Explicame, Juan, explicame qué ha pasado aquí.

—Pues nada más sino que Magdalena ha sido víctima de las exigencias sociales...

—¡De las exigencias sociales!—interrumpió don Joaquín.

—Sí, tío; la sociedad en que vivimos es muy exigente, y no hay más remedio que someterse á su yugo...

No le dejó continuar D. Joaquín, y el silencio reinó nuevamente en la casa.

.....

Las disposiciones de D. Joaquín quedaron ejecutadas prontamente.

El cuerpo de Magdalena, encerrado en modesta caja, vacía en el suelo, sobre una bayeta negra, extendida en el centro de la salita.

Cuatro cirios, dos á cada lado del cadáver, y las dos lamparillas encendidas ante el cuadro de la Virgen de la Paloma, llenaban la reducida estancia de triste claridad.

Por su propia mano había puesto D. Joaquín á la cabecera de la caja el crucifijo que estaba sobre la mesita de noche, y así quedó la salita convertida en cámara mortuoria.

Aquel sencillo aparato correspondía á la miseria humana y á las enseñanzas de la Iglesia, mejor que el conjunto formado por las camas imperiales y los blandones y las colgaduras franjeadas de plata, que son manifestaciones de la vanidad de los vivos, á las que sirven de pretexto los que dejaron de existir.

No consintió D. Joaquín que nadie le relevase en la obra piadosa de velar el cuerpo de Magdalena, y permaneció allí toda la noche, orando la mayor parte del tiempo por aquel ser tan querido.

En la soledad que le rodeaba, D. Joaquín recordó todos los accidentes de la vida de Magdalena.

Habíala recibido en sus brazos cuando acababa de nacer, y fue él quien recogió su último aliento.

Por causa de aquella criatura había sostenido con su hermano muchos altercados.

Siempre le pareció que la educación que recibía Magdalena no era la más apropiada para prepararla á ser buena madre.

Echaba de menos en la niña el sentimiento religioso, base firmísima de la familia y de la sociedad; y cuando en uno de los frecuentes viajes que hacía

BELLAS ARTES



LA SACRA FAMILIA (cuadro de Guido Reni).

para verla se la encontró convertida en mujer, experimentó un gran pesar.

Parecíase Magdalena á una de esas figuritas de biscuit que admiramos en los escaparates, y que el comprador no se atreve á tocar, temeroso de que se le haga pedazos entre los dedos.

Aquel cuerpecito, cubierto de telas finísimas, tenía por remate una cabeza en la cual no se habían imbuido otras ideas que las del lujo y la vanidad; desconocía por completo la gentil doncella el modo de gobernar una casa, pero sabía el nombre del mejor modisto, y tenía noticia del color de las telas traídas del extranjero como última novedad.

Para ella no había más ocupación en el mundo que la de asistir al teatro y á los paseos, hacer visitas y exhibir sus galas y sus adornos en los templos, cuando se celebran esas fiestas soberbias que tienen más de profano que de religioso.

Allí no atendía al concepto expresado por el orador desde la cátedra sagrada, sino á la forma en que aquél lo exponía, y desentendiéndose de la grandiosidad del culto que no acertaba á comprender, fijábase en si la orquesta ejecutaba con precisión un pasaje, y en si el cantante de fama contratado para hacer más suntuosa la solemnidad interpretaba bien ó mal la parte que se le había confiado.

Echábaselas de entendida en materia de arte, sin tener más de artista que el sentido estético propio de la naturaleza misma de la mujer; y nada más poseía la criatura aquella, como no fuera una suma inmensa de vanidad.

Aquel corazón no encerraba ninguno de esos afectos que hacen de la mujer un ángel, y á don Joaquín le dió miedo aquella criatura tan bonita y marisabidilla.

Expuso á su hermano la necesidad de preparar á Magdalena para que pudiera ser buena esposa y buena madre, y sus observaciones fueron recibidas con sonrisa compasiva.

¡Vaya con las ideas que se traía el buen hombre! Eso de atender al gobierno de la casa y al cuidado de la familia, son cosas que pasaron de moda.

¿Para qué están los criados? A estos se les dice cuánto se ha de gastar, y ellos se arreglan; la señora es necesario que esté siempre dispuesta para recibir visitas ó para asistir á este ó al otro sitio.

No pudo conseguir D. Joaquín que se enmendara el yerro cometido en lo tocante á la educación de Magdalena, y no estando ésta preparada para

llenar cumplidamente sus deberes, se unió en matrimonio á Pepe, el hermano del caballero correctamente vestido, y sucedió lo que fatalmente había de suceder.

Lo que á Pepe le producía su bufete de abogado apenas si bastaba á cubrir las necesidades que se creó el matrimonio; consumíase en lujo la parte más sana de los ingresos, y cuando llegó el primer hijo fué necesario contraer la primera deuda; luego vinieron los otros dos, siendo recibidos como calamidades enviadas por la Providencia.

En la lucha sostenida dentro del hogar para no presentarse como derrotado por sus propios desaciertos, sucumbió Pepe, dejando á Magdalena en situación tristísima, sin un objeto de valor del cual pudiera echar mano, acosada de acreedores, y sin más amparo que el que quisiera prestarle su tío.

Este no se hizo esperar; pero la renta por él señalada no bastaba á cubrir los gastos de aquella mujer, siempre alentada por su cuñado Juan, el caballero correctamente vestido.

Decíale aquél que es necesario no rehuir las exigencias sociales, y que éstas demandan sostener el rango en que cada cual se ha colocado.

Siguiendo al pie de la letra el consejo, Magdalena gastaba más de lo que podía gastar; contrajo deudas como las había contraído el padre de sus hijos, y los acreedores, para cobrar con creces lo que la habían prestado, apoderáronse en un solo día de cuanto hallaron á mano.

Corrió con rapidez la noticia del embargo verificado; Magdalena se encontró con que sus mejores amigos le volvían la espalda, y en su propia vanidad y en el orgullo mismo que la dominaba, tuvo la infeliz el mayor de los tormentos imaginables.

Reducida como se halló á vivir modestamente, pudo hallar en el cariño de sus hijos y en la resignación cristiana el consuelo de que estaba tan necesitada; pero no sucedió así, porque ambas cosas eran para ella desconocidas.

Sólo en los últimos instantes de su vida, cuando el sacerdote reemplazó al médico al lado de la enferma, oyó ésta frases de consuelo, conceptos dulcísimos que sirvieron para que, siquiera por breves momentos, viviera en paz consigo misma.

Dios se apiadó de aquella criatura despreciada, víctima de la mala educación que había recibido, y le concedió el placer supremo de gozarse en sus afectos de madre; y así acabó su vida, pidiendo protección para sus hijos.

Aquí llegaba en sus reflexiones D. Joaquín, cuando Juan penetró en la fúnebre estancia.

Amanecía en aquellos momentos, y los niños, como exaltados por la claridad del día, saltaron del lecho llenos de sobresalto.

A la vista del cuerpo inanimado de su madre rompieron en sollozos, y fué necesario que Juan los sacase de allí.

Momentos después penetraba D. Joaquín en el gabinete donde se hallaban Juan y los tres huérfanos.

Era desconsolador el cuadro que ofrecían aquellos seres.

—¡Oh! los deberes sociales y el bien parecer ¡cuántas víctimas hacen!— exclamó Juan, como si con estas palabras pusiera término á una serie de reflexiones.

—¡Los deberes sociales! ¡el bien parecer!— repitió D. Joaquín.

Ni los unos ni el otro, según los entiendes tú y los entendieron mi hermano y el tuyo, están conformes con lo que dicta la razón apoyada en los preceptos religiosos.

Vivís para los demás, y no para vosotros mismos; de la mujer hacéis un objeto de lujo, educándola para que brille en el mundo, cuando su misión es la de iluminar con suave claridad la morada en donde ha de encontrar reposo su marido y sus hijos sublimes enseñanzas.

¿Qué resultados ha de dar un proceder tan desatentado?

En la estancia contigua está el ejemplo de lo que es una madre *fin de siglo*, como llamáis á las que no son madres más que por la naturaleza; preparándose para brillar entre sus amigos, arruinó á su padre; luego acibaró la existencia de su marido, acelerando el término de su vida, y ha terminado ella misma después de sufrir el tormento de verse humillada en su vanidad y en su orgullo, dejando tres criaturas abandonadas.

CARLOS AMER.

ESTAR DE MÁS

RELACION

POR

FERNÁN-CABALLERO

(Continuado)



El día siguiente todos, menos D. Sebastián, que no salía de sus costumbres, emprendieron su paseo.

A corta distancia del pueblo, la senda se abría camino por medio de un hermoso pinar.

Blanca, al hallarse bajo las bóvedas que formaban los derechos y altos pinos en aquella opaca luz, pisando la grama, yerba que crece poco y se extiende mucho, formando una blanda y fresca alfombra para el pie, exclamó encantada:

—¡Oh, Ramiro, qué bello y solemne es este lugar! Me parece entrar en una iglesia formada para adorar á Dios.

—Pues ponded atención, respondió el interpelado, al dulce y grave sonido que forman las barbas de los pinos.

Suave y plañidera descendía esa voz de los pinos de aquellas bóvedas, sin poder discernir su lenguaje, pero comprendiendo que algo vivía y sentía en aquel pausado movimiento y dulces voces.

—Esto, dijo Ramiro, suena al oído y hace sentir, exactamente como lo hace el lento movimiento y el sonido de las olas de la mar. La mar, con su inefable encanto, que ensancha el alma; la mar, terrible en sus iras, pero en su calma, ¡cuán seductor! Aquellas hablan de lo infinito, de lo insondable; estos árboles de la altura y de la pureza de otra atmósfera.

Ramiro se quedó absorto, la vista fija, el oído atento, hacia las bóvedas que á gran altura se alzaban.

Blanca, no acostumbrada á pasear, se sintió cansada y se sentó al pie de un pino, y al verse des-

atendida por su compañero, inclinó la cabeza sobre el pecho. Pocos instantes después estaba Ramiro á su lado y le decía:

—¿Qué tenéis, Blanca?

Ella contestó:

—Tengo celos de la mar.

—¿De la mar?

—¿No los tenéis vos de las flores?

—¿Y sabéis vos lo que son celos, Blanca?

—Sí; dice Hartzenbusch, en su pieza *La duquesita*, que son envidias de amantes; pero yo digo que no es envidia, sino el dolor que causa una separación, aunque sea pasajera. Mientras estábais en la mar, no estábais conmigo. El amor no es envidioso, pero sí es egoísta.

—¡Oh, Blanca! exclamó Ramiro enajenado. ¡Repite esas palabras, para que tenga la dicha de volverlas á oír! ¡Oh, Blanca! ¿Eres tú tan feliz como lo soy yo?

—Sí, siempre que no os oiga hablar de la mar.

—¿Quién habla de la mar ahora? dijo doña Carmen, que llegaba con los señores.

—Ramiro, respondió Blanca, el que dice que la mar tiene inefables seducciones.

—Vamos, que mi hijo está borracho de mar como otros de vino. Mi madre (q. e. p. d.) decía que el campo era para los lobos, y yo digo que la mar es para los tiburones.

—Vamos á la ermita, dijo Blanca levantándose y siguiendo la senda que en aquel paraje torcía á la derecha y conducía al pie de una altura, en cuya cumbre se levantaba una pequeña ermita. Esta se componía de tres frentes de paredes de mampostería, y el cuarto, que daba al camino, lo cerraba una verja de hierro. Al frente estaba el altar, cuyo retablo lo formaba un cuadro pintado al óleo, que representaba al Señor coronado de espinas y con la cruz en los hombros. Debajo del cuadro había un letreiro que decía:

*El que quiera venir en pos de mí,
tome su cruz y sígame.*

—Este dulce llamamiento es á los que tienen cruces, dijo Blanca cuando hubieron llegado.

—Habla con todos, pues todos debemos seguir á Jesús, dijo Ramiro.

—Es cierto, repuso Blanca; pero los que tienen cruces están más cerca del Señor.

—Es que todos tenemos cruces.

—No llaméis cruces á las que no lo son. No son cruces las que nos forjamos con nuestras propias manos. Las cruces verdaderas son las que nos manda Dios. Vamos, Ramiro, ya que no la tenemos, á rogar al señor que cuando sea su santa voluntad enviármola, la llevemos, pues así nos lo manda, con resignación, siguiendo el ejemplo del divino Maestro. Complacéme, Ramiro, y uníos á mí en esta santa súplica.

—Yo me uno á tí en todo, Blanca mía, pues sé que así me uno á todo lo bueno.

Ambos se arrodillaron; Ramiro bajó la cabeza y apoyó su frente en los barrotes de la reja. Blanca levantó la suya, cruzando sus manos, fijando sus puros y dulces ojos en la imagen del Señor, y después de un rato de recogimiento y de oración, dijo en voz alta:—Señor: aquí, postrados á tus sagrados pies, hacemos voto, si el destino que tú riges nos depara en lo sucesivo alguna cruz, de acudir á tu llamamiento y seguir en pos de tí con humilde resignación, por pesada que sea.

—Me agrego á esta súplica y á este voto, dijo á espaldas de los jóvenes arrodillados una voz grave y profunda. Los jóvenes se volvieron sorprendidos y vieron al Doctor, enviado por doña Carmen, que les dijo que, cansada como estaba, no podía subir la cuestecita, y los aguardaba sentada en el pinar.

La boda se verificó sencilla y modestamente, y sin concurrir más que las dos familias y el Juez, pues el Doctor había tenido (según él decía) que concurrir á un congreso médico á una capital lejana.

Más fácil es comprender que describir la felicidad de los recién unidos; felicidad que era la más cumplida, pues en amarse unían el más dulce de los placeres con el más santo de los deberes, que ésta es la más exacta de las infinitas definiciones

que se han hecho de la felicidad. Mas algo había que, cual ligero vapor, venía á enturbiar la pura atmósfera de esta felicidad, y era los constantes y repetidos ruegos con que su madre y Blanca hostigaban á Ramiro para que dejase su carrera. Esta insistencia fatigaba á Ramiro, que era tan tierno y condescendiente hijo como marido, pero que tenía firmeza de carácter y estaba decidido á no abandonarla, así por convencimiento como por inclinación.

—Blanca, le dijo un día su padre, que presenciaba con disgusto el malestar que estos altercados causaban á Ramiro; Blanca, te casaste por tu voluntad sabiendo que Ramiro era marino, y para que renuncié á serlo estás abusando de tu influencia sobre su corazón, queriendo decidir en un asunto que es exclusivamente de su competencia. Caso que, si cediendo á tus apremiantes ruegos, te complaciera, sería para llenar su vida de arrepentimiento y la tuya de remordimientos de haberlo exigido. La influencia de la mujer debe tener por base la prudencia, á cuya voz nunca se arrepiente el hombre de haber cedido. ¿Cómo te atreves, niña sin mundo, á querer cortar la carrera que ama tu marido?

Blanca, que, como hemos dicho, tenía los mayores encantos de una joven, esto es, la dulzura y la docilidad, bajó la cabeza, y desde aquel día no volvió á insistir en sus ruegos.

El tiempo es como el azogue: mientras más se le quiere retener más ligero se escurre. El de la licencia de Ramiro llegó, y aunque pidió prórroga, la respuesta que recibió fué el nombramiento de comandante del *Neptuno*, que debía partir inmediatamente para las islas Filipinas. No pudo, no obstante el placer del ascenso, mitigar el dolor de la despedida, aumentado por el que partía el corazón de su mujer y su madre.

Así fué que cuando después de dos meses de ausencia regresó el Doctor, halló la casa de sus amigos, poco antes tan dulce y alegremente feliz, entregada al más amargo desconsuelo.

—¡Mi mujer y mi hija, le dijo D. Ignacio, no hacen más que llorar; lo preví, lo advertí, no se me hizo caso, y ya se están tocando los resultados! ¡Las menos á propósito para mujer y suegra de un marino son mi mujer y mi hija! ¡Bajo buenos auspicios empieza el embarazo de Blanca! Y si esto sigue se desgraciara la madre y la criatura.

—No tema usted, D. Ignacio, repuso el Doctor las lágrimas no influyen en la salud. Su hija de usted está muy bien constituida, parirá con felicidad, y la dicha de ser madre secará sus lágrimas.

La vida de las personas de que nos venimos ocupando había vuelto á su anterior monotonía, pero sobre ella se había extendido un crespón fúnebre, que si bien lo atravesaba un luminoso rayo de esperanza, era tan lejano que no alcanzaba á disipar su sombra.

Pasaron los meses de duelo, así como habían pasado los de felicidad, como pasan las agujas en las esferas de los relojes, inalterables, sin cuidarse el péndulo de los deseos de los unos, que desean retener, y de los otros, que desean acelerar sus movimientos.

Por fin llegó una carta fechada en Manila, donde había llegado Ramiro con felicidad. Esta carta, escrita con inefable ternura, hizo asomar una sonrisa, en medio de las lágrimas, á Blanca.

Esta se apresuró á contestar, y al concluir su carta decía: «Por el bien de nuestro hijo, que en mi seno me avisa de mirar por él, paseo todas las tardes con mi padre y sus amigos; el blanco de estos paseos es siempre la ermita del Señor, el que muy pronto me ha puesto en el caso de cumplir el voto que á sus pies hicimos, y todas las tardes le digo: «Señor, con resignación llevo la cruz y te sigo.»

Ramiro le prometía escribirle por cuantas ocasiones se le presentasen; pero llegaron varios correos sin que trajesen las anunciadas cartas.

—No es de extrañar, decía su padre á la angustiada Blanca; ¿no te anunciaba que en breve tendría que salir de aquel apostadero con una comisión?

Un día leyó el Doctor en un periódico la siguiente noticia, fechada en Manila: «El vapor de guerra *Neptuno*, que salió de aquí con una comisión hace algunos días y ya debía haber regresado, no lo ha

hecho, y esta tardanza está causando ya bastante alarma.»

Por fortuna, este periódico no era el que recibía D. Ignacio, y el Doctor calló por no alarmar á su familia, y permaneció en la más triste incertidumbre.

Su corazón se oprimió cuando, pasados unos días, leyó en el diario que recibía:

«Escriben de Manila: «No era, por desgracia, infundada nuestra alarma tocante al *Neptuno*. Un barco de guerra inglés, que acaba de llegar trayendo el mismo rumbo que llevó el *Neptuno*, ha visto en alta mar la quilla de un barco que necesariamente voló uno de esos horribles huracanes que han asolado últimamente este archipiélago, y que no puede ser otro que el *Neptuno*. En semejante catástrofe han tenido forzosamente que perecer todos. El mayor interés lo inspira su joven comandante, brillante oficial tan querido y estimado de sus compañeros como de todos cuantos lo han tratado.»

El Doctor sintió su corazón tan oprimido y su cabeza tan perturbada que no supo qué hacer. Pero pronto se serenó, según su costumbre; tomó su sombrero y se fué en casa del cura.

Para fiestas, alegrías y regocijos no se piensa en los curas, pero en los males y desgracias lo primero que se hace es acudir á ellos.

—Aquí me trae, señor cura, dijo el Doctor, el tener que comunicarle una terrible catástrofe.

—¿De qué se trata? preguntó alarmado el cura.

—Ramiro Estrada ha muerto, contestó el doctor.

—¿Dios le haya cogido en buen hora! exclamó consternado el cura.

—¡Pobre doña Carmen! ¡Pobre Blanquita! añadió el Doctor, que refirió al cura lo que trata el periódico; y le dijo que venía á combinar con él el modo de dar la noticia á los padres y ocultársela á Blanquita, que estaba en vísperas de su alumbramiento.

(Se continuará).

NOTA

Por error de colocación se cambiaron en el número anterior los títulos de los grabados Palacio Petrópolis en Río Janeiro y Convento de Loyola, siendo Convento de Loyola el de la página 356 y Palacio Petrópolis el de la 365.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

El autor del jabón del Congo, Victor Vaissier, proveedor en título de S. M. el Rey de los Belgas, de S. A. el Rey de Tunis, etc., recomienda á su numerosa clientela pidan en todas partes los Polvos Congolanos, adherentes é invisibles, y el Extracto del Congo, perfume exquisito para el pañuelo.

Diez meses de sufrimientos en un hospital.

Hace mucho tiempo que se viene diciendo que los médicos echan drogas que conocen poco en cuerpos que conocen menos. Esto tiene de verdad y de mentira al mismo tiempo. Hay abogados buenos y malos, como hay médicos buenos y malos. La dificultad con los señores médicos, como profesión, es que están muy unidos y que suelen tener muy buena opinión de sí mismos. No les gusta que los derroten en su trabajo personas extrañas que no han estudiado medicina. Con la falta de éxito pagan muchas veces el rehusar aprender, á menos que el maestro esté marcado con el sello del contraste.

El Dr. Brown Sequard, eminente médico de París, establece este hecho perfectamente cuando dice: «La Facultad está tan envuelta en su propia confianza y orgullo, que permite á personas extrañas que recojan los diamantes de las verdades científicas.»

Vamos á dar un ejemplo muy interesante, que demuestra esta importante verdad.

El vapor *Concordia*, de la línea Donaldson, salió de Glasgow para Baltimore (América) en 1887, llevando á bordo como fogonero á uno que se llamaba Richard Wade. Había sido catorce años en varios buques de la carrera de América, China y la India. A pesar del trabajo fuerte y aniquilador, se había conservado robusto y saludable. En el viaje de que nos ocupamos, empezó á sentirse débil y enfermo por la primera vez. Le faltaba el apetito, se sentía pesado, le daba flato, tenía mal gusto de boca, estreñimiento é irregularidades. Algunas veces, durante el trabajo, le daban mareos, que atribuía al calor de los hornos. Frecuentemente sentía fatigas y le parecía que iba á vomitar; todo esto acompañado de dolores de cabeza. Durante el viaje se puso peor, y cuando el buque llegó á Halifax tuvo que quedarse en el Hospital Victoria, yéndose el buque sin él. El médico residente le dió unos polvos para parar el vómito, y al día siguiente el médico principal le recetó una medicina que había de tomar cada cuatro horas. Antes de dos días Wade se había puesto tan malo, que fué preciso dejar de tomar polvos y medicina. Pasó un mes, y el pobre fogonero cada vez estaba peor.

En esto se presentó otro médico, que había de ser el principal durante cinco meses. Recetó nuevas medicinas, que no dieran gran resultado. Todo este tiempo el Sr. Wade sufría mucho; no digería nada, vomitando todo lo que comía. Tenía muchos dolores de vientre, la garganta muy ardiente, flato y dolores de cabeza. El enfermo tomaba una bebida cada cuatro horas, unos polvos después de cada comida para ayudar la digestión, una píldora purgante todas las noches, y dos píldoras atemperantes todas las noches para evitar los sudores fríos. Si las medicinas habían de curar, Wade se figuraba que las estaba tomando en cantidad suficiente. Todo lo contrario. Se presentó pleuresía, y después de sacarle del estado derecho noventa onzas de materia, los médicos le dijeron que se moría infaliblemente. Pasaron otros cinco meses, y se cambiaron de nuevo los médicos principales. El nuevo médico le dió una bebida, que Wade decía le hacía temblar como la hoja del árbol.

En este estado, la sangre escocesa de Wade se dió á conocer. Se obstinó en no tomar más medicinas, diciendo á los médicos que si se había de morir lo mismo era tomarlas que no tomarlas. Para entonces, un vaso de leche que tomara, se le agriaba en el estómago, en donde permanecía días y días. Nuestro amigo estaba como un barco perdido sobre un bajo haciéndose pedazos. Dejaremos que dé á conocer lo demás de su experiencia en las palabras que empleó al comunicarlas á la prensa:

«Cuando las cosas habían llegado á este estado, se presentó en el hospital una señora á quien no había visto nunca, y estuvo hablando conmigo. Ella ha sido un ángel de misericordia y sin ella no estaría yo ahora vivo. Me habló de una medicina llamada Jarabe curativo de la Madre Seigel, y al día siguiente me trajo una botella. Empecé á tomarla, sin preguntar á los médicos, y unos cuantos días después me había levantado de la cama y quería almorzar huevos con jamón. Desde entonces, siguiendo con el gran remedio de la Madre Seigel, fuí mejorando, y pronto pude salir del hospital y volver á Glasgow. Ahora me siento como si perteneciera á otro mundo y no tengo enfermedad alguna.»

Los hechos que han precedido se han contado con calma é imparcialidad, y el lector formará de ellos la opinión que le merezcan. No creemos prudente publicar nombres, aunque el Sr. Wade nos los ha dado. Su dirección es 244, Stobcross Street, Glasgow, Escocia, á donde puede escribirsele.

EL REDACTOR.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Banco de España

Resultando que el término medio de la bonificación hecha por el Banco á los cupones del vencimiento de 1.º de Enero próximo, correspondientes á los títulos de Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y á los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, ha sido el de catorce y ochenta céntimos por ciento, el Consejo de gobierno ha acordado, conforme á la regla 7.ª del anuncio publicado con fecha 28 de Octubre último, que los referidos cupones que queden depositados ó dados en garantía de operaciones en el Banco y en las Sucursales, se abone con la bonificación expresada.

En su consecuencia, desde el día 20 del corriente se abrirá el pago de los mencionados cupones on la bonificación señalada, correspondientes á los títulos de Deuda exterior, y desde el 26 el de los de billetes hipotecarios de la isla de Cuba, previa presentación de los respectivos resguardos, depósito ó póliza de préstamo ó de crédito con garantía.

Madrid 16 de Diciembre de 1892.—El secretario general, Juan de Morales y Serrano.

Las instalaciones de alumbrado eléctrico.

Manual práctico, por G. Fournier y J. A. Montpellier, con un prólogo de D. José Echegaray. Traducción de Hidalgo Mobellan. Madrid, 1892. Librería de Victoriano Suárez. 7 pesetas en Madrid y 8 en provincias.

Este Manual es una obra utilísima para toda clase de personas. Comprende, como dice el ilustrado prologuista, cuanto de electricidad hay que saber, y aunque domina en él el carácter práctico, contiene todas las teorías necesarias. Está escrito fácil y sencillamente para que, aun los absolutamente imperitos en ciencias físicas, puedan comprenderlo todo. Hoy nadie debe desconocer los misterios de la electricidad, de esa maravillosa fuerza de tan magnífico presente y más magnífico porvenir. Con el Manual que anunciamos satisfacen cumplidamente esa necesidad.

COLÓN Y LA RABIDA

FOR EL

M. R. P. F. José Coll

FRANCISCANO

Las noticias que atesora este libro hacen muy agradable su lectura, y es indispensable para todos los que se interesan por el Centenario del descubrimiento de América.

Consta de un volumen en 8.º de 30 páginas, y se vende en casa de D. Gregorio del Amo, Paz, 6, á 2,50 pesetas.

LOS QUE TENGAN TOS

En sea reciente ó crónica, toman las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se las quitran pronto, por fuerte é inofensiva que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR Y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento. Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 2

1892

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.

Única casa en Madrid dedicada á este artículo.

Guantes piel primera clase, tres botones, á 2 pesetas.

Idem bordados, á 2,50.

Para caballero, superiores, á 2,50.

Especialidad en guantes piel de caballo, cabrito, Suecia, gamuza y lana.

Corbatas última novedad.

CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO DE VIVAS PEREZ

Adoptados de Real orden
por el Ministerio de Marina.

Recomendados por la
Real Academia de Medicina.

CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de **INDISPOSICIONES** del TUBO DIGESTIVO, **VÓMITOS** y **DIARRREAS**; de los **TÍFICOS** de los **VEJOS**; de los **NIÑOS**, **COLERA**, **TÍFUS**, **DISENTERÍA**; **VÓMITOS** de las **EMBARAZADAS** y de los **NIÑOS**: **CATA-**



RROS y **ÚLCERAS** del **ESTÓMAGO**; **PIROXIS** con **ERUPTOS FÉTIDOS**; **REUMATISMO** y **AFECCIONES HÚMEDAS** de la **PIEL**. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público, tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA en las PRINCIPALES FARMACIAS.—DESCONFIAR de las IMITACIONES

MONTERA 23

RELOJES
DE PRECIOSIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.º GIROD
Sucesor de Losada.

GRAN CERERIA ESPECIALIDAD



en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **CERAS PURAS DE ABEJAS** para el **Culto cañónico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias: Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y **TRANSPARENTES**, **BLANCAS** Y **COLORES** de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas de menciones.

casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar
Princesa, 40 **SALVADO Y SALA** Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

LA ARTISTICA

Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero. Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.



PRIMERA CASA EN ESPAÑA

en instrumental de cirugía, fisiología, diagnóstico, óptica, higiene, ortopedia, antisépticos, vendajes, gomas, sillones y mesas de operar, y para imposibilitados, é inmenso surtido en artículos de curación. Procedencias acreditadas.

Especialidad en el tratamiento herniario por medio de vendajes, bragueros y fajas de gran comodidad, sistema «Altimiras», altamente recomendables por la ciencia médica.

Proveedor de clínicas y Hospitales del reino

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO

DE CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes en folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.—TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

FABRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA

DE

VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PEREZ)

CALLE MAYOR, NÚM. 50

MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapafios en todos estilos. Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.

Se sirven los pedidos con toda prontitud.